

Lindsey
DAVIS

*Rebeldes y
traidores*

La revolución de Cromwell



Lectulandia

Las Guerras civiles inglesas que azotaron los reinos de Inglaterra, Escocia e Irlanda en el amplio período que va de 1639 a 1658 es el auténtico protagonista de este espectacular fresco histórico. El juicio y ejecución del rey Carlos I, el exilio de su hijo Carlos II, el nacimiento de la Commonwealth y la etapa del protectorado bajo el gobierno de Oliver Cromwell son etapas en un camino en que las luchas están teñidas de enfrentamientos tanto ideológicos y políticos como religiosos.

Mediante la focalización alterna en los personajes de Juliana Lovell, esposa de un realista, y Gideon Jukes, un parlamentario convencido, Lindsey Davis nos muestra unos acontecimientos apasionantes, pero sin tomar partido, dejando que sea el propio lector quien juzgue a sus personajes y sus acciones, y no solo se centra en las luchas y los efectos de las guerras en Londres, sino en muy diversos puntos de los tres reinos implicados en la guerra.

Una novela magnífica que expone de un modo muy claro unos años decisivos en la historia universal.

Lectulandia

Lindsey Davis

Rebeldes y traidores

La revolución de Cromwell

ePub r1.0

Titivillus 02.11.17

Título original: *Rebels and Traitors*

Lindsey Davis, 2009

Traducción: Montse Batista

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para Richard,
el amigo más querido y cercano.
Tu libro favorito,
en tu memoria.*



PRÓLOGO

WHITEHALL, 30 DE ENERO DE 1649

El rey daría un temprano paseo matutino con su perro por Saint Jame's Park. ¿Acaso había algo más civilizado que eso?

El perro se llamaba *Rogue*. Cuando el ansioso espaniel intentó salir de los jardines corriendo, los soldados lo hicieron volver a entrar. Su amo siguió adelante sin el perro, tranquilamente, dirigiéndose a su ejecución como si fuera a practicar su ejercicio diario.

Otros monarcas depuestos sufrieron una brutalidad mayor. A Carlos Estuardo de Inglaterra no lo encadenaron, no le hicieron pasar hambre, no lo encerraron en una celda desnuda ni lo torturaron. La gente discutiría sobre si su juicio fue legal, pero él tuvo un juicio que terminó bruscamente solo porque se negó a reconocer el proceso. Una vez condenado, por lo general lo siguieron tratando con cautelosos buenos modales. No hubo asesinos silenciosos, vestidos de negro, que llegaran por la noche para llevar a cabo órdenes violentas que pudieran negarse después. El rey Carlos no tuvo que afrontar un lento olvido en una mazmorra de algún castillo remoto, ni una paliza boca abajo en un tonel de vino, ni un atizador al rojo vivo atravesándole las entrañas. Le acusaban de variantes de todas estas torturas, que se habían perpetrado en sus súbditos durante el derramamiento de sangre y del que, sin embargo, quedó eximido. Sus acusadores estaban decididos a pedirle cuentas abiertamente; nunca permitirían que pareciera un simple regicidio, «que fuera una cosa hecha en un rincón».

Aquel frío martes del mes de Enero, al rey le ofrecieron pan y vino para desayunar. Trajeron a dos de sus hijos para una triste despedida. Después, salió e hizo su último recorrido por los jardines reales. Había pedido dos camisas gruesas: no quería que el frío le hiciera temblar, y dar así la impresión de que tenía miedo.

Hacia las diez de la mañana, fue conducido desde el palacio de Saint James al palacio de Whitehall, a unos quince minutos de distancia. Una escolta de alabarderos del Nuevo Ejército Modelo formaban su guardia, con los estandartes ondeando y los tambores redoblando, y también se permitió que unos cuantos caballeros, con la cabeza descubierta, le acompañaran. La ruta se hallaba bordeada por regimientos de soldados de infantería.

No hubo carretas. No hubo ninguna turba organizada que escupiera e insultara a gritos al monarca. Con un sombrero alto y la insignia plateada de la Orden de la Jarretera bordada en su capa negra, el rey Carlos llegó adonde aguardaba la multitud; los alabarderos lo protegían, pero el humor de la gente era sombrío, casi curioso. Whitehall estaba abarrotado. Los disidentes, cualquier monárquico conocido, tenían

prohibida la entrada en Londres, de manera que prácticamente todos los que allí se encontraban eran sus oponentes. Cuando al principio tomaron partido por el Parlamento, pocos habían imaginado un resultado semejante. Y pocos eran los que lo habían buscado. Algunos de ellos todavía estaban inquietos.

La guardia subió las escaleras que conducían a Holbein Gate. Su acceso directo al viejo Palacio de Whitehall condujo al rey a las dependencias privadas que había visto por última vez hacía siete años, antes de abandonar Londres por primera vez cuando sus súbditos se rebelaron.

Una vez dentro, tuvo que soportar un retraso de varias horas. Le acompañaba el obispo de Londres, William Juxon, quien, al ver que pasaba el tiempo, convenció a Carlos para que comiera un poco de pan y se bebiera un vaso de clarete: no podía flaquear en el cadalso. El coronel Hacker, un cabeza redonda particularmente zafio, quería emplazar dos mosqueteros en la cámara del rey, pero lo habían convencido para que no lo hiciera.

Por lo visto, el motivo del retraso era que Richard Brandon, el ejecutor público, se había negado a hacer su trabajo; además, su ayudante había desaparecido. También hubo un problema con el tajo; como no pudieron encontrar el que se utilizaba habitualmente y que llegaba a la altura de la cintura, trajeron otro mucho más bajo, que por norma general, solo se usaba para desmembrar los cadáveres de los traidores. Sin embargo, el hacha para la ejecución había llegado sin ningún percance desde la Torre de Londres. Al final, hubo dos hombres que accedieron a sustituir al verdugo y a su ayudante. Llevaban máscaras para mantener el anonimato, y se guardó el secreto sobre la identidad de ambos.

A las dos de la tarde, el coronel Hacker llamó discretamente a la puerta de las dependencias privadas y, de inmediato, se obligó a volver a llamar con más fuerza. Flanqueado por el obispo Juxon y el coronel Tomlinson, quien lo tenía a su cargo personal, el rey fue conducido por una ruta que él conocía muy bien y que llevaba a la Casa de Banquetes, el edificio creado para las ocasiones solemnes y los espectáculos festivos.

El frío salón de gala olía a abandono, y los sonidos resonaban en él. Las motas de polvo se movían en la tenue luz invernal que penetraba por las grietas de las tablas que cubrían las elegantes ventanas. Los tapices habían sido robados o retirados oficialmente. Habían desaparecido los candelabros que una vez inundaron aquel amplio espacio con calor e iluminación. Cuando el rey pasó por delante del que fuera su trono de Estado, solo alumbraban su camino las débiles luces que llevaban los soldados. Una multitud de curiosos murmuró con compasión, y algunos de ellos empezaron a rezar; los soldados de la guardia lo permitieron sin dar muestras de irritación.

En lo alto, totalmente invisibles en la penumbra, se alzaban las fabulosas pinturas del techo que había realizado sir Peter Paul Rubens por encargo de Carlos, para promover su creencia de que él era el lugarteniente nombrado por Dios, con derecho

divino para gobernar. Tras la instalación de los paneles, ya no se habían celebrado más espectáculos festivos en la Casa de Banquetes para evitar que el humo de las antorchas dañara la obra del pintor. Si el rey Carlos hubiera podido verlas, sin duda habría tenido la sensación de que las magníficas pinturas se burlaban de él. Eran una loa a la unión de Inglaterra y Escocia, personificada por el propio Carlos, representado como un bebé desnudo, bajo las coronas unidas de los dos reinos que durante la última década se habían enfrentado repetidamente en tanto que el rey se esforzaba por mantener su posición y su vida. Aquellas pinturas recargadas y marcadamente alegóricas encomiaban el exitoso reinado de su padre. La Paz abrazaba a la Abundancia. La Razón controlaba la Discordia. La Sabiduría derrotaba a la Ignorancia y a las sierpes de la Rebelión.

El grupo recorrió el oscuro salón para recepciones en toda su longitud, y salió a un lugar más iluminado a través de la puerta más alta del fondo, la entrada por la que antaño habían avanzado los embajadores, cortesanos, actores y músicos para rendir homenaje a este monarca. Lo hicieron salir por dicha puerta a la escalera de piedra del edificio anexo del lado norte. En el rellano se había derribado un muro en torno a una de las grandes ventanas. El rey Carlos pasó por allí, y apareció en un cadalso rodeado por unos postes bajos de los que pendían unas negras colgaduras. Aunque dichas cortinas impedían en parte la visión desde la calle de lo que allí sucedía, los tejados de los edificios circundantes estaban abarrotados de espectadores. Abajo, en la calle, varias filas de soldados parlamentarios bordeaban el cadalso. Indefectiblemente, las tropas armadas se hallaban de frente a la multitud.

Otras personas, agentes oficiales, observaban a los espectadores, atentos a cualquier indicio de problemas y buscando rostros conocidos con la mirada. Junto al Horse Guards Yard, el patio de la guardia real, y vestido de uniforme, había un hombre rubio de poco menos de treinta años: Gideon Jukes. Aquel día había estado muy ocupado y, en aquellos momentos, impresionado, trataba de pasar desapercibido y evitaba cruzar la mirada con cualquier conocido. Por todas partes había soldados cuyos rostros reconocía. Siempre había sido un hombre un tanto solitario, y tenía la sensación de ser un observador ajeno. A su alrededor, todos parecían estar ensimismados en el acontecimiento. Él estaba preocupado por el suceso, no porque lo considerara una traición, sino porque temía que las cosas se torcieran. Lo que antes había resultado impensable para Gideon Jukes, ahora le parecía el único camino, la única solución que podía tomarse.

Un movimiento en la ventana llamó su atención, y alzó la vista hacia el cadalso, expectante y aliviado.

* * *

El verdugo y su ayudante recibieron al rey Carlos ya encapuchados. Unas pesadas grapas de metal se habían atornillado al suelo del cadalso por si era necesario

encadenarlo, pero su actitud siguió siendo calmada. El obispo de Londres recibió la capa del rey y la insignia de la Orden de la Jarretera, y le entregó un gorro de seda blanca. Carlos se despojó del jubón y se quedó con el chaleco. El rey intentó dirigir unas palabras a la multitud, pero había demasiado ruido. Le dijo al obispo:

—Paso de una corona corruptible a una incorruptible. —Entonces se dirigió al verdugo, que lo miraba con inquietud—. ¿Os molesta mi cabello?

El verdugo y el obispo ayudaron al rey a remeter su larga cabellera en el gorro.

Al ver el tajo, el rey exclamó:

—Tenéis que fijarlo bien.

—Está bien asegurado, señor —repuso el verdugo cortésmente.

—Podría haber estado un poco más alto.

—No puede estar más alto, señor.

—Voy a pronunciar una plegaria muy breve y entonces, cuando tienda las manos así...

El rey se arrodilló frente al tajo. Dijo unas cuantas palabras para sí mismo con la mirada alzada al cielo. Se inclinó, puso la cabeza sobre el tajo y el verdugo volvió a sujetarle el pelo. Carlos pensó que el hombre se preparaba para asestar el golpe, y lo avisó:

—¡Esperad la señal!

—Así lo haré —contestó el verdugo, aún paciente—. Cuando tenga a bien Su Majestad.

Hubo una breve pausa. El rey extendió las manos..., y, con un solo hachazo, el verdugo cortó la cabeza del monarca.

El ayudante sostuvo la cabeza en alto sujeta por el cabello para mostrársela a la gente, al tiempo que exclamaba las palabras tradicionales: «¡He aquí la cabeza de un traidor!». Se llevaron el cuerpo a toda prisa, y lo dispusieron en un ataúd forrado de terciopelo. Como en cualquier ejecución normal, al público se le permitió acercarse al cadalso y, pagando una suma, mojar pañuelos con la sangre que goteaba, ya fuera a modo de trofeos de su enemigo o por la superstición de que la sangre del rey curaría las enfermedades.

* * *

Al caer el hacha, un débil gemido se alzó entre la multitud. Los partidarios de la monarquía lo definirían como un grito de horror. Otros, incluido Gideon Jukes, lo consideraron una mera expresión de asombro por el hecho de que alguien hubiera osado hacer algo así. ÉL también había contenido la respiración involuntariamente. «Ahora sí que, verdaderamente, el mundo se ha vuelto del revés», pensó Gideon.

No muy lejos de allí, la joven esposa de un realista exiliado también observaba la macabra escena. Sin embargo, ella estaba convencida de que el mundo no se altera tan fácilmente. El viejo orden no había sido destruido, los conflictos antiguos seguían

enconados. Juliana sabía que, si aquello era un nuevo comienzo, habría hombres como su esposo ausente que conspirarían implacablemente para conseguir que flaqueara y cayera.

Después del hachazo, la joven se quedó ensimismada entre el gentío. Su presencia en la Casa de Banquetes la había transportado a una noche feliz de cuando tenía ocho años, cuando la invitaron a asistir a un espectáculo representado para el rey y la reina. Recordó su fascinación, especialmente por la reina. En aquel entonces, cuatro meses después del nacimiento de su segundo hijo, la reina Enriqueta María volvía radiante a la vida de la corte, una imagen menuda, vestida con tisú plateado, chinelas puntiagudas adornadas con escarapelas de cinta, collares de perlas y encajes exquisitos. A ojos de una niña, aquella criatura que parecía una muñeca cara emitía unos destellos mágicos. A las niñas pequeñas les encantan las princesas hermosas, y perdonan de buen grado a las heroínas que tienen dientes de conejo y carecen de educación formal. La reina había traído la sofisticación ligeramente picara de su educación francesa a los recelosos ingleses, así como una certeza inquebrantable de que la autoridad de un rey era absoluta. Nunca llegaría a comprender su error.

Las niñas pequeñas crecen. Las más inteligentes llegan a odiar la política corta de miras, basada en la ignorancia y la indiferencia. La niña que asistió al espectáculo de la corte llena de inocencia y ganas de divertirse lo había aprendido con creces.

El rey estaba muerto. Su reina lloraría su pérdida. Atrapada en las pugnas desoladas de una viuda, aun cuando su esposo estaba vivo, Juliana lloró en una calle de Londres. Aunque sentía lástima por el rey y por su reina, que acababa de enviudar, estaba llorando por sí misma. Lloraba porque ya no podía seguir fingiendo: porque sabía que la Guerra Civil la había privado de todas sus esperanzas en la vida.

Era hora de marcharse. Vestía con sencillez, pues ahora era pobre, y, aunque las luchas e incertidumbres la habían extenuado, poseía una voluntad demasiado firme como para parecer una víctima, ni de los rateros ni de los agentes gubernamentales. Estaba segura de que podría abandonar el lugar rápidamente y volver a casa sin ningún percance.

Para intentar no llamar la atención, se escabulló por una calle lateral hasta el río, donde esperaba poder tomar un bote que fuera corriente abajo.

Al cabo de unos momentos, los soldados montados barrieron las calles dispersando a las multitudes. Cuando la zona estuvo desierta, una pequeña escolta abandonó la Casa de Banquetes subrepticamente. Gideon Jukes iba a la cabeza del grupo para conducir al verdugo sano y salvo hasta su casa. Así pues, en tanto que la oscuridad invernal se cernía sobre las calles, él también tomó la sombría calle lateral que llevaba a Whitehall Stairs.

CAPÍTULO I

LONDRES, 1634

La primera vez que Gideon Jukes se convirtió públicamente en un rebelde fue cuando se puso un traje de plumas para representar el papel de pájaro.

De los que conocieron a Gideon más adelante, pocos eran los que se habrían imaginado que empezó a desafiar a la autoridad actuando en un espectáculo real. Tal como comentó con crueldad su hermano mayor en aquel entonces, lo mejor era que el disfraz de tercer chorlito incluía una cabeza entera de plumas con un pico largo, lo cual ocultaba la erupción de acné del joven.

Vivían al borde de la agitación política pero, con trece años, la adolescencia arrolla todo lo demás. En 1634, Gideon Jukes sabía muy poco de los acontecimientos nacionales. Sobresalía de su ropa víctima de rachas incontrolables de crecimiento. Estaba obsesionado con su tez devastada, convencido de que repelía a las chicas, con su cabello rubio que, al mismo tiempo, atraía más atención femenina de la que él podía manejar, y por las tremendas injusticias de las que era víctima por parte de todo aquel que lo conocía. Estaba seguro de que otras personas disfrutaban de una abundancia de suerte que no era justa. Creía que él carecía de talento, de amigos, de fortuna, de atractivo y de simpatía... y también que no se le había otorgado ninguna habilidad para remediar la situación. Tenía la certeza de que eso nunca cambiaría.

Aquel año se dedicó a ser detestable. Su familia, preocupada, se lo recriminaba, con lo cual agravaban su rencor. Tras una discusión familiar particularmente escandalosa y absurda, decidió hacerse actor. Sus padres se escandalizarían. No cabía duda de que acabarían sabiéndolo. No obstante, la rebeldía no tiene sentido si nadie se da cuenta.

* * *

Los Jukes eran comerciantes, una familia trabajadora y acomodada. John Jukes era miembro de la Grocer's Company de la ciudad de Londres. Su esposa se llamaba Parthenope, de soltera Bevan. Su hijo mayor se llamaba Lambert y le llevaba quince años al segundo, Gideon. Entre Lambert y Gideon, Parthenope Jukes había dado a luz a otros nueve hijos. Después de Gideon habían sido tres más. Ninguno de ellos sobrevivió a la infancia.

De manera que Gideon Jukes había crecido siendo el hijo menor al que separaban muchos años de su hermano más afortunado. Lambert también era tendero. Como hermano mayor era, a la usanza inglesa, el orgullo y la alegría de su padre; los demás miembros de la Grocer's Company le daban palmaditas en la espalda; otros tenderos

lo saludaban con las acostumbradas bromas. Y lo que era más importante, algún día Lambert heredaría el negocio familiar cerca de Cheapside, y también la casa, una sólida y típica vivienda de comerciantes situada en Bread Street.

Lambert se había iniciado como aprendiz el mismo año en que nació su hermano menor; Gideon, por tanto, nunca tuvo la ocasión de compartir nada, y esto lo imbuyó de un odio hacia la injusticia. En cuanto Lambert concluyó su contrato de aprendizaje y se convirtió en oficial, empezó a andar por la casa y la tienda de la familia dándose aires, como si ya fueran suyas. El proceso para llegar a ser maestro tendero no resultaba particularmente complicado cuando tu familia llevaba formando parte de dicho gremio durante los últimos dos siglos. Lambert parecía estar bastante decidido a ser concejal antes de que Gideon saliera de la pubertad.

El joven heredero también era todo un personaje. Entre los aprendices londinenses abundaban los jóvenes dogmáticos y alborotadores, que se divertían uniformados con su mandil de cuero y su cabello corto. Se echaban a las calles en forma de multitudes bulliciosas siempre que se presentaba la ocasión de manifestar su disconformidad con cualquier cosa. El rey Carlos les proporcionó numerosas oportunidades. A Lambert le había entusiasmado la vida de aprendiz y, mucho tiempo después, si los muchachos salían a la calle para causar disturbios, a él le gustaba estar allí.

Lambert Jukes era un bravucón rubio y grandote, siempre popular y lo bastante fuerte como para hacer rodar un barril de higos con una sola mano, cosa que hacía desde el último hasta el primer rincón de Cheapside con el objetivo de impresionar a las mozas. Tenía infinidad de amigos. Podría haber tenido también muchas amigas pero, teniendo fama de ser un tipo bueno y formal, se obsesionó con la más guapa; luego se conformó con Anne Tydeman. La joven estuvo con él mucho tiempo, pero Lambert ya había cumplido los veintiocho y, después de dejar que Anne se pasara años cosiendo su ajuar con resignación, anunció que estaba preparado para casarse con ella. Esto causó más desesperación aún en su hermano menor.

A decir verdad, Lambert no maltrataba a Gideon más de lo que lo haría cualquier otro hermano mayor; Lambert no tenía ninguna necesidad de sentirse celoso y era una persona razonable por naturaleza. Solo un patán le hubiera tomado antipatía. En casa, a Gideon le hacían notar que era afortunado. Su padre lo animaba; su madre lo disculpaba; incluso su hermano lo toleraba. Gideon no se daba cuenta de nada de todo esto, él solo veía su mala suerte. Sabía que en cuanto Lambert trajera una esposa a casa, su situación empeoraría. No había ninguna posibilidad de ser un cuco: a él lo habían arrojado del nido cuando aún se estaba retorciendo dentro del cascarón.

De todas formas, tarde o temprano tendría que marcharse de casa. Su padre se estaba tomando muchas molestias organizando su aprendizaje. Lo haría con otro miembro de la Grocer's Company, quien acogería al joven en su casa y en su negocio durante un período de aproximadamente siete años. Como entonces atravesaba su fase irritante, Gideon aguardó hasta casi el último momento para que su padre se

viera en el mayor compromiso posible. Entonces se negó a ser aprendiz.

La situación era bastante mala. Su tío abuelo no tardó en tomar cartas en el asunto, y provocó un tifón aún mayor al sugerir que, en efecto, Gideon no debía ser tendero.

* * *

Los hermanos Jukes se habían formado con el aromático comercio de su padre. Siendo niños, habían escalado los barriles de dátiles y pasas. Trocaban las peonzas de otros niños por trocitos de cristal de azúcar (el polvo fino que rodeaba las barras de azúcar cuando llegaban en sus arcones), e intercambiaban confites de alcaravea por castañas de Indias. Gideon se había caído de un carro de reparto y le había quedado una cicatriz de por vida. En sus recuerdos, predominaba una cocina que olía a pimienta de Jamaica y nuez moscada. Aprendió a diferenciar la corteza de canela de la de macis casi al tiempo que aprendía a andar. El aroma de un buen pudin horneado inundaba toda la casa y asaltaba el olfato de quienquiera que abriera la puerta principal. La fragancia se prolongaba durante tres días si no se horneaba nada más... pero siempre se cocinaba otra cosa.

El nombre mismo de su hermano, Lambert, evocaba el momento en que su madre sintió los primeros dolores de parto^[1], el cual había sobrevenido en un momento de lo más inoportuno, cuando ella estaba moldeando las decoraciones para un pastel de Cuaresma.

—Y ya me veis allí, limpiando las aguas que había roto con un paño de pudin. Tiré la mano de mortero y las almendras molidas de la mesa... tenía las manos tan aceitosas de la pasta que no podía abrir la puerta para llamar a la criada. Ahora me mareo solo con ver las bolas de mazapán...

—¿Y qué tal salió el pastel? —preguntaba el joven Gideon con seriedad.

—No fue de los mejores que he hecho. Me olvidé por completo de la ralladura de naranja.

—¡Y tenía las bolas aplastadas! —decía Gideon a su hermano moviendo los labios, convirtiéndolo en algo ya no tan solo obsceno, sino también personal. A modo de respuesta, Lambert rara vez hacía nada peor que lanzarle un cojín a la cabeza.

La familia Jukes comía bien. Así había sido durante generaciones, desde que su primer miembro de la Grocer's Company había establecido su casa y su negocio a poca distancia de Cheapside. La certeza de las buenas comidas en casa de los Jukes había atraído a Bevan, el tío de Parthenope, que cenaba a menudo con ellos mientras realizaba irritantes afirmaciones de que el artífice de su matrimonio había sido precisamente él. John no aceptaba la idea de que le debiera su esposa a ninguna otra persona. En la familia Jukes, casi todos los varones daban por sentado que podían ganarse a cualquier mujer que les gustara simplemente expresando su interés por ella. Desde el punto de vista histórico, tenían razón.

John refunfuñaba cada vez que Bevan les hacía una visita, pero este había prometido patrocinar a Gideon. En aquella época, por regla general, durante la comida se sacaba a colación el testamento de Bevan cuando Parthenope servía un pudin tembloroso o una tarta de almendras. Durante más de una década, en tanto que su tío abuelo se atiborraba de la cocina especiada de los Jukes, se esperó que Bevan dejaría una herencia a Gideon. Llevaba cincuenta años soltero y no tenía otro heredero. Entonces, sin previo aviso, se casó con Elizabeth Keevil, la viuda de un tipógrafo. Desde el momento en que se metieron en el lecho conyugal (o desde un par de meses antes, tal como siempre pensaron los Jukes), Bevan empezó a engendrar hijos propios prolíficamente.

—¡Pues a partir de ahora que coma en su casa! —gruñó John entre bocado y bocado de «un pastel extraordinariamente delicioso». «¿Quizá un poco más de jengibre la próxima vez...?».

«¡Me parece que no!», replicó Parthenope con un silencio hermético. La forma de su mandíbula era igual que la de Gideon.

Bevan se mantuvo cortésmente alejado, sobre todo después de que cruzara unas fuertes palabras con Parthenope. No obstante, cuando Gideon empezó a resistirse a los planes de su padre, fue Bevan quien añadió una mecha a la pólvora cuando de repente se ofreció a pagar por el aprendizaje con un tipógrafo que su esposa conocía. John y Parthenope lo vieron como el colmo de la traición.

Robert Allibone, el tipógrafo, necesitaba de veras ayuda con su negocio. Bevan le propuso a Gideon como un chico inteligente y honesto que estaba ansioso por aprender y que se aplicaría en la tarea. No hizo mención alguna a su comportamiento turbulento.

La intervención de Bevan provocó un gran revuelo. Gideon, por supuesto, encontró emocionante hallarse en el centro de la disputa. Parthenope ya había echado a perder dos hornadas de pudin de manzana con mantequilla, y John había prendido fuego sin querer a la letrina del patio cuando se fumó demasiadas pipas de tabaco mientras le daba vueltas al asunto con tristeza. La letrina se hallaba a medio construir, y nunca se había utilizado porque era un proyecto a largo plazo de esos que se quedan en proyecto. Sin embargo, John había sido capaz de sentarse en la estructura sin tejado disfrutando de una filosofía tranquila y alardeando ante sus vecinos del hecho de que los Jukes estuvieran construyendo su propio retrete, cuando ninguno de ellos poseía uno. Ahora tendrían que continuar vaciando los orinales en la calle para que sus excrementos los recogieran unos hombres siniestros, con carros que llenaban las tablas del suelo de la entrada de sustancias inmundas. John Jukes, a quien solo se le permitía fumar fuera de casa, tuvo que sentarse en un viejo barril de melaza contemplando con desaliento las ruinas chamuscadas, al tiempo que culpaba a Bevan por seducir a Gideon con un oficio que le era ajeno.

Gideon se quejó con grosería:

—¡Lo que más te importa es haber perdido el retrete!

—Eres un chico maleducado —fue la suave respuesta de su padre—. Sin embargo, eres mío, querido hijo, y yo debo soportar mi decepción.

Cuando Parthenope se dio cuenta de que los calzones color topo de John se habían quemado irremediablemente con el fuego, estalló otra tormenta durante la cual Gideon abandonó la casa furioso y al borde de las lágrimas. Fue entonces cuando se encontró con Richard Overton, un mero conocido con unas ganas locas de causar problemas, quien le contó que se ofrecían pequeños papeles en un espectáculo para la corte.

* * *

Era un modo magnífico de ofender a todo el mundo. Los Jukes veían al demonio en el teatro de aficionados, y los espectáculos reales eran los más pervertidos. Como comerciantes respetables que eran, se oponían firmemente a la disipación y haraganería de los cortesanos; al igual que muchos londinenses, empezaban incluso a oponerse al mismísimo rey. Era la época en la que el rey Carlos se esforzaba por gobernar sin un Parlamento. Sus métodos de autofinanciación eran cada vez más polémicos. La gente de negocios veía sus estratagemas como una injerencia. Gideon ya lo sabía a los trece años. Los monopolios reales constituían el punto más delicado. En tanto que anteriormente las patentes solo se habían concedido a las nuevas invenciones, entonces se otorgaban licencias a toda clase de comodidades y lujos, y solo a los favoritos del rey, los cuales cobraban unos precios exorbitantes y se hacían con enormes beneficios. La venta de sal y jabón siempre había sido una prerrogativa de los tenderos, por lo que aquello causó resentimiento; la cerveza era un producto básico para los londinenses, así como el carbón. La ciudad también estaba indignada por el impuesto naval, la feroz tasa para la marina, y más cuando dicha tasa se había creado para financiar una guerra que tenía que ver con los obispos, una guerra que ellos no aprobaban. John Jukes declamaba el lema de un tal Richard Chambers al que habían encarcelado y multado por participar en una huelga de protesta: «¡En ningún otro lugar del mundo se jode y estruja tanto a los comerciantes como en Inglaterra!».

«¡Se los jode y estruja!»), habían gritado los hijos de la familia Jukes, que tenían muy buen oído para las frases pegadizas.

Asimismo, la familia era de ideas independientes en cuanto a la religión. Ellos eran miembros de una de las iglesias puritanas que acechaban en todas las calles laterales de las parroquias de la ciudad; por supuesto, a Gideon lo llevaban allí todos los domingos. John contribuía semanalmente a los honorarios de un conferenciante radical, que a menudo tenía problemas con el obispo de Londres por sus sermones poco ortodoxos. Los Jukes creían en la libertad de conciencia y en la libertad de culto. Las personas que nunca se habían arrodillado en la iglesia tenían dudas con respecto a un gobernante civil que esperaba que sus súbditos doblaran la cerviz ante él. «Si Dios no exige ceremonias, ¿por qué tendría que hacerlo un rey?». Temían que

Carlos Estuardo, animado por su esposa francesa, estuviera intentando imponerles los ritos católicos, cosa que no soportaban. Se concentraron en la reina Enriqueta María como objeto de su odio, porque a ella le encantaba el teatro y demás espectáculos. Todos los londinenses estaban seguros (porque era cierto) de que los teatros eran una guarida de prostitutas y calaveras.

Así pues, si algo podía hacer Gideon para disgustar a su familia, ese algo era hacer caso a Richard Overton y presentarse voluntario para participar en un espectáculo con el que, por si fuera poco, los abogados de las Inns of Court iban a obsequiar al rey y la reina.

Él nunca había actuado. Sin embargo, resultaba barato y consiguió un papel muy secundario como uno de los tres chorlitos, unos pájaros pequeños y tranquilos de la familia de los frailecillos. Era tan joven e ingenuo que se avergonzaba cuando sus dos compañeros de actuación, unos chicos un poco mayores que él, bromeaban diciendo que entre los chorlitos era la hembra la que se exponía mientras el macho cuidaba del nido.

Gideon poseía un sentido del humor más político; sonrió satíricamente al leer el título del espectáculo, que era: *El triunfo de la paz*.

* * *

Los ensayos fueron breves. En el transcurso de los mismos, Gideon no tardó en darse cuenta de que actuaba en una obra de un servilismo abrumador. *El triunfo de la paz* había sido escrita por el popular poeta James Shirley. La obra se basaba en el espectáculo, más que en un buen guión. Lo único que todos querían de ella era la adulación al rey y soltar gritos ahogados de deleite ante la suntuosidad del vestuario y la compleja ingeniería de la maquinaria escénica.

Los mejores talentos de Londres contribuyeron a la obra. La música era del compositor favorito del rey, William Lawes, su hermano Henry Lawes y Simon Ives, que se lucieron con las composiciones para tres voces y los cantos polifónicos. Los decorados del escenario interior corrieron a cargo del infatigable Iñigo Jones, arquitecto, pintor y publicista emblemático de la monarquía de los Estuardo. El inmenso coste del espectáculo incluía el pago a una diseñadora de disfraces francesa, a la que sacaron de su retiro para que cosiera disfraces de pájaro, además del coste de muchos sacos de plumas que la susodicha francesa adquirió a unos precios inflados a los astutos suministradores de plumas con quienes había estado aliada durante mucho tiempo.

Para Gideon y sus dos compañeros, la mujer había confeccionado unos trajes acolchados, con cientos de plumas grises, blancas y rojizas cosidas en ellos, que tenían que llevarse muy subidos, tensos en la entrepierna, para que sus piernas parecieran tan largas y flacas como fuera posible. Los trajes se sujetaban mediante unos tirantes que pasaban por encima de los hombros, e iban coronados con unas

pesadas cabezas que había que colocarse con mucho cuidado para que no acabaran torciéndose. En su disfraz emplumado, Gideon llevaba un magnífico vientre de un vivo color castaño hecho de relleno, con una característica franja blanca sobre la parte superior del pecho como si fuera un collar de alcalde, y unas prominentes bandas blancas en los ojos que se unían por detrás del cuello; cuando la cabeza estaba sujeta, podía subir y bajar el estrecho pico, aunque por su fragilidad corría el riesgo de romperlo.

Una vez embutido en él, la visibilidad era prácticamente nula. Tenía calor y una sensación de claustrofobia, y la cabeza del pájaro le aplastaba la suya con una presión desconcertante. Gideon empezó a experimentar cierto arrepentimiento, pero ya era demasiado tarde para echarse atrás.

CAPÍTULO II

WHITEHALL, 2 DE FEBRERO DE 1634

El borroso resplandor de la luz de las antorchas empezó a hacerse visible a las multitudes que esperaban en Charing Cross. Los espectadores distinguieron algún que otro centelleo, luego unas hileras de teas alquitranadas que cabeceaban mareantes en la oscuridad, y que finalmente inundaron de luz la ancha calle. Los caballos y carrozas se abrían paso lenta y ruidosamente hacia el palacio de Whitehall, y hacia los nobles y damas que observaban desde allí. Un espectacular elenco de actores había pasado horas preparándose en las magníficas mansiones privadas del Strand, y en aquellos momentos avanzaban en dirección a la Casa de Banquetes. Por encima del repiqueteo de los cascos de los caballos, un caramillo se esforzaba para hacer que su son aflautado se oyera, mientras interpretaba un baile de marineros para los juguetones miembros de la comparsa que iban a ofrecer comedia de los bajos fondos durante los entreactos. Ellos llevaban chaquetas y gorras de tafetán amarillo adornadas con plumas rojas, y acompañaban a *Fancy*, el primer personaje que aparecía, con plumas multicolores y unas alas de murciélago sujetas a los hombros. Esta pintoresca figura encabezaba la marcha de muchas otras curiosidades que celebraban un momento delicado de la historia.

El triunfo de la paz se representaba ante un rey que sin duda gobernaba sin conflictos. Había disuelto a su agresivo Parlamento hacía seis años. Sin embargo, ahora su independencia tenía fecha de finalización porque se había arruinado. Para situar el momento en su contexto, aquel año de 1634 vería los famosos juicios por brujería de Loudon, la primera reunión de la *Académie française*, la inauguración de la plaza de Covent Garden en Londres y los estatutos de la Oxford University Press. América del Norte estaba siendo colonizada con asentamientos permanentes. Europa, desde Escandinavia a España, era un escenario de sangre, expolio y pillaje en lo que llegaría a conocerse como la Guerra de los Treinta Años. El año anterior, Galileo Galilei había sido juzgado en Roma y obligado a retractarse de su opinión de que la Tierra daba vueltas alrededor del Sol; en aquellos momentos, languidecía en la prisión en la que moriría. En Londres, el mundo giraba en torno al rey Carlos. En Inglaterra, sin ironía aparente, su pareja de gobernantes podía ser aclamada por Shirley en canciones como:

... el gran rey y la reina, cuya sonrisa...
siembra bendiciones por esta isla...

La mascarada celebraba el reciente retorno del rey y la reina desde Escocia. Allí, el rey Carlos había sido coronado monarca de dos reinos, ofendiendo tanto como le fue

posible a sus escrupulosos y desconfiados súbditos escoceses. Se había ataviado con una ostentosa vestimenta de satén blanco, y había ultrajado a la furibunda iglesia presbiteriana escocesa utilizando un ritual absolutamente anglicano que llevó a cabo toda una falange de obispos ingleses con vestiduras en las que brillaban las piedras preciosas. Dicho despliegue no estaba pensado para ganarse los corazones de los sobrios presbiterianos. Aunque siempre estaba convencido de su encanto personal, el rey Carlos no vio motivo alguno para mostrarse diplomático con unos meros súbditos. ¿Por qué tendría que hacerlo? Estaba acostumbrado a la alabanza ciega, como las nauseabundas lisonjas que estaba a punto de escuchar en la obra de Shirley donde lo llamaba «la felicidad de nuestro reino, tan dichosa en el gobierno actual...». Quizá solo los abogados podrían haber compartido esta opinión. Podía ser que incluso a algunos de los que pagaban por el espectáculo se les atragantaran dichas palabras.

En realidad había tres reinos, unos más dichosos que otros. No se creyó necesario celebrar una coronación para los irlandeses, ni siquiera para ofenderlos. Eran considerados unos salvajes a quienes los monarcas ingleses y sus favoritos despojaban de sus tierras, que eran las mejores, y que en los últimos años se habían convertido en una oportunidad de inversión hasta para los ingleses de clase media acomodada. Los galeses pasaban desapercibidos en un mero principado rocoso; a ellos se les concedía el honor tradicional de tener a su propio príncipe de la sangre aunque, como también era tradicional, nunca veían al hijo mayor de su soberano. El príncipe de Gales aún no había cumplido los cuatro años y, por consiguiente, no se le permitió quedarse levantado para ver *El triunfo de la paz*. La paz, por otro lado, tendría un papel muy pequeño durante sus primeros años de vida.

Al regresar de Edimburgo, el rey Carlos y su enorme séquito habían sido recibidos con ceremonia por el alcalde y los regidores de la ciudad de Londres. Gideon no iba a perderse el espectáculo. El cortejo municipal llevaba la consabida espada desenvainada, cosa que quizá fuera profética. El orquestado recibimiento, con una reverencia a cabeza descubierta por parte de los ciudadanos destacados, color, efervescencia, ruido y multitudes de espectadores que aplaudían acordonados en las calles, poseía ciertas similitudes con el espectáculo que los aduladores abogados ofrecieron después en Whitehall. Ello sin duda pudo haber contribuido a que el monarca creyera que la vida consistía en un gran festival de admiración en el que él era el centro venerado. Sin embargo, el joven resentido con el disfraz de chorlito empezaba a darse cuenta de que eso no era así.

Bulstrode Whitelocke, el abogado decidido que había organizado *El triunfo de la paz*, sabía lo que hacía. La familia real se deleitaba con esta clase de entretenimientos, ajenos al escandaloso gasto que suponía. El espectáculo costó veinte mil libras en una época en la que un granjero adinerado, propietario de sus tierras, podía ganar dos o trescientas libras al año, y en la que un zapatero cobraba unos seis peniques al día y tenía que comprar su propio hilo. Por un penique tenías

tres manzanas, y la cinta iba a nueve peniques la yarda. Podías comprar un caballo por dos libras o uno ciego por la mitad. Como lo habían educado para saber valorar el dinero, Gideon contempló todo aquel despilfarro con ojos desorbitados. El hecho de que se derrocharan veinte mil libras en una noche de entretenimiento para la corte solo podía significar que se esperaba un inmenso favor real a cambio. ¿Comprendería el rey dicho trato?

Gideon empezó a darse cuenta de por qué la afición de la reina por esa clase de teatro había suscitado escabrosos comentarios de descontento. Cuando el colorido desfile se puso en camino por Whitehall hasta la Casa de Banquetes, todo en él (incluyendo su puesta en escena el día de la Candelaria, que era una festividad católica) parecía un desafío deliberado a William Prynne, el autor puritano de un panfleto radical llamado *Histriomastix: el azote del comediante (o la tragedia del actor)*. Prynne odiaba el teatro de manera obsesiva. Denunció a la reina, que había escandalizado a Inglaterra importando actrices francesas para que participaran en los espectáculos de la corte, en una época en que las mujeres no aparecían en escena. Y lo que era aún peor, se decía que la mismísima Enriqueta María había bailado de forma vergonzosa en uno de dichos espectáculos.

William Prynne, que era abogado, había sido juzgado en la detestada Cámara Estrellada, que resolvía en casos de censura. Fue condenado a una multa terrible, a la picota y a prisión; obstinadamente, él continuó con sus actividades desde la cárcel, y al final sería juzgado por segunda vez, a consecuencia de lo cual le cortaron las orejas y con un hierro al rojo le marcaron en la frente las iniciales «SL» de *Seditious Libeller*, difamador sedicioso. Ya lo habían privado de su licenciatura en Oxford y había sido expulsado del Lincoln's Inn, precisamente el colegio de abogados cuyos miembros más serviles habían contribuido a *El triunfo de la paz*.

Lo más probable es que fueran pocos los nobles y damas vestidos de satén que siquiera pensarán en el defensor encarcelado, pues las multitudes soltaron gritos ahogados de deleite al ver al «Regocijo con un traje del color del fuego» y a la «Risa con un abrigo largo de varios colores, con máscaras que se carcajeaban en el pecho y la espalda y un gorro con dos cabezas sonrientes y plumas entre ellas». Sin embargo, Lambert Jukes y su tío hablaban de Prynne con sarcasmo mientras daban patadas en el suelo para entrar en calor delante de Whitehall. En aquella época, Bevan estaba estrechamente relacionado con la literatura. Para los amantes de los libros, los mejores eran los que se habían escrito con total libertad. Bevan obtenía material de lectura a través de su nueva esposa, la viuda del tipógrafo y, dado que la viuda era una mujer sumamente acomodada, él disponía de tiempo para leerlo con fruición.

—¿Has leído ese tal *Azote del comediante*? —preguntó Lambert.

—No lo ha leído nadie —repuso Bevan cansinamente y en tono burlón—. No hay nadie que viva tanto tiempo. Utilizamos ese libro para sostener un armario destartado del patio al que le falta una pata. ¡Son más de mil páginas de cólera! Es un poderoso cubo de invectivas expulsadas como la hedionda ventosidad del trasero

de un tipo que presume de no visitar nunca el teatro...

—Resulta difícil hacerlo cuando los teatros están cerrados a causa de la peste. — Lambert pareció satisfecho de encontrar ese defecto en la argumentación de su tío.

Bevan trasladó el peso de su cuerpo grandote en un intento por sentirse cómodo con su pierna renca. Lambert y él se hallaban apretujados en una esquina oscura frente al patio del Horse Guards, a la que Bevan le había conducido siguiendo una ruta trasera que subía desde el río y atravesaba la leñera, las carboneras y otras dependencias palaciegas.

—Dicen que el libro de Prynne es un mero vehículo del rencor malhablado, intolerante y tremendamente incendiario que el enloquecido autor ha ido acumulando a lo largo de siete años...

—¿Y llama puta a la reina? —Lambert siempre era directo. Desde la posición en la que se encontraban podían ver las altas ventanas de la Casa de Banquetes; en la calidez de la atmósfera que estas encerraban, las personas que se denominaban a sí mismas de clase alta se apretujaban en el interior contra los cristales y estiraban el cuello para ver el espectáculo. El rey y la reina estaban entre aquella multitud suntuosamente ataviada. De vez en cuando, una joya destellaba en el cuello pálido de una de las damas cuyos vestidos de cintura alta con mangas abullonadas y cuellos de encaje copo de nieve eran como disfraces para hadas en un espectáculo como el que se estaban preparando para ver.

—Una puta bien conocida —coincidió Bevan.

—¡No está bien informado! —repuso Lambert con una risita.

* * *

Mientras la procesión iluminada por antorchas continuaba avanzando, vieron pasar muchos fenómenos extraños frente a ellos. Al son de una música antigua que representaba el canto de los pájaros, apareció un búho muy grande acompañado por una urraca, un arrendajo, un cuervo y un milano real. Lambert y Bevan, que se esforzaban por divisar a su propio pájaro, distinguieron a tres sátiros con sus propios antorcheros..., y después vieron lo que estaban esperando: los tres chorlitos. Profirieron un rugido a modo de saludo, que mantuvieron hasta que una de esas aves de caza que avanzaban con pasos altos se volvió lentamente hacia ellos.

A pesar de la noche invernal, a Gideon le entraba el sudor en los ojos dentro del pesado disfraz de chorlito. A los adolescentes les gusta esconderse, pero aquello era demasiado incómodo. El joven actor, que intentaba por todos los medios seguir el ritmo del desfile, tropezó por un momento con las largas garras de sus pies de pájaro. La exclamación burlona de Bevan había sido inconfundible aun a través de la cabeza que llevaba y que amortiguaba los sonidos. ¡Ahora sí que estaba arreglado! Sabía que su tío abuelo y su hermano lo habían localizado.

Gideon no se fiaba de Bevan. Incluso la reciente oferta para convertirse en

aprendiz del impresor le parecía una especie de estratagema misteriosa. Siempre había tenido la sensación de que había algo poco sólido en su tío abuelo. Y tenía razón. Cuando estallara la guerra civil, Bevan se revelaría como un monárquico. En aquel entonces, Bevan ya estaba causando problemas aun cuando siempre insistía en que apoyaba a Gideon. La rebeldía del muchacho saldría a la luz y se convertiría en una tradición familiar, ocasionando muchas más discusiones furiosas en casa.

El tercer chorlito se vio obligado a admitir que lo habían reconocido, y bajó su delicado pico a modo de triste saludo. Completamente abatido, agitó los brazos como si fueran alas y siguió su camino.

* * *

—Bueno, ahí va, volando; hemos cumplido con nuestro deber. —«¿Qué deber?», hubiera bramado Gideon—. ¡Vamos a una taberna, Lambert!

—¿No esperamos para llevar a nuestro polluelo de vuelta a casa?

—Se hará de día antes de que lo suelten. Deja que vuelva solo.

Por lo menos Lambert empezaba a lamentar que aquel joven granuja se metiera en más problemas.

—¡Quieres decir que deje que responda solo ante mi madre! —Lambert sabía que Bevan le tenía miedo a Parthenope—. No hace falta que hablemos de ello...

—¡Es demasiado bueno para guardárnoslo para nosotros! —sentenció Bevan con crueldad.

La aglomeración de gente les impidió marcharse de inmediato. Vieron el resto del desfile. Detrás de los chorlitos y con paso vacilante, iba un magnífico molino de viento móvil contra el cual un caballero estafalario y su escudero arremetían lanza en ristre y con precariedad, al tiempo que intentaban evitar sus aspas giratorias. A partir de ahí, la procesión se hizo más formal. Catorce trompetas avanzaron a medio galope con estandartes de vivos colores; los seguían el alguacil rodeado de un séquito de cuarenta miembros, todos ellos a caballo y adornados con jubones y calzas de color escarlata ribeteados con galón de plata; a continuación, pasaron un centenar de caballeros montados que marchaban en columna de dos en fondo. Por último, y al estilo de un Triunfo romano, tres carrozas decoradas llevaban a la Paz, la Ley y la Justicia, unas mujeres regias, deslumbrantes de estrellas y ornamentos plateados, emocionadas bajo las luces y sombras de numerosas antorchas.

El rey y la reina quedaron tan impresionados que enviaron a alguien a solicitar que todo el carnaval fuera conducido por el campo de justas hasta el otro extremo de Whitehall, y que volviera a avanzar para poder verlo por segunda vez. La noche era gélida y las multitudes que había en la calle empezaron a perder el interés. En cuanto consiguieron espacio para moverse, Bevan y Lambert Jukes se marcharon. Se abrieron paso con cuidado, sorteando las recientes boñigas de los caballos por el Strand y luego torcieron al este, de regreso a su turbulento distrito, donde podrían

disfrutar de una jarra en una taberna más a gusto que allí.

* * *

Los miembros del espectáculo se detuvieron por fin frente a la Casa de Banquetes. A través de su disfraz, Gideon podía distinguir algunas partes del austero edificio neoclásico y su mampostería en tres tonos tenues, donde el armonioso estilo palladino suponía un fresco contraste con el ladrillo rojo y las vigas con pintura resplandeciente de los bulliciosos y viejos edificios, estilo Tudor, que había en Whitehall. Como los otros actores lo empujaban y tenía miedo de que le pisaran la cola, entró al nivel del sótano. Las garras de su disfraz resbalaban en la piedra mientras subía por los cómodos tramos de una escalera ancha.

Una entrada alta los llevó a un magnífico salón de dos pisos diseñado a propósito para las recepciones de Estado. Los invadió el calor, un vocerío escandaloso, la fetidez del sudor y el olor empalagoso del agua de rosas. Al fondo se erigía el trono con dosel del rey, flanqueado por los más nobles caballeros y damas de la corte. Los perritos falderos correteaban por allí a sus anchas. Otros cortesanos, adornados con marcas de viruela y grandes perlas, se hallaban alineados en los dos pasillos laterales, donde los tapices magníficos que cubrían las hornacinas de las altas ventanas se habían retirado en el lado que daba a la calle para permitir la vista al exterior. En lo alto, los espectadores de menor categoría se inclinaban por encima de la baranda de la galería que rodeaba el piso superior; entre estos había miembros de las Inns of Court que se las habían visto con el lord canciller con objeto de obtener permiso para ver su propio espectáculo. La habitación, cuyo ambiente se hallaba ya caldeado por la cantidad de cuerpos apretujados, resplandecía de luz, del refulgir del tisú de oro y plata y del centelleo de las joyas. Solo el techo estaba al desnudo. Se habían encargado unos paneles pintados a Peter Paul Rubens, pero no llegarían desde Holanda hasta el año siguiente.

El rey y la reina, unas figuras diminutas entronizadas como muñecos en su tarima real, se hallaban frente a un escenario elevado construido especialmente para la ocasión. Durante el espectáculo, en él se representarían toda una variedad de pérgolas, calles, una taberna, el campo abierto y nubes, con todos los cambios de decorado y ambientación que realizaría una ingeniosa maquinaria.

A Gideon le permitieron que se quitara la cabeza del disfraz temporalmente para poder escuchar las primeras escenas. Apareció con el rostro colorado, y aun así el desarrollo le resultó difícil de seguir. Parecía algo totalmente ajeno al hijo de un comerciante. El guión era aburrido: una extraña mezcla de danza y payasadas salpicada de diálogos anodinos. Las actuaciones se sucedían en un drama que destacaba más por su ingenuidad que por su contenido. Los momentos burlescos daban paso a canciones banales que a nadie se le ocurriría ir tarareando por la calle; hubo muchas danzas, y después un drama musical curiosamente acartonado para la

Paz, la Ley y la Justicia.

El texto de James Shirley carecía del vigor de las viejas mascaradas de Ben Jonson que se habían representado allí en otra época, y no era digno del magnífico poeta que escribió *Death the Leveller*. Sus escenas cómicas de los bajos fondos eran más animadas que sus solemnes alegorías, pero no mucho más. Mozas y licenciosos jugadores de apuestas que entraban en tabernas y salían borrachos; ladrones que eran apresados por un agente de policía; mendigos y tullidos bulliciosos que intentaban estafar a la alta burguesía y que luego arrojaban las muletas y se ponían a bailar. Shirley únicamente tocó la polémica con mucho cuidado: «¿Estas son las consecuencias de la Paz?», preguntó la Opinión (perturbada, como era comprensible); «La corrupción en lugar de...». Este fue el único comentario mordaz. El rey y la reina, que seguían riéndose del baile de los tullidos, ni siquiera debieron de oírlo.

Según aquella mascarada, la paz tenía el beneficio de promover la inventiva inglesa. Los personajes formaron fila para asombrar al público con ideas fabulosas: un jinete trajo una brida que refrescaría a los caballos acalorados; un hombre de campo había ideado una nueva trilladora maravillosa; un filósofo barbudo llevaba un horno en la cabeza que podía hervir carne de ternera en un versátil recipiente al vapor. Había una cámara sumergible que permitía a los submarinistas recuperar tesoros perdidos de los lechos de los ríos, un médico con un sombrero lleno de zanahorias y un gallo agarrado con el puño había encontrado la manera de cebar a las aves de corral con sobras de comida, y para una fortaleza que iba a construirse en Goodwin Sands se derretiría piedra. En ese siglo en el que la ciencia iba a experimentar unos avances espectaculares, aquel era el lado descabellado de la ciencia.

Gideon se imaginaba que el objetivo de los tres chorlitos era ilustrar los placeres rurales durante épocas de abundancia. Ya había llegado su momento. Volvió a ponerse la cabeza del disfraz a toda prisa y salió al escenario con un correteo. Apenas tuvo tiempo de ponerse nervioso. El trío de pájaros fue perseguido por tres tramperos que, como era de esperar, los atraparon con alambres y jaulas, tras lo cual se retiraron apresuradamente para dejar espacio al molino y a su caballero de justas. Gideon experimentó la melancolía del artista que sabe con certeza que el próximo número tendrá más éxito.

Poco después, acompañadas por una música solemne, la Paz, la Ley y la Justicia descendieron en unas carrozas doradas desde las nubes del decorado situadas en los pisos superiores: tres deidades femeninas esculturales con vestiduras clásicas de satén de color verde, púrpura y blanco. Las damas se intercambiaron cumplidos valiéndose de una poesía curiosamente mala y, a continuación, todo el elenco avanzó hacia el rey y la reina y se dirigieron a sus majestades con una tonada gazmoña. Gideon estaba en la parte de atrás, por lo que apenas vislumbró al monarca.

El decorado cambió. Cambió también la canción, aunque no en calidad. Se preveía el final, pero la danza quedó interrumpida por unos tramoyistas y modistos de

disfraces al parecer reales cuyo diálogo era considerablemente más animado que todo el resto del espectáculo. Entre bastidores, una niña pequeña que iba brincando sola por allí soltó un grito de alegría. Gideon Jukes había estado apunto de tropezar con ella, puesto que quedaba por debajo de su línea de visión, limitada esta como estaba por los agujeros de los ojos. La niña, a la que perseguía su abuela llamándola en voz baja «Juliana», lo apartó de un empujón, casi enferma de entusiasmo, en tanto que los actores representaban a un pintor y un carpintero, a la esposa de un sastre, la esposa de un productor de plumas y la esposa de un bordador, que se intercambiaban bromas en el escenario. Representaban a las personas comunes y corrientes del mundo que existía entre bambalinas, y en el que acababa de iniciarla su abuela, una mujer un tanto maloliente. «*Juliane! Où est-tu?*». La niña tenía ocho años y había estado ayudando con los disfraces, emocionada por la responsabilidad..., pero aquella noche estaba extasiada por haber visto a la reina.

El decorado cambió una vez más. Una representación del Amanecer apareció en escena deslizándose con fluidez: una chica pálida que a Gideon le gustaba mucho, ataviada con un disfraz en parte transparente. Aquello puso fin al espectáculo formal. La reina sí que bailó con los actores, demostrando así su indiferencia a los insultos de William Prynne y deleitando al menos a una niña pequeña de una manera absoluta.

Gideon se escandalizó cuando su majestad la reina se puso a bailar. El rebelde que había en él se vio superado. Se desvaneció cualquier idea de escaparse de casa para ser actor. Tendría que resignarse a alguna otra profesión.

* * *

Enriqueta María disfrutó tanto con *El triunfo de la paz* que ordenó que volvieran a representarla en el Merchant Taylors Hall, donde su mensaje antipuritano podría llegar a mayor cantidad de gente, en especial a los jóvenes. Los padres del tercer chorlito le prohibieron actuar la segunda vez. La niña pequeña llamada Juliana tampoco acudiría, puesto que su abuela, que siempre fue una mujer decidida, quería intimidad para dar esperanzas a un abogado llamado William Gadd, al que había conocido en la primera función.

Aquella noche regia en la Casa de Banquetes, a todos los actores y abogados los llevaron después a un enorme banquete que se prolongó hasta el amanecer. Gideon tenía sueño y no comió demasiado. A la mañana siguiente, el tercer chorlito volvió a trompicones a casa con la cabeza de pájaro bajo el brazo y perdiendo plumas durante todo el camino, desde Ludgate Hill a Cheapside.

CAPÍTULO III

LONDRES, 1634-1642

Parthenope se lo perdonó.

Era su niño..., y estaba a punto de perderlo. Ella consideraba que no era el mejor momento para mandar a Gideon a otra casa situada casi en el otro extremo de Londres. Sin embargo, hay veces en las que a un joven le resulta más fácil respetar a los desconocidos.

Gideon estuvo a punto de echarse atrás antes de empezar. Su primera tarea consistió en localizar a Robert Allibone, su nuevo maestro, quien trabajaba bajo el signo de la barrena. Su tío abuelo le había indicado con displicencia que lo encontraría a poca distancia de Fleet Lane. Gideon, que había crecido dentro de las murallas, tuvo que dejar atrás las pocas calles alrededor de Cheapside que conocía bien, cruzar el alboroto de los vendedores de libros en torno a Saint Paul, y explorar en dirección oeste al otro lado de la muralla de la ciudad, hacia Ludgate Hill y los alrededores del Old Bailey. Aunque solo estaba a media hora de distancia andando, era territorio desconocido. Gideon se resistía a preguntar el camino. Se había dirigido a una zona de abogados y sus adláteres, algunos de ellos con visible mal aspecto. Tenía la sensación de que los rateros le iban pisando los talones; oía a los borrachos que, entre gritos escandalosos, tomaban unas copas en tabernas y mesones sombríos. Había llegado a donde estaban los escribanos, impresores, cocheros y, puesto que la ley era tan lucrativa, orfebres y joyeros.

Llegó un momento en el que pocas calles laterales tenían nombre, y en el que los locales carecían de número de casa, por lo que prácticamente en todas las puertas se balanceaban unos carteles de madera; estaban situados a la altura necesaria para no decapitar a un hombre a caballo, pero aparte de eso no seguían orden alguno. Los dibujos eran toscos, y a menudo estaban descoloridos. Pocos de los letreros tenían relación alguna con las tiendas o comercios cercanos. Gideon deambuló por allí con esa falta de apremio propia de la juventud, contemplando los Gallos y Toros, Leones Rojos, Venados Blancos, Cisnes, Coronas, Cabezas de Turco, Cabezas de Rey, Cabezas de Jabalíes, Llaves Cruzadas y Brújulas, Soles Nacientes y Hombres en la Luna, Arbustos, Osos y Granos de Cebada. Tardó una hora más en encontrar la Barrena. Robert Allibone, un hombre robusto, de cabello rubio rojizo y vestido con bombachos y camisa, que le dio la bienvenida sin quejarse, reconoció que los carteles de la calle carecían de refinamiento.

Gideon confesó que no sabía lo que era una barrena.

—Un berbiquí. Una buena herramienta penetrante. No hay que confundirla con un augur^[2], que es un profeta pagano o pronosticador, un diletante de los despojos y

las artimañas... —El impresor se quedó mirando al chico—. Espero que te gusten las palabras.

—Lo intentaré, señor.

—¿Y qué tal vas con las ideas?

—¿Usted imprime ideas?

—Yo imprimo palabras. Recuérdalo. No me hago responsable de las ideas. Quienquiera que encargue la impresión debe asumir los riesgos. Es decir, el editor. —Una mano firme empujó a Gideon para que se sentara en un taburete, y el joven se encontró con un libro abierto en el regazo—. Demuéstrame que sabes leer. —Aunque en los condados rurales había poca gente alfabetizada, la mayor parte de los habitantes de Londres sabían leer. Gideon se dio cuenta de inmediato de que la obra que le habían dado como prueba era un sermón sumamente tedioso, de modo que hizo una mueca; Allibone pareció complacido, ya fuera por su rapidez o por su gusto crítico.

Bevan actuaba como su tutor. Gideon se percató de que Allibone se puso tenso cuando entró su tío vestido con un traje recargado de color escarlata, el conjunto con el que se había casado con Elizabeth Keevil. La familia Jukes había centrado su rechazo hacia Bevan en aquel traje de boda. El color dominante era intenso; en el ribete de las orillas, dobladillos y costuras laterales destellaban las lentejuelas. La capa corta, que se llevaba con aire despreocupado sobre el hombro izquierdo, hacía que Bevan pareciera exageradamente ancho de espaldas. El conjunto incluía un par de guantes: Bevan siempre llevaba uno puesto y el otro agarrado de la mano.

Su tío dejó el guante que no llevaba puesto sobre un montón de panfletos impresos, y entregó las cincuenta libras que se habían acordado como fianza a Allibone. Se suponía que el dinero constituía la garantía de que Gideon provenía de una buena familia, y que con el tiempo sería capaz de establecerse en su propio negocio. Por regla general, la fianza se devolvía cuando el joven terminaba su período de aprendizaje; el propósito era que el chico se estableciera. No obstante, Gideon dedujo que las cincuenta libras de Bevan iban a quedarse en poder de Allibone, puesto que representaban alguna deuda de los Keevil. Percibió rencor entre los dos hombres. El tono de voz de Allibone fue deliberadamente seco:

—Eres un chico afortunado, Gideon Jukes. ¡El acceso al aprendizaje en la Stationer's Company está estrictamente regulado!

Bevan dirigió una mirada afligida a Allibone. A continuación, se encargó de explicar el contrato de aprendizaje:

—El contrato de aprendizaje, que debes proteger con tu vida, atestigua lo siguiente: que tú, Gideon Jukes, servirás con lealtad a tu maestro para aprender el oficio de impresor. —Su dedo regordete fue descendiendo por los términos—. No causarás ningún daño a tu maestro ni permitirás que otros lo hagan. No malgastarás su mercancía ni la cederás de manera ilícita. No fornicarás ni contraerás matrimonio. No jugarás a cartas, dados, tablas reales ni otros juegos ilegales que puedan provocar

pérdidas a tu maestro. No frecuentarás las tabernas ni, por supuesto, los teatros.

Gideon arrastró los pies. Robert Allibone posó su mirada perspicaz pensativamente en aquel muchacho, de cuya inteligencia y ansias de aprender tanto le habían hablado: era un ejemplar desgarrado, con un cabello lacio del color de la estopa recién cortado a lo paje y una piel llena de pústulas. Aun así, daba la impresión de poseer buenos modales. A Allibone le había caído simpático..., antes de que llegara su irritante tío.

Bevan cogió de nuevo el guante que solo llevaría agarrado en la mano y, ufano, siguió diciendo:

—Bueno, bien, está todo aquí... no comprar ni vender artículos por tu cuenta, no ausentarte de tu taller ni de día ni de noche sin el permiso de tu maestro, comportarte como un aprendiz fiel, etcétera. En consideración, tu maestro te enseñará e instruirá en el arte y el misterio de este oficio por todos los medios de que disponga, en tanto que te proveerá de comida, bebida, ropa, alojamiento y todo lo necesario según es costumbre en la ciudad de Londres. —Se hallaban fuera de la ciudad, pero nadie puso objeciones.

—Gracias —dijo Gideon con gratitud al impresor. Sus padres habían amenazado con echarlo de casa por su deslealtad. Lo más probable es que fuera un farol, pero un chico de trece años necesita tener la seguridad de que no ha visto la última empanada de ternera y ostras de su vida.

Su tío propuso ir a tomar una copa con Allibone para sellar el contrato. A Gideon lo dejaron allí, sentado en una paca de papel, contemplando el terrorífico equipo bastante acongojado. La altura de la, ahora, silenciosa prensa era mayor que la de un hombre. A su debido tiempo, Allibone le explicaría que se basaba en el diseño de las prensas de aceitunas y de vino. Constaba de dos vigas laterales altas, rectas y pesadas que sostenían un travesaño más ligero a través del cual descendía un tornillo grande de madera. En su acampanado extremo inferior había sujeta una manivela, y más abajo una caja plana que contenía el papel. Debajo de ella había una tabla alargada donde estaba el molde lleno de los tipos de imprenta colocados como en una imagen especular para aplicar la tinta. Gideon recorrió la habitación con la mirada, y vio un desalentador despliegue de cajas que contenían letras, grandes y pequeñas, en aparente desorden. En los estantes había libros sin encuadernar y panfletos que esperaban ser vendidos.

Allibone, que no era un bebedor empedernido como Bevan, no tardó en regresar y enseñó a su aprendiz la primera lección: cómo hacerse una carriola para dormir en la tienda.

* * *

John Jukes, el prudente padre, apareció al cabo de dos días para inspeccionar la imprenta.

Se encontró con un hombre pecoso de veintinueve años, de mirada serena y aire de confianza. Jukes había determinado que Allibone era un hombre casado sin hijos. Era propietario de una prensa, pues el hecho de poseer más de una causaba problemas con las autoridades. Trabajaba en un taller diminuto y vivía en el piso de arriba con su esposa. Vendía algunas obras allí mismo, pero distribuía otras copias a librerías o vendedores ambulantes.

—Tengo entendido que solo hay veinte impresores con licencia —empezó diciendo Jukes con pedantería. Allibone escuchó mientras evaluaba a Jukes: un tendero bien alimentado al que probablemente hubiera enviado su esposa. Llevaba un traje de paño inglés sin accesorios franceses, holandeses o italianos, un traje que le habían hecho a medida hacía una década, cuando era un hombre de mediana edad y más influyente. Un hombre que rumiaba sus desaires, planeaba sus argumentos y luego te los soltaba como si leyera un sermón—. ¿Usted no tiene problemas con las autoridades, maestro Allibone?

—Evito provocarlos... Más o menos hay una veintena de maestros impresores con licencia de la Stationer's Company y aprobados por la Comisión Suprema. —Allibone fue a entintar una bandeja de letras utilizando para ello con destreza una herramienta de madera cubierta de lana de cordero. John Jukes hizo rechinar los dientes al oír mencionar la Corte de la Comisión Suprema; Allibone compartió el momento y luego le confió con más franqueza—: Nosotros, los simples pequeños propietarios, tratamos por todos los medios de no enemistarnos con los agentes de la Compañía, y si nos mostramos adecuadamente humildes ellos nos pasan trabajo. Siempre se trata del trabajo menos rentable, por supuesto.

El padre inició una nueva táctica:

—Mandar a un chico a casa de un desconocido para que aprenda el oficio es una cosa común —el maestro impresor se limitó a mover la cabeza en señal de asentimiento. Aunque se dedicaba a las palabras, podía contentarse con el silencio. Gideon, cuya familia refunfuñaría por cualquier cosa antes que dejar cincuenta segundos vacíos, ya había notado la diferencia. Allibone iba a ser una gran influencia; Gideon Jukes iba camino de convertirse en un hombre callado.

—Nos llevamos bastante bien —comentó Allibone, quien en su fuero interno pensaba que su joven aprendiz era un muchacho lo bastante fuerte. En Gideon no había mansedumbre. Era empecinado pero, durante los últimos dos días, había recibido buenas lecciones y había demostrado voluntad de aprender. A Allibone le resultaba fácil instruirlo y, si Gideon cometía errores, era únicamente porque intentaba avanzar demasiado deprisa y hacer cosas antes de estar capacitado para ellas.

John Jukes se convenció a regañadientes de que Allibone era de fiar. El impresor no trató de bravuconear sobre sí mismo o sobre su oficio y, por suerte, no mencionó a Bevan. Dejó a Jukes un momento a solas con su hijo. Allibone había percibido la incomodidad que había entre ellos, exacerbada por el hecho de que aquel año Gideon

había dado un repentino estirón y era ya más alto que su padre.

—¿Estás satisfecho con tu situación? —John miraba la ropa de aprendiz de su hijo, unos viejos bombachos de Allibone bajo el mandil de cuero azul. Todo lo que Gideon tocaba parecía llenarlo de tinta; solo se salvaba su pelo recién cortado. John no sabía si reírse de la mugrienta imagen que ofrecía el muchacho o deplorarla.

Gideon aseguró valientemente que era feliz; su escéptico padre sabía que cualquier chico se sentiría triste tras sus dos primeros días en un entorno extraño. El paso de la niñez al mundo adulto causaba una impresión desagradable. En aquellos momentos, Gideon tenía que contemplar toda una vida cercana a la monotonía, levantándose al alba para dedicarse a una tarea rutinaria hasta la hora de la cena.

—Bueno, te has comprometido, Gideon. El tío de tu madre, por sus propias razones, se tomó muchas molestias para conseguirle esta oportunidad.

—Hay muchos aprendices que no terminan su período —repuso Gideon con desánimo y entre dientes.

—¡En nuestra familia no! —John debía de haberse olvidado del gandul del primo Tom, se burló Gideon para sus adentros. Tom Jukes probaba una nueva ocupación cada año, y la única que le gustó fue la de echarse a perder... Su padre sugirió con comprensión—: Debes quedarte durante un mes para probarlo bien. Después, si tu corazón te lo pide a gritos con todas sus fuerzas, puedes venir a consultarme.

—¡Un mes!

El chico había revelado con esa exclamación lo mucho que extrañaba a su familia. Para reducir el efecto en sus emociones, Jukes padre llamó de nuevo al impresor. Allibone no dio muestras de sus propias dudas. Gideon era el primer aprendiz del que se había podido hacer cargo, y le preocupaba que las cosas se torcieran. Al final convenció a John Jukes, lo aplacó regalándole un almanaque y una propuesta para que Jukes escribiera una enciclopedia de especias para publicarla. Pese a sus modales reservados, Robert Allibone era un hombre de negocios astuto y había reconocido en el padre de Gideon a un hombre con muchos proyectos..., aunque tal vez no fuera consciente de la frecuencia con la que los proyectos de John quedaban incompletos.

—Bueno, Gideon, toma, tu madre te manda unos dulces.

Le entregó un paquete que contenía lazos de hojaldre con sabor a canela, y Gideon volvió al trabajo. John Jukes se despidió; Allibone se fijó en que el hombre se enjugaba rápidamente una lágrima. Su aprendiz también se secó la nariz llena de tinta con la manga de la camisa.

Gideon escondió aquellas primeras pastas y se las comió en secreto, pero cuando no había pasado todavía un mes el muchacho empezó a entrar en confianza, por lo que cuando su madre le mandaba dulces los compartía. Margery Allibone, una mujer brusca y mayor que su esposo, cuya cocina era simplemente aceptable, le preguntó una vez si su madre querría pasarle la receta de los lazos de hojaldre. El impresor fue más allá. Los libros de cocina, los herbarios y los manuales domésticos eran los que

el público prefería; estuvo dando la lata para que Parthenope compilara *Los secretos de una buena ama de casa*, que él podía ilustrar con grabados y vender a las novias preocupadas. Sin embargo, Parthenope estaba a punto de tener una nuera, la esposa de Lambert, y sentía la necesidad de proteger su posición salvaguardando sus conocimientos. Cuando los Jukes querían tener una gentileza con los Allibone, les mandaban pasas o pimienta de Jamaica.

* * *

El joven Gideon Jukes cumplió su período de aprendizaje. Durante los siete años que duró su contrato, fue el típico aprendiz: torpe, despistado y soñoliento. Pasó de entregar paquetes a hacer funcionar la prensa, y aprendió los trucos y los riesgos. Le enseñaron que la tipografía tenía una importancia fundamental; se pasó horas sentado frente a la alta mesa de composición para llegar a dominar la rápida utilización de la caja de los tipos de imprenta, donde las vocales se hallaban en los compartimentos centrales, las consonantes frecuentes a continuación y las X, Y y Z en los de los bordes. Aprendió a ajustar el molde para que las líneas de letras quedaran bien alineadas, cuánto girar la manivela para bajar la prensa (primero una vez, luego otra para la segunda página), a regular la cantidad de tinta de la almohadilla y el tiempo que hacía falta para que las hojas húmedas se secaran. Observó cómo Allibone negociaba con la Stationers' Company, que registraba los libros y controlaba las publicaciones; cómo encargaba trabajo a autores, tanto profesionales como principiantes; cómo lograba cobrar a los clientes que se resistían a pagar sus deudas; cómo organizaba a los encuadernadores y cómo mantenía una lista detallada de importadores de papel y tinta y de suministradores de plumas decentes; cómo manejaba a la gente que le rogaba que imprimiera unos contenidos que él desaprobaba (que eran muy pocos) o que sabía que no podía vender (bastantes más).

A Gideon no le pagaban nada, pero tenía libertad para leer. Si un defecto tenía como trabajador, era su tendencia a ensimismarse en las palabras. Ya resultaba bastante difícil componer y espaciar el texto de forma correcta, como para que encima se perdiera al seguir leyendo las páginas manuscritas ajeno a todo. Robert Allibone lo amenazó en más de una ocasión con enseñarle lo que era tener a un patrón severo que le golpeará..., aunque, como él también era adicto a la lectura, nunca lo hizo.

Para cualquiera que estuviera interesado en la política, pronto no habría mejor negocio que aquel. Al principio, sin embargo, las perspectivas para los impresores no eran muy buenas, y empeoraron antes de mejorar. La censura prohibía las publicaciones de todas las noticias extranjeras y nacionales. Entonces, en 1637, tres años después de que Gideon iniciara su contrato de aprendizaje, la Cámara Estrellada del Rey aprobó el *Decreto concerniente a la imprenta*, una ley draconiana. Con ello se pretendía suprimir los libros sediciosos, en particular los que no concordaban con

los ideales de la Alta Iglesia del nuevo arzobispo de Canterbury, el reformista William Laud. El decreto insistía en que la Stationer's Company registrara todas las obras impresas. Las multas para los autores sediciosos se reforzaban con multas a sus impresores. De un modo u otro, aunque Gideon nunca supo cómo, Allibone se salvó de las multas, pero fue una época de inquietud.

Posteriormente, al cabo de otros cuatro años, cuando el rey Carlos se vio obligado a convocar un Parlamento, la Cámara Estrellada se abolió. Inmediatamente, los impresores empezaron a vender libros sin registro oficial. Los panfletos y boletines de noticias prosperaron enseguida; todo «Ataque Feroz» generaba una «Réplica Ingeniosa». Cualquiera que tuviera una cuestión candente podía promover sus opiniones, ya fuera expresándolas abiertamente con todo descaro, ocultándose bajo un nombre falso o firmando tentativamente solo con sus iniciales.

Gideon Jukes se había encontrado por casualidad en el centro de todo aquello. Finalizó su período de aprendizaje a la edad de veinte años, el mismo año que por fin el rey convocaría un Parlamento. Él había vivido el viejo régimen, y entonces experimentó una gran oleada de entusiasmo con el nuevo.

* * *

Una de las primeras decisiones que tomó Gideon como adulto fue alistarse en las London Trained Bands.

Inglaterra no poseía un ejército permanente. Las Trained Bands fueron creadas por la reina Isabel. Eran milicias locales en las que todos los veranos los hombres recibían adiestramiento en el uso de la pica y el mosquete, para defender el reino contra la invasión extranjera. Por lo general, las Trained Bands, mal equipadas, mal adiestradas y propensas a las deserciones, se consideraban una farsa y, en la mayoría de los condados, eran realmente incompetentes, aunque en Londres la situación era distinta. Las London Trained Bands eran las mejores, muy superiores al resto.

El padre de Gideon era un entusiasta; había sido capitán de la Compañía de Artillería, los teóricos altruistas de las Trained Bands desde que Gideon tenía memoria. Una vez al mes, en verano, John se ponía una casaca de gamuza y reunía sus armas. Entonces se dirigía con orgullo y resolución a un recinto cerrado situado en el extremo oeste de Spitafields, el Parque de Artillería, donde la compañía se reunía para practicar bajo la orientación de soldados profesionales contratados para tal fin. Jukes y sus compañeros estudiaban viejas campañas y escribían vehementes tratados militares. Ninguno de ellos había realizado un solo disparo en un momento de furia. Todos estaban convencidos de que eran expertos. Después de las emociones de la instrucción, aquellos amigables aficionados siempre pasaban por una taberna. Sus festines eran legendarios; los utensilios, platos y soperas que utilizaban para cenar eran el equipo que cuidaban con más ternura.

Lambert Jukes era un entusiasta integrante del Regimiento Azul de las Trained

Bands. Él también se deleitaba vistiendo el uniforme, realizando prácticas de tiro y bebiendo con los compañeros después de la instrucción.

—¡Solo sois guerreros de fin de semana! —refunfuñó Gideon—. De profesionales solo tenéis la pose. Os faltan agallas.

Para los propietarios de viviendas, la pertenencia a las Trained Bands era obligatoria, si bien se les permitía enviar sustitutos y muchos de ellos ordenaban a sus aprendices o criados que asistieran en su lugar. Una profunda aprensión política fue el motivo de que Allibone asistiera a las sesiones de adiestramiento en persona. Él pertenecía al Regimiento Verde, regimiento al que Gideon empezaba a mirar con recelo.

Londres bullía. En 1641, Gideon quedó eximido de su connato de aprendizaje siendo un oficial impresor cualificado. Era más alto y menos fornido que su hermano mayor; sin embargo, era más fuerte, sus músculos se habían torneado de tanto manejar la prensa y echarse al hombro balas de papel. Poseía rasgos angulosos, la piel pálida y el cabello rubio que le venía de familia y que sugería que, si los asaltantes vikingos no habían dejado su impronta en un pasado remoto, por lo menos los marineros suecos o daneses sí que habían repartido alegría entre las señoras del Londres medieval o de la época de los Tudor. Allibone había hecho de él un buen impresor en todos los sentidos, aunque nunca llegaría a ser un cajista perfecto. «¡Baja de las nubes! ¿Dónde tienes la cabeza?».

Gideon, calmado y de natural bondadoso, se limitaba a sonreír. No poseía la seguridad suficiente como para hablar de ello, pero se estaba preguntando qué podría depararle su futuro siendo un segundo hijo sin patrono, en condiciones de ser un oficial pero sin dinero para poner en marcha un negocio.

Llegó una solución, aunque de un modo triste. La esposa de Robert Allibone falleció. Lambert, el hermano de Gideon, había realizado su período de aprendizaje como tendero con un maestro cuya esposa mangoneaba a los muchachos, pero Margery Allibone no era una bravucona y rara vez entraba en la imprenta. Gideon siempre había sabido que su patrón y ella se tenían devoción. De vez en cuando, no había podido evitar escuchar lo que sabía que eran los sonidos de las relaciones sexuales; al principio fue un chico fascinado por aquellos gemidos robados, pero acabó siendo un joven soltero frustrado que se tapaba los oídos. Fleet Lane se llenaba con frecuencia de los lentos compases de los Allibone que interpretaban dúos musicales con una viola y un violín que tenían desde que se casaron.

Al enviudar, Robert buscó un cambio. Decidió mudarse a otro local de la ciudad, y le pidió a Gideon que fuera con él como su socio. Gideon aceptó con entusiasmo. Se establecieron en el extremo superior de Basinghall Street, cerca de Guildhall, entre Cripplegate y Moorgate. En el extremo norte había casas bonitas con jardines alargados, en tanto que en el lado sur predominaban los locales más pequeños y callejones cerrados. Si caminaba por Lothbury con sus ruidosos talleres del cobre y bajaba por Ironmongers Lane, Gideon podía plantarse en pocos minutos en la tienda

de comestibles de los Jukes. Todavía no había llegado a casa a ver a su madre, pero ya se estaba aproximando a Bread Street; por fin podría volver a familiarizarse con su glorioso pudin holandés.

En aquellos días, la preparación de los pudines era un esfuerzo conjunto entre Parthenope y Anne, la guapa esposa de Lambert, una chica sensata de ojos oscuros que provenía de Bishopsgate; en cuanto se vio que la muchacha poseía un ligero toque con los panecillos blancos de trigo, Anne congenió con su suegra. Las mujeres trabajaban juntas tranquilamente en la cocina, donde últimamente John Jukes dormitaba en un banco de madera, adentrándose con parsimonia en su vejez con la cabeza tan llena de planes como siempre. Lambert dirigía el negocio sin esfuerzo.

Gideon fue bien recibido. Puesto que se había asociado con Allibone, no tendría problemas con Lambert. Su madre dirigió una nueva mirada al hijo que había regresado, aquel joven de veinte años con el cabello rubio y el andar desgarbado que había llegado a la edad adulta con una visión mordaz del mundo pero que, por lo visto, ahora estaba satisfecho con el lugar que ocupaba en él. La mujer se preguntó qué otras empresas le aguardarían y si ella viviría para ver su futuro. A las madres les gusta pensar que sus hijos están destinados a la grandeza. Parthenope, cuya cabeza no dejaba de rumiar aunque tuviera las manos ocupadas mezclando ingredientes en un cuenco, sabía que eso, casi siempre, llevaba a la decepción. Pero Lambert, quien no le había dado ni un solo motivo para dudar de él, tampoco le había dado nunca la sensación de potencial que experimentaba con Gideon. Así pues, le preparó un poco del mazapán que imitaba la panceta (tiras de dos tonos distintos entreveradas caprichosamente), haciendo como si volviera a ser un chico problemático que necesitaba agua de rosas para su acné. Y esperó.

A Gideon le gustaba llevar a Robert Allibone a su casa como invitado a la cena. Sin embargo, rara vez volvió después de un percance que tuvo un día, cuando un pedazo de pincho se quedó dentro del redondo de ternera relleno y, lamentablemente, se clavó en el paladar del confiado impresor.

* * *

Gideon siempre había sido consciente de que Robert era escéptico con respecto a la autoridad. A lo largo de su aprendizaje, Gideon Jukes había visto que en su tienda se vendía cierto material incendiario, pero el patrón nunca involucró a su aprendiz. Los «almanaques» sediciosos siempre los imprimía él mismo; estaban guardados en un armario cerrado con llave y se entregaban discretamente a clientes que ya sabían de antemano lo que estaban adquiriendo. Y Gideon empezó a leerlos muy pronto.

En cuanto se trasladaron a Basinghall Street, las ansias de reforma de Allibone se hicieron más patentes.

—Las publicaciones reportan conocimientos. Lo que nosotros publicamos puede mostrarle a la gente sus derechos y libertades.

Había elegido su nuevo local de manera deliberada para que este lo situara entre otras personas de opiniones similares. Daba la impresión de que Basinghall Street era un lugar bastante respetable, puesto que serpenteaba en torno al Guildhall y varias salas gremiales. No obstante, Gideon no tardó en caer en la cuenta de que la estrecha fachada de su tienda era menos importante que su puerta trasera, aún más destartalada. Detrás del local donde Allibone y él trabajaban y servían cortésmente a los regidores con calendarios de mareas y boletines de noticias, accesible a través de unos patios adyacentes y por encima de un muro con unos convenientes puntos de apoyo, se hallaba Coleman Street. Dicha calle era un semillero de impresores radicales, y algunos grupos religiosos extremados tenían allí sus lugares de reunión. Era allí donde las mujeres predicadoras se reunían y daban sermones enaltecedores a sus hermanas librepensadoras y, en ocasiones, a sus hermanos de vida libre. En Coleman Street también estaba la taberna Star, local que iba a hacerse famoso como guarida de conspiradores parlamentaristas.

CAPÍTULO IV

LONDRES, 1641-1642

Gideon tenía la sensación de estar viviendo un cambio hacia un período extraordinario. Todas las generaciones se quejan del Gobierno, pero Gideon Jukes presentía que aquello iba a ser distinto.

En realidad nadie pretendía iniciar una guerra civil. En casi todas las guerras pasadas se había combatido contra agresores extranjeros. Otras fueron para decidir quién debía ser rey, no para cuestionar si el poseedor de la corona era o no un mal gobernante, aunque el hecho de que lo fuera contribuía a validar a cualquier usurpador. Con un gesto sumamente inusual, el rey Jacobo de Escocia había reconocido que fueron sus nuevos súbditos ingleses quienes lo invitaron a suceder a la reina Isabel. Su hijo Carlos nunca contempló posibilidad semejante; Carlos creía que Dios le había dado una autoridad que nadie podía poner en duda. Los puritanos y otros independientes, que hablaban directamente con Dios, oían un mensaje distinto. ¿Por qué el Señor habría elegido a un autócrata raquítrico, inculto y taimado, casado, además, con una extranjera católica y manipuladora? ¿Por qué habría elegido a un hombre que, al tiempo que estaba desesperado por ser querido, poseía no obstante una facilidad impresionante para ofender? En tanto que los súbditos más serios intentaban encontrar una solución de compromiso, un compromiso que el rey nunca había considerado necesario, la nación, empujada por un sinfín de ofensas y agravios, se fue deslizado hacia el conflicto armado. Dado que no había ni agresores extranjeros ni pretendientes al trono, la gente la llamó «una guerra sin enemigo».

Nadie previó que la lucha se convertiría en una revolución. Todo el mundo tenía claro que era una traición que los súbditos se alzarán en armas contra el rey. Los dos bandos estaban horrorizados ante el derramamiento de sangre que se avecinaba. Y en los dos bandos había muchos que albergaban la esperanza de preservar la paz.

Al principio, se formó una pequeña «camarilla» de aristócratas que planeaba cuestionar la autoridad del rey después de que este los despojara de sus poderes y privilegios tradicionales para otorgárselos a sus favoritos. Los condes de Northumbria, Warwick, Bedford, Hertford, Pembroke, Leicester y Essex eran hombres que poseían tierras, castillos y feudatarios; hombres de alcurnia cuyos antepasados habían ostentado un gran poder; también los apoyaban, entre otros, los lores Saye y Sele, Mandeville y Brooke. Todos ellos tramaban en secreto la manera de reclamar y recuperar la influencia que el rey les había arrebatado. Todos ellos poseían casas palaciegas en el campo, donde se hallaban fuera del alcance de la corte, y también casas en Londres, por lo que podían ir revoloteando de una a otra como polillas sociables en las mismas narices del rey. Sus árboles genealógicos estaban tan

conectados entre sí que a duras penas podían desenmarañarse para plasmarlos sobre el papel; unos vínculos de sangre y matrimonio intrincados como el encaje, con una telaraña de hermanos menores, hijastros, yernos e incluso bastardos. Eran patronos de otros, personas que ocupaban una posición mucho más baja en la cadena social y que, sin embargo, eran cultas y estaban llenas de energía (abogados, secretarios y hombres de negocios), hombres que al final serían importantes en la Cámara de los Comunes. Los miembros de la camarilla eran presbiterianos y puritanos; odiaban la influencia de los obispos en los asuntos laicos, y cultivaban sus propias relaciones con Estados extranjeros. Algunos de ellos habían considerado escapar al Nuevo Mundo para formar una comunidad religiosa más de su agrado. Pero en vez de eso empezaron a coludir y a intrigar con los amigos y, aunque era una traición invitar a un ejército extranjero a que entrara en Inglaterra, formaron una alianza con Escocia cuyas consecuencias se prolongarían a muy largo plazo.

El rey había humillado en repetidas ocasiones a los escoceses. Y Escocia sería uno de los catalizadores del movimiento que desencadenaría los acontecimientos. Ya en 1637, en Edimburgo, una vendedora de calabazas callejera llamada Jenny Geddes había lanzado su taburete contra la cabeza del deán de la catedral de Saint Giles, protestando a voz en grito cuando el hombre utilizó el detestado *Libro de Oración Común* anglicano. Dos años después, animados por la camarilla de condes ingleses, los escoceses se alzaron en armas contra la imposición por parte del rey de los altos obispos anglicanos. Los pacificaron. En 1640 volvieron a rebelarse.

Carlos Estuardo, que necesitaba urgentemente dinero para financiar un ejército, convocó al Parlamento por primera vez en once años. Gideon a duras penas recordaba la última vez que ocurrió, pero entonces prestó atención. Él no podía votar. No poseía ningún bien raíz.

Los nuevos parlamentarios fueron elegidos después de unas elecciones muy reñidas. Insistieron en que solamente concederían dinero al rey después de haber discutido los abusos de la prerrogativa real. El rey, irritado, disolvió aquel «Parlamento Corto» al cabo de tan solo tres semanas.

Los escoceses, finalmente, invadieron Inglaterra. El rey consiguió reclutar algunas tropas, una muchedumbre que recibía azotes a base de bien. Los escoceses avanzaron hacia el sur y exigieron 850 libras al día por el mero hecho de mantener una tregua. En el mes de Noviembre, el rey, arruinado, cedió y convocó el «Parlamento Largo», que aprobó de inmediato un acta parlamentaria según la cual solo podía ser disuelto por el acuerdo de sus miembros.

* * *

Esta vez los miembros del Parlamento estaban resueltos a hacerse con el control. Los consejeros más cercanos al rey, y por ello los más odiados, el conde de Strafford y el arzobispo Laud, fueron acusados de traición y encerrados en la Torre de Londres.

Otros partidarios del rey huyeron. Al monarca se le impusieron como consejeros privados los miembros radicales de la Cámara de los Lores. Aunque ello no quería decir necesariamente que el rey siguiera sus consejos.

Aquel fue un período emocionante para Gideon, cuando parecía que la reforma no podría pararse. A Strafford lo juzgaron y lo ejecutaron. El impuesto naval se declaró ilegal. Se abolieron las detestadas Cortes de la Comisión Suprema y de la Cámara Estrellada. Los panfletistas sediciosos, Burton, Bastwick y Prynne (autor de *Histriomastix*, el libro que había difamado a la reina por actuar en las mascaradas) fueron indultados.

En el mes de Agosto, el rey viajó a Escocia para negociar la paz. En Noviembre, se dispuso a regresar a casa. Durante su ausencia, los miembros de la Cámara de los Comunes habían redactado un detallado informe de auditoría con sus quejas. Un joven reformador llamado John Pym recopiló una *Gran Reconvencción*, una crítica de grandes proporciones sobre el estado del reino. Unos mensajeros del Parlamento iban a leer dicha protesta entera y en voz alta al rey; les haría falta mucha resistencia vocal y buenos pulmones. Un duro compendio de más de doscientas cláusulas enumeraba todos los motivos de queja posibles en lo relativo a la Iglesia y a la vida civil. Se detallaban los impuestos injustos con una lista enorme de aprehensión ilegal de tierras, embargo de comercio, monopolios y multas. La protesta más apasionada condenaba los males de la Cámara Estrellada, desde la cual se había organizado la censura.

Aunque solo tenían un valor reprobatorio, las copias secretas de la *Gran Reconvencción* circulaban ya por Coleman Street. En la vecina Basinghall Street, Robert Allibone citaba con deleite:

—«Los súbditos han vivido oprimidos por multas gravosas, encarcelamientos, estigmatizaciones, mutilaciones, azotes, picotas, mordazas, confinamientos y destierros».

Gideon le arrebató el ejemplar.

—«Tras una actitud tan inflexible que no solo ha privado a los hombres de la compañía de sus amigos, del ejercicio de sus profesiones, del consuelo de los libros... [¡ah, qué bueno!] y del uso del papel y la tinta, sino que ha violado incluso la cercana unión que Dios ha establecido entre los hombres y sus esposas, que por ello han perdido el disfrute y la conversación mutuos, muchos años de estar juntos, sin esperanza de alivio...». «El consuelo de los libros...». ¡Esto es excelente para nuestro negocio, Robert!

—Ya veremos... —Allibone se mostraba precavido, y con razón. Los impresores no tardarían en ser citados al banquillo de la Cámara de los Comunes para rendir cuentas del material sedicioso y, además, en las próximas semanas se daría la orden de retirar ciertos libros de las tiendas para quemarlos—. La conclusión es buena. —Allibone recuperó el papel—. «Que su majestad podría tener motivo para encariñarse con el buen consejo y los hombres buenos...».

Gideon hizo una mueca:

—¿Y por qué no dicen sencillamente que aborrecen el corte de su barba?

Las revueltas vienen y van, pero los jóvenes son siempre iguales. Con veinte años, Gideon Jukes estaba obsesionado con el estilo de la barba y el bigote. Como tenía el cabello rubio y un tono de piel igualmente claro, las modas del momento hacían que, incluso desde cualquier distancia, pareciera tener un labio superior largo y un mentón puntiagudo. Se había dejado crecer el pelo hasta los hombros, en un experimento infructuoso para demostrar que ya no era un aprendiz, pero lo atormentaban las dudas en cuanto a si seguir yendo bien afeitado o no.

Desde que Gideon lo conocía, Robert nunca se había dejado barba, tenía el cabello castaño y lo llevaba limpio, bien recortado y peinado con raya en medio. Por todas las razones habituales, Gideon quería llamar más la atención. Lo habían educado para aspirar a una presencia poco agraciada; sin embargo, tras haber pensado mucho en ello, supo que un aspecto recatadamente respetable no tentaría a las mujeres a la aventura.

—Una vez vi al rey Carlos. —Gideon optó por no mencionar que fue cuando había actuado en una mascarada. (Una cosa sí era segura, no podía llevar una barba de cortesano)—. Su majestad sonríe a diestro y siniestro... pero no ve ni escucha.

—Esto tendrá que oírlo —observó Robert alzando la *Reconvención* de John Pym.

—¿Y si no lo hace?

—Me temo que lo lamentará.

—Y yo me temo que nos ahorcarán a todos —repuso Gideon, el pragmático. Ello no impidió que apoyara la *Reconvención*.

* * *

A su regreso de Escocia, Carlos fue recibido con fervoroso júbilo, lo cual no dejaba de ser sorprendente. Entró en Londres en procesión, y disfrutó de un banquete de cuatro platos en el Guildhall. Esto no les sentó muy bien a Robert y Gideon, que se encontraban cerca de allí, en Basinghall Street. Las campanas repicaban y el vino corría en las fuentes. Sin embargo, había cierta división. El rey cenó en todo su esplendor con los miembros de la Cámara de los Lores. Al alcalde y al regidor, aun cuando eran los anfitriones de aquel acontecimiento, solo se les permitió contemplarlo desde la galería. La Cámara de los Comunes sufrió un absoluto desaire: ninguno de sus miembros fue invitado.

Se había apaciguado a los presbiterianos escoceses, pero los católicos irlandeses se sublevaron, enardecidos por el resentimiento hacia los muchos colonos ingleses. Circulaban historias espantosas de masacre y mutilación.

—¿Esto es cierto o se lo han inventado para exaltar los ánimos? —preguntó Gideon cuando leyó todos aquellos detalles que la gente había creído con entusiasmo, y por los que estaban consternados y aterrorizados.

—Bueno, nosotros tenemos que publicarlo y dejar que la gente decida — respondió su socio.

Gideon permaneció callado unos momentos. Él seguía siendo un idealista.

—La gente creerá estas historias precisamente porque se publican.

Eran pocos los impresores que ofrecían comentarios razonados, la mayoría de ellos se dedicaban, simplemente, a vender artículos sensacionalistas. El rey consideraba Irlanda como una provincia conquistada llena de salvajes. Por aquel entonces, llegaban relatos escalofriantes de la venganza de aquel pueblo oprimido. El presidente del Tribunal se vio obligado a esconderse en un gallinero, encontraron a la familia de un obispo vestida con andrajos y temblando en medio de una ventisca, a una mujer inglesa inmigrante colgada del pelo en la puerta de su casa, a un escocés corpulento asesinado y convertido en velas de sebo, supuestamente cientos de miles de personas muertas, esposas embarazadas e hijas jóvenes violadas, bebés ensartados en picas, niños ahorcados... Todo ello fue seguido de las represalias oficiales. Entonces se informó de los horrores que llevaron a cabo las fuerzas del rey, horrores de una magnitud que llegó a impresionar hasta a los veteranos de la brutal guerra en el continente. Los terribles actos de los soldados se citaban como ejemplos de la crueldad personal del rey.

En medio del terror a que los rebeldes irlandeses cruzaran hasta Inglaterra trayendo consigo semejantes atrocidades, los hombres razonables leían las hojas informativas con prudencia. Muchos se convirtieron en partidarios del Parlamento por la repugnancia que sentían hacia el poder real que había provocado, animado y tolerado aquellos acontecimientos inhumanos y que, al parecer, se había quedado impasible.

* * *

La *Gran Reconvencción* fue aprobada en la Cámara de los Comunes por una mayoría de tan solo once votos, y después de una tensa reunión que se prolongó durante toda la noche. Gideon había empezado a prestar mucha atención a lo que hacía el Parlamento. En tanto que Robert poseía la actitud curtida de un hombre maltratado por la vida, Gideon estaba abierto, fresco y ansioso por recibir nuevas ideas.

La gente empezó a realizar peticiones por su cuenta, mullías de ellas enviadas desde partes remotas del país. Todos los aprendices londinenses, unos treinta mil, firmaron una. Después se congregaron en los alrededores del Parlamento, armados con bastones, remos y palos de escoba, pero las Trained Bands de Westminster los dispersaron por «comportamiento amenazador». Ellos siguieron adelante y se amontonaron en torno al palacio de Whitehall. Fue entonces cuando se dijo que la reina Enriqueta María había mirado a la calle y había bautizado a esos muchachos de pelo corto como *Roundheads*, «Cabezas Redondas». Ellos hicieron suyo el sobrenombre con entusiasmo. Mientras tanto, otras manifestaciones más formales

recorrían el Strand en dirección a Westminster; miembros de las clases medias y bajas de todos los condados suplicaban al Parlamento que instaran al rey a abandonar a sus malvados consejeros, como si el pueblo creyera que todos los males del país se debieran a esos hombres malos que lo tenían engatusado.

La abolición de la Cámara Estrellada y de la censura oficial afectó directamente a los impresores. Robert y Gideon trabajaban a un ritmo frenético. Las hojas informativas aparecieron en las calles de Londres, inundándolas de informes sobre los debates parlamentarios. Eran baratas y el público las devoraba. Era la primera vez que en Inglaterra se podía acceder a un detallado material político sin el control de la Corona. Los primeros panfletos tentativos fueron seguidos de un torrente de *Mercuries*, *Messengers* y *Diurnals*. Muchos de ellos se imprimían en Coleman Street y alrededores. Robert y Gideon aportaban su parte.

En el mes de Diciembre, Lambert, el hermano de Gideon, viajó al otro lado del río hasta Blackheath. Los coches de caballos desfilaban por la carretera que iba a Dover junto con miles de personas a pie que iban a ofrecer sus buenos deseos. Lambert subió de un salto a uno de los coches, que lo llevó hasta la baja y empinada colina cercana a Greenwich, con lo que llegó justo a tiempo al monte pelado y ventoso que anteriormente había visto a los rebeldes de Cornualles y a Jack Cade, y que entonces presenciaba el regreso triunfante del panfletista condenado, el doctor John Bastwick, desde las islas Scilly, donde se pretendía que permaneciera encarcelado de por vida. Las multitudes estruendosas lo adornaron con coronas de romero y laurel (para el recuerdo y la victoria), unas guirnaldas que ocultaban las orejas que había perdido cuando se las cortaron como castigo por sedición, según las órdenes de la Cámara Estrellada del arzobispo Laud. Un boticario que tenía ganas de incrementar su fortuna con bálsamos para los soldados en caso de que estallara la guerra llevó a Lambert de vuelta a casa.

Al cabo de una semana, la *Gran Reconvención* se presentó formalmente al rey en Hampton Court. El monarca dijo con altivez que daría su respuesta «a su debido tiempo».

—¡No me imagino a Su Majestad perdiéndose la cena por estar enfrascado en la lectura de nuestras doscientas cláusulas! —La breve experiencia de Gideon como actor de mascaradas hacía que se creyera un experto en etiqueta real.

Tras quince días de silencio real, la *Gran Reconvención* se publicó de todas formas.

Seis días después, tuvo lugar un cambio significativo en el Consejo Común de la ciudad de Londres. Se celebraron elecciones y el Consejo se llenó de radicales, los cuales desplazaron a los conservadores tradicionales que se humillaban ante la monarquía. John Jukes era uno de los nuevos miembros. Anunció que el apoyo al rey estaba disminuyendo rápidamente en la ciudad, aunque el actual alcalde seguía siendo leal a Carlos.

—¡Es un adulator grandilocuente con piel de armiño, el sultán del municipio! —

exclamó Robert con mofa.

Gideon describió que la piel de armiño iba pasando de una familia de comerciantes a otra en una comunidad municipal obstinadamente cerrada que era, en la práctica, tan selecta como la corte real.

—Ahora mismo, Dick Whittington y su gato no iban a encontrar fomento alguno. Mira, Robert, los orondos caballeros del Guildhall se pegan unos a otros como el barro del Támesis. Ganan sus cadenas de oro porque pertenecen a una lista cerrada y poco numerosa de amigos ricos e influyentes. Conservan el poder porque apoyan al rey haga lo que haga.

Gideon se había sorprendido un poco cuando su padre se identificó como radical. Se supone que los progenitores tienen que ser unos retrógrados y no unos exaltados. Eso le dio que pensar. Hacían falta hombres con caudal y reputación para la reforma; sin embargo, se sintió un tanto consternado por la implicación de su padre, que ya estaba algo mayor.

—Creía que tu padre era partidario de la compañía.

—Y lo fueron sus antepasados antes que él. Es la primera vez en la historia de la familia Jukes que uno de sus miembros sale elegido para formar parte del Consejo Común.

La siguiente pugna que tuvo lugar en Londres estaba relacionada con el control de la Torre de Londres. El rey nombró teniente de la Torre a sir Thomas Lunsford, pero ello dio lugar a una protesta pública y a la indignación del Parlamento; fue sustituido al cabo de tan solo cinco días.

—¿Cuál es el historial de este tal Lunsford?

—No es digno de ocupar el cargo. —Robert conocía sus antecedentes—. Ese tipo asesinó a su propio primo. Huyó al extranjero y se convirtió en soldado profesional, un mercenario, lo cual demuestra su baja calidad; el rey lo perdonó (lo cual demuestra también la suya) y luego sirvió en la Guerra de los Obispos, en la que se hizo famoso por perder el control y disparar a dos jóvenes reclutas a los que acusó de amotinamiento. También le sacó un ojo a un capitán.

—Mi padre dice que si este proscrito impío está a cargo de la Torre, el lugar en el que se guardan y acuñan los lingotes del reino, habrá demasiada preocupación y se detendrá el comercio.

—¡Se detendrá el comercio! —exclamó Robert satíricamente—. ¿Tan poca solidez tienen los comerciantes? Sin embargo, el hecho de perdonar y ascender a semejante forajido muestra la clase de rey que tenemos. —Gideon se daba cuenta de ello.

El domingo, el día después de Navidad, el lord alcalde advirtió al rey que los aprendices estaban a punto de causar disturbios. A los aprendices de Londres les encantaba armar líos. Sus partidos de pelota acababan provocando daños y heridos, insultaban a los visitantes y extranjeros y deambulaban por ahí en cuadrillas el primero de Mayo y en la Feria de San Bartolomé. Ahora salían de su lugar de trabajo

y aprovechaban el día festivo para movilizarse. El lunes, cuando los miembros volvieron a reunirse después de Navidad, los aprendices se congregaron en los alrededores de la Cámara de los Comunes para protestar contra la inclusión de los obispos en el Parlamento. El martes, con el apoyo adicional de las multitudes de tenderos y comerciantes, forzaron las puertas de la abadía de Westminster decididos a destrozar las reliquias papistas. El miércoles por la noche, el rey agasajó con una cena suculenta a Thomas Lunsford, el hombre al que habían retirado del mando de la Torre de Londres. Un grupo de aprendices se congregaron allí y prorrumpieron en abucheos, provocando una pelea con los invitados que se marchaban y los criados de palacio, en la que hubo varios heridos. Entonces, en la Ciudad de Londres, dos mil aprendices se concentraron en Cheapside armados con garrotes, espadas y lanzas caseras. Muchos de ellos eran jóvenes duros y chiflados que vivían para pelear. El viernes, un rey nervioso envió a buscar pólvora y munición a la Torre, la suficiente para quinientos soldados. Cuando el material llegó al palacio de Whitehall, la Cámara de los Comunes también se puso nerviosa por lo que el rey podría hacer con aquel arsenal, que en aquellos momentos estaba concentrado a unos pocos centenares de metros de distancia. Los diputados se esfumaron hacia el Guildhall y el Grocer's Hall.

Los dos hermanos Jukes se hallaban muy atareados. En tanto que su hermano imprimía boletines de noticias, Lambert contribuía a que las calles fueran seguras, dispuesto a enfrentarse a cualquier tropa de hombres armados que pudiera enviar el rey. Se habían apostado guardias en las puertas de la ciudad. En los lugares críticos se colocaron balizas colgadas con cadenas para frustrar a la caballería; incluso se tapiaron las calles estratégicamente importantes. Como la atmósfera se volvía aún más tensa, se les dijo a los propietarios de inmuebles que se armaran y permanecieran alerta junto las puertas de sus viviendas, preparados para defender a sus familias y a la comunidad. Lambert, dispuesto y tenaz, fue de casa en casa dando instrucciones para resistir si el rey mandaba tropas.

El rey ofreció un salvoconducto si los miembros de la Cámara de los Comunes regresaban a Westminster; algunos diputados volvieron sigilosamente y con inquietud. Aquella misma noche, aumentaron los rumores de que el Parlamento tenía intención de acusar a la reina como reacción a los constantes informes de que se estaba involucrando en conspiraciones. El rey se alarmó. Entonces Carlos tomó una medida sin precedentes: acudió a la Cámara de los Comunes en persona con la intención de arrestar él mismo a cinco alborotadores en concreto. Se llevó consigo a cuatrocientos soldados armados con alabardas, espadas y pistolas. Apartaron a los porteros a empujones, dieron empellones a los diputados y a sus criados, y llenaron los pasillos realizando inquietantes amenazas sobre su puntería mientras apuntaban sus armas hacia la sala a través de las puertas abiertas. El rey irrumpió sin que lo invitaran, y preguntó con altivez por los cinco diputados. El presidente se negó a responder. Los cinco hombres habían sido prevenidos y se habían esfumado por una

puerta trasera. El rey, furioso, recorrió la sala con la mirada y se dio cuenta de que «los pájaros habían volado». Se retiró ignominiosamente, perseguido por gritos airados de «¡Inmunidad!». Su guardia armada permaneció allí a la espera de recibir la orden para abalanzarse sobre los diputados y cortarles el cuello a todos, pero después se dispersaron decepcionados.

La Cámara de los Comunes manifestó que el acto del rey suponía un enorme abuso de los derechos y de la inmunidad del Parlamento. Una vez más, levantaron la sesión y se dirigieron al Guildhall.

* * *

Los Cinco Miembros, John Pym, John Hampden, Denzil Holies, Arthur Hazlerigg y William Strode también habían huido a la ciudad. Gideon y su socio tenían un nuevo aprendiz, Amyas, quien llegó corriendo presa de una gran excitación.

—¡Los Cinco Miembros están en Coleman Street!

—¿En la Star Tavern? —supuso Gideon.

—¡Entonces sí que va a ser un secreto! —recriminó Robert—. No digas ni una palabra a nadie, Amyas.

—Podría haber espías —reconoció el chico, entusiasmado por la emocionante idea.

—Solo si son muy estúpidos —murmuró Robert—. En cierta ocasión, a un informador del duque de Buckingham lo echaron de Coleman Street y lo mataron a pedradas.

La suya era una de las ruidosas prensas que trabajaban durante toda la noche para distribuir las noticias. Surgieron rumores de conspiraciones contra los miembros del Parlamento, de fuerzas armadas del norte que se congregaban para atacar Londres, de armas nuevas y peligrosas que penetraban en el cuerpo y ya no se podían sacar, de siniestras listas de ciudadanos a los que no tardarían en detener.

A la mañana siguiente, seguía reinando una gran tensión. Los negocios de la ciudad de Londres permanecieron cerrados por seguridad. El rey se aventuró a ir en procesión de Whitehall al Guildhall, donde se hallaba reunida la Cámara de los Comunes. Se encontraba a tan solo dos minutos de su tienda, y Gideon se unió al tumultuoso gentío que se había congregado fuera. Una vez más, el rey Carlos preguntó por los cinco miembros, y una vez más, tras una reunión turbulenta, le negaron la respuesta. Tuvo que abandonar el Guildhall con las manos vacías y dejar la ciudad acompañado, según la tradición, por el lord alcalde y los concejales. Las multitudes que lo habían recibido con alegría a su regreso de Edimburgo se mostraron más hoscas en aquella ocasión. Cuando la ornamentada carroza real llegó a Temple Bar, hubo ciudadanos escandalosos que golpearon el coche del rey, lo zarandearon, miraron groseramente por las ventanillas e incluso arrojaron panfletos radicales en su interior.

Gideon había corrido por las calles, detrás de la carroza del rey. La siguió hasta más allá de Saint Paul y, cuando salió de las murallas, hasta Temple Bar. Llevado por la curiosidad, se encontró entre la enojada muchedumbre que se abalanzó e intentó zarandear el coche; incluso llegó a subirse al estribo. Miró por la ventanilla. En la mascarada que tuvo lugar en la Casa de Banquetes hacía ya muchos años, Gideon apenas había alcanzado a ver al rey y a la reina. En aquellos momentos, solo por un segundo, Gideon Jukes miró fijamente al rostro alargado del rey Carlos. Apenas los separaban dos palmos de distancia. El rey, cuya expresión era calmada y distante, hizo caso omiso de la aparición en la ventanilla; era la valentía de la ignorancia. Estaba convencido de que llegaría a su palacio sin ningún percance a pesar de todo el ruido y las molestias. El aspecto fiero de su joven e indignado súbdito no lo impresionó en absoluto. Gideon fue el que quedó más afectado por el momento.

El carruaje dio una sacudida. Gideon cayó al camino y quedó colgando de una mano un instante; luego rodó por el polvo... Desde aquel momento, sería un republicano convencido.

El lord alcalde y varios concejales fueron derribados de sus caballos.

—No he sido yo —aseguró Gideon a Robert y Amyas cuando regresó a la imprenta—. Nunca me ensuciaría las manos con un concejal.

Amyas se rio con satisfacción, aunque su sonrisa desdentada no duró mucho. El muchacho estaba trabajando duro en la prensa, en tanto que Gideon y Robert andaban por allí en mangas de camisa siguiendo la regla de todos los oficios, la de que los subalternos trabajan mientras que la dirección discute altaneramente los temas del día.

La crisis se volvía cada vez más alarmante. Al atardecer del día siguiente, se oyeron disparos. Alguien había descargado una carabina por accidente, y unos cortesanos borrachos se estaban batiendo en duelo en una posada cercana a la nueva plaza de Covent Garden; la situación provocó pánico. Calle tras calle, a los propietarios de las viviendas les despertaron unos puños invisibles que aporreaban sus puertas y unas voces apremiantes que los instaban a levantarse en armas. Gideon se fue a casa para tranquilizar a su madre, y su padre, sentado en una silla alta montando guardia con un mosquete cargado, estuvo a punto de pegarle un tiro. Aquella noche los londinenses no pudieron dormir a causa del miedo.

No ocurrió nada.

* * *

En el subsiguiente período de calma, un gran número de peticionarios de todas partes del país acudió a Londres. A los caballeros de los condados se les unieron marineros, porteadores, esposas de pescadores y tejedoras.

Una concentración de mujeres pobres rodeó el Parlamento para expresar las penurias que sufrían debido a «las actuales diversiones y el desenfreno del Estado».

Abordaron al duque de Richmond en el patio de palacio, y lo retuvieron amenazándolo con dejar a sus hijos hambrientos en la Cámara de los Lores. Le rompieron el bastón ducal, y él ordenó de malas maneras que le trajeran uno de repuesto. A un pequeño grupo se le permitió presentar sus quejas; cuando esto no dio ningún resultado, mullías de ellas se aglomeraron en torno a la Cámara de los Comunes exclamando que allí donde aquel día había una mujer, al día siguiente habría quinientas. El Parlamento felicitó al sargento mayor Skippon, de la Milicia de la Ciudad, por la diplomacia con que las había dispersado.

—¡Menuda impresión para los hombres que creen que deberíamos quedarnos en casa criando a los hijos y tejiendo medias! —comentó Parthenope Jukes—. La pobreza de estas mujeres la ha ocasionado la situación del reino. Pero no parece normal... yo tendría miedo de que me hicieran daño en la aglomeración. —Su nuera, Anne, más joven y valiente, adoptó una expresión pensativa.

El Parlamento dobló la guardia nocturna en la ciudad y se quejó con irritación de los tumultos.

Las relaciones entre el rey y el Parlamento continuaron deteriorándose. La familia real se inquietó tanto que se mudó repentinamente de Whitehall a Hampton Court. Allí no se había llevado a cabo ningún preparativo para recibirlos; tuvieron que dormir todos juntos en una sola cama. Sin embargo, esta súbita huida de Londres fue más significativa de lo que se hubiera podido pensar en un primer momento.

* * *

Cuando el rey se fue, los Cinco Miembros abandonaron la Star Tavern en medio de los fuertes aplausos de los vecinos del lugar. Robert y el joven Amyas, moviéndose a empujones en medio del gentío, pudieron ver muy poca cosa, pero la estatura de Gideon le permitió vislumbrar a sus famosos representantes o, al menos, las cinco copas negras de sus cinco sombreros. Los socios mostraron su aprobación a voz en grito y luego regresaron tranquilamente a su negocio. Los miembros del Parlamento volvieron triunfalmente a Westminster en barco, y los aplausos resonaron por todo el dique cuando sus embarcaciones pasaron por delante del palacio de Whitehall, entonces desierto.

Continuaron los disturbios. A principios de Febrero, una nueva delegación de esposas de comerciantes, esposas afligidas y viudas, a cuyo frente iba la mujer de un cervecero, presentaron una petición. Las invitaciones para unirse a ellas habían circulado por toda la ciudad. En aquella ocasión, Anne Jukes cogió y se fue a Westminster con ellas. Anne no lo consultó con nadie, marchó sola por Cheapside con resolución, se unió a la delegación de mujeres y firmó la petición; aquella noche, regresó exaltada por la hazaña.

—Había una gran cantidad de mujeres, en su mayoría de buenas familias cuyos negocios han caído en desgracia, igual que el nuestro, todas ellas procedentes de

Londres y de los barrios periféricos. La Cámara de los Comunes hizo salir al señor Pym y a otros dos miembros, sus líderes. Declararon que la Cámara había leído la petición, que estaban muy preocupados por las calamidades que estamos pasando y que se asegurarán de hacer todo lo posible para impedir las y remediarlas. Luego nos rogaron que continuáramos rezando por sus empeños.

—¿Y ordenaron salir a la milicia contra vosotras?

—No —se burló Anne—. Sin duda eran conscientes de que éramos las refinadas esposas de unos hombres acaudalados... ¡los mismos hombres a los que van a pedir préstamos para proteger el reino!

* * *

Desde el momento en que el rey huyó de Londres, su objetivo estratégico era luchar para volver. En todo momento estaba claro que, para hacerlo, tendría que vérselas con las Trained Bands de la ciudad de Londres.

El 8 de Enero de 1642, cuando finalmente se rompieron las relaciones con el rey, el Parlamento había entregado las llaves de la ciudad a sir Philip Skippon, un imperturbable veterano de las Guerras Holandesas. Al cabo de dos días, fue nombrado comandante de todas las Trained Bands de Londres. En aquellos momentos, estas constaban de seis mil hombres relativamente bien entrenados y armados... y apoyaban al Parlamento.

Skippon bloqueó la Torre en un intento de destituir a su gobernador, sir John Byron, leal al rey. Aunque Skippon fracasó, estaba estableciendo a sus tropas como los guardianes de Londres. El 10 de Mayo, hizo formar a las Trained Bands, cuyas filas se habían visto engrosadas por reclutas nuevos y entusiastas y ascendían entonces a diez mil. Skippon les pasó revista para los miembros del Parlamento y otros personajes importantes situados a la sombra de los grandes molinos de viento de Finsbury Fields. Fue como un festival veraniego, con un enorme pabellón donde los visitantes fueron agasajados a lo grande. Mientras las lilas de valientes se exhibían, el coronel del Regimiento Rojo, Alderman Atkins, tuvo la desgracia de caerse de su caballo aquejado de un problema intestinal, según se afirmó en un boletín de noticias monárquico.

Entre los nuevos reclutas del Regimiento Verde, con una amplia sonrisa en el rostro, se contaba Gideon Jukes.

* * *

Como su hermano era piquero, Gideon había elegido ser mosquetero. Y dado que Lambert estaba en el Regimiento Azul, Gideon se aseguró de alistarse en el de los Verdes. Robert Allibone había pagado por su mosquete, de un metro y casi veintidós

centímetros de largo y de calibre 12. El padre de Gideon le había comprado, con regocijo, otras partes del equipo: la horquilla donde se apoyaba el cañón del mosquete para dispararlo, la bandolera, la espada, el cinturón y los ganchos. Una cota de cuero y un casco metálico completaban el uniforme. La primera vez que se probó el casco, pintado de negro para que no se oxidara, la pesada sensación de encierro le recordó a la cabeza del disfraz de tercer chorlito que se había puesto hacía años. Al igual que hicieron la mayoría de sus compañeros, Gideon no tardó en prescindir del casco y se conformó con un gorro de Monmouth confeccionado con un fieltro suave. De momento, ninguno de ellos había sido testigo de los espantosos resultados de que te pegaran un tiro en la cabeza.

Al principio, Gideon no presencié mucha acción. Las Trained Bands solo contaban con defender Londres; no participaron en las maniobras no concluyentes que se sucedieron en otras partes en 1642. Gideon solo recibió formación durante algunos meses. En el mes de Julio, se puso en servicio un ejército parlamentario nacional, pero las Trained Bands siguieron estando aparte. Como londinense, Gideon creía que aquello era correcto. La posesión de la capital, la sede del Gobierno desde tiempos de los romanos, con su importancia estratégica y sus relaciones comerciales, constituía una fuerza esencial para el Parlamento. El hecho de tener el control de Londres, en tanto que el rey solo podía deambular inútilmente por el país, proporcionaba una ventaja fundamental al Parlamento. Las Trained Bands tenían que permanecer allí, preparadas para defender la ciudad.

El rey, que se hallaba de visita por el norte de Inglaterra intentando ganar apoyos, alzó formalmente su estandarte en Nottingham en el mes de Agosto. Fue un trámite, una medida para crear un punto de concentración para los nuevos reclutas. También fue un acto decisivo: había declarado la guerra a su pueblo.

Llegado ese punto, el Parlamento dictó una orden para la protección de Londres. Diez mil ciudadanos se movilizaron. La ciudad cerró filas. Reunidos por oficios o gremios, con las herramientas que poseían echadas al hombro, la gente marchó hacia los campos circundantes y, semana tras semana, hasta que el otoño y el invierno trajeron consigo unas condiciones glaciales, trabajaron duro para construir barricadas y obras defensivas en los caminos. Las mujeres trabajaban codo a codo con los hombres; Anne Jukes acudía allí con regularidad, empuñando un azadón y transportando cestos llenos de tierra.

A finales de año, todas las puertas de la ciudad se encontraban cerradas y los rastrillos bajados, las calles bloqueadas con fortísimas cadenas de hierro, en todas las casas había armas preparadas y las Trained Bands estaban de servicio día y noche. Los seguidores del Parlamento les hacían préstamos y obsequios. Los reclutamientos se realizaban de manera regular; se levantaron censos de los caballos. Los simpatizantes monárquicos se convirtieron en objetivo. El Parlamento dictó decretos para convocar a los «malignos» conocidos y para confiscar sus caballos, sus armas, el dinero y las vajillas de plata y oro. Entraron a la fuerza en las casas de aquellos que se

hallaban ausentes con el rey, y saquearon sus posesiones.

Todo el mundo esperaba con preocupación. Oyeron hablar de asedios y escaramuzas. En Julio, el conde de Essex había salido de Londres para asumir el mando general del grueso del ejército parlamentario. El hijo del deshonorado favorito de la reina Isabel, aquel veterano de mandíbula prominente, poseía más experiencia militar que cualquier otro miembro de la aristocracia y era una de las principales figuras en la Cámara de los Lores. Conocido por su natural susceptible, había superado la ejecución de su padre, su propio divorcio por motivos de impotencia y luego el flagrante adulterio de su segunda esposa. Su trayectoria bélica había sido mediocre, aunque siempre había gozado de popularidad entre sus soldados por el trato humano que les daba, y estos lo llamaban cariñosamente «el bueno de Robin». Escoltado por las Trained Bands, Essex montó en Temple Bar y entró en la ciudad, pasó junto a la catedral de Saint Paul y el Royal Exchange y salió por Moorgate de camino al norte, pasando por Saint Albans hasta Worcester.

Finalmente, el rey cambió de rumbo y se dirigió al sur atravesando las Midlands, donde tuvo una recepción poco entusiasta. Hasta aquel momento, solo se habían realizado maniobras. Entonces, en Octubre, el ejército del rey se enfrentó a las fuerzas de Essex cerca de Kinton, al pie de una cadena montañosa llamada Edgehill, y allí comenzó la primera batalla de verdad de la Guerra Civil.

El combate fue confuso. Los dos bandos reivindicaron como suya la victoria, aunque ninguno de los dos pudo sacar provecho de ello. La confrontación traumatizó a ambos ejércitos, y sus comandantes, horrorizados, quedaron temporalmente sin saber cómo reaccionar. Essex se retiró a Warwick, el rey a Oxford.

En Londres circulaban unos rumores exagerados que afirmaban que Essex había conseguido una gran victoria. Después, se dijo que el rey corría hacia el sur y que Essex se había lanzado precipitadamente en su persecución. Sus maniobras reales, sin embargo, fueron más pausadas. Aun así, cuando, el 6 de Noviembre, Essex y el ejército parlamentario volvieron a entrar en Londres tras haber marchado directamente por la antigua vía romana de Watling Street, fueron recibidos como héroes y se acuartelaron en Hammersmith, dispuestos a prepararse para el esperado contraataque monárquico.

Mientras tanto, al abandonar Oxford el rey pasó sin prisas por Reading, y asedió las viviendas privadas de sus oponentes más por rencor que por motivos estratégicos. Una comisión parlamentaria salió a caballo para intentar negociar la paz. A pesar de sus esfuerzos, el 12 de Noviembre, el carismático sobrino del rey, el príncipe Rupert, un comandante al estilo gallardo del continente, cayó sobre dos regimientos parlamentarios de infantería con los que se encontró cerca de Londres, en Brentford, a cubierto de una espesa niebla. Rápidamente surgieron historias sobre la brutalidad del príncipe Rupert. Se decía que había masacrado a la guarnición de Brentford; sus soldados habían atado de pies a cabeza a los prisioneros y los habían arrojado a las pocilgas para que soportaran la noche helada; los monárquicos condujeron a veinte

partidarios parlamentarios hasta el río Támesis, y allí los obligaron a meterse en el agua e ir avanzando cada vez a más profundidad hasta que se ahogaron. Tanto si eran ciertos como si no, estos horrores reforzaron la oposición en Londres.

El conde de Essex oyó los disparos desde la Cámara de los Lores, donde los pares habían estado debatiendo si ordenar un cese de hostilidades o no. Essex cruzó Hyde Park al galope para reunirse con su ejército en Hammersmith. En la City, una delegación local se dirigió al Consejo Común para solicitar que, en aquellos momentos, se desplegaran también las Trained Bands.

Gideon Jukes estaba a punto de participar en su primera acción militar.

CAPÍTULO V

TURNHAM GREEN, 13 DE NOVIEMBRE DE 1642

A los londinenses les encanta la fiesta. Las ferias y festejos han formado parte de la vida en la ciudad desde tiempos inmemoriales. Una excursión con vistas interesantes seguro que atraía a una multitud, sobre todo si podía darse el caso de que hubiera disparos. El Parlamento envió queso, cerveza y pan al ejército por tierra, en tanto que la munición se transportó por barco Támesis arriba. Las madres y esposas de los miembros de las Trained Bands cargaron comida y bebida en los carros, y se enjugaron las lágrimas con los delantales mientras agitaban la mano para despedir a sus hombres que marchaban a proteger la ciudad. Por si las defensas fallaban, las mujeres pusieron a hervir calderos de agua para arrojársela a los atacantes y abarrotaron las calles con toneles vacíos y taburetes viejos para entorpecer el paso a la caballería.

Skippon salió en cabeza de las Trained Bands, mientras los tambores redoblaban para darles ánimos y para llamar a más reclutas, entre los que se contaba Gideon Jukes. En la zona este de la ciudad en particular, allí donde se llevaban a cabo los procesos sucios y ruidosos, las forjas y fundiciones, tintorerías y curtidurías enmudecieron y cedieron a sus trabajadores. En los grandes mercados, los mozos y puesteros, pescaderos y carniceros se calzaron las botas, se ciñeron los cinturones e iniciaron la marcha. De las tiendas y tabernas salían piqueros y mosqueteros a tiempo parcial. Un torrente de criados y patronos, aprendices y maestros, avanzó hasta que dio la impresión de que todos los varones de Londres habían sido arrastrados de las calles dejando tras de sí un silencio sobrecogedor. Las madres, con las mandíbulas apretadas, estrechaban a sus bebés contra el pecho y escuchaban aquella quietud con nerviosismo. Solo quedaron las mujeres, los niños y los ancianos: las personas a las que los atacantes tratarían con más crueldad.

Cinco de los seis regimientos principales marcharon juntos hacia el oeste; solo quedó un regimiento de guardia. Los visitantes que poseían monturas cabalgaron junto con las tropas que partían. Las chicas lanzaban llores a los soldados, y las doncellas más atrevidas corrían entre sus filas ofreciendo sus besos. Las tropas salieron por las viejas murallas de la ciudad en Ludgate, se alejaron del centro de comercios y talleres, cruzaron el desagradable valle del río Fleet, pasaron por las guaridas de la abogacía en el Temple y por las Inns of Court, y siguieron por el Strand con sus magníficas mansiones aristocráticas. Pasaron junto a la Casa de Banquetes, el único edificio de un proyecto de reconstrucción real que ya nunca se completaría, y después junto al palacio de Whitehall, tan viejo que se venía abajo y donde Gideon vio, asombrado, que la hierba crecía en torno a los edificios,

abandonados hacía tan solo un año cuando el rey huyó. Al cruzar la Holbein Gate, que en aquellos momentos se hallaba guarnecida por ciudadanos en lugar de miembros de la guardia real, recibieron una ovación desde el Parlamento y después siguieron adelante, más allá de los turbulentos barrios periféricos; algunos cruzaron el río desde Westminster con barcazas, otros cruzaron los pantanos y salieron a campo abierto.

Muchos de los miembros de las Trained Bands, incluidos los dos hermanos Jukes y Robert Allibone, no se habían alejado tanto de Londres en toda su vida. Marcharon pesadamente por campos y huertas a lo largo de unos catorce kilómetros, un viaje de media jornada, y lo bastante lejos de casa como para que los inexpertos estuvieran cada vez más nerviosos. El día era benigno aunque muy frío. Apretaron el paso alegremente, con los estandartes ondeando, los tambores sonando y los carros cargados de armaduras y munición retumbando entre ellos. Los veteranos habían realizado instrucción y marchas con regularidad durante años; los nuevos reclutas formaban filas con brío, aunque muchos de ellos eran aprendices y sumamente jóvenes. Para animarlos, Skippon cabalgaba de un regimiento a otro gritando:

—¡Vamos, muchachos, mis valientes! Recemos y luchemos con ganas. Yo correré los mismos riesgos con vosotros... ¡Adelante muchachos, mis muchachos!

Encontraron a las fuerzas de Essex detenidas y formando una línea defensiva en Turnham Green. Al atravesar Hammersmith, las Trained Bands vieron un despliegue de artillería que aguardaba en un camino. A Gideon le pareció que aquellos cañones enormes no presagiaban nada bueno. Cuando alcanzaron al ejército, pasaron junto a un parque de carruajes muy vigilado. Empezó a sentirse parte de un acontecimiento fabuloso y profesional.

Ahora, él y sus colegas se contaban entre tropas avezadas. A los soldados de infantería que habían sobrevivido a la batalla de Edgehill los habían apostado en el acceso a Londres, con los flancos protegidos por secciones de caballería. Todos ellos llevaban banderas y pendones. Todas las compañías de cada uno de los regimientos llevaban su distintivo. Los golpes insistentes y enervantes de los tambores no cesaban; si llegaba a tener lugar una batalla, habría mucho más ruido y una cortina de humo. El mariscal de campo tuvo mucho cuidado de intercalar a los regimientos de las Trained Bands entre las tropas más experimentadas del ejército principal, del que algunos miembros llevaban los fajines de color naranja que se habían convertido en el distintivo reconocido del Parlamento.

Cuando los recién llegados ocuparon sus posiciones entre el bloqueo, su excitación empezó a ser más callada. Algunos de ellos habían estado en formación muchas veces, y muchos habían luchado en combates simulados para divertimento público, pero nunca se habían unido en semejante cantidad ni habían formado durante tantas horas en orden de batalla, a la espera de que aparecieran unos adversarios de verdad que intentarían matarlos.

El conde de Essex recorrió la línea montado en su corcel a medio galope para

inspeccionar los regimientos. Al paso de su general, los soldados levantaban sus gorros y gritaban: «¡Viva el Bueno de Robin!».

—Vamos, mis valientes —instó nuevamente Skippon con calma dirigiéndose a las Trained Bands—. Recemos y luchemos con ganas, y Dios nos bendecirá.

Por alguna razón, Gideon miró de reojo, vio que su socio crispaba la boca en una expresión curiosa y, de pronto, se preguntó por primera vez si Robert Allibone creía en Dios.

* * *

Se percibió cierto movimiento en dirección a Brentford. Los curiosos se desperdigaron como una bandada de palomas inquietas.

En aquel momento, incluso los nuevos reclutas se percataron de la presencia de un numeroso cuerpo de tropas por delante de ellos. Había llegado el ejército del rey. La débil luz del sol invernal se reflejaba de vez en cuando en cascos y armas. Gideon, que tenía muy buena vista, distinguió una profusión de altas picas, un constante ondeo de los estandartes de los regimientos, la agitación de la caballería, algún que otro comandante que cruzaba a caballo ataviado con la armadura completa. Los cañones permanecían silenciosos en los dos bandos, en tanto que los artilleros situados tras ellos se morían de ganas de comprobar su alcance.

Gideon empezaba a notar el peso de su equipo. El pesado cañón del mosquete, de más de sesenta centímetros, descansaba en la horquilla de madera de fresno que había clavado enfrente, en la hierba, pero él tenía que permanecer en posición sosteniendo la dura culata con el hombro dolorido. Doce balas pesaban una libra, y la cacerina se alargaba cada vez más. Se tardaba tanto en sacar la bala de la bolsa, que Gideon había aprendido el truco de llevar dos preparadas en la boca; intentaba olvidarse del sabor del plomo en su lengua. Cada bala necesitaba la mitad de su peso de pólvora fina y dos tercios de gruesa; él llevaba de las dos, la refinada en un cartucho plano con una boquilla, y la común, ya pesada, en una docena de cartuchos que vulgarmente se conocían como los doce apóstoles. Todo esto se sumaba a su carga, y hacía que todos sus movimientos fueran ruidosos. En torno a él sonaba el constante alboroto de los cartuchos metálicos, puesto que todos los soldados llevaban sus doce cartuchos de pólvora en la bandolera, y todas las bandoleras golpeteaban. Iban a consumir centenares de metros de mecha, las tiras de estopa retorcidas formando una cuerda que se empapaba en vinagre para utilizarla de fulminante; con el enemigo tan próximo, la mantenían encendida, lista para entrar en acción, y cada uno de ellos sostenía un trozo corto que ardía por ambos extremos. El hecho de ir equipados con la mecha encendida se convertiría en un acto reflejo que por sí mismo sería motivo de accidentes, puesto que a los soldados se les olvidaba que llevaban la mecha en las manos.

A medida que el enfrentamiento se dilataba, ellos se fueron acostumbrando a la

situación. Casi se relajaron. Transcurrieron horas. Se oía el ruido de las tripas. Algunos miembros de las Trained Bands se escabulleron a despecho de sus oficiales y se fueron a casa a cenar y a dormir en su propia cama. La multitud de espectadores también mermó.

—¿Qué pasa esta noche? —preguntó Amyas con voz trémula.

—Que dormiremos en el campo.

—¿En el suelo?

—En el suelo frío, Amyas. —Gideon dirigió una mirada sabihonda a su aprendiz—. Así como estamos aquí formando filas nos nimbaremos en filas, justificados por nuestros pies. —Lo de justificados era una broma de imprenta; Amyas cayó en ello, nervioso. Se había estado quejando de los pies; no estaba acostumbrado a caminar y todavía no había desgastado los zapatos nuevos que le habían entregado como recluta (dos pares, junto con el gorro, los bombachos, dos camisas y dos pares de medias). Le dolía su primera muela del juicio. Gideon se preguntó con gravedad si el muchacho viviría para quejarse del resto, o si llegaría siquiera a ponerse su segunda camisa nueva.

—¿Y si tengo ganas de mear? —preguntó Amyas con elocuente apremio.

—No te mees en la fila de delante.

Gideon observó divertido al chico, que estaba entendiendo que ser soldado implicaba no tener comodidades ni intimidad. Ya sufrían las privaciones. Ni durante la marcha ni en sus posiciones de combate les daban comida o agua. Los ejércitos se las arreglaban solos. Al menos, en aquella ocasión el Parlamento había enviado cirujanos a Hammersmith; los que habían luchado en Edgehill estaban diciendo que los que habían caído heridos allí habían tenido que pasarse la noche tumbados entre los muertos sin recibir atención médica. El único socorro se lo había proporcionado la compasión de los habitantes del lugar.

Mientras permanecía en orden de batalla sin nada más que hacer, Gideon reflexionó: «Si muero hoy aquí, ¿qué habrá sido mi vida? Nunca habré conocido mujer...». Un pánico extraño se apoderó de él. Decidió hacer algo al respecto... si sobrevivía.

Retomó la cuestión fundamental de si debía o no dejarse barba y, en caso de hacerlo, ¿de qué estilo?

* * *

La aparición de Lambert Jukes, que se fue abriendo paso con cuidado por entre su regimiento, suscitó unas débiles rechiflas. Lambert siempre fue considerado un buen soldado de caballería, pero era famoso por su actitud juguetona para con la disciplina. Él estaba convencido de que las normas eran para todos los demás. En aquellos momentos en que las tropas se estaban hartando de esperar, Lambert se había escabullido de su propio regimiento. Para su fastidio, Gideon vio que su hermano

lucía un buen juego de patillas cuya largura resultaba elegante, una franja de barba bien recortada en el mentón y un bigote rizado y rubio.

Estaba decidido. Gideon seguiría afeitándose.

Lambert bajó su pica tranquilamente. Se suponía que las picas, cuyo objetivo principal era golpear a los jinetes para derribarlos de su montura, debían medir unos cuatro metros y medio, o incluso cinco y medio, de longitud. Muchos soldados, sin embargo, recortaban las pesadas e incómodas astas para hacerlas más fáciles de manejar. Lambert no era una excepción y también la había acortado, de manera que su pica medía poco más de tres metros y medio. Gideon le dijo que con lo corta que era a duras penas derribaría a una lechera montada en un poni.

Lambert soltó una risotada.

—¿Qué clase de recibimiento es este, hermano?

—¿No deberías estar ocupando tu posición, soldado? —A Robert Allibone le molestaba relacionarse con aquel pirata errante.

Lambert lo tranquilizó:

—Cuando empiecen los disparos, allí estaré. Veo que habéis traído a vuestro bebé de armas, ¿eh?

El joven Amyas, de orejas grandes y piernas arqueadas, alzó la vista al cielo. Sonreía ampliamente. Todo aquello era una gran broma para él.

—No quiso quedarse —respondió Gideon lacónicamente. Tanto él como Robert consideraban que su aprendiz era demasiado joven, pero no estaba en sus manos decidirlo; Amyas habría ido con ellos de todos modos. El Parlamento había dictado una orden según la cual todos los aprendices que se alistaran quedarían eximidos de su obligación de completar el contrato de aprendizaje. Cuando la guerra terminara, los oficios comerciales iban a estar llenos de jóvenes capacitados a medias y convencidos de que el mundo les pertenecía... suponiendo que no murieran en ella.

Gideon miró fijamente a su hermano, un tipo de espaldas anchas con aires de sabelotodo gracioso, maravillado no solo de que Lambert hubiera ido a verle con actitud cordial en un momento como aquel, sino también de su confianza en sí mismo. El coronel del Regimiento Verde, Alderman John Warner, les estaba dirigiendo una mirada asesina, pero Lambert saludó al coronel con el mismo desenfado que si fuera él el oficial que advirtiera gentilmente la presencia de algún subalterno ajeno a su regimiento.

Un hombre había estado siguiendo a Lambert. No estaba claro si se conocían o no, y tampoco que hubieran llegado juntos, pero en tanto que Lambert chismorreaba, el hombre habló en voz baja con el coronel Warner y, cuando Lambert se fue, él se quedó allí. Iba vestido de negro y se comportaba como si tuviera permitido pasear a su antojo por entre las tropas. Tal vez fuera un predicador. En tal caso, no predicó. Alguien sugirió que era un jefe de exploradores, a cargo de los agentes de inteligencia y los batidores.

Robert comentó entre dientes que el visitante que rondaba por ahí tenía aspecto de

tendero. Gideon le quitó importancia diciendo que era el sacacorchos de cara regordeta de un posadero de Stepney. El hombre en cuestión era de mediana edad y tenía exceso de peso, o al menos daba esa impresión cuando se echaba ligeramente hacia atrás apoyándose en los tacones de sus botas. Tenía una papada oscura y unos ojos negros de mirada penetrante pero, por lo demás, cualquiera que se cruzara con él en un callejón no volvería la vista atrás porque le llamara la atención su figura. Resultaba difícil saber por qué había captado el interés de los dos impresores, salvo por el hecho de que ambos eran observadores por naturaleza y encontraban extraña su presencia.

Gideon se sobresaltó cuando aquel personaje lo abordó de pronto.

—¿Eres Gideon Jukes?

Gideon cambió la posición de la mano en el mosquete.

—Soy Gideon Jukes y aquí tengo trabajo que hacer, señor.

—Yo soy el señor Blakeby.

—¿Y usted a qué se dedica? —preguntó Robert, que se puso a la defensiva por Gideon.

El señor Blakeby continuó con su peculiar examen.

—Me han dicho que eres una persona resoluta y de buen criterio. Y también que posees cierta experiencia como actor, ¿no? —Apenas bajó la voz, por lo que muchas cabezas se volvieron a mirarlos. Gideon se moría de vergüenza.

—En una ocasión me puse unas plumas en un espectáculo, señor. Entonces era un muchacho. Fue una nimiedad... y un error.

—Pero ¿lo hiciste bien, al menos? —preguntó el señor Blakeby con una sonrisa y la mirada fija en él.

Gideon se preguntó con irritación si había sido su hermano Lambert quien le proporcionara al hombre esas inoportunas referencias, y si lo había traído allí a propósito... tal vez para evadirse de sus atenciones. Lambert tenía tendencia a llamar la atención porque la gente lo veía como un «muchacho campechano»; sin embargo, él era muy prudente. No quería que lo señalaran.

—Estoy tomándome la molestia de reclutar a hombres de confianza para tareas especiales —le brindó Blakeby.

—En tal caso, moléstese en otra parte, por favor.

A pesar de lo directo de la contestación de Gideon, el señor Blakeby tuvo entonces la certeza de que aquel joven con cara de pocos amigos poseía un lado oscuro que vendría bien a sus propósitos. Jukes era demasiado alto y su cabello rubio jugaba en su contra, pero su inteligencia y su temple se notaban.

Aquel era un lugar demasiado público para discutir. El señor Blakeby aceptó la negativa y se limitó a decir mientras se marchaba:

—Me gustaría que nos volviéramos a encontrar para hablar, maestro Jukes.

—¿Qué quería de ti ese hombre? —le susurró Amyas.

—Fuera lo que fuera, Blakeby ha cometido una errata —dijo Robert entre dientes.

Una errata era cuando las líneas de tipos de imprenta se movían en el molde y se torcían.

* * *

La tarde dio paso a la noche, que llegó temprano puesto que era Noviembre. Poco a poco, los hombres se dieron cuenta de que era poco probable que tuviera lugar un combate. Los regimientos parlamentarios continuaron en posición, con los tambores sonando y los estandartes ondeando. Sumaban veinticuatro mil hombres. Era un espectáculo soberbio, y el rey solo disponía de la mitad de efectivos.

Los monárquicos vacilaron angustiados, pero su desventaja era demasiado grande. Aquella era la única oportunidad que tenía el rey de tomar Londres y le habían hecho frente. Tras horas de mantener las distancias y de apresuradas reuniones de guerra, los monárquicos aceptaron la situación. Se replegaron sin que se efectuara ni un solo disparo.

El ejército de Essex y las Trained Bands oyeron el toque de retreta de los trompetas y vieron que las tropas del rey se marchaban. Los parlamentarios respiraron tranquilos y se relajaron, pero no se movieron de allí. Se quedaron en Turnham Green, y pasaron su noche de victoria atacando un gran festín que las mujeres de Londres les habían enviado en carros. Con una empanada en una mano y una cerveza embotellada en la otra, Gideon se encontró rememorando aquel otro banquete al que había asistido después de la representación de *El triunfo de la paz*. Embargado por una sensación de justicia y victoria, Gideon disfrutó mucho más del que estaban celebrando ahora.

Se acercó una mujer joven que llevaba una cesta con pan y una tabla sobre la que cortaba lonchas de un queso enorme y duro. Se las había ingeniado para sostener la tabla contra su cadera rodeada por un delantal, de manera que se le había subido un poco la falda dejando al descubierto un tobillo delgado cubierto por una media de punto de un color pálido. Su mirada se posó en Gideon y le sonrió. Robert y Amyas los observaron sin disimulo; Gideon notó que su tez clara se sonrojaba.

—¿Una gran loncha de queso para ti, valiente?

—¡Yo quiero una! —Amyas alargó el brazo de manera irritante para cogerla. La mujer lo miró: dientes grandes, orejas grandes, unos catorce años aproximadamente. Sin que apenas se notara que lo hacía, evaluó también a Robert Allibone e intuyó la reticencia del viudo hacia las mujeres, por lo que lo consideró fuera de su alcance. Su mirada se desplazó nuevamente a Gideon, quien dejó la cerveza con cuidado apoyada en una mata de hierba y aceptó la oferta de la mujer en silencio. La joven parecía dispuesta a que la entretuvieran para entablar conversación.

Por desgracia para Gideon, su hermano volvió a aparecer en aquel preciso momento.

—¡Brindemos por una victoria incruenta... y por una hermosa doncella que nos

trae un obsequio! —Inmediatamente se ofreció queso a Lambert, quien lo recibió como si fuera su derecho inalienable. Con aire de complicidad, hizo un guiño en dirección a Gideon—. ¡Ten cuidado con ese! Es un rompecorazones.

—¡Los más callados son los peores! —La joven, quien no lo era tanto como Gideon había supuesto en un principio, se mostró insensible a la advertencia—. Y tú eres otro guapo héroe —le dijo a Lambert con una sonrisa tonta y con todo descaro.

—Bueno, soy hábil con la pica —repuso él con una clara insinuación, al tiempo que se retorció el bigote rubio al que tanta manía le había cogido Gideon.

—A tu esposa no le hará ninguna gracia enterarse de que has estado flirteando, Lambert. —Nada más decirlo, Gideon tuvo la sensación de que había sido una mezquindad. Se fijó en que Lambert apenas reaccionó al oírlo. La mujer del queso tampoco.

—¡Ah, te llamas Lambert! —observó ella.

—¡Y él Gideon! —dijo Lambert, que siempre había sido más generoso de lo que su hermano se merecía.

Lambert había dejado que la mujer eligiera libremente entre ellos dos, pero la dinámica había cambiado. Tener a dos hombres en juego era más de lo que ella quería, y perdió el interés por ambos. Le pareció que el hermano mayor era demasiado gallito para tolerarlo, y el menor demasiado tímido para educarlo. Allí había veinticuatro mil soldados, y la mujer se convenció de que su papel era darles la enhorabuena. Se marchó.

Lambert no parecía tener ganas de seguirla, aunque Gideon se percató de que su hermano observaba por dónde se iba la mujer. Si Gideon hubiera sido mayor, hubiera tenido más experiencia y no se hubiese sentido tan cohibido por sus compañeros, tal vez se habría marchado con ella: se hubiera ofrecido a llevarle el cesio, hubiera entablado una conversación inocente y hubiera esperado a ver qué ocurría. A pesar de su inexperiencia, tuvo la sensación de que eso le hubiera favorecido.

No sabía cómo manejar la situación. Ni siquiera estaba seguro de querer un encuentro de ese tipo. Gideon era partidario de lo que la *Gran Reconvención* había llamado «consuelo y conversación» entre hombres y mujeres..., si bien su entropierna le decía que el significado de «consuelo» podría ser muy amplio. En compañía de su socio, su aprendiz y su hermano, todos los cuales se quedaron embobados, resultaba de lo más fácil recordar que lo habían educado en la moralidad decente.

La empanada que tenía en la mano no era tan buena como las que hacía su madre. Él sabía que Parthenope habría enviado provisiones a las tropas, y que algún otro tipo con suerte se las estaría comiendo. Como si ya fuera un verdadero soldado, Gideon disfrutó del momento de reposo y no permitió que su autocompasión se prolongara en exceso.

* * *

El enfrentamiento en Turnham Green sin derramamiento de sangre había salvado Londres, aunque no resolvía nada. La Guerra Civil apenas había hecho más que empezar.

CAPÍTULO VI

OXFORD, SEPTIEMBRE DE 1642

Edmund Treves dio su primer paso hacia el matrimonio cuando la cabeza de la Virgen María estuvo a punto de matarlo.

A decir verdad, fue un primer paso muy poco firme. Los disparos al azar de los soldados habían alcanzado a la Virgen, la habían agrietado y le habían seccionado la cabeza que llevaba cubierta por un velo. Esta se hizo añicos contra el pavimento y no lo alcanzó por poco. Los vecinos de Oxford gritaron con deleite al ver la decapitación; su aplauso se mezcló con los murmullos de honor por parte de los catedráticos ataviados con sus togas. En medio de la confusión, Treves vio que una esquirla de piedra de la estatua le había hecho un corte en la muñeca, que había empezado a sangrar. Resonó otro disparo. Era el bautismo de fuego de Treves. La ancha y conocida calle principal, a la que llamaban calle Mayor, con sus antiguos edificios universitarios, se convirtió de repente en un lugar en el que reinaba el terror, y a él le fallaron las rodillas y estuvo a punto de desmayarse.

Entre el ruidoso público había un hombre que observaba en silencio. Orlando Lovell consideró hasta qué punto la antigua enemistad entre la ciudad y las togas se enconaba con nuevas complicaciones. Recién llegado del continente tras pasar unos cuantos años fuera, vio con asombro que los comerciantes abucheaban descaradamente a los asustados profesores universitarios. Las tropas con casaca de gamuza que se habían apiñado frente al portalón del Oriel College amenazaron con agredir a los sirvientes de la facultad, y después dispararon contra la Iglesia de la Universidad.

Sabía que se trataba de la segunda oleada de soldados. Aquellos vándalos parlamentarios habían expulsado a una fuerza monárquica hacía unos pocos días, y así como ambos grupos habían encontrado una buena acogida en ciertos ámbitos, ambos temían las represalias. Los recién llegados, a duras penas controlados por sus oficiales, eran veleidosos. Algunos de ellos ya se habían amotinado en una formación en los jardines de la Universidad; el domingo, los dragones habían acudido armados a la iglesia por temor a la hostilidad de los ciudadanos; las bandas rivales se habían emborrachado, y sus refriegas habían provocado el caos en las calles.

Los soldados de aquel día estaban destrozando la antigua iglesia de Santa María para saciar todo su rencor contra el arzobispo William Laud. Este, autoritario y solemne, había cerrado los altares con verjas, reparado los crucifijos, erigido estatuas, impuesto un devocionario homogéneo y, lo peor de todo, se empeñó en controlar el poder de los obispos. Los librepensadores independientes se sintieron ultrajados. En aquellos momentos, Laud se pudría en la Torre, y aquellos escandalosos rebeldes

londinenses estaban disparando contra las «imágenes escandalosas», aquellas estatuas que detestaban y con las que el capellán de Laud había adornado un nuevo y provocativo porche en la Iglesia de Santa María. Ajuicio de Lovell, que permanecía allí observando, el hecho de que en Inglaterra tuvieran lugar semejantes escenas resultaba asombroso. La ira provocada por las medidas de Laud resultaba desagradable porque daba la impresión de que no conducía a nada.

Las personas de la multitud le habían explicado que un regidor puritano, Nixon, un tendero, afirmaba haber presenciado cómo la gente se inclinaba ante dichas estatuas. Nixon había intercedido por el All Souls College (al que proveía de higos y azúcar) cuando los puritanos propusieron destrozar a golpes las imágenes religiosas que había en la entrada. Sin embargo, las iglesias no compraban comida en grandes cantidades, de modo que en Santa María los soldados estaban haciendo lo que se les antojaba. Lovell juzgó que su falta de disciplina era un grave delito.

El erudito que se hallaba en peligro era sin duda un rematado idiota. Lovell soltó una maldición, cruzó la calle dando grandes zancadas, agarró del codo a Treves, que estaba a punto de desvanecerse, y tiró de él para que se mantuviera derecho. Oyó las burlas de los soldados parlamentarios. El salvador apartó la cabeza de la Virgen de una patada, se llevó al joven estudioso por el frente de la iglesia y ambos se alejaron del peligro a trompicones. Los soldados de caballería no abrieron fuego, pero siguieron su avance apuntándolos con los mosquetes, si bien fue un gesto meramente intimidatorio; aquel puntapié propio de un partido de fútbol los había complacido... y tal había sido la intención.

—¡Tened más cuidado! —ordenó resueltamente un oficial montado. Lovell examinó al comandante rebelde con curiosidad: tendría alrededor de sesenta años, cabellos con entradas, bigote fino y peinado hacia arriba y tahalí ornamentado con borlas. Se trataba del mismísimo lord Saye y Sele, uno de los parlamentarios destacados. Era un financiero de las colonias contrario al impuesto naval que conspiraba en su casa de Broughton junto con algunos de los principales enemigos del rey. Saye y Sele era un hombre de grandes aptitudes políticas a quien el rey Carlos había apodado «Señor Sutileza».

Lovell pasó junto a las tropas, y a Treves le indicaron por señas que se marchara, pues lo consideraban un erudito soñador que se había adentrado en la línea de fuego cuando andaba sumido en su propio mundo.

—¡Podrían haberme pegado un tiro! —estaba al borde de volver a desplomarse.

Lovell se lo llevó hacia el mercado del grano y lo condujo a una taberna. Había asumido el mando, sentando así las pautas de su relación futura. El hombre lo empujó para que se sentara en un banco de respaldo recto y, en un primer momento, Edmund creyó que este iba a insistir en que tomara alguna bebida muy fuerte; sin embargo, Lovell pidió una cerveza floja en voz baja, el mismo brebaje aguado que bebían los niños.

Era un hombre robusto y bronceado. Estaban a mediados de Septiembre y todavía

no hacía frío, pero él iba envuelto en una pesada capa negra como un espía. Llevaba un sombrero oscuro de copa más bien baja y con una pluma larga y delgada, que entonces tiró a un lado sobre una mesa. Alzó su jarra de cerveza y la sostuvo con firmeza.

—Beberé a tu salud cuando sepa tu nombre.

De una manera absurda, Edmund tuvo la tentación de darle un nombre falso, pero le confesó su identidad. Lovell soltó un gruñido. Le hacía gracia el hecho de que su aspecto resultara amenazador. Emanaba peligro con cada uno de sus movimientos. Aunque no conocía Oxford, se encontraba cómodo en aquel entorno. Miró a Edmund como si este apestara a sudor y a caballos, aunque en realidad solo un débil olor a tabaco impregnaba su ropa, unas prendas que eran más resistentes que lujosas. Daba la impresión de que apoyaría sus botas muy usadas en un banco, en tanto que se recostaría en posición relajada y pediría que le trajeran queso viejo, pipas de cerámica y unas mozas que estuvieran disponibles...

No obstante, permaneció bien sentado. Sus ojos de un castaño claro no dejaron traslucir expresión alguna cuando dijo:

—Orlando Lovell.

* * *

El tabernero los estaba fulminando con la mirada, pero Lovell lo ignoraba con toda intención. Nada más entrar en el establecimiento, Treves había hecho un lío con la toga y la había metido debajo del banco; los estudiosos tenían prohibida la entrada a las tabernas. Puesto que los colegios universitarios eran los propietarios de casi todas las posadas de Oxford, era muy probable que cualquier posadero ansioso por conservar su contrato de arrendamiento denunciara la infracción.

—¡De modo que eres un estudioso! —dijo Lovell con una sonrisa. La condición del joven era obvia por el traje sobrio que llevaba. Edmund tenía el cabello pelirrojo, la palidez que solía acompañarlo y una expresión tan inocente como la de un niño, aunque el puño de lino manchado de sangre por la herida que le había causado el fragmento de piedra le daba entonces cierto aspecto de tunante.

Orlando Lovell sonsacó al estudioso la historia de su vida de forma experta, sin que pareciera que lo estaba haciendo. Se trataba de un joven de buen carácter procedente de una familia de la pequeña aristocracia, a la que le habría resultado difícil conseguirle una posición en la vida. En tiempos de paz, sus opciones consistían en convertirse en hacendado (cosa difícil cuando no tenía fincas en propiedad), abogado (si bien carecía de amigos y familiares que pudieran actuar como patrones y promocionarlo) o clérigo (lo cual no resultaba aconsejable teniendo en cuenta los conflictos que la religión estaba provocando en el reino). Su padre había muerto hacía unos años; su madre salía adelante como podía. La familia carecía de fondos o influencia suficiente para mandar a los hijos al servicio real de la corte. Edmund

pertenecía un linaje demasiado ilustre como para empezar en un oficio o emprender un negocio, pero no poseía tierra suficiente para poder vivir de ella. A duras penas se había reunido el dinero para mandarlo a la Merchant Taylors School a la que habían asistido los hermanos de su madre. Aun así, de alguna forma, con sus conocimientos de los clásicos y la influencia del Merchant Taylors, había conseguido una plaza de becario en el Saint John College de Oxford. Aunque Oxford no lo estuviera educando precisamente para una carrera, sencillamente ese era el modo en que habían sido las cosas a través de los siglos y, como podrían decir los cínicos, el modo en que serían siempre.

—¿Es usted un universitario, señor Lovell?

—No tuve ese privilegio.

Lovell dedujo que, probablemente, Treves dejaría la universidad sin hacer la licenciatura. Era una circunstancia relativamente común; seguiría el ejemplo de muchos otros que, sin embargo, habían llegado a ser grandes hombres en la vida política o literaria. «Podría ser, mi querido Ned —le escribió su madre en una de sus cartas semanales tratando de consolarse—, que el hecho de recibir educación en una gran universidad sea un beneficio por sí solo y, de conseguir algo notorio en tu porvenir, siempre quedará constancia de que una vez estuviste presente en dicho templo del saber, y nadie pensará nada malo de ti...». Esta frase poco convincente y quejumbrosa llegó a su final, y entonces Alice Treves soltó sus verdaderos sentimientos: «Aunque, para serte sincera, me sentiría muy complacida viéndote debidamente establecido con una licenciatura».

Treves explicó con tristeza las nuevas normas que había establecido el arzobispo Laud, que lo controlaba todo. Para obtener la licenciatura, ya no bastaba con asistir a unas cuantas conferencias y de vez en cuando entregar un trabajo por escrito. Debía pasar un examen.

—Tienes tiempo de aplicarte más en tus estudios.

—Sí, pero ¿y si ahora estalla una guerra? —espetó Edmund presa de la excitación. Al igual que la mayoría de estudiantes, prestaba la misma atención a la política y a la religión que a sus libros... lo cual significaba la mínima con la que podía pasar. Había nacido el año anterior a la coronación del rey Carlos. Creció en una Inglaterra estable y próspera en la cual, inocentemente, no había sido consciente de los problemas. El director de su colegio y los profesores con los que se había encontrado en la universidad eran todos leales al rey; él había seguido su ejemplo. Su colegio universitario se había beneficiado de un nuevo patio interior sumamente caro pagado por el arzobispo Laud, quien había sido el director de Saint John, así como rector de la Universidad. El primer año que Edmund acudió a Oxford, Laud fue acusado de delitos cometidos en el desempeño de sus funciones. En Saint John, la amenaza de que su director fuera ejecutado era un tema de conversación que ni siquiera los estudiantes podían pasar por alto.

* * *

Lovell centró su interés:

—Creo que tu colegio universitario está muy bien dotado de fondos, ¿no es así? —inquirió—. Debe de haber una bodega excelente. ¿Disfrutas de una buena cocina?

—Los colegios esperan perder sus tesoros —fue la cauta respuesta. Incluso Treves era capaz de reconocer a un oportunista.

Lovell sabía que, por todo el reino, los hombres estaban tomando la iniciativa y haciéndose con el control de los arsenales, de los polvorines de la ciudad, de los barcos y del dinero. En Cambridge, un miembro del Parlamento llamado Oliver Cromwell había empezado a sacar la plata de la universidad para fundirla con prontitud. Cuando las fuerzas monárquicas habían ocupado Oxford con sir John Byron al mando, este consideró prudente llevarse con él una gran cantidad de objetos de plata y oro de la universidad de Oxford, «no vaya a caer también en manos parlamentarias». Se le negaron los de la Iglesia de Cristo, pero acabaron por descubrirse ocultos tras los paneles de las paredes. Lo que Byron dejó entonces, ahora lo estaba intentando localizar lord Saye y Sele. Pero él, al igual que Byron, había estudiado en Oxford y mostró cierta timidez a la hora de saquear su alma máter. Quemó libros papistas y cuadros en las calles, aunque había aceptado los ruegos del director del Trinity de que no valía la pena destruir las pinturas del colegio universitario («Les damos el mismo valor que a un paño de cocina»), de modo que dejaron allí a aquellos directores antiguos, vueltos discretamente contra la pared.

—Las conferencias se han cancelado, en tanto que todo se centra en la asamblea de tropas, la instrucción y la fortificación —gorjeó Edmund.

—¿No pasarás las horas diciendo palabrotas y jugando? —Lovell se estaba burlando, hasta cierto punto.

—No, nuestra posición nos prohíbe jugar por dinero... otra de las reformas de Laud. Debemos llevar el pelo bien recortado, vestir con sencillez y no merodear por las calles con diversiones repugnantes. Nada de caza con perros ni con hurones, y por supuesto no debemos llevar armas...

—¿Y qué hacéis para...? —Lovell habló con su habitual timbre educado, aunque el trasfondo era salvaje. Edmund pareció alarmado. Lovell se limitó a frotarse el pómulo bajo uno de sus ojos de párpados caídos con la punta de un dedo lánguido.

—¿Para entretenernos? Escribimos oraciones en griego y resolvemos acertijos en latín —respondió Edmund con solemnidad.

* * *

La discreta broma desconcertó a Lovell. La reconsideró, al tiempo que pensaba en

cómo debía responder, o si acaso era necesaria respuesta alguna. El joven Treves, zarandeado por los estudiantes irrespetuosos, estaba acostumbrado al ingenio. Como tenía curiosidad, se encargó de preguntar qué estaba haciendo Lovell en Oxford.

—Vine con Byron. —¿Acaso habrían dejado allí a Lovell como un espía monárquico?

—¿Es un soldado profesional?

—Llevo sirviendo en el ejército desde que era más joven que tú.

—¿Y cuánto tiempo es eso?

—Una década. —Como Edmund pareció impresionado, Lovell desvió la conversación—. Así pues, señor universitario, nada de armas, ¿eh? ¿Cómo encaja eso con los contratiempos actuales?

Entonces, mientras Lovell escuchaba divertido y en silencio, Edmund le explicó que muchos estudiosos y profesores universitarios habían abandonado Oxford para no regresar jamás; la entrada normal de estudiantes se había agotado. Los que quedaban estaban recibiendo instrucción y ayudando a fortificar la ciudad.

Cuando se incrementó el riesgo de una acción de guerra, Edmund Treves había ayudado a cavar trincheras, a fortificar el puente Magdalen y a transportar piedras a lo alto de la Magdalen Tower para arrojarlas contra cualquier atacante. Lovell soltó un eructo burlón. Treves le suplicó consejo sobre cómo unirse al servicio del rey, y Lovell accedió a prestarle ayuda.

Lovell dejó su jarra de cerveza vacía y cogió el sombrero.

—Dime, ¿qué piensa tu madre de tus bélicas intenciones? ¿Mantienes correspondencia con ella? —Edmund admitió que su madre le escribía todas las semanas con mucho cariño—. ¿Y tú le contestas?

—Con toda la frecuencia que me parece conveniente. —En realidad, Edmund le respondía cada semana y adornaba sus cartas con frases en griego y en latín para demostrar que estaba estudiando. Sin embargo, tenía el tino suficiente para eludir el tema cuando estaba hablando con un sofisticado exmercenario, diez años mayor que él, cuya expresión rayaba en lo irónico—. ¿Usted tiene familia, señor Lovell?

—Ninguna de la que tenga que preocuparme —contestó Lovell lacónicamente.

Cuando aquella relación fortuita entre Lovell y Treves se convirtió en una extraña amistad (o en lo que pasaba por ser una amistad en una ciudad incómoda; dividida por las facciones), fue Lovell quien recomendó a Edmund Treves que debería intentar contraer matrimonio con una heredera de la que había oído hablar. Del mismo modo en que fue Lovell quien aconsejó a Edmund que se hiciera soldado, fue él quien planteó el tema de Juliana Carlill.

En otoño de 1642, en Inglaterra, un caballero de dieciocho años tenía dos destinos probables frente a él: el matrimonio y la muerte. Muchos conseguirían ambas cosas con suma rapidez. Pocos utilizarían el miedo a acabar en un ataúd como motivo para retrasar su salto al lecho matrimonial; era mucho más común apresurarse a meterse entre las sábanas mientras hubiera ocasión.

Lamentablemente, también llegó a ser común que las jóvenes casadas perdieran a sus esposos cuando ellas se hallaban en avanzado estado de gestación de su primer embarazo. Parte de las viudas volverían a casarse, sobre todo las jóvenes, las que habían demostrado ser fértiles y quizá tuvieran la suerte de poseer un legado; algunas podían esperar una segunda oportunidad. Para otras, la vida sería más funesta. Las viudas, particularmente las del bando perdedor, solo podían esperar quedar relegadas a los rincones de las salas de otras personas, a menudo perseguidas por los pleitos y defraudadas por sus hijos. A pesar de todo esto —y por suerte para los hombres de dieciocho años—, solo las familias más sensatas aconsejaban a las jovencitas que fueran prudentes con el matrimonio.

Porque, en otoño de 1642, nadie imaginaba que la Guerra Civil fuera a durar mucho tiempo. La gran mayoría estaba segura de que se negociaría una reconciliación de algún tipo entre el rey y el Parlamento. Resultaba impensable que las cosas fueran distintas.

Así pues, Edmund Treves, quien no había pensado demasiado en la posibilidad de morir hasta que la cabeza de la Virgen María estuvo a punto de matarlo en la Calle Mayor, no tardó en verse frente a otro destino peligroso. Edmund no se había licenciado aún en buen criterio. Nunca consideró que la guerra en la que se habían enzarzado el rey y el Parlamento llevaba camino de alargarse prácticamente durante el resto de su vida. Él no entendió que había que abordar la guerra no como un juego improvisado de frontón contra el muro de un colegio universitario, sino con mucha cautela. El amor también requería de una planificación a largo plazo. Era una época arriesgada para tomar decisiones importantes, sobre todo cuando quien te empujaba a ello era un hombre cuya fiabilidad no estaba demostrada.

Por consiguiente, Edmund Treves, portador de un florido ramillete de malentendidos, viajó alegremente desde Oxford hasta una casa situada cerca de Wallingford, para conocer a una joven dama de la que solo sabía lo que su amigo le había contado de ella, gran parte de lo cual iba a resultar no ser cierto. La opinión general coincidía en que, de haber sido persona de más edad y más mundo, no hubiera visitado a una futura novia acompañado de Orlando Lovell.

CAPÍTULO VII

OXFORD, OTOÑO DE 1642

Lovell siempre afirmó que era inocente, pero nadie que conociera su reputación oscura creía de verdad su declaración.

¿De dónde había venido? ¿Dónde había estado? Existían respuestas y había gente que las sabía. Él no vio ningún motivo para proporcionar la información correcta por iniciativa propia, y si las historias que circulaban no eran del todo correctas, a él eso no parecía preocuparle.

Lovell, que entonces se hacía llamar capitán, había llegado a Inglaterra después de prestar un servicio militar genuino en Europa, y lo hizo casi en el mismo momento que uno de los sobrinos del rey. Fue en este punto cuando su historia personal empezó a adquirir un cariz embarazoso. Dejó que la gente supusiera que había servido a las órdenes del mayor de los sobrinos reales: el Elector Palatino. El príncipe Carlos Luis era un refugiado. A su padre lo habían invitado a ostentar la corona de Bohemia, pero fue expulsado ignominiosamente cuando aún no había pasado ni un año; entonces, el «Rey Invierno» había perdido también sus propias tierras y luchó hasta su muerte para recuperar su posición. Ahora eran sus hijos quienes iban en pos de aquel imposible. Carlos Luis acudió a Inglaterra en 1641 para suplicar ayuda. También esperaba reclamar la esposa que le habían prometido, la princesa María, hija mayor del rey, pero se encontró con que esta iba a casarse con el príncipe Guillermo de Orange, lo cual era más ventajoso.

Desde el punto de vista político, era un mal momento. El rey Carlos había quedado arruinado por la Guerra de los Obispos, y su Parlamento estaba resuelto a la confrontación. Carlos no tenía nada que ofrecer a su sobrino suplicante. Al tiempo que estallaban las hostilidades inglesas, el príncipe manido pasó un tiempo en Londres y aseguró a sus amigos de los círculos parlamentarios que su lealtad era neutral. No estaba claro si esto era un reflejo de su enojo por haber perdido a la princesa María o una evaluación astuta por su parte del futuro de su soberano tío. Probablemente quería proteger la pensión que cobraba su madre Isabel, y que siguió cobrando, pero el Parlamento, con educadas expresiones de pesar, rehusó ayudar a Carlos Luis. Dada la mala situación, el Elector Palatino se dio por vencido y regresó al extranjero. Lovell se quedó.

Exactamente en la misma época apareció en Inglaterra el gallardo hermano menor del elector, el príncipe Rupert. Al parecer, acudió para agradecer al rey Carlos su ayuda para conseguir que lo liberaran de una prisión imperial después de haber sido capturado en combate. Ya había estado en Inglaterra con anterioridad, cuando se convirtió en favorito del rey y la reina. Los jóvenes príncipes Palatinos provenían de

una familia muy numerosa y habían pasado casi toda su vida sin hogar; como su propia causa se tambaleaba en Europa, pudieron ofrecer su experiencia militar a cualquier país que les proporcionara un ejército o a cualquier familiar que los necesitara.

El príncipe Rupert había nacido en Praga, y era tan solo un bebé cuando sus padres huyeron de Bohemia; con las prisas de la marcha, se olvidaron de él temporalmente hasta que, en el último momento, una niñera de gran rapidez mental se acordó de echar al niño en un coche de caballos que ya partía. Al crecer, se convirtió en una persona brusca, lo cual no resultaba ni mucho menos sorprendente, pero era tan apuesto que por norma general lograba salir airoso de su grosería. En aquellos momentos, tenía veintidós años y sus conocimientos sobre la guerra superaban considerablemente a los de su tío, el rey Carlos... aunque tal vez no lo suficiente.

—¡Está sobrevalorado! —gruñó Lovell, quien se consideraba un entendido—. Principalmente por él mismo, y nadie lo hará bajar del pedestal debido a su sangre. — Entonces mordisqueó la pipa con una mueca manifiesta que admitía tanto su envidia del príncipe Rupert como la ironía de que quizás él también se sobrevalorara en ciertos aspectos.

Los dos eran hombres desarraigados, holgazanes y pobres. También tenían ambos un flagrante aire de no necesitar nada, y sin embargo esperararlo todo.

—Este tal príncipe Rupert es un hombre de Saint John —mencionó Edmund Treves, quien también mordisqueaba la boquilla de una pipa. En aquellos momentos, estaban los dos en el Colegio Universitario Saint John, con los pies en alto en su habitación. Edmund pellizcaba con malicia el mal talante de su amigo—: El arzobispo Laud inauguró nuestro nuevo Cuadrángulo Canterbury... Asistieron tanto el rey como la reina; se les ha honrado con unas estatuas elegantes que ha hecho ese escultor, Le Sueur —pasó un momento apretando el tabaco. Lovell aguardó con impaciencia—. El príncipe Rupert debía de tener unos dieciséis años; vino con el séquito real, y lo admitieron como estudiante.

—¡No me digas!

—En serio.

—¿Estabas aquí entonces?

—Me temo que no.

—¡Qué lástima! Tal vez hubieras compartido banco con Su Alteza y le hubieras dado en su codo Palatino cuando fuera a sorber el desayuno en el refectorio.

—¿Y eso hubiese resultado útil?

—¡Vamos, Edmund! ¿Llamar «viejo colega» al principito? ¡Ya lo creo que sí!

Edmund Treves sonrió en silencio. Incluso Lovell se unió a él.

* * *

Treves reflexionó sobre las intenciones de su nuevo amigo, preguntándose dónde encajaba el príncipe Rupert en ellas.

Al iniciarse la Guerra Civil, los hombres que se hallaban en condiciones de combatir fueron llamados a Inglaterra. Los autóctonos acudieron por lealtad, los extranjeros se abatieron sobre ella por el botín. Llegaban soldados expertos y mercenarios procedentes de todos los rincones de Europa. Los colonos, movidos por la voz de la conciencia, regresaban de las Américas. Los más ricos empezaron a reclutar regimientos. Orlando Lovell no podía permitírselo. Los voluntarios con menos recursos debían ingeniárselas para entrar en cualquier compañía en la que pudieran hacerlo. Ese era el camino que Lovell tenía que seguir. Durante su estancia en el extranjero había ganado un suculento sueldo por sus servicios y había acumulado las partes del botín que le correspondían, pero siempre vigilaba la salud de su bolsa. El día que se conocieron Treves no se había equivocado cuando tuvo la sensación de que el otro lo estudiaba como a una presa. Fue su pobreza lo que le salvó, nada más.

Lovell había traído su talento a casa y se declaró leal a su rey (lo cierto es que tenía aspecto de ser inglés... o tal vez irlandés o galés... aunque de escocés no tenía nada). Su apoyo sería incondicional, puesto que él consideraba la rebelión una locura destinada al fracaso. De algún modo u otro, al final Lovell acabaría sirviendo a las órdenes del príncipe Rupert. Sabía cómo introducirse en la posición más ventajosa. Fuera cual fuese su opinión sobre la capacidad del príncipe, Lovell siempre tenía en mente dónde y cuándo podía procurarse amistades útiles y adquirir reputación. Pero, para empezar, el príncipe Rupert volvía a estar fuera, escoltando a la reina hasta Holanda.

Impaciente por entrar en acción, Lovell ya había considerado otras posiciones. En el mes de Mayo, el rey había reconocido por fin que la agitación en las zonas rurales requería de una Guardia de Caballería para proteger su regia persona. En aquellos días, Lovell hizo unas breves apariciones en compañía de sir Thomas Byron, uno de los siete distinguidos hermanos que estaban en el bando monárquico, y que era comandante de la guardia personal. El destino de prueba no complació al exigente Lovell. En Agosto, ya se había unido a sir John Byron, otro de los hermanos, que el día 28 del mismo mes había entrado en Oxford con doscientos hombres montados.

Este tal Byron era un comandante muy animoso de cejas oscuras y un bigote que parecía un grueso lingote negro pegado en su labio superior. Era famoso por luchar incluso cuando no era necesario; sobrevivió a una herida que recibió en la cara con un hacha de guerra, y se ganó el sobrenombre de «El Fanfarrón Sangriento». Su exuberancia no convenció a Lovell. Tal vez fuera simplemente porque sir John Byron era demasiado pintoresco para él. Ardía con una intensidad que eclipsaba a los subordinados, y era muy poco lo que ofrecía para compensarlo. De modo que cuando sir John Byron se marchó a caballo, Lovell se quedó en Oxford.

—¿Era lícito hacerlo? —Edmund sospechaba con inquietud que el prepotente de

Lovell había desertado de las filas de Byron.

—Nunca te unas a la primera tropa que veas —respondió Lovell con desdén. Siempre que hablaba como un soldado, con ese cinismo experimentado, un boquiabierto Treves aceptaba sus palabras con sobrecogimiento.

Lovell bromeó diciendo que aún quedaban otros cinco hermanos Byron cuyas tropas podía evaluar hasta encontrar una que le conviniera. Pero él ya sabía lo que quería: estar al servicio del príncipe Rupert, que operaba a las afueras de Oxford.

—¡Válgame Dios! ¡Si hasta un idiota se daría cuenta de que este es el lugar adecuado! —espetó Lovell—. El rey se está debilitando con la lucha para capturar Hull, solo porque se supone que es un buen puerto del norte y contiene un poderoso polvorín...

—¿Un polvorín? —preguntó Edmund.

—Un arsenal que quedó de cuando las Guerras Escocesas... pero mientras el rey Carlos ha estado perdiendo el tiempo frente a las puertas como una mantequera, están despojando el polvorín de su contenido, que se traslada al Parlamento por la carretera que va al sur... ¿Qué queda? Bristol está ocupado por los rebeldes. Warwick es un hervidero de discordia. Nottingham y York son lugares demasiado remotos para tenerlos en cuenta. Pero Oxford es céntrico, bien dispuesto para el rey, fácil de abastecer, con buenos accesos, defendible y, lo mejor de todo, lo bastante rico y refinado como para albergar a una corte real.

—Así que...

—Así que nos quedaremos aquí hasta que llegue la corte.

«Nos quedaremos», pensó Edmund con orgullo.

* * *

El plan de Lovell para casar a Treves con Juliana Carlill cobró vida súbitamente mientras esperaban a que la corte fuera a su encuentro.

Lovell había oído hablar de esta heredera y de que su tutor quería encontrarle un esposo. Cualquier persona un poco más perspicaz que Treves podría haberse dado cuenta de que la fuente del rumor eran los cotilleos de los sirvientes en una taberna. Solo un cínico redomado se preguntaría si las personas vinculadas a la chica habían filtrado la información de manera deliberada entre los mozos de taberna para atrapar a un universitario adinerado. Al igual que muchos intrigantes apasionados, Orlando Lovell nunca imaginó que nadie aparte de él contara con la habilidad y la bravuconería para conspirar.

Una vez hubo confirmado que la chica era joven y estaba sola en el mundo, con el único apoyo de un tutor, un hombre soltero y de edad, Lovell afirmó que esas personas eran unos inocentes esperando a que los desplumaran. Según recalcó el mercenario, dependía de Edmund llevarse el premio antes de que otro hombre más rápido se le adelantara.

A Orlando Lovell le gustaba complicar las cosas. Dio a entender a Edmund que la proposición de buscarle un esposo a Juliana la había iniciado la reina. En aquellos momentos, Enriqueta María se hallaba en la cúspide de su influencia. Dado que para su tenaz esposa francesa el rey era un indeciso cero a la izquierda, Lovell dijo que los hombres ambiciosos harían bien en respetar sus sugerencias. Al tener muy poco mundo, Treves no dudó de la implicación de la reina, y ni mucho menos imaginó que Lovell pudiera habérselo inventado.

Cuando, exhortado por su excitada madre, Edmund insistió para que Lovell le diera más detalles, este se limitó a encogerse de hombros y dijo simplemente que la reina quería ayudar a la chica. Parecía razonable. En cualquier caso, a Edmund sí se lo pareció, aunque cuando Alice Treves recibió su carta no pudo más que alisarse el cuello de blonda con gesto agitado y fruncir los labios. Para empezar, ella sabía que la reina se encontraba en el extranjero.

La reina había ido a Holanda para llevar hasta allí a su hija de diez años recién casada, la princesa María. Los miembros de la Casa de Orange estaban ansiosos por obtenerla en custodia. Los holandeses habían pagado una suma sustanciosa para conseguir a la tan deseable novia protestante que debería haber ido acompañada de una gran dote, si bien esta se hallaba amenazada por la crisis política en Inglaterra. En vez de eso, la reina intentó enérgicamente reunir fondos para la guerra de su esposo. De manera astuta, Enriqueta María se había llevado una buena parte de las Joyas de la Corona (a lo que el Parlamento protestó diciendo que no eran suyas para poder venderlas), que fue ofreciendo a prestamistas y tratantes de armas del continente para reunir dinero en efectivo con el que compró armas. No se sabía con seguridad cuándo regresaría a Inglaterra. Su ausencia afectó el curso inicial de la guerra y el futuro de Inglaterra en distintos aspectos. Provocó una gran preocupación en el rey... e impidió que se indagara sobre el presunto afecto que Enriqueta María le tenía a Juliana Carlill.

Treves, que era un hombre sin complicaciones, había adquirido la convicción — ¿de quién?, ¿de Lovell?— de que la abuela de la muchacha había formado parte de las damas de honor que habían recibido a la joven reina a su llegada a Inglaterra en 1625. En realidad, Roxanne Carlill era francesa, lo cual debía de haber hecho dudar a Treves. Si hubiera caído en la cuenta de que Enriqueta María apenas conocía y sin duda no recordaba a su supuesta doncella, lo más probable es que se hubiera echado atrás en lo concerniente a la boda.

Sin embargo, el supuesto interés de la reina por Juliana no fue el mayor engaño que sufrió Edmund Treves por parte de Lovell. Hubo más.

Se decía que Juliana Carlill era heredera de una propiedad. Lovell creía que se trataba de «huertos en Kent» pero, en este sentido, había dejado que lo condujeran por un tortuoso sendero de engaños que Edmund no investigó. Ellos dieron por sentado que Juliana era una mujer con educación (aunque no demasiada), casia (aunque no frígida), hermosa, buena bailarina, ingeniosa (no habían considerado a

qué se referían exactamente con eso) y que permitiría que su esposo disfrutara de una generosa cantidad de tiempo para cazar, pescar, ver a sus amigos y salir a las tabernas. Sin embargo, lo que les empujó a entrar en acción fueron los huertos. Eran caballeros y tenían una opinión romántica de las mujeres, pero conocían el valor del dinero.

Las intenciones de Edmund para con Juliana eran buenas porque, por naturaleza, él era un hombre decente a carta cabal. No obstante, también era un hombre de su tiempo, por lo que tenía la esperanza de que los terrenos de la joven y el hecho de que contara con el favor de la reina le permitirían evitar el trabajo y las preocupaciones. Eran unos motivos perfectamente aceptables para querer casarse. Lovell le aseguró que, si se las arreglaba para convencer a la chica y a su tutor de que lo aceptaran, su madre olvidaría que no la hubiesen hecho partícipe de la decisión, y recibiría con afecto tanto a la novia como a sus huertos de manzanos (¿o eran cerezos?) que cada día se hacían más abundantes en la imaginación de ellos dos.

Lovell estaba constantemente cerca para dirigir el plan. Se alojaba en una posada un tanto desagradable. Las posadas de Oxford, que contaban con una clientela siempre cambiante y desleal, nunca habían sido un refugio donde dormían clientes antiguos y asiduos: eran posadas de negocio rápido regentadas por unos caseros sin escrúpulos que a duras penas eran educados y que solo querían dinero rápido. Parecía lógico que Lovell pasara mucho de su tiempo libre en Saint John.

Allí, Edmund tenía una habitación histórica en el viejo cuadrángulo, una estancia bastante grande situada en lo alto de unas escaleras antiguas y donde lo atendía un criado de piernas flacas, que a duras penas podía subir por las escaleras con un cubo para el carbón. El criado de Edmund despreciaba a los universitarios y, decididamente, odiaba al intruso de Lovell. Lovell sabía que estaba expuesto. No dio muestras de que ello lo perturbara. Acudía casi cada día y desafiaba al criado a que lo delatara por fumar. Para ser justos, Lovell proporcionaba el tabaco, en efecto. Sin embargo, lo hacía porque dedujo que Edmund no tenía ni idea de dónde comprar una hoja sabrosa, y porque enviar a ese criado rezongón a la tabaquería no podía considerarse siquiera como una opción.

Dicho sea en su honor, Edmund sí que lidiaba con un problema que había percibido. La educación recibida no había sido en vano.

—Me gustaría mucho ser un hombre que disfrutara de la seguridad de las fincas de su esposa, Lovell, pero no veo por qué una heredera de este calibre iba a aceptarme a mí.

—Es muy fácil —repuso Lovell—. Tienes que actuar como si fueras un tipo que también tiene unas nobles tierras de labranza en propiedad, pero que actualmente se hallan vinculadas a tu primo segundo anabaptista.

—¿Y cómo voy a hacer eso?

—Con docilidad. —Lovell se rio y luego añadió, como si lo supiera por propia experiencia—: Y con desaliento.

* * *

Juliana Carlill y su tutor vivían en Wallingford, en una casa que le habían prestado a este último, William Gadd. Tras un breve intercambio de cartas, Edmund Treves, con el apoyo de Lovell en el papel de mozo de cuadra, viajaron hasta allí para hacerles una visita.

Wallingford era una dinámica ciudad comercial cuyo castillo con foso estaba bastante bien mantenido por los monárquicos. Tenía senderos para los enamorados a lo largo de las orillas del río, y un puente enorme donde Guillermo el Conquistador había vadeado el Támesis de camino a su coronación. Wallingford se remontaba aún más en la historia. Era un burgo fortificado de los sajones fundado por el rey Alfredo y que antaño fuera mayor que Oxford; seguía siendo un lugar estratégico y muy seguro de sí mismo. Era una típica ciudad rural inglesa por la cual no tardaría en lucharse con encono.

Lovell y Treves se entusiasmaron cuando, según la información local, se enteraron de que la casa que iban a visitar era propiedad de un juez. Esta circunstancia situaba al señor Gadd en un contexto altamente respetable..., y eso era precisamente lo que pretendía el señor Gadd, aunque ellos no lo supieran.

CAPÍTULO VIII

WALLINGFORD, OCTUBRE DE 1642

Una bonita tarde de otoño de 1642, el tutor de Juliana Carlill la mandó llamar por mediación de su criada para todo, la pequeña Prue.

Juliana tenía bajo custodia varios tomos pesados que habían pertenecido a su padre, quien gastaba más dinero del que debía en libros. Ella estaba disfrutando de su lectura, una habilidad que le había enseñado también su padre. El hombre había coleccionado «utopías» y ella se hallaba enfrascada en una de ellas llamada *El hombre de la Luna*, escrito por Francis Godwin y en el que un noble español víctima de un naufragio llega a la Luna en un carro tirado por gansos adiestrados; allí descubre un paraíso social benévolo, con características fantásticas y futuristas.

Entonces veréis a hombres que van de un lugar a otro volando por los aires. Podréis enviar mensajes en un instante a muchas millas de distancia, y recibir la respuesta también de inmediato. Podréis manifestar vuestra opinión del momento a un amigo vuestro que se halla en algún lugar remoto y privado de una ciudad populosa...

Juliana se hallaba completamente abstraída del mundo real, y no oyó que la pequeña Prue llamaba a la puerta del dormitorio, ni siquiera advirtió su presencia en la habitación de inmediato. La pequeña Prue, una pobre chiquilla despistada y pálida que provenía de un entorno agrícola, se quedó mirando el libro como si la fascinación que ejercía en la joven dama sugiriera que Juliana era una bruja. En la Europa del siglo XVII, eso podía suponer un grave error. Una soltera que quisiera evitar el desastre no llevaba una vida recluida, no tenía vin gato negro y tampoco dirigía una mirada prolongada a su vecino o a la vaca de su vecino. De lo contrario, el siguiente paso sería tener a unos mirones inspeccionando pechos y genitales en busca de las tetas del diablo. Un cazador de brujas nunca admitía haberse equivocado; la acusación siempre llevaba a un veredicto de culpabilidad, y el castigo era la horca.

Juliana le dirigió una sonrisa tranquilizadora a la pequeña Prue.

* * *

Al ser informada de que había recibido la visita de dos caballeros desconocidos, Juliana pasó por todos los repentinos cambios emocionales que abrumarían a cualquier joven. Para empezar, no quería dejar el libro a mitad de capítulo. Domingo Gonsáles, el viajero utópico, estaba a punto de regresar a la tierra, donde aterrizaba en

China... Sí, Juliana Carlill era una lectora que se adelantaba y echaba un vistazo.

De inmediato, pensó en su propio aspecto. Por suerte, llevaba un pulcro vestido de color amarillo pálido salpicado de flores diminutas. La pequeña Prue, que tenía la memoria de un pajarillo, olvidó su miedo a la brujería y se encargó de arreglar el suave cuello del vestido de Juliana, una delicada cascada de encaje que caía desde la parte alta de la garganta por encima de los hombros. El encaje de Juliana siempre estaba bien. Estaba cosido en varios sitios, pero los zurcidos eran invisibles, de eso estaba totalmente segura puesto que ella misma había vuelto a unir los hilos a conciencia. También llevaba un peinado elegante y a la moda. Cuando una joven dama vive con un tutor soltero y anciano que no quiere ni oír hablar de que ayude a la criada en otra cosa que no sea la refinada tarea de recoger hierbas del huerto de la cocina (que en Wallingford no estaba muy bien surtido), esta se encuentra con que no tiene mucho que hacer, salvo quedarse alicaída en su dormitorio arreglándose el pelo. Así pues, Juliana llevaba un pulcro moño plano en la coronilla con zarcillos de rizos enmarcando su rostro y unos bucles largos y sueltos a ambos lados.

Descendió por la escalera, estirando la punta del pie antes de pisar las tablas de madera, para no tropezar con los largos pliegues del vestido. La casa era estilo Tudor, tendría quizás unos cien años y se había construido con una mezcla de materiales entre los que había algo de ladrillo. Juliana bajó a un pequeño vestíbulo de techo bajo y enlucido que nada tenía que ver con las enormes cavernas de vigas martillo de períodos anteriores, aunque este contaba con una pesada mesa tambor; demasiado pesada como para moverla con facilidad, por lo que se había quedado allí acumulando polvo, en tanto que la casa permanecía deshabitada.

El señor Gadd, empequeñecido pero con los ojos centelleantes de emoción, la esperaba al otro lado de la puerta que daba a una cámara privada o salón. El anciano llevaba sus piernas flacuchas enfundadas en unas medias negras pasadas de moda que, de tan holgadas, se agitaban bajo un jubón largo por detrás, al estilo de la época del rey Jacobo. El hombre estaba prácticamente calvo, pero unos mechones largos de cabello se descolgaban hasta el pintoresco y gastado brocado de su conjunto, lo cual, junto a sus ojos viejos y llorosos, le daba un aspecto desagradable, un tanto sórdido. Todo ello inducía a error.

Juliana había descubierto que se trataba de un hombre sumamente inteligente. Se había retirado a los ochenta años de las Inns of Court con una pensión sustancial que le pagaban varios letrados agradecidos, cuyas carreras había hecho brillar enviándoles clientes, descubriendo puntos legales olvidados hacía mucho tiempo, siguiendo el rastro de testigos esenciales (o, si no, procurándolos) y sabiendo dónde adquirir un buen vino de malvasía. No poseía ningún título formal; era hijo de un porquero. Sabía más de leyes que la mayoría de jueces, pero no había nacido caballero, de manera que no podía hacer uso de sus conocimientos de manera directa. La abuela de Juliana había fingido creer que el hombre estaba legalmente cualificado aunque, en realidad, Roxanne reconoció exactamente lo que era, del mismo modo en que él comprendió

su posición: ambos eran intrusos. Habían invadido un nivel de la sociedad que en teoría les estaba vedado, y aguantaron allí con tenacidad. Roxanne había pensado que se tendría que hacer algo al respecto por Juliana... y el señor Gadd estuvo de acuerdo.

De modo que allí estaban.

—¿Qué tenemos, señor Gadd?

—A un ingenuo niño de mamá... manejable. Y también al hombre que lo apoya... con el que hay que andar con cuidado.

* * *

Juliana y su tutor habían mantenido un sensato intercambio de opiniones sobre el futuro de la joven. Estaban preparados para ocuparse de cualquier cortejador que acudiera a pretenderla.

—¡Si parece un esposo formal en potencia lo cazaremos! —exclamó alegremente el señor Gadd, al tiempo que hacía como si apuntara una escopeta contra algún pájaro desprevenido en un bosquecillo. Juliana, que temía que la única manera de cazar un esposo fuera abatiéndolo de un disparo, sonrió como si ella también disfrutara de la caza.

Tener a dos caballeros era más de lo que se esperaban. El señor Gadd se apresuró a decir en un susurro que era de suponer que el pretendiente universitario estuviera nervioso y trajera consigo a un amigo. A Juliana también le hubiera gustado tener a una amiga que la animara. Sin embargo, nunca había tenido amistades. Su abuela le había enseñado que los niños ingleses eran unas criaturas horribles.

De todos modos, no estaba sola. Tuvo suerte de que la hubieran dejado al cuidado de un tutor con quien podía conversar a nivel práctico. La buena relación que tenían solo hizo que aumentar su sentido de compromiso hacia él. Ella no quería ser una carga para el señor Gadd. Además, puede que Juliana solo tuviera diecisiete años, pero tenía una idea muy cabal de cómo funcionaba el mundo; prefería no permanecer demasiado tiempo sola bajo su tutela. De momento, la acogía con unos buenos modales de lo más serio, pero un hombre era un hombre. Roxanne había sido mujer de un hombre, y Juliana sabía lo que eso significaba. Su abuela siguió siendo coqueta hasta su muerte; era indudable que el señor Gadd había sido una conquista. El señor Gadd, con sus piernas como palillos, aún podría lanzar una incursión contra el honor de Juliana. Las chicas que tenían a otras chicas como amigas se daban ánimos contra las insinuaciones no deseadas, pero Juliana no tenía a ninguna confidente así. Su acompañante era la pequeña Prue; sin embargo, aunque el instinto le decía que podría ser que la pequeña Prue rechazara a un atacante a golpes de calentador de cama, era igual de probable que decidiera que ella no era quién para entrometerse.

Así pues, uno de los motivos por los que Juliana agradecería el matrimonio, la unión con cualquiera que pareciera aceptable, era que quería tener su propio hogar en

el que ocuparía la posición de ama de casa y podría imponer las normas más adecuadas para su propia protección.

Juliana y el señor Gadd sabían de antemano que Edmund Treves tenía una madre viuda a la que estaba muy unido, y también que tenía hermanos. Esta situación podía implicar una vida conyugal con la familia Treves. Lo que quería decir que Juliana podía encontrar de inmediato un alma gemela en su suegra o que acabaría siendo la esclava de una vieja bruja. Se había sorprendido cuando el señor Gadd le habló del tema. De hecho, él le advirtió contra llevar una vida de joven novia en la casa de otra mujer mayor. La actitud pasada de moda del señor Gadd, que hacía pensar en una experiencia propia, fue lo único que la joven entrevió de su historia personal.

Poco más de tres meses atrás, Juliana y su tutor no se habían visto nunca. Él conoció brevemente a su abuela en Londres y, aunque en aquella ocasión preparó el testamento de Roxanne, cuando esta murió nueve años después al principio se alarmó al encontrarse a cargo de Juliana. No obstante, asumió la responsabilidad. Roxanne ya lo había previsto. El señor Gadd, que nunca había tenido a nadie a su cargo, disfrutaba muchísimo en su papel de tutor de Juliana. De todos modos, aunque sabía que Roxanne lo había sometido a una investigación, Juliana no podía contar del todo con él. En lo concerniente a aceptar o rechazar al cortejador, él podía aconsejarla, pero la que tenía que decidir era ella.

El señor Gadd hizo una pausa con la mano en el pestillo, le guiñó un ojo y abrió la puerta. Juliana dirigió una dura mirada de sus ojos grises a los dos hombres que había en el salón, antes de bajar la vista con modestia, tal como se suponía que tenía que hacer una joven.

* * *

Naturalmente, en cuanto creyó que podía hacerlo con discreción, Juliana echó algún que otro vistazo.

Orlando Lovell (con atuendo oscuro y apagado, espuelas pesadas, bigote retorcido hacia arriba y labios apretados) había tomado posesión de uno de los butacones cuadrados de madera maciza, desde el cual había estado observando la habitación. Edmund Treves (que se había afeitado hasta hacerse sangre y que se puso colorado) estaba de pie. Dirigió una mirada rápida al tutor de la joven, pero luego la posó directamente en Juliana. Quería saber qué se le ofrecía. Juliana estaba igualmente decidida a evaluar a su pretendiente: el hombre más alto y joven de los dos, vestido con un traje de color guinda adornado con galón, y cuyo acuchillado dejaba ver un satén plateado (el color dominante desentonaba con su cabello rojo), y una capa de satén con ondas que llevaba echada sobre el brazo. El señor Gadd la había llevado a imaginarse a una persona más debilucha, cuando en realidad Treves poseía unos rasgos firmes, un mentón prominente y una constitución fornida. Su apariencia era más atlética que intelectual. Juliana, quien no podía permitirse cometer

ningún error, lo juzgó de inmediato como una persona de natural bondadoso, aunque quizá demasiado joven.

Juliana Carlill receló más del otro hombre, que aquilataba el entorno con frialdad. Era una habitación con paneles de roble tallado en forma de pliegues que contenía dos grandes sillones de respaldo recto, además de un aparador bastante feo, que tenía más de cincuenta años, y una mesa lateral alargada con dos hojas desplegadas que, en aquellos momentos, no mostraba ninguna vajilla de plata u oro, ni siquiera de peltre como alternativa. Había una chimenea abierta en la que ardía un modesto leño, cuyo calor apenas había logrado hacer mella en el impenetrable frío que se había apoderado de la casa, vacía desde hacía largo tiempo. Sin embargo, nadie de los allí presentes hubiese cuestionado el hecho de que un juez poseyera más casas de las que podía ocupar, y que pudiera tener una propiedad abandonada, sin inquilinos, durante años enteros.

Juliana fue presentada a los dos visitantes. Para ello, Lovell se levantó de muy mala gana, y ambos se quitaron los sombreros de piel de castor y de ala ancha con un movimiento rápido. Todo el inundo dijo tonterías educadas durante el menor tiempo posible. Lovell volvió a sentarse en el sillón, y dejó que el señor Gadd se acomodara en el otro, en tanto que Juliana y Edmund ocuparon sendos asientos junto a la ventana. Esto los dejó relegados a un lado, con una columna entre los dos. De haberlo previsto, Juliana hubiera arrastrado hasta allí un par de sillas de respaldo de cuero de las del comedor antes de la reunión. Ella quería ver con detenimiento al pretendiente mientras los otros hablaban.

El señor Gadd enumeró resueltamente las virtudes de Juliana: era casta, culta, religiosa, poseía un carácter dulce, era buena costurera, capaz de manejar una cocina y un alambique. Dijo de ella que era hermosa, pues describirla como una «belleza» sería un convencionalismo. Podían ver con sus propios ojos que tenía el cabello castaño, los ojos grises, los dientes rectos, la nariz pequeña (a diferencia de su abuela francesa) y una figura mediana que, probablemente, podría sobrellevar bien la maternidad. Parecía reservada. Eso estaba bien. Una mujer tenía que aceptar su destino mansamente.

—¿Ha estado usted en la corte, señora? —preguntó Treves en tono esperanzado, al tiempo que se inclinaba hacia delante con incomodidad desde el otro asiento de la ventana. Seguía estando nervioso y sonrojado.

—¿Es francesa? —quiso saber Lovell. Él no se ponía nervioso por nada.

—Mi abuela era francesa, capitán Lovell.

—La corte francesa está llena de hombres idiotas y mujeres guarras. —Dio la impresión de que su comentario desdeñoso se basaba en su experiencia, aunque Juliana consideraba que cualquiera podía generalizar de esa manera.

—Tal vez fue por eso por lo que *ma grand-mère* se alegró de marcharse —contestó Juliana.

Su réplica fue demasiado enérgica. Los tres hombres palidieron.

—Su abuela contrajo matrimonio con un comerciante de telas de Colchester, un hombre muy adinerado —se apresuró a decir el señor Gadd. Era cierto, aunque el comerciante de telas era un mercero que había desaparecido de escena con suma rapidez. «Ahogado en el mar... ¡Una pena!», fue tal como lo había expresado Roxanne quitándole importancia con el dinamismo que la caracterizaba. Siempre hablaba del señor Carlill como si este fuera un fugitivo que la había dejado en la estacada. De vez en cuando, Juliana se había preguntado con deslealtad si tal vez al hombre no lo habrían despachado por otros medios. De lo que no cabía duda era de que todo su dinero y las existencias del negocio, mientras duraron, estuvieron en manos de Roxanne.

También dejó embarazada a Roxanne; la única vez que la francesa fue sorprendida. Consideraba que su hijo Germain era un gallina británico, pero lo crio con diligencia. Ella nunca se quejó, ni siquiera cuando Germain se gastó casi todo el dinero de su padre (Roxanne guardaba una parte en un lugar secreto) y su negocio fracasó.

Germain Carlill sobrevivió a la niñez, de mayor fue un irresponsable y se casó con una joven llamada Mary que era la antítesis de su madre, y cuya sencillez tanto en el nombre como en el carácter supusieron un gran alivio para su exótica suegra extranjera. Mary dio a luz a Juliana, luego perdió un bebé, tuvo otro aborto y después murió. Al ver que no había ninguna esperanza de que su fantasioso hijo se ocupara de la pequeña como era debido, Roxanne tomó cartas en el asunto. Pese a que anteriormente nunca había sido una mujer maternal, ella y su nieta llegaron a estar muy unidas. Juliana era una niña alegre e independiente, lo cual contribuyó a ese buen entendimiento.

No era necesario que a Treves y a Lovell les contaran nada de todo esto. Las circunstancias y experiencias que habían formado la personalidad de Juliana eran irrelevantes; lo único que contaba eran sus activos en papel.

—¿Puede proporcionarnos una lista de la dote?

—Se está preparando —aseguró el señor Gadd—. Su abuelo le dejó un rico legado y su abuela era una mujer de negocios excelente. Yo estaba orgulloso de conocer a madame Carlill. —El señor Gadd le dirigió un saludo a Juliana, y ella sonrió con gravedad. La joven se fijó en que nadie preguntaba por su padre—. Capitán Lovell, resultaría muy útil saber si las fincas de su amigo alcanzarían el mismo nivel de seguridad material o no. ¿Qué provisión se ofrece? —Una provisión era un dinero que la familia de un novio desuñaba para el sustento de la esposa en caso de que su marido falleciera antes que ella; por regla general, era similar a la dote que una joven aportaba al matrimonio.

Lovell se marcó un farol:

—Como ya sabe, el señor Treves es un caballero y un universitario. Su familia está muy bien considerada en Northumbria, ¿no es así, Edmund?

—En Staffordshire —corrigió Edmund, que olvidó que Lovell le había dicho que

dijera Northumbria porque era un lugar más remoto, cosa que evitaría preguntas desconcertantes.

—Es universitario... —repitió el señor Gadd con aire meditabundo—. ¿Cómo es que puede contraer matrimonio estando en la universidad?

—Cualquier caballero puede dejar sus estudios para establecerse. Una licenciatura no es importante en sí misma. Lo importante es que haya ampliado sus horizontes para luego aprovechar el momento de establecerse sabiamente. —Lovell se las arregló para insinuar que el hecho de conseguir una licenciatura para ejercer una carrera no solo no era necesario, sino que incluso resultaba un tanto sórdido. Era mucho más respetable obtener una esposa rica.

—¿Sus propiedades le permitirán ser independiente de inmediato? —El señor Gadd clavó la mirada en sus flacas rodillas con aires de profesional.

—Posee todas las rentas necesarias para prosperar. —Lovell siguió siendo educado, pero insinuó que Gadd los había insultado.

El señor Gadd había trabajado con abogados, por lo que era inmune a esa clase de indirectas. Habló como si ya se hubiera decidido:

—Será necesario que me convenza de ello.

Juliana sabía que él ya estaba haciendo indagaciones, una tarea que le gustaba mucho, aunque la agitación política del momento implicaba que las respuestas tardaran en llegar.

El astuto Gadd observó un fugaz atisbo de alarma en la expresión de Treves, cosa que para él fue respuesta suficiente. Aquel chico no serviría.

William Gadd podría haber cortado por lo sano de inmediato y haberse retirado de las negociaciones, pero no había recibido más ofertas. La amenaza de la guerra era un problema. A las buenas familias siempre les gustaba casar a su descendencia con sus amigos y parientes. Sabía que iba a resultar difícil despertar interés.

Por otro lado, hacer ensayar a los testigos había sido el punto fuerte del señor Gadd cuando trabajaba en los tribunales; él quería que Juliana adquiriera más práctica con los pretendientes. El joven pelirrojo estaba sumamente ansioso por obtener los «acres en Kent», lo cual hablaba por sí solo. Treves no servía. Había que rechazarlo, pero el señor Gadd estaba disfrutando con aquella carrera entre impostores. Dejó que Treves y Lovell se lanzaran cuesta abajo tras el queso.

CAPÍTULO IX

WALLINGFORD, OCTUBRE DE 1642

Durante más de una semana, Treves y Lovell acudieron diariamente a la casa del juez. Se interpretó un cortejo ilusorio en el que nadie se enteró de mucho y nadie se comprometió demasiado. El señor Gadd todavía no había advertido a Juliana que tenía intención de rechazar a Edmund Treves.

Así pues, la joven se puso el sombrero con diligencia y fue a pasear con los dos caballeros acompañada por la pequeña Prue. Conversaron cortésmente sobre el canto de los pájaros, el precio de la mantequilla y los placeres y pretensiones de Wallingford. Juliana insistió en que Treves le contara historias sobre su familia, evitó en lo posible a Lovell y no contó nada sobre su propia vida. Supo de la madre viuda de Treves, Alice, de sus hermanos y hermanas menores, de sus dos tíos que, en la medida en que se lo podían permitir, ejercían de patronos interesados. A través de sus indagaciones personales, el señor Gadd había averiguado que uno de los tíos apoyaba al Parlamento, si bien Edmund, un monárquico entusiasta, no parecía estar al corriente de ello. Su madre debía de saberlo, pero se lo había callado.

Juliana trató bien a Edmund. Lamentablemente, él confundió los buenos modales de la muchacha con un genuino interés en su persona. Nunca había tenido mucho contacto con mujeres jóvenes fuera de su propia familia. Encontraba atractiva a Juliana; y su inteligencia lo impresionó sin que se diera cuenta. En cuanto se olvidó de pensar en sus huertos de manzanos empezó a enamorarse de ella.

Juliana tampoco había estado en contacto con muchos jóvenes, pero poseía una veta práctica que había adquirido directamente de su abuela. Por supuesto que ella no se estaba enamorando de Edmund Treves.

* * *

Los dos hombres fueron invitados a cenar una o dos veces. En dichas ocasiones, era lógico que la conversación acabara girando en torno a la situación política. Juliana se alegró, ya que de ese modo se desviaba la atención de los mediocres esfuerzos de la pequeña Prue en la elaboración de los escalopes fritos.

Juliana rara vez decía nada. Se suponía que tenía que guardar silencio. Sabía que este tipo de negociaciones podían haberse llevado a cabo perfectamente sin su presencia. No obstante, observaba con atención.

—¿Usted está a favor del rey o del Parlamento? —Debió de ser Lovell quien planteó la pregunta al señor Gadd. En su inocencia, Treves daba por sentado que todo aquel que conocía era monárquico.

—Estoy a favor del rey... y del Parlamento, capitán.

—¡La típica respuesta de abogado! —Orlando Lovell refirió con bastante brusquedad que un escuadrón de monárquicos había hecho esta pregunta a un trabajador rural; cuando el hombre dio la misma respuesta cauta que Gadd, lo mataron a tiros—. Mucha gente preferiría no tener que elegir —admitió Lovell—, pero todos nos veremos obligados a ello.

—¿Entonces opina que este conflicto armado se prolongará mucho tiempo? —inquirió el señor Gadd, y Juliana advirtió que, astutamente, el hombre seguía sin revelar sus opiniones.

Lovell respondió de inmediato:

—Si este otoño tiene lugar una batalla decisiva en la que gane el rey, que debería, todo habrá terminado. Si no hay ninguna batalla decisiva o si se impone el Parlamento, entonces nos espera una disputa larga y dura.

—Así pues, ¿está a favor del rey aunque sea una causa perdida? —soltó el señor Gadd.

—No es una causa perdida —replicó Lovell—. Demasiado ridícula para mi gusto. Se ha revelado peor de lo necesario y sin duda es más larga, más sangrienta y más cara. Pero el rey tiene que ganar.

El señor Gadd frunció levemente los labios.

—¡Por supuesto que el rey va a ganar! —exclamó Edmund con inmadura obstinación.

Mientras Juliana seguía observando en silencio, los hombres reconsideraron la situación. Inglaterra no contaba con un ejército permanente. Los caballeros de ambos bandos reclutaban regimientos como podían, a menudo formados por sus propios arrendatarios presionados, mal equipados y con ánimo de rebeldía. El llamamiento a las armas del rey solo estaba recibiendo una respuesta irregular y, sin embargo, el conde de Essex, el general al mando del Parlamento, tenía a sus órdenes un contingente de veinte mil hombres. En aquellos momentos, en el mes de Octubre, el rey seguía intentando obtener apoyo en la región central de Inglaterra con un éxito relativo y su ejército todavía era muy inferior. Aquellos días en los que Edmund Treves cortejaba a Juliana, el rey se había trasladado a Shrewsbury.

—Allí está muy bien situado para recibir el apoyo desde Gales, donde se están reclutando varios regimientos para él —dijo el señor Gadd.

—Habla usted como un estratega —comentó Edmund Treves.

—Antes del invierno lo seremos todos —repuso el señor Gadd.

Anteriormente, Lovell había sonreído con suficiencia, pero entonces hablaba con soltura, como si estuviera disfrutando con el debate.

—El conde de Essex prefiere un juego dilatorio; quiere que el rey haga un llamado a la paz.

—¿Cree que el rey marchará sobre Londres? —preguntó el señor Gadd.

—¿Qué tiene que decir al respecto la información que le llega de Londres?

—Bueno, la correspondencia que mantengo con Londres solo trata de feudos y arrendamientos —explicó Gadd a Lovell en voz baja.

—Por supuesto.

Se hizo una breve pausa, como si los contendientes de un combate de boxeo estuvieran recuperando el aliento.

Lovell alargó la mano para coger la jarra de vino y volver a llenar su copa y la de Treves. El señor Gadd ya había rehusado tomar más licor por motivos de salud. Juliana tenía el vaso vacío, pero como era una joven Lovell no había considerado volvérselo a llenar, del mismo modo que no había considerado apropiado incluirla en la conversación sobre política. La joven tuvo una fugaz visión de Roxanne agarrando la jarra y sirviendo vino a todos por igual en las raras ocasiones en las que había vino en la mesa de los Carlill.

Edmund Treves advirtió la expresión de Juliana y la interpretó mal.

—No se alarme por todo lo que hablamos de la guerra, señorita. Ninguno de los dos bandos desea que este conflicto suponga un problema para las mujeres.

Juliana recordó lo que el señor Gadd le había contado sobre los tíos de Edmund, que eran del bando opuesto.

—Cualquier mujer relacionada con los hombres que estén combatiendo lo considerará un problema muy serio, señor Treves. Además —añadió con picardía—, quizá si el capitán Lovell me hubiese preguntado si estoy a favor del rey o del Parlamento, puede que yo no le hubiera dado una respuesta de abogado.

A Orlando Lovell pareció hacerle gracia el comentario.

—Pues permítame que se lo pregunte.

Juliana lo miró directamente casi por primera vez desde que se habían conocido.

—Bueno, yo debo aliarme con mi esposo... cuando lo tenga. —Dejó que se sintieran pagados de sí mismos y añadió—: Sin embargo, resultaría muy difícil si no me gustaran sus opiniones. Espero gozar de toda la confianza de mi esposo, y compartir la mía con él.

—¿Y si no puede?

—En tal caso tendría que dejarle, por supuesto, capitán Lovell.

Como todos se rieron alegremente de la idea, por lo visto Juliana fue la única que reconoció que no estaba bromeando.

* * *

Mientras ellos mantenían esta conversación, el rey Carlos había dado un paso. Abandonó Shrewsbury, para alivio de sus habitantes, de quienes los soldados del rey, aburridos y mal provisionados, se habían aprovechado de mala manera, incluso después de que se hubiese trasladado la Real Casa de la Moneda desde Aberystwyth para acuñar el oro y la plata recaudados y pagar así a los soldados. El conde de Essex también se movió. Salió de Worcester, que había sufrido tan terriblemente como

Shrewsbury la presencia de las tropas que allí se alojaron, y mandó formar un bloqueo entre el rey y Londres. De manera que los dos ejércitos combatientes avanzaron lentamente el uno hacia el otro contando cada uno con ende catorce y quince mil hombres, y ambos extrañamente ajenos al hecho de que sus caminos convergían. Las comunicaciones físicas deficientes y la indiferencia de la gente en las zonas por las que pasaban se combinaron para dejarlos asombrados cuando, de repente, se encontraron a pocos kilómetros de distancia el uno del otro, cerca del Kineton, al sur de Warwickshire. El 23 de Octubre, el rey decidió entablar batalla y alineó sus tropas en la montaña de Edgehill.

* * *

Cuando la noticia de la batalla de Edgehill llegó a Wallingford, cosa que ocurrió con bastante rapidez pese al aguanieve otoñal, el cortejo de Juliana se interrumpió. Aunque los informes resultaban tan confusos como parecía haber sido la batalla, Treves y Lovell estallan ansiosos por alistarse en el ejército del rey. Una nota cortés informó al señor Gadd de que habían abandonado Wallingford para presentarse voluntarios.

—Puede que no volvamos a verlos —murmuró Juliana, que no sabía si sentirse decepcionada o no.

Seis días después de la batalla, el rey y su ejército marcharon sobre Oxford, donde Lovell y Treves esperaban. Carlos fue recibido por la universidad con gran ceremonia, aunque con menor afecto por parte de la ciudadanía. Al cabo de cuatro días, se puso otra vez en camino resuelto a capturar Londres. Era su marcha hacia Turnham Green.

El ejército monárquico pasó por Wallingford en su ruta hacia el sur. Juliana y el señor Gadd se sorprendieron al recibir una nueva visita de Orlando Lovell. En esta ocasión, acudió solo. Tenía un aspecto abatido que parecía ser su reacción a la batalla; había conseguido detalles de lo ocurrido en Edgehill que compartió con el señor Gadd, de hombre a hombre, y si a Juliana se le permitió escuchar fue únicamente porque se quedó sentada en un rincón tan quieta que los hombres se olvidaron de su presencia.

Según Lovell, el combate tuvo lugar entre las tres de la tarde y el anochecer. Describió agriamente cómo la caballería del príncipe Rupert se lanzó con estruendo contra un ala del ejército parlamentario, pero luego se alejó del campo de batalla en persecución de sus oponentes, que huían en lugar de mantenerse firmes. Contraviniendo las órdenes, las reservas del rey siguieron a Rupert, otro episodio que provocó el desagrado de Lovell. El centro del ejército parlamentario aguantó, dijo, y luego la infantería y la caballería lucharon con valor. Cayó la noche sobre una confusión generalizada. Los ejércitos, exhaustos, fueron deteniéndose paulatinamente.

—Los dos bandos afirmaron haber vencido, aunque ninguno de ellos podía respaldar dicha afirmación —Lovell hablaba en tono adusto; Juliana vio que el hombre sabía de combates como aquel. Percibió un dejo de crítica—. Hubo actos heroicos, por supuesto. Hubo actos inútiles. Los veteranos están preparados para ambas cosas, pero la gran mayoría de soldados no habían tenido ninguna experiencia anterior. Sin duda debían de estar aterrorizados e impresionados. Después, cuando las armas y los tambores guardaron silencio, los supervivientes pasaron la noche en el campo de batalla. Hacía un frío gélido. Los heridos gemían y morían bajo el humo de la pólvora. No recibieron asistencia médica, aunque algunos de ellos se salvaron porque el frío contuvo sus hemorragias. Se dice que uno de nuestros hombres, desnudo y abandonado a su suerte, se mantuvo en calor poniéndose un cadáver encima. Entre los vivos, que no habían comido ni bebido nada desde el amanecer, los hombres tiritaban sin poder contenerse y, sumamente afectados, intentaban asimilar la situación. Los supervivientes de un combate experimentan una sensación de alivio y también un abrumador sentimiento de culpa. Incluso sus desmoralizados mandos se sumieron en un letargo.

—¿Y esto dónde nos deja? —le preguntó el señor Gadd.

—Es difícil decirlo. La mayoría de los muertos son del bando parlamentario, pero fueron ellos quienes mantuvieron su posición. Al romper el alba hubo discusiones por ambas partes, pero ningún comandante estaba dispuesto a continuar. Ambos se retiraron. No se logró nada ni se resolvió nada. A mí todo esto me dice, señor, que no habrá una resolución rápida.

Entonces Lovell solicitó hablar en privado con el abogado, tras lo cual quería entrevistarse con Juliana. Mientras esperaba, la joven fue consciente de que lo que había escuchado la había asustado mucho. No sabía dónde se encontraban Edgehill o Kineton exactamente, pero Warwick era el condado que se hallaba al lado de Oxfordshire. Sí, tal como Lovell daba a entender, el punto muerto de la batalla indicaba que la guerra iba a continuar durante un período de tiempo sustancial. De pronto, Juliana se sintió más preocupada por su futuro.

Cuando apareció, Lovell sugirió dar un paseo por el jardín. El señor Gadd alegó su edad avanzada, de modo que la joven se encontró en una inesperada conversación a solas con ese hombre.

Los terrenos de la casa del juez llegaban hasta el río, verdes extensiones de césped que debía segar algún trabajador contratado para ello, aun cuando el juez nunca iba allí. La hierba estaba demasiado empapada para caminar por ella, al menos con el calzado de una joven dama. Lovell llevaba unas botas con las que sí podría haberlo hecho, pero no tenía intención de empaparlas, y menos aún que se le mojaran sus preciadas espuelas. Condujo a Juliana hasta un bancal elevado cercano a la casa, y sus pasos hicieron crujir la gravilla mojada.

—Perdone —dijo Lovell con tono de eficiencia—, pero parece haber mucha prisa en buscarle un esposo. Trato con todas mis fuerzas de entenderlo. Su tutor apenas se

ha tomado tiempo para proporcionarnos los documentos sobre sus fincas agrícolas. —En aquel momento, Juliana se convenció de que el señor Gadd había decidido no continuar adelante con la proposición de Treves; sin embargo, Lovell seguía hablando como si no sospechara en absoluto que su estratagema podía ser rechazada—. ¿No habrá ningún problema, espero? —bajó la mirada al vientre de Juliana, con lo que su insinuación fue inequívoca.

Pese a saber que los hombres hacían esas cosas, Juliana experimentó una sensación desagradable y momentánea al pensar que Lovell y Treves habían estado hablando de su moralidad. Se arrebujo más en su capa y respondió con ecuanimidad:

—¿Acaso me considera incasta, capitán Lovell?

Dio la impresión de que el hombre se echaba atrás.

—He sido descortés.

—¡Es imperdonable!

Por una vez, Lovell pareció alarmado.

—Disculpe mi brusquedad. Soy un soldado...

—¿Y los soldados tienen que ser zafios?

Lovell adoptó una expresión compungida.

—Escúcheme, por favor. Dispongo de un permiso para «visitar a unos amigos» pero debo darme prisa y quién sabe cuándo podré volver a venir a Wallingford... Ahora Treves y yo estamos adscritos al regimiento del príncipe Rupert. Tengo que volver con ellos de inmediato.

Juliana no se ablandó.

—¡Si mi matrimonio resulta apremiante es porque mi tutor tiene ochenta años y yo no tengo a nadie en el mundo aparte de él! —Aún estaba preocupada y afectada por la historia de Lovell sobre lo ocurrido en Edgehill, y la idea de quedarse sola la agobiaba más de lo habitual. Hizo un esfuerzo por recuperar la serenidad y cierto control en la conversación—. Lo mejor es que me establezca enseguida. Sobre todo en estos tiempos difíciles.

Al fijar la mirada en las balaustradas cubiertas de líquenes y en las urnas que rodeaban el parterre del juez, se dio cuenta de que Lovell la observaba con una curiosidad que rayaba la insolencia.

—Estoy admirando su fortaleza de carácter, señorita Carlill. Si puedo decírselo sin volver a molestarla, posee usted una naturaleza que supera la habitual para su edad. —La joven era demasiado buena para Treves, por supuesto; Lovell se dio cuenta de ello justo en ese momento—. Demasiadas dificultades siendo niña, ¿me equivoco?

—Demasiado dolor —Juliana fue igualmente directa.

Lovell le puso una mano bajo el codo y la condujo hacia un banco de piedra. Hizo un intento desgano de sacudirlo para limpiarlo, y los restos dispersos de hojas se le quedaron pegados en la mano. Lo estaba empeorando, de manera que lo dejó. Juliana tomó asiento con las rodillas inclinadas hacia él para que así no pudiera acercarse

más, haciendo espacio para sí misma, por no decir una barrera.

—Bueno, señorita. Dígame, ¿qué esperanzas ha cifrado en esta negociación? ¿Qué es lo que quiere conseguir?

Juliana no se esperaba esta pregunta, y por una vez no supo que decir.

—Solo se ha hablado de «necesidad».

Que ella recordara, siempre había sido así. Tras la larga lucha de su abuela por salir de la pobreza en un país extranjero, su familia siempre se había visto impulsada por la necesidad. La falta de sentido comercial de su padre había destruido toda la seguridad que tenían. Su abuela mantenía a la familia unida y ansiaba cosas mejores. En aquellos momentos, para que Juliana fuera una mujer respetable, las «cosas mejores» solo llegarían mediante un buen matrimonio.

Su padre había sido un soñador. Su abuela lo había dejado por imposible, no podía creer que hubiera criado a un hijo tan despreocupado por su propio futuro, o por el futuro de todos ellos. Le tocó a *grand-mère* Roxanne ofrecerle a Juliana todo lo que la joven ambicionara. Para Roxanne no era suficiente.

Sin embargo, las ambiciones de Juliana ya estaban decididas, y ella se las enumeró a Lovell en tono eficiente:

—Una casa propia que pueda llevar yo. Un esposo que me valore como a su verdadera compañera. Dar a luz, pero no tener que enterrar a mis hijos, ni morir trayéndolos al mundo. No perder la esperanza de cómo resultarán ser... Un jardín —añadió de pronto y al tiempo que echaba un vistazo a su alrededor. Casi todas las plantas se habían marchitado, y las pocas hojas que les quedaban colgaban como harapos marrones. La helada había hecho estragos en un instante.

—¡Pues esto es una parcela otoñal bastante lúgubre! —comentó Lovell.

—Un jardín donde la muerte de las plantas en otoño no importe, porque siempre lo veré florecer la primavera siguiente.

Lovell tuvo la sensación de que la familia Carlill había viajado mucho. Se preguntó por qué. No obstante, la joven no parecía sentirse particularmente perseguida. Las esperanzas domésticas que tenía eran bastante convencionales.

—Siempre tendrá la floración de su huerto de frutales en Kent.

La situación no era la que él creía. Juliana sonrió de nuevo, y con su estilo discreto y evasivo, repuso:

—¡Ah, el huerto de mi padre!

* * *

—Así pues —tanteó Lovell—. ¿Edmund Treves va a ser el compañero de su vida?

Juliana tuvo la sensación de que era indecoroso dar su respuesta al amigo de Edmund. Aunque reconocía que Lovell tenía autoridad para oírla, el propio hecho de que Edmund dejara que su proponente viniera solo la consternó. Fuera cual fuera el motivo por el que un hombre pidiera su mano (y en ningún caso esperaba que dicho

motivo fuera el amor), Juliana quería un trato directo. Su visión del matrimonio así lo requería.

—Edmund Treves tiene unas cualidades excelentes...

Para su sorpresa, el capitán Lovell la interrumpió de repente:

—¡Es demasiado joven! Demasiado inexperto, con demasiado poco mundo, muy poco dotado para estar a la altura de vuestra dote... —Ahí se equivocaba, pensó Juliana, que lo encontró casi gracioso—. Demasiado sumiso y puro en general, ya lo creo. No es hombre para usted. —Lovell vio que Juliana retrocedía impresionada por su franqueza, y su voz se hizo ronca—. No tome su decisión por un sentido de la obligación, solo porque el joven Treves se ha ofrecido. Debe defenderse. Nadie más lo hará por usted. Piense en ello.

Parecía que estuviera hablando el señor Gadd. Juliana apenas hizo una pausa antes de responder:

—Tiene toda la razón. Le diré...

—Yo se lo diré —se ofreció Lovell—. Fui yo quien lo trajo a su puerta.

—No quería que Edmund se sintiera herido por esto, capitán Lovell. Creo que tal vez sienta cierto afecto por mí...

—Está enamorado. Ya se repondrá. —Explicó Lovell crudamente—. Edmund solo tiene una gran idea en la cabeza a la vez. De momento, está obsesionado con su nueva vida como soldado. Sin embargo... —y por una vez Orlando Lovell honró a Juliana con una sonrisa amplia, una sonrisa de una sinceridad y un encanto tan grandes que, de pronto, la joven tomó conciencia de él como hombre—. ¡Necesita desesperadamente su huerto de frutales!

Juliana pareció abatida.

—Si rechaza al joven Treves nos queda el otro problema —cavilo Lovell—. Su tutor, el señor Gadd, tiene razón al querer procurarle un esposo.

Juliana deslizó la mirada por los parterres. Vio los viejos rollos trepadores, sus grandes tallos inclinados hacia unos alambres invisibles, uno de ellos con una última y osada flor carmesí, otro con unos capullos pálidos que ya nunca se abrirían del todo, puesto que la helada los había ajado. Una brisa fría agitaba los rizos de Juliana, que había encorvado los hombros contra el frío. La conversación no podría prolongarse mucho más tiempo, tendría que entrar en casa.

Y entonces oyó que Orlando Lovell le sugería en voz baja:

—Hay una última solución: cátese conmigo.

CAPÍTULO X

BIRMINGHAM, OCTUBRE DE 1642

»¿Por qué yo?», se preguntó Kinchin Tew.

Cuando el clérigo loco la agarró, ella se sintió indignada, resignada, desesperada..., desconcertada. Era una chica de catorce unos, una mera rebuscadora de comida poco atractiva, nacida entre mujeres y hombres sin señor. Kinchin era un mote: no fue bautizada, no fue inscrita en la escuela, no había constancia de su existencia y su verdadero nombre se perdió.

No era la primera vez que la mirada acuosa del señor Whitehall se había posado en ella con expectación. Ambos eran vagabundos diurnos, de modo que, en una ciudad pequeña como Birmingham, era inevitable que sus caminos se cruzaran. En algunas ocasiones, Kinchin se ocultaba pegada a las paredes o se le acercaba con sigilo por callejones traseros y lo sorprendía para humillarlo un tanto, pero lo habitual era que fuera él quien surgiera de ninguna parte y la atrapara con astucia. Entonces ella ya sabía lo que le esperaba.

¿Por qué yo? era una pregunta que se planteaba pero que nunca contestaba por sí misma. Para los demás, resultaría evidente: era vulnerable. Por regla general, sus padres y hermanos dejaban que se las arreglara sola. Era una hambrienta que vagaba sola por las calles.

Kinchin nunca se prestó a que aquel hombre la importunara, pero soportaba lo que le hacía. Al fin y al cabo, el señor Whitehall era una persona adulta y, al ser un clérigo, poseía autoridad aun cuando ya no practicara su profesión por culpa de su pasado. Todo el mundo sabía cómo se comportaba con las mujeres. Aunque Kinchin le tenía miedo, casi resultaba emocionante que la eligiera a ella. Eran las únicas ocasiones en las que le importaba a alguien.

Si alguna vez tenía la ventaja de pillarlo por sorpresa se lo quitaba de encima, pero el orgullo hacía que se alejara sin prisas, como si continuara con lo que estaba haciendo. El clérigo rara vez la seguía si ella tenía una vía de escape. Para él, la emoción radicaba en convencer a las mujeres para que lo besaran por propia voluntad. Además, estaba lo bastante cuerdo como para saber que, si intentaba perseguirlas y forzarlas, podrían hacerlo comparecer ante el tribunal eclesiástico y lo mandarían de vuelta a Bedlam. Kinchin sabía que lo habían dejado salir hacía poco del enorme manicomio londinense en el que había pasado veinte años encerrado. Ahora se las había arreglado de algún modo para volver a Birmingham, donde las nuevas generaciones habían madurado, y Kinchin Tew estaba allí para que se aprovecharan de ella. Todo el mundo conocía las malas costumbres del clérigo. Unas cuantas mujeres, sin embargo, lo toleraban. Por lo general no se le consideraba

peligroso, sino un ligero incordio al que podías repeler muy fácilmente. Eran muchos los pueblos y ciudades que albergaban una peste semejante. Siempre había sido así, y así seguiría siendo.

—Vaya... ¿no me digas que al señor Whitehall le gusta Kinchin? —El tono especulativo de su madre fue un golpe para ella. Kinchin percibió en su voz la ansiosa esperanza de que alguna persona de calidad quisiera algo de ella..., y que quizá pagara por ello. Se dio cuenta enseguida de que su familia no solo no intentaría salvarla, sino que incluso se aprovecharía de ella. Ahora que ya tenía catorce años, se había vuelto útil. Ellos la ofrecerían allí donde pudieran para que hiciera lo que se le pidiera. En su penosa lucha por la supervivencia, sus padres querían verse recompensados por haberla criado. Su deber sería hacer lo que fuera necesario. En aquel entonces, cuando toleraba que el señor Whitehall la tocara y jugara con ella, era consciente de que tenía por delante experiencias peores.

* * *

La vida era dura para los Tew. Kinchin, sin embargo, recordaba que las cosas no siempre habían ido tan mal. Hubo un tiempo en que la familia había subsistido de manera más o menos eficiente con el terreno comunal de Lozells Heath. Eran traperos y hojalateros y, en otoño, tenían trabajo con la cosecha si es que se molestaban en solicitarlo y si había algún agricultor que los aguantara. Habían malvivido durante generaciones, habitando una casucha destartada donde cinco o seis niños postillosos y despeinados se sorbían los mocos en el suelo, en tanto que los padres y adultos vinculados a ellos se peleaban por decidir quién dormiría en lo que pasaba por ser una cama. Si resultaba que era invierno y estaban cuidando de una vaca, esta tenía preferencia en su refugio. De vez en cuando, un miembro habilidoso de la familia Tew improvisaba un establo adosado para ocultar la vaca robada; en dichas ocasiones, los niños tenían un lugar donde esconderse, conspirar, soñar y, si aquel año los chicos mayores tenían una curiosidad excesiva, embarcarse en ligeras actividades incestuosas. Los cerdos de los que afirmaban ser dueños deambulaban por el monte cubierto de maleza, y las gallinas que respondían a su llamada picoteaban por el exterior de la casucha. Los Tew eran personas sin señor. El riesgo de que los apresaran por vagancia era constante, pero la mayoría no estaban completamente ociosos y todos disfrutaban de cierta libertad que, para ellos, era mejor que las atemorizadas vidas de sirvientes o aprendices. Para tratarse de libertad, era sucia y fría, pero los Tew se las habían arreglado para subsistir durante generaciones.

Entonces sir Thomas Holte cercó un tercio de Aston Manor para agrandar sus jardines, y los Tew fueron expulsados.

Entre la familia Tew y la de «Black Tom» Holte había un enorme abismo social. Los primeros no tenían nada. Este último lo tenía todo. Aunque sus antepasados

tuvieran un largo linaje en las Midlands, la región central del país, él adquirió su verdadero prestigio social con los reyes Estuardo. Holte había sido nombrado caballero al subir al trono el rey Jacobo; posteriormente, se hizo valer para estar entre los doscientos que pagaron mil libras cada uno por obtener un título de baronet, una nueva dignidad inventada con el fin de recaudar fondos para el rey. Entonces, su insignia de la mano roja dio prioridad a sir Thomas Holte sobre todo el mundo, salvo la realeza y la nobleza. Se hizo construir una joya de la arquitectura jacobea, una ostentosa casa solariega para dejar patente su importancia. Engendró a dieciséis hijos bien alimentados, que tuvo con dos esposas. Como señor de las heredades de Aston, Duddeston y Nechells, Holte disfrutaba de una ociosidad aristocrática que nunca fue tema de sermones ni objeto de ordenanzas municipales. Prosperó con el mínimo servicio leal al reino, en tanto que se enriquecía cada vez más con lo recaudado con métodos comerciales atroces. Cazaba, se peleaba y contaba sus rentas. Compró además las fincas de Lapworth y Bushwood, adquirió Erdington y Pipe. Se convirtió en juez de paz del condado de Warwickshire, y en párroco laico de Aston. Al no tener oposición, o al menos ninguna que realmente importara, se hizo entonces con el terreno comunal abierto y ventoso. Este se convirtió en parte en su nuevo coto para ciervos, y el resto fue dividido en una serie de parcelas diminutas para los artesanos locales. La duración de los contratos de arrendamiento era tan corta que los hombres se acobardaban, no fuera que al contrariar a su señor perdieran su medio de vida.

Como poseía tierras que ocupaban una situación prominente a ambos lados del vital río Bourne, Holte controlaba el suministro de agua necesario para la industria; no tardó en hacerse dueño de siete molinos en el Bourne, y de dos más en el río Rea, con una docena de forjas unipersonales que tenía arrendadas. Era un hombre codicioso, irascible y vengativo que tenía fama de persona culta y versada en lenguas, si bien esto último no se ponía a prueba en Birmingham, donde los habitantes poseían su propia entonación curiosa y solo los arrieros galeses necesitaban una verdadera traducción. Los hijos de Holte, vestidos con trajes de terciopelo, fueron a Londres como cortesanos del rey. Las hijas de Holte, con las mejillas sonrosadas y engalanadas con perlas, jugaron a volante en la Galería Larga hasta que se casaron con otros hacendados, y sus matrimonios negociados con minuciosidad proporcionaron a su padre más abundancia de dinero en efectivo para adornar Aston Hall. El hijo mayor llevaba veinte años reñido con su progenitor, y se decía que tenía a una de las hijas encerrada en una buhardilla, pero el padre no se dignó a rendir cuentas de ninguna de las dos cosas; intentó arruinar a su hijo, que se había casado con una chica sin dote, incluso cuando el rey Carlos lo instó a que lo perdonara.

Aston se hallaba a una corta distancia a pie de Birmingham, donde sir Thomas Holte despertaba antipatías y suscitaba ofensas. Era bien sabido que demandó a un hombre del lugar por difundir el rumor de que Holte había golpeado a su cocinero con una cuchilla de carnicero con tanta violencia, que «una mitad de la cabeza de la víctima quedó sobre un hombro y la otra mitad sobre el otro». El tribunal absolvió al

acusado de calumnia con la curiosa alegación de que su afirmación no decía exactamente que el baronet hubiera asesinado al cocinero. La irónica sentencia estipulaba: «A pesar de semejante herida, podría ser que la parte aún estuviera con vida». Este juicio llevó a una manifiesta aversión en la zona hacia sir Thomas; aversión que se incrementó con la Guerra Civil. Lógicamente, sir Thomas Holte era partidario del rey, y la rebelde población de Birmingham no.

Los Tew no tomaron partido por ninguno de los dos bandos. En la guerra no se iba a combatir por ellos. Ellos no tenían nada por lo que valiera la pena luchar. Después del cercamiento de las tierras, ya no tenían casa y estaban en la miseria, sin oficio ni ingresos de ninguna clase. La ciudad los atrajo, pero fue poca la caridad que allí encontraron; eran demasiados para conseguir un lugar en las casas de beneficencia gremiales, y de recurrir a los coadjutores de Birmingham estos se limitarían a devolver a los Tew de vuelta a Aston, a la parroquia a la que pertenecían y de donde sir Thomas Holte era señor. Puede que él fuera el culpable de sus dificultades económicas, pero influía en los coadjutores de Aston al concederles o retirarles la ayuda para los pobres, de manera que los Tew estaban convencidos de que no tenían ninguna posibilidad. «Si le importara lo más mínimo, no nos habría echado del terreno comunal», se quejaba el padre de Kinchin, Emmett Tew, un holgazán rezagado a quien siempre le había resultado más fácil protestar que arreglárselas como pudiera. No iba tan errado. Muchos aristócratas afirmaban que dar limosna a los pobres solo servía para animarlos a seguir ociosos y a mendigar más ayuda. Esta opinión permitía que la gente de alta cuna y poca astucia evitara pagar el dinero para descargar la conciencia. Además, era un método que funcionaba: el número de indigentes disminuyó, pues morían a causa de la inanición y las enfermedades.

La madre de Kinchin estaba embarazada otra vez más, aunque tenía aspecto de ser demasiado vieja para ello: lo más probable era que el nuevo bebé muriera, pero si sobrevivía al parto tendrían que dejarlo a escondidas en el porche de una iglesia y abandonarlo. En Inglaterra, los idealistas no tardarían en debatir el principio de que todos los hombres llegaron al mundo siendo iguales, pero los Tew sabían que, desde que nacían hasta que morían, ellos estaban por debajo del resto. Perseguidos hasta que tuvieron que abandonar su medio de subsistencia entre aulagas y flores silvestres, se unieron a los hojalateros, vendedores ambulantes, gitanos, vagabundos, rateros, ladrones, actores, soldados heridos y marineros, idiotas y mendicantes robustos que hacían la vida imposible a la sociedad acomodada. Muchos habían acabado pidiendo limosna sin tener ninguna culpa, aunque dicha circunstancia no les hizo ganar en generosidad. Existían pocos refugios. Había correccionales donde los jóvenes indigentes podían aprender una profesión, pero no eran muchas las chicas que iniciaban un aprendizaje; su única opción honorable era hacerse sirvientas. Para Kinchin, esta opción estaba prácticamente cerrada. Ningún ama de casa respetable alojaría a una canija muerta de hambre y llena de costras que seguro que le robaría.

De modo que sir Thomas Holte hizo que pintaran su retrato vestido con unos bombachos fruncidos de seda color verde entretejida con galón dorado y una chaqueta plateada, con su figura barbuda adornada con escarapelas, lazos, tahalíes y unos guantes caros ribeteados con cinta. Mientras que Kinchin Tew creció llevando una falda mohosa que había birlado a las lavanderas que habían tendido la colada a secar en unos arbustos pinchosos. Nunca había tenido zapatos. Aun así, y a pesar de que su aspecto seguía siendo el de una niña, tenía catorce años, y toda una tribu de Tew esperaba que ganara dinero para ellos... aunque nadie había especificado todavía mediante qué sucios métodos.

Algunas personas que perdieron sus medios de vida se echaban a los caminos. Hasta allí donde se remontaba el recuerdo, los Tew habían establecido su base en el norte de Warwickshire; se aferraron todos a su región natal; todos salvo uno de los hermanos de Kinchin, que se fue para intentar ser marinero. Puesto que vivían en el centro mismo de Inglaterra, Nathaniel tenía un largo trecho hasta el mar en cualquier dirección, y nadie esperaba volver a verlo jamás. Al pequeño William le ordenaron iniciar un aprendizaje en una organización benéfica, pero se escapó al cabo de tres semanas. Sukey encontró un puesto de ordeñadora, contrajo la viruela bovina y murió. Pen, en cambio, no murió de nada concreto, como solía ocurrirles a los pobres. Otros miembros de la familia Tew se dirigieron a la ciudad y suplicaban un empleo que rara vez duraba más de pocos días. Los cuchilleros establecidos por cuenta propia no podían permitirse pagar a empleados no cualificados, los negocios mayores querían obreros en los que pudieran confiar y, de todos modos, los Tew eran proclives a perder la paciencia y a largarse enfurruñados.

Birmingham era una ciudad lo bastante próspera como para brindarles ciertas ventajas. Al igual que una multitud de otras pequeñas ciudades inglesas, estaba situada en un cruce de caminos medievales de tierra apisonada. Una iglesia parroquial dominaba la vieja plaza cubierta de hierba, en torno a la cual se habían construido viviendas pequeñas. A lo largo de la pronunciada curva de la única calle principal, había varios mercados, principalmente de ganado, que proporcionaban tanto la carne que vendían los carniceros en el matadero como las pieles para las curtidurías. Había rediles de ovejas y una arena. La ciudad contaba con unos rentables huertos de cerezos de los que todos los niños de la familia Tew robaban fruta, y donde había una conejera cuyos conejos amodorrados alguna vez acababan en la olla de los Tew mezclados con pedazos de ortiga y tubérculos. Una vieja casa solariega rodeada por un foso adornaba las hermosas vegas del río Rea, que cruzaban dos puentes de piedra. En aquel lugar, hacía mucho tiempo que el río y los lagos y manantiales asociados a él mantenían industrias artesanales. Bordeando la corriente principal, había tenerías, tanques de remojo, destilerías y molinos de agua. En las últimas décadas, el emprendedor Robert Porter había convertido el molino de grano de Askrigge en una planta de laminación de acero, en tanto que las calles laterales se llenaron de pequeñas fraguas abiertas; realizaban todo tipo de objetos en metal, sobre todo

cuchillos. Los herreros forjaban cada vez más espadas.

Como poseía industrias y mercados, Birmingham era una de las ciudades más prósperas de Warwickshire desde hacía cien años. Aunque aún carecía de la categoría de municipio, aquellos que habían alcanzado su posición gracias a su propio esfuerzo habían construido hermosas casas rodeadas de jardines y huertos en el terreno elevado. El gremio local mantenía casas de beneficencia para los pocos indigentes a los que daba su aprobación. El gremio financiaba a los funcionarios del mercado: los alguaciles, los inspectores de cerveza y de carne, los certificadores del cuero y los agentes de policía, cuyas miradas suspicaces intentaban evitar los Tew de todas las edades. También mantenía a los coadjutores de la parroquia, al campanero, al organista y al conserje; y pagaba una partera. El edificio del gremio albergaba la Escuela del Rey Eduardo VI, donde los chicos afortunados recibían una educación tan buena como la que Will Shakespeare había devorado en Stratford-upon-Avon, aunque los pillos piojosos y maleducados de las tierras comunales estaban excluidos, por supuesto, en tanto que las chicas no veían la necesidad de aprender en absoluto. Kinchin no sabía leer ni escribir. Sin embargo, conocía el valor de todo, sobre todo su precio en el mercado de segunda mano, cuando por «segunda mano» se entendía robado.

Se había pasado la niñez recorriendo con sigilo las zonas comerciales en busca de alguna oportunidad. Si la echaban de Market Cross, cerca del mercado de grano, cruzaba el ruidoso mercado del ganado hasta Welch Cross. Allí mendigaba abiertamente o estaba ojo avizor por si se caía algo que se perdiera accidentalmente. Con frecuencia, aquellos a los que se les caía alguna moneda pequeña en la paja sucia de los rediles hacían caso omiso de ella; Kinchin se abalanzaba y las agarraba a pesar del estiércol y el cieno. Por magulladas o podridas que estuvieran, se metía las zanahorias y manzanas perdidas en el bolsillo añadido a su falda hecha jirones. Cuando caía la noche, miraba con ansia los productos que se habían quedado sin vender y que los campesinos tal vez prefirieran no volver a llevarse a casa. Agarrando bien sus trofeos, normalmente se dirigía a Dale End, cerca del Viejo Priorato, o a Digbeth y Deritend, que era Dirty End, río abajo. Eran los lugares donde más probablemente estarían merodeando sus parientes adultos, en las muchas tabernas que saciaban la sed enorme de los trabajadores de las fraguas. A veces los Tew podían ganar unos peniques lavando cacharros, y de paso apurar los vasos.

Si Kinchin tenía un amigo, este era Thomas, un palafrenero de la Swan Inn de High Street, un hombre afable, enjuto y nervudo que, en las noches tormentosas, la dejaba entrar a escondidas en el establo y acostarse al calor de los caballos. Últimamente, Kinchin mantenía la posada Swan de reserva, por si llegaba a estar realmente desesperada. Algún día Thomas querría que lo tuviera contento, y ella tenía una buena idea de cómo hacerlo. Mientras tanto, sus preocupaciones eran otras.

* * *

Aquel día, el señor Whitehall se había encontrado con ella cuando se entretuvo en Moat Lane, cerca de la casa solariega. Suplicó lo de costumbre con un gemido: «¡Te lo ruego, Kinchin, dame un beso agradable!». La voz temblorosa y suplicante del viejo párroco contrastaba con la firmeza experta y dominante con la que la agarraba. La joven notó los latidos del corazón del clérigo a través de la lana negra del hábito que este seguía llevando, aun cuando no ostentaba ningún cargo; ninguna congregación lo aceptaría a sabiendas. Incluso para Kinchin, quien también iba sucia, el hombre desprendía un olor fétido que no tenía nada que ver con el de las Biblias mohosas. «Un beso canela, un beso un poco húmedo...».

«¿Por qué yo?», pensaba Kinchin con abatimiento.

Se inició una nueva vejación. Notó que la mano derecha del señor Whitehall se abría camino bruscamente entre sus piernas. Ella llevaba una falda gruesa y burda tela de estambre que se había puesto con torpeza, y los pesados pliegues frustraban la entrada del hombre que, no obstante, lo intentaba con una energía dolorosa. Kinchin forcejeó y pataleó, confundida, pero en su agitación había permitido que el clérigo pegara su boca apestosa a la suya. La chica se enojó, asqueada por la excitación del hombre, y en aquella ocasión la terrible experiencia fue dolorosa además de poco grata.

El hombre había pasado mucho tiempo en Bedlam. ¿Qué era un beso para consolar a un demente? «Tal vez me dé un penique...». En aquel instante, una mano como una garra que sabía perfectamente cómo se arreglaba el vestido una mujer tiró buscando la abertura, cosa que únicamente le dificultaban los fruncidos pliegues de una prenda que era con creces demasiado grande para ella.

—¡Deja que sea nuestro secreto, Kinchin, nuestro secreto especial!

Kinchin Tew quería ser especial de alguna manera (de cualquier manera), y el señor Whitehall lo sabía.

CAPÍTULO XI

BIRMINGHAM, OCTUBRE DE 1642

—¡Oh, vamos, señor Whitehall, guárdese eso!

Aquella voz nueva desconcertó a Kinchin por un momento. Aunque conocía la astucia del pastor, le sorprendió la rapidez con la que la soltó y se apartó de ella. Echó un vistazo a la ofensiva verga del hombre, pero él se la había enfundado en los pantalones en cuanto oyó la orden.

Agradecida, Kinchin reconoció a la señora Lucas, la esposa de un forjador de Birmingham. Se trataba de una mujer tranquila pero directa, que llevaba una cofia blanca muy bien lavada y planchada, un delantal sobre una falda y un corpiño recatados de color avena, además un cesto colgado del brazo. Le había metido prisa al clérigo con total naturalidad, pero la mirada prolongada que le dirigió a Kinchin fue el reconocimiento de que sabía que se trataba de un rescate.

—Ven conmigo y te daré un poco de pan con mantequilla, Kinchin.

* * *

En cuanto salieron de Moat Lane y se metieron por entre casas pequeñas hasta llegar al recinto de la iglesia de Saint Martin, se encontraron con un ajetreo desacostumbrado. Una cabalgata había estado atravesando la ciudad durante toda la mañana. El torrente de hombres montados y soldados de a pie creó gran confusión en los mercados, donde animales y personas andaban siempre apretujados. Se trataba del grueso del ejército monárquico, que descendía del norte con el mismísimo rey a la cabeza. El paso de la carroza real provocó una refriega particularmente violenta, y un momento cómico cuando un ganso asustado aterrizó encima del coche.

Hacía ya días que en Birmingham reinaba la agitación. Era a mediados de Octubre, el primer otoño de la guerra. Aunque nadie lo sabía aún, era la semana anterior a la primera batalla de verdad, la que tendría lugar en Edgehill el domingo siguiente. El rey viajaba por entre los condados de las Midlands, intentando mostrarse más hábil que el parlamentario conde de Essex, quien acababa de darse la vuelta hacia Worcester por error. Carlos había bajado siguiendo una ruta lenta que pasaba por Bridgnorth hasta llegar a Wolverhampton, donde se anunciaron sus habituales llamamientos para recaudar fondos y reclutar hombres, en tanto que los habitantes del lugar sufrían saqueos, y en una iglesia se forzó un cofre para que un hombre pudiera alterar las escrituras de unos títulos de propiedad relacionados con un pleito que mantenía en la zona. Una estatua de bronce que se habían llevado para fundirla y hacer un cañón fue rescatada por la familia del dignatario isabelino al que hacía

honor. Después de pedir a los habitantes de Lichfield que llevaran todas sus armas, vajilla de oro o plata y dinero al emplazamiento de su estandarte, cosa que la mayoría no se sentían nada inclinados a hacer, Carlos había pasado la noche del martes en Aston Hall, como invitado de sir Thomas Holte. El irascible baronet había hecho oídos sordos a las súplicas del rey para que hiciera las paces con su hijo mayor aunque, como agudo magnate de los negocios, sir Thomas debía de haberse alegrado por la visita, pues esta permitiría que sus descendientes promocionaran Aston Hall de un modo más comercial. Toda casa solariega necesita de una cámara real para mostrársela al público que pague por ello.

La señora Lucas le contó a Kinchin que, aquella mañana, el rey se había dirigido a unos cuantos reclutas que se hallaban por allí cerca buscando aventuras, entre los que se contaba, como Kinchin descubrió después, su propio hermano Rowan. A continuación, el rey Carlos siguió pesadamente su camino a través de Birmingham y, según decían, se dirigía al castillo de Kenilworth.

Pese a la lentitud del reclutamiento, el ejército monárquico había alcanzado los dieciséis mil efectivos. Los soldados tardaron un buen rato en abrirse paso a la fuerza por la estrecha y curvada calle principal de Birmingham, acompañados por las maldiciones de los comerciantes. La inmensa mayoría de los habitantes de la ciudad se mostraban indiferentes y estaban demasiado ocupados con sus negocios del miércoles por la mañana como para hacer mucho caso, aunque el ganso que se posó en el carruaje recibió algunas órdenes lacónicas de cagarse en el techo. Los vecinos del lugar poseían una actitud autocrítica y un dejo pesimista en la voz, dos cosas de las que estaban orgullosos; eran petulantes y empecinados. Birmingham también hervía de resentimiento. Ocho años antes, la ciudad había sufrido las consecuencias de la peste de una manera particularmente terrible. Ocurrió justo antes de que el rey intentara imponer su famoso «impuesto naval» en los condados del interior, regiones que creían que los asuntos navales no tenían nada que ver con ellos. Ya eran tiempos desesperados. Muchos negocios se habían visto obligados a cerrar durante la peste. Birmingham se indignó cuando se estableció su impuesto naval en cien libras, la misma cantidad que la capital del condado, Warwick. Se llevaron a cabo protestas formales que no tuvieron éxito. La injusticia había hecho salir el lado amargo del carácter local en aquel entonces, y aún se sentían dolidos. Había monárquicos en Birmingham, pero eran una minoría; Clarendon, el irritable historiador real, censuraría a la ciudad diciendo que era «el lugar de Inglaterra más famoso por su ardiente, obstinada y amanerada deslealtad hacia el rey».

Al principio, el ejército real cruzó la ciudad sin incidentes. Previamente habían tenido lugar algunos saqueos, pero el rey ahorcó a dos capitanes para que sirviera de escarmiento; la versión realista le dio mucha importancia como una respuesta en extremo rigurosa, después de que supuestamente los capitanes solo se habían llevado unas bagatelas de poco valor de una casa cuyo propietario se hallaba ausente por haberse alistado en el ejército parlamentario. En Birmingham, eso no impresionó a

nadie.

Para Kinchin y su salvadora, el paso de las tropas significó que tuvieron que esperar en la esquina de Well Street, hasta que un hueco entre las filas de soldados de infantería les permitió cruzar los adoquines con un correteo y cogidas de la mano para llegar sin aliento a Little Park Street.

Durante el camino a casa de los Lucas, no hicieron ningún comentario sobre el pastor loco. Pero la esposa de Lucas parecía comprender lo perturbador que le resultaba a Kinchin. Las perversiones de aquel hombre empeoraban. Kinchin estaba cada vez más esclavizada por la ficción bien urdida por el pastor cuando le decía que ella era su elección especial. Ella sabía que no había manera de escapar.

Después de cruzar Well Street con sus muchas fraguas, las dos mujeres continuaron por Little Park Street hacia una casa un poco más grande que algunas otras, desde la que se veía el campanario de la iglesia y adonde llegaba el sonido de la planta de laminación de acero de Porter. En todos los callejones, resonaban los negocios unipersonales. Algunas fraguas se habían emplazado en casuchas y edificaciones anexas adaptadas, y otras se habían construido especialmente para su propósito. Lucas era un buen artesano que tenía fama de competente en su trabajo y había sabido forjarse una posición. Su esposa y él vivían en cuatro habitaciones, y la fragua rugía a un lado de la casa, separada de ella a unos cuantos metros de distancia por un estrecho jardín, que se extendía hacia el lago del que obtenía el agua.

Kinchin ya había estado dentro de aquella casa. De vez en cuando se le permitía entrar en la cocina impoluta y sentarse a la mesa rectangular bien fregada. Y aquel día, cuando la señora Lucas le dio el pan con mantequilla prometido, se lo comió lentamente. Quería prolongar su estancia al calor del fuego de la cocina... y echar un vistazo para ver si había algo que pudiera llevarse. La señora Lucas, que no era estúpida, la observaba con lupa. La pareja contaba con unos recursos modestos, y sin embargo su cocina contenía muchos artículos portátiles y vendibles, desde los accesorios para la chimenea hasta las jarras de peltre, recipientes de cobre y espumaderas. A Kinchin no le resultaría difícil hacerse con unas tenacillas o un escurridor, un hornillo, un candelero de hierro, una tetera, un mortero o un elaborado salvamanteles. Al igual que en todos los hogares de Birmingham, una ciudad llena de fabricantes de cuchillos, aquel estaba muy bien provisto de ellos, desde los puntiagudos para cortar en tiras hasta cuchillas de carnicero de varios tamaños... Kinchin notaba la mirada del ama de casa clavada en ella, y se quitó de la cabeza aquella mala idea. Conocía las reglas: si traicionaba su confianza, la comida se acabaría.

—Esta empanada de capón ya ha estado tres veces en la mesa, Kinchin. ¿Me ayudarás a que se termine? —Era un modo delicado de ofrecerle a Kinchin los restos de una empanada fría, gruesa y exquisita, que ya se había añejado en su caja de pasta hecha con caldo de capón. Kinchin agarró el plato y, al mismo tiempo, dejó que un lado de su boca se inclinara en lo que pasó por ser una breve sonrisa.

La señora Lucas observó a Kinchin con curiosidad, mientras esta saboreaba aquella excepcional delicia haciéndola durar como si fuera su última comida antes de la ejecución. La joven no arrancaba pedazos de comida y los engullía, sino que iba pellizcando la empanada con sus deditos mugrientos con una delicadeza extraña, y se llevaba la mano a la boca con aire distraído. Kinchin actuaba con naturalidad, sin importarle apenas que la señora Lucas notara su deleite. Sencillamente, sin más que aquella era la mejor comida de su hambrienta vida.

Esa niña era un saco de huesos, y lo único que hacía bulto era su ropa fruncida, pues ella era frágil como una pluma. Menos mal que comía tan despacio, o su estómago podría haberse revelado frente a tan rara abundancia. Tenía la tez pálida, los ojos hundidos y unas ojeras oscuras. Llevaba el pelo enmarañado y grasiento, como la lana de una oveja vieja, y los rasguños ensangrentados que Kinchin se había hecho al rascarse en los antebrazos y la frente contaban su propia historia de pulgas y piojos.

El ama de casa suspiró. Tenía más compasión que muchos. Birmingham era una ciudad puritana con un pastor famoso por su franqueza, Francis Roberts. Los habitantes se ganaban la vida con su habilidad y disfrutaban de su independencia mientras lo hacían, pero poseían imaginación y sabían que la fortuna se perdía con facilidad. Cualquier accidente en la forja podía dejar a Lucas incapacitado para trabajar, y entonces su pobre esposa no tendría sustento para ella ni para el bebé que roía el sonajero en la cuna de madera. Por otra parte, era inevitable que tarde o temprano hubiera otro año de peste. La última epidemia grave había sobrevenido cuando los Lucas acababan de casarse. El hecho de ser una joven esposa justo cuando el comercio estaba de capa caída le había enseñado lecciones muy duras. Las empanadas habían sido algo fuera de lo común. La pareja ni siquiera había podido comer pan con mantequilla, sino pan untado con grasa de carne asada, y eso solo cuando disponían de ella, pues a menudo habían llegado a comer solo mendrugos.

Ahora todo el mundo había prosperado. La señora Lucas podía permitirse ser caritativa. Aun así, sabía que si le daba algo más que comida y amistad de vez en cuando se arriesgaba a que los irresponsables parientes de Kinchin se le echaran encima en tropel para gorrear y lloriquear, pidiendo más de lo que el ama de casa quería permitirse. Por mucho que su corazón se compadeciera de aquella pálida niña de la calle, tenía la sensatez de proceder con cautela.

De todos modos, estaba preocupada. Cuando había salido al mercado, había oído que los soldados del rey querían comprar espadas.

—Kinchin, lame el plato y luego sal corriendo por atrás, a ver si Lucas está con alguien en la fragua.

Kinchin captó el deje de preocupación en la voz de la mujer. Se levantó a toda prisa para ir a mirar fuera y, con un grito excitado, le dijo que había varios hombres discutiendo con Lucas. La señora Lucas la agarró de la muñeca (pues aún pensaba en el peligro que corrían sus jarras de peltre y sus morillos si dejaba a Kinchin sola

dentro de casa), salió apresuradamente y se acercó nerviosa por el sendero.

—¡Oh, no! Me lo temía. ¡Son los soldados del rey, que quieren espadas!

* * *

Lucas había salido de la fragua y estaba atrancando la ancha puerta. Algunos de los soldados se habían dado por vencidos y seguían su camino, pero un par de ellos se quedaron a discutir con él.

—¡Diles que no tienes ninguna, Lucas! —exclamó su esposa.

«¡Tiene espadas y las ha escondido!», pensó Kinchin con asombro, puesto que parecía muy arriesgado resistirse. Observó a los extraños con unos ojos como platos. Sus acentos cortesanos sonaban ridículos, como si estuvieran exagerando sus voces en broma. No eran muchos los trajes y botas extravagantes como aquellos que recorrían las fraguas de la calle trasera haciendo crujir la escoria del camino. A diferencia de los granjeros impasibles que visitaban Birmingham y que permanecían a unos pasos de distancia con los brazos cruzados mientras compraban y vendían ganado, aquellos hombres tenían un pie delante del otro como maestros de baile, al tiempo que se inclinaban hacia atrás en poses exageradas; llevaban tantos años haciéndolo que para ellos era su postura natural. Alzaban el mentón para mirar a Lucas con aires de superioridad, mientras él bloqueaba directamente la entrada a su forja y les devolvía la mirada. Más allá del grupo, Kinchin vio dos caballos ensillados, caros y relucientes: unas bestias altas de ojos desorbitados a las que resultaría demasiado arriesgado ofrecer zanahorias.

—No voy a venderle al rey —reiteró Lucas sin apartar la mirada de ellos. Estaba disfrutando con su empecinada negativa. Lucas era un hombre fuerte, con el rostro colorado del fuego y seguro de su competencia, un hombre que por lo general no se alteraba ante nada. Los herreros tenían que ser inteligentes... y tenían que ser independientes. Los modales atroces de los monárquicos no le impresionaron, y sin duda no les tenía miedo. Lo hizo patente.

—Cinco libras las dos docenas; hemos ofrecido el mejor precio —dijo el agente del rey con asombro. Ellos creían que el dinero lo era todo. El hecho de que un comerciante contestara, también les resultó sorprendente.

—Eso no basta para comprar mi conciencia.

—¡En tal caso eres un rebelde y un traidor!

—Pues que así sea.

—Lo lamentarás. ¡Toda tu maldita ciudad de traidores se arrepentirá de esto!

Lucas se limitó a encogerse de hombros. La señora Lucas y Kinchin se encogieron una pegada a la otra, y los monárquicos se alejaron a grandes zancadas hacia sus altos caballos, profiriendo maldiciones.

* * *

Poco después, Kinchin dejó Little Park Street y se dirigió a Digbeth para buscar a sus parientes por las tabernas. Las calles estaban tranquilas; las tropas, que no eran bienvenidas, se habían marchado.

Le costó bastante dar con su padre porque no estaba ni en The Bull, ni en The Crown, ni en The Swan, ni en The Peacock, ni en The Talbot, ni en la Old Leather Bottle, ni en White Hart o el Red Lion. Lo encontró fingiendo lavar los cacharros en la Old Tripe House, donde, a pesar del nombre, actualmente ya no se servía tripa, puesto que resultaba más sencillo ofrecer solo cerveza, y le dijo que uno de sus hermanos había acudido al llamamiento del rey buscando reclutas.

—Nuestro Rowan. Cree que van a pagarle... Es un idiota, pero ellos también. Si no utilizan su cabeza como blanco, cogerá lo que pueda y saldrá corriendo.

—¿Volveremos a verlo?

—¿Y a quién le importa? Es un insolente que no sirve para nada. Un fanfarrón estirado. Solo se ha ido por las raciones y el botín. Cualquier ejército que lo admita es patético y está destinado a la derrota.

Como temía que, en realidad, Rowan podía haber sido muy inteligente al alistarse, Emmet cambió de tema. Tenía más noticias. Unos hombres del lugar habían tendido una emboscada a un pequeño grupo de monárquicos que iba a la zaga del grueso del ejército con el bagaje. Algunos de esos guardias habían resultado muertos; el resto fueron hechos prisioneros y los habían mandado a buen recaudo a Coventry, una plaza fuerte mejor que Birmingham. Los captores no quisieron hablar con sus prisioneros siquiera, y de ese modo acuñaron una nueva frase hecha: «Mandar a Coventry». Se incautaron de la correspondencia, los objetos de oro y plata y las joyas del tren de bagaje, y lo enriaron todo al castillo de Warwick.

—No deberían haberlo hecho —refunfuñó Tew. Era como un espectro delgado que rondaba por los rincones de los bares y que despertaba sospechas por sus merodeos solapados—. Lamentarán el día que atacaron al rey... y te diré una cosa —movía el dedo con insistencia. Sin duda había encontrado a mucha gente que lo irritara a una jarra para celebrar la misma emboscada de la que él se estaba burlando—. No serán los exaltados quienes sufran por ello, sino las personas inocentes como nosotros.

—El rey se quedó en casa de Holte —anunció Kinchin entre dientes, a sabiendas del efecto que tendría el hecho de mencionar al hombre que había dejado sin hogar a los Tew.

—¡Entonces es que el rey es un cabrón hijo de puta y le odio! —gritó su padre. Plantó la jarra en el mostrador con tanta fuerza que derramó un buen chorro de cerveza. Kinchin guardó silencio. Emmett se volvió a mirarla casi con afán de venganza—. Tienes un admirador, hija mía. ¡Alguien te estaba buscando, Kinchin!...

¿No quieres saber quién es y qué quiere?

—No —contestó Kinchin en tono apagado. Sabía que solo podía tratarse del señor Whitehall, el pastor loco, que querría lo que quería siempre.

CAPÍTULO XII

BIRMINGHAM, OCTUBRE DE 1642

Lucas había escondido rápidamente la espada que estaba haciendo para que no la vieran los monárquicos. Regresó al interior de la herrería, que mantenía a oscuras a propósito para poder evaluar el fuego y, por el color del metal calentado, juzgar cuándo había alcanzado la temperatura adecuada. Había toda una gama de colores pálidos que solo se veían en la fragua oscurecida, desde un rojo apagado, al rojo amanecer, rojo cereza, rojo vivo, rojo claro, naranja y amarillo. Las espadas se forjaban en rojo cereza, y luego se templaban cuando habían alcanzado un color más claro.

La fabricación de una espada constaba de distintas fases; por esta razón, aparte del metal que se necesitaba, nunca resultaban baratas. Birmingham tenía fama de producir armas en las que los soldados podían confiar; con el tiempo, miles de ellas iban a llegar a manos de los ejércitos parlamentarios. Se trataba de modelos de uso cotidiano que nunca llevaban la marca del forjador, hojas cortas y resistentes que con frecuencia los soldados maltrataban. Había varios cuchilleros famosos, muchos de ellos extranjeros, que habían trabajado en Londres y que no tardarían en trasladarse a Oxford para seguir teniendo el patrocinio real. Aquellos suecos y alemanes rimbombantes fabricaban estoques largos con adornos de oro y plata bruñidos, y unas dagas monísimas para caballeros. Ellos siempre se burlaban de las hojas sencillas de Birmingham; sin embargo, aquel día los hombres del rey habían conocido las armas que acabarían con ellos. La guerra se ganaría utilizando aquellas armas fabricadas en serie, asequibles y sin firmar.

Lucas frunció los labios y se puso a trabajar de nuevo. Lo primero que hizo fue abrir de un tirón una gran contraventana con la que había cerrado su lugar de trabajo cuando llegaron los compradores inoportunos. Para trabajar en medio del calor y el polvo de la fragua, hacía falta una buena ventilación. Añadió un poco más del caro carbón al fuego con aire aún meditabundo. El fogón de ladrillo tenía el fuelle sujeto de forma permanente, con un conducto de aire que terminaba en una concavidad de hierro en el centro mismo del fuego. Las forjas rurales dejaban que el humo ascendiera a su antojo y saliera por donde pudiera, pero las de las ciudades eran más sofisticadas y Lucas tenía una campana y chimenea de ladrillo para extraer el humo y las cenizas finas. El yunque estaba colocado tan cerca del fuego como era posible: con ello se reducía la distancia de movimiento cuando llevaba el metal al rojo.

El interior de la herrería estaba abarrotado, tanto de piezas que había fabricado o que aún estaba fabricando, como de sus herramientas. Era un herrero de verdad; trabajaba con metales ferrosos, nunca con plomo o estaño. Tampoco utilizaba oro ni

plata, el material de los joyeros, ni bronce, aunque muy de vez en cuando, por pura diversión, hacía algún artículo doméstico de latón para demostrar que podía hacerlo, y para complacer a su esposa con el obsequio. Aunque sabía herrar caballos, tampoco lo hacía casi nunca, eso era trabajo de los herradores. Le gustaba menos aún arreglar las llantas de los carros, pero enriaba a los aspirantes a clientes al carretero. En un principio, se había especializado en cuchillos, aunque para ganar un dinero adicional arreglaba cacharros de cocina, herramientas de granja y morillos. Ahora forjaba espadas.

Las herramientas de su oficio eran voluminosas y pesadas de manejar: la fragua con los cubos de combustible, tamices y rastrillos, el yunque de un solo cuerno, colocado en un pesado tocón de roble a la altura correcta para sus nudillos, y sus elementos de varias formas para las distintas tareas: los atizadores, buriles y escoplos, que eran los accesorios movibles del yunque; la artesa y la cuba de agua donde se trabajaba el metal enfriado. Lucas había construido unos soportes con el propósito de colgar en ellos sus martillos, sobre todo los de remachar, que utilizaba con más frecuencia, con sus bordes ligeramente redondeados que no dejarían ninguna marca en la hoja al trabajarla; también poseía un gran mazo y otros martillos de cabeza grande y plana. Junto al yunque, estaba el torno. Cerca de allí, a mano, había tenazas de varios tamaños y también cinceles, sacabocados, limas, una muela que funcionaba a pedales y que había ideado él mismo, taladros y prensas. Por todo el taller, había soportes para sujetar los trabajos que estaban por terminar. La caseta del combustible estaba fuera, así como los toneles de agua.

Para fabricar una espada normal, primero había que alargar el hierro, estirarlo hasta la longitud deseada y aplanarlo. En uno de los extremos, se formaría una pequeña espiga donde al final se asegurarían un pomo y una montura. Se le daba filo en el yunque con martillazos propinados de refilón, luego el acabado con la muela y el pulido a mano. Algunas espadas se estrechaban en la pala, lo cual afectaba a su equilibrio. Al devolver el peso cerca del puño del soldado, el arma sería más fácil de manejar, aunque al mismo tiempo esto reduciría la potencia letal que brindaba la punta. La gran mayoría de espadas que fabricaba Lucas se estrechaban muy poco. Por lo general, los ejércitos civiles utilizaban espadas de una anchura casi equidistante y con una buena punta, de hoja más larga para los soldados de caballería, que tenían que arremeter a lomos del caballo, y más corta para la infantería, que atacaba a menor distancia.

La primera fase de fabricación era muy trabajosa, cuando el metal se trabajaba en secciones de quince o veinte centímetros cada vez y se le iba dando la vuelta continuamente para trabajar ambos lados, recalentándolo con frecuencia. Al hierro se le añadía carbono para crear acero y reforzar la hoja. La pieza entera se calentaba por completo en la fragua, y luego se dejaba descansar mientras se enfriaba, para que desaparecieran las tensiones. Una vez se le había dado forma, volvía a calentarse y, en esta ocasión, se enfriaba de forma sumamente lenta, durante muchas horas o tal

vez un día entero. Con ello se conseguía la maleabilidad suficiente para afilar el borde. A continuación, se aplicaba más calor para volver a endurecer la hoja, cosa que había que hacer de manera uniforme y a la temperatura del rojo cereza, y durante el proceso se enfriaba rápidamente sumergiéndola en agua salada fría, quizá varias veces, hasta que el herrero quedaba satisfecho. Este enfriado rápido le daba dureza, luego el templado añadía resistencia al acero y aseguraba que la hoja no fuera demasiado quebradiza. Para templar una espada, Lucas limpiaba todas las escamas de óxido de la hoja, y luego preparaba una sólida barra de hierro de la misma longitud que la espada. Colocaba el arma encima de la barra, en el caso de una hoja normal de un solo filo con el reverso debajo; entonces se calentaba hasta que adquiriera un color azul, tras lo cual se dejaba enfriar naturalmente al aire. El resultado sería un cuerpo resistente y elástico, y un filo duro.

Lucas se preocupaba por todo. El incidente con los hombres del rey lo angustiaba, y lo reconoció para sus adentros. Aún desconcertado, tomó la espada que tenía a medio terminar y se dispuso a continuar allí donde lo había dejado. Estaba endureciendo la hoja. No estaba concentrado en lo que hacía. Por este motivo, aquella espada se convirtió, si no en «un trabajo para el viernes», al menos en uno del miércoles. Lucas hizo el trabajo de prisa y corriendo.

Después de haberlo retomado, decidió que no sería una buena pieza. Ya llevaba días trabajando en ella. Era renuente a descartarla y volver a empezar. Era un artesano sensible y honesto, de modo que sabía cuándo había llegado el momento de rendirse y abandonar una mala pieza; sin embargo, había ciertos defectos que podía enmendar. Este conocimiento también formaba parte de la habilidad que había ido acumulando con los años. Aun así, en el fondo sabía que aquella espada ya no tenía arreglo.

El fallo, si es que lo había, no podía apreciarse a simple vista. Al final, Lucas terminó el arma a regañadientes, añadió la guarnición, la empuñadura y el pomo y, por último, la afiló. Pero la aborrecía. La espada cobró una importancia anómala, empañada por el agrio incidente con los monárquicos. Por su culpa había hecho una mala pieza. Mientras estuviera en posesión de aquella espada, recordaría su visita, pero no podía desprenderse de ella porque sus principios no dejaban de decirle que eso no estaba bien. Si la enviaba al ejército, él nunca sabría lo que ocurriría, pero temía que fuera demasiado quebradiza y se partiera. Esto podría suponer la muerte del hombre que la estuviera utilizando.

Irritado consigo mismo, Lucas la retiró de la venta. La colgó en las vigas del techo para que no estuviera por ahí en medio. El arma iba a permanecer en la herrería otros seis meses, un reproche perpetuo para él. La espada solo saldría de allí y empezaría sus viajes cuando el príncipe Rupert del Rin se dirigió a Birmingham para vengarse por las actividades antimonárquicas de la ciudad.

CAPÍTULO XIII

WALLINGFORD, NOVIEMBRE DE 1642

Juliana Carlill y Orlando Lovell contrajeron matrimonio a finales de Noviembre.

Para llegar a la boda, había sido necesaria toda una serie de negociaciones. A Lovell le había resultado relativamente fácil convencer a Juliana para que lo aceptara. Siempre fue un hombre persuasivo. Aunque era una mujer sensata y reflexiva, en cuanto Lovell mencionó la proposición, Juliana se sintió atraída por él. Se trataba de un hombre maduro que suponía un reto, un desafío mayor que el mucho más joven y simpático Treves nunca hubiese podido igualar. Pese a que el interés de Lovell fue inesperado, el hombre parecía hablar en serio. Había estudiado a Juliana con detenimiento suficiente como para expresar su voluntad de ser su pareja en la vida en igualdad de condiciones. Si bien no podía decirse exactamente que pareciera dispuesto a ofrecerle su amistad (pues su actitud siguió siendo fría, en nada parecida a la de un enamorado), al menos parecía estar ofreciendo amabilidad. Una mujer razonable no podía pedir más.

En un primer momento, Juliana imaginó que el señor Gadd, como su prudente tutor, se opondría a semejante enlace. Sin embargo, las indagaciones que este había realizado sobre los dos monárquicos habían sacado a la luz el linaje de Orlando Lovell; un linaje distinguido de hacendado, que habría sido excelente si no se hubiera peleado con su padre y se hubiese marchado de casa cuando tenía dieciséis años. Para fastidio mal disimulado de Lovell, el señor Gadd había averiguado que era el segundo hijo de un caballero de Hampshire cuyo padre lo creía emigrado a las Américas hacía ocho años, y con el que no había mantenido comunicación alguna desde entonces.

Los Lovell eran unos independientes concienzudos que apoyaban al Parlamento. El hermano mayor era entonces capitán en el ejército del conde de Essex. El señor Gadd podía suponer lo que opinaría una familia como aquella de su otro hijo si se supiera que había sido soldado mercenario en Europa. Sin embargo, el hecho de que, actualmente, Lovell estuviera al servicio del príncipe Rupert los indignaría aún más. ¿Habría alguna posibilidad de reconciliación entre Lovell y su padre? El matrimonio podía ser una buena ocasión para arreglar las cosas. El señor Gadd había investigado la posibilidad de que la madre de Lovell intercediera por su segundo hijo, pero solo para descubrir que la mujer había muerto hacía mucho tiempo.

Cuando se vio cuestionado, Lovell confesó con toda franqueza la causa de la riña:

—Intenté fugarme con la hija peligrosamente joven de un vecino adinerado. La chica, que era la única heredera de una extensa propiedad, fue interceptada por los sirvientes de la familia cuando ya había subido a un coche con sus vestidos favoritos, sus joyas y un tentempié que consistía únicamente en unas cuantas peras frescas. —

Tendría que haber caído en la cuenta de que el detalle de las peras haría reír a Juliana, su primer paso hacia el perdón. Hasta mucho después, no supo que él se había inventado lo de la fruta.

A la joven heredera se la llevaron de inmediato a casa de unos parientes lejanos. A Lovell le dijeron sin ambages que no volvería a verla nunca más. Sus padres, viejos amigos de la familia de la chica, quedaron horrorizados por el intento de huida. Orlando se negó a admitir haber cometido un error, afirmó que el hijo segundo necesita buscarse un futuro por todos los medios posibles. Y se negó a disculparse, cosa que fue peor aún.

—Entonces, ¿creía estar enamorado? —sugirió William Gadd. No dudaba que Orlando Lovell seguía buscándose un futuro... de ahí su interés por Juliana.

—Eso creía —respondió Lovell con gesto santurrón—. Le tenía mucho cariño. — El señor Gadd no se lo discutió, aunque estaba seguro de que un encaprichamiento de juventud como aquel no hubiese durado mucho.

—Tiene usted un pasado romántico —comentó Juliana, a quien habían permitido compartir la conversación puesto que le afectaba muy directamente. Consiguió que no pareciera que un pasado romántico la impresionaba, aunque naturalmente así era. Ella no pensaba que Lovell fuera mejor de lo que tendría que ser, de manera que aquello no le hacía ningún daño—. ¿Y qué fue de la pobre muchacha?

—No lo sé —Lovell parecía apenado—. Me atrevería a decir que tiene un esposo quejica, media docena de hijos y que padece de gota —y en un tono que desarmaba, continuó diciendo—: Inevitablemente, la gente pensó que solo estaba enamorado de su dinero... eran tan idiotas que no cayeron en la cuenta de que, si la fuga hubiera tenido éxito, le hubieran arrebatado la dote.

El señor Gadd lo observó con detenimiento. Creía que Lovell nunca había sido un insensato. Lo más probable era que la fuga hubiera funcionado: Gadd se estaba preguntando si el chico de dieciséis años había visto que era muy difícil que la única heredera de unos padres que la querían de verdad se viera despojada de toda su fortuna, por mucho que un joven aventurero se la llevara con él.

La cuestión entonces era si Lovell tenía posibilidades o no. Dada su turbulenta historia familiar, sus probabilidades parecían más bien escasas. Él mismo proporcionó una respuesta. Con aire de profundo pesar, Lovell explicó por qué de repente podía contemplar el matrimonio.

—Mi familia ha sufrido una tragedia. En la batalla de Edgehill del mes pasado ocurrió un incidente horrible. Un mosquetero del ejército del conde de Essex, tan cansado que prácticamente estaba sin sentido, metió la mano en un carro de pólvora, olvidándose de que aún llevaba un trozo de mecha encendida en los dedos. Hubo una explosión enorme que lo mató a él y a muchos de sus compañeros. Me entristece decir que una de las bajas fue mi hermano mayor, Ralph.

—Es un triste golpe —contestó el señor Gadd con la solemnidad apropiada. Su mente de abogado lo valoró de inmediato—: ¿Tenía hijos?

—Creo que no.

—Aún gracias... Debe de haberle afectado mucho su pérdida.

—Ralph era un tipo de los mejores —afirmó Lovell con ese tono superficial que era tan característico en él—. De modo que la situación es la siguiente, Gadd: en cuanto el dolor inicial de mi padre se haya mitigado, intentaré arreglar las cosas entre nosotros. Iría a verlo enseguida, pero eso me haría parecer un maldito oportunista... —Lovell lo dijo sin ironía.

—No mancille sus motivos honestos sugiriendo tal cosa —lo reprendió el señor Gadd. Él no tenía nada en contra de los malditos oportunistas, y menos aún si estos se adecuaban a sus propios planes. Con la muerte de Ralph Lovell sin hijos, Orlando era el heredero.

Así pues, partiendo de la base de que se trataba de un caballero cuyo padre era un caballero acaudalado, el señor Gadd encontró aceptable la petición de la mano de Juliana por parte de Orlando Lovell. Se redactaron unos documentos con la premura a la que obligan los tiempos de guerra. Después, Lovell volvió a reunirse con el ejército del rey en su viaje hacia Londres, y hacia lo que sería el enfrentamiento de Turnham Green.

Justo antes de montar y alejarse cabalgando, se dio media vuelta y besó a su nueva prometida. Hasta ese momento, apenas habían intercambiado un apretón de manos. Juliana recibió el beso con calma, aunque un estremecimiento recorrió su cuerpo y el calor de la boca de Lovell presionando la suya con firmeza permaneció durante días en su memoria.

Juliana no estaba enamorada de Orlando Lovell, aunque consideraba que podría llegar a estarlo. Ella sonreía, y el monárquico se encaramó a la silla y le dirigió un saludo galante con su sombrero negro plumado; a partir de entonces, Juliana esperaba las noticias sobre la campaña del rey con un interés y una preocupación nuevos. La perspectiva del regreso de Lovell le proporcionaba la emoción que toda novia merece sentir.

* * *

Después del fiasco en Turnham Green, el rey dio marcha atrás y regresó a Oxford, lugar que entonces estaba destinado a ser su casa y su cuartel general militar. De camino, Lovell no volvió a visitar Wallingford pero envió una carta en la que aseguraba que Juliana y él alquilarían una vivienda en Oxford. Ya estaba buscando un sitio y no tardaría en acudir con una licencia de matrimonio. Juliana tenía que acompañarlo a Oxford, no podía estar segura en ningún otro lugar. El señor Gadd estaba deseoso de regresar a Somerset, donde reemprendería su tranquilo retiro, o al menos todo lo tranquilo que pudiera ser durante una guerra civil. Juliana no tenía ningún otro amigo o pariente que pudiera ofrecerle un sitio donde vivir. No podía esperar buscar la seguridad entre los miembros de la familia Lovell, cuyos

sentimientos actuales hacia Orlando no se habían verificado. Si los había invitado a la boda, ellos probablemente habían rechazado la invitación. Además, Juliana era una novia muy animada que quería estar al lado de su esposo.

Lovell parecía complacido de llevarla a Oxford con él, y lo arregló todo enseguida. Al haberse convertido en el nuevo cuartel general del rey, la ciudad estaba llena de gente, más de la que podía albergar sin problemas. Su número aumentaba a diario. Incluso las casas más pequeñas estaban a rebosar, a veces con cinco o seis soldados alojados con civiles renuentes que apenas tenían espacio para sus propias familias. Lovell no pudo encontrar nada mejor que una habitación, pero era la casa de un guantero, por lo que no llegarían olores industriales ni de mercado.

—¿Nos cobrará mucho de alquiler? —preguntó Juliana, nerviosa.

—Ya puede cobrar lo que quiera; no va a ver ni un céntimo. Soy un soldado que se aloja en su casa según las normas de la guerra, y él debe aceptarlo.

La aguda novia de Lovell previo enseguida que iba a tener un recibimiento frío. Cada vez estaba más inquieta por la comida, la calefacción y la colada. Por la experiencia de su vida pasada, aunque no le contó el motivo a Lovell, sabía que un casero al que no se le paga se negaría a proporcionar comidas, carbón o ropa de cama limpia; tal vez incluso detestara a los inquilinos que iban y venían; lo más probable es que fuera un grosero... Lovell le pellizcó la mejilla cariñosamente y le dijo que todo iría bien. Por suerte para él, iba a casarse con una chica cuyo pasado le había enseñado a ser fuerte; quizá ya lo imaginaba cuando la eligió. Juliana recordó que su abuela se quejaba de los defectos de los caseros en más de una casa de inquilinos, puesto que los Carlill habían ido cambiando de un lugar a otro; ¡ojalá pudiera recordar cómo se había ocupado de ello *grand-mère*!

Antes incluso del oficio religioso en la iglesia, empezó a ver que los apuros que pasaba la alta burguesía no eran distintos de los de las clases más bajas de la sociedad. De todos modos, iba a convertirse en una señora, lo que su abuela anhelaba que fuera. Juliana tenía fe en la evidente ambición de su nuevo esposo. Ella y Lovell juntos harían una pareja decidida, serían capaces de ascender tan alto como quisieran.

La ceremonia tuvo lugar en la iglesia de Saint Leonard, en Wallingford, que tenía un párroco monárquico, Richard Pauling, un hombre que había contado a su congregación que los líderes del Parlamento eran «hombres de fortunas rotas que habían gastado sus recursos lascivamente». Conforme al *Libro de Oración Común*, su sermón de boda puso énfasis en que el matrimonio era para evitar la fornicación, y no se detuvo tanto en sus beneficios para la compañía mutua, la ayuda y el consuelo de los cónyuges. Pasó a las instrucciones habituales de procrear, y expresó una esperanza entusiasta de que todos los hijos serían educados en el hábito de la «obediencia», en la que, por supuesto, se entendía que se refería a obediencia al rey. Como dio por sentado que ambas partes eran monárquicos fieles, no se alargó demasiado en ello.

Durante los pasajes más aburridos, Juliana imaginó el tremendo lío que armaría si

se levantara de un salto y afirmara ser de religión antinomiana y, en política, partidaria de Pym.

Aunque sus opiniones eran sobrias y conservadoras, ella era intelectualmente curiosa. Sabía que John Pym era el archirrebelde, y entendía por qué. Al parecer de la gente, el antinomianismo se consideraba un culto particularmente escandaloso, puesto que sus devotos creían que no tenían ninguna obligación de obedecer las instrucciones de las autoridades religiosas. Esto supondría un grave motivo de consternación para el reverendo Pauling. Una noche tranquila después de cenar, el señor Gadd había explicado a Juliana que los antinomianos rechazaban la idea de que la obediencia de un código de ley religiosa fuera necesaria para la salvación. Gadd habló alegremente de por qué pensaba que esta doctrina llevaba inevitablemente al libertinaje: se suponía que cualquier antinomiano debía haber elegido su teología únicamente para justificar su disipación sin freno.

Estos pensamientos caprichosos mantuvieron cuerda a Juliana durante la larga y pesada ceremonia. Creía que Lovell sencillamente se había preparado para ello. Daba la impresión de estar sumido en una especie de coma.

Dado que ni la novia ni el novio procedían de ninguna parroquia local, la unión se llevó a cabo con una licencia especial concedida por el obispo de Oxford. Los testigos eran William Gadd y el siempre comprensivo Edmund Treves quien, todavía enamorado de la novia, estaba componiendo mentalmente un poema lírico llamado «En la boda de Juliana»; al menos los versos desiguales se agotaban enseguida. Ningún estudiante salía de la Universidad de Oxford sin saber que un poema lírico tenía que ser breve.

Como apoyo femenino, Juliana solo tenía a la pequeña Prue, quien no veía ningún motivo para dejar de refunfuñar mirando a Juliana como si pensara que era una bruja.

Una bruja no iría ataviada con un vestido de satén de un intenso azul añil sobre unas enaguas plateadas, con puños y cuello de un antiguo encaje de París. Estas telas llevaban veinte años almacenadas entre gavillas de lavanda seca, en un arcón que había sido de su abuela. Juliana solo se consideraba tímidamente digna del satén pero, en tiempos de guerra, temía perderlo todo si no lo utilizaba. El arcón, que ahora era suyo, constituía su única dote y ajuar. Contenía ropa blanca de bordados delicados, casi toda obra de su abuela, y en cantidad suficiente para convencer a Lovell de que hubo un tiempo en que los Carlill poseyeron riqueza, y de que aún debían de poseerla. Cuando Juliana abrió el arcón y le mostró el contenido, se dio cuenta de que él había esperado ver dinero en lugar de ropa.

Al ver que el arcón contenía exquisitas prendas de bebé, Lovell había dado toda la impresión de que iba a salir corriendo de un momento a otro. Se le había olvidado que el matrimonio implicaba tener niños. Aun así, cualquier artículo de buena calidad tendría valor comercial. Sin embargo, como era un novio diplomático, se abstuvo de comentarlo.

* * *

Pasaron la noche de bodas en Wallingford, donde la casa del juez les proporcionó comodidad, espacio e intimidad. Se organizó una cena a la que se presentó el clérigo que había oficiado la ceremonia. Después de que Juliana se retirara a la cámara nupcial, el señor Gadd, el párroco Pauling y Edmund Treves alentaron a Lovell con los tradicionales brindis por el novio, para darle ánimos en el cumplimiento de sus deberes, y se pasaron un poco, cosa que también formaba parte de la tradición.

En el piso de arriba, la pequeña Prue atendía a Juliana. La sombría doncella la ayudó a desnudarse y le trajo el camisón bordado que fue la última prenda buena que confeccionó su abuela. Nadie le había dado lecciones sobre lo que entonces le esperaba; Juliana dependía de lo que podía recordar de las francas descripciones que hacía su abuela del contacto sexual. Tuvo suerte de que Roxanne hubiera hablado abiertamente de ello. Juliana no quedaría horrorizada por sorpresas traumáticas. En realidad, las historias de su abuela eran tan detalladas que, cuando llevaba un rato esperando tendida con su exquisito camisón nupcial y la cama se había calentado, Juliana se deslizó por entre las sábanas, se despojó del camisón, que dejó pulcramente doblado sobre una silla rústica, y volvió a meterse en la cama para esperar a su esposo desnuda. No lo hizo para seducir a Lovell. No veía la necesidad de que la pasión estropeará una prenda tan bonita.

Fue una larga espera. Muchas novias se quedan dormidas en esos momentos. Juliana, en cambio, permaneció echada tranquilamente en el mejor dormitorio de la casa del juez, con sus paredes oscuras revestidas con paneles y un pequeño fuego que parpadeaba en la chimenea. Aún podía oír las débiles voces de los invitados a su boda, que se divertían en el salón del piso de abajo. En el dormitorio, había una ventana de asiento empotrado que daba al jardín; Juliana podría haberse arrodillado en ella y hubiera visto a Edmund Treves deleitándose con su sufrimiento de pretendiente rechazado, hasta que el aire de Noviembre hizo que le entrara demasiado frío y entró con la nariz enrojecida para emborracharse como un tonto. Aun en ausencia del juez, había sido posible encontrar y colgar las recargadas cortinas de lana del dosel de la cama. Junto al tálamo nupcial, con sus cuatro columnas, había una estrecha alfombra turca que cubría las viejas y gastadas tablas del suelo. La habitación contaba con las necesidades básicas: candelero, orinal, calentador de cama y carbón. También había un devocionario, aunque Juliana imaginó que a su nuevo esposo no le gustaría encontrársela rezando.

Por una vez, estaba disfrutando de la sensación de seguridad que le proporcionaba aquella espaciosa habitación inglesa con sus cómodos y convenientes accesorios. Tenía ya cierta aprensión hacia el futuro. Puede que el matrimonio no fuera un remanso de paz. Por lo que Lovell le había explicado sobre su habitación alquilada en casa del guantero, sabía que lo más probable era que, en las primeras semanas, se

presentaran todas las dificultades habituales. Al menos ahora serían dos. Ya no tendría que enfrentarse sola al futuro.

Finalmente, el sonido de las voces se hizo más próximo cuando los invitados escoltaron al novio al piso de arriba, todos achispados y dando traspiés por las escaleras. A Lovell lo empujaron al interior del dormitorio, pero consiguió cerrar la puerta de golpe tras él antes de que pudiera entrar alguien más. Se apoyó contra la puerta, y aguardó hasta que oyó que los demás se retiraban.

La luz del fuego se había ido atenuando pero, bajo su último y débil resplandor, Juliana vio desvestirse a Lovell. Todas y cada una de las prendas masculinas cayeron al suelo con un golpe sordo y extrañamente pesado. Cuando se dio la vuelta hacia la cama, a Juliana se le aceleró el corazón. Y cuando se acercó, tuvo la agradable sorpresa de ver que se detenía, ladeaba un poco la cabeza y la miraba con cariño. Era suya. Él la había elegido (y ella lo había elegido a él).

—¡Y aquí estamos! —dijo—. ¡Lovell y la señora Lovell...! —Juliana lo miró con la garganta seca. Él sonrió; tenía una sonrisa bonita, y lo sabía—. Me han hecho beber demasiado, y no sé si podré desenvolverme con rotundidad, pero haré lo que pueda por ti.

En aquella ocasión, lo que pudo hacer resultó muy breve. A Juliana no le dolió ni le impresionó la experiencia. Tampoco la conmovió demasiado, pero se sintió agradecida por sus atenciones, y porque después le dio las gracias con educación. Cuando se terminó, y por un instante de emotividad desmesurada, Juliana tuvo ganas de admitir la verdad: que los «bellos frutales» que había heredado en Kent, y a los que él daba tanto valor, no eran más que una casa modesta que, según le habían dicho, contaba con unos cuantos manzanos viejos y mediocres. Y la casa ni siquiera le pertenecía todavía.

Pero Lovell se había quedado dormido. La próxima vez que hablaron, el momento de arrebatada confesión ya había pasado.

* * *

Al despertarse por la mañana, Juliana oyó a su marido orinando con ganas junto al armario del orinal. Recordó, un tanto atribulada, uno de los comentarios sarcásticos de su abuela sobre el matrimonio: «¡Solo se trata de fingir que no oyes sus ventosidades y de tener que escuchar como mean en el orinal!». Se sintió fuerte, llena de júbilo por ser una mujer casada, y también necesitaba con urgencia aliviarse del mismo modo. En cuanto Lovell regresó a su lado de la cama y volvió a meterse dentro rezongando, ella salió por el lado opuesto y aprovechó la ocasión. El vapor cálido que se alzaba del orinal tras la contribución de su esposo le hizo dar un respingo, pero hizo como si nada. Ahora estaban juntos. Cualquier intimidad podía ser, sería y debía ser compartida.

La intención de Juliana había sido la de levantarse y vestirse, pero hacía tanto frío

que volvió correteando al calor de la cama. Al meterse a toda prisa bajo el cobertor, se encontró con el brazo de Lovell que la rodeaba. Se había vuelto hacia ella, y la miraba con ojos pensativos y ojerosos.

—¡Bueno, señora!

—Bueno, señor.

Palabras dulces que no significaban nada en realidad. «¿Debería seguir llamándole capitán Lovell o puedo decir Orlando?». Habían intercambiado los votos y pasado una noche de amor juntos; sin embargo, seguían siendo unos desconocidos.

Tal vez Lovell percibiera la ráfaga de soledad que recorrió a su esposa. Lo cierto es que la miraba desde una posición lo bastante cercana como para ser testigo del más mínimo parpadeo de aquellos ojos grises, de mirada por lo general sincera.

—No tardaremos en sentirnos cómodos —le dijo a Juliana en voz baja. «Tengo que averiguar su apodo... no; yo mismo tengo que buscarle un nombre». Con la mano que tenía libre, le acariciaba el cuello como si no fuera consciente de que lo hacía.

Entonces estaba sobrio, sabía perfectamente lo que estaba haciendo. Juliana no iba a preguntárselo, pero consideró probable que la joven con la que Lovell trató de fugarse hubiera sido devuelta a sus padres con más experiencia de la que debería haber tenido. Lo mejor sería no especular sobre con cuántas otras mujeres se había acostado Lovell desde entonces, ni sobre la calidad de estas. Oyó a su abuela reírse socarronamente diciendo: «¡Mejor para ti que lo haya hecho!». Pero eso dejó a Juliana con una sensación de desigualdad.

—Me he estado preguntando —se obligó a conversar— si a los que han sido novios desde niños les resulta más fácil su noche de bodas... —Era ridículo mostrarse tímida con un hombre que había entrado tan a fondo en lugares donde, en realidad, ella nunca había creído que otros quisieran ir.

Juliana cerró los ojos. Estaba disfrutando del placer que las manos de Lovell le proporcionaban de manera insidiosa. Los dedos de la mano derecha había ido trazando suaves y pequeños círculos, hasta que llegaron al pecho izquierdo de Juliana, cuyo pezón reaccionó ansiosamente. Lovell inclinó la cabeza hacia él. Juliana murmuró de placer. Arqueó la espalda...

—¡Eres una amante de los hombres, Juliana! —Ella se ruborizó intensamente, horrorizada por la idea, avergonzada por haber revelado demasiado de sí misma, y asustada por si su naturaleza era indecorosa. Aquello era un dilema; una esposa respetable no debía ser mojigata, pero tampoco podía mostrarse demasiado ansiosa...

—Soy la misma de siempre...

—¡Espero que no exactamente la misma! —Lovell interrumpió su protesta riéndose, y deslizó la mano hacia el vientre de su esposa como el propietario que había adquirido su doncellez.

En aquel momento, hubiera sido muy fácil que todo saliera mal. Juliana estaba disgustada y quería huir de él. Pero Lovell se limitó a reírse con complicidad,

enardecido por el contacto, y pasó con urgencia a las actividades de un esposo, que aquella vez llevó a término de manera encomiable. Su novia quedó temblorosa, llena de júbilo y, mientras yacían uno al lado del otro, agotados, esta oyó una vez más a su escandalosa abuela: «Deja que el hombre haga lo suficiente como para que luego pueda enorgullecerse de ello...».

Tratándose de Lovell, alardearía abiertamente ante todo el mundo... si optaba por hacerlo. No obstante, tratándose de Lovell, tal vez disfrutara más guardando secretos. Juliana era ya su esposa hasta el punto de saberlo.

CAPÍTULO XIV

OXFORD, 1642-1643

Juliana Lovell, que todavía no se había acostumbrado a su nuevo nombre, llegó a Oxford durante el primer mes en que la ciudad era el cuartel general permanente del rey.

Diciembre no era la mejor época del año en la ciudad. Una niebla baja se cernía sobre las numerosas vías fluviales del campo. Los setos estaban oscuros, y los árboles secos tenían un aspecto sombrío. Las casas del perímetro de la ciudad se habían volado por razones estratégicas, con lo que habían quedado unos huecos muy feos. Se estaban realizando esfuerzos provisionales para construir fortificaciones que reemplazaran a las murallas medievales de la ciudad, que entonces ya no servían para nada, pero el suelo endurecido por las heladas se resistía a las herramientas que empuñaban ciudadanos por lo demás absolutamente descontentos. Aquello era una plaza fuerte, abarrotada hasta los topes de militares y del gran equipo de guerra. El río Cherwell, un lugar antes agradable bordeado de prados y que formaba la cuenca alta del Támesis, ya rezumaba pestilencia por las aguas residuales sin tratar de cantidades ingentes de personas mezcladas con caballos y perros muertos, que bloqueaban la corriente cabeceando en medio de burbujas aceitosas bajo los sauces, cuyos dedos delgados trazaban surcos en unas aguas contaminadas por los desechos sangrientos de los carniceros y la basura hortícola fermentada. El humo de los hogares y de las pequeñas industrias cortaba la atmósfera. Un miasma de malestar se filtraba por las calles adoquinadas, desde el frío castillo hasta el mercado de grano, que había sido despojado de su tejado de plomo para fabricar balas.

Los habitantes de la ciudad no recibieron de buen grado al rey, que se instaló en el Christ Church College. El príncipe Rupert estaba en el Magdalen. El Warden's Lodge, en Merton, se había destinado a la reina ausente, si es que llegaba algún día. Los lisonjeros colegios universitarios se manifestaban honrados con la presencia de sus nobles invitados... salvo cuando les endilgaban nuevos directores que no querían por orden real. En zonas más humildes, había una franca resistencia a alojar a las tropas, puesto que la rutina doméstica de las pequeñas casas de la gente pobre se veía brutalmente alterada. El miedo recorría las tortuosas callejas. Las intimidaciones tomaban el control en las tabernas. Huelga decir que, así como los papeleros y libreros se preparaban para la quiebra, los cerveceros prosperaban.

Aunque su familia había viajado de un lado a otro en busca del negocio, Juliana nunca había estado en una ciudad universitaria. Los colegios de Oxford habrían sabido lo que eran horas de tranquilidad antes de que llegara aquella interminable aglomeración militar, pero la paz de los claustros se había perdido. Mientras el coche

que Lovell había pedido prestado para ir a recogerla a Wallingford se abrió paso a la fuerza por las calles adoquinadas, Juliana se estremeció al ver tanta agitación. Vio que Lovell estaba entusiasmado con el bullicio que había al otro lado de las empañadas ventanillas del coche. Él le aseguró que se acostumbraría al alboroto, y comentó de un tirón:

—Los habitantes de la ciudad están levantando las defensas del perímetro; todo aquel que tenga entre dieciséis y sesenta años tiene que trabajar un día a la semana. Lo cierto es que solo se presentan uno de cada cien, por supuesto. No voy a permitir que lo hagas. —Juliana se preguntó cómo llevaría a cabo esta autocrática negativa; ya imaginaba que él le daría sus instrucciones y dejaría que se dirigiera a las autoridades—. Es posible que no se terminen nunca los parapetos, pero, si se terminan, esta ciudad será la mejor defendida de toda Inglaterra, de modo que no te preocupes. Un holandés, de Gomme, supervisa las obras. Se supone que es brillante. ¡Esperemos que alguien le haya explicado a ese cabrón comedor de arenques que estamos construyendo almenas, y no diques!

En aquellos momentos, pasaron por delante del Christ Church, ya casi habían llegado a su destino.

—¿Edmund era alumno de este magnífico colegio universitario?

—¿Treves? No, él estaba en Saint John. Un lugar de mierda; a mí nunca me recibieron demasiado bien, pero, si dices que eres la esposa de un monárquico, quizá te dejen pasear por el jardín. Hay algunos colegios que están prácticamente ocupados por el ejército, o sea que ten cuidado.

—¿Los soldados son peligrosos incluso para sus partidarios? —preguntó Juliana llena de inquietud.

—Nunca te arriesgues con los soldados —respondió Lovell en tono cortante. ¿Acaso su esposo era una amenaza para las mujeres? A Juliana le dio pavor preguntarlo—. El rey ha encontrado sitio en el Christ Church, aunque su gran cuadrángulo se está utilizando para que las vacas y ovejas pasten en él.

—¿Por qué?

Lovell se la quedó mirando, y ella se dio cuenta de su error, un error causado sencillamente por la inexperiencia, aunque él debió de pensar que era idiota.

—¡Pues para tener comida, mujer!

Juliana se estremeció al pensar en lo que implicaría el hecho de estar atrapada en una ciudad asediada, y mientras tanto Lovell prosiguió con su repaso, impertérrito:

—Gloucester Hall se utiliza para la fabricación de espadas, hay otro molino en Wolvercote y pólvora en Osney. El New College alberga la armería y el polvorín, el puente Magdalen se ha convertido en un puente levadizo, ya lo viste. —Ella no se había percatado de su importancia—. Si viene el enemigo..., o me atrevería a decir..., cuando venga, podemos levantarlo tranquilamente. Magdalen Tower es ahora un atalaya, y hay cañones grandes emplazados en la arboleda. Tienen un alcance de una milla y media. Todas las facultades se están convirtiendo en

almacenes para los productos principales: ropa, queso, carbón y grano. Han salido los estudiosos soñadores y han entrado los sastres que cosen uniformes...

Al escuchar todo aquello, Juliana se preguntó si todos los soldados del rey eran tan conscientes como Lovell de la logística; imaginó que habría muchos que se limitarían a recibir órdenes. Lovell era todo un profesional; ella se estaba empezando a dar cuenta de hasta qué punto le importaba ser eficiente y estar bien informado. Había hecho su mundo de aquello. Por todo el país había hombres como él; hombres que habían servido en el continente, y cuya experiencia influiría en ambos bandos, cosa que prometía un conflicto prolongado. Orlando Lovell y, al igual que él, otros que no tenían futuro sin una guerra en la que combatir, se estaban atrincherando casi con placer. Estaba ansioso de utilizar su talento para la organización... y era de suponer que también su talento para la muerte y la destrucción.

Juliana pensó que debería haberle preguntado cuáles eran sus planes cuando terminara la Guerra Civil. ¿Volvería a luchar en el continente? ¿Tendría que ir con él o la dejaría allí sola? Se convenció de que su matrimonio significaba que Lovell deseaba establecerse y llevar una vida doméstica en Inglaterra. Al fin y al cabo, había hablado de arreglar las cosas con su familia.

Había preocupaciones más apremiantes.

—¿El rey pagará por tus servicios, señor?

—Cuando haya dinero para ello. Ya se ha dado orden de que traigan metal. Hemos sacado las campanas de las iglesias para ello, y se supone que los queridos ciudadanos tienen que entregar sus cacharros de cocina de latón. —«¡Qué suerte que nosotros no tengamos casa!», pensó Juliana—. La casa de la moneda está de camino desde Shrewsbury para acuñar el dinero que se hará fundiendo el oro y la plata de los colegios universitarios... cuando se les pueda pinchar para que colaboren.

—¿«Pinchar»? ¿Quieres decir que serán obligados a entregar sus objetos de valor?

—El director y los miembros de la junta rectora son astutos e intentan eludir el tema, pero su majestad ha aprendido rápidamente a ser un mendigo. Endurece su corazón. El colegio de Saint John ofreció ochocientas libras en lugar de su tesoro. Carlos les agradeció sinceramente el dinero... y luego se llevó también su valioso oro y plata. El condado y la universidad deben pagar más de mil libras a la semana para el sustento de nuestra caballería... Pero claro, casi todo el dinero será para balas y heno para los caballos.

—Entonces, te pagarán —Juliana seguía obstinadamente preocupada por el alquiler, la comida y el combustible.

El coche se había detenido en un callejón sinuoso, pero Lovell, absorto en su discurso, no se movió. Dirigió una mirada irónica a su esposa.

—De un modo u otro nos pagarán, ¡cuenta con ello!

—¿Cómo que «de un modo u otro»? ¿No te referirás al saqueo?

—Es un hecho de guerra —la informó Lovell, quien entonces, afortunadamente,

se dio cuenta de que habían llegado a su alojamiento.

* * *

—Tiene el mismo atractivo que el bolsillo del abrigo de un exterminador de ratas — admitió Lovell en tanto que su joven esposa paseaba la mirada por aquella habitación deprimente, que iba a ser su primer hogar de casados. Ayudó al cochero a dejar el gran cofre de Juliana junto con lo que debía de ser su propio arcón de campaña.

Juliana había visto cosas peores... y había visto a su abuela rechazarlas con brío. Tenían una habitación en el piso de arriba de apenas tres metros de lado, con un colchón que se hundía sobre una cama torcida, colocada detrás de unas cortinas verdes manchadas y apolilladas, un par de sillas derechas y rígidas de las que te destrozan la espalda (y que no hacían juego), y un armario para el orinal que, a través de una puerta que tenía la bisagra rota, estaba enviando mensajes de que el recipiente no se vaciaba desde hacía unas dos semanas. Las escaleras de la planta baja llevaban directamente a su habitación, ante cuya puerta había un rellano con una chimenea apagada, y luego otro tramo más estrecho subía a la buhardilla, cuyos ocupantes no tenían más remedio que ir y venir pasando por el alojamiento de los Lovell. En el discreto rellano de las escaleras, Juliana vio una ratonera enorme en el panel de madera del revestimiento.

Respiró profundamente con abatimiento, y estuvo a punto de atragantarse con el aire hediondo que había inhalado.

—¡Ay, Dios mío! ¡Yo esperaba un gabinete soleado donde pudiera secar pétalos de rosa y poder preparar pastillas de lavanda en un pequeño cazo de latón!

—¡Arriba ese ánimo, esposa mía! Creía haber elegido a alguien con más aguante. —Lovell sorteó la valiente broma de la mujer con el aire enérgico de un monárquico, aunque sonó como una disculpa.

—Sí, ya verás como soy la persona adecuada —le aseguró Juliana, aunque su voz dejó traslucir cierta amargura. Lovell no pudo interpretar lo deprimente que era su decepción, pero intuyó épocas duras en el pasado. Para él, eso era bueno. Él contaba con la resistencia de la joven. Una doncella refinada e inexperta solo le supondría un estorbo; aun así, lamentó la triste expresión de derrota que vio en Juliana.

Alertada por cierta quietud, Juliana miró a su esposo. Él le alzó la barbilla con la mano.

—Espero que no te sientas traicionada. Esto es la guerra, es tal como debe ser ahora. Al menos —dijo, como si eso le importara—, tendremos nuestra mutua compañía.

Así pues, Juliana sonrió.

* * *

Decidió que lo primero era vaciar los más de dos litros de una orina apestosa de color nogal. Mientras vertía los desechos de personas desconocidas en la alcantarilla de la calle, se encontró con su casero, un guantero delgado y de aire socarrón con una calva por la que cruzaban unos cuantos pelos canosos y grasientos. Juliana lo saludó con educación, pero con firmeza; inconscientemente estaba imitando a su abuela, a quien no le costaba mucho despreciar a los demás, pero sabía cuándo ocultarlo. Juliana le rogó que les proporcionara una mesa pequeña. El hombre le aseguró que tanto ella como Lovell iban a sentarse a la mesa con él, lo cual quería decir que les daría una comida al día; Juliana se sintió aliviada al saber que, bien o mal cocinada, al menos contarían con comida caliente, pero aun así insistió en tener su propia mesa en la que poder hacer sus labores de aguja.

Estaba haciendo progresos. Fregó el suelo, sacudió el colchón, ordenó las cosas, arregló el pestillo de la ventana y fijó las anillas de las que colgaba el dosel de la cama. Lovell observaba con aprobación. No obstante, los ratones siempre supieron que poseían el dominio sobre ella. Salían a calentarse siempre que se encendía un pequeño fuego en el hogar.

—Si contratamos a un sirviente, él o ella tendrá que dormir aquí, en nuestra habitación.

—¡Pues no contratemos a nadie todavía! —se rio Lovell—. No quiero tener a un pillastre mocososo ni a una doncella regordeta escuchando al otro lado de la cortina cuando quiera estar contigo.

Era un hombre más maniático que la mayoría. Por todo el condado, los sirvientes en habitaciones compartidas oían a sus señores hacer el amor. Juliana se alegró de que Lovell quisiera intimidad. Además, no podían permitirse el lujo de tener un criado. Y su situación económica tampoco iba a mejorar, ahora ya lo sabía. Casi con brusquedad, Lovell la informó:

—Por cierto. Hubo un error en lo de mi hermano. El carro de pólvora que estalló en Edgehill no era del bando parlamentario. Ralph aún está vivo.

—Debes de estar muy contento —repuso Juliana. Su aire despreocupado le dio el primer indicio de que Lovell conocía los verdaderos hechos desde el principio. Indignada, ella ocultó su enojo. Lovell se encogió de hombros, se dio media vuelta y se marchó a toda prisa porque no quería que lo interrogara. Juliana se preguntó qué diría a eso el señor Gadd... y luego se sorprendió esperando que nunca llegara a enterarse. Ella había elegido su vida. Tendría que sobrellevarlo.

Así pues, ahora era una mujer casada. Se había convertido en una persona leal a su esposo, que tenía que proteger su reputación hiciera lo que este hiciera, incluso cuando ella sospechaba que la había engañado de manera deliberada.

* * *

Se hicieron a una rutina. Lovell pasaba el día fuera con frecuencia, pero todas las noches volvía a casa para cenar. Tenía una veta de frugalidad, y rara vez gastaba dinero en jaranas. De día, Juliana se sentía sola, pero tenía que conformarse con su propia compañía. Cuando se quejó de su soledad, Lovell la llevó a ver cómo el rey pasaba revista a la artillería en Magdalen Grove. En otra ocasión, fueron a ver cómo el rey jugaba a tenis con el príncipe Rupert. Una vez fueron a ver al joven príncipe de Gales practicar trucos de equitación.

Más o menos la oferta de espectáculos se limitaba a eso, a menos que Juliana quisiera ser una observadora cuando los negociadores del Parlamento abogaban por la paz educada e inútilmente con el rey y su círculo, en el cuadrángulo de Christ Church.

—Demasiado emocionante, Orlando. Habrá que disculparme, no sea que profiera alguna protesta histérica y me ponga en ridículo. —Él le aseguró que las posibilidades de entretenimiento mejorarían cuando la reina llegara de Holanda. Al fin y al cabo, Enriqueta María había conocido a su abuela.

—No es muy probable que Su Majestad recuerde a *grand-mère* -Juliana miró fijamente a Lovell. Era capaz de disimular una historia inventada con el mismo aire desabrido con que lo hacía él. No tardó en hacerlo cada tres meses, cuando su esposo preguntaba cuándo llegarían las rentas de sus huertos de manzanos y ella se hacía la tonta.

Cuando estaban hablando sobre la comisión de paz, había llamado a su esposo por su nombre de pila, y Orlando lo aceptó sin hacer ningún comentario. Para entonces, ya llamaba «mi vida» a Juliana, que si bien era convencional, él hacía que sonara genuino. Llevaban su matrimonio con respeto y afecto.

Las Navidades fueron aburridas, aunque se las arreglaron para poder estar presentes en Christ Church cuando el rey celebró el día de Navidad con gran esplendor. Fue una cena atestada de gente en una atmósfera calurosa y llena de humo, en la que los músicos resultaban inaudibles con el ruido de la multitud; el servicio fue lento y, cuando la comida llegó al extremo de la mesa donde estaban sentados, ya estaba fría.

A primeros de Febrero, se supo que la reina había salido de Holanda con suministros y varios miles de soldados profesionales. Desembarcó en Bridlington, lugar que el conde de Newcastle, un gran comandante monárquico del norte, procuró hacer tan seguro como fuera posible para recibirla. La seguridad no fue suficiente. Unos barcos parlamentarios bombardearon la casa en la que se alojó. Su Majestad lo aceptó todo con gran fortaleza de ánimo; cuando se vio obligada a refugiarse fuera, en una zanja, Enriqueta volvió a entrar a la casa a buscar a su perrito faldero, al que sus damas de honor habían dejado atrás en su huida. Comúnmente esto se consideraba valentía.

—¡Maldita estúpida! —gruñó Orlando Lovell. Juliana estuvo de acuerdo.

El ejército parlamentario del norte, con sir Thomas Fairfax al mando, se

encontraba situado entre la reina y Oxford. El rey estaba ansioso por tener a Enriqueta María con él, pero era consciente de que, si la mujer caía en manos enemigas, se convertiría en un peón precioso y fatal. La quería demasiado como para arriesgarse. La reina permaneció varias semanas con el conde de Newcastle, deleitándose con su propio coraje e iniciativa, y tomándose con mucha alegría. Al final, se urdió un plan para que el príncipe Rupert avanzara desde Oxford y atravesara la región central, para así poder abrir una ruta segura para su indómita tía. El príncipe se puso en marcha el 29 de Marzo con Orlando Lovell entre su séquito, y con la intención de liberar a Lichfield de su asedio y asegurar una ruta para la reina a través de Warwickshire. Esto conllevaba acabar con la amenaza que representaba la ciudad rebelde de Birmingham. Sus sediciosos cuchilleros no solo estaban proveyendo de armas al Parlamento, sino que además habían atacado a desconocidos y los habían encarcelado bajo la sospecha de ser monárquicos. Los mensajeros del rey también habían sido capturados como espías. Birmingham tenía que ser aplastada. Por la impresión que dio Lovell, se decía que los monárquicos de Oxford lo estaban deseando.

Se trataba de una nueva ofensiva de primavera, y obviamente era más importante que nada que Juliana hubiera visto con anterioridad. De su maltrecho arcón, Lovell sacó una coraza que pasó horas puliendo. La habitación apestaba al aceite de pata de vaca con el que ablandó las correas, el cinturón y las botas de montar. Un hombre al que Juliana no había visto nunca, y que parecía uno de los soldados de Lovell, trajo balas de pistola, y dejó la pesada bolsa sobre su pequeña mesa de costura con un golpe sordo y brusco que la aterrorizó. Juliana permanecía sentada sujetando el estoque de Lovell, una espada europea con guarnición de taza y un pomo con incrustaciones de plata muy gastada. Orlando no era el primer propietario del arma, aunque nunca había contado su historia. Cansada de la pluma fina y ajada de su sombrero de piel de castor, Juliana le había hecho una cinta nueva con un trozo del satén azul intenso que había sobrado cuando cortó el canesú de su vestido de boda. Aunque él no parecía ser consciente de que el vestido lo había hecho ella misma, Lovell pareció extrañamente conmovido por las atenciones que su esposa había prodigado a su sombrero.

—Mi testamento está en el arcón. El señor Gadd insistió. Lo heredas todo, mi vida... aunque como no valgo nada, no tendrás que preocuparte mucho tiempo por cómo gastar el dinero. Si muero, lo primero que tendrás que hacer es vender mi traje de boda. Después te aconsejaría que volvieras a casarte... acepta a Treves; el chico sigue escribiendo poemas dedicados al arco celestial de tus cejas —Lovell hizo una pausa en su escandalosa diatriba—. Espero que pensarás en mí para bien.

Los hombres necesitan ser amados. Juliana ya no tuvo que recurrir a su abuela para esta máxima; ella también podía mostrarse irónica.

—Siempre, Orlando. Que el cariño de mis pensamientos te sirva de consuelo.

Era un verdadero caballero. Todo caballero necesitaba una mujer a la que adorar.

Bueno, una mujer que lo adorara.

Orlando atrajo a Juliana hacia sí, la besó con fuerza y su abrazo fue lascivo. Ella se sorprendió memorizando el débil aroma de su tabaco, el roce áspero de su bigote contra su mejilla, la suavidad de sus labios. De improviso, las lágrimas empezaron a deslizarse por sus mejillas. Se miraron a los ojos, los suyos castaños, los de ella grises. Ahora estaban unidos el uno al otro; si no por amor, por algo muy parecido.

Juliana vio al contingente del príncipe Rupert abandonar Oxford a caballo por la Puerta Norte. Por mucho que lo intentó, no pudo distinguir a su esposo en medio de todos aquellos soldados. Sabía que Edmund Treves estaba a su lado, que todos sus celos habían quedado olvidados. El joven príncipe Rupert cabalgaba a la cabeza de la columna blandiendo su bastón de mando: bien parecido, seguro de sí mismo y exquisitamente ataviado, en tanto que su caniche blanco favorito, *Boy*, miraba de un lado a otro con orgullo desde la silla. Un grupo de oficiales aristócratas acompañaban al príncipe, todos ellos montados en caballos excelentes. Juliana supuso que no había podido ver a su esposo porque este debía de ocupar una posición más cercana al príncipe de lo que ella se esperaba; había subido en el escalafón con engaños. Su descaro no vendría de más; Orlando Lovell estaría a la altura de cualquier puesto, por muy arteramente que lo hubiese conseguido.

La brigada de caballería pasó con un continuo golpeteo de herraduras, con los cascos y sombreros plumados cabeceando y los estandartes ondeando imponentemente. Juliana se percató de que existían ciertas pautas en los gallardetes y las banderas con borlas que señalaban a los oficiales y compañías, aunque no pudo descifrarlas. Resultaba más fácil distinguir a los regimientos de infantería, con sus características casacas de colores en blanco, verde, rojo, púrpura y azul, marchando en bloque. Cerraban la marcha varios cañones arrastrados por tiros de caballos fuertes. Los tambores sonaban para marcar el paso de los hombres de pantalón ancho, que iban a pie con sus largos mosquetes y picas más largas aún. Muchos de ellos llevaban puesto un fajín rojo, el color del rey.

Juliana no se dejó engañar por aquella panoplia sofisticada. Aquel raudal de regimientos de aspecto espléndido que salían de Oxford eran unos asaltantes despiadados. Se apropiarían de todo lo que pudieran del campo por el que pasaran, tanto para proveerse como para evitar que el enemigo hiciera uso de ello, y ella sabía que sus intenciones eran asesinas. Aunque luchaban por el rey Carlos, muchos de ellos eran extranjeros, simples mercenarios. Incluso entre los ingleses había veteranos llenos de cicatrices de las terribles guerras del continente, cuya actitud y métodos crueles le había descrito Lovell. Los rangos inferiores de los ejércitos de ambos bandos del conflicto habían sido declarados holgazanes y lascivos, arrancados de las cárceles, casas de beneficencia y posadas, engatusados para que se pusieran el uniforme con el crudo señuelo de una paga de vez en cuando y un botín abundante. Aun así, el ejército monárquico tenía un aspecto magnífico, atractivo y formal; tardó tanto en pasar que Juliana cogió frío con el aire fresco de Marzo.

Al regresar a su alojamiento, se echó a llorar desconsoladamente. Nunca había estado totalmente sola como entonces. No tenía ni idea de cuánto tiempo tendría que esperar en Oxford antes de que las tropas regresaran, ni de a qué peligros tendría que enfrentarse Orlando durante su separación; y, sobre todo, ignoraba qué le ocurriría a ella si su esposo no regresaba jamás. Para entonces, ya existían ciertos indicios que empezaban a indicarle que estaba embarazada. Era demasiado pronto para habérselo mencionado a su esposo, y recelaba tanto de su reacción que no iba a sacar el tema en medio del ajetreo de su partida. Le había dejado tres chelines. Por lo demás, no tenía amigos ni dinero.

De modo que Juliana permaneció allí sentada, sola, mirando cómo se movían las motas junto a la ventana y escuchando la quietud de su habitación. Quería que su esposo sobreviviera. No obstante, comprendía perfectamente que, aunque lo hiciera, su vida en común nunca sería tal como ella se había esperado. Era muy probable que, para ella, aquel solo fuera el primero de muchos y largos períodos de abandono. Si a Lovell lo herían, lo capturaban o lo mataban, ella correría aún peor suerte.

CAPÍTULO XV

BIRMINGHAM, LUNES, 3 DE ABRIL DE 1643

Sabían que iba a venir. Y lo que era aún peor, sabían que iba a venir a por ellos. De algún modo u otro, había corrido la voz desde el Consejo de Guerra donde el príncipe preparó su plan para cabalgar hasta Lichfield.

—De camino, tomaremos Birmingham.

Incluso antes de oír los tambores, algunos de los que esperaban a su ejército debieron de ser conscientes de lo desesperado de su situación.

* * *

Para entonces, ya era bien conocida la costumbre del príncipe Rupert de asaltar para conseguir ganado, munición y dinero; le valdría el sobrenombre de el «Príncipe Robber, duque de Plumberland». Su actitud había resultado evidente desde que asumió el mando como general de caballería. Mientras reclutaba tropas en el norte de las Midlands, había escrito al alcalde de Leicester exigiendo una gran suma de dinero o lo amenazaba categóricamente con devastar la ciudad al brutal estilo germano. El rey había reprendido a su sobrino por extorsión... pero, aun así, se quedó con el dinero. Tal como dijo Orlando Lovell, Su Majestad había aprendido a ser un mendigo.

—Y al príncipe Rupert le importa un comino la reprimenda. Su tío nunca le ha quitado el caballito ni le ha impedido salir a jugar.

En las zonas rurales del condado de Warwick, eran pocos los que sabían de todos los horrores que estaban ocurriendo en el extranjero. Sin embargo, pese a las décadas de censura, a Inglaterra habían llegado nuevas historias sobre ciudades europeas que fueron saqueadas primero por un ejército y luego por otro en medio de una violencia terrible; campesinos asesinados como si nada en el bosque o en el mercado a manos de mercenarios maleantes, angustiadas víctimas a las que torturaban para que revelaran dónde escondían sus objetos de valor y a las que luego mataban a sangre fría. Con frecuencia, circulaban detalles escabrosos: hombres gordos a los que reducían para hacer velas, burgueses respetables asados en espetones, hileras de sacerdotes ahorcados, viudas a las que achicharraban sobre unas planchas, bebés arrancados del vientre de sus madres embarazadas, jóvenes violadas mientras sus padres y hermanos eran obligados a mirar. Los panfletos con dibujos espeluznantes causaban repugnancia, pero la gente quedaba fascinada y solían creerse sin más lo que estos decían. En aquella época, el periodismo era algo muy nuevo.

Aquel escenario de la guerra brutal que el príncipe Rupert dominaba había sido

condenado recientemente por lord Brooke de Warwick:

En Alemania, solo combatieron por el botín, la rapiña y la destrucción. Debemos emplear a hombres que estén dispuestos a luchar simplemente por la causa... Preferiría tener a mil o dos mil ciudadanos honrados que solo pudieran empuñar sus armas, pero cuyos corazones estuvieran acorde con sus manos, que a dos mil soldados mercenarios que se jactan de su experiencia extranjera.

Brooke era uno de los partidarios fervientes del Parlamento, colega de lord Saye y Sele, firme opositor a las medidas pacíficas y enérgico reclutador de regimientos y recaudador de financiación. Lord Brooke, comandante de la Midlands Association en la que era sumamente popular, tenía entonces la tarea de establecer una base parlamentaria segura en los condados de la región central. En Febrero, expulsó a los monárquicos de Stratford-upon-Avon y, a continuación, inició el asedio a la ciudad catedralicia de Lichfield. La tarea principal del príncipe Rupert aquella primavera era levantar ese asedio. Así pues, los rigores de la «experiencia extranjera» estaban a punto de caer sobre el territorio natal de lord Brooke.

El príncipe abandonó Oxford y avanzó pasando por Chipping Norton, Shipston on Stour, Stratford-upon-Avon y Henley-in-Arden. Era Pascua. Los caballeros monárquicos se quedaron cuatro días en los alrededores de Henley, y celebraron la Semana Santa saqueando la campiña. Las noticias de su presencia, así como de su enérgico saqueo, llegaron rápidamente al norte.

A unas diez millas de distancia, los habitantes de Birmingham intentaban convencerse de que los realistas pasarían de largo. Henley se hallaba tan cerca que casi podían oír las protestas de los granjeros indignados al ser despojados de sus caballos, aves y reses. Cuando llegó el sábado, la mayoría ya había aceptado que el príncipe Rupert atacaría su ciudad. Habían tenido tiempo de mandar mensajes suplicando refuerzos a las tres principales guarniciones parlamentarias en Warwick, Kenilworth y Coventry. Solo dieron resultado sus ruegos desesperados a Coventry, pero ellos también se hallaban amenazados por la presencia de Rupert, y solo pudieron prescindir de un escuadrón de caballería ligera, dragones a las órdenes del capitán Castledowne. Al final, los soldados de Coventry se retiraron de lo que sin duda era una situación en la que tenían todas las de perder tres días antes de que llegara el príncipe.

En Birmingham, tuvo lugar una asamblea preñada de preocupación. Primero Francis Roberts, el pastor puritano, suplicó a los capitanes de la milicia y a los líderes de la ciudad que optaran por la sensatez: con tan pocas posibilidades como tenían, dijo, debían emprender la marcha y alejarse, salvar sus armas y a sí mismos, aun cuando ello implicara dejar atrás sus bienes. Tal vez así evitaran la ira del príncipe Rupert. Fue como echar un trozo de carne cruda a un perro fiero con intención de

distraerlo. Los capitanes y líderes estaban impacientes, y los simpatizantes realistas, de los cuales había unos cuantos entre los ciudadanos ricos, también hablaron de apaciguamiento. Sin embargo, las malhumoradas clases media y baja, que contaban con hombres que podían permitirse adquirir sus propias armas, se negaron a abandonar la ciudad. Ello obligó a los capitanes y líderes civiles a quedarse con ellos en lugar de marcharse entre maldiciones y acusaciones de cobardía.

Empezaron los preparativos. Levantaron toscas barricadas para bloquear las calles. Se repartieron armas entre todos aquellos capaces y dispuestos a empuñarlas. En Deritend, cavaron una zanja para cortar el camino de Henley y Stratford. El Lunes de Pascua, los exploradores entraron apresuradamente en la ciudad e informaron de que el príncipe Rupert se acercaba. Entonces ya se sabía que este traía consigo a dos mil hombres, y también cañones. Sin dejarse intimidar, en la trinchera de Birmingham se metieron todos los soldados con los que contaba la ciudad: un centenar de mosqueteros.

* * *

Henley se encontraba a una mañana de marcha. Los soldados realistas habían avanzado con lentitud, muchos de ellos con resaca y todos cargados con su botín personal, además del ganado «confiscado», que ahora conducían por los caminos embarrados como suministro de comida general. Los soldados de a pie, que llevaban colgando patos muertos, cacharros domésticos y quesos, iban profiriendo maldiciones al tiempo que se movían al ritmo del tambor, arrastrando sus picas de forma deslucida, llevando los mosquetes al hombro como podían, lanzando juramentos cuando tropezaban por los caminos rurales descuidados, a través del lodo revuelto por la caballería que ya había pasado en cabeza.

Henley-in-Arden era una aldea. Fueron pocos los que encontraron un alojamiento a cubierto, y la mayoría tuvieron que pasar las últimas cuatro noches durmiendo al raso en el duro suelo. A finales de Marzo, hacía frío en los campos y bosquecillos, todavía inhóspitos tras el invierno, y las gotas de hielo derretido que caían de los árboles y setos lo humedecían todo. Los que tenían pan o galleta no tardaron en encontrárselos enmohecidos. Las fogatas humeaban y chisporroteaban. Todos los soldados apestaban a humo, que se sumaba al olor perpetuo de ropa sucia sobre cuerpos sin lavar. Por la mañana, los hombres se levantaban entumecidos, con las casacas y los pantalones húmedos; esa humedad también ponía en peligro la integridad de la pólvora y la mecha.

Orlando Lovell y Edmund Treves habían pasado tres días en una edificación anexa que compartían con sus caballos. Se notaba. Sus capas y botas, antes primorosas, estaban manchadas de barro y paja. Llevaban la barba desgredada y estaban de muy mal genio. Cuando emprendieron el viaje hacia Birmingham, sus monturas estaban inquietas, solo querían avanzar porque formaban parte de un grupo.

Al llegar a las afueras de la ciudad, las bestias piafaron, con los ijares humeantes, y tiraron de los becados con rebeldía. Treves tranquilizó a su cabalgadura, *Faddle*, una yegua castaña saltarina, que había comprado con el dinero que su madre le había enviado cuando por fin aceptó que era imposible disuadir a su hijo de que se alistara. Lovell había dejado de molestarse en calmar a su montura, un caballo zaino anónimo de mucha mejor calidad que había tomado prestado (sin mencionarlo) a un oficial superior de Oxford que se hallaba indispuerto.

Como era habitual, a los intendentos los habían mandado delante. Tuvieron que detenerse frente a la barricada. Al llegar a la cabeza de su pequeño ejército, el príncipe Rupert se apresuró a establecer un cuartel general militar en la Ship Inn. Hizo público un mensaje dirigido a los ciudadanos en el que les decía que, si les proporcionaban refugio y recibían a sus hombres tranquilamente, él no les causaría ningún daño. Esto también era habitual; no podía haberse esperado que alguien diera el menor crédito a tal oferta. Cuando Lovell y Treves se acercaban a caballo, los defensores alzaron sus banderas en la trinchera de Deritend, de la que salieron inmediatamente y se pusieron a disparar con brío.

Sorprendidos, los realistas retrocedieron.

—¡Qué locura! —se burló Lovell, que los contaba en silencio. Llegó a sesenta, calculó la longitud de la trinchera, dobló la cifra y la patética oposición lo consternó. Por lo que podía ver, los mosqueteros de Birmingham confirmaban la opinión de los monárquicos en cuanto a que los rebeldes que luchaban contra ellos eran «hombres sin camisa»: desertores de barcos, prisioneros fugados, mendigos y criados enfermos —. ¡No tienen ni idea del peligro al que se exponen!

—Son valientes, Orlando. —Treves veía el bien siempre que podía.

—Entonces los traidores morirán por su bravuconería.

Sin embargo, no era un buen emplazamiento. El príncipe (joven, apuesto, con la armadura completa y la pistola y hacha de guerra características) se puso a cubierto bajo el voladizo de un edificio y consultó con sus asesores, mientras su hermoso perrito faldero, *Boy*, olisqueaba el aire con austeridad. Un letrero chirriaba con triste insistencia. Unas nubes altas y grises se movían con lentitud, ensombreciendo la lóbrega escena. La lluvia se respiraba ya en el ambiente, pero no caía.

Los realistas se habían aproximado a un camino rural muy descuidado que transcurría por unas vegas inhóspitas y medio inundadas, y se estrechaba incómodamente entre unas casas viejas con entramado de madera, justo frente al puente que cruzaba el río Rea. Estaban rodeados de posadas del siglo XVI de tejados empinados y hastiales torcidos sobre la calle. Aunque daba la impresión de proporcionar una escasa defensa, la trinchera de los rebeldes bloqueaba un cuello de botella y, al menos temporalmente, cumpliría su cometido. Al otro lado, en una baja colina se alzaban una casa solariega y una iglesia frente a una franja de casas casi medievales; se trataba de un páramo rural que carecía de la protección de murallas u otras fortificaciones. Corrió el rumor de que podría haber más mosqueteros

escondidos allí arriba; y tal vez un pequeño escuadrón de dragones y otro escuadrón de caballería. No se informó de la presencia en la zona de refuerzos provenientes de las plazas fuertes parlamentarias.

El príncipe Rupert hizo avanzar a su artillería, dos «falcoes», que eran unos pesados cañones de campaña de largo alcance, y cuatro «patos», más ligeros y maniobrables. Se dispuso a disparar, valiéndose de sus propios mosqueteros, aunque los defensores no flaquearon. Se inició un molesto bombardeo que, de alguna manera, los rebeldes consiguieron aguantar durante una hora. Proferían los gritos habituales de «¡Perros malditos! ¡Monárquicos del diablo! ¡Traidores papistas!». Los realistas respondieron con sus propios juramentos desganados. Atacaron sin tomarse a los defensores en serio y, para su asombro, volvieron a verse rechazados por el fuego de los mosquetes.

Pasó otra hora antes de que los parlamentarios se vieran obligados a salir de su trinchera de avanzada, pero entonces ocuparon otra posición en una segunda zanja situada por detrás de la primera, en Digbeth. Toda una colección de herreros, fabricantes de clavos, jornaleros y cuchilleros sin capacitación militar se mantenían firmes frente a un pequeño ejército de soldados profesionales. La audacia de los rebeldes solo sirvió para acrecentar el encono de los realistas contra la ciudad. Los cañones poco podían conseguir en una situación tan difícil como aquella. Al final, el príncipe ordenó que se prendiera fuego a una vivienda con tejado de paja y juncos, y el incendio se propagó a un par de edificios más, lo cual abrió una ruta de acceso. Con esta acción, el mensaje quedó muy claro.

Un grupo de soldados de caballería a las órdenes del conde de Denbigh, impacientes por avanzar, emprendieron la marcha a través de la vega con objeto de hallar otras rutas de entrada. Lovell y Treves fueron con ellos. Cruzaron por la corriente poco profunda con un chapoteo, lograron vadear el río y entraron en la ciudad por vías traseras. Lord Denbigh iba al frente, cantando en voz alta mientras avanzaban. No tardaron en atravesar setos, saltar tapias de jardines e irrumpir por entre las viviendas del extremo sur. Edmund Treves aprendió entonces a ser un caballero monárquico, cuando los jinetes anunciaron su presencia disparando contra puertas y ventanas siempre que alguien asomara la cabeza. El fuego enemigo les llegaba de manera esporádica desde las ventanas de los pisos superiores. Junto a sus compañeros de armas, Edmund se abrió paso por la tortuosa calle principal con el corazón palpitante. Empuñaba la espada con el brazo derecho en alto, y disparó la pistola que le quedaba con la mano izquierda, apuntando mal al tiempo que sujetaba las riendas, sin saber a quién disparaba, incapaz de distinguir entre amigos y enemigos entre los ciudadanos que miraban al exterior presa de la curiosidad. Los excitados caballeros se precipitaron por los mercados a toda velocidad. Entonces, del extremo norte, allí donde la zona habitada se terminaba gradualmente, y de forma totalmente repentina, salió un escuadrón de caballería rebelde. Eran jinetes del lugar, reclutados y armados por un tal señor Perkes de Birmingham y a las órdenes del

capitán Richard Greaves, quien ya había combatido contra el príncipe Rupert en una ocasión el año anterior, en King's Norton.

Greaves y sus hombres se retiraron de inmediato por el camino que conducía a Dudley, con los monárquicos pisándoles los talones. Los caballeros realistas se desplegaron en abanico a ambos lados de la carretera, con el fin de tener más espacio para cabalgar. La persecución tenía toda la emoción y peligro de una cacería a campo través, saltando hacia lo desconocido al sortear setos, verjas y empalizadas. Treves vio caer a un jinete con tanta fuerza que debió de romperse el cuello. Aunque también montaba con impaciencia, él siguió el ejemplo de Lovell, quien vio a los enemigos y se lanzó directamente a por ellos. Siguieron galopando frenéticamente, hasta que llegaron a un lugar entre dos bosques. Allí, en Shireland Road, el capitán Greaves hizo una señal y ordenó dar media vuelta a sus hombres. Estos dispararon y, acto seguido, cargaron contra los realistas que les perseguían. Durante aquellos primeros momentos de sorpresa, el conde de Denbigh recibió un disparo, cayó del caballo y lo dieron por muerto. Sus soldados se desmoralizaron al instante y, desperdigados, retrocedieron por los campos. Greaves y sus tropas los persiguieron muy de cerca profiriendo vítores; el propio Greaves sangraba por varias heridas de poca gravedad que había sufrido en la cara. La huida en desbandada continuó, hasta que los monárquicos casi habían alcanzado al príncipe y sus estandartes en Deritend. El capitán Greaves y sus hombres, incapaces de enfrentarse con el grueso del ejército del príncipe Rupert, se retiraron.

Uno de los hombres buscó al príncipe enseguida, y le comunicó que lord Denbigh, un amigo íntimo suyo, había caído. Se creía que lord Digby también había desaparecido, junto con otro hombre que, según dijeron, era un tal sir William Ayres. En tanto que los jinetes se palpaban el cuerpo en busca de heridas y le quitaban importancia al incidente, se enteraron de que su incursión había servido de algo. A cubierto del altercado y del humo de las casas incendiadas, los cien mosqueteros de Birmingham habían abandonado la trinchera y habían huido. El príncipe ordenó que se apagarán las llamas de las viviendas.

—Ya no volverán. —Lovell señaló a los jinetes de Greaves, que se retiraban, sin que pareciera que el pequeño e intenso encontronazo de caballería lo hubiese impresionado demasiado, pero tenía un consejo para Treves—. Edmund, si tienes ganas de prosperar, llévate a unos cuantos de nuestros hombres de vuelta al lugar donde cayó Denbigh y recuperad el cadáver. Rupert lo quería mucho. Sin duda te premiarán por ello.

—¿Y tú, Orlando?

Lovell sonrió abiertamente de un modo que los rebeldes hubiesen calificado de diabólico, y con razón.

—¡Tengo cosas que hacer en la ciudad!

—El príncipe ha prohibido los saqueos —le advirtió Treves.

—¡Por supuesto! —se burló Lovell—. Conoce las reglas de batalla. ¡Y nosotros

sabemos cómo las interpreta Rupert!

Treves, que ya había quedado asqueado por los cuatro días fie saqueos en Henley-in-Arden, no quería participar en lo que allí fuera a suceder, fuera lo que fuera. De modo que decidió seguir el consejo de ir a buscar el cadáver de Denbigh.

* * *

Junto al pequeño río Rea, la situación cambió. La oposición había terminado por fin; los mosqueteros rebeldes se alejaban precipitadamente con toda la rapidez de la que eran capaces para esconder sus armas y sus personas. Se dio una señal por parte de los realistas: era seguro avanzar hacia el otro lado del puente. Los soldados se reunieron para cabalgar en busca de la presa. Los caballeros monárquicos cruzaron el antiguo puente de piedra en tropel, y galoparon hacia cualquier persona del lugar que veían, disparando a diestro y siniestro y acuchillando a cualquiera que alcanzaran a su paso. Se desplegaron por jardines, huertos y callejones traseros.

Birmingham no tardó en ser suya. Establecieron su presencia de manera rápida y enérgica, y luego se acomodaron para pasar la noche.

Aquello fue solo el principio. Birmingham estaba a punto de aprender lo que significaba ser tomada por el príncipe Rupert del Rin.

CAPÍTULO XVI

BIRMINGHAM, 3-4 DE ABRIL DE 1643

Kinchin Tew pasó casi toda la mañana del lunes en el bosque. Sabía que en las reuniones de la parroquia y en las tabernas se había estado discutiendo sobre si Birmingham debía defenderse o sucumbir. Sus padres debatían el asunto con tanta vehemencia como cualquiera, aunque no había ninguna posibilidad de que su padre o sus hermanos no alistados lucharan; los Tew habían decidido, simplemente, huir. Ninguno de ellos tenía mucha idea de qué podían esperar, pero eso no detuvo a su padre, Emmett, que afirmaba a voz en grito que Birmingham estaba condenada, y que iba a ser horriblemente castigada por sus actos de rebelión.

—¿Y quiénes van a ser los pobres diablos que saldrán perdiendo?

—Nosotros. ¡Como siempre! —refunfuñaba la madre de Kinchin.

La familia hizo una hoguera humeante en el bosque, realizó un débil esfuerzo por levantar un refugio provisional y se sentaron debajo encorvados y con desánimo, como un grupo de alimañas que estuvieran hibernando a la espera de que aquello terminara. Ellos no sentían compasión por el aprieto en el que se hallaba la ciudad. Lo único que suscitaba un poco su interés era el hecho de que su penoso sustento, fuera cual fuera, dependía de Birmingham. Si la gente de la ciudad sufría, eso reduciría la caridad disponible y, para aquellos miembros de los Tew que de vez en cuando aceptaban empleos de peón, los problemas serios podrían acabar con las posibilidades de trabajo. Sin embargo, el pasado otoño habían visto al rey y a su ejército pasar en procesión, por lo que no se imaginaban que los acontecimientos de aquel día serían mucho peor.

* * *

Alrededor de mediodía, Kinchin y algunos de sus hermanos empezaban a estar aburridos y tenían frío. Regresaron con sigilo a la ciudad, donde observaron la distribución de armas. Vieron marcharse a Francis Roberts, el pastor; sabía que, después de sus muchos sermones antimonárquicos, sería objeto de represalias.

En aquellos días, antes de la llegada del príncipe Rupert, la calma reinaba en las calles, aunque eran muchos los que permanecían en la entrada de su casa con la puerta abierta. Los vecinos se juntaban en pequeños grupos para sentirse más tranquilos. Kinchin visitó a su amigo Thomas en la Swan Inn de la Calle Mayor. El mozo de cuadra era un hombre bajo, pálido y afable que rondaba la treintena; tenía un cabello fino y ralo con entradas, y cojeaba debido a una coz que le había propinado un caballo poco amistoso.

—Tendré que trabajar hasta tarde. No voy a ver el carnaval...

Thomas llevó a Kinchin a Deritend y le mostró los terraplenes que se habían levantado a toda prisa de un extremo a otro del camino. Allí permanecían en silencio pequeños grupos de mosqueteros, uno o dos de los cuales bebían las pintas de cerveza que les había llevado alguno de sus partidarios. Kinchin se despidió de Thomas y fue a mendigarle pan y mantequilla a la señora Lucas.

—¿Y el bueno de su esposo no tendrá una espada de sobra para que mi padre pueda luchar por nosotros con los demás? —Sabía que Emmett no iba a combatir. Pero le habían enseñado a intentar conseguir cualquier cosa disponible.

—Ya no nos quedan espadas, Kinchin. Todas las armas terminadas se han repartido entre los hombres. Y ahora vete a algún lugar seguro, muchacha.

Kinchin se encogió de hombros, pues no preveía ningún peligro en particular y, enfurruñada, regresó con su familia. Se quejarían de que hubiera vuelto con las manos vacías, y los vagos de sus hermanos, los más holgazanes de la familia, serían los que con más brío protestarían. Al poco de dejar a la señora Lucas, el sordo retumbo de los cañones del príncipe situados cerca de allí sacudió la casa del herrero, en tanto que unas fuertes salvas de disparos de mosquete provocaron que su mujer contuviera la respiración, asustada. Pero Kinchin oyó aquellos primeros disparos cuando cruzaba los prados y, allí afuera, en la campiña, parecían lejanos e inocuos.

Ya casi había llegado al bosque y se dirigía directamente al tenue humo de la hoguera. Entonces, de repente, le llegó un retumbo de cascos de caballos por detrás. Se acercaban tantos caballos que el suelo temblaba. La muchacha lanzó una mirada asustada por encima del hombro, se arremangó la falda y echó a correr. Daba la impresión de que el capitán Greaves y los monárquicos que iban detrás la persiguieran frenéticamente. Aterrorizada, se adentró en el bosque a trompicones, y en aquel momento se dio cuenta de que los caballos se habían detenido. Llena de arañazos de las zarzas y la maleza y temblando de pánico, se dio la vuelta y salió al descubierto, aunque no se alejó mucho de la maleza. Oyó gritos y disparos de pistola; se acercó sigilosamente y fue testigo del feroz tiroteo entre los hombres de Greaves y los de Denbigh. La escaramuza finalizó de manera repentina. La caballería de ambos bandos se alejó cabalgando como poseída de vuelta a Birmingham.

Quedaron unos cuantos caballos sueltos que pululaban por el camino. Su padre, que debía de estar escondido cerca de allí, salió corriendo al momento con un par de otros miembros de la familia Tew con la intención de retiñir a todos los que pudieran atrapar. Eran monturas de caballero, de buena calidad y caras, aunque cuando se vendían sin justificar su procedencia se conseguía mucho menos de lo que valían en realidad. Emmett los trasladaría enseguida, pondría veinte millas de distancia entre el lugar donde los encontró y algún establo ilegal de otras ciudades comerciales, en las que unos sinvergüenzas igual de turbios que él se alegrarían de quedarse con las bestias sin hacer preguntas, para luego revenderlas a un agente de compra de alguno de los dos ejércitos.

Los heridos se arrastraban y los muertos yacían en el suelo. La madre de Kinchin salió al descubierto. Se echó el chal andrajoso que llevaba hacia atrás por encima de los hombros, agarró a su hija por el brazo y se dirigió hacia las víctimas. Las dos mujeres se cernieron sobre ellos con cautela, aunque poco a poco se fueron volviendo más audaces. Su madre pateaba ligeramente a los muertos para ver si se producía algún movimiento, y a continuación empezaba a desvalijarlos con avidez. Tenía un cuchillo oxidado que clavaba en sus víctimas para no correr riesgos. Era la primera vez que los Tew habían saqueado de aquella manera, pero no necesitaron lecciones. Los cadáveres fueron rápidamente despojados de botas, sombreros, petos, chaquetas, cinturones y camisas. Y a continuación de las armas, monederos, anillos, pañuelos, medallones, guantes, ceñidores y calzas de montar. Kinchin y su madre trabajaban con rapidez y en silencio, no se detenían para perder el tiempo en exclamaciones de deleite. Antes de que la madre les quitara los pantalones y las chaquetas, los dedos pequeños de la niña hurgaban en los bolsillos, consciente de que los bolsillos de los caballeros probablemente tuvieran tres divisiones interiores, y de que no debía dejarse ni la más pequeña de ellas, que podría estar abotonada. Otros miembros de la familia Tew trasladaban el producto del saqueo al bosque, acudían corriendo para llevarse un montón de ropa de buena calidad y puñados de joyas. Algunos de los chicos recogieron las armas y las balas en una capa, ataron los extremos y se la llevaron a rastras.

Uno de los caballeros monárquicos, ya mayor, un hombre fornido y sumamente bien vestido, había resultado herido de gravedad en la cabeza. Kinchin le registró los bolsillos sin saber que el hombre aún estaba vivo, hasta que este soltó un gemido cuando su madre le estaba quitando los bombachos de brocado ensangrentados. Kinchin retrocedió de un salto, alarmada. Tras propinar un fuerte puntapié a las piernas desnudas de aquel hombre, su madre se llevó el caro equipo con aire triunfal. Kinchin perdió el valor. Se marchó de allí pero, más tarde, cuando el resto de la familia volvió a su madriguera del bosque para examinar el botín, ella se fue sola y se acuclilló cerca del hombre herido, a la espera de que la noche y el frío acabaran con él. Quería la camisa bordada que llevaba. Kinchin siempre había sido metódica y muy paciente en su rapiña.

No podía apuñalarlo. De todos modos, aunque quisiera hacerlo no tenía cuchillo. El realista era un aristócrata, como sir Thomas Holte de Aston. Kinchin detestaba a los de su clase. De modo que permaneció allí agachada, en silencio, vigilando a su presa como un zorro mirando fijamente un gallinero, hasta que pudiera terminar de registrarlo. Ella creía que el hombre sabía que estaba allí. Y creía que también debía de saber el motivo.

Al anoecer, un nuevo grupo de jinetes se acercó a medio galope y desbarató sus planes. Unos hombres desmontaron y, después de mirar por encima del hombro para prevenir un ataque, empezaron a examinar a toda prisa los cadáveres, entonces ya desnudos. Kinchin Tew no se movió de allí, pero al final un joven caballero pelirrojo

se acercó al anciano. La pequeña de los Tew había perdido su oportunidad.

—¡Denbigh está aquí... y aún respira! ¡Maldita sea, lo han desnudado! ¿Alguien puede cubrirle? Tenemos que mantenerlo caliente. ¿Y tú qué estás tramando, pequeña salvaje? —preguntó Treves a Kinchin con brusquedad. Sus ojos azules habían evaluado la mugrienta condición de la niña y su actitud vigilante. Desconfiado, dejó caer una mano pesada en el hombro de la joven.

—Vi que estaba vivo, señor. Quería ayudarle —fingiendo de manera flagrante su inocencia, Kinchin evaluó a su vez a aquel joven, un tipo de rasgos angulosos coronados por un cabello color zanahoria que parecía demasiado lleno de confianza. El joven perdió interés por ella y examinó las heridas sangrantes de la cabeza del conde con gesto torcido. Kinchin observó la ropa de Edmund, que era más sencilla que la que su familia se había llevado al bosque, pero que aun así valía la pena para venderla... Había demasiados hombres con él como para que fuera una posibilidad.

—¿Viste quién desvalijó estos cuerpos?

—No, señor.

—Este hombre es un importante noble, un favorito del príncipe Rupert. —Treves soltó un resoplido debido al esfuerzo de ayudar al otro a levantarse y colocar al conde gravemente herido a lomos de un caballo—. Necesita atención urgente. ¿Hay algún cirujano en Birmingham?

Kinchin asintió con la cabeza a regañadientes.

—Monta en *Faddle*.

Un instante después, Treves había tirado de ella para que montara detrás de él en su caballo, y Kinchin se aferró al ancho cinturón de cuero del joven cuando este puso rumbo a la ciudad al galope. Ella se adaptó enseguida y no tardó en relajarse, como si ir a lomos de un caballo detrás de un caballero realista fuera el modo en que viajara normalmente. Sus pies descalzos rebotaban contra el cálido flanco de *Faddle*, y se había sujetado a Edmund rodeándolo por la cintura con uno de sus brazos flacos y desnudos, completamente segura de que no se caería.

Cuando entraron en Birmingham, Kinchin soltó un grito al ver lo que vio. Los caballeros estaban irrumpiendo en todas las casas. Asustaban a los pobres, amenazaban a los ricos, les robaban lo que llevaban en los bolsillos y maldecían, algunos de ellos en idiomas desconocidos. Los intendentes fingían organizar el alojamiento, una excusa para chantajear e intimidar. Los hombres andaban por ahí con estrépito mientras buscaban armas o tesoros escondidos, asomándose a los pozos y metiéndose en las albercas, rompiendo verjas, corriendo como locos por los huertos. Apilaban los artículos robados en carretillas o carritos del mercado. El olor a humo, a un humo distinto al de los fuegos normales de hogares y forjas, flotaba de manera inquietante en el aire húmedo del mes de Abril.

Kinchin guio a Treves hasta la casa del cirujano, y la apearon del caballo para llamar a la puerta, pero salió una criada con aspecto de estar nerviosa. La muchacha les informó de que el señor Tillam también había recibido un disparo que le había

causado una herida muy grave en la pierna y el muslo; y todo porque se hallaba a la puerta de su casa para dar la bienvenida a los monárquicos. Era partidario de los realistas... o lo había sido.

La criada del cirujano le lanzó una mirada de asombro a Kinchin.

—¡Mantente alejada del camino, Kinchin Tew, o esos demonios enloquecidos te dispararán a ti también! Yo estoy por esconderme en el desván.

Kinchin se asustó mucho. Se había hecho de noche. Había más ruido del que recordaba haber oído jamás en Birmingham; aquel alboroto extraño resultaba claramente peligroso. La noche era para los carroñeros, pero en aquella ocasión los Tew habían perdido sus derechos en Birmingham. Unos hombres más escandalosos, más fuertes y más perversos habían asumido el control de toda clase de rapiña.

Tras un breve debate con sus compañeros soldados, Treves optó por llevar al conde herido al cuartel general del príncipe; Rupert se había alojado en la Ship Inn.

—¿Adónde puedo llevarte, señorita? —le preguntó a Kinchin con educación, inclinando el cuerpo desde el lomo de *Faddle*. La chica descalza seguía en la calle, preguntándose qué hacer a continuación. Dado que la había traído allí como guía, Edmund se sentía en cierto modo responsable de la joven; él sabía lo que probablemente ocurriría aquella noche en la ciudad. Sin embargo, Denbigh se estaba consumiendo, de modo que tenía prisa.

Kinchin pensó que Treves bromeaba. Bien debió de darse cuenta de su mugriento estado. No obstante, su galantería sincera la impresionó. Ella lo consideraba un inocente; incluso pensaba que era..., algo estúpido..., pero aun así se emocionó.

Se encontraba en un aprieto incómodo. No podía pedirle que la llevara de vuelta con su familia, que estaba escondida en el bosque con el botín. En vez de eso, le aseguró a Treves que tenía unos amigos que vivían allí cerca. Convenció al caballero de que la Swan Inn era un lugar seguro. Así pues, Kinchin se quedó mirando a su galán pelirrojo mientras este se alejaba en medio del caos hacia la posada Ship, donde se encontraba el príncipe. Tuvo una sensación de pérdida, y casi deseó haberse ido con Treves, cabalgar a lomos de *Faddle*, vivir su aventura.

En cuanto se quedó sola, a Kinchin le entró pánico. El humo de la pólvora y el hedor a casas quemadas enrarecía el aire. Muchos más soldados estaban entrando ruidosamente en la ciudad; sin duda habían venido desde Henley-in-Arden durante la tarde. Oía sonidos de asalto en derredor. Por norma general, a aquella hora Birmingham estaría oscura y silenciosa, únicamente con el cálido murmullo del interior de las tabernas, y entonces parecía un hervidero de violencia. Los cristales de las ventanas se rompían con estrépito y se astillaban. Las voces ásperas de los hombres bramaban y maldecían. Las mujeres chillaban. Un grupo de caballeros monárquicos cuya intención era que el barullo que armaban se oyera y se temiera, condujeron a un grupo de prisioneros al mercado Bull Ring, donde los empujaron e intimidaron. Kinchin vio que registraban a los prisioneros buscando dinero entre amenazas y exigencias de mayores cantidades.

Nerviosa, entró sigilosamente en el pequeño patio de la posada Swan, y se sintió aliviada de que aquella zona poco iluminada pareciera relativamente tranquila. Un farol se balanceaba colgado junto al bar. La puerta estaba cerrada para que no entrara el frío de la noche. De los establos salía un haz de luz tenue. Reinaba una quietud extraña, y Kinchin echó en falta el acostumbrado murmullo de los bebedores habituales. Aun así, en aquellos primeros instantes no parecía que hubiese ningún problema importante.

De pronto, se oyó el ruido de unos caballos que se acercaban. Cuando los jinetes irrumpieron por el portalón, Kinchin se quedó inmóvil. Alertado de la llegada de nuevos clientes, Thomas abrió la puerta de una caballeriza y salió de entre los compartimentos como siempre hacía, preparado para hacerse cargo de los caballos. Avanzó renqueando con actitud amable, con una mano extendida para agarrar las bridas y una sonrisa de bienvenida aflorando a sus labios.

Las pistolas dispararon. El palafrenero cayó en los adoquines. Tres caballeros monárquicos se acercaron a él al trote y desmontaron. Abrieron la puerta del bar con el hombro y entraron pidiendo cerveza a gritos. Ni uno de ellos volvió la vista atrás.

* * *

Una vez pasado el alboroto, se hizo el silencio. Kinchin se acercó a su amigo. Thomas estaba tendido boca abajo en el patio oscuro, con el brazo aún extendido. Debía de estar muerto. ¿Quién haría eso? ¿Por qué iban a hacer eso? Ese hombre no suponía una amenaza. Él solo cumplía con su obligación, salía para hacerse cargo de sus caballos.

Otro realista entró a caballo. Kinchin, en un terrible error de cálculo, creyó que aquel hombre traía ayuda. Unos ojos de mirada dura contemplaron al mozo de cuadra muerto, el oscuro charco de sangre en torno a Thomas y a la niña temblorosa. La apuntó con un arma. Kinchin había cometido un error.

La estaba encañonando con la carabina. La luz tenue que salía del establo caía sobre él. Kinchin nunca se desharía de esa imagen: el hombre dispuesto a matarla, el caballo enorme, las bolsas llenas de dinero atadas al pomo de la silla, las pesadas botas de montar con espuela, su mano enguantada apuntando con el arma... y la amanerada inclinación de su sombrero negro de ala vuelta con su cinta de un vivo color turquesa.

El hombre optó por no disparar. El día tocaba a su fin, quería descanso y cerveza. Kinchin notó el aliento cálido de su caballo brioso cuando el jinete avanzó hacia el bar, y entonces ella se arremangó la falda, pasó junto a él y echó a correr como una rata, escabulléndose por el portalón de la posada Swan como un rayo mudo, tan secreta y rápidamente que el caballero realista debió de preguntarse si la había visto en realidad.

CAPÍTULO XVII

BIRMINGHAM, LUNES Y MARTES, 3-4 DE ABRIL DE 1643

Kinchin se metió en una entrada oscura con el corazón palpitante y la esperanza de que los soldados que deambulaban por la Calle Mayor no la vieran. Temblando, aterrorizada, trató de respirar. Sus pulmones se negaban a dilatarse. Sus músculos parecían incapaces de sostenerla en pie.

—¿Dónde está ahora vuestro Dios Brooke? —se mofaban los escandalosos realistas dirigiéndose a sus prisioneros acobardados, a los que llevaban al interior de la posada Swan—. ¿Dónde está ahora vuestro Coventry?

Agotados y deprimidos, los hombres de Birmingham, en mangas de camisa y sin zapatos, solo las medias, se sujetaban los bombachos; les habían robado las chaquetas, los cinturones y las botas. Entraron en el patio cojeando. A Kinchin le pareció ver al herrero Lucas entre la multitud de desdichados. Un caballero monárquico se dirigió a uno de los prisioneros; su pregunta parecía sincera:

—¿Cómo podéis levantaros en armas contra vuestros juramentos de lealtad y supremacía real?

El hombre de Birmingham repuso:

—¡Yo nunca juré y nunca juraría nada semejante!

Un golpe violento propinado con la culata de un mosquete lo hizo salir disparado... Aun así, no lo mataron, porque los realistas todavía esperaban conseguir dinero de sus cautivos. Kinchin oyó que se quejaban diciendo que al príncipe Rupert le molestaría que los rescates por sus pobres oponentes fueran de tan solo dos peniques, ocho peniques, un chelín y de vez en cuando veinte chelines. Más de un prisionero protestaba indignado, y afirmaba que no era ni soldado ni rebelde, sino un fiel partidario del rey... Un ruego que solo provocaba risas. Los soldados declararon que todo rescate forzado sería recibido por Su Majestad como si se tratara de una donación voluntaria.

* * *

Mientras Kinchin estaba agachada en las sombras, una visión que le resultaba conocida la dejó paralizada: por la calle oscura, con la cabeza alzada y la mirada distraída, paseaba el señor Whitehall. El clérigo loco se abría paso entre los escombros como si le desconcertara el hecho de que la ciudad estuviera tan abarrotada de cosas. Oisqueó el aire, preocupado por el humo. Caminaba sin ocultarse, ya fuera porque no tenía miedo de los realistas, ya porque no era consciente del peligro. Kinchin casi no sabía hacia dónde dirigirse para evitar que la atacaran;

sin embargo, Whitehall aún no la había visto, de modo que se quedó en su espacio oscuro, aún bajo la impresión causada por el brutal asesinato de Thomas.

Iluminado por la luz parpadeante de las velas que salía por las ventanas en las que se habían abierto los postigos, el abrigo largo del lunático y las tiras blancas que llevaba en el cuello lo señalaban como un clérigo. Los caballeros monárquicos lo divisaron enseguida y vieron la oportunidad de divertirse. Supusieron que era el pastor Roberts, al que odiaban. A pesar de todas las agresiones que había sufrido por parte del señor Whitehall, Kinchin estuvo a punto de gritarle una advertencia. No se atrevió. Unos hombres bulliciosos lo rodearon y empezaron a empujarlo de un lado a otro riéndose de él, preguntándole si quería cuartel. Como estaba demasiado loco para ser cauto, el señor Whitehall gritó:

—¡No quiero ningún cuartel! ¡Desprecio el cuartel de los ejércitos papistas! ¡Vuestro rey es un perjuro y es un rey papista! ¡Prefiero morir antes que vivir bajo el gobierno de semejante monarca! De buena gana lucharía contra él si...

Un golpe de hacha puso fin a su diatriba. Los realistas se acercaron y lo acuchillaron hasta matarlo. Lo destriparon retorciendo las espadas en sus entrañas; a continuación, descuartizaron el cuerpo como si se tratara de una ejecución formal. Registraron sus bolsillos y encontraron unos papeles manuscritos. Las historias sórdidas de sus tentativas con mujeres del lugar se leyeron en voz alta con júbilo, después hubo procaces promesas de publicarlos para un público más amplio: «Un beso cómodo de una mujer, un beso canela de otra... y otro de una de tan solo catorce años...». Kinchin se estremeció, le aterrorizaba que pudieran identificarla.

Los caballeros monárquicos fueron de un lado a otro de la ciudad regocijándose de haber matado al pastor Roberts.

La consternada jovencita permanecía a tan solo unos pasos de distancia de las partes del cadáver empapado de sangre, encogida de miedo. No se alegró de que la muerte del señor Whitehall la hubiera liberado de su acoso. Mayores peligros rondaban las calles; aquella noche, se sintió más vulnerable que nunca.

* * *

En cuanto los asesinos se marcharon, la Calle Mayor quedó temporalmente vacía y Kinchin echó a correr hacia el único lugar que podría ofrecerle refugio. Cruzó Corn Cheaping a toda velocidad, temblando y dando traspiés, y rodeó las casas junto a la iglesia. En todas partes las puertas estaban abiertas de par en par. Del interior de las pequeñas viviendas salían los juramentos y la jarana de los desconocidos. Little Park Street parecía más oscura y tranquila, aunque al ver al grupo de caballos y carros debería haberse dado cuenta de que los realistas andaban cerca. Convencida de que le aguardaba amabilidad, entró a toda prisa por la puerta entornada de la cocina de los Lucas: solo entonces se percató de su error.

Se topó con una atmósfera viciada de humo de tabaco. Unos hombres corpulentos

y de voz fuerte habían tomado el control de la casa del herrero. Estaban revolviendo los armarios domésticos, volcando todos los utensilios, devorando la comida y la bebida, aterrorizando a la familia. Cuando Kinchin entró corriendo, dos caballeros con bigote y los jubones abiertos, sentados a horcajadas en el banco de la cocina con una de sus grandes botas a cada lado, alzaban unas jarras rebosantes para brindar por el perro del príncipe Rupert: «¡Un brindis galante por *Boy!*!». Otro que tenía una boca grande de dientes salidos estaba meciendo, abstraído, la cuna del bebé con la punta de su espada. Al otro lado de la habitación, Kinchin vio a la aterrorizada señora Lucas, agarrada por un soldado que la apuntaba al pecho con su pistola y que, de una patada, abrió la puerta de las escaleras que subían al dormitorio.

—¡Maldita sea! ¡Una chica...! —La llegada de Kinchin provocó una breve alegría... y luego asco cuando vieron el estado en el que se encontraba. Los hombres volvieron la nariz como si la joven les repeliera; ellos apestaban a caballo, a cerveza pasada y a camisas agrias. Sus ropas y sus cabelleras estaban adobadas con humo y sudor viejos—. Un monstruo roñoso... —el hombre arrastraba las palabras con un marcado acento.

—¿De dónde sois? —preguntó Kinchin automáticamente con un susurro horrorizado.

—¡Somos franceses! —Estaba tan borracho que no podía alardear y controlar una jarra al mismo tiempo, por lo que derramó cerveza sobre una manga de camisa larga y suelta—. Nos hemos ofrecido voluntarios para salvar vuestro miserable reino... nosotros los franceses, algunos alemanes, irlandeses, holandeses y suecos.

El bebé chillaba. Ahora ya casi tenía un año, era lo bastante mayor para ponerse de pie en la cuna con esfuerzo. A Kinchin nunca había llegado a gustarle ese crío regordete con su gorro de punto y su babero bordado, estaba demasiado limpio, poseía demasiados juguetes de fabricación casera y era demasiado feliz. Recibía una atención constante... su madre le daba un beso en la cabeza al pasar junto a su cálida cuna, los vecinos lo mecían, le daban de comer pequeñas exquisiteces, lo llevaban a la fragua a ver a su padre...

El soldado que estaba más cerca pinchó la chaqueta del niño. La punta de su espada se enganchó en la lana; su intención era levantar al pequeño y arrojarlo al fuego, pero la hoja afilada cortó la prenda y se soltó, y el pequeño, con el rostro colorado, se volvió a sentar de repente con un llanto renovado.

—¡Robert! —protestó débilmente la madre. El caballero que la sujetaba le asestó un violento cachete en la cara. La mujer se resistió con furia cuando el hombre tiró de los botones de su chaleco. Kinchin, a quien las palizas no le eran desconocidas, vio que aquella violencia era completamente nueva para el ama de casa, pero la señora Lucas se limitó a morderse el labio y soportó todo lo que le hicieron porque la aterrorizaba lo que pudieran hacer a su hijo.

Kinchin intentó distraerlos.

—El niño está llorando. Dejad que me lo lleve. —Lo dijo con falsa seguridad,

pero la vida en las calles le había enseñado a hacerlo. Se acercó rápidamente y tomó a Robert en brazos junto con su manta para cubrirlo con ella. El niño se agarró a ella, con lo que dificultó sus movimientos. Intentó tranquilizar a la madre con la mirada. No supo si la señora Lucas lo comprendió, porque a la joven y aterrorizada ama de casa se la estaban llevando a rastras de la habitación.

Kinchin se paseó con Robert en brazos. El hecho de hacerlo callar la consoló un poco. Los soldados la ignoraron. Uno de ellos estaba dándole al fuego con un atizador que luego examinó, para ver si se molestaría en robarlo. Desde el otro lado de la puerta interior llegó un fuerte golpe sordo y, al oírlo, el hombre que estaba junto al fuego hizo un gesto obscuro. Otro le hizo señas a Kinchin para que le sirviera cerveza. La chica consiguió hacerlo con una sola mano, en tanto que Robert seguía aferrado a ella. Nerviosa, se movía para no perder de vista a ninguno de ellos, por si acaso intentaban echársele encima.

A la señora Lucas la estaban violando. Kinchin lo oía. Comprendía lo que esta experiencia supondría para una mujer casta. Y quizá luego le tocara el turno a ella.

El francés regresó a la cocina pisando fuerte y abrochándose los bombachos. Sin mediar palabra, otro hombre se puso en pie y se cruzó con su colega con una mano en el cinturón. Eran prácticos. Ninguno de ellos habló de lo que estaban haciendo. Aquella era su rutina. Mataban a los enemigos, desvalijaban sus casas; robaban sus caballos; violaban a las mujeres. Cuanta más sangre se derramara y más miedo se provocase, mayor sería la victoria.

El hombre que se hallaba más próximo a ella le daba la espalda, estaba metiendo morillos y cazos en un saco. Kinchin se armó de valor. Con el hijo de los Lucas aún en sus brazos, se escabulló fuera de la casa.

Siguió el sendero del patio con sigilo procurando por todos los medios que sus pasos fueran silenciosos. La escoria del suelo resultaba dolorosa bajo sus pies desnudos y fríos. Tiró del pesado postigo de la f ragua y logró abrirlo lo justo para meterse dentro con Robert. Nunca había entrado allí, y se sorprendió de que aquel lugar de trabajo de techo alto pareciera más grande que la casa. Estaba oscuro, pero el fuego iluminaba débilmente el lugar.

Del crisol emanaba calor, aun cuando Lucas no podía haberlo utilizado desde hacía dos días; aquel día no habría trabajado debido a los combates, y el día anterior había sido domingo. Era evidente que los caballeros monárquicos habían irrumpido allí horas antes. Habían echado combustible al fuego y avivado las llamas con los fuelles, mientras lo ponían todo patas arriba en su afán por encontrar objetos de valor. Kinchin se abrió paso por entre las extrañas herramientas desperdigadas, dándose golpes dolorosos contra grandes piezas del equipo, y soltando gritos ahogados cuando las piezas de metal del suelo herían las plantas de sus pies. Se puso en cuclillas con el niño en brazos, junto al crisol de ladrillo.

—Estás a salvo, Robert... no hagas ruido.

Lejos del tumulto y reconfortado por la voz firme de la joven, el niño no tardó en

acomodarse y quedarse dormido.

Para Kinchin no habría ni un solo momento de relajación aquella larga noche. Las horas se hacían larguísimas. De vez en cuando, se acercaba sigilosamente a la puerta, sujetando a Robert con la mejilla pegada a su cabeza suave y cálida. La huida era imposible. Los caballeros seguían levantados por toda la ciudad bebiendo, blasfemando, tiranizando a sus prisioneros, aterrorizando a las mujeres, alardeando con insolencia. Desconsolada, Kinchin notó el frío aire del exterior en la cara y se limpió la nariz con la manga mientras escuchaba el alboroto, que duró toda la noche sin interrupción. Una y otra vez volvía a meterse en la forja con abatimiento. Estaba deseando ayudar a la señora Lucas, pero no podía. Si los caballeros realistas conseguían atraparla, ni su juventud ni su miseria la salvarían.

* * *

El amanecer trajo consigo una disminución temporal del terror. La naturaleza del tumulto cambió. Carros y caballos empezaron a dirigirse al norte con un traqueteo de eficientes convoyes. Los sonidos de las compañías organizadas de soldados que se desplazaban obedeciendo órdenes tomaron el relevo a los saqueos y disturbios. Finalmente, Kinchin Tew disfrutó de un poco de calma.

Un silencio nuevo reinaba en la casa. Cuando Kinchin se aventuró a salir de la forja, se decidió a volver a la cocina. Cogió en brazos al niño dormido. Bajo la luz grisácea de primera hora de la mañana, distinguió una única espada que colgaba de una viga del techo de la fragua; se subió a un caballete de madera, consiguió descolgar la espada y se la llevó con ella. Era la hoja que Lucas había templado mal y había guardado, aunque a Kinchin aquella arma pesada le parecía de lo más adecuada.

Se acercó a la puerta abierta de la casa llevando a Robert en un brazo y la espada apuntando al suelo en la otra mano. La ausencia de ruido indicaba que los soldados se habían marchado. Aun así, se quedó fuera: le daba demasiado miedo entrar.

Tras pasarse un largo rato esperando, dejó la espada detrás de un barril y cruzó el umbral tímidamente. Dentro se encontró el escenario de un saqueo. La cocina destrozada hizo que se sintiera como una extraña. La habitación, antes tan limpia, apestaba entonces a bebida, a humo y a cosas peores. Los hombres habían manchado la casa con sus excrementos, como animales salvajes reclamando el territorio. Faltaban muchos utensilios domésticos. Habían apartado bruscamente los objetos demasiado voluminosos para ser trasladados, como el banco y la pesada cuna de roble del bebé, que estaban patas arriba. Las cosas de poco valor o los pequeños artículos que se habían escurrido por entre los dedos masculinos entorpecidos por la bebida y se habían caído, permanecían desparramados por todas partes. Las cenizas pisoteadas ensuciaban las losas del suelo. Encima de la mesa, había una gastada caja para los cubiertos destrozada. El fuego de la chimenea se había apagado, los cubos de

agua estaban volcados, habían pateado los pesados calderos hasta abollarlos irremediablemente.

Una calma espantosa se cernía sobre la casa. Kinchin encontró el colchón relleno de lana de la cuna, que aún podía aprovecharse, aunque se había chamuscado un poco; enderezó la cuna, la empujó para colocarla en su lugar habitual y dejó a Robert en ella, por seguridad. El niño tenía hambre y empezó a berrear, pero ella no le hizo caso. Entonces se dirigió valientemente hacia la puerta de enfrente y se aventuró a cruzarla.

Se detuvo. Un cuerpo yacía en las escaleras.

A la señora Lucas la habían violado repetidas veces allí mismo, en aquellos peldaños de madera estrechos y empinados. La mujer había muerto durante la terrible experiencia. Con una mano agarraba un barrote de la barandilla y tenía la cabeza completamente vuelta hacia un lado, como para evitar ver a sus agresores. Tenía las faldas levantadas hasta la cintura, y no llevaba sus preciosos zapatos con hebilla. Una de las medias se le había quedado arrugada en el tobillo durante la lucha, aunque la otra permanecía en su sitio por encima de la rodilla, sujeta por una liga de punto.

Kinchin no sabía decir si la mujer había muerto por las violaciones o de vergüenza, si a causa de los disparos o por asfixia.

Permaneció inmóvil al pie de las escaleras mientras se preguntaba qué hacer. Unos ruidos procedentes de la cocina la alarmaron. Se dio media vuelta rápidamente para dirigirse hacia allí, quizá para proteger a Robert, tal vez dispuesta a salir corriendo y salvarse. Ahora aquel niño estaba unido a ella por las horas que habían compartido en la fragua, pero las prioridades de Kinchin eran las de una solitaria.

Una mujer mayor había llegado procedente de la casa de al lado, preocupada por Lucas y por su familia. Poseía un rostro vivo e inteligente, y una cabeza cubierta de canas en la que llevaba una toca bastante torcida. Se había puesto a arreglar los utensilios de la chimenea de manera automática, mientras contemplaba el entorno horrorizada. Robert, que se había callado, estaba mirándola con sus ojos azules. La anciana reconoció a Kinchin y le preguntó por la señora Lucas.

Kinchin sollozó, una vez.

La mujer pasó junto a ella en silencio. Luego, con un lamento, se acercó a la señora Lucas y le bajó las faldas decentemente. Soltó la mano de la muerta del barrote y le movió el brazo. Al regresar a la cocina, se encontró con que Kinchin se había dejado caer en medio de aquella devastación, pasmada.

—Era una buena mujer. Han abusado de ella cruelmente. Sin embargo, aquí está este pobre niño, ileso...

—Me escondí con él —susurró Kinchin.

La vecina asintió en señal de aprobación, aunque su reacción fue comedida, al estilo de la gente de Birmingham. Ella sabía que la señora Lucas se había mostrado caritativa con aquella pobrecilla. La mujer meneó la cabeza y, sin aliento, se sentó en un taburete. Primero tuvo que darle la vuelta, y tomó asiento con cuidado, como si

este fuera a ceder; los caballeros monárquicos no habían dejado títere con cabeza.

—Han matado a la viuda Collins y a otros catorce o quince. He oído que anoche se construyeron dos ataúdes para unos hombres de calidad del otro bando. —Mantuvo los brazos cruzados y se meció con pena—. Muchas casas han sido desvalijadas de bienes y muebles; la gente se vio obligada a entregarles todo el dinero que tenían. Sus propios partidarios han perdido tanto como cualquiera, pero eso no nos ayuda al resto... Ve con tu familia, Kinchin Tew. Yo ya encontraré a algunas mujeres para hacer lo que es necesario. Toma... ella ya lo no necesita... —La anciana vecina se puso de pie de un salto, descolgó una capa de una percha de la puerta y cubrió a Kinchin con ella. A continuación, recogió un mendrugo del suelo, sopló para quitarle el polvo y se lo puso en la mano a la niña—. ¿Has visto a Lucas? Muchos murieron en la trinchera, y sus cadáveres quedaron enterrados cuando los realistas superaron las defensas como si nada. No permitieron que nadie se acercara a recuperar los cadáveres.

—Lucas fue hecho prisionero. Lo vi anoche. Lo vi en el Swan... —Al recordar cómo habían disparado a Thomas a sangre fría, a Kinchin le dieron arcadas. Sin embargo, al tener el estómago vacío pudo controlarlas. La anciana la miró; quizá se hubiera enterado de la suerte que habían corrido los demás.

—Se ha pagado un rescate por los prisioneros y los han soltado a todos. Vete de aquí enseguida, muchacha, antes de que Lucas vuelva a casa.

Kinchin no estaba segura de si esto era una advertencia de que quizá Lucas podría sospechar que ella había participado en el robo de sus bienes, o de que podría enojarse al encontrarse con que una criatura famélica como ella había sobrevivido, en tanto que su pobre y decente esposa había sido asesinada. Kinchin estaba fuera de lugar allí. Las vecinas ya se ocuparían de amortajar a la señora Lucas. Jane Tal y Margery Cual, una tal Bess, una tal Alice, una tal Susanna... Ellas habían cotilleado con la esposa del herrero, se encargaron de su servicio religioso cuando nació Robert, y ahora la enterrarían, consolarían a Lucas y ayudarían al herrero a ocuparse de criar al niño. Nada de todo aquello era para Kinchin. Ella era una intrusa, daba igual cuánto dolor sintiera por la mujer asesinada.

Abandonó la casa sin decir ni una sola palabra más.

* * *

Kinchin se arrebujó bien con la capa y, mientras roía el pan duro, subió caminando por los mercados, aterrorizada de lo que podía encontrar allí. Llevaba consigo la espada que había cogido en la forja. La sostenía debajo de la capa con cuidado, puesto que no tenía vaina. Un carro con media docena de heridos realistas pasó junto a ella pesadamente, obligándola a pegarse contra la pared de una casa. Daba traspies debido al cansancio y al terror. Grupos de personas temblorosas, con las piernas desnudas debajo de sus camisas o vestidos sueltos, permanecían frente a las casas,

donde las puertas y ventanas abiertas revelaban los interiores vacíos. Vio a gente que lo había perdido todo. Aturdidos y deprimidos, se limitaban a reunirse en las calles.

Kinchin se adentró entonces en una escena que, si los Tew hubiesen practicado alguna vez la religión, le hubiera parecido como el infierno. Cuando pasó por delante de la prisión en dirección al Welsh End, muchos caballeros realistas todavía andaban sueltos por ahí. El príncipe Rupert se había marchado, pero había dejado atrás a un grupo, lo que se denominaba una antigu guardia. La misión de aquellos hombres era proteger la retaguardia del ejército y salvaguardar la ruta de vuelta a Oxford. Sabían cómo llevar a cabo dicha tarea. En cada una de las calles, los soldados blandían espadas y pistolas desenvainadas. Excitados, estaban haciendo los preparativos para prender fuego a la ciudad. Ahuyentaban a los dueños de las casas y utilizaban pólvora, briznas de paja y mecha. Algunos de ellos disparaban unas balas especiales que decían que había inventado lord Digby: balas envueltas en papel marrón, que descargaban con las pistolas contra los establos y los techos de paja y juncos. Los vecinos les suplicaron que se detuvieran, pero la respuesta que obtuvieron fue que todos los intendentes habían recibido órdenes del príncipe de incendiar aquel sector de la ciudad.

Los incendios provocados legítimos constituían un juego estupendo. En una ciudad comercial llena de fraguas, resultaba muy fácil encontrar combustible. Era muy sencillo preparar los fuegos. Los angustiados habitantes de Birmingham se quejaban de que habían pagado grandes sumas de dinero al príncipe Rupert para comprar la protección de sus casas. La respuesta de los hombres del príncipe fue fría y cruel. A quienquiera que fuera lo bastante valiente para intentar salvar sus bienes o su local le pegaban un tiro. Sangre nueva corrió por los adoquines por encima de la sangre seca del día anterior.

A Kinchin le daba miedo el fuego y más aún la violencia continuada de los soldados. Se abrió paso a empujones hasta la High Cross, con la intención de abandonar la ciudad, pero todos los edificios que tenía delante estaban en llamas. Sus desposeídos propietarios lloraban en la calle; los caballeros monárquicos no hacían más que burlarse, y poco a poco todo se llenaba de una espesa humareda. Por encima de Dale End y la High Cross, unas llamas crepitantes se elevaban hasta dos veces la altura de las casas de madera. A la izquierda de Kinchin, Moor Street ardía ruidosamente, y, cuando corrió hacia Chapel Street, un fuerte viento llevó hasta ella una gran conflagración desde el otro lado de los cerezales.

Kinchin se detuvo en la Bull Inn, frente al priorato abandonado, con las mejillas encendidas por el calor de las llamas. Un soldado pasó dando empujones, cargado con una cacerola llena de carbones encendidos y de camino a provocar otro incendio en alguna parte. Un hombre la amenazó agitando un escobón, cuyas ramitas unidas chisporroteaban. Al final, la chica se sintió abrumada por tanto terror. Mientras se encontraba parada en los adoquines presa de la confusión, llamó la atención de dos jinetes.

La joven reconoció al caballero realista pelirrojo y a su caballo, *Faddle*. Un segundo jinete insultaba a la gente a voz en grito:

—¡Esta vez el príncipe os trata con clemencia! ¡Cuando vuelva con el ejército de la reina, sabréis lo que pensamos en realidad... no quedará nadie con vida!

Edmund Treves la vio.

—¡Vete a un lugar seguro! —Se esforzaba por controlar a su caballo, inquieto por el fuego. Se dio cuenta de hasta qué punto los acontecimientos de la noche habían cambiado a la chica. Había perdido toda su anterior confianza en él. Y con razón, por supuesto. Treves se había quedado en la Ship Inn, en las afueras, pero sabía lo que había estado sucediendo en la ciudad. Lo invadió un amargo sentimiento de culpabilidad, aunque eso no cambiaría su lealtad hacia el rey.

Hubo otra persona que divisó a Kinchin. Su padre, Emmett, había estado merodeando con la esperanza de apoderarse de algunos objetos ajenos de las casas abiertas. Emmett dejó caer el saco de los robos; con una espantosa determinación, agarró a su hija y la arrastró hasta debajo mismo de las cabalgaduras de los dos caballeros monárquicos. La sujetó con tanta fuerza que la chica evocó la pesadilla de sus encuentros con el señor Whitehall.

—¡Aquí tiene a una chica limpia y bonita, señor!

—¿Harías de ella una prostituta? —replicó Treves con enojo.

—¡No, eso lo haría usted! —repuso Emmett con una sonrisa lasciva—. No va a conocer otra profesión, señor —dijo lastimeramente para engatusarlo, como si eso justificara el hecho de venderla. Parecía desesperado—. Una *kinchin mort* es una niña, señor, que se cría hasta que alcanza la mayoría de edad y entonces...

—¡No! —chilló su hija, avergonzada.

Kinchin se rebeló. De pronto, el apodo que siempre había soportado le resultó odioso. Se debatió como una loca. Hasta entonces, se había resignado a las intenciones de su familia. La criaban para venderla. Si se quedaba con ellos lo harían. Los únicos amigos que había tenido, los únicos que la habían tratado bien, habían sido asesinados la noche anterior. Ahora nadie cuidaría de ella.

Kinchin se soltó de un tirón, inesperadamente. Al forcejear con su padre, se le cayó la espada que se había llevado de la forja. Entonces, el compañero de Treves detuvo su enorme cabalgadura allí donde estaba la espada en el suelo.

A ese hombre también lo conocía. Kinchin levantó la mirada hacia aquellos ojos que no pestañeaban. Era el hombre que llevaba la cinta color turquesa en el sombrero. Tenía la carabina en la mano. Una vez más, le sobrevino la idea de disparar contra esa niña, la idea que había pasado por la cabeza de Orlando Lovell la noche anterior.

Pero esta vez Kinchin recogió la espada y la sostuvo para que Lovell pudiera verla. Lovell alargó el brazo para arrebatarla. Kinchin retrocedió rápidamente. Su padre hizo amago de agarrarla de nuevo, pero fue un movimiento débil. La chica esquivó a Emmett y huyó.

En torno a ella, el fuego rugía por todas partes y vio que solo podía correr en una

dirección. Llegó a un sendero que transcurría nuevamente por la parte de la ciudad que no ardía, y por el cual avanzó tan rápido como pudo a través del gentío que se lamentaba. Aminoró la marcha y volvió sobre sus pasos por la Calle Mayor, pasó junto a la Swan Inn, donde habían disparado a Thomas, y atravesó otra vez los mercados: allí habían descuartizado al señor Whitehall; rodeó la iglesia de Saint Martin y pasó por Little Park Street, donde la señora Lucas yacía muerta en su casa. Fue corriendo hasta Digbeth. Los últimos caballeros monárquicos se estaban marchando por el puente de piedra. Encontró un hueco en la procesión y cruzó hasta Deritend, donde un número desconocido de defensores muertos se hallaban sepultados bajo los terraplenes allanados. Pasó junto a la Ship Inn, la posada en la que el elegante príncipe Rupert había pasado una noche decente, supuestamente ajeno a los actos que se estaban perpetrando en su nombre por todo Birmingham.

Cuando la consternada joven llegó al final de las casas y tabernas, siguió andando. El camino que había tomado salía de la ciudad y atravesaba las vegas hacia campo abierto. Siguió adelante, sollozando. En cuanto estuvo segura de su propósito y tuvo la certeza de que nadie la seguía, se detuvo, se dio media vuelta y miró atrás con aire sombrío. La mayor parte de Birmingham estaba ardiendo. Aquel día se perderían más de cien casas, además de numerosos graneros y edificaciones anexas. No obstante, el viento estaba cambiando; lo notaba en su rostro manchado de lágrimas. El viento acabaría soplando de nuevo sobre sí mismo, de modo que contendría y sofocaría las llamas.

Centenares de personas se habían quedado sin casa y en la miseria, muchos más eran los que estaban horrorizados y acongojados. Se agruparían y se apoyarían unos a otros. Relatarían sus tribulaciones al reino en general, y tal vez el hecho de contarlos les consolara. Pero aquella vagabunda solitaria de expresión forzada no iba a obtener consuelo, puesto que ya no poseía ni familia ni comunidad. Con las manos vacías, impía, sin amigos y ahora incluso sin nombre, la joven dirigió una última mirada a la ardiente desolación que había dejado atrás. Entonces se volvió nuevamente de cara al sur, y avanzó a grandes zancadas sumida en su dolor.

CAPÍTULO XVIII

LONDRES, MAYO DE 1643

Los hombres malos con ofertas dudosas siempre aparecen en el momento oportuno. Así pues, una vez más, Bevan eligió correctamente su momento para manipular a su sobrino nieto, Gideon Jukes.

Bevan comprendía la situación de Gideon. Un joven de veintidós años recién nombrado ciudadano, socio de una pequeña imprenta y recién aclamado por su éxito militar, estaría buscando una mujer. A diferencia de Lambert, que fue un muchacho animado desde la pubertad, el hermano más joven de los Jukes era un soltero sencillo y todavía ingenuo. A pesar de su herencia como miembro de la clase comerciante, Gideon no se besuqueaba con las esposas de otros hombres ni coqueteaba con sus hijas. Nunca había enlabiado conversación con mujeres lascivas en las tabernas, y mucho menos visitado los famosos burdeles que había al otro lado del río, en Southwark. Aunque en el fondo considerara todo aquello, a Gideon Jukes le gustaba la vida tranquila; le daba demasiado miedo el descubrimiento. Aún sentía vergüenza por el alboroto de su aventura como chorlito. El matrimonio era la única solución para él.

Bevan también sabía que Parthenope y John Jukes iban a dejar a Gideon a su suerte, confiando que encontraría esposa por sí mismo. Aquella época peligrosa los hacía ser cautos. Querían que fuera feliz, pero parecía menos urgente empujar a Gideon hacia el matrimonio que cuando le habían rogado a Lambert que se casara con Anne Tydeman después de llevar años cortejándola. Anne y Lambert vivían entonces en la casa familiar, y el hecho de que Gideon se casara daría lugar a preguntas delicadas sobre hasta dónde llegarían sus padres para establecerlo. Los Jukes siempre afirmaban que sus hijos eran iguales pero, en las familias, la igualdad puede ser muy elástica.

Si bien había pasado una década desde que Bevan comiera con frecuencia en la mesa de los Jukes, de vez en cuando aún seguía presentándose en la puerta. Esperaba obtener su tajada de carne asada, y exigía que le pusieran más salsa, como si fuera el patriarca de la familia. Luego, cuando John Jukes salía enojado al patio para fumarse una pipa, Bevan (quien poseía menos movilidad a causa de su gota) echaba la silla hacia atrás y pontificaba sobre cómo deberían manejar sus vidas Lambert y Gideon. Por norma general, Gideon se hallaba en casa para oírlo. Bevan parecía haber estudiado su patrón de conducta.

—¡No dejes pasar tanto tiempo como yo! ¡Cásate mientras tengas ánimos para manejar a tu esposa y a tu prole!

La idea de la prole sobresaltó a Gideon, que se limitó a enarcar las cejas y se

escabulló rápidamente para reunirse con su padre junto a la letrina calcinada, donde disfrutaron con abatimiento de su tabaco y esperaron a que el tío se marchara.

En la siguiente ocasión, Bevan, impertérrito, trajo consigo a su esposa, Elizabeth, y a la sobrina de esta, soltera e inocente.

La sobrina, Lacy Keevil, era pariente de Elizabeth a través de su primer matrimonio. Lacy «provenía del campo», lo cual quería decir únicamente que era de Eltham, y se alojaba en casa de los Bevan para ayudarles con sus bulliciosos hijos. Daba la impresión de que sabía cuándo agachar la cabeza con timidez entre desconocidos.

—¡Hay más de lo que se ve a simple vista! —comentó Lambert entre dientes y con complicidad. A Gideon le gustó cómo sonaba el comentario.

Miró fijamente a Lacy Keevil. La joven parecía demasiado inquieta como para representar algún peligro. Poseía una figura rellenita y madura para su edad, dieciséis años. Su rostro, de rasgos más bien corrientes, mostraba una expresión insustancial, sin indicios de carácter que debieran preocuparle, pero tenía unos ojos almendrados y exóticos que llamaban la atención masculina, y, aunque pareciera increíble, incluso la de Gideon.

El joven ciudadano le ofreció una bandeja con las magdalenas de su madre, y Lacy lo trató como a un conocido especial. Él se lo tragó. Sabía que tenía que ser más cauteloso; de hecho, su previa falta de éxito con las mujeres lo hizo dudar de su repentina popularidad de entonces. Aun así, se convenció de que Lacy poseía una personalidad tímida y dulce que lo atraía profundamente, y que su belleza y encanto rural le habían robado el corazón. Decidió que podía manejar la situación por sí solo, de manera que no confió en nadie, cosa que implicaba que nadie le tomara nunca el pelo diciéndole: «¿De qué belleza y encanto hablas?».

—Pregúntate qué es lo que ella quiere —lo alertó Anne, la esposa de Lambert, después de intuir tensiones entre la chica y su familia—. ¿Por qué Bevan y Elizabeth hacen desfilar a esta tipa delante de ti? —La insinuación llegó demasiado tarde para Gideon.

Al cabo de unos cuantos días, Bevan se presentó «por casualidad» en Basinghall Street. En cuanto su tío mencionó el matrimonio, Gideon se lanzó de lleno a la idea. Cuando ya estaba comprometido, consultó a Robert Allibone quien, al ver que era un caso perdido, se limitó a responder que no conocía a la chica. Como la boda había sido urdida por Bevan, los padres de Gideon se opusieron a ella por principio, pero su oposición lo alentó.

—No cambiará nunca —lloraba su madre.

—¡Nunca aprenderá! —despotricó John.

Gideon aprendería, y quizás incluso cambiaría, pero todavía no.

* * *

Gideon Jukes y Lacy Keevil contrajeron matrimonio a principios de Mayo de 1643. A la boda asistieron muchos familiares, y no fue muy distinta de las celebraciones que tenían lugar en tiempos de paz. La novia se mostró afectada y apagada. El novio no podía controlar los nervios. Los aguafiestas murmuraban con la boca oculta detrás de un pañuelo que la pareja estaba cometiendo un error; esos jóvenes idiotas deberían haber esperado a que terminara la guerra. Otros respondían que, en una boda celebrada en tiempos de guerra, los invitados tenían que hacer un esfuerzo especial para estar alegres.

Pese a las privaciones en el comercio, todo el mundo exhibió sus mejores galas. Había disponibilidad de dinero. Gideon llevaba una chaqueta nueva de color ceniza con un brillo atenuado, y unos bombachos amplios que llegaban hasta la rodilla, todo ello abrochado con botones dorados (varias docenas de ellos en todo el traje). Lacy vestía de tafetán de un rosa vivo el cual, como su tía Elizabeth comentó en voz bastante alta, «llenaba» sumamente bien. A lo largo del paseo tradicional para ir y volver de la iglesia, ambos estaban dulcemente emocionados y radiantes de felicidad. Resultaba imposible desearles otra cosa que no fuera dicha y una larga vida en común. Ello no evitó algunos atisbos de sonrisa entre los desdeñosos.

El banquete se celebró en un lugar neutral porque ninguna de las dos familias se pusieron de acuerdo en quién tenía que ofrecerlo. Fue en la Talbot Inn, una gran hostería situada en Talbot Court allí donde desembocaba en Gracechurch Street, al alcance del olor del Támesis.

Cuando los asistentes a la boda, ataviados con sus tisús relucientes, entraron en el patio donde les esperaban unas largas mesas repletas, Gideon se sintió como un extraño. El banquete era para él y, sin embargo, observaba el elegante cortejo como si no formara parte de él.

Mientras los invitados elegían sus asientos, su hermano, que se hallaba apartado en una entrada, se encontró con un conocido, un hombre más joven que Lambert, quizá solo un par de años mayor que Gideon. Lambert se lo presentó:

—Edward Sexby, hijo de Marcus Sexby, un caballero absolutamente honesto y perspicaz, y valeroso por nuestra causa. Pue aprendiz de Edward Price, de la Grocer's Fraternity. —Para los Juke ya no hacía falta más acreditación; Lambert, con la jovialidad que le caracterizaba, invitó a Sexby a unirse al banquete de boda.

—¡Esta no es su fiesta! —susurró Lacy, enojada; la dulce novia se puso furiosa de repente.

—¡Es tu primera discrepancia con tus parientes políticos, querida! —Gideon estaba un tanto complacido porque el comentario olía a domesticidad. Lacy le respondió con una mirada fría, pensando que tal vez su nuevo esposo fuera más difícil de manejar de lo que le habían prometido los Bevan.

Un murmullo de rencor aumentó de volumen cuando las dos familias, resueltas a despreciarse mutuamente, empezaron a ocupar sus posiciones frente a los succulentos pollos, pichones y piernas de cerdo asadas. Los Jukes se amargaban pensando en los

pecados que Bevan había cometido en el pasado y en la irresponsabilidad de sus parientes, observando con amargura los malos modales y los guantes descaradamente caros. Los Bevan censuraron el sermón y el desayuno de boda que habían proporcionado los Jukes. Los Jukes encabezaban un numeroso contingente de primos, amigos, ganaderos y chicos de los recados, criadas del pasado y del presente, hijos de criadas del pasado y hermanas de criadas del presente que albergaban la esperanza de convertirse en criadas del futuro. Trajeron también a dos señoras diminutas y sumamente ancianas de hombros ganchudos, la tía Susan y la buena madre Perslowe, que no tenían absolutamente ninguna relación de parentesco, pero que siempre asistían juntas a las fiestas familiares. Por contraste, los Bevan y los Keevil parecían tener un número extrañamente bajo de invitados. Los padres de Lacy no asistieron, aun cuando era de suponer que Elizabeth los había invitado y el viaje desde Eltham, a menos de diez millas de distancia, no debería habérselo impedido.

Parthenope Jukes tomó asiento con mucha ceremonia a la cabecera de la mesa, apretujada junto a Elizabeth Bevan (de soltera Keevil), una mujer de huesos grandes, pecho caído y rostro rubicundo, cuya importancia Gideon había pasado por alto cuando su tío se casó con ella. Entonces lo entendió: todas las viudas de comerciantes de la ciudad de Londres eran adineradas, puesto que automáticamente heredaban un tercio de las pertenencias de los esposos, otro tercio si no tenían hijos, como había sido el caso de Elizabeth en su primer matrimonio, y quizá también el último tercio si habían convencido a su cónyuge para que se lo dejara todo. Aparte de esto, las viudas de los tipógrafos gozaban de una situación especial: de manera excepcional, una imprenta pasaba del esposo fallecido a la viuda, junto con la valorada pertenencia a la Stationer's Company. Cuando la enfermedad se llevó al difunto impresor Keevil, este dejó a Elizabeth con un activo muy interesante. Bevan siempre había «vivido de su ingenio» o, tal como lo redefinió John Jukes, «a costillas de sus familiares».

—Bevan debió de emplear un juego de piernas fantástico para reemplazar al oficial de su esposa —le dijo Gideon a Robert Allibone con sorna. Más o menos la tradición dictaba que la viuda de un impresor continuara con el negocio mediante los aprendices de su esposo, por regla general contrayendo matrimonio con uno de los oficiales. Si la mujer elegía a otro, estos tenían derecho a considerarlo una ofensa.

Allibone sonrió irónicamente y repuso:

—¡Anda! ¿No sabías que yo hice mi aprendizaje con Abraham Keevil? —Gideon tragó saliva pensando que había metido la pata, pero su amigo terminó con su sufrimiento con delicadeza—: ¡Ay, la mujer me había echado el ojo, pero yo siempre estuve decidido por Margery!

Las matriarcas habían formado líneas de combate utilizando la moda como arma. Elizabeth Keevil hizo mucho hincapié en el hecho de que su satén de color verde oliva había sido adquirido en la Real Lonja de Londres. Parthenope se burló de las galerías de la Lonja diciendo que eran peligrosamente modernas, al tiempo que observaba con crueldad que las mangas hasta el codo y adornadas con perlas de su

vestido escotado colgaban tan lejos de los hombros de Elizabeth que agarraban sus brazos rollizos como una camisa de fuerza, lo cual le dificultaba la utilización de los cubiertos. Parthenope, manejando su tenedor con delicadeza, contempló los esplendentes atavíos de su familia; en teoría, los independientes religiosos rechazaban el ornato, pero una boda era una cuestión de posición social, y una boda en la que detestaban a la familia de la novia requería más brío si cabe. La propia Parthenope vestía con tela de damasco de un oscuro color oro viejo, en la que se había gastado los beneficios de todo un año obtenidos de las pimientos importadas. Anne llevaba unas enaguas blancas bordadas con flores y follaje color granate debajo de un vestido festoneado que se había sujetado detrás para tener más libertad de movimientos; era la única mujer que se había puesto una toca bajo el sombrero que ocultaba modestamente casi todo su cabello. Lambert y su padre habían dejado que les abotonaran sus mejores sedas negras; últimamente, John se había vuelto más frágil, pero Lambert era fuerte como una losa de pizarra.

Parthenope y Anne no habían adquirido sus galas en la Lonja, sino del modo habitual en la ciudad: llamando a las puertas para solicitar arreglos especiales. Este procedimiento de pedir favores podía ser ficticio. Cuando las damas suplicantes acudían a negociar alguna oferta en los comestibles, Lambert cambiaba el precio normal o bien añadía peso a los artículos.

—¡Un truco habitual de los tenderos es apoyar un dedo en la balanza! —le susurró Elizabeth a la novia, con lo que consiguió insinuar que el matrimonio de Lacy se vería continuamente mancillado por artimañas traicioneras semejantes.

Quizá con los peniques que había «ahorrado», Lambert había contratado a dos sacabuches que distaban mucho de ser unos virtuosos y cuyos trombones primitivos no tardaron en aterrorizar a todo el mundo.

* * *

A medida que avanzaba la comida, Bevan empezó a hablar de política. Las señas encubiertas no lograron acallararlo.

—¡Siempre tiene que haber un tío que cause problemas! —comentó Parthenope entre dientes con el pretexto de pasarle una sopera con verduras a Anne.

Gideon y Lacy no habían intercambiado alianzas. Bevan lo censuró diciendo que se trataba de extremismo religioso y, a continuación, hizo de Anne Jukes su objetivo. Se refirió mordazmente a la incursión de la joven en Westminster con las peticionarias.

—¿Acaso lo próximo que veremos será a tu esposa de predicadora, Lambert?

Lambert, que se movía entre los invitados como un noble benévolo y grandote, alzó una jarra de cerveza con calma en dirección a su tío e hizo caso omiso del insulto. Anne fingió no haberlo oído, hasta la siguiente burla de Bevan:

—¡He oído que en la City, las esposas rebeldes están donando sus joyas a los

fondos especiales del Parlamento!

—Me alegra saberlo —espetó Anne. Era una mujer directa y audaz, cosa que aún ofendió más a Bevan—. Mañana les voy a dar mi anillo de boda. Lambert y yo no necesitamos símbolos paganos. —En voz baja, se dirigió a su suegra y se mofó—: Ni siquiera está borracho.

—¡Todavía no!

Afortunadamente, Elizabeth Bevan se perdió la escena, puesto que estaba rendida en la mesa separada donde comían los niños. Sustrajo a la novia para que la ayudara a controlarlos. Durante la década que llevaba casada con Bevan, Elizabeth había estado embarazada continuamente. Aunque ello no había impedido que aquel día luciera los antebrazos y el pecho desnudos como una decadente dama de honor real, debajo de las ballenas que llevaba volvía a tener el vientre crecido con casi cuarenta años. Habían sobrevivido cinco hijos, todos ellos gritones y lloricas; Arthur, con siete años, era un niño especialmente repugnante.

Anne Jukes se sintió obligada a dejar su comida para asistirle. Al no tener hijos de su matrimonio, Anne sabía que era objeto tanto de lástima como de desaprobación, como si la situación fuera culpa suya. El largo sermón nupcial en la boda de Gideon, con énfasis en el matrimonio con el fin de procrear, había supuesto para ella una tortura. Ahora le endilgarían a los hijos insolentes de otras personas.

—¡Vaya, muchísimas gracias, querida! —exclamó Elizabeth con una sonrisa tonta—. No dejes que el sinvergüenza de Arthur te eche las natillas encima de tu vestido bueno. Vamos, Lacy, vuelve a tu sitio de honor...

Toda la prole de los Keevil la observó torvamente. Anne Jukes, que provenía de una familia cervecera jovial y de buen carácter, se puso en guardia con ellos. En su casa, aquellos niños se comportaban como enajenados, como si fueran pequeños príncipes gobernados únicamente mediante zalamerías y sobornos. Pero entonces, cuando el delincuente Arthur alzó su cuenco para arrojarlo «sin querer» sobre sus faldas bordadas, Anne lo agarró por los hombros y lo levantó del banco de madera, y lo soltó delante de ella, dejándolo como si fuera un cubo de deshechos. El niño aún era lo bastante pequeño como para poder moverlo a pulso, y el amasado de los muy admirados panecillos de harina blanca de Anne le habían robustecido los brazos.

—Vamos a ver, Arthur. Hemos dado gracias a Dios por proveernos de este magnífico festín. Si no quieres comer, puedes quedarte en un rincón sentado en un taburete como un burro en la escuela, y esperar a que todo el mundo termine.

Arthur, asombrado, pensó en gritar. Ella lo desafió en silencio a que lo hiciera. Él se lo pensó mejor.

Anne reflexionó que, antes de que fuera a Westminster con las peticionarias, aquel mocosito recibiría lo mejor de ella. Desde que empezó a asistir a las manifestaciones, había adquirido una callada resolución. Tenía muchas ganas de decirle a Elizabeth en qué se equivocaba desde el punto de vista doméstico... Mientras se hacía cargo de los jóvenes Bevan, que llevaban cuellos de encaje como

miembros de la realeza en miniatura, pensó con cierta satisfacción en su nueva personalidad rebelde.

—¡A tu nuera se le dan muy bien los niños! —murmuró Elizabeth Bevan cuando el delincuente Arthur volvía avergonzado a su asiento y Anne ataba con firmeza las servilletas en torno al cuello de sus malhumorados hermanos—. ¡Una suerte para alguien que es estéril!

Anne, que poseía el instinto más agudo de Cheapside, alzó la vista y miró a Elizabeth. Dejó que su hosca mirada se detuviera en la novia de manera especulativa. Elizabeth Bevan lo comprendió; la tía de Lacy se quedó inmóvil, y de pronto sintió frío en el corazón.

A medida que iba transcurriendo la tarde, la comida se fue volviendo cada vez menos formal. La gente iba y venía por los patios de la posada. A Gideon le resultaba incómodo conversar con su nueva esposa cuando todas las miradas estaban puestas en ellos.

Había asistido a unas cuantas bodas, y sabía que los parientes no tardarían en meterle prisas con consejos lascivos. A su lado, la inescrutable Lacy sonreía con educación a todos sus comentarios y, a medida que fue pasando el día, Gideon se dio cuenta de que, de haber sido un vendedor de tinta, la hubiera encontrado demasiado sumisa como para confiar en ella.

Se fijó en que los sacabuches, con unos cuantos litros de bebida en su interior, sonaban un poco más melódicos.

Vio que Robert Allibone se alejaba paseando hacia el patio de los establos, de manera que se excusó y lo siguió. Robert siempre se sentía muy poco seguro de sí mismo en compañía, por lo que era dado a escabullirse solo para leer. El hombre había estado estudiando un panfleto pero, cuando apareció Gideon, se guardó rápidamente el papel en el interior de su jubón. Uno al lado del otro, mearon en el estercolero.

—¿Qué novedades hay?

—Puede esperar. No voy a estropearle el día de tu boda.

Ninguno de los dos tenía prisa por volver al banquete. Allibone se dirigió a su amigo parodiando un tono solemne:

—Como tu buen padrino de boda, debo preguntarte si sabes lo que se espera de ti como esposo.

Gideon se rio con ganas. Pocos hombres que hubiesen sido aprendices en Londres necesitaban un sermón la víspera de la boda.

—Lambert está amenazando con acechar junto a la cama con instrucciones... Mi padre dijo: «Come todo lo que se te ponga delante, y siempre dale a tu esposa la victoria en las peleas». Mi madre me advirtió que no escupiera en el salón, que no entrara en el dormitorio con botas, que el día de la colada no trajera a casa una docena de patos que tuvieran que desplumarse, glasearse y asarse... ni siquiera cuando el precio de la compra fuera una ganga.

—¡Tu padre hizo eso! —se maravilló Robert con admiración.

—Y aún sigue vivo —confirmó Gideon.

* * *

Parecía momento de confidencias. Bevan y Elizabeth lo habían dejado extrañado, de modo que Gideon preguntó sobre la misteriosa deuda que la finca de los Keevil le debía a Allibone. La expresión de Robert se ensombreció.

—Era una deuda alfabética.

—Pues enumérala.

—Bueno, ya conoces mi irritación con los accionistas.

—¿Keevil tenía participación en la English Stock Company?

Durante su período de aprendizaje, Gideon había absorbido la historia de la imprenta en Londres. Sabía que William Caxton había sido el primero en establecerse dentro del recinto de la Abadía de Westminster, y que creó textos legales y médicos; luego, el sucesor de Caxton, Wynkyn de Worde, se trasladó a Fleet Street para estar cerca de sus clientes abogados. Desde la primera época se aplicó el principio de que los «autores» no debían pretender ganarse la vida escribiendo; su papel consistía simplemente en mantener a los impresores y libreros en el negocio. Con el tiempo, los papeleros que proporcionaban la materia prima (papel, papel de vitela, tinta, pieles para encuadernar) se habían hecho con el control de la producción de libros. Solo sus empleados podían imprimir, encuadernar y vender libros. La Stationer's Company era autónoma, de modo que la introducción en el negocio siempre estaba rigurosamente controlada por sus miembros. Allibone creía que ello conllevaba abusos. Bajo el reinado de Isabel, la censura se hizo sentir. Los libros nuevos tenían que ser aprobados por los arzobispos y por los miembros del Privy Council, el comité asesor del monarca; la Stationer's Company llevaba un registro de los libros autorizados, y adjudicaba a sus miembros el derecho a imprimirlos. Este sistema podía ser propicio y dar trabajo a impresores menos prósperos... o podía ser corrupto. Robert Allibone lo calificaba de vil.

La participación de la Stationer's Company se formalizó más en 1590, cuando la Corona creó la English Stock Company. El dinero lo aportaron ciento cinco accionistas. Dichos accionistas acumularon derechos de reproducción de los libros, unos derechos que pasaron a sus herederos, herederos que no eran necesariamente impresores... y casi nunca autores. Las participaciones de la English Stock y la posesión de licencias fueron cayendo cada vez más en manos de los libreros en vez de en los impresores.

Al comienzo de la Guerra Civil, la Stationer's Company se hizo oficialmente consocia de la Corona en la imposición de la censura, y este era el principal motivo de queja de Robert Allibone.

—Es un monopolio —decía enfurecido—. Tan seguro como aquellos de la

cerveza y el jabón que condenamos cuando el rey los vendió. Nuestro propio gremio, que tendría que haber sido el primero en proteger nuestro medio de vida, se vio coaccionado y corrompido, engatusado y engañado para hacer lo que el rey y el arzobispo Laud querían. Un sistema despiadado que daba asco y que sigue dándolo. La Stationer's Company hizo el trabajo sucio de la censura para la Cámara Estrellada. Cuando esta fue abolida, creímos que se había limpiado el fango, pero ahora el Parlamento posee su propia maquinaria, el Comité para la Imprenta (¡cómo los detesto, por Dios!) y los mismos lacayos de siempre están intentando hacerse con el control. Pero no lo van a conseguir. La gente ya ha disfrutado del placer de una prensa libre. No hay vuelta atrás.

—Y en todo esto —intervino Gideon en voz baja (estaba emperrado en hablar del tema)—, ¿dónde encaja tu pelea con el difunto Keevil y mi tío Bevan?

Allibone respondió lacónicamente:

—Abraham Keevil era mi patrón. Me enseñó bien. Lamento decir que tenía participaciones en el English Stock y que, como beneficio, adquirió una licencia para imprimir el manual del abecedario, que es de uso obligatorio en todas las escuelas.

—Lo cual le reportaría una gran cantidad de dinero, Robert.

—Era muy lucrativo, sin duda.

—Y también es un buen trabajo... Queremos que la gente sepa leer... ¿Y qué pasó entonces?

—Keevil contrajo la peste, o la viruela. Sus muchachos, que apenas tenían supervisión, carecían de la capacidad y de la aplicación necesarias para un encargo de tal envergadura. Él y yo llegamos a un acuerdo de palabra para que yo imprimiera los ejemplares.

—¿Eras independiente?

—Me había establecido por mi cuenta tras heredar un poco de dinero. Keevil sabía que yo haría el trabajo bien y en el momento oportuno. Para mí era un contrato importante. Y creo que para él también supuso un alivio compartir el trabajo con un hombre en quien confiaba... porque lo hacía, pues él me había formado. Entonces su enfermedad acabó con él.

Gideon dedujo lo que había ocurrido:

—A la muerte de Keevil, su viuda incumplió el acuerdo. Le dio el trabajo a otro. —Gideon se preguntó si el hecho de que Robert prefiriera a Margery por esposa tuvo algo que ver con la acción de Elizabeth.

—Se lo quedó otra vez; ella misma organizó el personal; me robó el beneficio. Quizás en medio del caos del dolor por su pérdida —admitió Robert con sequedad, aunque en aquel momento se había ofendido tanto que había amenazado con presentar una queja a la Stationer's Company—. Yo tenía el derecho sobre ello. Elizabeth lo sabía. Así pues, mandaron a Bevan con sus andares de pato a verme y me propuso suavemente que deberíamos zanjar el asunto con un pago de cincuenta libras y siete años del empleo de un aprendiz honesto...

—¡Ahí te timaron! —se rio Gideon.

—Ya lo creo. ¡Pero entonces parecía mi única esperanza de obtener una indemnización!

* * *

Se les acabó la intimidad. Bevan salió al patio tambaleándose, con su camisa blanca de batista sobresaliendo a través de los huecos entre los botones de su traje escarlata. Nunca había estado tan corpulento como entonces, por lo que las presuntuosas costuras con lentejuelas de sus brillantes bombachos estaban a punto de estallar debido a la enormidad de sus muslos.

—Ve adentro con tu desposada —animó Bevan a Gideon dándole un ligero empujón—. Déjame a solas con este leviatán que perora sin parar.

Así pues, Gideon se escabulló en tanto que Bevan, arrastrando las palabras, empezó a soltar otra invectiva contra el Parlamento. Después, Gideon reconoció con culpabilidad que había visto el brillo enojado en la mirada de Robert. Tuvo la sensación de que su amigo estaba ansioso por algo más fuerte que una discusión. Quizá tuviera que ver con el panfleto que se había guardado.

Pero no era momento de entretenerse. En cuanto Gideon regresó al banquete, lo fueron a buscar, le metieron prisa y le dieron la lata porque su esposa ya esperaba en la cámara nupcial y debía apresurarse a ir con ella. Cuanto antes lo hiciera, menos peligro corría de que lo acompañara una multitud de curiosos achispados y excitados. Su madre le dio un beso y derramó una lágrima. Lambert lo siguió, haciendo de hermano mayor sensato.

—No me acompañes, Lambert; esto tengo que hacerlo yo solo...

Lambert, con la mirada nublada, citó la instrucción del mosquetero:

—Tú límitate a atacar la bala y luego retira la baqueta.

«¿Qué dice?». Temblando debajo de su camisa nueva, Gideon subió al piso de arriba consciente de todos y cada uno de los crujidos que provocaban sus pasos. Desde abajo llegaron a sus oídos unas ovaciones joviales, y supo que estaban brindando a su salud. Los sacabuches emitieron un sonido ronco.

—Es exactamente el consejo vulgar que me esperaba de un piquero del Regimiento Azul.

Lambert, apoyado en el balaustre inferior, continuó diciendo:

—Acerca la cerilla, chico. Sopla la ceniza del carbón y abre la cazoleta...

—Cierra la boca, idiota; lo estás diciendo todo al revés.

—Reza para que haga buen tiempo y tu arma se dispare... No, en lo más reñido del combate, hermano, lo más importante es esta orden sencilla: «¡Preparen armas, apunten y fuego!».

Gideon se apresuró a doblar la esquina refunfuñando y se perdió de vista. Con el bochorno, se equivocó de puerta. Por suerte, la habitación estaba vacía.

Un alma caritativa había indicado el dormitorio nupcial con un ramo de flores colgado de un clavo en el exterior. Todavía nervioso, Gideon asió la manija y entró resuelta e inmediatamente. Lacy, que estaba encima de un cobertor oscuro, le dirigió una mirada fulminante con sus ojos almendrados. Su nueva esposa acababa de aprender que los maridos no llaman nunca a la puerta. «¡No los puedes cambiar!», se había burlado su tía. Elizabeth debía de saberlo, pensó Lacy con una dureza que hubiera asombrado a su nuevo esposo.

Gideon se dirigió hacia un arcón que había bajo la ventana, en el que se sentó para quitarse los zapatos y las medias. Estaba desabrochándose los finos y enredados lazos de la camisa cuando un alboroto proveniente de abajo lo distrajo tanto que abrió la ventana emplomada y se asomó. El ruido atrajo a Lacy a su lado, y ambos sacaron el cuerpo por encima del alféizar. Parthenope, que estaba llorando de risa, miró hacia arriba y, mediante señas impacientes, les indicó que volvieran a su enramada, aunque no antes de que Anne gritara:

—¡Tu amigo Allibone ha metido a Bevan en el abrevadero de los caballos!

Gideon estalló en carcajadas.

—¡Bueno, eso habrá acabado por fin con el traje escarlata que estaba a punto de estallar! —Anne alzó la vista y lo miró con cariño. Pensó que Lacy quedaría bien sentada en su cama nupcial, en tanto que hacer el amor con Lambert hacía que su esposa se sintiera como una sábana húmeda aplanada con un rodillo...

Gideon se volvió a mirar a su desposada. Volvía a estar detrás de él, arrodillada en la cama, y se sacó el camisón por encima de la cabeza con los dos brazos. La única mujer a la que Gideon había visto desnuda fue a la Madre Eva en un dibujo. Había estudiado minuciosamente el grabado... si bien guardaba poca relación con la anatomía real.

Lacy lo fulminó con la mirada. Su cabellera castaña le llegaba hasta el... Podía sentarse encima del pelo. Gideon cerró los ojos.

«Un hombre debe mirar a su esposa».

Los abrió de nuevo, esta vez centrando toda su atención en lo que tenía que hacer.

CAPÍTULO XIX

LONDRES, MAYO DE 1643

Al día siguiente, Gideon entró en la imprenta con lo que esperaba que fuera un paso desenvuelto. Era tarde para empezar a trabajar. Ya había soportado ocurrencias guasonas sobre recién casados en su primera noche, pues acababa de salir de su casa. Se había decretado, de ese modo en que las familias hacen las cosas, que Lacy y Gideon se alojarían con los padres de él temporalmente, o «hasta que llegue vuestro primer hijo».

La idea de un hijo lo preocupaba. Gideon sabía lo que ocurría realmente con los bebés, pero se permitió imaginarse a un pequeño de unos cinco años que llegaba a su puerta con un traje marrón arrugado y sus pertenencias en un ordenado morral. Este niño imaginario «llegaría» como si lo hubiesen encargado en el extranjero a través de un mercante de largo recorrido, de la misma forma en que Lambert y su padre organizaban las importaciones de pasas sultanas o de pimienta de Jamaica, sin esperar saber nada de los productos y sin que se les exigiera completar el pago durante muchos meses, por no decir un año...

La pareja tenía dinero, aunque era necesario administrarlo con prudencia. Parthenope y John le habían hecho un generoso regalo de boda a Gideon. Para ser el segundo hijo, se sentía seguro. Lacy aportó una pequeña dote que, al parecer, provino de la generosidad de Bevan y Elizabeth, más que de sus propios padres. Con los ingresos que Gideon obtenía de la imprenta, si bien fluctuaban imprevisiblemente, la pareja podía haber alquilado un alojamiento enseguida, pero se consideró que era mejor ahorrar esos chelines y dejar que Parthenope y Anne enseñaran a Lacy a ser un ama de casa. «¡No solo es mejor, sino que es necesario!», fue el áspero veredicto de Parthenope. Según Lacy, en Eltham nadie hacía el pan, en tanto que Elizabeth Bevan hacía dos años que había perdido los moldes para hacer pudín.

Gideon dejó a Lacy en Bread Street y se fue corriendo a trabajar. Se sintió hambriento y se compró un *muffin*. En el local diminuto que tenían en Basinghall Street, descubrió a Robert Allibone sumido en la tristeza.

—¿Va todo bien?

—Sí. ¿Y a ti?

—Por supuesto —farfulló Gideon con la boca llena de migas de *muffin*.

Allibone asintió con actitud benévola.

—Resulta más fácil.

Gideon se contuvo de preguntarle en tono malhumorado «¿El qué?». Se sonrojó intensamente al recordar, y maldijo su tez blanca que con tanta claridad delataba sus pensamientos. Una desazón íntima lo invadió. Aquella mañana, cuando caminaba por

Cheapside y Ironmongers Lane acompañado por los terribles sacabuches de Lambert, cuya música, que sonaba como una válvula de escape, se le había quedado metida en la cabeza, los recuerdos lo habían inquietado: la preocupación de Lacy, su propia incertidumbre, los torpes y vanos intentos de unirse, su irritación y vergüenza y luego las pacientes sugerencias de su esposa: «Quizá lo más adecuado es que vaya aquí... ¿no?».

Él quería ser un buen esposo; Lacy parecía más distante de lo que se había esperado. Gideon tenía miedo de que se debiera a sus deficiencias como amante. De todos modos, era un hombre, y al trasladar a Lacy de la posada a casa de sus padres había hecho una demostración de equilibrio.

—¡Cuéntame lo del abrevadero de los caballos! —ordenó a Robert en tono de eficiencia.

Allibone siempre entraba en confianza a su propio ritmo. Se puso a hacer tareas rutinarias y a preparar la prensa para su funcionamiento. Del interior de su jubón, sacó las páginas que Gideon había visto fugazmente el día anterior. Cuando el panfleto estuvo extendido sobre la base plana de la prensa, Gideon vio que el frontispicio mostraba un grabado de un jinete de cabellos largos ataviado con la armadura completa de caballería y un perro de melena leonina retozando detrás de un corcel rampante.

—Tu tío tiene el don de la oportunidad. —El panfleto de Robert parecía largo para tratarse de una publicación informativa, Gideon calculó rápidamente que tendría más de treinta páginas—. Salió con aire majestuoso, tan lleno de provocación incendiaria que parecía a punto de estallar. Me desafió en un mal día, Gideon. Era la boda de mi oficial. Quería estar de buen humor, pero ya estaba alicaído. Bevan empezó a alardear de que está contribuyendo con fondos a un regimiento monárquico, y que con semejante ayuda el rey tenía que regresar a su palacio dentro de los próximos doce meses... Yo estaba tratando de esquivar estas saetas envenenadas, cuando salió tu hermano Lambert con ese desconocido amigo suyo... ¿Saxby? ¿Sextant?

—Sexby. —Aquella misma mañana, Lambert había hablado de ello con Gideon... lo que fuera para evitar comentar su noche de bodas—. Lambert lo conoció siendo aprendiz. Va a trasladarse a East Anglia, donde un pariente suyo ha reclutado un escuadrón de caballería. Sexby estaba intentando convencer a Lambert para que se uniera a él, pero Anne clavó una de sus frías miradas en mi hermano y ahí terminó toda idea de fuga.

—Bueno, pues Bevan la emprendió con Lambert —gruñó Robert—. Su nuevo motivo de queja fueron las líneas de comunicación: «¡Ah, sobrino, he oído decir que tú y la loca exaltada de tu mujer estáis excavando en tierra helada junto con un millar de ostras! Estáis cavando fortificaciones con azadones y picos en compañía de sastres y pasteleros, con esos granujas calumniosos del Consejo Municipal, los tambores redoblando y las banderas ondeantes...».

Después de Turnham Green, el Parlamento había decidido que era inevitable que el ejército del rey regresara para volver a atacar Londres. Tenían que mejorar las fortificaciones que habían levantado anteriormente a toda prisa. Los ciudadanos se concentraron y salieron otra vez con entusiasmo. Se levantaron nuevos parapetos que, según decían, tenían una longitud de «dieciocho millas de Kent»; las millas de Kent eran de sobra conocidas por ser más largas que la milla terrestre inglesa legal. Las líneas de comunicación rodeaban un perímetro de Londres mucho más extenso de lo que lo habían hecho nunca las antiguas murallas de la ciudad: desde Constitution Hill hasta Whitechapel, llegando hasta Islington al norte y abarcando Southwark en la ribera sur del río. En aquellos momentos, el Parlamento, la Torre, parte del Támesis y los muelles de Wapping se hallaban a salvo, encerrados en la ciudadela. Habían hecho venir a unos ingenieros holandeses para que les aconsejaran, pues eran unos expertos reconocidos en trabajos militares de preparación del terreno. Un complicado sistema de trincheras, terraplenes y murallas enlazaba veinticuatro fuertes y reductos sólidos. Había zanjas sencillas y dobles, y también empalizadas sencillas y dobles, estas últimas dotadas de unas estacas de punta afilada que apuntaban al exterior, a un pie de distancia unas de otras. Los fuertes, contruidos en forma de estrella de cuatro y cinco puntas para tener visibilidad en todas direcciones, contaban con unas pesadas plataformas de madera repletas de cañones y protegidas por tejados de tejas de piedra. Había más de doscientas piezas de artillería, desde medias culebrinas que lanzaban balas de nueve libras y cañones medios que las arrojaban de doce, hasta cañones reales, que pesaban más de tres toneladas y disparaban proyectiles enormes de sesenta y cuatro libras.

Nadie podía entrar ni salir de la ciudad sin someterse a un registro por parte de los centinelas. Las fortificaciones se hallaban guarnecidas día y noche por compañías de los regimientos de las Trained Bands. Distaba mucho de ser una medida alarmista. En aquel año de 1643, la estrategia realista se centraba en un ataque a Londres. Estaba previsto que lord Newcastle en el norte, sir Ralph Hopton en el West Country y el rey en persona en las Midlands derrotaran a la oposición local; luego, después de reunirse con el rey en Oxford, se dirigirían en tropel hacia la capital, levantarían un bloqueo junto al mar y esperarían a que el hambre obligara a Londres a rendirse. Si el plan daba resultado, cosa que parecía muy probable puesto que los éxitos de los realistas eran cada vez más numerosos, la única esperanza para los londinenses era que las líneas de comunicación los salvaran de tener que pasar por la misma situación difícil que tantas otras ciudades desesperadas del continente.

—¡En el continente y también aquí, tal como ilustra este panfleto desalentador!

Al final, Gideon alargó la mano para coger el panfleto: «El amor ardiente del príncipe Rupert por Inglaterra se hace patente en las llamas de Birmingham». Se trataba de la descripción que hacía un testigo ocular de lo ocurrido en Pascua. «En la cual se relata cómo la famosa y bien dispuesta ciudad de Birmingham se encontró con un enfrentamiento impropio, invadida con insolencia, asaltada y saqueada de

forma notoria y al día siguiente acribillada a sangre fría con suma crueldad...» Gideon leyó con rapidez. Entonces comprendió la furia de Robert, la compartía, entendía por qué la indignación de su colega había ido fermentando y había estallado con Bevan. Bevan elogiaba constantemente al rey, cuyos mercenarios incontrolados habían llevado a cabo aquellas atrocidades en Birmingham, y Robert había explotado de frustración.

—No voy a guardarle rencor a tu esposa por culpa de sus familiares, Gideon, pero tienes que separar a Lacy de toda relación con los partidarios del rey. Esto es una Guerra Civil. El conflicto acecha en el salón.

Gideon meneaba la cabeza con incredulidad mientras leía: «Eran personas corrientes las que resultaron perjudicadas, las que fueron castigadas, violadas, a las que robaron y dispararon en su propia casa, a las que dejaron desnudas en la calle, aterrorizadas con amenazas de recibir más aún (un cirujano asesinado a tiros, un loco descuartizado), a las que despojaron de sus bienes e incendiaron sus casas».

—Si ayer hubiese llevado el mosquete, habría matado a tu tío.

Gideon levantó la vista con una leve sonrisa.

—Hubiera sido una boda memorable... Sin embargo, eres de naturaleza demasiado dulce para eso; hubieras lamentado este asunto toda tu vida. Robert, ahora entiendo cómo encontraste fuerzas para arrojar a un hombre tan corpulento en un abrevadero.

Lo mismo que a Gideon, el manejo de la prensa había fortalecido a Robert: era un hombre no muy alto, pero de buena figura.

—Estoy orgulloso de ello. Lo empujé con fuerza contra el abrevadero; cuando sus obesos muslos dieron contra el borde, perdió el equilibrio y se cayó hacia atrás. Una gran ola de agua se derramó. Entonces tu hermano Lambert contribuyó, él y ese amigo suyo agarraron a Bevan por los pies y sumergieron su gorda cabeza. Le dieron la vuelta hasta que todo su cuerpo quedó allí encajado. Entonces Lambert, que no es precisamente un peso pluma, se apoyó en su vientre; yo estaba golpeando a Bevan, que no tardó en quedar tan bien falcado que no podía moverse. Entonces acudieron los sacabuches y lo ahogaron un poquito más para que nadie pudiese oír sus gritos pidiendo ayuda.

—Lambert afirma que hicieron falta cinco hombres con una cuerda atada a un caballo de tiro para sacar a Bevan de su lecho de agua.

—Unos traidores y unos réprobos —manifestó Allibone—. Tendrían que haber dejado que se ahogase.

—Era imposible —comentó Gideon—. Su mole había vaciado toda el agua. El dueño suplicó que sacaran de allí su abultada mole, de modo que pudiera volver a llenar el abrevadero para las bestias que esperaban... —«Thomas, el mozo de cuadra del Swan, fue abatido por una pistola cuando salía oficiosamente para hacerse cargo de los caballos...»—. Estas noticias son terribles. ¿Qué podemos hacer?

Robert señaló la prensa con un ademán.

—Imprimirlo. El que estás leyendo es uno de los tres panfletos que he visto en las calles sobre lo de Birmingham. Algún apologista escabroso escribió una versión realista, pero existen dos lúcidas refutaciones. El que tienes en la mano se publicó para la comisión parlamentaria de Coventry: «para que el reino tome oportuna nota de lo que en general se puede esperar si no se acaba rápidamente con las insolencias de los monárquicos». Gideon, nuestra tarea debe consistir en reunir los hechos de este conflicto y relatarlos tal como ocurrieron realmente. En la prensa tengo los pensamientos del señor A.R., a quien considero un comentarista siempre muy considerado y fidedigno.

—¡Quizás algún día me encuentre con este caballero! —Gideon conocía varios panfletos enardecedores de este tal «señor A.R.». Él estaba seguro de que era Robert quien los escribía, para ocultarse de la censura.

—Bueno, lo cierto es que viene a traerme su trabajo personalmente, a última hora de la noche, y me muestra su rostro —repuso Robert con una sonrisa.

—Sigues siendo responsable de lo que imprimes —le advirtió Gideon.

—Y daré cuentas de ello si me las piden. Este hombre relata la verdad y utiliza un lenguaje moderado. Con el señor A.R. no hay «Zurullos que haya cagado el culo llameante del diablo».

—¿Y cuál es su próximo tema, Robert?

Robert aplicó la tinta aceitosa sobre la competición de letras con su brocha de zalea. Aunque mantenía un semblante calmado, su rostro pecoso se había iluminado, como si estuviera enfrascado en una obra sagrada.

—Que lo de Birmingham resultará desastroso para el rey. Todo el país está horrorizado por estas monstruosidades. El rey contrata a mercenarios extranjeros asesinos. El forajido de su sobrino, otro mercenario con pretensiones, las encabeza. Casualmente, han obligado a Carlos a reprender a Rupert y a rogarle que, en un futuro, se haga con el afecto de sus súbditos en lugar de con sus ciudades. Esto supone un escaso consuelo para las viudas y huérfanos, y para aquellos a los que dejaron desnudos en la calle cuando quemaron sus casas. Lo que tal vez les alegre un poco es que lord Denbigh, un confidente íntimo del príncipe que lloró mucho su pérdida, murió al cabo de cuatro días en Cannock a consecuencia de las heridas recibidas; lo mejor de esto es que el hijo de lord Denbigh es un incondicional del Parlamento. Aun así, también nosotros hemos tenido graves pérdidas: la fundición de acero de Birmingham, que había proveído de espadas al Parlamento; sin embargo, los partidarios del rey perdieron más bienes que nadie, y han alegado que fue el molino lo que provocó su furia contra la ciudad.

—Las armas de los monárquicos son el fuego y el miedo... pero nosotros tenemos las nuestras. Las palabras. —Gideon estaba de un humor sombrío.

—Nada más cierto. El hecho de divulgar las noticias tiene que convertirse en algo habitual y exacto. Me duele decirlo, pero el rey se ha preparado para hacer propaganda antes incluso de que nuestro bando se mueva. —El rey Carlos siempre

había tenido mucho interés por lo que se imprimía; había llegado incluso a escribir panfletos en defensa de sí mismo. Robert estaba que echaba humo—. Cerca de donde está el rey, en Oxford, hay una imprenta, aunque no conozco a nadie de allí que pertenezca a nuestro gremio.

—¿Y este impresor es un verdadero realista —preguntó Gideon— o solo ve en ello una manera de sacar beneficio?

—¡Bueno, eso lo convertiría en un oportunista! —se rio Robert. Ninguno de los dos lo creía imposible—. Lo que sí puedo asegurarte es que, desde el mes de Enero, este adulator astuto ha estado imprimiendo un boletín de noticias semanal que habla a favor de la corte. *Mercurius Aulicus*... es basura, pero nosotros no tenemos nada con lo que competir. La versión del rey es la única versión. La publican en Oxford para edificar a los monárquicos, y además la traen a Londres en bolsas secretas y aquí se reimprime en un formato mayor.

Gideon se irguió.

—Necesitamos una respuesta parlamentaria... enseguida.

—¡Mira por donde, eso tiene que hacerlo una comisión! —se burló Robert. Acto seguido se puso más serio—. Tenemos que informar semanalmente sobre los debates y los acontecimientos. Tiene que ser una publicación barata, que no cueste más de uno o dos peniques. Hay que venderlas en todas las esquinas de Londres, y luego llevarlas a las provincias y ponerlas a disposición del público en todas las grandes posadas de carretera. No podemos tolerar esta desorganización actual en la que uno o dos grupos interesados transmiten las noticias caprichosamente desde Londres, pero solo si resulta que el honesto Ned o el párroco están de visita a la ciudad para vender huevos o ver a un primo. Tampoco podemos consentir que los quejidos o mentiras realistas inventadas por unos escribas descuidados que imprimen unos rumores de lo más ridículos lleguen a Londres.

—Necesitas un servicio de información honrado —Gideon ya iba por delante—, como esos embajadores de las cortes extranjeras, que escriben sobre los gobernantes, la sociedad y el comercio exterior. Los reyes envían y los comerciantes contratan a este tipo de personas. Pero claro, aquí en casa deberá haber agentes de confianza apostados en todas partes..., en el Parlamento, cerca del rey e incluso en el campo de batalla.

Robert asintió con la cabeza y añadió:

—Y tiene que haber una red de transportes fiable para que todas las semanas lleven la verdad desde la prensa al público.

—¿Todas las semanas?

—Todas las semanas —dijo Robert con calma—. Estoy dispuesto a trabajar. Tendré que conseguir algunos infiltrados. Seguro que hay algún zapatero remendón en Westminster que me pueda sonsacar alguna información mientras da golpecitos en las suelas de las botas de los diputados. Sé de un encargado de un establecimiento de bebidas alcohólicas que tiene permiso para transportar carros de reparto por

Clerkenwell; cuando traiga las calabazas, puede llevar las noticias. Puede que tenga que construir un falso fondo en el vehículo... —Cayó en la cuenta de que el alcance de aquella empresa estaba inquietando a su más joven colega—. El plan entraña cierto peligro. Puedes participar o quedarte al margen, Gideon.

—¡Sí, participo! ¿Y si no nos llegan noticias suficientes para el semanario?

—Podemos llenarlo con anuncios para ungüentos. Los chelines de los boticarios nos financiarán.

—¿Funcionará?

—Contar las noticias será la práctica habitual —aseguró Robert a Gideon con ligereza—. El Parlamento ya puede refunfuñar todo lo que quiera: esto es el futuro, amigo mío.

CAPÍTULO XX

LONDRES-GLOUCESTER, OTOÑO DE 1643

Los detractores del *Privileged Corrauto* (unas cuantas publicaciones rivales difamatorias, todas ellas de poco mérito, según los propietarios del *Corrauto*) señalarían que, aunque este periódico sonaba a un rápido mensajero italiano, se le había dado por error el nombre de una danza cortesana española un tanto sórdida. Robert y Gideon ni se inmutaron. Los impresores de las noticias de la Guerra Civil eran caprichosos, rebeldes, seguros de sí mismos, individualistas díscolos. Eran sus propios dueños. La gran mayoría escribía su propio material. Algunos de ellos eran vulgares, difamadores y obscenos, aunque muchos otros eran unos moralistas fervientes. Unos pocos escribían por dinero, lo cual no implicaba necesariamente que sus artículos fueran falsos.

—Sin embargo, *Privileged* es flojo —refunfuñó Gideon, que aunque admiraba a Robert hacía hincapié en los errores—. Va a espantar a los inquietos.

—La gente lo juzgará por el contenido —se mofó Robert.

—No, no van a juzgarlo a menos que lo compren... y van a comprarlo por el título. Si está enjabonado con latín y pomposidad, optarán por algún *True Diurnall*... sobre todo si muestra un grabado de soldados saqueadores asando criaturas desnudas en un espetón robado.

—¡Como si un tendero supiera qué hace falta para que la gente suelte el dinero!

—Las ciruelas secas se venden bien... Llamémoslo el *Plain Speaking Corrauto*.

—¿Y qué tal el *Honest Corrauto*, verazmente informado y sin enjabonar?

—Entonces alejamos a los fabricantes de jabón... —Había un enclave de fabricantes de jabón allí al lado, en Coleman Street—. ¿El *London Corrauto*?

—No, queremos que llegue más allá. Mira, podría llamarse el *Public Corrauto*, y todos entenderán que está destinado a ellos.

Y así fue. Gideon no reveló a su socio que la familia Jukes se refería jocosamente al preciado boletín de noticias como al *Robert's Raisin*. Incluso Lacy había adquirido el hábito de la burla, para irritación de Gideon, que se contenía en lo posible. No quería pelearse con ella porque estaba esperando un hijo.

No tardó en rumorearse que el creador del *Mercurius Aulicus*, tan obsequioso con el rey, era un impresor que no estaba cualificado ni autorizado.

—La Universidad de Oxford posee licencia para imprimir libros, pero no hay ningún individuo que goce de tal privilegio. —Robert Allibone había oído los cotilleos sobre el impresor realista en su «lugar habitual», la taberna a la que acudía a diario para tomar una comida económica, ahora que Gideon comía en su casa—. Este tipo es un periquito con lentejuelas que ha sido actor.

Gideon nunca se quitaría de encima el sambenito de haber representado el papel de chorlito. Como ya estaba acostumbrado, no perdió la calma.

—Dicen que es el hijo de un concejal de Oxford, un tal John Harris. Por lo visto, pertenece a una familia de vinateros y taberneros.

Robert meneó la cabeza.

—¿Cómo puede haber conseguido una prensa un gusano escurridizo de taberna?

—¡Quién sabe! Pero un carro fuerte de cervecero sería lo bastante resistente como para traérsela a la ciudad —comentó Gideon, que al provenir de familia de tenderos siempre consideraba los problemas logísticos.

* * *

A medida que avanzaba aquel año de 1643, el *Public Corrauto* se enfrentó a Harris y a su *Mercurius Aulicus* esforzándose en ofrecer la opinión parlamentaria, aun cuando lo que ocurría en la guerra resultaba con frecuencia confuso. Todas las regiones tenían sus asedios y escaramuzas. Algunas acciones de guerra formaban parte del plan de batalla global, pero muchos combates tenían lugar de forma fortuita, cuando las tropas se topaban casual e inesperadamente con su enemigo o con sus trenes de aprovisionamiento. En general, fue el año del rey.

El *Corrauto* intentó mantenerse optimista. Sin embargo, aquel año se perdieron tres importantes líderes parlamentarios: primero fue eliminado lord Brooke de Warwick en Lichfield, cuando lo alcanzó en el ojo el disparo de un francotirador que se había apostado en el chapitel de la catedral de Saint Chad, un joven sordomudo, hijo menor de un miembro de la pequeña nobleza local. En Junio, John Hampden, el famoso rebelde contra el impuesto naval, uno de los Cinco Miembros y el partidario más capaz de Pym por la reforma, recibió unas heridas mortales en un enfrentamiento que tuvo lugar en Chalgrove. Su pistola, que estaba sobrecargada de pólvora, estalló; él murió cuatro días después, murmurando: «¡Dios mío! ¡Salva a mi país!». Mientras tanto, el mismísimo John Pym estaba siendo víctima de un cáncer intestinal, y exhaló su último suspiro en Diciembre.

Fue también el bando del rey quien obtuvo la mayor parte de los éxitos militares. En el norte, lord Newcastle levantó el sitio de York, ocupó Pontefract y Newark, cerró el arsenal parlamentario en Hull y después infligió una derrota aplastante a lord Fairfax y a su hijo sir Thomas en Adwalton Moor. En el sudoeste, sir Ralph Hopton despejó Cornwall y Devon y avanzó sobre Wiltshire y Somerset. Resultó herido de gravedad cuando una pipa de tabaco descuidada hizo estallar un carro de pólvora, pero sobrevivió para aniquilar al ejército parlamentario de sir William Waller, en Roundway Down. En el mes de Julio, el príncipe Rupert tomó Bristol por asalto, la segunda ciudad más importante de Inglaterra y un puerto vital, aunque sufrió numerosas bajas. El grueso del ejército del rey se enfrentó al conde de Essex entre Oxford y Reading, con la esperanza de recibir la noticia de que tanto Newcastle como

Hopton habían vencido toda oposición y marchaban para participar en un gran asalto final a Londres.

No llegaron. Las tropas monárquicas locales se negaban a abandonar sus regiones natales. También era imposible avanzar más por el oeste mientras Gloucester y Plymouth se mantuvieran firmes a favor del Parlamento. Lord Newcastle había tenido que darse la vuelta, rechazado por una fuerte resistencia parlamentaria en Gainsborough, de modo que se entretuvo sitiando Hull. Sin embargo, los realistas fueron vitoreados cuando por fin la reina consiguió llegar a Oxford.

Hasta el momento, no habían tenido lugar grandes barridos militares ni batallas importantes. La zona comprendida entre la capital realista en Oxford y el objetivo primario del rey en Londres fue testigo de maniobras sin fin. Las ciudades se guarnecían, los castillos se fortificaban; se abandonaban por motivos estratégicos o el enemigo las tomaba; a continuación, volvía a invertirse en ellas o eran rescatadas; después, a menudo su suerte volvía a cambiar. Los soldados acudían en pequeños grupos que luego volvían a marcharse, peleando por la posesión de las plazas fuertes locales, las casas de labranza y las poblaciones con mercado. Los objetivos vitales cambiaron de manos repetidas veces.

En el Parlamento, el conde de Essex fue criticado por indecisión, aunque pocas veces era libre de tomar la iniciativa, pues, si se alejaba, dejaría Londres indefensa. Essex capturó con éxito Reading pero, mientras la ocupaba, sus fuerzas se vieron diezmadas por el tifus.

En aquellos días, el rey estuvo muy cerca de recobrar su reino. El cambiante límite del control realista se hallaba a poco más de cuarenta millas de Londres en línea recta. Un pájaro tenía ventaja. Si decidían marchar sobre Londres, los soldados realistas tendrían que avanzar por calzadas y caminos que llevaban años descuidados o que recibían un mantenimiento irregular por parte de sus distritos y que, además de ser famosos por sus puentes rotos, sus vados inundados y la falta de postes indicadores, normalmente estaban también llenos de árboles y setos, ahogados en barro, surcados y entrecruzados de raíces como la cara de un rallador de queso. Con todo, ambos bandos mantenían una estrecha vigilancia mutua. El Parlamento dictó una orden por la que nadie podría viajar de Oxford a Londres sin un pase. Sus propios exploradores y espías se hallaban activos en las zonas ocupadas por los realistas. Mientras tanto, los espías monárquicos tomaban notas detalladas de las líneas de comunicación en torno a Londres; algunos de ellos fueron arrestados cuando escudriñaban las fortificaciones.

Con el rey alentado por los éxitos de sus generales y el Parlamento en consecuencia deprimido, este punto muerto se prolongó hasta finales de verano. Entonces, la toma de Bristol por parte del príncipe Rupert desvió la atención real hacia el oeste. Bristol se rindió en tan solo tres días, aunque Rupert consideró tan valientes a los defensores de los que Nathaniel Fiennes se hallaba al mando que permitió que salieran con todos los honores. Aun así, el Parlamento estaba más que

enojado con la conducta de Fiennes, y le formaron Consejo de Guerra por negligencia en el cumplimiento del deber; solo se libró gracias a la intervención del conde de Essex.

Mientras tanto, el comandante parlamentario William Waller sufrió una grave derrota. La sucesión de victorias previas en el lugar habían convertido a Waller en un héroe para el Parlamento; él también se consideraba un héroe, lo que tal vez le resultó fatal. Alardeaba de forma jactanciosa, e incluso se procuraba un carro cargado de grilletes para los prisioneros realistas que preveía hacer. Sin embargo, en Roundway Down no apostó exploradores, cosa que resultó funesta puesto que le hizo perder la ventaja. Los realistas de Hopton obtuvieron refuerzos y cargaron con valor cuesta arriba; empujaron a algunos miembros de la caballería parlamentaria a un precipicio, y luego derrotaron a la infantería de forma aplastante y sangrienta. Waller huyó a Bristol sin tener conciencia de la magnitud de los daños; de sus hombres, los pocos que habían sobrevivido estaban tan abatidos que desertaron. Entonces Waller se dirigió a Londres donde, sin embargo, fue recibido como el nuevo «Guillermo el Conquistador». Las campanas de las iglesias repicaron, y él pronunció un discurso conmovedor en Middle Temple Hall. El conde de Essex, que aborrecía a Waller (principalmente por haber perdido un ejército magnífico), estaba que echaba chispas. Se sintió más indignado aún cuando el Parlamento decidió que entonces era necesario reclutar a un nuevo ejército nacional... que dirigiría Waller.

En Oxford, los intentos para negociar la paz con el rey habían fracasado. Las tropas de Essex estaban destrozadas por la falta de recursos y la enfermedad. El conde luchó para convencer al Parlamento de que le prestara ayuda financiera, pero todos los fondos disponibles estaban a punto de ser desviados a Waller. Entonces, en el mes de Agosto, antes de que el nuevo ejército de Waller estuviera preparado, el rey se encargó personalmente de asediar la ciudad de Gloucester. Quería demostrar que era un momento decisivo.

Gloucester se hallaba en una posición peligrosa. Situada bastante al norte del río Severn, y con el enemigo que entonces controlaba ambos lados del canal de Bristol, era una ciudad comercial puritana que resistía sola en medio de un territorio controlado por los realistas. Suponía una amenaza constante para las operaciones de reclutamiento del rey en el sur de Gales, para su ruta marítima de abastecimiento y para sus fundiciones del Bosque de Dean. Cuando Carlos decidió acabar con esta molestia, se sentía lleno de confianza en sí mismo. Creía que su cuartel general en Oxford y sus numerosas plazas fuertes realistas de la zona circundante lo protegían. Era inconcebible que el conde de Essex pudiera conseguir ayuda de ningún tipo.

Todo parecía indicar que Gloucester caería con la misma facilidad que lo había hecho Bristol. Carlos estaba convencido de que el joven gobernador militar, el coronel Edward Massey, capitularía. Incluso los comerciantes realistas de Gloucester, a la luz de lo ocurrido en Birmingham, tenían tanto miedo del ejército monárquico que ofrecieron una fortuna al rey a cambio de que les asegurara que únicamente se

saquearían las propiedades de los partidarios del Parlamento. Carlos prometió el libre perdón para todo el mundo si la ciudad se rendía de inmediato. Declaró que Gloucester no tenía ninguna esperanza porque «Waller está extinto y Essex no puede venir».

Sin embargo, cuando la artillería realista empezó a tronar y los ingenieros de asedio se ponían a socavar las murallas de la ciudad, Gloucester envió una desesperada y suplicante petición de ayuda a Londres.

* * *

Los londinenses fueron presa del miedo y del pesimismo. Si Gloucester caía, Londres no tardaría en ser eliminada también. Los panfletistas hicieron su trabajo; en pocos días, los rumores de que el rey estaba reuniendo un ejército de veinte mil irlandeses circularon por doquier. Todos los comercios de las afueras situados fuera de las líneas de comunicación recibieron la orden de cerrar. El Consejo Municipal elevó una petición al Parlamento; el Parlamento dio instrucciones al alcalde de que tomara medidas para sofocar los tumultos que, una vez más, perturbaban las calles. Un grupo de mujeres cortésmente dispuestas apelaron al Parlamento exponiendo sus privaciones, y este se las quitó de encima con palabras tranquilizadoras. Se envió una carta para animar a Gloucester a que resistiera, en tanto que una comisión parlamentaria ordenaba al conde de Essex que preparara una fuerza de apoyo. Cuando Essex reunió al grueso de su ejército en Hounslow Heath, sabía que iba a contar con casi quince mil soldados, cosa que acabó siendo de crucial importancia. Para reforzar su infantería, recibiría el apoyo de varias de las Trained Bands de Londres.

Salieron elegidos a suertes el Regimiento Rojo, que reclutaba dentro de las murallas de la ciudad, cerca de la Torre, y el Regimiento Azul, que atraía a sus miembros desde el oeste del Walbrook, y que era el regimiento de Lambert Jukes. Enviaron a un millar de hombres cada uno. Se les sumarían también tres mil auxiliares sacados de los Regimientos Rojo, Azul y Naranja. La primera noche de marcha, acamparon en Brentford; allí disminuyó el entusiasmo de algunos de los miembros. Se dieron cuenta de que tenían por delante semanas de ausencia de sus hogares y negocios, que muchos de ellos no habían abandonado ni un solo día de su vida, por no mencionar las privaciones, la dura marcha y la posibilidad de la muerte. Se les permitía buscarse un sustituto. Gideon Jukes, miembro del Regimiento Verde que iba a permanecer de guardia en Londres, recibió una nota urgente de su hermano en la que le informaba de esta oportunidad. Animado por Robert Allibone, que quería que escribiera crónicas para el *Corranto*, Gideon se ofreció voluntario para intercambiar su puesto con un preocupado pañero de los Rojos. Así pues, los dos hermanos Jukes emprendieron su primera aventura en campaña.

El trayecto hacia el oeste fue de casi 150 millas. Se optó por una larga ruta para

evitar el hervidero de realistas de Oxford, por lo que la marcha duró doce días. La Brigada de Londres formó en el parque de artillería, y después de seis días de marcha alcanzaron al ejército regular en Aylesford. A partir de allí, viajaron con el grueso del ejército, en ocasiones por delante de este, otras en paralelo y a veces por detrás. De vez en cuando, se refugiaban en graneros o los acogían en viviendas privadas, pero la mayor parte del tiempo estos muchachos de ciudad supuestamente blandos comían solo lo que podían recoger en el campo, bebían agua salobre, acampaban al raso, dormían en el suelo y tenían suerte si podían encender fogatas con ramas de seto o con la madera de empalizadas y vallas. Seguían animados, y se lo tomaban como un deber y una aventura.

Circunvalaron Oxford sin ningún percance, rumbo al norte. Al pasar por Banbury, se vieron hostigados por los realistas a las órdenes de lord Wilmot. Nada más penetrar en Northamptonshire, Essex dobló el ritmo de la marcha. El segundo día de Septiembre, se encontraban a veinticinco millas de Gloucester. Las escaramuzas realistas se incrementaron. El príncipe Rupert los recibió con aproximadamente cuatro mil soldados de caballería en Stow-on-the-Wold. Unos magníficos escuadrones de caballería monárquica empezaron a rodear a la Brigada de Londres, pero fueron rechazados por el grueso del ejército, que utilizó cañones ligeros y dragones. No era seguro detenerse en Stow, de modo que siguieron marchando, adentrándose en las tierras altas hasta la media noche, y durmieron a la intemperie dejándose caer en los campos.

Gideon estaba preocupado. De momento no tenían provisiones. El enemigo había despojado la campiña de todo tipo de comida, leña y forraje. Todo lo que había metido apresuradamente en su morral se había agotado hacía ya días. El pan y la cerveza eran un sueño; una manzana verde caída del árbol que pudieran llevarse de un huerto era un lujo. Como no se había lavado ni cambiado la camisa o las medias, le picaba la piel y tenía una sensación incómoda; el olor que desprendía resultaba ofensivo, y sus compañeros lo rechazaban. De vez en cuando, durante la marcha, divisaba a su hermano entre los piqueros; con expresión forzada, conservaron la energía y no intercambiaban ningún saludo. Ambos habían aprendido a avanzar pesadamente sin parar, sumidos en una especie de aturdimiento, dejando pasar las horas y las millas sin contarlas. En el terreno húmedo y ondulado que se alzaba por encima de Stow, tumbado con rigidez sobre el suelo desnudo mientras le sonaban las tripas, Gideon se preguntó cuánto tiempo más podrían soportar estas condiciones. Lo cierto es que él no tenía ocasión de sentarse todas las noches con una vela de junco y un escritorio y ponerse a redactar un diario para el *Corranto*. Un escritor necesita tener buena memoria. Sin embargo, estaba tan agotado y hambriento que creyó poco probable que pudiera recordar detalles de las penurias que entonces experimentaba.

Había tenido muchísimo miedo cuando la caballería del príncipe Rupert amenazó con cortarles el paso en Stow. Y lo peor sin duda estaba porvenir. Para entonces, todos los londinenses habían comprendido que, aun cuando fueran capaces de ayudar

a Gloucester, sus posibilidades de regresar a casa eran remotas.

* * *

La noche del 5 de Septiembre marcharon por los Cotswolds y, desde un punto elevado, divisaron Gloucester abajo. Se encontraba demasiado lejos para que la guarnición de la ciudad oyera la salva de artillería que Essex disparó para anunciar que había llegado la ayuda. Sus tropas tuvieron que pasar la noche en los cerros, famélicos, bajo una lluvia y viento tempestuosos, empapados y sin lugar en el que cobijarse. Cuando descendieron por la pendiente escarpada, los carros corrieron cuesta abajo a la deriva, los caballos resultaron heridos de muerte y los soldados de la Brigada de Londres se encontraron que, cuando llegaron a terreno llano, todas las casas en las que habían esperado encontrar algún refrigerio ya estaban ocupadas por otros soldados.

No obstante, el descanso y la recuperación estaban próximos. Una humareda alarmante resultó provenir de las llamas del cuartel enemigo, al que habían prendido fuego cuando el rey se retiró al saber que se acercaban. Tras un mes de asedio, los disparos en la ciudad eran solo esporádicos, puesto que las reservas de munición habían alcanzado un mínimo crítico. Gloucester había sobrevivido únicamente porque la lluvia incesante había inundado las excavaciones realizadas por los zapadores realistas bajo las puertas y murallas. El gobernador había enviado todas las noches a grupos de asalto para sabotear los trabajos enemigos; se decía que les proporcionaba toda la bebida que quisieran para animar su valentía, pero circulaban muchas historias de vigor y audacia entre aquellos que se presentaban voluntarios para las misiones nocturnas. Los arqueros de ambos bandos habían disparado sus flechas, que llevaban insultos y amenazas escritos. La resistencia feroz por parte de las tropas de la ciudad, junto con el incondicional apoyo de sus habitantes, habían contribuido a que Gloucester resistiera, aunque cuando Essex y sus hombres entraron por fin en ella, las materias primas ya no daban más de sí, y solo les quedaban los tres últimos barriles de pólvora.

La fuerza de apoyo se encontró con escenas terribles. Los daños materiales ascendían a miles de libras. Las balas de sesenta libras habían abierto enormes agujeros en el suelo. Se habían disparado bombas ardientes con mechas chisporroteantes que surcaron el aire nocturno como cometas, y que acabaron atravesando los establos con un zumbido con demasiada rapidez para prender fuego a la paja y cayeron sobre las casas, donde fundieron el plomo y provocaron el desplome de los tejados. Las defensas de la ciudad se habían minado y contraminado. El foso se hallaba parcialmente bloqueado por haces de leña y por los restos derrumbados de torres móviles experimentales, diseñadas por algún caballero estudioso de las antiguas máquinas de asedio romanas, para transportar grupos de mosqueteros hasta lo alto de las murallas de la ciudad. Aquella devastación impresionó particularmente

a los londinenses, los miembros de las Trained Bands, quienes pensaban mucho en su hogar.

La hambrienta fuerza de apoyo fue bien recibida, alimentada y alojada ya en la ciudad, ya en los distritos circundantes. Se quedaron allí cuatro días. Gloucester volvió a aprovisionarse, fortificarse y armarse. Las tropas pudieron descansar y restablecerse, pero sabían que el rey andaba merodeando por allí cerca, observando sus movimientos, listo para hacerlos pedazos cuando intentaran emprender el camino de regreso.

A esas alturas, ya eran todos expertos. Sabían cuál era su situación.

—¡Estamos jodidos! —masculló Lambert Jukes dirigiéndose a su hermano, rescatando la vieja queja de los comerciantes sobre la injusticia del impuesto naval.

—¡Jodidos y bien jodidos! —rezongó Gideon a modo de respuesta.

Las tropas de apoyo habían cumplido con su deber, pero se hallaban atrapadas en una trampa mortal.

CAPÍTULO XXI

GLOUCESTER-NEWBURY-LONDRES, 1643

Al conde de Essex, *el Bueno de Robin*, no se le reconoció suficientemente el mérito de su campaña del gato y el ratón en Gloucester. Su llegada había pillado desprevenidos a los realistas; salvar a su ejército, si es que podía hacerlo, sería una hazaña aún mayor.

Primero dejó atrás su artillería y bagaje y se dirigió al norte, a Tewkesbury. Allí ordenó tender un clásico puente de pontones sobre el río Severn. Se hicieron incursiones a los pueblos situados en la orilla oeste en busca de comida y forraje, y a los habitantes contumaces se les ponía una multa durísima, cuyo montante se utilizaba para reabastecer Gloucester. Entonces Essex envió a una unidad, amagando con marchar sobre Worcester. El rey se trasladó hacia el norte de inmediato para bloquear la ruta hacia Londres, vía Evesham y Warwick.

Sin embargo, protegido por una noche sin luna, Essex volvió a dirigir a su ejército hacia el sur. Recorrieron veinte millas a través de los Cotswolds y ganaron un día de ventaja. Su rápida partida desconcertó a los exploradores y comandantes realistas, incluido el príncipe Rupert, si bien más tarde Rupert afirmó que él había advertido de lo que estaba ocurriendo pero que no le creyeron. Essex llegó a Cirencester a las dos de la madrugada. Allí capturó un convoy de cuarenta carretas de comida destinado a las tropas del rey, que solo estaba vigilado por unos reclutas recién alistados. Aquellas provisiones resultaron cruciales para fortalecer a sus soldados ante los peligros que les esperaban. Acosados por la veloz caballería del príncipe Rupert, y perseguidos por el rey con su infantería y artillería, los parlamentarios regresaron a casa rápidamente.

Casi lo consiguieron. El príncipe Rupert tenía órdenes de encontrarlos y obligarlos a presentar combate en Newbury, donde se creía que la superioridad numérica de la caballería realista les infligiría graves daños. Los hostilizaron en Aldbourne, con la intención de retrasarlos mientras el grueso del ejército realista los alcanzaba. Al día siguiente, el mal tiempo revolvió los caminos hasta convertirlos en una ciénaga, y se vieron obligados a aflojar el paso hasta prácticamente interrumpir el avance. Volvían a estar hambrientos, pues aunque durante la marcha habían recogido un millar de ovejas y unas sesenta reses, los londinenses no se veían como pastores, de modo que los animales se habían desperdigado mientras los soldados centraban su atención en algún ataque. Al llegar la noche, no estaban seguros de dónde se encontraba el enemigo. Cuando los soldados de Essex se aproximaban a Newbury y sus intendants se adelantaron a caballo para organizar el alojamiento, estos se encontraron con que el príncipe Rupert había ocupado la ciudad antes que ellos. Al

verse obligados a huir, abandonaron toda la comida que habían recogido. Así pues, los parlamentarios se enfrentaban a otra noche espantosa en los campos húmedos y helados sin comida ni bebida. El príncipe Rupert les bloqueaba el paso en Newbury; él y sus hombres se habían acomodado en la ciudad y esperaban al rey. Llegó la infantería real. En la campiña, las tropas parlamentarias estaban fatigadas y llenas de preocupación. El rey se les había adelantado. Tendrían que abrirse paso a la fuerza. Aquella sería la primera vez que las Trained Bands de Londres vivirían la experiencia de una batalla campal.

Lo que Gideon Jukes experimentó aquella noche fue un absoluto sufrimiento. Les había parecido estar ya muy cerca de casa, y sin embargo ahora estaban atrapados una vez más en condiciones lamentables, conscientes de que tenían que enfrentarse al ejército realista para seguir adelante... suponiendo que pudieran hacerlo. El enemigo se estaba relajando en la ciudad, cómodo y calentito en casas amigas, con el estómago lleno y una buena provisión de cerveza. Gideon solo había comido un puñado de moras agusanadas en todo el día. Estaba completamente calado y sin embargo sediento, e intentaba recoger la lluvia en una taza de hojalata. Habían dejado atrás las altísimas nubes que cruzaban raudas el canal de Bristol, henchidas de pesada lluvia del Atlántico, pero allí, en el interior, ellos seguían empapándose con los incesantes chaparrones, y aquella noche tendrían que soportar una fuerte helada. Gideon podía notar la escarcha que ascendía desde el suelo, y el viento nocturno parecía aumentar la intensidad.

Llevaba marchando un mes; recordó la primera vez que el mal tiempo había corrido por su ropa, hasta que al final unos hilos de agua penetraron en su camisa y corrieron por sus costillas; el agua le caía del sombrero sobre la cara, y hacía que sus botas chapotearan y que la nariz y las orejas le gotearan de forma permanente. Desde que se empapó, hacía semanas, no había habido manera de volver a secarse, ni siquiera cuando un buen tiempo pasajero daba algún respiro. El interior de los pantalones y la chaqueta de cuero seguían caladas; el aceite que sellaba su chaqueta de piel de buey ya no podía resistir más el agua. Llevaba las medias permanentemente húmedas y las botas rezumaban agua a cada paso. Siempre que estaba de pie sin moverse iba cambiando el peso de su cuerpo de una pierna a otra, con los brazos levemente en jarras para intentar dejar espacio libre entre su pesada vestimenta y su piel que, a esas alturas, empapada y enrojecida, empezaba a ulcerarse. Una noche se había encontrado con que tenía la bota izquierda llena de sangre de una llaga enorme que se negaba a curarse. Se había metido los frascos de pólvora y la mecha bajo la ropa para intentar mantenerlas secas, pero su cuerpo tenía tan poco calor que probablemente no estuviera logrando nada con ello. Si tenía que luchar por su vida, ¿llegaría a servirle de algo el mosquito?

Así transcurrió otra noche oscura y agreste que pasaron al raso. Essex, Skippon y unos cuantos oficiales más encontraron refugio en una casita con techo de paja y juncos situada cerca de Enhorne, donde aprovecharon para descansar, orar y hacer

planes para el día siguiente. En los campos, los soldados se acurrucaron bajo los setos, silenciosos e inquietos. Llovía a cántaros e incesantemente. El viento barría con fuerza las solitarias tierras altas de Berkshire con rachas prolongadas y lastimeras. No se movía ni una comadreja, ni un ratón de agua, y las lechuzas no salieron de sus refugios.

Era temprano cuando las tropas, llenas de aprensión, se frotaron los ojos legañosos para quitarse el sueño. Essex tenía que decirles que el enemigo contaba con todas las ventajas: «la colina, la ciudad, los setos, el camino y el río». Movidos al desafío, sus soldados le respondieron a voz en grito que lo tomarían todo. Se pusieron vegetación en los sombreros a modo de camuflaje.

Con la razón por delante, sus opciones eran nulas. No tenían dónde retirarse. Rodear el flanco monárquico parecía imposible. El avance a través de Newbury estaba bloqueado. Los realistas ocupaban el puente sobre el río Kennet, un punto decisivo. La única ruta alternativa implicaba dar un rodeo por el sur atravesando varios cercados pequeños y peligrosas zonas abiertas de tierras comunales; tendrían que marchar por una campiña escabrosa arrastrando la artillería, y resistir el constante hostigamiento del enemigo.

Essex optó por esta ruta del sur. Disimuló sus intenciones todo el tiempo posible con un «destacamento de asalto» que fingía avanzar sobre Newbury. En un paisaje aún caracterizado por unos habitantes que llevaban allí desde antes de los romanos, los antiguos túmulos ocultarían hasta cierto punto su verdadera marcha. A las siete de la mañana, en un valle llano entre Enhorne y Newbury, los parlamentarios desplegaron su línea de batalla. Se situaron a lo largo de un estrecho camino rural, con la intención de atravesarlo en masa para luego ascender y pasar por Wash Common, situado a su derecha. La brigada de Skippon ocupó el centro, con las Trained Bands detrás haciendo de reserva y vigilando otro camino lleno de maleza y rodadas, que era la única vía por la que el tren de artillería podía subir hasta los terrenos comunales. Había que arrastrar los cañones por una pendiente empinada, y además tendrían que esperar porque la artillería tardaría unas tres horas en llegar a la escena. No obstante, Skippon enseguida tomó el control de un engañoso punto elevado llamado Round Hill, e hizo creer a los realistas que los parlamentarios estaban asentando allí una batería y que planeaban efectuar un ataque contra el puente de Newbury.

Los miembros de las Trained Bands de Londres estaban recogiendo con desesperación algunos frutos secos y bayas de los setos verdes para tratar de procurarse un exiguo desayuno, cuando de pronto oyeron los sonidos de un enfrentamiento de caballería; los galeses realistas habían atacado el flanco izquierdo del ejército parlamentario. «Estábamos tan desesperados —caviló Gideon Jukes que, juguetonamente, se convirtió mentalmente en la clase de corresponsal que quería Robert Allibone— y muertos de hambre, que solo con que el enemigo gritara “¡Queso caliente!” abandonaríamos nuestras armas de inmediato y correríamos hacia

ellos, medio desvanecidos...». En vez de eso, las Trained Bands llegaron a paso ligero hasta el lugar, sudando, con miedo a perderse la batalla. No cabía dicha posibilidad.

* * *

Había dejado de llover. Los regimientos Rojo y Azul habían pasado la mayor parte del día en el flanco derecho de su ejército. Ahora se hallaban frente a ocho cañones realistas y ante un numeroso contingente de caballería, situados ambos a una distancia de apenas dos disparos de mosquete. El príncipe Rupert en persona estaba a punto de cargar contra ellos.

Al regimiento Rojo ya lo habían atacado con anterioridad, en Stow-on-the-Wold y de nuevo en Aldbourne Chase. Gideon había disparado su mosquete, aunque nunca en lo más reñido del combate, donde sabía con seguridad que sus balas acarrearán heridas y muerte. Aun así, vio que entonces estaba tranquilo. Comprendió que incluso los soldados profesionales de su propio bando los descartaban por considerarlos unos ineptos. Sin embargo, no sabían que las Trained Bands, a diferencia de las tropas reclutadas más recientemente, no habían dejado de practicar desde que se iniciara la guerra. Apenas poseían experiencia bajo fuego real, pero habían repetido la instrucción cada dos semanas hasta que llegaron a hacerla automáticamente; ahora, además, les unía el vínculo del mes de penurias que habían soportado por el camino. Aquellos hombres habían salido de tiendas, talleres y comercios, eran oficinistas, tintoreros, destiladores, confiteros, tipógrafos, pañeros, sastres, madereros y vinateros. No se esperaba nada de ellos, de manera que lo tenían todo por demostrar. El trabajo y los negocios los habían hecho fuertes y obstinados. Además, eran londinenses. Y querían irse a casa.

En el transcurso de aquel largo día, la infantería no tuvo mucha idea de lo que estaba ocurriendo en otras partes. A menudo se trataba de una batalla informe en la que la estrategia de los atacantes realistas era escasa. Los soldados se agruparon y, pegados unos a otros, empujaron inútilmente durante horas sin que ninguno de los dos bandos ganara terreno. Después, Gideon supo que en el flanco izquierdo, más al norte contra el río Kennet, la caballería parlamentaria se defendió con tanta dureza que puso en fuga a sus oponentes; en el centro, la brigada de infantería de Skippon avanzó con gran esfuerzo hacia Round Hill, y se enfrentó a dos de las unidades de caballería realista de los hermanos Byron; por la derecha, la caballería realista intentó rechazar a los parlamentarios y echarlos de Walsh Common rodeándolos, en un desesperado y reñido combate que no se detuvo hasta que muchos hubieron muerto y tantos otros cayeron agotados. Las Trained Bands fueron entonces el blanco de los ataques enemigos, y resistieron el duro castigo luchando con furia durante todo el día, para asombro de aquellos que previamente los menospreciaron.

—Es imposible fallar —murmuró Gideon a través de las balas de plomo que

sujetaba con los dientes mientras apoyaba el mosquete en el suelo. Fue su último pensamiento coherente del día.

En su primer disparo del día, Gideon siguió mentalmente todas las veinticuatro acciones de la instrucción de mosquete. Como le había dicho Lambert en su noche de bodas, con frecuencia los pasos quedaban reducidos a: «preparen, apunten y... ¡fuego!». De algún modo («abran, vacíen, ceben, cierren») consiguió («pólvora, bala, atacador, descansen arma, carbón, mecha») sonreír al recordarlo. «¡Abran fuego!». Después de iniciarse los disparos, por unos instantes el humo blanco de la pólvora que flotaba a ras del hielo parecía simplemente el de una hoguera de otoño llevado por el viento. A Gideon empezaron a escocerle los ojos enseguida. La humareda de la pólvora se hizo tan densa que era imposible ver nada más allá de unos pocos metros en derredor; el ruido interminable resultaba agobiante. Un mosquete abrió fuego desde la fila de soldados que iban detrás de él, y el disparo resonó tan fuerte en su cabeza que lo ensordeció temporalmente, de modo que pasó casi toda la batalla inmerso en un extraño mundo propio de sonidos amortiguados. Oía, no obstante, los gritos de los hombres y caballos heridos, pero no parecían estar tan cerca como estaban. Vio los terribles estragos que hicieron los realistas cuando dispararon su artillería pesada. Una sola bala de cañón decapitó de golpe a una fila entera del regimiento Rojo de seis hombres en fondo. Los horrorizados soldados se asombraban cuando los intestinos y sesos de los muertos que volaban por los aires les daban en la cara. Gideon olió y quedó salpicado por los órganos y entrañas de hombres a los que había conocido. Sintió náuseas, pero siguió luchando con encono.

A los caídos los abandonaban. Alguien advirtió: «Si os hieren, quedaos de pie». Era el mejor consejo. Gideon avanzaba o retrocedía como podía, a trompicones, consciente de que estaba pisoteando a los indefensos. En lo más reñido del combate, el agolpamiento de los soldados arrastraba consigo a sus compañeros heridos y a veces también a los muertos.

Habían aprendido que, en la línea de marcha, la infantería era muy vulnerable a la caballería. Podían dividirlos en grupos manejables y liquidarlos a sablazos, o hacerlos huir en desbandada. Sin embargo, la caballería era vulnerable a la artillería, y difícilmente podía hacer mella en un regimiento cerrando filas. Y en aquella situación, con dos regimientos de las Trained Bands formando un solo cuerpo inquebrantable, podía ser que la caballería fracasara. Cuando los realistas silenciaron temporalmente sus grandes piezas de artillería, y el príncipe Rupert condujo a sus caballeros con sus caros jubones montados en sus magníficas cabalgaduras contra los Rojos y los Azules, al principio las Trained Bands fueron presa del pánico. Entonces supieron qué demonios significaba la famosa «carga de rayo» del príncipe. Vieron las oscuras y concentradas líneas de jinetes avanzar hacia ellos al paso, que se transformó en un medio galope y este, a su vez, en un galope tendido, hasta que las filas de caballeros dispararon sus primeras pistolas, ya a corta distancia.

Solo dispararon una vez, con la esperanza de producir un efecto devastador. Pero

era difícil disparar estando a lomos de un caballo. Los soldados de caballería contaban con dos pistolas por cabeza, y por regla general podían permitirse las mejores, pero la segunda arma siempre la reservaban. Resultaba imposible sujetar las riendas y recargar a menos que se retiraran de la refriega. Y el movimiento de las monturas solía dar al traste con su puntería cuando disparaban. Los manuales de caballería sugerían que no se debía abrir fuego hasta no haber irrumpido en las filas enemigas y poder colocar la pistola a quemarropa contra el pecho de un oponente. El príncipe Rupert prefería que sus hombres contaran con sus espadas y hachas de guerra..., pero para ello era necesario el contacto directo.

En Newbury, los caballeros no pudieron atravesar las filas. Las Trained Bands se mantuvieron firmes y los detuvieron. Inicialmente, una tormenta de perdigones por parte de los mosqueteros restó un poco de intensidad a la carga de caballería, y luego las picas demostraron su poderío de cerca. Los jinetes poco podían hacer contra los robustos soldados protegidos con peto que estaban acostumbrados a mover a pulso pacas y barriles; hombro con hombro, los regimientos Rojo y Azul hicieron frente a la legendaria caballería de Rupert con la misma alegría que si se hubieran enzarzado en un juego de tira y afloja con una cuerda entre los cerdos asados de la feria de San Bartolomé. Afirmaron el pie derecho de lado, agarraron bien los mangos y demostraron lo que podía significar el «embate de una pica». Sus largas astas de madera de fresno, armadas con unas temibles puntas de acero de dieciocho pulgadas, mantuvieron alejados a los jinetes. El príncipe Rupert cargó contra ellos una, dos veces, y le fue tan mal que acabó desistiendo tras sufrir numerosas bajas.

En una ocasión, un grupo de caballería realista se acercó con ramas verdes en los sombreros gritando:

—¡Amigos! ¡Somos amigos!

—¡Pues a mí me parece que no! —exclamó Gideon entre dientes, y él y sus colegas atacaron más balas, apuntaron a esos bribones arteros y soltaron una respuesta muy poco amistosa.

* * *

Hacia las siete de la tarde, después de doce horas enteras de combate, la luz del sol había desaparecido. Con la oscuridad, se hizo casi una tregua en la batalla. Se había gastado más munición que en cualquier otro enfrentamiento ocurrido hasta entonces. La pólvora y los proyectiles escaseaban. El rey convocó a su Consejo de Guerra. Se realizó el cálculo de sus bajas, en tanto que unos destellos intermitentes de disparos seguían estallando en lo alto, en medio de la tóxica niebla y la oscuridad. Había cerca de tres mil quinientos muertos en el campo. El rey había perdido quizás una cuarta parte de sus hombres, incluidos veinticinco oficiales aristócratas, uno de ellos su secretario de Estado. Estaba claro que el «desdichado, famélico y exhausto» enemigo no iba a rendirse. Aunque el príncipe Rupert insistió en seguir luchando, tal como

hacía normalmente, la artillería se sacó a remolque del campo y, por la noche, el rey se retiró a Oxford. A las diez, los hombres de Essex se encontraron solos en el campo de batalla. Habían conseguido sacarlos del terreno comunal, pero no más allá. Y mantenían la formación. En términos reales, puesto que se habían mantenido firmes a pesar de todo lo que se les había venido encima, los parlamentarios habían ganado.

La mañana siguiente se dedicó a contar y recoger a los muertos y heridos. Los duros de corazón llamaban a esto la cuenta del carnicero. El rey escribió al alcalde de Newbury para ordenarle que brindara atención médica a ambos bandos. Solo aquellos que habían sufrido heridas leves como tajos y cortes tenían alguna posibilidad de recuperarse. Resultaba casi imposible tratar las terribles quemaduras y heridas internas causadas por los proyectiles y la pólvora. Incluso los que sobrevivieran temporalmente estaban condenados si la suciedad o los pedacitos de tela les provocaban una infección. Gideon aprendió que la bala de un mosquete, el arma que él empuñaba, provocaba una herida de entrada no más grande que una moneda de seis peniques, pero que el orificio de salida era de la medida de un plato llano. Incluso los piqueros, que llevaban casco y peto, podían quedar destrozados si los proyectiles del mosquete alcanzaban sus astas de fresno y la astillaban en fragmentos gigantescos. Vio daños devastadores: huesos hechos pedazos, órganos derramados, rostros desaparecidos, piel despellejada, cráneos partidos, quemaduras de pólvora supurantes que provocaban un dolor insoportable y eran horribles de ver.

Gideon también fue testigo de las muertes. Los regimientos de Londres sufrieron cuantiosas bajas: hombres a los que él conocía, amigos, desconocidos..., trató de no mirar. Se decía que los realistas recogieron sesenta carretas de muertos y heridos la noche de la batalla, y luego cuarenta más al día siguiente. El conde de Essex no tuvo más remedio que enterrar a los soldados perdidos bajo unos enormes montículos de tierra. Aquellos nuevos túmulos se alzarían como monumentos en Newbury durante siglos. En ambos bandos, se confeccionó una lista de las personas importantes que habían resultado muertas. El resto, todos mezclados en una fosa común una vez despojados de la ropa, permanecerían en el anonimato. Muchos de ellos estaban tan aplastados que resultaba imposible identificarlos. Sus parientes solo podrían deducir la suerte que habían corrido por el silencio, y desconocerían sus lugares de reposo.

* * *

Los parlamentarios, con el ánimo apagado, se reagruparon y marcharon sobre Wash Common: esa había sido su intención desde el principio. Cuando se hallaban cerca de Aldermaston, apareció el príncipe Rupert y los hostigó con fuerza pero, a pesar del pánico, lo rechazaron y consiguieron alcanzar la seguridad de su propia plaza fuerte en Reading. Allí, al fin, descansaron y fueron agasajados durante tres días.

Gideon Jukes, que además de padecer agotamiento se hallaba entonces profundamente afectado, pasó dicho período sumido en el aturdimiento. Otros

sucumbieron a la debilidad, a la fatiga, al trauma y la depresión. Al menos Gideon seguía vivo. Su hermano lo encontró con la mirada apagada, incapaz de hacer nada más que permanecer sentado con los hombros encorvados a la espera de nuevas órdenes. Ambos tenían los ojos enrojecidos y los pulmones llenos de humo; su ropa se había endurecido al secarse la sangre y demás sustancias. Estuvieron sentados juntos en Reading, bebiendo cerveza. Ninguno de los dos habló.

La Brigada de Londres reanudó su marcha de regreso a casa. Ocho días después de la batalla de Newbury, las Trained Bands entraron en su ciudad natal pasando por Southwark y cruzando por el puente de Londres, el famoso monumento bordeado de viejas casas de madera apiñadas en el que tradicionalmente se exhibían las cabezas de los traidores que allí se pudrían. Marcharon por entre la multitud que los vitoreaba desde ambos lados de las calles, y fueron recibidos por el alcalde y otros dignatarios civiles en Temple Bar. Los condujeron triunfalmente hasta Guildhall pero, en tanto que el resto de Londres lo celebraba, las tropas, destrozadas, fueron escabullándose paulatinamente para ir al encuentro de sus familias.

Robert Allibone llevó a Gideon y a Lambert a casa de sus padres. Había tenido el buen tino de apropiarse de un carro fuerte. En primer lugar, para ahorrárselo a la familia, se los llevó a la imprenta, donde los despojó de sus asquerosas prendas exteriores y ordenó a su aprendiz, Amyas, que fregara el peto de Lambert y quemara todo lo que estuviera demasiado repugnante para recuperar.

Cuando los dos soldados entraron renqueando en su casa, con sus camisas grises y los pies enfundados en medias, ambos se las arreglaron para sonreír a su madre.

—¡Ay, por Dios, pero si estáis en los huesos! —exclamó Parthenope débilmente, con un grito ahogado. El padre echó un vistazo a los rostros llenos de cicatrices y quemaduras de pólvora de sus hijos y lo supo. Sus miradas ausentes se lo dijeron. Se hallaban en casa a salvo. Pero habían sido partícipes de un terror del que nunca regresarían del todo.

—Con cuidado —murmuró John Jukes dirigiéndose más a sus chillonas mujeres que a sus silenciosos hijos, en tanto que Lambert y Gideon agachaban la cabeza y Parthenope y Anne caían sobre ellos sollozando.

Lacy, la esposa de Gideon, entró en el salón. Él se sobresaltó al ver cómo se notaba su embarazo. Había estado ausente solo un mes. Daba la sensación de que era toda una vida. Su esposa (casi había olvidado que tenía una) poseía un aire igualmente distraído. Lacy seguía reflexionando sobre su lección del día: había cuatro clases de almendras, algunas dulces y otras amargas, y ella no podía distinguir entre las de Jordania y las de Valencia...

Lacy arrugó la nariz. A continuación, con gran fastidio, espetó:

—¡Apestan!

Ni a Gideon ni a Lambert les importó. Estaban dormidos de pie.

CAPÍTULO XXII

OXFORD, 1643

La auténtica vida de casada de Juliana Lovell empezó aquel mes de Abril, cuando su esposo la dejó para irse al norte con el príncipe Rupert rumbo a Birmingham. Así serían las cosas durante gran parte de su matrimonio: él estaría ausente, durante períodos cada vez más largos; ella estaría sola, pasando apuros, sin saber si volverían a verse otra vez. Eran muchas las que compartían dicha situación, pero la mayoría de mujeres que veían partir a sus esposos con las tropas contaban con amigos y familia para aliviar su soledad y para ayudarlas si enviudaban. Ella no tenía a nadie.

Pasó sola su decimoctavo cumpleaños, el primero que pasaba sin ningún otro miembro de la familia. Como ya tenía la seguridad de estar embarazada, Juliana quería hacer planes para ella y el bebé, si es que sobrevivía. Se encontró preocupándose por lo que tendrían que hacer o adonde podrían ir si algo le ocurriera a Lovell, puesto que, sin él, Juliana no tenía nada que la ligara a Oxford. No sin cierto arrepentimiento, consideró la posibilidad de que el matrimonio, que se suponía un puerto seguro para las mujeres, a ella solo le había acarreado la carga añadida del niño. Triste y frustrada, el hecho de que fuera su cumpleaños la hizo reflexionar sobre su vida y la deprimió aún más, por lo que salió a dar un paseo. Llegaría a familiarizarse mucho con la ciudad.

Al regresar a la vivienda, cometió el error de mencionarle al casero que era su cumpleaños. De inmediato, el guantero la obsequió con un delicado par de guantes de pálida cabritilla. Por un instante Juliana se sintió agradecida, pero luego se puso tensa y supo que había cometido una grave equivocación. El hombre debía de haber estado ideando maneras de intimar un tanto con su inquilina, y ella le había brindado una oportunidad fatal. Iba a pagar un precio por ese regalo, unos objetos que nunca se pondría y que ya no soportaría contemplar. De todos modos, los guantes le iban pequeños. Probablemente fueran demasiado estrechos para cualquiera, y ese era el motivo por el que el hombre se había desprendido de ellos. Ahora creía que ella era suya para reclamarla cuando quisiera; disfrutó al ver la turbación de la mujer, mientras él rumiaba cuándo y cómo exigir una muestra de gratitud. No se creía la suerte que había tenido; la esposa del capitán ausente era sumamente joven, estaba llena de vida y era presentable. El guantero, a quien anteriormente había molestado muchísimo que le impusieran unos inquilinos, ahora veía lascivamente las ventajas que ello tenía.

El hombre no sabía, o bien no le importaba, que ella estuviera embarazada. En todo caso, las primeras etapas del embarazo poseían su atractivo... por no mencionar que una mujer que ya estaba preñada por su marido no entrañaba el peligro de que le

reclamara la paternidad de un hijo ilegítimo.

Se llamaba Wakelyn Smithers. Era uno de los muchos habitantes de la ciudad que soportaba con astucia la presencia del rey porque esta le reportaba oportunidades comerciales. Era un independiente mediocre que los viernes servía ave en lugar de pescado para así dejar claras sus opiniones religiosas ante sus inquilinos, no fuera alguno de ellos a considerarlo culpable de papismo. Sus verdaderos pecados consistían en una lascivia furibunda y en no cocer del todo las piezas pequeñas en el asador. Era partidario del Parlamento, al menos hasta el punto de votar por concejales puritanos, aunque era alérgico a dar dinero y, si alguna vez lo llamaban a filas, habría añadido quince años a su edad sin ningún reparo y habría fingido que tenía un forúnculo que le impedía marchar. Una vez al mes invitaba a comer a un galeno, cosa que Juliana creía que hacía para que le facilitara la obtención de un pronto informe médico.

Wakelyn Smithers no estaba casado, y daba la impresión de que nunca había tenido esposa. Juliana no preguntó, aunque había visto una bandeja de carne tan horrenda que tenía que ser el regalo de boda de alguien. Comer allí ya había resultado bastante malo cuando Lovell estaba con ella. Verse obligada a comer a solas con Smithers había supuesto una auténtica tortura, aunque no tenía más remedio que sentarse a la mesa con el casero; una mujer respetable no podía salir sola a las posadas ni casas de comidas. Por suerte, Juliana soportaba las horas de las comidas en su alojamiento porque había otras personas presentes: el callado tonelero, con un vientre tan redondo como los barriles que fabricaba, que se hospedaba en el ático, encima de ella; el abatido aprendiz del guantero, Michael; Troth, la desdeñosa (que se sorbía la nariz) fregona que venía dos veces al día para fregar los platos y arreglar los fuegos; y la hermana del guantero, una mujer demasiado gorda que estaba permanentemente sin aliento. La hermana tendría unos cuarenta años y era una viuda sumamente beata, cuyo matrimonio había sido breve y carente de armonía. Su condición asmática se veía agravada por el humo si se sentaba demasiado cerca del fuego, pero ella lo acaparaba sin cesar. Trataba a Juliana como si fuera una seductora peligrosa; la atribulada joven no podía esperar ninguna ayuda por su parte. Quejarse del comportamiento del guantero solo le serviría para confirmar los celos mezquinos de la hermana.

Para escapar a la empalagosa zalamería del fabricante de guantes (el hombre trabajaba en un banco instalado en casa), Juliana pasaba todo el tiempo que podía fuera de la casa durante el día, deambulando continuamente por Oxford. Los mercados tenían un interés limitado para una persona que tenía que vigilar hasta el último penique, y el de la carne era un lugar sórdido en el que los huesos ensangrentados y los restos se arrojaban a Queen Street, donde no había un curso de agua que se llevara todo el flujo apestoso. A las mujeres que no iban acompañadas se les negaba la entrada a los colegios universitarios, aun cuando prácticamente ya no quedaban jóvenes estudiosos en ellos. Juliana lamentaba que su sexo le impidiera el

acceso a las bibliotecas. Paseaba por los parques y jardines o junto al río, daba paseos tan largos como podía, pero era aburrido y tal vez imprudente hacerlo sola; además, con el tiempo primaveral enseguida quedaba helada de frío. Avanzar por las calles entre zarandeos daba más calor, aunque resultaba igualmente cansado. Oxford era una ciudad extremadamente poblada. Durante los primeros años de aquel siglo, había tenido lugar una edificación intensiva con la que parques, huertos y cualquier otro terreno vacío situado intramuros se había cubierto con nuevos colegios universitarios y casas, en detrimento del entorno. Si bien no se trataba de barrios bajos propiamente dichos, las casas de inquilinato y pequeñas viviendas se apiñaban junto a las entradas y callejones que, en aquellos momentos, estaban llenas de realistas. La falta de espacio a ras de suelo supuso que los pisos superiores de los edificios a menudo se abalanzaran sobre las calles, «en saliente», como se decía, lo cual incrementaba la sensación de ahogo. La mayoría de calles solo tenían una superficie de grava, y contaban con un alcantarillado mínimo o inexistente, un revoltijo de letreros que obstaculizaban el paso y un carnosos bordado de estercoleros. A menudo se habían invadido las anchas vías principales, y una hilera de carnicerías o casitas se apretujaban en el centro, estrechando la calzada y molestando a los que vivían en las casas más elegantes arrebatándoles la luz, estropeándoles la vista, arruinando su paz y su exclusividad.

Por las calles encharcadas, transcurría pesadamente la vida de la universidad y de la ciudad, adornadas entonces por una guarnición local de más de dos mil soldados de infantería y tres regimientos de caballería, además de los llegados de la corte real, desde nobles preocupados y damas aburridas a polleros y reposteros, profesores de tenis y maestros de danza. Entre maldiciones porque el barro salpicaba los bajos de sus atuendos, todos ellos pululaban en medio de un remolino de cerveceros, albañiles y mantequeras, profesores universitarios y sirvientes de la universidad, sacerdotes y abogados, junto con las monturas de los soldados de caballería y los distribuidores, todos los cuales se creían con derecho a paso y se peleaban por el espacio con manadas de reses quejumbrosas. Todo el mundo recibía los insultos a voz en grito de los personajes tradicionales y poco cooperativos de los bajos fondos, las mujeres lascivas y los alborotadores. De vez en cuando, había detenciones. En Carfax, a los maleantes que cometían delitos menores les hacían «montar el caballo de madera» como castigo, y tenían que permanecer dolorosamente sentados a horcajadas sobre dos tablones como desagravio por robo u obscenidad. Allí, de vez en cuando tenían lugar ejecuciones en la horca. Algunos lo veían como un entretenimiento. Juliana tenía una actitud más delicada hacia la vida humana.

Si no había mercado, se sentaba a descansar en Penniless Bench. En dicho asiento de madera, de unos cien años de antigüedad y adscrito a la Iglesia de Saint Martin, la iglesia de la ciudad, era donde las mantequeras vendían sus productos, donde se reunían los ciudadanos y donde habían recibido al rey la primera vez con un obsequio de doscientas libras... acompañado por la esperanzadora aunque vana insinuación de

que Oxford no podía permitirse aportar más dinero. En una ocasión, un bedel le dijo a Juliana que se marchara de allí acusándola de ser una vagabunda. Ella, compungida, reflexionó que lo era, ni más ni menos, si bien la costumbre de leer el periódico *Mercurius Aulicus*, que en aquellos momentos publicaba para el rey un editor animado, alegre y satírico llamado John Berkenhead, debería haberla identificado como a una persona instruida de la alta burguesía que, simplemente, aquejaba cierta falta de fondos. En otra ocasión fue ella quien tuvo que avisar al bedel cuando se encontró un soldado muerto tendido debajo del banco; la parroquia se llevó el cadáver para enterrarlo.

Cuando sentía la necesidad desesperada de refugiarse de las multitudes, optaba por convertirse en una devota. Mientras que a muchos de los fieles de Oxford les gustaban los oficios breves, Juliana buscaba iglesias con predicadores verbosos en las que recogerse durante más tiempo; un sermón de dos horas le venía muy bien, y aprendió a dormirar ligeramente al tiempo que mantenía una expresión atenta. Hubiese estado mejor provista en el East End de Londres, donde en la mayoría de las parroquias independientes se contrataba a oradores para que dieran sermones matutinos de cuatro horas tras los cuales otro grupo de oradores vespertinos daban sermones durante otras cuatro horas más y hablaban *ex tempore* con magnífica pasión. En Oxford, el culto era elevado; los altares se hallaban ornadamente enrejados para proteger la santidad perfumada de Dios de las personas con la conciencia sucia y los zapatos llenos de barro. Los sermones eran intelectuales y secos, escritos de antemano; los leían unos pastores rollizos con acento de clase alta que eran capaces de ver a veinte pasos de distancia si alguien echaba disimuladamente un botón en la bandeja, y también hombres más canijos que utilizaban el latín como un mayal para excluir a sus inferiores. Algunas iglesias estaban a la disposición de una mujer embarazada que buscaba la gracia de Dios y un respiro para sus pies cansados, aunque no todas; de vez en cuando, los soldados realistas se alojaban en Saint Michael y en Saint Peter-le-Bailey hasta que los coadjutores, desesperados, les pagaron para que se buscaran alojamiento fuera de la ciudad. Los prisioneros parlamentarios estaban retenidos en Saint Giles, Saint Mary Magdalen y Saint Thomas, y causaban daños por los que el rey tendría que pagar una compensación. Estos tenían más suerte que los que se hallaban encerrados arriba en el castillo y que, según se decía, estaban en condiciones deplorables.

Con la esperanza de disuadir al guantero, Juliana se aseguró de que este supiera que acudía a la iglesia, pero eso no hizo más que alentarle. Una chica de moral elevada suponía un reto mucho mayor... y era mercancía limpia, además.

Juliana hubiese preferido quedarse tranquilamente en su habitación. La habían educado para realizar bordados, encaje de lanzadera, puntillas y costura; entre la pequeña nobleza, esto era más o menos lo que se consideraban actividades propias de una dama... aunque no tan admirables como la pintura de flores ornamental, que no avergonzaba a nadie puesto que no tenía un uso práctico. Ella tenía mucho talento

para el diseño, pero también poseía muchos patrones creados y dibujados por su abuela. Estas cosas la reclamaban mientras ella llenaba su tiempo con la devoción, y llegó un día en que el hecho de que el miedo a su casero la mantuviera alejada de casa la indignó. A partir de entonces, pasó más tiempo en su alojamiento, aunque cuando se sentaba a trabajar a su mesa se cuidaba mucho de colocar todo un afilado despliegue de agujas y tijeras como elemento de disuasión. Entraba en la casa con discreción cuando le parecía que el guantero estaba ocupado con algún cliente. Si este la abordaba, ella se empeñaba en hablar de los sermones y las escrituras, hasta que al hombre se le vidriaban los ojos. Una vez en su habitación, permanecía inmóvil y en silencio con la esperanza de que quizá se olvidara de su presencia.

No podía durar. Una noche, se despertó en su cama horrorizada al notar que tenía a un hombre tumbado sobre ella. Su enorme peso y las bocanadas de aliento a cerveza le confirmaron que no se trataba de Lovell. El sujeto buscaba a tientas en la oscuridad y Juliana gritó. Aunque el hombre trató de hacerla callar, ella logró evitar la mano rolliza que palpaba su boca. Siguió chillando, aunque pensaba que nadie acudiría en su ayuda, por lo que se asombró cuando Smithers el guantero subió las escaleras a todo correr e irrumpió dando voces y con una vela en la mano.

Bajo aquella luz tenue, Juliana vio que su agresor era el tonelero que se alojaba en el piso de arriba. El hombre rodó hacia un lado mientras le soltaba una sarta de maldiciones, y ella se dejó caer de la cama por el otro.

En aquella casa diminuta, cada vez que ese ordinario iba o venía tenía que pasar por el rellano que había junto a la chimenea de la habitación de Juliana. Ella no lo soportaba, pero había vivido en condiciones semejantes con su abuela. Juliana apenas había intercambiado un saludo con la cabeza con él, pues prefirió mantener cierta intimidad fingiendo que el tonelero no existía. Sin duda, el hombre sabía que Lovell se hallaba ausente con el príncipe Rupert. Aquella noche, al volver borracho de The Mitre o The Angel, había aprovechado el momento.

El tonelero se fue arrastrando los pies escaleras arriba. El guantero se indignó noblemente, aunque era un hipócrita. Los dos hombres daban por sentado, con total naturalidad, que cualquier mujer sola estaba disponible para quienquiera que la quisiera, al margen de su moralidad o de los celos potenciales de su esposo. En ningún momento se sugirió que el casero fuera a desahuciar al inculpado. Smithers se retiró de la habitación de Juliana solo por la vergüenza de que lo hubiese visto tropezar con los bajos de su camisa de dormir, ridículamente voluminosa.

La habían salvado de ser violada, o de cualquier abuso que hubiese sido capaz de perpetrar el tonelero en su estado de embriaguez. Juliana se encontró entonces con que tenía que estar agradecida a Wakelyn Smithers, lo cual era un fastidio para ambos porque, durante al menos una semana, el guantero se sintió en la obligación de mantener su papel como honesto pilar de respetabilidad.

La cosa, sin embargo, no duró. Ahora el guantero era consciente del interés del tonelero, y le daba vueltas al asunto de que este tuviera permitido el paso a través de

la habitación de los Lovell. Smithers resolvió que ningún otro hombre volvería a molestar a Juliana delante de él.

* * *

Las semanas transcurrían con más lentitud de la que podía soportar la nerviosa joven. De vez en cuando, llegaba información de las campañas del príncipe Rupert. La noticia del saqueo de Birmingham se recibió con satisfacción, pero con menos alegría cuando se anunció que el coronel Russell, el gobernador parlamentario de Lichfield, se había negado a rendirse al príncipe Rupert aduciendo que sus atrocidades «no eran propias de un caballero, de un cristiano ni de un inglés, y mucho menos de un príncipe». Cuando habían pasado unas tres semanas desde que los caballeros monárquicos salieron de Oxford, un día, en el mercado, Juliana oyó a una persona que mantenía que el rey se encontraba en Wallingford (le llamó particularmente la atención, y recordó con cariño la época que pasó allí con su tutor el señor Gadd), donde se decía que «se esperaba de manera inminente» la llegada del príncipe Rupert. Ya había aprendido a no fiarse de los rumores. El príncipe no tomó Lichfield hasta el 21 de Abril, cosa que llevó a cabo socavando el recinto, una novedad bélica en Inglaterra, mediante túneles que excavaron unos mineros que Rupert había hecho venir expresamente desde Nottingham. Al cabo de unos días, en efecto, volvía a estar en los alrededores de Oxford, pero tanto el rey como él se habían trasladado al este para intentar liberar Reading. Dicha ciudad era una plaza fuerte clave entre el cuartel general del rey y Londres. Había proporcionado equipamiento a los realistas, pero la lealtad de sus ciudadanos era cambiante, y resultaba imposible defender el lugar. Al final, el rey se retiró a Wallingford, donde el castillo podía fortificarse bien, y Reading se rindió al conde de Essex y al ejército parlamentario.

El último día del mes de Abril, el guantero decidió mostrar sus cartas. No había nadie más en la casa aparte de Juliana, que se encontraba sentada a su mesa, con el ceño fruncido sobre un bordado a la débil luz de la tarde. Wakelyn Smithers subió las escaletas que conducían a su alojamiento con el pretexto de suplicarle el dinero del alquiler (que sabía que no tenía esperanza de conseguir). Entonces dejó de fingir. Smithers quería ir al grano. Se dirigió directamente hacia Juliana y, cuando ella se levantó de un sallo, el hombre aprovechó la oportunidad para abrazarla.

Aunque Juliana había temido aquella situación, le entró el pánico y no pudo pensar en ninguna estrategia para enfrentarse a ello. Forcejeó durante un momento desesperado, y se echó hacia atrás para evitar los pinchudos intentos del guantero por besarla. De momento resultaba más molesto que brutal; el hombre fingía amor, y ella se las arreglaba para rechazar su sucia mercancía utilizando enérgicamente las rodillas y los codos.

De pronto, el guantero la soltó repentinamente. Juliana tuvo que esforzarse para mantener el equilibrio.

—¡Pero si está aquí mi esposo, que ha regresado de la guerra! —exclamó Juliana con un grito ahogado.

* * *

Cuando Lovell había entrado en la habitación. Tenía aquel aire despreocupado tan habitual en él, como si hubiera dejado a su esposa aquella misma mañana para ir a ver al estanquero. Como estaba de un humor benévolo tras un mes de refriegas y saqueos exitosos, Lovell se estaba tomando la escena con calma. Por un momento, Juliana creyó que haría caso omiso de su mirada suplicante; parecía estar a punto de saludar al guantero como si fuera su amigo. La joven se hallaba frente a un segundo peligro: podía ocurrir perfectamente que los dos hombres se convirtieran en compañeros para beber, comer, alardear, quejarse y jugar, con lo cual ella sería más que nunca presa de las insinuaciones del guantero siempre que Lovell se hallara ausente. Smithers también lo sabía. Él creía que el monárquico disculparía e incluso aprobaría sus tentativas. Juliana vio que la complacencia lo embargaba... pero luego vio desvanecerse dicho sentimiento. Orlando Lovell estaba decidido a defender lo que era suyo.

Se quitó el sombrero. Llevaba una pluma de pavo real desaliñada, pero la banda de seda que Juliana le había hecho continuaba en su sitio; los largos dedos de Orlando acariciaron la banda brillante, al tiempo que su mirada se posaba en el guantero. Habló en voz baja, pero rebotante de amenaza:

—¡Señor Smithers! ¿Qué es lo que me encuentro? ¿Acaso está usted importunando a mi esposa, señor?

El guantero se escabulló rápidamente de la habitación como una rata de carbonera.

* * *

Juliana cerró los ojos y tuvo la sensación de que iba a desmayarse. Se dio media vuelta, como si intentara recobrar, y se apoyó en la mesa para sujetarse. Lovell se le acercó por la espalda y la rodeó con ambos brazos; solo entonces, cuando sus manos jugueteaban sobre el vientre de la joven, notó la hinchazón de su cuerpo.

—¡Estás embarazada! —Juliana percibió sorpresa en su voz... y cierto miedo a la responsabilidad—. ¿Es mío? —Cuando la soltó, Juliana se dio media vuelta hacia él rápidamente con la intención de espetarle una réplica furiosa, pero se contuvo. Orlando Lovell, siempre un estratega, capituló enseguida—. ¡Vaya, soy un desastre! Por supuesto que es mío. Ven, ven aquí, querida...

Juliana se arrojó en sus brazos y se permitió un raro momento de alivio. Mientras la joven se sacudía deshecha en lágrimas y él la tranquilizaba, Lovell parecía estar

abstraído en sus pensamientos. Quizá se sintiera aleccionado por las tribulaciones que su joven esposa había tenido que soportar sola. Juliana recuperó enseguida la compostura, y se fijó en que no reconocía el cuello ribeteado de encaje de la camisa que había mojado con sus lágrimas: el guardarropa que poseía su esposo era escaso... y se le ocurrió que, por otro lado, esa hermosa prenda no estaba muy limpia. La chaqueta que llevaba Lovell era nueva. Llevaba también un estoque más caro, pendido de unos elaborados corrajes de terciopelo de color rojo malvasía, y en el dedo llevaba un anillo con un rubí enorme.

—Esto no puede ser —dijo Lovell—. Voy a darte una espada que tengo. — Juliana le decía que no con la cabeza, pero él no admitió sus objeciones—. No, no te preocupes. No la utilizo; no se asienta bien en la mano, pero te servirá de protección en caso de que alguien te importune.

Se trataba del arma que Lovell había «aceptado» de Kinchin Tew en Birmingham. La colgó en la pared al lado de la ventana, junto a la mesa de trabajo de Juliana. Ella guardaría debidamente la espada durante años, nunca la utilizó y siempre le disgustó. Lovell se ofreció para enseñarle a defenderse con ella, pero Juliana no se atrevió.

Después, aunque no hizo nada al respecto, Orlando prometió buscar un alojamiento mejor.

CAPÍTULO XXIII

OXFORD, 1643

Juliana pasó el resto de su primer año de matrimonio, así como su primer embarazo, de una manera similar. Orlando iba y venía según lo hacían los príncipes. Normalmente iba con el príncipe Rupert aunque, en una ocasión en que este fue a las Midlands para escoltar a la reina hasta Oxford, Lovell desdeñó la tarea y puso algún pretexto para no ir. Entonces, cuando el príncipe Maurice entró en Oxford como una exhalación pidiendo desesperadamente refuerzos para el general Hopton, Lovell se ofreció voluntario; como resultado de ello, combatió en la batalla de Roundway Down, en la que los realistas derrotaron a Waller de forma aplastante, lo cual hizo que se forjara una opinión definitivamente mala de Waller y, tratándose de Lovell, una no especialmente buena del príncipe Maurice. Regresó a Oxford, cabalgó hacia el West Country y estuvo con Rupert en el asalto a Bristol, donde recibió una herida superficial en el hombro.

* * *

Lovell no le dio a Juliana nada con lo que vivir. Por lo visto, se suponía que los tres chelines que dejó cuando se marchó con el príncipe Rupert en el mes de Abril tenían que durarle todo el parto y hasta la próxima década. Él, en cambio, parecía tener alguna reserva de bienes. La primera vez que regresó, había obsequiado a su desconcertada esposa con una curiosa mezcla de artículos domésticos, ristras de salchicha, medio queso, junto con una moderna gargantilla de perlas grandes que dijo que era un regalo por su cumpleaños.

—No pongas esa cara de asombro. El señor Gadd me escribió y me ordenó que recordara tu aniversario.

—¿No sabías cuándo era? —Juliana dejó que viera su sorpresa.

—No. Me lo dijo Gadd —Orlando la miró con seriedad—. Ya lo sabré para el año que viene.

—¿Te acordarás? —preguntó Juliana con una sonrisa.

—Tengo muy buena memoria —respondió Orlando Lovell con aire majestuoso. Hizo que sonara amenazador. Juliana le restó importancia, y lo achacó a su imposibilidad de aceptar una broma.

Aquella gargantilla era el objeto más valioso que había tenido jamás. Juliana se lo ponía en ocasiones festivas, aunque trató de no encariñarse demasiado con él por si acaso un día su fortuna se veía menoscabada y tenían que venderse las perlas. Por otro lado, tenía miedo de su historia. Probablemente eran parte de un botín, al igual

que todo lo que Orlando le traía. Con las joyas nunca se sabía. Era poco probable que Lovell las hubiese adquirido en el mostrador de un orfebre a un precio justo. Si lo hizo, sería un hecho excepcional, y solo podía haberse gastado los beneficios del saqueo. Juliana tenía auténtico miedo de que su regalo hubiera sido arrancado violentamente del cuello de su anterior propietaria. Lo que podría haberle ocurrido a dicha propietaria a continuación era demasiado horrible para contemplarlo siquiera.

Lovell nunca se lo contaría.

No, se equivocaba. Si alguna vez era tan estúpida como para preguntárselo, Lovell se lo explicaría sincera y brutalmente. Juliana vaticinaba entonces su regocijo si las circunstancias y su participación en ellas la ofendían.

Ahora, sin embargo, podía volver a leer durante las épocas que pasaba sola, que eran muchas. A veces, al regresar de sus compromisos militares, Lovell le traía libros. Ella tenía que evitar pensar en él y en sus hombres irrumpiendo en casa de algún puritano respetable y luego, cuando los soldados hubieran robado el queso, el pollo que se asaba en el espetón, el peltre y la ropa de cama, al capitán exclamando con desenfado: «¡Libros! ¡Vaya! A mi esposa le gustarán...».

* * *

La vida en Oxford conllevaba sus propias tensiones, incluso cuando Lovell estaba con ella. Un mal ambiente reinaba en la ciudad. La gente se sentía agobiada por la constante conversación sobre la guerra, el interminable miedo a la derrota, la pérdida de propiedades y el recuento de los muertos. El estado de tensión nerviosa normal entre la ciudad y la universidad había adquirido una dimensión adicional exacerbada por el rey. Después de que su actitud para con las licenciaturas académicas provocara gran consternación (en una ocasión concedió la maestría a 140 de sus seguidores), Carlos se había visto obligado a asegurar a la universidad que dejaría de encargar títulos Honoris Causa para sus cortesanos. Con motivo de la presencia del rey, Oxford tenía que reclutar una guarnición para defenderse y, puesto que la ciudad protestaba por el coste de la corte, a finales de Julio los realistas anunciaron que sus tropas iban a financiarse gravando a los universitarios. Esto suscitó otra protesta, sobre todo porque en aquellos momentos eran muy pocos los estudiosos. A las universidades les pedían dinero constantemente. Todos sus edificios se estaban utilizando para fines oficiales, e incluso las viviendas privadas que antes habían albergado a los estudiantes o a sus familias tenían entonces a una gran cantidad de soldados alojados en ellas: la ciudad universitaria se convirtió, de facto, en una especie de cuartel. A las personas acaudaladas se las convenció para que dejaran paso a funcionarios de alto rango como a los consejeros del comité asesor del monarca. La casa del secretario del ayuntamiento en la Calle Mayor fue ocupada por los príncipes Rupert y Maurice. Las posadas estaban hasta los topes de personal militar, embajadores extranjeros curiosos e incluso, de vez en cuando, de las delegaciones que enviaba el Parlamento para

mantener la paz.

En el mes de Junio, la población de la ciudad se incrementó al máximo con la llegada de la reina Enriqueta María. Con un simbolismo peculiar, se reunió con el rey en el campo de batalla de Edgehill. Luego su majestad la reina entró en Oxford, donde la recibieron arrojando flores en su camino y ofreciéndole una bolsa de monedas de oro en Penniless Bench, el lugar donde Juliana leía las noticias. La reina trajo consigo a cuatro mil quinientos nuevos soldados provenientes del norte que había reclutado el conde de Newcastle, y que ella había armado. A Enriqueta, que estaba radiante por su éxito como recaudadora de fondos y por sus valientes aventuras, la instalaron en Merton College, donde construyeron un pasaje cubierto que le permitiera visitar al rey en el Christ Church, un privilegio del que es de suponer que la pareja disfrutó, puesto que al cabo de unas semanas se supo que la reina estaba embarazada. Un maestro de ceremonias proporcionó elegantes entretenimientos, aunque hasta las ocasiones festivas resultaban tensas. Hubo quejas de que los atestados colegios universitarios no ofrecían posibilidades para la elaborada maquinaria de las mascaradas teatrales que Iñigo Jones había creado. La reina encontró deprimentes las interminables conversaciones sobre la guerra.

El mes de Agosto, cuando el rey y todo el ejército se marcharon al asedio de Gloucester, fue una época difícil. Se había sugerido que el conde de Essex podría atacar Oxford durante la ausencia del rey, y con la esperanza de capturar a la reina. La noticia de que, en realidad, Essex había acudido en ayuda de Gloucester solo causó más preocupación, puesto que era algo que anteriormente se había creído imposible. Mientras tanto, reinaba el descontento por el nuevo gobernador de la ciudad, sir Arthur Aston, un hombre sumamente impopular. Católico irascible y de disciplina férrea, había sido gobernador de Reading hasta que Essex había tomado dicha ciudad, y en Oxford lo odiaban tanto que tenía que realizar sus rondas de inspección nocturnas escoltado por una guardia especial de cuatro alabarderos de casaca roja, a pesar de lo cual fue agredido físicamente y herido en el costado durante una refriega callejera.

Los disturbios nocturnos eran algo habitual, normalmente exacerbados por la bebida. En una ocasión, dos hombres se pelearon por la posesión de un caballo; el príncipe Rupert salió y separó a los oponentes con un hacha de guerra, aunque no sin antes atravesar con su espada al caballo en disputa. Con Lovell ausente durante todo el mes de Agosto y Septiembre, Juliana yacía despierta por las noches escuchando los ruidos de la calle y esperando que los soldados, cuya paga siempre era incierta, no asaltaran la tienda del guantero. Con frecuencia la alarmaban gritos, golpes misteriosos o ruido de cristales rotos. Eran los alborotos corrientes de una ciudad universitaria, una ciudad llena de hombres, y a veces también de mujeres, que creían equivocadamente que podían aguantar la bebida o que habían perdido la voluntad para intentarlo. Por aquel entonces, los desórdenes nocturnos tenían cierta desesperación añadida causada por el peligro que entrañaban los tiempos. Las

mujeres de la ciudad estaban tan ocupadas que podían llegar a ser desdeñosas y agresivas. Las peleas eran más enconadas, los murmullos de las cópulas más exasperados, los chillidos repentinos más inquietantes, los propios silencios llenos de angustia. En la gran mayoría de las calles, no había iluminación. La oscuridad era turbadora. La luz de la luna o el brillo de las estrellas parecían incongruentes.

Oxford estaba tan superpoblada y tan miserables eran las condiciones en todas partes que, inevitablemente, aquel verano trajo consigo una epidemia. La llamaban fiebre del campamento, y fue reconocida como distinta de los habituales brotes de peste que aquejaban a todas las ciudades. Esta era una enfermedad nueva y, aunque los médicos insistían en que cobraría menos vidas que la peste normal, en Julio se registraron hasta cuarenta muertos por semana. Se supo que la mitad del ejército del conde de Essex estaba enfermo en Reading. Incluso el príncipe Maurice enfermó y le diagnosticaron la fiebre, si bien era un hombre fuerte y se recuperó enseguida.

La suciedad, los excrementos en las calles y en los vestíbulos de los colegios universitarios, el no cambiarse de ropa y una dieta pobre, todo contribuyó a ello. El exceso de población favoreció la propagación de la enfermedad. El salario de los que recogían las basuras de las calles se dobló, pero los malos hábitos de los cortesanos y la soldadesca hacía imposible mantener la salubridad. Resultaba espantoso estar embarazada. Con todo, de algún modo u otro, Juliana escapó a la fiebre.

* * *

Orlando Lovell cabalgó con el rey hacia Gloucester. La noticia de las terribles bajas realistas en la primera batalla de Newbury en Septiembre llegó a Oxford al mismo tiempo que el rey regresaba a la ciudad. Al no tener confirmación acerca de la situación de su esposo, Juliana experimentó más miedo que nunca mientras esperaba sola en su alojamiento, embarazada entonces de siete meses.

Fue Edmund Treves, quien seguía estando soltero y profesándole admiración, quien le contó que Orlando se hallaba sano y salvo. Treves le dijo que Lovell le había pedido que acudiera corriendo junto a Juliana y la consolara. Ella se figuró que Treves había actuado por propia iniciativa. Era un romántico ferviente. Aunque era una persona modesta, a Juliana no le resultaba difícil creer que Edmund seguía escribiendo poesía en su honor. No es que imaginara que su lírica tuviera mérito alguno; a Juliana la habían educado como lectora, y poseía un criterio literario claro.

Otras esposas quizás habrían supuesto que Lovell habría ido a una taberna en lugar de dirigirse directamente a casa, aunque Juliana no lo juzgaba un bebedor. También intentaba no pensar en él como en un hombre desconsiderado, insensato, egoísta e insensible. Era un hombre. O lo que era peor aún, era un soldado. Sin embargo, ella sabía que había muchos caballeros monárquicos a los que atormentaba la angustia de tener que separarse de sus esposas a causa de la guerra, hombres que tendrían en tierna consideración a su hijo nonato. De todos modos, Lovell nunca le

había prometido devoción. Juliana creía que era un esposo leal y esperaba que le fuera fiel, aunque en este caso era de una manera enérgica y poco sentimental. Contaba con que ella se proveyera de su propia fortaleza, y que se encargara de las disposiciones domésticas.

—Orlando vendrá en cuanto pueda. Me alegra saber que está bien, Edmund; ha sido un detalle por tu parte haber pensado en mí.

Había sido injusta con Lovell, y lo supo por lo que Edmund le contó a continuación:

—El príncipe Rupert se ha quedado en el campo, para hostilizar a Essex y a su ejército durante su marcha de regreso a casa. Yo tuve que volver con el rey y la infantería. Mi caballo se rompió una pierna.

—¿*Faddle*?

—Tuve que pegarle un tiro. ¡Sabe Dios cuándo podré conseguir otro!

—No es necesario que te molestes por mí, Edmund.

—¡Lo hago con mucho gusto! —declaró el pelirrojo, cuya tez clara se puso roja como la grana. Juliana suspiró. No veía a Treves como una amenaza... sin embargo, eso lo convertía en una responsabilidad aún mayor.

La frágil tregua que mantenía con Wakelyn Smithers podría estar en peligro si otro hombre la frecuentaba. Smithers no entendería que Edmund era refinado y bondadoso, cortés con su amigo Lovell, y que era muy poco probable que llegara a rozar siquiera a Juliana. Después del extraño comienzo de su relación, Lovell y ella consideraban a Edmund como un amigo de la familia, y pasaban por alto la naturaleza de la estima que le tenía a Juliana. La joven nunca abusó de ello. Tampoco lo subestimaba. No confiaría plenamente en él si estuviera ebrio, o si Lovell se mostrara demasiado desconsiderado con él, como haría algún día casi con toda seguridad...

Smithers guardaba las distancias con ella, pero la seguía observando. Por suerte, ya estaba tan voluminosa que hasta al guantero se le quitarían las ganas de acercarse a ella.

* * *

Lovell regresó finalmente. Se celebró un Real Consejo de Guerra en el Oriel College, con el objeto de reexaminar la estrategia para poner fin a la guerra. Sacaron a los soldados de los regimientos y guarniciones locales para que estuvieran con el príncipe Rupert en el oeste; Lovell también tenía que ir. Juliana se imaginaba, más que nunca, que cuando llegara el momento tendría que dar a luz sola. Estaba aterrorizada. Un día, durante la cena, llegó incluso a dirigirse a la hostil hermana de Wakelyn Smithers y le rogó que la atendiera en el parto. La mayoría de mujeres, fuera cual fuera su posición social, considerarían un deber acudir cuando una vecina iba de parto, pero la hermana de Smithers le respondió con vaguedad, y Juliana supo

que no podía contar con ella.

Al carecer de experiencia y no estar segura de para cuándo esperar el parto, este la pilló por sorpresa. Una mañana en la que Lovell todavía se encontraba en Oxford, retenido a causa del mal tiempo que impedía el combate, Juliana empezó a tener contracciones de improviso. Cuando rompió aguas, un susto para el que no estaba preparada, él no estaba en casa. Pasó las primeras fases del parto sola, y por la tarde empezó a temer que ya no podría arreglárselas durante mucho más tiempo. Al final, su esposo llegó a casa. Aliviada, le explicó la situación y lo convenció para que se quedara con ella.

A su manera, Lovell disimuló toda renuencia a verse involucrado. Se quedó sentado en la habitación durante una hora leyendo un folleto informativo. El periodismo había hecho que el inglés característico se convirtiera en sí mismo. Ahora, como dueño de la información que era, el esposo tenía la prerrogativa de hacerse con la mejor silla de la habitación, cosa que hizo Lovell, que tomó asiento en la que tenía los brazos de madera, la mejor para equilibrar los codos y controlar las grandes hojas. Normalmente, la silla estaba adornada con un cojín mullido que Juliana había cubierto con un elegante bordado Stumpwork (en relieve); Lovell se impacientó con el cojín y lo tiró al suelo. Se quitó las botas y las arrojó en direcciones distintas. Después, mientras su esposa sudaba, jadeaba y mordía la sábana detrás del dosel de la cama, a menos de tres metros de distancia, Orlando Lovell puso empeño en la convicción del hombre inglés de que podía sobrellevar cualquier crisis estudiando fijamente las noticias.

—¿Cómo te va, mi vida?

—Pasablemente...

—Me alegra oírlo. Ojalá pudiera ayudarte, querida, pero esto es tarea de la mujer.

Lovell consideró que resultaría de ayuda si le leía párrafos interesantes del folleto informativo. Sabía que Juliana se interesáis por el desarrollo de la guerra.

—Veo que ha habido un intenso tiroteo en Winceby. El conde de Manchester, ese idiota, con sir Thomas Fairfax (es el que se da aires de superioridad en la familia), además de un tal Cromwell, han dado una paliza a un par de caballeros monárquicos del norte... No conozco a este Cromwell. ¿Tú habías oído nombrarlo, mi vida?

—No. Orlando, tenemos que contratar a una partera... No estaba segura de cuándo llegaría el momento y no lo he consultado con ella, pero deberíamos llamar a la mujer autorizada...

—Bueno, podemos ahorrarnos un chelín y arreglárnoslas sin...

—Hay un chelín en la vasija de barro de la repisa de la chimenea... Lo he guardado especialmente; ¡no hay necesidad de andar escatimando! —Juliana, que se retorció sobre las sábanas sucias empapada en sudor, ya no pudo contenerse más—. ¡Si no me sacan de dentro a este bebé voy a morir... y el niño también, el pobre inocente que en ningún momento pidió tener por padres a unos irresponsables como nosotros! —Cuando la contracción más dolorosa de todas la desgarró por dentro, la

joven se dejó ir y gritó—: ¡Tienes que ayudarme, Orlando!

Oyó que la hoja volante caía al suelo. Lovell descorrió bruscamente las cortinas de la cama. Era un soldado. Sabía evaluar una situación. Empalideció.

—Haz todo lo que puedas para soportarlo... ¡Iré a buscar a alguien!

El susto que se llevó asustó todavía más a Juliana. En todos los años que hacía que lo conocía, aquella era la primera vez que Orlando Lovell demostró puro terror. «¡Vaya, he obrado un milagro!», pensó con orgullo fatalista. Alargó el brazo para tomar de la mano a Orlando, pero él retrocedió de un salto, nervioso.

En aquel momento, Juliana creyó verdaderamente que se estaba muriendo. Teniendo en cuenta las estadísticas de mortalidad infantil a nivel nacional, cualquier médico hubiese asentido. A juzgar por la desesperación con la que se calzó las botas embudo y la manera por la que se precipitó ruidosamente por las estrechas escaleras abajo, el capitán Orlando Lovell estaba al tanto de los peligros.

Tardó una eternidad en volver. Juliana lo había oído gritar agitadamente pidiendo ayuda a Smithers y a la hermana de este. La hermana siempre acudía a la casa a media tarde, pero precisamente aquel día había encontrado una razón urgente para desaparecer. Smithers también se había largado. Al no encontrar a nadie, a Lovell no le había quedado más remedio que salir. En el piso de abajo, reinó la calma.

Juliana sollozó. Temía que Lovell la hubiese abandonado.

Finalmente, unas voces llegaron a sus oídos a través del dolor que sentía, una era de mujer. Unos pasos subían las escaleras a un ritmo constante. Por un momento descabellado, Juliana fue presa del terror. «¡Santo cielo, me ha traído nada menos que a una irlandesa!». Acabaría avergonzándose de haberlo pensado.

Una desconocida de mediana edad, corpulenta e impasible, con un vestido de estambre de acertado color negro, se acercó a la cama. La señora se formó un juicio de todo con benévola indignación. Entre lágrimas de sufrimiento, Juliana vio un rostro cuadrado al que daban vida unos profundos hoyuelos y unos ojos de mirada sabia. Lovell se quedó atrás, nervioso.

—Mi vida, esta es la amable esposa del comandante McIlwaine...

La señora McIlwaine le propinó un coscorrón bastante fuerte.

—¡Venga ya, capitán Lovell! ¿Acaso es usted un monstruo para que a esta pobre chica no se le haya brindado ni una sola amiga en un momento como este? Deme un cuchillo; tengo que cortarme las uñas.

Lovell puso cara de desconcierto, Juliana lo entendió. De alguna manera, se las arregló para reírse y luego soltó: «Tu partera debe ser fuerte, callada y tranquila, con las manos limpias y las uñas muy bien recortadas...».

—¡Y que no empine el codo! —replicó la rescatadora en tono de eficiencia—. Aunque sabe Dios que eso sí es poco común... La alcahueta autorizada no ha podido dejar Saint Clement, está separando a unos gemelos miembro a miembro. Vendrá a verte dentro de poco con sus ganchos de hierro y su botella de cerveza, pero podemos arreglárnoslas nosotras solas sobre la marcha... Por norma general, considero ungrir

las partes con aceite de almendras dulces y violetas, pero me figuro que no encontraremos nada de eso en una casa de paganos. Tendremos que apañarnos con grasa de oca, si es que este zoquete holgazán que tiene por esposo puede bajar a la despensa... Solo una taza, capitán, si es usted tan amable, e intente que no haya demasiados trocitos repugnantes de carne quemada. La queremos para lubricar, no para hacer salsa.

Juliana ya no estaba sin amigos. Nerissa McIlwaine había llegado a su vida.

—¡Tráenos unos huevos Lovell! Y si tienes un poco de vino escondido por aquí dámelo, haz el favor. Tengo que hacer una tisana especiada relajante para esta señora y para mí.

—Tarea de mujeres —masculló Lovell entre dientes, al tiempo que salía corriendo a cumplir los encargos refunfuñando, pero aun así más tranquilo—. Rituales femeninos...

La señora McIlwaine lo había oído.

—«Elimina la luz, el aire... y los hombres»... Esto último está bien; lo demás son cuentos de viejas... ¡Si tiene que salir a comprar el vino, capitán Lovell, no se entretenga más de diez minutos! Después puede esperar abajo hasta que terminemos. Si necesito un brazo fuerte para tirar de un sitio mientras yo tiro de otro, lo llamaré para que vuelva a subir.

En medio de un continuo torrente de comentarios bruscos por el estilo, nació Thomas Lovell. Con los efectos calmantes de la tisana y la resbaladiza grasa de oca, no hubo necesidad de tirar. La señora McIlwaine se aseguró de traer al niño al mundo con suavidad. Lanzó su primer grito con fuerza, en tanto que su joven y agolada madre lloró pero sobrevivió. Incluso el padre volvió a animarse lo suficiente como para besar tanto a su esposa como a su colorado y arrugado hijo, tras lo cual saludó con gravedad a la mujer que había ganado la batalla. Después de esto, Lovell se sintió libre de olvidarse de la obligación tradicional de agasajar a los padrinos (puesto que todavía no había ninguno). Salió a emborracharse con el chelín de Juliana, el chelín que había ahorrado al no contratar a la partera autorizada.

CAPÍTULO XXIV

OXFORD, 1644

Al final, Juliana descubrió que Orlando conocía muy poco a la pareja irlandesa. Un encuentro casual en la calle cuando él corría de un lado a otro desesperado había propiciado el feliz desenlace. Para su esposa, aquella casualidad iba a suponer una alegría doble, pues fue el inicio de una de las principales amistades femeninas de su vida.

Tras haber examinado la deprimente habitación que ocupaba la pareja, la señora McIlwaine sometió a examen al casero; en un mordaz abrir y cerrar de ojos, se hizo una idea de aquel hombre, y luego reprendió a Lovell por haber dejado a Juliana sola cerca del asqueroso de Smithers. Sugirió que los Lovell deberían hospedarse con ella y el comandante Owen McIlwaine en Saint Aldate. McIlwaine era un hombre alto y enjuto de nariz prominente y orejas grandes que leía mucho, y que amaba a su esposa. Sus soldados lo apreciaban, y Lovell dijo que era un jefe eficiente y comprensivo.

Dicha circunstancia supuso un notable ascenso para los Lovell. No solo estaban bien situados, justo enfrente de Christ Church donde se alojaba el rey, sino que además las casas eran grandes y espléndidas. Por aquella época, era bien sabido que en Saint Aldate había tres condes, tres barones, unos cuantos baronets y varios caballeros. Reinaba la superpoblación, con un censo que registraba «408 forasteros» apiñados en setenta y cuatro casas junto con los habitantes originales. Aun así, era un vecindario codiciado. Los McIlwaine poseían recursos; alquilaban toda una casa y, aunque periódicamente la compartían con otros oficiales, que traían a sus esposas, hijos y en ocasiones soldados o criados, a los Lovell no obstante les dieron una buena habitación para ellos solos, donde al final la pequeña familia permaneció durante dieciocho meses. Entonces residían en unas habitaciones revestidas con paneles, techos de yeso ornamental y repisas decoradas sobre majestuosas chimeneas. Lovell, quién sabía con qué dinero, había realizado un pago de alquiler exuberante, cosa que probablemente no repetiría, si bien les proporcionó un comienzo libre de culpa. Juliana se sintió capaz de utilizar la excelente ropa de mesa y de cama de su abuela, y se atrevió a creer que por fin contaba con su propia vivienda. Su segundo hijo iba a ser engendrado y a nacer en la enorme cama de cuatro postes, con sus viejas cortinas bordadas.

En aquella casa iba a conocer el dolor, así como breves momentos de felicidad, pero durante un largo período principalmente el placer... En concreto el placer de vivir entre personas agradables, personas que le brindaban su amistad de buen grado. Aunque los McIlwaine eran una pareja tranquila que dejaba mucha intimidad a Juliana, también tenían acceso a la sociedad. Se relacionaban con la corte real porque

iban a la capilla de Queen's Catholic, en Merton. Allí había música; había obras de teatro y mascaradas; para los hombres estaba el tenis y los bolos. Se organizaban banquetes magníficos en los colegios universitarios, así como comidas sencillas en casa y en buena compañía. Para los que podían soportar sus privaciones, Oxford entrañaba incluso una sensación de entusiasmo. Era inconcebible que el rey perdiera la guerra o su corona; la ciudad poseía la atmósfera de una aventura temporal que algún día todo el mundo recordaría con nostalgia.

Juliana, que era muy joven y completamente inexperta, contó con una acertada orientación mientras aprendía a ser madre con su primer bebé. Nerissa había tenido hijos, aunque ya ninguno estaba con ella. Juliana tuvo la sensación de que los McIlwaine habían soportado muchas tragedias, tal vez allí, en Irlanda. En cualquier caso, Nerissa la ayudaba con moderación; quizá no quería encariñarse demasiado con el pequeño Tom Lovell. Pese a llegar a tomarle un gran cariño a Juliana, atenuaba su afecto refrenándolo, como si en la vida no se pudiera confiar en que nada durara.

Las diferencias religiosas solo se interponían entre ellas con cortesía por ambas partes. Al principio de conocerse, Nerissa le preguntó a Juliana si era católica, puesto que en parte era francesa. Roxanne Carlill siempre había afirmado ser una hugonote, aunque en su lecho de muerte había suplicado que le trajeran un cura católico y Juliana, a pesar de su desagrado, había encontrado uno de alguna manera. Fueran cuales fueran los orígenes de su abuela, a Juliana la habían educado como a una protestante en todos los aspectos. Su padre le había leído en voz alta fragmentos de la Biblia del rey Jacobo. Ella eludió la pregunta con una ligera sonrisa.

—Solo soy francesa en una cuarta parte. Por lo tanto, solo soy católica los lunes y miércoles por la tarde, nunca los domingos, pues eso evita que me descubran.

* * *

Aquel primer invierno fue crudo, con un tiempo continuamente deprimente y nevadas intensas. Era bueno hallarse en una casa ordenada en la que el fuego ardía que daba gusto en la cocina, y donde los inquilinos podían dejar sin problemas sus capas rígidas por el hielo sobre los respaldos de las sillas y rellenar las bolas salpicadas de barro con viejas hojas volantes, para que se secan junto a la chimenea durante la noche. En el mes de Enero, el Parlamento de Westminster ofreció el perdón a todos los realistas que se rindieran, tomaran el Covenant (el juramento presbiteriano) y pagaran una cuantiosa multa para compensar su pasado delictivo. Pese a sus grandes preocupaciones, pues la guerra continuaba, fueron muy pocos los que hicieron caso de la oferta en el cuartel general del rey.

Además, ahora había dos Parlamentos. El rey pidió a todos los miembros del Parlamento leales a la corona que se reunieran en Oxford con él, donde ya había tribunales de justicia, una casa de la moneda y la presencia real. El Parlamento de Oxford se reunió con un número considerable de miembros presentes: cuarenta y

cuatro lores y lo que era más sorprendente, más de un centenar de miembros de la Cámara de los Comunes, lo que significaba aproximadamente una cuarta parte de la Cámara baja. No fue un éxito. Aunque aquellos eran los miembros «leales», irónicamente el rey los encontró igual de dóciles que los rebeldes de Westminster. Se quejó a su esposa de «este lugar de mociones abyectas y propias de un amotinamiento... es decir, nuestro parlamento híbrido». No estaba en su naturaleza preguntarse por qué ninguna de las dos instituciones resultaba manejable.

En Marzo de 1644, cuando el tiempo se despejó, el príncipe Rupert partió para entrar en acción en el norte de las Midlands, y Lovell fue con él. En Abril, el rey mandó a la reina embarazada a Essex porque temía por su seguridad durante el parto: una vez más, habían llegado rumores de que el conde de Essex tenía intención de sitiar Oxford; a finales de Mayo, Essex y Waller realizaron un decidido esfuerzo por atrapar al rey. Essex marchó a través de los cercanos Cowley y Bullingdon Creen hacia Islip, y luego avanzó hacia Woodstock, que se encontraba a un mero paseo de distancia; como una bravuconada, el rey pasó un día cazando en Woodstock. Mientras tanto, Waller cruzó a la fuerza por Newbridge y todo lo más que pudo acercarse fue hasta Eynsham. Los soldados parlamentarios se acercaron tranquilamente para inspeccionar las defensas de la ciudad, como espectadores en una feria. Se realizaron algunos disparos. El rey engañó a Essex y escapó calladamente con cuatro mil quinientos hombres, emprendiendo una marcha que duró toda la noche. Se dejaron mechas encendidas colgando de los setos para hacer creer a Essex que el ejército real seguía allí. (Este truco se utilizó en tantos combates que resultaba sorprendente que pudiera llegar a engañar a alguien). El cerco alrededor de Oxford por parte de los parlamentarios terminó temporalmente, aunque los alarmados habitantes de la ciudad tardaron cierto tiempo en relajarse del todo.

A finales de Mayo, además, el príncipe Rupert recibió órdenes de dirigirse hacia el norte. El motivo fue un tratado que John Pym había firmado con los escoceses poco antes de morir en Diciembre de 1643. Consternado por el hecho de que tres cuartas partes del reino estuvieran entonces en manos realistas, Pym había aceptado la oferta de ayuda por parte de los escoceses. Ellos también estaban alarmados por las perspectivas de una victoria real, lo cual implicaría inevitablemente más intentos de derrocar su sistema presbiteriano. Las noticias de que Carlos estaba negociando para traer un ejército irlandés en su apoyo hicieron que los escoceses se mostrasen aún más entusiastas.

Gracias al tratado de Pym con los escoceses iba a reformarse la religión en Inglaterra. Jurar lealtad al Covenant iba a ser un requisito para todo el mundo. El juramento tenía 1252 palabras en total. Sus cláusulas destacadas incluían:

Recordando las tramas, conspiraciones, tentativas y prácticas traicioneras y sangrientas de los enemigos de Dios contra la religión verdadera y a aquellos que la profesan en todas partes (...) ahora por fin (tras otros métodos

de súplica, reproche, protesta y sufrimiento), con objeto de preservar nuestra religión y a nosotros mismos de la ruina y destrucción absolutas (...) hemos resuelto y decidido entrar a formar parte de una Solemne y Mutua Asociación y Acuerdo que todos y cada uno de nosotros suscribimos y, con nuestras manos alzadas a Dios en las alturas, juramos (...) intentaremos por todos los medios llevar las Iglesias de Dios de los tres reinos a la más cercana conjunción y uniformidad en la Religión, Profesión de Fe, Forma de Gobierno de la Iglesia, Guía de Ceremonias y Catequesis; que tanto nosotros como nuestra posteridad, como hermanos, viviremos en la fe y el amor, y que el Señor se deleite morando entre nosotros.

En resumen: nada de papismo.

Los puritanos acérrimos no lo consentirían. Siempre que se mencionaba «Forma» y «Guía», los independientes retrocedían de un salto y hacían rechinar los dientes. Para ellos, la normativa rígida y entrometida del presbiterianismo era igual de detestable que la jerárquica Iglesia Católica Romana. Habría problemas. Los miembros del Parlamento y oficiales militares de distintos rangos no tardaron en tratar de eludir el Covenant, aun cuando el juramento se había convertido en un requisito de la vida pública. Sin embargo, el primer resultado les vino bien: un enorme ejército de escoceses emprendió la marcha y cruzó la frontera para apoyar la causa parlamentaria en fraternidad.

Esto forzó un cambio en la estrategia del rey. Hasta el momento, el extravagante, rico y poderoso conde de Newcastle, recientemente nombrado marqués, había dominado el norte pese a todos los esfuerzos de los comandantes parlamentarios, en particular de lord Fairfax y su hijo sir Thomas. Newcastle se vio entonces obligado a abandonar la marcha hacia el sur. Los Fairfax eran demasiado peligrosos, y tuvo que realizar unas maniobras desesperadas contra los escoceses.

En Yorkshire, los escoceses se reunieron con sir Thomas Fairfax, que se hallaba fresco tras una hiriente y aplastante derrota infligida a los realistas en Nantwich. A Newcastle lo cogieron desprevenido, y se vio obligado a refugiarse en la importante ciudad de York. Entonces York fue asediada de manera sistemática. Mientras tanto, en el sur, Waller había frenado a las fuerzas realistas que comandaba Hopton en un combate que tuvo lugar en Alton, el príncipe Maurice estaba ocupado en un asedio interminable en Lyme, y Essex había demostrado ser capaz de contener cualquier movimiento por parte del rey. El otro grueso principal del ejército parlamentario era una fuerza de la Eastern Association que comandaba el conde de Manchester, junto con su hasta entonces poco conocido segundo, Oliver Cromwell. Este ejército ya había tenido éxito, por consiguiente se le ordenó dirigirse al norte para cooperar con Fairfax y los escoceses, una unión formidable.

El rey Carlos consideraba que su corona dependía de la suerte que corriera York. Envió al príncipe Rupert con todos los hombres de los que pudiera disponer. Tanto

Orlando Lovell como Owen McIlwaine, quien para entonces había sido ascendido a coronel, lo acompañaron. La partida de los dos, una de tantas de las que salpicaban la vida de Juliana, conllevó la acostumbrada e intensa actividad que precedía a una gran expedición. La vida giraba en torno al equipo y los arreos y, mientras los hombres daban instrucciones domésticas absolutamente innecesarias en un deseo desesperado de última hora por controlar sus casas, las mujeres ocupaban su verdadera independencia y disimulaban sus miedos.

Después de que dichos hombres volvieran a marcharse a lomos de sus monturas, cuando el torbellino se calmó, Juliana Lovell y Nerissa McIlwaine se acomodaron junto a la chimenea del salón. El bebé se quedó dormido en su cuna; Tom era un niño tranquilo. Tenían pan con queso, por si estaban de humor para tostarlos. Una sirvienta cantaba en la cocina mientras se ocupaba de un caldero de repollo y un pudín holandés. La señora McIlwaine se inclinó hacia delante y atizó las brasas lo justo para que se alzara una llama, sin malgastar. Juliana se echó un chal sobre los hombros para estar más comfortable. Mientras se relajaban juntas y disfrutaban de la paz que se había instaurado en la casa vacía, cada una de las mujeres esbozó una sonrisa, aunque no se miraron a los ojos. Eso hubiera significado reconocer sus pensamientos no expresados: «Nos hemos librado de los hombres. ¡Ahora estaremos más cómodas!».

* * *

Mientras aguardaban noticias o el regreso de sus esposos, encontraron ocupaciones adecuadas para unas damas de renombre. Llevaban sus diarios y escribían cartas a sus «soldados». Juliana cosía y leía. Nerissa rasgueaba un laúd, cuando no organizaba a la muchacha de la cocina. A veces salían a pasear por los parques y jardines de la universidad, aunque eso estaba lleno de problemas. New College Grove, el lugar donde las señoras de los grandes caballeros monárquicos ataviadas con vestidos reveladores desfilaban para impresionar a burdos galanes, había adquirido una dudosa reputación. Las realistas más jóvenes, unas coquetas egoístas, habían atormentado a los profesores universitarios con lo que ellas llamaban «jugueteos» y los ancianos profesores veían como una alteración provocada por unas frescas. Para las mujeres que no querían que se las considerara así de licenciosas, lo mejor era evitar deambular por los colegios universitarios (que entonces apestaban a caballos y a cosas peores) y dedicarse en cambio a buenas obras: Juliana y Nerissa iban a atender a los soldados heridos, llevando consigo cestos con vendas y ungüentos.

Su gran desafío era el castillo, allí donde se hallaban retenidos los prisioneros parlamentarios. Desde que llegó el primer grupo numeroso, un millar de hombres traídos tras la caída de Cirencester en el invierno de 1642-1643, las condiciones de los prisioneros en Oxford habían sido bien conocidas. A los cautivos de Cirencester los habían conducido a un campo para que unos oficiales altaneros los examinaran amenazándolos con la horca; los encerraron en una iglesia fría, los desnudaron, los

privaron de comida durante dos días y, a continuación, los condujeron a través de la nieve, descalzos y con la cabeza descubierta, algunos de ellos sin ni siquiera bombachos, maniatados con trozos de mecha. Al llegar a Oxford, los hicieron desfilar como perros encogidos de miedo ante el rey y sus dos jóvenes hijos, que se deleitaron con el deprimente espectáculo. A los más afortunados, los metieron en iglesias. Los más desafortunados fueron encarcelados en el castillo, donde se les daba un tratamiento deplorable con objeto de persuadirlos para que se arrepintieran, cambiaran de bando y se sumaran al ejército del rey.

En un principio, el castillo estaba bajo el mando de un jefe de la policía militar, un sádico llamado Smith, un hombre terrible que trataba a los prisioneros con crueldad «turca». A la élite, unos cuarenta caballeros aproximadamente, la retenían en una pequeña habitación en Bridewell, la prisión de los pobres; allí los golpeaban, los torturaban con mecha ardiendo y dejaban que sus excrementos se fueran acumulando hasta que les llegaban a los tobillos. Smith acosaba con insultos a algunos pastores puritanos encarcelados, y los hacía dormir sobre el suelo de piedra sin ni siquiera un puñado de paja sucia sobre el que tenderse. En cuanto a los soldados rasos, Smith les negaba la atención médica y los tenía tan apiñados que los hombres tenían que dormir unos encima de otros. Asignaba un cuarto de penique al día para alimentarlos, pero no les proporcionaba agua fresca. Bebían el agua en la que se habían lavado los soldados realistas, bebían de charcos embarrados en el patio, incluso se bebían su propia orina. Morían hombres a diario, ya fuera por semejante desatención, ya por los efectos posteriores a la tortura; a dos de ellos les quemaron los dedos hasta el hueso por haber intentado escapar. Arrojaron el cadáver de un ahorcado en la celda de un oficial, donde pasó varios días pudriéndose hasta que un cuantioso soborno consiguió que se lo llevaran.

Al final, cuarenta prisioneros consiguieron fugarse y llegar a un lugar seguro, y entonces lo contaron todo. Smith se convirtió en semejante sinónimo de brutalidad que hasta su propio bando lo repudió. El Parlamento de Londres debatió el tema, y el Parlamento de Oxford hizo que lo encarcelaran después de pasar tres días en la picota.

Las condiciones en el castillo mejoraron, pero el encarcelamiento se seguía considerando un castigo justo para los rebeldes, además de una medida disuasoria. Aquellos que rechazaban la opción de cambiar de bando podían tener la suerte de ser liberados en un intercambio de prisioneros, pero esto era muy poco frecuente; podían pasarse años languideciendo en celdas atestadas. Para la comida, ropa y material de escritura tenían que depender de los amigos y familiares, lo cual resultaba imposible cuando se hallaban retenidos en plazas fuertes enemigas. Sus vidas pasaban de la humillación de la captura, a la malnutrición, la depresión y el desespero. Con frecuencia, los supervivientes aquejaban úlceras, diarrea y artritis. Al no hacer ejercicio, al no vislumbrar la luz del sol y al no tener nada más que hacer que gravar sus calendarios y nombres en las paredes de la prisión, algunos empezaron a sufrir

alucinaciones. Como estaban débiles, si contraían la fiebre de la cárcel, no tardaban en morir. Muchos perecerían. Todos sabían que la muerte era el final más probable para ellos.

Nerissa McIlwaine y Juliana Lovell estaban dispuestas a llevar comida y medicinas a los soldados retenidos en el castillo. A los prisioneros se les permitía recibir visitas de inspección por parte de los de su propio bando; aunque eran poco frecuentes, estas visitas los alegraban porque sabían que no se habían olvidado de ellos completamente. Sin embargo, las peticiones para ofrecerles caridad eran denegadas. Un ayudante de carcelero de la puerta del castillo en el Mound negó la entrada a Nerissa y Juliana.

—No son más que rebeldes y traidores, señoras. Lo único que se merecen es la ejecución.

—Si abandonamos nuestra urbanidad y humanidad —le sermoneó Nerissa McIlwaine—, nos negamos la gracia.

Cuando el hombre preguntó con desdén a las dos mujeres por qué iban a querer ayudar al enemigo, ellas dieron una respuesta simple. Juliana se lo explicó:

—Si alguna vez capturan a nuestros esposos, esperamos que alguna buena mujer entre el enemigo se muestre también amable con ellos.

Esto no convenció al carcelero, que no las dejó entrar.

* * *

A principios del mes de Julio, tuvo lugar una batalla crucial. Se sabía que el príncipe Rupert recorría el norte pegando tiros a la cabeza de un ejército numeroso que, con los refuerzos, había alcanzado más de catorce mil efectivos entre caballería e infantería. Atravesó Cheshire y Lancashire, había tornado Stockport y Bolton por asalto, había encontrado resistencia en Liverpool, cruzó los Peninos, llegó al castillo de Skipton y sorprendió a sus oponentes apareciendo en Knaresborough. Con la súbita aproximación de Rupert, los parlamentarios levantaron el sitio de York y empezaron a alejarse hacia el sur. Aunque lord Newcastle quería que su guarnición, exhausta, descansara y aguardara a que los ejércitos enemigos se dispersaran a su ritmo, el príncipe Rupert siempre prefería combatir. Los aliados parlamentarios, que sumaban entre unos veinte y treinta mil, mucho más numerosos incluso que su enorme formación, supieron de sus ansias y dieron media vuelta para presentar batalla. Los realistas, que ocupaban el mejor terreno, formaron en Marston Moor. Disponían de mucho espacio en un páramo despejado, protegido por un camino y una zanja considerable que dificultarían las cargas enemigas.

El 9 de Julio, la noticia de que el príncipe Rupert había conseguido una gran victoria realista llegó a Oxford. Se decía que uno de los líderes parlamentarios, el conde de Manchester, había muerto, y que sir Thomas Fairfax y el general de los escoceses David Leslie habían sido capturados. Estalló el regocijo general. Se

encendieron hogueras. La cerveza circuló por las calles en grandes cantidades. Sonaron las campanas.

Al cabo de tres días, el rey, que se hallaba con sus propias tropas en el oeste, recibió el despacho del príncipe contando la verdadera historia. Marston Moor fue un desastre, una derrota sangrienta. El norte estaba perdido. York estaba perdida. La deseada marcha sobre Londres no tendría lugar. Las mejores tropas del rey habían sido diezmadas o destruidas. La famosa infantería de lord Newcastle, sus Casacas Blancas, se había mantenido firme y habían muerto todos sin excepción. Su desacreditado comandante había huido al continente. La fabulosa reputación del príncipe Rupert estaba hecha trizas.

El Parlamento había hallado una nueva esperanza en Oliver Cromwell. Para él, la batalla fue un triunfo personal; al principio, comandando a sus Ironsides, o «costillas de hierro», había dispersado a la caballería de élite de Rupert, y luego la inteligencia y la disciplina le permitieron salvar la situación en otra parte en el momento decisivo. Gracias a Cromwell, Marston Moor podía ser un acontecimiento crucial de la Guerra Civil.

* * *

En Londres, enseguida se imprimieron informes exactos de la batalla. La realidad se filtró por el valle del Támesis hasta el cuartel general de los realistas. Desde la perspectiva de Oxford, la batalla que había tenido lugar en el norte parecía ya muy lejana y difícil de apreciar. El falso ambiente de júbilo se fue apagando, pero lentamente. Durante un tiempo, no trajeron heridos al sur; pocas esposas sabían con certeza si habían enviudado; no había testigos presenciales de lo que se contaba. Todo parecía irreal. El rey, que había estado entreteniéndose con sus interminables maniobras contra Essex y Waller, en aquellos momentos se hallaba cercado en West Country, de modo que no había ningún testimonio de su reacción. Se creía que el príncipe Rupert se había refugiado en Chester con los despojos de su caballería, pero nadie lo sabía con seguridad ni podía decir cuándo podría reaparecer en Oxford, si es que lo hacía algún día.

* * *

La vida continuaba. Poco a poco se aceptaría que Marston Moor fue crucial. El rey, esperanzado como siempre, optimista como siempre cuando se enfrentaba a las bajas, tranquilizó a sus partidarios abatidos asegurándoles que ese tipo de reveses sucedían, y que bien podía ser que la fortuna volviera a cambiar en su favor. La actitud de Carlos no tardó en parecer justificada cuando, después de derrotar a William Waller en Cropredy Bridge, se le brindó una gran oportunidad: el conde de Essex

deambulaba por Dorset y Devon capturando casas realistas y liberando Lyme y Plymouth y, después, en una decisión que sería desastrosa, continuó hacia la península de Cornualles. Habiendo derrotado a Waller, el rey Carlos no corría peligro siguiendo a Essex. Los parlamentarios llegaron a una zona en la que hasta el último de sus pobladores era realista. Al final, Essex se vio completamente atrapado en Lostwithiel. Aunque su caballería se abrió paso a la fuerza y el propio Essex escapó por mar en una barca de pesca, la infantería se vio obligada a rendirse a causa del hambre. Depusieron las armas, y se les permitió salir y marcharse, si bien los hombres del rey los sometieron a todas las vejaciones, insultos y privaciones posibles mientras los soldados se esforzaban por recorrer Inglaterra para volver a casa andando.

En tanto que el rey se regocijaba, el Parlamento se apresuró a convocar de nuevo a las tropas de la Eastern Association en el sur. Tenían que unirse a los restos del ejército de Waller e impedir que el rey consiguiera una rápida y fácil victoria. Tuvo lugar una segunda batalla en Newbury. El débil despliegue por parte del conde de Manchester permitió que el rey eludiera lo que debería haber sido una acción decisiva: su apresamiento. Fue a la sazón cuando la exasperación de Oliver Cromwell con lord Manchester lo llevó a abogar por un nuevo tipo de ejército, el cual se concentraría a las órdenes de un solo comandante probado y decidido. Pero mientras la idea se debatía en el Parlamento, el año terminó con un *impasse* igual que antes, casi daba la impresión de que la victoria de las tropas del Parlamento en Marston Moor no contaba para nada.

* * *

El domingo de primeros de Octubre se declaró un incendio terrible en Oxford. Para la guarnición, los habitantes de la ciudad y para aquellos que los ejércitos en campaña habían dejado atrás, dicho acontecimiento adquirió mucha más importancia que cualquier aspecto de la guerra. Empezó cuando un soldado de infantería que había robado un cerdo estaba asando al animal en una vivienda abarrotada, situada cerca de la puerta Norte. La pequeña casa prendió. Avivadas por un fuerte viento del norte, las llamas se propagaron rápidamente. Una espantosa conflagración se extendió a toda prisa por gran parte de la zona oeste, desde el sur de George Street a Saint Ebbe, destruyendo viviendas, establos, panaderías y cervecerías. Además de proporcionar alojamiento a los soldados, era una zona de obreros y artesanos que vivían en casitas atestadas con demasiados tejados de paja y heno y chimeneas de madera. En aquella época, las casas de Oxford solían construirse de madera más que de ladrillo o piedra. Las vigas, marquesinas y molduras decorativas se habían vuelto grises con los años y estaban secas como la yesca; la proximidad de los edificios contribuyó a que las llamas saltaran ferozmente a través de entradas y corredores.

Juliana había oído el humo. La casa de los MacIlwaine no lardó en hallarse

amenazada. Sobrevivió, pero Juliana y su amiga ya habían empezado a reunir frenéticamente todo lo que pudieron, aunque Juliana apenas podía llevar nada más que el bebé. En la calle, solo se estaban realizando unos esfuerzos desganados por combatir el fuego, pues no había un buen acceso al agua. Se trajeron escaleras para rescatar a las personas atrapadas (o para permitir que los ladrones se aprovecharan de las casas abandonadas), pero las calles estaban llenas de habitantes que huían dando gritos, que se precipitaban en todas direcciones sin saber dónde refugiarse. Algunas personas llevaban sus pertenencias en hatillos, pero lo único que preocupaba a la mayoría era salvar la piel.

Al notar la aproximación de la oleada de calor, y presas del pánico, ambas mujeres salieron a toda prisa a la Calle Mayor. Nerissa se llevó a Juliana a la seguridad de Christ Church, donde el enorme patio interior y la sólida mampostería ofrecerían protección si el fuego cruzaba la calle. No obstante, finalmente el incendio fue extinguido, y cuando regresaron a casa la encontraron tal como la habían dejado, aunque todas las habitaciones y todo lo que poseían estaba lleno de hollín y apestaba a humo. Se pasaron días tosiendo y el hedor duró semanas. Juliana se sorprendía en ocasiones oliendo el aire de manera obsesiva y mirando detenidamente por las ventanas por si acaso se hubiese iniciado otro incendio. Dormía mal y tenía los nervios a flor de piel.

Empezaron a hacerse colectas para la gente sin hogar, muchos de los cuales, además, habían perdido sus negocios con sus talleres. La ayuda para estas gentes, sin embargo, fue pobre e irregular. Dos décadas más tarde, los indigentes todavía estarían suplicando ayuda. Ochenta casas quedaron asoladas. El pan y la cerveza escaseaban puesto que el fuego destruyó la mayor parte de cervecerías, panaderías y fábricas de malta. Los puestos de los carniceros en Queen Street también habían desaparecido. Sin embargo, había comida. Oxford siempre contaba con un buen suministro de provisiones. El rey ordenaba repetidamente a todas las familias que se aprovisionaran para sobrevivir a un asedio.

* * *

A finales de mes, y de manera inesperada, Juliana llegó un día del mercado y vio unas botas calentándose junto al fuego, botas de caña enorme en forma de embudo, con unos refuerzos de cuero en forma de mariposa en los empeines, en los cuales se sujetaban unas magníficas espuelas. McIlwaine y Lovell habían regresado. Juliana encontró a su esposo en el dormitorio de ambos, tendido bocabajo en la cama con los brazos y piernas extendidos.

Al principio, Juliana se convenció de que Lovell no había cambiado. Tanto él como el coronel parecían más reticentes y hastiados, aunque ninguno de los dos había resultado herido de gravedad. Hablaron solo brevemente sobre la batalla de Marston Moor. McIlwaine se las había arreglado para huir con el príncipe Rupert, cosa que le

salvó la vida puesto que, de haber sido capturado, lo hubieran fusilado por ser irlandés. Tras pasarse la noche ocultos en un campo de judías (una historia que a sus enemigos les encantaba, pero a la que él restaba importancia), Rupert se reunió en York con aquellos de sus hombres que habían sobrevivido, y rechazó una petición del marqués de Montrose para combatir en Escocia; en cambio, cabalgó de nuevo a través de los Peninos en busca de rezagados. Mientras tanto, Lovell había perdido su caballo y fue capturado por los «cabezas redondas» después de pasarse horas en un húmedo aulagar. Aun así, a diferencia de gran parte de los mil quinientos prisioneros capturados tras la batalla, él había escapado de algún modo. Durante las semanas subsiguientes en casa dijo muy poco sobre lo que le había ocurrido.

Poco a poco, los recuerdos oscuros de los dos hombres fueron haciéndose patentes. La primera vez que sus esposos reaparecieron, Juliana y Nerissa intercambiaron unas miradas discretas y no hicieron preguntas. Cuando Lovell entró en la cocina donde el coronel McIlwaine estaba probando unas pequeñas empanadas con la misma cautela que si no hubiese visto nunca una empanada, Juliana llevó al niño para que lo viera su padre. Hacía seis meses que no veía al pequeño. Lovell reaccionó haciendo unos comentarios educados sobre cómo se había desarrollado Tom. Sostuvo al niño en brazos, lo mantuvo en su regazo largo rato, mirando fijamente al fuego. Sin embargo, Juliana tuvo la sensación de que no estaba disfrutando de su hijo, simplemente parecía utilizarlo de edredón.

Aquella noche, en la cama, Juliana quedó sorprendida por la nueva fuerza y apremio de Lovell al hacer el amor. Una joven estúpida podría haberse pavoneado de que la había echado de menos..., lo que sin duda era cierto. No obstante, Juliana se percató de que, mientras agotaba su pasión, él se había encerrado dentro de un suplicio que tal vez nunca compartiría con ella. Lo que estaba haciendo era borrar sus decepciones a través del esfuerzo sexual. Su ferocidad era un castigo..., aunque raramente podía estar dirigido a Juliana porque..., ¿acaso había hecho algo mal? Ella procuró consuelo conyugal, pero le resultó doloroso y la asustó. Al final, la extrema pasión de Lovell le hizo sospechar la verdad; no pudo evitarlo, pero cuando se dejaron caer exhaustos permanecieron tendidos en silencio y sin comunicarse y, en la oscuridad, sin una lágrima, Juliana no durmió. Se sentía utilizada como una puta. No podía remediar su enojo.

Al día siguiente, mirándose los morados mientras Lovell seguía durmiendo profundamente, se preguntó si en la cama de los McIlwaine habría tenido lugar una escena parecida. Cuando bajaba por las escaleras, casi creyó oír llorar a un hombre, aunque no pudo creerlo. Nerissa McIlwaine no apareció aquella mañana y, cuando Juliana la encontró untando calladamente mermelada de ciruela damascena en un mendrugo de pan, le pareció imposible hacer preguntas íntimas.

En algún momento, antes de que terminara el año, fue concebido el segundo hijo de los Lovell.

El rey pasó el invierno serenamente en Oxford. Nada indicaba que las cosas

fueran a cambiar nunca.

CAPÍTULO XXV

OXFORD, 1645

Las Navidades trajeron consigo una atmósfera más cercana a la normalidad. Sin embargo, las semanas anteriores habían sido lúgubres. El trato con los hombres había resultado difícil desde su regreso. Lovell estaba irritable y distante. Owen McIlwaine estaba bebiendo mucho, lo cual era muy raro en él; Juliana se fijó en que su esposa, que podía llegar a ser muy directa y franca, no lo criticó. Nerissa ya debía de haberlo visto así en otras ocasiones. Con frecuencia, los hombres se marchaban para estar con otros soldados en las tabernas y estrechar lazos frente a numerosas jarras de cerveza.

—Se mantienen unidos para intentar olvidar —explicó Nerissa a Juliana.

—¿Omitiendo confiarse a nosotras?

—No estaban preparados para semejante derrota sangrienta. Su instinto es proteger a sus familias para que no sepan lo que tuvieron que soportar. No hablarán delante de nosotras; sin embargo, necesitan hacerlo, confía en mí. Ya debes de haber notado que ambos están constantemente en guardia. Saltan como gatos a la más mínima alarma.

—A Orlando lo atormentan los recuerdos y los terrores nocturnos. —Juliana había descubierto que, cuando Lovell no se metía nunca en la cama, era por miedo a las pesadillas escabrosas—. No hago nada bien; él ya ha roto tres platos y, sin embargo, le echa la culpa a mi torpeza.

—Muchas mujeres han dejado a sus esposos en estos momentos de sufrimiento y se han ido a casa con su madre. Yo estoy demasiado lejos de casa para hacerlo...

—Y mi madre no está viva. —Juliana había aceptado a Lovell como un reto; no iba a abandonarlo—. ¿Qué podemos hacer, Nerissa?

—Nada. Vivir con ello.

Juliana procuró hablar con Lovell y, con mucho tacto, le hizo algunas preguntas generales sobre Marston Moor. Al principio, cuando Orlando montó en cólera, ella se echó atrás, pero luego volvió a sacar el tema hasta que él bajó la guardia. Por amargado que pudiera estar, Orlando Lovell siempre había sido consecuente con su inteligencia. Vivía con un enojado conocimiento de sí mismo. Había aplicado la honestidad a su matrimonio; una cortesía que él otorgaba formalmente a Juliana como su esposa. Así pues, poco a poco, Orlando fue permitiendo los sondeos de Juliana, que con gran delicadeza, consiguió arrancarle una descripción del gran conflicto.

Orlando empezó con su habitual menosprecio hacia Rupert, y continuó echándole la culpa a lord Newcastle.

—Sin embargo, Orlando, el hombre ha gastado toda su enorme fortuna al servicio

del rey, ¿no?

Lovell despotricó contra el estilo de vida hedonístico del duque antes de la guerra: sus veladas legendarias y su pasión tanto por el adiestramiento de caballos como por los banquetes.

—¡Oh, sí! Es un gran entusiasta. Caballos, mujeres, arte, arquitectura y, hasta ahora, la causa real. Pero después de Marston Moor huyó al continente... le dijo a Rupert que no soportaría las risas de los cortesanos.

—¿Fue el culpable del desastre?

—Cuando los rebeldes atacaron, este miembro de la nobleza que es Newcastle se había retirado a su carruaje para disfrutar de una pipa de tabaco.

—Coincidió en que eso estuvo muy mal. Pero lord Goring estaba al mando de la caballería de Newcastle en el ala derecha, ¿no? —preguntó Juliana.

—¡Goring se emborracha todas las noches hasta caer redondo bajo la mesa! — Lovell estalló de nuevo presa de la furia—. No hay nadie que iguale su capacidad para el pecado. No hace más que beber vino, jugar e ir de putas. Es un mito por su libertinaje... y por no saber controlar a sus hombres. Mira cariño, ese idiota había derrotado a Fairfax, quien huyó en desbandada hasta perderse de vista. Si Goring no hubiera salido del campo de batalla para ir en busca del tren de bagaje de Fairfax, nuestra situación hubiera sido totalmente distinta. Sus jefes, el incompetente de Manchester y ese escocés adusto, Leven, se habían rendido. Leven salió corriendo asustado del campo de batalla y no paró hasta haber recorrido catorce millas.

—¿Se dicen cosas mejores de sir Thomas Fairfax?

Más calmado, Lovell consideró la pregunta con cierto interés.

—Que es un norteño enfermizo, tozudo y de una valentía peligrosa. Los ejércitos cuentan con este tipo de personajes, hombres que se enardecen cuando empieza la acción. Oímos que Fairfax se había encontrado solo, que se despojó de su banda de oficial y de la identificación de su sombrero y que atravesó las líneas de Goring sin que lo reconocieran. Esto fue nuestra perdición. Fairfax llegó hasta Cromwell y le proporcionó toda la información; Cromwell sabía que había que ser persistente, metódico, avanzar siempre, no cejar en el empeño. Así pues, condujo a sus tropas trazando una curva para eliminar a los hombres de Goring.

—¿Y qué se sabe de ese tal Cromwell?

—Nada. Solo que nos desbarató y que mantuvo a sus hombres bajo control... cosa que Rupert nunca es capaz de hacer. Cromwell cruzó todo el campo y, cuando hubo reducido a la caballería de Goring, se dio media vuelta hacia el centro y destruyó nuestra infantería.

—¿Fue un combate duro?

—Una carnicería. Tajos y estocadas. Miembros volando por los aires, hombres con el rostro arrancado, con el costado desganado, con los sesos derramándose de la cabeza...

De pronto, Lovell se quedó callado. Había llegado el momento de dejarlo.

Juliana, que tenía la mano en el hombro de su esposo, vio el brillo del sudor en su cara. Le trajo otra vez a su hijo, para que este le recordara la vida, la esperanza y, tal vez, la responsabilidad.

* * *

En esta atmosfera de desánimo, llegaron las Navidades. Con el comienzo de las celebraciones tradicionales, los hombres se unieron para acompañar a sus esposas. Fue el año en que, como respuesta a ese Covenant firmado con los escoceses, una comisión parlamentaria estaba decidiendo de qué manera iba a reformarse la Iglesia de Inglaterra. La Navidad figuraba en la lista de reformas. El Covenant requería que se erradicara «la superstición, la herejía, el cisma, la profanación y todo lo que pueda considerarse contrario a la doctrina válida y al poder de la devoción». La eliminación de las supersticiones estipulaba un orden de desmantelamiento. No solo se retiraría de las iglesias todo el revoltijo de idolatría (cuadros, vidrieras de colores, estatuas, crucifijos y las odiadas rejas del altar que el arzobispo Laud había mandado colocar), sino que se iba a limpiar también el calendario. A partir de entonces, no habría festividades paganas ni fiestas de santos. Los únicos días festivos serían los domingos y alguna que otra celebración nacional, como el 5 de Noviembre, el Día de Guy Fawkes, el día en que se evitó la gran conspiración papista para volar el Parlamento. Y, por supuesto, se prohibiría la celebración de las Navidades.

Los realistas, a modo de desafío, celebraron la Navidad con entusiasmo. Los ricos demostraron su generosidad (dentro de unos límites), los pobres fueron bienvenidos (dentro de unos límites) y bien recibidos en unos salones cálidos que se habían decorado con acebo y hiedra. Resonaron los villancicos, en ocasiones incluso afinados. Las empanadas de carne picada y el potaje de ciruelas, que para los presbiterianos eran platos papistas, se convirtieron en emblemas políticos para los realistas, por lo que disfrutaban el doble comiendo. Había carne de ternera y de añojo; había cuello de jabalí asado con romero..., capones, gansos y pavos.

A todo ello siguió la alegre y típica indigestión inglesa, que los más sensatos contrarrestaban paseando por el campo las noches estrelladas. En la ciudad, las calles eran un hervidero de actores de pantomima, algunos de los cuales llevaban el espíritu de las cosas peligrosamente lejos exigiendo no simplemente las tradicionales limosnas y obsequios navideños, sino también dinero con amenazas. El hecho de negárselo porque eran irresponsables y agresivos resultaba perturbador para el que se negaba, que aun así había querido ser generoso. Sin embargo, las viejas tradiciones no se pierden fácilmente. Las prisiones municipales estaban tan llenas como las tabernas, y eran igual de ruidosas. Solo reinaba la desesperación en las cárceles que albergaban a prisioneros políticos.

Los McIlwaine y los Lovell cenaron en uno de los colegios universitarios de Oxford, donde se llevó en procesión una fragante cabeza de jabalí hasta la cálida sala,

al tiempo que, desde la galería, unas voces jóvenes y fuertes de una belleza enternecedora entonaban antiguos cánticos navideños. La plata que, de algún modo, se había salvado de la requisita, brillaba a la luz de las velas, mientras los asistentes, con alegría, se ponían morados de comida y bebida. Las mujeres se habían arreglado los vestidos con galón nuevo, y los hombres habían adquirido de algún modo unos trajes nuevos a la última moda: chaquetas cortas y decoradas, bajo las cuales sobresalían varias pulgadas de camisa; luego, unos bombachos cuyas perneras anchas y sueltas bajaban directamente desde la cintura, y unos recargados adornos de cinta en la parte superior de sus botas. Se suponía que era otra afrenta a los devotos. Juliana consideraba que la moda les daba un aspecto extravagantemente afeminado, sobre todo el cabello con esos mechones largos con galón en los extremos, aunque Lovell, como siempre, lo llevaba de un modo sardónico. Con Orlando Lovell uno siempre miraba al hombre que había detrás de los ropajes, y no era un hombre con el que se pudiera jugar.

Después de la comida, tuvo lugar una mascarada y un baile, seguidos de unas partidas de cartas y dados sumamente serias. Juliana, que no jugaba, quedó horrorizada por las cuantiosas apuestas y por la temeridad de aquellos que participaban en ellas. Incluso Nerissa tomó parte, demostrando ser una jugadora astuta y obsesiva con un gesto recatado y una memoria ágil, que arramblaba con las ganancias mano tras mano. Con la misma rapidez con la que Nerissa reunía el dinero en su monedero bordado con movimientos refinados de sus dedos llenos de anillos, el coronel perdía sus apuestas hasta que el sentido común hizo que se excusara. Lovell estaba despilfarrando grandes sumas, para angustia de Juliana. Él se percató de su terror, le guiñó un ojo y la engatusó, tal como hacen los hombres que en público pretenden hacer creer que sus esposas son unas aguafiestas, en tanto que ellos son unos buenos tipos a los que se les debe permitir estar de juerga. Juliana se sintió aliviada y sorprendida cuando, poco después, se enteró de que había perdido muy poco dinero, y tal vez hasta había conseguido ganar algo.

Debería haberse dado cuenta de que Orlando tenía que ser buen jugador. Debió de aprender de joven, estando de servicio en el extranjero. Tampoco le resultó una sorpresa el hecho de que la suerte le favoreciera.

Juliana, con deslealtad, se preguntó si Lovell hacía trampas.

* * *

La celebración continuó de regreso a casa. Acudieron invitados unos amigos entre los que se contaba Edmund Treves. Nerissa había dejado un cuenco de ponche preparado: cerveza caliente vertida encima de azúcar con especias, que la mujer recalentó rápidamente con un atizador al rojo vivo, tras lo cual colocó unas rebanadas finas de pan tostado flotando sobre la bebida. Era evidente que iba a hacer falta más bebida, de modo que Juliana se ofreció a preparar una de las favoritas de invierno

llamada *Lambswool*, lana de cordero. Asó unas manzanas hasta que la piel reventó, mientras el coronel McIlwaine ponía una espita a un barril de cerveza fuerte y añeja que Juliana calentó en una cacerola con azúcar, jengibre y nuez moscada, los sabores tradicionales del ponche caliente, antes de echar las manzanas. Lovell, que para entonces ya estaba ligeramente achispado y lo demostraba, explicó que se llamaba «lana de cordero» porque hacía que a los hombres se les ensortijaran los pelos del pecho. Se ofreció a demostrarlo, cosa rara en él, pero nadie le tomó la palabra.

Parecía estar de buen humor y, sin embargo, Juliana estaba preocupada. Cuando desapareció, ella lo siguió y lo encontró de pie frente a una ventana, rumiando. El grueso y blanco hielo nocturno formaba sus dibujos caprichosos sobre el frío cristal. Lovell había limpiado un trozo con la manga de la camisa y estaba mirando a la calle, de donde llegaban gritos y estrépito. Aquel año, el número de tropas había aumentado y la mayor parte de los soldados eran los reclutas galeses del rey. Los desórdenes y el pillaje eran bastante frecuentes. El soldado que, asando un cerdo robado, había iniciado el incendio del mes de Octubre, había robado la carne: al parecer, ese tipo de robos eran algo rutinario. Las mujeres galesas e irlandesas que viajaban con dichas tropas eran muy temidas; ellas lo sabían, y causaban más de un altercado con su comportamiento amenazador.

Lovell observaba una breve pelea callejera. Juliana se quedó cerca, pero sobre todo con el propósito de observarlo a él. Se sentía embargada por una sensación de melancolía; estaba incluso más desanimada que el propio Lovell. Con la proximidad del nuevo año, Juliana se preguntaba, una vez más, qué les reservaba la vida, de qué servía vivir. Permanecieron juntos en silencio, agotados y preocupados, escuchando a la gente de la calle que se lanzaban duros improperios unos a otros. El último insulto que llegó a sus oídos fue el de un sombrío ciudadano puritano que clamaba contra la Navidad y sus excesos y que, de haber sabido que se encontraba frente a una casa alquilada por una pareja católica, hubiese sido más virulento si cabe.

Lovell se puso a cantar para sí «La marcha de Leslie», e hizo una pausa, agradeciendo la presencia de Juliana. Leslie era el general que había dirigido al ejército presbiteriano escocés hacia Inglaterra.

When to the Kirk we come,
We'll purge it ilka room,
Frae popish reliques, and a' sic innovation,
That a' the world may see,
There's nane in the right but we,
Of the auld Scottish nation...

—«Nane in the right but we» (¡Esto sí que es modestia!) —señaló su esposa, que hizo una mueca al repetir aquel verso espantoso.

El comentario hizo sonreír a Lovell, que aún miraba a través del cristal empañado de la ventana. Se estaba deshaciendo de sus demonios. «¡Ha estado entre escoceses!»,

dijo una voz en la cabeza de Juliana. Lovell había cantado con auténtico acento. Poco a poco, las semanas que había perdido empezaban a ir bien. «Sí, y la experiencia no le gustó...».

Si hubiese podido retener a Orlando a su lado un poco más de tiempo, estaba segura de que podría haber conseguido que volviera a ser el de antes. Era imposible, por supuesto. Con el cambio de año no solo llegó el Domingo de Arada, sino también el inicio de otra campaña. El Parlamento había creado un nuevo ejército permanente que tal vez fuera un arma nueva y formidable. Con el norteño sir Thomas Fairfax al mando, se estaban reuniendo a veintidós mil de los mejores soldados de los ejércitos existentes, en particular de las tropas de la Eastern Association de Oliver Cromwell, aquellos que demostraron su excelente valía y disciplina en Marston Moor. Habían tenido lugar negociaciones de paz en Uxbridge, pero la intransigencia del Parlamento las desbarató. En el mes de Enero, el arzobispo Laud fue sometido a juicio; el interrogatorio duró varios meses, y todo señalaba a su certera ejecución.

El realista marqués de Montrose provocó que las tierras altas de Escocia se alzaran en contra de las tierras bajas presbiterianas, fomentando antiguas rivalidades entre clanes. Sus victorias espectaculares dieron alas a las «nuevas imaginaciones» del rey, tal como las llamaban sus críticos. Carlos cambió su viejo sueño de los tres ejércitos uniéndose para asaltar Londres por la nueva y descabellada esperanza de que el romántico Montrose acudiría en ayuda del rey desde Escocia para aplastar a todos sus enemigos. El príncipe Rupert, de manera más prosaica, se hallaba realizando su obstinado trabajo en el oeste y en la región central de Inglaterra, y Lovell continuaba con él.

El Nuevo Ejército Modelo del Parlamento se instituyó formalmente en el mes de Abril, y el primer resultado fue que su comandante, sir Thomas Fairfax, asumió el control de la estrategia en la zona de Oxford. Una vez más, la ciudad se vio amenazada con un asedio.

El 7 de Marzo, el rey abandonó Oxford... una partida muy oportuna. Fairfax siguió construyendo obras de asedio al este del río Cherwell. Como medidas defensivas, los realistas anegaron las vegas e incendiaron los edificios de las afueras, y Wolvercote fue guarnecida con tropas. La actividad militar resultaba preocupante. La batalla estaba alarmantemente próxima. Los realistas perdieron un puesto de avanzada en Gaunt House, pero, a principios de Junio, la guarnición de la ciudad realizó una salida con éxito en Headington Hill. Entonces Fairfax dejó unas cuantas tropas en la zona a las órdenes de sir Richard Browne, y él abandonó el asedio para perseguir al rey.

* * *

Juliana había aprendido que su obligación era poner buena cara ocurriera lo que ocurriera. De todas maneras, ella cada vez estaba más aterrada. Lovell había estado

ausente con el príncipe Rupert pero, justo antes de que el rey se marchara, Rupert y su hermano Maurice regresaron a Oxford para tener un encuentro. Orlando se quedó con ella dos días, tras los cuales el ejército se puso en marcha para su campaña estival. En aquel entonces, Juliana estaba embarazada de siete u ocho meses. Estuvieron deliberando sobre si enviarla a algún lugar seguro, pero no contaban con amigos ni conocidos que pudieran ofrecerle dicho refugio. Juliana tendría que quedarse en Oxford, donde al menos estaba en casa... en la medida en que aquella podía considerarse suya.

—Fairfax se retirará, querida. No puede mantener a su ejército inmovilizado aquí mientras el rey y los príncipes andan por ahí sueltos. Para ellos, Oxford no es nada sin el rey Carlos. Estarás a salvo. Confía en mí.

En cuestión de táctica, Juliana sí confiaba en él. Se hallaba en una fase de embarazo tan avanzada que ya no podía viajar, sobre todo teniendo en cuenta que, allí adonde fuera, tenía que llevarse al pequeño Tom. Había una cosa que la afligía especialmente: Nerissa McIlwaine no iba a estar allí con ella cuando llegara el momento de dar a luz.

Los McIlwaine estaban planeando regresar a Irlanda próximamente. Allí, la Irish Catholic Confederation, una alianza de católicos de clase alta y miembros del clero, controlaba dos tercios del país, y habían formado un gobierno efectivo. La confederación había finalizado unas negociaciones de paz con el marqués de Ormond, que representaba al Parlamento inglés y, de un modo un tanto confuso, al rey. Parecía una evolución prometedora.

Al final, Juliana preguntó abiertamente a sus amigos por qué habían abandonado su patria. Sabía que el coronel McIlwaine había ido a combatir en el bando católico en la Guerra de los Treinta Años, y había supuesto que la causa fue la intensa colonización inglesa de Irlanda. Nerissa la sacó de su error:

—Bueno, hubo una disputa familiar. Owen se enfureció y se marchó. Parece una persona afable, pero de vez en cuando se exalta. —El coronel parecía, en efecto, una persona afable pero al mismo tiempo no tenía aspecto de ser pusilánime en absoluto. Hablaba por lo menos cuatro idiomas y, de vez en cuando, si quería molestar a Lovell, conversaba con Juliana en francés. Este, como había combatido en el bando protestante en el continente, sabía alemán y flamenco, pero en francés solo había aprendido unas cuantas maldiciones e insultos.

Tras pasar años en Francia, los McIlwaine habían venido primero a Inglaterra con la esperanza de llevar una vida civil en la nueva corte de la reina. Ambos habían cumplido ya los sesenta años; el coronel buscaba paz y recogimiento.

—¿Qué ocurrió con vuestros hijos? —soltó Juliana. Siempre había temido que la familia hubiera sufrido algún terrible y violento golpe del destino.

Nerissa se encogió de hombros.

—No llegaron a desarrollarse. Los perdí a todos, y ninguno de ellos había cumplido los seis años. En cierta medida, culpo de ello a nuestro estilo de vida

desarraigado, a nuestro deambular constante, a nuestra residencia en fuertes y plazas. Pero podríamos haber estado en una finca rural o en una pulcra casa de ciudad y haber sufrido lo mismo.

Las dos mujeres permanecieron un rato en silencio, pensando en la fragilidad de la vida. Entonces Nerissa dijo, lentamente:

—Bueno... Juliana, sabes que siempre te apreciaré, pero Owen combatirá en la campaña de este año y luego él y yo aprovecharemos la oportunidad de regresar a la vieja patria. —Nerissa sabía que el hecho de perder a su única amiga íntima llenaba de una profunda aprensión a Juliana—. Debes dejarme marchar y hacerlo de buen grado. Cuando ellos abandonen Oxford, yo seguiré a mi esposo con el ejército.

Cuando los escuadrones emprendían la marcha, las mujeres siempre los acompañaban. Sin embargo, las seguidoras del ejército no eran todas vulgares criadas y putas, tal como sugerían sus enemigos, sino que con frecuencia se contaban entre ellas esposas respetables. Para empezar, eso mantenía a los esposos respetables alejados de las camas de las prostitutas. Las mujeres cocinaban, encendían las hogueras, vigilaban el bagaje, buscaban a los muertos, atendían a los heridos, proporcionaban ánimo y alegría.

—Por supuesto que debes ir. Yo misma te acompañaría si pudiera.

En su estado actual, Juliana no podía. Ella hubiese también ido, para estar con Orlando, para estar con Nerissa, para disfrutar de la aventura y escapar de la claustrofobia de Oxford. Pero le faltaban apenas unas semanas para el parto. Por consiguiente, buscaron una partera que la examinó, dio su aprobación y señaló la fecha. Además, Nerissa tuvo la bondad de dejar a Grania, su criada, Juliana se quedó en la casa de Saint Aldate con su hijo de dieciocho meses, Tom. Todas las personas a las que conocía se marcharon a la guerra sin ella.

Después, cuando sir Thomas Fairfax abandonó sus preparativos para el asedio y salió detrás del rey hacia las Midlands, todos los conocidos de Juliana se hallaban en la batalla de Naseby, donde el rey fue derrotado.

CAPÍTULO XXVI

LAS MIDLANDS, 1643-1644

Cuando Rowan Tew se encontró con su hermana en Henley-in-Arden, decidió que la mejor manera de evitar problemas era cambiarle el nombre. De modo que la muchacha se convirtió en «Joseph Tew».

Habían pasado unos cuantos días desde que huyera sola de Birmingham tras aquella Pascua terrible. Su hermano la había reconocido en cuanto se acercó por su porte truculento y su semblante pálido y crispado, si bien cojeaba mucho después de haber recorrido casi quince millas descalza: sus pies sangraban y estaban llenos de cortes. En la última aldea en la que había mendigado comida, alguien le había dado unos trapos para que los usara a modo de vendaje, pero que no hicieron mucho. Había descubierto que, en aquellos diminutos grupos de casitas sacudidos días antes por el paso del príncipe Rupert, si proporcionaba información sobre los asaltos a mayor escala descargados sobre Birmingham, la gente le daba de comer. Ella les contaba historias llorando; los ojos se le llenaban fácilmente de lágrimas verdaderas.

Cuando el andrajoso grupo de soldados de caballería apareció de detrás de los setos a ambos lados, creyó que había llegado su hora.

—¿A favor de quién vas?

—Del Parlamento y el rey.

—¡Respuesta equivocada! —Aunque no vio la luz trémula de una mecha encendida, oyó el chasquido de un mosquete al ser amartillado.

Al verse frente a esa banda de haraganes bigotudos que la apuntaban con espadas y pistolas, su ánimo decayó tanto que no era posible ofrecer resistencia. Antes de lo de Birmingham hubiera chillado, lanzado piedras, propinado puñetazos, escupitajos y mordiscos, y luego hubiera echado a correr tan rápido que nadie se hubiera molestado en salir tras ella. Afortunadamente, uno de aquellos haraganes era su hermano.

Rowan era el hijo menor de los Tew que se había presentado voluntario para formar parte del ejército real el año anterior, justo antes de que estallara la guerra, cuando el rey Carlos pasó por Birmingham. Tal como su padre le había dicho en su momento, lo que Rowan únicamente buscaba eran las raciones de ron y el botín. No había cambiado nada en los seis meses transcurridos desde la última vez que su hermana lo viera: seguía teniendo la misma expresión de falsa inocencia que le daban unos ojos muy abiertos, la misma facilidad para quejarse de la mala suerte y la misma buena disposición a la hora de obtener cualquier ganancia fácil. Más flaco que palo de escoba debajo de una camisa holgada y mugrienta, llevaba una cascada de cabello negro y una nueva barba desaliñada con un bigote a duras penas adecuado. Las botas, sin duda robadas, le venían grandes y lo hacían andar tambaleante, con las piernas

separadas, en tanto que de sus hombros huesudos colgaba toda una serie de bandas, tahalíes y ruidosas bandoleras.

El resto de soldados maldijeron y se dejaron caer de nuevo por entre los setos húmedos para seguir fumando sus pipas de tabaco. Rowan tenía muchas ganas de alardear de su nueva vida: el uniforme gratis, la ración diaria de comida, la bebida, el acceso a las armas, la emoción, el estilo de vida despreocupado. De forma instintiva, se había juntado con mala gente. En un ejército de dudosa reputación, el otrora vagabundo no había tardado en encontrar a los camaradas más disolutos con los que andar escarbando como un gusano. Granuja de nacimiento, ahora se encontraba en su salsa, saqueando e intimidando. Sus compañeros y él afirmaban ser una antiguardia, soldados a los que el príncipe Rupert había autorizado a quedarse atrás para controlar Henley-in-Arden; en realidad eran desertores. Nadie los había echado de menos y, si su ausencia había sido advertida, no se había hecho nada al respecto.

Pasarse el día amenazando a los granjeros y robando a los transeúntes, para luego beberse las ganancias todas las noches en torno al fuego entonando cancioncillas de caballero, parecía una vida maravillosa.

—¡Ven y únete a nosotros!

—¿Acaso las mujeres se hacen soldados?

—A veces ocurre.

—En las baladas.

—Ocurre con más frecuencia de lo que piensas. Tienes que hacerte pasar por un hombre.

Rowan Tew era consciente de que su hermana no sería una buena seguidora del campamento. No sabía cocinar, hacer la colada o atender a los heridos. Tampoco era una prostituta, o al menos todavía no, pero imaginaba que acabaría siéndolo. Para él, que la conocía desde la infancia, su hermana no ofrecía ninguna posibilidad, de lo contrario la hubiese lavado y hubiera organizado una venta rápida allí mismo a cualquier hombre que estuviera dispuesto a darle seis peniques por ella. Contempló esa figura delgada, menuda e inmadura, de tez grisácea por falta de alimento, envuelta en unas prendas viejas y sucias. Aunque él era un muchacho con más imaginación que sentido común, su hermana era tan poco atractiva que sabía que no podría prostituirla. No obstante, el sentimiento familiar no había muerto.

—¡Que me aspen! Voy a cortarte el pelo ahora mismo, te harás pasar por un chico y vendrás conmigo. Yo cuidaré de ti. Llevarás calzones, abrigo de piel de ante, marcharás con valentía y te pavonearás. ¿Cómo quieres llamarte?

—¿Qué nombre de chica me pusieron al nacer? —inquirió con apremio la que antes fuera Kinchin—. ¿Te acuerdas?

Rowan, que le llevaba unos cuatro años, pensó en nombres de mujer que hubiera oído alguna vez y exclamó calurosamente:

—¡Araminta!

—Creo que más bien era algo así como Mary o Joan —lo corrigió ella con

severidad.

—Maudie, tal vez... bueno, la cuestión es que ahora no puedes llamarte así. Vas a ser... ¡Joseph!

Así pues, durante más de un año, Joseph Tew «sirvió» en el ejército del rey.

* * *

Los rezagados se pasaron una semana merodeando por los alrededores de Henley, cazando ciervos furtivamente y asustando a las lecheras, y justo cuando estas empezaban a mostrarse simpáticas con ellos y a flirtear, apareció un pequeño grupo de miembros de la caballería realista procedente de Dudley, quienes los rodearon antes de que las mujeres de Warwickshire hubieran logrado adquirir siquiera la mitad de las pulgas y enfermedades asquerosas que estos les transmitirían. La mayoría de ellos recibieron órdenes de marchar rumbo al norte para sumarse al asedio de Lichfield; si llegarían allí o no, era dudoso. Al pálido Rowan y a su renqueante «hermano» no los consideraron aptos, por lo que se los llevaron hacia el oeste en un carro de provisiones para formar parte de la guarnición del castillo de Dudley. Allí el gobernador era el coronel Thomas Leveson, un oficial demasiado enérgico para gusto de ambos. De algún modo consiguieron pasar la inspección. Ellos mantuvieron una actitud reservada, y nadie les preguntó con demasiada insistencia. La mayoría de los demás soldados eran franceses o irlandeses, hablaban en otro idioma y no se apartaban de sus propias camarillas. Los oficiales se percataron enseguida de que la unidad había incorporado a dos mocosos holgazanes de ojos ratoniles y muy amigos de lo ajeno, pero gran parte de la tropa del ejército monárquico estaba formada por parásitos y, aunque los Tew se quedaban atrás siempre que empezaba la acción, nunca desobedecieron órdenes directas. Mientras los cuerpos de esos alfeñiques marcharan allí adonde él los quisiera, el coronel se daba por satisfecho.

La vida en el castillo les venía muy bien. Allí tenían refugio, raciones y compañía, y recibían instrucción en el manejo de las armas. Las dietas realistas eran un lujo: dos libras de pan, una libra de carne y dos botellas de cerveza. Eran otros los que pensaban por ellos. Incluso tenían tiempo para el ocio..., tanto que entre la basura que los soldados del castillo de Dudley tiraban a las letrinas había fichas de juego y condones de tripa de animal. El mero hecho de contar con letrinas supuso toda una novedad para los Tew, que tuvieron que aprender a utilizarlas. En su cabeza, lo único que tenían que hacer era esperar a que terminara la guerra y entonces, si podían llevarse las armas cuando los licenciaran, estarían bien equipados para vivir como salteadores de caminos.

En el caso de Joseph, no obstante, sí que había preocupaciones que tener en cuenta. Las mujeres que se hacían pasar por soldados debían permanecer constantemente alerta. Su vida diaria estaba orientada a ocultar su identidad. Joseph había empezado el engaño cuando su aspecto era ya lo bastante desaseado y

demacrado como para no parecer demasiado delicado; el resto de soldados de Dudley se acostumbraron enseguida a su colega menudo, de voz aguda y mejillas tersas. Sin embargo, al comer de manera regular creció en estatura y echó carnes, y sus pechos empezaron a suponer un problema, puesto que poco a poco se iban transformando. Aun así, sus pechos adolescentes podían aplastarse fácilmente debajo del duro y pesado cuero del abrigo militar. Teniendo cuidado podía ocultar la menstruación y lavar en privado los trapos necesarios. Una persona solitaria como ella, que siempre había vagado con independencia, era capaz de sobrellevar el intenso secretismo que conllevaba vivir disfrazado. Tras toda una joven vida de soledad, resultaba fácil guardar silencio. La naturaleza había planteado un reto que, de vez en cuando, se hacía apremiante: una mujer no podía orinar en público sin delatarse. Pero al igual que todos los tambores y pañoleros de santabárbara disfrazados de la historia, Joseph Tew encontró formas de arreglárselas.

Cualquier pilluelo de la calle sabía tirarse un farol.

* * *

En Diciembre de 1643, cuando los Tew llevaban seis meses viviendo en el castillo de Dudley, el coronel Leveson recibió una petición de ayuda de un destacado terrateniente de las Midlands, quien creía que los simpatizantes parlamentarios estaban planeando atacar su casa. El coronel se vio obligado a responder a un irascible juez de paz local con contactos en la corte y que había agasajado al rey Carlos en aquella misma casa. De mala gana, el coronel Leveson prescindió de cuarenta mosqueteros, los cuales marcharon refunfuñando hacia la gran casa solariega en cuestión; les dijeron que se encontraba a cinco millas de distancia, pero se encontraron con que fueron casi diez. No les sorprendió el hecho de que les mintieran, puesto que normalmente es así como se convence a los soldados.

Su descontento se suavizó al llegar. Era un alojamiento espléndido. Empezaron a fortificar el lugar, ansiosos ante la perspectiva de pasar unas Navidades sumamente confortables en un entorno cálido y magnífico. A pesar del peligro que corría, el altivo propietario se mostró muy reacio a dejarles talar unos árboles para despejar una línea de fuego desde la casa, y tampoco le pareció muy adecuado que cavaran para levantar terraplenes defensivos en el parque de ciervos del que estaba tan orgulloso. Al igual que muchos terratenientes, el hombre se debatía entre intentar conservar su vida normal y defender sus ideas políticas.

La tropa se alojó como los murciélagos: en los desvanes; eran lugares lujosos y bien ventilados contruidos apenas diez años atrás; pocos fantasmas y apenas unas cuantas arañas habían tenido tiempo de establecer allí su residencia. Aunque el techo era inclinado, desde allí había unas vistas magníficas de los trescientos acres de zona verde que rodeaban el edificio. Verían venir al enemigo.

Aquella gran casa se había construido según los parámetros más elevados. Su

objetivo era impresionar a los inferiores, y su ceñudo propietario consideraba que prácticamente todo aquel que le rodeaba era su inferior. Para los Tew, suponía un destino irónico: habían llegado a Aston Hall, cerca de Birmingham. Era la casa de sir Thomas Holte, el hombre de negras cejas cuyo cierre de las tierras comunales del lugar había desposeído a su familia cuando estaba creando aquella majestuosa casa y su enorme nuevo parque.

Una vez dentro, Rowan y Joseph quedaron estupefactos al ver las dimensiones de la casa con su amplio vestíbulo, varios salones, comedor y sala de estar, su galería enormemente larga, los pasillos interminables y toda la serie de dormitorios, la cocina grande y tenebrosa con una despensa para los alimentos frescos y otra para los secos, sendas bodegas para el vino y la cerveza, e incontables establos y edificaciones anexas. Aston Hall se situaba en una zona de parques frondosos creados para cazar y para mantener alejada a la gente; la casa contaba con gabletes estilo Jacobino, chimeneas caras, fabulosos trabajos en madera tallada y una profusión de costosas ventanas. La cantidad de mobiliario y bienes personales superaba con creces todo lo que los Tew habían llegado a imaginar. Incluso después de las grandes pérdidas causadas por la Guerra Civil, a la muerte de sir Thomas Holte sus pertenencias fueron inventariadas en un rollo de once pies de largo. Los Tew deambularon por allí asombrados, riéndose a espaldas de los suntuosamente ataviados miembros de la familia Holte, y robando pequeños objetos siempre que podían hacerlo sin peligro.

* * *

Las fuerzas parlamentarias llegaron el 26 de Diciembre. Era su represalia por el ataque que el príncipe Rupert había efectuado sobre Birmingham, y tenían la esperanza de cobrarse su venganza en forma de dinero y objetos de plata. Ocuparon posiciones en el terreno, plantaron sus estandartes y, a continuación, utilizando el lenguaje bélico, enviaron a quien «requiriera la casa para uso del rey y el Parlamento».

Los asedios tenían su propia cortesía. En cuanto aparecía el enemigo y «emplazaba» formalmente un pueblo o una casa (lo que anunciaba que había acudido para tomar el mando), era vital negarse a la rendición por lo menos una vez y con contundencia. Ceder con demasiada facilidad implicaba caer en desgracia y verse sometido a un consejo de guerra. Había que encontrar el tranquilo a la elección del momento adecuado para rendirse con honor, con el objeto de obtener «términos». Generalmente, estos términos comportaban que al bando derrotado se le permitiría deponer las armas, abandonar el lugar y evitar así una carnicería a sangre fría. Si luchaban con tenacidad, en ocasiones se les permitía conservar las armas y marcharse con los estandartes ondeando, aunque esto suponía reconocer un valor extremo. Era muy poco frecuente, y era imprescindible que el comandante vencedor fuera clemente. Lo más probable era que si en algún momento el comandante sitiador se

había enfadado seriamente, colgara a unos cuantos enemigos solo para aliviar su enojo.

En Aston Hall, los monárquicos respondieron al emplazamiento contestando que no se rendirían mientras les quedara un solo hombre vivo. Sir Thomas Holte podía confiar en que, ocurriera lo que ocurriera, a un hombre de su rango no lo matarían.

La resistencia tardó tres días en desintegrarse. Había mil doscientos rebeldes, que además habían traído artillería. El primer día, martes, los atacantes realizaron una evidente declaración de intenciones con los cañones, provocando graves daños en el interior de la casa, sobre todo en la magnífica escalera cerrada con sus bulbosos balaustres tallados. El fuego de los cañones aterrorizó a los defensores. En medio de la humareda, el ruido y el estruendo de los proyectiles, los Holte, sus criados y soldados se refugiaron en las habitaciones de la parte inferior. Al día siguiente, los atacantes asaltaron la parroquia cercana a la casa, donde se habían apostado una parte de las tropas de Dudley enviadas por el coronel Leveson. Las iglesias constituían unas fortalezas muy defendibles, pero aquella fue capturada con rapidez. Los parlamentarios hicieron prisioneros franceses e irlandeses, incluyendo a una de las seguidoras del campamento quien, según la tradición del enemigo, fue brutalmente violada como una prostituta.

Los Tew oyeron los gritos y el ruido de los disparos cuando la iglesia cayó. A ellos ya les temblaban las piernas con las balas de cañón atravesando la casa con estrépito, y el olor del humo y el pánico fueron demasiado para ellos. Cuando los soldados enemigos atravesaron los terraplenes levantados en el parque, los jóvenes Tew entregaron sus armas a unos sirvientes y se escondieron los dos juntos debajo de una mesa enorme del vestíbulo de entrada. Las tropas parlamentarias no tardaron en irrumpir en la casa a través de sus ventanas altas y elegantes. Al tiempo que unas cascadas de cristales caían en el interior, unos hombres calzados con grandes botas entraron por los huecos de las ventanas profiriendo alaridos y esgrimiendo espadas. Los defensores gritaron pidiendo clemencia. Se les concedió.

Sin embargo, al echar un vistazo desde su escondite, Rowan y Joseph vieron que algunos soldados monárquicos prontos a apretar el gatillo seguían disparando de todos modos. Alcanzaron a dos rebeldes en la cara. Al ver a sus compañeros heridos sangrando por la boca, los parlamentarios enloquecieron. Mataron e hirieron a una veintena de defensores antes de que los oficiales fueran capaces de controlarlos. Joseph y Rowan Tew se encogieron tras la enorme pata tallada de la mesa.

—¡Hazte el muerto, Rowan!

—No tenemos que simularlo: ¡estamos acabados!

Los disparos cesaron por fin. Los atacantes tenían mejores maneras de divertirse que malgastando munición contra un enemigo acobardado. Estaban allí para saquear y para capturar a cualquier persona de categoría por quien pudiera exigirse el pago de un cuantioso rescate. Reunieron a cuarenta prisioneros útiles. Cuando los soldados pasaron tumultuosamente frente al escondite de los Tew y se dirigieron en estampida

al piso de arriba para registrar la casa, los hermanos se aventuraron a salir al descubierto: dos pequeños inciensarios sosteniendo unos pedazos de tela blanca (sensatamente se habían equipado con estas muestras). Joseph consideró revelar su identidad, pero la crueldad con la que habían injuriado como prostituta a la mujer apresada anteriormente la disuadió. Los seguidores del campamento monárquico se arriesgaban a la mutilación y al asesinato a sangre fría, sobre todo si creían que eran irlandeses. Ahorcaban por rebeldes y espías a casi tantas mujeres como a hombres. El hecho de ir disfrazada no le supondría ningún trato de favor.

Por instinto, los Tew sabían cómo aparentar el típico alivio avergonzado de los soldados que se rinden. Se les despojaba de sus armas, sombreros, cinturones, botas, abrigos y calzones, aunque no de sus camisas verminosas, con lo que sin duda habrían descubierto la condición femenina de Joseph. Mientras todo esto ocurría, vieron que a sir Thomas Holte, un hombre furioso de setenta y tantos años, lo sacaban a rastras de su casa con el torso desnudo al frío de Diciembre, puesto que lo habían despojado hasta de su fina camisa de batista. A él y a su familia se los llevaron para pedir por ellos un rescate especial. A los prisioneros de menor valía les ataron las manos a la espalda con cordón de mecha y, amarrados unos a otros formando una fila, los condujeron a la iglesia. Allí los insultaron, amenazaron y les hicieron pasar frío y hambre. Entonces, a los abyectos prisioneros les ofrecieron el incentivo habitual: una mazmorra en el castillo de Warwick, para siempre, o arrepentirse de su delincuencia monárquica, cambiar y luchar por el Parlamento.

Hubo algunos que permanecieron donde estaban porque su odio hacia los puritanos era genuino. Joseph y Rowan Tew cambiaron de bando sin dilación.

* * *

Los nuevos «cabezas redondas» iban equipados con gabanes, camisas, medias, botas, calzones y gorros de Monmouth, y tenían asignada otra paga de tres peniques al día. Una vez se consideró que eran dóciles y dignos de confianza, se les armó con espadas y pistolas fabricadas en Birmingham. En su opinión, estas armas eran inferiores, pero por tres peniques al día y un techo sobre sus cabezas se hubieran conformado con cualquier cosa. Rowan sabía montar. La mayor parte de los ladrones de caballos podían sostenerse bien en cualquier cosa que tuviera cuatro patas. Le dieron una montura y recibió el nombramiento de dragón ligero. A su minúsculo «hermano» menor, quien carecía de fuerza suficiente para sostener siquiera un mosquete largo como era debido, le asignaron tareas de campamento. Los destinaron a una nueva guarnición que se había creado hacía poco tiempo para el Parlamento, y de la que estaba al mando el coronel John Fox.

Fox dirigía una organización irregular y jaranera que iba a su aire sin supervisión, y que acabaría siendo disuelta con deshonor. La situación no podría haber sido más agradable para dos rufianes.

* * *

En la Guerra Civil, Warwickshire estaba ocupado principalmente por el Parlamento, pero en el oeste había un bloque monárquico que incluía todo Gales; su linde se extendía aproximadamente desde Chester hacia el sur, pasando por Shrewsbury y Worcester, hasta Tewkesbury y la zona del West Country. Los alrededores de Stratford-upon-Avon eran realistas, lo cual proporcionaba un pasillo seguro cuando el rey conseguía reclutas galeses. El príncipe Rupert iba continuamente de un lado a otro de las Midlands. Los esfuerzos que realizó a principios de 1643 habían conseguido su objetivo: el convoy de soldados y carros de munición de la reina abandonó York y se dirigió al sur sin ningún percance, evitando entrar en Birmingham, si bien por la noche descansaron cerca de allí en el Saracen's Head, una posada situada en King's Norton, heredad personal de la reina. Al día siguiente, Su Majestad llegó a Stratford-upon-Avon, donde pasó la noche en New Place como invitada de la hija de Shakespeare, Susannah Hall. Fue allí donde el príncipe Rupert se reunió con Enriqueta María y, al cabo de cuatro días, se encontró con el rey Carlos para avanzar hacia Oxford.

La muerte del realista lord Denbigh, en Birmingham, cambió el equilibrio de poder en Warwickshire. Aunque luego el Parlamento perdió a lord Brooke en Lichfield, el nuevo lord Denbigh luchó a favor del Parlamento. Este Denbigh sustituyó a Brooke al frente de la Asociación de las Midlands: Warwickshire, Worcestershire, Staffordshire y Shropshire. Su cuartel general del Comité para la Seguridad Pública se hallaba en Coventry. También contaba con una base mayor en el castillo de Warwick, que de tan fuerte que era nunca fue sitiado. Dondequiera que hubiese residencias amplias y adecuadas, se hacía el propósito de arrebatárselas a los realistas, fortificaba los edificios y establecía guarniciones que controlarían el territorio, recaudarían dinero y reclutarían soldados para atacar otras fortalezas monárquicas.

En aquellas zonas, algunos de los rebeldes tenían unos orígenes curiosos. Los más pintorescos eran los «Morelanders», que habitaban unos remotos páramos al nordeste de Staffordshire. Armados únicamente con escopetas para cazar pájaros, garrotes y guadañas, estos cortadores de turba desgredados habían hecho causa común, y le habían dado a su líder el siniestro título de «el Gran Miembro del Jurado». Su hazaña más audaz fue un malhadado intento de echar de Stafford a los realistas.

A los hombres de Fox en Edgbaston los tenían igualmente por forasteros. Lord Denbigh la consideraba una guarnición difícil y despótica. A Fox le molestaba la falta de cordialidad de su comandante, y sobre todo su renuencia a enviar fondos. Si los hombres de Denbigh penetraban en regiones que él consideraba suyas, Fox se quejaba. Él quería llevarse personalmente el mérito por los logros de su guarnición. Cuando fue a él a quien requirieron en Coventry acusado de saqueo y se vio obligado

a soltar una «suma considerable» para recuperar su posición y su reputación, recuperó la multa con aún más exigencias a los pueblos e individuos de la zona por la que deambulaba.

No estaba claro de dónde provenía exactamente John Fox, ni cuáles eran sus verdaderos orígenes. Sus enemigos decían de él que era un nómada; sin embargo, era un hombre instruido, inteligente y eficaz. Cuando estalló la Guerra Civil, Fox había encontrado su papel. Hizo uso de sus propios recursos. Trajo consigo a Edgbaston a un hermano y a un cuñado suyos, el comandante Reighnold Fox y el capitán Humphrey Tudman. Su núcleo de dieciséis hombres aumentó hasta alcanzar más de doscientos. Algunos de los que reclutó para Edgbaston eran habitantes de la zona. Su secretario se llamaba John Carter; los soldados del príncipe Rupert habían matado a un tal John Carter hijo en Birmingham.

Denbigh concedió formalmente el cargo de coronel a Fox en Marzo de 1644 para que estuviera al mando de un regimiento de seis escuadrones de caballería y dos de dragones. Con todo, pasaron tres meses más antes de que el Parlamento le concediera apoyo económico. Él y sus hombres se las arreglaron hasta que llegó el dinero. Robert Porter, el magnate de la acería, los ayudó, aunque posteriormente él y Fox se pelearían fastidiosamente por los arriendos de la heredad.

Cuando la pequeña nobleza (incondicionales caballeros del condado con educación universitaria y en posesión de extensiones considerables de tierras) establecía guarniciones, siempre se les admiraba por su energía, lealtad y honor. En realidad, lo que la gente tenía contra John Fox era que, sin ventajas sociales y sin que se les preguntara nada, este tomara la iniciativa y se estableciera en Edgbaston. Fue rechazado tanto por los líderes realistas como por los parlamentarios. No solo no era un caballero, sino que, además, el trabajo que decidió realizar para el Parlamento le dio cierto aire de estar fuera de la ley. El mote que le habían puesto, el «Nómada Jovial», se debía a que rara vez sonreía y, aunque llamar nómada a Fox fuera un insulto, a él nunca pareció molestarle.

* * *

A los hermanos Tew, ataviados con sus últimos uniformes, los enviaron a servir al «coronel Tinker», en Edgbaston Hall. Aquella no se parecía en nada a la casa solariega de la que acababan de ser capturados. Aston Hall, situada justo al nordeste de Birmingham, era un lugar llamativo y ostentoso, el símbolo de la nueva riqueza y poder de un hombre. Se encontraron con que Edgbaston, al sudoeste de Birmingham, era una casa solariega medieval que contaba con un foso y un palomar, algo típico de la intemporal vida de pueblo, y estaba rodeada de molinos de agua desvencijados y de estanques para peces llenos de hierbajos. En cuanto llegaron, los Tew se dieron cuenta de que su idilio con la milicia se estaba deteriorando. Los caballos de los soldados habían convertido la zona verde que rodeaba la casa en un lodazal. No había

patos nadando en el foso; probablemente ya no quedarán peces en los estanques. La antigua iglesia adyacente había sido despojada del tejado, y las campanas se habían retirado para ser fundidas y fabricar balas. Los soldados de Fox trataban aquella hacienda de siglos de antigüedad con gran falta de respeto; ya evidenciaba tristes indicios de deterioro, y con el tiempo acabaría muy dañada, destruida por el fuego y perdida para la posteridad.

Cuando los llevaron en presencia de Fox para que este los inspeccionara, Rowan y Joseph bajaron la mirada, aunque no demasiado. Conocían la delgada línea que separaba el aparentar discreción del parecer sospechosamente sumiso. Fox, un hombre severo de unos treinta y cinco años, los contempló con el escepticismo propio de las Midlands. Los aceptó como renegados; había muchos como ellos en los dos bandos. Aun así, dejó claro que no esperaba nada bueno de ellos y que, si intentaban algo, él se enteraría. Les dio un discurso sombrío sobre la guarnición, y les entregó unos ejemplares de *The Soldier's Prayerbook*, una publicación religiosa para tropas devotas que era famosa por la cantidad de ocasiones en las que sus páginas habían detenido balas enemigas. «Que la palabra del Señor sea vuestro peto», había manifestado el coronel Fox, lo cual disimulaba el hecho de que no pudiera permitirse el hijo de comprar cascos o corazas.

Hablaba con la cadencia cansina propia de la zona. Los forasteros supondrían que era lerdo, pero los Tew comprendían aquel lenguaje. El tono seco de su coronel ocultaba unas cualidades inteligentes. John Fox vivía de su ingenio. Lo mismo hacían los Tew. Todos ellos se consideraban tan buenos como cualquiera, fuera de donde fuera.

* * *

Rowan cabalgó con los soldados de caballería. Joseph se quedó a fregar cacharros. La guarnición contaba con una destilería de cerveza y un saladero de carnes, y en ambos lugares dejaban que aquel muchacho escuálido les ayudara con el trabajo. Moqueando, el supuesto Joseph observaba y aprendía. Para alguien lo suficientemente espabilado, el servicio en un ejército siempre reporta ciertas habilidades para la vida.

La principal tarea de la guarnición consistía en la interminable recaudación de impuestos. Se establecieron unas cantidades fijas de dinero que los pueblos y aldeas tenían que pagar para contribuir al esfuerzo de la guerra, tanto si dichos pueblos y aldeas apoyaban al Parlamento como si no. El bando del rey empleaba el mismo sistema. En consecuencia, varios pueblos y aldeas acabaron pagando dos veces; era más seguro no negarse a hacerlo. Además, el Parlamento exigía que los individuos cuyas tierras produjeran más de diez libras al año o aquellos que poseyeran un patrimonio de cien libras les concedieran «préstamos» de hasta una quinta parte de los ingresos provenientes de sus tierras, o una vigésima parte de sus bienes. Pocos

eran los que esperaban que se lo devolvieran. Las víctimas explicaban, refunfuñando, que los Comités para la Seguridad Pública se estaban haciendo ricos; los miembros de los comités protestaban diciendo que sus propias fincas eran saqueadas por los soldados que, con frecuencia, también se los llevaban prisioneros para pedir un rescate por ellos. Tal era el caos de la guerra. O al menos eso aseguraba el coronel Fox.

Los saqueos descarados por parte de las guarniciones locales eran muy poco comunes porque no tenían sentido. La ruina del campo supondría la hambruna para las tropas y sus monturas, y tampoco era recomendable suscitar demasiada hostilidad. Los lugareños que sintieran que no tenían nada que perder podrían organizar represalias armadas. Sin embargo, cuando los dejaban sueltos, los hombres de Fox sí que requisaban caballos para ponerlos al servicio del Parlamento. Si Fox estaba enterado de ello, hacía la vista gorda. También ocupaban habitaciones cuando podían, un alojamiento por el que no pagaban, y a veces realizaban promesas ilegales a los dueños de las casas para obtener sobornos. Por todo el país, y con independencia de su filiación, las viviendas se arrasaban en busca de comida (avena, carne y queso), equipo para los caballos (bridas, sillas, espuelas) y armas. Todo aquello que fuera susceptible de ser montado o transportado corría peligro. Aunque a los Tew no les interesaba demasiado la política, nada más llegar comprendieron rápidamente el atractivo entorno al que los habían enviado. Para ellos fue una buena época la que pasaron en Edgbaston.

Fox era un explorador diligente. Realizaba informes para lord Denbigh regularmente, concentrándose en la presencia del príncipe Rupert en las Midlands, percatándose en ocasiones de las maniobras del rey. Para ello, era necesario que sus hombres espieran el movimiento de las tropas y escucharan las conversaciones de los soldados monárquicos; luego se redactaban informes detallados de la información recabada, y dichos informes debían ser astutamente interpretados. Los mensajes recorrían distancias considerables con rapidez. Para lograrlo, era necesario un cuerpo establecido de exploradores fiables que debían poseer coraje, tener ojos de lince y ser capaces de recurrir a las casas seguras y a un suministro de monturas de refresco tanto de noche como de día. Todos y cada uno de los hombres tenían que estar muy familiarizados con una amplia zona. Los exploradores no podían perderse. Los mensajes no debían ser capturados.

En ocasiones, Fox enviaba sus informes mucho más lejos: a sir Samuel Luke, que era el jefe de exploradores del conde de Essex.

* * *

El invierno continuó durante un par de meses tras la llegada de los Tew, y no ocurrió gran cosa. El mes de Marzo de 1644, Fox inició una serie de actividades relámpago. Capturó el castillo de Stourton, pero fue rechazado por una respuesta masiva por

parte de los realistas. Él y sus hombres escaparon precipitadamente por Stoubridge Heath perseguidos por el enemigo, que no tardó en proclamar que el primero en huir delante de ellos había sido el propio Fox. A continuación, sin amilanarse, sus hombres sitiaron Hawkesley Farm, en Clent Ridge, un sólido puesto de avanzada realista en el que el rey se había alojado en alguna ocasión; echaron al propietario, al señor Littlemore, y a su familia. No obstante, mientras se encontraban en Hawkesley, el príncipe Rupert y su hermano Maurice cabalaron hasta Birmingham y robaron ovejas y reses de los mercados.

En el mes de Abril, Fox organizó también un impresionante asalto nocturno. Partió una tarde, cabalgó con sesenta soldados elegidos hasta Bewdley, un bonito pueblo a orillas del río Severn, que era famoso por confeccionar gorros de Monmouth, esos tocados de fieltro, cálidos y cómodos, que muchos soldados llevaban en lugar de casco. Bewdley era una fortaleza realista y un puerto fluvial. Se transportaba hierro y alfarería en caballos de carga hasta allí, que luego eran enviados por barco a Bristol y más allá. El rey Carlos se había alojado varias veces en el lugar, en una casa magnífica y confortable llamada Tickenhill, que dominaba la ciudad desde un terreno elevado, rodeada de bosques y jardines elegantes. Sería desde Tickenhill que, en el mes de Junio, el rey escribiría una carta muy famosa al príncipe Rupert diciéndole que, si se había perdido York, él daba también su reino por perdido. Sin embargo, en el mes de Abril, la casa estaba ocupada únicamente por el gobernador de Bewdley, sir Thomas Lyttelton.

Fox y sus hombres llegaron de noche y, con todo descaro, se hicieron pasar por soldados del príncipe Rupert que se habían perdido. Dejaron fuera de circulación a los guardias de la ciudad sin hacer ruido. Se aproximaron con sigilo a la casa en la que todo el mundo dormía plácidamente. El gobernador se enteró de este osado ataque cuando se despertó y se encontró prisionero. A él y a su séquito, junto a cuarenta caballos sumamente buenos, los sacaron a hurtadillas de Bewdley.

Al final, los realistas persiguieron a Fox hasta Edgbaston. Llegaron demasiado tarde. Fox había salido triunfante en Coventry. A sir Thomas Lyttelton lo trasladarían desde la fortaleza de Coventry a Londres bajo vigilancia y, una vez allí, lo retendrían en la Torre durante el tiempo que durara la guerra. «¡A Dios gracias que llegaron un día tarde!», murmuró el Nómada Jovial en tono piadoso sobre los realistas a los que había dado esquinazo.

* * *

«Joseph» Tew había quedado aterrorizado cuando aquellos caballeros furiosos llegaron a la casa. Decepcionados, se marcharon enseguida, pero el miedo empujó al joven «cervecero» a entrar en acción. Aprovechando la ausencia del coronel Coventry, el jovencito se escabullo.

Existía una razón para ello. No tardaría en resultar imposible seguir manteniendo

el anonimato. Algún compañero del castillo de Dudley o de Edgbaston Hall (o tal vez más de uno), habían descubierto el secreto de Joseph. Resultaba inevitable que el secreto de las mujeres soldado acabara saliendo a la luz, ya que, o bien estaban siguiendo a su amado a la guerra o, en su soledad, hallaban a un confidente y rompían su silencio. La joven Tew había corrido la suerte tradicional. Las cópulas en secreto habían conducido al resultado acostumbrado. Pronto todo el mundo lo sabría: «Joseph», el sirviente, iba a ser madre.

El matrimonio no era una posibilidad factible: ya fuera porque el padre se negaba a reconocer su papel, pues a menudo ya tenía esposa e hijos, ya porque no fuera posible identificar al hombre con certeza. Por consiguiente, la joven madre se estaba enfrentando al problema a su manera. Si sabía a quién culpar, no tenía ningún deseo de hacerlo. Antes de ser descubierta, abandonó la guarnición y escapó. Volvió a vestirse con ropa de mujer robada. No osaba regresar a Birmingham, de modo que optó por seguir la ruta que tomaban muchos desesperados: iría a Londres donde, aunque resultara que las calles no estuvieran pavimentadas con oro, aquellos que deseaban el anonimato tenían la oportunidad de desaparecer.

De modo que, una vez más, la joven sin hogar, empujada a un destino incierto, emprendió el camino sola.

CAPÍTULO XXVII

LONDRES, OTOÑO DE 1643

Cuando los dos hermanos Jukes regresaron a casa desde Gloucester y Newbury, se quedaron en el salón del piso superior en casa de sus padres, casi desolados por un momento. A Lambert se lo llevaron para que su esposa lo atendiera en privado. Gideon se pasó una mano por la frente como si la luz le molestara a la vista. Lacy no mostró ningún interés. Al principio, sus padres se mostraron demasiado educados como para intervenir pero, al ver que temblaba y se tambaleaba, Parthenope Jukes se apoderó de nuevo de sus derechos maternales. Al cabo, ya estaba lavando a su hijo menor con sumo cuidado, como si todavía fuese pequeño. Trató de ocultar el horror que la embargó al ver sus llagas, y envió a Lacy al apotecario en busca de bálsamos más fuertes que los que guardaban en casa. Gideon, que sin duda tenía fiebre, se movía inquieto cada vez que lo tocaba. A Parthenope le resultaba familiar el malhumor del joven. Era igual que cuando enfermó de varicela a los siete años. Sin embargo, al ver las manchas de un rojo púrpura en los brazos y el pecho del joven, Parthenope llamó a gritos a su esposo.

Su padre acudió a examinar el sarpullido. John dictaminó lo peor: Gideon tenía la fiebre del campamento, probablemente contraída en Reading. Allí habían estado en condiciones de hacinamiento e infestados de piojos; los piojos eran los responsables de la epidemia. La proliferación de la enfermedad había dejado medio inactivos a los soldados de Essex.

—Llámalo fiebre del campamento, fiebre del barco, fiebre de la cárcel... es todo lo mismo. ¡Nuestro hijo corre un gran peligro!

Gideon estuvo gravemente enfermo durante varias semanas, en ocasiones con unos delirios tan desaforados que a duras penas lograban contenerlo. Parthenope lo cuidó, puesto que Lacy adujo estar preocupada por el bebé que tenía que nacer. Gideon, a quien las privaciones ya habían debilitado, no se hallaba en condiciones de resistir los embates de la enfermedad: la fiebre, el dolor de cabeza, los accesos de náusea y diarrea que sufría. Aunque su madre le llevaba caldos y tisanas, su cuerpo no retenía nada. Estaba tan débil que a duras penas podía salir de la cama para usar el orinal. Su impotencia lo enfurecía. El miedo y la frustración lo hacían estar de mal humor, incluso con su madre cuando lo cuidaba.

Lo peor fue que Gideon empezó a revivir los horrores que había experimentado en la batalla de Newbury. Las alucinaciones provocadas por la fiebre bailaban frenéticamente entre los traumáticos recuerdos recurrentes. Necesitaba descansar; sin embargo, las repeticiones de los disparos y las visiones de hombres despedazados lo atormentaban. Nunca fue un buen paciente, y la combinación del malestar y la

angustia mental lo convertían en un monstruo. Más de una vez, su madre, atosigada, salía de su habitación, se apoyaba en la jamba de la puerta y se echaba a llorar en silencio tapándose la cara con el delantal. Comprendía el comportamiento de su hijo, y rara vez le replicaba. La sola idea de que Gideon muriera la aterrorizaba.

No obstante, Parthenope Jukes era una mujer fuerte. Siempre había sido un ama de casa escrupulosa. En su casa, mataban las moscas, se lavaban las manos antes de preparar la comida, se limpiaban los suelos, se fregaban las mesas y se hervían los paños de cocina. Las ollas se limpiaban con vinagre o lejía hasta quedar relucientes. El pozo del patio se mantenía salubre.

Con su hijo enfermo, aplicó un régimen estricto similar. Gideon permaneció en cuarentena confinado en una habitación pequeña y amueblada con sencillez, y la ropa de cama se le cambiaba a diario. Acabaron con los piojos; Parthenope le cortó el pelo con ternura, y con un peine le fue quitando las liendres, que pasaba a un trozo de trapo que luego quemaba. En cuanto la mujer fue consciente de la magnitud del problema, los padres de Gideon hirieron venir a un barbero para que afeitara todo su cuerpo, incluyendo partes que a un hombre del siglo XVII jamás se le habría ocurrido afeitarse. Su delirio se vio afectado por el constante olor a azufre y a la manteca de los ungüentos para calmarle el picor, un aroma que enseguida pareció infestar incluso sus sueños.

Al final, acabó percibiéndose un olor peor: el de la carne putrefacta. Cuando aparecieron las úlceras gangrenosas, llamaron a un cirujano. Gideon perdió la punta de tres dedos de la mano izquierda y la del dedo corazón de la mano derecha.

* * *

Aun estando débil y siendo él mismo de naturaleza enfermiza, John Jukes también desempeñó su papel en el cuidado de su hijo. Tras un detallado estudio de algunos tratados médicos, el hombre poseía opiniones avanzadas sobre airear las habitaciones de los enfermos y, aunque era invierno, él se empeñaba en que se abriera una ventana a diario para que salieran los «miasmas» peligrosos. Las teorías más curiosas de John fueron rechazadas sutilmente, en tanto que Parthenope afrontaba los aspectos más desagradables de los cuidados diarios. Quiso la providencia que sus padres no se contagiaran, y poco a poco le devolvieron la salud a Gideon, quien pasó del estupor a tener la cabeza despejada. Pasaron meses, e incluso pasado ese tiempo permaneció en su cuarto sumido en una larga depresión.

* * *

Al menos, rara vez lo dejaban solo con sus terrores. Principalmente era su madre la que se sentaba a su lado estudiando sus libros de gestión doméstica. Parthenope hacía

años que no tenía tantos ratos tranquilos, y llegó a disfrutar del respiro. Gideon se despertaba a menudo de su sueño inquieto y se la encontraba allí, con las gafas apoyadas en la nariz, concentrada en poner en orden sus recetas y con los papeles repartidos por encima de su cama. En algunas ocasiones, en cambio, el olor del humo del tabaco anunciaba que era su padre el que se hallaba presente. Gideon se sentía obligado a protegerlos a ambos de saber lo que había soportado, pero John estaba resuelto a averiguarlo. Hacía ya mucho tiempo que los días en que John Jukes podía desfilar con la Compañía de Artillería habían quedado atrás, pero tenía mucha curiosidad por todo cuanto les había ocurrido a sus hijos. Acosaba a Lambert a preguntas, con lo cual, inconscientemente, contribuyó a su desahogo, y cuando Lambert perdía la paciencia, John acudía a Gideon. Al principio, cuando más peligrosamente enfermo estaba su hijo, John empezó a pasar la noche dormitando en una silla junto a su cama.

Gideon acortó en cierta medida la distancia que había interpuesto entre sus padres y él cuando era aprendiz. Ya tenía una relación mucho más amistosa incluso con Lambert. De este modo, todos avanzaron hacia un nuevo ciclo familiar. Aunque la Guerra Civil dañó o destruyó la estabilidad de algunas familias, los Jukes fueron más afortunados. Los padres estaban orgullosos de los hijos, y el apoyo de los padres animaba a los hijos. La esposa de uno de los hijos era una aliada ferviente. Solo Lacy se mantenía distante, pero ella nunca fue muy política.

Robert Allibone también supuso un gran apoyo, por supuesto. En cuanto se juzgó que el enfermo estaba fuera de peligro y que el contagio era poco probable, Robert se apresuró a ayudar a animarlo. Para él, eso suponía traer papel y tinta para conseguir recuerdos que luego pudieran reconstruirse en forma de diario. Al igual que otras memorias de las Trained Bands, esta se pulió, se editó y se publicó. De modo que los vividos e intrigantes recuerdos del soldado corriente fueron llevados a los lectores tanto contemporáneos como futuros de una forma sin precedentes. Gideon se quejaba de que la fiebre le había enturbiado la mente, pero Robert insistió.

* * *

Robert traía noticias de cómo los regimientos de las Trained Bands de Londres continuaban sirviendo en el campo de batalla. Gideon lo escuchaba, al principio con la sensación de estar al margen de todo aquello, pero luego con alivio de que así fuera.

A sir William Waller lo habían nombrado entonces comandante de varios regimientos, pero los problemas lo acuciaban. Resultó particularmente tenso convencer a las tropas de las Trained Bands de Londres que tenía asignadas para que prestaran su servicio fuera de la ciudad. A algunos miembros malhumorados del Regimiento Amarillo los llevaron al castillo de Farnham, el cuartel general de Waller. Conocieron a su nuevo comandante, un hombre vehemente del West Country, con sus

cejas inclinadas hacia abajo, en un gesto que denotaba circunspección, encima de unos ojos separados, y unos labios fruncidos bajo un bigote con las puntas peinadas hacia arriba sobre unas mejillas descarnadas. Señaló su autoridad ahorcando a un administrativo de su propio regimiento por amotinarse. Esto no logró impresionar a los contrariados londinenses. Su relación con Waller nunca cuajó, y con frecuencia se ponía furioso al oír sus gritos de «¡A casa! ¡A casa!» que lo obligaban a realizar súplicas poco adecuadas a la idiosincrasia militar para que se quedaran.

Era una mala época del año para realizar maniobras. Las tropas marcharon hacia Winchester, pero la nieve y la humedad extrema los hicieron regresar. Waller hizo que se desviarán en dirección a Basing House. Esta enorme fortaleza realista dominaba la zona entre Oxford y Londres, amenazando tanto el cuartel general de Essex como la base de Waller, en Farnham. Lo que antaño fuera un sólido castillo levantado en un montículo junto a un recinto fortificado, había sido ahora transformado por los ostentosos cortesanos de los Tudor, y ahora rivalizaba con la Torre de Londres en cuanto a tamaño y resistencia. Más de catorce acres incluían la Vieja Casa, rodeada por unas obras defensivas normandas que seguían siendo viables, y la suntuosa Casa Nueva que contaba con 380 habitaciones. La base estaba guarnecida con dos regimientos de infantería y caballería adicional, protegidos por unas torres en forma de estrella que se alzaban sobre una maciza muralla circundante, la cual, según se decía, tenía ocho pies de grosor: muros de ladrillo sobre un interior de tierra que soportarían el fuego del más pesado de los cañones. La torre de entrada tenía unos formidables cuatro pisos de altura.

Su situación tan cercana a Londres hacía que la captura de Basing House fuera imperativa. Sin embargo, cuando los soldados de Waller llegaron allí y la niebla fría se disipó, revelando entonces semejante bastión, se les cayó el alma a los pies. Los regimientos de Londres eran unos sitiadores apocados, la tarea los amilanaba. Al hacerse con uno de los edificios del terreno, Grange Farm, lleno de pan, cerveza, queso suave, tocino, ternera, leche y guisantes, los hambrientos integrantes de las Trained Bands se estuvieron atiborrando, mientras el techo de paja y heno ardía peligrosamente sobre sus cabezas y por todas partes llovían disparos. Haciendo caso omiso de sus colegas, que estaban combatiendo con valentía en algún otro punto del emplazamiento, ellos se metieron de lleno en el saqueo y la glotonería hasta que el ataque fracasó y fueron muchos los muertos. El mal tiempo y el desánimo provocaron dos retiradas desde Basing, que continuaría resistiendo tres años más.

Hopton se aproximó. Era un viejo amigo de Waller y rival realista desde hacía tiempo. Waller tenía un interés personal en derrotarlo. Mantenía la lealtad de las Trained Bands proporcionándoles víveres constantemente, y cierto día, cuando pasó revista, les rogó que se quedaran para llevar a cabo una tarea más. Ellos lo hicieron a regañadientes y permanecieron allí hasta el lunes siguiente. Marcharon de nuevo en dirección a Basing y después se alejaron hacia Alton; esta importante plaza fuerte realista fue tomada tras un combate particularmente sangriento, que resultó en la

captura por parte de los parlamentarios de 875 prisioneros, cincuenta oficiales y varios estandartes. Hopton estaba enojado. Waller estaba satisfecho. La reputación de las Trained Bands había quedado a salvo, aunque sus miembros le rogaron que los dejara volver casa, tal como había prometido porque ya casi era Navidad.

Gideon Jukes observó todo esto, y se convenció de que todavía era un hombre enfermo.

* * *

Bien entrado el día de Navidad de 1649, Lacy Jukes se puso de parto. El día de san Esteban dio a luz una niña. Tanto la madre como el bebé sobrevivieron. Fue Parthenope quien informó a Gideon del buen resultado, con tan solo un soplo de sorpresa por el hecho de que el nacimiento hubiera tenido lugar tan pronto. De todos modos, el embarazo era una ciencia inexacta y, como bien comentó Parthenope, más de una joven inocente que había dado a luz de forma prematura había sido acusada de inmoralidad. El miedo a que una vieja bruja entrometida te hiciera rendir cuentas mientras sufrías en el parto acuciaba a todas las mujeres.

Parthenope estaba cansada cuando se le escapó esta conjetura; después lo lamentó. Por suerte, su hijo se tomó sus comentarios con mucha tranquilidad, por lo que dio la sensación de que no había pasado nada. Sabía que su hijo era sensible. No quería perturbarlo.

A Gideon le mostraron al bebé con su largo vestido blanco y su diminuto gorro de encaje brevemente, desde la puerta de su habitación. Todo el mundo le transmitía mensajes sobre la lozanía de la criatura y de cómo se parecía a él. Lacy, su esposa, dijo que era impensable que se acercara a un hombre enfermo mientras estuviera amamantando a su hija. Gideon no puso objeciones.

Aquel invierno, Gideon tuvo mucho tiempo para pensar a solas. Quizá demasiado.

* * *

En aquellos momentos, los dos hermanos Jukes estaban reconsiderando lo que querían de aquel conflicto. La gran aventura hacia Gloucester los había afectado profundamente a ambos. Les parecía que tenían derecho a una recompensa política por su contribución. Lambert volvió a sumirse en la domesticidad, pero Gideon se mostraba cada vez más inquieto.

Con la llegada del invierno, Gideon tuvo que aceptar que su recuperación física estaba asegurada. Permaneció solo y alicaído en su habitación de enfermo. La pérdida de las puntas de los dedos le proporcionaba una excusa. Era un espécimen: los médicos iban y venían tomando notas para sus memorias. La gangrena en pacientes

con fiebre del campamento no era desconocida, pero sí muy poco frecuente, y el padre de Gideon disfrutaba alardeando de él como un caso singular. Los médicos y cirujanos de la Guerra Civil querían obtener reputación de especialistas. ¿Y quién podía culparles por ello, cuando la paga de un cirujano era de tan solo cinco chelines al día y además tenía que equiparse con un maletín médico por valor de veinticinco libras? La gran mayoría de soldados heridos morían. Por consiguiente, la gran mayoría no pagaba los honorarios.

El hecho de ser un espécimen al menos era un proceso en ambos sentidos. Gideon puso como condición a sus médicos que fuera Robert Allibone quien imprimiera los cultos artículos resultantes.

Su esposa había seguido ocupando el dormitorio conyugal, y por tanto dormían separados. Apenas había visto a Lacy desde que regresó a casa. En Año Nuevo, su madre decidió restablecer la normalidad; así pues, Parthenope quitó la ropa de la cama de la habitación del enfermo, recogió las alfombras, y las sacudió levantando nubes de polvo, organizando un ajeteo tal que Gideon capituló. Volvió arrastrando los pies a su antiguo dormitorio, en el que Lacy lo recibió con un breve encogimiento de hombros, quizá de bienvenida..., tal vez de indiferencia.

La cuna con el bebé estaba a los pies del tálamo. La variedad de aromas que emanaban de los niños pequeños y las madres lactantes llenaban la atmósfera. Más de un padre se había sentido como un intruso con la llegada de un primer hijo. Gideon no fue una excepción.

La existencia del bebé lo obligó a afrontar su situación. Su falta de orgullo y emoción por el nacimiento eran reprecensibles, y él lo sabía. Provenía de una buena casa, y lo habían educado para hacerlo mejor. Al menos, hasta que su hija empezara a caminar podría dejar la tarea en manos de las mujeres; había muchos hombres, y más mujeres de las que se reconocía normalmente, que no se hacían cargo de sus bebés. En cuanto aquella criatura tuviera movilidad, Gideon se vería obligado a asumir por completo el papel de padre afectuoso. Tendría que mimarla, elogiarla, instruirla en asuntos espirituales, regalarle un cachorro o un pájaro cantor, hacer que les pintaran un retrato de familia... y tendría que darle hermanos sin protestar.

Sus propios padres ya estaban locos con su primera nieta, lo cual solo hacía que intensificar la sensación de incomodidad de Gideon.

Lacy, de ojos endrinos y perezosamente voluptuosa entonces, nunca le pedía que arrullara al bebé en la cuna ni que tomara en brazos a aquel bulto diminuto. Gideon y ella se movían exageradamente el uno en torno al otro sin reconocer en ningún momento que algo iba mal. Todavía no tenían la amargura que impregna muchos matrimonios más largos, pero sus silencios eran sepulcrales.

Lacy le otorgó sus favores en la cama a su debido tiempo. Le concedió su derecho sin resistencia, pero le hizo tomar conciencia de que había condescendido cuando podría haberlo rechazado con la misma facilidad. Gideon no disfrutaba cuando hacían el amor, y estaba muy claro que Lacy tanto podía tomarlo como dejarlo. Dichas

ocasiones se volvieron poco frecuentes.

Por todo el país, los soldados regresaban de las campañas y se encontraban con que eran unos desconocidos en sus matrimonios. Por todas partes había padres que se estaban perdiendo momentos cruciales de las vidas de sus hijos. Sin embargo, las verdaderas dificultades rara vez sucedían cuando las campañas eran tan cortas como la marcha hacia Gloucester y Newbury. Los demás consideraban que el distanciamiento entre Gideon y Lacy Jukes lo había provocado la guerra, pero ellos dos sabían que tenía unos orígenes más profundamente arraigados. Gideon estaba empezando a analizar sus dudas.

* * *

Elizabeth y Bevan enviaron un cuenco de plata desmesuradamente caro como regalo de bautizo para la niña.

—Devuélvelo —dijo Gideon con brusquedad—. No vamos a mojarla en una pila bautismal. Yo creo en el bautismo adulto.

Su madre alzó la vista y lo miró por encima de las gafas al oír la revelación.

—¿Qué eres, hijo mío? —inquirió John Jukes con suavidad—. ¿Un anabaptista, un baptista general o uno particular? ¿Acaso albergamos a un brownista? ¿A un menonita holandés? ¿Estás a favor del bautismo por inmersión total, por rociamiento, o simplemente vertiendo el agua con cuidado de una jarra de Delft? —La expresión de Gideon era malhumorada y agresiva.

Mientras Lacy permanecía sentada a la mesa decidiendo si protestar o no, Gideon se fortaleció en su nuevo papel como autócrata doméstico. Sorprendentemente, Lacy cedió.

—Como quieras —dijo, le dirigió una mirada fulminante y, a continuación, bajó la vista como un modelo de paciencia.

—Estoy segura de que la intención de mi tío y su esposa Elizabeth era buena —murmuró Parthenope, aun cuando hacer de pacificadora iba en contra de sus sentimientos. Todos los presentes tenían un mal concepto de Elizabeth.

—Esperan ser los padrinos —comentó John con desprecio.

—¡No vamos a tener unos padrinos papistas! —bramó Gideon. «Me están sobornando», pensó con amargura, al tiempo que rumiaba también sobre los motivos de los Bevan.

Sabía que otros miembros de su propia familia lo estaban juzgando de ese modo siniestro en que lo hacen las familias. La propia Lacy se sumió en un silencio absoluto. Ante el resto de los Jukes mantenía una hosca reserva, como si estuviera atrapada... y sabía que todos comprendían exactamente cómo la habían atrapado.

Lacy le había dado un nombre a su hija. Sin consultarlo con Gideon, le había puesto el nombre de su madre, la única muestra que había dado Lacy de que le importara alguien aparte de sí misma. La pequeña se llamaría Harriet Jukes.

—Es una criatura inocente —dijo Parthenope para consolarse—. Su dulce alma es inmaculada a ojos del señor.

—¡Pues claro que es una criatura inocente! —asintió Gideon en tono cortante.

Harriet yacía en su cuna con los ojos muy cerrados, y emitió un suave eructo burbujeante como si estuviera practicando para hechizar a los jueces apocalípticos. Su madre acudió a ella. Su padre ni siquiera la miró.

Gideon agarró el monstruoso cuenco por el borde y salió con él de la casa dando grandes zancadas. Era prácticamente la primera vez que se aventuraba a salir desde que se había recuperado; la furia daba fuerzas a sus largas piernas a pesar del enorme peso de plata que cargaba. En realidad, no se la devolvió a los Bevan, sino que llevó aquel odiado objeto al Guildhall y lo entregó con solemnidad para que lo fundieran, contribuyendo así al esfuerzo de guerra parlamentario.

De esta manera, se esforzó por primera vez en hacer de padre, decidiendo la afiliación política de su hija y deshaciéndose de lo que no era suyo. Con cierto sentimiento de culpabilidad, se le ocurrió que la pequeña Harriet podría convertirse en una joven enérgica que lo reprendiera por ello. El cuenco era muy bonito, y ella sería una chica de ciudad que sabría calcular correctamente el valor de los objetos de metal. Gideon suponía que podría enseñarle su manera de pensar, pero para ello tenía que desear dicha tarea. Hasta el momento, consideraba que la criatura que estaba en la cuna poco tenía que ver con él. Algunos pensaban que estaban luchando en la guerra por sus hijos, pero él no... o al menos, todavía no.

La discusión sobre el cuenco fue la ocasión en la que más cerca había estado de enfrentarse a Lacy. Ella debió de percatarse de que Gideon tenía cada vez más sospechas de que le habían endilgado a las dos. Empezó a buscar una huida antes que entrar en discordia con ellas. El divorcio solo existía para los monarcas y la aristocracia. Y hasta los reyes y condes se veían obligados a alegar motivos como la no consumación del matrimonio. Para Gideon era algo imposible. No pertenecía a la clase apropiada. En cualquier caso, los escrúpulos le impedían sugerir que Harriet pudiera ser una bastarda. Tanto si era de su sangre como si no, su buen corazón no podía considerar condenarla por ello.

* * *

Cuando Gideon recuperó las fuerzas, se reincorporó a su regimiento de las Trained Bands, si bien lo que había oído contar sobre las maniobras recientes seguía desmoralizándolo. No quería encontrarse entre unos compañeros renuentes y a las órdenes de un general que no gustaba a nadie. Tarde o temprano, según el sistema rotatorio, el grueso del Regimiento Verde se desplegaría con Waller.

Gideon tuvo que afrontar, además, algunas dificultades físicas. La pérdida de las puntas de los dedos le suponía un obstáculo a la hora de cargar y disparar el mosquete. Su capitán lo separó del servicio activo, y Gideon volvió a trabajar a

tiempo completo en la imprenta. Tuvo que aprender de nuevo los movimientos de la mano, por lo que allí tampoco era muy diestro. Había discapacidades peores que la suya, pero aun así estaba resentido por su suerte.

El *Public Corrauto* seguía publicándose todas las semanas, de modo que, cuando Gideon estaba especialmente malhumorado, Robert lo enviaba a transportar los ejemplares. Se había desarrollado un sistema mediante el cual se llevaban paquetes de panfletos u hojas informativas más allá de Londres, en particular por la ruta hacia Oxford, para satirizar al enemigo y deprimirlo con su buen humor de oponentes devotos. Las publicaciones realistas se importaban a la vuelta. Se suponía que nadie viajaba en ninguno de los dos sentidos sin un pase; en realidad, los viajeros necesitaban dos pases, uno de cada ejército, aun cuando estar en posesión de dos pases era peligroso en sí mismo. Las tropas lo consideraban una prueba de traición. El pasado mes de Noviembre, habían ahorcado a uno de los mensajeros del rey por espía.

Se había formado una red secreta de mensajeros. Gran parte del trabajo lo realizaban mujeres disfrazadas de mendigas. Los impresos se dejaban en una serie de puntos establecidos, donde iban a recogerse y se difundían discretamente por dicha red. En las inmediaciones de Londres, controladas por las Trained Bands que lo conocían, Gideon podía llevar los ejemplares hasta el primer escondite sin peligro. En sus tropas había unos cuantos carniceros y veleros que siempre se mostrarían respondones con un impresor, pero por norma general sus colegas lo consideraban una obra de Dios. En los puestos de control le hacían señas con la mano para indicarle que pasara, y no se molestaban en hacer preguntas. Rara vez lo paraban.

Hasta que, un día de principios de 1644, dio la casualidad de que, en lugar de su viaje normal al oeste de Hammersmith, Gideon iba con un carretero en dirección norte, hacia Saint Albans. Cuando ya regresaban vía Bushey, de repente se vieron rodeados por un pequeño grupo de hombres armados. En un primer momento, Gideon temió que se tratara de caballeros realistas. Su actitud era prepotente y agresiva e iban al grano. Eran dragones ligeros, jinetes veloces que trotaban bajo unos negros estandartes cuya pesada tela, al ondear con la brisa primaveral, revelaba emblemas bíblicos. Aquella era una bandera de rectitud; sin embargo, incluso después de que Gideon determinara que la caballería procedía de una guarnición parlamentaria, la situación seguía siendo delicada. Los dragones eran tan absolutamente rectos, que les encantaba arrestar a cualquiera sin importar que afirmara estar de su lado.

El carretero se comportó como si nada de aquello fuera con él. Era un londinense flaco de una familia de Wapping, un viejo trabajador enjuto y nervudo de carácter sereno y obstinado que permanecía en silencio con frecuencia, aun cuando Gideon se había ganado su confianza. Se ceñía a rutinas de hacía décadas, y se llevaba el almuerzo en un cesto maltrecho donde cada cosa tenía su lugar. La comida siempre iba en un paño cuadrado y raído, pero muy limpio. Todos los días comía queso con

chalotas y un pedazo grueso de pan oscuro. Se servía de una navaja de hoja corta y mango de hueso para ir recortando el queso en trozos de igual tamaño. Descabezaba las chalotas, les quitaba la cola y las partía por la mitad hábilmente. Llevaba una botella de cerveza de la que bebía la mitad antes de comer, y el resto una vez había terminado. Dado que su viejo caballo era un animal tranquilo, por norma general seguía conduciendo al tiempo que hacía todo esto.

El grupo de dragones ligeros había aparecido mientras tenía lugar la rutina diaria. Benjamin Lucock no se movió de su asiento y siguió comiendo plácidamente. Los soldados altivos con casacas de ante apenas se fijaron en él. El hecho de masticar una chalota era un evidente indicio de inocencia. Que su ocupación era inocente pareció quedar confirmado por una carga de verduras de invierno de un huerto y un par de gansos atados entre sí que llevaba a casa para su hija.

Algo más siniestro era el joven alto vestido de marrón y con un desenfadado sombrero de copa, desarmado y aparentemente sin oficio ni otra excusa decente para andar deambulando. A Gideon Jukes le ordenaron que bajara del carro para mangonearlo.

En aquellos momentos, Gideon estaba sufriendo por su conducta tranquila que, a lo largo de los años, había aprendido de Robert Allibone. Cualquiera persona de las zonas rurales, como eran todos aquellos dragones de la Eastern Association, sabía que los londinenses eran unos respondones. Gideon se sometió con demasiado recato. Sus respuestas empeoraron las cosas; afirmó pertenecer a las Trained Bands, y haber estado en la marcha hacia Gloucester.

—¿En qué regimiento?

—En el de los Verdes.

—¿El del coronel Pennington?

Gideon creyó que era una trampa. Isaac Pennington estaba al mando del Regimiento Blanco. Con el corazón palpitante y el tono más desapasionado del que fue capaz, respondió:

—Nuestro coronel es Alderman John Warner.

—¿En los Verdes? —Los soldados recelaban—. Es bien sabido que fueron los Rojos y los Azules los que liberaron Gloucester.

—Ocupé el puesto de otro hombre...

—¿De quién? ¿De Zebediah don Nadie?

Gideon no pudo hacer más que esbozar una sonrisa. Parecía haber pasado mucho tiempo desde que se había ofrecido a sustituir al pañero en el Regimiento de los Rojos, y lo cierto era que no se acordaba de cómo se llamaba ese hombre.

Gideon explicó que aquel día había estado repartiendo hojas informativas parlamentarias. Había tomado la precaución de guardar una en el carro. El hombre que lo interrogaba aceptó el ejemplar del *Public Corrauto*, le echó un vistazo y acto seguido lo enrolló y empezó a golpearse el muslo con él con actitud desdeñosa. Los dragones estaban deseosos por regresar a sus alojamientos con un premio... cualquier

cosa. Declararon que todas las hojas informativas eran sediciosas, e insinuaron que Gideon era un espía.

La forma habitual de sonsacar información a los espías era colgarlos sobre un barril de pólvora y después ponerles mecha encendida en los dedos. Solo resistían los más valientes.

Los dragones sacaron mecha encendida para aterrorizar a Gideon pero, cuando lo agarraron de los puños para atarlo, se encontraron con que le faltaban las puntas de los dedos. Para ellos esto implicaba que ya lo habían sometido al tratamiento de la media en algún arresto anterior. Con ello tuvieron una excusa para tratarlo como a un prisionero fugado. Lo pusieron de través a lomos del caballo de repuesto, le ataron pies y brazos por debajo del vientre del animal, y empezaron a llevárselo por el campo para interrogarlo. Habían dejado marchar al carretero.

Gideon había dicho la verdad sobre su misión. Cuando empezaran a torturarlo, no tendría nada que confesar.

CAPÍTULO XXVIII

NEWPORT PAGNELL, 1644

¿Cuándo fue que la indignación popular empezó a intensificarse
y los hombres a pelearse sin saber por qué?
¿Cuándo los miedos, las envidias y las palabras fuertes
impelieron a la gente a herirse mutuamente
y los hicieron reñir como locos o borrachos,
ya fuera por la Señora Religión o por la leña?
Y todos se atrevían a jurar honestidad,
aunque ninguno de ellos supiera por qué,
cuando el Trompeta del Evangelio, rodeado
por la chusma de largas orejas, dio el toque de batalla,
y el tambor eclesiástico del púlpito
se tocó con el puño en lugar del palillo.
Entonces, solo entonces, fue cuando el señor caballero abandonó su
morada,
y marchó cabalgando a hacer de coronel.

Sir Samuel Luke era un caballero de Bedfordshire de aproximadamente cuarenta años de edad. Es decir que, como era un hombre muy particular, a principios de Marzo de 1644 aún tenía cuarenta, pero a final de mes tenía cuarenta y uno. Gideon Jukes tal vez hubiera anotado la fecha en su cuaderno de haber sabido que iba a encontrarse con un hombre famoso, un hombre que muchos años después iba a ser señalado como modelo del personaje principal en *Hudibras*, la popular sátira caballeresca de Samuel Butler. Como impresor, le interesaban los éxitos editoriales.

Sin embargo, Gideon sabía cuáles eran sus gustos en literatura, y entre ellos nunca se contó la poesía satírica que se mofaba del estilo heroico. Además, Butler afirmaba que el personaje de *Hudibras* estaba inspirado en un hombre de Devon.

Sudando de temor y respirando con gran dificultad, puesto que iba dando dolorosos botes sobre el caballo, Gideon tuvo que soportar un viaje de un día y medio, incluyendo una noche que pasó atado, tumbado sobre la paja de unos establos en Dunstable. Ofreció su palabra de buen comportamiento si lo desataban, pero le dijeron que eso solo se aplicaba a los oficiales; los espías permanecían atados de pies y manos hasta que los ahorcaban.

Aquellos dragones eran unos artistas provocando temor. No había nada como ir colgando boca abajo con la cara pegada al pelaje caliente de un caballo para convencer a un prisionero de que confesara.

El recorrido terminó por fin en una población amurallada con mercado, situada en

una parte del país que Gideon no conocía. Habían viajado en dirección noroeste, hacia donde Bedfordshire se juntaba con Northamptonshire. Para él, aquello era un triste páramo.

Cuando los caballos aminoraron el paso hasta detenerse, se oyeron los relinchos cercanos de bienvenida de otras bestias. Gideon percibió el ruido conocido y pausado de una grata limpiando el ánima de un mosquete. Le llegaron voces masculinas relajadas, y alguna que otra risa junto con una leve bocanada de humo de tabaco. Su acento era inglés, si bien para un londinense nervioso poseían un desalentador deje a zona pantanosa. Gideon y Lambert creían que todos los habitantes de las Midlands tenían la viruela de las vacas y carecían de sentido del humor, en tanto que todos los de East Anglia tenían los pies palmeados y tres orejas.

Alguien le cortó las ataduras sin previo aviso. Gideon resbaló del caballo, cayó de espaldas e hizo todo lo posible por recuperar el equilibrio sobre las piernas que le fallaban, al tiempo que observaba el entorno a hurtadillas. Debía de encontrarse en una plaza fuerte. Habían llegado a la entrada de un viejo castillo en la que había plantado un estandarte, otra bandera negra con esos emblemas bíblicos; no había duda de que se trataba de un cuartel general.

Hicieron entrar a Gideon a empujones, y lo condujeron por unas escaleras de piedra hasta un tranquilo salón del piso superior, en el que había una mesa larga rodeada de unas imponentes butacas de roble. En la habitación hacía frío, y no había ningún fuego encendido. Gideon, que estaba muerto de hambre, había percibido un débil aroma a ave asada mientras subía dando tumbos por las escaleras, pero no le ofrecieron nada de comer. Desde el otro lado de las ventanas emplomadas, llegaban los sonidos de grupos de jinetes cansados que regresaban a casa con el chacoloteo de los caballos a última hora de la tarde, cuando empezaba a oscurecer. No intentaron robarle el dinero, aunque no llevaba nada. Cuando arrestaron a Gideon, lo habían registrado para ver si llevaba armas, pero no lo despojaron de la ropa ni lo mantuvieron atado. El castillo era un lugar seguro; la ciudad estaba fortificada. No tenía ningún sentido intentar escapar. Quizá no quería hacerlo. La aventura ya le estaba llamando.

Un criado con un largo mandil de cuero trajo un candelero. El hombre lo dejó en el centro de la mesa y, a continuación, empujó remilgadamente un par de asientos para poner de relieve que Gideon no debía sentarse.

Resultó que tenía compañía. Un paleta de Bedfordshire de unos quince años y a quien le chorreaba la nariz había estado esperando en la habitación. Cuando los dejaron a los dos solos, Gideon averiguó que aquel joven ceñudo de tosca mandíbula era una persona libre que deseaba alistarse. Su madre había muerto; su padre se había vuelto a casar hacía tan solo dos meses. El desdichado adolescente encontró tan intolerable la boda que tuvo que escaparse de casa.

—¿Eres soldado? —preguntó el joven en tono esperanzado.

—Soy impresor.

—¿Y qué imprimes? —Una pregunta siempre peligrosa.

—Palabras —le salió como si, a su vez, Gideon aún fuera un zafio adolescente obstinado en dar respuestas absurdas. Algún recuerdo le hizo añadir—: Yo imprimo las palabras. Nunca asumo la responsabilidad de las ideas. —El chico que se había peleado con su padre no se mostró impresionado.

Entonces entró un civil, un hombre de boca caída que iba vestido con un traje gris adornado con unas tirillas blancas un tanto extravagantes, y que llevaba una cartera de documentos al tiempo que sostenía una copa de clarete y se comía una manzana. Daba la impresión de haber acabado de compartir una buena cena, y estar listo entonces para liquidar un asunto más antes de terminar la jornada. Hudibras, el héroe trotamundos defensor de la verdad, tendría a un compañero leal en su fiel escudero Ralph. Tal vez aquel secretario se inspirara en sí mismo para el ingenioso, profético, valiente, leal y juicioso Ralph. Sin embargo, se presentó sencillamente como el señor Butler, secretario de sir Samuel Luke, miembro del Parlamento.

Samuel Butler tenía alrededor de treinta años, aproximadamente unos diez años mayor que Gideon. Era hijo de un hacendado de poca importancia que había estudiado en la Universidad de Cambridge, y cuyos intereses eran la historia y la poesía, la música y la pintura; pero necesitaba ganarse la vida. Como ayudante administrativo en una plaza fuerte, aportaba intelecto y cultura, por no mencionar una caligrafía legible en la correspondencia y las listas.

Cualquier futuro poeta consideraría a un impresor como a un asalariado, un mero artesano manchado de tinta. Un impresor, reprobaba al poeta por ser un soñador diletante, cuyas muy revisadas efusiones eran endiabladamente difíciles de desentrañar para la composición y, lo que era más importante, no daban dinero. No obstante, en su primer encuentro, Gideon, al que le sonaban ruidosamente las tripas, sencillamente se sintió ofendido por la poca consideración con la que aquel hombre masticaba su fruta.

Había que abordar primero al muchacho, que parecía nervioso y era probable que robara los morillos del hogar. El señor Butler determinó que no estaba discapacitado y tenía edad para entrar en servicio (de los quince a los sesenta y cinco años). Provenía de un pequeño pueblo llamado Elstow donde su padre, aunque era propietario, trabajaba fabricando y arreglando cacharros de cocina.

—¿Calderero, nada menos?

El secretario lo miró de reojo. Aunque tal vez algún día los orígenes humildes de aquel muchacho hijo de un cacharrero parecieran románticos, en 1644 y en Newport, el hecho de ser el hijo de un calderero que a duras penas había asistido a la escuela jugaba en su contra. El Parlamento se había esforzado mucho para quitarse de encima la calumnia monárquica de que el conde de Essex iba a la cabeza de una muchedumbre de dudosa reputación, formada por camareros decadentes, prisioneros liberados... y caldereros. Por otra parte, allí los chicos que se sorbían los mocos se parecían mucho: los reclutas muy jóvenes eran una pesadilla. Los muchachos hacían

el tonto con la pólvora, lloriqueaban por las largas horas de servicio, bebían, robaban comida, les daba miedo estar en campo abierto de noche, echaban de menos a sus madres y tenían una peligrosa falta de coordinación la primera vez que los hacían montar a caballo.

—O sea, que eres un pelagatos.

—He ido a la escuela. Sé leer y escribir.

—¿Y maldecir y jurar, mentir y blasfemar contra el Señor? —El chico asintió moviendo la cabeza con entusiasmo, pero Samuel Butler preparó las cosas para que fuera admitido en la compañía del capitán Ennis. Llamaron a un soldado para que acompañara al recluta a ver al intendente.

—Ha llegado Robert Cox —mencionó como de pasada el soldado de caballería al secretario—. Hay noticias de Oxford.

—Tomaré nota de su informe en breve... Si los novatos están listos para ir a ver al padre de sir Samuel, también hay correspondencia. No obstante, el mensajero debe esperar. Tengo que copiarla en el buzón. Si Cox se ha hecho con el último ejemplar del *Mercurius Aulicus*, mándaselo enseguida a sir Samuel. Él se lo mandará luego a sir Oliver, pero querrá leerlo primero.

El señor Butler mojó la pluma en un tintero y la aplicó con debida formalidad en la lista del regimiento. Cuando el chico del calderero ya se alejaba, le dijo:

—Olvidé tu nombre.

—John Bunyan.

* * *

Gideon Jukes ya había conocido a dos ilustres personajes de la literatura inglesa. Él no tenía ni idea. Lo único que le importaba era la manzana del secretario. Había quedado reducida al corazón, y el hombre no la había tirado, sino que la había colocado con cuidado sobre una hoja de papel usada como borrador. Y allí permaneció reblandeciéndose, mientras la tinta de alrededor se iba emborronando y las marcas de los dientes de Samuel Butler empezaban a teñirse levemente de marrón...

Tras haber despachado a Bunyan, el secretario se acordó de su vino, dio unos sorbos a la copa y se animó de inmediato:

—¿Y su nombre cuál es?

—Gideon Jukes. Hace dos días que no como, señor.

—¡Vaya! Bien, primero las credenciales... ¿Edad?

—Veintitrés.

—¿De dónde es?

—De la ciudad de Londres.

Butler tenía el ceño fruncido.

—A usted lo han traído. —Debía de ser el código del cuartel para referirse a un

arresto.

Gideon no pudo contenerse más:

—Lo que me han traído es la desgracia. Me detuvieron cuando yo andaba metido en mis honestos asuntos, me insultaron, me secuestraron, me amenazaron, me mataron de hambre y llegué aquí sacudiéndome sobre un maldito caballo sarnoso de cola delgada que solo hacía que tirarse pedos... —El futuro maestro de coloridos tetrámetros pareció intrigado—. ¡Desde que esos raptos suyos se me llevaron, nadie ha tenido siquiera la cortesía de decirme dónde me encuentro, por lo que puede hacerlo constar en mi reclamación!

—Newport Pagnell. —El nombre no le dijo nada a Gideon. A su familia y amigos nunca se les ocurriría buscarlo allí, aunque pidieran rescate por él—. ¿A favor de quién está usted, Jukes? —Se trataba de una pregunta habitual, aunque el señor Butler no se la había planteado al joven recluta.

—Del Parlamento.

—¿Del Parlamento... y el rey?

—Esa rúbrica es una tontería, un refugio para los cobardes.

Butler esbozó una sonrisa.

—¿Y dice que pertenece a las Loudon Trained Bands?

Para los londinenses no había otras tropas dignas de mención. Gideon replicó con orgullo:

—Pertenezco al Regimiento de los Verdes, a las órdenes del coronel John Warner, concejal y tendero. Mi regimiento es el tercero, el del capitán Robert Mainwaring. Puede escribirle para que responda por mí, que lo hará. Trabaja en la Aduana, vive en Aldermanbury...

Ante el silencio del secretario, Gideon se percató de que ya se había enviado una carta solicitando la confirmación. ¡Allí sí que eran rápidos con la correspondencia!

—¿Por qué no está haciendo su trabajo con su regimiento?

Gideon alzó sus dedos dañados para que el hombre los viera.

—No son fiables con un mosquete. Necesito practicar para aumentar mi destreza.

—¿Entonces por qué le trajeron aquí? —preguntó el señor Butler, que apartó la mirada de los dedos perdidos con timidez—. ¿Tenía un billete para el camino?

—No.

—¿Por qué no?

—Estaba haciendo un trabajo leal.

—Se ha dictado una orden: tienen que proporcionarle un pase.

—Por lo visto así es —repuso Gideon—. De ahí que se me considere un espía.

—Parece una deducción razonable. ¿Lo es? —Viniendo de un poeta, la pregunta era de una franqueza estimulante. El señor Samuel Butler aún no se había acomodado en su futuro papel. Si es que estaba escribiendo una obra, debía de estar haciéndolo en secreto en su estudio después del trabajo, garabateando pareados más para refugiarse del tedio de la vida militar que con alguna esperanza de conseguir fortuna

y fama—. ¿Es usted un espía, maestro Jukes?

—No. —Gideon, hombre de pocas palabras, se mantuvo firme con monosílabos.

Entonces el secretario le preguntó en tono afable:

—¿Le gustaría serlo?

Para un chico de Cheapside, la oferta de traslado era un insulto, así como también lo era la forma en que lo habían presionado para que se alistara.

—¿Después de ese viajecito infernal en ese caballo asqueroso?

—Entonces vuelva a casa con su familia.

Ah, se trataba de una oferta que lo alejaría de sus problemas existenciales...

—¡Pero podría quedarme si así lo decidiera, señor!

—Bien, pues decídase, maestro Jukes.

—De acuerdo, lo intentaré.

Y así fue como, en cuanto respondieron por él desde Londres, Gideon emprendió una nueva carrera.

* * *

Newport Pagnell era, y es, una pequeña población inglesa con mercado. Históricamente se expandió junto a la gran North West Road, la antigua vía militar romana que atravesaba las Midlands hacia el norte de Gales. Se hallaba de camino a Northampton, a unas cincuenta millas de Londres, a quince de Bedford y a unas treinta o más de Oxford. Durante la Guerra Civil, Newport Pagnell estaba en territorio de la Eastern Association, cuyo comité la consideraba tan solo una aldea situada en la ruta hacia alguna otra parte. Sin embargo, dentro del contexto militar, el hecho de estar al alcance de aquellos otros lugares justificaba la opinión de Newport Pagnell en cuanto a que «su importancia era considerable».

Gideon se enteró de que el establecimiento de una guarnición parlamentaria había sido una cuestión de suerte. A finales de 1643, el caballero sir Lewis Dyve había capturado Newport Pagnell. El príncipe Rupert quería hostigar a la Eastern Association del Parlamento; durante la operación, los realistas llegaron incluso a ocupar Bedford brevemente y a bordear Northampton robando ganado. No obstante, menos de tres semanas más tarde, Dyve desalojó Newport a toda prisa como resultado de una «equivocación»: entender mal las embrolladas instrucciones del rey.

Tan pronto como Dyve levantó el campamento, apareció por allí su vecino parlamentario, sir Samuel Luke. Se abandonó cualquier plan para invadir la Eastern Association, y la situación acabó siendo permanente. La caballería parlamentaria, a las órdenes de Oliver Cromwell, pasó el invierno alojada en los alrededores de Newport por motivos de seguridad. Cuando Gideon llegó allí, ellos ya se habían marchado, pero las comunicaciones con Cromwell persistían y oía aquel nombre con frecuencia.

Newport resultó valioso, pues se encontraba a una distancia de Oxford que lo

situaba fuera del alcance del rey, si bien lo bastante cerca como para que los informantes dieran parte de lo que fuera que tramara Carlos Estuardo. Sir Samuel Luke vigilaba tenazmente al enemigo desde allí. Sus actividades abarcaban un radio de más de cincuenta millas a la redonda y, en algunas ocasiones, sus contactos llegaban aún más lejos.

Gideon rara vez mantuvo una conversación directa con su coronel, pero llegó a conocerlo bien de vista: un hombre bajo, culón y barrigudo, con papada, rostro rollizo, cabello largo y desgreñado y un pañuelo de brocado al cuello que lo mantenía continuamente ocupado. «Él sabe quién es cada uno», decía la gente. Cualquiera que cabalgara de vuelta a la plaza fuerte con información podía confiar en que su mensaje, tanto si lo recibía Samuel Butler como algún otro oficial, llegaría a oídos del coronel en persona; en caso de ser relevante, este lo transmitiría por carta a los generales de campo o incluso al Parlamento, probablemente el mismo día.

Luke era una persona culta, enérgica y obstinada. Al igual que su padre, sir Oliver Luke, quien permanecía activo en Westminster, Samuel era un propietario rural inglés tradicional. Casi no había día en que no mandara unos conejos a su padre u obsequiara con pasteles de ciervo o carne a otros caballeros cuya buena voluntad podría resultar útil. Gideon quedó muy impresionado con aquella vida campestre de recreo y vigoroso congresamiento. No se esperaba ver a los perros de caza yendo de aquí para allá, ni tener que dejar paso al cetrero de sir Oliver Luke llevando a un halcón en el brazo mientras iba del bosque a los jardines. Gideon siempre había sabido que en la ciudad se hacían favores y, si bien solo censuraba levemente el envío semanal de conejos a Londres para sir Oliver Luke, albergaba sentimientos mucho más intensos sobre las entregas regulares a otros hacendados: los ciervos, los pasteles de venado, los pares de perdices o faisanes, cercetas y agachadizas. Todas las fincas del municipio se hallaban cuidadosamente protegidas según las órdenes de sir Samuel, tanto si los propietarios eran parlamentarios como realistas. Hacía que la guerra, en la que estaban muriendo trabajadores honestos, pareciera un mero juego para la alta burguesía.

En Newport, aún podían verse más muestras de ese amigable ajeteo: las visitas del agente de sir Samuel, el señor Love, quien traía fondos de los condados de la Eastern Association, o que con más frecuencia se llevaba cartas angustiadas de Luke intentando recibir los atrasos para alimentar y equipar a los soldados de la guarnición; la llegada de carros procedentes de la intendencia de sir Samuel en Londres, carros que transportaban equipamiento militar de toda clase, junto con el suministro de vino de sir Samuel; y el constante ir y venir de la caballería.

El sistema era único. Cuando otras plazas fuertes tomaban prisioneros (realistas conocidos o sospechosos de espionaje), los enviaban a Newport para interrogarlos. Desde el mismo Newport salían grupos regulares de jinetes para ir en busca de soldados realistas a los que dar una paliza, y a quienes mataban o prendían alegremente llevándose luego las provisiones y los caballos. Deambulaban por las

poblaciones cercanas a Oxford (Burford, Bicester, Woodstock), hostigando al grueso del ejército en campaña del rey. También había exploradores, compañeros a los que Gideon llegó a conocer, que recorrían solos distancias aún más largas (Banbury, Chard e incluso Salisbury) para descubrir información sobre los movimientos de las tropas enemigas.

Una de las primeras preguntas que le hicieron a Gideon fue:

—¿Sabes montar, Jukes?

—He subido a algún caballo.

—¿Sabes montar?

—No como lo haría un soldado de caballería.

—Pues aprende.

En cuanto trajeron monturas nuevas desde Smithfield, le asignaron una. Ya no volvería a ser un mosquetero de infantería fiable, las complicadas maniobras con las balas y la pólvora ahora resultaban demasiado engorrosas para sus pobres dedos. De modo que se convirtió de buen grado en un dragón, armado con un mosquete y una espada larga, dos armas que prácticamente no tenía que utilizar; en cambio, se esforzaba en conseguir que su deslucido jamelgo le prestara un buen servicio. Como parte del grupo de Luke, principalmente tenía que cabalgar por todo el territorio y llegar a dominar la tarea de hacer preguntas y escuchar. En cuanto aprendió a moverse por los distritos, se convirtió en un valioso explorador independiente.

Los exploradores de Luke vigilaban los regimientos monárquicos con diligencia. Contaban los grupos de enemigos, tomaban nota de sus armas y de la calidad de sus caballos, y trataban de averiguar adonde se dirigían. Recogían boletines informativos realistas. Preguntaban a los habitantes de los pueblos después de que el enemigo hubiese pasado por allí exigiendo impuestos, armas, comida o alojamiento. Conocían todas las posadas. Se detenían en ellas y registraban a los viajeros. Establecían relación con comerciantes y vendedores ambulantes. Un caballo que hubiese perdido la herradura, proporcionaba una buena excusa para cotillear con el herrador. Los días de mercado eran una buena tapadera.

En ocasiones, enviaban a verdaderos espías que entraban disfrazados en poblaciones y plazas fuertes realistas. Entre ellas se incluía Oxford, y Gideon se ofreció voluntario, pero era demasiado alto y demasiado rubio. La tarea requería hombres que pudieran pasar desapercibidos, y también mujeres. Tenían a una informante en Oxford llamada «Jane Parlamento». Era una tarea peligrosa. El rey ahorcó al esposo de Jane Parlamento en Carfax. La vida de los exploradores clandestinos solía ser corta.

* * *

Gideon tenía mucho tiempo para rumiar mientras cabalgaba en solitario. El hecho de que escribiera a sus padres y a Robert Allibone para contarles que se había

incorporado al regimiento de Newport Pagnell, y que no dedicara ni una sola línea a Lacy, era un síntoma del fracaso de la relación con su esposa. Al mes de su llegada, recibió una carta de su padre en la que le informaba con tristeza de que tanto Lacy como su bebé, Harriet, habían caído enfermas y habían muerto.

Gideon se las vio y se las deseó para pasar por alto su alivio. Su desasosiego no terminó ahí. Se sentía culpable por haberlas dejado.

En aquellos momentos, seguir en Newport Pagnell para olvidar sus problemas no parecía tener sentido, aun cuando a Gideon le gustaba su nuevo trabajo y sabía que tenía aptitudes para desempeñarlo. A cincuenta millas de distancia de Londres, tendría que haber sido fácil quitarse de la cabeza su sufrimiento. No obstante, mientras cabalgaba de un lado a otro, a menudo sin compañía, tuvo el tiempo y la oportunidad de batallar más duramente con sus dudas.

¿Lacy Keevil estaba ya embarazada (ya sabía que era así) cuando se casó con él? En ese caso, ¿lo habían elegido para tomarle el pelo? ¿Quién era el padre del bebé? ¿Hasta qué punto estaban involucrados los Bevan? Al recordar el entusiasmo con que habían insistido en la unión, sin duda habían estado al corriente de las circunstancias. Así pues, ¿Bevan y Elizabeth sencillamente eran los tutores de Lacy cuando esta cayó en desgracia? ¿Unos adultos que se vieron obligados a buscar una solución apresurada porque una joven que vivía en su casa se había comportado tontamente? ¿O acaso tras las prisas por encontrarle un esposo existía un motivo más oscuro?

Gideon no era completamente despiadado. Se daba cuenta de que tal vez la propia Lacy había sido utilizada con crueldad. Toda su vida en común se había visto empañada por lo que fuera que su esposa hubiese hecho... o lo que le hubiesen hecho a ella.

Ahora Lacy estaba muerta, así como su bebé de cuatro meses, y todo ello había marcado a Gideon. Tal vez nunca encontrara la respuesta a sus sospechas, pero había perdido por completo la confianza en las mujeres.

Se metió de lleno en su trabajo de explorador, como si quisiera exponerse al peligro y buscara caer en el olvido. Seguía su camino, pero cabalgaba con ánimo sombrío.

CAPÍTULO XXIX

NEWPORT PAGNELL Y STONY STRATFORD, 1644

Gideon llegó a reconocer a gran parte de las personas que vivían y trabajaban en las zonas que recorría a caballo con regularidad. A algunas de ellas las conocía bien. Los clérigos, los posaderos, las vendedoras del mercado y los mendigos suponían una fuente de información muy útil; al cabo de cierto tiempo, ya reconocía los rostros habituales e intercambiaba saludos con muchas personas. También prestaba mucha atención a los desconocidos. De vez en cuando, informaba a las autoridades de actividades delictivas.

Su competencia abarcaba la zona de influencia de Northampton. Tras la batalla de Marston Moor, cuando iba en busca de fugitivos realistas, se fijó en una joven harapienta que merodeaba en el porche de una iglesia. Se trataba de una parroquia auxiliar situada al lado de Watling Street, en el lado oeste de Stony Stratford. La chica desamparada era de constitución menuda y llevaba el rostro tapado con un chal mugriento. Gideon la vio entrar por la vieja puerta de la torre cuadrada. Llevaba un fardo en los brazos que levantó las sospechas de Gideon de inmediato. Aguardó. Como se había temido, cuando la chica salió al cabo de unos minutos ya no llevaba nada en las manos.

Echó a andar de prisa, alejándose de la ciudad histórica. Tras considerarlo un momento, Gideon hizo avanzar a su caballo y la alcanzó. Desmontó y la detuvo.

—¿Qué estás haciendo?

—Buscando setas, bolas de nieve.

—¡Es demasiado pronto! No mientas o te detendrán por espía.

Estaban en Agosto. Gideon había estado observando con atención los setos a los que ella se aferraba, puesto que era en ese tipo de lugares donde se tendían emboscadas; todavía estaban verdes y frondosos. Las bayas y frutos secos no habían madurado aún y las telas de araña todavía no relucían entre las ramas; las nieblas de otoño todavía no habían hecho crecer los hongos, ni las senderillas ni el champiñón de campo de los prados húmedos y en las boñigas de vaca. Los soldados y exploradores todavía estaban en plena campaña. Todavía había batallas pendientes en el calendario.

Aquella muchacha con pobres conocimientos de la naturaleza era poco más que una niña pálida y flacucha que mostraba indicios de penuria perpetua. Parecía sumamente inquieta. Sin embargo, sabía controlar su miedo cuando la detenían. Tampoco intentó huir, aunque mientras hablaba con Gideon se mantuvo tercamente fuera de su alcance. Reconoció en ella a una vagabunda que se ganaba la vida llamando a las puertas y suplicando que le dieran trabajo.

—¡Querrás decir que vas de puerta en puerta con la esperanza de robar algo! ¿De dónde vienes?

—Del norte... —Adoptó una actitud distraída, como si fuera una mentecata.

—No te hagas la boba —dijo Gideon con brusquedad—, o tendré que enviarte a Bedlam. —La sola mención de Bedlam la aterrorizó, por motivos que Gideon no podía imaginar—. ¿Adónde te diriges?

—¡A Londres! —exclamó la vagabunda como si creyera encontrarse en un camino hacia el paraíso.

—¡Ajá!

La chica lo miró fijamente. Vio a un hombre alto y rubio con una casaca de ante ceñida, rudos bombachos de estambre y botas de montar, un dragón de unos veinte y tantos años con un aire de calmada competencia. Se mostraba impasible ante su actitud, y se comportaba como si estuviera a cargo de aquel trecho del camino. A diferencia de otros soldados con los que se había encontrado, este no hizo ademán de amenazarla, ni con la espada que colgaba del tahalí pendiente de su cinturón ni con el mosquete que llevaba en la silla de montar. No obstante, se quedó entre ella y el caballo, una yegua gris bastante patizamba pero bien cuidada, que en aquellos momentos estiraba el cuello para alcanzar la frondosa hierba de al lado del camino.

No había ninguna posibilidad de robar el arma ni el sombrero de copa que también colgaba de la silla. No valía la pena correr ningún riesgo por la yegua. Era un desecho de, a lo sumo, tres chelines; los buenos caballos costaban diez veces más. El hombre se percató de que miraba el arma. Como ya lo había calado, la chica decidió no intentar nada. Gideon apretó ligeramente los labios, como si hubiese interpretado su decisión.

—¿Caminas sola? —Ella asintió con la cabeza, casi demasiado agotada como para hablar—. ¿Siempre?

—Me encontré con una vendedora ambulante que llevaba un lardo enorme de agujas e hilo, cinta, muñecas hechas con pinzas para tender la ropa, cordones para el calzado, botones y hebillas... —Las maravillas de aquel fardo aún la tenían subyugada—. Me llevó con ella y hablamos de Dios y cosas así... —Pensó que la mención de Dios ablandaría a un soldado parlamentario, pero él se limitó a escucharla con la misma expresión inquisitiva. En realidad, Gideon se estaba esforzando por entender el acento monótono y quejumbroso de la muchacha—. Me contó cosas de su vida, que vendía a los ricos y luego ahorraba algunos peniques de los beneficios. Juraba que algún día ella también sería inmensamente rica, tras esta vida de trabajo duro, y que dejaría todo su dinero a los pobres.

Gideon supuso que la vendedora ambulante debía de ser una viajera cuáquera o similar.

—¿Esta mujer predicaba?

—¡Eso sería escandaloso!

—Tal vez no. Las mujeres que lo hacen dicen que son seguidoras de Hannah y

Abigail.

Los nombres bíblicos no le decían nada a la vagabunda.

—Predica, pero yo nunca la he oído... Es una mujer casada, pero dejó a su esposo que se las arreglara solo mientras ella lleva la palabra de Dios por los caminos. ¡Me pregunto qué opinará su marido! —Por una vez, la chica mostró un atisbo de sonrisa. Gideon se permitió devolvérsela.

Entonces ella adquirió una expresión más calculadora, como si se hubiese dado cuenta de que, cuando se relajaba, era un hombre apuesto. Él hizo caso omiso. Las tretas de las mujeres le endurecían el corazón ahora. Era un hombre traicionado; conocía todos sus trucos.

—¿Y por qué abandonaste la compañía de esta honesta mujer? —«¿Y dónde está? ¿Acaso la vagabunda asesinó a la mercera predicadora? No, de ser así, esta zarrapastrosa iría cargada con el fardo de mercería intentando venderme cordones para los zapatos... y nunca me habría hablado de ella». Al no obtener respuesta, Gideon sugirió—: Sospecho que has tenido un bebé.

—¡Crees que lo he matado! —exclamó la chica con enojo y sin negar nada, cosa que le sorprendió. Gideon siempre se sentía incómodo por la autoridad que ejercía, por la prontitud con que la gente respondía a sus preguntas.

—Creo que lo has dejado en la iglesia.

El infanticidio era el último recurso de una madre soltera. Era mucho más frecuente que abandonara al bebé a la parroquia. Para el abrumado capillero, quien se veía obligado a buscar una nodriza y pagar por el mantenimiento de la criatura a seis peniques por semana de los escasos fondos parroquiales, también era injusto, pero Gideon se dio cuenta de que aquella desamparada a duras penas podía sobrevivir ella sola. No tenía ninguna posibilidad de criar un hijo; ella misma debería estar al cuidado de la parroquia.

—Puede que lo hayas dejado en el lugar más seguro que podías encontrar. ¿Nació en un granero?

—No..., en una cuneta.

—Podrías haber muerto los dos.

—¡Sí, perfectamente! —la chica sonrió irónicamente para sí misma, mientras reflexionaba sobre lo poco que les había faltado. El bebé había salido minúsculo y azul. Aunque las personas de clase superior creían que las mendigas daban a luz con facilidad, ella había permanecido tendida completamente exhausta durante bastante tiempo después. El revoltijo de la placenta le dio asco, y tuvo que obligarse a cortar el cordón umbilical con un pedernal. Una vez hubo liberado al bebé que sollozaba, estuvo tentada de dejarlo desnudo en el agua de la cuneta y marcharse. Aun así, no fue capaz de abandonarlo allí porque le recordaba al pequeño Robert Lucas. Unos días después, entraba a hurtadillas en la iglesia en que la había visto Gideon.

—¿Era niño o niña? —le preguntó el soldado para sonsacarle la verdad—. ¿Te molestaste en mirarlo?

La joven madre admitió de muy mala gana:

—Niño.

—¿Quién era el padre? —Era la pregunta que les hacían con insistencia a las madres solteras (durante el parto, cuando fuera posible) porque entonces, el mencionado padre tenía que pagar la manutención del niño. La chica perdió la paciencia con este interrogatorio. Se puso derecha y, con rapidez, soltura y desdén, resumió sus últimos meses: disfrazada de chico en dos plazas fuertes distintas, y después los hombres que se hicieron «amigos» suyos y que obtuvieron un conocimiento carnal de su cuerpo frágil y la sedujeron en secreto, brindándole una aparente amabilidad. Ella no conocía la amabilidad de los hombres. No podía juzgar si sus propuestas eran verdaderas o falsas. De modo que la habían coaccionado y traicionado, pero ahora aceptaba su suerte sin rencor.

—Deberían enviarte de vuelta a casa, a tu parroquia. —Esto sí que la aterrorizó. Aunque se negó a decir de dónde provenía, clamó agitadamente contra caballeros realistas que salieron a matar como locos y que luego se lanzaron a saquear, violar y prender fuego. Gideon se lo imaginó—: ¿Birmingham?

La chica se quedó boquiabierta, y con ojos desorbitados preguntó:

—¿Cómo lo sabes?

—Lo leí en un panfleto informativo.

—¿Y yo salía allí? —la idea la horrorizaba y fascinaba al mismo tiempo.

—Solo se nombraba a los muertos.

Con paciencia, Gideon empezó a explicar cómo se recababa la información, se redactaba, se imprimía y por qué se hacían panfletos. Le habló de su participación, y luego intentó reclutarla para la red de distribuidores informativos de Robert Allibone.

La muchacha dijo que lo haría, pero él tenía sus dudas. A los vagabundos que trasladaban los paquetes de folletos de Londres a Oxford y otros lugares se les pagaba una pequeña suma, pero cuando mencionó la cifra tuvo la sensación de que esta era insuficiente para tentar el espíritu libre de la chica. No le iba a hacer ninguna gracia la supervisión necesaria. Sin duda alguna, sus ansias de abandonar las inmediaciones de donde había abandonado a su bebé la estaban empujando a fingir su cooperación. Sabía que aquella trotamundos era de poca confianza, y la conversación se fue apagando.

Gideon también dejó correr el asunto del bebé. Si la joven madre tenía quince años, tal como había dicho, solo sería un año menor que Lacy Keevil cuando esta también se encontró con que iba a dar a luz a un hijo de un hombre que no podía, o no quería, nombrar.

Podría haber regresado al porche de la iglesia a por el quejumbroso bulto, pero si lo sorprendían haciéndolo tal vez le acusaran de ser el padre. Aquella tarde tenía que encontrarse con un informante, y empezaban a molestarle los retrasos.

Antes de dejar a la chica, le preguntó su nombre. Ella le dirigió la mirada directa y retadora que utilizaban los vagabundos cuando mentían.

—Dorothy Groome.

—Me parece que ese era el nombre de la vendedora ambulante —la reprendió suavemente Gideon.

—¡Es un buen nombre! —replicó la muchacha con actitud desafiante—. ¿Y tú cómo te llamas?

—Gideon Jukes —respondió al tiempo que montaba ya en su caballo de tres chelines y maldecía rutinariamente cuando la estúpida bestia intentó alejarse de él.

—¿Qué sitio es este? —le preguntó la desamparada mientras él se alejaba.

—Stony Stratford. Pertenece a la parroquia de Calverton; te irá bien saberlo, por si algún día quieres reclamar a tu hijo.

La chica emprendió de nuevo su largo camino hacia Londres arrastrando sus pies cansados. Gideon pensó que, si conseguía llegar a la ciudad, la multitud contendiente la absorbería. Entre las masas hambrientas de las calles hostiles, su juventud e inocencia solo podían jugar en su contra. Tendría suerte si duraba una semana.

Gideon no volvió a ver a la vagabunda por aquella zona. Habían tenido un encuentro fortuito. Ninguno de los dos esperaba recordarlo.

* * *

Aquellos días de finales de 1644, Gideon estaba enormemente preocupado por la marcha de la guerra. Tras la gran victoria parlamentaria en Marston Moor, el rey consiguió un triunfo personal destrozando uno de los ejércitos de sus oponentes, el de sir William Waller en Cropredy Bridge, y superó en estrategia al conde de Essex en el desastre sin sentido de Lostwithiel. Carlos pasó el verano ocupado en tareas inútiles, liberando plazas fuertes que podrían habérselas arreglado solas y hospedándose lánguidamente en las casas de caballeros leales, como si la guerra pudiera esperar a su antojo.

En Newport, sir Samuel Luke estaba nervioso. Las defensas de la ciudad estaban en malas condiciones; no podía conseguir dinero, hombres ni herramientas para renovar las obras defensivas. Su guarnición refunfuñaba en un ambiente de amotinamiento. Los soldados no recibían su sueldo. Su salud era mala y las insalubres condiciones del lugar no ayudaban en su recuperación; mandó que fueran a buscarle su abrigo de piel a Londres.

Durante el transcurso del otoño, Gideon y los demás exploradores mantuvieron una nerviosa vigilancia de la zona comprendida entre Oxford y Londres. En Octubre, tanto los restos del ejército de Essex como los supervivientes de Waller se sumaron a Manchester en un bloqueo para evitar que el rey avanzara hacia Londres. Fue una unión desafortunada. Los comandantes parlamentarios discutieron. Las tropas estaban desmoralizadas y al borde del amotinamiento. Essex dirigía constantemente sus recriminaciones contra otros al Parlamento; después «cayó enfermo» convenientemente cuando las fuerzas parlamentarias, unidas en nombre si bien no en

espíritu, se enfrentaron en batalla con el rey en Newbury. Las fuerzas parlamentarias no cooperaron. Hubo confusión y se llegó a un punto muerto; tras la puesta de sol, el rey y sus hombres pudieron escabullirse por un hueco y escapar.

Carlos pasaría el invierno de 1644-1645 en Oxford, en tanto que sus oponentes reconsideraban sus mediocres esfuerzos del año anterior. La desconcertante ineptitud en la segunda batalla de Newbury logró un resultado útil: unos hombres enérgicos liderados por Oliver Cromwell instaron al Parlamento a dar un giro a su estrategia militar.

* * *

En aquellos momentos, los exploradores de sir Samuel Luke mantenían una vigilancia más estrecha que nunca sobre Oxford. El hombre tenía un temor paranoico de que el rey intentara atacar su plaza fuerte: «Actualmente existe una conspiración peligrosa contra nosotros, porque nunca habían tenido la confianza y alegría que tienen ahora en Oxford»... Los hombres de Luke estaban desertando; sabían que la guarnición rival en Aylesbury tenía mejor sustento y recibía el sueldo con más regularidad que ellos. Cuando llamaron a sir Samuel para que ocupara su lugar en el Parlamento junto a todos los demás miembros, él protestó diciendo que necesitaba quedarse en Newport o sus soldados descontentos huirían en desbandada.

Aun así, le obligaron a ir a Westminster. Se estaba proponiendo un nuevo ejército en el cual ningún miembro del Parlamento ostentaría ningún cargo. En Newport Pagnell se discutía con preocupación sobre el impacto que esto tendría; tal vez sir Samuel no regresara jamás. Como miembro del Parlamento, podría verse obligado a renunciar a su mando «voluntariamente». Así pues, sucedió que durante la tregua en la batalla de finales de año, a Jukes le dieron permiso para visitar a su familia. Los enojados oficiales de Newport Pagnell habían escrito una carta de apoyo a sir Samuel Luke: «Señor, nosotros vuestros pobres y descontentos oficiales deseamos que tome en cuenta lo dispuestos y contentos que estaremos de servir a sus órdenes en cualquier otro cuerpo...». A Gideon le parecía un texto ambiguo y desacertado, pero no puso reparos cuando su capitán lo eligió para que entregara la carta. Durante su estancia en Londres, sir Samuel Luke ocupaba una propiedad que había formado parte de la Imprenta Real, en Blackfriars.

—Usted es impresor, soldado Jukes. Puedo confiar en que encontrará la casa.

A Gideon le dijeron que podía pasar una semana con su familia.

—¡Intentaré traer bombachos nuevos! —prometió, pues iban muy escasos de uniformes.

—¡Al infierno con los bombachos; podemos combatir al rey con el culo al aire! ¡Trae balas! —se rio un sargento mientras chupaba una pipa vacía, como si el recuerdo del humo que impregnaba la arcilla marrón le proporcionara consuelo—. Y recuerda, chico de Cheapside, que si te topas con una bestia grande y robusta que

muge, es una vaca.

Las bromas sobre que los londinenses no habían visto ganado en su vida proporcionaban diversión sin fin a los nacidos en el campo.

Siguieron bromeando sobre si Gideon sabría encontrar el camino de vuelta a Londres pero, gracias a los antiguos romanos, fueron dos días a caballo por un camino absolutamente recto por Watling Street, hasta que pasó bajo la sombra de la vieja catedral de Saint Paul. Entonces solo tuvo que meterse en Bread Street, donde vivían sus padres.

Al aproximarse a la ciudad, cuando llegó al fuerte de Wardour Street situado en las líneas de comunicación, la cadencia del habla de Londres de los centinelas le provocó un profundo remordimiento.

—¡Dejadle entrar, muchachos! Es el soldado Jukes, que vuelve a casa del mercado con una bolsa de habichuelas mágicas...

En Newport, Gideon había adaptado sus vocales propias de la ciudad. De otra manera, los palurdos de Northamptonshire hacían ver que no lo entendían. Al darles las gracias a los centinelas sonriendo con sus bromas, oyó que recuperaba su acento natal, y tuvo la sensación de haberse convertido de nuevo en sí mismo tras haber pasado muchos meses viviendo con una especie de disfraz.

Sintió que lo invadía la nostalgia. Se dio cuenta de lo cansado que estaba de cabalgar solo por bosques, campos y aldeas miserables. Dobló para atravesar la puerta de la ciudad. Al penetrar en el ajetreo y griterío de la metrópolis, le sobrevinieron unas grandes ansias de estar de vuelta allí. Cuando se encontró con el humo de las miles de chimeneas de viviendas y negocios donde ardía el carbón, Gideon Jukes inspiró tan profundamente como fue capaz, y dejó que la conocida y asfixiante niebla tóxica de Londres llenara hasta el último recoveco de sus pulmones.

CAPÍTULO XXX

LONDRES Y NEWPORT PAGNELL, 1644-1645

Aunque había dado su palabra de que volvería con la guarnición, y lo había dicho en serio, Gideon se sorprendió de la fuerza con la que el hogar ejercía su llamada. Comprendía a los soldados que desertaban. Si optaban por escabullirse, no solía haber muchas represalias; la situación con respecto al personal era tan mala que a los desertores capturados sencillamente los devolvían a sus regimientos, y sin recibir sanción alguna.

Sentado a la mesa de su madre, quien no dejaba de ofrecerle pudin con devoción, Gideon se sintió abrumado por las ansias de llevar una vida normal y corriente.

—¡Tengo que regresar! —exclamó tanto a modo de advertencia como para recordárselo a sí mismo. Parthenope metió un mechón de cabello entrecano dentro del gorro y asintió con la cabeza sin mucho convencimiento. Gideon estaba preocupado por ella; diez meses habían obrado demasiados cambios. Parecía más vieja y más delgada, y se mostraba mucho más inquieta por su padre. John estaba aún más cambiado. Permanecía sentado como un espectro junto al hogar y a duras penas cruzaba dos palabras con alguien.

—¡Te reconoce! —había exclamado Parthenope con deleite cuando Gideon entró en casa la primera vez. Él se dio cuenta de que debía haber ocasiones en las que John Jukes ya no reconocía a la gente. El viejo sonrió alegremente, con expresión radiante, consciente de que aquel era Gideon, su hijo, que había vuelto a casa. Gideon entendió, horrorizado, que la próxima vez que volviera a casa (si es que había una próxima vez) uno de sus progenitores o ambos podrían haber fallecido.

Otros ya habían desaparecido. Parthenope le contó formalmente a Gideon cómo su esposa y su hija enfermaron y murieron, cómo y dónde las enterraron. Él escuchó obedientemente.

—Escribí a su madre, Gideon. —Él se sorprendió—. Bueno, estoy segura de que Elizabeth transmitió la noticia, pero habíamos acogido a Lacy en nuestra familia y quería relatarlo con mis propias palabras... No obtuve respuesta —Parthenope parecía decepcionada y un poco molesta—. El tío Bevan y Elizabeth asistieron al funeral. Estuvieron sumamente callados. —«¡Escarmentados!», pensó Gideon sombríamente.

Cuando Parthenope guardó silencio, él manifestó su indignación:

—Me hubiese gustado saber la verdad.

—Bueno, ahora todo ha terminado. —Su madre le dio unas palmaditas en el hombro con aire distraído. Era una mujer demasiado bondadosa para admitir, siquiera en la más estricta intimidad, que Gideon había tenido suerte de poder escapar—. Era

una chica extraña, pero se ha ido, y también el adorable bebé... Todo ha terminado.

Sin embargo, él nunca se sentiría liberado.

Como si supieran que Gideon estaba en casa, los Bevan fueron a visitarles como irritantes garrapatas. Puede que la actitud de Parthenope hacia su tío se hubiese ablandado lo suficiente como para que tuvieran la seguridad de que se les ofrecería un asiento en el salón del piso superior durante media hora, pero Gideon se mantenía en sus trece. En cuanto oyó las voces de Elizabeth y Bevan, salió por la puerta trasera, se ocultó temporalmente en el patio, y luego escapó por encima de una valla aun cuando el mes de Enero era crudo y él iba sin abrigo y sin sombrero.

* * *

Marchó a Basinghall Street, donde Robert Allibone lo recibió entusiasmado. Al oír que los Bevan habían ido a pavonearse a Cheapside, Robert hizo una mueca y cerró la imprenta enseguida; se dirigieron a una taberna. La más cercana era The Star, en Coleman Street: la fama que tenía de ser un lugar de reunión de revolucionarios bastaría para disuadir a Bevan si salía en busca de Gideon.

—Después de que lo metieran en el abrevadero, contrajo fiebres —comentó Robert con un suspiro—. He oído que es una sombra de lo que era... aunque eso no quita el que sea una sombra odiosa.

—No me hables de él.

—Entonces voy a pedir algo. —A pesar de su reputación política, en The Star reinaba un ambiente tranquilo, casi aburrido. Anunciaban un abundante asado de ternera que el dueño estuvo encantado de servirle a Robert; los revolucionarios devotos rara vez abrían los monederos para comprar otra cosa que no fuera pan y mantequilla, por lo que el asado estaba próximo a caducar en su fuente. Después de haberse pasado tres días en la cocina de su madre, Gideon refunfuñó y no podía ni pensar en comer.

* * *

Se encontraron por casualidad con un grupo del Regimiento Azul de las Trained Bands, el regimiento de Lambert, unos hombres a los que Gideon recordaba de la marcha hacia Gloucester. Normalmente, los azules se congregaban en las tabernas de Bread Street o en Hugging Hill, pero aquel día habían ido a la zona norte para variar un poco. Las Navidades se estaban celebrando muy poco en la ciudad; las tiendas permanecían abiertas, aunque era una época de calma para el comercio. En Año Nuevo se permitió cierto espíritu de renovación. Los hombres estaban de humor para reunirse y cotillear, repasando los pormenores del año anterior y haciendo pronósticos para el siguiente.

Los Azules y los Rojos habían pasado el último otoño en el bloqueo parlamentario, apostados en Reading, tras lo cual entraron en acción en Newbury. Inevitablemente, la conversación versó sobre la comparación entre las dos batallas allí acontecidas. Pero antes Gideon se enteró con todo lujo de terribles detalles de lo ocurrido en la derrota en Cornwall.

—Nos encontramos a unos cuantos muchachos que se las arreglaron para oponer resistencia. Esos pobres diablos lo pasaron fatal. Por parte del Bueno de Robin fue una locura quedarse atrapados en Cornwall. Acabaron en Lostwithiel, en un valle profundo con un río a un lado, rodeados de montañas empinadas y al frente solo el mar abierto. La situación era desesperante, y los habitantes del lugar violentamente hostiles. Muchos de ellos no hablaban más que un idioma extranjero y afirmaban no saber inglés. No había posibilidad de obtener comida ni otra clase de aprovisionamiento. Nuestros compañeros permanecieron allí durante ocho días muriéndose de hambre y sufriendo repetidas incursiones de los realistas. Gracias a una sabia decisión de su comandante y a la buena fortuna, la caballería consiguió abrirse camino y salir de allí, pero para el resto fue imposible. Entonces Essex los abandonó de forma totalmente repentina para evitar que lo capturaran, y se largó en una gabarra de pesca. Ni siquiera a Skippon le dijo lo que pensaba hacer.

—¡Es una historia infame!

—Pues es muy cierta —tomó un largo trago de vino con desaliento—. Skippon se rindió lo mejor posible y según las condiciones. Afortunadamente, el rey también estaba en apuros, demasiado desprovisto de suministros como para quedarse allí. Así pues, se acordó que nuestra infantería podía salir y que todos los hombres de rango superior a cabo conservarían sus armas, con la promesa de que no reemprenderían la lucha hasta que llegaran a Southampton. Marcharon por entre el enemigo; según se dice, iban con la cabeza gacha como ovejas. Hasta los piojos que llevaban encima estaban más vivos que ellos. Pero no se cumplieron los términos. Se abalanzaron sobre nuestros hombres, los desnudaron y los apalearon. El rey y algunos de sus oficiales intentaron ahuyentar a los provocadores con la cara de sus espadas, pero no lo intentaron con suficiente ahínco. Los habitantes del lugar y los soldados realistas desobedientes arrancaron hasta la camisa a nuestros chicos, les robaron las armas, los injuriaron, los arrojaron al lodazal y los patearon y hostigaron, mofándose de ellos. No había comida. El enemigo siempre iba por delante de ellos y se llevaba toda la que había en las aldeas. Nuestros hombres avanzaron arrastrando los pies en medio de una lluvia torrencial y un viento azotador, temblando de frío, desnudos y descalzos. Skippon tenía su carruaje pero, dicho sea en su honor, permaneció con ellos hasta que llevó al lamentable grupo hasta Southampton. La mayor parte de los hombres no consiguieron llegar. Se desplomaban en mitad de un paso y morían allí donde caían. Oímos decir a los que nos encontramos que solo uno de cada diez hombres logró sobrevivir a semejante penuria. Por toda la ruta de Fowey a Southampton hay cadáveres putrefactos, como mojones junto al camino.

Reinó un silencio respetuoso. Al final, Robert apuntó:

—¿Y cuándo os encontrasteis a los supervivientes en Newbury...?

—Sombríos como fantasmas.

Los azules adoptaron un aire taciturno. Encorvados sobre sus vasos, todos ellos ensimismados imaginando lo que había soportado la humillada infantería de Essex.

—Bueno, tuvieron ocasión de permitirse su pequeña dosis de venganza... —Las jarras y platos vacíos se deslizaron rápidamente por la gastada mesa de roble de la taberna con el fin de ilustrar la batalla de Newbury para Gideon y Robert—. Esto es Shaw House... el castillo de Donnington... la aldea de Speen. El primer encuentro tuvo lugar en Shaw. El plan consistía en realizar un ataque sobre dos flancos. Aprovechando las horas de oscuridad, Waller y Skippon, con un numeroso contingente, habían marchado dando la vuelta —un movimiento de los vasos rozando la tabla indicó una maniobra de flanqueo—. Tenían que invadir Speen, al tiempo que Manchester tenía que atacar Shaw en cuanto oyeran su artillería. Waller hizo su trabajo como era debido. Fue entonces cuando vimos recuperar la hombría a los desolados vestigios de Lostwithiel. Avanzaron valientemente, entonando salmos a pesar de la lluvia de metralla que asolaba sus filas. Cuando llegaron hasta la línea de cañones que les habían arrebatado en Lostwithiel, la emoción que sintieron fue lastimosa. Algunos se abrazaron a los tubos con lágrimas en los ojos. El príncipe Maurice contaba con soldados de Cornualles entre sus tropas... salieron corriendo para salvar la vida, dando gritos. Sabían lo que podían esperarse. Nuestros compañeros se apresuraron a ir tras ellos y no les dieron cuartel.

No era necesario describir el sangriento final de los hombres de Cornualles.

A pesar de la confusión que había reinado, aquellos hombres que estuvieron en Newbury tenían muy claro qué fue lo que había ido mal.

—Manchester no se puso a la tarea cuando oyó la artillería. Los hombres combatían como furias en Speen, esperando que el ataque de Manchester sobre Shaw tuviera lugar en cualquier momento; él no hizo nada. Tardó una hora en entablar combate, y solo para ser rechazado por sir George Lisle...

—Se decía que Lisle se quitó la casaca de ante y luchó con la camisa blanca para que sus hombres pudieran seguir viéndolo en la penumbra. —Robert ya había leído algo al respecto.

—Sí, en tanto que nuestros despreciables comandantes titubeaban como floristas sonrojadas... De manera que el ataque conjunto fracasó. Manchester no se movió hasta que faltaba media hora para la puesta de sol. En cuanto cayó la noche, el enemigo se reorganizó y se alejó para ponerse a salvo.

—Así pues, ¿quién es el culpable? —preguntó Robert con aire pensativo.

—El desacuerdo entre los mandos. Nosotros los muchachos ponemos nuestras vidas en peligro, y mientras tanto los comandantes rezongan: «¡Me ha quitado el juguete!», «¡Yo soy el mayor!», «Le odio... ¡no voy a jugar con él!». La última temporada fue toda así. Y aún seguían peleando días después, cuando el rey volvió al

ataque con nuevo ímpetu. Reforzado por el príncipe Rupert, entró como si tal cosa y se llevó sus cañones de Donnington, tal como había querido hacer desde el principio. Nuestros generales se mantuvieron pasivos y rechazaron el combate. —Gideon sabía que esto molestó a sir Samuel Luke. Les contó que Luke se quedó lívido cuando al rey se le permitió recuperar su artillería del castillo de Donnington, dado que necesitaba algunos cañones grandes para Newport.

Indignados, los Azules pidieron otra ronda de bebida. Robert Allibone intentó demostrarles que el Parlamento había aprendido la lección. Aunque su actuación en Newbury tampoco había sido estelar ni mucho menos, Oliver Cromwell sin embargo no había dejado de arremeter con furia contra el conde de Manchester por «rezagarse», prácticamente acusándolo de negligencia en el cumplimiento del deber. Con todo, ahora Cromwell aducía que no tenía sentido señalar un culpable, que lo que hacía falta era una solución. Se designó a un comité para que considerara «un marco o modelo de toda la milicia». Todos los miembros en activo de cualquiera de las dos Cámaras renunciarían voluntariamente al mando militar y regresarían al Gobierno, así se acabaría de un plumazo con los condes envidiosos y sus subordinados quisquillosos. El nuevo modelo de ejército sería una fuerza nacional a las órdenes de un único comandante.

Como buenos soldados que eran, los Azules se quejaban de sus superiores con mucho gusto, pero cuando se planteó la teoría perdieron interés.

* * *

En el transcurso de la semana, Gideon se las arregló para entregar la carta de los oficiales de Newport a sir Samuel Luke, junto con dos grandes pasteles de ternera que había elaborado su madre. Parthenope había prestado atención a las historias de Gideon sobre que los propietarios rurales gustaban de los obsequios. La recepción de la carta fue un tanto fría, y a Gideon le dijeron que no era necesario que esperara para obtener una respuesta. Por tanto, al día siguiente tenía que regresar a Newport. En su última noche en la ciudad, volvió a ir a una taberna, en esta ocasión con su hermano Lambert. Se llevaron a su padre con ellos con su papel extrañamente cambiado, de manera que parecía un niño al que se le permitía salir con los adultos. Lambert los condujo por Thames Street hasta la elegante zona donde una vez los comerciantes ricos tuvieron casas, en el viejo camino que bajaba hasta London Bridge.

Lambert conocía una buena taberna; Lambert siempre conocía las buenas tabernas. El murmullo de voces aumentó de intensidad al abrir la puerta de un tugurio sombrío y ruidoso en el que reinaban las discusiones animadas. Suelo enlosado, paredes oscuras revestidas con paneles, dos hileras de mesas largas y viejas, ventanas con bisagras en unos alféizares anchos, que a duras penas se distinguían a través del humo de las pipas y del gran fuego de troncos en el extremo más alejado; los hombres y las chicas que servían las mesas se movían entre ellas con rapidez

llevando bandejas que alzaban en alto sobre los hombros.

Nada más entrar, Gideon experimentó de nuevo su nostalgia de la vida londinense. Lambert no estaba muy animado porque lamentaba mucho que su hermano menor tuviera que volver a irse. Mientras pedían las bebidas, Gideon echó un vistazo a su alrededor y escuchó el flujo de voces. Cayó en la cuenta de que no solo había echado de menos Londres, sino también la emoción del complot. Aunque su trabajo como explorador le gustaba, la vida en Newport Pagnell parecía vacía en comparación. Había disfrutado de los años que precedieron a la guerra. La tensión política lo había enardecido, la esperanza de un cambio lo había llenado de entusiasmo. Le encantaba encontrarse entre hombres que tenían una opinión. Lo más probable era que aquellos estuvieran discutiendo sobre el aumento del precio del abadejo, pero de igual forma podían estar hablando de la liberación de la tiranía.

Fue por todo ello que Gideon, sentado en la posada de New Fish Street que Lambert había elegido, tomó la decisión de que, si de verdad iban a remodelar el ejército, intentaría que lo trasladaran a la nueva fuerza. Se lo dijo a Lambert. Ya no discutían tanto como antes. En parte era debido a que se turnaban la responsabilidad conjunta de su padre, quien en aquellos momentos permanecía sentado con ellos en silencio, con una sonrisa dulce en el rostro, en un mundo lejano al que ellos no podían acceder.

—Lambert, estoy harto de pasar hambre en el quinto pino sin poder moverme de allí. Para serte sincero, resulta mortificante que vayamos penosamente equipados y que nunca nos paguen. Necesitamos nuestro salario para poder comer. ¿Acaso es demasiado pedir?

—«Ahórrale dinero al país y róbaselo al soldado, ¡esta es la manera de prosperar!».

—¿Es un proverbio?

—Lo leí en un boletín informativo.

—¡Oh, pues entonces tiene que ser cierto! El nuevo ejército tendrá dinero de manera regular garantizado por el Parlamento.

—¿Y tú te lo crees? —se mofó Lambert.

—No, pero ¿quién quiere que sus recuerdos en la vejez sean de Newport Pagnell? —los dos londinenses se echaron a reír.

Lambert confesó que él también quería cambiar y dejar atrás las Trained Bands. Ambos se dieron cuenta del problema que representaba para él. ¿Quién iba a regentar el negocio de comestibles? ¿Quién cuidaría, en el sentido más literal, de la tienda de la familia?

—¡Las mujeres! —exclamó su padre de pronto—. Si fueran viudas asumirían la responsabilidad y se harían cargo —declaró John, que salió de su fragilidad como un viejo profeta de piel apergaminada. Y tenía razón.

Sus hijos estudiaron dicha opción. Las mujeres se encargaban de los negocios cuando no les quedaba más remedio. En la ciudad, había una tradición menor de

mujeres comerciantes. Su madre se estaba apagando pero, aun así, seguía siendo una gran trabajadora. Parthenope conocía el precio de todas las cosas y sabía evaluar la mercancía a la perfección. Anne Jukes era más que capaz. Anne, quien en otro tiempo parecía solo la chica más guapa de Bishopsgate cuando Lambert empezó a ser su acompañante, ahora daba muestras de unos rasgos más independientes. Lambert le contó a Gideon que su esposa iba a menudo a Coleman Street, donde predicaban las mujeres...

—¡Tiene mucha fama! —interrumpió Gideon con una amplia sonrisa—. Todo el mundo conoce la historia de la señora Attaway de Bell Alley, la encajera, que se fugó con su amante, abandonando a sus hijos pequeños. —La pulla tenía poco mérito, pero los hombres eran despiadados con las mujeres que se erigían en árbitros espirituales y luego infringían el código moral.

Lambert sonrió con suficiencia.

—Anne ha perdido el ánimo de elevar peticiones al Parlamento. Ahora se reúne regularmente con mujeres que suplican paz. Ha conocido a las que tienen a sus esposos encarcelados por elaborar literatura sediciosa. Tu amigo Robert conocerá sin duda a esos hombres..., John Lilburne, panfletista durante años, y ese otro, Richard Overton, el que te engatusó para la mascarada... —Gideon fingió no acordarse de *El triunfo de la paz*—. La verdad es que, si la organización de la tienda recayera en mi esposa, lo agradecería sinceramente. De lo contrario, acabará convirtiéndose en una polemista que conducirá a las demás en la plegaria y los tumultos.

—¿Confiarías tu capital a Anne y a mamá? —preguntó Gideon, al tiempo que le dirigía una mirada de reojo a su hermano.

—Son honestas —repuso sencillamente Lambert. Además, sabía cuáles eran sus dotes; las esposas de los miembros de la gran asociación mercantil de Londres podían ser poderosas y respetadas. Tomó una gran resolución—: Por mi vida que empezaré a enseñarles cómo manejar los libros de cuentas y de pedidos.

—Puedes ahorrártelo —soltó John con una risa satisfecha pegada al borde de su jarra—. Saben más que tú sobre los libros, y más de lo que yo llegué a saber.

* * *

Durante el resto de su vida, Gideon iba a guardar aquella noche como un tesoro porque, además de mejorar el vínculo con su hermano, fue la última vez que vio a su padre. Los tres hombres de la familia Jukes disfrutaron de aquella excepcional salida juntos; después, tanto Gideon como Lambert guardaron el recuerdo en sus corazones con gran cariño.

Al día siguiente, Gideon regresó obedientemente a Newport Pagnell montado en un buen caballo nuevo que le habían comprado sus padres. En aquellos momentos, estaba decidido a que la vida en la guarnición sería algo temporal. En Febrero, sir Thomas Fairfax llegó a Londres desde el norte y su porte modesto impresionó a la

Cámara de los Comunes. El Parlamento nombró a Fairfax comandante del nuevo ejército.

Sir Samuel también regresó a Newport en Febrero. Seguía intentando obtener dinero o herramientas para reparar las defensas de Newport, se quejaba de que la zona circundante era cada vez más maligna y ponzoñosa. Gideon veía que la situación se iba deteriorando cada día más. Aquel mes había un destacamento del ejército de Manchester acuartelado en Newport, cosa que provocó tal masificación que sir Samuel se quejó de que los soldados tenían que dormir «de tres en tres en una cama». Puesto que las peticiones de dinero seguían sin obtener resultados, afirmó patéticamente que su guarnición estaba tan escasa de fondos que dos de sus soldados tenían un solo par de bombachos entre los dos; cuando uno de ellos estaba de servicio, el otro se veía obligado a quedarse en la cama. «Si los soldados se amotinan porque no reciben la paga, mi responsabilidad quedará limpia: ya no puedo evitarlo...». El descontento reinaba en toda la guarnición, y los hombres estaban algo más que quisquillosos.

Gideon evaluaba el humor de su comandante aguardando el momento oportuno para solicitar un traslado. Sir Samuel era un hombre bajo con un gran espíritu. Se metió en su papel de jefe de exploradores con energía y aplicación. El *Mercurius Britannicus*, el periódico oficial parlamentario, decía de él: «Es tanta la diligencia con la que el noble comandante vigila al enemigo, que este no come, no bebe, no duerme, no emite ni un susurro y, sin embargo, él es capaz de informarnos de su más secreto proceder». Sir Samuel abogaba por el orden en la religión y en la sociedad. En tanto que hacía todo lo que podía para controlar a sus hombres, intentaba con preocupación despojar la plaza fuerte de sectarios religiosos; también temía el hecho de que la población de Newport Pagnell fuera un hervidero de libertinaje sexual que iría por el mismo camino que Sodoma y Gomorra. No había duda de que un lugar tan pecaminoso como aquel suponía una terrible atracción para sus soldados, a los que no podía mantener encerrados en el castillo. Impuso una serie de capellanes autorizados, sermones tres veces a la semana y lecturas de la Biblia y plegarias todas las mañanas con el cambio de guardia.

Agobiado en Newport, presintiendo la inminente pérdida de su cargo, sir Samuel sabía que contaba con un tiempo limitado. Todo el mundo se daba cuenta de que estaba dolido. Se le oía refunfuñar sobre el nuevo ejército: «¡Debería alegrarme de saber de qué va la cosa... y de la pensión que tendremos nosotros los pobres abandonados!». Hacia finales de Marzo, su preocupación sobre las intenciones del rey llegó a ser tan angustiada que permitió que un grupo a las órdenes del comandante Ennis se hicieran pasar por caballeros para pasar desapercibidos dentro de territorio realista. Sin embargo, les ordenó firmemente que no quería ni oír hablar de prácticas propias de los caballeros.

Sería necesario tener mucho tacto para interrumpir las preocupaciones de sir Samuel. Finalmente, Gideon inició una conversación preguntando si a sir Samuel le

había gustado el pastel de ternera que su madre le envió. El caballero contestó de inmediato que era el mejor pastel de carne que había probado jamás.

—Ella afirma que lo logra simplemente con la porción adecuada de peladura de naranja y nuez moscada, señor. —A continuación dijo lo que quería, y solicitó permiso para alistarse en el Nuevo Ejército Modelo.

Como Gideon temía, sir Samuel se inquietó.

—¿Quiere que lo modelen en la artesa del nuevo ejército? ¡Y justo ahora que descubro que es usted una fuente de excelente pastel!

—Señor, soy de los que creen que ahora la guerra debe ganarse.

—Una opinión valiente.

—Entonces, ¿tengo su permiso para ir, señor? Tenía la esperanza de poder conseguir una recomendación, puesto que están siendo exigentes. —Luke lo estaba fulminando con la mirada, pero Gideon siguió insistiendo con obstinación—. Podría rogarle a su secretario, el señor Butler, que preparara un encomio. Le diría que no lo adornase con demasiados atributos, o sir Thomas Fairfax sospechará que soy un estúpido y rezagado bizco que no sabe disparar bien...

Dio la impresión de que sir Samuel se relajaba. Pero su respuesta fue un no rotundo.

* * *

Por lo general, daba la impresión de que Inglaterra se estaba proclamando un territorio por el que valía la pena luchar aquella primavera. Gideon Jukes recorrió su camino entre granjas y aldeas, cumpliendo con sus obligaciones de acuerdo a las órdenes recibidas, aunque al mismo tiempo buscando esperanzado al Nuevo Ejército Modelo. Los campos estaban verdes y lozanos en derredor. Cuando bordeaba grandes casas, había avenidas de castaños de indias importados en los que se alzaban unas velas de flores de un blanco rosáceo que se agitaban con la brisa retozona; por los caminos y entre los setos enmarañados, las más blancas flores de los espinos envolvían los arbustos y los árboles pequeños en racimos desorganizados, desde la copa hasta el suelo. Las jóvenes y relucientes hojas de los sauces parpadeaban junto a los cauces que habían rebotado las riveras tras las lluvias de Abril. Los cisnes estiraban el cuello en las orillas. Los conejos de pelo gris se erguían y lijaban la mirada. De vez en cuando, una casa mostraba sus paredes grises o sus chimeneas altas de ladrillo rojo, que medio se vislumbraban más allá de la ondulante campiña. No se veía mucho ganado ni caballos: los amos sensatos los escondían en fosos o barracas secretas, no fuera que los soldados hicieran una redada y se los robaran.

Mientras Gideon patrullaba de mala gana, el Parlamento nombró a una serie de tesoreros para que protegieran ochenta mil libras destinadas a la manutención del Nuevo Ejército Modelo. Fairfax era su comandante en jefe. Skippon estaba al mando de la infantería. Thomas Hammond de la artillería, aunque el mando de la caballería

no se concedió a nadie en un primer momento. Skippon pasó revista a la infantería en Reading, Fairfax a la caballería en Saint Albans. Durante gran parte del mes de Abril, mientras se reunía la nueva fuerza, esta se ejercitaba en Windsor. Gideon recibió una carta que decía que su hermano Lambert había sido dispensado de las Trained Bands, y que se había incorporado al ejército como piquero de caballería. Gideon se sintió aún más frustrado por estar atrapado en Newport.

A finales de Abril, Fairfax condujo al Nuevo Ejército Modelo a liberar Taunton, pero cuando el rey y su contingente abandonaron Oxford para emprender una nueva campaña veraniega, Fairfax recibió órdenes de dar media vuelta y dirigirse a Oxford. Un pequeño destacamento continuó hacia Taunton, donde Robert Blake estaba resistiendo con tanta valentía que, cuando lo instaron a rendirse, respondió que antes se comería las botas. Los realistas se retiraron ante la aproximación de la fuerza de relevo, de modo que le evitaron una molesta digestión a Blake.

Fairfax rodeó Oxford, pero no pudo avanzar mucho más porque esperaba al tren de artillería. Las tropas de Samuel Luke todavía reconocían el terreno por la zona; decayendo en su castillo que se desmoronaba, sin recibir la paga atrasada, los hambrientos y mal equipados miembros de la guarnición veían cercano su final. Las relaciones entre aquellos soldados agotados e infelices y los famosos y acicalados miembros del Nuevo Ejército Modelo se volvieron tensas. Entonces llegó la orden de que el escuadrón personal de Luke, mandado por el capitán Evans, debía pasar a formar parte del regimiento de caballería del coronel Geaves. Su segundo, Samuel Bedford, fue ascendido y destinado al Comité de Ambos Reinos, el comité de guerra principal del Parlamento.

A medida que la guarnición se fragmentaba, la disciplina empezó a venirse abajo. A mediados de Marzo, el comandante Ennis obtuvo permiso para atender una crisis familiar; dejó la paga para sus soldados a cargo de un teniente que se escapó con el dinero. El teniente Carnaby utilizó los fondos para favorecer su matrimonio con la hija de un cirujano.

Al enterarse de que a aquel réprobo se le podía encontrar en la taberna Dog de Garlick Hill, sir Samuel escribió enfurecido a Londres exigiendo que se dictara una orden para prender y encerrar al culpable. «Si se permite que los oficiales hagan lo que quieran a su antojo, mucho me temo que no podemos esperar que mejoren pronto los tiempos en Inglaterra...». Al cabo de cuatro días, el escándalo empeoró cuando un apotecario londinense, decepcionado por el hecho de que Carnaby consiguiera a la hija del cirujano, se cortó la garganta. Se decía que el corte era de unos dos centímetros, aunque le cosieron la herida. Carnaby escribió a sir Samuel y se disculpó. No devolvió el dinero. Y por supuesto los soldados no recibieron su paga atrasada.

Sir Samuel seguía obsesionado con que tanto su plaza fuerte como la Eastern Association constituían un objetivo realista. La noticia de que se estaban reparando los puentes sobre el río Cherwell cerca de Oxford lo convenció de un ataque

inminente, aunque comentó con ironía: «Esta es una población pobre y miserable; aquí no hay nada que valga la pena para el enemigo, excepto doncellas hermosas y jóvenes encajeras... que es lo que tengo intención de enviarles como destacamento de vanguardia en cuanto se aproximen».

* * *

A finales de Mayo, llegó la hora de la verdad. El príncipe Rupert sitió Leicester, lo que sin duda era una distracción para que Fairfax se viera obligado a abandonar Oxford. Fue lo mismo de siempre. Los hombres del príncipe irrumpieron en Leicester en medio de terribles atrocidades. Soldados y civiles fueron masacrados; tuvieron lugar saqueos despiadados.

Fairfax recibió instrucciones de abandonar Oxford, buscar al rey y recuperar Leicester. El 5 de Junio, Fairfax y el ejército llegaron a las proximidades de Newport Pagnell. Llegados a este punto, y como medida excepcional, se reconoció la importancia de sir Samuel Luke. El Parlamento le concedió una extensión de su cargo de comandante de Newport Pagnell durante los veinte días siguientes. Solo otro miembro de la Cámara de los Comunes recibió un tratamiento similar: fue Oliver Cromwell.

El Nuevo Ejército Modelo se alojó en los alrededores de Newport Pagnell durante varios días. Gideon sabía que era su única oportunidad de conseguir un traslado. Sir Thomas Fairfax se hospedaba en Sherington, a una milla de distancia, en tanto que su ejército estaba en Brick Hill. Aunque sir Samuel Luke era un hombre de lo más hospitalario y de natural amable, nunca invitó al nuevo general a que lo visitara. Su padre, sir Oliver, le escribió posteriormente reprochándole este lapsus, y diciéndole que había suscitado comentarios.

Las relaciones eran correctas pero tirantes. Sir Samuel prestó trescientos soldados de infantería al Nuevo Ejército Modelo, pero al cabo de cinco días, sir Thomas Fairfax escribió quejándose de que se sabía que varios soldados del nuevo ejército habían regresado a Newport Pagnell, donde habían servido en el pasado. Fairfax, enojado, decía que no obtenía provisiones del Comité de Buckinghamshire (una queja a la que sir Samuel estaba demasiado acostumbrado), y pidió por favor que le enviaran provisiones desde Newport, haciendo hincapié en que se pagaría por ellas. El recordatorio de que el Nuevo Ejército Modelo estaba bien abastecido de dinero solo consiguió provocar irritación.

Sir Samuel creía que, si el ejército de Fairfax, que no había sido probado en combate, caía derrotado, su plaza fuerte no podría resistir. También se temía que existía un plan para despojarlo de soldados según los consejos de sir Philip Skippon. Le quedaban tan solo quinientos soldados de la guarnición cuando, en su opinión, necesitaba dos mil. Observó a las nuevas «tropas modeladas», tal como él las denominaba, y corroboró sus dudas. Le dijo a su padre que eran sumamente

agradables, bien armadas y bien pagadas, pero que le parecía que los oficiales no eran mejores que los soldados rasos, y que nunca había visto a tantos emborracharse tan deprisa. Sin embargo, también admitió: «El ejército de sir Thomas Fairfax es el cuerpo más valioso que he visto jamás, tanto por sus efectivos como por sus armas y demás accesorios...».

Para algunos el brillo del nuevo ejército entrañaba una atracción irresistible. Gideon Jukes buscó una excusa para dirigirse a caballo hasta Brick Hill y observarlo. El nuevo ejército estaba eufórico. El hecho de ser uno de los «elegidos» te levanta el ánimo. Cualquier tropa de élite tiene buen porte. A pesar de que había un cierto número de soldados bisoños y reclutas forzosos, por lo general el nuevo ejército estaba formado por soldados de la mayor calidad, bien entrenados y experimentados, que aportaban tanto determinación como optimismo. Tenían grandes expectativas. Eran conscientes de que sir Thomas Fairfax sabía valorar lo que quería, pedirlo al Parlamento, y además obtenerlo. En el mes que se había permitido para la organización, se habían concertado contratos para picas, pistolas y mosquetes, sillas de montar y herraduras, pelos, espaldares y cascos. El nuevo general tenía quinientas libras para gastarse en artillería, y el doble para inteligencia, lo cual era revelador.

Sus hombres también iban equipados con fervor religioso e ideas políticas. Esto lo traían consigo sin coste alguno para la tesorería de guerra.

* * *

Gideon estuvo merodeando por Sherington y, para su gran entusiasmo, divisó a sir Thomas Fairfax. El alto comandante en jefe caminaba muy ligero pese a la grave herida de la que se estaba recuperando, una de las cuatro que se sabía que había recibido en la guerra hasta el momento. Poco más allá de la treintena, Fairfax era veinte años más joven que Essex y tenía diez años menos que Manchester, Skippon y Cromwell, si bien era siete años mayor que su principal oponente, el príncipe Rupert del Rin. La imagen que Gideon obtuvo de aquella figura enjuta con casaca de ante y fajín con flecos le dijo que Fairfax tenía unos ojos castaños de mirada inteligente en un rostro de Yorkshire, jovial y con la frente en alto, enmarcado en un abundante cabello castaño y ondulado. Aunque tenía escolta, se marchó por su cuenta dando grandes zancadas.

Cada vez surgían más historias sobre el comportamiento gallardo de Fairfax. Se decía que, en Bradford, había cabalgado por delante de sus hombres y se había encontrado solo frente a todo un regimiento realista; como iba montado en un buen caballo, había galopado directo hacia las fortificaciones, había saltado sobre ellas y había escapado. Estando bajo asedio en Wakefield con su familia, cuando solo le quedaba un último barril de pólvora y se había quedado completamente sin mecha, había salido de la ciudad a la cabeza de sus hombres; después de que las tropas de Newcastle hicieran prisionera a su esposa, Fairfax cabalgó durante dos días y dos

noches llevando consigo a su hija pequeña y a su imponente niñera de los Dales. Su esposa le fue devuelta posteriormente con gran caballerosidad en el carruaje de lord Newcastle.

Pese a estas y muchas otras hazañas, sir Thomas Fairfax era un hombre tímido que poseía un genuino aire de sorpresa frente a su repentino ascenso. El evidente carisma del general provocó un revuelo al caminar entre sus tropas; cuando Fairfax hubo desaparecido dentro del edificio, Gideon se quedó con una gran inquietud provocada por la expectativa. Su trabajo para Luke había sido esencial en su momento, pero entonces ardía en deseos de unirse al nuevo ejército.

CAPÍTULO XXXI

NEWPORT PAGNELL Y NASEBY, 1645

A los soldados regulares no se les había invitado abiertamente a trasladarse al Nuevo Ejército Modelo. A menos que Fairfax en persona eligiera un escuadrón o regimiento en particular, se suponía que todo el mundo debía permanecer en sus puestos. Sin embargo, había agentes que iban pidiendo voluntarios entre la gente, diciendo que se presentarían en las posadas al tiempo que reunían a los hombres sanos de las calles, reclutando a vagabundos, marineros, prisioneros e incluso a realistas capturados que estuvieran dispuestos a cambiar de bando. Algunos concriptos forzosos se amotinaban, otros desertaban. En semejante situación, Gideon tenía la esperanza de que el jefe de reclutas considerara de manera favorable a cualquier hombre entrenado que se presentara voluntario. Se suponía que el ejército tenía que llegar a tener un contingente de veinte mil soldados, y hasta el momento solo había alcanzado unos dos tercios de dicha cifra.

Gideon conocía bien Brick Hill, que había sido una vieja base utilizada por las tropas de guarnición. No tardó en encontrar a un oficial reclutador, y le pidió una plaza. Fue admitido y le aseguraron que arreglarían con sir Samuel Luke el tema de su traslado. Gideon no esperó a averiguarlo.

No tenía ninguna posibilidad de unirse a la caballería, cuyo nivel sería el de los durísimos Ironsides de Oliver Cromwell y superaba en mucho sus habilidades como jinete. Como a pesar de todo Gideon contaba con su propio caballo (ya no el jamelgo de tres chelines de Newport, sino la yegua de dos libras que sus padres le habían comprado en Año Nuevo) recibió instrucciones de presentarse ante el coronel John Okey, quien estaba al mando del millar de dragones ligeros del Nuevo Ejército Modelo. Seguiría perteneciendo a la «infantería montada».

—Los primeros en llegar a lo más encarnizado, y los últimos en marcharse —se mofó el oficial reclutador.

—Burros de carga —asintió Gideon.

—Tu tarea —siguió diciendo el oficial, que se mostró frío con la interrupción— consistirá en proteger los puentes por delante de la infantería, y en retener dichas cabezas de puente durante la retirada, ocupar recintos, flanquear setos y vigilar la artillería, además de desmontar e incrementar el número de infantería regular cuando sea necesario. En esta situación, uno de cada diez hombres deberá quedarse sujetando los caballos.

—Exploradores, piquetes y centinelas. ¡Burros de carga! —repitió Gideon.

Se le ordenó dirigirse al almacén del regimiento para recoger su equipo reglamentario. El «almacén» era menos permanente de lo que parecía; puesto que en

aquellos momentos el ejército era móvil, el equipo se repartía desde la parte trasera de los carros. El uniforme raído que llevaba entonces fue desechado; había recambios disponibles por los que debía pagar mediante deducciones del salario que aún tenía que cobrar. Las casacas de los uniformes eran de buen paño inglés ya lavado en un color rojo veneciano, con unos bombachos grises en los que Gideon descubrió con alegría unos bolsillos de cuero. Eran todos de la misma talla, demasiado cortos de manga y de pierna para él.

—Una misma talla le va bien a todo el mundo.

—¡Esto no le va bien a nadie! —A Gideon le inquietaba la longitud de la casaca que, con veintinueve pulgadas y cuarto, se suponía que debía teparle las sentaderas, cosa que no conseguía hacer en un cuerpo largo y delgado como el suyo.

—Eso díselo al comité. —El tipo del almacén tiró hacia abajo de la casaca con fuerza; era un hombre de Kent enjuto y nervudo, patizambo y de mentón cuadrado, que había perdido un brazo en una escaramuza entre unos setos y lo habían relegado a intendencia—. Alarga las trabillas.

—Y entonces mi estómago quedará a merced del temporal... —Gideon jugueteó con desgana con las tiras planas de tela que se suponía debían sujetarle la casaca a los pantalones. Ya desde sus estirones de adolescente había tenido un problema con los huecos; el traje de boda se lo habían confeccionado especialmente. Una camisa larga ayudaría, aunque se le hincharía en la cintura a través de la ropa como el disfraz de un caballero—. Es una chaqueta corta... ¿No me corresponde un jubón de ante?

—Los dragones cabalgan ligeros.

—¿Y casco?

—Sombrero. —Le entregó un sombrero de fieltro gris de copa redonda y ala ancha para resguardarse de las inclemencias del tiempo.

Gideon se puso el sombrero ladeado con gracia y comentó con un gruñido:

—Ya no preguntaré si hay armadura.

El intendente le dirigió una sonrisa franca con la que le mostró sus horribles dientes.

Para constante indignación de Gideon, le ofrecieron una silla de montar barata de dragón, y le dijeron que podía coger un par de zapatos de dos chelines y tres peniques (disponibles desde el número 44 al 48) o comprarse sus propias botas de montar. Él ya tenía unos guantes de cabritilla, la bandolera con doce apóstoles y el tahalí para la espada larga y barata con la que se consideraba que los dragones tenían suficiente. Le dieron una mochila nueva de nueve peniques, una bolsa de lona en la que guardaría las raciones, el cuchillo y la cuchara, el pañuelo, los utensilios para encender el fuego, un cabo de vela, camisa y medias de recambio y su Biblia de bolsillo.

El intendente se volvió entonces hacia su ayudante, un hombre adormilado más joven, de ojos pequeños y unas orejas redondas como botones, y por cuyo aspecto se diría que le costaba recordar su propio nombre. Sostuvieron una intensa conversación sobre qué arma de fuego entregarle. Con toda honestidad, Gideon había mencionado

que le faltaban las puntas de los dedos. Le agarraron las manos y se las estudiaron con minuciosidad. Su habilidad para manejar los dedos dañados fue objeto de una discusión sorprendentemente inteligente. Suponía un desafío. Gideon había aprendido que la mayoría de hombres consideraban cualquier desafío como una excusa para decir no, pero aquellos dos parecieron tomárselo de manera positiva, como una oportunidad para idear una solución.

—Está capacitado para el mosquete de chispa. —Gideon aguzó el oído.

El ayudante, que ya no parecía un atontado, estuvo de acuerdo:

—Más rápido de usar y más seguro.

Del fondo del carro sacaron un flamante mosquete de chispa con un cañón un poco más corto que aquel al que Gideon estaba acostumbrado, y se lo colocaron en las manos con cuidado; en cuanto notó su tacto, se animó. Quedó asombrado de lo ligero que era.

Los mosquetes de chispa eran armas mucho más manejables que los de mecha porque, aun teniendo un mecanismo mucho más complejo, podían dejarse listos para disparar en uno o dos movimientos, en lugar de la larga serie de acciones necesarias con la mecha encendida; además, eran más seguros. Los mosquetes de chispa no utilizaban mecha, no estaban a merced del tiempo que, con el más leve chubasco, podía inutilizar la mecha del soldado de infantería. Gideon «necesitaba» un mosquete de chispa.

—¡Este tiene una llave *snapthance*! —anunció el intendente con excitación—. Tenemos doscientos, recién llegados, solo para los dragones.

A Gideon se le iluminó el rostro. Él se mantenía al día. Sabía que la llave *snapthance* se había desarrollado a partir de las escopetas de caza holandesas. Las armas de los cazadores eran muy rápidas de recargar, y especialmente buenas para disparar en movimiento; en teoría, era probable que los dragones tuvieran que disparar a caballo.

Le quitaron bruscamente el arma de las manos y le hicieron una demostración del mecanismo.

—El pedernal va sujeto en las mordazas del martillo, que queda fijado atrás mediante una leva. Esta se engancha en la parte trasera hasta que quieras disparar. La tapa de la cazoleta se deslizará automáticamente cuando caiga el martillo; en cuanto el pedernal golpee el raspador, la cazoleta se destapa y permite que una serie de chispas caigan sobre la pólvora.

—¿El raspador forma una sola pieza con la tapa de la cazoleta? —preguntó Gideon, que también se hizo el experto.

—No; es una pieza aparte. Supongo que no hace falta que te explique cómo va el raspador, ¿verdad?

Las indirectas eran algo instintivo para una persona que se había criado entre aprendices de la ciudad.

—Espero que mi aspecto sea el de un hombre que sabe para qué sirve un

raspador.

El intendente miró a su subordinado y luego respondió en voz baja y peligrosa:

—¡Por supuesto que sí, sargento!

—¿Pero sabe distinguir una vaca de una valla? —musitó el más joven con descaro. A juzgar por el zumbido pajizo de su voz, debía de ser un muchacho del campo, un trillador o un peón agrícola; sabía cómo irritar a un londinense.

Gideon tuvo un sobresalto.

—Yo no soy sargento.

El intendente consultó la lista de reclutamiento con aire de importancia.

—¿Lo he leído bien? —con un movimiento rápido alzó el papel frente al ayudante, quien le echó un vistazo, aunque probablemente fuera analfabeto. Habían perfeccionado su actuación como pareja en la que uno era el bobo—. «Sargento Jukes». ¿Está negando que sea usted, sargento?

Gideon se encogió de hombros y negó con la cabeza. Tal vez, a pesar de todo, había llegado una recomendación de parte de sir Samuel Luke. Estaba atónito, en particular porque se rumoreaba que algunos sargentos de los regimientos antiguos se habían ofrecido a ser relegados a soldados rasos para así poder servir en el Nuevo Ejército Modelo.

—¡Su alabarda, *monsignor*! —se mofó el intendente al tiempo que le entregaba al recién ascendido sargento Jukes un arma de asta. El palo tenía once pies de largo, rematado por una delgada pica metálica y una hoja plana de forma parecida a la de un hacha o una veleta. De acuerdo con el estilo inglés, la hoja se hallaba atravesada por unos agujeros decorativos en forma de corazón. Con esta herramienta, un sargento separaba a cualquiera de sus soldados que marcharan demasiado pegados; aunque también servía para señalar su rango—. No pierda esta belleza.

—Desde luego que no —respondió el sargento Jukes de todo corazón—. ¡Ya veo el magnífico troquelado de los bordes!

* * *

Gideon descubrió que John Okey, el comandante de dragones, suscitó su simpatía: un conciudadano de Londres de mejillas descarnadas, nariz larga y un cabello que le llegaba hasta los hombros peinado con la raya en medio por encima de una frente que raleaba. El coronel le hizo unas cuantas preguntas centradas en la práctica religiosa. Adoptó la perspectiva baptista de que estaban luchando por el Señor, que les concedería la victoria si su rectitud era satisfactoria. Gideon disimuló cualquier reserva acerca de este punto, y fue confirmado como miembro del regimiento de Okey. Una animada conversación sobre las virtudes del mosquete con llave *snaphance* podría considerarse algo excesivamente carnal, pero el dios de John Okey era una deidad práctica. En el Nuevo Ejército Modelo había muchos baptistas; eran soldados alegres que rezaban con fervor y lo corroboraban disparando sin

contemplaciones.

Gideon ya había oído hablar de aquel regimiento de dragones. Anteriormente lo comandaba John Lilburne, el panfletista furibundo a cuya esposa conocía Anne Jukes. El puesto de Lilburne había quedado vacante porque se negó a acatar el Pacto cuando este se volvió obligatorio.

Antes de esto, a los dragones de Lilburne los habían enviado a proteger la isla de Ely de las amenazas de invasión por parte de los realistas del norte. Entre los que fueron con ellos, se encontraba la infantería del coronel Thomas Rainborough. Rainborough era un hombre alto y físicamente robusto; era un hombre de gran resistencia, un piquero comprometido. Por uno de esos caprichos de la guerra, cuando Gideon se incorporó al que entonces era el regimiento del coronel Okey, sabía por una carta que su hermano Lambert ya servía a las órdenes de Rainborough.

Los talentosos coroneles de los hermanos Jukes iban a tener gran influencia en su vida. Los dos comandantes provenían de un entorno similar. Ambos pertenecían a una familia con dinero, pero que había trabajado para ganarlo. Okey había sido un proveedor naviero del este de Londres con negocio propio. Rainborough venía de una familia de marinos y armadores de Wapping. Eran el prototipo de la clase de oficial que sir Thomas Fairfax había elegido para el nuevo ejército: capaz e incondicionalmente comprometido (en el caso de Rainborough, de un modo casi demasiado radical). Ambos iban a tener un papel importante en la guerra y en el período subsiguiente.

El Nuevo Ejército Modelo se reunía en Newport para entrar en acción. El Parlamento dio a Fairfax total libertad en cuestiones militares, y su Plana Mayor decidió que el objetivo primordial tenía que ser la destrucción del grueso del ejército del rey que iba recorriendo los North Midlands. Acordaron también solicitar con urgencia que el mando de la caballería del Nuevo Ejército Modelo le fuera otorgado a Oliver Cromwell.

Fairfax salió de Newport y, cuando solo había pasado un día desde que Gideon se unió a ellos, el Nuevo Ejército Modelo tomó la gran carretera del norte en dirección a Stony Stratford. Gideon no tuvo tiempo de acordarse de aquella chica sin hogar que una vez encontró cuando abandonaba a su bebé. El rey se encontraba en Daventry, a tan solo unas millas de distancia.

Los realistas estaban de muy buen humor después de haber saqueado Leicester. Habían estado cabalgando por el campo, ofendiendo a los habitantes con sus magníficos atuendos y con las hordas de ganado robado que llevaban con ellos. Cuando Fairfax los alcanzó, estaban tomándose un descanso, forrajeando a una larga distancia y dispersos en un radio muy amplio, con los caballos pastando, en tanto que el mismísimo rey, despreocupado, cazaba en las cercanías de Daventry. Habían ridiculizado a sus oponentes llamando al ejército de Fairfax la «Nueva Cabeza». La vanguardia parlamentaria desbarató a aquellos piqueros pagados de sí mismos y cogió a los realistas completamente desprevenidos.

Como siempre relajado ante un desastre probable, el rey Carlos había escrito a su esposa: «Mis asuntos nunca habían sido tan satisfactorios y esperanzadores». Sin embargo, las discusiones y diferencias sobre la estrategia que debían seguir habían puesto en peligro esa aparente posición de fuerza. Ante la duda de si atacar los restos del ejército de los presbiterianos escoceses en un intento por recuperar el norte, o si emprenderla con el Nuevo Ejército Modelo, las fuerzas monárquicas habían dividido fatalmente sus fuerzas. Ambas acciones constituían un buen objetivo si se emprendían con brío pero, llegados a un pobre compromiso, un reducido ejército real andaba entreteniéndose en dirección norte, seriamente superado en número, sobre todo en caballería. Esto fue porque Carlos había dejado que el diletante lord Goring se llevara tres mil efectivos de caballería al West Country. Iba a resultar un error crucial. El príncipe Rupert intentó hacer regresar a Goring. Los exploradores de Fairfax interceptaron una carta de lord Goring en la que daba excusas para quedarse allí donde estaba. En los quisquillosos consejos de guerra realistas se incrementó la tensión entre el príncipe Rupert y los asesores civiles del rey; en cambio, el Nuevo Ejército Modelo había sido creado precisamente de manera que toda la autoridad recayera en un solo mando. Aquel era el momento de atacar, y a Fairfax le habían dado libertad de acción. Solo tenía que aguardar la llegada del nuevo comandante de su caballería: Oliver Cromwell.

Fairfax, que no dejaba nada al azar, recorrió a caballo sus puestos de vigilancia en la oscuridad para convencerse de que no había ninguna posibilidad de que los sorprendieran con un ataque. Un centinela le dio el alto; Fairfax, que iba rumiando, había olvidado la contraseña. Mientras avisaban al capitán de la guardia, el general se vio obligado a permanecer inmóvil bajo la lluvia, con un soldado que lo amenazaba con volarle la cabeza si se movía. Fairfax recompensó al centinela por su diligencia.

Los movimientos de las tropas realistas y sus hogueras sugerían que era muy posible que el enemigo se estuviera retirando. En el consejo que Fairfax celebró con su Plana Mayor al amanecer el viernes 13 de Junio, se decidió salir en su persecución. En mitad de dicha reunión llegaron Oliver Cromwell y tres mil soldados de caballería adicionales especialmente seleccionados por el nuevo comandante, lo cual suscitó un griterío de aclamación. La batalla ya estaba prevista. Sir Philip Skippon, como mariscal de campo, había recibido órdenes de trazar la disposición de batalla nada menos que seis días antes.

Una agradable noche en pleno verano inglés, el ejército realista se reunió en una larga cadena de montañas que iba de este a oeste, y dio la impresión de que se preparaban para oponer resistencia. A la mañana siguiente, cuando los exploradores realistas no pudieron confirmar los movimientos del Nuevo Ejército Modelo, Rupert en persona salió a reconocer el terreno. Fairfax no tenía necesidad de hacerlo; él ya sabía dónde se encontraba el enemigo: a siete millas de distancia, antes de la población mercantil de Harborough, con su magnífica manufactura de calzado y que se hallaba justo al otro lado del límite del condado en Leicestershire.

La batalla tendría lugar un poco más al sur, en las tierras alias de Northamptonshire. Era una zona en campo abierto, sin gran belleza ni muchas pretensiones, donde los antiguos bosques todavía dormían misteriosamente en torno a las aldeas abandonadas durante la peste negra. Por un ingenioso capricho de la geografía, el lugar formaba una línea divisoria de aguas; a un lado los arroyos corrían en dirección sur y oeste, hacia el canal de Bristol, en tanto que a apenas unas pocas millas de distancia fluían hacia el norte y el este en dirección al estuario del Wash. Las cadenas de colinas ondulantes contribuirían a disimular los movimientos de las tropas durante las primeras maniobras. En su mayor parte era una zona abierta, con extensiones irregulares de cultivos de grano entre aulagares. Entre los dos ejércitos había un valle con zonas de terreno blando llamado Broad Moor. Fairfax había llevado a su Nuevo Ejército Modelo hasta un gran campo en barbecho, cerca de la antigua población sajona de Naseby. A la izquierda de los parlamentarios, una fuerte hilera doble de setos atravesaba perpendicularmente dicho campo. A mano derecha estaba Naseby Warren. Esto era importante para su caballería, pues implicaba mucho más que unas cuantas madrigueras de conejo que provocaran caídas. Una antigua conejera tendría muchas millas de túneles y cuevas subterráneas que posiblemente se vinieran abajo.

* * *

Colocar a dos ejércitos en orden de batalla para luego entrar en contacto era una tarea que podía llevar mucho tiempo. Requería mucho tacto por parte de los comandantes, que debían evitar que sus soldados se desanimaran a la vez que los mantenían preparados para cuando se les necesitara. En Marston Moor, la incertidumbre inicial había durado muchas horas, lo cual resultó fatigoso y desalentador para el gran número de efectivos implicados. Comparada con aquella batalla, la de Naseby se llevaría a cabo con gran rapidez.

El príncipe Rupert, comandante en jefe del rey, había dispuesto un orden de batalla con su propia caballería en el ala derecha realista, en tanto que sir Marmaduke Langdale ocupaba la izquierda, a la cabeza de los experimentados soldados de caballería del norte y de Newark. En el centro, el rey, situado detrás de su infantería, y resplandeciente bajo una negra armadura completa, disfrutaba de una buena perspectiva protegido por su guardia personal: quinientos hombres que servían como reserva realista.

Por parte del Parlamento, Skippon estaba formando la infantería al estilo sueco, en filas de seis en fondo, tal como Gideon y Lambert Jukes los habían visto en la primera batalla de Newbury. La caballería de Cromwell, en el flanco derecho, tendría que salvar las conejeras. A petición de Cromwell, el flanco izquierdo lo comandaba su influyente futuro yerno, Henry Ireton. Por consiguiente, la izquierda se hallaba frente al temido príncipe Rupert, pero ellos ocupaban mejor terreno y Cromwell tenía

planeado conseguir más protección de los dragones.

Durante las primeras horas posteriores al alba, la vanguardia del Nuevo Ejército Modelo divisó en dos ocasiones al príncipe Rupert. Por señas, este ordenó a los restos del ejército del rey que lo siguieran, y avanzó hacia el oeste con la intención de situarse contra el viento para que así el humo de los cañones de sus oponentes no cegara a los realistas. Los parlamentarios lo interpretaron como un movimiento de flanqueo, ¿o tal vez el príncipe Rupert había optado por no presentar batalla? En realidad, como se sabría después, Rupert, en contra de lo que era habitual en él, se había pronunciado a favor de una retirada estratégica, pues la superioridad numérica del enemigo era evidente. Aun así, el Consejo decidió presentar batalla.

Fairfax manejó la situación con astucia. Hizo retroceder a sus hombres unos cien pasos del terreno más elevado que ocupaban. Seguían viendo lo que hacía el enemigo, pero al mismo tiempo estaban reorganizando su orden de batalla, ocultos por la cresta de colinas.

El príncipe Rupert creyó que Fairfax podría tener intención de retirarse, y se vio empujado a entrar en acción aun cuando sus hombres tuvieran que cargar cuesta arriba contra un enemigo que les superaba en número. Sobre las diez de la mañana, antes incluso de que su artillería hubiera sido emplazada en su nueva posición, el príncipe ordenó un avance general y, a la cabeza de su caballería, inició una carga característica.

El ejército parlamentario había situado un destacamento de asalto frente a él en la ladera, para que disipara la fuerza del primer ataque enemigo. Estos mosqueteros dispararon una serie inicial de descargas. Tradicionalmente, esta era la señal de que se había entablado batalla. El destacamento de asalto retrocedió después de cumplir su cometido. Entonces, el grueso del Nuevo Ejército Modelo avanzó en formación hasta el borde de su terreno elevado, en lo que se denominaba la colina de Mili, y apareció a la vista de los realistas.

Se había iniciado la batalla de Naseby, de la que los veteranos hablarían hasta su lecho de muerte.

CAPÍTULO XXXII

BATALLA DE NASEBY, 14 DE JUNIO DE 1645

Cuando empezó, Gideon estaba haciendo cola para la pólvora frente al carro cubierto. Se sentía sucio y exhausto. El ejército llevaba tres días marchando, y el regimiento del coronel Okey era el responsable de montar guardia todas las noches. El día anterior no había cenado nada caliente, ni él ni nadie, ni en su regimiento ni en los demás, ya que apenas se detenían en su búsqueda del rey. Gideon entraría en combate no tan hambriento como en Newbury, pero aun así famélico.

También estaba cansado. Apenas faltaba una semana para el día más largo del año. El día anterior, el sol no se puso hasta apenas dos horas antes de medianoche. Amanecía temprano. Aquella madrugada les habían ordenado levantarse a las tres. Se había dirigido dando tumbos al servicio de oración y, con una opresión en el pecho, había escuchado al capellán mientras pedía la protección del Señor en lo que todos sabían que sería un día de batalla. Desde entonces, el Nuevo Ejército Modelo había estado marchando, avanzando poco a poco hacia el enemigo. Finalmente llegó el aviso de que Fairfax había ordenado el alto, no fueran a salir de la espesa niebla baja y a toparse inesperadamente con los realistas.

Gideon no recordaba haber estado nunca tan al norte como se encontraban entonces; en general, la temperatura parecía más fresca que la que hubiese habido en Londres, a unas sesenta millas de distancia, tal vez. Allí, en las tierras altas, el aire frío entumecía a los hombres, sobre todo a los que tenían viejas heridas de las que quejarse, como hacían algunos de los soldados del flamante sargento Gideon. Los dragones estaban todos mortificados porque, después de los chubascos nocturnos, la marcha se hacía muy pesada para los caballos. Mientras hacía cola para recibir su munición, Gideon a duras penas podía distinguir a través de la niebla a tres hombres por delante de él en la cola. Hablaban en voz baja, al menos los que aún tenían ánimo para hablar. Sus superiores habían dejado claro que debían permanecer en silencio para evitar que el enemigo pudiera ubicar su posición.

Frotó el lado de su bota contra una mata de hierba húmeda de rocío para limpiársela. Como siempre, una parte de él deseaba estar de vuelta en casa, limpiándose el estiércol de algún caballo de tiro de Cheapside y silbando de camino al trabajo en la imprenta con Robert. En gran medida, se alegraba de estar allí. Entre sus nuevos compañeros, que esperaban pacientemente para llenar los cebadores y apóstoles con pólvora gruesa y fina, reinaba el buen humor. Les brillaban los ojos y mostraban los dientes con sus sonrisas, satisfechos de combatir por fin.

Gideon recordó sus responsabilidades; les dirigió un gesto de ánimo con la cabeza. Sus hombres toleraron gentilmente el intento. Su actuación de aquel día

influiría en si lo aceptaban de verdad o no. Al ser el sargento más bisoño, le habían asignado un grupo un poco destartado. A uno de ellos, Thomas Bental, lo habían mandado allí a la fuerza directamente desde prisión, en la que había estado encerrado por pelearse; desdentado y con la nariz rota, tenía aspecto de camorrista. Había otros dos, de rostro enjuto y cabello rojizo, que daban toda la impresión de haber sido ladrones de caballos que debían de haber evitado la cárcel solo porque eran demasiado rápidos para que los cogieran. Tenía a un sombrerero, un granjero, dos confiteros que eran cuñados y que no se hablaban, y a un estibador que había estado en las Trained Bands de Westminster. Habían pasado solo tres días, y Gideon aún no se sabía sus nombres. El de Glory-to-God Parchment era bastante fácil; ese era el que leía su Biblia de bolsillo mientras hacía cola, al tiempo que se hurgaba la nariz con la otra mano. Walter Gummery era el mayor de todos, sin duda había cumplido los sesenta, y aquejaba un problema de vejiga desconocido; estaba aliviándose contra la rueda del carro cubierto. Todos ellos le habían parecido bien dispuestos. La estatura de Gideon, sus modales modestos, las cicatrices de sus manos y que hubiera eludido los deseos de su comandante en Newport Pagnell para estar allí se combinaron para ganarse en un primer momento su lealtad. Incluso el hecho de que la casaca y los bombachos de su uniforme no se juntaran como era debido había contribuido a ello; los soldados lo reconocían por la manera en que iba siempre tirando hacia abajo de la chaqueta, al tiempo que avanzaba dando grandes zancadas con sus piernas delgadas. Todo ello hacía que el sargento Jukes fuera un poco un personaje. A sus soldados les gustaba eso, y también la forma que tenía de emprender las cosas.

Aquella mañana, el coronel Okey había estado supervisando la distribución de la pólvora y los proyectiles en un extenso prado. Entre las siete y las ocho de la mañana, el general Cromwell se acercó a caballo y habló con él. Gideon reconoció al nuevo comandante de caballería. Entre bostezo y bostezo, se fijó en aquella figura robusta con armadura, claramente en armonía con su caballo; un hombre que cabalgaba sin prisa y que, sin embargo, su presencia misma indicaba urgencia. Cromwell pasó a unos cincuenta pies de distancia, sin la compañía de una guardia de honor. Incluso a través de su «bacinete de triple barra», un práctico casco de hierro con un cubrenuca en forma de cola de langosta y tres barras sencillas para proteger el rostro, tenía un aspecto alegre y seguro de sí mismo. Era un momento que el propio Cromwell describiría posteriormente de manera notoria: «cuando vi alinearse al enemigo y marchar en aguerrida formación hacia nosotros, una compañía de pobres ignorantes que intentábamos formar en orden de batalla (...), cabalgaba solo ocupándome de mis asuntos y no pude más que sonreírle a Dios lleno de alabanzas, seguro de la victoria (...)». Cuando Cromwell se acercó a Okey, Gideon reflexionó sobre aquel compatriota cuarentón de rasgos poco agraciados que, tres años atrás, no contaba con ningún tipo de entrenamiento ni experiencia militar, y que sin embargo ahora estaba considerado como uno de los mejores soldados del reino. Todos comentaban que montaba un caballo formidable.

El viento estaba disipando la niebla. Cromwell había estado observando el avance realista, sus estandartes que ondeaban, la luz que se reflejaba en las armaduras y en los galones de metales preciosos, los bloques de piqueros y mosqueteros, el centelleo de las mechas, los cuerpos de caballería que se movían ansiosos por lanzarse a la carga. Él ya había organizado sus alas de caballería. Ahora su tarea era ordenar a los dragones que protegieran el extremo del flanco izquierdo. Las palabras que Cromwell le dirigió a Okey fueron inaudibles, pero este último se cuadró. Cromwell se alejó al galope.

Gideon oyó el sonido de los tambores de los regimientos que instaban a todo el mundo a prepararse para la acción. Sujetando la culata del mosquete con la mano derecha, regresó corriendo hacia los caballos, que estaban reunidos en un pequeño soto. Okey estaba dando órdenes con la espalda erguida. Gideon vio que sus compañeros desmontaban a toda prisa. Con un rugido de júbilo, todos aquellos a los que no se les había asignado la protección de los caballos se pusieron de pie rápidamente para bordear los grandes setos que atravesaban Broad Moor de norte a sur. Gideon viró bruscamente y fue con ellos. Apenas tuvieron tiempo de prepararse. Frente a ellos, avanzando por aquella frontera natural que formaban los setos de Sulby y que contenía su marcha, se acercaban los caballeros del príncipe Rupert.

* * *

Siempre que los mosqueteros se enfrentaban a la caballería, las instrucciones eran apuntar a las patas de los caballos: el objetivo era derribar a las monturas. Desmontar a los caballeros era lo que más daño causaría. Gideon intentó recordarlo mientras esperaba para lanzar la primera descarga en fila. Los mosquetes poseían un largo alcance, pero para aprovechar su mortífero efecto los dragones tenían que retrasar el disparo hasta que el enemigo estuviera tan cerca que pudieran distinguir las arrugas de sus rostros. Hacía falta valor.

Gideon detestaba el nuevo *snaphance*. Con tan solo un par de días de práctica, la mayor parte del tiempo en marcha, todavía no había logrado dominar aquella extraña arma. La notaba demasiado liviana. Nunca conseguiría controlar su alcance. En aquella ocasión, cargarla fue fácil y rápido pero, cuando se dio la orden de disparar, el corto cañón se desvió hacia arriba y Gideon supo que su disparo había sobrevolado a la caballería del príncipe Rupert. No tenía horquilla de apoyo. Nadie tenía horquilla. Como había dicho su nuevo capitán con sorna, las horquillas estaban bien para las maniobras mensuales en el patio de artillería, pero no para utilizarlas en combate. Sin embargo, Gideon Jukes se había entrenado utilizando un apoyo para el largo cañón de su fusil de mecha, y mientras manejaba con gran esfuerzo e irritación la nueva arma, quería una horquilla de apoyo..., la deseaba con una pasión mayor que cualquier ansia por hombre o mujer; odiaba al capitán que había hablado tan a la ligera sobre la forma de entrenarse de las Irained Bands y, por supuesto, odiaba su propia torpeza.

Maldijo la llave *snaphance* como un fogonero de cervecería. Forzó de nuevo la cazoleta para abrirla y buscó a tientas la pólvora, cebó el arma, sopló para eliminar los residuos, introdujo la carga en el cañón, escupió un nuevo proyectil en la palma de la mano, empujó la bala por el ánima hasta que se hundió en la pólvora, atacó el arma, la levantó para apuntar y, a la voz de fuego, disparó una vez más contra la carga atronadora de los soldados de Rupert. Aquellos caballeros constituían un espectáculo magnífico mientras galopaban precipitadamente con sus ropas espléndidas sobre las monturas relucientes, ataviados con guantes y estoques, puños de encaje, calzas con galón y unos cuellos altos de encaje que les caían arrugados sobre los hombros encima de unas corazas bruñidas. Sería un placer acabar con esos cabrones privilegiados.

Con el segundo disparo, Gideon compensó en exceso la desviación del arma. Sabía que la bala debía de haber alcanzado inútilmente el suelo por delante de los caballos. Estaba ocurriendo lo mismo en todo el campo de batalla. Incluso los proyectiles de artillería se estaban hundiendo en el terreno pantanoso, levantando vanas lluvias de barro. No es que oyera demasiado ruido por parte de los cañones y falconetes. Parecía que ninguno de los dos bandos estaba utilizando su artillería de manera efectiva. Al menos así no tendría que temer que le arrancaran la cabeza.

El siguiente disparo fue bueno. No estaba solo. A ambos lados tenía a los dragones, que estaban de muy buen humor, disparando, gritando y regocijándose. Gideon se dejó llevar por la euforia que se respiraba estando entre hombres que sabían lo que se hacían. El aplomo sustituía al miedo mientras efectuaban con rapidez los movimientos rutinarios con el mosquete. En medio del grave traqueteo de las pequeñas cazoletas de pólvora que le rodeaban, Gideon notó, más que vio, que el regimiento se movía rítmicamente; novecientos hombres cargando las armas con pólvora fina, pólvora gruesa y balas de plomo; levantando sus armas y amartillándolas; trescientos hombres esperando para disparar una descarga más o menos al unísono; trescientos de la segunda fila disparando; trescientos de la tercera fila...

El ruido era atroz. Las descargas ensordecían a todo el mundo. El retroceso del mosquete caliente le estaba magullando el hombro. Sentía otras molestias vagamente engorrosas. Los charcos o el rocío le estaban empapando las calzas al hincar la rodilla entre el seto. Unas ramitas espinosas le arañaban la nuca y le descolocaban el sombrero. Uno de los hombres agachados en la fila de detrás, al ir a efectuar el disparo por encima del hombro de Gideon, perdió el equilibrio y cayó sobre él. Podía haber resultado desastroso, aunque el soldado hizo todo lo que pudo por recuperar la posición y no echársele encima. Gideon soltó un gruñido y le lanzó una mirada asesina. Otros tiraron del hombre hacia atrás; la pólvora de Gideon se había derramado, pero él ya estaba cogiendo una nueva carga. No había tiempo para recriminaciones.

* * *

Vieron que la caballería de Rupert iba adquiriendo velocidad. El ala parlamentaria de Ireton también avanzaba; las caballerías contrarias se iban acercando rápidamente en grupos numerosos. Algunos regimientos parlamentarios más cercanos al centro evitaron el choque, en tanto que el resto se defendió con valentía, causando graves bajas realistas, pero tanto la carga como la habilidad de la estrategia de Rupert consiguieron hacer retroceder a muchos enemigos del campo. Por delante del regimiento de Okey, tras combatir con dureza, el ala izquierda parlamentaria se arremolinaba entonces presa del desorden.

Conscientes del daño que causaba el fuego cruzado de los dragones, de pronto aparecieron grupos de jinetes enemigos junto al seto con la esperanza de desbaratarlos. Era peligroso. Al no llevar armadura, los soldados de infantería corrían peligro cuando eran atacados por la caballería, y habitualmente el príncipe Rupert colocaba a algunos mosqueteros entre su caballería para contar con tiradores certeros adicionales. Sin saber muy bien cómo, los soldados de Okey consiguieron rechazarlos. Todo sucedía muy rápido, y pocos sabían qué estaba ocurriendo en realidad.

En cuanto las primeras oleadas de caballería hubieron chocado en el campo, tuvo lugar un prolongado y frenético combate a tajos y estocadas, hasta que los realistas rompieron al enemigo. Entonces siguieron adelante a toda velocidad y se alejaron demasiado y demasiado aprisa. Los soldados de Okey observaron cómo las monturas de los caballeros echaban del campo a muchos de sus propios soldados, pero los caballeros se dividieron en grupos desenfrenados que se marcharon en tropel y llegaron casi a la población de Naseby. Al parecer, su objetivo era el tren de bagaje del ejército parlamentario; el mismísimo príncipe Rupert iría con ellos, ausentándose de la batalla durante más de una hora. Fue él personalmente quien pidió a los guardias del bagaje parlamentario que se rindieran, pero estos (un grupo de mosqueteros poco disciplinados con casacas de color leonado) en un primer momento lo confundieron con Fairfax, puesto que llevaba un sombrero montero carmesí muy similar al que utilizaba su general. Cuando alcanzaron a comprender lo que les pedía Rupert, se mantuvieron firmes y se negaron a ceder. El príncipe se dio cuenta con retraso de que su presencia era necesaria en otra parte, y cambió de objetivo.

De vuelta al campo de batalla, durante la ausencia del príncipe había cargado una segunda fila de vociferantes señores realistas con capas de terciopelo que mantenían su posición y estaban arremetiendo contra los restos del ala izquierda parlamentaria. Ireton había dado un viraje y se alejaba para ayudar a la infantería del centro, donde cayó desmontado y herido en el muslo, recibió una herida de alabarda en la cara y luego fue hecho prisionero. La noticia circuló rápidamente entre sus hombres y los desmoralizó. Sin líder, los que quedaban se dispersaron. El regimiento parlamentario

del coronel Butler, que se encontraba cerca de Sulby Hedges, se vio en peligro hasta que las repetidas descargas de los dragones de Okey los salvaron de una aniquilación certera.

Los dragones habían perdido la noción del tiempo, pero debían de haber permanecido junto a los setos alrededor de una hora. Cuando la mayoría de los caballeros se hubieron alejado, a través del humo de la pólvora vieron que, entre la infantería, reinaba el alboroto. Los regimientos enzarzados en combate en el centro se tambaleaban; por lo que podía adivinarse, los hombres de Skippon, que ya no contaban con la protección de la caballería en su izquierda, desesperados, arremetían con fuerza a golpes de pica y culata de mosquete. Aunque superaban en número al enemigo, este los había dominado y habían cedido terreno. Skippon había recibido un balazo en las costillas que hizo que parte de su peto penetrara profundamente en su pecho, pero se negó a abandonar el campo de batalla. La noticia de que estaba gravemente herido estaba provocando que las secciones de infantería se desmoralizaran y se debilitaran.

Durante cierto espacio de tiempo, parecía que el desenlace iba a ser nefasto para el Nuevo Ejército Modelo. Contaba con el doble de efectivos que los realistas, de modo que Cromwell y Fairfax podían desplegar fuerzas de apoyo en los puntos conflictivos. Sin embargo, la infantería realista era tan buena como cualquiera. Si la caballería del príncipe Rupert se hubiera contenido con suficiente rapidez después de penetrar en las filas enemigas, si se hubiera vuelto contra el centro parlamentario, entonces expuesto, el resultado habría sido desastroso.

A medida que la infantería parlamentaria iba retrocediendo por el páramo, obligada a ello por sus tenaces oponentes, empezaron a confundirse con los regimientos de reserva a las órdenes de los coroneles Hammond, Pride y Rainborough. Fairfax y otros oficiales los animaron a reagruparse y a oponer resistencia. En algún lugar del tumulto de aquella batalla campal, se encontraba Lambert Jukes, que empuñaba alegremente su pica cuando se llamó a los regimientos de la reserva y estos empezaron a avanzar.

Los soldados de la reserva estaban frescos y llenos de optimismo. Los ánimos en el centro del ejército cambiaron.

En el ala derecha, más alejada, las cosas fueron bien desde el principio. Cromwell había conducido a sus Ironsides con resolución por el terreno accidentado; tal vez no llegaron a alcanzar en ningún momento la velocidad de los hombres del príncipe Rupert, pero consiguieron salvar las peligrosas conejeras y varios hoyos y charcos que se encontraron de improviso. Combatieron cuerpo a cuerpo contra la desdichada y rebelde caballería del norte de Langdale, al menos durante una hora. Poco a poco al principio y con mayor impulso después, Cromwell fue venciendo y abriéndose camino. El rey, que observaba parapetado tras su guardia personal desde la cima de la colina, juzgó correctamente que las unidades de Langdale estaban a punto de venirse abajo. En cuanto se inició la desbandada entraron en pánico, hasta que hombres y

caballos huyeron del campo, locos de terror. En la retaguardia del ala izquierda realista, había quienes ya emprendían la retirada, en tanto que grupos de caballería parlamentaria se lanzaban en su persecución. El rey se preparó para encabezar una misión de rescate.

—¡Cambien de frente una vez, realicen una carga y consigan la victoria! —gritó Carlos con temple.

La decisión del rey de lanzarse hacia el peligro horrorizó a su guardia personal. Tal vez consiguiera cambiar el rumbo de la batalla, pero también era posible que pereciera, aunque con ello salvara su causa con heroicidad. Sin embargo, un noble escocés se lo impidió: agarró las riendas del caballo del rey, le hizo volver la cabeza y maldijo al monarca, gritándole:

—¿Acaso va en busca de su propia muerte? —Carlos se quedó sin saber qué decir y, finalmente, permitió que lo disuadieran. Al ver que su montura giraba, las reservas realistas fueron presa de la confusión. Se desanimaron. Se perdió el control. Las tropas realistas interpretaron aquel movimiento como la señal de que se salvara quien pudiera, y abandonaron el campo de batalla a toda velocidad sin que se realizara ni un solo disparo.

* * *

La bulliciosa actividad contra Sulby Hedges estaba decayendo. En aquellos instantes, los dragones no tenían a nadie en particular a quien disparar. El coronel Okey se dio cuenta de que, en el ala más alejada, algunos miembros de la caballería del Nuevo Ejército Modelo iban a la caza de los realistas. El resto, a las órdenes del propio Cromwell, habían virado en dirección al centro para machacar a la infantería realista.

—¡A los caballos, muchachos!

Sus hombres corrieron en busca de sus monturas. Entonces, desafiando el procedimiento habitual, Okey alzó su espada y encabezó la carga de sus dragones.

Gideon, entusiasmado, espoleó su montura con las botas de caña corta que llevaba. Avanzando a empujones y con incomodidad, rodilla contra rodilla y ondeando los estandartes, los dragones se lanzaron a la batalla sobre sus vilipendiados jamelgos baratos, que levantaban terrones de barro a su paso. Gideon abrió la boca para proferir un alarido sin palabras que se desvaneció tras él, mientras las monturas sorprendidas del regimiento los conducían a la acción en una estampida sin precedentes por lo que entonces era su desierta ala izquierda.

Cayeron sobre la infantería realista en el preciso momento en que Cromwell atacaba desde el lado contrario. Al mismo tiempo, las unidades de infantería parlamentaria acometieron el centro. Los dragones arremetían alegremente, lanzando una lluvia de golpes de culata de mosquete y de tajos de sus largas espadas sobre las cabezas y hombros del enemigo. Aquella embestida triple fue demasiado para el centro realista. Allí no se combatió hasta el último hombre, como había sucedido en

Marston Moor; en Naseby, incluso la endurecida infantería galesa del rey cedió en masa y depusieron las armas de manera lamentable. Los casacas azules del príncipe Rupert, que formaban parte de las reservas realistas, resistieron brevemente, en tanto que la guardia privada del rey fue enviada contra los dragones de Okey, pero una carga de caballería dirigida por Fairfax acabó con los últimos signos de resistencia. Fairfax, quien con los nervios previos a la batalla había dado la impresión de estar muerto, se transformó en un torbellino en cuanto comenzó la acción. Se decía que la batalla lo «enardecía, lo elevaba y lo transportaba». Perdió el casco y, con la cabeza descubierta y su melena leonina al viento, su presencia inspiradora motivó a la vacilante infantería parlamentaria. Mató personalmente a un portaestandarte realista y, uno tras otro, se fueron recogiendo para el Parlamento los estandartes de los regimientos de infantería que se rendían. Prácticamente todo el grueso de la infantería francesa estaban muertos o habían sido hecho prisioneros.

Fairfax ordenó la formación de una nueva línea de batalla. Gideon hizo formar a sus hombres con el regimiento. El hecho de lograr aquello, reunir a su ejército en líneas de combate bajo la humareda de las armas, listos para atacar o ser atacados por el enemigo y tras dos horas de intensa lucha, para Fairfax era una muestra de disciplina, afianzada solo cuarenta y un días después de la creación del Nuevo Ejército Modelo. Estaban orgullosos antes incluso de ver los resultados.

Finalmente, el príncipe Rupert había conseguido reunir a algunos caballeros y los arrastró de vuelta. Llegaron demasiado tarde. No pudieron salvar a la infantería. La caballería de Langdale se había dispersado. Las reservas realistas estaban fuera de su alcance. Ni siquiera se logró que los propios soldados de Rupert, hoscos y desanimados por las numerosas bajas, se pusieran en orden para hacer frente a la nueva línea de batalla que Fairfax había establecido. No se podía hacer nada. Los realistas cedieron ante la evidencia de la derrota.

Los dragones de Okey vieron que el enemigo flaqueaba al final. Una última y retumbante descarga por su parte convenció a los supervivientes de la caballería realista para abandonar el campo de batalla. El rey, el príncipe y los pobres restos de su caballería se alejaron rápidamente hacia Leicester. Sin duda eran conscientes de que la causa realista estaba perdida.

Cuando el enemigo huyó desordenadamente, Gideon Jukes sintió que lo invadía un inmenso sentimiento de gratitud por haber conseguido estar allí, donde había sido testigo de aquella victoria. Entonces, casi en los últimos instantes del combate, aconteció la calamidad. Su yegua fue alcanzada por un disparo, tal vez por una bala perdida de los de su propio bando. Tanto había sido el alivio ante aquella tremenda jornada, que no fue consciente de lo que estaba ocurriendo. Oyó que uno de sus hombres lanzaba un grito de advertencia, pero cuando el caballo cayó, no tenía ni idea de por qué el animal lo estaba tirando al suelo. Cayó sobre la turba ensangrentada con tanta fuerza que se quedó sin respiración. Vio las estrellas, que giraron ante sus ojos antes de que el dolor se extendiera por todo su cuerpo, y quedó

allí tendido sin poder hacer nada, mientras el regimiento pasaba por encima de él y seguía adelante.

* * *

Había quizá un millar de muertos del bando realista. Sus cadáveres yacían en montones tupidos al pie de la colina desde la que su soberano había observado su gran derrota. Fairfax no había perdido más de un par de centenares de hombres. Una vez terminado el combate, a pesar del importante servicio prestado por los dragones a lo largo de la jornada, Okey no tenía víctimas mortales, solo tres heridos.

En el período subsiguiente, iban a tardar días en separar y contar a los prisioneros, de los que había casi cinco mil. El Nuevo Ejército Modelo había matado o capturado a toda la infantería experimentada del rey. La lista de oficiales realistas apresados ocupaba ocho páginas, y los muertos eran muchos más, tantos que, siendo objetivos, el rey nunca podría volver a reunir a su ejército. Todas las valijas y el bagaje realistas fueron capturados, junto con toda la artillería, cincuenta y seis estandartes, doscientas cureñas, armas, pólvora y caballos, carros cargados con botes, sirvientes reales, la guardia privada del duque de York, dinero, tesoros y botín que los realistas llevaban consigo, incluyendo los abundantes despojos de Leicester. Lo más importante era un carruaje que contenía la correspondencia del rey. Esto le asestó un golpe devastador, porque sus cartas pusieron de manifiesto que Carlos había estado negociando con los católicos y planeaba traer a un ejército irlandés católico para que luchara en su bando en la guerra. Esta prueba condenatoria de intenciones desleales se haría pública, y acabaría decidiendo el destino del rey.

* * *

Antes de la triste limpieza, el campo de batalla se llenó de los terribles gemidos y gritos de los heridos y moribundos, y de los resuellos de agonía de los caballos. El período posterior mostró la sangre y el terror habituales. Los realistas que escaparon huyeron por lo menos hasta Leicester, aunque dicha población iba a ser retomada por el Parlamento sin ninguna duda, por lo que algunos caballeros siguieron hasta su base de Newark, a treinta millas de distancia. La caballería fue a la caza de los fugitivos y acabó con ellos: cabalgaron para perseguirlos y les rebanaron el pescuezo con golpes de espada desde lo alto. Un grupo de soldados de caballería realistas se perdió, y los perseguidores del Nuevo Ejército Modelo los atraparon en un lugar sin salida, los masacraron en un cementerio y arrojaron sus cuerpos con desprecio a un pozo de arcilla. Un fugitivo desesperado consiguió recorrer treinta millas corriendo, pero acabó sorprendiendo a una criada que fue capaz de matarlo con el palo que estaba utilizando para batir la colada.

Cromwell condujo a su caballería directamente a Leicester. Los dragones de Okey fueron con él. Gran parte del Nuevo Ejército Modelo tuvo que quedarse en Naseby despejando el campo. A los muertos los desnudaban y los enterraban; recogieron a los heridos, y se llevaron a los prisioneros marchando en formación. Cerca del campo de batalla, encontraron a varias damas de calidad que fueron devueltas a su vida privada con discreción. A las de clase más baja les esperaba algo mucho peor. En un campamento, había un grupo de mujeres que ignoraban el resultado de la batalla. Las denunciaron como irlandesas, aunque lo más probable es que fueran galesas. Puesto que llevaban cuchillos, ya fuera para protegerse o simplemente para preparar la comida, las atacaron violentamente allí entre las hogueras humeantes, acusadas de prostitutas y luego mutiladas con tajos en la nariz y el rostro. Se decía que cerca de un centenar fueron asesinadas a sangre fría.

En otra parte, se descubrió una gran remesa de queso y galletas entre el botín. Los exhaustos soldados parlamentarios lo devoraron dando gracias a Dios.

* * *

Gideon Jukes no sabía cuánto tiempo había yacido allí semiconsciente. Cuando poco a poco consiguió ponerse derecho, vio que los dragones lo habían dejado atrás. Estaba desconcertado. De pie entre los cadáveres desparramados de hombres y caballos, con los ojos que todavía le escocían a causa del humo sulfuroso de la pólvora y todos los músculos del cuerpo doloridos, se preguntó qué se suponía que tenía que hacer entonces. Caminó por allí a trompicones, evitando cadáveres y vísceras. Un poco después, se encontró con que estaba cerca del lugar donde se estaba poniendo orden al botín. Alguien le dio una parte de las galletas y el queso capturados, y se lo comió de manera mecánica. Estaba agotado. Necesitaba que le dieran órdenes. Se sentía perdido sin su regimiento.

Se decía que el campo de batalla tenía cuatro millas de ancho, y no obstante Gideon tuvo un ridículo encuentro casual. Se acercó una figura conocida, un hombre robusto que arrastraba una pica maltrecha con el asta doblada; llevaba el peto manchado de sangre desabrochado, de manera que la camisa hecha jirones le colgaba por debajo. Sin lugar a dudas se trataba de Lambert, que hasta aquel instante no tenía conocimiento de que Gideon se hubiera alistado o estuviera allí presente. A su hermano le faltaba el pesado casco de hierro con visera, así como el gorro de Monmouth que solía ponerse debajo. Su cabello rubio estaba negro de mugre, y la cara manchada de sangre y suciedad.

La coincidencia no desconcertó a Lambert en ningún momento.

—Típico de ti, has olisqueado las galletas.

Gideon partió en dos el queso que se estaba comiendo. Lambert cogió las dos mitades y las midió a ojo, ajustándolas para que el reparto fuera justo, como si los hermanos estuvieran riñendo en casa; entonces se quedaron los dos masticando con

expresión grave y en silencio, hasta que no pudieron comer más.

—¿Te alistaste en Windsor?

—En Newport Pagnell.

Lambert asintió con la cabeza.

—Intenté llegar allí para verte. Teníamos órdenes de no mezclarnos con vosotros, no fuera que la guarnición de Newport nos diera en el ojo por tener mejores casacas y armas.

—¡No! ¡Fue porque los soldados del Nuevo Ejército Modelo no dejaban de intentar escaparse para unirse a nuestra magnífica guarnición! —Gideon corrigió a su hermano con una sonrisa burlona—. Estoy con Okey. Me he pasado la mitad del día arrodillado en una zanja con una rama de zarza en la oreja.

—Ya os vimos gritando como diablos enloquecidos, jugando a los caballeros —le dijo Lambert con envidia.

—¡Arremetiendo como héroes!... He perdido el caballo que me ofreció nuestro padre. —La culpabilidad lo obsesionaba.

—También... has perdido a tu padre —le informó Lambert con voz apagada—, o sea que no habrá reproches por la yegua... Se fue mientras dormía, a finales de Marzo. El coronel Rainborough me dio permiso para ir a casa desde Windsor y asistir al funeral.

—John Jukes hubiera deseado ver llegar este día... —Las lágrimas de dolor se mezclaron con lágrimas de tensión y fatiga cuando Gideon pensó en la alegría que hubiese sentido su padre si se hubiera enterado de la victoria. Entonces imaginó a su madre sin John, a quien había sido fiel durante casi cincuenta años.

—¡Dios es nuestra fortaleza! —Lambert rindió homenaje a las últimas migajas de galleta con la contraseña del día del Nuevo Ejército Modelo. La comida le había sentado mal. Bajó la mirada y vio que estaba pisando un charco de sangre. Tenía una herida en el pie que, con el calor de la batalla, no había notado, pero que al final se estaba haciendo sentir. Se desmayó y cayó desplomado. Lambert no podía soportar ver sangre. Gideon tuvo el tiempo justo de cogerlo y sostuvo su peso considerable, en tanto que algunos hombres se acercaron corriendo y lo ayudaron a dejar al fornido piquero en el suelo.

El ayudante de un cirujano del regimiento le echó un vistazo a Lambert, le cortó el zapato y la media, se los quitó y efectuó una limpieza rápida. Gideon permaneció junto a él, incapaz de moverse, suspendido en la lasitud.

—Sobrevivirá. Llévalo a uno de los carruajes que salen hacia Northampton. — Con doscientos vehículos capturados, los parlamentarios heridos iban a viajar a lo grande.

—¡Búscate otro caballo! —le ordenó Lambert medio atontado cuando lo subían a su transporte: como siempre, su hermano mayor intentando organizar las cosas...

* * *

Apenas había empezado la tarde. Por todo Broad Moor, los chorlitos frenéticos llamaban y buscaban a unas crías que no volverían a encontrar. El maíz e incluso las espinosas aulagas estaban aplastados. La humareda era tan espesa como la niebla que había ocultado a los ejércitos al romper el alba. Al menos servía para ocultar un poco la carnicería.

A Lambert lo atenderían en Northampton. Los parlamentarios enviaron médicos allí para que se ocuparan de los heridos. Gideon ayudó a recoger otras bajas, hasta que le ofrecieron un caballo sin jinete; entonces emprendió el camino hacia Leicester, en busca de su regimiento. A lo largo del camino, vio los cuerpos ensangrentados de realistas a los que habían abatido cuando intentaban escapar. Algunos de ellos todavía llevaban los tallos de judías que los soldados del rey habían utilizado como distintivo de batalla. Las posturas de los cadáveres y sus heridas contaban la historia de una masacre que dejó sin filo las espadas. La huida en retirada daba licencia para una matanza. El hecho de no rendirse, permitía una venganza sangrienta. Y el Nuevo Ejército Modelo se había vengado.

* * *

«En esta acción os han servido hombres honestos —le escribiría Cromwell al presidente de la Cámara de los Comunes—. Son hombres de confianza, señor. En nombre de Dios, os ruego que no los desaniméis. Mi deseo es que esta acción suscite agradecimiento y humildad en todos los que tienen que ver con ella...». Era lógico que aquellos hombres honestos y servidores leales se mostraran exultantes, asegurando que el Señor había mostrado de quién era partidario concediéndoles una victoria fácil. Sin embargo, mientras cabalgaba solo en busca de los dragones, Gideon Jukes se vio dominado por una extraña melancolía. Era perfectamente consciente de lo poco que había faltado para perder la batalla en Naseby, y de lo duro que había resultado ganarla, en realidad. Además, aquella tarde la misericordia de Dios no se encontraba en ninguno de los caminos que conducían a Leicester. La alegría del vencedor estaba empañada en el corazón de Gideon.

La tarde era despejada, y los mirlos cantaban desde sus atalayas situadas en los majestuosos árboles y en los altos tejados de los graneros. Pasó por las aldeas del sur de Leicestershire, con sus iglesias medievales, sus elegantes casas señoriales y mansiones estilo Tudor propiedad de hombres adinerados que habían asumido los arriendos de la iglesia cuando se reformaron las antiguas dotes monásticas. Sibbertoft, Husbands Bosworth, Shersby y Peatling Magna... unos topónimos británicos algo ridículos. Gideon había tomado el camino del oeste porque la ruta del este vía Market Harborough estaba atascada por los convoyes de guardias y sus abatidos y derrotados prisioneros. Niños a los que no deberían haber permitido salir de casa estaban en las verjas para verlo pasar y saludarlo con la mano; sin duda tenían

la impresión de que la procesión de fugitivos desesperados y perseguidores de expresión severa de aquel día era un emocionante carnaval.

—¿Usted a favor de quién va, señor?

—A favor de la paz —respondía Gideon, desconcertando a propósito a esos diablillos de pelo desgreñado. Había luchado por su futuro, aunque ellos no lo sabían y tampoco les importaba.

Gideon tenía que esforzarse para dominar a aquel caballo desconocido al que la batalla había aterrorizado y que no se dejaba domeñar fácilmente. Nunca había montado un caballo tan alto como aquel, una hermosa criatura que debía de hacer las delicias de su anterior propietario, algún soldado de la caballería realista que, entonces, con toda probabilidad, estaría muerto. Tal vez ni siquiera se tratara de un caballero inglés, sino de un francés, o de uno de los mercenarios irlandeses o alemanes del rey. En aquellos momentos, dicho caballo transportaba a uno de los victoriosos miembros del Nuevo Ejército Modelo a través de la pacífica campiña, y ninguno de los dos disfrutó mucho con la experiencia.

El caballo sacudía las orejas cada vez que Gideon intentaba tranquilizarlo, y a la menor oportunidad se arrimaba de lado al otro lado del camino. Gideon no dejaba de pensar en su padre muerto y en el temor que sentía por su hermano. Estaba completamente exhausto, tanto mental como físicamente, pero sabía que debía mantenerse despierto. Tenía que encontrar a su regimiento. Estaba obligado a devolver el estandarte. No podía permitirse el lujo de quedarse dormido en la silla; temía el momento en el que el agotamiento lo venciera y se viera obligado a dormir.

El miedo de Gideon era el miedo al ruido y el terror recordados: escenas de horror que en su momento apenas había asimilado pero que, por propia experiencia, sabía que quedarían grabadas en su memoria. Ahora, la batalla de Naseby estaría con él para siempre; cada vez que estuviera débil o cansado, aquella jornada de duro combate arrasaría sus sueños.

CAPÍTULO XXXIII

OXFORD, JUNIO DE 1645

En Oxford siempre había voces y ruidos por la noche. Juliana, en el último mes de su embarazo, dormía muy mal. Se despertó al darse cuenta de que llamaban a la puerta de la calle. A veces, soldados achispados o algún inútil golpeaban la puerta al pasar. Aunque lo hacían para asustar a la gente, los maleantes rara vez insistían y solían continuar su camino tambaleándose. Juliana intentó volver a dormir, pero permaneció tendida y parcialmente en tensión por si había problemas.

Cuando volvieron a llamar con demasiada insistencia como para hacer caso omiso, se levantó y se cubrió los hombros con un chal. Bajó con torpeza, sin encender ninguna vela, a trompicones y quejándose. Era pleno verano y, a juzgar por la luz del amanecer que ya se filtraba por las cortinas de la ventana, debía de ser más de medianoche. Los golpes continuaban. Estaba a punto de abrir la puerta que daba a Saint Aldate, pero se mantuvo lo bastante alerta como para detenerse, apoyar la cabeza en la madera y preguntar:

—¿Quién es? ¿Quién anda ahí?

—¡Juliana!

Enseguida reconoció la voz del coronel McIlwaine. Nerviosa, se apresuró a descorrer los cerrojos y abrió la puerta. Soñolienta, se rio y empezó a disculparse por haberle hecho esperar en la puerta de su propia casa.

—Juliana... —La mujer dejó de hablar al verle la cara—. Juliana... —Dejó entrar a aquella figura espectral manchada de barro. Al coronel la agarró de los hombros y le dio un beso en la frente con una especie de desespero fervoroso—. Cierra la puerta..., ¡ciérrala bien!

Siguió andando a grandes zancadas y se dirigió a la cocina, donde las brasas del hogar aún desprendían un poco de calor. Arrojó su capa embarrada sobre una silla y dejó el sombrero (en el que llevaba una corona de vegetación marchita) sobre la mesa. Se dejó caer en un banco. Apoyó la cabeza entre las manos y se puso a temblar intensa y largamente.

Juliana se quedó en la puerta tras él, acongojada. Sabía reconocer a un hombre en dificultades en cuanto lo veía. Se acercó dubitativa al hogar, al tiempo que se ataba las cintas sueltas del camisón por una cuestión de decencia; se arrodilló, juntó las brasas y cogió una cacerola para calentar agua. El ruido de los utensilios hizo que McIlwaine levantara la cabeza. Siempre había tenido los hombros encorvados y el rostro demacrado, por lo que su aspecto general no parecía haberse alterado; sin embargo, ella se fijó en que llevaba puesto el tahalí, pero que las tiras de las que colgaba la espada estaban vacías. Sin duda alguna, había estado a la intemperie

mucho rato; rápidamente Juliana se preguntó en qué cuadra habría guardado el caballo y en qué condiciones se encontraba el animal.

—Deje que le traiga comida y bebida. —Logró mantener un tono de voz calmado. Como única respuesta, el coronel tomó aire rápidamente una vez y, a continuación, soltó un gruñido. Juliana se sentó de nuevo sobre los talones y permaneció inmóvil. Pasaron unos momentos que parecieron largos y extraordinarios.

—Pues agua caliente para lavarse, entonces —sugirió ella con delicadeza.

—No quiero nada... Eres muy amable. —Juliana intuyó lo peor en aquella afirmación tan extraña en el coronel. Aquel hombre estaba sufriendo mucho.

—¿Ha venido solo, señor? —Obstinadamente, empezó a tantearlo buscando explicaciones—: Ha habido rumores acerca de un cruento combate..., pero siempre hay rumores, habitualmente exagerados... —La única confirmación de que la batalla había tenido lugar fue que el coronel alzó levemente la barbilla y que tal vez se ensombrecieran sus ojos oscuros—. ¡Por el amor de Dios, Owen, cuénteme qué ha pasado!

Entonces, como era un soldado profesional, Owen McIlwaine se enderezó. Con voz tensa y palabras amargas, explicó lo que había sucedido con el ejército del rey en Naseby. Escrito en una carta solo hubiese ocupado un párrafo. Fairfax y Cromwell necesitaron poco espacio más cuando informaron del triunfo a sus señores en el Parlamento; para los derrotados, aún había menos que contar. Los hechos sin exagerar eran desoladores. Habían perdido la batalla. La causa real había perdido toda esperanza. La victoria, en el más amplio sentido posible, era del Parlamento.

Se trataba de una crisis grave, pero las preocupaciones de Juliana eran distintas a las del abatido irlandés. Esforzándose poíno perder las formas, intentó sonsacarle lo que necesitaba saber:

—Escapó con vida y me alegro de corazón... ¿Qué puede decirme... de Orlando, por favor?

El coronel se volvió hacia ella como si la muchacha hubiese excedido los límites del buen gusto y le dijo:

—Cuando salimos cabalgando del campo no le vi. ¡Ha desaparecido, Juley!

—¿Desaparecido? ¿Qué quiere decir con eso? ¿Vio qué le ocurrió? —el coronel alzó los hombros levemente, como encogiéndolos con cansancio—. Entonces, ¿no lo vio?

No le buscó, pensó ella. Se estaba distanciando de Lovell. Era ella quien tenía que ocuparse del asunto. Era una mujer sola, con un hijo al que cuidar y otro a punto de nacer cualquier día de estos...

McIlwaine percibió el reproche y montó en cólera:

—Debes darlo por perdido. ¡Había un campo de sangre de más de una milla de longitud! Hombres muertos y hombres que no habían muerto del todo todavía... Hombres que tendrían que haber estado muertos, pero que se negaban a aceptar la llamada de su Dios y gemían y se retorcían...

—Pero, si no le vio... —insistió Juliana débilmente—, debe de haber esperanza, ¿no?

McIlwaine le dirigió una mirada fría. Aun cuando en su cabeza se agolpaban los pensamientos sobre qué les ocurriría a ella, a su hijo pequeño Tom y al bebé que nacería dentro de dos semanas, Juliana se daba cuenta de que había otro asunto más grave que aún no le había contado. La voz calmada y espeluznante del coronel la advirtió de antemano.

—¿Cómo es que Nerissa no está con...? ¿La perdió en medio de la confusión?

—La perdí —admitió Owen. Su voz era espantosa.

Se hizo un silencio atormentado cuando el hombre se encontró sin palabras. Al cabo, las palabras brotaron de él de manera totalmente repentina. Después, Juliana siempre recordaría aquel momento, y que las brasas se derrumbaron levantando llamaradas justo en el instante en que empezó a contárselo. Durante el resto de su vida, recordaría el súbito calor y el crepitar de las llamas. Tuvo que controlar el impulso de echarse hacia atrás para evitar el calor en el rostro. No podía ponerse a trajinar con el atizador y la escobilla en el hogar de manera rutinaria. Una chispa cayó en su camisa, pero ella la sacudió discretamente.

—Nerissa nunca fue de las que se encierran en magníficos carruajes. Había mujeres nobles que lo hicieron, y supongo que los vencedores las trataron en consecuencia. Nerissa siempre consideró su deber guiar a las esposas de los oficiales subalternos y los soldados.

—¿Y qué?

—Pues que cuando los soldados de caballería del Nuevo Ejército Modelo irrumpieron en el tranquilo campamento de nuestras mujeres, Nerissa estaba entre ellas. Los Cabezas Redondas no entendían a las mujeres; las llamaron putas papistas irlandesas. Empezaron a mutilar a las pobres criaturas... rajándoles la nariz como señal de que se suponía que eran prostitutas, deformando sus rostros para que no pudieran ejercer dicho oficio... La sed de sangre se apoderó de ellos, y mataron cruelmente a docenas de mujeres. Según me dijeron, Nerissa avanzó e hizo frente a los soldados con indignación. Maldijo su crueldad y su inmoralidad... pero no durante mucho tiempo. Como era irlandesa y no lo negó, no tardó en recibir un duro castigo.

Las supervivientes, con la sangre aún manando de sus narices rajadas, se lo habían contado a Owen cuando este fue a buscar la. Ante su insistencia, le enseñaron el cadáver destrozado de su esposa. Owen lloró mientras se lo contaba a Juliana.

—Íbamos a regresar a casa, a Irlanda. Y yo iré a Irlanda a pesar de todo... con el amargo dolor de tener que regresar solo. Pensábamos que si llegaba el momento de separarnos, sería Nerissa quien soportara esa carga. Esto no estaba planeado, Juliana. ¿Cómo voy a afrontarlo? ¿Cómo voy a soportar...?

—Salvándose. —Juliana no lloraba todavía, aunque estaba tan al borde de las lágrimas que se le había secado la garganta; su voz sonó como un graznido enojado

—. Abandone este horrendo país empapado en sangre. Es lo que ella querría.

Owen McIlwaine había realizado una larga y agotadora cabalgata en la que tuvo tiempo de pensar en su futuro.

—¿Para qué? —preguntó, aunque fue un mero murmullo exhausto—. ¿Qué sentido tiene todo? ¡Sin Nerissa! ¡Sin Nerissa!

* * *

Las mujeres saben mantenerse ocupadas. Juliana dejó de lado sus sentimientos. Siguió adelante temporalmente, haciendo su papel de ama de casa. Preparó una cama, convenció al coronel para que ingiriera algo de comida y se encargó de acompañarlo a su habitación. Después, despertó a la criada de Nerissa y le explicó lo que había ocurrido, para que de esta manera el primer torrente de terrible consternación tuviera lugar sin que Owen lo oyera, y antes de que se despertara el pequeño Tom.

—El coronel te llevará consigo de vuelta a Irlanda, Grania. Ha venido a Oxford a buscarte. Te llevará a casa sana y salva.

Juliana imaginó que también había venido a por los objetos de valor de la familia. Por la amistad que tenía con su esposa, Juliana sabía qué poseían los McIlwaine y dónde lo guardaban. Al día siguiente, el coronel, un hombre discreto, recogió sistemáticamente el dinero, los documentos y las joyas de su esposa. Había vajilla en la que habían comido todos con frecuencia en un ambiente cordial (unos viejos cubiertos irlandeses maltrechos, fuentes y platos que habían reunido en Francia, unas copas alemanas ridículamente altas), y vasos venecianos envueltos en terciopelo verde, guardados en su propio estuche. Lo más valioso y singular era un reloj.

El coronel lo recogió todo con abatimiento, y lo hizo solo. Como pareja, los McIlwaine habían sido generosos con su energía, tanto para con el rey al que servían como para sus amigos; sin embargo, habían controlado sus asuntos con cautela. Habían vivido, trabajado, luchado, siempre teniendo en mente su retiro final. Incluso habían tenido en su casa a Grania, la criada de la familia, pensando que podría cuidar de ellos en la vejez. Grania se ofreció desganada a quedarse con Juliana hasta que esta diera a luz, pero en ningún momento fue una opción real.

—No, tú debes marcharte con el coronel. La señora McIlwaine esperaría que te ocuparas de él, y sobre todo ahora, en estas circunstancias. Yo ya he quedado con una comadrona para el parto; me las arreglaré perfectamente bien.

Juliana no podría permitirse el lujo de tener una criada. Tan evidente era que ni siquiera lo consideró. Estaba postergando estudiar detenidamente su futuro mientras el coronel permaneciera en la casa, pero solo podía esperarle una vida de pobreza.

McIlwaine se quedó dos días. La noche antes de marcharse, dejó que Juliana preparara una cena decente, servida con formalidad en la mesa en lugar de los rápidos bocados que había tomado acompañado únicamente por su propia infelicidad. Ella se puso el mejor vestido que tenía, y que había arreglado para que cupiera en él su

dilatado vientre; se colocó el collar de perlas que Lovell le había regalado. Su hijo Tom y Grania, la sirvienta, cenaron con ellos; el pequeño Tom, en lo que pasaba por ser su mejor comportamiento, estuvo sentado en un montón de cojines, sujeto con una faja de tela al alto respaldo de la silla. Al terminar, Grania quitó la mesa, acostó al niño y se retiró para rezar y llorar por la pérdida de su señora, dejando solos a Juliana y al coronel para que ultimaran los temidos detalles.

Entonces McIlwaine le explicó a Juliana que la casa tenía el alquiler pagado hasta Diciembre; si quería, podía hacer uso de la vivienda durante este período. El coronel había hecho una lista de varias piezas de mobiliario que no podía llevarse consigo ni tampoco vender; dichos muebles eran de Juliana a modo de préstamo permanente. Le entregó un joyero plano, forrado de terciopelo, que contenía un antiguo conjunto irlandés de pendientes y collar con un zafiro ensartado en oro, que dijo que Nerissa había querido que tuviera ella. A continuación, intentó fingir, tanto como le permitía su honestidad, que aún podría ser que su esposo regresara.

—Ya veremos. —Juliana cruzó las manos en silencio y deseó que la conversación terminara de una vez. Para ella no tenía sentido especular. Orlando aparecería cuando ella menos se lo esperara, tal como tenía por costumbre hacer o, con el tiempo, no le quedaría más remedio que aceptar que no iba a volver jamás. Tal vez no averiguara nunca lo que le había ocurrido. No habían hecho planes para una contingencia semejante, de modo que tendría que aceptar la situación lo mejor posible. Resignada, se dio cuenta de que, ya en Wallingford, Orlando la había elegido basándose en la acertada suposición de que, a diferencia de las mujeres con una educación más convencional, Juliana Carlill poseía la suficiente fuerza de ánimo para arreglárselas sola. Si todavía estaba vivo, no estaría preocupado por ella.

Era una ocasión para hablar sin ambages. Allí, en la penumbra, el viudo de Nerissa y la joven amiga de esta pasaron el tiempo hablando de ella. Owen y Juliana mantuvieron la difícil y necesaria conversación que los dolientes se infligían: repasaron los talentos de Nerissa, y rememoraron momentos especiales que habían compartido con ella, como si estuvieran grabando en sus memorias aquel pasado que les era muy caro.

—Nunca olvidaré cuando, durante el gran incendio que tuvo lugar el pasado Octubre, nos dirigimos rápidamente al patio interior de Christ Church para salvar la vida, y mientras nos abríamos paso a empujones entre el ganado, hubo algunos hombres que se nos comían con los ojos... Nerissa se echó a reír y me susurró: «¡Si no fuéramos buenas esposas, podríamos aprovechar el tiempo que lardan en sofocar las llamas manteniendo fogosos intercambios con estos galanes!».

—Nunca le gustaron los galanes —se felicitó Owen.

—¡Ay, no esté tan seguro, coronel! Ella también se comía sagazmente a algún galán con la mirada..., su lealtad para con vos no corría peligro por su sentido común; esos ojos oscuros que tenía centelleaban porque sabía que eran todos unos idiotas superficiales...

Con mucho tacto, evitando demasiada emoción, enumeraron las cualidades de lealtad y coraje que habían hecho que Nerissa siguiera a Owen y al ejército, y el sentido de la justicia que la hizo denunciar a los soldados del Nuevo Ejército Modelo que estaban atacando salvajemente a mujeres indefensas.

El coronel había bebido más de la cuenta. Había unas cuantas botellas de buen vino en la bodega, y aquella era su última oportunidad de disfrutar de ellas. Cuando estuvo sirviendo como soldado en el continente, Nerissa y él habían dejado atrás una vida y seguido adelante en más de una ocasión, pero nunca había tenido que hacerlo solo. Nerissa había estado allí, lista para preparar un nuevo hogar dondequiera que terminaran. En tanto que él estiraba sus largas piernas y rumiaba, Juliana consideró para sus adentros cómo funcionaban las relaciones entre familias amigas, y cómo cambiaban algunas veces. Nerissa había sido su amiga; fue ella quien acogió a los Lovell en su casa; sin embargo, fue un regalo en concreto para Juliana. Las dos parejas habían convivido felizmente, aun cuando la suya nunca había sido una de esas amistades eternas que se forjan tras años de vivir en poblaciones vecinas o casas adyacentes en la ciudad, ni tampoco era el caso que hubieran trabajado juntos como cortesanos. Aunque Juliana y Owen hubiesen acabado de hablar íntimamente sobre Nerissa, en realidad ella apenas lo conocía. No estaba segura de que él entendiera por qué Nerissa le había tenido tanto cariño. Quizá tanto ella como Owen estuvieran un poco celosos de la proximidad de Nerissa hacia el otro... Ahora la amistad continuaría en la superficie, pero de manera incómoda. Peor hubiera sido de haber estado allí Lovell.

Juliana abordó el tema de Lovell con más libertad de la habitual, y de pronto dijo:

—Imagino que no le tiene mucha simpatía a mi esposo.

El coronel se sobresaltó.

—Era un buen soldado, señora.

Juliana sonrió con frialdad.

—Puede hablar con franqueza..., deme su opinión. Probablemente ya no volveremos a vernos... y, de todos modos, es probable que esté muerto.

McIlwaine tomó aire de la manera en que lo hacía para retrasar las dificultades. Juliana permitió que vacilara, pero dejó un silencio que era necesario llenar. Era una noche para saldar cuentas. Al final, admitió:

—Dejé de tenerle simpatía a Lovell después de Lichfield.

—Eso fue un asedio que el príncipe Rupert levantó hará... ¿cuánto? ¿Dos años? ¿Qué ocurrió?

—Mucha profanación. —McIlwaine frunció el ceño: Juliana lo miraba atentamente—. Cuando liberamos la población, esta ya era lamosa por el comportamiento sacrílego de las tropas parlamentarias que habían estado allí antes que nosotros. Esos Cabezas Redondas habían sido clementes con la gente, pero despiadados con la catedral. Hicieron pedazos las capas pluviales y sobrepellices de los sacerdotes, rasgándolas con las espadas como si estuvieran castigando por traición

a las mismísimas vestiduras. Destruyeron los tubos del órgano. Usaron la nave central como establo, rompieron los suelos, defecaron en el coro. Día tras día perseguían a los gatos por toda la iglesia, haciendo resonar sus gritos en aquel recinto sagrado. Llevaron un becerro a la parte delantera, lo cubrieron de ropa blanca y lo bautizaron, le dieron un nombre para expresar su desdén hacia el sagrado sacramento...

Juliana lo interrumpió:

—Eso no lo hizo mi esposo. Fue el enemigo.

—Me preguntaste por qué no le tenía simpatía. Bien, he aquí el porqué: durante sus violaciones, los rebeldes habían irrumpido en la cripta. Abrieron las antiguas tumbas de los obispos, esparcieron los huesos sagrados de esos buenos hombres... y les arrancaron los anillos episcopales de sus dedos en descomposición.

Entonces Juliana cayó en la cuenta de adonde quería llegar con la diatriba.

—Orlando lleva un anillo grande con una piedra roja. Se lo quitó a un prisionero.

—Eso es lo que él dice —replicó Owen McIlwaine con brusquedad—. Yo creo que Lovell también bajó a la cripta, y sacó ese anillo del dedo de algún obispo que llevaba tiempo muerto.

Juliana no pudo hacer más que mover la cabeza y asentir con gravedad.

La conversación había abierto esclusas. De pronto, McIlwaine se inclinó hacia delante con seriedad.

—Este país está destrozado. Aquí no tienes nada. ¿Por qué no vienes a Irlanda con nosotros?

Él no podía saber nada de la familia de Juliana (Lovell nunca hablaba del tema), pero McIlwaine debía de haber visto lo suficiente como para darse cuenta de que su pregunta descabellada no sobresaltaría demasiado a aquella joven. Liar los bártulos y escapar de su vida atribulada tenía sus atractivos, sin duda. Juliana poseía la independencia para hacerlo. Su abuela se hubiese marchado en un abrir y cerrar de ojos.

Juliana previo cómo terminaría. En aquel momento, no le ofrecían nada más que ayuda y protección. Sin embargo, conocía lo suficiente a los hombres como para darse cuenta de que, hasta entonces, Owen McIlwaine siempre había tenido a Nerissa para compartir su vida; sería incapaz de llevar una existencia solo. Era un hombre desconsolado que ya estaba buscando soluciones simples a tientas. Si Juliana se iba a Irlanda, a él acabaría pareciéndole lógico que ella, la amiga de Nerissa, ocupara el lugar de esta. Para Owen suponría una grata solución.

A Juliana le resultaba de mal gusto, aun cuando solo fuera una idea remota. «¿Acaso tengo una opinión demasiado buena de mí? —se preguntó—. ¿O demasiado mala de los hombres...?». Aquello era la guerra. Tenía la sensación de que las convenciones sociales se estaban viniendo abajo; suponía que lo peor estaba por venir.

Le dio las gracias al coronel con dulzura, y le dijo que tenía que quedarse en Oxford hasta que naciera el bebé. Antes de que se pudieran hacer objeciones, añadió

que era allí donde Lovell acudiría a buscarla. Debía quedarse en Oxford hasta que tuviera noticias fehacientes.

—Sea cual sea su opinión, me casé con él. Lo hice por voluntad propia. Es mi esposo, igual que vos erais el esposo de Nerissa. Es el padre de mis hijos. Aun cuando esté muerto, cuando algún día mis hijos me pregunten por él, debo poder decirles la suerte que corrió. De hecho, yo misma necesito saberlo.

—No te merece —dijo Owen—. Aunque como diría mi queridísima Nerissa: ¿hay algún hombre vivo que merezca a la mujer que lo aguanta?

No obstante, habían agotado los recuerdos de Nerissa. La noche había terminado. A la mañana siguiente, McIlwaine se marchó acompañado por Grania, que iba montada en un caballo de carga detrás de él. Algunos hombres aparecidos de la nada se habían unido a él. Un pequeño grupo emprendió el camino hacia Gales, que siempre había prestado todo su apoyo al rey. Anteriormente, el coronel había esperado dirigirse al noroeste si los caminos estaban despejados, intentar llegar a Holyhead, donde podían tomar un barco que cruzara el mar de Irlanda. En aquellos momentos, aquel viaje era demasiado peligroso, y por ello cabalgaron hacia el sur de Gales, para seguir adelante desde allí de algún modo u otro.

Juliana los despidió desde la puerta de su casa. Volvió a entrar antes de que se desvaneciera el traqueteo de los cascos de los caballos, y cerró la puerta a una casa silenciosa. En cuanto se quedó sola, recordó la espada que Orlando le había dado en una ocasión para que se protegiera. Ella la detestaba, y hubiera podido dársela al coronel para que la colgara de su tahalí vacío. Pero había perdido la oportunidad de hacerlo y tendría que quedarse con ella. El arma debía de estar todavía debajo de su colchón, donde Orlando se había empeñado en colocarla la primera vez que llegaron a Saint Aldate.

No tardaría en derrumbarse presa del dolor por la muerte de Nerissa. Después, debía intentar hacer planes.

De momento, solo lloraría a su amiga. No sentía ningún otro pesar. Ni por un momento supuso que Orlando Lovell, su esposo caballero, hubiera muerto en Naseby.

Eso hubiese resultado demasiado fácil.

CAPÍTULO XXXIV

OXFORD, 1645

Juliana estuvo metida en casa durante casi dos semanas, sola con un niño bullicioso de apenas dos años de edad y enfrentándose a sus temores de dar a luz. Había advertido a la comadrona que, al ser una mujer como es debido, enviaba a una muchacha todos los días a ver qué tal iban las cosas. El 5 de Julio, tres semanas después de Naseby, la muchacha fue corriendo a casa a buscar a la matrona, que afortunadamente estaba libre y pudo acudir. Bajo su supervisión, Juliana dio a luz a su segundo hijo tras un parto afortunadamente rápido. El bebé era pequeño, lo cual resultó de ayuda, a pesar de que parecía estar sano. Se parecía a su padre, mucho más de lo que se había parecido su hermano Tom. La madre sobrevivió sin que se declarara ninguna infección aunque, como secuela emocional del parto, se deshizo en violentos torrentes de lágrimas. Se negó a darle un nombre al niño, diciendo con histerismo que era su padre desaparecido quien debía hacerlo.

La comadrona se quedó toda la noche, y luego asumió la responsabilidad de contratar a una enfermera: «Tal como suele ser muchas veces necesario, no por el niño, que crece vigoroso y saludable, sino por la pobre madre demenciada que está absolutamente fuera de sí...».

La enfermera era una mujer gorda y maloliente que no tardó en encontrar lo que quedaba de la bodega del coronel McIlwaine. Thomas Lovell fue a buscar a su madre con paso inseguro para alertarla de que, en el salón, reinaba el desenfreno. Tom Lovell tenía veintiún meses, apenas había empezado a hablar y, según exclamó entonces la enfermera con malas palabras, era «¡un espía y un chivato tan perverso como cualquier cabeza redonda!».

—¡Me ha pegado! —gritó Tom, quien, al estar acostumbrado a un trato dulce y de favor, se mostraba completamente sorprendido. Ya sospechaba que el hecho de tener un nuevo hermanito podría amenazar su posición. Sin embargo, todavía era capaz de reclamar atención. Para protegerlo de los golpes de una desconocida, Juliana hizo lo que tenía que hacer: dejó de llorar, se limpió el rostro mojado con la funda de la almohada, se arrastró fuera de la cama, pagó a la enfermera y la despidió. Tom la observó con avidez, cuidando de sus propios intereses. Igual de resuelto, el bebé sin nombre exigía leche con voracidad. Nadie podía poner en duda que esos dos hombrecillos eran de Lovell, pensó Juliana con amargura.

Cuando la comadrona, la señora Flewitt, se enteró de las circunstancias del despido de la enfermera, sin duda no se sorprendió, pero aun así corrió a disculparse con el sombrero agitándose sobre su cabeza. La señora Flewitt era una buena persona y una mujer de negocios aún mejor. Ella no sabía que Nerissa McIlwaine había

muerto, ni que Lovell estaba desaparecido en combate, y que Juliana se enfrentaba a la miseria. Juliana había mentido por omisión al guardarse estos detalles para sí; aceptó con tristeza que la falsedad debía empezar a formar parte de su estilo de vida. La señora Flewitt pensaba que aquella mujer apuesta y agradable, esposa de un vigoroso caballero, era una clienta que había que conservar, puesto que podía esperarse con seguridad que se quedara embarazada una vez al año, cosa que proporcionaría unos ingresos seguros a la eficiente comadrona. Se ofreció para poner a su disposición a su propia criada, Mercy Tulk. Juliana, que no era tonta, aceptó la oferta al vuelo.

Al examinar a Mercy Tulk, se encontró con una chica baja y desnutrida de alrededor de dieciséis años, hija de un tallador de cuernos. Vivía en las nubes, y era incapaz de aplicarse en una tarea sin que se la animara enérgicamente, pero aceptaba que la dirigieran. No tardó en preferir estar ayudando a Juliana: la existencia que había llevado hasta entonces, haciendo recados y ayudando a la señora Flewitt, había sido de lo más ardua. A pesar de su aspecto de pertenecer a otro mundo, la joven sabía lo suficiente como para abrir la boca y sugerirle a Juliana que debería quedarse con ella, cosa que, según afirmaba la joven, sería totalmente aceptable, puesto que su hermana Alice «había sido contratada de forma temporal en su antigua casa y fácilmente podía pasar a ser permanente». De pronto, Juliana se vio siendo implacable, y desdeñó sin inmutarse las débiles protestas de la señora Flewitt diciendo que merecía más lealtad y que había enseñado a Mercy Tulk a sus expensas.

—¡Con menos éxito del que podría haber supuesto, señora Flewitt!

Juliana se quedó con Mercy Tulk. Mientras pudiera fingir que a final de año habría un sueldo, ahora tendría a alguien con quien compartir las tareas domésticas y que la ayudara a cuidar de los niños.

Había escudriñado a Mercy Tulk en los dos aspectos que un ama de casa más tenía que comprobar: si la nueva sirvienta haría ojitos a Lovell si es que este volvía a aparecer algún día, y si el propio Lovell sería susceptible de subir detrás de Mercy por la escalera de atrás. Juliana decidió que no.

Podría tratarse de una falsa confianza.

—¿El capitán Lovell va a volver pronto a casa? —preguntó Mercy Tulk con demasiada ilusión.

—¡Lo dudo! —espetó Juliana—. Primero tendrán que encontrarlo.

Su nueva criada dio por sentado que su esposo se había fugado con su amante, Juliana dejó que lo creyera así.

* * *

Había unos trámites que seguir, y Juliana, con obstinación, averiguó cuáles eran. Aprendía deprisa. No le sirvió de mucho, puesto que la mayor parte de los trámites eran inciertos, y todos sumamente lentos.

Le hubiera resultado más fácil averiguar qué le había ocurrido a su esposo si este no hubiese combatido en el bando perdedor. Juliana amamantaba a su hijo atormentado por la frustración y el miedo.

Leía detenidamente todos los periódicos que podía conseguir. Al principio, las noticias eran disparatadas, y en uno de los panfletos llegaban a declarar que el príncipe Rupert había sido capturado. Los panfletos más fiables la informaron de que, cuando terminó la batalla de Naseby, habían llevado a cuatro mil prisioneros realistas a hacer noche en Market Harborough. Después los hicieron marchar hacia Londres pasando por Newport Pagnell, y allí pidieron a sir Samuel Luke que los ayudara en su transporte. Una vez en Londres, los hicieron desfilar por las calles como espectáculo para las multitudes que vitoreaban. A los soldados rasos los encerraron, como si de ganado en el mercado se tratara, en el patio de artillería o, dependiendo del artículo que leyeras, en Tothill Fields. En cualquier caso, era un alojamiento al aire libre, sin ningún tipo de comodidades, donde les soltaban sermones y los animaban a trasladar su lealtad al Parlamento. En un primer momento, a los oficiales los alojaron en la casa que lord Peters tenía en Aldersgate Street; era de suponer que bastante apretujados, a juzgar por la gran cantidad de prisioneros. Puesto que un oficial era un caballero, y la palabra de un caballero era su garantía, a su debido tiempo se les concedería la libertad bajo palabra y, mientras tanto, las condiciones serían soportables. Los coroneles, tenientes coroneles y comandantes tendrían prioridad en el reparto de un alojamiento aceptable. Después les tocaría a los capitanes. Aun así, en cuanto se publicó una lista de oficiales realistas capturados, esta incluía a más de cincuenta capitanes, y ninguno de ellos se llamaba Lovell. Juliana supuso que debían de estar peleándose para recibir un buen trato. A los de más alto rango los encerraron en la Torre o los recluyeron en otras sombrías prisiones londinenses; Lovell no podía contarse en dicha categoría. Su estrategia de supervivencia siempre había sido pasar desapercibido, nunca parecer peligroso.

Para todos estos prisioneros, el camino deseable hacia la libertad era a través de un intercambio. Los soldados de la tropa nunca lo lograrían; ellos debían convertirse en renegados y alistarse en el Nuevo Ejército Modelo o pudrirse encerrados. La fiebre de la cárcel se los llevaría rápidamente; si habían resultado heridos en combate, era muy probable que ya estuvieran muertos. Los oficiales podían sentirse más esperanzados, siempre y cuando no llamaran la atención del Parlamento como realistas particularmente violentos. Para organizar un intercambio por oficiales parlamentarios prisioneros del rey, los realistas necesitaban un salvoconducto para poder salir y arreglar el asunto por sí mismos, o bien tener a alguien fuera que lo hiciera por ellos. En el caso de Orlando Lovell, tendría que ser su esposa quien lo hiciera.

Pero primero tendría que decirle dónde estaba.

Tal vez estuviera equivocada. Tal vez lo hubieran matado, como pareció asegurar el coronel McIlwaine.

De ser así, no había forma segura de saberlo. Juliana había oído lo que ocurría tras una acción. A los soldados muertos los desnudaban rápidamente. A los cadáveres del campo de batalla los apilaban en fosas sin miramientos, probablemente el mismo día de la batalla, y más aún en Naseby, que solo duró una mañana. Nadie se molestaría en identificarlos. Aunque leyó que, tras el combate, Oliver Cromwell había dado órdenes de que, en la persecución, la caballería no debía detenerse a saquear a los soldados que abatían, siempre había dos versiones. Las noticias del bando realista se quejaban de que el Nuevo Ejército Modelo estaba robando todo lo que podía: ropa y armadura, armas y dinero, relicarios y anillos. Después de aquello, un hombre desnudo tendido en un seto entre el perejil caballar no se diferenciaba mucho de otro.

Juliana no podía hacer otra cosa más que esperar. El silencio por parte de Lovell continuó, y por parte de todos los demás con respecto a él.

De vez en cuando, Juliana mantenía correspondencia con su tutor, el señor Gadd; al menos si encontraba algún transportista que se dirigiera a Somerset, donde vivía retirado. Cuando le escribió para darle la buena noticia de que había dado a luz a otro niño sano y se encontraba bien, mencionó que Lovell había desaparecido. Hizo de tripas corazón, porque pensó que el señor Gadd, que para entonces estaba muy anciano y frágil, no podría hacer nada para ayudarla, de modo que no quiso preocuparlo dándole detalles de su situación.

* * *

El Nuevo Ejército Modelo barrió el territorio realista bombardeando castillos y casas señoriales hasta que se rendían. En aquellos momentos, esencialmente se dedicaban a acabar con los últimos focos de resistencia, y Fairfax partió para someter el West Country; el 10 de Julio, Cromwell y él derrotaron a lord Goring en la batalla de Langport. Aquel mismo día, el arzobispo Laud, cuya contumacia había contribuido a provocar el conflicto, fue ejecutado en Tower Hill, en Londres. El príncipe Rupert intentaba enardecer los ánimos realistas en el oeste; después de Langport lo mandaron a Bristol. ¿Estaría Lovell allí? Fairfax tomó Bridgwater y se apoderó de provisiones y munición realistas. El rey recibió noticias mejores desde Escocia, donde la brillante campaña que llevaba a cabo el marqués de Montrose continuaba con tanta bravura, que el rey Carlos le dio vueltas a la idea de marchar hacia el norte para encontrarse con él.

Las tropas parlamentarias estaban avanzando tanto en el sur de Gales que Juliana temió por el coronel McIlwaine. Este había prometido que le escribiría en cuanto llegara a Irlanda. Extrañamente, esperaba no volver a saber nada de él. Se reprendió a sí misma, pero estaba intranquila. La simple realidad era que la correspondencia amistosa de un católico irlandés, si resultaba interceptada, podría perjudicarla en un mundo gobernado por el Parlamento. Owen McIlwaine sería un amigo muy

peligroso.

* * *

Mientras el Nuevo Ejército Modelo destruía las bases realistas una tras otra, el rey iba dando brincos por delante de ellos «como una perdiz acorralada», como solía decirse. Pasó tres semanas de ensueño en el castillo de Raglan, desperdiciando un tiempo precioso en entretenimientos y deportes. En cuanto la noticia de la derrota de Goring en Langport lo sacó bruscamente de su ociosa inercia, Carlos estuvo yendo de un lugar a otro con indecisión hasta que, a finales de Agosto, llegó a Oxford en una breve visita a la ciudad. Fairfax se estaba preparando para asediar al príncipe Rupert en Bristol.

El retorno del rey dejó estupefacta a Juliana, aunque le dio esperanzas. Lovell no se encontraba entre el grupo andrajoso que regresó exhausto, aunque sí había otra persona a la que conocía: Edmund Treves. Al reconocer la figura pelirroja del joven Treves, siempre un poco más fuerte físicamente de lo que se esperaba y siempre con tan amable disposición hacia ella, Juliana rompió a llorar por un momento.

Edmund quedó horrorizado. Había optado hacía tiempo por considerar a Juliana como un faro firmemente erigido sobre unas rocas inquebrantables que se alzaba ante las tormentas de la vida (así lo expresaba en uno de sus poemas). Enseguida averiguó la causa de su sufrimiento:

—¡Edmund, no sé si Orlando está vivo o muerto!

—¡Dios santo! Puedes suponer que está vivo. Lo vieron, Juliana, lo vieron en la huida hacia Leicester; al parecer, su caballo tropezó y se quedó rezagado y sin montura. La última vez que lo vieron marchaba prisionero.

—Creía que habían matado a todo el mundo en la persecución.

Edmund fue lacónico:

—A muchos. No a todos.

—¿Tú viste cómo se lo llevaban prisionero?

—Yo no, pero me lo contó un hombre en quien confío. Los Ironsides nos pisaban los talones. Pero ya conoces a Lovell...

Juliana lo abrazó agradecida, y percibió el mal disimulado escalofrío de Edmund al mencionar a la caballería de Cromwell. Con el rostro más enjuto y madurado por la derrota, el que una vez fuera su pretendiente nunca había tenido un carácter resentido. Sencillamente estaba encantado de poder ser de ayuda.

—¿Y qué me dices de ti, Edmund? ¿Cómo escapaste, querido, y dónde has estado desde la batalla?

Huí del campo con el príncipe Rupert. Los restos de nuestro ejército pasaron una abatida noche en blanco en Ashby-de-la-Zouch. Leicester no era un lugar seguro para nosotros y, en efecto, Fairfax volvió a ocuparlo tan solo dos días después. Nosotros llegamos a Lichfield y seguimos hacia Bewdley, donde al fin descansamos. Me

habían alcanzado en la nuca, y cuando conseguí que me viera un cirujano, sus esfuerzos por limpiar la herida de pedazos de tela, suciedad y pólvora me dejaron tan débil que tuvieron que dejarme atrás.

—¡Oh, Edmund! Tuviste suerte... las heridas tienen que limpiarse el mismo día en que ocurren... ¿Ya estás recuperado?

—Así es —afirmó con valentía, aunque Juliana se fijó en que estaba pálido y tenía dificultades para mantener el hombro en una posición normal—. Estaría en Bristol con el príncipe, pero ahora las puertas están cerradas. ¡No puedo cabalgar hasta allí educadamente y pedir al Nuevo Ejército Modelo que me deje entrar! Además, puede que Bristol no sea un lugar seguro. Todo el mundo afirma que Rupert lo retendrá, pero creo que sir Thomas Fairfax está demasiado decidido... y lo que es más importante, está demasiado bien equipado con artillería. Rupert empieza a dar muestras de desánimo. No resistirá.

Antes, hubiera sido Lovell quien hiciera este tipo de afirmación. Edmund había aprendido a pensar por sí mismo. Cuando Juliana le preguntó si el rey proponía una última batalla, Edmund respondió sin rodeos que pensaba que no. Difícilmente podría reunir algo parecido a un ejército.

—No sé cómo terminarán nuestros asuntos, pero hay que afrontar que nos encontramos en una espiral descendente. El rey debería llegar a un acuerdo... aunque no lo hará. Mientras tanto... —volvió a iluminársele el rostro—. En la medida en que pueda ser de utilidad, estoy a tu servicio.

Así pues, fue Edmund Treves quien asumió el papel de padrino del nuevo bebé. Fue Edmund quien, deleitándose con dicha posición, ordenó que el niño debía ser bautizado.

—Tal vez crea en la inmersión tardía anabaptista —murmuró Juliana. Su comentario malicioso fue desdeñado. Al bebé lo mojaron con toda prontitud en la pila bautismal de una Alta Iglesia; lo hizo un párroco alto, delgado y con cuello de pavo que se comía las vocales al hablar; Edmund (después de pedirle permiso a Juliana con retraso) eligió el nombre.

Como era de naturaleza poética, Edmund Treves llamó Valentine al bebé de Juliana.

Otras personas ya la habían instado a que pusiera a su hijo el nombre de su padre (por si acaso Lovell estuviera muerto), una proposición que la ofendió. En privado, se estremeció ante la florida elección de Edmund. Solo podía culparse a sí misma. Lovell había elegido el nombre de su primogénito. Cuando fue consciente de que debía cumplir con dicha obligación, Orlando escogió Thomas diciendo que era un buen nombre inglés, sencillo y yámbico, que cualquier hombre honesto podía tener. Fue el único indicio que tuvo de lo que Lovell pensaba sobre su propia denominación literaria. Juliana sabía qué diría sobre Valentine. «¡Maldita sea, Juliana! ¿Dejaste que ese capricho fantasioso de color zanahoria le diera a mi chico un galopante nombre de santo de tres sílabas? ¡Un ritmo impar! ¡Lo repudio!». «¿A quién, querido? ¿A

Edmund o a nuestro querido pequeñín Val?»...

Tanto ansiaba ver a Orlando, que Juliana dejó pasar el desafortunado nombre que había elegido Edmund porque estaba demasiado ocupada pensando en lo mucho que deseaba oír la voz de su esposo, aunque fuera en un arrebató de indignación.

* * *

El rey solo pasó tres días en Oxford. Edmund fue corriendo a decirle a Juliana que se marchaban rumbo a Worcester con la intención de liberar Hereford, una población que en aquellos momentos se hallaba bajo asedio de los Covenanters escoceses. Dichas tropas, siete mil hombres duros junto con cuatro mil esposas y niños como seguidores, se habían hecho famosas a lo largo y ancho de las Midlands por su requisita feroz; una publicación realista informaba de que, tras el encuentro de una sola noche con el «saqueo perfecto» de los escoceses, Birmingham en Warwickshire llegó a ensalzar a Tinker Fox por su moderación.

—Edmund, si te vas, explícame rápidamente qué debo hacer para encontrar a Orlando.

—Ahora su nombre está en nuestra lista de desaparecidos, aunque no se sabe nada de él. Pero tengo que decirte que, cuantas más plazas fuertes perdamos, menos prisioneros tendremos para intercambiar. Si está prisionero, sin duda se encuentra en apuros, Juliana. Lo mejor que puedes hacer es empezar a escribir cartas a todo aquel que pudiera ayudar en algo... —Treves tuvo que marcharse.

Ante la aproximación del rey, los Covenanters levantaron su asedio y desaparecieron como la proverbial niebla escocesa. Era el único éxito conseguido por el rey aquel año, pero tuvo resultados deplorables para él. El abandono de Hereford permitió a los escoceses dedicarse a otros asuntos. Cuando el marqués de Montrose dejó Edimburgo con la intención de avanzar triunfalmente por Inglaterra y encontrarse con el rey, el ejército de los Covenanters ya se había instalado en el extremo norte, esperando para impedirlo.

En Bristol, sir Thomas Fairfax estuvo negociando condiciones con el príncipe Rupert, hasta que se dio cuenta de que este no tenía ninguna intención de rendirse. El Nuevo Ejército Modelo inició un intenso asalto. A pesar de que, en un primer momento, Rupert se impuso ferozmente al ataque, decidió que su situación era desesperada y, al cabo de tan solo un día, se rindió. Tres días después, los Covenanters infligieron una derrota aplastante al marqués de Montrose en la batalla de Philiphaugh, cuarenta millas al sur de Edimburgo. Montrose ni siquiera había llegado a entrar en Inglaterra. Había desaparecido toda esperanza para la causa realista.

Los parlamentarios asignaron una escolta formal para que acompañara a Rupert de vuelta a Oxford. Después de aquello, no hubo ninguna noticia de Lovell, de modo que Juliana decidió que él no había estado en el asedio.

* * *

El rey nunca perdonó a su sobrino por rendir Bristol. Revocó todos los nombramientos de Rupert y ordenó, con rencor, que arrestaran al buen amigo de Rupert, Will Legge, el gobernador de Oxford.

En el mes de Septiembre, los realistas echaron abajo todas las casas situadas en un radio de tres millas fuera de las murallas para evitar que los parlamentarios las utilizaran como alojamiento en un próximo asedio. Se esperaba que Fairfax regresara en cualquier momento. Solo los optimistas que se engañaban a sí mismos pensaban que el Nuevo Ejército Modelo no conseguiría tomar Oxford en esta ocasión. Todo aquel con un mínimo de sentido común estaba planeando cómo hacer que pareciera que habían soportado la presencia del rey por necesidad, pero que habían sido parlamentarios desde el principio. Juliana solo esperaba que les ahorraran molestias a las mujeres y a los niños.

Un nuevo gobernador de Oxford, Thomas Glemham, iba a reemplazar al maltratado Legge. Esto puso fin a un chiste que hacía tiempo que duraba. Un gobernador anterior, el sumamente impopular sir Arthur Aston, se había caído del caballo en Bullingdon Green cuando corveteaba para impresionar a un grupo de damas, se rompió la pierna de tal manera que tuvieron que amputársela. La broma era la siguiente^[3]: «¿Quién es ahora el gobernador de Oxford?». «Un tal Legge». «¿Todavía? ¡Maldito sea!» Aston tendría un final cruel, golpeado hasta morir con su propia pierna de madera en el asedio de Drogheda. Legge, que había sido comandante de Owen McIlwaine, poseía contactos en Irlanda. Se había alojado muy cerca, en la casa más grande de Saint Aldate, por lo que su partida incrementó la sensación que tenía Juliana de que estaban exonerando a los partidarios del rey.

* * *

El príncipe Rupert insistió en su derecho a hacerse oír. Contraviniendo las órdenes del rey, se presentó en la gran base realista de Newark exigiendo que se le formara un consejo de guerra. Aunque el tribunal militar lo absolvió de todo incumplimiento del deber, el rey se mantuvo en sus trece. Al cabo de seis días, Carlos sustituyó a otro de los amigos de Rupert como gobernador de Newark. A continuación, tuvieron lugar furiosas discusiones. Estaba claro que el distanciamiento no tendría remedio.

El 5 de Noviembre, con muy pocas opciones que considerar como cuartel de invierno, el rey regresó a Oxford. El Parlamento emitió unos pases para que Rupert y algunos de los coroneles más importantes abandonaran las islas hacia el continente a través de puertos de salida específicos. No se aprovechó enseguida de la situación. El Parlamento le advirtió que se marchara o se cancelarían sus concesiones. Sin

embargo, Rupert y su hermano Maurice regresaron de nuevo a Oxford con el rey.

Lord Goring abandonó Inglaterra alegando oficialmente motivos de salud. El rey instaba al príncipe de Gales a que fuera a refugiarse en el extranjero. El castillo de Berkeley, Devizes y el castillo de Winchester se rindieron al Parlamento. Basing House, la enorme casa solariega fortificada que había resistido bajo asedio durante tres años, cayó en manos de Cromwell en medio de escenas de saqueo voraz, durante el cual sacaron desnudo sobre una manta a Iñigo Jones, el creador de los emblemas icónicos del histriónico reino de Carlos. Los Covenanters escoceses asediaron Newark. El castillo de Bolton se rindió después de que su guarnición se viera obligada a tener que comer carne de caballo. Cayó también el castillo de Beeston. Una pequeña fuerza de soldados parlamentarios lanzó un ataque sorpresa contra Hereford, y su abatido gobernador realista huyó. Chester quedó completamente rodeado.

A finales de Diciembre, el rey Carlos decidió investigar sobre otras guerras civiles. Un miembro de su Estado Mayor dio instrucciones a la Biblioteca Bodleiana de que enviaran un volumen sobre dicho tema al rey. Dado que los libros de la colección de la universidad no se prestaban, la orden fue rechazada.

* * *

En Diciembre, cuando el arrendamiento de los McIlwaine sobre la casa de Saint Aldate estaba a punto de vencer, Juliana recibió una carta del señor Gadd. Al igual que hiciera Edmund Treves, este le aconsejaba que tomara el deplorable camino de pedir ayuda: escribir cartas de ruego. El señor Gadd le explicó en detalle las opciones que tenía. Si pudiera enterarse de dónde estaba recluso su esposo, podría exigir verle y tal vez hasta compartir su alojamiento en prisión. Si no le habían ofrecido condiciones para su libertad, Juliana podría elevar una petición al Parlamento, aunque para hacerlo con una mínima esperanza de éxito tenía que ir a Westminster y presentar su caso en persona. Sin duda iba a necesitar a un miembro del Parlamento o a un oficial superior respetado para que negociara en su nombre, pero en primer lugar estaría la opción directa. A los realistas les habían ofrecido la oportunidad de un perdón parlamentario si accedían a pagar una suma de dinero por su liberación, la que se juzgara conveniente, que se destinaría a ayudar al pueblo. Juliana ya había oído hablar al respecto; Lovell se había burlado duramente de ello, aunque ella intentó olvidarlo. El señor Gadd decía que la oferta se había renovado tras la caída de Bristol. Había un comité, el Comité de Conmutación, que tenía su sede en el Guildhall en Londres, al que Juliana debería dirigirse en cuanto averiguara el paradero de Lovell.

Si seguía sin saber nada de él, entonces tenía que pedir ayuda a cualquier amigo influyente en el bando parlamentario. El señor Gadd sabía cuál era la situación de Juliana; ella no tenía amigos así. El hombre era consciente de que debía de estar quedándose sin fondos, y de que no tardaría en estar en la calle. Le dijo que si llegaba

a estar desesperada, la única salida era intentar ponerse en contacto con la familia de Lovell, tanto si este lo hubiese querido como si no.

Eso significaba que Juliana debería dirigirse a Hampshire, presentarse y suplicar ayuda al padre de Orlando Lovell, aunque hiciera largo tiempo que estuvieran distanciados.

«Llévate a tus pequeños, por supuesto», le indicaba el señor Gadd. Él siempre sabía cuál era la mejor manera de que las negociaciones delicadas pudieran llegar a buen puerto.

CAPÍTULO XXXV

HAMPSHIRE, 1646

Para una joven de veinte años cargada con dos niños muy pequeños, siempre resultaría sobrecogedor conocer a sus parientes políticos, sobre todo cuando ambas partes eran plenamente conscientes de que se había dirigido a ellos porque necesitaba dinero desesperadamente.

Como todavía albergaba la esperanza de saber de Lovell, Juliana retrasó el viaje tanto como pudo, pero ante el inminente vencimiento del arriendo de la casa ya no tenía posibilidades de alargarlo más. A principios de año, dejó atrás un Oxford en el que reinaba la aflicción y la discordia y, acompañada por Edmund Treves, emprendió el camino a Hampshire. Su primer ruego había sido para conseguir del gobernador de Oxford pases de viaje para ella, un acompañante masculino, sus hijos y una sirvienta. Edmund quería obtener un pase del rey, cargado de sellos reales, pero Juliana supuso que, en un condado parlamentario, la recibirían mejor si llegaba con un sencillo documento civil y una actitud de disculpa. Necesitaba un guardaespaldas para evitar los asaltos por el camino. Si alguien descubría que Edmund era un caballero en activo, los arrestarían a todos. Ella tenía pensado presentarlo como «el padrino de mi hijo», para que pareciera respetable. Consiguió que dejara su amplia jacerina de cuero y su traje encintado, y que se pusiera una chaqueta raída. Él se negaba a disfrazarse como un sirviente.

Juliana tuvo que decidir si escribir de antemano para explicarse, lo cual podría endurecer la actitud de la familia, o sencillamente presentarse allí, aun a riesgo de que el sobresalto echara a perder su oportunidad. Optó por una solución intermedia: envió una carta inmediatamente antes de emprender el viaje para decir que llegaría. No les daría tiempo a que respondieran con una negativa.

Suponía una novedad para ella batallar con este tipo de cuestiones de criterio. Para cualquier mujer resultaría extraño. Juliana tenía la triste sensación de que aquello solo era el principio.

* * *

Los viajes superfluos —es decir, los viajes que no estuvieran relacionados con el comercio o las maniobras militares— estaban prohibidos por ambos bandos. Las mujeres con historias lastimosas podían conseguirlo solo con mucha suerte. La forma más segura de viajar era con los transportistas; ellos conocían las rutas y la manera de espaciar sus convoyes y programar sus viajes, para evitar que los atacaran los ladrones. Algunos de ellos se las arreglaban para obtener cédulas que les permitían

pasar por los controles militares. En Diciembre, los transportistas estaban más gruñones de lo habitual: los caminos eran intransitables para los carros, los ejércitos les habían robado los caballos, la gente tenía tanto miedo que no compraba mercancías ni enviaba cartas...

El grupo de Juliana cabalgaba sobre dos caballos espantosos porque no quería quedarse tirada a medio camino y, si llevaba unas bestias mejores, muy probablemente acabarían «confiscadas». Juliana montaba detrás de Edmund sobre una silla trasera con el bebé en brazos, en tanto que Mercy Tulk los seguía con el pequeño Tom atado a ella y un baúl de viaje rebotando sobre la gorda grupa del jamelgo. Juliana sabía que, en cuanto se alejaran de Oxford, los detendrían y les harían preguntas con frecuencia. Quedó desconcertada cuando, además, los sometieron a duros registros. Por fortuna, el objetivo era descubrir armas, documentos secretos o artículos que valiera la pena robar. Ella no tenía nada de eso. Enseguida consiguieron penetrar en zonas controladas por la milicia enemiga, pero los soldados se ablandaban en cuanto veían el poco equipaje que llevaba en conjunto. Cuando afirmaba ser la nuera de un caballero parlamentario que se veía en la necesidad de ir a visitarlo con urgencia por motivos familiares, ellos perdían interés y la dejaban pasar.

Treves estaba impresionado. Él dejaba hablar a Juliana. Aunque era el hombre del grupo, en ocasiones su posición como mujer casada le granjeaba el respeto de los demás. Se fijó en que Juliana siempre le hacía detener el caballo antes de que los soldados señalaran siquiera con sus mosquetes, y a continuación les hablaba tranquila y educadamente por muy groseros que ellos fueran.

Al otro lado del South Downs, se encontraron con una ondulante campiña en la que los caminos estrechos serpenteaban entre aldeas diminutas, con las casitas de tejado de paja tradicionales que se ocultaban entre hondonadas de tierras de labranza. De algún modo, llegaron a la pequeña población situada más allá de Salisbury, y que el señor Gadd había nombrado. Alquilieron unas habitaciones en la única posada. Juliana envió un mensaje al señor Lovell pidiéndole que la recibiera al día siguiente. Edmund salió a dar un pequeño paseo poco antes de anochecer para reconocer el terreno. A la vuelta, informó de que la casa de infancia de Orlando era un edificio grande de estilo Tudor con tejado de dos aguas, que se divisaba a través de una garita con almenas y que se hallaba justo a las afueras del pueblo, situada en medio de sus propias tierras de labranza arrendadas. Los lugareños le habían dicho que tanto el señor como su hijo y varios yernos odiaban enconadamente a los obispos y estaban deseosos de reformar la Iglesia; eran hombres severos que, desde el principio, habían reclutado soldados para el Parlamento. Ralph Lovell, el hermano mayor de Orlando, se hallaba en casa en aquellos momentos y, según los rumores, estaba casi muerto a causa de las heridas.

* * *

A la mañana siguiente, enviaron a un lacayo para que la acompañara, y Juliana fue andando a la casa señorial.

La familia Lovell se había reunido al completo. Tal vez los miembros más jóvenes tuvieran la sensación de que debían evitar que el padre se ablandara. Sería en beneficio propio, pensó Juliana con tristeza, aunque no parecía probable que el señor Lovell la abrazara, perdonara a Orlando y diera la bienvenida a su nueva nuera y a dos nietos más entre todos esos juguetes y mascotas que había esparcidos por gran parte de su casa.

Era un anciano que se estaba quedando calvo, vestido con traje oscuro y cuello sencillo, que se apoyaba con mano temblorosa en un bastón delgado que lo ayudaba a caminar; tenía una expresión adusta, aunque eso podía estar provocado por el dolor de las articulaciones. Era escrupulosamente cortés y, aun así, como no hacía distinciones entre las personas, sus absolutos buenos modales también hacían imposible aquilatar su verdadera actitud. El grupo de serios familiares más jóvenes sentados en unas sillas de respaldo recto le fue presentado como dos de las hermanas de Orlando, Mary y Aurora, las bien calzadas esposas del señor Francis Falconer y sir Daniel Swayne, junto con la esposa de su hermano Ralph, Katherine. Ninguna de ellas tenía aspecto de persona religiosa estricta e intolerante, si bien la señora Katherine Lovell, la que iba vestida con más sencillez, parecía tener una Biblia de bolsillo en la mano. Las hermanas iban ataviadas con la mejor moda que Hampshire podía proporcionar, que no era nada lujosa, aunque llevaban vestidos de seda prendidos con alfileres en la parte baja del cuello, mangas largas y sueltas y pequeñas joyas; la procedencia de la ropa debía de ser la misma porque, si bien uno de los vestidos era de color ciruela y el otro color avena, Juliana se fijó en que la forma del cuerpo y el picado que adornaba la orilla eran idénticos. Tuvo envidia de la modista por su utensilio en forma de media luna para picar la tela.

Daba la impresión de que las tres mujeres estaban embarazadas, cosa que incrementó el pesimismo de Juliana.

Según la dueña de la posada, había una tercera hermana Lovell, casada con un hombre de Nueva Inglaterra llamado Bonalleck. Había regresado a Inglaterra desde Massachusetts para alistarse en las tropas parlamentarias, y de momento se alojaba en casa del señor. Estos no aparecieron. Tampoco lo hizo el comandante Ralph Lovell, quien estaba confinado en la cama en el piso de arriba, medio muerto a causa de las heridas que había recibido dos meses antes en el asedio de Bristol. Aurora se lo contó con mucha pena.

Juliana respondió con humildad:

—Al menos tenéis el consuelo de saber que está vivo y recibiendo cuidados. Sabéis dónde está... cosa que para mí ya sería un lujo. —Le pareció que sus palabras causaban una ligera impresión en los Lovell allí reunidos. Quizá no se esperaban que fuera fuerte.

Para ellos, la situación debía de ser curiosa. Nadie había visto a Orlando desde que este tenía dieciséis años, hacía más de diez años de aquello. Había sido un niño osado y difícil, pero ellos solo podían imaginar en qué clase de hombre se había convertido. Y ahora aparecía en su puerta la mujer con la que se había casado, sin duda con cierto aspecto de aventurera. Era joven, tan solo tenía veinte años. Desde que se había casado con Lovell estaba más guapa, en parte porque había engordado un tanto con la maternidad, pero también porque la vida en común que tanto la había obligado a asumir responsabilidades le había hecho ganar confianza. Su rostro mostraba determinación, sus ojos grises eran atentos e indudablemente inteligentes. Estaba agotada y preocupada, cierto. Ciertamente también que podían haber percibido cierta turbación en ella, aunque no habrían adivinado el motivo. Que simplemente era porque había caído en la cuenta de que llevaba puesto el viejo vestido amarillo estampado, para no parecer acomodada. Se había percatado de que el cuerpo le venía demasiado estrecho; y lo que era peor, al igual que la mayoría de madres que amamantaban a sus hijos, Juliana tenía demasiadas prendas de ropa que ya no volverían a gustarle después de «accidentes» desagradables. Sus dos hijos habían tenido un mal viaje el día anterior. En aquellos momentos, estaba intentando ganarse la confianza de unos parientes cuando, si bien no olía del todo a vómito de bebé, sí que era vagamente consciente todavía de los infortunios del día anterior.

Al menos no estaba embarazada y mareada, aunque casi tenía náuseas de terror. «Tú eres tan buena como ellos», la reprendió la voz de su abuela. «¡Ay! Pero ellos no lo creen así, *grand-mère*...».

* * *

El anciano adusto, el padre de Orlando, tomó la iniciativa a la hora de interrogarla.

—Y bien, ¿qué te trae por nuestro vecindario?

—Señor, tal como dije en mi primera carta, no tengo parientes ni nadie que pueda servirme de consuelo, y eso implica que mis hijos tampoco los tienen. Necesito a alguien que me dé consejo. —Juliana había considerado que era mejor pedir consejo que ayuda económica. El señor ya entendería lo que quería decir.

El hombre le dirigió una mirada larga, directa e intimidante.

—¿Y dónde están tus hijos?

—Los he dejado al cuidado de mi sirvienta, una mujer honesta que vino conmigo; están en The Anchor... —Vio que los Lovell se preguntaban: «¿Dónde?»—. Creo que antes se llamaba The Crown. Un cambio de nombre diplomático. —Los carteles de toda Inglaterra se estaban actualizando rápidamente por razones políticas.

—¡La cerveza no ha cambiado! —masculló el esposo de Mary con desánimo. El señor Lovell no mostró regocijo.

—¿Te envió mi hijo?

—No, señor. Estoy sola y sin su consejo.

—¿Crees que él estaría conforme con que hayas venido?

—Creo que lo llenaría de alegría. —«¡Nunca! ¡Se pondría furioso!», pensó.

—¿Y por qué has venido? —saltó la señora Katherine Lovell. Estaba rabiosa con Juliana—. ¿Pretendes mostrarle al señor a sus nietecitos y ablandarle el corazón?

—Si fuera esto lo que esperara —replicó Juliana sin alterar el tono de voz—, los habría traído conmigo, el bebé en mi pecho y el niño corriendo por ahí y haciendo travesuras. Hubiera llevado pieles de cebolla escondidas en la mano para inducir el llanto, tal como hacen los actores en las representaciones. Dado que mi propósito es honesto —hizo una pausa en la que dirigió una sonrisa muy, muy pequeña al señor—, espero que mis lágrimas solo fluyan naturalmente cuando sea apropiado.

—No estarás bromeando, ¿no? —dijo Aurora con desprecio.

—No, señora. Estoy desesperada por mis hijos. Nunca he hablado tan en serio como ahora.

—¿Y lloras por Orlando? —preguntó el señor, que enarcó una ceja austera.

—Así es. Ha sido un buen marido y un padre cariñoso.

—Si tienes intención de pedir dinero —terció Mary Falconer con franqueza—, vas a regresar decepcionada. —Mary le había parecido la menos hostil; entonces, sin embargo, soltó toda una lista de apabullantes aflicciones—: Mi padre y hermano han entregado todo lo que tenían al Parlamento. Igual que a todo el mundo, nos han gravado una y otra vez con impuestos para mantener el esfuerzo de guerra. Aun así, los soldados nos invadieron y saquearon; se lo llevaron todo: los caballos de los establos, las ovejas y reses de mi padre, sus bueyes de tiro y hasta el carruaje que teníamos... tras lo cual irrumpieron en casa y abrieron violentamente todos los armarios y arcones. Nos robaron todas las cosas de casa: sábanas y almohadas, toda nuestra ropa, hasta los blusones de mi bebé y sus gorritos de encaje, y todos nuestros utensilios de cocina, cubas, ollas, cazuelas, los ganchos de la carne y de los cacharros, asadores, cuencos, fuentes, platos, cuchillos, cucharas, el portacubiertos y los cubiertos de plata para servir pescado de mi madre, además de montones de trigo y avena, mantequilla, queso, pan, sal, tocino entreverado...

—«Ya veo que cumpliste con tu deber de ama de casa y elaboraste la lista de reclamaciones...». ¿Fueron soldados del rey? —preguntó Juliana con tacto.

—No... esto es lo que soportamos incluso de nuestro propio bando. Los soldados de Waller cuando salieron de Farnham. Dos hombres fueron a la horca por ello. ¡Todas las velas de sebo que acababa de hacer! Nada menos que seis docenas... —murmuró Mary, conteniendo las lágrimas al recordarlo—. Y después vinieron los pobres soldados desde Southampton después de Lostwithiel, y no nos quedaba nada que pudiéramos ofrecerles... Tú, en tu refugio seguro en Oxford, no puedes saber cómo hemos sufrido nosotros en el campo.

—«¡Bueno, pues ahora sois los vencedores!». Puede que vuestras tribulaciones acaben pronto. —Juliana mantuvo la compostura—. La causa del rey va decayendo día a día. Sus plazas fuertes son capturadas, sus ejércitos destruidos, sus comandantes

se marchan al continente. Pronto no tendré ningún refugio. No se debería culpar a las mujeres y a sus hijos indefensos de la delincuencia de un esposo. —Suspiró y fingió disimularlo—. Soy una suplicante sin recursos, pero debo tener en cuenta a mis hijos. Ellos son inocentes. Tenía la esperanza de encontrarme un recibimiento más amistoso.

Reinó un silencio ligeramente incómodo, tal vez.

Acto seguido, le tocó a Aurora el turno de poner objeciones. Juliana no creía que aquellas personas hubiesen ensayado sus discursos, pero todos habían escuchado el arrebato de Mary sin mostrar sorpresa. Se fijó en que Aurora tocaba ligeramente a su esposo con la delicada punta del zapato, adornada con una rosa de cinta.

Sir Daniel habló pomposamente en nombre de su mujer:

—No tenemos espacio para desconocidos. La casa del señor Lovell está desbordada. Mi esposa y yo vivimos en el otro distrito, pero Mary y el señor Falconer tienen aquí su residencia, igual que desde siempre la ha tenido Ralph, con Katherine y todos sus hijos. Además, ahora mismo, el señor y la señora Bonalleck, de Massachusets, se alojan aquí, aun cuando Isaac Bonalleck tendrá que unirse al Nuevo Ejército Modelo como capellán, lo cual implica que Bridget tiene que quedarse con su padre, y está nuestra hermana Jane, a la que llamamos Jenny, que no se ha casado... —«¿Y dónde está Jenny? ¿Acaso obligan a sus hijas solteras a mantenerse fuera de la vista junto al fuego de la cocina? Si alojan a viudas o fugitivas, ¿tiene que ser este su destino también?»—. Jenny está haciéndole compañía al pobre Ralph, ayuda a cuidar de él. —Sir Daniel pareció leerle el pensamiento a Juliana.

Era un hombre fornido, con papada, una boca blanda y húmeda y una mirada que se detuvo momentáneamente en el pecho de Juliana. Se dio cuenta de cómo iban las cosas. Para Aurora, hija de un señor, el hecho de contraer matrimonio con un caballero o baronet habría sido un golpe maestro. Antes de que la guerra pesara sobre las finanzas, la hija mayor de los Lovell habría tenido una buena dote. Como la señora Swayne, Aurora se había adaptado perfectamente a su posición, lo cual había incrementado la actitud arrogante que ya debía de haber tenido siempre. Probablemente su esposo estaba convencido de haber encontrado una buena pareja con la que, además, podía ejercer su noviazgo simplemente paseando por unos cuantos prados, y evitándose así cualquier interrupción en sus cacerías.

Juliana estaba segura de que, si hubiesen estado a solas en la habitación, sir Daniel Swayne hubiera dejado caer alguna indirecta indicando que era demasiado buena para estar encerrada en el rincón de la chimenea de la cocina, implicando con ello que debería aceptar sus proposiciones. Aun estando su mujer presente, Juliana había visto la insinuación en su mirada: otro problema que debía afrontar una mujer desprotegida. Había cierto tipo de recibimientos amistosos que eran demasiado desagradables para contemplarlos.

Juliana, que no se vio capaz de contestar, aguardó pacientemente la próxima arremetida.

Llegó de forma inesperada. La puerta del salón se abrió con estrépito, y por ella irrumpió un hombre pálido y angustiado que llevaba puesta una camisa de dormir larga y arrugada. Sin duda se trataba de Ralph Lovell.

Antes debía de parecerse mucho a su hermano Orlando, un parecido que sobresaltó dolorosamente a Juliana, aun cuando el hombre se había visto reciente y cruelmente privado de sus atractivas facciones. Una joven que debía de ser la hermana soltera, Jane, entró corriendo tras él e intentó taparle los hombros con una manta, con lo que solo consiguió que él se la quitara bruscamente de encima.

Era una visión atroz. Juliana tuvo que hacer un esfuerzo por contener un grito de horror. Un disparo había cercenado el brazo del comandante Ralph Lovell por encima del codo y le había volado media cara. Le habían salvado la vida... a un precio terrible. Sin duda un buen cirujano había hecho todo lo posible por reparar los daños, y el resultado aún estaba en carne viva. Ralph tenía el rostro torcido, la cuenca de un ojo perdido desplazada, la carne quemada unida de cualquier manera, deforme y llena de cicatrices. Cuando intentó hablar con gran esfuerzo, se hizo patente que había perdido algún pedazo de mandíbula y parte de la lengua.

—¡Po-echt! —exclamó Ralph. Juliana tardó un rato en entender que lo que quería era protestar. Ya había tenido que esforzarse con el acento de Hampshire de sus parientes. Ralph ya no podía formar palabras con claridad, había perdido completamente la habilidad de producir consonantes linguales, y tenía dificultades incluso con las vocales.

Jane cerró los ojos con fuerza, meneó la cabeza con impotente ademán y dijo a sus hermanas que no había podido impedirle que bajara. Probablemente le habían dado instrucciones de que le ocultara la visita de Juliana. Jane todavía era una niña. Ahora que se había acabado el dinero, llevándose consigo sus posibilidades de matrimonio, posiblemente todo el mundo la mangoneara. Hasta su hermano incapacitado la intimidaba cuando ella lo cuidaba sumisamente.

—¡Ralph! —le gritó su padre—. Tranquilízate. No te molestes.

Ralph profirió unos sonidos indescifrables más agitados aún.

Mary se levantó de un salto y se acercó a él.

—Esto no está bien. No importa lo que hiciera Orlando años atrás —«¡aunque estuvo muy mal!»—. Su obstinación en la delincuencia no se puede tolerar. ¡No se nos puede pedir que lo soportemos!

Ralph seguía emitiendo ruidos forzados, al tiempo que gesticulaba como un loco. Jane, que debía de estar acostumbrada a ello, lo interpretó. Habló con bastante formalidad, porque era muy difícil:

—Orlando y Ralph no pueden reconciliarse nunca. La estúpida adhesión al rey por parte de nuestro hermano siempre provocará el dolor de nuestro padre, y de todos nosotros. Los padres luchan contra los hijos, hermanos contra hermanos, primos contra primos... los hombres han sacrificado sus vidas por nuestra causa. Ralph ha derramado su sangre por la causa. Ha pasado grandes apuros y habría dado su vida.

Orlando está decidido a seguir su camino maligno. ¡Por consiguiente, tanto él como los que le pertenecen deben mantenerse alejados de nosotros!

Ralph, exhausto, se dejó caer en una silla que le acercó sir Daniel. En tanto que Jane tomaba asiento en un taburete, su hermana Mary le limpió la baba de la barbilla a Ralph con un pañuelo que se sacó del bolsillo. Fue un gesto automático; Ralph tenía dificultades al tragar, y tendrían que limpiarle las babas el resto de su vida. ¿Quién sabía qué otras atenciones íntimas requeriría, o cómo las soportarían cualquiera de las dos partes?

Juliana calculó el daño que las terribles heridas de Ralph habían infligido en sus familiares. Su esposa, Katherine, estaba sentada con rigidez y en silencio; Juliana reconoció entonces la absoluta devastación de aquella mujer. Katherine conservaba a su esposo, pero había perdido su matrimonio. No podía con lo que había ocurrido, y a duras penas disimulaba su desmoronamiento. Juliana discernió la desesperación del padre, el sufrimiento de las hermanas, la incomodidad de los cuñados. Solo podía imaginar cómo reaccionarían los niños ante aquel mutilado. Cómo se estremecían los criados y susurraban los arrendatarios. Cómo se alteraría el propio Ralph cuando el dolor y la frustración lo amargaran.

Todas las miradas se volvieron hacia Juliana de manera acusadora.

Juliana quedó tan impresionada que se había puesto de pie de un salto. Ellos no querían su compasión, aunque la tenían. La desfiguración y discapacidad de Ralph eran tan espantosas, que sin duda todos ellos habían pensado que su muerte hubiese sido más fácil de soportar. Tanto para él mismo como para los demás. Pero no; ese hombre iba a seguir luchando, y ellos iban a cuidar de él. Dentro de aquella familia numerosa y unida, ya nada volvería a ser lo mismo.

La situación de Ralph no tenía por qué cambiar nada. Sus ruegos en nombre de Orlando seguían siendo igual de válidos. No obstante, Juliana sabía que el éxito de su petición se disipaba.

De un modo u otro, encontró palabras:

—Comandante Lovell, estoy consternada al ver su sufrimiento. Quizá no desee oír esto, pero a su hermano se le rompería el corazón; él siempre ha hablado muy bien de usted. —«Bueno, menos cuando dijo que había muerto en una explosión, de modo que él podría hacerse pasar por heredero...»—. Solo le suplico que recuerde una cosa: del mismo modo en que usted eligió su causa de acuerdo a su conciencia, lo mismo hicieron hombres honestos del otro lado. Los dos bandos afirman luchar para proteger la libertad y la seguridad del reino. Esa es la tragedia. La oposición de los realistas hacia ustedes no fue en ningún momento innoble; ellos sirven al rey porque creen que es lo que hay que hacer. No lo eligieron como camino a la perversidad. Incluso entre los seguidores del rey hay hombres que le sirven por una antigua lealtad del súbdito para con su monarca, pero que aun así desean que Carlos ceda a las demandas del Parlamento. Hay quienes siempre lo quisieron así, y esos hombres ahora mismo lo están presionando para lograr la paz.

Estaba claro que los Lovell tío se esperaban este discurso. Juliana se había sorprendido a sí misma.

—Yo no tomo partido —se apresuró a añadir—. Si vine aquí fue por dos serias razones. Una fue para dar a mis hijos la oportunidad de conocer a su abuelo... a lo cual tienen el mismo derecho que cualquier otro niño. Todos los demás pueden decidir en qué consideración tenerlos pero, se lo ruego, no interfieran entre el señor y Tom y Val.

—¡Tom! —murmuró el señor Lovell, cuya expresión se ablandó sin poder resistirlo. Entonces Juliana cayó en la cuenta por primera vez que Orlando había puesto el nombre de su padre al hijo mayor de ambos. Lo supo de inmediato. Orlando lo había hecho deliberadamente—. Y tenía la esperanza... —se atrancó de improviso—. Esperaba que, ya que tienen influencia con el Parlamento y yo no, tal vez estuvieran dispuestos a ayudarme. Me han dicho que mi esposo está prisionero desde la batalla de Naseby. Estoy desesperada por averiguar dónde está.

De nuevo se produjo esa extraña corriente de movimiento entre los Lovell.

—¡Nosotros ya sabemos dónde está ese miserable! —se mofó Thomas Lovell—. ¡Lo primero que hizo al encontrarse confinado en Londres fue escribir aquí para contármelo!

CAPÍTULO XXXVI

HAMPSHIRE, 1646

Juliana estaba tan conmocionada que la enviaron de vuelta a The Anchor acompañada por Mary y Francis Falconer. Por el camino, mientras atravesaban a pie la campiña neblinosa y la tranquila población, la pareja le explicó en un tono bastante amistoso que existía un motivo práctico por el que Orlando había escrito a su padre y no a ella. En la cárcel, el papel y la tinta escaseaban. La preocupación que más acuciaba a Orlando tenía que ver con su patrimonio. Cuando Orlando regresó a Inglaterra en 1642, debió de traer a casa dinero que había ganado (o conseguido por otros métodos, pensó Juliana) durante su servicio en el continente. Le había pedido al agente del señor Lovell que comprara tierras para él.

—Podría decirse —sugirió Juliana lentamente— que el hecho de que deseara invertir cerca del hogar familiar indicaba que esperaba llevar a cabo una reconciliación.

—¡O podría decirse —replicó el señor Falconer con brío— que lo único que esperaba ese granuja era afrentar a todo el mundo! —Falconer era un hombre sin pretensiones, con el cabello de un rubio rojizo, nariz afilada y barbilla larga y protuberante.

—Mi hermano alegó —brindó Mary con voz forzada— que era mi recién llegado al país, y que Jack Jolley era el único agente al que conocía.

—¿Ha visto a Orlando? —inquirió Juliana en tono tenso. Todavía le costaba aceptar que su esposo se hubiera puesto en contacto con los miembros de su familia que, según él manifestaba, estaban amargamente en desacuerdo con él, en tanto que a ella no le había escrito ni una sola vez.

—No lo he visto desde que nos dejó cuando tenía dieciséis años. Pero ahora que sabemos dónde está, le escribo todas las semanas —dijo Mary. Era fastidiosamente concienzuda—. No dejo de rogarle que abandone la delincuencia.

Juliana imaginó la reacción de Orlando. El señor Falconer cruzó la mirada con ella un instante, sin duda pensando lo mismo. En aquella comunidad rural integrada, seguro que conoció a Orlando siendo niños. Sus orígenes eran similares y, sin embargo, terminaron en bandos distintos. Falconer debía de haber combatido; tenía un tajo de espada curado en una muñeca, e incluso durante un paseo matutino como aquel por su propio pueblo llevaba una espada como si supiera utilizarla. No obstante, por lo demás era un campesino tranquilo y corriente: había nacido para estar fumando en pipa mientras discutía sobre el precio de los potros con sus amigos.

Los Falconer completaron su explicación: Orlando había decidido que quería obtener su liberación pagando la multa al Comité de Conmutación. En el distrito,

todo el mundo conocía sus tierras como la propiedad de un realista endurecido, por lo que a principios de la guerra el Comité de Hampshire se las había confiscado o, tal como ellos decían, embargado. Para que pudieran calcular la multa, Orlando necesitaba un certificado del valor de sus propiedades, basado en los ingresos que estas reportaban. La cuestión estaba en que solo el comité podía saber lo que habían pagado los arrendatarios, puesto que era quien recibía entonces las rentas; y el comité no tenían ningún interés en proporcionar el certificado fundamental para ayudar a un realista.

—Es decir, ¡que está en un atolladero! —anunció sir Francis Falconer con enorme satisfacción.

* * *

A Juliana le daba vueltas la cabeza cuando la dejaron en The Anchor.

A Edmund Treves no le contó demasiado sobre cómo la habían recibido, aunque mencionó brevemente las heridas de Ralph Lovell y el efecto que creía que iba a tener su estado.

—La amargura de Ralph es perfectamente comprensible, su afligida familia está obligada a respetar sus sentimientos. No hay ninguna posibilidad de que el señor Lovell haga las paces conmigo.

A pesar de aquello y, para su sorpresa, a la mañana siguiente llegó el señor, que se invitó a sí mismo a conocer a sus nietos. Primero examinó a Edmund y dejó traslucir su cínica desconfianza. Al llegar, Edmund se había cambiado la chaqueta sencilla que llevaba por su ropa habitual. Juliana se encogió cuando el señor observó su traje de brocado color burdeos con las costuras adornadas con galón, la camisa abombada por encima de los pantalones, los volantes de sus medias engalanadas con encaje, su brillante fajín de seda... Por fortuna, el buen corazón inocente de Edmund era diáfano. Su posición con Juliana podía haber parecido licenciosa, pero el hecho de que su amigo no pareciera tener conciencia de ello tranquilizó al señor.

—Valentine... —dijo el anciano Lovell con aire pensativo y claramente poco impresionado. No tomó en brazos al bebé, sino que dejó que fuera Juliana quien lo sostuviera. Valentine arrugó la carita como una fea gárgola rosada y se echó a llorar con ganas. Mercy Tulk se acercó enseguida y se lo llevó a otra habitación.

—¿Quién puso nombre a Orlando? —murmuró Juliana a la defensiva.

—Fue su madre la que quiso que así fuera —el señor hizo una pausa, reacio a implicar disensión—. Era una buena mujer.

Juliana dedujo que el distanciamiento de Orlando había entristecido a su madre.

—¿No volvió a casarse?

—Ella era la mejor de las esposas. No hubiera podido encontrar a nadie que estuviera a su altura.

Entonces el señor Lovell conoció a su tocayo, que había estado jugando en un

sucio rincón del establo, con resultados inevitables. En cuanto Thomas intuía que su madre rogaba para que se portara bien, mostraba su peor cara. Se aferró a sus faldas, gimió constantemente para llamar la atención y luego se fue y se puso a correr ruidosamente de un extremo a otro de los estrechos e interminables pasillos de The Anchor como una granada de dos años.

—Me figuro que su padre debía de ser igual —se disculpó Juliana, pero con ello no consiguió más cordialidad.

El señor no había traído ni dulces ni otros regalos para los niños, probablemente decidiera que estaba bien así. No se ofreció en ningún momento a asegurar el bienestar de los niños, y tampoco felicitó a Juliana por su maternidad.

El señor Lovell se sobresaltó cuando, de repente, Juliana le pidió que le presentara a su agente inmobiliario, John Jolley. Ella, insegura, no le explicó los motivos. Aunque sentía curiosidad, posteriormente el señor Lovell arregló las cosas para que el agente la visitara.

Inevitablemente, a John Jolley se le conocía a sus espaldas como Jolly Jack, el pirata, aunque ni mucho menos encajaba con él. Era un hombre de costumbres sencillas que revelaba muy poco. Llevaba el pelo demasiado largo, como si tuviera mejores cosas que hacer que chismorrear con un barbero; llevaba una chaqueta rojiza, que empezaba a quedarle pequeña, sobre unos bombachos de tela de piel de topo y una cartera grande colgada en bandolera. Tanto el ancho cinturón como los demás accesorios de cuero que llevaba tenían los bordes desgastados, como objetos que hubieran prestado un largo servicio.

En un primer momento, Jolley se mostró poco seguro de tratar con una mujer. Juliana le hizo frente y lo convenció de que ella era tan reacia como él. Pero tenía que seguir adelante. A consecuencia de la guerra, las esposas debían asumir nuevos papeles que les resultaban incómodos. Jolley escuchó su petición mientras mordisqueaba una larga pipa de cerámica. Lo que quería era muy simple: una lista de los arrendatarios de las tierras que su esposo había adquirido en 1642. John Jolley se la proporcionó al cabo de pocos días y, a continuación, como cortesía adicional, llevó a Juliana a verlos a todos. Ella misma catalogaría sus rentas, para que así se pudiera fijar la multa que su esposo tenía que pagar para que lo soltaran.

Dado que Juliana tendría que quedarse durante un tiempo en Hampshire, Edmund la dejó y regresó a Oxford, aunque le prometió que volvería a buscarla. En cuanto conoció sus intenciones, y con la condición de que su estancia debía ser temporal, el señor Lovell permitió que Juliana se mudara a una casita diminuta en su propiedad, adyacente a la casa de una anciana institutriz retirada que había enseñado a sus hijas.

En un primer momento, todos los arrendatarios de Orlando se mostraron hostiles. Aun así, cuando Juliana los tranquilizó explicando que no les estaba pidiendo la renta por duplicado, sino que simplemente esperaba poder recopilar una lista de lo que ya habían pagado, la mayoría de ellos cambiaron de actitud. Rebuscaron torpemente en el fondo de sus baúles en busca de unos recibos maltrechos. Juliana tenía veinte años,

sus modales eran exquisitos y hablaba de su situación personal con una sonrisa valiente bastante atractiva. Todo ello resultaba muy útil, como comentó el agente con sequedad. Con todo, hubo quien siguió mostrándose hosco, pero era la costumbre entre los granjeros. Hasta el más grosero le envió a un muchacho corriendo tras ella con un par de conejos muertos.

Le ofreció uno a Jolley. Este lo rechazó educadamente, y le dijo que lo necesitaba más que él. Así pues, los puso a cocer a fuego lento en una cacerola y los compartió con la institutriz retirada. Este tipo de regalos eran una cortesía natural en la vida de los condados, donde en ciertos sentidos parecía como si la Guerra Civil no estuviera teniendo lugar.

—Los arrendatarios se consideran hombres duros, ¡pero mira como bailan al son de una viuda guapa!

Juliana retrocedió.

—¡Yo no soy viuda todavía!

—¡Pero ellos creen que sí, señora Lovell! Ellos piensan que su esposo está encerrado en la Torre de Londres y que nunca saldrá de allí. A propósito, ¿sabe despellejar conejos?

—¡Tal vez le sorprenderá, pero sí, sé despellejar conejos! —respondió Juliana un tanto fríamente.

Lovell no estaba en la Torre. El señor le había dicho que estaba prisionero en Lambeth House, que antes fue el palacio londinense del arzobispo de Canterbury y que, en el nuevo mundo de los que aceptaban el Covenant, había sido requisado por el Parlamento. El hecho de saber dónde se encontraba Orlando avivó a Juliana, quien se apresuró a presentarse con la lista ante el comité local.

Podría haber sido peor. Se las arregló para no perder los estribos. Alegó una reticencia femenina a presentar súplicas y entablar pleitos. Lovell había rehusado prestarle apoyo personal en la vista, aunque todos los miembros del comité debían de conocerle, debían de estar al corriente de su respaldo al Parlamento desde el principio, debían de saber lo que le había sucedido a Ralph. Aunque se mostraron desagradables con Juliana, serían reacios a ofender a los Lovell.

El señor Lovell le había dado un consejo de importancia fundamental. El comité le concedió un certificado de las rentas, pero entonces ella pidió más:

—Les estoy profundamente agradecida. Y creo, señores, que como esposa, inocente de los pecados de su marido, tengo derecho a una cantidad de hasta una quinta parte de sus ingresos para mantenerme a mí y a mis hijos pequeños. Si me conceden solo un poco para que yo pueda desenvolverme en mi situación —suplicó Juliana—, puedo arreglármelas bien... para tener comida y un techo, suprimir las deudas, y evitar convertirme en una carga para la parroquia en la que vivimos.

Los miembros del comité mostraron su disgusto, pero le asignaron tres libras y seis chelines como su «quinta parte» que establecía la ley. El patrimonio de Lovell era escaso.

Juliana, a la que habían educado para insistir hasta el límite con descaro francés, pidió entonces las «quintas partes» de los tres años anteriores. Se le indicó que ya debería considerarse afortunada, y que se marchara. Cosa que Juliana hizo con un pragmático encogimiento de hombros francés.

Si el comité hubiera sabido que tenía sangre papista francesa, sus posibilidades de sacarles concesiones hubiesen sido nulas.

* * *

El certificado de Hampshire le permitiría ahora negociar el perdón de Lovell con el Comité de Conmutación en Londres. Alborozada por su éxito, se estaba preparando para dirigirse allí cuando el señor recibió una noticia inesperada por mediación de un amigo suyo en Westminster. Cansado de esperar, Orlando había escapado de prisión.

Bueno, esto acabó de convencer a su familia de que era un réprobo impenitente.

CAPÍTULO XXXVII

OXFORD, 1646

Juliana sabía que Lovell no se presentaría ante su padre como refugiado, Decidió volver a Oxford.

La única persona a la que lamentó dejar atrás fue a la institutriz que vivía en la casa de al lado, cuya vida solitaria en la finca se había visto animada por las payasadas de Tom y por los cuidados que prodigaba al bebé. Cuando Juliana le explicó su decisión de marcharse, las dos mujeres compartieron otro guiso de conejo y chuparon los huesos de manera informal, sentadas junto al fuego con el cuenco apoyado en las rodillas.

—Le confío, señora Lovell, que cada vez que al señor le envían un pastel de carpa sale de su casa y me lo ofrecen a mí... están tan llenos de espinas que el señor no quiere ni intentar comérselos y, sinceramente, tampoco es que sean de mi gusto, pero debo estar agradecida...

Juliana intentó conseguir que aquella anciana marchita le explicara cómo era Orlando en su juventud.

—Yo enseñaba a las niñas. No conocí a los chicos...

—¿Quiere una cuchara para la salsa?

La discreción se desvaneció bajo la influencia del rico y denso jugo:

—Bueno, era un joven muy introvertido y solitario. A nadie le sorprendió lo que hizo, aunque a su madre le rompió el corazón. Era un hombrecito muy guapo, muy parecido a tu Tom, y ella siempre lo mimó mucho... Cosa que tú, por supuesto, has tenido el buen sentido de evitar con tus chicos... Puede que eso le diera esperanzas de recibir una herencia, a pesar de no ser el primogénito. Pero cuando el señor lo sacó de sus falsas ilusiones y le dijo sin rodeos que Ralph tendría la finca y las chicas, que eran muchas, sus dotes... Podrías pensar que Jenny no va a tener nada, pero te equivocarías, puesto que se reservó una asignación para ella que sería suya cuando quisiera, pero a ella le gustaba un joven que lucha por el rey; creo que sigue con vida, pero se ha casado con otra, desesperado de que nuestro señor no cediera nunca... Y entonces..., quiero decir cuando el señor fue tan severo con Orlando, fue cuando se pelearon, el señor y él. Su difunta madre era una dama de lo más buena y virtuosa; su gran pasión era el bordado en negro... si viste a Ralph en camisa de dormir es probable que llevara un bordado de su madre.

—Muy fino, en la parte alta del cuello y en unas bandas sobre el pecho, con un estampado de claveles y líneas serpenteantes... Según me dijo él mismo, Orlando provocó un escándalo, ¿no es verdad?

—Sí, así es. Pero nunca hablamos de ello.

Al día siguiente, en casa de los Lovell la noticia de la partida de Juliana supuso un alivio evidente. El padre de Orlando tomó un clarete con ella en unas pequeñas copas de cristal de Venecia, como muestra de gratitud por el hecho de que se marchara discretamente. Mary Falconer, que había estado hirviendo jabón dulce en el baño, salió corriendo con un largo delantal puesto para desearle suerte a Juliana y darle una bolsita con unas bolas de jabón perfumado de rosas. Lady Swayne, con más sentido práctico, se desprendió de prendas de bebé y ropa de cuna, y consiguió hacerlo como una emperatriz tratando con condescendencia a una campesina. Aunque había jurado no hacerlo, el señor Lovell, con la más absoluta confidencialidad, le puso un billete de cinco libras en la mano a Juliana; le advirtió que no le pidiera nunca más dinero, y le aconsejó que no le dijera nada a su esposo sobre este regalo.

Pero primero tenía que llegar a casa con él sin ningún percance: siguiendo el método tradicional, aquella noche se quedó levantada hasta más tarde y escondió el dinero en una bolsa que cosió a las enaguas.

Para librarse cuanto antes de ella, la familia había obtenido un pase del Comité de Hampshire. Juliana tenía pensado ir sola con los transportistas, pero los Lovell estaban preocupados por el peligro que entrañaban los «garrotes», bandas de campesinos armados que estaban hartos de los impuestos y de que los soldados los asaltaran. Dichos vigilantes se habían declarado enemigos tanto del rey como del Parlamento, y deambulaban por los condados asustando a todo el mundo. Para evitar un ataque, Juliana recibió instrucciones de que, puesto que el reverendo Isaac Bonalleck tenía que tomar su mismo camino, él la llevaría sana y salva hasta las afueras de Oxford.

—Es más —dijo Francis Falconer esperanzado—, si el asedio de la ciudad ha terminado, puede acompañarla incluso hasta su casa.

Juliana temía que ya no tendría casa, aunque Edmund Treves había prometido tratar de interceder con el casero.

No conoció a la esposa de Isaac Bonalleck. La hermana de Orlando, Bridget, estaba tan resuelta a no contagiarse el «realismo», que no había querido que le presentaran a Juliana. Bonalleck era un predicador ferviente que leía la Biblia a lomos del indolente caballo con silla flexible. Llevaba un traje negro, su ropa carecía de adornos, el cuello de la camisa era pequeño, tenía la boca apretada y la tez rubicunda. Padecía de huracanes de flatulencia. La vergüenza que lo embargaba después de cada estallido de su estómago contribuía en cierta medida a darle una frágil humanidad.

Tardaron una semana en abrirse paso por los senderos embarrados y los caminos públicos llenos de baches. Con frecuencia, se encontraron con que el camino era tan intransitable que los transportistas cortaban los setos o derribaban los muretes y atravesaban los campos vecinos. Casi aprobado por ley, puesto que se suponía que los

terratenientes tenían que mantener los caminos, por norma general se aceptaba; los viajeros previsores llevaban hachas y mazos para tal fin. Cuando los transportistas de la semana anterior habían revuelto demasiado los campos adyacentes, tenían que apartarse cada vez más, hasta el punto que, en un trecho, la pequeña comitiva de Juliana tuvo que alejarse media milla del camino original. Durante el lento avance, Isaac Bonalleck no habló en ningún momento de las comidas, del tiempo, de las mejores rutas, del estado de los caminos, de los precios, de la indigestión, de los malos transportistas o las buenas postas, de los carreteros tramposos ni de ninguno de los temas habituales que los viajeros trataban mientras comían en las paradas al lado del camino, o en torno a las mesas en las posadas.

El señor Bonalleck no se relajó hasta que no llegaron a las afueras de Oxford. Un regimiento del Nuevo Ejército Modelo a las órdenes del coronel Thomas Rainborough había establecido un bloqueo informal, anticipando un asedio completo pasado el invierno. El cuñado de Rainborough era un tal señor Winthrop de Nueva Inglaterra, un conocido del señor Bonalleck, quien también compartía con Rainborough la amistad con un predicador de Nueva Inglaterra llamado Hugh Peter. Así pues, Bonalleck tenía entonces la sensación de hallarse entre amigos, mientras que Juliana tuvo que persuadir a los soldados para que la dejaran entrar en Oxford. Había llegado durante el toque de queda, una medida vana contra los alborotos, de modo que esperó. Las calles oscuras llenas de tabernas ruidosas, donde habitualmente los soldados pasaban la noche despiertos y bebiendo, no ofrecían ninguna seguridad para una mujer respetable.

Cuando llegaron y se dispusieron a esperar, pudieron observar que los distritos periféricos habían sufrido graves daños durante la guerra. Cada vez había más campos en barbecho. Los pastos habían perdido el césped, arrancado para construir fortificaciones. Las casas estaban muy maltrechas o completamente derribadas. Se habían cortado los árboles. No había ganado pastando.

Mercy Tulk se había quedado dormida con los niños. Juliana aguantó una última comida con Bonalleck en la posada.

Fue en ese momento cuando salió a la luz que había pasado toda la semana del viaje atemorizado porque creía que estaba escoltando a una católica.

—¡Oh, no! ¡Hubiera intentado convertirle! —exclamó Juliana con crueldad. Tras unos pocos bocados desalentadores a unos lomos de cerdo insípido con zanahorias, dejó la comida. Bonalleck siguió masticando; ella le contó que, cuando estaba embarazada de Tom y tenía a un mal hombre por casero, había asistido a algunos sermones en las Altas Iglesias Anglicanas de Oxford, y las había encontrado demasiado autócratas.

—Tal vez sea una puritana —comentó Bonalleck sin muchas esperanzas de que fuera así. Se limpió la boca meticulosamente con una servilleta de cuatro peniques; la esposa del posadero merodeaba por allí cerca, con afán de llevar la cuenta de su ropa de mesa, ya muy mermada por los pequeños hurtos. El señor Bonalleck ya empezaba

a preocuparse por si el cerdo o más probablemente las zanahorias le provocarían o no las habituales ventosidades huracanadas, pero Juliana lo animó a que le definiera el término:

—Un puritano ansia la palabra pura de Dios tal como se revela en las Escrituras y en sus propias plegarias; es decir, sin adición ni adulteración alguna por parte del hombre (me refiero a los diocesanos), del Papa y de sus sirvientes o de los odiosos obispos. Un puritano declina todo lo que es ceremonioso en el culto. Por lo tanto, ellos buscan una manera sencilla y convincente de predicar que debe presentarse en su lenguaje habitual. Un discurso natural, pronunciado como si se estuviera conversando, mantiene la atención. De la misma manera en que una barandilla en el altar supone una separación entre una congregación y Dios, ocurre también con el uso de un lenguaje inexplicable y altisonante leído con voz monótona por un clérigo que mantiene la cabeza agachada mirando sus notas. Los iconos y la pompa, las estatuas y sobrepellices, todo ello crea misterio, en tanto que el verdadero hombre de Dios, con sumisa sencillez y a través de horas y días de estudio de las escrituras y de sus sobrios rezos, busca ver a través de la oscuridad para llegar a la Verdad. —La necesidad de contener una flatulencia obligó a detenerse al señor Bonalleck.

Juliana se había tomado una jarra de cerveza junto con comida insuficiente; esto la volvió temeraria.

—¿Predican también las mujeres? ¿Su esposa predica, señor Bonalleck, o se conforma con ser un mero adorno de su esposo?

Bonalleck la miró fijamente.

—Mi esposa la ha ofendido.

—Todo lo contrario. Su esposa no ha tenido nada que ver conmigo. Estoy casada con su hermano, y ella lo odia, pero... ¿debería odiarme a mí también sin ni siquiera verme? ¿Dónde queda, en este frío comportamiento, eso de «comprobar la verdad según tu conciencia», que siempre me han dicho que es el ideal protestante, o eso de examinar las «meras» pruebas?

—Mi esposa —dijo el marido de Bridget con severidad (había bebido poco, era aplicadamente devoto)— pasó muchas horas rezando, pidiéndole al Señor que le mostrara un modo de tratar con usted.

Juliana se mofó con enojo:

—Si después de una deliberación tan estricta entre ellos dos, nuestro Señor informa a Bridget Bonalleck de que no soy una compañía apropiada, entonces estoy tan condenada como una cocatriz, y debo tomar el camino que lleva directamente al infierno. La encomiable desaprobación de su esposa hace que me sienta como una dama de honor de la corte que observé en una ocasión, haciendo notar su presencia en los bancos vistiendo de tul.

Una vez, en Oxford, había visto a dos de estas jóvenes entrar en la iglesia con vestidos blancos escotados que apenas ocultaban sus pechos; entre los varones realistas adquirieron fama de vestir «como los ángeles», aunque Nerissa se había

indignado. «¡El mismo sentido moral que un pedazo de cuerda vieja!».

Juliana se puso de pie lenta y cansinamente. El agotamiento la empujaba a la controversia.

—Aquí hay una incongruencia, señor Bonalleck. Porque, en tanto que a la señora Bridget se le informa de que soy tan peligrosa que el mero hecho de saludarme con educación amenazaría su alma fenecente, el Señor sale entonces de puntillas de su habitación y entra en la mía donde a mí, con Su compasión imperecedera, me dice que soy una mujer honesta que tiene muchos problemas, pero que lleva una vida decente con una verdadera conciencia. ¡Buenas noches, señor Bonalleck!

* * *

A la mañana siguiente, Juliana, Mercy y los niños pudieron entrar en Oxford. No costaba demasiado entrar en una ciudad asediada; el enemigo quería que hubiese el mayor número posible de personas dentro, agotando los recursos, para causar privaciones y animar la rendición.

Juliana se dirigió a la casa de Saint Aldate, nerviosa. La llave que le había dado Nerissa todavía funcionaba. En cuanto entró, supo que Lovell estaba allí. A su regreso, había hecho lo que debería haber hecho ella misma: subarrendar. Él había llenado de inquilinos las habitaciones libres, cosa que le permitió tanto pagar al casero como obtener algunas rentas semanales. Con dichos ingresos se había comprado unas espuelas nuevas y un traje de sarga marrón, y luego había contratado a un limpiabotas. Juliana lo encontró en el salón delante de un fuego crepitante, con los pies cubiertos con medias apoyados en el guardafuego, y leyendo una hoja informativa.

Se lo quedó mirando un segundo, antes de que él se percatara de su presencia. Entonces dejó el papel y se puso de pie de un salto. «Era un hombrecito muy guapo»... Oh, sí. Bajo aquella apariencia a veces áspera, su atractivo permanecía. Cuando sonreía a una mujer, estaba claro que él lo sabía perfectamente.

No obstante, Juliana era su mujer. A Orlando se le iluminó el rostro. La expresión de Juliana respondió alegremente a la suya. Al cabo de un instante, estaban el uno en brazos del otro, estrechándose con fuerza. Juliana notó que Orlando estaba mucho más delgado. Seis meses en prisión habían hecho mella en él.

—¡Oh, gracias a Dios! —exclamó al verla, y tanta fuerza había en sus palabras que Juliana creyó que lo decía sinceramente.

Al cabo de un momento, Tom se abalanzó hacia ellos, gritando con deleite al ver al padre que solo debía recordar a medias. Tom se arrojó encima de Orlando, quien soltó una carcajada y lanzó al niño hacia el techo manchado de humo de la cocina, en tanto que Juliana se quedó atrás con el rostro crispado, no fuera que a su esposo se le fuera la mano y arrojara a su hijo al fuego.

* * *

En el transcurso de los días siguientes, salieron a la luz varias cosas. Ahora Orlando ostentaba el título de comandante.

—Tuve que subirme un rango para conseguir mejor alojamiento en prisión. — Incluso ahora que había regresado a Oxford, nadie parecía cuestionarlo. Se denominaba a sí mismo un «reformado», un oficial cuyo regimiento se había disuelto o pasado a formar parte de otro sin que quedara un puesto para él—. Primero me metieron en una prisión espantosa, la de Compter, en Southwark. Pero logré que me trasladaran al palacio Lambeth. Los aposentos del arzobispo de Canterbury eran excelentes. La mujer de sir Roger Twysden compartía allí tres habitaciones con su esposo, y tenían un estudio y una bonita sala con chimenea. Al no ser caballero ni baronet, solo me correspondía una habitación..., que en ocasiones me vi obligado a compartir con otro prisionero —se apresuró a añadir Lovell al ver que Juliana se estaba preguntando por qué no le habían permitido ir a verle.

—¡Y solo disponías de tinta para escribir a tu padre! —exclamó ella con desdén. Lovell la miró.

—¡Ahora que has conocido a toda la familia, me juzgas como hacen ellos!

—Soy tu esposa. Juzgarte es mi privilegio. Y dime, querido, ¿cómo escapaste del palacio eclesiástico? ¿Acaso había un carcelero malhumorado con una sola pierna y una hermosa hija soltera?

—¡Por supuesto! —contestó Lovell bromeando.

—Entonces, ¿te ganaste rápidamente su confianza y la sedujiste sin escrúpulos?

—Bueno, para ser sinceros, la dama tenía el físico de un saco de lana con un triple mentón hirsuto, y además olía a orina. Hasta las ratas le tenían miedo. Tardé seis meses en conseguir que me dejara salir por una poterna, y puse fin a la hazaña.

—Pero ¿le gustabas?

—Me gustaba más ella a mí..., pues tenía un primo barquero. Él me llevó desde Lambeth a Richmond.

—¿Y volviste a casa andando?

—Encontré un caballo.

Robó un caballo, sin duda.

* * *

No lo habían capturado en Naseby. Él ni siquiera había combatido en Naseby.

—¡Pero si Edmund dijo que te vieron!

—Treves debía esperar tanto verme que me imaginó allí... La triste verdad es, amor mío, que la noche anterior llegaron al pueblo algunos de esos malditos cabezotas nuevos de Fairfax. Creo que eran Ireton y sus muchachos. Capturaron a

unos cuantos de nuestros soldados que estaban jugando a los bolos en el jardín de una taberna, y a continuación cayeron sobre nosotros los oficiales, que estábamos sentados cenando. En lugar de bendecir la mesa —«¿En lugar de qué?», se mofó Juliana en silencio de aquel poco probable adorno—, nos vimos sorprendidos y nos apresaron antes siquiera de que empezara el combate.

—Bueno, te salvaste de que te hirieran —repuso Juliana, que tuvo la sensación de que su equilibrio flaqueaba. ¿Alguna vez saldría algo honesto de boca de ese hombre? Posteriormente, quedaría aliviada cuando Edmund vino a visitarlos y pareció tan leal a Lovell como siempre; él confirmó que los arrestos en el pueblo de Naseby la víspera de la batalla habían ocurrido.

Juliana cambió de tema y le contó a Orlando la suerte que su hermano había corrido en Bristol. No le ahorró ningún detalle sobre la desfiguración de Ralph ni sobre los perdurables efectos que, a su parecer, eso iba a tener sobre su familia. Orlando escuchó con más respeto del que ella había temido. Él había visto a otros hombres con heridas igual de devastadoras. Permaneció sentado largo rato con la cabeza inclinada y aspecto deprimido.

—Y bien... —preguntó tras una pausa adecuada—. ¿Cómo te recibieron mis cariñosos parientes?

—Mal.

—Fue duro para ti.

—No puedes culparlos. —Juliana se arriesgó a hacer la pregunta delicada—: ¿Hice bien en ir?

Orlando alzó las manos.

—Hiciste bien en intentarlo. ¡Cielos, sabes que yo también lo intenté, de verdad! Todo lo que un hombre pudiera decir para ganárselos se lo brindé con toda la obsequiosidad que podían desear.

No era exactamente así como lo había descrito el señor Lovell. «Supongo que la desesperación lo volvió autoritario. Lo único que le faltó era exigirme que fuera yo quien pagara la multa por su delincuencia...».

—¿Cuál fue la respuesta de tu padre. Orlando?

—¿No te lo dijo?

—Solo hizo algunas insinuaciones.

—No me deseaba nada malo, pero dijo que él no podía hacer nada con el Parlamento. Solo me mandó una carta altiva diciéndome que aceptara las condiciones, suplicara perdón y luego enmendara mi vida.

—Tu hermana Mary te escribió más a menudo, según me dijo.

Orlando soltó una breve risa, y de pronto volvió a ser el de siempre.

—¡Ya lo creo! Unas interminables instrucciones moralistas... Después de la primera carta, las demás las arrojé al fuego sin abrir.

—¡Entonces tenías chimenea! —Juliana podía ser maliciosa—. A mí me habrían permitido traerte comida y comodidades. ¿No te hubiese gustado tener noticias más

y de los niños? —se esforzó para que no se le entrecortara la voz.

—¡Me hubiese roto el corazón! —exclamó Orlando, como un verdadero caballero—. ¡Lo peor del presidio era estar separado de vosotros! —para entonces, ya habían vuelto a su relación de siempre, por lo que Juliana recibió esta galantería sin emocionarse.

Le contó a Orlando lo de su encuentro con el agente inmobiliario, y sus incursiones entre sus arrendatarios. Él la escuchó con asombro. Entonces declaró que siempre había reconocido su gran fortaleza. Dijo que era la reina de las esposas.

—¿El comité te ha dado un certificado?

—Así es. Pero en vista de tu fuga, mis esfuerzos fueron en vano.

—Bueno, ahora no tendré que pagar una multa, pero el certificado será de utilidad en caso de que vuelvan a capturarme.

—¿Tienes intención de seguir combatiendo? Todavía podrías llegar a un acuerdo por tus propiedades. Di que vivirás en paz. Miles de realistas lo están haciendo. Obedece y tal vez te devuelvan todas tus tierras, —Juliana lo estaba poniendo a prueba. Estaba segura de que había escapado para evitar hacer un juramento que no podía cumplir. Lucharía de nuevo por el rey hasta que no quedara ningún atisbo de esperanza—. ¿Les diste tu palabra a tus captores?

—Podría haberlo hecho... —Orlando tenía una expresión distraída—. ¿Recibiste algún dinero de mi padre? Juró que no me daría nada.

—Y fue fiel a su palabra.

Las cinco libras del señor estaban escondidas en una almohada. Tal como se había jactado hablando con Isaac Bonalleck, ahora Juliana era una mujer honesta con conciencia. Una mujer que estaba mintiendo a su marido con todo descaro.

* * *

Pudieron pasar tres meses y medio juntos. Durante el resto del mes de Enero, Febrero, Marzo y casi todo el de Abril, vivieron como una verdadera familia. Dado que la ciudad se hallaba asediada, difícilmente fue una vida normal. Juliana tenía la sensación de estar condenada a esperar permanentemente un régimen doméstico como era debido. Con todo, no había muchas privaciones. Durante el otoño anterior, se habían traído tres mil reses y carros cargados de otras provisiones en preparación para el asedio.

Lovell alteró sensiblemente todas las rutinas que Juliana había establecido con estudiada meticulosidad para criar a los niños. No tenía ni idea de que los niños debían mantener un horario regular con las comidas y a la hora de acostarse. Les traía regalos caros, derrochando sus escasos fondos, en tanto que Juliana intentaba evitar gastos superfluos. Tom, en particular, era el motivo de enredo preferido de Orlando, y trastocaba sus vidas tranquilas con juegos y excursiones peligrosas «para ver a los rebeldes por encima de las murallas». Un momento especialmente malo fue cuando

fabricó unos pequeños petardos con pólvora para Tom y arrojó uno al fuego sin previo aviso para aterrorizar a Juliana. Ella no podía quejarse puesto que Lovell utilizaba la excusa de que quería pasar todo el tiempo posible con sus hijos, o al menos con Tom, que era lo bastante mayor para jugar.

—¿Qué hay de malo si nos estamos divirtiendo?

—Tú compras el cariño de Tom con un caballito de madera y le enseñas a que vea a su madre como una figura de la que burlarse... o como un ogro gruñón, que es peor. ¡Yo sí veo algo malo en eso, Orlando! Y si se quema tontamente con un petardo te mataré.

—¡Me reformaré! —prometió Orlando. Y le dijo a su pequeño con solemnidad—: Thomas, la palabra de tu madre es la ley. Sigue mi ejemplo y no la entristezcas. Y aun cuando yo no esté aquí, Tom, debes obedecerla y quererla.

Tom, a quien le brillaban los ojos con aquella travesura compartida, se tapó la boca para ocultar su enorme sonrisa burlona y se marchó corriendo, desternillándose de risa tontamente.

—Él tiene tres años. Y tú...

—¡Veintiocho! —admitió Lovell compungidamente, con esa mirada poco de fiar.

* * *

A finales de Enero, sir Thomas Fairfax inició el asedio de Exeter. El general de confianza del rey, sir Ralph Hopton, se atrincheró en Torrington para atraer a Fairfax y a casi todo el Nuevo Ejército Modelo, y este lo sacó de allí tras un combate feroz. El propio Fairfax se salvó por poco de una enorme explosión, que tuvo lugar cuando un soldado desesperado disparó a un polvorín que había en la iglesia. A Hopton se le ofrecieron unas condiciones generosas que aceptó: disolvió el ejército en el oeste y se marchó al extranjero. El príncipe de Gales se rindió y embarcó rumbo a las islas Sorlingas. En el mes de Marzo, otro viejo realista, lord Astley, marchó desde Worcester con la intención de llevar tres mil hombres a Oxford para el rey. En Stow-on-the-Wold se topó con una fuerza combinada del Nuevo Ejército Modelo comandada por Rainborough, Fleetwood y Berenton. Tras un intenso intercambio de fuego, el ejército de lord Astley fue arrollado, y todos cayeron prisioneros. Aquel era el último ejército realista que quedaba en el campo.

El rey solicitó permiso para dirigirse a Westminster y negociar en persona, pero se le denegó. Un francés empezó a mediar para que Carlos pudiera unirse en secreto al ejército de los Covenanters escoceses.

En Abril, sir Thomas Fairfax trajo al grueso principal del Nuevo Ejército Modelo desde el West Country. El asedio de Oxford empezaría a hacerse sentir a partir de entonces. El día 26, en Woodstock, cayó la última guarnición realista que protegía la zona. Al día siguiente, sir Thomas Glemham, gobernador de la ciudad, se despidió de un tal «Harry», sirviente de un tal señor Ashburnham. Harry y tres compañeros

lograron salir sin ningún percance cabalgando por el puente Magdalen. Era el rey, que se había disfrazado con ropa basta, se había cortado el pelo y había utilizado una autorización falsa para cruzar las líneas parlamentarias.

Fairfax acabó enterándose de que el rey había escapado. Se endureció. A finales de mes, ordenó a sus tropas que no permitieran que nadie saliera de Oxford salvo para negociar las condiciones de rendición. Se había convertido en un asedio estricto.

Ocho días después de haber abandonado Oxford, el rey apareció frente a la antigua base realista de Newark-on-Trent. La población todavía se hallaba sitiada por los Covenanters, y Carlos se «entregó» a los escoceses con la esperanza de obtener mejores condiciones de las que podría esperar por parte de los ingleses. Le dijo a Newark que se rindiera; al cabo de tres días, los escoceses la tomaron. Levantaron el campamento de inmediato y se trasladaron al norte, a Newcastle, con el rey en «semicautiverio». En Junio, se interceptaron unas cartas suyas que revelaron su duplicidad con las negociaciones secretas con los escoceses, ya que, al mismo tiempo, una vez más, solicitaba apoyo armado a los irlandeses y franceses. El Parlamento lo consideró alta traición.

En Oxford, ninguno de los dos bandos quería un asedio dañino. Existía preocupación, aunque no unas privaciones desesperantes. Se abrió un almacén para suministro de provisiones. Se emitió un edicto según el cual se aplicaría la pena de muerte a todo soldado que arrebatara comida a los civiles. Se oían disparos de cañón. Fairfax convocó formalmente a la ciudad enviando a un heraldo:

Señor, por la presente os emplazo a que me entreguéis la ciudad de Oxford para uso del Parlamento. Es mi mayor deseo preservar este lugar (tan famoso por su saber) de la ruina a la que, inevitablemente, es probable que se vea sumido a menos que acepte...

Hubo un retraso para salvar las apariencias. Hubo un intercambio de fuego de artillería. Una bala de cañón alcanzó Christ Church. Un disparo proveniente de Oxford mató a un coronel del Nuevo Ejército Modelo en Headington Hill. Los parlamentarios no perdieron la confianza. El 15 de Junio, frente a las tiendas que formaban el cuartel general de sir Thomas Fairfax, la hija de Oliver Cromwell, Bridget, contrajo matrimonio con el maniobrero de cejas oscuras, Henry Ireton.

En ningún momento se había dudado del resultado del asedio. Se decía que quedaban suministros de comida para seis meses, pero resistir no tenía sentido. El rey envió a Oxford su permiso formal para que la ciudad se rindiera. El gobernador firmó artículos de rendición. Las negociaciones se alargaron, pero el 25 de Junio las llaves de la ciudad se entregaron formalmente a sir Thomas Fairfax. Se permitió que la guarnición saliera de allí, y todos y cada uno de los tres mil soldados recibieron un salvoconducto para viajar de vuelta a su casa. Los príncipes Rupert y Maurice se marcharon, también con pases para abandonar el país. Sin embargo, a James, duque

de York, lo mandaron a Londres como prisionero del Parlamento.

Oxford se llenó de soldados del Nuevo Ejército Modelo con sus casacas rojas. Aunque él era un hombre de Cambridge, Fairfax ordenó una vigilancia especial para la Biblioteca Bodleiana. Esto la salvó de la destrucción, aunque los parlamentarios se encontraron con que muchos de los libros ya tenían la cadena cortada y se habían vendido de manera fraudulenta.

Para entonces, y con el conocimiento previo de su esposa, Orlando Lovell había desaparecido discretamente. Juliana se quedó en la casa de Saint Aldate, preguntándose una vez más cuándo volvería a ver a su esposo, si es que lo volvía a ver de nuevo. Él había prometido volver a buscarla en cuanto reinara de nuevo la normalidad. Dijo que era mejor si, de verdad, ella no tenía ni idea de dónde se encontraba. Juliana temía que se hubiera marchado con el príncipe Rupert y hubiera abandonado el país, pues no era algo que ella deseara para sí misma, si bien lo seguiría si él se lo pedía. Lo echaba de menos en la casa y en la cama. Esperaba que, en esta ocasión, no la hubiera dejado embarazada.

—Bueno, pequeño Tom. Ahora solo estamos tú y yo otra vez, y el bebé Valentine.

Tom la miró un momento, como si quisiera asegurarse de que no estaba llorando, y continuó jugando en el suelo, sumamente callado. Tenía los ojos de su padre y la inteligencia veloz de su madre. Tom podía adaptarse con rapidez a nuevas situaciones. Había entendido, y aceptado afablemente, que los días de ruido y jolgorio se habían terminado. Había conseguido un caballito de madera, pero sabía que debía cuidarlo muy bien porque no habría otro regalo en mucho tiempo. El padre al que acababa de conocer se había marchado de nuevo.

CAPÍTULO XXXVIII

DE CAMINO, 1645

En algún momento en el período subsiguiente a la batalla de Naseby, un viajero cabalgaba por el camino desierto entre Beaconsfield y Windsor. Tenía aspecto de persona acomodada. Su sombrero era de terciopelo con media pluma de avestruz, la capa escarlata, los bombachos adornados con multitud de encaje de oro, las botas lustradas y unos puños de encaje que colgaban con elegancia de las mangas de su casaca. Su actitud era garbosa y descuidada, a pesar de la gravedad de los tiempos. Si era un fugitivo realista, lo ocultaba bien.

Cuando faltaban una o dos millas para llegar a Slough, el jinete se encontró con una joven apoyada con desconsuelo en una cerca que había junto al camino. Con la alegría propia de cualquier caballero de su siglo al descubrir a una mujer sin compañía, detuvo el caballo de inmediato y se inclinó para brindarle la cortesía de una oferta lasciva. La joven se irguió, como si hubiera estado esperando semejante privilegio, y se volvió hacia él. Estaba embarazada, con un vientre monumental.

Con el buen talante descarado de los hombres de su tiempo, él se disculpó de inmediato y, tras una maldición por el desengaño, cambió la oferta por una de ayuda en general. Claramente exhausta, la vulnerable damisela le rogó que la llevara hasta la próxima ciudad. Él accedió. La mujer subió a la cerca y montó detrás de él «a mujeriegas» con unos movimientos sorprendentemente ágiles para una mujer en tan avanzado estado, si bien gimió de manera convincente mientras ocupaba su lugar.

Cabalaron. Él iba silbando *Greensleves* para sí con el buen humor que tendría cualquier hombre que estuviera haciendo una buena acción por una mujer embarazada. Ella se aferró a él, rodeándole la cintura con un brazo delgado de un modo encantador. Dado que tenía que suponer que era una esposa respetable, se abstuvo de conversar. Ella permaneció en silencio, hasta que el hombre se acostumbró a su presencia.

En un punto especialmente desierto, con bosques a ambos lados, el jinete notó una repentina sacudida a sus espaldas. Al volverse a medias, indignado, vio caer algo por detrás del caballo: un cojín grande. En tan solo un instante, un fuerte tirón a su cabellera le echó la cabeza hacia atrás, y un empujón lo derribó de su montura. La espada corta que llevaba salió despedida de la vaina, trazó una espiral en el aire y fue a parar a una zanja. Cayó pesadamente en el suelo del camino, al tiempo que la mujer desmontó de un salto tras él. Unas manos expertas deslizaron un lazo en torno a su cuerpo, y una serie de tirones dolorosos lo apretaron: su implacable asaltante, alzada ante él, apoyaba la dura y fría culata de un arma contra su oreja izquierda de modo significativo. Se retorció, y ella le hundió la cabeza en el barro con el pie mientras

continuaba atándolo como a un capón. En cuanto estuvo indefenso, le desvalijó los bolsillos y, acto seguido, se alejó para registrar sus bolsas de viaje.

Obviamente esperaba más de lo que se encontró.

Cuando la joven se dio cuenta de que solo tenía tres peniques y cuarto, se detuvo con aire meditabundo. La miserable víctima pobretona se arriesgó a rodar sobre sí mismo para ver la turbación de la mujer. La pistola que empuñaba impedía cualquier intento de escapar por su parte.

—No sea idiota. Sé usar esto. Serví como soldado con ropa de hombre.

Aun cuando el cautivo sospechara que no tenía balas, no estaba ansioso por comprobarlo. Además, sentía tanta curiosidad por aquella joven como la que ella demostraba hacia él.

—Sus bolsas son muy livianas, señor. ¿Es para llenarlas con el botín que consiga de los viajeros por el camino?

Era una joven sumamente delgada, de unos diecisiete años. Ahora que se había despojado del vientre falso, el vestido andrajoso parecía flotar a su alrededor. La capucha se le había deslizado hacia atrás, dejando al descubierto su cabello enmarañado, enroscado en un burdo rodete.

No tenía miedo. El hombre del suelo esperó a ver qué hacía. La joven tocó uno de sus puños de encaje con el cañón del arma y tiró de la tela; enseguida se dio cuenta de que era un postizo, y que el hombre no llevaba camisa.

—Esto sí que es tener suerte. ¡Vengo a robarle pero, a decir verdad, bien podía haberme robado a mí!

Volvió unos ojos irritados y enrojecidos hacia su caballo. Se acercó al animal tranquilamente y examinó su larga oreja.

—Me pregunto si encontraré alguna marca del ejército... ¡Oh, sí! Veo que ha agrandado las letras para ocultar su origen. ¡Newport Pagnell! Está demasiado cerca como para que vaya montándolo por ahí, debería alejarse al menos treinta millas al galope y vendérselo a un comerciante de confianza... Una cola falsa podría mantenerlo a salvo durante el trayecto. O podría darle un color blanco que no tenía al nacer. —Regresó junto a su cautivo.

Este le dirigió una sonrisa triste.

—Yo no le sirvo de nada, señora. No tiene sentido arrastrarme hasta un matorral espeso para desnudarme y registrarme —dijo con conmisericordia—. Aunque tuviera la fuerza suficiente para hacerlo.

—¿Dejarlo en un lugar remoto atado a un poste o a un árbol? —la joven paseó rápidamente la mirada de un lado a otro del camino—. ¿Trabaja solo?

—¿Y usted? —replicó él, fingiendo que tenía una multitud de vigorosos colegas que aparecerían en cualquier momento. Ella contestó que tenía unos amigos que llegarían enseguida—. ¡Por supuesto! —se burló—. ¿Cómo, si no, podría marcharse de aquí?

La joven se rio con despreocupación.

—Creo que con su caballo. Aunque me veré obligada a montarlo campo a través, no sea que algún soldado de caballería con el estandarte de la Biblia Negra lo reconozca. —Se acercó de nuevo al animal y le habló tranquilamente. Al principio el caballo se mostró asustadizo y se apartó, bajó la cabeza para arrancar unas largas matas de hierba, pero la observaba receloso con un ojo atemorizado. Ella siguió hablando. No tardó en tomar las riendas y traerlo de vuelta.

Mientras estaba enfrascada en esto, el hombre, que había estado intentando zafarse de la cuerda a escondidas, dio una brusca sacudida y se liberó. Mientras él se retorció para incorporarse, la joven se dio la vuelta con la pistola y, con un movimiento hábil, disparó.

Resultó que el arma sí estaba cargada. Él se agachó justo a tiempo, por lo que solo perdió un pedazo pequeño de oreja. Empezó a sangrar copiosamente. La chica se rio con crueldad. Era agresiva. Dura como el yunque de un herrero.

—La próxima vez quédese donde yo lo deje.

—¡Maldita bruja y... zorra! —se secaba en vano con uno de sus puños postizos. Ella lo dejó mientras recargaba la pistola.

—No me llames esas cosas. Soy una mujer trabajadora, cierto, pero no me prostituyo. Simplemente despojo a los que tienen de lo que tienen para que así pueda tenerlo yo.

—¿Cómo conseguiste el arma?

—De la manera habitual. Me serví yo misma. Una magnífica pistola de caballería con llave *snaphance* y grabada en plata, dentro de su cuidada funda, frasco con pólvora y balas en una bolsita monísima.

—Podrías haberla vendido.

—¡Pero prefiero usarla!

—Ahórrate el plomo... te doy mi palabra de honor.

—¿Palabra de caballero? —se burló esa moderna aventurera armada.

—Palabra de granuja honesto.

—¡Me parece justo! Llámame Eliza —le brindó—. ¿Y tú cómo te llamas?

—Jem Starling —respondió él con cierto orgullo, esperando que ella reconociera el nombre de un salteador de caminos bastante conocido. Tanto si Eliza lo conocía como si no, fingió que aquel nombre de casta le era desconocido.

—¿Y qué eres, Jem Starling? ¿Un simple ratero... o te denominas caballero del camino? —Señaló su mano izquierda, donde una «L» de «Ladrón» marcada en la base del pulgar mostraba que, en el pasado, lo habían prendido los agentes de la ley. Había escapado a la horca suplicando el beneficio del clero; se podía indultar a un hombre de su primer delito si demostraba que sabía leer—. No hemos tenido mucha suerte, ¿verdad, Jem?

—Un error de cuando era joven y estúpido —admitió Starling, lleno de desenfadado encanto. Todavía era joven, aunque más estúpido de lo que creía. Tendría poco menos o poco más de treinta años, y aspecto de estar en forma, tal como

tenía que estar un salteador de caminos. Se consideraba atractivo. Tenía una voluminosa cabellera de un castaño dorado, por la que pasó los dedos ahora que la oreja había dejado de sangrar. Ella dejó que se incorporara, y el hombre se frotó las muñecas con pesar allí donde la cuerda había magullado la piel.

—¡Todos cometemos errores! —le dijo Eliza con una seriedad sorprendente—. ¿Qué te llevó a esta vida al aire libre?

—Lo mismo que a muchos. Era aprendiz de un tejedor en Shoreditch, pero el tipo era un abusón y no pude soportarlo. Así que, como soy una persona atrevida y valiente, me lancé al camino. Ya llevo cuatro años siguiendo esta elegante vocación, y me he ganado una buena fama. Es mejor pedirles la bolsa a los viajeros que ser un ratero, un ladrón que entra a escondidas por las ventanas o un descuidero de los que merodea por las ferias. Conozco todas las posadas en las que puede valorarse a los viajeros y pesar el equipaje para detectar objetos de valor. He estudiado la conducta y mentalidad de los que viajan. Puedo decirte qué hombres altos y fuertes llorarán como niños si son asaltados, y rogarán que les robes los anillos y el dinero siempre que no les hagas daño durante el proceso, o qué hombres de negocios enjutos y nervudos se resistirán como mastines, llamarán a gritos a los guardias y me perseguirán toda la noche, aun cuando solo les haya quitado dos peniques y un pañuelo. Sé reconocer las veredas y sendas campo a través, por las que huir a una casa segura. He hecho cosquillas a muchas posaderas que negarán haberme visto, mientras dejan que me beba su mejor cerveza en una sala caliente del piso de arriba. En caso de un desafortunado arresto, también conozco a un buen perjurio que será mi garante y me sacará de la cárcel en un periquete, sin la necesidad de un gran desembolso.

La joven se metió la pistola en el cinturón. Volvió a adoptar un aire pensativo.

—Los dos hemos malgastado la tarde. A decir verdad, estoy cansada de ir sola, y sería más fácil para los dos hacer el camino en compañía. Soy tan valiente como tú, y puedo ayudarte a engañar a los idiotas... o a retenerlos apuntándoles con mi pistola mientras tú los tranquilizas y les birlas los tesoros. ¿Qué me dices, Jem?

El bandido se puso de pie con un ágil balanceo. Hizo una reverencia como un cortesano.

—Digo que es una oferta muy generosa, y que acepto.

—¡No voy a ser la amante de nadie! —le advirtió Eliza—. No voy a tener a un bebé llorón para abandonarlo en una parroquia. —Nada dejó traslucir el hecho de que hablaba por amarga experiencia—. Tenemos que ser socios en igualdad de condiciones, y nada de intimididades.

—¡Palabra de honor, señorita! —le aseguró Jem Starling con un destello en los ojos y un revoleo de la mano, gestos que había perfeccionado para tranquilizar a atractivas viajeras antes de robarles los collares, y también para meterles las manos en los bolsillos y manosearlas si eran lo bastante atractivas para ello. Él se creía muy capaz de hacer cambiar de opinión a aquella joven. Eliza vio cómo tomaba forma

dicha idea, pero tuvo tacto y se limitó a dejar que pensara lo que quisiera.

Hasta ahora no había querido confiar en nadie, pero preveía que se acercaban tiempos difíciles. Después de aquella gran batalla de Naseby de la que todo el mundo hablaba, sin duda iba a haber paz, y los caminos se llenarían de soldados harapientos, desperdigados y muertos de hambre que intentaban volver a casa desde sus varios ejércitos, todos ellos desesperados por cubrir sus deudas con robos de aficionado. Los profesionales iban a tener que unirse para poder competir con esa chusma.

CAPÍTULO XXXIX

EL CAMINO A DOVER Y LONDRES, 1646-1647

Robaban a los ricos; robaban a los pobres. Robaban a cualquiera que pasara. Preferían a los ricos, por una cuestión de economía de esfuerzo, pero si los pobres pasaban tranquilamente por su zona de trabajo con la guardia baja y tenían ropa, comida o lo que habían sacado de sus propios robos, entonces se abalanzaban sobre los pobres sin ningún reparo. A veces los pobres contraatacaban. Eliza se enamoró de un canesú de tafetán plateado que robó de un portacapas, pero un desconocido se lo arrebató cuando no hacía ni dos horas que lo poseía; pasó el resto de su vida con la esperanza de encontrar de nuevo el canesú, o de ver uno igual. En una ocasión, a Jem Starling le dieron semejante paliza en la parte trasera de una taberna que estuvo a punto de perder un ojo y, durante varios meses, perdió su jactancia habitual.

Era una buena época para recorrer los caminos. Las esperanzas de paz hacían creer a la gente que podían retomar su vida normal. Se reavivaban proyectos que habían quedado en suspenso. Se recuperaban bolsas de oro ocultas en los tejados de paja y las chimeneas, oro que salía de su escondrijo para saldar deudas pendientes, pagar multas, ejecutar herencias, aliviar a las viudas que sufrían y socorrer a los huérfanos de la guerra. Se organizaron bodas pospuestas. Se reactivó el comercio. Todo esto implicaba que habría dinero en movimiento. Los asaltos en los caminos florecieron.

En general, eran listos. A veces Jem Starling iba acompañado de un «muchacho» que sostenía los caballos; en ocasiones iba con él una mujer. Frecuentaban las posadas, y nunca se miraban el uno al otro. Dado que no eran amantes (o al menos no a menudo), Jem se sentía libre para cortejar a las sirvientas o a las esposas de los posaderos como un soltero viril, cosa que ocultaba su asociación. Podían pasarse horas cabalgando con otras personas sin que nadie sospechara que se conocían. Esto les permitía atacar por sorpresa, pero también querían que su éxito permaneciera en secreto. Siguiendo con su plan de llegar a ser ricos algún día, reunían sus «ganancias» con la máxima discreción posible. Escondían el dinero y cualesquiera otros tesoros que todavía no hubieran cambiado por efectivo en las casas seguras que había por diversos condados. Tenían que pagar una prima a los dueños de dichas casas, pero la reputación que poco a poco adquirieron por hacer negocios honestos (y por no tolerar la traición) les ayudó a hacer amigos. Su facilidad a la hora de disparar o acuchillar para proteger su capital se hizo legendaria, cosa que les daba cierto aire de peligro que no les hacía ningún daño.

Durante el primer año, trabajaron en el campo. Se iban desplazando poco a poco hacia el este, describiendo un amplio arco en torno a la capital, pasando de un camino

importante al próximo cuando un lugar se volvía demasiado peligroso para ellos. Aunque sus métodos eran especiales, sus objetivos no diferían de los de los honestos propietarios de negocios. Se forjaron una reputación, se deshicieron de la competencia sin piedad y planearon con cautela una futura expansión. Se ganaron cierto respeto. Tenían tesoreros que guardaban su capital. Utilizaban a asociados legales para que los sacaran de líos mediante sobornos. Si en algún momento los beneficios de su pequeño imperio se hubieran visto sometidos a una tasación injusta, hubieran combatido contra ello con la misma tenacidad que los comerciantes, mercaderes y terratenientes que fueron a la guerra por las artimañas fiscales del rey Carlos.

Con el tiempo, Jem y Eliza se fueron acercando a Londres. Era en Londres donde estaba el dinero de verdad.

* * *

El año 1647 los vio llegar a Kent por el viejo camino de Dover. Durante dicho período, se hallaban en desacuerdo con los delincuentes y salteadores de caminos de la región. En Gadshill, Shooters Hill y las tierras remotas de Blackheath había más atracos que nunca en su conocida historia, pero los aldeanos de la zona creían que el caudal de los viajeros constituía un derecho hereditario para ellos. La pareja se encontró con que allí no gustaban los recién llegados: primero les hacían el vacío, y si los recién llegados no captaban la indirecta, los lugareños se volvían desagradables. Mientras estuvieran descansando en una posada, disfrutando de su botín, otros irrumpirían trayendo a víctimas a las que Jem y Eliza hubieran robado. Los pueblerinos los señalarían, aunque Jem llevara el parche del ojo levantado y Eliza hubiera dejado de lado su bulto de embarazada. Entonces tendrían que comprar a sus víctimas, y puede que también a un funcionario de la justicia, si es que aparecía alguno. Al personal de la posada lo amenazaban con represalias si los acogían allí; a los peristas y prestamistas, que necesitaban vivir con discreción, los disuadían con advertencias. Si todo esto fallaba, los habitantes del lugar recurrían finalmente a la violencia sangrienta.

—Las prácticas injustas son ruinosas para los trabajadores honestos como nosotros. Tenemos que alejarnos de estos lugareños que fornican con ovejas — decidió Jem.

Así pues, se acercaron aún más a Londres, donde creían que el sofisticado espíritu comercial podría ser más de su gusto. Acompañaron a un grupo que venía de Canterbury del cual, cuando se marcharon en mitad de la noche, se llevaron dos monederos repletos y una buena silla de montar. Entonces cabalgaron a través de Greenwich y pasaron por Depford, donde había una escuela para jóvenes de la que robaron una sábana y una funda de almohada, un instrumento musical y un pastel de anguila recién hecho, con el plato incluido. Un hombre que afirmó ser un

guardabosque real se ofreció a venderles un pernil del venado del rey, que dijo que su esposa cocinaría para ellos. A través del guardabosque (quien era de suponer que debía de saberlo) se enteraron de que el rey había sido vendido al Nuevo Ejército Modelo por los escoceses. Esta noticia no era de mucho interés para ellos, aun cuando significara que podrían devolver a Su Majestad a Londres y este quisiera comer de su venado. Puesto que ya tenían el pastel de anguila, declinaron el pernil con educación; cuando trataban con otros empresarios, Jem Starling y Eliza no eran codiciosos.

Su viaje los llevó por las zonas dedicadas a la construcción naval de Deptford y Rotherhithe, hasta los legendarios burdeles de Southwark. Los viejos chaperas sórdidos y amargados del obispado de Winchester mostraban su peor aspecto por las noches, cuando lograban persuadir a los guardias de que les dejaran cruzar las líneas de comunicación que encerraban incluso aquel sombrío distrito dentro de las fortificaciones de Londres. En Bankside, todavía existían los fosos de pelea de perros contra toros y osos; aunque los famosos teatros donde Shakespeare y sus contemporáneos se hicieran un nombre habían sido cerrados, otros entretenimientos perduraban. El primer arrebato desenfrenado de leyes liberales del Parlamento largo no solo había erradicado la censura del material impreso, sino que había rebajado la prostitución de delito grave a alteración del orden. Un delito grave era una ofensa castigada con la horca, tal como debía de saber cualquier ladrón profesional, pero por una mera alteración del orden la pena era simplemente unos azotes y una temporada en un correccional. Al abolir también la tortura, el Parlamento había evitado que a las prostitutas las desnudaran de cintura para arriba y las azotaran en la parte posterior de un carro. Aun así, la rectitud religiosa había provocado el comercio clandestino que, como siempre, florecía cada vez más.

Aunque la prostitución se trasladó al otro lado del río y emigró a Cow Cross, Clerkenwell, Smithfield y más notoriamente a Turnmill Street y a Pickthatch, junto a Aldersgate, seguía habiendo burdeles descarados en Bankside. Atrás habían quedado los días del Holland's Leaguer, la elegante mansión con foso de Old Paris Carden en Bankside donde, desde la época del rey Jaime, los caballeros habían sido agasajados con danzas, buena cocina y fornicación experta, en un entorno lujoso que dirigía la fabulosa madama Elizabeth Holland. En la década de 1630, las tropas habían cerrado el Leaguer, arquetipo del burdel de lujo, y ahora sus jardines permanecían abandonados y su exquisita *troupe* de especialistas sexuales se había dispersado tras huir por salidas secretas. No obstante, las mujeres de la noche de más baja estofa seguían chillando y aullando con sus clientes en los muelles oscuros, y las prostitutas que habían conseguido mantener un aspecto atractivo a pesar de la dureza de sus vidas y de la sífilis, continuaban apiñándose en las entradas, haciendo señas a los caballeros para que entraran en las desvencijadas casas de Southwark en busca de lo que pasaba por placer.

Las normas prohibían a las chalanas del Támesis acercarse allí por la noche;

teóricamente, era para salvar del pecado a los jóvenes caballeros. El pecado se había ido al norte. Sin embargo, los hombres de la ciudad sabían que, en cualquier esquina de South Bank, podía fornicarse de forma barata con una mujer desesperada por comprar comida. En medio de todas estas sombrías libertades diocesanas, donde la embriaguez y el desorden siempre habían prosperado, las noches eran ruidosas y los días aburridos. Allí, por debajo del palacio de Winchester, cuyos obispos hipócritas se habían estado forrando durante siglos con rentas de los burdeles, se alzaba la prisión de Clink, un agujero miserable que se inundaba con frecuencia y en el que se encarcelaba a los herejes, a los morosos y a aquellos que arruinaran la dudosa paz reinante. En los callejones de la zona, utilizados como retrete y vertedero, había muchas tabernas toscas de los muelles donde las prostitutas más pobres, con delantales blancos (para que se las viera en las calles oscuras), se mezclaban con ladrones, estafadores, cirujanos dudosos y falsos astrólogos. Encima de muchos establecimientos de abastecimiento náutico, había locales en los que se practicaban abortos. Jem y Eliza penetraron en aquel montón de triste humanidad como si fuera su hábitat natural.

Subsistieron en Southwark durante casi un año. Robaban a los clientes de las prostitutas mientras estos se hallaban inmersos en la lujuria, y a los marineros ingenuos, tan recién salidos de los barcos mercantes que ni siquiera habían encontrado a las putas. Ya no iban a caballo, ahora atraían a las víctimas a calles sin salida, donde estas esperaban tener relaciones con Eliza: lo que recibían, sin embargo, era una paliza a manos de Jem. En ocasiones, Eliza fingía desmayarse y Jem saltaba sobre cualquier transeúnte lo bastante tonto como para detenerse a ayudarla. Su truco más sencillo era gritar «¡Alto, al ladrón!», y entonces observar adonde se llevaban la mano los miembros del público para asegurarse de que su dinero seguía a salvo... del cual unas manos hábiles los despojaba enseguida. A pesar de los abundantes beneficios, Eliza aprendió a no vestir con demasiada suntuosidad, no fuera que las autoridades la interrogaran queriendo saber cómo podía permitirse ir tan engalanada. Jem, en cambio, no aprendía.

En muchas asociaciones de negocios llega un momento en que a la parte con más talento empieza a pesarle tener que arrastrar a un espíritu menor. Puesto que Eliza seguía negándose a ser la amante de Jem, inevitablemente este encontró a otra persona. Cuando Jem empezó a juntarse con una bravucona licenciosa picada de viruelas llamada Sarah Straw, Eliza supo que el negocio iba a resentirse.

Cuando no estaba «conjugando» con Jem Starling, Straw era la proxeneta de una madama llamada señora Flemming; buscaba chicas jóvenes que acabaran de llegar a Londres en el carro de un transportista en busca de trabajo. Se hacía amiga de ellas, les ofrecía un lugar donde alojarse y las atraía a la prostitución. Si estas inocentes lozanas eran vírgenes, el burdel cobraba un recargo... y si no lo eran, un médico deshonesto llamado doctor Lime podía «reconstruirlas» por una modesta suma de dinero. Si estaban embarazadas, el hombre se ocupaba de ello por un chelín más. Si

no estaban embarazadas, el fértil portero de la señora Flemming, su matón, se ocuparía del asunto.

En Londres era demasiado peligroso atracar a la gente con armas de fuego. Ahora Jem dependía de la habilidad de Eliza para vaciar bolsillos. Se había ablandado tanto que incluso contaba con la agresividad de la joven para su propia protección. En opinión de Eliza, Jem Starling no era nada sin ella. Su nueva novia era una tipa muy exigente y, para tener contenta a Sarah, empezó a sisar a Eliza con el reparto de su trabajo. Entonces, Sarah Straw cometió el error de intentar reclutar a Eliza para la turbulenta casa de la señora Flemming, junto a Blackfriars Stairs.

—En cuanto hayas aprendido los riesgos de tu trabajo, puedes intentar ascender para ser una madama. Montar un establecimiento requiere muy poco desembolso, y los beneficios son enormes. Tú no eres ninguna belleza, pero con unos cuantos trucos podrías pasar por vendible...

Esta maniobra para sacar de en medio a Eliza fue el último error que cometió Straw. Cuando Eliza acabó de pegarle con una cachiporra, ya no le quedó ninguna duda al respecto. No solo quedaron arruinados los atractivos físicos de Sarah Straw, sino que además Jem Starling no tardó en dejar de estar en disposición de prodigarle atenciones. Eliza lo había delatado a la justicia y lo metieron en prisión.

—Trabaja en compañía de una mujer, una tal Straw, la puta de una madama —mintió Eliza en su declaración—. Ella lo negará, de modo que no hagan caso de sus pretextos...

Sabía que era poco probable que Jem y Sarah hicieran acusaciones de represalia contra ella, ya que les hacía falta fuera para poder ir a buscar el dinero que ella y Jem habían ocultado, y poder así pagar un soborno para su libertad. Juró que era inocente de su delación, y prometió que iría a buscar dinero para un pronto rescate. No tenía ninguna intención de hacerlo. Se marchó montada en un caballo robado, y sí que visitó varias de sus antiguas casas seguras, de las que sacó lo que consideró su parte equitativa de sus ahorros con Jem. A continuación, siguió cabalgando hacia el norte.

Adecuadamente ataviada y con su viejo nombre de Dorothy Groome, se dirigió a Stony Stratford. Allí localizó a las autoridades parroquiales y, tras una humilde confesión, preguntó por el niño que había abandonado. Desgraciadamente, le dijeron que los registros mostraban que, al igual que la mayoría de criaturas que encontraban en los porches de las iglesias, después de habérselo llevado a una nodriza, su hijo había muerto. Presionada, hizo una donación a los fondos de la parroquia, y luego maldijo al verse obligada a marcharse desilusionada.

Había intentado hacer lo correcto. Lo único que consiguió fueron malos recuerdos y pérdidas económicas.

* * *

Como no conocía otra vida, decidió volver a Bankside. Pensó que podría arreglar las

cosas con Jem. Sin embargo, durante su ausencia, Jem Starling y su amante habían encontrado la manera de conseguir la libertad por sus propios medios, aunque tenían que mantenerse alejados de las autoridades y se habían esfumado.

El día que regresó a Bankside era el 3 de Agosto de 1647. Poco a poco, Eliza se fue dando cuenta de que, en toda aquella zona al sur del río, reinaba una atmósfera extraña. En las calles no había prostitutas, borrachos ni vagabundos dudosos. Los marineros extranjeros se arriesgaban a deambular por ahí, mirando a su alrededor con curiosidad. Algunos propietarios estaban en las puertas de sus casas, observando el exterior. Aparte de eso, había soldados con casaca roja absolutamente por todas partes.

Le palpitó el corazón. Ya había sido bastante malo pensar en el bebé. En aquellos momentos, le sobrevino una multitud de recuerdos más viejos aún. No obstante, no había combates, ni saqueos, ni se incendiaban edificios. Nadie chillaba. Nadie recibía ningún disparo. A pesar de todo, dada la vida que llevaba, Eliza prefería que no la detuvieran y la sometieran a un interrogatorio militar. Se metió en una taberna que conocía, pagó por una cena que se comió fuera de la vista de los demás, y se acostó con discreción.

A la mañana siguiente, se despertó temprano y se preparó para afrontar su necesidad de encontrar una nueva vida. Desde la orilla del Támesis, con todas sus pertenencias en una mochila dada de sí, Eliza contempló la ciudad que se extendía envuelta por un manto de humo de carbón. Estaba debajo del puente de Londres, el único punto para cruzar. Al otro lado, estaban Billingsgate y la Casa de Aduanas y, más allá, la impresionante mole de la Torre, con sus muros imponentes y su despliegue de torrecillas, torres antiguas y pináculos. Durante siglos, desde la época romana, allí había habido un puente; el de entonces era medieval, construido sobre veinte pequeños arcos, con una puerta de acceso y un puente levadizo en el extremo de Southwark. A lo largo del puente, se amontonaban casas y tiendas, algunas de varios pisos de alto; lo único que no había eran tabernas porque los edificios no tenían bodegas para mantener fresco el licor. En el centro, se alzaba el templo de santo Tomás Becket, más magnífico que muchas iglesias parroquiales, con unos escalones al nivel del río donde amarraban los botes de pescadores y de pasajeros. Desembarcar allí resultaba sumamente difícil, igual que lo era navegar a vela o a remo entre los arcos, tan estrechos que constreñían la corriente y provocaban furiosos rápidos. La mayoría preferían no arriesgar su vida y desembarcaban río arriba, en Three Cranes, y luego seguían caminando por la ribera norte, pasaban por Nonsuch House y tomaban un bote distinto en Billingsgate. Los molinos de agua y de grano del extremo norte incrementaban la furia de la corriente. Mucha gente se había ahogado al «salvar el puente». Si lograban pasar sin ningún percance, salían a una zona más tranquila; allí, por debajo de los muelles, donde Eliza se encontraba desconsolada, estaban las aguas tranquilas de la Piscina de Londres, que cuando no estaba helada en invierno se hallaba siempre atestada de embarcaciones mercantes y

muy concurrida por chalanas como pulgas de agua. Ahora, en Agosto, el tiempo cálido hacía que todo el barrio se impregnara del hedor de las aguas, tan fétidas que raras veces podía limpiarlas la marea.

Mientras cavilaba sobre la veleidad de los hombres y la perfidia de las mujeres, un sonido fuera de lo normal llamó la atención de Eliza. De lo primero que se percató fue del son de unos tambores... no un toque sombrío de funeral, sino el brioso tabaleo que ayudaba a la infantería a marchar sin perder el paso y que les daba ánimos. Al darse la vuelta, fue testigo de la partida desde Southwark de todos los soldados de casaca roja que habían ocupado la orilla sur el día anterior. En aquellos momentos, avanzaban hacia el interior de Londres. Eliza sabía que sus uniformes rojos los identificaban como del Nuevo Ejército Modelo. En medio de un clamor procedente del interior, sus seguidores les granjearon el paso por el puente y les abrieron la entrada de Stone Gateway. Una tras otra, las filas de soldados, divididos en varios regimientos, marcharon sobre el puente de Londres. La ciudad, que había tomado semejantes medidas para protegerse del enemigo, estaba siendo invadida por sus propias tropas.

En las calles, se decía que aquellos soldados se habían negado a que los mandaran de servicio a Irlanda, y que no se disolverían hasta que el Parlamento les pagara el dinero que les debía. Se suponía que habían preguntado: «¿Para qué hemos luchado, si se nos trata peor que a esclavos?».

Eliza aguardó a que todos los hombres hubiesen cruzado el puente y entonces tomó su decisión. La presencia de los soldados le recordó su pasado en Dudley y Edgbaston, una época que en cierto modo había disfrutado. Dicha nostalgia la envalentonó para afrontar el futuro. No necesitaba a Jem Starling. Cruzaría al otro lado y trabajaría sola en la ciudad. En cuanto pasaron los soldados, fue discretamente tras ellos. Era la primera vez que ponía los pies en el puente de Londres, y se le encogió el corazón al pasar por Stone Gate, donde unos postes sólidos y resistentes sostenían las cabezas de los traidores que llevaban largo tiempo muertos, bañadas en brea para conservarlas, aunque aquellas reliquias se estaban descomponiendo de mala manera.

En el famoso puente, pasó entre casi doscientos edificios altos. No había mucho espacio, de modo que las casas se habían construido hacia afuera, sobre el río, asentadas en unos fuertes soportes de madera, proyectadas por encima del agua en ocasiones hasta una distancia de siete pies, y también en ocasiones unidas a los edificios de enfrente por unos voladizos que se alzaban por encima de la calle. Eliza tuvo la sensación de haber entrado en un largo túnel. Los comerciantes vivían en los pisos superiores, y exponían sus mercancías en los escaparates situados al nivel de la calzada. Señalaban la naturaleza de sus negocios con letreros, y realizaban las ventas a través de la ventana. Ese comercio aumentaba la congestión en los dos estrechos carriles para el tráfico, y obstruía tanto el puente que uno podía tardar una hora en cruzar sus trescientas yardas. No obstante, se consideraba que aquella era una

comunidad sumamente segura, aparte de los riesgos de incendio y de los rateros. Había toque de queda todas las noches, cuando se cerraban las puertas.

En el otro extremo, Eliza encontró un gran hueco entre unas casas, el daño ocasionado por un incendio de hacía casi una década. Pudo situarse a un lado y contemplar la gran ciudad mientras entraba. Londres se extendía hasta allí donde alcanzaba la vista, y sin duda le permitiría olvidarse de Jem Starling si este descubría que había vuelto. Era lo suficientemente sensata como para saber que era una extraña en la ciudad, y ser forastero acarreaba muchos peligros. Aquello no se parecía en nada a la pequeña ciudad con mercado de Birmingham, donde creció y aprendió a rebuscar. Se dijo que había sido soldado y una atrevida salteadora de caminos, y que podía salir airosa de lo que fuera. Lo único que necesitaba para empezar de nuevo era otro nombre falso, una personalidad distinta y su tenacidad innata. Animada, recorrió las últimas yardas y por fin pasó junto a la iglesia de San Magnus y salió a New Fish Street.

La gente estaba maravillada de que, cuando los soldados del Nuevo Ejército Modelo habían marchado por la ciudad, se comportaran con tranquilidad y disciplina: no habían robado ni siquiera una manzana.

«¡Pues peor para ellos!», pensó Eliza.

CAPÍTULO XL

CON EL NUEVO EJÉRCITO MODELO, 1645-1647

Puesto que nadie había tenido intención de dar comienzo a una Guerra Civil, inevitablemente nadie sabía cómo ponerle fin. Una vez se hubo combatido y ganado en Naseby, los parlamentarios se dedicaron a acabar con los últimos focos de resistencia realista. Tardaron diez meses en hacerlo, durante el invierno de 1645-1646. Las condiciones eran espantosas. Hacía tanto frío que el río Támesis se heló a su paso por Londres, y en el West Country con frecuencia se luchaba bajo la nieve.

Gideon Jukes había vuelto a encontrar a su regimiento de dragones. Siguieron a sir Thomas Fairfax, que conducía al Nuevo Ejército Modelo por el West Country. Derrotaron a Goring en la batalla de Langport, durante la cual grupos escogidos de mosqueteros a las órdenes del coronel de Lambert Jukes, Thomas Rainborough, se abrieron paso a la fuerza y de manera crucial por los setos y muros de los campos de cultivo para desplazar a los realistas. Lambert, que ya tenía curada la herida del pie, también se había reintegrado a su regimiento. Posteriormente le tocó el turno a Gideon cuando un destacamento a las órdenes del coronel Okey recibió órdenes especiales y se separó temporalmente del grueso del ejército para capturar Bath en un ataque sorpresa al amanecer. Se aproximaron tan calladamente que pudieron agarrar los cañones de los mosquetes de los guardias que sobresalían por las aspilleras; los guardias huyeron, y los hombres de Okey tomaron la ciudad después de hacerse con el fuerte. A continuación, los dragones estuvieron en el asedio de Bristol. Aunque se enfrentaban al príncipe Rupert, este tenía entonces las mismas dificultades que habían acuciado a Massey allí mismo hacía dos años: tropas insuficientes, sobre todo de infantería, para la tarea de defender cinco millas de fortificación amurallada. Durante la breve pero feroz resistencia del príncipe Rupert, estalló la peste, el agua escaseó y las órdenes que se esperaban del rey no llegaban. No obstante, hizo un buen uso de la artillería cuidadosamente emplazada, en tanto que su caballería efectuaba salidas regulares para hacer incursiones y hostigar a las tropas parlamentarias. Durante uno de estos ataques, el coronel Okey fue tomado prisionero, cosa que desmoralizó y desestabilizó a su regimiento.

Rupert retrasó la negociación hasta que Fairfax detuvo las conversaciones. El asalto subsiguiente fue una acción peligrosa y sangrienta. El Nuevo Ejército Modelo abrió una brecha en las murallas exteriores, y luego el regimiento de Rainborough tomó Prior's Hill Fort. Primero escalaron los muros bajo una lluvia de proyectiles y luego, cuando las escaleras resultaron demasiado cortas, entraron sigilosamente por las aspilleras y, tras dos horas de combate cuerpo a cuerpo, los defensores fueron

masacrados. Rupert se replegó hacia el castillo de Bristol, pero cuando la caballería de Cromwell cargó, el príncipe se dio cuenta de que su situación era desesperada. A los realistas se les otorgaron condiciones, y Okey recuperó la libertad. En aquellos momentos, los parlamentarios no podían saberlo, pero las diferencias entre el rey y Rupert sobre la rendición de este no tardaría en librarlos del príncipe para siempre.

Entonces Fairfax mandó al coronel Rainborough a que sitiara el castillo de Berkeley, la única fortaleza realista que quedaba entre Bristol y Gloucester. Lo tomó por asalto, tras un bombardeo de tres días. Su regimiento estaba desplegado en el castillo de Gorfe, pero se retiró de allí al ser requerido para funciones más importantes. En Diciembre, se acuartelaron en Abingdon, rodeando la zona de Oxford como prolegómeno al asedio de la ciudad. Durante el bloqueo de esta población, Rainborough aceptó a un nuevo sargento entre sus filas.

Gideon Jukes continuaba teniendo problemas con los caballos. Puesto que nunca fue un jinete nato, estaba poco capacitado para ser un dragón, por mucho que le gustara serlo. Después de que mataran a su montura de un disparo en Naseby, el brioso semental que obtuvo era demasiado fuerte y consciente de su superioridad. Gideon estuvo todo el camino hacia el oeste luchando con él, pero al final el animal se lo quitó de encima en las afueras de Bristol. Se le quedó atrapada la espuela izquierda, de manera que lo arrastró cabeza abajo durante un par de yardas. Un compañero que estaba alerta cortó el estribo y lo liberó. Acabó despatarrado en un arbusto con el hombro dislocado, en tanto que el caballo se marchó al galope. Gideon fue rescatado ignominiosamente, y montó detrás de uno de sus hombres, mientras todos sus hombres le tomaban el pelo diciendo que era una granjera a la que acompañaban al mercado a caballo porque estaba de muy buen ver para pegarse un revolcón en el pajar. Un cirujano del ejército se deleitó más de lo que Gideon consideró necesario para volver a ponerle el hombro en su sitio.

Poco después, le adjudicaron un nuevo caballo.

Este, un típico «jamelgo de dragón», era una criatura de morro torcido que resollaba, y que enfermó y murió al cabo de un día y medio. Se hizo venir a un veterinario de caballos, demasiado tarde.

—¿Qué le ha hecho a este rocín, sargento?

—Ya llegó caliente y con mocos.

—Debería haberlo rechazado.

—Para cuando tuve tiempo de echarle un vistazo como es debido, el agente ya hacía rato que se había marchado. Tenía la esperanza de que la triste bestia solo tuviera un garbanzuelo.

El veterinario, que estaba acuclillado junto al cuerpo del animal muerto, se levantó y miró seriamente a Gideon. El hombre creía que su pericia equina le había proporcionado también un agudo entendimiento de la naturaleza humana. Era observador, sin duda; vio que Gideon se lo tomaba a la ligera.

—¿De verdad tiene usted idea de lo que es un «garbanzuelo», sargento Jukes?

—En absoluto. Entiendo que él no lo tenía, ¿verdad?

—Papera bastarda —diagnosticó el solemne experto. Gideon se fijó en que el hombre era estevado y nudoso como un montón de cuerda vieja, posiblemente como resultado de haber sido derribado y coceado muchas veces.

—¿La papera bastarda es más grave que la respetable? —inquirió Gideon con recato.

—Corre por los establos como las ratas por la mierda. Las monturas están cayendo por todas las líneas ahora mismo. Intente pasar desapercibido, se llevará usted la culpa.

—Si puedo conseguir que alguien me ayude a arrastrarlo, intentaré encontrar una zanja río arriba de una plaza fuerte realista para dejarlo allí. —Gideon sabía que los soldados de caballería y los dragones no eran muy sentimentales con sus monturas. En medio de la batalla, nadie podía permitirse el lujo de quedarse llorando junto al cuerpo de un caballo fiel. Sin embargo, a pesar del poco tiempo que llevaban juntos, él se había responsabilizado del animal. Se vio llevado a afirmar lo siguiente—: Se llama *Sir Rowland*.

—¿No es un tanto extravagante?

—Es lo mínimo que podía hacer. Él no tenía nada más.

Sir Rowland no solo provocó una epidemia, sino que, como el caballo le había sido suministrado por el ejército, Gideon tuvo que reemplazarlo por su cuenta. Sumamente indignado, señaló que el ejército había resultado engañado por ese agente infiel que les había endilgado un caballo que solo servía para dar de comer a los cerdos. Dicha situación era tan frecuente que nadie se puso nervioso. Entonces, Gideon alegó que, debido a los retrasos en la paga, no tenía dinero para un caballo nuevo, «ni siquiera para uno de tan mala calidad y cuyas costillas se puedan tocar como un arpa». Hasta el mes de Febrero, se las arregló pidiendo prestadas las monturas de otros soldados. Cuando estaba a punto de iniciarse la próxima campaña, el Nuevo Ejército Modelo se preparó para finalizar el asedio de Oxford, y su coronel pasó revista al regimiento para ver en qué condiciones se encontraba. En primer lugar, escudriñó las opiniones políticas y espirituales de los hombres; Okey era famoso por descartar a cualquiera que no coincidiera con sus propias creencias. A continuación, inspeccionó los caballos. Eso fue una mala noticia para Gideon.

John Okey había llegado a considerar al sargento Gideon Jukes un personaje solapadamente subversivo. Este tal Jukes recibía panfletos desde Londres, y Okey sospechaba que eran sediciosos; una vez leídos, el sargento se los pasaba a otros. Parecía estar peligrosamente intrigado por *England's Birth-right Justified*, de John Lilburne, un hombre del que Gideon había oído hablar en la Eastern Association cuando él trabajaba para sir Samuel Luke. El coronel Lilburne, aunque se llevaba bien con Cromwell, no se había unido al Nuevo Ejército Modelo: había dimitido del servicio porque se había negado a jurar el Covenant. Él creía que el presbiterianismo, con la supresión forzada de todas las demás creencias, era igual de terrible que el

catolicismo o el alto anglicismo impuestos.

John *Nacido libre* Lilburne, un hombre poco impulsivo, sumamente inteligente y feroz polemista, se había convertido en un autor político prolífico. Poseía un historial de encarcelamientos por sedición. En 1637, tras publicar un panfleto crítico con los obispos, lo pusieron en la picota, lo azotaron (doscientos latigazos) y lo encarcelaron, con lo que se convirtió en un héroe popular, pero fue liberado por el Parlamento largo. Más adelante, al principio de la guerra, los realistas lo capturaron; se lo llevaron a Oxford con la intención de ahorcarlo. El Parlamento amenazó con tomar represalias contra sus prisioneros realistas; Lilburne se salvó en el último momento cuando su esposa embarazada, Elizabeth, llevó una carta del presidente de la Cámara de los Comunes al cuartel general del rey. Poco más tarde era puesto en libertad en un intercambio de prisioneros.

En aquellos momentos, su pelea era con el Parlamento. Lilburne se había embarcado en una seria campaña en pro de la reforma. Gideon había considerado sus panfletos sorprendentes y alarmantes. Tras argumentar con sequedad que el poder del Parlamento debería limitarse para proteger los derechos individuales, continuaba denunciando una curiosa mezcla de monopolios: el de predicar, que estaba en posesión de la iglesia establecida; el de la lana y el comercio exterior, controlado por la Merchant Adventurers; y el de la imprenta. Esto fue lo que empujó a Robert Allibone a mandarle dicho panfleto a Gideon pues en su diatriba Lilburne señalaba lo mismo que Robert llevaba denunciando desde hacía mucho tiempo: la perniciosa influencia y el exceso de poder de la Stationer's Company.

Robert escribió que la Cámara de los Lores había sentenciado a Lilburne por publicar críticas del conde de Manchester; insultar a un par era un delito grave. A pesar de negarse a reconocer el derecho de los lores a juzgarle, Lilburne fue sentenciado a siete años de cárcel, se le prohibió ocupar cualquier cargo civil o militar y se le impuso una multa de dos mil libras. El duro castigo inspiró marchas multitudinarias, una petición firmada por más de dos mil ciudadanos londinenses y un ruidoso grupo de presión del Parlamento. También llevó a la creación de la asombrosa organización política a la que sus oponentes llamarían el Partido de los Niveladores (*Levellers Party*).

Empezó como un grupo de londinenses radicales que tenían el cuartel general en la taberna The Whalebone. Lilburne era el cabecilla simbólico junto con otros panfletistas: un maestro sedero llamado William Walwyn y Richard Overton, el aspirante a actor al que Gideon recordaba de *El triunfo de la paz*. Robert Allibone se había sumado a dicho grupo. Sus miembros pagaban una pequeña cuota y se reunían en tabernas, de las cuales la más cercana para él era The Nag's Head, en Coleman Street. Robert hablaba muy bien de Walwyn, un retraído hombre de familia, principalmente autodidacta, cuya prosa lúcida y mesurada alabando la razón, la tolerancia y el amor alarmó a sus oponentes casi tanto como inspiró a sus partidarios.

Robert decía que los impresores estaban bien representados. El grupo eligió a

unos delegados, y su comité ejecutivo se reunía tres veces a la semana en The Whalebone, aunque otros lo hacían regularmente en varios distritos de Londres. Robert envió a Gideon un folleto anónimo que, en su opinión, era una colaboración entre Overton y Walwyn, llamado *Una Reconvención de muchos miles de ciudadanos*. Iba dirigido a la Cámara de los Comunes y recordaba a sus miembros que eran representantes del pueblo. Sus propuestas eran: libertad religiosa absoluta, prensa completamente libre, fin de los monopolios y de las tasas discriminatorias, reforma de leyes injustas y, asombrosamente, la abolición de la monarquía y de la Cámara de los Lores. A Robert Allibone le parecía estimulante; a Gideon también, aunque no delante de su coronel.

* * *

El coronel Okey prefería ver a sus hombres reunidos para rezar. La libertad de conciencia siempre se considera una amenaza para la disciplina militar. Okey consideró con nerviosismo la idea de que, en lugar de ser el Parlamento el que diera órdenes al ejército, fuera este el que pudiera presentar exigencias al Parlamento.

Puesto que los soldados de la guarnición de Newport Pagnell iban a asistir al asedio de Oxford, el coronel Okey sugirió que el peligroso Jukes, que no tenía caballo, debía incorporarse al destacamento de sus antiguos compañeros.

—Cuando le toma antipatía a alguien, ya no la suelta. ¡Estoy bien fastidiado! —se quejó Gideon a su hermano.

—¡Que les den a los de Newport! Ven con nosotros —sugirió Lambert—. Búscate un puesto en los Verde Mar, Gideon. —El regimiento se refería a sí mismo por el color de la bandera de su coronel.

—¿En esa chusma con la que vas? Oí que el gobernador de Abingdon escribió una afligida súplica al Parlamento para que ordenara a vuestros oficiales que regresaran al regimiento porque está fuera de control.

Lambert sonrió ampliamente.

—Seis de cada diez de nuestros queridos oficiales se escabulleron y se marcharon a casa durante el descanso de invierno. Algunos de los muchachos emplearon demasiada energía al pedir provisiones y sí, es cierto, la ciudad se quejó. La lealtad de Abingdon es dudosa. No obstante, a Rainborough lo han autorizado a fusilar a los saqueadores bajo la ley marcial.

—Código militar. Todos los comandantes tienen ese derecho.

—Bueno, ahora nos estamos mostrando todos educados con Abingdon aunque nos rujan las tripas... Voy con buenos muchachos, Gideon. Te caerían bien, y tú a ellos también.

—¿Crees que puedo trasladarme de regimiento?

—¡Ya se ha hecho antes! Tú mismo pasaste de Luke a Okey —se burló Lambert con su habitual falta de respeto por las normas—. ¿Te acuerdas de Sexby? ¿Edward

Sexby, el que estaba en tu boda?

—No me recuerdes mi boda.

—¡Pero si disfruté mucho! —Lambert se rio con satisfacción—. Sexby se fue a servir a las órdenes de Cromwell... y entonces nos preguntábamos con inocencia: ¿Quién es ese? Pues un pariente de Sexby, por suerte para él; estaban y siguen estando muy unidos, y en muy buenas relaciones. Sexby ascendió con astucia en el Nuevo Ejército Modelo y acabó en la caballería de Fairfax. Si él puede andar escabulléndose de un sitio a otro tú, también puedes, muchacho. —Lambert le dio unas palmaditas en el hombro a su alicaído hermano con una fuerte manaza, olvidándose del hombro que se había dislocado—. Estamos adquiriendo nuevas compañías de infantería. Podrías sumarte a ellas, con mi recomendación. ¡Claro que eso significa reducir la paga a la mitad! —En el Nuevo Ejército Modelo, a los dragones les pagaban un chelín y seis peniques al día, pero a los soldados de infantería solo ocho peniques.

—La media paga no es precisamente una razón de peso cuando no llega nunca.

—¡Oh, eso ya lo arreglaremos! Trae tus panfletos sediciosos —le ordenó Lambert alegremente—. Okey es un conservador remilgado y vuestros muchachos son unos zopencos. Es a nosotros a quien se nos conoce por ser el regimiento más dedicado a rezar, y nuestro coronel le da mucha importancia a la libertad.

—¿A rezar, dices?

—Y a matar.

Gideon recordó lo que había oído sobre la enconada lucha por el fuerte de Prior's Hill en Bristol, donde al final los hombres de Rainborough dieron muerte a todos los defensores; le resultaba difícil conciliar a su despreocupado y sociable hermano con una carnicería tan sangrienta como aquella.

—Bueno, pues el hecho de que seis de cada diez de vuestros oficiales se han concedido permiso para ir a casa debería facilitar un traslado discreto a sus espaldas.

—Volverán con nosotros después de estar en camas mullidas y recibir el consuelo de sus esposas, repletos de pudín y cerveza embotellada, y allí entras tú sonriendo de oreja a oreja con tu casaca corta... A propósito, ¿no podrías conseguir una casaca decente que te tape el trasero? Todo saldrá bien. No estás desertando del ejército —Lambert tranquilizó a su alto hermano—. Y trae tu *saphance*.

—Es de los dragones.

—¡Tú tráelo!

* * *

Los atrasos todavía eran un problema. A medida que iba transcurriendo el año 1646, el rey siguió eludiendo un acuerdo, en tanto que el Parlamento consideraba al ejército redundante. En aquellos momentos, se requerían voluntarios para reconquistar Irlanda pero, por lo demás, hubo algunos intentos de disolver varios regimientos, a ser

posible sin pagarles. Suponía una traición miserable a los hombres que habían arriesgado sus vidas y su sustento. También era una estupidez.

Cuando el Parlamento insistió en la disolución, los soldados cayeron en la cuenta de que perderían todos los derechos, y probablemente también la paga que se les debía. Aquellos que habían terminado lejos de casa necesitaban el dinero simplemente para costear el viaje de regreso. A la infantería se les debía dieciocho semanas de paga, y a la caballería cuarenta y seis. El Parlamento, que afrontaba una deuda de más de trescientas mil libras, decretó que sería licencia suficiente pagar solamente seis semanas. Tanto oficiales como soldados endurecieron su resistencia.

Los soldados empezaron a considerar lo lejos que estarían dispuestos a llegar en apoyo de sus quejas. Muchos de ellos empezaron a pensar en el contexto más amplio: ¿eran meros instrumentos del Parlamento u hombres que habían luchado a título propio por una cuestión de creencias personales? De ser así, ¿por qué clase de mundo habían luchado? En el ejército, todo el mundo estaba también pendiente de la solución política del reino. Existía preocupación en cuanto a la indemnidad por las acciones que podrían haber llevado a cabo durante la guerra y que, en retrospectiva, podrían calificarse de criminales. Querían pensiones para los hombres a quienes las heridas recibidas les impedirían volver a trabajar, y para las viudas y huérfanos de los que habían perdido la vida. Algunos soldados empezaban a exigir mucho más de lo que habían sido los derechos de los súbditos en el pasado. Empezó a haber contactos entre los soldados y los radicales londinenses, los Niveladores.

Había que decidir el destino personal del rey, así como la manera en que sería gobernado el Estado. Hasta entonces, la gran mayoría había dado por sentado que la monarquía sobreviviría. No obstante, las mismas cuestiones que habían originado una revuelta seguían sin decidirse: ¿Cuánta autoridad debía tener el rey y hasta qué punto debería permitirse a las Cámaras parlamentarias restringir sus acciones, su elección de los sirvientes del Estado o sus políticas religiosas y monetarias? Una preocupación imprevista era que el Nuevo Ejército Modelo exigía tener voz: esta fuerza amenazadora de hombres unidos por dos años de servicio en el campo de batalla, y que habían sido validados por el Señor al concederles Este la victoria.

La posición del rey en el debate estaba a punto de cambiar. A lo largo de seis meses, Carlos consideró su detención entre los escoceses como un inconveniente temporal; no dejó de ingeniárselas para liberarse, enfrentando a sus enemigos entre sí. Lambert y Gideon Jukes fueron mordaces:

—En toda contienda, el perdedor tiene que capitular. Ese hombre es como un vendedor callejero estúpido que no admitirá que lo han batido.

—¡Y que lo han pateado bien!

Los escoceses siempre consideraron al rey como un rehén negociable. Carlos, con todos los defectos de su personalidad, no se daba cuenta de ello; siguió tan arrogante, artero e informal como siempre. Hacía ofertas a todo el mundo: a los escoceses, al Parlamento como organismo, a los altos cargos presbiterianos que dominaban el

Parlamento, a la ciudad de Londres, al ejército... Lambert le contó a Gideon que estos intentos de dividir a las partes habían empezado antes incluso de que Carlos huyera de Oxford en 1646.

—Durante el bloqueo, envió una propuesta a Rainborough personalmente en la que le pedía un salvoconducto para poder ir a Londres y negociar con el Parlamento. Afirmaba que, a cambio de la garantía de que seguiría siendo rey, Woodstock y otras plazas fuertes se rendirían. —No consiguió impresionar a Rainborough, que lo notificó al Parlamento.

Mientras todo seguía en continuo cambio, Rainborough, quien en aquellos momentos contaba no solo con uno, sino con dos hermanos Jukes en su regimiento, fue destinado al asedio de Worcester. Capturaron la ciudad, y a él lo nombraron gobernador en virtud de la galantería con la que había obtenido la rendición y el elogio de Fairfax, que dijo que era «un hombre fiel, muy valiente y exitoso en muchos de sus empeños». Rainborough se convirtió en una persona de renombre, y lo reclutaron como miembro del Parlamento por Droitwich sustituyendo a Endymion Porter, un cortesano favorito del rey. Rainborough se acercó a Westminster, y allí defendió las quejas de los soldados. Al regimiento llegó el rumor de que, mientras observaba las negociaciones políticas, no estaba convencido de que la guerra hubiera terminado realmente.

Los escoceses también se convencieron de que el rey era demasiado escurridizo. Ellos consideraban que Carlos no tenía ninguna intención de cumplir la promesa de que establecería el presbiterianismo en Inglaterra, aunque los presbiterianos optimistas del Parlamento inglés aún querían creer que lo haría. En Enero de 1647, los Covenanters cortaron por lo sano. Afirmaron que los costes militares por apoyar al Parlamento ascendían a dos millones de libras, pero se ofrecieron a dejarlo en quinientas mil y el rey, que sería entregado al Parlamento, como si fuera un recibo del primer plazo. Unos comisarios llevaron las primeras cien mil libras a Newcastle, y los escoceses les entregaron al rey Carlos.

Entonces lo llevaron al sur, a Holdenby House, en Northamptonshire. La recepción pública lo convenció de que se mantenía toda su autoridad real. La alta burguesía acudió en masa a escoltar la procesión; las multitudes bordeaban el camino; se hicieron sonar las campanas de las iglesias.

Carlos llegó a Holdenby House a mediados de Febrero. Al cabo de una semana, los oficiales del ejército se negaron a prestarse voluntarios para ir a Irlanda sin garantías; hicieron entrega al Parlamento de un documento respetuoso llamado «la Petición Moderada». El Parlamento lo declaró sedicioso. El miembro del Parlamento Denzil Holies, quien en otro tiempo fuera un radical destacado, uno de los Cinco Miembros que el rey Carlos había intentado arrestar, había adquirido un odio desmedido por el Nuevo Ejército Modelo. En sus memorias, comentaría con desdén: «la mayoría de los coroneles eran comerciantes, cerveceros, sastres, orfebres, zapateros y cosas por el estilo... un estercolero notable». Entonces, y en una

asombrosa diatriba, puso a los soldados por los suelos, diciendo que eran mercenarios violentos, enemigos del reino, a quienes solo les preocupaban los atrasos en la paga:

Los hombres más despreciables, los más infames y viles de la nación, lo más bajo del populacho ha recibido el poder en sus manos; ha pisoteado la corona; ha desconcertado y abusado del Parlamento; ha violado las leyes, roto en pedazos todos los lazos y vínculos de la religión, la conciencia, el deber, la lealtad, la fe, la honestidad común y las buenas maneras.

Este rencor que hacía enarcar las cejas llegó a conocerse irónicamente como «La Declaración de antipatía». El Parlamento convocó al Intendente general Ireton, entonces yerno de Cromwell, y a tres coroneles, uno de los cuales era hermano de John Lilburne, para que respondieran a las acusaciones de que las firmas para la petición de los oficiales se habían obtenido por la fuerza. Los ánimos se caldearon tanto que a Ireton y Holies tuvieron que ordenarles que no se batieran en duelo.

Existían divisiones encarnizadas en la política y religión inglesas. La mayoría presbiteriana en el Parlamento estaba decidida a imponer su voluntad. Se habían hecho cargo de las London Trained Bands, reemplazando el liderazgo independiente por rígidos presbiterianos. Estaban empeñados en disolver el Nuevo Ejército Modelo, y se creía que planeaban trasladar su artillería a la Torre de Londres. Y lo que era aún peor, se sospechaba que los presbiterianos se estaban involucrando en negociaciones secretas con el rey.

Como de respuesta, el Nuevo Ejército Modelo se organizó. El modo en que ocurrió fue extraordinario. Hasta entonces ningún ejército había discutido sus aspiraciones y derechos de la forma en que estaba a punto de suceder.

CAPÍTULO XLI

LOS AGITADORES, 1647

Entre las tropas, corría la determinación de lograr una buena solución política. De sus líderes, Fairfax ansiaba la misma situación en condiciones justas, pero Cromwell era una incógnita, quizá ni él mismo supiera con certeza lo que buscaba. Hubo otros que decidieron con rapidez. Los soldados y oficiales radicales se aliaron con civiles radicales. Se forjaron vínculos interesantes en el más absoluto secreto.

Desde la Torre de Londres, John Lilburne creó una serie de panfletos apasionados bajo el título de *El grito de Jonás al salir del vientre de la ballena*. Instaba a Oliver Cromwell a marchar hacia la ciudad en paz, a ocuparse del rey, a cuidarse de los que no eran de fiar en los Comunes y el ejército pero, ante todo, a escuchar las peticiones de los soldados rasos. Lilburne escribió a Cromwell porque lo conocía bien. Afirmaba comprender el estado de ánimo de Cromwell por mediación de «un hombre con conocimiento de causa que no pertenece al ejército, y que ayer vino a verme a propósito». Se creía que este hombre con conocimiento de causa era Edward Sexby.

Nunca se revelaría la frecuencia con la que Sexby trabajó con Cromwell en aquel año turbulento, ni cuán estrechamente lo hizo. Tampoco se podía precisar hasta qué punto se confabuló con Lilburne. ¿Cómo se las había arreglado para desplazarse y hacerle una visita a Lilburne en la Torre de Londres? ¿Fue hasta allí con su montura de la caballería, abiertamente y con el uniforme? ¿Sabía Fairfax que se había ausentado del regimiento? ¿Hasta qué punto Sexby actuó solo al iniciar el movimiento militar que con tanta rapidez se formó para hacer campaña a favor de las preocupaciones de los soldados? Después de la petición de los oficiales, no había duda de que desempeñó un importante papel en la organización de la tropa. En el mes Abril, publicó *La apología del soldado raso del ejército de sir Thomas Fairfax*. Esta lista de exigencias tomó la forma de una carta dirigida a los comandantes Fairfax, Cromwell y Skippon, aunque la intención siempre fue presentarla al Parlamento. Inicialmente, fue confeccionada por dos representantes de cada uno de los ocho regimientos de caballería. La caballería poseía suficiente movilidad para comunicarse entre sí, aun cuando en teoría eso era amotinamiento. Cuando Sexby y dos colegas suyos, Allen y Shepherd, llevaron la *Apología* a Westminster y los emplazaron para interrogarlos, se cuidaron mucho de insistir en que el documento era un trabajo conjunto, no de un individuo concreto, y que lo habían redactado los regimientos actuando de forma independiente.

El Parlamento, nervioso por la firme determinación de los soldados de caballería, prometió tomar las medidas que se buscaban, con el pago de los atrasos. Cromwell, Skippon, Ireton y Fleetwood fueron nombrados comisarios para restaurar la calma.

Las reuniones que tuvieron lugar en Saffron Walden resultaron en el nombramiento de agitadores, o agentes, o representantes, para cada uno de los regimientos, ya no únicamente en la caballería: dos oficiales y dos soldados rasos de cada uno. Se reunirían en un Consejo del ejército para discutir sus preocupaciones. Cromwell presentaría una nueva petición al Parlamento para darles la tranquilidad de que los soldados permanecerían leales, siempre y cuando se les tratara justamente.

No obstante, el Parlamento continuó con su intención de disolver las tropas. Las promesas de pagar los atrasos y enmendar los agravios solo se harían efectivas después de la disolución. Los agitadores de los regimientos hicieron circular cartas advirtiendo a los soldados que resistieran.

Sobre aquel fondo turbulento, Gideon Jukes se encontró una vez más con Edward Sexby.

* * *

Gideon había descubierto que el regimiento del coronel Thomas Rainborough era elocuente, intrépido y mucho más animado y alegre de lo que se había esperado después de que su hermano los describiera despreocupadamente como «buenos chicos». Aquellos mosqueteros y piqueros fuertes y musculosos, muchos de ellos reclutados en los distritos de la zona de Deptford y Wapping, donde había nacido Rainborough, aceptaron a Gideon como a uno de los suyos. Se sintieron obligados a burlarse de su uniforme excéntricamente corto, pero su altura les parecía bien, puesto que el propio Rainborough era un hombre notablemente alto. Los soldados dieron la bienvenida a Gideon a sus cónclaves. Como era el hermano de Lambert, confiaron en él de inmediato. Gideon se encontró con que se había unido a su nuevo regimiento en un momento importante: estaban planeando amotinarse.

Rainborough llevaba ausente varios meses en Westminster. Posteriormente, los críticos afirmarían que se había mantenido alejado de su regimiento de manera deliberada para distanciarse mientras se fomentaba el radicalismo. Gideon se había enterado de más cosas sobre él: Rainborough tenía sus orígenes en la Marina; en una ocasión, su padre rescató a trescientos ingleses prisioneros de unos piratas argelinos, un acontecimiento que fue recordado con la cabeza de un moro en la insignia familiar. La prensa realista lo llamó con desdén «el chico del capitán», fomentando así el admirado mito de que ascendió de grumete a almirante. Con estos antecedentes, Rainborough se ganó entonces la aprobación del Parlamento para realizar una expedición naval a Jersey, donde había estado viviendo el príncipe de Gales. Así pues, en Mayo de 1647, el regimiento se trasladaría a Hampshire, donde embarcaría rumbo a Jersey en cuanto se diera la orden. Nunca fueron hasta allí.

En tan solo unos pocos meses, la organización política en el Nuevo Ejército Modelo estaba en plena ebullición, con el apoyo entusiasta de los soldados. Con objeto de celebrar una reunión en Bury Saint Edmunds, los soldados de infantería

contribuyeron con cuatro peniques por cabeza, lo cual suponía medio día de paga; llevaban brazaletes de cinta roja en el brazo izquierdo para simbolizar solidaridad con la muerte. No solo se involucró el ejército principal, sino que hubo mensajeros que viajaron al encuentro de la Armada y de las fuerzas destacadas en Gales y en el norte.

Se realizaban incesantes viajes entre unidades para planear las cosas, y se recorrían largas distancias. Los códigos protegían las identidades. Se trataba de una situación curiosa porque, si bien se había aprobado oficialmente el empleo de los agitadores, sus actividades estaban sancionadas por el Alto Mando; se destinaron más de mil quinientas libras del fondo para imprevistos del ejército, autorizadas por Fairfax, para los gastos de los agitadores. Calando el regimiento de Rainborough se hallaba acuartelado entre Petersfield y Portsmouth, unos hombres montados en caballos de excelente calidad acudieron para inducir a los Verde Mar a que hicieran lo que querían los agitadores.

Gideon y Lambert oyeron la petición de los agitadores y se maravillaron. Les estaban pidiendo a los soldados de Rainborough que desacataran sus órdenes. Los soldados radicales, que ya no confiaban ni en el Parlamento ni en ninguno de sus propios oficiales presbiterianos, habían identificado dos objetivos inmediatos: el primero, no perder el control del rey, que seguía confinado en Holdenby House, aunque existían firmes sospechas de que los presbiterianos del Parlamento tenían intención de trasladarlo a Escocia; el segundo, no renunciar a la artillería del Nuevo Ejército Modelo, que en aquellos momentos se encontraba en Oxford. Si el Parlamento llevaba la artillería a la Torre de Londres, las Trained Bands, bajo un nuevo mando presbiteriano, podrían volver los cañones contra los hombres de Fairfax. Los agitadores tenían la esperanza de que las tropas de Rainborough ayudarían a evitar el traslado de la artillería.

A Gideon lo eligieron para llevar la respuesta del regimiento. Iría acompañado de un colega; los mensajeros cabalgaban en parejas por si sufrían un accidente. Puesto que había sido dragón, los demás dieron por sentado que era un jinete consumado, y los agitadores le proporcionaron una montura. A diferencia del fallecido *Sir Rowland*, aquel era un caballo magnífico. Su velocidad y resistencia iban a ser necesarias porque tenían que llegar al cuartel general del ejército, que en aquellos momentos se hallaba en Chelmsford, lo cual representaba un incómodo viaje de más de cien millas. El mensaje de los agitadores había llegado de manos de un hombre conocido como Código 102, y que creían que era el teniente Chillenden del regimiento del coronel Whalley. Sin embargo, cuando los dos mensajeros llegaron a Chelmsford llagados por la silla, fueron llevados ante la presencia de Edward Sexby.

* * *

Sexby se estaba divirtiendo como nunca. Gideon, que lo reconoció enseguida, vio que el hombre había encontrado la misión de su vida. Cuando los llevaron a su encuentro,

Sexby estaba inclinado sobre una carta que escribía con atención. Se hallaba totalmente absorto. Aunque se trataba de un texto corto y sus plumazos eran controlados, el vigor con el que sacudió la salvadera y echó la arenilla para que se secara la tinta en el papel lo decía todo. Gideon se dio cuenta de que tenía una clave cifrada al lado, que tapó rápidamente.

Sexby tenía entonces treinta años, y dedicaba todo su tiempo a la conspiración. A Gideon le pareció que Sexby estaban tan sumamente entregado a este trabajo que casi le gustaba más el juego que las ideas. Gideon se zafó de su reacción de cascarrabias ante el ahínco de su colega.

Para sentar sus credenciales, mencionó que Sexby había asistido a su boda. Sexby se tomó un momento para recordarlo. A partir de ese momento, fue todo un encanto.

—¡Por supuesto! —No preguntó por la suerte del matrimonio, por la salud de la esposa de Gideon o ni siquiera si habían sido agraciados con descendencia.

Gideon nunca tenía ganas de hablar de Lacy, pero aun así se molestó un poco. Años después, en retrospectiva, pensó que Sexby era demasiado egocéntrico. Tal vez en aquel entonces tuviera celos del éxito de Sexby; de ser así, se lo reprochó a sí mismo. No obstante, le pareció que Parthenope, que fue la anfitriona de Sexby en el almuerzo de boda, no aprobaría la actitud de Sexby. Era un momento un tanto extraño para que Gideon pensara en su madre, pero estaba seguro de que ella hubiera dicho que un invitado educado al menos se habría acordado de las cantidades de cerveza y las generosas tajadas de carne.

De todos modos, es frecuente que a los revolucionarios se les den mal las relaciones sociales. Son demasiados los que piensan que todos los hombres nacen iguales... pero que ellos poseen un talento especial que forzosamente les abrirá las puertas a un destino dorado.

—Ayudaste a mi hermano a meter al delincuente de mi tío en un abrevadero.

—¡Ah, Lambert Jukes! —Sexby recuperó su relajado encanto—. ¡Un tipo estupendo!

—Un incondicional del regimiento de Rainborough. Uno de los nuestros —dijo Gideon, que dio una entonación particular al «uno de los nuestros»—. Leal hasta la muerte. —Las contraseñas los devolvieron al motivo de aquella visita.

Gideon y su compañero informaron de que su regimiento estaba impaciente por involucrarse. Aunque el coronel Rainborough se encontraba aún en Londres, Sexby parecía tener alguna información privada, y les aseguró que el coronel apoyaría a los soldados. Gideon pensó que, si Rainborough defendía opiniones radicales, era el único oficial que lo hacía, y se dio cuenta de que eso dejaba peligrosamente expuesto a Rainborough.

Les entregaron una carta para el regimiento, una carta que Sexby preparó rápidamente y que les explicó con detalle antes de sellarla.

—Hay quienes intentarán impedirnoslo... Tal vez el coronel Jackson se entrometa; los presbiterianos lo tienen en el bolsillo. Estamos buscando la manera de

alejarse de su regimiento...

—Si nos capturan —dijo Gideon, que casi volvía a ser el novio alegre que fue—, ¿nos comemos estas instrucciones?

Edward Sexby avinagró el gesto. Contaba con energía y pasión, pero con poco sentido del humor.

—Que no os capturen. Que queden muy claras las condiciones: los agitadores *invitan* a vuestros chicos a unirse a otros regimientos.

Su compañero de Portsmouth le dio un suave codazo en las costillas a Gideon.

—Lo entendemos, señor. —¿«Señor»? Aunque su actitud fuera la de un oficial, en realidad Sexby todavía era un soldado raso.

—Lo entendemos —reafirmó Gideon, casi como si se excusara, aunque no veía motivo para adular a Sexby.

Sexby se reclinó en su asiento.

—Eres impresor.

—Lo fui, antes de entrar en el ejército.

—¿Escribes?

—No para el público.

—Estamos buscando escritores capaces... Necesitamos una imprenta —gruñó Sexby con fastidio—. Si el ejército no consigue una prensa, estaremos en desventaja.

Sexby tamborileó con los dedos, frustrado, y entonces Gideon lo entendió.

—Deberíamos poder imprimir documentos con rapidez y seguridad. Hace falta un impresor de confianza con su propia prensa. Dicha prensa debe viajar siempre con el ejército, de modo que podamos reaccionar rápidamente a lo que sea que ocurra. En Londres hay muchos impresores leales, pero la distancia es un obstáculo. Además, es peligroso. El Parlamento puede cerrar una imprenta y encarcelar al impresor, y lo hará, no os quepa duda... El grupo de Walwyn tiene los medios —masculló Sexby—, pero se hallan constantemente bajo sospecha. Lilburne y Overton están confinados en la Torre... —Parecía saber muchas cosas sobre los niveladores.

—Walwyn ha hecho pública una gran petición pidiendo que los liberen.

Sexby se sobresaltó, sorprendido de que Gideon lo supiera. Gideon dejó que le diera vueltas.

Consideró sugerir a Robert Allibone como impresor del ejército. Robert se comportaba discretamente, pero no era del todo invisible para las autoridades; además, Robert era una persona casera. Gideon tuvo una idea genial.

—Sé de una prensa que ahora está en silencio y a punto para el que la reclame. Y no sería necesario que la trajéramos desde Londres.

Sexby prestó toda su atención:

—¿Dónde?

—En Oxford.

—¿Podemos conseguirla?

—La encontraré. —Con una sonrisa, Gideon señaló con un gesto la carta que su

colega y él iban a llevar de vuelta a Portsmouth. Sexby lo observó, un tipo larguirucho y tan despreocupado en apariencia que parecía estúpido. No obstante, Sexby se dio cuenta de que aquel sargento rubio era engañosamente astuto—. Aceptando vuestra invitación, nuestro regimiento marchará hacia Oxford, Sexby. Conozco un poco aquella ciudad. Estuvo bastante vigilada cuando trabajaba con sir Samuel Luke. —Gideon estaba exagerando alegremente.

—¿De qué prensa se trata? —El corazón le decía a Sexby que Gideon Jukes era de fiar, pero él recordaba al joven como a un novio nervioso, destinado a que aquella nueva esposa de ojos fríos lo engatusara... Nunca confíes en un hombre que piensa por sí mismo, le advertía la cabeza a Sexby..., precisamente a él, que siempre pensaba por sí mismo.

—Es la prensa que los realistas utilizaron para su insidiosa propaganda, el *Mercurius Aulicus* —respondió Gideon—. Es propiedad de John Harris. —Se mantuvo firme, al mando de su idea—. Me ofrezco voluntario para encontrar a Harris y su prensa. Luego me gustaría utilizarla como impresor.

—Tendremos que pagarle por ella. —A Sexby se le agolpaban las ideas en la cabeza. Aun así, ignoró hábilmente la petición de Gideon de ser el impresor—. Prométele a Harris que se la reembolsaremos. Los oficiales aprobarán el gasto. —Como verdadero revolucionario, rápidamente habló de la financiación en nombre de sus superiores—. ¿Puedes hacerlo, sargento Jukes?

—¡Confía en mí! —sus miradas se encontraron. Años después, Gideon recordaría que, en aquel preciso momento, sumido en la conspiración, sintió que los intereses de ambos chocaban débilmente.

* * *

El 28 de Mayo, el regimiento de Rainborough se puso en marcha incumpliendo las órdenes. Formaron y se dirigieron al norte, alejándose de Portsmouth. Como predijo Sexby, el coronel Jackson intentó interceptarlos en Braintree, pero se negaron a detenerse. El Agitador 102 escribió a un colega diciendo: «El coronel Rainborough va a ir con su regimiento, y va a ir por Oxford... Que dos jinetes vayan ahora mismo al encuentro del coronel Rainborough en Oxford, y tened mucho cuidado de que no os burlen. Ahora poneos manos a la obra con este proyecto y lo haréis bien...». El «proyecto» incluía otra misión, más secreta y desesperada si cabe: «No hay que perder tiempo, pero hay que formar un buen grupo de mil soldados de caballería que disponga de algunos agentes para aportar información; las órdenes son: formar al atardecer y marchar por la noche... Que Dios os bendiga».

No lo firmó.

* * *

En cuanto se denunció el motín a Londres, el Parlamento envió a Rainborough a que restableciera el orden entre sus hombres. Se encontró con la mayoría de ellos en Culham, cerca de Abingdon. A Gideon y Lambert les pareció que su coronel era comprensivo. Estaban seguros de que Rainborough lo sabía todo sobre su marcha de amotinamiento: sabían que los apoyaba. Por supuesto, no impuso ningún castigo.

Escribió al Parlamento y aludió al carácter difícil de sus tropas, dando a entender que la estrechez de sus alojamientos y los problemas con el aprovisionamiento local habían sido la causa. En tanto que esperaba evitar más problemas, no podía ofrecer garantías de buen comportamiento. Era muy extraño que un comandante dijera una cosa así. Rainborough tampoco mencionó que se habían requisado tres mil quinientas libras que iban destinadas a saldar la deuda con el regimiento del coronel Ingoldsby y a disolverlo. Su regimiento y el de Ingoldsby ya habían capturado la artillería y la estaban vigilando en Oxford.

Aquella confusa carta fue leída en alto en el Parlamento el mismo día que los jinetes secretos alcanzaron su objetivo.

* * *

Aunque Rainborough se quedó en Culham, algunos de sus hombres fueron destacados en Oxford para vigilar el tren de artillería. Con ellos había ido Gideon Jukes en busca de John Harris. Harris provenía de una familia de vinateros, de manera que empezó por las tabernas.

Lo encontró sin problemas, y le animó a comprender que, para un exactor y comerciante de vino fracasado, una nueva carrera sirviendo a la revolución sería mejor que no tener ninguna.

—Somos meros instrumentos del mundo —declaró Gideon con vehemencia. Durante la búsqueda de taberna en taberna había bebido más cerveza de la que estaba acostumbrado.

—¿Cuánto pagarán? —preguntó Harris, quien estaba completamente sobrio.

—Podemos requisar la prensa si no cooperas —Gideon inventó esta amenaza enardecido por la certeza que había visto en Sexby.

Funcionó. Harris pareció pensar que, si se ofrecía voluntario, al menos podría recuperar su equipo una vez terminara la revolución. Sabía que la revolución no iba a durar; al fin y al cabo, él había sido y era un realista.

* * *

Gideon se topó con los soldados de caballería cuando estaba supervisando el traslado de la imprenta del *Mercurius Aulicus* a un carro fuerte de los de transportar cerveza.

Eran solo quinientos, aunque Sexby y Chillenden habían querido mil. Al mando

de esta misión secreta estaba un oficial de la guardia personal de Fairfax llamado Cornet George Joyce. Se sabía que habían venido a Oxford tras una reunión en casa de Oliver Cromwell, en Durry Lane, en Londres. Joyce afirmó consecuentemente que tenía la aprobación de Cromwell, aunque este mantendría su reserva.

Joyce, un hombre de Durham que, según decían, era sastre, ostentaba el rango de oficial más bajo en un regimiento de caballería, cosa que Gideon consideró con cinismo. Cornet Joyce era un desconocido. Un chivo expiatorio fácil si aquella expedición se torcía. Era prescindible.

En cuanto se hubieron asegurado de que los cañones y la munición estaban bien protegidos por los hombres de Rainborough, los jinetes salieron de Oxford a medio galope para emprender la segunda fase de su misión. Puesto que Gideon todavía se hallaba en posesión del buen caballo con el que fue a Chelmsford, había convencido a Cornet Joyce para que lo llevara consigo. Afirmó que conocía los mejores caminos de Northamptonshire, y todas las rutas secundarias más tranquilas, lo cual había aprendido durante el tiempo que pasó con sir Samuel Luke.

Cabalgaron durante dos noches. La noche del 3 de Junio, aquel grupo secreto llegó frente a una enorme casa solariega. Había sido construida por el lord canciller de la reina Isabel, sir Christopher Hatton, con el objeto de entretener a la reina con la extravagancia que esta considerara oportuna. Decían que era la mansión más grande de Inglaterra, construida en torno a dos patios extensos y con centenares de ventanas, va que el ostentoso cristal era el símbolo de estatus de la época.

Durante los últimos cuatro meses, el rey Carlos había permanecido allí como prisionero. Su padre había recibido Holdenby House como legado, y esta seguía siendo propiedad de la Corona. Era un entorno civilizado, y apenas tenía restricciones.

Aunque era un hombre bajo que había sufrido raquitismo en su niñez, el rey había recorrido los hermosos jardines a un paso tan brioso que su guardián, el anciano lord Pembroke, tuvo problemas para seguirle el ritmo. Desde aquella fabulosa casa, Carlos siguió negociando con cualquier bando que le abordara y había hecho sus últimas y frágiles promesas a los presbiterianos del Parlamento, que tan empeñados estaban en dividir y desmantelar al Nuevo Ejército Modelo.

Con el rey también había comisarios del Parlamento. Cuando Joyce y su grupo llegaron a la zona, la hostilidad de esos comisarios era una de sus preocupaciones. Otra de ellas eran los soldados que custodiaban al rey, el regimiento del coronel Richard Greaves. Greaves era de King's Norton, en Warwickshire, y había estado al mando de un escuadrón que defendió Birmingham del ataque del príncipe Rupert. Los agitadores dudaban de su lealtad porque era un conocido presbiteriano. Se tranquilizaron al enterarse de que parte de su regimiento, con el comandante Adrian Scrope al mando, se había marchado a un lugar llamado Papworth. Joyce conocía personalmente a Scrope, y pensaba que podría ser un simpatizante, aunque no se podía confiar en ello.

La noche de su llegada establecieron un discreto contacto con los guardias del interior de la casa. Gideon conocía a algunos de ellos, pues eran hombres que habían estado en el regimiento de sir Samuel Luke. Ellos les informaron de que el coronel Greaves había escapado aquella misma noche. Eran malas noticias. Sin duda traería una partida de rescate si podía.

A las seis en punto, Joyce y su grupo se acercaron abiertamente a la casa, se detuvieron frente a la gran entrada principal y pidieron que hicieran salir al rey. La mayor parte de la guarnición se había pasado a su bando. Los comisarios del Parlamento que se encontraban allí para negociar un acuerdo podrían causar problemas, aunque con un poco de suerte dichos caballeros todavía estarían en la cama.

Los quinientos jinetes permanecieron en sus monturas. Gideon se dio cuenta de que aferraba las riendas cubierto de un sudor frío, con las manos frías y húmedas dentro de los guanteletes. Faltaban tres semanas para que fuera pleno verano y ya era de día, aunque la luz del sol era débil y todavía no había evaporado el rocío. Los coros del alba habían inundado la fría atmósfera durante varias horas, un tanto desiguales en aquel punto del verano, cuando una gran cantidad de aves había establecido su territorio y cuidaban de la primera tanda de crías. Todos los grandes árboles de los jardines de Holdenby estaban llenos de hojas, y unas bocanadas invisibles de polen irritaban las gargantas de los jinetes mientras estos esperaban. Unas cuantas ardillas rojas de orejas largas se hallaban apostadas en las ramas, observándolos con curiosidad.

El rey los hizo esperar. Al final, salió a su encuentro. Como todavía poseía sirvientes, el hombre que había convertido la monarquía icónica en un arte iba espléndidamente vestido, con el encaje bien arreglado y la barba y el bigote bien recortados. Incluso estando cautivo, sus trajes de brocado se guardaban con bolas de lavanda y clavo, trataba sus cabellos regularmente con esencias nutritivas y se lavaba con agua templada y jabón exquisitamente perfumado.

Cornet Joyce y sus hombres habían llevado a cabo unas exiguas abluciones en un bosquecillo. Habían cabalgado durante dos días sin cambiarse la camisa. La mayoría de ellos llevaba barba de tres días.

—Cuando por fin encontremos alojamiento —reflexionó Gideon con pesar—, cuando quinientos hombres cansados y sucios se quiten un millar de botas de montar, va a retroceder todo el vecindario.

Al acercarse, Carlos debió de percibir las volutas de aliento de los caballos briosos y el vaho de sus flancos, oíría el incesante tintineo de los arreos y las armas. Los soldados tenían una expresión preocupada, aunque decidida. La repentina aparición de estos jinetes muy bien armados anunciaba un cambio, pero para el rey nada iba a alterarse nunca:

Únicamente yo debo responder ante Dios por nuestro ejercicio de la

autoridad que él me ha conferido. A mí me corresponde decidir cómo ha de gobernarse nuestra nación, cómo debo regir a mis súbditos y, por encima de todo, cómo tendría que establecerse la Iglesia bajo el gobierno de la Ley. Esto son derechos divinos de los reyes, dispuestos por el Todopoderoso. El súbdito no es quién para cuestionar la prerrogativa real...

Quinientos súbditos se encontraban allí porque ellos sí la cuestionaban.

* * *

Con el corazón palpitante, Gideon Jukes vio acercarse a su soberano. Era la tercera vez que se encontraba en presencia del rey. Recordó *El triunfo de la paz*, y también cuando había saltado al escalón del carruaje real que salía de Guildhall. En aquellos momentos, aquella misma figura fría y pedante estaba allí, mirando a la guardia de manera sardónica. En todo caso, estaba más sereno que ellos. Los jinetes estaban apretujados de manera demasiado irregular para resultar elegante. Ninguno de ellos había tratado nunca personalmente con una persona de tan alto rango.

Con calma, Carlos pidió ver su autorización.

Fuera lo que fuera lo que ellos se habían esperado, lo que estaba claro es que no había sido una petición de documentos. No llevaban ninguna autorización, por supuesto. Todo el mundo se puso nervioso hasta que Joyce encontró la presencia de ánimo necesaria para señalar a los adustos jinetes y decir:

—Aquí está mi autorización.

—¿Dónde?

—Detrás de mí.

El rey adoptó una pose:

—Es una autorización razonable, ¡y no he visto ninguna tan bien escrita en toda mi vida! —asintió.

Fue puesto bajo custodia, lo montaron en un caballo y se lo llevaron rápidamente de Holdenby. El plan consistía en conducir a toda prisa a su prisionero real bajo custodia del ejército, que se hallaba reunido en Newmarket. Esto implicaba viajar hacia el este a través de un territorio incierto, con el riesgo de que el rey pudiera ser rescatado. Ahora le tocaba a Cornet Joyce escribir cartas frenéticas a amigos anónimos:

Hemos conseguido hacernos con el rey. Greaves ha escapado; salió alrededor de la una de la madrugada y se salió con la suya. Se sospecha que se ha dirigido a Londres; podéis imaginar lo que hará allí. Debéis respondernos con rapidez y decirnos qué debemos hacer. Estamos decididos a no obedecer ninguna orden que no provenga del general. Humildemente, os suplico que

consideréis lo que hay que hacer y actuéis en consecuencia con tanta premura como podáis; no descansaremos ni de noche ni de día hasta que no tengamos noticias vuestras...

CAPÍTULO XLII

DESDE HOLDENBY A PUTNEY, 1647

—¡Pero si solo te quité la vista de encima cinco minutos, bribón! —exclamó Lambert Jukes—. Sales a hacer un simple recado, un paseo para ver a un vinatero, según tú, ¡y de pronto unos soldados vienen corriendo a decirme que el granuja de mi hermano, el niño de mamá, ha arrestado al rey nada menos! —Rebosante de admiración, Lambert estaba encantado con aquella emocionante conexión—. ¿Es cierto? ¿Estuviste en Holdenby? ¿Cómo lo conseguiste?

—Les mostré dónde estaba la casa —declaró Gideon. Sonrió perezosamente. Sabía cómo meterse a su hermano en el bolsillo.

Lambert contempló el cielo. Estaban sentados uno junto al otro en un banco a la puerta de un granero: Gideon ya estaba de nuevo arropado en su regimiento. Lambert se permitió ser sarcástico, como si estuvieran debatiendo mientras cenaban en casa de sus padres.

—Providencial. Sinceramente, señor, no hubiera sido de mucha utilidad que Cornet Joyce abordara a las lecheras para que le indicaran el camino. En cualquier caso, cabalgabais de noche... solo las lecheras impúdicas, con delantales manchados y no muy de fiar, andarían deambulando fuera de casa bajo las estrellas. Naturalmente, Cornet Joyce necesitaba a Gideon Jukes, célebre cartógrafo y explorador.

Permanecieron sentados juntos, en un prolongado silencio.

—Bueno —Lambert se dirigió a su hermano en voz baja—. Ahora ya has visto de cerca a este monarca que nos ha tenido cinco años en el campo. ¿Te alabó diciendo que eras el mejor chorlito carambolo que había visto nunca dando saltitos frente a él?

—Oh, me mantuve en un segundo plano, no fuera que admitir que ya nos conocíamos del pasado desconcertara a los demás.

—¡Qué modestia más encomiable!

—Además, cabía la posibilidad de que hubiera pasado por alto mi gran actuación. Solo es un hombre, hermano.

Volvieron a guardar silencio, preguntándose qué le ocurriría entonces a ese hombre.

* * *

Otros se estaban preguntando lo mismo.

Cornet Joyce y sus quinientos jinetes se habían dirigido vía Huntingdon y Cambridge hasta Newmarket, el lugar que Fairfax había designado como punto de

encuentro del ejército. Joyce seguía escribiendo cartas urgentes:

Lee este adjunto, séllalo y entrégalo hagas lo que hagas, para que así no perezcamos por tu falta de ayuda. Haz saber una vez más a los agitadores que no hemos hecho nada en nuestro propio nombre, sino que todo lo que hemos hecho ha sido en nombre del ejército entero...

Oliver Cromwell llegó a Newmarket tras huir de Westminster por miedo a que los presbiterianos lo acusaran de participar en la organización del secuestro.

El general lord Fairfax, que ni había aprobado el rapto ni era consciente de que estaba ocurriendo, había enviado al regimiento de Whalley a reforzar la guardia de Holdenby House. Whalley interceptó a los quinientos jinetes e intentó conducir de nuevo al rehén a Holdenby. El rey, que siempre tenía que llevar la contraria, se negó a regresar. Pidió que lo llevaran ante la presencia de Fairfax. Este respondió como un caballero y envió su propio carruaje. Los coches de los nobles iban tirados por magníficos caballos, pero la mayoría eran vehículos antiguos y toscos que todavía no tenían muelles. Dichos armatostes tenían una ventaja: la cuarentena. Mantenían al público a distancia. Su Majestad podía evitar comunicarse con Joyce y sus forajidos. Para ellos, también fue un alivio.

Fairfax, Cromwell y otros oficiales superiores cabalgaron a su encuentro hasta las proximidades de Cambridge. Por razones insondables, Carlos pidió continuar el viaje hasta Newmarket. Fairfax lo permitió, manteniéndolo bajo control. Cuando, a lo largo del mes siguiente, el ejército se trasladó de un lugar a otro aproximándose a Londres, llevaron consigo al rey. Por norma general, pudieron alojarlo en casas elegantes de su propiedad. Para muchos fue una verdadera sorpresa ver la cantidad de propiedades reales que había.

Mientras tanto, la confrontación del ejército con el Parlamento se volvió aún más tensa. Hubo manifestaciones violentas en Westminster de algunos de los soldados sin empleo, los reformados, que habían perdido sus regimientos cuando se creó el ejército. Los aprendices de Londres también habían salido a las calles. Cinco años habían provisto de una nueva generación de dichos jóvenes excitables, cuyas demandas en aquellos momentos eran que el rey fuera restaurado y el Nuevo Ejército Modelo se disolviera. El Parlamento había aumentado la dotación de las London Trained Bands para oponerse al Nuevo Ejército. El ejército marchó hacia Saint Albans y dirigió una nueva declaración al Parlamento reclamando el derecho a hablar para el pueblo de Inglaterra, y exigiendo que se tomaran medidas contra los miembros del Parlamento que abusaran de su poder. El Concejo Municipal de la ciudad de Londres también pidió con insistencia que se pagaran los atrasos a los soldados.

El ejército pidió la suspensión de once miembros concretos de la Cámara de los Comunes, a cuya cabeza estaba el mordaz Denzil Holies; se acusó a las tropas de

intentar derrocar la libertad y la justicia. Volvieron a trasladar el cuartel general, en esta ocasión a Uxbridge, cuya situación era ideal para interceptar los suministros a Londres. Los Comunes se negaron a suspender a los once miembros, pero estos creyeron prudente retirarse.

Se prepararon unas propuestas de paz cuyo borrador redactó principalmente Henry Ireton en nombre del Nuevo Ejército Modelo. El manifiesto, llamado *Los titulares de las propuestas*, contenía unas propuestas religiosas que aspiraban a satisfacer a todo el mundo: los obispos conservarían sus cargos, aunque con su poder controlado; se anularían las normas de la Alta Iglesia Anglicana; se revocaría el Covenant y se convocarían Parlamentos bienales. Un Consejo de Estado se encargaría de la política exterior. El Parlamento controlaría el nombramiento de los funcionarios del Estado y de los mandos militares durante diez años. Ningún realista ostentaría un cargo durante al menos cinco años, aunque se pondría fin al embargo de sus propiedades. Una amnistía aseguraría que no hubiera recriminaciones por parte de nadie en la Guerra Civil.

Se trataba de un generoso y considerado patrón para la paz. Era más indulgente que las propuestas que se habían planteado al rey cuando estaba prisionero de los escoceses en Newcastle, y podía haber dado pie a una Constitución duradera. Aun así, era demasiado moderado para los niveladores, quienes respondieron con sus propias propuestas redactadas por John Wildman bajo el nombre de *El acuerdo del pueblo*.

Un numeroso comité de oficiales presentó al rey el manifiesto *Los titulares de las propuestas*. Carlos lo rechazó. Fue arrogante y despectivo. Los radicales se endurecieron contra el monarca. El coronel Thomas Rainborough quedó tan consternado por la actitud del rey que se escabulló y cabalgó toda la noche para informar al ejército principal de lo que estaba sucediendo.

Incluso Fairfax se enardeció cuando los presbiterianos expulsaron de Westminster a un grupo de miembros independientes de las Cámaras de los Comunes y de los Lores, que huyeron a ponerse bajo la protección del ejército. Fairfax llevó al Nuevo Ejército Modelo a Colnbrook, situado a unas cuantas millas de Londres. Entonces se enviaron regimientos al sur a ocupar la histórica población de Tillbury, donde la Armada tenía su base, y Deptford.

El rey rechazó formalmente *Los titulares de las propuestas*. Los líderes militares lo publicaron.

En Londres, hubo enfrentamientos entre los manifestantes proindependientes y la milicia presbiteriana. Los dirigentes de la ciudad salieron a caballo y dieron la bienvenida a Fairfax en Hounslow Heath. El ejército declaró su intención de marchar sobre Londres para restaurar la calma. La noche del 3 de Agosto, cuatro regimientos a las órdenes del coronel Rainborough ocuparon Southwark.

En aquellos momentos, muchos de los soldados se encontraban en sus distritos de origen. A otros, como Lambert y Gideon Jukes, solo el río Támesis los separaba de

sus hogares. Hacía dos años que no veían a su familia. La última vez que marcharon hacia la ciudad fue cuando las Trained Bands regresaron triunfantes tras liberar Gloucester. Cuatro años después, venían como invasores.

Eran pocos los soldados que dormían bajo techo. Al menos ahora contaban con un alojamiento decente. En el último lugar en el que se detuvieron antes de cruzar el río, el municipio de Southwark, abundaban las grandes posadas. Con la Reforma, algunos viejos monasterios y hospederías de los prioratos se habían convertido en múltiples casas de vecinos, unas viviendas lúgubres frecuentadas por criminales y prostitutas, o derribadas y reemplazadas por cabañas hediondas. Todavía quedaban muchas ventas amplias y confortables, con frecuencia con famosa solera medieval, junto con tabernas de dos o tres pisos de altura, con galerías, de estilo isabelino y jacobino.

Southwark poseía una cualidad dual. Los que leían pensaban en Chaucer y Shakespeare. Otros sabían que el capitán del barco de los primeros colonizadores, el *Mayflower*, era de Southwark, al igual que John Harvard, el benefactor de la primera universidad del Nuevo Mundo. Históricamente, aquel lugar era un paraíso incontrolado de los oficios ilegítimos, pero el distrito albergaba ocupaciones de todo tipo, no solo prostitución, juego y robo; entre los famosos burdeles, había muchos artesanos laboriosos, con frecuencia extranjeros (alemanes, holandeses o flamencos) que no podían elaborar o vender sus artículos en la ciudad porque los gremios se lo tenían prohibido. Existía una arraigada y próspera industria peletera con curtidurías que llenaban la atmósfera de la ribera de emanaciones hediondas, y que contaba con su propio mercado. Había molinos de grano, vinagreros y cervecerías. El río estaba bordeado de muelles. Aunque los teatros estaban cerrados, todavía existían los fosos de pelea; por la noche, no solo hendían el aire los aullidos de las legendarias prostitutas de Southwark, sino que los soldados además oían los intensos y agitados ladridos de los mastines en sus casetas, e incluso algún rugido ocasional por parte de los osos, inquietos tras sus palizadas.

A los soldados los habían disuadido de salir fuera, pero no estaba prohibido. Los capitanes concienzudos advirtieron a sus hombres que evitaran ciertas zonas, en particular Paris Gardens, donde se concentraban las prostitutas más conocidas. Les habían explicado que los «bagnios» no eran casas de baños respetables ni mucho menos, sino una tapadera para los burdeles. La desnudez y las prácticas exóticas iban de la mano. Se ordenó a los soldados que no aceptaran las invitaciones de las «mujeres solas» que los llamaran por señas, puesto que con toda seguridad no serían dulces predicadoras que pretendieran su asistencia a un rezo. Los sermonearon sobre los peligros de oscuros y abandonados lugares de encuentro, de las casitas abarrotadas donde los pobres impacientes bullían como alimañas y de los jardines y laberintos sombríos donde en otro tiempo se reunieran en secreto los embajadores extranjeros para operar y comerciar con secretos de Estado.

Cuando les desaconsejaron que lo hicieran, Lambert y Gideon Jukes, como

londinenses que eran, fueron a echar un vistazo por ahí.

Era una noche muy tranquila en Southwark. La presencia de varios miles de soldados del Señor con casaca roja, cuyo reproche se daba por sentado, había arruinado el negocio.

Los Jukes se alojaban en Lewes Inn, situada frente a la iglesia de Saint Olave y cercana al Hospital Saint Thomas. Pasaron por Barms Street y Tooley Street, pasaron por delante de Saint Augustine's Inn y Bridge House, una espaciosa serie de almacenes para madera, troncos y otros materiales necesarios para el mantenimiento del puente de Londres. Había dos hornos enormes que podían hornear pan para los pobres y una fábrica de cerveza que proveía a buena parte de la ciudad. Continuaron hacia el este, cruzaron Battle Bridge, sobre lo que se denominaba un arroyo pero que, en realidad, era un sumidero abierto y siguieron adelante junto a otro apestoso canal al otro lado del cual se hallaba la gran Casa de la Cerveza que antes fue propiedad de sir John Falstaffe. Torcieron en dirección al agua, y llegaron a un muelle situado justo frente a la Torre.

Contemplaron la Piscina de Londres. Una multitud de embarcaciones amarradas en los embarcaderos mostraban la débil luz de sus faroles. A su izquierda, el puente hacía despliegue de su habitual resplandor de velas en una larga línea iluminada; al otro lado de las aguas del Támesis, las luces de la ciudad se veían más dispersas y atenuadas, pero eran como remotas sartas de estrellas. Directamente frente a ellos se encontraba la Puerta de los Traidores, con su sombría compuerta arqueada. Reinas, princesas, favoritos reales y, más recientemente, Strafford y Laud habían entrado por aquella puerta fatídica, donde el agua oscura lamía sus escalones verdes y resbaladizos. La Torre todavía albergaba a realistas impenitentes, encerrados en amigable contigüidad con más activistas radicales. Sir Lewis Dyve estaba allí dentro (el comandante monárquico que había entregado Newport Pagnell antes de que sir Samuel Luke lo tomara). Actualmente, Dyve espiaba a cualquiera que visitara a John Lilburne para urdir la revolución. Los hermanos pudieron distinguir las formas oscuras de las torres, bastiones y puertas de entrada de la antigua fortaleza, donde se veían unos puntitos de luz a través de unas altas ventanas saeteras. Incluso en pleno verano, el aire que recorría el valle del río estaba cargado de humo de carbón. De vez en cuando, desde el otro lado del agua, llegaba a sus oídos el escandaloso divagar de un borracho o la risa bronca de un pescadero, noctámbulos que no tenían ni idea de que los soldados de Rainborough podían oírlos desde la otra orilla.

Alguien más había estado contemplando la otra orilla. Un hombre fornido se situó entre los dos de un empujón y dejó caer unos pesados puños enguantados, uno en cada hombro. Los hermanos Jukes se pusieron tensos y clavaron la vista al frente. Incluso en un regimiento radical, los soldados se apocaban cuando el coronel se fijaba directamente en ellos.

—¡Anda! ¡Mis muchachos!

—¡Señor!

—Ahí está.

Gideon se aclaró la garganta.

—¿Tendremos que abrirnos paso a la fuerza mañana?

Thomas Rainborough se volvió a medias hacia el alto Gideon, uno de los pocos de sus hombres que le igualaba en altura.

—Creo que no. ¡Espero que no! Se han arreglado las cosas. Nos comportaremos lo mejor que podamos, y me han asegurado que unos amigos leales abrirán las puertas. —A los hermanos Jukes se les iluminó el rostro de entusiasmo—. Decidme, ¿qué pensáis de nuestra situación? —les preguntó Rainborough, que tenía muchas ganas de saber cuáles eran los sentimientos de sus soldados.

—Pensamos que resulta violento que nos pongamos en contra de aquellos que, de entrada, nos dieron la existencia —respondió Lambert, que dio un tono pesimista a su aseveración—. Pero vemos que actualmente el Parlamento está lleno de hombres que aceptarán la paz sean cuales sean los términos, o de hombres que esperan que las negociaciones con el rey les reporten algún provecho personal. En tanto que nosotros luchamos por motivos sensatos a los que ahora hay que dar respuesta.

—El rey nunca aceptará nuestras peticiones —refunfuñó Gideon—. Y si el Parlamento tampoco lo hace, entonces tendrán que hacer lo que quiera el rey.

—¡Y me pregunto qué será! —dijo Rainborough entre dientes—. Decime, muchachos, ¿alguno de vosotros tiene voto para el Parlamento?

—Yo lo tendré, señor, ahora que mi padre ha fallecido —Lambert se encontraba un poco incómodo al respecto, dado que aún no había utilizado su voto.

—Yo no tengo propiedades —dijo Gideon con pesar—. Mi socio y yo llevábamos una imprenta, pero alquilamos el local, de modo que ninguno de nosotros puede elegir a un representante.

—¡No obstante, nadie puede negar que tenéis interés por el país! —exclamó Rainborough. Era una actitud extraña en un oficial. Gideon se preguntó qué panfletos habría estado leyendo su coronel.

Aunque había atardecido, la luz que había en el cielo les bastaba para poder distinguir el rostro de Rainborough. Poseía unos rasgos marcados, una expresión agradable y el pelo largo, muy fino en lo alto. El hombre se volvió a mirar a Gideon y escudriñó los rasgos de su soldado. Tal vez alguien le hubiera comentado algo del tipo del cabello rubio y lacio y la casaca corta.

—¿Eres tú el que estuvo en Holmby House de entre mis hombres?

—Sargento Gideon Jukes, señor.

—Mi hermano. —Rainborough pareció sorprendido por la orgullosa declaración de Lambert, tal vez porque la diferencia de edad entre los dos le había hecho suponer que eran padre e hijo—. El hombre que encontró la prensa en Oxford —añadió Lambert con lealtad.

—¿Ese no fue Sexby?

—Sexby quería una prensa —admitió Gideon sin perder la educación. Entonces

se rio en voz baja—. Sin embargo, fui yo quien sabía dónde encontrarla en realidad.

—¡Estuviste muy ocupado! —comentó Rainborough. Todos dejaron el tema, lo cual evitaba la incomodidad de si las acciones de rebeldía de sus soldados habían contado con la aprobación del coronel.

Les preguntó dónde se alojaban. Empezó a caminar con ellos de vuelta hacia allí, como un padre tolerante que guiara a sus hijos remolones de vuelta a casa al ponerse el sol. Se rieron de los peligros de la zona, aunque Rainborough les contó algo que lo obsesionaba: niños y criados que eran arrancados de las calles, secuestrados o «desaparecidos» como por arte de magia. A estos pobres los reunían en barcos y los transportaban al Nuevo Mundo.

—¿Y acaso no se dirigen a una vida mejor? —preguntó Lambert con desconcierto.

—Estos abandonados se encuentran con que los mandan a trabajar como esclavos en las plantaciones —gruñó Rainborough. Sabía algunas cosas de América; su hermana se había casado con el hijo del gobernador de Massachusetts, y su hermano William había vivido allí hasta que regresó a Inglaterra para combatir en la Guerra Civil. Su tono se animó un poco—. ¡Sin embargo, no temo que nadie eche el guante a los intrépidos hermanos Jukes!

Thomas Rainborough también tenía un hermano, que era un compañero radical. William era más joven que él; había compartido los primeros años de la vida de aventura marítima de Thomas, cuando ambos pusieron dinero en Irlanda y luego fueron allí en una expedición para ayudar a sofocar la rebelión. Llegaría el día en que William se involucraría en actividades peligrosas, pero en aquellos momentos Thomas parecía tener algo más. Rainborough tenía la sensación de que con los hermanos Jukes ocurría lo contrario. Lambert era un diamante genuino, pero Gideon tenía una faceta más aguda.

A Rainborough no le pasó por alto lo injusto de su posición. ¿Por qué debía heredar Lambert Jukes la casa y el negocio familiares y un voto para el Parlamento solo por haber nacido primero, en tanto que su hermano no tenía derecho a propiedad ni a representación algunas? El coronel no percibió ningún rencor entre ellos. Sabía que ambos habían combatido, ambos se habían arriesgado a resultar heridos y a morir, ambos habían soportado la lluvia y la nieve, el hambre y el terror por la misma causa. Ahora merecían una recompensa igual. En tanto que sus ideales políticos tomaban forma, aquel encuentro solo podía reforzar las nuevas y audaces opiniones de Rainborough.

* * *

A la mañana siguiente, Rainborough condujo a los cuatro regimientos por el puente de Londres. En efecto, unos *partidarios* habían abierto las puertas desde el interior, de manera que las tropas pudieron entrar en Londres con paso seguro y

pacíficamente. Los ciudadanos se maravillaron de su disciplina.

En tanto que Rainborough ocupaba los distritos del este y sus hombres desfilaban por la ciudad en dirección a Westminster, Fairfax y el resto del Nuevo Ejército Modelo formaron al oeste de Londres. El Parlamento quedó atrapado en este movimiento de pinza, cuyo propósito no fue expresado, aunque debió de resultar evidente.

El lord alcalde y los concejales, siempre rápidos a la hora de congraciarse, se encontraron con Fairfax en Hyde Park; el concejo municipal de la ciudad de Londres le dio la bienvenida en Charing Cross. El propio Fairfax entró con gran ceremonia en el New Palace Yard de las Casas del Parlamento. Los independientes fugitivos de los Comunes y de los Lores fueron readmitidos.

Fairfax fue nombrado Condestable de la Torre de Londres. Cuando visitó la Torre, pidió ver una copia de la *Magna Carta* que allí se guardaba. Se quitó el sombrero y observó:

—Es por esto por lo que hemos luchado, y con la ayuda de Dios debemos mantener la lucha. —La ciudad agasajó servilmente al lord general, y lo obsequió con una jofaina y un aguamanil de oro valorados en un millar de libras y rebosantes de monedas de oro. Le concedieron una Guardia de la Torre recién creada.

Londres estaba bajo control. El ejército se trasladó a un nuevo cuartel general en Croydon. Los agitadores exigieron una purga de miembros presbiterianos del Parlamento. Seis de los odiados Once huyeron al extranjero. Aunque Fairfax se opuso a purgar el Parlamento, Cromwell fue allí con una escolta armada para supervisar la aprobación de la «Ordenanza de Anulación», la cual cancelaba terminantemente toda la legislación que se hubiera ratificado mientras los miembros independientes estaban ausentes.

Aquel mes de Agosto, el rey fue trasladado a Hampton Court. Fairfax emplazó al Nuevo Ejército Modelo en Putney, a medio camino entre Westminster y Hampton Court. El coronel Thomas Rainborough estaba viviendo en casa de su hermano William, en Fulham, lo cual era práctico para el ejército. El rey seguía negociando en secreto con los presbiterianos. Carlos volvió a rechazar el manifiesto liberal de Ireton, *Los titulares de las propuestas*. El Parlamento, como respuesta, ofreció las propuestas más severas que se habían discutido anteriormente, mientras el rey se hallaba prisionero en Newcastle; esto apaciguaría a los escoceses, que fueron los que las crearon, y tal vez hiciera que *Los titulares de las propuestas* pareciera menos alarmante. Todo el mundo se estaba volviendo más maquiavélico.

En Septiembre, tuvo lugar una pausa para reagruparse. Oliver Cromwell visitó a John Lilburne en la Torre. El impetuoso «nivelador» se negó a dar su palabra de que no causaría ningún alboroto en el ejército si lo ponían en libertad, y a continuación tachó categóricamente de hipócrita a Cromwell. Con todo, la actitud hacia los niveladores se volvió menos intransigente, y Richard Overton fue puesto en libertad sin condiciones. No obstante, las distintas facciones del ejército se endurecían. Se

percibía que el libertario coronel Rainborough podría convertirse en un rival para Cromwell. Se sabía que Cromwell visitaba al rey, y había que admitir que estaba deslumbrado; Rainborough no rendía semejante pleitesía a Carlos. Las relaciones entre Cromwell y Rainborough llegaron a ser tan tensas que, en una reunión del Consejo Militar que tuvo lugar a mediados de mes, Rainborough espetó a Cromwell: «¡Uno de nosotros no debe vivir!».

Para intentar garantizar la lealtad de la Armada, el Parlamento nombró a nuevos comisarios del Almirantazgo, entre los que estaban el radical miembro del parlamento Henry Marten, un hombre con mala fama porque, aun teniendo esposa, vivía abiertamente con su amante, y Thomas Rainborough. El vicealmirante Batten, un promonárquico convencido, huyó por mar a Holanda llevándose consigo valiosas embarcaciones. Rainborough fue nombrado su sustituto. En teoría, esto significaba que Rainborough ya no estaba a cargo de su regimiento del ejército, aunque en las semanas cruciales que siguieron, tanto él como los otros adoptaron una actitud ambigua al respecto.

El Consejo Militar decidió que serían ellos y no el Parlamento quienes negociaran directamente con el rey. Los lords escoceses estaban visitando a Carlos en Hampton Court, prometiéndole que recuperaría su trono e instándole a escapar. En el Parlamento, Oliver Cromwell hizo un discurso en el que disociaba el liderazgo del ejército de los principios de los niveladores y abogaba por mantener la monarquía. Pero, al cabo de tan solo ocho días, Cromwell presidió la reunión del Consejo Militar en Putney para lo que iba a convertirse en un debate no simplemente sobre la situación de los soldados que habían ganado la Guerra Civil, sino sobre temas constitucionales mucho más amplios y sobre la libertad del individuo.

Gideon Jukes no era un agitador regimental pero, de esa manera que se había vuelto tan característica en él, apareció allí de todos modos como si tuviera una invitación. Se las arregló para estar presente durante varios días.

CAPÍTULO XLIII

LOS DEBATES DE PUTNEY, 1647

Putney estaba situado a unas cinco millas en las afueras de Londres, en la ribera sur del Támesis. No había ningún puente, aunque sí transbordadores y chalanas que trasladaban a la gente por el agua. Se trataba de un agradable arrabal fortificado lleno de huertos por el que pasaban viajeros y comerciantes de muchas partes del país, de camino a la capital. Los últimos días de Octubre y los primeros de Noviembre fueron muy fríos, aunque el lugar no estaba demasiado expuesto.

Los debates tuvieron lugar en la iglesia de Saint Mary. Era una gran iglesia parroquial medieval de campanario cuadrado, con un coro y presbiterio majestuosos que se tomaron prestados para estas reuniones sin precedentes. En varias ocasiones, parecía tan difícil lograr un consenso que, antes de los debates de la tarde, el Consejo Militar celebró unas plegarias matutinas para buscar la orientación divina. A instancias de Ireton, dichas plegarias se celebraron en casas particulares. Su hermano hizo de anfitrión de una de ellas. El Consejo podía discutir asuntos civiles en una iglesia por comodidad, pero Dios haría sentir su voluntad solo en el corazón de los hombres.

La iglesia estaba abarrotada. Gideon Jukes, con la cabeza descubierta, se encontraba entre los soldados agitadores, pero los oficiales tomaban asiento en torno a una gran mesa y se dejaron puesto el sombrero. Las distinciones le llamaron la atención. Mientras esperaba el comienzo del primer debate, Gideon se planteó incluso volver a ponerse el sombrero a modo de desafío. Por rebelde que fuera, se hubiera sentido demasiado incómodo. Había crecido en una sociedad dividida por grados y privilegios. Los reyes tenían prioridad sobre los príncipes, y los barones sobre los condes. Los eruditos no debían parecer ni comportarse como caballeros ociosos. Las mujeres no debían vestir con suntuosidad excesiva. Los artesanos nunca debían salir del país sin señales de su oficio; los aprendices se distinguirían por sus mandiles y cabellos cortos. Pero todas estas normas estaban siendo sometidas a escrutinio.

Gideon recordó haber oído hablar de una reunión extraña y tensa que había tenido lugar en un jardín de Cambridge. Fairfax y sus oficiales superiores se habían reunido con el rey, que ahora era su prisionero, para tener una discusión que duró todo el día. Una de las peculiaridades fue que presentaron a Cornet Joyce para que exonerara a Fairfax de su participación en el secuestro de Holdenby. Joyce era un oficial del más bajo rango, pero cuando le dieron libertad para explicarse argumentó con soberana temeridad. Otro tema que suscitó muchos comentarios fue que, cuando Fairfax y Cromwell llegaron ante la presencia del rey, ninguno de los dos se arrodilló.

El Consejo se reunió durante casi dos semanas. Durante la primera semana,

Fairfax estuvo ausente por enfermedad. Además de los abundantes daños físicos causados por heridas de batalla, tenía un historial de gota y piedras en el riñón. No se insinuó que eludiera los debates. Había dos puntos en los que Thomas Fairfax se mostró resuelto: deploraba el comportamiento autocrático del rey Carlos, y exigía justicia para sus soldados. En el fondo, era Fairfax quien había convocado el Consejo.

Cromwell presidió en su lugar. Era un foro para discutir el destino de todo el reino, por lo que a varios niveladores civiles, con John Wildman como el más destacado, se les permitió sumarse a la reunión. Todo oficial que deseara asistir podía hacerlo, junto con los cuatro «agitadores» de cada regimiento. Se habían congregado casi ciento cincuenta hombres. Muchos de ellos no hablaron, pero todos oyeron las discusiones.

Apretujado tras varias filas de espectadores, básicamente lo que Gideon veía era la parte posterior de las cabezas y solo una parte de la mesa de conferencias; las copas altas y las alas anchas de los sombreros de los que estaban sentados ocultaban con frecuencia sus rostros a ojos de Gideon. Se preguntó cuántas grandes mesas de roble habían tenido a oficiales del ejército a su alrededor, reunidos con seriedad. ¿Cuántas posadas maltrechas habían albergado a líderes radicales que daban a luz ideas revolucionarias? Quedó impresionado por la falta de servilismo que allí reinaba. El futuro de Inglaterra ya se había discutido, meditado, arrancado de la tradición y la superstición por incontables grupos de personas sesudas. Le pareció chocante la cantidad de personas que, en aquel consejo, hablaban sin temor como individuos, y la sinceridad con que hombres de todos los rangos se esforzaban por encontrar respuestas. Los soldados hablaban por sí mismos, sin sentirse intimidados ni siquiera por sus oficiales de más alto rango.

Tras las plegarias de tres horas, los debates eran largos e intensos y se prolongaban durante la noche. En ocasiones, Gideon salía de la estancia y se mezclaba con el gentío para relajarse. Fuera, sacudía sus largas piernas y estiraba la espalda mientras intentaba aclarar sus ideas. Otros hombres fumaban, aunque no muchos; esa era una sucia costumbre realista. Nadie permanecía mucho tiempo en el exterior. Todo el mundo estaba ansioso por no perderse nada importante. Casi nadie dejó Putney. Solo Thomas Rainborough desapareció en una ocasión y, a la tarde siguiente, explicó que se había sentido mal y que había cabalgado hasta Londres durante la noche para ir a ver a su médico. Se rumoreaba que, en realidad, lo que había hecho era consultar con civiles radicales.

* * *

La mayor parte de los miembros del Consejo venían con opiniones muy aferradas, si bien estaban dispuestos a escuchar otros puntos de vista; de vez en cuando, alguien se retractaba. El lenguaje utilizado era sencillo, pero los oradores tenían que improvisar y, en ocasiones, la sintaxis se resentía. Respondían a lo que oían. Se esforzaban por

desarrollar sus propias ideas. Hubo riñas y reprimendas; hubo breves disculpas. Los hombres hablaban con el corazón. Lidiaban con conceptos que iban mucho más allá de sus motivos de queja originales. Su orden del día era decidir para qué habían estado luchando y cómo querían vivir en tiempos de paz. Esto los llevó a entrar en cuestiones fundamentales sobre los derechos del hombre.

Aunque Cromwell y Ireton intentaban restringir la discusión a los puntos planteados en *La declaración del ejército* (escrita por Ireton), Wildman y otros no tardaron en presionarlos para que también se leyera en voz alta y se discutiera *El acuerdo del pueblo* (escrito por Wildman). Según los parámetros del siglo XVII, *El acuerdo* era un documento lacónico que, en unas cuantas cláusulas cortas, reivindicaba «que, así como las leyes deberían ser igualitarias, también debían ser buenas y no evidentemente destructivas para la seguridad y bienestar del pueblo». Concluía rotundamente diciendo que: «declaramos que todas estas cosas constituyen nuestros derechos innatos»: los derechos y obligaciones de gobierno por los que los soldados habían combatido, pero que las interminables negociaciones con el rey amenazaban con negarles.

Henry Ireton creía que las propuestas fundamentales del *Acuerdo* no se ajustaban al sentido común, aunque solo lo dijo con mucho tacto: «Confieso que en él hay ciertos puntos plausibles, y cosas realmente buenas. Hay cosas que deseo con todo mi corazón, y hay cosas a las que no me opondría y que me llenaría de alegría ver conseguidas».

Era la primera vez que Gideon veía a Ireton, y no le gustó lo que vio. No le importaban sus rasgos bien definidos, su rostro felino, su temperamento reservado ni su intelecto imperturbable, ingenioso y poco de fiar. Ireton se había educado en Oxford y había sido abogado en el Middle Temple, un hombre que trabajó tan duro para crear una Constitución viable que con frecuencia escribía hasta bien entrada la noche y se olvidaba de comer. Cada vez que Ireton movía el bigote nerviosamente y pronunciaba lo que su conciencia aceptaría o no, Gideon Jukes se erizaba. Y esto ocurría a pesar del puritanismo de Ireton y de que Gideon aprobaba el incansable trabajo de aquel hombre como escritor teórico del ejército.

* * *

Edward Sexby también estaba allí. Gideon no intercambió ni una palabra con él. Sexby estaba demasiado ocupado pidiendo que se ampliara el orden del día. Desde la primera jornada resumió el dilema de los soldados:

—Buscábamos satisfacer a todos, y eso estaba bien; pero al hacerlo los hemos decepcionado. Hemos trabajado para complacer al rey y creo que, salvo que fuéramos a buscarnos la ruina, no deberíamos hacerlo...

Tal vez el mismísimo Dios estuviera luchando con ellos, pero el tiempo jugaba en su contra. Se decía (y era un temor genuino incluso para aquel ejército victorioso) que

si se retrasaban demasiado en discusiones perderían la iniciativa, y el rey los haría ahorcar a todos. Había muchos que todavía se consideraban rebeldes. Gideon Jukes, por su parte, recordaba con pesar haber oído que el conde de Manchester, tras la segunda batalla de Newbury, había refunfuñado: «El rey no tiene que preocuparse por la frecuencia con la que combata. Si luchamos un centenar de veces y lo vencemos en noventa y nueve ocasiones, seguirá siendo rey. Pero si él nos gana una sola vez..., seremos ahorcados; perderemos nuestras propiedades, y no alcanzaremos la posteridad». Incluso después de Naseby, dichas palabras pesaban como una losa. En aquel entonces, Cromwell había replicado furioso: «Si esto es así, ¿por qué nos alzamos en armas?», una pregunta que seguía vigente.

El coronel Rainborough mencionó el apremio y argumentó que era más importante llegar a un acuerdo para el futuro que malgastar esfuerzos intentando decidir qué «compromiso» habían adquirido en el pasado. Pero Sexby continuó dale que dale con que, cuando se alzaron en armas, ya existía un contrato.

—Nos hemos involucrado en este reino y arriesgado la vida, y todo fue para esto: para recuperar nuestros derechos innatos y nuestros privilegios como ingleses.

«¿Y mis derechos y privilegios cuáles son?», se preguntó Gideon Jukes, con solo un poco de ironía.

Mientras el Consejo Militar deliberaba sobre el tema por él, Ireton chocó seriamente con Rainborough y los radicales. ¿Cuál era el derecho innato de un inglés? Como abogado que era, Ireton intentó definirlo con bastante torpeza: «el hecho mismo de haber nacido en Inglaterra... que no debemos apartarlos de Inglaterra, que no debemos negarnos a darles aire, espacio, tierra y la libertad de utilizar los caminos y otras cosas, de vivir entre nosotros». Admitió esto aplicado a cualquiera que hubiera nacido en Inglaterra, aunque su posición social al nacer no le otorgara nada de lo que Ireton denominaba «el interés permanente de este reino».

«Interés permanente» solo podía definirse de una manera por los hombres de la clase de Ireton. En realidad significaba «propiedad», y esto era terreno pantanoso. En la conferencia, las diferencias entre los hombres con propiedades y los que no tenían ninguna se hicieron muy patentes. Para poder votar, un hombre debía poseer una propiedad vitalicia por un valor anual de cuarenta chelines. Para Ireton, este requisito era esencial. Él opinaba que para poder ganarse el derecho de tomar decisiones sobre el país, uno hombre debía poseer físicamente una parte de él: suelo, terrenos, edificios o como mínimo la pertenencia a un gremio. El coronel Rainborough objetó con vehemencia: «No oigo absolutamente nada que me convenza de por qué cualquier hombre nacido en Inglaterra no debería tener su voz en las elecciones». El argumento de Rainborough era que todos los ingleses estaban sometidos a las leyes inglesas, por consiguiente deberían tener voto en lo que era dicha ley. No se anduvo con rodeos y le gruñó a Ireton: «En cuanto al tema en sí, “propiedad en el derecho a voto”, me gustaría mucho saber por qué resulta ser la propiedad de algunos y no de otros».

Gideon Jukes contuvo una ovación.

* * *

Hubo mucha discusión sobre por qué el derecho a voto tradicionalmente había contenido exclusiones. Estuvieron todos de acuerdo en que a los sirvientes, aprendices y mendigos se les había negado el voto porque dependían de sus amos o de los limosneros, los cuales podían ejercer su influencia. Nadie dudaba de la tozuda independencia de la mano de obra británica pero, en aquella sociedad jerárquica, los que ostentaban el poder creían tener derecho a especificar cómo debían comportarse los que de ellos dependían. En aquella época, las elecciones eran públicas; no había secreto de sufragio.

Finalmente, Ireton ganó el debate, quizá porque hasta el soldado más humilde necesitaba alguien de quien burlarse. Los sirvientes y los mendigos eran un buen blanco.

Un hombre llamado Cowling, que Gideon supuso que sería un hijo menor, no dejaba de recalcar el tema: «¿Acaso el hijo menor no tiene el mismo derecho a heredar que el primogénito?... En el país hay hombres acaudalados que no tienen voz en las elecciones. Hay un curtidor en Staines con una renta de tres mil libras y otro en Reading que solo tiene tres pieles de caballo. El segundo tiene derecho a voto, el primero no».

En tanto que Henry Ireton se atrancaba intentando responder, Gideon se frotó el mentón, aturdido por el sonsonete de su voz. Con más de un centenar de hombres apretujados, en el coro y el presbiterio hacía mucho calor. Algunos se movían nerviosos, otros se aclaraban la garganta. El estilo de los debates era familiar, pero eso tenía sus inconvenientes. Había muchos a los que se les daba muy mal juntar las palabras, aun cuando sus ideas fueran buenas. Provenían de todas partes del reino y todos hablaban con su acento local, y todos desconfiaban de cualquier cosa que se dijera en otro acento que no fuera el suyo. Para un londinense como Gideon, incluso otras ciudades como York, Bristol, Warwick, Cambridge o Newcastle no eran más que corrillos rurales que suscitaban recelo.

Ireton, que de tanta confianza en sí mismo estaba tieso como un palo, llegó a una conclusión inspiradora:

—Un hombre debería estar sujeto a una ley, aunque no dé su consentimiento a su aprobación, pero con esta reserva, ¡que si este hombre no se considera satisfecho de estar sujeto a dicha ley, pueda irse a otro reino!

Muchas cabezas asintieron. Gideon, que ya había tenido una buena dosis de encuentros con comerciantes de otros lugares en Londres, pensó que, diciéndoles a los extranjeros adonde ir, seguro que estimulaba a una audiencia indolente. Mantenerse firmes contra la duplicidad de los de fuera, sus invasiones en el comercio y su indescriptible sentido del vestir constituía un derecho innato de los ingleses (esto

era lo que ellos sentían) tanto como el aire, el espacio o el paso por los caminos...

El tema se fue ampliando hasta la definición de libertad.

—Si podemos ponernos de acuerdo en dónde radica la libertad y el libre albedrío de la gente, ya no hará falta hacer nada más —dijo Rainborough.

Sexby aprovechó el pie:

—Somos muchos miles los soldados que hemos arriesgado nuestras vidas. Sin embargo, ahora parece que, salvo que tenga un patrimonio fijo en este reino, un hombre no tiene ningún derecho en este reino. Me maravilla que nos defrauden de este modo. Si no tuviéramos ningún derecho al reino, seríamos meros mercenarios. —Un murmullo de aprobación se alzó entre los agitadores de cabeza descubierta—. Os diré cuál es mi determinación: estoy decidido a no ceder mi derecho innato a nadie.

Si, en todo el tiempo que conoció a Edward Sexby, había habido un momento en el que Gideon Jukes lo admiró, fue precisamente aquel. Se dijo algo a este efecto: que si los pobres y los de baja estofa recibieran su derecho innato, sería la destrucción del reino.

—Yo creo que los pobres y los más miserables de este reino han sido el medio de preservación del mismo. Y ahora exigen el derecho innato por el que han combatido.

Esta declaración de Sexby se vio reforzada por Thomas Rainborough, el oficial de más alto rango que apoyaba estas ideas. En aquel momento, hizo el discurso que lo definió:

Creo que el hombre más pobre que hay en Inglaterra tiene una vida por vivir, igual que la tiene el más grande. Por tanto, señor, sinceramente, me parece que está claro que todo hombre que tenga que vivir bajo un gobierno debe primero someterse a dicho gobierno por su propia voluntad. Y creo que el hombre más pobre de Inglaterra no está en absoluto vinculado en un sentido estricto a dicho gobierno si no ha tenido voz para subordinarse a él.

Eran unos principios desafiantes, demasiado contundentes para la cúpula del ejército. En una fuerza armada, que dependía de la disciplina estricta, permitir la independencia a todos los rangos era doblemente peligroso. Durante los tres primeros días de debates, Gideon, como impresor, se había fijado especialmente en que William Clark, uno de los secretarios civiles de sir Thomas Fairfax, estaba presente vestido con toga y casquete, anotando frenéticamente, palabra por palabra, todo lo que se decía. Posteriormente tomaría menos notas, de las que además solo se publicaron unos fragmentos. Al final, las noticias de los debates fueron del todo censuradas. Gideon oyó decir que Cromwell hizo destruir formalmente las últimas transcripciones. Al mismo tiempo, los controles se hicieron más estrictos y, puesto que Gideon no era un agitador, le pareció mejor regresar a su regimiento.

Fairfax asumió la presidencia pasado el 5 de Noviembre, una vez se hubo

recuperado de su enfermedad. Se formó un comité para coordinar todos los documentos que se discutían, un comité que incluía tanto a los hermanos Rainborough como a Sexby, Cromwell y Ireton. Thomas Rainborough se tomó un tiempo para ir a visitar al nivelador John Lilburne en la Torre de Londres, su primera entrevista. Supuestamente duró dos horas, y llevó a que el espía realista de la Torre, sir Lewis Dyve, informara al rey de que era probable que Rainborough se hubiera convertido en el cabecilla de una facción militar que haría una purga en el Parlamento para favorecer los ideales de los niveladores. Thomas Rainborough empezó a ser visto como mi hombre peligroso.

Aunque en el comité había miembros de todos los bandos, presentaron un informe que era práctico pero en el que se hacían concesiones. Sin embargo, para entonces ya era demasiado tarde. Desde fuera y de forma anónima, John Wildman aconsejó con tristeza: «Cuidaros de que el miedo que os provoca la palabra *anarquía* no os conduzca a un amor por la *monarquía*, que no es más que la denominación engalanada de la *tiranía*...». Las profundas diferencias entre los soldados y los primeros oficiales del ejército habían provocado que a los oficiales se les apodara «Grandes», un título despectivo que implicaba que dichos seres selectos se habían subido a la parra. Los agitadores escribían con desánimo a sus compañeros, quejándose de que «en el Cuartel General nos encontramos con muchos que obstruyen y se oponen a nuestros procedimientos». Fairfax decidió que los agitadores eran sediciosos y alborotadores. Los mandó de vuelta con sus regimientos. La situación se difuminó al nombrar a otro nuevo Comité para que redactara una protesta que iba a ser aprobada por los regimientos en una revista militar.

Así finalizaron los debates de Putney. Para Gideon Jukes, dichas discusiones fueron más meticulosas de lo que se había temido, aunque lograron mucho menos de lo que había esperado. De todos modos, el simple hecho de haber estado allí, de haber oído cómo se discutían los ideales de igualdad abierta y fervorosamente, lo llenaría de júbilo durante el resto de sus días.

* * *

«Grande» o no, en una firme petición personal al Parlamento, Fairfax repitió sus numerosas demandas previas para enmendar los lícitos motivos de queja del ejército y del pueblo. Brindó maneras de hacerlo. Sugirió que se vendieran las tierras de la Iglesia para conseguir la paga de los soldados. Entonces amenazó diciendo que, a menos que se restaurara la disciplina, él abandonaría su mando. Era una amenaza seria, destinada tanto a sus hombres como al Parlamento. Los soldados eran sinceramente leales a Fairfax, y el Parlamento lo respetaba.

Como el amotinamiento era inminente, Fairfax y Cromwell insistieron en que, para las prometidas revistas militares, las tropas se dividieran en tres grupos manejables en lugar del encuentro masivo que querían los agitadores. Fairfax reunió a

los primeros siete regimientos en Corkbush Field, cerca de Ware. Los niveladores consideraron que aquel era su momento de coordinar al ejército en apoyo de su causa. Los civiles John Wilding y Richard Overton estaban en la población de Ware, sudando de preocupación por el resultado. Para ellos fue un mal negocio.

Al principio, el coronel Rainborough entregó formalmente a Fairfax *El acuerdo del pueblo* junto con una petición. Rainborough había tenido la esperanza de que se presentaran un gran número de civiles, incluyendo a los miles de tejedores de Spitalfield. No apareció ninguno. Tampoco hubo una revuelta de las tropas. Incluso sus colegas niveladores le fallaron. Ni Fairfax ni su hermano William le prestaron asistencia. Rainborough se vio aislado, vaciló y fue apartado muy fácilmente.

Fairfax asumió el control. Intrépido por naturaleza, inició un recorrido para dirigirse a los regimientos uno por uno. Infundir la lealtad en sus hombres era su gran cualidad. Lo querían y confiaban en él. Creyeron de inmediato sus promesas de vivir y morir con ellos mientras prosiguieran con sus justas demandas. Se restauró la disciplina.

Entonces aparecieron otros dos regimientos a los que no habían invitado, con copias de *El acuerdo del pueblo* sujetas en sus sombreros en actitud desafiante. Fairfax no tardó en convencer a uno de esos regimientos rebeldes, y solo quedó el más radical. Este había sido el regimiento del coronel Robert Lilburne (hermano del nivelador John), si bien los soldados habían permanecido varias semanas en franca revuelta; habían ahuyentado a sus oficiales, habían muerto soldados, un oficial había perdido una mano y, en Ware, apedrearon a un oficial de otro regimiento. Fairfax ordenó a aquellos pendencieros que se sacaran los papeles del sombrero. Ellos se negaron. Entonces, Fairfax y algunos oficiales superiores, incluido Cromwell, cabalgaron entre ellos y les fueron arrebatando los papeles. El regimiento cedió.

Arrestaron a los cabecillas. Ocho soldados fueron juzgados en el acto en consejo de guerra, de los cuales cinco obtuvieron el perdón, tres tuvieron que echar a suertes su supervivencia y a uno lo fusilaron a la cabeza del regimiento. A los restantes se les ordenó romper sus copias de *El acuerdo...*: lo hicieron mansamente, quejándose de que «sus oficiales los habían inducido a error». Los oficiales culpables serían sometidos a consejo de guerra. A Thomas Rainborough lo mandaron a Westminster para que el Parlamento se encargara de él; se le ordenó no salir al mar como vicealmirante hasta que el asunto se hubiera investigado.

Las otras dos revistas del ejército, en Saint Albans y en Kingston, transcurrieron pacíficamente. El Parlamento dio las gracias a Fairfax y prometió defender sus peticiones para enmendar las quejas. Algunos regimientos hicieron declaraciones de lealtad hacia él, y los oficiales de dragones del coronel Okey fueron particularmente empalagosos.

* * *

Uno de los motivos por los que el ejército capituló fue que la situación política cambió. En Putney, cuando los agitadores exigieron la abolición de la monarquía, el rey Carlos se asustó. Alegando que los niveladores tenían intención de asesinarle, el rey escapó de Hampton Court.

CAPÍTULO XLIV

PELHAM HALL, 1646-1647

Contrariamente a lo que ella se esperaba, el fin del sitio de Oxford reportó a Juliana Lovell un periodo de felicidad como madre y esposa. Durante un corto período temió que Orlando hubiera abandonado Inglaterra. El príncipe Rupert viajó a Francia en barco; su hermano Maurice a los Países Bajos. En aquellos momentos, el desprecio que Lovell siempre había sentido por el generalato de Rupert, y que con tanta frecuencia había expresado sin tapujos, jugó en su contra. Sabía que no tenía ninguna posibilidad de que su nombre se incluyera en la lista de amigos que recibían pasaportes; a él le darían las gracias por su servicio y le dirían que se salvara como pudiera. Aunque Juliana no lo supo de inmediato, Lovell decidió quedarse en Inglaterra.

Como era propio de él, no perdió tiempo con lamentos. Sin decirle nada a Juliana (aunque sí le dejó una tierna carta... si bien de solo un párrafo), encontró una oportunidad de escapar de Oxford. Tras la llegada del Nuevo Ejército Modelo, ella tuvo que someterse a un interrogatorio. Interpretó el papel de una sufrida esposa, abandonada a su suerte por un esposo delincuente; consiguió morderse el labio, al tiempo que adoptaba una expresión asustada pero valiente. No le hizo falta llorar; sensibles a los contratiempos, sus dos hijos gritaban tan fuerte en la cocina que molestaban visiblemente al oficial que interrogaba a Juliana en el pequeño salón.

—¿Y cuándo fue la última vez que vio a su esposo?

Ella se hizo la boba:

—Cuando salió a por un cubo de leños y ya no volvió a entrar.

—¿Pero cuándo?

—La semana del último jueves. Yo llevaba puesto mi vestido azul, con el alfiler en el dobladillo, y recuerdo que cocí demasiado la cena...

Estaba claro que aquella cotorra no entrañaba peligro alguno. Y estaba igual de claro que no se le podía permitir que siguiera ocupando una casa tan magnífica.

—¡Oh! ¿Vais a echarme a la calle con mis pequeños?

—¿No tiene ningún amigo con quien quedarse?

—Soy huérfana. El idiota de mi esposo ha sido denunciado por su buena familia parlamentaria. Me casé al inicio de la guerra, y nunca he sabido lo que es tener una vida estable o las alegrías normales de la paz.

—¡Pues ahora habrá paz! —le aseguró el capitán con aire gazmoño, mientras alojaba a un gran número de sus soldados en la casa.

Soportar al enemigo en su propia casa fue una mala experiencia. Por fortuna, no duró mucho. Para asombro de Juliana, Lovell volvió a aparecer en Saint Aldate sin

explicación alguna. Tuvo que impedir que perdiera los estribos con los soldados del Nuevo Ejército Modelo, pero Juliana logró mantenerlo oculto advirtiéndole que su nombre estaba en una lista de personas buscadas. Ella se preguntó cómo podría continuar el subterfugio; sin embargo, ese no era el plan que tenía Lovell. Había acudido en busca de su familia porque quería utilizarlos como tapadera. Aprovechando que los soldados habían salido de servicio, Lovell consiguió un carro en el que, de manera furtiva y demasiado fácil, empezó a cargar sus posesiones. Tenían más cosas que cuando habían llegado a Oxford de recién casados. Además de lo que habían comprado y del resultado de los saqueos de Lovell, tenían el mobiliario continental de los McIlwaine.

—¡Caray! ¿Y de quién es este horrible estoque? —Lovell había descubierto una espada debajo de su cama. Era la que había cogido en Birmingham—. ¿Acaso te has echado un amante estúpido y olvidadizo del que yo no sé nada?

—Tú mismo me la diste para que me protegiera, querido —Juliana había albergado la esperanza de dejar atrás el arma. Tanto si se acordaba de ella como si no, Orlando soltó un gruñido e insistió en que se la llevaran. Hizo unas cuantas fintas con la espada y se estremeció al percibir su mala calidad antes de guardarla en el equipaje.

—Debes de tener curiosidad por nuestra repentina mudanza —reconoció entonces Orlando a Juliana mientras ella y su criada Mercy Tulk sacaban a pulso una alacena por la puerta de atrás.

—Oh, no, lo entiendo perfectamente —murmuró su esposa, que controló su respiración y el sentimiento de injusticia que le provocó su esposo, quien se limitó a contar las sillas del comedor. Mercy se había magullado la cadera con la alacena, que también se le había caído en el pie a Juliana—. Si fuera de noche, sería una fuga en toda regla.

Lovell puso cara de ofendido.

* * *

Les había encontrado un lugar para vivir, una pequeña granja en la propiedad de un realista, sir Lysander Pelham, de Pelham Hall, en Sussex. Mercy Tulk se negó a ir con ellos y prefirió quedarse en la ciudad que conocía, volvería con su antigua ama, la comadrona. «¿Qué había sido de los sirvientes fieles que viajaban contigo a cualquier parte?», se preguntó Juliana, aunque ya sabía la respuesta.

Vivieron en Sussex durante más de un año. Desencantado por el fracaso realista, o al menos eso decía él, Lovell no participó en los últimos estallidos de resistencia que Fairfax y el Nuevo Ejército Modelo sofocaron en el oeste y en Gales. El rey estaba en Newcastle, luego en Holdenby House. Mientras Carlos siguiera jugueteando con acceder a las imposiciones del presbiterianismo, no haría otra cosa que suscitar el antagonismo de Lovell. Él detestaba cualquier gobierno autoritario.

—¿Y en tal caso no deberías unirme a este nuevo movimiento radical, querido? ¿Convertirte en un nivelador?

También rugió de indignación ante la idea.

En cuanto pareció que los niveladores empezaron a ejercer cierta influencia en el ejército parlamentario, Juliana apenas se atrevió a traer una hoja informativa a casa. Lovell las obtenía igualmente en el mercado más próximo, y se ponía hecho una furia con las numerosas noticias sobre protestas y declaraciones, como quien no puede dejar de tocarse una costra medio curada.

—¡Maldita sea! Sé que mi padre y mi hermano Ralph estarán en éxtasis con toda esta fantasía de los derechos de nacimiento.

—Creo que los niveladores afirman que todos nacemos iguales ante Dios. ¿No te gustaría tener una paridad innata con Ralph? —preguntó Juliana perversamente.

—¡Yo soy absolutamente igual que Ralph, cariño!

—No has sufrido como él.

—¡Ah, Juliana! No esgrimas contra mí la suerte que he tenido en el campo de batalla. Las propiedades no pueden dividirse; eso las depreciaría. —Fue un intrigante atisbo del vástago de la aristocracia terrateniente que era. No albergaba rencor; se encogió de hombros y siguió su propio camino. El hecho de que se marchara al extranjero con tan solo dieciséis años no fue más que precocidad. La lástima fue que rompiera con su familia. Sus diferencias casi no tenían nada que ver con la política, aunque Lovell se estuviera convirtiendo en un realista cada vez más ardiente, cosa que confirmaría la siguiente fase de su carrera.

* * *

Sir Lysander Pelham, su casero y patrón, tenía el mismo aspecto que un barril con patas, aunque en parte se debía a los inmensos pliegues de ropa en un hombre de muslos cortos. Llevaba un sombrero enorme de ala ancha del que asomaban unas plumas de avestruz de color blanco, y unas botas de caballería toscamente cosidas, de una anchura desmedida, con las que era dado a tropezar, sobre todo cuando había bebido demasiado jerez. Lo cual era casi todo el tiempo. Pedir una copa de jerez era la idea de conversación que tenía el noble Lysander. Cuando quería dárselas de cosmopolita, bramaba pidiendo un *gobletto di sachietti*, una frase que, según afirmaba, había inventado él mismo, pues sustentaba con orgullo la opinión de que los ingleses sabían más de idiomas extranjeros que los estúpidos extranjeros que los hablaban desde la niñez.

Entre los terratenientes, sir Lysander sí que rayaba la sofisticación; poseía libros de latín, griego y varias lenguas europeas, se sabía una cuarta parte de un tratado de matemáticas y había hecho sus pinitos en la astronomía, estaba obsesionado con el recuerdo de libros que había leído a medias hacía veinte años y, en una ocasión, había conocido a sir Francis Bacon, quien en aquella ocasión era sumamente anciano y lo

confundió con un cocinero. Sir Lysander tenía un corazón de oro aunque, según decía, muy poco dinero. Varias generaciones de Pelham se habían pasado la vida al servicio real, eludiendo hábilmente todos los cambios de religión y de monarca, de manera que ninguno perdió nunca el favor ni fue decapitado. Como nunca agasajaban a ningún monarca en el salón, también se las arreglaron para no arruinarse, aunque como nunca fue objeto de ninguna modernización extravagante para complacer a la realeza, su casa parecía entonces anticuada y destartalada.

Cuando empezó la Guerra Civil, sir Lysander eligió su bando con el mismo espíritu que sir Ralph Verney, quien explicó famosamente:

... por mi parte no me gusta la pelea, y deseo sinceramente que el rey cediera y consintiera a lo que quieren, para que así mi conciencia solo tenga que preocuparse del honor y de la gratitud para seguir a mi señor. He comido de su pan y lo he servido cerca de treinta años, y no voy a hacer una cosa tan vil como abandonarlo.

Lysander se había entregado a la causa realista desde el día en que el rey Carlos plantó su estandarte en Nottingham. Cuando el estandarte real cayó aquella noche tormentosa y todo el mundo fue a refugiarse a sus aposentos, el caballero de Sussex se quedó lidiando con el asta y esforzándose por sostener derecha la bandera morada durante dos horas a pesar de la lluvia, de la oscuridad y del hecho de que sus gritos pidiendo jerez que lo sustentara cayeron en oídos sordos. Cuando se recuperó de la fiebre intermitente que contrajo aquella noche oscura, luchó con valentía en todas las escaramuzas y batallas que se presentaron ante su regimiento (el cual Lovell describió a Juliana como «más mordidos por las moscas que si fueran granjeros montados en carros de bueyes»), hasta que su fiel caballo de batalla cayó exhausto en Naseby. Llorando, sir Lysander anunció entonces: «Si mi querido *Smudge* ya no puede llevarme, es una señal de la voluntad de Dios de que debo retirarme de la lucha. De ahora en adelante, apoyaré a mi querido soberano solo con mis plegarias».

Era viudo. El linaje de los Pelham se extinguiría. Los cuatro hijos de Lysander, Phillip, Jeremy, Hengist y el pequeño Barty, que solo tenía quince años, habían muerto luchando por el rey. Juliana sospechaba que Lovell esperaba congraciarse con el caballero para que lo nombrara su sucesor. En tal caso, no había contado con las francas hijas de sir Lysander, Bessy y Susannah, por no mencionar a sus esposos. Las chicas llegaron en sendos carruajes desde distintas direcciones, cada una de ellas con un niño en brazos y un esposo acobardado a la zaga.

—¡Como corderos! —comentó sir Lysander entre dientes dirigiéndose a Lovell—. *Hércules* y *Iolaus* tendrían más agallas.

Hércules y *Iolaus* eran sus dos cabestros de cara blanca, lo único que le quedaba de la que fuera una gran manada después de los exhaustivos saqueos de uno y otro ejército. Talaron sus árboles, le robaron los caballos y el ganado, y hasta le rajaron las

almohadas y esparcieron las plumas por medio condado. Por alguna razón, habían dejado atrás a los dos bueyes, que se habían hecho bastante buenos amigos. Sir Lysander explicó a Juliana que los animales poseían antiguos y nobles ideales helénicos, y viejos hábitos mundanos griegos.

—El amor entre machos, que es desinteresado, filosófico... y que requiere cierta capacidad de adaptación por ambas partes para su desempeño.

Juliana bajó la mirada.

—¡Nunca había oído nada semejante!

—Entonces es que nunca estuvo en un cuartel militar, señora.

No era cierto. Con aire pensativo, Juliana hizo memoria de los días en que el Nuevo Ejército Modelo de Fairfax compartió su casa en Oxford. Lo único que recordaba era la suciedad constante de las botas embarradas, colas día y noche para utilizar el excusado, que rebosaba, infinitas exigencias de pan y mantequilla y las incansables miradas de desaprobación que los soldados dirigían tanto a ella como a la pequeña unidad familiar. Mercy y Juliana tenían que quedarse fuera de la cocina, solo para que ellos dejaran que se apagara el fuego. Cuando querían hacer que Juliana se sintiera como una pecadora maligna, se ponían a cantar salmos con devoción durante horas y, en una ocasión, atraparon a su hijo Tom en la habitación con ellos hasta que el niño mordió a un sargento. Lo peor de todo había sido la obligación de soportar todo aquello. Las quejas suponían correr el riesgo de ser señalada por mal comportamiento, y de las consecuentes represalias oficiales.

La vida era mejor entonces. Aunque Orlando, quien ostensiblemente ejercía de administrador de la finca del caballero, entraba a menudo con las botas puestas tras haber recorrido los corrales; Juliana solo tenía que fregar lo que pisaba él. Había enseñado a los niños a sentarse en un banco y a quitarse los zapatos sucios cuando los llamaban a cenar. Tom y Val corrían libres por huertos y gallineros pues, como eran una familia que vivía sola, por norma general los dejaban a sus anchas.

Los intentos por establecer unas normas domésticas seguían fracasando con las costumbres piráticas de Orlando. En ocasiones, Juliana se preguntaba cómo un hombre así podía haber sido un soldado competente y si, para él, la vida que llevaban allí no sería solo alguna clase de juego. Iba y venía de sopetón, sin orden ni concierto. Contribuía a excitar a sus hijos en momentos inoportunos, llevándoselos inopinadamente del regazo de Juliana cuando esta les estaba leyendo tranquilamente y, de pronto, cuando se acordaba que necesitaba atender algún asunto propio, se los volvía a pasar a ella sin miramientos, nervioso e irritable.

Thomas cumpliría cuatro años; Valentine celebró su primer cumpleaños justo después de la caída de Oxford, y ya empezaba a andar con vacilación. Cuando sir Lysander se llevó a Orlando a un viaje a Londres (por razones que no quedaron del todo claras), este regresó con unos juguetes para los que los niños eran demasiado pequeños aún. Dado el período belicoso, no fue ninguna sorpresa que Tom recibiera un arma de fuego, e incluso a Val le dio una figura plana de un caballero hecha de

peltre.

—¡No voy a consentir que mis chicos jueguen con muñecas de trapo, Juliana!

—Valentine todavía lleva faldones, Orlando; le encanta su muñeca.

—Tonterías. Mira la exquisitez de los detalles. Yo tenía un barco hecho de la misma forma, con las jarcias, los cañones y una línea de flotación ondulante...

El soldado de Val, con el que no tardó en cortarse el labio, era unidimensional, en tanto que el juguete de Tom, el mosquete de cobre, era una miniatura, con volutas de adorno a imitación y un gatillo diminuto. Disparaba de verdad. Para una madre era una pesadilla. Cuando más se esforzaba Juliana por esconder esa pequeña arma horrible, más conspiraba Orlando con Thomas y la dejaba a ella como a una aguafiestas. Por suerte, cuando el juguete falló, era Orlando quien lo sostenía y a quien le quemó la mano, tras lo cual prohibió el arma y se la dio al hijo de un mozo de cuadra. (Juliana encontró al mozo y le advirtió del peligro, pero el hombre había estado en la infantería del conde de Essex, y le dijo que había clavado el arma para que no supusiera ningún peligro; su expresión desdeñosa fue elocuente). Tom se pasó cuatro días llorando. Fue Juliana la que tuvo que lidiar con eso.

No obstante, la vida era mejor que la que había conocido hasta entonces. Tal vez las dudas le hacían sospechar que solo estaba jugando a tener una casa, pero Juliana sabía cómo saborear incluso una situación de la que desconfiaba. Desde su matrimonio hacía cinco años, se había acostumbrado a la inseguridad. Y entonces estaban allí, todos vivos y juntos. Tomaba lo que podía. Incluso las riñas con su marido sobre si las zanahorias debían glasearse con mantequilla de perejil eran un gozo infinitamente preferible a no saber en qué batalla estaba y si iba a morir o a resultar herido. De todos modos, se preguntaba si tendría que pasarse el resto de sus días con la sensación de que todos los sitios en los que vivían eran solo una parada temporal de camino a un destino remoto que nunca alcanzarían.

Juliana tenía curiosidad sobre cómo había descubierto su esposo a sir Lysander Pelham, y sobre por qué Pelham lo había aceptado. No acababa de cuadrarle la historia de que Orlando hacía de administrador de la finca, cuando en el condado debía de haber muchos hombres mejor cualificados que él. No había duda de que a sir Lysander le gustaba compartir una copa con Orlando por la tarde y, en ocasiones, lo emplazaba a su casa para tal propósito, cosa que era fuente de controversia cuando Orlando volvía algo ebrio. Juliana no se quejaba mucho porque necesitaban el patrocinio.

Otros hombres visitaban el lugar, presuntamente amigos de sir Lysander, pero Juliana nunca los vio.

El hecho de encontrar una ocupación suponía un problema para su esposo. Él no estaba hecho para soportar las penurias del exilio en la corte real de París. Allí no habría paga, no hablaba francés, y tener que pasar el tiempo holgazaneando por un frío *château* al margen del séquito de la reina Enriqueta sería tan aburrido para Orlando como para su esposa, suponiendo que fuera con él, cosa que nunca se

discutió. Tras toda una vida como soldado profesional, Orlando tenía que encontrar otra guerra, o bien ponerse a trabajar en serio en una ocupación civil, sin capacitación ni experiencia. El hecho de encontrar aquel hueco en Pelham Hall era tan afortunado como sorprendente, más aún cuando Inglaterra estaba inundada de soldados retirados, todos desesperados por encontrar un empleo. Todos ellos afirmaban ser disciplinados, buenos en la gestión del personal, cualificados en la cría de caballos, leales, duros, saludables y, por supuesto, expertos tiradores. En cuanto se disolvió el Nuevo Ejército Modelo la situación solo podía empeorar. Sussex era un condado parlamentario, y serían muchos los soldados que regresarían a él.

A decir verdad, sir Lysander parecía tenerle más cariño a Juliana que a Orlando. Era un hombre bondadoso y valoraba a las mujeres. Si le contó lo de *Hércules y Iolaus*, los bueyes amantes, fue porque se daba cuenta de que Juliana tenía más sentido del humor que su esposo, y que le gustaban las curiosidades, a diferencia de Orlando, mucho más convencional. Lovell se consideraba un tipo animado y alegre con un pasado picante, pero Juliana era más observadora y escuchaba cualquier anécdota con más atención. Si hacía una tarta de almendras, sir Lysander discutiría de buen grado sus excelencias con ella. Si uno de sus hijos se resfriaba, el hombre sugería, y a veces facilitaba, remedios. La llevaba a dar paseos y le enseñaba a identificar plantas y setas comestibles. Con dichos paseos, Juliana aprendió rápidamente a no entretenerse esperando que la ayudara a cruzar las verjas o las escaleras que salvaban las cercas, no fuera a verse inmovilizada contra ellas y obligada a notar una erección viril que anunciaba por qué los caballeros ingleses del condado por lo general tenían un extenso linaje. Juliana era más alta que el caballero, y sus piernas eran más rápidas si se hiciera necesario volver corriendo a casa. Pero nunca se dio el caso. Nunca le tuvo miedo.

Él sabía que leía. Orlando siempre había alardeado de que su Juliana era una gran lectora. Ella se consideraba más bien una costurera, pero su padre le había enseñado el amor por los libros. Sir Lysander le regaló el libro de recetas y gestión doméstica de su difunta esposa. «Bueno, así evitaremos que Bessy y Susannah lo rompan por la mitad». En una ocasión, también le trajo un Primer Folio de Shakespeare, sencillamente porque se le ocurrió que le gustaría.

—Es un regalo —dijo, y se encogió de hombros—. Yo ni siquiera me lo miro, pero tú disfrutarás con él.

Y así fue. En particular, descubrió las heroínas de Shakespeare: su sabiduría, ingenio, firme sensatez e intrépida valentía, su amor por los hombres en toda su maestría, su misterio y su locura. De haberse dado cuenta, Orlando Lovell tal vez hubiera considerado inquietante que Juliana admirara a Viola, a Rosalinda y a Kate Percy, la alborotadora esposa de Harry Hotspur. Las damas en la poesía lírica caballeresca eran majestuosos objetos de devoción, pero eran más alabadas por su atuendo (especialmente las finas telas de seda y linón que quedaban torcidas como después de retozar con su amante) que por su disposición a ponerse unos pantalones,

burlarse de los hombres y aceptar el destino. En la Guerra Civil, hasta a las matronas esforzadas que defendían castillos se las consideraba muy útiles para conservar el hogar de un esposo ausente, por poco natural que eso fuera.

Al igual que muchos hombres sumamente conservadores, cuando sir Lysander Pelham encontró a una chica a la que suponía capaz de cualquier cosa, no tardó en tomarle algo de afecto. Se asombraba incluso de la habilidad de Juliana para tolerar y manejar a Orlando Lovell, que en ocasiones era un tanto difícil. Sir Lysander nunca hizo ningún comentario al respecto; era un caballero, salvo en las proximidades de las verjas o los escalones de las cercas, donde creía que un hombre de campo estaba totalmente exento de las normas de la etiqueta.

Con el tiempo, Juliana acabó por descubrir por qué su esposo había venido a ese lugar. Orlando Lovell y sir Lysander Pelham estaban metidos hasta el cuello en una conspiración.

CAPÍTULO XLV

CARISBROOKE, ISLA DE WIGHT, 1647-1648

Juliana se había percatado, de un modo casi inconsciente, de que aunque la causa del rey estaba decayendo, sus seguidores leales todavía trabajaban incansablemente por él. Algunos miembros de su círculo privado se mantenían cerca. Después de dejar Oxford, sir John Ashburnham acompañó al rey fugitivo de un lado para otro hasta su viaje al campamento escocés. Cuando el Nuevo Ejército Modelo tomó bajo su «protección» al rey, trataron a Carlos con respeto y le permitieron tener todos los sirvientes reales que deseara; Ashburnham retomó la tarea de atender a su amo en Hampton Court. Otros dos hombres ayudaron al rey a huir. Sir John Berkeley era un gran favorito de la reina Enriqueta María, y había hecho de intermediario con el Parlamento. El tercer cortesano, el más efectivo, era William Legge.

«El Honesto Will» era amigo íntimo y confidente del príncipe Rupert. Había participado muy activamente en las actividades realistas de Oxford y, a pesar de la furia del rey tras la rendición de Bristol por parte de Rupert, Legge recuperó enseguida el favor del monarca. El Parlamento le había permitido reunirse con el rey en Holdenby House como ayuda de cámara. En Oxford, Legge se había alojado en una de las residencias más grandes de Saint Aldate, cerca de la corte real, y a tan solo unas puertas de distancia de casa de los McIlwaine. Los Lovell conocían de vista a Will Legge. Y Juliana cayó finalmente en la cuenta de que él también debía de conocer a Orlando Lovell.

* * *

A finales de Noviembre de 1647, Juliana empezó a comprender qué estaba pasando. Fue la noche del cuarto cumpleaños de Tom. Se habían hecho planes para preparar tortitas, el plato favorito del pequeño. Juliana había preparado la masa, naranjas y azúcar, y estaba lista para calentar la sartén y esperar a que su esposo se sumara a la pequeña celebración. En el momento crucial, Orlando desapareció.

Tom estaba esperando con el rostro iluminado de ilusión, aunque empezaba a temblarle el labio al borde de las lágrimas. Su hijo se estaba preparando visiblemente para el colapso de su cumpleaños, y Juliana se sintió apenada por las huellas que la Guerra Civil habían dejado en su vástago. Tom no estaba sorprendido de que hubiera ocurrido. Un niño de cuatro años no debería estar tan preparado para la decepción.

Descubrió que Orlando había ido a Pelham Hall. Por una vez, perdió los estribos. Se fue furiosa hasta allí. Entró de sopetón donde estaban Lovell y sir Lysander, dispuesta a reprenderlos como una fanática sectaria por su irresponsabilidad y

crueledad por organizar lo que ella suponía que era una borrachera. Orlando tuvo suerte de que no hubiese traído la pesada sartén para darle con ella en la cabeza.

Curiosamente, no había jerez a la vista. Esto dio que pensar a Juliana. Los dos estaban sentados en la biblioteca: sobrios, serios, concentrados en una carta. Lovell la estaba leyendo en voz alta, porque el caballero tenía muy mala vista incluso con gafas. Estaban uno a cada lado de la chimenea, inclinados hacia delante con atención en sus asientos de madera tallada y respaldo de mimbre, hablando en voz baja. Lovell parecía estar consultando una hoja en clave.

Su reacción instantánea fue guardarse los papeles en el bolsillo de la chaqueta. Entonces, por algún motivo, ambos decidieron incluir a Juliana. Tal vez fuera porque, sencillamente, no podían soportar dejarlo en aquel momento. Estaba claro que había secretos de por medio, y era muy probable que no pudieran recordar cuánto o cuán poco habían revelado antes.

Lovell le indicó que se sentara. Juliana, sumamente intrigada, se dejó caer en una silla. Se alisó la falda y lo fulminó con la mirada. Él masculló que tenían una carta sobre el rey; al ver que ella adoptaba una expresión de desconcierto, Lovell mencionó a Will Legge. No le explicó si aquella carta la había escrito el propio Legge.

Juliana escuchó con asombro lo que le contaron sobre la huida del rey de Hampton Court. Utilizando a su joven y enfermiza hija Elizabeth como tapadera, había pedido que sus guardias se alejaran más de sus aposentos porque el ruido de sus pasos con las pesadas botas que llevaban molestaba a la niña por la noche. Asombrosamente, sus carceleros habían accedido a la petición.

—¡Parece ser que los corazones guerreros del Nuevo Ejército Modelo se enternecen frente a las princesitas pálidas y rubias!

—Sería generosidad. —Juliana estaba totalmente confusa. Intentaba comprender cuál era el papel de su marido en todo aquello.

—¡Generosidad en su incompetencia! —replicó Lovell con un gruñido.

Puesto que se había sugerido que el rey Carlos debía tratar de encontrar refugio en Essex, donde el apoyo realista seguía teniendo fuerza, con la testarudez que lo caracterizaba, Carlos decidió dirigirse en cambio a la isla de Jersey, en dirección contraria. Sir Lysander explicó a Juliana:

—Ashburnham también ha mencionado la residencia de sir John Oglander, en la isla de Wight. El rey podría ocultarse allí mientras tantean al gobernador de la isla. Si este no se mostrara bien dispuesto, nuestro fugitivo podría tomar un barco hacia Francia... aunque Ashburnham tenía la sensación de que esto dejaría consternados a sus seguidores y animaría al enemigo... Pero se traía de la isla de Wight, y Lovell y yo lo lamentamos mucho.

El rey se escabulló de Hampton Court con Will Legge, bajando por una escalera trasera y atravesando los jardines del palacio. Los preparativos empezaron bien; un bote estaba esperando en Thames Ditton para llevar a los fugitivos a la otra orilla. Ashburnham y Berkeley estaban esperándolos allí con caballos. El grupo se alejó al

galope por la noche. Nadie les persiguió. El coronel Whalley, quien había estado a cargo del rey, se fijó en que el dormitorio parecía estar demasiado tranquilo, pero la puerta estaba cerrada con llave, de modo que, agitado, tuvo que atravesar incontables habitaciones de aquel viejo y laberíntico palacio estilo Tudor hasta que consiguió llegar a los aposentos reales y descubrió que el rey había huido. Allí solo quedaba una capa desechada y el galgo que el rey tenía como mascota, y que gimoteaba lastimeramente.

—Pero, a partir de ahí —explicó Lovell a Juliana con un gruñido—, hasta un mono podría haber organizado mejor las cosas. Se perdieron en el bosque de Windsor durante horas, y se equivocaron de camino pasado Farnham. En Bishop's Sutton llegaron a una posada donde les aguardaba un criado con caballos de repuesto, y que salió a decirles que aquella noche los parlamentarios del lugar estaban utilizando la posada como lugar de reunión.

—¿Debatiendo el futuro de la monarquía? —se mofó Juliana. Sus compañeros se erizaron, pero luego parecieron avergonzados. Se obligó a calmarse—. ¿Todavía hay algo peor?

—Una debacle —confesó Lovell—. Se dirigieron a la costa, donde supuestamente Ashburnham había arreglado las cosas para que un barco los llevara a Jersey. Llegaron tan tarde que no pudieron encontrar el barco en la oscuridad. Les entró el pánico. Dejaron tirado al rey...

Sir Lysander protestó con un resoplido.

—Había partidas de búsqueda por el lugar, y se habían cerrado todos los puertos —gruñó Lovell, cuya buena opinión de sí mismo como organizador le hacía ser doblemente crítico con aquel peligroso desastre—. Su Majestad fue «depositado» en una casa propiedad del conde de Southampton, en Titchfield, a este lado del Solen. Casi no puedo ni relatar la siguiente perversidad. Ese cobarde de Berkeley se va a la isla de Wight, donde el gobernador es un tal Hammond. Los cortesanos se habían convencido de que Hammond estaría de su parte. ¿Por qué iban a pensar eso, en nombre de Dios? ¡Hammond es primo de John Hampden, combatió a las órdenes de Essex, un firme cromwelliano, un puritano fanático!

—¡Cálmate! —murmuró sir Lysander inútilmente.

—Ese ridículo de Berkeley se ha lucido. Va y le suelta a Hammond que tiene a una persona muy especial escondida en casa del conde. «¡Uy, gobernador Hammond! ¡Nunca adivinaría quién anda por aquí cerca!». Hammond no solo lo adivinó, sino que se fue directo a la casa al galope...

—¿Con soldados? —preguntó Juliana.

—¡Por supuesto! Detuvo al rey de inmediato. Lo llevó rápidamente a Cowes, y lo instaló en el castillo de Carisbrooke, que se encuentra justo en el centro de la isla, terriblemente defendido. Aunque Su Majestad lograra escapar del castillo, nunca podrá salir de la isla de Wight por sus propios medios. A cualquiera que intente ir a por él lo descubrirán cuando haga la travesía. ¡Imagina la rapidez con la que los

mensajeros irán a informar al Parlamento de este triunfo!

Juliana pocas veces había visto a Orlando tan enojado. Su voz chirriaba como una puerta vieja, ronca de frustración. Ella comprendía las implicaciones de todo aquello:

—En Hampton Court el confinamiento era relativamente civilizado, pero ahora el rey estará bien encerrado —Juliana miró a sir Lysander y a Orlando directamente a los ojos—. Ashburnham, Berkeley y Legge... ¿Y hay algún otro trabajando por Su Majestad?

—Es mejor que no lo sepas —le dijo sir Lysander con amabilidad. A ella le pareció condescendencia. Probablemente él se dio cuenta.

—¿Es que no se puede confiar en mí?

—No se puede confiar en nadie, querida —declaró Orlando. Juliana le dirigió una mirada que lo dejó helado—. En cuanto trajeron al coronel Hammond a Titchfield, el rey sabía que era un error fatal... «¡Ay, Jack, me has arruinado!», gritó. —Lovell leía por encima las últimas frases de su carta—. Estaba tratando con idiotas. ¡Oh, escuchad! Ashburnham tuvo una idea brillante para arreglarlo: ¡Se ofreció a bajar a la sala donde a Hammond le estaban sirviendo la cena y matarlo! El rey se negó a aceptar semejante acto.

Sir Lysander hizo una mueca:

—Uno tiene que tener principios.

—Nunca debería haberse llegado a ese extremo. ¡Esto es demasiado grave! —espetó Lovell, lleno de furia otra vez—. No tendría que haber habido riesgos, ni errores, ni compromisos. No tendría que haberse dejado nada al azar. Ni debería haberse improvisado. ¡Y menos aún dejarlo a la maldita incompetencia de unos cortesanos de la reina maestros del baile! Will Legge debería haber estado a cargo de la fuga con una banda de buenos soldados y un plan que no permitiera errores.

—El rey estaba sumamente nervioso —lo aplacó sir Lysander—. Necesitaba rostros conocidos. Era más probable incluso que los carceleros relajaran su guardia si solo veían a miembros del séquito conocidos.

Lovell masculló algo inaudible; una obscenidad, sin duda.

Echó una última ojeada a la carta y la destruyó. La arrojó al fuego, pero controló su enojo y con un atizador se aseguró de que todas las páginas se consumieran. A la luz de las llamas que se alzaron, sir Lysander tenía el aspecto menos achispado y más sagaz que Juliana había visto nunca en él; anunció que debían digerir esta noticia con detenimiento. Al día siguiente, él y Lovell seguirían hablando. Entonces Juliana comprendió que se estaba tramando una conspiración mucho mayor.

* * *

Lovell regresó con ella a la granja y no dijo nada más. Juliana también guardó silencio porque se dio cuenta de que no era un buen momento para hablar.

Lovell, entonces en su mejor versión de padre arrepentido, se entregó a entretener

a Tom. Dio la vuelta a las tortitas lanzándolas al aire en medio de un gran júbilo genuino, las cubrió de zumo de naranja, hizo ver que se le escapaba una de las tortitas voladoras... Participó de lleno en la celebración de cumpleaños. Nada indicaba que aquel fuera un conspirador decepcionado que tenía muchas cosas en las que pensar. Juliana cayó en la cuenta de que, si no hubiera ido a la casa, no se hubiese enterado de que Orlando estaba tan ligado a la crisis política.

Aquella noche intentó abordarlo.

—Tú y yo siempre hemos creído en el compañerismo, Orlando. Una esposa debería compartir todos los secretos de su esposo.

—Si pudiera hablar libremente te lo contaría todo. —Las súplicas habían sido en vano. El principio de informar solo lo estrictamente necesario había provocado más de un conflicto doméstico. Se excluye de forma innecesaria a personas de fiar. Luego los idiotas e incompetentes rompen la confianza—. No son mis secretos, cariño —explicó Orlando de modo poco convincente.

Juliana no podía haberlo vigilado entonces más de cerca aunque hubiera sospechado que tenía una amante. Cuando Lovell viajó a la isla de Wight poco después, al menos ella estaba preparada. Por una vez, él le contó adonde iba. No tuvo más buena opinión de él por ello.

Juliana se sentía traicionada. Parecía que todo el tiempo que habían pasado en Pelham Hall se había organizado únicamente para permitir que Lovell trabajara como agente realista, cerca de su patrón. No había tenido una intención verdadera de darles a ella y a los niños una vida familiar, una vida de la que ella había disfrutado tanto bajo una falsa premisa. Aun así, se obstinó en seguir fingiendo que Lovell y ella eran como uno solo. Se ofreció a ir a la isla de Wight con él llevándose a los niños, cosa que podría servir para «camuflar» su misión. Lovell alegó el falso pretexto de que, en aquella ocasión, su trabajo para el rey era demasiado peligroso; no podría exponer a su querida familia a semejante riesgo. Juliana, desolada, decidió que sencillamente no los quería con él. Creía que Orlando disfrutaba de la emoción y el aislamiento. «¡Quiere libertad para jugar él solo!».

El idilio que había durado un año terminó bruscamente. Lo mismo ocurrió con la deferencia de Juliana Lovell con su matrimonio, una víctima más de la Guerra Civil.

CAPÍTULO XLVI

DE CARISBROOKE A GOLDSMITHS HALL, 1648

Sir Lysander Pelham confió a Juliana algunas historias sobre la cautividad del rey en el castillo de Carisbrooke. Sabía que su esposo estuvo en la isla de Wight a finales de 1647, y que la abandonó en los primeros meses de 1648. No le explicó qué papel desempeñó Orlando en los intentos de fuga, si es que participó en ellos. Juliana consideró que no debió de ser muy importante. Dicho fuera en su honor, Lovell era competente. Él hubiera obtenido mejores resultados.

El castillo era una sólida construcción normanda amurallada en lo alto de una colina, con muros de piedra, torreones y una torre maestra añadida para fortificarla contra posibles invasiones por parte de los españoles o los franceses. Servía como una fuerte prisión, pero nunca se había utilizado defensivamente. No obstante, sería desde allí que el rey Carlos emprendería la Segunda Guerra Civil al tiempo que, irónicamente, consentía una invasión extranjera para su ayuda personal.

Al principio, el régimen de la prisión era relativamente laxo, aunque su habitación tenía ventanas con barrotes, tal como representaban los periódicos realistas. Lo mostraban mirando a través de las barras con tristeza, con corona y un atisbo de armiño, cosa que a Juliana le pareció poco probable. La actividad del rey era la de un caballero con interminable tiempo libre; Juliana creía que necesitaría ropa de día elegante y cálida que le permitiera plena libertad de movimientos, así como sombrero y guantes.

Lo llevaban en su carruaje al otro lado del Solent, para que tomara el aire; salía para hacer recorridos panorámicos e incluso asistió al funeral de un hombre al que no conocía. El coronel Hammond tenía un campo de bolos que habían construido para él en el castillo. Había material de lectura disponible. Además de sermones, latín para traducir y *El avance del conocimiento* de Bacon, Carlos leía a Tasso y *La reina de las hadas*. La ficción debía de proporcionar consuelo, pero era típico de ese hombre enterrarse en el escapismo romántico cuando debería haber estado más afirmado en la realidad. Su mayordomo estaba atareado desde el punto de vista social. Los negociadores políticos lo abordaban con cautela. De vez en cuando, a la pequeña nobleza de la isla de Wight se le permitía besar la mano de su soberano y, tal como refunfuñó sir Lysander, «mearse encima de la emoción de estar en la misma cámara que la sangre real».

Los cortesanos que habían ayudado al rey en su huida de Hampton Court solo se quedaron allí brevemente. El Parlamento ordenó el arresto de Will Legge. En Enero, se había marchado a las Islas del Canal, aunque más adelante Juliana se enteró de que había regresado al continente para unirse a los activistas monárquicos en Kent. A

Berkeley volvieron a emplearlo como mensajero de los generales parlamentarios al rey en Abril de 1648, pero él temía que lo acusaran y consideró prudente «retirarse» al extranjero.

Los sirvientes reales de más bajo rango a los que habían dejado en Hampton Court siguieron con lealtad lo que ya era una rutina; hicieron el equipaje y marcharon penosamente en pos de su señor. Este no tardó en tener a su paje, barbero, sastre, carbonero y lavandera; la ayudante de la lavandera era una de las varias mujeres que le traían cartas de la reina y de partidarios de fuera. Al rey se le pasaba la correspondencia en la cena o se escondía bajo las alfombras de su habitación. Había agentes realistas por todas partes, hasta dentro del castillo o esperando en poblaciones cercanas preparados para prestar su ayuda, y tanto en la isla de Wight como en el continente. Una partidaria de cabellos rojos como el fuego llamada Jane Whorwood, quien anteriormente había estado en Holdenby House, apareció en la isla de Wight y se adscribió al castillo. El gobernador era demasiado educado como para despedir a una mujer... o tal vez prefirió tenerla vigilada.

Valiéndose de los consejos del astrólogo William Lilly, Jane Whorwood realizó numerosos intentos para ayudar a escapar al rey. Las estrellas resultaron ser poco fiables en logística: uno de los planes consistía en que el rey escapara a través de los barrotes de la ventana, y Carlos había querido comprobar su viabilidad sacando la cabeza por ellos. El plan fracasó cuando no logró sacar también el cuerpo (cosa que no había ensayado), de manera que, cuando el viento cambió y su barco zarpó vacío, el rey se quedó atrapado de manera ignominiosa. Entonces, Jane Whorwood fue a Londres a buscar un envío de «agua fuerte», que era ácido nítrico; se le derramó una gran cantidad durante el largo trayecto lleno de baches hasta Hampshire, aunque se las arregló para llevar un poco hasta el retrete del rey, junto con una lima. El plan era debilitar los barrotes de la ventana para poder desencajarlos. Por desgracia, el gobernador del castillo se percató de lo que estaba ocurriendo e intervino. Se abandonaron otras ideas más descabelladas: hacer un agujero en el techo del dormitorio del rey; sacarlo vestido con un disparatado disfraz teatral; prender fuego a un montón de carbón vegetal almacenado cerca de los aposentos reales como distracción... Como el coronel Hammond destapaba todas estas estratagemas y las impedía de manera rutinaria, redujo el número de miembros del séquito del rey; cuando despidieron a su barbero, Carlos no quiso ni oír hablar de que un parlamentario se acercara a él con instrumentos cortantes, de modo que tuvo que dejarse crecer el pelo.

Mientras tanto, en Londres, un osado plan para liberar al segundo hijo del rey, Jaime, duque de York, sí que tuvo éxito. El coronel Bampfylde consiguió que su amante, una mujer llamada Anne Murray, le proporcionara ropa femenina; después de un conveniente juego del escondite, el joven duque logró huir. Disfrazado con un vestido con enagua carmesí y fortalecido con una tarta de Wood Street, lo llevaron rápidamente a Francia con su madre, a salvo de convertirse en un rey marioneta en

sustitución de su padre.

A medida que todas estas historias ridículas iban saliendo a la luz a través de sir Lysander, Juliana se iba enojando más y más con Lovell. Ella podía haber sido tan bien dispuesta, ingeniosa y valiente como esas mujeres. Su abuela había trabajado para la corte y, aunque a Juliana nunca la habían obligado a declarar formalmente si era o no realista, sin duda hubiera sido una compañera indomable. Compartía con Lovell una comprensión objetiva de los defectos y limitaciones de los consejeros elegidos por el rey; su esposo debería haberse dado cuenta de que podría haberlo hecho mejor. Juliana reconocía su valía, y creía que Lovell también. El hecho de que la excluyera le heló el corazón.

* * *

A pesar de todo, se le encontró un trabajo. A principios de 1648, Lovell escribió dándole instrucciones de que fuera a Londres para enfrentarse al conocido Comité de Conmutación. Su tarea era suplicar, rogar, disculparse, prometer, desgarrar corazones, sacar favores y, de ser necesario, cometer perjurio para obtener la liberación de la propiedad de Lovell en Hampshire.

Sir Lysander la envió allí acompañada por un mozo de cuadra, y le permitió que se instalara en su elegante casa londinense de Covent Garden. Lysander había sido miembro del Parlamento, aunque había dejado de ocupar su asiento en la Cámara de los Comunes al comienzo de la guerra; como resultado de ello, su residencia en Londres tenía escasos muebles y personal: había sido saqueada en 1642 por oficiales parlamentarios. Juliana se ofreció a organizar un inventario de lo que había sobrevivido, y a confeccionar una lista del trabajo que se tenía que hacer a cambio de su estancia allí.

Su partida hacia Londres le pareció muy bien a Bessy Sprott, de soltera Pelham, quien hacía poco había vuelto a casa para instalarse en Pelham Hall porque su esposo murió. En otro tiempo, la muerte de un hombre tan joven hubiera sido el resultado de la varicela o la peste; en aquellos momentos, las heridas por arma de fuego eran una causa más común. En realidad, Jack Sprott, el más animado y alegre de los yernos de sir Lysander, murió de una fiebre intermitente que contrajo en los pantanos palúdicos de Essex. Juliana tardó un poco en entender qué estaba haciendo allí (más conspiraciones realistas), y creía que su esposa Bessy nunca lo comprendió. La desconcertada Bessy regresó a su hogar natal, impaciente por fastidiar a su hermana reforzando su dominio sobre su padre, en tanto que la gota y un agotamiento general se lo llevaban hacia la tumba. Las dos hermanas veían la presencia de Juliana con desconfianza. Cuanto más admiraba sir Lysander a Juliana, más recelosas se volvían. Aunque era totalmente inocente, se alegró de marcharse.

Se quedó en Londres un mes y medio, una temporada que aún fue más aburrida puesto que había dejado a los niños en Sussex. No había pensado que tardaría tanto

tiempo.

Los delincuentes tenían que presentarse en el Comité de Conmutación de Malvados, situado en Goldsmiths Hall. Juliana consideró muy apropiado que este nombre hiciera referencia al oro, pues se dio cuenta de la gran cantidad de dinero que este comité extorsionaba. Los que apelaban a él con éxito tenían que jurar no volver a alzarse en armas contra el Parlamento, y por supuesto también el Covenant. Tenían que declarar el valor completo de su patrimonio; cualquier declaración falsa o amañada podía reportarles cuantiosas multas. Juliana sabía que el tipo de tasación variaba dependiendo del grado de apoyo que se consideraba que la víctima había prestado al rey. Sir Lysander, como miembro del Parlamento y coronel, había sido multado con la mitad de sus propiedades. Lovell creía que tal vez pudiera escaparse con la tasa normal, que era de solo una sexta parte.

Entre los realistas había muchas consultas sobre cómo dirigir el comité. Se creía que enviar a una esposa a suplicar resultaba más probable que funcionara que aparecer en persona. Cuanto más embarazada y enferma estuviera la mujer, y cuanto mayor fuera el número de los hijos dependientes, mejor. Lovell había escrito que esperaba haber dejado embarazada a Juliana para tal propósito; lo había hecho, pero Juliana tuvo un aborto espontáneo. «¡Utiliza tu dolor!», le había aconsejado Bessy Sprott, lo cual podía ser cínico, pero también sensato.

* * *

Goldsmiths Hall tenía poco más de veinte años, un edificio grande y cuadrado con una entrada majestuosa, con columnas y montantes de estilo ostentoso. Aquel gremio monumental se alzaba en el tradicional centro de la City de Londres, y ocupaba una manzana enorme entre Foster Lane y Gresham Street. Situada en las proximidades de Guildhall y Saint Paul, esta era una zona de mucho bullicio y comercio, poblada por regidores, clérigos, librerías, joyeros y cortabolsas. Juliana había vivido en Londres una temporada con su abuela, aunque no había vuelto a hacerlo desde que era niña. El ruido y el frenesí la impresionaron.

Los apelantes tenían que mezclarse con orfebres y plateros que traían su trabajo a la oficina de ensayo, y con los duros matones que les hacían de guardaespaldas. Cuando Juliana se presentó allí había una cola principalmente formada por otras mujeres, la mayoría de las cuales tenían un aspecto cansado; pero también había algunas que sin duda consideraban que estaban por encima de todo aquello. Una dama sumamente altiva con un enorme vestido de seda estampada entró con paso airado, echó un vistazo tenso a la situación y, acto seguido, volvió a marcharse como si no pudiera rebajarse de ese modo. A Juliana la habían educado para hacer lo que fuera necesario para sobrevivir. Tranquilamente, averiguó cómo funcionaba el sistema por mediación de un hombre que supuso que era un empleado. El hombre señaló la hilera de demás suplicantes con un gesto de la cabeza y dijo:

—Le llegará un intenso olor a lavanda, porque todas han rebuscado en los arcones sus mejores galas para parecer más importantes... las más sensatas vienen con un aspecto más humilde. —El hombre miró a Juliana con detenimiento; ella no tenía galas a las que recurrir—. Primero tendría que presentarse, señora.

A pesar del buen comienzo, el proceso era largo y lento. Los documentos que Juliana había obtenido del Comité de Hampshire el año anterior habían caducado; había que realizar nuevas preguntas sobre las rentas. Esto se hizo por correspondencia, pero ella tuvo que esperar en Londres hasta que llegaron las respuestas, y nadie parecía darse prisa. Luego surgió la cuestión de si, mientras estuvo prisionero después de Naseby, Lovell llegó a dar su palabra de honor, la palabra de oficial de que no intentaría escapar. Los registros se habían perdido. Si no se había obligado a nada, la huida estaba permitida e incluso se admiraba; en caso contrario, Lovell habría cometido un perjurio fatal cuando se escabulló del Palacio de Lambeth. Juliana se mantuvo en sus trece:

—Mi esposo me lo aseguró especialmente. Él no dio su palabra. —¿Acaso el comité leía sus pensamientos mientras se preguntaba si le habría dicho la verdad?

—¿Dónde se encuentra ahora su esposo, señora?

Juliana se dio cuenta de que debía evitar la mención de que Lovell había estado o estaba en la isla de Wight. Por fortuna, en las noticias que recibieron de Sussex se había enterado de que a Lovell lo habían trasladado a Kent para realizar «un encargo». Honestamente, podía negar que supiera lo que estaba haciendo allí, si bien empezaba a sospecharlo.

—Está trabajando. Es administrador de la finca de sir Lysander Pelham, que se ha retirado del apoyo activo a Su Majestad debido a su edad avanzada, y a que está físicamente enfermo y destrozado tras perder a todos sus hijos en la última guerra.

—¡Sí, ya conocemos a sir Lysander Pelham!

No era una buena respuesta. Tras la cuantiosa multa que le impusieron, se negó a someterse y demandó a los arrendatarios de sus tierras confiscadas en los tribunales civiles por rentas que habían pagado al Parlamento. Conocía a otros realistas que habían utilizado el procedimiento legal de esta manera, algunos de los cuales obtuvieron fallos favorables; esto lo animó. Tanto los tribunales como los miembros del Parlamento que servían en comités eran tan respetuosos de la ley, que era posible convencerlos para que defendieran las demandas realistas. Así se frustraban los planes del Parlamento para pagar al Nuevo Ejército Modelo utilizando propiedad confiscada... y además era embarazoso. Juliana reconoció con pesar que la situación iba en contra de las familias como la suya; Lovell no tenía recursos para entablar pleitos arriesgados. Si los realistas más ricos anulaban las decisiones, se impondrían multas más elevadas a los demás.

Las semanas transcurrían con parsimonia, y Juliana empezó a temer que su petición de conmutación sería rechazada. Entonces el tema tal vez sería remitido a otro organismo más enigmático al que designaban los Treason Trustees, que se reunía

en Drury House. Allí las posibilidades de Lovell eran nulas. Juliana había recibido instrucciones de no intentar llamar la atención de dicho organismo. En sus peores momentos, temía averiguar por qué Lovell deseaba pasar desapercibido. Su ausencia siempre la había atemorizado, pero en aquel período cada vez estaba más preocupada por las consecuencias para ella y los niños.

Al Comité de Conmutación le gustaba retrasarse hasta que habían conseguido que los suplicantes desesperaran y fueran sumisos. Juliana ya estaba harta de tener que adoptar un aire de humildad. Empezaba a estar resentida por la posición en que la había puesto Lovell. Ella había dado por sentado que su esposo era relativamente poco importante, pero el grado de sospecha que suscitó su nombre empezaba a alarmarla. El comité parecía estar obsesionado con saber dónde estaba y por qué pedía la conmutación justo entonces. Juliana improvisó y les dio excusas sobre necesidades familiares y el deseo que Orlando tenía de establecerse. Se las arregló para ocultar su propia desesperación ante lo poco que, en realidad, Lovell parecía desear la tranquilidad y la domesticidad.

Como le preguntaban constantemente sobre las actividades de su esposo, Juliana escudriñó las hojas informativas. Sir Lysander le había contado, de manera estrictamente confidencial, que en Diciembre, en Carisbrooke, el rey había firmado un acuerdo formal con los escoceses. Carlos se había comprometido a que, a cambio de una invasión armada para restaurarlo en el trono, instauraría el presbiterianismo durante tres años. Después declararían fuera de la ley a las sectas de librepensadores, una colorida serie típica de: «antitrinitarios, anabaptistas, antinomianos, arminianos, familistas, brownistas, separatistas, independientes, libertinos y buscadores». Aunque el «Compromiso» con los escoceses se había enterrado en secreto dentro de un cofre de plomo en los terrenos del castillo de Carisbrooke, el Parlamento descubrió lo ocurrido. Interrumpieron todas las negociaciones. Los miembros aprobaron un «*Vote of No Addresses*», negándose a tener más contactos. Ahora sería únicamente el Parlamento quien decidiera cómo se recompondría la nación... al menos así sería de no ser que una nueva rebelión realista lo cambiara todo. Dicha rebelión se estaba preparando.

El Nuevo Ejército Modelo había bautizado al rey como un Hombre Sangriento; lo estaba demostrando. Los escoceses empezaron a preparar su fuerza invasora. Desde Carisbrooke, el rey estaba coordinando una nueva Guerra Civil por todo el país.

Con temor a lo que supondría para ella personalmente, Juliana se fijó en que incluso en Londres había un creciente apoyo realista. Dudaba que fuera suficiente para lograr nada. Se tomaron medidas drásticas contra los alborotadores y habían arrestado a John Lilburne y a John Wildman por dirigirse a una reunión de niveladores, en tanto que un regimiento de soldados de infantería se alojaba entonces en Whitehall para controlar las manifestaciones realistas. Hacia el mes de Abril, los aprendices estaban provocando disturbios, y el lord alcalde se refugió en la Torre de Londres. Durante sus idas y venidas a Goldsmiths Hall, Juliana era consciente de la

agitación que reinaba en las calles. Aunque echaba de menos a sus hijos, agradeció haberlos dejado a salvo en Sussex. A mediados de Mayo, oyó disparos de mosquete cuando los peticionarios prorealistas de Surrey y Essex intentaron entrar a la fuerza en la Cámara de los Comunes; una lluvia de proyectiles cayó sobre los guardias, y estos respondieron con balas. Juliana oyó decir que habían muerto diez personas, y cientos de ellas habían resultado heridas.

Los levantamientos se extendieron por todo el país. Se iniciaron rebeliones en Gales, donde los oficiales parlamentarios se negaron a obedecer las órdenes. En el norte, sir Marmaduke Langdale, partidario acérrimo del rey, tomó Berwick, en tanto que sir Philip Musgrove tomó Carlisle para así proporcionar una ruta de invasión clara a los escoceses. Les habían prometido que el príncipe de Gales acudiría en barco desde Holanda para unirse a ellos. Hubo disturbios en Norwich. Después, estalló un importante alzamiento por todo Kent, donde se encontraba Lovell: Rochester, Sittingbourne, Faversham, Chatham, Dartford y Deptford fueron tomadas, y la flota estaba impaciente en los Downs, el fondeadero que tenían frente a las costas de Kent. En Mayo y cerca de allí, en Deal, apareció un extraño joven «a pie, vestido con un traje negro viejo y raído, sin más compañía que los piojos». Los habitantes de Kent recibieron a aquel poco probable pretendiente y aceptaron su palabra de que era el Príncipe de Gales. Thomas Rainborough, que para entonces era el vicealmirante de la flota parlamentaria, creía, y con toda la razón, que aquel hombre era un impostor, pero el incidente condujo a un declarado motín naval en el que Rainborough se negó a embarcar en su propio buque insignia. Aunque los marineros admitieron que había sido un «coronel cariñoso y cortés con ellos», pagaron para enviarlo al coste de seis peniques en un filibote holandés de vuelta a Londres, con su esposa y otros parientes. Los amotinados tomaron nueve barcos de guerra, y zarparon rumbo a los Países Bajos.

Había rumores de que un numeroso ejército realista, de unos diez mil hombres, se había congregado en Kent. Entonces Juliana se convenció de que Orlando estaba allí, organizando las cosas. De ser así, probablemente quisiera que le devolvieran sus propiedades para poder venderlas o hipotecarlas y recaudar fondos. Había engañado a su esposa, utilizándola para que lo consiguiera por él, con la intención de que, si tenía éxito, los llevaría a la bancarrota y destruiría la herencia que podrían haber tenido sus hijos. A Juliana le hervía la sangre.

* * *

El ambiente en Londres se volvió tumultuoso, y Juliana casi esperaba que el comité rechazara su petición. Quería volver a Sussex. Una mañana, tras una espera infructuosa en Goldsmiths Hall, salió a tomar el aire y, en lugar de tomar el recorrido habitual hacia las librerías de los alrededores de Saint Paul, donde normalmente miraba escaparates, sus pasos la condujeron por Lothbury. Era una vía principal, si

bien famosa por el ruido de los herreros. Dobló por Basinghall Street en busca de más tranquilidad, un tramo tortuoso que rodeaba Ghildhall. Le llamaron la atención las mesuradas notas de una viola tenor procedentes de una ventana elevada, tocando un aire que parecía una canción de amor. Atraída por la música, entró en una pequeña imprenta.

Era un lugar ligeramente oscuro y lleno de actividad. La gran prensa dominaba, con una mesa alta para la composición. Los periódicos se colgaban en unos alambres largos para que se secaran. En las paredes había publicaciones extensas y descoloridas, colgadas como carteles, la mayoría de ellas de unos dos años de antigüedad, como si alguien hubiera decorado la tienda entonces: listas de las doscientas o trescientas victorias que se le atribuían al general Fairfax rodeaban grandes retratos ecuestres de él, o bustos más pequeños de todos los generales parlamentarios; escritos conmemorativos y elegías por el conde de Essex, que había muerto en Septiembre de 1646; Juliana leyó: «Anales y registros más destacados del reinado del rey Carlos... donde podemos ver claramente cómo el Partido Maligno, papista, jesuítico y de los prelados ha procurado la ruina de esta Iglesia y este reino, pero que la misericordia de Dios evitó milagrosamente...». No había duda alguna sobre las tendencias del impresor.

Vendían un nuevo periódico llamado *The Public Corrauto*. Juliana empezó a leer la portada. El aprendiz, dentado y de orejas grandes, pensó sin duda que solo estaba perdiendo el tiempo. Sumamente receloso, manejó la gran prensa lentamente mientras la observaba. Estaba comiendo unos pedazos de tarta de frutas de un plato de Delft. En un rincón, que le pasó desapercibido al principio, había una mujer guapa, de ojos oscuros y de unos cuarenta años, que dirigía al muchacho una mirada irritada, como si quisiera que no se comiera la tarta. La mujer estaba cosiendo panfletos; era un trabajo duro, no era precisamente una tarea para un dedal delicado. Había que presionar el ojo de la aguja con un pedazo de pizarra para que esta traspasara las páginas. Tenía los dedos rojos y doloridos, aunque parecía saber lo que estaba haciendo.

Juliana se acercó y sonrió. Prefería tratar con una mujer. Entablaron conversación, de manera bastante afable, aunque ambas recelaban. Con una copia del *Corrauto* en la mano, Juliana preguntó sobre las últimas noticias.

—A Cromwell lo han enviado a Gales; el Lord General está llevando soldados a Kent. El conde de Warwick ha sucedido a Rainborough como almirante, y se ha ido a tratar con la Armada.

—¿Cree que tendrán éxito? —inquirió Juliana, que se preguntaba qué le ocurriría a Lovell—. Parece como si ahora el rey tuviera mucho apoyo.

—La guerra será corta y brutal, es lo que dice Robert Allibone, el impresor de aquí.

—¿Su esposo?

—¡No, no! —La mujer se ruborizó, y pareció ser consciente de que el aprendiz

estaba escuchando. Antes de bajar rápidamente la mirada, la alzó hacia el techo, donde aún se oían los sonidos de la viola que en aquellos momentos tocaba una fuga —. Me llamo Anne Jukes.

—¿Trabaja aquí?

—Llevo el negocio de comestibles de mi esposo mientras él está fuera. —«En el Nuevo Ejército Modelo», pensó Juliana con nerviosismo. Entonces miró a la mujer y, escuchando aquella música conmovedora, se dijo en un capricho que «quizá le viene bien que su esposo esté ausente porque ama a otro hombre...»—. Vengo aquí a ayudar con ciertas publicaciones.

Juliana hizo un gesto con la cabeza y señaló el panfleto que Anne Jukes estaba apilando:

—¿Publicaciones revolucionarias?

Anne había identificado a su cliente como realista. A menudo acudían a la imprenta mujeres solas y abatidas, con cara larga y vestidos descoloridos, después de que las hubieran machacado en los comités.

—¡En la ciudad a las mujeres se nos permite pensar! —«Y rezar si queremos, y hacer peticiones, y pagar nuestras cuotas y unirnos a los niveladores...»—. Esto es una discusión de los principios niveladores para los que son partidarios. Nuestro periódico llamado *The Moderate* empezará a salir el mes próximo.

Tan claramente dio a entender que Juliana no querría un panfleto de los niveladores que ella lo compró de todas formas, y también un ejemplar del *The Public Corrauto*. Sorprendida, la mujer le ofreció un pedazo de tarta; la había hecho ella misma y estaba muy buena. Le explicó la receta a Juliana. Mientras esta regresaba de vuelta a Goldsmiths Hall, siguió preguntándose para quién habría traído la tarta a la imprenta Anne Jukes.

* * *

Asombrosamente, justo en aquel momento en que parecía claro como el agua que Lovell debía de estar enzarzado en la rebelión de Kent, el Comité de Conmutación acordó una multa y le devolvió sus tierras. Juliana estaba autorizada a arreglar lo de la multa mediante el banco de sir Lysander, de modo que se pasó el resto de la tarde realizando gestiones; obtuvo un certificado de exoneración del embargo y, cuando anochecía, dejó Goldsmiths Hall por última vez.

Iba acercándose a la casa de la ciudad intentando recordar la receta de Anne Jukes para el dulce hasta que tuviera la oportunidad de anotarla. Se percató de que una joven llevaba el mismo paso que ella, demasiado cerca de su hombro. Juliana llevaba el monedero vacío, aunque perder el certificado de las tierras que tanto le había costado conseguir habría sido un fastidio después de meses de trabajo para que se lo dieran, todavía le habría molestado más que le arrebatara el ejemplar de *The Public Corrauto* antes de haberlo leído. Veía la puerta principal de la casa de sir Lysander, y

sabía que era una posición peligrosa donde a muchos propietarios los asaltaban mientras manejaban las llaves. Juliana se dio media vuelta bruscamente y se quedó mirando a la joven que la seguía.

Era una golfilla delgada y pálida, vestida con un chal andrajoso sobre unas sucias enaguas amarillas. La criatura fingió inocencia y se alejó. Entonces, un hombre que había estado siguiendo a la joven se le acercó y le habló. Como ya se encontraba a salvo del intento de robo, Juliana perdió interés.

CAPÍTULO XLVII

COVENT GARDEN, 1648

Entonces su nombre era... algo nuevo. ¿Quién necesitaba un nombre? Últimamente trabajaba sola, haciendo un recorrido por los soportales con el crepúsculo como un murciélago, cazando. Había hecho de Covent Garden su guarida, y se dirigía a ese magnífico lugar tan ideal para sus propósitos.

La plaza italiana situada en el jardín de las cocinas del viejo convento de la abadía de Westminster había sido diseñada en 1632 por el aparejador real, Iñigo Jones, para el conde de Bedford, uno de los principales aristócratas conspiradores que organizó el Parlamento Largo y la caída del rey. A pesar del creciente antagonismo entre ellos, el rey había sido uno de los principales valedores de aquel primer experimento de planificación urbana con la creación de la primera plaza pública de Londres. En dos de sus lados, la plaza estaba bordeada por casas altas adosadas, pensadas para la sociedad elegante: «las habitaciones de caballeros y hombres con solvencia». Al oeste se hallaba la nueva iglesia de Saint Paul y, al sur, la mansión ya existente de la familia Bedford, que daba al Strand, la arteria principal que conectaba la ciudad de Londres con la corte en Whitehall, o con el Parlamento en Westminster.

Como suele ocurrir con muchos proyectos ambiciosos, el dinero se agotó. Cuando a Iñigo le encargaron la construcción de la iglesia de Saint Paul, lord Bedford ordenó que no debía hacerla más cara que un granero. El arquitecto respondió valientemente: «¡Tendrá el granero más bonito de Inglaterra!», pero tuvo que soportar aún más intromisiones cuando William Laud, que entonces era obispo de Londres, insistió en que el altar de la iglesia debía estar en el lado este, donde se había diseñado un enorme pórtico toscano como entrada principal. Se añadieron dos puertas insignificantes a ambos lados, en tanto que tuvo que hacerse una nueva entrada por detrás a la que se accedía ignominiosamente desde un pequeño cementerio y un sendero embarrado.

Rodeando la plaza había una cuadrícula de calles, cortas pero anchas, totalmente distintas de los callejones tortuosos a los que los londinenses estaban acostumbrados: King Street, Charles Street y Henrietta Street se llamaron así por el patronazgo real, mientras que Bedford Street, Russell Street, Southampton Street y Tavistock Street rendían tributo a la propia familia y contactos del conde.

No se puede hacer que la gente se comporte de acuerdo con un gráfico. El magnífico plan original falló en sus encumbradas intenciones. A pesar de las viviendas elegantes para gente adinerada, la plaza era una zona pública, de modo que los indeseables la colonizaron rápidamente. La presencia de riqueza era un aliciente para toda clase de merodeadores de los bajos fondos, que, si bien proporcionaban

vicio a la alta burguesía, también les robaban. El famoso mercado de verduras y flores empezó de forma muy precaria en la década de 1640, antes de que el conde de Bedford sacara provecho de su inversión con un permiso para un mercado íntegro; los primeros puestos esparcidos por allí ya atrajeron tanto a un público normal como a delincuentes. Las nuevas tabernas bien construidas en las hermosas calles de Iñigo se convirtieron al instante en una guarida de haraganes, calaveras e inútiles. Había borrachos. Los borrachos armaban peleas. Había duelos. Por las noches, toda la zona adquiría un carácter amenazadoramente ruidoso que ofendía a los refinados propietarios bajo cuyas ventanas de guillotina encortinadas tenían lugar los alborotos. Hacia 1648, las palabras «¿Para esto pagamos nuestras rentas?» se pronunciaban en tensos acentos aristocráticos, y en cuanto se construyeron otras plazas privadas más tranquilas y con mayor seguridad en otras partes, los atractivos de Covent Garden quedaron en un segundo plano.

En aquellos momentos, todavía era un excelente refugio para una golfilla de la calle. Tenía a incautos de los que aprovechar y tabernas cálidas en las que retirarse si tenía fondos, de los que al principio disponía en abundancia. Cuando se le terminó el dinero, los tenderetes del mercado le recordaron sus orígenes; sabía cómo presionar o engañar a los tenderos para que permitieran que se quedara con la mercancía magullada o sobrante. Volvió a la costumbre de su niñez de buscar manzanas y zanahorias que hubieran caído al suelo. A la enorme plaza llegaban paseantes a los que empujar y robar y había rutas de escape por todas partes. Podía saltar el muro bajo que rodeaba la zona central, o meterse por las calles laterales que no estaban abarrotadas y alejarse de allí. Los nobles pórticos, con sus arcos romanos redondeados y sólidos pilares de ladrillo, proporcionaban la oportunidad de merodear. Diseñados para brindar sombra y proteger del ardiente sol de Italia, en Inglaterra aquellos pasillos palatinos eran sombríos y húmedos, con poco comercio callejero; carecían de alumbrado, y por la noche estaban llenos de amenazas.

Allí era donde la merodeadora se ganaba la vida a duras penas, con resultados cada vez menores. No tardó en gastarse todo lo que ganó por los caminos con Jem Starling. Lo despilfarró en bebida, o se lo robaban mientras dormía. Como nadie le había enseñado a manejar el dinero, los embaucadores callejeros la engatusaban fácilmente, y malgastó monedas valiosísimas. Los prestamistas le sisaban con las baratijas que les llevaba y luego, si se compraba una buena chaqueta o un par de guantes, se le estropeaban o se los robaban. Ahora era mayor, no podría volver a la vida de salteadora de caminos, ni siquiera aunque hubiera podido encontrar la manera de salir de Londres para hacerlo. Así pues, se quedó donde estaba, merodeando por Covent Garden donde, rápidamente, se hundió en la miseria. Allí, un día del verano de 1648, siguió a una mujer joven que parecía convenientemente preocupada, hasta que el objetivo se dio media vuelta de repente y clavó la mirada en ella. La había descubierto.

Pasó de largo. Entonces se dio cuenta, con fastidio, de que mientras ella seguía

los pasos de aquella mujer joven, un hombre la estaba siguiendo a ella. Al darse la vuelta para protestar e insultarlo, el hombre la abordó:

—¡Esa señora te vio y sabía cuáles eran tus intenciones!

Ella fingió inocencia:

—¡No es cierto!

—Sabes que tengo razón.

El hombre llevaba un traje marrón que tenía varias décadas, y una chaqueta llena de manchas que casi era tan vieja como el traje. Ya lo había visto antes por la zona, aunque no tenía ni idea de a qué se dedicaba o de si vivía allí o no. En aquellas casas altas seguro que no, a menos que fuera un secretario o un hombre de negocios. Pero su aspecto era más duro, más propio de un extorsionador, un proxeneta o un confidente de la justicia. Sus ojos eran los de un solitario, los de alguien que no admitiría abiertamente el oficio indecente al que se dedicaba. Tal vez solo fuera un religioso, un sectario fanático, pensó para sí con sorna.

Se sintió incómoda bajo el escrutinio de aquel hombre. Lo que él veía era una delgada veta de problemas y tensión, con el rostro demacrado y los ojos hundidos que solo podían llegar a tener las mujeres agotadas de las calles de Londres. En ocasiones, era el resultado de la bebida. El hombre vio que subsistía penosamente. Si aquella ladronzuela había sido próspera alguna vez, de eso hacía ya mucho tiempo, y ahora iba directa a su destrucción. Estaba a punto para que se encargara de ella. Si no lo hacía, no pasaría ni una semana antes de que la cogieran. Entonces le esperaría la horca. Le estaría haciendo un favor.

—Podría delatarte... pero no voy a hacerlo.

—¡Ah, entonces ya sé lo que quieres! —lo reprendió, rechazando sus supuestas insinuaciones con aire despectivo. Con todo, se preguntó si debería complacerlo, solo para ganarse unos cuantos peniques.

—No sabes nada. Puedo ayudarte.

—¿A qué? ¿A meterme en el cepo para el ganado ahora y que tenga un bastardo enfermizo dentro de diez meses? —¿Se daría cuenta él de que lo sabía todo al respecto?

—A conseguir una nueva vida.

—¡Ah, eres un predicador! —La merodeadora se echó a reír. Que se olvidara de nutrir su alma. Lo único que ella quería era comer algo... y ahora que lo pensaba, lo necesitaba con urgencia. Estaba tan delgada que, incluso en pleno verano, notaba el frío en sus frágiles huesos. En aquellos momentos su debilidad era peligrosa; si se iniciaba un alboroto no tendría energía para correr.

—No voy a imponerte la religión —le prometió el hombre—. A menos que seas tú quien elija ese camino. Pero la gente que tiene fe y que se ha marchado para llevar una nueva vida en un país mejor, todos ellos gente buena y honesta, necesitan mozas sanas de buen carácter y con temple para que les sirvan en sus casas. Yo las recluto para ellos. Si quisieras escapar de tu miseria para tener una profesión respetable en

una tierra de esperanza y prosperidad, yo podría mostrarte el camino.

—Nadie me querría a mí.

—No es necesario que nadie sepa lo que has sido o de dónde vienes. —Jugó su mejor carta—: Me dirigía a comer algo. Ven, si quieres. Come conmigo a mi cargo, y límitate a escuchar. ¿Qué mal hay en eso? No hay ninguna obligación. Ninguna en absoluto.

Ella fue, por supuesto. El hombre sabía lo que hacía. Una comida gratis compraría a cualquiera. Sabía cuál era el momento oportuno de ofrecerla, cuando estaban desesperadas. Justo cuando empezaba a oscurecer y a asentarse el frío de la noche, cuando estaban cansadas después de una jornada larga e infructuosa... Su trabajo era sacarlas de la calle, y en eso era un experto infalible. Una vez las hubiera atraído al depósito, cerca de Saint Giles-in-the-Fields, cogería su comisión y desaparecería. Otros la mantendrían a salvo. Alimentada, después de brindarle una cama caliente y seguridad, de proporcionarle un vestido y un gorro limpios, de prometerle libertad y un trabajo liviano como preciada sirvienta en una casa respetable de las colonias, estaría a punto para los portadores de los contratos. Al igual que muchas antes que ella, iba a «firmar el contrato», a poner su marca en él de manera voluntaria, a escuchar mientras se le «explicaba» la importancia del documento, sin saber que la estaban engañando y vendiendo para algo muy parecido a la esclavitud...

No era muy diferente a lo de atraer vírgenes a los burdeles, aunque sonaba mejor. Él había hecho ambas cosas, de modo que sabía que ambas jugaban con la soledad y el miedo, la esperanza y la ambición mal encauzada. Las víctimas eran jóvenes, y la mayoría aceptaban de buen grado el contrato de aprendizaje. Cuando se daban cuenta de que las habían traicionado e iban a trabajar en las plantaciones hasta caer rendidas, había mil millas de océano entre ellas y sus casas y no tenían posibilidad de apelar. Aquella, junto con muchas otras, no tenía a nadie que fuera a echarla de menos.

Ahora ya era suya. Su nombre apenas importaba. Estaba a punto de desaparecer, de Covent Garden, de Londres, incluso de Inglaterra. Había sido «abducida».

CAPÍTULO XLVIII

COLCHESTER, 1648

El mozo de cuadra que había acompañado a Juliana hasta Londres todavía estaba esperando en la casa de la ciudad. Había empezado una relación con la sirvienta interina, de modo que se negó a regresar a Sussex alegando tener miedo de los soldados de los caminos. Juliana no pudo convencerlo. Era el problema del patronato. Cuando funcionaba, la vida era sencilla; cuando dejaba de funcionar, los dependientes quedaban atrapados. Ella no tenía autoridad para dar órdenes a los sirvientes. No quería perder el tiempo que le llevaría escribir a Pelham Hall para explicar la situación... y tampoco tenía muchas ganas de viajar con un mozo abatido y renuente. Ansiaba recuperar a sus hijos y no se amilanó; encontró un mensajero que la llevaría. Por suerte, era verano y todavía había muchos trabajando.

Llegó a Pelham Hall a finales de Junio. Una buena mujer del pueblo había estado cuidando de Tom y Valentine, que cayeron sobre ella en medio de torrentes de lágrimas, aunque Juliana no tardó en determinar que simplemente estaban haciéndola sentir culpable. Al menos, ahora estaban juntos de nuevo. No se sabía nada de Lovell, por supuesto. Sus hijos no dejaban de preguntar dónde estaba, como si fuera su progenitor favorito.

Había malas noticias. Mientras Juliana estuvo ausente, a sir Lysander Pelham lo habían encontrado muerto en la cama. No tenía ninguna enfermedad propiamente dicha, aunque sus hijas afirmaban que se le había roto el corazón con la derrota en la Segunda Guerra Civil. Muerto sir Lysander, estaba claro que ya no querían a los Lovell allí. Aunque no se emprendió ninguna acción para desahuciar a Juliana y a sus hijos mientras ella estuviera sin recursos, se esperaba que, cuando el esposo regresara, la familia siguiera su camino. Resultaría útil empezar a embalar las cosas.

* * *

Juliana aceptó la precaria situación con calma. Había tolerado a sir Lysander Pelham, pero sus parientes nunca le gustaron. Se las arregló para seguir siendo educada con ellos durante el mes de Junio y llegado Julio, con la esperanza de que su esposo volvería a buscarla. Pero entonces sus esperanzas se difuminaron. Al leer las hojas informativas, Juliana se llevó una gran impresión. Antes de lo que ninguno de ellos se esperaba, pudo complacer a las hostiles mujeres de la familia Pelham.

El prometedor inicio de la revuelta realista se había visto frustrado de manera sistemática. Oliver Cromwell se había preparado para la acción en Gales, sitiando castillos ocupados por los rebeldes; en cuanto cayeron Tenby y Pembroke, tuvo vía

libre para ir al norte y ocuparse de la invasión de los escoceses. Juliana prestó más atención a lo sucedido en Kent, donde se suponía que estaba su esposo. Allí los realistas poseían un ejército numeroso y bien organizado, apoyo de la Armada y de las ciudades y castillos que controlaban, y una ansiada bienvenida por parte de la ciudad de Londres. Habían esperado que Fairfax, que entonces era lord después del fallecimiento de su padre, condujera a las fuerzas parlamentarias hacia el norte para bloquear al ejército escocés; depositaron sus esperanzas en que los escoceses lo derrotaran. En cambio, Fairfax tomó un cuerpo de soldados reducido pero muy experimentado para sofocar la insurrección en el sudeste.

Cuando Fairfax cabalgó hacia Kent, iba muy en serio. Su reputación lo precedía; las deserciones realistas empezaron de inmediato. Aunque los rebeldes habían reclutado a un número de efectivos superior, estos estaban divididos equivocadamente entre Maidstone, Dover y Rochester. Tuvo lugar una sangrienta lucha en Maidstone, que Fairfax capturó, calle tras calle, en el transcurso de cinco horas. En otros lugares, Rich liberó el castillo de Dover, mientras que Ireton tomó Canterbury. Muchos realistas se dispersaron bajo la promesa de un buen trato. En cuestión de semanas, se barrieron los últimos focos de la nueva rebelión.

Entonces tuvo lugar un cambio que iba a horrorizar a Juliana. El grueso del ejército realista en Kent estaba a las órdenes del conde de Norwich, el anciano padre de sir George Goring. Lord Norwich avanzó hacia Londres; llegó a Blackheath, en las afueras, lleno de confianza todavía. Sin embargo, cuando la lucha parecía inminente, la ciudad se desanimó; Norwich se encontró con las puertas cerradas. Skippon estaba protegiendo la ciudad, en tanto que Whalley se había dirigido al puente de Londres con algunos soldados del Nuevo Ejército Modelo para tomar posición en Essex. Ambos eran comandantes de confianza. Hostigado por la caballería parlamentaria, Norwich bajó hasta Greenwich, donde cruzó el Támesis en dirección norte con tan solo quinientos soldados desesperados, que fueron transportados en pequeños botes o bien cruzaron nadando con sus caballos. Otros dos mil realistas o más habían desertado y huido.

Lejos de allí, al este de Kent, Fairfax consideró que no había ningún peligro en dejar que los subordinados terminaran de restaurar el orden. Cruzó el estuario en bote desde Gravesend a Tillbury. En la orilla norte del Támesis, en Essex, el apoyo realista aumentó rápidamente al principio pero, con la misma rapidez, se vino abajo de manera espontánea. De pronto, su situación parecía desesperada. Norwich buscó refugio en Chelmsford y, desde allí, junto con sir Carlos Lucas y otros jefes, avanzó hasta Colchester, que era la ciudad natal de Lucas. Fairfax los seguía peligrosamente cerca. Los realistas tenían intención de quedarse allí una sola noche, y convencieron al alcalde de Colchester para que los dejara entrar.

Nada más llegar, Fairfax intentó tomar la ciudad por asalto, pero las defensas resistieron. No podían escapar porque sus soldados eran principalmente de infantería, y la caballería parlamentaria los haría pedazos. Las Trained Bands de Suffolk, que

apoyaban a Fairfax, bloqueaban todos los caminos hacia el norte. Las embarcaciones realistas que intentaban llevar suministros por el río Colne se vieron obligadas a emprender la retirada, y entonces llegaron tres barcos de guerra parlamentarios procedentes de Harwich. Las tropas de Fairfax capturaron el puerto.

Empezó a llover. Fairfax se sentó a esperar que Colchester se muriera de hambre, en lo que se convertiría en un asedio prolongado, amargo y terrible. Juliana leyó detenidamente la noticia mientras su ciudad natal empezaba a sufrir. Fairfax no contaba con los hombres ni el equipo suficiente para tomarla al asalto. Con determinación, rodeó Colchester mediante diez fuertes conectados por rudimentarias empalizadas. Los defensores dispararon contra ellos y efectuaron alguna que otra salida, lo cual dio lugar a luchas encarnizadas. La lluvia cayó sin cesar hasta que el campo se inundó. Las condiciones en el interior de la ciudad empeoraron.

Oliver Cromwell y John Lambert, por su parte, siguieron a los invasores escoceses por el norte de Inglaterra. Vencieron a los escoceses de manera aplastante y los pusieron en fuga cerca de Preston durante dos días del mes de Agosto. Cuando se informó de este hecho en Colchester, los jefes realistas decidieron dispersarse y escapar o morir; sin caballos, era una idea descabellada, por lo que sus soldados se amotinaron. La ciudad se rindió a Fairfax.

* * *

Había hojas informativas muy gráficas.

Juliana las leyó con creciente desesperación. El pan se había terminado. Los habitantes sitiados se habían comido la carne de los caballos, después la de los perros y los gatos, y finalmente la de las ratas. Los jefes realistas ocultaron a los sacrificados ciudadanos todos los términos de rendición favorables que Fairfax ofrecía, hasta que este lanzó flechas por encima de los muros, envueltas en octavillas en las que se daban los detalles. Había resentimiento, y el pueblo rogaba a lord Norwich que se rindiera, pero él no iba a someterse. Juliana pensó en las ratas, y se imaginó con demasiada claridad su tamaño, sus ojos de mirada inteligente y los chillidos terribles que daban si las atrapabas... Tuvo unos sueños terribles. Consideró sus alternativas de forma desesperada y tomó una decisión. Las mujeres Pelham quedaron asombradas cuando su inoportuna invitada de la granja de sir Lysander fue a decirles, visiblemente agitada, que tenía que marcharse.

—Debo dirigirme a Colchester con la máxima urgencia.

—Pero señora, esto no puede ser seguro ni sensato... ¿cree que su esposo está allí y ha sido capturado?

—Tengo que ir. Mi familia vivía en Colchester. Uno de los míos estaba en la ciudad... una persona que no puede haber soportado estas condiciones...

Por primera vez, los Pelham vieron a Juliana Lovell perder su sereno control. Las lágrimas acudieron a sus ojos; los labios le temblaron. Cuando Bessy tuvo el impulso

de acercarse a ella, Juliana no pudo hablar, se tapó la boca con la mano y empezó a temblar de angustia. Finalmente, los años de ausencia y el silencio habían llegado a ser demasiado para ella.

—¡Vamos, señora Lovell! ¿Qué es lo que ocurre? ¿A quién conoce en Colchester?

—A Germain Carlill. Un frágil anciano que perdió el juicio hace años, y también conozco a la buena mujer que lo cuida. —Juliana tomó aire y se obligó a no desmoronarse—. Es mi padre —dijo.

CAPÍTULO XLIX

COLCHESTER, 1648

El Nuevo Ejército Modelo se resintió amargamente de la Segunda Guerra Civil. Cuando Fairfax acabó con los motines de los niveladores en Ware, los hermanos Jukes, al igual que la mayoría de sus colegas, cedieron a regañadientes. Ambos admiraban el coraje y la energía del lord general, y querían confiar en su palabra cuando les garantizó que las quejas del ejército serían atendidas. Fuera cuales fueran los atractivos de las nuevas ideas republicanas, ellos necesitaban su paga atrasada; un motín era una manera segura de perderla. La huida del rey y el comienzo de la Segunda Guerra Civil los deprimieron profundamente. En aquellos momentos, los dos hermanos Jukes ardían en ideales republicanos, Gideon a través de la influencia de Robert Allibone y por lo que había oído en Putney, y Lambert porque su esposa Anne se había implicado en los asuntos de los niveladores civiles. La nueva revuelta realista puso todas sus esperanzas en compás de espera.

Durante los levantamientos, los niveladores se abstuvieron de toda actividad política. Si estas revueltas tenían éxito, los cinco años de lucha y sufrimiento habrían sido en vano. No habría posibilidad de reforma política. El rey, que no había aprendido nada sobre el compromiso, volvería a sumirlos en las mismas condiciones que iniciaron la Guerra Civil.

Los soldados del Nuevo Ejército Modelo se sentían frustrados por tener que soportar más combates. Para los milicianos londinenses aquello era casi insoportable; las ansias de volver a casa se habían exacerbado cuando Rainborough condujo a los cuatro regimientos dentro de la ciudad. Aquel día, todos habían llevado hojas de laurel en los sombreros como señal de victoria; sin embargo, no hubo un regreso alegre. Era una tortura estar tan cerca de sus casas y de sus seres queridos y tener que estar acuartelados y en armas. Aun así, solo unos pocos soldados desertaron. La mayoría, al igual que Gideon y Lambert, tenían la sensación de que, a esas alturas, habían arriesgado demasiado como para abandonar.

Durante aquella breve estancia en Londres, los amigos y la familia intentaron visitarlos. Ver los rostros conocidos era una alegría, aunque resultaba sumamente perturbador. Después, las tropas volvieron a su rutina militar, preguntándose cuánto tiempo más tendría que continuar, y con una nostalgia más acuciante.

Robert Allibone había ido a ver a Gideon. Llevó consigo a Anne para que viera a Lambert. Todos esperaban que los hermanos no tardarían en poder dejar el ejército. Querían un acuerdo, la paz y el regreso de sus hombres y amigos. Consiguieron verse varias veces, aunque Gideon tuvo la sensación de que ninguno de los encuentros había ido bien. Se habían abierto fisuras. Lambert y él siempre habían dado por

sentado que, cuando los dieran de baja del ejército, volverían a familiarizarse rápidamente con la normalidad en casa y en el trabajo. Ahora surgían dudas al respecto. Tal vez la vida civil entrañara ciertos problemas. La gente en casa parecía haber cambiado. Claro que ellos también habían cambiado, aunque la mayoría no eran conscientes de ello.

Si bien Gideon y Robert habían mantenido correspondencia todo el tiempo, la actitud de Robert era extrañamente distante cuando se encontraban. Gideon sospechaba que se trataba de culpabilidad. En una de las visitas fue con él Amyas, el aprendiz. Amyas, a quien Gideon recordaba como un adolescente novato, era entonces un joven fornido al que solo le quedaban unos meses para finalizar su aprendizaje. No se dijo nada, pero estaba claro que si Gideon no volvía pronto al negocio, Amyas ocuparía su lugar como socio de Robert. Robert se sentía violento, pero estaba trabajando duro para los niveladores y dependía de la ayuda de Amyas. Dado que nadie podía adivinar cuándo dejaría Gideon el ejército, puede que hubiera que tomar decisiones sin él.

Parthenope Jukes había muerto sin que sus hijos lo supieran siquiera. Para Lambert, quien había vivido en casa de sus padres casi toda su vida, ahora era su casa, así como la tienda y el negocio, cosa que hacía que su retorno fuera mucho más urgente. Sin embargo, Lambert parecía tener problemas con Anne. Gideon interpretó los indicios. Una noche pudieron cenar todos juntos, pero se sintió incómodo con la actitud irascible de Lambert y Anne. Después, Lambert estuvo varios días irritable, como si se hubiera llevado una impresión. Anne había llevado el negocio de comestibles durante tres años sin él. Al igual que otras mujeres que de pronto se encontraron a cargo de un negocio, lo hizo bien. Pero cuando su esposo le pidió informes sobre la marcha de las cosas, ella pareció poco dispuesta a discutir nada; al celoso Lambert le sentó muy mal. Gideon previó una fuerte disputa cuando su hermano regresara a casa y esperara hacerse cargo de las cosas. Le estaría agradecido a Anne por lo que había hecho en su ausencia, pero no haría concesiones. Era probable que Anne ya se diera cuenta de que su situación se vería drásticamente alterada. No podía entusiasmarse con la idea de volver a exiliarse en la cocina, y menos después de haberse convertido en una mujer con poder adquisitivo, autoridad para participar en contratos y derechos de patrón para con los empleados de la tienda.

A Gideon no le sorprendió que su hermano solicitara el traslado a Londres. Como Teniente de la Torre de Londres, Fairfax estaba formando su propia guardia, un regimiento de seis compañías que aseguraría la Torre y su arsenal, y que se encargaría de vigilar a sus importantes prisioneros políticos, y para ello quería a hombres en los que pudiera confiar. Este era el plan original, si bien el levantamiento realista no tardó en alterarlo.

Dados sus contactos en Londres y su historial de servicio, la petición de traslado de Lambert Jukes fue aprobada. Él creía que se iba a casa. Sus esperanzas fueron muy breves. La Segunda Guerra Civil se llevó en primer lugar a las compañías de la Torre

en largas marchas hacia Kent, y luego a Colchester.

Gideon se había quedado temporalmente en el Nuevo Ejército Modelo. Con el nombramiento del coronel Rainborough como vicealmirante, su regimiento había pasado a manos de Richard Deane, un cambio que Gideon no agradeció. Todo el regimiento se mostraba hostil porque Dean había sido el candidato a vicealmirante preferido por Oliver Cromwell; los soldados habían oído que, de hecho, Cromwell había realizado un intento solapado de bloquear el nombramiento de Rainborough. Tal vez Dean fuera inocente en todo aquello y no supiera nada; había servido en el mar a las órdenes del padre de Rainborough, y Thomas había sido testigo en su boda, de modo que no existía ningún resentimiento entre ellos. Cromwell tenía reservas políticas sobre Rainborough. Rainborough no era el protegido de nadie, y entre ellos surgió una tensión manifiesta.

Mientras el Comité del Almirantazgo discutía el nombramiento, un capitán del regimiento de Rainborough oyó por casualidad una furiosa pelea tras unas puertas cerradas. Regresó lleno de indignación y de rumores, de modo que todo el mundo se enteró de la incomodidad existente. Gideon ya asociaba a Cromwell con la oposición de los «Grandes» a los niveladores. Cuando a Deane le dieron el regimiento, él también solicitó un traslado. Fairfax seguía reclutando tropas en Londres, de modo que se le concedió. Deane y el regimiento fueron con Cromwell a Gales. Gideon siguió a su hermano a Londres.

Alcanzó a la Guardia de la Torre justo cuando esta se dirigía a Kent a marchas forzadas. Después de la breve y feroz campaña allí, Gideon se encontró asediando Colchester. Los parlamentarios estaban de un humor duro y enojado. Estaban hartos de guerra, exasperados por el hecho de que el rey hubiera incitado a más combates mientras ellos estaban intentando llegar a un acuerdo decente, decididos a poner fin al conflicto de una vez por todas.

* * *

Aquel resultó ser el asedio más prolongado y terrible que había tenido lugar en suelo inglés. Era necesario porque Colchester estaba muy cerca de Londres. Fairfax no se atrevía a dejar a una fuerza enemiga tan considerable a tan solo dos días de marcha de la ciudad. Los realistas, cuyas fuerzas se decía que ascendían a cinco mil hombres, habían capturado y traído consigo como rehenes a todo el Comité del Condado de Essex del Parlamento; la suerte de los prisioneros también tenía que considerarse.

Los realistas contaban con superioridad numérica y, al principio, albergaban sinceras esperanzas de que los levantamientos florecerían por todo el país y que los escoceses traerían a un ejército invasor hacia el sur para unirse a ellos. Si los realistas escapaban y tomaban Londres, tenían muchas posibilidades de destruir totalmente al Parlamento, al Nuevo Ejército Modelo, a los niveladores y todo lo que se había ganado. Fairfax estaba atascado. Él y sus hombres eran tan prisioneros de la situación

como los rebeldes realistas. Mientras lord Norwich, lord Capel, sir Carlos Lucas y sir George Isle los retuvieran allí, se evitaría que desplegaran sus fuerzas y su artillería en algún otro lugar.

La situación local acabó siendo muy desafortunada. El alcalde de Colchester había dejado entrar a los fugitivos porque juraron que solo estarían allí unos días. Además, sir Carlos Lucas era un hombre de Colchester; esto todavía importaba. Habían terminado allí por la insistencia de Lucas, un militar resuelto a quien normalmente se le consideraba tan desagradable que los civiles decían que era peor aguantarlo a él que soportar el asedio. No suscitaba mucha simpatía entre los habitantes de la ciudad, que habían asaltado y saqueado su casa al inicio de la guerra. Hasta entonces, Colchester, una próspera ciudad textil, había apoyado con lealtad al Parlamento, si bien permanecía al margen de los principales campos de acción y evitaba los problemas. A esas alturas, verse sometidos al asedio a la fuerza resultaba cruel. La gente de la ciudad estaba constantemente en desacuerdo con sus poco gratos y con frecuencia groseros invitados.

Fuera, los sitiadores detestaban verse obligados a imponer un sufrimiento terrible a sus partidarios. A los soldados realistas que desertaran se les prometía una amnistía, pero a los civiles no se les permitía marcharse. Lo esencial de hacer pasar hambre a una guarnición hasta que se rindiera era mantener tantas bocas por alimentar como fuera posible para incrementar la presión.

Un asedio ya era bastante malo cuando los soldados hambrientos y los civiles estaban del mismo bando; en el interior de Colchester, sin embargo, el antagonismo empeoró una situación difícil de por sí. Los soldados tenían prioridad con la comida, para que se mantuvieran en forma para combatir; los civiles no eran más que una sangría para los recursos, aunque podían ser una fuente de suministros. Las casas de Colchester fueron despojadas de sus tejados de paja para alimentar con ellos a los caballos y bestias de carga. Se registraron las viviendas violentamente y se vaciaron fresqueros y despensas. A medida que progresaba el asedio, la gente se congregaba a las puertas del cuartel general del comandante y alborotaba para compartir la comida de los soldados; para evitar disturbios, tuvieron que darles carne de caballo, pero estaba claro que la guarnición tenía prioridad y circulaban historias que inflamaban los ánimos y que decían que los comandantes cenaban ternera todas las noches y la regaban con un buen vino. La constante tensión bullía porque dichos comandantes se negaban a rendirse, en tanto que los ciudadanos no hacían más que suplicarles que aceptaran las condiciones de Fairfax. Fueron transcurriendo las semanas, y lord Norwich y los demás comandantes se convencieron de que no tardarían en ser liberados por los escoceses u otras tropas.

* * *

La carrera de Thomas Rainborough en la flota no duró mucho. Los amotinados lo

hicieron desembarcar de su buque insignia y perdió su puesto de almirante. Sin mando, él también llegó a Colchester.

Los hombres de Fairfax creían que los francotiradores realistas que había dentro de Colchester estaban disparando balas envenenadas con alguna sustancia, que mataron tanto al coronel como al teniente coronel de la Guardia de la Torre. Se creía que las postas se habían pasado por arena, lo cual tenía resultados mortales en una herida, o bien se habían hervido en sulfato de hierro, que se utilizaba en los tintes y para fabricar tinta. Aquello iba en contra de las normas de la guerra y como represalia mataron a unos prisioneros ante las empalizadas. Rainborough, que como se ha comentado se encontraba allí por casualidad, se convirtió entonces en el sustituto del coronel de la Guardia. Ellos estuvieron en el centro de la acción en Colchester. El «Fuerte Rainborough», en el lado norte de la ciudad, fue el último eslabón que construyeron los sitiadores en el muro de circunvalación, una posición que el coronel dirigió, con la ávida complicidad de sus hombres, como un puesto de avanzada inquieto y bastante inconformista.

Los hombres instalados en Fort Rainborough sufrían privaciones. Gideon pensó que nunca había visto un período en el que el tiempo fuera tan terrible con tanta frecuencia año tras año. Toda la Guerra Civil se había luchado en condiciones nefastas. Estar a la intemperie bajo la lluvia, el viento y la nieve se convertiría en un recuerdo permanente de su servicio militar. Los soldados, muchos de ellos acostumbrados a la vida de la ciudad, reaccionaban mal a la falta de refugio. Además, los cultivos se pudrían en los campos y las cosechas fallidas ocasionaban más escasez de alimento. Cuando tuvieron que combatir en Colchester, se vieron obligados a enfrentarse al río Colne, tan crecido que sus vados eran por lo general infranqueables; dos soldados que perdieron el equilibrio cerca de Gideon se ahogaron durante una escaramuza.

Las primeras semanas, mientras cavaban, resultaron extenuantes. Al mismo tiempo, oían cómo los realistas se hacían más fuertes y reparaban los altos muros, lo cual resultaba deprimente. La lluvia no dejaba de caer, y los precarios fuertes de los sitiadores solo proporcionaban un refugio deficiente. Sus diez fuertes y catorce reductos formaban una única franja de terraplenes que tenía que estar guarnecida de manera constante. Se trataba de una guerra de trincheras con todas sus penalidades físicas. Los que estaban de servicio hacían turnos de cuatro o seis horas metidos en el agua Iría y estancada de las trincheras inundadas. No tardaron en tener que combatir contra bichos y enfermedades. Mantenerse seco era casi imposible. La lluvia caía semana tras semana, y el equipo estaba siempre empapado; les salieron úlceras y llagas; los hombres estaban irritables. La enfermedad estaba acuciando a la ciudad, empeorando a medida que la población se debilitaba, pero también había enfermedades graves fuera: Fairfax tenía su dolorosa gota, mientras que sus soldados sucumbían a las fiebres y la disentería, a la que ellos llamaban gráficamente «el flujo chorreante». La moral empezó a flaquear. Tan deprimente resultaba el monótono

esfuerzo diario que algunos soldados contrataban a sustitutos para que ocuparan su lugar; se solía pagar diez chelines a la semana. Grupos de londinenses marchaban hacia allí de forma regular para hacerse con algo de dinero. Gideon estuvo tentado de buscarse un sustituto, pero resistió.

Sabía que su hermano, con quince años más y que empezaba a tener artritis, sí que en ocasiones cedía y contrataba a un hombre para que asumiera sus servicios. Lambert tuvo que ir a rendirle cuentas a su capitán, pero cuando salió a la luz que sufría de disentería lo declararon enfermo y no se volvió a hablar del asunto. Le dijo a Gideon que había solicitado la baja del ejército.

* * *

Se habían cometido errores. Fairfax no aseguró con suficiente rapidez la ciudad portuaria en el Hythe, permitiendo así que grandes cantidades de grano, vino, sal, pescado y lo peor de todo, pólvora, se transportaran secretamente en carros hasta la ciudad. Esto alargó el asedio de forma considerable. Los realistas incluso podían abandonar la ciudad y cruzar a tierra de nadie, a la zona muerta que se llamaba el campamento de asedio, para buscar comida. Más adelante, el bloqueo se estrechó tanto por tierra como por mar, y Fairfax consiguió la lealtad de las milicias locales de Surrey y Essex, con cuya ayuda cubrió todas las posibles rutas de escape, especialmente los caminos hacia el norte. A finales de Junio, la trampa estaba bien tendida. Poco a poco se fue haciendo más patente para todo el mundo que aún les quedaba mucho por delante.

Durante el mes de Julio, el humor se fue avinagrando cada vez más. Fairfax trajo cañones pesados para batir un puesto de observación realista situado en el campanario de Saint Mary at the Wall, que se alzaba en el punto más alto de la ciudad. Aquel nido de francotiradores, situado contra las murallas de la ciudad, había sido ocupado por un pequeño cañón de bronce que hizo mucho daño en manos de un excelente artillero llamado «Thompson el Tuerto». En cualquier caso, el hombre acabó recibiendo un disparo y la parte superior de la torre fue destruida. El cañón, llamado *Humpty Dumpty* en el lugar, cayó hecho pedazos, y ya no se espieron más los movimientos parlamentarios.

Los realistas efectuaron una feroz salida por la Puerta Este que causó algunas bajas, aunque quedó claro que los asediados estaban sufriendo escasez de munición. Todavía les quedaba mucha comida. El 22 de Julio, Rainborough condujo a sus hombres en un asalto audaz. Cruzaron el río crecido por la noche para atacar el último molino de grano que todavía funcionaba, y que hasta entonces había seguido proporcionando pan a los defensores. Para conseguir que la ciudad pasara hambre, era vital dejar inoperativo el Middle Mill. Gideon se encontraba en el grupo que se encargó de la esclusa; congelados y empapados, consiguieron cortarla, en tanto que los compañeros intentaban incendiar el edificio del molino. Los realistas lanzaron un

contraataque desesperado y apagaron el fuego utilizando los sombreros para sacar agua del río. Los hombres de Rainborough sufrieron bajas y se vieron obligados a retirarse, pero ya habían hecho el daño suficiente para que el molino dejara de funcionar. Sin embargo, no sabían que el enemigo contaba con otras ruedas de molino que rodaban con caballos. La guarnición de Colchester impuso un racionamiento estricto, aunque el alcalde parecía poco dispuesto o incapaz de dar semejantes órdenes a los civiles; era tal su sufrimiento que estaban a punto de amotinarse.

Los parlamentarios se acercaron más. Batieron la torre de entrada de la abadía en el lado sur. Tras demoler parte de ella, lograron lanzar granadas por lo alto, y resultó que estas alcanzaron el polvorín principal de los realistas. Una enorme explosión mató a muchos dentro, destruyó la torre de entrada, hizo pedazos a algunos soldados y traumatizó a los defensores que consiguieron salir de aquel caos de humo y escombros. Cerca de allí, se hallaba la casa privada de sir Carlos Lucas. Los parlamentarios irrumpieron en ella, a cubierto de las antiguas murallas, y cuando se encontraron con que la vivienda ya había sido vaciada durante los disturbios de hacía unos años, abrieron la tumba familiar y cometieron actos abyectos de profanación de los cadáveres de los antepasados de Lucas.

Al cabo de un mes, todavía estaban esperando a que la ciudad se rindiera, aunque creían que para entonces la munición realista era peligrosamente escasa y la hambruna era acuciante. Tanto los defensores como los atacantes habían incendiado casas para evitar que sus oponentes las utilizaran para ponerse a cubierto. Habían matado a unos defensores cuando hicieron una salida nocturna para cortar hierba para sus caballos, que estaban tan débiles que se ordenó sacrificar a uno de cada tres. Toda la sal que quedaba en la ciudad se utilizó para conservar tantos de esos magros animales muertos como fuera posible. El resto lo cocinaron en un asado comunitario. Fuera, Gideon y sus compañeros se vieron atormentados por el fragante humo de la carne asada que el aire transportaba al otro lado del campo de asedio. Más adelante, Gideon, que tenía un olfato muy sensible, percibió que las especias descubiertas en los registros de las viviendas se estaban hirviendo entonces con aceite y fécula.

Ya estaba deprimido. Aquellos aromas, parecidos a los de un pudín, le recordaban la cocina cálida y hogareña de su madre, siempre llena del denso olor de lo que horneaba. Estaba en servicio de guardia, descansando en el limbo, tal como aprenden a hacer los soldados siempre que no se requiere nada de ellos. Hacía casi un año que se había enterado de la muerte de su madre, pero fue entonces cuando tocó su nervio sensible. El dolor por la pérdida de Parthenope lo abrumó. No había podido despedirse de ella; ahora, Lambert y él no volverían a disfrutar de su pudín holandés ni de sus galletas de alcaravea.

Los efectos del pesar pueden dejarse de lado mucho tiempo, hasta que una sacudida coge a la gente desprevenida. Gideon estaba física y mentalmente exhausto. Los beneficios del servicio en el ejército (viajar, nuevas habilidades, camaradería) ya no importaban. Tenía todos los problemas normales de un soldado; estaba aburrido,

temeroso, hambriento, abatido, resentido con el enemigo, receloso de los que le habían ordenado estar allí, agotado por tener que estar constantemente alerta ante el peligro. La pena y la nostalgia se juntaron en un último golpe.

Abatido e inquieto, encontró un poni gris, un animal tan pequeño que, cuando lo montó, los pies casi le tocaron al suelo. El coronel Rainborough lo vio. Conocía a su soldado, y quizá percibió la desolación poco acostumbrada en Gideon.

—¿Nos deja, sargento Jukes? —Estaba prohibido alejarse a más de una milla del campo de asedio. Dos veces al día se pasaba lista formalmente.

—Voy a dar una vuelta para reconocer el terreno, señor.

—Esté de vuelta para cuando pasen lista.

—Sí, señor. ¡Leal hasta la muerte!

—Muy bien.

Fuera cual fuera su intención subconsciente, Gideon no fue muy lejos. Quedó impresionado al encontrarse con que, en los campos que rodeaban la ciudad, se atendía a muchos parlamentarios heridos bajo tiendas improvisadas. Preguntó por qué no podían trasladarlos a la seguridad de Londres. Se enteró de que se estaba ocultando el número de bajas. Fairfax quería evitar que los financieros de la ciudad se pusieran nerviosos por sus pérdidas; necesitaba impedir que los indecisos se pusieran de parte de los rebeldes realistas.

En algún lugar entre los enfermos y heridos se encontraba Lambert, el hermano de Gideon, que sufría los rigores de la disentería.

Mientras cabalgaba, Gideon se encontró con un mensajero agotado que venía de Lancashire, al que acompañó hasta el Fuerte Rainborough. El hombre traía noticias de que, en una victoria de tres días consecutivos cerca de Preston, Cromwell había derrotado y destruido al ejército de los Covenanters. Tanto su infantería como su caballería se habían rendido. Al fin había esperanza.

* * *

En aquellos momentos, en el mes de Agosto, los parlamentarios se habían acercado tanto a las murallas que los soldados contrarios podían hablar y arrojar piedras unos a otros. El hambre, la falta de agua limpia y las epidemias resultantes habían convertido en intolerables las condiciones dentro de la ciudad. La situación de los civiles era nefasta. Los pobres se apiñaban frente al alojamiento del comandante y lloraban y gimoteaban por la liberación. La guarnición había sufrido desertiones y numerosas bajas; los soldados se guardaban pedazos de su ración de pan para atraer a los perros que pasaban, les golpeaban la cabeza con la culata del mosquete y después se los comían. Casi cada noche se robaban caballos de los establos, y después su carne se vendía en el mercado negro desde el matadero. Los civiles comían ratas. Cuando el suministro de ratas se fue reduciendo, se comieron los cabos de las velas de sebo e incluso el jabón en un intento por nutrirse con la grasa de cordero que

contenían. Los alborotos se incrementaban, y se decía que un oficial realista le había dicho brutalmente a una mujer que suplicaba comida para su bebé hambriento que el niño, bien hervido, sería una buena comida.

Aquello no podía continuar. Las recriminaciones eran espantosas en ambos bandos. Las hojas informativas parlamentarias denunciaban a los realistas por utilizar a los ciudadanos como escudo humano, y por hacer formar a los rehenes del Comité del Condado en las murallas, donde se creía que era de esperar el fuego de la artillería. Los parlamentarios llegaron a rezongar que la propia ciudad había provocado su desgracia al admitir a los realistas, como si la leal población hubiera traicionado a la causa, o hubiera tenido alguna alternativa al verse frente a miles de fugitivos forajidos totalmente armados. A los hombres de Fairfax se los acusaba de utilizar a los civiles para hacer prácticas de tiro; sí que confesaron haberle quemado los dedos a un mensajero de catorce años al que habían encargado llevar un mensaje secreto a los escoceses, aunque primero habían probado con tácticas más amables, como ofrecerle un soborno para que dijera la verdad. Los parlamentarios dispararon flechas por encima de las murallas con ofertas de amnistía para los soldados rasos; les eran devueltas con el mensaje: «Una respuesta de Colchester: como bien podéis oler», y descubrieron que estaban manchadas con excrementos.

Llegaron los astrólogos. Esto no ayudó a nadie.

En otras partes, la situación había progresado. Se habían recibido varios informes de derrotas realistas. Gales había sido sometido, tanto en el sur como en el norte, y los estallidos de rebelión que se habían extendido por los condados ingleses como el fuego bajo tierra por la turba fueron quedando sofocados. Y entonces llegó el golpe final para los realistas. La noticia de la completa masacre del ejército escocés a manos de Cromwell se transmitió a Colchester escribiendo los detalles en una cometa de papel; se hizo volar por encima de la ciudad, y luego se dejó caer para que los civiles la recogieran. Acuciado por los ruegos de las mujeres y los llantos de sus hijos, lord Norwich accedió a abrir las puertas y dejarlos marchar.

Ya había ocurrido anteriormente. Las esposas de los personajes importantes de la ciudad habían solicitado el permiso de Fairfax para marcharse, y él se lo había negado, aunque corría el rumor de que aquellas damas con recursos se escabulleron en bote. Las órdenes de Fairfax eran muy claras: nada de concesiones. En aquellos momentos, quinientas mujeres hambrientas salieron por las puertas con dificultad y se aproximaron al regimiento de Rainborough. Las mujeres se apresuraron por el campo de asedio, y el coronel ordenó a sus hombres que primero dispararan al aire por encima de sus cabezas. Cuando las mujeres siguieron aproximándose, corriendo directamente hacia las bocas de los cañones, envió a unos soldados para que las amenazaran con desnudarlas si se negaban a apartarse. Desnudaron a cuatro de ellas para dar ejemplo, con lo cual las desdichadas acabaron por huir de vuelta a la ciudad. Los realistas se negaron a abrirles las puertas para dejarlas entrar de nuevo. Las fugitivas pasaron la noche acurrucadas entre las murallas de la ciudad y las

fortificaciones de los sitiadores, y la Guardia de la Torre permaneció encorvada en su deprimente refugio, odiando la situación. Fairfax amenazó con matar a todos y cada uno de los soldados de la guarnición realista si dejaban a las mujeres y a sus hijos anegados en llanto en el campo de asedio, de modo que las dejaron entrar de nuevo.

Pasados setenta y cinco días desde que empezara el asedio, los realistas aceptaron los términos.

* * *

El regimiento de Rainborough fue el primero en entrar en Colchester. Gideon quedó profundamente impresionado de lo poco que quedaba de la ciudad: la gente, débil y hambrienta, todavía peleaba entre sí por los últimos pedazos de alimento animal, suplicando a los soldados lastimeramente. No apareció ni un solo perro. Las casas no tenían tejado; algunas estaban reducidas a escombros; los elegantes arrabales habían sido incendiados o desmantelados; los edificios públicos habían sido derribados a golpes y medio destruidos. Fairfax había garantizado que no habría saqueos, aunque para asegurarse de que se cumplía su promesa la ciudad se había visto obligada a acceder al pago de una devastadora multa de catorce mil libras, el castigo por haber admitido en la ciudad a los realistas. No estaba claro cómo iba a conseguir el dinero la ciudad. Colchester estaba en ruinas.

El Nuevo Ejército Modelo entró y tomó el control con tranquilidad. Las fortificaciones, que Fairfax inspeccionó de inmediato para ver cómo habían logrado repeler sus esfuerzos durante tanto tiempo, se hallaban entonces vacías de soldados, aunque todavía fuertes y en buen estado. Habían recogido a los pocos caballos supervivientes; estaban en el cementerio de Saint Mary, esqueléticos y con la cabeza gacha. En la iglesia de Saint James se apilaron sombríamente las armas, banderas y tambores. Solo quedaba un barril y medio de pólvora.

La rendición de los soldados rasos y oficiales subalternos tuvo lugar en Fryer's Yard, junto a la Puerta Este. Les habían ofrecido justa clemencia, aunque los lores, los oficiales superiores y los caballeros distinguidos se habían reunido en el apropiadamente llamado King's Head. Ireton abogó ferozmente por un trato punitivo de los líderes realistas.

Del resentimiento de los parlamentarios por haberse visto obligados a combatir de nuevo surgió una larga controversia. Creían que los términos de rendición eran justos: a los soldados rasos y a los habitantes de la ciudad se les garantizaba clemencia; cuando la infantería parlamentaria entró en la ciudad, no se les hizo ningún daño, se les ofreció ropa de abrigo y comida. Los prisioneros de guerra recibieron unas raciones miserables pero, aun así, eran más de lo que la gente hambrienta de Colchester había tenido para subsistir durante semanas. En realidad, pocos prisioneros regresarían a casa sanos y salvos; iban a averiguar que, para ellos, la clemencia implicaba ser encerrados en iglesias para luego marchar largas distancias

por el campo. Muchos de los tres mil soldados rasos se embarcarían rumbo a las plantaciones de azúcar en Barbados, o serían encarcelados en prisiones remotas de las que pocos saldrían; a sus oficiales los enviaron a galeras hasta que los amigos y familiares pagaran el rescate.

A los comandantes los trataron de forma distinta. A los nobles los enviaban a Londres para que el Parlamento se ocupara de ellos; lord Capel acabó en el cadalso, aunque a lord Norwich, el cabecilla nominal de la revuelta, le perdonaron la vida. Sir Carlos Lucas, sir George Lisle, el denominado sir Bernard Gascoigne y el coronel Farre fueron sometidos a la «clemencia» del general contrario. Se trataba de un término técnico que significaba que Fairfax podía decidir qué hacer con ellos. No suponía ninguna garantía. Fairfax era famoso por su caballerosidad en situaciones semejantes, aunque en aquella ocasión fue más duro porque, tras la batalla de Marston Moor, sir Carlos Lucas se había rendido ante él personalmente y le había dado su palabra de no volver a luchar contra el Parlamento.

Se celebró un consejo de guerra inmediato en el ayuntamiento de la ciudad. Henry Ireton lo presidía. Fairfax no asistió, pero dejó la sentencia en manos de sus oficiales. Los cuatro líderes realistas fueron condenados a muerte con eficiencia.

Farre escapó. Se descubrió que «sir Bernard Gascoigne» era un ciudadano italiano; más que provocar una ofensa diplomática, se le perdonó la vida. Lucas y Lisle fueron ajusticiados por un pelotón de fusilamiento. Los tres oficiales de más rango de Fairfax, Ireton, Whalley y Rainborough, fueron testigos formales de dicha ejecución.

Gideon aprobó el veredicto y las muertes de Lisle y Lucas. Si se le hubiera asignado la tarea, gustosamente hubiera sido miembro del pelotón de fusilamiento. Al igual que todos los parlamentarios exhaustos, quería un final rápido para su problema. Estaban cansados de poner en peligro sus vidas, y frustrados por tener que imponer cargas a la población civil por cuyos derechos de paz y prosperidad habían combatido. Odiaban al rey y a sus partidarios por hacer estallar una revuelta cuando la paz había estado prácticamente al alcance de todos.

Existían motivos militares para ordenar estas ejecuciones, motivos aprobados por las normas de la guerra: los realistas habían insistido en prolongar el asedio causando penurias innecesarias, sobre todo a los civiles. Lucas había violado su palabra de honor, y también se le acusaba de ejecutar a prisioneros enemigos en más de una ocasión; en el consejo de guerra, los soldados comunes y corrientes aportaron pruebas contra él. Fairfax siempre mantendría que aquellos hombres se habían puesto en la posición de soldados de fortuna. Se habían ganado la suerte que corrieron. La severidad de su castigo fue una advertencia para que los demás no se alzaran en armas. El hecho de que solo fusilaran a Lucas y Lisle parecía una muestra de contención.

Sin embargo, los realistas consideraron esta ejecución como un asesinato a sangre fría. Iba a tener repercusiones trágicas.

CAPÍTULO L

DONCASTER, OCTUBRE DE 1648

Un mes después de la caída de Colchester, la Guardia de la Torre recibió orden de dirigirse al norte en misión especial. En un primer momento, su coronel permaneció en Londres organizando la paga. Al regimiento de Rainborough lo habían enviado a ocuparse de un último foco de resistencia realista: el castillo de Pontefract. Esta fortaleza, conocida como la «Llave hacia el Norte», había sido capturada por un grupo de caballeros realistas que fingieron estar entregando camas en la plaza fuerte parlamentaria. Se habían acomodado con comida suficiente para doce meses. Desde lo de Colchester, los realistas no tenían ninguna esperanza de misericordia, y estaban preparados para un asedio largo y desesperado.

Inicialmente, su estancia no fue del todo miserable. Su sitiador era sir Henry Cholmeley, un caballero de Yorkshire estrecho de miras y algo petimetre, un conocido de la mayoría de los realistas sitiados y viejo amigo de unos pocos. Aunque él luchaba por el Parlamento, su hermano luchaba por el rey; habían seguido manteniendo una relación civilizada. No suponía una seria amenaza para los realistas en el castillo. Los conocía, y ellos lo conocían a él. Eran más leales los unos con los otros como hombres de Yorkshire que con cualquier desconocido. Por lo tanto, realizaron actividades que se asemejaban a los de una feria local. Confraternizaron. Parlamentaron. Permitieron que tanto unos como otros fueran y vinieran a su antojo. Cholmeley mantenía un campo de asedio en torno al castillo, pero no podía ser más laxo. Se decía que incluso suministró carne de cordero al castillo durante todo el asedio.

* * *

Cuando el coronel Rainborough alcanzó a su regimiento en Doncaster, dijo que en el camino entre Londres y Saint Albans había sobrevivido a una emboscada que le tendieron tres realistas bien montados. Los combatió. A medida que se sofocaban los últimos estallidos esporádicos de rebelión, algunos realistas se estaban convirtiendo en verdaderos asaltantes de caminos. Sin embargo, también se hablaba de una lista de la muerte contra parlamentarios de alto rango y, por su participación en la ejecución de Lucas y Lisie, Rainborough bien podía ser el principal objetivo.

La situación en Yorkshire era extremadamente delicada. La llegada de seis compañías de londinenses, dirigidos por un republicano marinero, todos ellos con acento del lado del Támesis (salvo por un importante grupo de Massachusetts, donde Rainborough tenía parientes), nunca tendría posibilidades de salir bien. Si no fuera

por el hecho de que los londinenses creían que todo les pertenecía, sin duda se hubieran sentido fuera de lugar. Los lugareños adoptaron su propio aire arrogante. A pesar de que deberían haber trabajado como colegas, la Guardia de la Torre no fue bienvenida por sir Henry Cholmeley, que estaba indignado por encontrarse con que habían nombrado a Rainborough su superior..., un coronel mucho más joven, aunque con una seria reputación. Como miembro del Parlamento que era, Cholmeley se negó a ser relegado, y no resultó fácil dejarlo al margen. Había dicho a su Comité del Condado que no aceptaría por encima de él a nadie que fuera menos que Cromwell, y estos habían escrito a Cromwell para ofrecerle la misión. Aquello desautorizó a Rainborough en la zona, aunque no ante sus soldados.

El coronel difícilmente podría conducir el regimiento al castillo de Pontefract si tenía a Cholmeley pataleando, mientras los caballeros realistas se regocijaban fumando sus pipas y papaban moscas desde las almenas. Los soldados de Rainborough estaban dispuestos a darle una buena paliza a la milicia de Yorkshire de Cholmeley a la hora del desayuno, y luego a ocuparse de los caballeros a la hora de la cena, pues los consideraban a ambos con el mismo desprecio, pero para el Parlamento era inaceptable una lucha interna. Aquello le granjearía enemigos a Rainborough, y otra queja más. Tenía que andarse con pies de plomo. En aquellos momentos, sus tropas se encontraban a 170 millas de Londres y necesitaban apoyo logístico.

Aquella era una zona rica del sur de Yorkshire, llena de hombres acaudalados e impresionados por las historias de su propia familia, hombres que poseían extensas fincas donde sus antepasados habían construido casas enormes, lo bastante lejos de Londres como para sentirse el centro del mundo. Era una zona en la que se criaban caballos caros y se hacían carreras que, ya entonces, en sus inicios, eran un deporte aristocrático. Pontefract era famoso por su suelo de marga profundo y suave, donde a lo largo de millas de distancia crecía la raíz del regaliz dulce con el que hacían pasteles medicinales, buenos remedios para la tos y enfermedades estomacales. Doncaster, donde Rainborough instaló su cuartel general temporalmente, había sido leal al rey; el rey había honrado a la ciudad, y no había que fiarse de sus habitantes.

La situación militar era deplorable. El enemigo se extendía a voluntad sobre una extensión de diez millas, desacatando abierta y alegremente el asedio del castillo de Pontefract por parte de Cholmeley. Los caballeros saquearon la campiña; tomaron prisioneros y los retuvieron para pedir un rescate, reunieron bueyes y más botín y después regresaron al castillo contentos como piratas. En Scarborough, en la costa, los realistas capturaron una pinaza, una pequeña embarcación con dos mástiles utilizada como gabarra costera y que les proporcionaba cantidad de suministros. Mientras tanto, los parlamentarios de Cholmeley imponían sus exigencias a la renuente población local, causando muchas privaciones. Igualmente represivos fueron los caballeros, cuya extorsión salvaje se decía que les había reportado treinta mil libras al mes.

Después de realizar un reconocimiento, en el que Gideon cabalgaba como uno de

los exploradores, Rainborough escribió a Fairfax haciendo una leve mención de su conflicto personal con sir Henry Cholmeley, y pidiendo que se le eximiera de aquel mando. Se ofreció a seguir adelante solo si se le proporcionaban los refuerzos y suministros adecuados. Mientras aguardaba respuesta, permaneció en Doncaster. Tenía a dos compañías en la ciudad con él, y el resto fueron alojadas, como era costumbre, en barrios de las afueras, de modo que la carga que suponía para los habitantes del lugar estuviera repartida.

Los monárquicos del castillo continuaron audazmente con su hábito de asaltar o «vapulear» los emplazamientos enemigos. En un pueblo situado a seis millas de Pontefract, mataron a un tal capitán Layton y a otros dos miembros del regimiento de Rainborough, además de otros soldados heridos o hechos prisioneros. Al día siguiente, la milicia de Cholmeley se encontró con el enemigo en una feria equina, bebió con ellos e intercambiaron brindis con gravedad.

—¡Por ti, hermano cabeza redonda!

—¡Por ti, hermano caballero!

* * *

Con la muerte del capitán Layton, Rainborough ascendió a Gideon Jukes al nivel de oficial. Era un gran salto hasta capitán, pero no era algo sin precedentes. Cuando nombró oficial a Gideon, el coronel hizo comparaciones con el nivelador Edward Sexby. Este había causado baja del servicio en el ejército, pero por alguna razón apareció en la batalla de Preston; Cromwell seguía confiando tanto en él que fue empleado como mensajero oficial para llevar las noticias de la victoria al Parlamento, una tarea por la que recibió cien libras de recompensa. Posteriormente, él también fue nombrado capitán, e incluso gobernador de Portland en Dorset.

El nuevo escuadrón de Gideon era uno de los que se alojaban en las poblaciones periféricas. Más adelante, se preguntó si, de haber seguido siendo un explorador, podría haberse dado cuenta de lo que estaba ocurriendo, y si las cosas podrían haber resultado de otro modo. Pero, la noche del 28 de Octubre, un sábado, ocurrió un acontecimiento terrible. Gideon estaba en Doncaster, llevando a cabo un asunto de rutina con el comandante del regimiento. El comandante Wilkes estaba frustrado por la indolencia con la que sir Henry Cholmeley mantenía el campo de asedio. Gideon le confirmó que Rainborough seguía esperando órdenes de Fairfax o de Cromwell, de modo que el regimiento seguiría manteniéndose a distancia allí, a unas diez millas de Pontefract.

Aquella noche Gideon estuvo a punto de regresar con su escuadrón, pero Wilkes había estado refunfuñando largo y tendido, y a finales de Octubre en el norte oscurecía pronto. Se quedó en la casa en la que Wilkes estaba acuartelado, aunque se fue solo a cenar a una posada. Eligió una que recibía el nombre de The Hinde, en French Gate, y, aunque no era tan elegante como parecía desde la calle, prefirió

quedarse en ella antes que dar media vuelta y volver al frío. Unos cuantos soldados del regimiento estaban allí bebiendo, unos hombres con los que nunca había tenido una gran afinidad. La comida fue mediocre; tenía la sensación de que lo estaban vigilando; una mujer intentaba cruzar la mirada con él de una forma que no le gustó. Desde lo ocurrido con su esposa, Gideon desconfiaba de todas las mujeres, y por supuesto creía que para los oficiales tratar con prostitutas era reprehensible, pues minaba la disciplina y no ayudaba a establecer unos buenos principios morales (Gideon sabía que esto era algo pomposo, pero no llevaba siendo oficial el tiempo suficiente como para relajarse). Cuando en The Hinde le preguntaron si quería un dormitorio, creyó saber qué significaba eso. Se alegró de tener alojamiento en otro lugar.

De vuelta a la calle se encontró con una fila de soldados de guardia que en aquel momento patrullaban sin un oficial. Dijeron que aquella noche la guardia de la ciudad estaba a las órdenes del teniente capitán John Smith, el capitán de mayor rango, que estaba al mando de la compañía de Rainborough. Este había heredado a Smith de su predecesor, uno de los oficiales que habían muerto en Colchester a causa de los disparos con las balas presuntamente envenenadas. Gideon sabía muy poco sobre Smith, aunque daba la impresión de que estaba demasiado dispuesto a quejarse de los demás. Era un hombre de Maidstone, cosa que no impresionaba a un londinense.

Consciente de sus responsabilidades, el capitán Jukes ordenó a los soldados sin supervisión que tuvieran cuidado en su ronda. Como todavía no se sentía seguro al mando, seguía sorprendiéndole que los hombres se cuadraran obedientemente.

—El capitán Smith vendrá para ver que todo esté bien.

—¡Por supuesto que vendrá! —le aseguraron a Gideon con ese tono de voz sardónico que utilizan los soldados para censurar a los superiores impopulares. Gideon no tenía motivos para suponer que estuvieran sugiriendo que Smith era incompetente. Supuso que solo necesitaban tener el control. Aquella zona estaba bajo la responsabilidad de Smith, y él no debía inmiscuirse.

Los soldados siguieron adelante. Gideon marchó a grandes zancadas en dirección contraria, intentando caminar como quien sabe a donde se dirige. Se perdió, por supuesto. Se encontró por error cerca de Saint Sepulchre's Gate, en el sur de la ciudad, donde un hombre que llevaba una Biblia con bastante ostentación le indicó el camino de vuelta.

—El comandante Wilkes está en una casa cerca de la del coronel Rainborough, que se aloja enfrente de The Cross y The Shambles —añadió el hombre con aire de complicidad.

—Creo que sí —Gideon le quitó importancia por razones de seguridad. Le dio las gracias, volvió a subir a Saint Sepulchre's y se dirigió a Barter Gate, cruzó, encontró la casa del comandante y se tumbó en un banco en la cálida cocina. Los habitantes de la casa dormían, y el comandante Wilkes hacía rato que roncaba en su dormitorio del piso de arriba, que era prerrogativa del oficial superior. Gideon tenía una cama dura,

pero era mejor que el campo abierto; reposó felizmente en aquella habitación cerrada, sin las botas, hasta la mañana siguiente.

Todo cambió con la llegada del capitán Smith.

* * *

Lo primero que oyó Gideon fue unas voces enojadas que lo despertaron. Oyó revuelo en el piso de arriba. Sin duda se había dado la alarma.

Se calzó las botas y agarró las armas. Cuando subía corriendo al piso de arriba, percibió un horror genuino en la voz del comandante. Gideon reconoció la voz de Smith que, entre lamentos, ofrecía excusas mojigatas. Cuando Gideon entró atropelladamente en la habitación, el comandante Wilkes rugía en tono acusador:

—¡Usted es cómplice de ello! —Se estaba poniendo una bota, y con las prisas sus dedos se enredaron en la media mal puesta. Al ver a Gideon, le gritó con desesperación—: ¡Han asesinado al coronel Rainborough! ¡Yace muerto en la calle, traicionado de un modo despreciable por Cholmeley y este hombre!

El capitán Smith se volvió hacia Gideon y le explicó en tono defensivo:

—Me puse enfermo durante la guardia. Aguanté todo lo que pude, pero el capitán Watts y el cabo Flexney me instaron a que buscara una casa con chimenea...

—¿En The Hinde? ¡Es un maldito prostíbulo! —masculló Wilkes, que intentaba desesperadamente ponerse la casaca.

Smith continuó justificándose.

—La verdad es que yo solo lo conocía como un lugar de descanso para los viajeros. No vi ningún problema hasta que oí un fuerte ruido de caballos, el enemigo que huía, ¡y enseguida puse a los hombres en guardia y vine a verle, señor!

—¡Apártese de mi camino! Venga conmigo, Jukes...

* * *

Acababa de amanecer. Notaron el sabor de la niebla en el frío aire de otoño. Corrieron hacia los alojamientos de Rainborough. El hombre estaba tendido fuera, sobre los adoquines, a unas cuantas yardas de la casa, con un rastro de sangre por toda la calle. Reconocieron su cuerpo al instante, ese hombre grande y poderoso era inconfundible. Se había congregado una pequeña multitud que no se atrevía a acercarse demasiado. Sus murmullos horrorizados cesaron cuando Wilkes y Jukes se acercaron. Al otro lado había un caballo ensillado que temblaba, también cubierto de sangre.

Un segundo cadáver yacía un poco apartado. El comandante Wilkes se acercó a él y le dio la vuelta, descubriendo a su teniente. Ni Wilkes ni Gideon querían tocar al coronel. El soldado que había estado de guardia como centinela de los aposentos del

coronel estaba sentado en el bordillo, terriblemente impresionado y mareado por la paliza recibida, y no paraba de repetir:

—¡No tenía mecha! ¡No me habían dado mecha!

Rainborough tenía unas estocadas terribles en el torso y heridas defensivas en los brazos. Gideon las contó: lo habían acuchillado al menos ocho veces. Le habían cortado el cuello por debajo de la mandíbula.

El único testigo de todo aquello era una sirvienta de la casa.

—¡Que le cuente lo ocurrido! —ordenó el comandante Wilkes a Gideon en voz baja. Era un soldado endurecido y por regla general flemático, pero en aquel momento parecía muy afectado. Gideon vio que sus ojos se movían rápidamente en una y otra dirección, evaluando cuánto peligro amenazaba todavía, si es que había alguno. Wilkes se puso a dar órdenes para efectuar un registro en la ciudad e intentar reunir al resto de los soldados.

Gideon condujo a la sollozante mujer dentro, donde se sentaron en una silla con asiento de juncos. El joven capitán oía el corazón en sus sienes. Había presenciado cosas terribles en la guerra, pero el cadáver salvajemente atacado del coronel Rainborough se le aparecería en sueños el resto de su vida. Tenía ganas de gritar, aunque se obligó a dirigirse a la sirvienta en tono tranquilizador:

—Limítese a decirme qué ha ocurrido.

En su agitación, ninguno de los dos podía entender muy bien el acento del otro, pero Gideon había aprendido a escuchar un acento desconocido, y cualquier mujer del norte sabía contar una historia. Con las primeras luces, la sirvienta había salido a buscar algo... ¿agua? ¿carbón? Admitió haber dejado la puerta entornada unos momentos.

—Entraron tres hombres vestidos como la gente bien; le dijeron al centinela, de manera apropiada, que habían traído un paquete de cartas de parte de Oliver Cromwell. El teniente estaba allí y les dejó subir. El coronel estaba en su habitación... ¡con chaleco, calzones y zapatillas! —gimoteó la sirvienta.

La imagen de dichas zapatillas perseguiría a Gideon. Había visto una fuera, en el sumidero, totalmente empapada de sangre. La otra, que el uso prolongado había moldeado con la forma exacta de la planta, los dedos y el juanete, aún estaba en el pie de su coronel. Tenía un delicado bordado. Una esposa, Margaret Rainborough, habría comprado aquellas zapatillas como regalo afectuoso, o incluso las habría bordado ella misma. Eran unos objetos personales que no costaba meter en el equipaje, y que Rainborough había llevado consigo a todas partes, tal como hacían los soldados: un pedacito de casa que, por muy lejos que viajaran, los reconfortara al final de una dura jornada.

Gideon se sonrojó y corrigió a la sirvienta lacónicamente:

—Digamos mejor con la camisa. Es más decoroso que los calzones.

Ella aceptó la recatada variación.

—Dijeron que habían traído cartas, pero cuando el coronel las miró no eran más

que un paquete de papel en blanco. ¡Lo hicieron bajar, arrastrándolo por la camisa!

—¿Cómo sabe todo esto si había salido a por agua?

—Solo salí con el balde un minuto. De lo contrario no hubiera dejado la puerta abierta.

—De acuerdo. Entonces, ¿vio a estos hombres? ¿Los reconoció?

—No los había visto nunca.

—¿Por el acento parecían del lugar? ¿Del norte?

—Sí, no eran de fuera.

—Continúe.

A Rainborough lo habían reducido en su dormitorio antes de que pudiera coger la espada y las pistolas. Los atacantes le ordenaron que guardara silencio, y lo obligaron a bajar al salón. Desarmado, pero pensando que su centinela lo ayudaría, Rainborough se los quitó de encima de pronto. El centinela no tenía mecha para su mosquete, y no pudo hacer nada para dar la alarma («¿En serio?», se preguntó Gideon, que ya estaba alerta por si había discrepancias y traición. «¿Por qué no los golpeó con la culata del mosquete?»). Entonces los caballeros sacaron al coronel Rainborough a la calle a empujones e intentaron obligarlo a montar a caballo. También habían hecho prisionero a su teniente, pero cuando Rainborough vio que solo había cuatro asaltantes, uno de los cuales sujetaba los caballos de los monárquicos, hizo una pausa con el pie en el estribo y soltó un rugido llamando a las armas. Tanto él como su teniente opusieron una enérgica resistencia. Rainborough le arrebató la espada a uno de ellos, el teniente agarró la pistola de otro. Rainborough fue arrojado al suelo y le cortaron la garganta, al teniente le atravesaron el cuerpo y murió.

—¿Me está diciendo que querían llevarse vivo al coronel?

—Eso parecía. Él se negaba a ir con ellos.

Gideon pensó con rapidez. ¿Acaso se trataba de un secuestro fallido? Quizá su intención era tomar a Rainborough como rehén, tal vez intercambiarlo por algún prisionero realista importante... Sir Marmaduke Langdale sería un candidato excelente. Después de la batalla de Preston, los soldados de Cromwell, en su persecución, habían capturado a Langdale en una taberna cerca de Northampton, aunque en realidad acababa de escapar.

La sirvienta creía que la lucha duró un cuarto de hora. («¿Y nadie oyó nada?»).

La criada continuó con el relato. La coreografía parecía confusa, pero el retrato era muy vivido.

—El coronel pidió una espada para poder morir como un hombre, pero ellos se negaron y lo acuchillaron varias veces más en el cuerpo. No obstante, él agarró la espada de uno de los asaltantes, intentó arrebatársela con las manos desnudas, empujándola hacia atrás contra el pomo. Oí que un hombre le gritaba a otro que le pegara un tiro, pero la pistola falló. El tirador le arrojó el arma, y le hizo una herida enorme en la cabeza a Rainborough, que se tambaleó.

El teniente estaba muerto, el centinela fuera de circulación. Ningún soldado había respondido a la llamada a las armas del coronel. Los asaltantes empezaron a alejarse. Rainborough se arrastró por la calle tras ellos.

—Lo vieron y gritaron: «¡El perro nos sigue!». Dieron media vuelta, aunque el coronel ya se había desmayado. Entonces lo atravesaron con las espadas una y otra vez, y por fin se alejaron cabalgando y gritando: «¡Adiós, Rainborough!». Antes de esto oí que mascullaba: «¡Me han traicionado! ¡Ay, me han traicionado!». Estas fueron sus últimas palabras... —la criada se desmoronó.

Gideon se dejó caer en una silla rústica, y se quedó allí brevemente cubriéndose la cara con las manos.

* * *

Dejó a la sirvienta y exploró la casa.

En la cocina encontró al propietario, sentado con otros ocupantes, asombrado y profundamente afectado. Había un balde lleno de agua allí abandonado. Gideon creció en una casa en la que su madre controlaba con severidad a las trabajadoras, pero había visto que otros sirvientes tenían su propia manera de hacer las cosas. Algunas criadas desaparecían constantemente para ir a hacer pequeños recados que se inventaban, a buscar agua, madera, a comprar, a recoger huevos del gallinero, a pedir harina prestada, a visitar a las amigas para cotillear, para ayudar en un parto. En algunas casas, se tomaban estas idas y venidas como si fuera su derecho.

Aceptó que la criada no había dejado la puerta abierta como parte de la conspiración, y continuó investigando. En el salón había señales de lucha. En las escaleras había un guante caído. Unas marcas nuevas desfiguraban la pared, unos surcos blancos en los sencillos paneles. Encontró el dormitorio de su coronel por deducción; la puerta estaba abierta. Por unos breves momentos, pudo permanecer allí solo, escuchando el silencio, ansiando comunicarse con el hombre muerto que apenas unas horas antes todavía se alojaba allí.

La cama estaba abierta como si el durmiente acabara de dejarla. Había una silla un poco torcida, como si alguien se hubiera levantado de ella para dirigirse a la puerta. Había pocos indicios reales de violencia. Una espada y el cinto, la pistola y las bolsas de munición estaban sobre una cómoda, y no podían alcanzarse ni desde la cama ni desde la silla. Todo estaba como debería estar: capa negra, chaqueta escarlata, tahalí y sombrero colgados de las perchas de la puerta, los bombachos doblados sobre el respaldo de una silla y el cinturón cuidadosamente enroscado sobre el asiento. La Biblia en la mesita de noche, unos papeles encima de una mesa pequeña con la tinta preparada, un pequeño cuaderno de notas para los apuntes (Gideon recordó que, en Putney, el coronel se había quejado de su mala memoria). Los arcones y alforjas estaban alineados con esmero ante una de las paredes. Todo estaba ordenado, tal como lo habría tenido un marinero.

Un soldado entró en silencio, con respeto. La misma sirvienta lo había acompañado.

—Me envía el comandante Wilkes, por si necesita ayuda.

Gideon dio orden de que recogieran los documentos, que debían ser entregados al comandante. Explicó que tenían que tener cuidado en cerrar la habitación con llave hasta que se hubieran guardado todas las pertenencias del coronel Rainborough para su familia. Allí arriba no entraría nadie a escondidas para robar «solo un recuerdo» (un pañuelo, una banda que se hubiera caído, el devocionario), más adelante no aparecerían recuerdos robados en subastas sórdidas, con falsas manchas de sangre oxidadas, «como propiedad del destacado coronel nivelador Thomas Rainborough, que estaban en su poder en Doncaster la misma noche que fue asesinado a traición...».

—¿Van a traer el cadáver aquí? —La sirvienta dirigió rápidamente la mirada hacia la cama. No podía evitar pensar en toda esa sangre que, incluso coagulándose, estropearía unos buenos cobertores.

Gideon miró al soldado.

—Si vuelven a entrar el cuerpo en la casa, que lo tiendan en una mesa en alguna habitación conveniente del piso de abajo. Se encargará un ataúd... —El soldado y él compartieron un breve silencio, pensando en su coronel alto y corpulento. Rainborough necesitaría un ataúd grande, hecho especialmente. Alguien tendría que organizar eso.

Las lágrimas mancharon las mejillas del soldado, que paseaba la mirada por la habitación con desconsuelo. Al igual que Gideon, al ver el lugar que Thomas Rainborough había utilizado, en el que había pasado sus últimos momentos, se sentía embargado por la emoción. Sus dedos habían apagado las velas de los candelabros de la pared. La habitación todavía contenía su olor y su espíritu. Su orina estaría en el orinal, su ropa todavía olería a él. Esas botas que Gideon acababa de ver, con las in medias amigadas apoyadas en lo alto de la caña, estarían impregnadas de manera inextricable de su forma y su sudor, permanentemente alteradas, puesto que habían abandonado la forma del fabricante por la forma característica en que él había caminado y montado a caballo.

—¡Nunca más! —exclamó Gideon Jukes sin poder evitarlo. La reacción fue íntima e involuntaria—. Adiós, Rainborough —añadió con más formalidad, en tanto que conducía hacia afuera a sus acompañantes. Salieron en silencio al rellano. El propio Gideon había encontrado la llave al otro lado de la puerta de la habitación, la sacó y cerró la puerta al salir. La dueña de la posada lo miraba desde abajo.

Al cabo de un segundo, Gideon volvió a abrir la puerta y alargó la mano por detrás para coger una cosa que llevó abajo con ceremonia. Cuando salió de la casa, el cadáver todavía estaba tendido en la calle, aunque el comandante Wilkes había apostado una guardia hasta que pudieran llevárselo. Aunque a duras penas podía soportar verlo otra vez, Gideon Jukes se acercó con paso firme al cadáver. Los

guardias vieron sus intenciones y lo dejaron pasar.

Se arrodilló sobre los adoquines sin preocuparse por el extenso charco de sangre entonces pegajosa. Entonces cubrió con respetuosa delicadeza al coronel Rainborough con su capa de montar.

CAPÍTULO LI

WAPPING, 14 DE NOVIEMBRE DE 1648

Gideon Jukes escoltó el ataúd hasta Londres.

Otros detalles del asesinato del coronel habían salido a la luz. Veintidós realistas habían salido a caballo del castillo de Pontefract el viernes por la noche. «Eludieron» a las tropas de sir Henry Cholmeley, una proeza que lograron con facilidad, y se dirigieron con sigilo al sur, a Doncaster. Se ocultaron en los bosques. Al amanecer del domingo, salieron y se encontraron con un espía de la ciudad que llevaba una Biblia a modo de identificación; obviamente se trataba del mismo hombre que le había indicado el camino a Gideon. Transmitió a los caballeros los detalles de cómo se estableció la vigilancia en Doncaster, y les dio indicaciones de dónde encontrar a Rainborough.

Los hombres se presentaron en Saint Sepulchre's Gate, en el lado sur. Afirmaron traer unos despachos de parte de Cromwell. Puesto que parecía que habían venido por el camino de Londres, el único centinela que había cuando se acercaron los creyó sin dudarlos.

Los asaltantes se dividieron: seis de ellos para caer sobre la guardia en Saint Mary's Gate, al norte de la ciudad, por donde huirían al final; otros seis para enfrentarse a la guardia principal que patrullaba el centro de la ciudad; seis más para cubrir las calles en caso de que se diera la alarma, y los cuatro restantes se dirigieron al alojamiento de Rainborough, donde habían conseguido que los dejaran entrar contando la misma historia sobre los despachos; el teniente incluso los acompañó arriba.

Después del asesinato, los caballeros realistas regresaron a plena luz del día a Pontefract. A las dos de la tarde, a plena vista de Cholmeley y de sus varios centenares de soldados de caballería, a quienes ni siquiera se les pasó por la cabeza interceptarlos, trotaron de vuelta al castillo. Se oyó un enorme griterío en el interior de la plaza fuerte. Se decía que, entonces, el gobernador del castillo le había enviado una carta a sir Henry Cholmeley para decirle que Rainborough yacía muerto en las calles de Doncaster, y que Cholmeley había estallado en carcajadas y que estuvo riéndose un cuarto de hora.

En Doncaster, todo fueron recriminaciones. Se creía que, en el momento del asalto, el capitán John Smith estaba con una prostituta en la taberna The Hinde. Huyó para dejar una nota para el comandante Wilkes en la que afirmaba que tenía intención de ir a ver a Fairfax al cuartel general para declarar su inocencia. Nunca llegó al cuartel general: se le acabó el dinero a medio camino, fue descubierto, lo arrestaron y lo condujeron a Londres con una orden para responder ante ambas Cámaras del

Parlamento. Mientras estaba encerrado en Ludgate, alguien le dijo que había sido declarado culpable por un consejo de guerra y que lo fusilarían sumariamente. Según él, cuando apeló a Dios en busca de consejo, Dios le aconsejó que escapara, de manera que se fue a los Países Bajos y allí, en un débil intento por limpiar su nombre, publicó un panfleto lleno de excusas por su propia conducta y de acusaciones de cobardía y envidia contra el comandante Wilkes.

El resto de oficiales de Rainborough abogaron públicamente por vengar el asesinato. Aprovecharon la oportunidad para deplorar la situación política, diciendo que el rey los había engañado «dándonos esperanzas de una paz segura al aceptar negociar un Tratado por lo demás peligroso». Entonces preguntaron por qué, si el país estaba pagando impuestos, estos no podían utilizarse para pagar al ejército. Así pues, la lamentable búsqueda del pago de los atrasos continuó.

* * *

Tanto las hojas informativas realistas como las parlamentarias daban por sentada la connivencia de sir Henry Cholmeley con los autores del atentado. Sin embargo, nunca lo investigaron ni lo emplazaron para que rindiera cuentas.

Oliver Cromwell recibió órdenes de tomar de una vez por todas Pontefract. Aunque envió a buscar una formidable batería de cañones, tardó otros cinco meses en hacerlo. Cromwell también recibió instrucciones de llevar a cabo una investigación del asesinato de Rainborough; la investigación no condujo a nada. Cuando, finalmente, el castillo se rindió a John Lambert en Marzo de 1649, seis oficiales quedarían exentos de clemencia: hombres que se creía que habían participado en el asesinato, algunos de los cuales lo habían admitido sin tapujos. Les dieron seis días para escapar si podían; el gobernador y otro hombre consiguieron huir, pero los volvieron a capturar y los ejecutaron. William Paulden, que había encabezado el ataque, ya había muerto durante el asedio. Hubo otros tres a quienes sus compañeros escondieron en las murallas del castillo y evitaron así que los capturaran. Para entonces, en Londres, el nivelador John Lilburne se quejaba amargamente de que a William Rainborough no se le había prestado ninguna ayuda para encontrar a los asesinos de su hermano.

La Guardia de la Torre fue trasladada de nuevo a Saint Albans. La Cámara de los Comunes pidió que se disolvieran, ya fuera como castigo por no haber protegido a su coronel o por miedo a que su espíritu radical pudiera perdurar peligrosamente entre sus hombres. El mando del regimiento, cuyo nombre se suspendió, fue entregado al coronel George Cook, un emigrante que había vuelto de Massachusetts.

* * *

Tardaron quince días en llevar el cadáver a casa. Antes incluso de saber la negligencia con la que el Parlamento iba a tratar el asesinato de su coronel, Gideon Jukes ya estaba considerando su situación. Con la desaparición de Rainborough, los niveladores habían perdido al oficial de mayor rango que apoyaba su causa, el único oficial de renombre. Con él se perdió toda esperanza real de que se aceptaran sus nuevas ideas. Gideon pasó dos deprimentes semanas de Noviembre en un lento viaje como escolta del coche fúnebre. Mientras cabalgaba, decidió dimitir del ejército. Lo habían elegido para el servicio de escolta porque era el capitán de menor categoría pero, cuando se marchó, ya advirtió al comandante Wilkes de que tal vez se quedara en Londres. No le gustaba hacerlo en ese momento, porque el regimiento estaba en desorden, con la moral por los suelos.

Gideon le dijo a Wilkes que, aunque siempre apoyaría al Parlamento, ahora era un voluntario y ya no quería seguir siéndolo. El comandante se limitó a recordarle con aire cansino que, si se quedaba con el caballo que le habían asignado para la escolta, tendría que pagarlo.

* * *

El 14 de Noviembre, llegaron a las afueras de Londres. Los mensajes los habían precedido. Cuando el cortejo llegó a Tottenham High Cross, la escolta se encontró con una multitud impresionante. El comandante William Rainborough, hermano del coronel, iba a la cabeza de los dolientes. Gideon tuvo que contarle con toda la rapidez posible lo que se sabía sobre las circunstancias del asesinato. Aunque Gideon se había preparado para ello, no pudo evitar el llanto al relatarlo.

Los gacetilleros de la oposición se burlarían con esnobismo diciendo que «Will el tejedor, Tom el tabernero, Kit el zapatero remendón y Dick el barrendero» habían acudido a recibir a su héroe, y así había sido, aunque entre el gentío también se contaban muchas personas de profesiones liberales y del comercio. Miles de niveladores de la City estaban esperando, luciendo por primera vez cintas de color verde mar en solidaridad con el pasado marinerío de Rainborough.

La procesión sin precedentes se extendía serpenteante por las calles extrañamente silenciosas. Incluso las personas que no tenían pensado seguir al féretro se detenían para verlo pasar. Muchos lloraban. El cortejo avanzó lentamente por Smithfield, pasó junto a los corrales y luego por el mercado de caballos, siempre más tranquilo en un martes de lo que lo estaría en la feria principal de los viernes. Bajaron siguiendo la muralla oeste de la ciudad; después pasaron por el Old Bailey, por la lúgubre prisión de Fleet, y se acercaron a Ludgate Hill. Al entrar en la vieja puerta oeste, se encontraron en Londres propiamente dicho. Stationer's Hall quedaba a su izquierda, y la vieja Saint Paul delante, en lo alto de la colina; tenían frente a ellos el pórtico con columnas de Iñigo Jones, y detrás de él la mucho más antigua torre cuadrada, ennegrecida por generaciones de humo de carbón, con sus altas ventanas ojivales y

sus dramáticos arbotantes tan conocidos e inconfundibles. Cuando la procesión se abrió paso rodeando la iglesia, los impresores y libreros cerraron sus negocios y se sumaron a ella, todos con la nueva cinta verde mar: los colores de Rainborough, el nuevo símbolo de los niveladores. Al llegar a Cheapside, Gideon se encontró en las calles que eran su hogar. Junto a Bread Street divisó a Anne Jukes, acompañada por Robert y Amyas, que se fijaron asombrados en que era Gideon el que estaba a cargo de la guardia de honor, tras lo cual también empezaron a caminar detrás del ataúd.

La procesión creció: cuarenta carruajes se convirtieron en cincuenta o sesenta, seguidos por mil quinientos caballos. Cuando llegaron al centro comercial de Cornhill, cerca de Guildhall y frente al Royal Exchange, el ruido sordo y los crujidos perpetuos de las ruedas que giraban lentamente sobre los adoquines se sumaron al continuo golpeteo de los cascos de la multitud de caballos montados al paso; todos estos sonidos inundaron la atmósfera y perdurarían como uno de los recuerdos más vividos de Gideon.

Dejaron atrás Leadenhall y llegaron a la Torre de Londres. Puesto que Thomas había sido comandante de la Guardia de la Torre, cuando pasó su féretro unos cañones de tubo largo lanzaron salvas en su honor. Dichos cañones, que no habían sido disparados con ira durante la Guerra Civil, se sumaron a todos los que quedaban después de las requisas de Fairfax y Cromwell para Colchester, Gales y el norte, y resonaron lastimeros por el Támesis. En la enorme procesión, los caballos sobresaltados tiraron de las riendas y se movieron nerviosamente.

La Torre se encontraba a una corta distancia de la parroquia de Whitechapel y Wapping a través de Saint Katharine. Wapping High Street, cerca del Támesis, era una calle larga de la que salían numerosos callejones llenos de edificios pequeños o casitas construidos por los proveedores de los marineros, el linaje del que procedía la familia de Rainborough originariamente. Entre los muchos negocios relacionados con los barcos, había más de treinta tabernas para que los marineros pudieran tomar un refrigerio, y de estas salieron entonces todos ellos, y hasta los más achispados lograron permanecer erguidos con respeto. La propia iglesia parroquial, la capilla de Saint John, en Wapping, tenía un aspecto que chocaba con la arquitectura local. Su campanario no era más que una garita situada sobre una puerta de entrada con el clásico frontón; no tenía torre ni chapitel, lo cual daba a la capilla un sencillo aire holandés o escandinavo. Thomas Rainborough fue enterrado allí, al lado de su padre. Hubo una larga espera mientras se hacía sitio a todos cuantos cabían allí dentro. Fue un funeral independiente, y la prensa realista comentó con desprecio que «los devotos tenían las manos en los bolsillos» (despreciando la formalidad religiosa). Thomas Brooks, amigo y colega del coronel, que había servido con él en mar y en tierra, fue quien dio el sermón. Sacó su tema de san Juan, lo cual era apropiado:

El mundo entero está sumido en la maldad, en la perversidad; el mundo

está sumido en la conflictividad. ¡Gran parte de los *grandes* personajes de este mundo actúan de un modo despreciable y perverso contra Dios! ¿Cuándo puede decirse que un hombre lo ha hecho gloriosamente? Cuando hace cosas que otros no tienen ánimo de hacer, o que tienen miedo de hacer. Cuando resiste a pesar del desánimo, «sople alto o bajo, llueva o haga sol, sonrían los hombres o no» (...). No hace falta que os diga con qué tipo de impedimentos se topó el noble Campeón, pero a pesar de todo fue capaz de hacer el trabajo de Dios y de servir a su generación (...). Para un hombre que ha tenido el viento y la marea de su lado, no es nada servir a su generación.

El coronel Rainborough nunca había tenido el viento y la marea de su lado, pensó Gideon con rebeldía. En silencio, se formó un juicio por sí mismo sobre aquel hombre, y decidió que Rainborough quizá nunca hubiera estado destinado a la grandeza política que se le estaba confiriendo en aquellos momentos. Pero cuando segaron su vida, el coronel solo tenía treinta y ocho años, y era probable que todavía estuviera buscando su camino. Era lo bastante grande como para aterrorizar a sus enemigos y animar a sus amigos, con lo que era y con la idea de aquello en lo que podría haberse convertido. Era un hombre honesto y valiente, merecedor del afecto y el respeto que aquel día se le estaba demostrando en Wapping, merecedor del dolor sincero que afectaba a mucha gente. Gideon Jukes, sin ir más lejos, se sentía como si hubiese perdido a un padre por segunda vez. Aquello lo dejó más consternado de lo que había estado desde que empezara la guerra, siete años atrás.

Brooks fue francamente crítico con los que entonces ostentaban el poder:

Si el Parlamento y los hombres del ejército, y de la City, y de todo el reino, creyeran de manera más gloriosa, sus actos serían más gloriosos para Dios, en sus relaciones y en los lugares, de lo que lo son ahora...

Cuanto más pienso en la valentía y valía de este Campeón, más lejos estoy de descubrir su valor. Creo que era uno de los que esta nación pecadora no se merecía; era uno de los que este Parlamento decadente no se merecía; era uno de los que estos predicadores divididos, formales y carnales no se merecían. Sirvió fielmente a su generación, aunque murió a manos de la traición... Ellos lo honraron en vida, y demostraron un gran respeto hacia él en su muerte: era una dicha para los mejores, y un terror para los peores.

CAPÍTULO LII

SAINT KATHARINE'S Y NEWGATE, 1648-1650

El retumbar de los grandes cañones supuso una ocasión inesperada en el depósito en el que albergaban a los jóvenes que habían «desaparecido». En cuanto se inició el cañoneo, todos los guardianes fueron corriendo a ver qué estaba pasando. La mayoría de los que tenían bajo su responsabilidad eran demasiado jóvenes o estaban demasiado sometidos para aprovecharse de la situación. Pero el gran funeral de Wapping sí que proporcionó una vía de escape para un alma atormentada.

Su nombre provisional era Alice Smith. Lo eligió porque, en los contratos que le habían dado, sonaba respetable. Seis meses después de que la sacaran de Covent Garden, acabó en una casa de detención o depósito de Saint Katharine's-by-the-Tower; desde allí la trasladaron a Saint Giles-in-the-Fields cuando se aproximaba la fecha de embarque rumbo a Virginia o a las Antillas. La Segunda Guerra Civil, con la revuelta de la Armada y los bloqueos río abajo, en el estuario del Támesis, habían retrasado el transporte y le habían dado un respiro, pero hacia finales de año los jóvenes fueron informados de que su barco llegaría pronto.

Durante su cautiverio, si bien ello nunca se denominaba así abiertamente, había llegado a lamentar su acuerdo para emigrar. La hija menor de los Tew era de naturaleza más desconfiada que los demás jóvenes secuestrados. Ella se mantenía ojo avizor. La situación no tardó en empezar a preocuparla. Oyó a una pareja de padres desesperados rogar que les devolvieran a su hijo robado. Se lijó en cómo el personal hablaba entre ellos sobre la suerte de los secuestrados que tenían a su cargo. Siempre dispuesta a creer que le habían mentado para beneficio de los demás, Alice Smith empezó a temer que una vez llegara a su destino se encontraría con que el «servicio» para el que había firmado no consistiría en llevaderas tareas domésticas con unos colonos respetables, sino en un duro trabajo manual en plantaciones a la intemperie y en condiciones cercanas a la esclavitud. En cuanto llegara al extranjero, ya sería demasiado tarde. Hizo todas las preguntas que se atrevió a hacer sobre las condiciones. Cuando la disuadieron, enseguida dudó de todas las brillantes promesas.

Se quedó en el depósito porque allí la vida era fácil... por el momento. Tenía refugio y comida. Hasta la magra dieta diaria era mejor que la que podía conseguirse ella; empezó a recuperar la salud, y con ella su agresividad innata. Se mantenía alerta por si se enteraba de alguna novedad sobre su barco, y estaba nerviosa por fugarse. Cuando la matrona y demás personal salieron corriendo para ver la procesión del funeral de Rainborough, ella decidió no perder más tiempo. De modo que, con calma, llenó un delantal con todo lo que podía llevar encima, se escabulló por una puerta que no estaba vigilada y se esfumó.

La parte de Saint Katharine resultaba amenazadora. Se hallaba situada más allá de la Torre, fuera de las murallas de la ciudad. Hacía menos de cien años había sido un arrabal vacío que solo se utilizaba para ahogar piratas en la zona de mareas; a los piratas convictos, por tradición, los encadenaban a unas rampas hasta que les habían pasado tres mareas por encima; era una historia que les habían contado a los jóvenes enérgicos en el proceso de someterlos. A Alice no le daban miedo los piratas muertos hacía tiempo, aunque se alejó del río de forma instintiva.

El edificio que asumía el protagonismo en aquel distrito era una fundación benéfica para los pobres, el Royal Hospital o Free Chapel. Fundado y financiado por varias reinas de Inglaterra, había sido una institución católica que Enrique VIII perdonó durante su disolución de las órdenes monásticas porque había pertenecido a su madre. El hospital causaba recelo porque, incluso siendo nominalmente protestante, estaba dirigido por hermanos y hermanas *laicos*. Al igual que ocurría con muchas propiedades religiosas, había atraído a los pobres y desamparados hasta convertirse en el centro de un laberinto de callejas y callejones que contenían tal vez un millar de viviendas, donde unos pobres flacos como palos de escoba y de ojos apagados luchaban contra el hambre y la enfermedad. Con las libertades del otro lado de los muros de Londres, la zona se convirtió en un paraíso para el tráfico ilegal y para los forasteros que lo practicaban. Las casitas pequeñas y hediondas y los edificios destartados albergaban a una clase marginada de ingleses sin ley y de extranjeros que no eran mejores. Los callejones tenían nombres sugerentes: Dark Entry, Cat's Hole, Shovel Alley, Eagle and Child Alley, Axe Yard y Naked Boy Court. Aquel deprimente distrito era el lugar más lógico para emplazar el depósito de niños robados: un lugar violento, hostil, secreto y rara vez visitado por nadie respetable.

En cierto sentido, no era una zona peor que Southwark, al otro lado del río, donde «Eliza» y Jem Starling se habían refugiado el año anterior. Allí había tantos marineros como a este lado, y todo tipo de barqueros, sobre todo de los borrachos sin empleo. Entre los malhechores que habían aparecido como pulgas en la conmoción del funeral había prostitutas en busca de clientes y vagabundos planeando vaciar algún bolsillo, mientras la gran procesión avanzaba por Wapping High Street. Los más astutos habían adornado sus chaquetas desaliñadas con cinta color verde mar para mezclarse con los demás.

«Alice» se abrió camino cuidadosamente a través de las callejas y callejones sin pavimentar, pasando por encima de montones de basura y riachuelos de excrementos, atenta por si alguien arrojaba el agua sucia a la calle desde los precarios pisos de arriba. No parecía que nadie la observara. Los patios oscuros y mugrientos parecían desiertos, aunque no era tan tonta como para sentirse segura allí. En cuanto bajara la guardia podría meterse en peores problemas que los que había dejado atrás. Se remangó la falda y se apresuró por East Smithfield, donde se apiñaban algunos de los burdeles más degradados de Londres, aunque las proporcionadas hileras de pequeñas

casas una vez habían sido viviendas agradables ocupadas por sombrereros y zapateros trabajadores. Entonces, las prendas que habían confeccionado en otro tiempo, tan gastadas que los hilos a duras penas las sostenían enteras, se vendían de segunda, tercera o cuarta mano en Rosemary Lane. Era allí donde vivía el ejecutor público, el hombre que había cortado las cabezas de Stratford y Laud, o al menos esto era lo que los carceleros acostumbraban a contar a los niños en el depósito. «¡Y también vendrá a por vosotros si nos dais problemas!». Era una calleja fétida atiborrada de tabernas rancias y tenderetes de traperos en los que «Alice» logró vender por un penique lo que había robado del depósito. Antes de dejar el callejón, llevó a cabo un rápido robo en uno de los puestos y huyó con una capucha harapienta que la ayudaría a desaparecer.

Se dirigió al oeste. De esta manera, y por casualidad, entró en la ciudad invirtiendo el sentido de la ruta procesional que el cortejo de Thomas Rainborough había seguido aquel mismo día. Las calles permanecían contenidas. Dudaba qué dirección tomar, y emprendió una larga caminata que la llevaría otra vez hacia el Strand y Covent Garden, donde ya antes había trabajado en la miseria. En aquella ocasión giró para alejarse, pues no quería que volviera a verla el hombre que la había atraído con engaños, y se metió en los callejones de mala fama en torno a Giltspur Street, al norte del Old Bailey.

Sobrevivió allí seis meses. El tiempo no significaba nada para «Alice», pues los días, las semanas y los meses iban pasando, en tanto que ella se deterioraba una vez más. Oyó que habían decapitado al rey, pero el vacilante inicio de la Commonwealth significaba muy poco en los barrios bajos. Entonces, puesto que la ausencia de la monarquía no cambió la vida de los pobres mugrientos, un día entró en una casa en la que una criada se había dejado la puerta abierta, y robó una bandeja de plata, lo cual era un delito grave. Cuando intentó vendérsela a un perista, un cazador de ladrones la denunció; entre exabruptos de protesta por su parte, la condujeron ante un juez particularmente dispéptico. Era su primer error, por lo que esperaba librarse con una multa y unos azotes. El traslado a las colonias era una posibilidad que la hizo sonreír con gravedad, puesto que ya había escapado de ello cuando la secuestraron. Sin embargo, mostró una actitud tan desafiante que la enviaron a la prisión de Newgate con una sentencia de horca.

Sabía qué hacer; adujo estar embarazada. Un «tribunal de matronas» la examinó físicamente para corroborar su historia, y fue declarada embarazada de verdad. Se quedó tan sorprendida como los demás. Con esto salvaría la vida hasta el parto; no tenía ni idea de cuánto tiempo sería eso, puesto que no podía decir con seguridad cuál de las cópulas ocasionales con secretarios de abogados y vendedores de bollos, a las que había recurrido cuando estaba particularmente desesperada por dinero, había resultado en un bebé.

Nació. Murió. Todavía en prisión, se deshizo de la prueba en secreto y durante un tiempo fingió que seguía embarazada, imitando convenientemente el vientre

abultado, tal como había hecho en su corta carrera como salteadora de caminos. Así pues se aferró a Newgate, una cárcel atroz en la que todo lo necesario para vivir, incluso un lugar cerca del fuego, tenía que pagarse bien con dinero, bien con algún favor ruin a los carceleros. Nada más llegar, a los prisioneros se les despojaba de una cuota de entrada, luego estaban las cuotas por la comida, la ropa de cama, la ropa e incluso un pago de puesta en libertad si se los perdonaba o trasladaba. Además, cuanto más tiempo estaban allí, mayor era el riesgo de que contrajeran la fiebre de la cárcel, que resultara mortal.

Llegó un momento en el que ya no pudo seguir eludiendo el destino y tuvo que afrontar su castigo. No intentó sobornar al carcelero ni a sus llaveros, ni siquiera solicitar el perdón que muchos obtenían. Entonces no tenía amigos y nadie que le trajera comida o le organizara una huida. Lejos quedaban los días en los que podía haber enviado a buscar las ganancias de robos pasados para pagar la salida de sus problemas. No tenía dinero para contratar a un «knight of the post» para que aportara pruebas falsas y la salvara con una coartada. Se sumió en la triste aceptación de que iba a ir al cadalso. Era como si ya no le importara.

Entonces, en el último momento, conoció a Priscilla Fotheringham. Conocida en aquella época como una «gitana de ojos felinos», Priss era una escocesa maltrecha y picada proveniente del lado más sórdido de las privaciones, una prostituta ya experimentada que estaba a punto de convertirse en una alcahueta y de dirigir su propia casa de citas famosa. «Alice» la oyó cuando charlaba con otras dos prostitutas que tenían que sufrir la molestia de pasar una temporada en la cárcel por robo. Estaban haciendo planes para alegrar la nueva Commonwealth con nuevos palacios del placer, eficientes y lucrativos. En años venideros, se diría que Priss, y aquellas dos madamas igualmente famosas llamadas Damaris Page y Elizabeth Cresswell, habían compartido celda y urdido un gremio de cortesanas al estilo veneciano, con suscripciones. Tenían pensado contratar a médicos residentes que prescribieran anticonceptivos, realizaran abortos, restauraran virginidades y curaran enfermedades venéreas. Tendrían escribientes para escribir cartas o redactar contratos vinculantes, que eran el principal medio con el que contaba la madama para controlar a sus chicas, puesto que imponían penas ejecutables por deuda. Además de la habitual serie de proxenetas y porteros, o de matones, habría especialistas barberos que afeitaran la mercancía pública de las chicas al exótico estilo español. Un pintor llenaría las habitaciones de arte erótico para inspirar a la clientela. Y se decía que aquel consejo de mujeres trabajadoras en prisión decidió también unir la casa de Priss Fotheringham con otro establecimiento legendario: el Last and Lyon de Smithfield, también conocido como el Hammond's Prick Office, donde las putas satisfacían a los clientes con sexo oral, otra innovación extranjera que hacía enarcar las cejas y que, por lo tanto, costaba mucho dinero, y donde cada una de ellas tenía que demostrar primero sus habilidades en el propio Hammond, siempre disponible.

En aquella temprana época en Newgate, aquel embriagador futuro resultaba poco

evidente. Sin embargo, aun siendo una prisionera deprimida en aquella cárcel infernal, Priss Fotheringham había efectuado maniobras para tener acceso a las pocas comodidades disponibles. A pesar de su aspecto afligido, mantenía contactos con el exterior y podía tener acceso a fondos. El habitual misterio sucio acompañaba sus orígenes. Figuraba como soltera, aunque se había casado tal vez dos veces, y no se molestó en esperar a que su primer marido sifilítico muriera antes de tomar un segundo. Cuando uno de sus esposos le dio una paliza, se fugó con un alabardero del Parque de Artillería, hasta que este se gastó todo su dinero y la abandonó. Había recibido formación en el burdel de su suegra, en Cowcross Street, una zona repugnante de Finsbury, donde se convirtió en un aplicado exponente del comercio horizontal normal, si bien llegaría a ser famosa por unas habilidades gimnásticas mucho más curiosas.

Por su parte, ella enseguida vio en «Alice» una posible prostituta que necesitaba amable consejo. Reclutar a chicas para el oficio era una habilidad básica en un burdel. Le dio de comer un cuenco de gachas a aquella criatura abatida, lo afianzó con un trago de jerez y le sonsacó toda su historia rápidamente. Al descubrir, con un dramático grito de alegría, que durante el servicio prestado en la guarnición de Tinker Fox la chica había aprendido a elaborar cerveza, Priss Fotheringham le reveló que su puesta en libertad era inminente, la esperaba cualquier día; Priss había arreglado las cosas a la manera tradicional con el carcelero. En cuanto recuperara la libertad, tenía intención de abrir una taberna restaurada llamada Six Windmills, cerca de Finsbury Fields; previamente se conocía como Jack O’Newbury, una época en la que según ella tenía una mala fama que ella quería redimir. Estaba muy bien situado, junto al Parque de Artillería, donde hacían la instrucción las Trained Bands.

—¿Y se les despierta la sed? —preguntó la joven llorosa.

—Bueno... digamos que algo sí se les despierta...

En un santiamén, Priss reclutó a «Alice» y lo arregló para que saliera de prisión y empezara una nueva vida, realizando un trabajo decente con malta y lúpulo en la cervecería de una posada supuestamente respetable.

En realidad, se trataba del único establecimiento al por menor, que pasaría a la historia como el Mother Fotheringham’s Half Crown Chuck Office.

CAPÍTULO LIII

UN CAMINO CERCA DE TOTTENHAM, OCTUBRE DE 1648

—¡Un hombre! —exclamó Valentine. Había estado encorvado y en silencio tras las largas horas de viaje, pero lo que vio lo alborotó.

—¡Vaya! Creo que está muerto. —Tom, igualmente fascinado, se acercó rápidamente al costado del carro y miró hacia delante.

Hasta entonces, habían permanecido sumamente tranquilos. Tenían miedo de que su madre, la única persona de su mundo, se sumiera en la tristeza por razones que evitaba explicar. Pero los niños se recuperan rápidamente cuando se les brinda un nuevo interés.

—¡No miréis! —les ordenó Juliana, aunque sus palabras tendrían el efecto contrario. Intentó estimular al caballo con la fusta, pero fue inútil. El animal, uno que los Pelham tenían ya desechado, los había llevado hasta Colchester y los estaba trayendo de vuelta, pero tiraba de un carro cargado con las posesiones de Juliana y con lo que quedaba en casa de su padre, una carga que la bestia consideraba una imposición ultrajante. Se limitaba a ir a su propio paso.

—¡Chicos, no miréis! —Estaba preparada para que vieran la muerte. Lo que quería decir era: «Si está vivo, no le miréis a los ojos. No os busquéis problemas. Por favor, que no nos veamos arrastrados a una situación que no pueda manejar...».

Al pasar por su lado, al caballo no le gustó nada la figura tendida en el seto. Soltó un relincho patético, se fue hacia un lado y golpeó el carro contra los arbustos del otro lado del camino, de modo que la única solución era frenar. Por suerte, cuando el animal se detuvo se encontraban a unos cuantos metros por delante del hombre. Los tres volvieron la vista atrás.

Se encontraban en un tranquilo camino rural. Al igual que muchos lugares, sus setos y muretes llevaban años desatendidos. Había grandes huecos. A ambos lados se extendían los accidentados pastos ingleses, con unas altas matas herrumbrosas de acedera entre la abundante hierba. No había ningún animal pastando. El suelo estaría empapado tras las inundaciones; si dejaba que los chicos bajaran para orinar, volverían a subir con los zapatos embarrados y le llenarían la falda de fango. Había vegetación seca atrapada entre las zarzas. Unos grandes grajos negros merodeaban por los pastos sin apenas prestar atención a Juliana y su grupo.

—¡No os mováis! —Demasiado tarde. El pequeño Val, de tres años, ya había bajado del carro con las piernas rectas, deslizándose sobre el trasero de sus bombachos. En cuanto llegó al suelo, tuvo la sensación de que le había ganado la batalla a su madre. Retrocedió lentamente por el camino, mostrando solo un poco de cautela. Tom, que era mayor y más mundanamente sensato, no se movió de su sitio.

La persona del seto permanecía inerte; sin embargo, Juliana era renuente a llamar a Val porque tenía miedo de despertar la atención de aquel hombre.

El caballo se agitó en los tirantes. No podía confiar las riendas a un niño; manejar a aquella terrible criatura casi superaba sus propias fuerzas.

—Yo tengo que quedarme aquí. Thomas, ve a buscar a tu hermano.

Tom saltó al suelo como un grillo y se alejó por el camino. Juliana decidió irónicamente que había sido una mala decisión, porque entonces los había perdido a los dos. Eran buenos chicos, pero cuando no encontraban la lógica a sus órdenes la desafiaban con una facilidad despreocupada que Tom, por lo pronto, había aprendido de su padre. Y eso a pesar de que apenas conocían a Orlando.

—No está muerto —oyó que la clara voz de Tom le decía a Val. ¿Cómo lo sabía? Cielos, el hombre debía de haberse movido, o haberlo mirado—. Aunque le falta poco. Lleva una casaca roja... es uno de ellos. —Val tomó la mano de su hermano, y Tom se dirigió al hombre con formalidad—: ¿Adónde se dirige, señor?

La figura habló. Habló de manera que incluso Juliana, que estaba lidiando con el recalcitrante caballo, oyó su destino.

—¿A Londres? ¡Nosotros vamos a Londres! —exclamó Tom. No era una oferta de ayuda; no era tan tonto, tal como confirmó la mirada atrás que le dirigió a su madre. «Gracias por consultarme», pensó Juliana. El caballo se apaciguó. Ella se dio media vuelta en el asiento sin soltar las riendas y se puso de pie a medias para poder ver algo por encima del equipaje amontonado.

—Podría hacernos daño —le dijo Val a su hermano con sensatez.

—¡No mucho! —respondió Tom.

Parecía cierto. El hombre yacía exhausto, evidentemente enfermo o herido. Juliana no vio ningún vendaje. Tampoco distinguió sangre ni ninguna de esas heridas terribles que sufrían los soldados. Al igual que la gente enferma y exhausta que había visto en Colchester, sencillamente debía de estar desfalleciendo a consecuencia del hambre y la desatención. Colchester ya se encontraba a una larga distancia por detrás de ellos, pero era posible que él también hubiera venido de allí.

* * *

Juliana quería que los niños volvieran junto a ella para que estuvieran seguros. Últimamente se había sentido abrumada por tanta miseria, y ahora sería incapaz de abandonar a otro sufridor. Como ocurre con toda la gente que tiene poco, estaba demasiado cerca de pensar: «¿Y si fuera yo ese de ahí?». Por consiguiente, se oyó a sí misma gritar de mala gana:

—Si viene con nosotros, va a tener que soportar bastante traqueteo. Pero si puede subir sin ayuda, le llevaremos hasta la puerta de la ciudad. —Había sentado sus condiciones. Ni ella ni los chicos lo tocarían. Se quedaría bien atrás, apretujado entre el equipaje donde, si estaba tan débil como parecía, no podía hacerles daño.

—¡Tom, Val, volved aquí ahora mismo! —Ansiosos por ver lo que ocurría, regresaron correteando. Los subió delante con ella. Aguardaron.

El hombre se había levantado. Se mantuvo derecho con dificultad. Llevaba, medio desabrochado, lo que una vez fuera la casaca del uniforme del ejército parlamentario, aunque la tela había oscurecido con el uso y el color rojo se había desteñido. Cogió un pequeño bulto con torpeza, su mochila. Dando un paso detrás de otro, llegó hasta el carro. Tenía una barba de varios días. Los mechones de pelo que sobresalían por debajo del sombrero estaban muy sucios, aunque al parecer era rubio. Juliana se maldijo por no haber considerado si iba armado, aunque no lo parecía.

¡Aunque ella tenía la espada! Molesta, recordó la vieja espada que Lovell le dio en una ocasión para protegerse; estaba allí en el carro, con ellos. Pero era demasiado tarde. Como nunca le había gustado esa cosa, la había escondido debajo de sus pertenencias, de modo que ahora no podía cogerla.

Tom se retorció para zafarse de ella y volvió a bajar de un salto. En un instante, se colocó en la puerta de cola, la cual desató y dejó caer con mucha educación. Como si temiera que aún pudieran cambiar de opinión y dejarlo allí, el hombre enfermo se obligó a avanzar y subió al vehículo. Volvió a desplomarse y quedó tendido boca abajo contra sus pertenencias, replegándose en su enfermedad, aunque no del todo acabado, pues realizó un esfuerzo desesperado por subir las piernas para que Tom pudiera cerrar la puerta. Antes de subirla de nuevo, el chiquillo educado de cinco años se presentó:

—Me llamo Tom Lovell, señor. —Se oyó un débil balbuceo como respuesta.

El niño se apresuró y volvió a subir a bordo. Suavemente, como en consideración hacia su pasajero, Juliana hizo andar al caballo.

—Vigilad atrás —murmuró—. Val, Tom..., si ese hombre se mueve, me lo decís enseguida.

—Se llama Jukes —susurró Tom, como si le reprochara a su madre cierta descortesía al hablar de él.

Por alguna razón, el nombre le resultó familiar a Juliana.

CAPÍTULO LIV

LONDRES Y LEWISHAM, OTOÑO DE 1648

Anne Jukes llevaba el delantal puesto y las manos llenas de harina cuando el oficial de Robert Allibone, pues eso era entonces Amyas, la llamó con urgencia para que saliera de la cocina. Anne, completamente aturdida, gesticuló en un gesto de impotencia y no reconoció a Juliana entre los desconocidos que estaban con Amyas. La puerta de cola estaba bajada. Amyas meneaba la cabeza, casi como advertencia de que algo iba mal, y entonces Anne vio al soldado consumido, a duras penas consciente, que aquella extraña familia le había traído.

—¡Oh, Lambert!

Su esposo se deslizó por el borde del carro. Estaba tan delgado que Anne Jukes, hija de un robusto cervecero, tuvo fuerza suficiente para cargarlo sobre sus hombros y aguantar su peso. Trastabillando, lo llevó al interior.

—Amyas, haz entrar a esta gente y cuida de sus cosas, por favor. Necesito saber qué ha pasado...

De modo que los Lovell alzaron la vista desde su desvendado carro hasta los elegantes gabletes y las ventanas de guillotina de una considerable casa de tres pisos de un comerciante londinense, y acto seguido los condujeron a una cocina cálida en la que relucían los utensilios de cobre y donde aguardaron a que Anne los entrevistara. En el piso de arriba, la mujer tardó casi una hora en desvestir a Lambert, lavarlo y acostarlo en una cama limpia. Habían enviado a una sirvienta para que fuera corriendo a buscar a un médico. Abajo, Juliana Lovell asumió la responsabilidad de buscar un trapo y sacar del horno el pudin de pan aromatizado con nuez moscada de Anne, cuando fue evidente que estaba hecho. Los chicos se quedaron mirando el pudin con mucha esperanza, hasta que se durmieron apoyados en su madre, quien también se estaba quedando dormida de agotamiento sentada en un banco.

Finalmente, cuando Anne bajó a la cocina y los vio, cayó en la cuenta de que tendría que alojarlos. Volvió al piso de arriba sin hacer ruido y preparó la cama de imitados. Era una cama de cuatro postes, con dosel completo, con fantásticas colgaduras de tapicería y una pasamanería tan pesada que podía haber dejado inconsciente a un buey. Allí durmieron aquella noche los refugiados, todos juntos, la noche más cómoda que habían pasado desde que dejaron Essex, o tal vez de su vida.

* * *

Al día siguiente, Anne llevó a los pequeños a la tienda de los Jukes, donde Thomas ayudó a pesar cosas con aire de gravedad, en tanto que Valentine se atiborraba de

pasas dulces y almendras. Anne los dejó en buenas manos y volvió corriendo a casa. Encontró a Juliana dispuesta a bajar la guardia, calmada por el lujo desacostumbrado de saber que sus hijos estaban alimentados, abrigados y seguros. Hacía semanas que no hablaba libremente con otra persona adulta. Hacía tres años que no tenía una amiga íntima, y mucho más tiempo desde que había hablado abiertamente sobre algo que tuviera que ver con su familia.

Antes que nada, Anne quería averiguar qué le había ocurrido a Lambert. Aplazó todas sus tareas domésticas habituales. En el piso de arriba, su esposo dormía y empezaba a recuperarse. La propia Anne estaba conmocionada. Agradeció tener una mañana para sentarse junto al fuego de la cocina sin hacer nada, en tanto que se preparaba para tener a Lambert en casa. También tenía mucha curiosidad por los Lovell.

Juliana le contó que habían encontrado a Lambert a unas cuantas millas de Chelmsford.

—He podido enterarme por él de que se proporcionaron carros para traer a los enfermos y heridos a Londres —dijo Anne—. Dice que se detuvieron para descansar, y por descuido su carro siguió adelante sin él. No podía seguirlo corriendo... pero aun así el muy idiota decidió que volvería a casa andando... Me habían dicho que tuvo una enfermedad grave que no podía quitarse de encima. Gideon, su hermano, me escribió diciendo que Lambert tenía disentería...

«¿Gideon?», pensó Juliana, que se imaginó a un puritano fatalista de boca apretada. Si le había dicho a la pobre Anne que su lejano esposo había sido presa de aquella epidemia generalmente mortal, es que sin duda era un idiota.

En cuanto recordó que había conocido a una mujer llamada Jukes en la imprenta de Basinghall Street, Juliana había razonado, sin equivocarse, que llevar a un soldado enfermo del Nuevo Ejército Modelo podría persuadir a los guardias de Moorgate para que la dejaran entrar sin demasiadas preguntas. Habían destinado a uno de ellos para que la acompañara a la imprenta; la obligó a echarse a un lado en el pescante, como si no se pudiera confiar en que una mujer controlara un caballo, por lo que ella le permitió tomarse la molestia de discutirlo. En la tienda, Amyas se hizo cargo, intrigado por ver cómo reaccionaría Anne al tener a Lambert en casa. Juliana recordó de nuevo su curiosidad sobre aquella mujer y el misterioso impresor. Este había aparecido brevemente pero se limitó a darle instrucciones a Amyas de que escoltara el carro hasta Bread Street.

Allí, Anne Jukes había recibido el repentino retorno de su esposo con mera sorpresa. Automáticamente pasó a mostrar una gran preocupación al ver sus condiciones lamentables, y acto seguido se preparó para enfrentarse a ello.

—¡Bueno... bien... sí! Lo tengo de vuelta... Y ahora dígame, señora Lovell, ¿cómo es que pasaba por allí en ese afortunado momento?

Para Juliana fue un alivio desahogarse. Primero habló de por qué ella y los niños estaban en Pelham Hall, y de lo que suponía que estaba haciendo su esposo. Estaba

enojada por el hecho de que la hubiera abandonado, y no iba a mentirle a Anne sobre sus políticas ni sus actividades. Entonces Juliana le explicó que la familia Pelham se sintió aliviada de que se fuera, la equiparon con un caballo, un carro, una cesta para el viaje y un permiso de viaje a Colchester que decía, exactamente, que era una hija afligida que buscaba a su padre inválido.

—¿Cuál era la situación de su padre?

—No podía ser más terrible.

Germain Carlill, quien siempre había sido un inadaptado, había perdido el juicio prematuramente como si fuera un anciano. Aquel era el triste secreto que Juliana y el señor Gadd siempre habían guardado. Empezó a deteriorarse en la década de 1630, cuando Juliana todavía era una niña. Toda la familia estaba viviendo en Colchester, hogar de su abuelo el mercero, ya desaparecido, una modesta casa de ciudad en las afueras. A medida que Germain se volvía más y más despistado y empezó a necesitar cuidados constantes, se contrató a una joven de la ciudad; se le pagaba los servicios de enfermera con la renta de una propiedad que Roxanne había comprado para tal propósito. Germain había malgastado gran parte de su dinero, pero Roxanne ganó un poco confeccionando los disfraces para una mascarada de la corte. Mientras estaba haciendo esto en Londres, adquirió la famosa «finca en Kent, con huertos» que más adelante el señor Gadd ofrecía como dote de Juliana; era poco más que una casita con un huerto y unos pocos árboles frutales cerca de un pueblo llamado Lewisham. La escritura estaba a nombre de Germain, pues Roxanne quería asegurarse de que siempre cuidarían de él.

—Era eso o meterlo en Bridewell. Mi padre ya no nos conocía, y no se podía razonar con él. —Juliana se enjugó una lágrima. No tenía que decirle a Anne Jukes que el tratamiento que se daba en Bridewell a los enfermos era golpearlos con varas; se suponía que eso expulsaba sus demonios y los curaba, aunque ayudó a muy pocos.

Su abuela era una mujer intolerante a quien las enfermedades ajenas la encolerizaban, por lo que cuando ya no pudo soportar más la decrepitud de Germain, vendió la casa de Colchester y se llevó a Juliana a Londres. Allí Roxanne murió. Su tutor William Gadd, que por su parte ya empezaba a tambalearse, consideró que su prioridad era establecer a Juliana; nunca le había dicho a Orlando Lovell que los «huertos de Kent» eran exigüos, y que todavía pertenecían a Germain Carlill. Una vez casados, Juliana había tenido que dar excusas a Lovell con frecuencia por el hecho de no recibir las rentas.

Cuando Juliana regresó a Colchester para buscar a su padre tras el asedio, una de sus tribulaciones fue enterarse por su administrador que hacía algún tiempo que no se recibía ningún dinero de los inquilinos de Lewisham. Juliana tendría que averiguar por qué. Ninguna de las explicaciones probables era buena.

Sin embargo, le esperaban noticias mucho peores. Cuando llegó a Colchester y convenció a los victoriosos soldados del Nuevo Ejército Modelo para que la dejaran entrar, su padre había muerto. Lo sospechó al leer las hojas informativas. Era

demasiado frágil para sobrevivir a semejante asedio. La casa de la enfermera había sido pasto de las llamas, y habían tenido que refugiarse en una iglesia. Pero antes, el pobre hombre, que tenía cincuenta años, aunque parecía más bien un hombre de noventa, había quedado absolutamente confuso y aterrorizado. Germain no sabía nada de la Guerra Civil. Él vivía en su propio mundo, sin ser consciente ya de quién era, respondiendo a su enfermera por la fuerza de la costumbre. El ruido de las armas lo había horrorizado; a Juliana le contaron una escena descabellada en la que escapó hacia las murallas de la ciudad, semidesnudo, e intentó ordenar a los soldados que dejaran de armar semejante jaleo. El hambre lo afectó mucho. Ya estaba débil, pero se consumió tanto que parecía un espectro, y se negaba a comer las desagradables sobras que había disponibles. Su mente se deterioró más aún, muy rápidamente. Despotricaba sin control y acusaba a la pobre mujer que cuidaba de él de intentar acabar con su vida. Ella tenía poco que ofrecerle, y no tardó en darse cuenta de que no podía salvarlo.

—Cuando la encontré —Juliana se desahogó con Anne Jukes entre lágrimas—, ella también estaba desesperadamente enferma. Murió, casi abrumada de alivio al contarme lo que le había ocurrido a papá. Murió disculpándose por la muerte de él... después, otras personas me dijeron incluso que la mujer se había esforzado mucho para cuidar de él, cuando la mayoría se hubieran dado por vencidos hacía ya tiempo. No solo había compartido sus lamentables raciones con él, sino que le daba la parte mayor porque sus ruegos le rompían el corazón...

En Colchester, nadie pudo decirle a Juliana cuándo había muerto exactamente su padre ni dónde estaba enterrado. La población desfallecida se había deshecho del cadáver de manera aleatoria, y no se guardaba ningún registro parroquial. Nadie llegó a saber nunca el número completo de muertos entre los civiles.

Juliana había pagado para que enterraran a la enfermera. En el funeral, una mujer que probablemente había tenido intención de no decir nada, de pronto se acercó a ella y le dijo dónde podía encontrar las posesiones que quedaban de su padre. Juliana sabía que Germain había tenido un reloj, y también que poseía peltre, ropa blanca, coloridas fuentes de delft... nunca volvería a ver nada de todo aquello. Sí que encontró sacos con artículos de mercería. Localizó una gran silla en la que su padre siempre se había sentado. Dentro de un cofre, había unos papeles cubiertos por los patrones de encaje y bordado de su abuela, y que habían sobrevivido porque sin duda parecían no tener valor. Juliana apiló todo aquello en su carro junto con sus propias pertenencias.

Le quedaba una última tarea: averiguar si Orlando Lovell se encontraba entre los realistas en Colchester. No pudo encontrar su nombre en la lista de prisioneros, y unos pocos con los que se le permitió hablar no habían oído hablar de él. Así pues, Juliana dejó Colchester, el último vínculo con su familia, para siempre.

* * *

Le confesó a Anne que se alegraba de que sus hijos no tuvieran que ver a su abuelo falto de juicio y sufriendo. Al final, podría hablarles a Tom y Val sobre Germain tal como ella lo recordaba de su corta pero feliz infancia: como el padre afectuoso que la había ayudado a aprender a escribir y le había transmitido el amor por la literatura; un hombre dulce, siempre un poco distraído, idealista, a quien, de manera exasperante, no afectaban el sentido común ni la visión para los negocios, pero que también carecía absolutamente de la codicia, la depravación y ambición que desfiguraban el carácter de muchos hombres.

—¿Habría estado a favor del Parlamento o del rey? —preguntó Anne Jukes con curiosidad.

—No creo que hubiese sabido qué decidir.

—¿Hubiese querido igualdad y libertad?

Juliana sonrió de pronto. Sabía, por su encuentro anterior, que Anne estaba suscrita a los niveladores. No le hubiera sorprendido oír que Anne asistía a reuniones donde unas predicadoras defendían sus derechos.

—Bueno, cuando estaba en su sano juicio, mi padre no hubiera podido estar a favor de otra causa.

—¿Y usted? —inquirió Anne. Había tenido suficiente con el episodio del día anterior, cuando Juliana sacó el pudín del horno sin decir nada durante la crisis del retorno de Lambert y luego no llamó la atención sobre su buena obra para con el herido. Anne se alegraba de tener a Juliana en su casa unos días. Se comprendían, como hacen algunas mujeres de forma instintiva—. Dígame, ¿a quién apoya?

—¡Yo soy una esposa! —protestó Juliana. Las dos mujeres cruzaron la mirada.

—¡Ah, entonces piensa lo mismo que su marido! —se burló Anne Jukes—. Piensa lo que su esposo le dice que piense, que es lo mismo que decir que no piensa en absoluto.

—Él es el cabeza de familia —Juliana sonreía a pesar de sí misma.

—Ha dicho que nunca está.

—Entonces, ahora que Lambert ha vuelto con usted, ¿hará todo lo que él sugiera... o peleará?

Anne se alisó el delantal.

—Habría pelea —pronunció estas palabras como quien está reconociéndolo por primera vez.

Permanecieron sentadas en silencio unos momentos, cada una rumiando sus propios problemas. Cuando llegó el momento de rehacer el fuego y sacar otro tema, Juliana la incitó:

—Supongo que no habrá tenido mucha relación con los realistas, ¿verdad?

Anne estaba chismosa:

—Los Jukes tenían un tío abominable, Bevan, un hombre que provocaba disensión cada vez que carraspeaba. Hace poco se montó en un caballo y se unió a la

rebelión en Kent. El rey no podía haber reclutado a un caballero más ridículo; Bevan apenas podía moverse a causa de su peso y de su gota, y estaba demasiado viejo para aventuras. Estoy esperando poder contarle a Lambert cómo ese bobo avanzó sobre Londres con las tropas de lord Norwich, y también estaba con ellos cuando cruzaron el río con los caballos en Greenwich. El caballo de Bevan se las arregló para deshacerse de él, y la corriente lo arrastró. Fueron muchos los que se ahogaron; Bevan estaba entre ellos. La corriente arrastró el cuerpo hasta la orilla, río abajo. Lo reconocieron por su barriga... y por su viejo traje rojo.

—¿Su esposo se alegrará al saberlo?

—Mi esposo no se alegra de la muerte de nadie —replicó Anne con rapidez—. Su tío causó problemas toda su vida, pero ha dejado atrás a una esposa casi histérica con muchos hijos —Anne hizo una pausa—. Elizabeth volverá a casarse —le confió con certeza—. Hay mujeres que siempre lo hacen.

Ambas sonrieron, dos supervivientes innatas, deplorando esa clase de mujeres que no podían vivir solas ni cinco minutos.

—¿Cuántos hijos tiene exactamente? —inquirió Juliana de manera significativa.

—Ahora mismo seis o siete, todos muy mal educados y llenos de mocos. Tiene razón; eso basta para disuadir a los pretendientes... pero la viuda es propietaria de una imprenta...

—¡Ah, entonces dele unos seis meses!

Esta vez las dos se rieron suavemente.

* * *

El dolor, la soledad y la preocupación pudieron más que Juliana.

—Bueno..., me ha entristecido usted, señora Jukes —admitió. No había charlado junto al fuego con una amiga desde que Nerissa murió... No podía hablar de Nerissa, irlandesa y católica, en aquella casa de independientes—. Estoy mirando atrás y reconsiderando la vida. Ahora no tengo a nadie. —A nadie salvo un esposo que volvía a estar desaparecido, y que no le daría las gracias si se preocupaba por él. Incluso el señor Gadd había dejado de contestar sus cartas. Tal vez estuviera demasiado débil para escribir; o lo más probable es que hubiera muerto de viejo—. Me doy perfecta cuenta de que estas guerras nos lo han quitado todo. Orlando y yo nunca disfrutamos de una vida juntos. Me encuentro pensando en lo que he tenido y he perdido..., entonces miro adelante, y solo veo lo que ahora ya nunca poseeré.

—Usted es joven —le recordó Anne.

—Y también podría decir «¡Tiene a sus hijos!», señora. Mis chicos me dan mucho, pero al mismo tiempo son causa de un miedo constante, miedo por ellos, y por todos nosotros. A veces, señora Jukes, tengo la sensación de estar anhelando constantemente..., algo que no sé qué es.

Anne Jukes esbozó una sonrisa sumamente compungida.

—¡Ah, se trata de eso, señora Lovell! Cuando encuentre usted lo que sea que perseguimos tan ciegamente las mujeres, le ruego que me haga saber qué es.

Antes, Anne se hubiera levantado de un salto para deshacerse de su emoción preparando un caldo de ternera para reanimar a Lambert. El tiempo y el cansancio también la habían superado. De manera que se quedó sentada junto al fuego, y simplemente pensó en que debería estar haciéndolo.

* * *

Al cabo de unos días, Juliana emprendió de nuevo sus viajes con sus hijos. En esta ocasión los llevaba a la casa con el huerto, que era una posibilidad de tener un sitio al que llamar hogar, aunque la precavida madre tuvo cuidado de no excitar demasiado a los niños con esta idea.

El viaje duró más de lo que había esperado; los soldados los detenían con frecuencia y les hacían preguntas. Cruzaron el río por el puente de Londres, pasaron por Southwark y Deptford, y tomaron la vieja carretera de Woolwich que atravesaba Greenwich, aunque la abandonaron antes de que el camino pavimentado penetrara en la todavía inacabada Queen's House, en el parque real. Se alejaron del río y siguieron las instrucciones apenas legibles de un papel maltrecho que había dejado la abuela de Juliana. Al menos había estado allí en una ocasión; Roxanne Carlill no era una mujer que comprara una propiedad sin haberla visto antes. «Lo más probable es que se acostara con el agente inmobiliario», pensó Juliana, admitiendo la verdad sobre su abuela. Ahora Juliana lo entendía. Roxanne era viuda, y además era una viuda en un país extranjero que luchaba por poner pan en la mesa para su hijo, Germain, ese inocente de ojos muy abiertos. Los niveladores podían decir que todos los hombres nacían iguales, pero Germain había nacido más afable y menos capaz de controlarse que la mayoría. Los hijos de Juliana parecían haber escapado a eso... aunque a veces temía ver un vestigio de su padre en Valentine.

Tal vez no. Fue Val el primero que divisó el sendero cubierto de vegetación, que salía del camino lleno de rodadas en el que casi se habían atascado. El día ya había sido bastante largo para él; bajó del carro de un salto y se alejó dándose aires, anunciando: «Voy a ir allí abajo». Habían encontrado la casa, que parecía grande y espaciosa, con una colección de árboles frutales variados que para entonces estaban sumamente retorcidos. Le dio un vuelco el corazón de inmediato, pues en la penumbra pudo distinguir que no se veía ninguna luz ni se alzaba humo alguno de la chimenea, pero aun así la puerta estaba abierta.

Los inquilinos debían de haberse marchado hacía meses. Juliana nunca averiguó cuándo, ni tampoco adonde fueron. El por qué se marcharon era evidente. Alguien había destrozado la casa. Podían haberlo hecho soldados de servicio, tropas disueltas o habitantes del lugar que hubieran decidido que la propiedad pertenecía a un realista. La habían saqueado. Un saqueo sin sentido, daños absurdos: habían derribado la

cancela, arrancaron las puertas de los armarios de sus goznes, doblaron los trébedes, rajaron los colchones y las almohadas y los vaciaron de plumas, y los productos de la despensa ni siquiera los robaron, sino que los vaciaron en el suelo y los pisotearon aquí y allá.

La casa abandonada había sido tomada por la naturaleza. Como la humedad entraba en el edificio, en los restos de comida que no se habían llevado las ratas habían crecido madejas y coronas de moho. Juliana encontró unas sillas en las que las crías de ratón rebosaban escuálidas del relleno de los asientos. Los pájaros habían entrado a través de las ventanas y anidado en las habitaciones del piso superior. Escarabajos de todas clases corrían por todas partes con las arañas. El viento y la lluvia se cebaron en la estructura.

Con todo, la destrucción continuaba. Alguien había vivido allí después del abandono de los inquilinos. Unos salvajes de principios rastreros habían ocupado la vivienda no hacía mucho tiempo; habían provocado más daños; habían desparramado más basura; habían encendido fuego, y no siempre en el hogar, y habían depositado sus excrementos en los rincones de las habitaciones.

—No me gusta este lugar —masculló Val con nerviosismo.

—¡A mí sí me gusta! —gritó Tom, que iba corriendo de una habitación mugrienta a otra como un chico de verdad.

Juliana tomó asiento en una silla rota, aunque se lo pensó mejor y volvió a levantarse. En lo que antes había sido un diminuto salón, ahora sin puerta y con todos los postigos arrancados, dio rienda suelta a su desesperación y lloró hasta no poder más.

Decidió que tendrían que marcharse, envolvió a los chicos en capas y mantas, y se refugió con ellos junto al carro durante lo que fue una larga noche sin dormir y a la intemperie. Hasta las primeras luces pálidas del día siguiente no aceptó que no tenían adonde ir. Abatida y casi destrozada, emprendió la tarea de vaciar y limpiar su pequeña casa.

Pocas semanas después de su llegada, había dejado una habitación casi habitable, y entonces tuvieron una visita totalmente inesperada. Juliana sabía que lo conocía, pero fuera de contexto tardó un momento en recordar quién era. Había llegado montado en un poni retaco, llevaba una cartera colgada en bandolera y una escopeta larga de cazar aves: era un hombre fornido con una chaqueta de color rojizo.

—Jolly Jack, señora. ¡John Jolley! El agente inmobiliario del señor Lovell.

En medio de su sorpresa, Juliana le preguntó entrecortadamente cómo había sabido que podría encontrarla allí, y descubrió una verdad desagradable. Jolley había ido hasta allí para encontrarse a Orlando, no con ella. Orlando le había pedido que vendiera sus fincas de Hampshire.

—¿Y esperaba encontrarlo aquí?

—La verdad es que no. Esta era la única dirección que tenía.

Juliana apretó los dientes.

—¿Quiere vender sus tierras para financiar la revuelta? Pues es demasiado tarde, señor Jolley. El levantamiento ha fracasado.

—Eso ya lo sé —repuso el agente con calma—. Para serle totalmente sincero, quería explicarle cara a cara que no puedo vender. Sus actividades... —John Jolley dudó: no sabía qué palabras utilizar. Juliana supo que Jolley apoyaba al Parlamento sin tener que preguntárselo—. Lo que llaman su malignidad se ha hecho famosa. Al entrar en Kent alzado en armas contra el Parlamento se ha considerado que ha incumplido su palabra. Todas sus propiedades han sido confiscadas. Las tierras se venderán para pagar a los soldados del Nuevo Ejército Modelo.

—¿No hay apelación posible?

—Ninguna, puede creerme.

El agente entregó a Juliana una pequeña cantidad de dinero que había conseguido arrancarle al Comité de Hampshire en concepto de la «quinta parte» que le correspondía a ella del año anterior. «¿Le habría dado mi quinta parte a Orlando si este hubiera estado aquí...?».

Jolley se quedó unos cuantos días, supuestamente por lealtad hacia la familia Lovell. Cazó conejos y aves para sazonarlos, de modo que pudieran disponer de algo de carne. Echó un vistazo a las condiciones en las que estaba viviendo, y él mismo efectuó unas cuantas reparaciones básicas para ella; luego encontró a un carpintero local que lo ayudara a arreglar las puertas, las ventanas y el tejado.

—No puedo permitirme pagarle —protestó Juliana con sinceridad.

—He arreglado las cosas con él para que trabaje para usted dos semanas.

—¿Con su propio dinero? —Juliana estaba horrorizada pero, aun así, desesperada porque se hiciera el trabajo.

—Se lo mencionaré al señor a mi regreso. Lo más probable es que él encuentre la manera de reembolsármelo.

—¿Se ha ablandado con Orlando?

—No, señora. Pero el señor es demasiado orgulloso como para ver que pierdo dinero por su hijo.

En un momento de ofuscación, Juliana se preguntó si acaso se esperaba que le hiciera una oferta a John Jolley para pagarle en especias... Nerissa McIlwaine y ella solían bromear sobre las mujeres disolutas que «nunca tenían que pagar a un comerciante». Se sintió acalorada. Apretó la mandíbula para zafarse de esa idea, y le dio las gracias sincera pero brevemente. El momento pasó.

—¿Se ha tenido alguna noticia de mi esposo en Hampshire?

—Ninguna. ¿Ya usted tampoco le ha llegado ninguna, señora Lovell?

—No. —Salvo que ahora, gracias a la visita de John Jolley, Juliana sabía con seguridad que Lovell y sus hombres habían estado allí. El señor Gadd debía de haberle dicho años atrás dónde estaba la casa. De modo que debieron de ser Lovell y sus colegas realistas los que la destrozaron. Aquello le pareció alta traición.

El hecho de que la casa estuviera relacionada con Lovell era peligroso. Juliana la

heredó a la muerte de su padre pero, como esposa, todo lo suyo pertenecía legalmente a su marido. Ahora que era ella la propietaria, Lovell podía vender la casa y el terreno y dejarla en la indigencia. O más sencillo todavía, el Parlamento podría quitársela porque su esposo era un realista. Averiguó que John Jolley no había mencionado aquella propiedad a ningún comité, por lo que aún se sintió más agradecida.

Cuando Jolley se marchó, las condiciones de vida habían mejorado. El carpintero dejó la casa en buenas condiciones. Juliana barrió, lavó, incluso encontró uno o dos utensilios y herramientas servibles, escondidas en edificaciones anexas o tiradas en la maleza. Vivían con frugalidad, pero sobrevivían. Era un invierno duro para los pobres. Intentaba rentabilizar en lo posible sus escasos fondos, y en ocasiones no había habido cena que poner a la mesa. Sin embargo, al final tuvieron una despensa que los sustentaría durante toda la primavera, porque cuando Juliana escribió para confirmar que estaba instalada, Anne Jukes le envió a uno de los transportistas de la tienda con una gran cantidad de comestibles, como agradecimiento por haber salvado a Lambert. Ahora tenían harina, azúcar, mantequilla, pasas, almendras e incluso especias.

Todavía tenían que burlar al frío implacable del invierno inglés. Se vestían con varias capas de ropa, a veces con todo lo que tenían. Algunas noches dormían todos acurrucados, cuando ni siquiera un ladrillo caliente envuelto en unos trapos viejos conseguía mantener la cama caliente. Incluso en los días un poco más suaves, al despertar encontraban una gruesa capa de hielo en su única ventana con cristal, y el hielo permanecía allí todo el día, sin derretirse nunca. Cuando los chicos tenían que ponerse la camisa de dormir, lo hacían al lado del fuego y luego se metían en la cama tiritando. No tardaron en aprender a vestirse por las mañanas debajo de las sábanas. La colada se congelaba en el tendedero. La leche llegaba de la granja con pedazos de hielo en ella. Los chicos chapoteaban en la nieve medio derretida del camino, y volvían correteando a casa con los dedos en carne viva y las medias mojadas tias sobre sus piececillos llenos de sabañones.

Juliana seguía las noticias cuando podía. Aparte de buscar información sobre la suerte de Lovell, sabía que estaban viviendo un período trascendental. El Nuevo Ejército Modelo le había pedido cuentas al rey. Perdieron la esperanza de lograr un acuerdo pacífico y lo habían llevado a juicio en Westminster. De modo que fue al término de aquel invierno gélido, a finales de Enero, cuando Juliana dejó a sus hijos a cargo de una agradable mujer que había conocido en una granja del lugar. Consideró llevárselos a Londres consigo, para que pudieran presenciar aquel acontecimiento histórico, pero le pareció que eran demasiado pequeños, y por lo tanto se fue sola.

Juliana Lovell tomó un bote en Greenwich, viajó río arriba y, el 30 de Enero, se unió a la multitud frente a la Casa de Banquetes en Whitehall. Allí presenció la ejecución pública del rey Carlos.

CAPÍTULO LV

WESTMINSTER, ENERO DE 1649

A Gideon le sorprendió que, de vuelta en Londres, cuando volvió a ofrecer sus servicios al regimiento de los Verdes de las Trained Bands, estos no lo recibieran con entusiasmo.

—¡No puedes aparecer así sin más! No somos un vertedero para los deshechos del Nuevo Ejército Modelo.

—Tengo experiencia.

—Y estás infectado de ideas fantásticas y descabelladas, sin duda. Ahora todos nuestros oficiales son presbiterianos. No tenemos espacio para baptistas, niveladores o agitadores antimonárquicos que arden en deseos de dar el voto a cualquiera.

—Sé utilizar un mosquete *snaphance*.

—Pues úsalo para cazar patos.

—¿El coronel Warner sigue al mando?

—No, murió en verano.

* * *

Durante la ausencia de Gideon, a su antiguo coronel, sir John Warner, lo habían elegido lord alcalde de Londres. Sus obituarios acapararon los periódicos casi tanto como los de sir Thomas Rainborough, y más en la prensa conservadora. Warner había sido lord alcalde durante una época conflictiva. Su predecesor, sir John Gayre, había operado en secreto con los rebeldes realistas en Kent, hasta el punto que fue acusado de alta traición. Sin embargo, Warner era un independiente puritano a quien sobre todo se recordaría por haber abolido las tradicionales marionetas satíricas en la feria de San Bartolomé. Aquel mes de Agosto, después de su muerte, todos los titiriteros tenían una marioneta que hacía de Warner, y que lo dejaba como un idiota.

Aquí yace mi lord alcalde, bajo esta losa,
quien de la última feria de San Bartolomé vetó las marionetas
pues no quería tal cosa, pero en la próxima feria,
quienes vivan para verlo,
verán en mi lord alcalde un títere, pues acabó por serlo.

Las reformas que darían mucho más que hablar a las marionetas estaban llegando a un punto crítico, y Gideon tendría mucho trabajo. Al permanecer en Londres, fue testigo de los asombrosos acontecimientos de Diciembre y Enero.

El movimiento para llevar al rey a juicio empezó tan solo tres semanas después del funeral de Rainborough. Las negociaciones de paz habían continuado hasta entonces. Los presbiterianos, que todavía dominaban el Parlamento, enviaron a unos comisionados a la isla de Wight para que hablaran directamente con el rey. Este malinterpretó su afán por llegar a un acuerdo, que en realidad nacía de un profundo temor a los radicales republicanos. El rey lo confundió por debilidad, y no entendió que en aquellos momentos hasta los presbiterianos pensaban que era mejor tratar con él.

Habían pasado siete años desde el inicio de la guerra y, uno tras otro, todos los proyectos de un tratado de paz habían quedado en nada. Habían pasado tres años y medio desde la batalla de Naseby, tras la cual el Nuevo Ejército Modelo creyó que no habría más discusiones. Entonces, Henry Ireton fue puesto al mando para dirigir sus propuestas con mano de hierro. En nombre del ejército, Ireton redactó un manifiesto en el que se exigía el abandono de las negociaciones, la disolución del Parlamento Largo, que llevaba casi una década en sesión, la reforma del sufragio y el juicio del rey acusado por alta traición.

Esto era inaceptable para el Parlamento. Al menos, para el Parlamento tal como estaba constituido, de modo que tendría que ser disuelto. Un comité secreto, formado por tres diputados y tres oficiales superiores del ejército, se reunió en una habitación privada. Repasaron a los miembros uno a uno, y señalaron a los que «habían continuado trabajando lealmente por el interés público». Eso significaba, concretamente, a aquellos que habían apoyado el último manifiesto de Ireton.

Al día siguiente, el regimiento del coronel Pride apareció en Westminster y el resto de parlamentarios, más de ciento cuarenta miembros, fueron obligados a dejar la Cámara de los Comunes. Cuarenta y uno fueron hechos prisioneros y encerrados en una cervecería hasta el día siguiente: la cervecería situada junto a Westminster Hall, que irónicamente se llamaba Hell. A los más ancianos les ofrecieron la libertad bajo palabra con permiso para dormir en sus propias casas, pero no aceptaron porque no reconocían la autoridad por la que los habían suspendido.

Después de la purga de Pride, a los pocos que quedaron se les acabó conociendo burlescamente como a miembros del Parlamento Rabadilla («Lleno de gusanos», se mofaban sus enemigos). Aquellos hombres sometieron a consideración el juicio del rey. En realidad, pocos eran republicanos ardientes, pero desconfiaban de Carlos y estaban exasperados tras años de no poder alcanzar un compromiso. Incluso aquellos que creían en la monarquía como principio estaban entonces dispuestos a eliminar al que entonces ostentaba tal dignidad.

El Nuevo Ejército Modelo trasladó al rey desde Carisbrooke, en Wight, al más cercano castillo de Hurst, una lúgubre prisión rodeada de mar por todas partes salvo por un estrecho paso elevado de guijarros. En aquel frío bastión, se le despojó de todos los símbolos de la soberanía. Vivía en una celda oscura en la que se necesitaban velas hasta de día. Se decía que solo se le permitió tener un sirviente, aunque la

Cámara de los Comunes aprobó formalmente una asignación diaria de diez libras para su manutención... diez libras, cuando a un soldado de infantería se le pagaba tan solo ocho peniques al día. Carlos también había exigido una lista de sirvientes que empezaba con dos asistentes personales y seguía con un trinchador, un copero, un costurero, un jefe de guardarropa, un paje de antecámara, un pagador, sirvientes para el leñero, la bodega y el almacén, para la despensa y las jofainas, un paje de corte, un ayuda de cámara, un maestro cocinero y dos ayudantes. Se le permitió tener dos perros como mascotas.

Los que lo habían visto decían que descuidaba su vestimenta y se había dejado crecer demasiado el pelo. Tenía todo el cabello gris y los rasgos hundidos, con bolsas en los ojos y el rostro macilento. En el fondo, sabía el destino que le esperaba. Hablaba de él como un actor trágico a cualquier seguidor que lograra visitarle; se complacía en la autocompasión.

* * *

Cuando el Parlamento, drásticamente reducido, empezó a constituir un Tribunal Superior de Justicia, la Cámara de los Lores se negó a cooperar. La Cámara de los Comunes insistió, estableciendo el principio de que los súbditos de Inglaterra tienen el derecho de dictar sentencia sobre su rey: «Los Comunes de Inglaterra reunidos en el Parlamento declaran que, por debajo de Dios, el pueblo es el origen de todo poder justo». Directamente opuesto a la creencia de los Estuardo en el Derecho Divino de los reyes, este era el meollo de por qué se había llevado a cabo una guerra civil.

* * *

Proclamó el juicio un ujier que entró a caballo en Westminster Hall con la maza de la Cámara de los Comunes apoyada en el hombro, acompañado por varios oficiales y seis trompetas también a caballo, al tiempo que una guardia montada y de a pie golpeaba los tambores en el New Palace Yard. La proclamación se hizo una vez y se repitió más tarde. Gideon la oyó en Cheapside; Lambert en el Old Exchange. Se dieron las órdenes para la organización práctica del juicio: la provisión de habitaciones y de lo más indispensable para el rey, una casa para el lord presidente del tribunal, y suministro de guardias para el tribunal, para la persona del rey, y para todas las rutas por las que el rey tenía que pasar, con guardias adicionales en el tejado y en las ventanas exteriores, y barreras de seguridad para evitar los movimientos de la multitud o el rescate del prisionero. Incluso se bloquearon las puertas traseras de las tabernas que pudieran dar acceso a alborotadores.

Ningún rey de Inglaterra había sido juzgado por ningún delito. No había ningún precedente; tuvo que idearse la propia forma del tribunal. El simple asesinato, la

herramienta preferida en la historia anterior, no iba a permitirse. Tenía que darse un castigo formal por el derramamiento de sangre del reino. La pena merecida tenía que hacerse efectiva. Y aunque los súbditos ingleses no tenían carta de derechos, aquellos que luchaban en pro de la reforma querían demostrar que ellos mismos se hacían súbditos mediante un contrato implícito, un contrato en el que tenían la esperanza de un buen gobierno por parte de sus monarcas.

Se había nombrado a 135 comisionados como jueces del tribunal. De pronto, muchos de ellos no se encontraron disponibles para tal privilegio. Más de la mitad se negaron a aparecer, ya fuera por dudar de la legalidad del proceso o porque les aterrorizaba el peligro. Lord Fairfax, cuyas opiniones políticas siempre se habían mantenido en un ámbito estrictamente privado, se excusó. Otros creían que participar en ello era su deber hacia Dios y su país. Un juez poco conocido accedió a presidir: John Bradshaw, quien había empezado su carrera como secretario de abogado en Congleton, y progresó hasta presidente del Tribunal Supremo de Chester; nadie había oído hablar de él fuera de Cheshire, un lugar que se veía como un páramo remoto al lado de Gales. El propio Bradshaw estaba tan aterrorizado de que lo asesinaran por lo que estaba haciendo, que encargó un sombrero blindado que no se quitó en lo que duró el juicio.

Al rey lo llevaron entonces más cerca de Londres, al castillo de Windsor. Se hallaba bajo custodia del coronel Thomas Harrison, un hombre de la Quinta Monarquía, quien lo había denunciado como «ese hombre sangriento». El 19 de Enero, volvieron a trasladar a Carlos al palacio de Saint James, en Whitehall. A la mañana siguiente, un sábado, se lo llevaron de Saint James en una silla de manos perfectamente encortinada, y luego media milla más por el agua, escoltado por botes cargados de mosqueteros. Lo dejaron en casa de sir Robert Cotton: allí aguardaría el inicio de la primera sesión del juicio. La ubicación de Cotton House era inmejorable para tratarse de un edificio doméstico: justo en el centro del complejo parlamentario, entre el Lobby y el Painted Hall.

Todos los traslados del centrado rey se realizaban con discreción, aunque la gente era consciente de ello. Como siempre, un simple grito de «¡Dios salve al rey!» por parte de un transeúnte llenaría de confianza a Carlos, lo cual, en opinión del Parlamento, suponía un amargo contraste con su falta de reacción, cuando cientos de miles de sus súbditos estaban tan descontentos que habían estado dispuestos a morir combatiéndolo. A medida que el juicio se acercaba, parecía estar más y más seguro de que su vida no corría peligro; dijo que era imposible que ninguno de sus enemigos consiguiera sus intereses, a menos que unieran sus destinos al suyo.

No estaba solo. Tanto en Inglaterra como fuera del país, mucha gente rechazaba la idea de que el rey pudiera morir. Se expresó un motivo práctico: su derecho al trono pasaría inmediatamente a su hijo mayor, lo que provocaría un nuevo estallido de la guerra, con la ventaja de que el Príncipe de Gales obtendría un apoyo más amplio como el hijo inocente de un mártir. Es más, el ejército estaría cambiando un rey cuya

persona controlaba por uno que se encontraba en el extranjero, lejos de su alcance. Todo el mundo daba por hecho que la muerte del rey Carlos no supondría ni mucho menos la muerte de la monarquía.

Incluso los niveladores estaban divididos. Richard Overton y los editores de *The Moderate* apoyaban el juicio. Overton había estado haciendo campaña contra la monarquía abiertamente; su panfleto de 1647 titulado *La tiranía real al descubierto* fue el primero en pedir una ejecución. En aquellos momentos, no fue bien recibido en el Parlamento: Anne Jukes le contó a Gideon que habían arrestado a la esposa de Overton mientras cosía ejemplares de dicho panfleto. «La llamaron puta y la arrastraron violentamente por el suelo hasta la prisión de Maiden Lane, con su bebé de seis meses llorando en su pecho, tras lo cual se la llevaron al infierno de Bridewell. El pobre bebé murió en la cárcel poco después».

Un mes antes del juicio, tuvo lugar una reunión en Whitehall entre los Grandes del ejército, los niveladores y los independientes de la City para discutir la puesta en práctica de una Constitución. Overton y Lilburne se retiraron. John Lilburne se quejó más tarde de que los oficiales del ejército solo habían jugado con ellos para hacerlos callar como niños con sonajeros. Eterno inconformista, en realidad Lilburne se oponía al juicio del rey, pues opinaba que era preferible mantener la monarquía como equilibrio contra la tiranía del ejército.

Desde que tuvo lugar la purga de Pride, muchos soldados y antiguos soldados, entre ellos Gideon Jukes, brindaron su apoyo de todo corazón, en particular porque los miembros excluidos de la Cámara habían sido los responsables de negarles la paga. El ejército del momento estuvo presente en masa durante el juicio. Oficiales y soldados que ya no tenían plazas fuertes o regimientos también se reunieron en Londres para apoyar hasta el final aquello por lo que habían luchado.

Era evidente que lo que estaba a punto de ocurrir no tenía precedentes. Al constituir el Tribunal Superior de Justicia, se había declarado la soberanía del pueblo, con prioridad sobre la monarquía. Aquello era revolucionario, valiente y, sin duda alguna, crearía mucho dramatismo.

El lugar elegido era Westminster Hall. Este majestuoso monumento gótico tenía más de setecientos años de antigüedad. Durante sus primeros quinientos años, había sido una residencia real, un lugar de festejos y entretenimiento. Hubo un tiempo en el que fuera el mayor salón de Europa; su techo sin soportes y su magnífico interior artesonado databa del reinado de Ricardo II. El enorme tamaño y amplitud del salón siempre lo hicieron ideal para reuniones ceremoniosas, y en 1265 había sido el lugar de encuentro del primer Parlamento inglés verdadero, iniciado por Simon de Montfort. Su existencia había hecho de Westminster el centro judicial y administrativo del reino. Varias cortes regulares se reunían allí: la Corte de Alegatos Comunes, la Corte de Chancery, la Court of Wards y el King's Bench. Importantes juicios anteriores celebrados allí habían sido el de sir Tomás Moro y el de los miembros de la Conspiración de la Pólvora, de modo que, en Westminster, ya se sabía

lo que era manipular la justicia por razones políticas. Fue allí donde juzgaron al conde de Strafford, que se defendió hasta casi lograr la absolución.

Irónicamente, también fue el lugar habitual para los banquetes de coronación, incluido el del rey Carlos.

* * *

El sábado 20 de Enero, Robert Allibone y Gideon acudieron allí como visitantes y, a partir de entonces, asistieron todos los días. Lambert se estaba reponiendo de su enfermedad, pero las piernas aún no lo sostenían bien, aunque su esposa Anne se puso una capa con capucha y también asistió. Gideon se fijó con cierto regocijo en que Anne era ya tan independiente que se alejó de ellos sin decir palabra para ir a mezclarse hábilmente con las damas importantes, a las que se les permitía tomar asiento en la galería superior. Al principio, otros espectadores permanecieron fuera, en el New Palace Yard.

Los jueces entraron y se los condujo a sus asientos. Se pronunciaban los nombres de los comisionados y los presentes contestaban; no se tomarían medidas contra los que no se presentaban. En la galería, Anne Jukes fue testigo de un incidente; cuando llamaron a lord Fairfax, una mujer que llevaba máscara gritó: «¡No es tan tonto como para estar aquí!». La gente rumoreaba que era su esposa, lady Fairfax.

Se requirió silencio, y entonces se abrieron las sólidas puertas del extremo del salón para que «todas las personas deseosas de ver u oír (sin excepción) pudieran entrar». Sí que hubo algunas excepciones: todos los delincuentes y papistas tenían prohibido acercarse a menos de diez millas de Londres (aunque no los que intentaban pagar sus multas...). Por lo demás, aquello era una aglomeración de personas sobreexcitadas.

—¡Utiliza el peso de tu cuerpo! —masculló Robert cuando el gentío se abalanzó por la entrada, corriendo para encontrar un buen lugar.

—¡Patadas en las espinillas! —lo instó Gideon. Empujaron implacablemente y se colocaron entre muchos otros, todos con capa, guantes y sombreros contra el frío gélido, un frío que aun con la presencia de tanta gente no se mitigaba. Gideon, que no había estado nunca allí, paseó la mirada en derredor, maravillado ante aquel espectacular gran salón.

Los asientos para el público y el aforo de pie se llenaron rápidamente. Se ordenó silencio una vez más. Al coronel Tomlinson, que tenía al rey a su cargo, se le indicó que trajera a su prisionero. Aunque Cotton House era el edificio más cercano a Westminster, con la lentitud real llevó un cuarto de hora. Entonces entraron veinte oficiales con partesanas encargadas especialmente para la ocasión, unas astas de doce pies con relucientes hojas puntiagudas y afiladas. El ujier, resplandeciente con su maza, recibió al rey en la custodia del tribunal, y lo condujo directamente a un asiento de terciopelo rojo. Tras recorrer el tribunal con mirada reprobadora, el rey ocupó su

lugar.

Los jueces se negaron a quitarse el sombrero por él. Él se negó a quitarse el sombrero por ellos.

—¡Todos los hombres nacen iguales! —resopló Robert Allibone en voz baja.

El rey, histriónico como siempre, había recuperado el orgullo en su apariencia. Adoptando una pose de gran prepotencia, llegó al tribunal vestido de un impresionante terciopelo negro, con la Orden de la Jarretera resplandeciente en el lado izquierdo de su capa, un gran círculo irradiado bordado con hilo de plata. El brillante adorno, casi tan largo como su brazo, correspondía a la orden de caballería inglesa más antigua y elevada. Había sido concebida para representar una hermandad afín, aunque era una hermandad cerrada formada únicamente por el rey y sus más íntimos asociados de la élite, y no entrañaba vínculo alguno entre el soberano y sus súbditos. El patrón de la orden era san Jorge, el santo patrón de Inglaterra que da muerte al dragón, y que estaba representado en una medalla espectacular que Carlos llevaba colgando del cuello por una ancha cinta azul.

Gideon contempló agriamente aquella Jarretera, y su simbolismo arcaico le pareció un grave error, pues se cimentaba en la exclusividad. Gideon, que había aprendido de los autores de los panfletos radicales, veía aquel *Honi Soi Qui Mal Pense* como un conjuro místico en el lenguaje de los normandos, unos señores extranjeros represivos que se habían hecho con el poder en Inglaterra y que luego habían empleado la barrera de la antigua Francia para excluir a la población nativa del gobierno y la ley. Puede que aquella orden fuera caballeresca, y que al rey le resultara reconfortante, pero para Gideon el terciopelo negro y el bordado caro eran un mero intento de proteger al rey (quien vivía completamente inmerso en aquel mundo foráneo) de las consecuencias de su propia arrogancia, artería, disensión, indiferencia, mezquindad y vacilación, por no hablar (¿para qué ser comedidos?) de su incomprensión, desprecio y deslealtad hacia el hombre de a pie.

Gideon tuvo la sensación de que la parafernalia decorativa de la monarquía no tenía relevancia, al menos no la tenía para ningún soldado parlamentario que hubiera marchado hasta tener los pies en carne viva y el estómago atormentado por meses de hambre, para ningún hombre que hubiera experimentando el peligro y terror constantes entre el humo y el estruendo de los campos de batalla, en los que sus compañeros caían rajados, agujereados, desgarrados y golpeados hasta la muerte. Para aquellos que habían luchado por el Parlamento, y para las mujeres y niños que compartieron su sacrificio, la acusación de que Carlos se había obcecado en mantener una guerra cruel sí que importaba; importaba desesperadamente.

Bradshaw, lord Presidente del Tribunal Superior de Justicia, ocupaba un trono de terciopelo con un escritorio frente a él. Se hallaba sobre una tarima de tres escalones, por lo que los espectadores podían verle. El rey les daba la espalda a casi todos ellos; él estaba en un banquillo con paredes tan altas que, cuando se sentó, solo era risible la copa de su sombrero. De vez en cuando se ponía de pie y miraba detenidamente y con

desdén al público. Dos secretarios, los únicos que llevaban la cabeza descubierta, ocupaban una gran mesa central cuadrada cubierta por una alfombra turca de fleco ancho, en los tonos tradicionales de rojo, negro y verde. Tuvieron que embutir sus papeles y plumas entre una espada ceremonial y la maza, que estaba cruzada sobre ella. Piqueros y mosqueteros bordeaban todas las zonas de asientos. Desde el lugar que ocupaban, estas tropas fuertemente armadas tenían la mejor vista. Estaban helados de frío y, abatidos, de vez en cuando golpeaban sus pies calzados con botas contra el suelo. Tenían órdenes de proteger al tribunal y a su prisionero, y de detener a cualquiera que causara alboroto.

Bradshaw dio comienzo a aquel acto sin precedentes. «Carlos Estuardo, rey de Inglaterra, los Comunes de Inglaterra reunidos en Parlamento, siendo profundamente sensibles a las calamidades que se han volcado sobre esta nación, y de las que se os señala como principal autor, han decidido realizar una investigación por asesinato. Y de acuerdo con la deuda y el deber que le deben a la justicia, a Dios, al reino y a sí mismos, han decidido llevaros a juicio y declarar sentencia, y para tal propósito se ha constituido este Tribunal Superior de Justicia ante el que os han traído».

Se le indicó al secretario de la corte que leyera la acusación formal. «Acusación de los Comunes de Inglaterra contra Carlos Estuardo, rey de Inglaterra, de alta traición y otros delitos graves». Entonces ya habían desaparecido las listas exhaustivas de quejas que una vez aparecieron en la *Gran Reconvención* de John Pym. Impuesto naval, monopolios, usurpaciones, complots católicos, imposiciones laudianas, panfletistas encarcelados, abusos de comercio, desacuerdos sobre religión, todo ello se redujo a «un plan malvado para mantenerse en un poder ilimitado y tiránico y gobernar según su voluntad», para cuyo fin el rey había «impuesto, con traición y malicia, una guerra contra el actual Parlamento y la gente por él representada». Se enumeraron batallas militares fundamentales, desde las maniobras iniciales en 1642 y el levantamiento del estandarte del rey, pasando por Edgehill, Reading, Gloucester, Newbury, Cropredy Bridge, Cornwall, otra vez Newbury, Leicester, Naseby y los levantamientos en Kent y otras partes en 1648:

Por las guerras crueles y antinaturales por él (el susodicho Carlos Estuardo) impuestas, que continuaron y se renovaron tal como se ha mencionado anteriormente, se ha derramado mucha sangre inocente de la gente libre de esta nación, muchas familias han quedado destrozadas, se ha malgastado y agotado el tesoro público, se ha obstaculizado el comercio que ha decaído miserablemente, la nación ha incurrido en cuantiosos gastos y daños, y muchas partes del territorio se han echado a perder, algunas de ellas hasta el punto de la desolación.

Cuando oyó que lo acusaban de tiranía, el rey se echó a reír en voz alta. Su arrogancia impresionó a los comisionados que lo juzgaban y también al público.

John Cook, procurador general de la Commonwealth, iba a llevar la acusación. Cuando Cook empezó a hablar, el rey le dio en el hombro con su pesado bastón de plata con la intención de interrumpir. La cabeza del bastón acabó por desprenderse. Rodó por el suelo ruidosamente de un lado a otro. El rey esperó a que alguien se la recogiera. Nadie se movió. Se vio obligado a agacharse y recuperar él mismo el adorno. Parecía agitado.

Cook continuó hablando, impertérrito. El rey adoptó una expresión despreocupada, sin ser consciente de que su aire despectivo le hacía perder simpatías. Exigió saber en nombre de qué autoridad legítima lo habían llevado allí. Acusó directamente a la corte de no tener más legalidad que los ladrones y salteadores de caminos, que se salían con la suya a la fuerza. Al principio, Bradshaw vaciló, nervioso, y dijo que a Carlos se le había requerido allí «en nombre del pueblo, del que sois rey electo», ante lo cual el rey replicó con pedantería que, en los últimos mil años, Inglaterra no había tenido ningún rey «electo».

Bradshaw insistió, instando al rey repetidas veces a que respondiera a las acusaciones, cosa que se negaba a hacer continuamente porque no reconocía al tribunal. Finalmente, Bradshaw se dio por vencido y levantó la sesión. Ordenó a los soldados que se llevaran al prisionero.

Al día siguiente, domingo, Bradshaw y los demás comisionados se sumieron en la oración. Robert oyó que el capellán de Cromwell, Hugh Peter, les dio un sermón basado en el Salmo 149: «Para aprisionar a sus reyes con grillos, y a sus nobles con cadenas de hierro...».

Cuando se reanudó el juicio el lunes, ya se había establecido una pauta. El rey volvió a negarse a reconocer la autoridad del tribunal; la corte insistió con obstinación en que debía responder a la acusación, en vano. La terquedad del rey, aunque digna, llegó a ser tan frustrante que uno de los comandantes del ejército, el coronel Hewson, avanzó corriendo, gritando «¡Justicia!», y le escupió en la cara. Carlos se limpió la saliva y comentó:

—Bueno, señor, Dios nos tiene reservada justicia, tanto para vos como para mí.

Después de tres intentos, Bradshaw, exasperado, falló que la negativa del rey a responder a la acusación era contumacia. Los secretarios sentados a la mesa de la alfombra turca lo definieron formalmente en las actas del tribunal como: «Una negativa a declarar y una confesión tácita de las acusaciones».

—¿Qué significa eso? —susurró Gideon a Robert.

—Una confesión silenciosa. En teoría, elimina la necesidad de aportar testigos. — Se estaban tomando muchas molestias para hacerlo de todos modos. Los registros afirmaban que los jueces interrogarían a los testigos para su propia satisfacción.

* * *

El 24 de Enero, un subcomité del Tribunal Superior, reunido en la Cámara Pintada,

interrogó a treinta y tres testigos. Robert había averiguado todo lo posible sobre ellos. «Han sido meticulosos, y se han preocupado de que todo el país estuviera representado, desde Cornualles a Northumbria, e incluso hay algún irlandés. Muchos de ellos han combatido como realistas. Incluyen a nueve caballeros, cinco agricultores, un pintor, un herrero, un carnicero, un fabricante de malta, un barquero, un cirujano barbero, un guantero y un amanuense...».

Al día siguiente, se leyeron sus declaraciones en sesión pública. Gideon escuchó con atención. Las declaraciones de aquellos testigos serían mucho menos famosas que los enojados intercambios entre Carlos y Bradshaw. Sin embargo, confirmaron la participación personal del rey en las batallas, aportaron pruebas de su estrecha vinculación con varias atrocidades como la de atormentar a las tropas después de Lostwithiel, y demostró sus intenciones de revolver las cosas y continuar con la guerra. Los testigos afirmaron que habían visto al rey a caballo y con la armadura en los campos de batalla; diecisiete acciones militares de diversa importancia se mencionaron concretamente:

Este testigo dice que vio al rey en Edgehill, Warwickshire, donde, sentado a caballo en tanto que su ejército formaba frente a él, habló con el coronel de todos los regimientos que habían pasado junto a él para decirle que hablara con sus soldados y los animara a resistir y combatir... Y vio muchas muertes en la batalla de Edgehill, y después vio una lista que se llevó a Oxford de los hombres que habían caído en dicha batalla, según la cual hubo 6559 muertos.

A continuación se dejó constancia de las pruebas escritas: concretamente los documentos que se habían encontrado en el armario del rey después de la batalla de Naseby. En ellos demostraba su arteria, su voluntad de enfrentar a sus oponentes los unos con los otros y, lo que era más condenable, sus negociaciones para traer ejércitos extranjeros que lo ayudaran en contra de sus súbditos.

* * *

Los comisionados se reunieron en privado los dos días siguientes. Llegaron a un veredicto y redactaron la sentencia. Esta condenaba a Carlos Estuardo como un «tirano, traidor, asesino y enemigo público de la Commonwealth de Inglaterra». No obstante, al rey aún se le dio una última oportunidad de aceptar la competencia del tribunal y así poder presentar su defensa. Algunos de los jueces podrían haber creído que el terror de la muerte finalmente lo induciría a transigir. Carlos se retractó entonces de su posición original, sin duda... pero solo para ofrecer su cooperación en un juicio si este se celebraba como un «congreso», conjuntamente con la Cámara de los Lores y la de los Comunes.

Incluso a aquellas alturas del proceso su petición fue considerada. Una vez más se llevaron al rey, en tanto que el tribunal suspendía la sesión. Fuera, Gideon Jukes y Robert Allibone iban de un extremo al otro del New Palace Yard. Robert estaba furioso:

—Se ha escurrido como un pez. ¡Esto es más prevaricación!

—Al considerar la propuesta, demuestran que son imparciales —trató de tranquilizarlo Gideon—. No accederán a ella, pero tienen que demostrar que consideran todas las posibilidades.

La petición del rey fue rechazada.

* * *

El juicio terminó en sábado. El rey fue llevado ante el tribunal para que oyera la sentencia. El lord presidente Bradshaw empezó a recapitular:

—Caballeros, el acusado ha sido traído varias veces ante el tribunal para que respondiera a una acusación de alta traición en nombre del pueblo de Inglaterra...

Lo interrumpieron. Fue la misma dama enmascarada de la galería quien gritó de nuevo:

—¡No! De menos de una cuarta parte del pueblo de Inglaterra... ¡Oliver Cromwell es un traidor!

El coronel Astell ordenó a sus hombres que apuntaran sus mosquetes a la galería y gritó:

—¡Acaben con esa zorra!

Los soldados se dieron media vuelta y apuntaron las armas. Las mujeres se quedaron inmóviles en sus asientos. Según explicó después Anne Jukes, hubo un terrible momento de quietud, hasta que los soldados se negaron a disparar. Las amigas de la mujer que interrumpió, que de nuevo se creía que era lady Fairfax, se la llevaron de allí.

* * *

Entonces Bradshaw pronunció un alegato que duró cuarenta minutos. En él exponía que incluso un monarca estaba sujeto a la ley, y que la ley se originaba en el Parlamento. Carlos Estuardo había roto el vínculo sagrado entre rey y súbdito. Al hacer la guerra contra su propio pueblo, perdió el derecho a la lealtad de este. «Existe un contrato y un pacto entre un rey y su pueblo, y sin duda el vínculo es recíproco... Señor, si este lazo se rompe aunque solo sea una vez, adiós a la soberanía. Que sea toda Inglaterra quien juzgue si habéis sido un Protector de Inglaterra, que es lo que deberíais ser por el cargo que ostentáis, o un Destructor de Inglaterra».

Entonces Bradshaw declaró a Carlos culpable de los cargos que se le imputaban y

ordenó que se leyera la sentencia.

—Carlos Estuardo, como tirano, traidor, asesino y enemigo público de la buena gente de esta nación, será ajusticiado separando la cabeza de su cuerpo.

Para su gran consternación, a Carlos no se le permitió hablar. Posteriormente, sus simpatizantes darían mucha importancia a este hecho, pero era lo habitual. Un convicto estaba legalmente muerto desde que se pronunciaba su sentencia de muerte.

El prisionero siguió protestando desesperadamente cuando se lo llevaron de allí sin contemplaciones unos soldados que llevaban la mecha encendida, y que le soplaban el humo en la cara con desprecio. Aunque se decía que el coronel Axtell les golpeó para obligarles a hacerlo, muchos de ellos gritaban con júbilo «¡Justicia!» y «¡Ejecución!».

CAPÍTULO LVI

LONDRES, 27-30 DE ENERO DE 1649

De forma por completo inesperada, Gideon Jukes participó en lo que sucedió a continuación.

Cuando él y Robert se alejaron de Westminster Hall con paso tambaleante, con la boca seca, esperando la decisión final del juez sobre la petición que había hecho el rey de declarar ante las dos Cámaras, Gideon vio a una persona que reconoció. Ya había oído que el coronel Okey estaba a cargo de la seguridad del juicio. En aquel último momento, John Okey golpeaba sus pies entumecidos contra el suelo del New Palace Yard para que la sangre volviera a circular por ellos, hinchando los carrillos y resoplando, y con una expresión ligeramente aturdida.

Las circunstancias anulaban las diferencias del pasado, y el exdragón sintió la lealtad suficiente como para acercarse a su antiguo comandante y estrecharle la mano.

—Gideon Jukes... Serví a sus órdenes, señor, en Naseby.

—¡Sargento Jukes... el alto!

Gideon lo aceptó con pesar. Había aprendido que el coraje, la honestidad y el buen avenimiento no significaban nada si eras un larguirucho con una memorable chaqueta corta.

—Ahora soy capitán, señor. El coronel Rainborough me honró con ello.

A pesar de que los niveladores no suscitaban su simpatía, Okey adoptó un gesto solemne y reconoció la vileza del asesinato de Rainborough. No hizo ningún comentario sobre el ascenso de Gideon, pero continuó conversando con él. Parecía alegrarse de compartir sus pensamientos con un hombre en quien confiaba, con quien podía omitir la reserva que tenía que mostrar a las tropas que tenía a sus órdenes. Tras presentarle a Robert, Gideon, sin que se lo hubieran preguntado, dijo que si podía ser de ayuda estaba disponible. Okey asintió con la cabeza.

—¿Es seguro el resultado? —preguntó Robert en tono confidencial.

—De ningún modo. Son muchos los que quieren que conserve la vida.

Robert insistió en busca de detalles que pudiera publicar.

—He oído comentar que Oliver Cromwell dijo: «Le cortaremos la cabeza al rey con la corona puesta».

—Es probable que lo hagamos —asintió Okey—, pero será en debida forma.

Mientras esperaban, Okey les contó que la constitución del Tribunal Superior de Justicia había sido obra de un abogado holandés, un tal Dorislaus, quien se había inspirado en la antigua Guardia Pretoriana romana, que tenía autoridad para derrocar a los tiranos. Robert, que se había puesto a tomar notas, le preguntó sobre John Cook, que había escrito un apasionado panfleto titulado *The Poor Man's Case*, en el que

establecía relaciones directas entre la pobreza y la criminalidad, instando al fin del encarcelamiento por deudas y al ofrecimiento de segundas oportunidades para los que infringían la ley por primera vez. Cook había recomendado que todos los médicos y abogados deberían dedicar una décima parte de su tiempo a los pobres, *pro bono*.

—¿Sin cobrar honorarios? ¡Eso no ocurrirá nunca! —se carcajeó Gideon.

Robert murmuró unas excusas y se escabulló.

—Nota el frío —comentó Gideon, aunque sabía que Robert iba a pasar sus notas a limpio para imprimirlas después. Es probable que también intentara encontrar una copia de *The Poor Man's Case*. Perezosamente, Gideon prefería que Robert persiguiera el trabajo, para luego agenciárselo y leerlo con pasión.

Gideon se quedó charlando con Okey el resto de la hora que los jueces tardaron en llegar a una decisión formal. Okey le brindó la oportunidad de comprender mejor la organización entre bastidores. Había un constante ir y venir de soldados con mensajes, lo que confirmaba su descripción de una actividad incesable.

—Debe ser todo muy escrupuloso. No se hace nada sin antes redactar un borrador tras otro. —Okey pronunció su leve queja con cierto orgullo; mostró el entusiasmo intensificado que adquieren los hombres durante una afanosa planificación. Gideon había visto a Edward Sexby enfervorizado de la misma manera. Él mismo había experimentado el mismo apasionamiento. Los soldados en batalla tenían esa expresión. El coronel Okey, que cuando encabezó la carga de los dragones en Naseby había demostrado que el impulso de un momento podía estimularlo, estaba muy animado por su reciente experiencia—. Todos los documentos se elaboran varias veces. Estuvimos una semana corriendo de un lado a otro para redactar la acusación formal. El abogado Cook quería remontarse al inicio del reinado, recoger todas las quejas, rumores y falsos movimientos de los últimos veinte años, incluso la posibilidad de que el rey hubiera tenido algo que ver en la muerte de su padre.

Gideon adoptó una perspectiva mordaz:

—El rey Jaime falleció de muerte natural. Hubiéramos quedado como unos idiotas.

Okey le dio unas palmadas en el brazo.

—Esa es también mi opinión. Aun así, todos los aspectos se han masticado una y otra vez como si fueran pan duro con pringue. ¿Cómo llamar al rey? ¿Meramente «Carlos Estuardo» o cargándolo con toda la parafernalia de títulos? Luego teníamos que reunir a los testigos, pero manteniéndolos a salvo de interferencias. La prueba escrita se guardaba en la Cámara de los Lores. Tuve que arrancarles el armario del rey cuando requirieron la prueba... sin duda sabes que no quieren cooperar... Tenemos que trasladar al rey constante e inesperadamente, por motivos de seguridad...

Gideon enarcó sus rubias cejas de golpe.

—¿Intento de fuga? Oí que se negó a huir después de dejar Carisbrooke.

Okey echó un vistazo a su alrededor con nerviosismo. Gideon se fijó en que había

hombres armados tendidos sobre las láminas de plomo de los tejados, unas armas que cubrían el salón y el New Palace Yard.

—No puedo correr ningún riesgo, capitán. Se han colado muchos delincuentes que andan merodeando por Londres. Cotton House es un lugar conveniente para el tribunal, pero es un colador, una biblioteca glorificada; no está construida para defensa. Levantamos barracones para doscientos hombres en el jardín, pero es una pesadilla. El palacio de Whitehall es un buen lugar a medio camino, pero podría escabullirse por un agujero como un ratón a través del queso si se lo propusiera. Hampton Court es un lugar más seguro, aunque se tarda demasiado tiempo en llevarlo de vuelta en transbordador...

Hubo movimiento en las puertas del salón. Gideon divisó a Robert, que le hacía señas para avisarlo de que los jueces regresaban. Okey y él empezaron a caminar.

—¡Me he alegrado de verle, Jukes! —exclamó el coronel con afecto, lo cual sorprendió a Gideon—. Su ofrecimiento de ayuda es muy cortés. Venga a verme a mi casa, si quiere.

Esto lo sorprendió más aún.

* * *

El rey fue declarado culpable, y el sábado se dictó sentencia. En teoría, el domingo era el día habitual de descanso, aunque no para algunos. Muchos todavía negociaban para salvarle la vida al rey, incluido el lord general Fairfax, que intentó convencer al Consejo de Oficiales de que retrasaran la ejecución; incluso se rumoreaba que algunos amigos lo habían instado a organizar un rescate por la fuerza. Embajadores extranjeros, el francés y el holandés, acosaron a Fairfax y a Cromwell, rogando por la vida del rey. Algunos llegaron a abordar a lady Fairfax, que tenía fama de ser una firme presbiteriana. El príncipe de Gales envió directamente una súplica de clemencia. Durante todo este tiempo, Cromwell y los radicales trabajaban para fortalecer la constancia de los espíritus débiles que tal vez desearan evitar el regicidio.

Para el coronel Okey y los demás organizadores, el lunes supuso una carrera para finalizar la orden de ejecución. Ya existía un borrador con un espacio en blanco para los detalles, firmado por algunos de los comisionados, pero ahora había que confeccionar una versión completa que incluyera todas las correcciones o enmiendas, en la jerga legislativa. Dos de los tres oficiales nombrados originalmente para supervisar la ejecución se negaron a hacerlo. Había que fijar el momento y el lugar. A medida que los secretarios parafraseaban las enmiendas, el pergamino tenía que «rasparse» con cuidado en los lugares en el que iban las enmiendas. Inevitablemente, esto después se veía como una manipulación. El temor era que los comisionados que ya habían firmado pudieran echarse atrás si se redactaba un nuevo borrador en limpio.

Circulaban historias descabelladas sobre intentos caóticos de convencer a más comisionados para que firmaran. En la urgencia para añadir firmas, se decía que Cromwell había acabado casi histérico, salpicando de tinta a un tal Henry Marten como si fuera un colegial maníaco, y supuestamente agarrando de la mano a otro hombre y forzándole a escribir. En realidad, acudieron más signatarios de los que se había tenido en cuenta, por lo que los últimos nombres tuvieron que anotarse apretujados de forma poco elegante. Al final, la orden estuvo completa, el pergamino enmendado, cincuenta y nueve nombres valientemente firmados... La orden de ejecución se selló. Los jueces habían dictado sentencia. El ejército iba a tomar el mando. La orden se entregó al coronel Francis Hacker, al coronel Hunks y al coronel Phayre:

En tanto que Carlos Estuardo, rey de Inglaterra, es y queda acusado, deshonrado y condenado por alta traición y otros delitos graves, y el pasado sábado este tribunal se pronunció dictando sentencia de muerte contra él por decapitación, esta orden requiere que se cumpla la sentencia en la calle frente a Whitehall, por la mañana del día 30 del mes corriente, entre las diez de la mañana y las cinco de la tarde del mismo día, a todos los efectos. Y para hacerlo así, esta orden debe bastaros. Y es para pedir a todos los oficiales, soldados y demás, a toda la buena gente de esta nación de Inglaterra, que les ayuden en este servicio.

El lunes por la mañana, Gideon se dirigió a casa del coronel Okey.

Okey poseía un negocio de suministros navales cerca de la Torre de Londres, y su iglesia local era la de Saint Giles in the Fields. Vivía en Mare Street, en Hackney, en el margen oriental de la ciudad, frente a las enormes mansiones de hombres más poderosos que se amontonaban cerca de Westminster y Whitehall. El emplazamiento elegido por Okey, no lejos de London Fields, era una gran casa alquilada, de tres pisos y tejado a dos aguas, llamada Barber's Barn. Se alzaba entre pastos y prados agradables, lo bastante cerca de Londres como para poder hacer negocios en la ciudad, pero con un aire rústico. Gideon le pidió prestado el caballo a Robert y cabalgó hacia allí lleno de curiosidad y, como siempre, con muchas ganas de tener que ver con cualquier acontecimiento histórico.

—¡Otro más! —exclamó Susanna Okey, la esposa del coronel. Iba vestida con sobriedad al estilo baptista. No podía haber visto mucho a su esposo durante los últimos años de su matrimonio. Cuando Gideon se presentó, ella misma lo acompañó hasta donde se encontraba Okey, como si quisiera quitárselo de encima.

Ya había soldados uniformados en la casa. Gideon, vestido de civil, fue conducido junto a ellos y solo recibió miradas extrañas. Okey se hallaba enzarzado en una tensa conversación con otro hombre; alzaron la vista de pronto cuando Gideon entró en la habitación. A su lado, en una mesa, había una bandeja ya medio vacía de

pan con mantequilla y cerveza, los alimentos básicos que ofrecían las esposas parlamentarias cuando se les pedía de improviso que dieran de comer a una comisión. El resto de la mesa estaba cubierto de un revoltijo de papeles.

—Entra, muchacho..., este es el capitán Jukes, que sirvió a mis órdenes. Le presento al coronel John Fox, comandante de la guardia de Bradshaw en el tribunal.

Aquel hombre era un desconocido para Gideon, a diferencia de otros de los que se habían congregado en Londres para el juicio, rostros familiares de las viejas campañas, pero sabía algo de él.

—Estaba al mando de una plaza fuerte cerca de Birmingham, en Warwickshire —apostilló Okey, quizá con cierta frialdad.

—Edgbaston. —Gideon dejó asombrado al coronel, y se sintió complacido por ello. No demostró que sabía que a Fox lo habían apodado el Calderero Jovial—. Trabajé para sir Samuel Luke, jefe de exploradores de Essex. Sus despachos, coronel Fox, pasaban a menudo por nuestras manos.

—Intentaba dar buena información.

—Su trabajo siempre fue valorado, señor.

—¡Ojalá los pagadores me reconocieran algún mérito!

Fox tenía aspecto de rondar la cuarentena, igual que Okey, aunque podría ser más joven. Era un hombre seguro de sí mismo, lleno de vida y un poco demasiado abierto para que les cayera bien a los londinenses, con un acento de las Midlands poco melodioso. A Gideon le parecía quejumbroso. Alguien le había dicho en una ocasión que así era como habría sonado Shakespeare... y si esas eran las terribles vocales del dramaturgo más importante de Inglaterra, se alegraba de haber abandonado toda relación con el teatro.

Los dos coroneles retomaron su conversación. Gideon comprendió el apremio rápidamente. Richard Brandon, el ejecutor público, había mostrado cierta reticencia a matar al rey. Les había cortado la cabeza a Strafford y a Laud, pero ante el regicidio pensó que aquello era demasiado para él.

—¿Tiene que ser Brandon? ¿O hay alguien más que tenga la experiencia suficiente? —preguntó Gideon, que se percató de las implicaciones. Antes, un mero capitán hubiese guardado silencio, pero la guerra había cambiado eso. Dijo lo impensable—: ¿El rey tiene que ser decapitado?

—¡Es un acortamiento! —la sonrisa burlona de Fox confirmó que los oriundos de las Midlands tenían un extraño sentido del humor.

Okey se encogió de hombros, inquieto.

—No podemos ahorcar, arrastrar y descuartizar a un monarca, capitán Jukes. El hacha es tradicional para la nobleza. Además —añadió con abatimiento y con la lógica resuelta de un hombre recientemente atrapado en la burocracia—, ahora la orden de ejecución ya está escrita.

Gideon, siempre objetivo, aceptó que no podían colgar al rey Carlos en un cadalso como a un ladrón de caballos.

—Necesitamos una eliminación quirúrgica. Y usted pregunta por experiencia —el coronel Fox soltó su lacónico escarnio, y habló como si hubiera considerado todo aquello de manera bastante práctica—. Hay que cercenar correctamente el cuello del acusado, con un único golpe pesado que atraviese la cuarta vértebra. Cuando decapitaron a la reina de los escoceses en el castillo de Fotheringhay hicieron un destrozo... no podemos tolerar una carnicería semejante mañana. El rey de Inglaterra no correrá por el cadalso sangrando como un capón medio muerto.

—Cualquier problema hará pensar que es una acción incorrecta —asintió Gideon—. No se puede permitir una chapuza.

—Tenemos una brillante hacha que se ha traído expresamente de la Torre —comentó Okey, preocupado, intentando tranquilizarse.

—El coronel Hewson ha prometido confidencialidad a sus oficiales, y ha ofrecido cien libras al hombre que lo haga. —Fox calmaba a Okey. Hewson era uno de los oficiales encargados de llevar a cabo la orden de ejecución—. Ha identificado a dos posibles candidatos, Hulet y Jackson. Dice que el sargento Hulet está lo bastante curtido.

—Si Hulet está dispuesto a hacerlo —sugirió Gideon— debería ser nuestra alternativa, llámenlo suplente... que asuma el papel del ayudante del verdugo.

—¿Un ayudante? —inquirió Fox.

—Es... lo habitual —musitó Okey, pensativo.

—De lo contrario sería una profesión muy solitaria —comentó Gideon—. Esto nos favorece. Un hombre de confianza puede estar allí por si Brandon falla en el último momento. Pero el principal tiene que ser Brandon. Ya ha practicado unas cuantas veces... —todos se rieron con voz un poco ronca.

Hubo un corto silencio.

—Si tiene miedo, se le debería ofrecer el anonimato —continuó diciendo Gideon en voz baja—. Podría llevar máscara, como un actor en el teatro. Se le puede asegurar que su nombre no se revelará nunca. En realidad, creo que lo adecuado sería que no se revelara.

—Y se le pagará bien —añadió Fox, que tenía unos principios muy directos. Gideon recordó que Fox *el Calderero* tenía fama de conseguir dinero con métodos más que dudosos.

—Bueno, veamos —Okey se decidió—. Mañana a primera hora de la mañana, el coronel Axtell se llevará una tropa a casa de Brandon y lo traerá.

Gideon y el coronel Fox cruzaron la mirada. Parecían haber formado una insólita alianza.

—No tiene que parecer que el ejecutor es nuestro prisionero —advirtió Fox—. Además, la coacción lo hará poco fiable.

—Alguien debería intentar ganarse primero a Brandon con paciencia. —Después de haber visto cómo había llevado Axtell las cosas en el juicio del rey, Gideon consideró que aquel hombre era demasiado brutal e impetuoso para esto. Axtell era el

tosco coronel de bigote recto que había hecho apuntar los mosquetes contra las mujeres de la galería, y que luego animó a sus hombres a echarle el humo de sus mechas al rey y a insultarlo.

Fox estuvo de acuerdo.

—No puede ser Daniel Axtell. Ese hombre bajaría el nivel del desayuno de un cura... ¡Supongo que puedo ofrecirme voluntario! —dijo con el lúgubre hastío propio de su distrito natal—. ¿Dónde vive este tal Brandon?

—Junto a la Torre de Londres —Okey parecía descontento—. Saint Katharine's by the Tower... en Rosemary Lane.

Gideon puso mala cara. Fox se volvió hacia él y le preguntó:

—¿Conoce esa calle?

—¡Es peligrosa! —exclamó Gideon.

Sus miradas volvieron a encontrarse. El coronel Fox asintió con la cabeza.

—Esté aquí al alba, a caballo. Usted será mi guía, capitán Jukes.

* * *

Aquella mañana, hacía un frío gélido. La extraña pareja cabalgó hacia el sur desde Hackney en medio de neblinas y de una práctica oscuridad, pasaron junto a los tendederos donde la tela recién teñida colgaba de interminables cuerdas paralelas. El caballo que Robert le había prestado era un animal gris y patizambo llamado *Rumor*, un caballo de ciudad desconcertado por la visión de la hierba que crecía allí; él prefería deambular por los adoquines, con tiempo para mirar los escaparates. En un momento dado, se detuvo de golpe y de manera inesperada. No había habido nada que lo asustara. Con aquel tiempo que hacía, la mayor parte de los tendederos estaban vacíos. Nada se agitaba contra él; los pocos trozos de tela que había tendidos estaban congelados.

—Corre el *Rumor*... Mi socio, que es un tipo juguetón, llamó *Rumor* a su caballo con ironía. —Fox miraba al frente, en tanto que Gideon se esforzaba por seguirle—. Este jamelgo cascarrabias se sabe el camino hasta cierta posada de King Street en Westminster, y sabe volver al establo incluso con su jinete borracho... —Robert siempre afirmaba que era somnolencia debida al exceso de trabajo—. Pero me desprecia y odia los lugares desconocidos.

—Quiere una zanahoria.

—¡Bueno, pues no va a tenerla! —gruñó Gideon, y lamentó no haberse puesto una capa para protegerse del frío. Espoleó a la bestia con los talones, aunque lo hizo con cautela porque sabía que, en el patio trasero de la imprenta, y como travesura, Amyas estaba adiestrando a *Rumor* para que se empinara de pronto sobre las patas traseras y realizara una recta *levade*, como si llevara a un marqués con armadura completa, posando para Van Dyke—. ¡No llevo el traje adecuado para un retrato! —murmuró Gideon al oído de *Rumor* cuando el caballo empezó a anear sin motivo y se

puso al trote reposadamente.

Gideon lo guio por Brick Lane y entraron en el aireado y placentero Spitalfield, donde numerosas casitas con jardín ocupaban los caminos al otro lado de las murallas de la ciudad, entre los campos y boleras que había en torno a la carretera que conducía de Essex a Aldgate. A aquella hora, la mayoría de caminos estaban desiertos. Vieron a una lechera y a un par de hombres que no tramaban nada bueno en un huerto de manzanos; si Fox hubiera ido solo, no hubiera encontrado a nadie a quien preguntarle por el camino. Pero con Gideon estaba en buenas manos.

Mientras el capitán Jukes lo guiaba con tanta seguridad, el coronel Fox lo examinó con atención. Gideon llevaba puesta la chaqueta del Nuevo Ejército Modelo, que antes fuera roja. Ello significaba que los bombachos le venían demasiado estrechos de entrepierna, y el hueco habitual se estaba ensanchando por debajo del cinturón, por lo que se le helaba la espalda. Además de su extraña apariencia, rebosaba de arrogancia londinense y tenía una sospechosa forma de situarse en posiciones de confianza. De todos modos, en general, el hombre de las Midlands aceptó que sus motivos eran de fiar. De lo contrario, Fox no lo hubiera llevado consigo en aquella delicada empresa. Durante aquella marcha a caballo, su relación solo podía tomar dos caminos: o bien congeniaban enseguida, o se alzaría un muro de antipatía entre ellos que se perpetuaría cada vez que uno de los dos hablara.

—He oído que estuvo usted en Holmby, capitán. —Fox había hecho indagaciones durante la noche. ¿Se lo habría dicho Okey?—. De modo que... respóndame a la pregunta que todo el mundo se hace: ¿Cornet Joyce tenía, efectivamente, órdenes directas de Oliver Cromwell?

Gideon fue lacónico.

—Si fue así, nunca lo dijo.

—¿Y nunca lo preguntó?

—Ninguno de nosotros lo hicimos. Nuestra misión estaba en nuestros corazones.

La gente siempre se sentiría fascinada por aquel incidente. Fox se puso a especular alegremente, y él mismo proporcionó la información:

—Tuvo lugar una reunión en un jardín. En casa de Cromwell, en Londres. Largas noches de Junio... no se levanta acta. Ni siquiera es necesario que haya un secretario, así no hay riesgo de que, después, algún empleado desleal se haga un nombre contándolo todo... ¿Juraron guardar el secreto?

—No, señor, no hizo falta. —Gideon cambió de tema con sequedad—. Dígame, ¿qué le trae desde Warwickshire, coronel Fox?

—En Mayo cerraron mi plaza fuerte, a pesar de mi mucha resistencia. —El hombre estaba disgustado, al borde de la obsesión sobre su mando perdido. Le recordó a Gideon que sir Samuel Luke, ese otro gran apasionado voluntario parlamentario, se había tomado mal que le pidieran que renunciara—. Voy detrás de cuatro mil libras que me deben de atrasos, y vine a Londres para mi boda. Mi nueva esposa es lady Angelica Hasteville. —Dio la impresión de que el mismo Fox estaba

impresionado. Gideon no imaginaba cómo aquel soldado burdo pero efectivo de las Midlands, producto de sus propios esfuerzos, había encontrado a una dama en unos términos en los que deberían aliarse en la cama y en la mesa. Tal vez la mujer tuviera dinero—. Nos casamos en Octubre, en Saint Bartholomew the Less.

Entonces el coronel John Fox bajó la mirada al pomo de su silla por unos instantes, como si se avergonzara de sus sentimientos. Gideon abandonó su escepticismo. Incluso en medio de la guerra y los problemas, había aprendido a atisbar en el corazón de un hombre.

* * *

De pronto, apareció ante ellos la oscura mole de la Torre de Londres. Gideon hizo una mueca y entró en Rosemary Lane.

—Ahora debemos andarnos con mucho ojo, señor.

Oyó que Fox tomaba aire con fuerza. No podía haber visto nada parecido en el aletargado y rural condado de Warwick. Gideon sabía qué esperarse, aunque nunca frecuentaba distritos como aquel. Se trataba de uno de esos sumideros, donde se enconaban incontables almas, que ese hombre de rostro delgado, el procurador general John Cook, quería eliminar.

Rosemary Lane era un apestoso refugio de la más abyecta pobreza. Se hallaba fuera de la muralla de la ciudad, en el distrito de Portsoken. Tenía callejones siniestros, casitas diminutas, tabernas oscuras y una vieja iglesia abandonada. Era un hervidero de mercachifles con sus porquerías, de manera que, cuando hacía más buen tiempo, la calle embarrada se hallaba bordeada en ambos lados por carretillas y esteras exponiendo para la venta la ropa más miserable, enaguas agujereadas, botas del pie izquierdo arrugadas y platos desportillados; trajes, o medios trajes, que habían pasado por nueve generaciones de propietarios y que se sostenían únicamente gracias a la mugre endurecida y a los remiendos; cacharros abollados de un metal tan bajo de ley que a Gideon le dolían los dientes solo con mirarlos; pilas de ropa de casa arrugada, la mayoría robada de los tendedores, ropa blanca en unos curiosos tonos de gris apagado que no conocía ningún batanero; guardarropas de ancianas fallecidas que no tenían amigos ni familia; sábanas que parecían habérselas quitado a cadáveres de semanas; sombreros de marineros ahogados...

En medio de aquella vileza, vagaban los indigentes con expresión aturdida. Prostitutas sin nariz brindaban ofertas vagas que Fox y Gideon ni siquiera dieron muestras de haber oído. Las pocas personas que había levantadas y que se dirigían a sus ocupaciones trabajaban duramente en fábricas donde los explotaban, cargando lastre en los barcos o transportando carbón... trabajos malos, sucios y agotadores que acabarían matándolos. De vez en cuando, algún tipo lamentable se aliviaba contra una pared con aspecto de llevar toda la noche en las calles; unos bultos oscuros en las entradas revelaban a otros vagabundos que aún dormían... o que habían muerto de

frío sin que nadie lo advirtiera. Por supuesto, había demasiadas tabernas, de las peores.

—¡Las ciudades más grandes tienen los mayores estercoleros! —comentó Fox entre dientes.

Allí, cerca de la Torre de Londres, el lugar donde normalmente se llevaban a cabo las ejecuciones públicas, en un alojamiento miserable entre su asustada familia, se escondía Richard Brandon. Era el típico habitante de Rosemary Lane: pobre, casquivano, consciente de que el secretismo era una necesidad aun cuando en cierto sentido emanaba una completa falta de fiabilidad. Su calma aceptación del crudo oficio que había heredado de su padre resultaba escalofriante. Se deleitaba con los supuestos misterios de la profesión, pero se tomaba el hecho de que lo empleaban para matar a prisioneros con una frialdad y una dureza que Gideon encontró inquietantes. Su padre, John, le había dicho una vez que los verdugos eran hombres extraños. Lambert afirmaba haber conocido a uno, o a un ayudante, mientras bebía en una taberna particularmente espantosa. Gideon no se había esperado encontrarse con un ser semejante. Decidió dejar que el coronel Fox tomara la iniciativa, pero cuando vio que Brandon no estaba dispuesto a confiar en un hombre de las Midlands, se hizo necesario convencerlo con el lenguaje y las costumbres del este de Londres.

Tuvo lugar una conversación. Fue bastante corta, aunque más larga de lo que ellos querían. Acudirían a su cita. Aferrado a una bolsa que contenía inexplicables herramientas de su oficio, Brandon fue conducido a un lugar de encuentro junto a la Torre. El coronel Axtell estaba esperando con una escolta de caballería y una montura de repuesto.

No se molestaron en ir a buscar al ayudante habitual de Brandon, Richard Jones, un trapero, aunque vivía en la misma calle. Fox se fijó en la expresión decepcionada de Gideon.

—Me parecería genial que fuera un trapero quien separara la cabeza del rey de su cuerpo —murmuró Gideon con pesar.

—¡Es un verdadero nivelador, capitán Jukes! —se rio el coronel John Fox. Fue imposible deducir si coincidía con él.

En medio del traqueteo apresurado de los cascos de los caballos, los jinetes se alejaron rápidamente de Tower Hill. Más adelante, el hielo de los adoquines les hizo aminorar el paso, pero mientras Londres aún dormía ellos cabalgaron a través de la ciudad, pasaron por Temple Bar y la catedral de Saint Paul, salieron por Ludgate, bajaron por el Strand a Charing Cross y entraron en Whitehall. Cuando llegaron allí, había soldados por todas partes. Los tenderos estaban abriendo... no todos, pero sí la mayoría. Al igual que la Navidad puritana, aquel día se había declarado laborable, no especial. Frente a la Casa de Banquetes ya se congregaba una multitud. Unas nubes bajas, grises y cargadas se cernían sobre ellos, el cielo solemne de un amanecer gélido a finales del invierno inglés.

Oyeron los tambores que se hicieron sonar con fuerza cuando el coronel

Tomlinson salió con la escolta y cruzó Saint James's Park con paso rápido, llevando consigo a su prisionero, el rey.

CAPÍTULO LVII

WHITEHALL, 30 DE ENERO DE 1649

Entraron por una puerta trasera y se encontraron el lugar abarrotado de gente. Hicieron una señal a los guardias. Había tantos soldados arremolinándose por allí que nadie prestó atención. Pasaron por entre aquel gentío sin ningún percance. La cripta era un hervidero. Como suele suceder en las multitudes, la mayoría solo se lijaban en los que tenían al lado. Pasando totalmente desapercibidos, Gideon logró encontrar la habitación privada en la que Fox y él tenían que esperar con el hombre que tenían a su cargo. Para mantener ocupado a Brandon, enviaron a un soldado a buscarle el desayuno. «Y algo para nosotros», rogó Fox, en un tono que dejaba claro que no esperaba que se lo trajeran.

Nada más llegar, Brandon insistió en que se le debía entregar una orden escrita del trabajo de aquel día. Eran las normas y, por supuesto, era para su protección. Lo habían elegido porque era un profesional.

El coronel Axtell salió afanosamente para ir en busca de Cromwell, pues era él quien debía entregarle la orden, y dejó allí a Gideon y al coronel Fox para que se aseguraran de que el ejecutor no se moviera de allí. Como buen impresor, Gideon se preguntó si la familia Brandon poseería un alijo de órdenes manoseadas de todos los traidores y presos políticos a los que habían decapitado. Robert se habría preguntado si se podría hacer una memoria con ello, pero tradicionalmente el ejecutor público llevaba una vida de clandestinidad. Era un ser inexistente; sus experiencias no eran para el consumo público, por mucho que el público ansiara conocer retazos escabrosos de todo lo que tuviera que ver con el cadalso. Robert alegraría que era de interés público, su eterna excusa para el comercio más sucio de la prensa, pero Gideon seguía siendo escéptico en cuanto a los folletos sensacionalistas.

El coronel Hewson trajo a dos de sus hombres. Gideon había visto a John Hewson en los Debates de Putney, donde se opuso a los niveladores. También sabía que, en la Segunda Guerra Civil, Hewson estuvo en Kent, donde su regimiento se sumó a las acciones para limpiar Dover, Sandwich, Deal y Walmer. Era un zapatero que se abrió camino entre las filas con esfuerzo hasta convertirse en uno de los signatarios de la orden de ejecución del rey; un fanático sermoneador que se denominaba a sí mismo «un hijo de la ira».

Hewson había elegido a un sargento, un hombre al que conocía y en quien confiaba. Este hombre iba a sustituir al ayudante habitual del verdugo. A Brandon y a su futuro compañero se les proporcionaron unas pelucas grises y unas barbas falsas, la del verdugo ejecutor era gris y rizada, la del verdugo suplente de un tono más claro y leonado.

—Ahora os cubriremos...

El verdugo pareció alarmado. Pero al sargento y a él simplemente les proporcionaron unas vestiduras informes. Gideon les ayudó a ponérselas, un disfraz necesario cuando la gente solo tenía un conjunto de ropa por el que podría identificárseles fácilmente.

Entonces aguardaron. Al igual que el rey, que en aquellos momentos se hallaba confinado en sus aposentos del palacio de Whitehall con el obispo Juxon, tuvieron que soportar un retraso de tres horas. Fuera, en las calles, la gente estaba diciendo que se debía a que Brandon se había negado a acudir. En realidad, era porque la Cámara de los Comunes había decidido precipitadamente que antes debían aprobar una orden para que fuera ilegal proclamar rey al príncipe de Gales cuando su padre estuviera muerto.

Durante aquellos momentos de tedio, el coronel Fox se sinceró y le contó a Gideon el por qué de ese momento de incomodidad que se había dado en casa de Okey cuando este los presentó. Cuando cumplía con su obligación como comandante de la guardia del presidente Bradshaw, Fox había sido arrestado por deudas; había hecho falta una orden especial de la corte para obtener su libertad. Soltó unas cuantas perlas y, una vez más, se quejó de que le debían cuatro mil libras en atrasos. Parecía una cantidad muy grande. Por lo visto, una disputa con el tesorero de su guarnición había complicado las cosas aunque, según Fox, las acusaciones de corrupción eran totalmente erróneas... «Estábamos discutiendo sobre ello cuando apareció usted». Gideon mantuvo una expresión neutral. El verdugo y su ayudante temporal escuchaban con gran curiosidad.

* * *

Para matar el tiempo, decidieron que no estaría de más que Brandon examinara el cadalso. Se había alzado frente a una gran ventana en el rellano de la escalera principal. Brandon confirmó que las disposiciones eran satisfactorias. Un tal Tench, un fabricante de tambores de Houndsditch, había proporcionado cuerdas, poleas y ganchos con los que podía inmovilizarse al rey en caso de que se resistiera.

* * *

Al fin llegó la orden. Se le entregó discretamente a Brandon, aunque a las puertas de la habitación tuvo lugar una conversación entre susurros. Gideon había aprendido a escuchar a hurtadillas; oyó que uno de los tres oficiales que aparecían en la orden de ejecución del rey, el coronel de nombre fabuloso Hercules Hunks, se había negado a firmar la orden aceptando su participación en el asunto de aquel día. El coronel Axtell le había espetado que se avergonzaba de los Hunks. «El barco está llegando a

puerto... ¿Va a arriar velas antes de llegar al fondeadero?». Oliver Cromwell, enfurecido, le dijo a Hunks que era un maldito cobarde, y él mismo garabateó en la orden la firma necesaria. Gideon logró echarle un vistazo, y vio que Cromwell había firmado como el coronel Hacker, otro de los oficiales a cargo.

No vio a Cromwell en todo el día. Después, oyó decir que él y Fairfax se habían encerrado juntos para rezar durante todo el proceso: Fairfax, acosado por las dudas; Cromwell, rebosante de certeza.

* * *

A las dos de la tarde, un cambio sutil en el ambiente señaló novedades.

El ejecutor y su ayudante fueron conducidos al rellano de la escalera principal, justo al otro lado de la ventana. Allí, Brandon se arrodilló y le pidió al rey que lo perdonara por lo que tenía que hacer.

El lugar que debía ocupar cada cual en el cadalso estaba estrictamente limitado; no había sitio para Gideon. Se detuvo, sin saber cuál era su papel entonces. Después de estrecharle rápidamente la mano a Brandon, lo cual pareció sobresaltar a todo el mundo, prometió encargarse de que el ejecutor saliera de allí sin ningún percance después del acontecimiento.

La cripta se había vaciado. Los soldados y miembros del público se apiñaban en las escaleras y empujaban hacia el salón, ansiosos por ver al rey. Cuando descendía por las escaleras de piedra, Gideon notó un aire más frío que se alzaba procedente de alguna puerta abierta de abajo. Recordó haber esperado allí con su disfraz emplumado de chorlito antes de que empezara *El triunfo de la paz*.

Alguien estaba abriendo las puertas dobles de la gran sala, igual que habían hecho al empezar la mascarada. Gideon avanzó y contempló la enorme cámara vacía. Sus ventanas alargadas se hallaban entonces cerradas con tablas; sus otrora atestados balcones estaban desiertos, el alto trono de Estado despojado de ostentosas cortinas y colgaduras, y apenas visible en la penumbra. Le dijeron que el coronel Hacker y el coronel Tomlinson estaban a punto de traer al rey por aquella habitación en penumbras.

Gideon se escabulló en cuanto los vio llegar. Abajo, en la calle, se abrió paso a la fuerza entre el gentío y encontró un sitio enfrente, junto al Horse Guards. Evitó a los soldados que conocía. Había muchos rostros conocidos, hombres con los que había combatido, marchado, cabalgado, avanzado bajo una lluvia torrencial, viento, barro e inundaciones; hombres con quienes se había enredado en los setos, con quienes había dormido en campos helados, soportado el griterío, las llamas y el humo asfixiante, sobrevivido a un terror espantoso y enterrado a los muertos destrozados. Reflexionó sobre aquellos compañeros, y sobre los otros nombres de más rango que conocía: Hacker, Axtell, Tomlinson, Okey y ahora Fox. Los abogados habían hecho su trabajo; ahora les tocaba a los soldados llevar a término el asunto. Cromwell tenía razón.

Todo lo habían hecho por sus derechos inalienables. No podía haber vuelta atrás.

Mientras observaba y pensaba en todo ello, de forma inconsciente tiraba de su chaqueta corta para que no se le enfriara la barriga. Después de levantarse tan temprano y de no haber desayunado, tenía la sensación de estar en un sueño. Su estatura era una ventaja; aun estando en el lado opuesto a Whitehall, podía verlo todo por encima de las cabezas de los demás.

Poco después de que Gideon se hubiera situado, salió el rey. Se vio perfectamente cómo caminaba por el cadalso, hablaba con el obispo de Londres y luego con el verdugo. Pasó diez o quince minutos intentando dirigirse a la multitud, pero aunque nadie se lo impidió, el ruido de miles de espectadores era demasiado intenso para que pudiera oírse nada. Sin embargo, al parecer un hombre tomó notas... o eso se dijo. Por lo que después se publicó, el discurso del rey fue farragoso. Las frases «Un súbdito y un soberano son cosas completamente diferentes» y «Soy el mártir del pueblo» se extrajeron de párrafos incoherentes y se hicieron famosas. La tensión se apoderó de Gideon, quien soportó la pausa mientras el rey se quitaba la capa, la medalla de San Jorge, la chaqueta. Carlos le entregó la medalla al obispo para que se la diera al príncipe de Gales y le dijo «Recuerde». Algo hicieron con un gorro; el cabello largo tenía que meterse debajo. Otro momento para contemplar el tajo.

El rey se arrodilló. Unas colgaduras negras lo ocultaron completamente entonces. La espera pareció interminable. De repente, se vio el reflejo del hacha. Se alzó y descendió suavemente. En la calle reinó el silencio. El ayudante se había agachado. El sargento Hewson agarró la cabeza por su largo cabello y la sostuvo en alto mostrándosela a la multitud, y gritó tal como era la costumbre: «¡He aquí la cabeza de un traidor!». Su inexperiencia hizo que se le cayera la cabeza, que cayó contra las tablas. La multitud reaccionó con el célebre y prolongado gruñido, que se extendió como una oleada. Se llevaron el cuerpo y la cabeza. Se cerró la alta ventana.

La caballería recorrió rápidamente las calles para dispersar a los espectadores, que desaparecieron enseguida. Al cabo de veinte minutos, Whitehall estaba completamente vacío. Para entonces, Gideon Jukes ya se había dirigido tranquilamente a la Casa de Banquetes para cumplir con la promesa que le había hecho a Brandon.

* * *

La ejecución tuvo lugar entre las dos y las tres de la tarde. Poco después, cuando la oscuridad del mes de Enero empezaba a sitiar la ciudad, una corta fila de los mosqueteros de Axtell salió por la parte posterior de la Casa de Banquetes escoltando a un civil y bajó pisando fuerte por las estrechas calles laterales hacia el río Támesis. Solo tardaron un par de minutos en llegar a Whitehall Stairs. El agua helada y oscura lamía el amarradero de forma amenazadora. El dique parecía desierto.

—¿Dónde están los barqueros?

Habían desaparecido todos. Los marineros del Támesis constituían un grupo hosco y difícil con una mayoría profundamente conservadora. Allí solo había un bote que estaba a punto de soltar amarras con una mujer como pasajera. Había tenido que luchar mucho para negociar un viaje río abajo con un remero miserable y desconfiado, que no quería llevarla a ella ni a nadie. Al final había accedido a hacerlo, aunque no iría más allá del puente de Londres porque afirmaba que la Piscina de Londres estaba helada. Un viento cortante que llegaba por el agua parecía confirmarlo.

La joven mujer ya estaba sentada en la popa, arrebujada en su capa, con las manos dentro de un manguito y el rostro ensombrecido por una capucha que se había calado bien para protegerse del viento helado. Tenía frío, estaba sola y deprimida y, a medida que la penumbra se intensificaba y daba paso a la oscuridad, le preocupaba que fuera demasiado tarde para hacer el viaje hasta Greenwich e ir en busca de sus hijos desde allí. Sus emociones estaban en el punto más bajo. La ejecución del rey la había obligado a afrontar crudas verdades sobre su situación, el futuro de sus hijos, su esposo desaparecido y las posibilidades de llegar a conocer la paz, la prosperidad o la felicidad. Había estado llorando.

Era Juliana Lovell.

* * *

Cuando vio a los soldados, se le cayó el alma a los pies. Uno de ellos ordenó al barquero que acercara ese bote solitario. Con un enojado movimiento del brazo, el soldado le indicó a Juliana que tenía que desembarcar.

Con sus vínculos realistas, Juliana se sentía sumamente nerviosa. Temerosa de preguntas incómodas, se puso de pie, tambaleándose. Volvió a subir por aquellas escaleras verdes y viscosas. Le resbaló el zapato y descendió un peldaño. El soldado podía haberla sujetado, pero en vez de ayudarla se apartó. Fijándose solo a medias en lo que hacía, gesticuló con irritación para decirle que tenía que quitarse de en medio.

No había otro bote que pudiera llevarla. Se quedó quieta.

El soldado se había dado media vuelta y se había alejado. Era un hombre alto, con el rostro oculto por la sombra de su sombrero. Juliana se dio cuenta de que había servido largo tiempo en el Nuevo Ejército Modelo, porque el rojo veneciano de su chaqueta se había descolorido hasta alcanzar una tonalidad amarillenta. Mientras aguardaba a que el soldado se diera cuenta de su apuro, Juliana se sorprendió al ver que el civil al que escoltaban le entregaba media corona de oro al hombre de uniforme.

—Gracias, capitán.

Un soldado sostenía una antorcha ardiendo. Juliana distinguió claramente aquella moneda tan poco corriente, y creyó que el barquero también la había visto.

Juliana, aterrorizada de tener que quedarse varada en Londres en una noche donde

resultaría muy difícil encontrar una cama segura, hizo valer sus derechos con más firmeza.

—¡Este es mi bote! No hay más, y no me van a echar de él.

El capitán alto volvió a intervenir. Con la luz de la antorcha, Juliana distinguió entonces que llevaba el sombrero muy calado sobre un cabello rubio y corto. Su expresión denotaba cansancio.

—Hágase a un lado, señora.

«¡No me está escuchando!».

«No me interesan las mujeres», se dijo el noble capitán Gideon Jukes al tiempo que se interesaba en ella. Era una mujer joven; era enérgica. Sin advertirlo, había revelado un atisbo de tobillo cuando desembarcó con dificultad.

Su tez era descolorida y pálida bajo la sombra de la capucha de su capa. Era indudable que le tenía miedo. Gideon aceptó que, por primera vez en su carrera, estaba utilizando el poder de su uniforme para avasallar a una persona indefensa. Se trataba de una emergencia, pero no estaba orgulloso de ello. Culpó a la mujer, naturalmente, como si su comportamiento difícil hiciera necesario intimidarla.

Juliana tenía que llegar a su casa. De repente, volvió a meterse en el bote de un salto. El barquero no la ayudó ni se lo impidió. Se sentó de nuevo donde estaba antes y los desafió.

El hombre al que escoltaban se puso sumamente nervioso. El soldado tomó una decisión. Ignoró su altercado con Juliana, como si el hecho de no hacerle caso la convirtiera en invisible. Agarró al hombre del brazo y lo empujó para que subiera al bote.

—Barquero, lléveselo... ¡váyase, deprisa! Al embarcadero de la Torre.

El barquero estaba a punto de protestar pero, como tenía miedo de los soldados, decidió cumplir lo que le ordenaban. El hombre movió la barca. No obstante, en cuanto se alejó de la orilla, se sintió más seguro. Juliana oyó que abordaba al otro pasajero en un tono de voz bajo y horrorizado.

—¿A quién diablos llevo en mi bote?

—¿Por qué?

Juliana permaneció inmóvil donde estaba. Se sintió embargada por el miedo y la fascinación a partes iguales. En aquel momento, estaba deseando seriamente haberse quedado en la orilla. Volvió la vista atrás; los soldados se habían marchado.

—¿Es el ejecutor que le cortó la cabeza al rey? —inquirió el barquero con enojo.

—No, como que soy un pecador de Dios... no soy yo.

El barquero temblaba. A Juliana le pareció que el pasajero también se estremecía de preocupación. Permanecieron en silencio unos momentos. El barquero remó un poco más y volvió a detenerse, apoyó los remos y examinó al pasajero con más detenimiento aún.

—¿Eres el verdugo? ¡No puedo llevarte!

Sin decir su nombre, el pasajero confesó a medias su identidad, aunque alegó

inocencia.

—Vinieron a buscarme con tropas de caballería y me tuvieron prisionero en Whitehall bajo vigilancia. Yo no lo hice, de verdad. Me tuvieron prisionero todo el tiempo, pero tenían mi instrumental. —Horrorizada, Juliana se preguntó qué habría en la bolsa que estaba aferrando.

—¡Si no me dice la verdad hundiré el bote!

Pero Brandon continuó negando haber participado en el regicidio. De modo que siguieron adelante hasta el puente de Londres, donde Richard Brandon desembarcó en Tower Pier. Se alejó rápidamente con su fardo y un monedero tintineante en dirección a Whitechapel.

El barquero, cuyo nombre, Abraham Smith, acabaría pasando a la historia, se puso de pie en el bote y se quedó mirando a aquel hombre hasta que desapareció por completo de su vista. Entonces, con cierto dramatismo, Smith miró fijamente el pasaje que le había pagado. Era otra media corona de oro.

Temerosa de bajar sin ayuda de la embarcación que se balanceaba, Juliana se había quedado allí sentada. Al final, Abraham Smith le ofreció el brazo para que saltara a tierra, rechazó su pasaje con un movimiento de la mano y, a continuación, dejó muy claro que tenía intención de emborracharse en una taberna, de modo que, si era de esa clase de mujeres (y estaba claro que él así lo suponía), podía ir con él. Juliana le dio la más breve de las excusas. Si las puertas del puente de Londres estaban aún abiertas, se apresuraría a dirigirse a la orilla sur con la esperanza de encontrar a alguien que viajara por la carretera de Dover.

Tenía tantas cosas en las que pensar que no tardó en olvidar en gran parte aquel encuentro en Whitehall Stairs. Se había quitado de la cabeza al capitán de los Cabezas Redondas al igual que él, casi, había borrado a Juliana de la suya.

CAPÍTULO LVIII

LONDRES, 1649

El cadáver embalsamado del rey, cuya cabeza cercenada se había vuelto a coser de forma macabra, yació de cuerpo presente en los aposentos reales del palacio de Saint James durante varios días. Se le entregó entonces al obispo Juxon y a otros de sus seguidores para un entierro privado. Cuando la abadía de Westminster los rechazó, por ser un lugar demasiado público, se decidieron por la Capilla Real de Windsor. Se abrió un panteón que resultó contener los restos del rey Enrique VIII y la reina Jane Seymour. Allí, en un sencillo ataúd de plomo, depositaron el féretro del rey Carlos. Cuando el pequeño cortejo se acercaba a la capilla, el cielo se oscureció y una furiosa ventisca cubrió de blanco el negro paño mortuorio de terciopelo.

Se imprimió un libro con las últimas plegarias y meditaciones del rey, *Eikon Basilike*, y, a pesar de que se dudó mucho de su autenticidad, tuvo tan gran acogida que llegó a las veintitrés ediciones en un año. Robert Allibone y Gideon Jukes perdieron la esperanza de una lectura pública.

* * *

Richard Brandon murió en Junio. Algunos afirmaron que Dios había hecho justicia.

Se decía que, en los meses anteriores a su muerte, Brandon había reconocido abiertamente, y en particular cuando iba achispado, que fue el ejecutor del rey. Admitió que había recibido treinta libras por aquel día de trabajo, que se las habían pagado en monedas de media corona poco después de terminar el trabajo. En Rosemary Lane, con treinta libras uno podía estar bebiendo hasta matarse. El único problema era encontrar a alguien dispuesto a dar cambio de media corona. El valor de aquellas monedas era tan alto que no era corriente entre los pobres.

Brandon también alardeaba de tener una naranja llena de clavos de olor y un pañuelo que, según él, se sacaron del bolsillo del rey después de que el cuerpo decapitado se retirara del cadalso. Brandon afirmó que un caballero de Whitehall le ofreció veinte chelines por la naranja; él se negó, y luego la malvendió por tan solo diez chelines en Rosemary Lane.

Historias posteriores afirmaban que el hombre tenía mala conciencia. Se decía que, sobre las seis de la tarde del fatídico día, regresó con su esposa y le dio a ella el dinero diciendo que era el más caro que había ganado en toda su vida. Otra versión decía que Brandon se gastó la recompensa en prostíbulos y burdeles, con lo que cogió el mal napolitano que, junto con la bebida, acabó destruyéndolo. También se mantenía que nunca volvió a dormir tranquilo, y que tenía miedo de andar por la calle

o de dormir sin una vela encendida. Su sucesor fue William Loe, un basurero y limpiador de estercoleros.

Gideon Jukes, quien consideraba haber establecido un vínculo permanente con Brandon, asistió a su funeral en Whitechapel. Una multitud ruidosa esperó para ver cómo llevaban el cadáver al cementerio. Hubo quien interrumpió con gritos de «¡Colgad a ese sinvergüenza! Enterradlo en un estercolero». Otros aporrearon el ataúd, diciendo que lo descuartizarían. Más tarde, Gideon vio el registro del entierro que anunciaba sin rodeos: «21 de Junio, Richard Brandon, un hombre de Rosemary Lane. Se supone que este tal R. Brandon le cortó la cabeza a Carlos I». Gideon pensó si no debería eliminarse aquella entrada, pero con ello solo se conseguiría llamar más la atención.

Los alguaciles de la City enviaron unas grandes cantidades de vino para el funeral.

Nadie se ofreció para validar la confesión de Brandon. El ejército guardó silencio con resolución. Aunque la identidad del verdugo parecía absolutamente obvia, los rumores corrieron en abundancia durante años. Los realistas especulaban diciendo que el ejecutor enmascarado había sido Oliver Cromwell. También se señalaba al capellán de Cromwell, Hugh Peter. Algunos afirmaban tener información confidencial de que fue el mismísimo procurador general Cook. Años después, el hombre del coronel Hewson, el sargento Hulet, fue formalmente acusado de haber sido el ayudante del ejecutor aquel día, y un jurado llegó incluso a declararlo culpable; sin embargo, fue puesto en libertad sin castigo, quizá porque las pruebas no eran consistentes. Pero el «hombre del saco» favorito de los realistas era el coronel John Fox, el calderero Fox, de Birmingham.

Al cabo de un año de la ejecución, el Parlamento envió a Fox a Edimburgo para que se ocupara de unos asuntos, y, allí, los miembros del consejo de la Iglesia de Escocia lo hicieron prisionero. Se decía que, cuando lo dejaron en libertad en Octubre de 1650, estaba tan endeudado que sin duda pronto moriría de hambre; su salud se deterioró, y murió en medio de la indigencia y la suciedad. Su esposa tuvo que solicitar diez libras al Parlamento para poder pagar su funeral. Gideon Jukes no pudo asistir al entierro; él mismo estaría entonces en Escocia.

* * *

Gideon había retomado su vida normal como impresor.

Inmediatamente después de la muerte del rey, el ambiente en Basinghall Street era de júbilo. Se estaba reconstituyendo el gobierno, en el que el Consejo Privado del rey sería reemplazado por un Consejo de Estado. Diariamente se promulgaban los mecanismos para establecer una Commonwealth. Robert imprimió un titular en una gran portada con la resolución parlamentaria: «Se ha visto por experiencia que el cargo de rey en esta nación es innecesario, oneroso y peligroso para la libertad, la

seguridad y el interés público del pueblo de esta nación y que, por lo tanto, debe ser abolido». La Cámara de los Lores se eliminó por motivos aún mejores: era «inútil y peligrosa».

Se revisaron todos los símbolos de la monarquía y la nobleza, uno a uno. La corona y el cetro se habían cerrado bajo llave en lugar seguro. Otros emblemas y juramentos se rediseñaron, entre ellos el Gran Sello, la Maza, los juramentos del cargo para los jueces, los títulos de instituciones públicas, los distintivos y la acuñación de monedas.

* * *

Gideon estaba viviendo en casa de sus padres, que ahora era propiedad de Lambert y Anne. En parte era para ahorrar dinero hasta que decidiera si necesitaba establecerse en un negocio separado del de Robert. No había suficiente trabajo para mantener a los dos socios además de a un oficial, aunque Amyas iba a dejarlos. Estaba a punto de casarse, e iba a abrir su propio taller con la ayuda de su suegro. Le habían devuelto su fianza de aprendiz. En eso tuvo más suerte que Gideon, cuya fianza había supuesto el pago de una deuda. Aun así, su padre le había dejado un útil legado, que su madre había aumentado al morir. Bromeaba diciendo que incluso podría ser que un día le llegaran los atrasos del ejército.

Robert había adquirido un nuevo aprendiz de catorce años llamado Miles, un joven que pasaba mucho tiempo deseando a chicas que ni siquiera lo miraban y el resto del día mirando al vacío.

—¡Este muchacho es lento, corto y estúpido, Robert!

—Bueno, igual que mis aprendices anteriores —repuso con una sonrisa. Miles sonrió con gesto ausente, antes de tirar por accidente una pila de panfletos cosidos.

—Podrías recogerlos, jovencito, y volver a apilarlos pulcramente —le dio a entender Gideon. Miles se lo quedó mirando embobado como si no pudiera creer que el socio que había regresado recientemente fuera tan estirado y poco razonable. Gideon hizo como si le estuviera apuntando con un mosquete, y mantuvo la posición en concentrado silencio, como si estuviera cubriendo a un realista pernicioso al que tuviera intención de hacer saltar en pedazos. Muy lentamente, Miles se agachó y empezó a recoger los panfletos. Robert ocultó una sonrisa.

* * *

Otro de los motivos por los que Gideon se sentía obligado a vivir con su hermano era el aprecio que sentía por la pareja. Las relaciones entre Lambert y Anne se habían vuelto tan tensas que él intentaba ser un pacificador.

Lambert no recuperó la salud por completo después de Colchester. En aquellos

momentos, tenía alrededor de cuarenta y cinco años y cojeaba de un pie desde Naseby; tenía la mala digestión y los dolores reumáticos de un hombre mucho mayor y, además, refunfuñaba como si lo fuera. No parecía probable que alcanzara la longevidad de sus padres. La guerra había disminuido su entusiasmo; se estaba deteriorando rápidamente. Era quisquilloso, susceptible y déspota, y muy dado a ir en busca de viejos compañeros para pasar largas noches recordando; comía y bebía demasiado, y pasaba muy poco tiempo en casa. Gideon no se atrevía a imaginar lo que ocurría en la cama con su esposa.

Anne siguió tomando la iniciativa en la dirección del negocio de comestibles. Lambert se vio como el jefe nominal, pero dejó que Anne continuara haciendo las cosas tal como las había hecho mientras él estaba ausente. No se pelearon por la supremacía; Lambert cedió como si estuviera demasiado cansado para importarle. El comercio se había resentido muchísimo durante la guerra. Lambert solía fingir que creía que se debía a la mala dirección de Anne, y ella dejó de tomarse las críticas como una broma. Se atacaban mutuamente por el negocio, pero estaba claro que pasaba algo más grave.

Gideon se dio cuenta de que, en cierto sentido, había tenido suerte de estar lejos sirviendo como soldado. La vida era más sencilla: solo luchabas por comida, por un lugar donde dormir y por la supervivencia. Él había hecho del ejército su propio refugio de los problemas domésticos, y ahora se preguntaba hasta qué punto Lambert había estado haciendo lo mismo. Gideon había estado lejos de casa durante más de seis años, Lambert durante cinco. Era inevitable que el regreso necesitara un reajuste.

Ambos se fueron asentando poco a poco. A Gideon le resultó más fácil, quizá porque era más joven y estaba soltero. Volvió a trabajar en la imprenta sin demasiado entusiasmo, ocupando de manera conveniente el lugar que dejó Amyas. Robert lo recibió de buen grado, agradecía contar con su habilidad, su formalidad y, especialmente, con su conversación. Robert era un año mayor que Lambert, y si Gideon no hubiera vuelto a casa se hubiese visto en la estacada con la única ayuda de aquel nuevo aprendiz embobado.

* * *

Gideon se dio cuenta de que otras personas creían que, en ausencia de Lambert, había ocurrido algo entre Anne Jukes y Robert Allibone. Gideon detestaba aquella idea. Robert tenía entonces cuarenta y cinco años, no era demasiado mayor para la lujuria, pero sin duda ya se le había pasado la edad de enamorarse (eso pensaba Gideon, con solo veintiocho) y estaba claro que parecía resuelto a seguir viudo para siempre. En opinión de Gideon, su amigo había envejecido notablemente; quedó impresionado al ver cómo había raleado su cabello claro y se había vuelto lacio en torno a la coronilla, casi calva. A Robert nunca le había preocupado mucho el buen comer, y la dieta de las tabernas le había dejado la piel cetrina y correosa, con lo que algunas de sus pecas

se habían transformado en manchas del hígado. Sin embargo, seguía delgado y activo, con la mente despierta y el carácter afable. A medida que transcurrieron los meses, Gideon acabó por hacer caso omiso de las risitas de la gente; se convenció de que, si Robert anhelara a Anne, esta ignoraría su encaprichamiento prudentemente.

Lo cierto era que, si alguna vez Anne Jukes había tenido debilidad por otro hombre, no era por Robert, sino por Gideon. Por suerte, ni a Gideon ni a Lambert se les pasó por la cabeza.

Robert, sin embargo, se había dado cuenta. Atrapado en la pena de un amor imposible y no correspondido, poseía demasiada grandeza de espíritu como para hablar de ello. Siempre había sido muy suyo, autosuficiente y emocionalmente reservado. Buscaba refugio en sus paseos solitarios nocturnos con su caballo, *Rumor*. Cenaba varias veces a la semana en una posada de King Street, en Westminster. *Rumor* se había vuelto adicto a los cubos de cerveza, mientras Robert iba picoteando en busca de hechos en la maleza política como un mirlo apartando hojas en busca de comida. A los que lo conocían, les parecía completamente lógico que Robert fisgoneara en torno al Parlamento. Escribir el *Public Corrauto* era el trabajo que más le gustaba. El hecho de desaparecer solo a la caza de noticias le permitía ocultar su doloroso secreto.

Gideon se dio cuenta de que no era bienvenido en aquellas excursiones. No sabía por qué. Él solo tenía la impresión de que Robert había establecido una rutina que no deseaba romper, y que tenía fuentes a las que proteger. Cuando Robert hallaba noticias que publicar, al día siguiente le brillaban los ojos y se mostraba entusiasta mientras componía el texto en la imprenta.

* * *

Los preparativos para convertirse en una Commonwealth no siempre iban sobre ruedas. Cuando a los alguaciles y alcaldes les llegó una proclamación para promulgar la ley para la abolición de la soberanía, incluso el lord alcalde de la City, Alderman Reynoldson, la rechazó porque iba en contra de su conciencia; fue requerido ante el tribunal de la Cámara, despojado de su cargo y arrojado a la Torre durante un mes. Se instó a la City a que ordenara la elección de otro lord alcalde, e inmediatamente se procuró uno con una conciencia sumisa.

La Cámara de los Comunes trabajaba con dureza. Había días en los que Robert Allibone a duras penas podía anotar todos los asuntos de interés. El 2 de Abril, el mismo día que se discutía la conciencia de Alderman Reynoldson, abundaban los temas que rivalizaban en importancia.

—Han ordenado que un comité investigue en los asuntos de la viuda del coronel Rainborough —informó Robert—. Le van a hacer una donación de tierras de las confiscadas a los deanes y cabildos... tres mil libras de renta, según me dijo un informante. ¿Y quién dirías que se presentó en la Cámara de los Comunes? ¡Nada

menos que tu amigo Sexby!

—¿Sexby? —Gideon sintió una punzada.

—Actualmente, se dedica a hacer la pelota. —Robert no se fiaba de Sexby, a pesar de sus vínculos con los niveladores—. Desde el intento de hacer la paz con los presbiterianos, ha habido varios comisionados escoceses merodeando por ahí. Estas almas adustas están indignadas por el hecho de que cortáramos una cabeza que podría haber promulgado el Covenant. Se escabulleron rumbo a La Haya, para hacer un pacto del diablo con el príncipe de Gales, suplicándole que nos haga a todos esclavos de la Iglesia escocesa.

—¡Deberías decir «Carlos Estuardo, primogénito del difunto rey»! —lo reprendió Gideon.

—¡Que me aspen! Tienes razón.

—Bueno, ¿y qué pasa con Sexby?

—Edward *el Honesto* ha informado al Parlamento de que ha perseguido galantemente a los comisionados escoceses, y que él mismo los ha arrestado en Gravesend... sin perder ni un momento, según aseguró. Los metió a buen recaudo en un fuerte vigilado por soldados leales, y por sus esfuerzos le han dado veinte libras, ni un penique menos.

—¡Qué generosos!

Robert percibió el tono mordaz de Gideon.

—¿Obtuviste algún beneficio por ese trabajo secreto que hiciste en Enero?

—Se me permitió pagarle la cena al coronel John Fox.

—¡Un coronel! ¿Y no debería haber sido él quien te invitara?

—No ha cobrado los atrasos —respondió Gideon secamente.

Robert seguía inquieto.

—No sé cómo Sexby apareció por allí pavoneándose, cuando aquel mismo día se elevó una petición para los cuatro niveladores que se están pudriendo en la Torre. —John Wildman, John Lilburne, William Walwyn y Thomas Prince habían sido arrestados bajo sospecha de promulgar unos panfletos republicanos llamados *England's Nexo Chains Discovered* y *The Second Part of England's New Chains Discovered*—. No había tiempo para ellos —gruñó Robert—. No prestaron atención a la petición... los Comunes tenían que apresurarse a tratar los asuntos más urgentes de la orden del día.

—¿Y cuáles eran esos magníficos asuntos?

—Ordenar que el Comité de Ingresos se ocupara y diera la orden para que se reparen los asientos de la Cámara.

—¿Los asientos, Robert? —por un momento Gideon quedó desconcertado, pero entonces sonrió con tristeza—. Supongo que es lo único que se puede esperar del Parlamento *Rabadilla*.

* * *

De los niveladores civiles, William Walwyn era, en algunos aspectos, el más influyente, si bien también el más discreto. Anne Jukes y Robert tenían muy buena opinión de él: un hombre tranquilo, amante del hogar, que siempre decía que sus ocupaciones preferidas eran un buen libro y la conversación de los amigos. No existían pruebas de que Walwyn hubiera contribuido a los panfletos *England's Chains*. Sus principios rectores eran la tolerancia y el amor. Resultaba asombroso que lo hubieran arrestado, a diferencia de Lilburne, quien había pasado tanto tiempo en la Torre de Londres que al menos uno de sus hijos nació allí y le pusieron el nombre de Tower.

—Esa patética criatura murió —dijo Anne Jukes—. ¡Como era de esperar!

El Parlamento había condenado los panfletos críticos por escandalosos, sumamente sediciosos y destructivos para el actual Gobierno, porque invitaban a la división y al amotinamiento en el ejército, y a todas luces instigaban una nueva guerra.

—Alguien debe de habérselos leído detenidamente —se burló Gideon.

Lo cuatro niveladores fueron arrestados por tropas de caballería que actuaron al amanecer y los sacaron a rastras de la cama. Los llevaron a Whitehall, y los acusaron de traición. Cuando el Consejo de Estado interrogaba a Lilburne, en un momento dado lo mandaron a una habitación contigua; desde allí oyó que Oliver Cromwell perdía los estribos y le gritaba a lord Fairfax:

—¡Le aseguro, señor —dijo un golpe en la mesa— que no tiene otra manera de tratar con esos hombres si no es acabando con ellos; de otro modo, ellos acabarán con usted!

El miedo de amotinamiento del ejército estaba justificado: el descontento se concentraba en el inminente servicio en Irlanda. Ahora que las cosas se habían asentado en Inglaterra, Cromwell iba a realizar una expedición para poner fin a los prolongados conflictos en el lugar. Trescientos soldados de infantería del regimiento del coronel Hewson juraron que no partirían rumbo a Irlanda a menos que se hubiera introducido el programa de los niveladores; los dieron de baja sin pagarles los atrasos. El siguiente acontecimiento grave, que provocó una desesperada crisis de conciencia a Gideon, sucedió en Londres. Estaba involucrado Robert Lockyer, un joven baptista particular de Bishopsgate; Anne Jukes, cuya familia también provenía de Bishopsgate, había crecido con algunos familiares de este hombre. Lockyer servía en el regimiento de Whalley, que había incorporado a algunos de los Ironsides originales de Cromwell; aunque Whalley era más o menos un presbiteriano, entre sus hombres había algunos radicales. Aquel regimiento era el que vigilaba al rey en Hampton Court cuando Carlos escapó a Carisbrooke. Posteriormente, combatieron en Colchester. El propio Whalley apoyó la Purga de Pride, era miembro del Tribunal Superior de Justicia y uno de los firmantes de la orden de ejecución del rey. Él creía que su regimiento estaba gobernado por «la razón, no por la pasión»... pero se

equivocaba.

Muerto el rey, los soldados niveladores, así como los civiles, se habían dado cuenta de que la ejecución simplemente otorgaba un poder incontrolable a los «Grandes» del ejército. Habían instaurado una República, y aun así hacían caso omiso del programa constitucional de los niveladores. Pagar los atrasos, ocuparse de las necesidades de los heridos y de las personas a su cargo, y proteger a los soldados del servicio obligatorio en el extranjero seguía teniendo muy baja prioridad.

Ocho soldados de caballería, entre ellos Lockyer, habían elevado una petición a Fairfax para restaurar el Consejo del Ejército original con el correspondiente número de representantes o «agitadores» de cada regimiento. La respuesta fue someter a cinco de ellos a un consejo de guerra, que los condenó al doloroso castigo al que llamaban «montar el caballo de madera». El civil Richard Overton, quien por una vez no estaba en prisión, recibió esta decisión con un célebre panfleto que comparaba a los soldados con zorras a las que los sabuesos daban caza cruelmente. Overton había aprobado el juicio y la ejecución del rey; dijo que era el más excelente ejemplo de justicia que se había dado nunca en Inglaterra.

Al cabo de un mes, una parte de la tropa de Lockyer estaba apostada en Bishopsgate. Los radicales que había entre ellos ya estaban enfervorizados, pues la planeada expedición a Irlanda les proporcionaba un foco en el que centrarse. Los niveladores creían que los irlandeses católicos nativos tenían el mismo derecho que los ingleses a su tierra y a la autodeterminación, una opinión que prácticamente nadie compartía. Sus ideales les prohibían viajar entre fronteras internacionales. Los soldados se consideraban voluntarios a los que solo podían mandar al extranjero con su consentimiento. La expedición que Cromwell tenía intención de llevar a cabo era para ellos imperialismo a punta de pistola. Los niveladores creían que cualquiera podría negarse a obedecer órdenes que fueran incompatibles con sus ideales de razón y justicia.

Cuando se les ordenó dejar su alojamiento, treinta de los hombres de Whalley agarraron sus estandartes y se hicieron fuertes en el Bull Inn, una posada de Bishopsgate Street. Su capitán intentó llevarse la bandera, pero Lockyer y otros se aferraron a ella. Cuando el coronel Whalley llegó al lugar, le dijeron que los amotinados solo querían sus atrasos para pagar el alojamiento antes de abandonar Londres. Así pues, se les prometió dinero, aunque no el suficiente. Una gran multitud de civiles se congregó allí y amenazó con un alboroto, pero los soldados leales la dispersaron. A la mañana siguiente, aparecieron Fairfax y Cromwell. Lockyer y otros catorce fueron arrestados. En el juicio subsiguiente, seis fueron condenados a muerte, de los cuales Fairfax perdonó a cinco. Lockyer fue señalado como el cabecilla.

Un grupo de mujeres que simpatizaban con los radicales habían pedido la liberación de los cuatro niveladores civiles.

—Nos ordenaron —dijo Anne Jukes, que para entonces ya era una veterana en ese tipo de manifestaciones— que nos marcháramos a casa a fregar los platos. —

Gideon percibió la furia en su voz, y vio que Lambert se moría de vergüenza—. ¡Les respondimos que por culpa de la guerra no teníamos platos!

A Robert Lockyer lo condujeron al cementerio de Saint Paul y lo pusieron frente a un pelotón de fusilamiento. Gideon acudió por compasión, aunque apenas podía soportar verlo. De haberse quedado en el ejército, podía haberse tratado de él fácilmente.

Lockyer tenía veintitrés años. Su valiente partida fue profundamente conmovedora. Declaró que no le daba miedo mirar a los ojos de la muerte, y lamentaba el hecho de que fuera a morir por una insignificancia como era una disputa por la paga, después de haber pasado ocho largos años luchando por las libertades de su país. Cuando el pelotón se alineó, interrumpido por los que apoyaban a Lockyer, los «Grandes» tuvieron pánico de que aquel motín pudiera conducir a un levantamiento popular en la City.

Lockyer no quiso que le vendaran los ojos y miró fijamente a los seis mosqueteros. Les recordó que habían luchado todos juntos con un objetivo común. Deseaba que no lo mataran, como compañeros de armas que eran, y les dijo que su obediencia a unas órdenes superiores no los absolvía del asesinato. Los soldados se movieron con desasosiego. Gideon vio, con dolorosa compasión, que los soldados atribulados bien podían negarse a acatar las órdenes. Recordó la ejecución que se llevó a cabo en Colchester: de haber sido elegido, se hubiera unido encantado al pelotón de fusilamiento que acabó con Lucas y Lisie. En aquel momento, estaba angustiado por los mosqueteros. Sabía que aquello estaba mal. Pero también veía que los «Grandes» no tenían otra alternativa. No había solución a aquel punto muerto. El movimiento nivelador era cada vez más peligroso.

Entonces, el coronel Okey, de quien se decía que ya había perdido los estribos en el consejo de guerra, repartió con enojo la chaqueta, las botas y el cinturón de Lockyer entre los miembros del pelotón. Siendo soldados, aquel pequeño botín los convenció. En mangas de camisa, Lockyer rezó sus últimas plegarias, y dio la señal pactada alzando los dos brazos. Se desplomó de inmediato bajo las balas.

En el funeral de Lockyer, al que Gideon también asistió, las tres mil personas que seguían el coche fúnebre caminaron en completo silencio desde Smithfield, atravesaron la City y se dirigieron a la Nueva Iglesia en Moorfields. En el ataúd, había una espada sin vaina y unos ramilletes de romero manchados de sangre. Los dolientes llevaban lazos color verde mar. Seis trompetas entonaron el toque de difuntos. Al caballo de Lockyer, engalanado de duelo, lo llevaban de las riendas detrás del ataúd, un privilegio normalmente reservado a un comandante en jefe. Tal como señaló el *Moderate*, el periódico nivelador, fue un homenaje sorprendente para un soldado raso.

Un mes más tarde estallaron más conflictos. Mil doscientos soldados congregados para dirigirse a Irlanda se amotinaron. Mientras estaban acampados en Burford, en Oxfordshire, Fairfax y Cromwell organizaron un ataque nocturno por sorpresa. La

resistencia fue breve. Murieron varios de los amotinados. La mayor parte de ellos se rindieron o bien huyeron sin mucho derramamiento de sangre, y los demás fueron recluidos en la iglesia de Burford durante cuatro días. Fusilaron a tres cabecillas ante los muros de la iglesia. El coronel Okey recibió una curiosa recompensa por su participación en Burford: le concedieron la Maestría en Humanidades de la Universidad de Oxford.

Las fuerzas parlamentarias sofocaron otro alzamiento que había instigado William Thomson, un amigo y protegido de Lilburne. Los rebeldes fueron denostados otra vez, y Cornet Thompson murió en una acción desesperada cerca de Wellingtonborough. Los disturbios en el ejército se desvanecieron. En Agosto, finalmente, Cromwell embarcó rumbo a Irlanda con los soldados que necesitaba. Los niveladores civiles seguían en la cárcel, y su abundante lluvia de panfletos estaba a punto de tocar a su fin. Sus seguidores, decepcionados, disminuyeron.

Algunos de ellos adoptaron creencias más radicales. En tanto que Lambert se esforzaba por reconciliarse con la vida después de la Guerra Civil, Anne buscó refugio en una comunidad completamente distinta. Se unió a un grupo que se hacía llamar los Verdaderos Niveladores.

Un día, Gideon llegó a casa desde la imprenta y encontró a su hermano en un estado de indignada histeria.

—¡Mi esposa se ha fugado con algún otro hombre!

—Cálmate —le rogó Gideon, aliviado porque sabía que Robert Allibone había estado trabajando tranquilamente en la tienda todo el día. Gideon mantenía una buena relación con Anne, por lo que imaginó enseguida dónde había ido realmente y por qué—. Tu mujer tiene un grupo de amigos que dicen que el mundo es un tesoro común. Dicen que si la gente se junta en comunidades autosuficientes, la clase en el poder tendrá que unirse a ellas o morir de hambre, porque no habría obreros a los que contratar. Mientras tanto, la gente de a pie podrá mantenerse y disfrutar de la verdadera libertad.

—¡Se ha escapado para precipitarse a la anarquía!

—No, se ha marchado a Saint George's Hill, en Surrey —replicó Gideon con brusquedad—. Ha ido a plantar alubias, zanahorias y chirivías.

Lambert se arrojó sobre la mesa de la cocina con la cabeza entre las manos.

—¡Entonces hubiera preferido que fuera una adúltera! —decidió con amargura.

CAPÍTULO LIX

LEWISHAM, 1649

Ser realista en la Commonwealth, ya fuera por convicción o porque eras la mujer de tu esposo, tenía serias desventajas. Las sesiones de la Cámara de los Comunes estaban llenas de debates sobre los delincuentes que aún defendían la monarquía: cómo hacerse con sus propiedades o cobrar las multas, y si ejecutarlos, exiliarlos o perdonarlos. Era tiempo de represalias, pero también era una época en la que muchos realistas volvían a casa y se aplicaban con determinación a vivir lo mejor que pudieran bajo la nueva Commonwealth. No era el caso de Orlando Lovell. En los seis meses posteriores a la ejecución del rey, su esposa no supo absolutamente nada de él.

Entonces, a principios de Junio, Juliana se vio sorprendida por una visita. Cuando volvía a casa de una granja cercana trayendo consigo la leche, la crema y los huevos de primera necesidad en la cocina, vio que un jinete solitario se acercaba a su casa. Llevaba unas mochilas abultadas sujetas con correas detrás de él, e iba vestido con un traje sencillo abotonado hasta el cuello, como un viajero respetable; sin embargo, Juliana vio que iba muy bien armado, con una espada y las pistolas colgadas de la silla de montar, además de una alabarda y lo que podría ser el cañón de un mosquete que sobresalía de su equipaje. Unas botas de montar que se ensanchaban en lo alto y un sombrero de ala ancha con una pluma de avestruz reflejaban que no se trataba de un clérigo errante o un agente inmobiliario, sino de un caballero realista. A juzgar por su constitución y su porte, no se trataba de Lovell. Además, Lovell nunca se comportaba de manera furtiva, y aquel hombre no dejaba de mirar atrás con nerviosismo.

Juliana se sintió sumamente alarmada. Había dejado a Tom y Val jugando en el jardín; temía que, al oír el ruido de los cascos, hubieran ido corriendo a investigar. Cuando se aproximaba con cautela, el jinete reparó en ella; desmontó y exclamó:

—¡Juliana!

Al descubrirse la cabeza y brindarle una reverencia cortés, Juliana vio su cabello rojo. Era Edmund Treves. Parecía estar tan sobresaltado como ella.

Juliana lo hizo entrar a toda prisa. Acudieron los niños y los saludó. Tom creyó recordar a Edmund de su viaje a Hampshire. Val hizo su pregunta habitual:

—¿Eres mi padre?

Ellos se lo tomaron a risa.

—No, Valentine, este es tu padrino.

Juliana le ofreció asiento a Edmund y sacó comida para todos, reservando su curiosidad para un momento más tranquilo. Los chicos aceptaron su advertencia de que Edmund estaba exhausto por el viaje, por lo que al final logró convencerlos de

que se fueran a la cama. Mientras los arropaba, los dos niños estaban muy excitados esperando que la llegada de un caballero, de cualquier caballero, significara que tal vez su padre también volvería pronto. Curiosamente, Juliana tenía sentimientos encontrados.

Hizo los preparativos para su invitado y sacó sus cosas de su dormitorio. Ella dormiría con los niños, y Edmund podía ocupar su cama. No tenía otro espacio para ofrecerle.

Cuando volvió abajo, se dio cuenta de que él había estado considerando la frugalidad con la que vivía en aquella vivienda diminuta: su carencia de posesiones, el cuidado con el que tenía que mesurar la comida, los cuencos de madera baratos en los que la servía. Edmund, más realista de lo que antes había sido, no perdió el tiempo en expresiones ingenuas de horror, sino que se limitó a preguntar secamente:

—¿Te las vas arreglando?

—A duras penas.

—A tus hijos se los ve sanos.

—Están estupendos. No han conocido otra cosa, no que puedan recordar... Anhelan ver a Orlando. Cualquier visita les da esperanzas. —Juliana se relajó estando allí con Edmund en la cocina, junto al hogar, y dejó traslucir su desesperación—. Tengo un pequeño salón, o podemos hablar aquí con el borboteo de los cacharros. Aquí es donde me siento a menudo cuando el sol se pone. El fuego me reconforta en las noches solitarias.

Edmund inclinó la cabeza, pero no se movió. Quizá se dio cuenta de que, si pasaban al salón, tendrían que llevarse las sillas.

Juliana se permitió disfrutar tranquilamente del lujo de la compañía adulta y la vieja amistad. En aquellos momentos, Edmund Treves debía de tener casi treinta años. Habían pasado siete años desde que hizo de testigo en su boda, y más de tres desde la última vez que Juliana lo vio, durante los sombríos meses posteriores a Naseby, antes de que Lovell la llevara a Pelham Hall.

¿Había envejecido Edmund? Juliana solo vio viejas cicatrices, y decidió que simplemente se había vuelto mucho más callado. ¿Había envejecido ella? Edmund no se lo diría por educación.

Juliana se preparó y preguntó:

—¿Me has traído malas noticias, Edmund?

Pareció sorprendido. Entonces Juliana tuvo la certeza de que Edmund Treves no se esperaba encontrarla allí, y que estaba metido en algún lío propio. Con la franqueza que la caracterizaba, le planteó sus sospechas:

—Imagino que ya has estado en esta casa, amigo mío. Viviste aquí con mi reservado esposo mientras fomentaba la revolución en Kent. Dime la verdad, Edmund —le dijo en tono grave—. ¿Estuvo Lovell aquí, y tú con él?

Edmund relajó el entrecejo. Confesó obedientemente lo que ella ya había concluido: Lovell y un grupo de soldados se habían alojado allí el año anterior. A

Edmund lo reclutó para que se uniera a ellos. A Lovell lo habían nombrado coronel y, utilizando el dinero de sir Lysander Pelham, reclutó una tropa para la rebelión.

—¡Tendrías que haberlo sabido! —se maravilló Edmund, que aún era un tanto inocente—. Lovell tenía la casa como tu dote, por supuesto... ¡Creo que la encontró un poco más pequeña de lo que suponíamos!

—Esta casa —repuso Juliana secamente—, era propiedad de mi padre. De todos modos, papá murió en Colchester, de modo que Lovell puede volver aquí y hacerse el amo y señor cuando le apetezca... si es que aún vive, ¿no? —volvió a probar con Edmund.

Él le dirigió una rápida y dulce sonrisa, dispuesto como siempre a disipar sus preocupaciones.

—Oh, puedes estar segura de que sí. Lo vi con vida en Enero.

—¡Cuéntamelo! —le ordenó Juliana—. Vuelve al principio.

En 1648, Lovell y sus soldados se habían reunido allí. Participaron en los combates de Kent, y Fairfax los expulsó de Maidstone. Después de reconocer el terreno en Rochester, donde muchos de los hombres los abandonaron, un gran grupo siguió a lord Norwich hacia Londres, pero Lovell se separó del viejo comandante. Había despreciado al hijo de Norwich, el depravado lord Goring, aunque al menos Goring sabía combatir cuando estaba sobrio; Lovell, un profesional, no iba a recibir órdenes de un antiguo noble que nunca había entablado combate. Él y Edmund Treves fueron con un grupo que capturó los castillos de Walmer, Sandwich y Deal, castillos que protegían el fondeadero de la Armada llamado los Downs. Fairfax dejó una fuerza parlamentaria para que los sitiara. Al final, mientras Fairfax se encontraba al otro lado del Támesis intentando tomar Colchester, el príncipe de Gales apareció frente a la costa con una pequeña flota. El príncipe Carlos intentó romper el sitio de aquellos castillos: intentaba construir una cabeza de puente por la que pudiera invadir Inglaterra. Su intento de realizar un desembarco anfibio con mil quinientos hombres fue repelido por una dura oposición enemiga. Sin embargo, Lovell y Treves escaparon y lograron subir a bordo de uno de los barcos.

—De modo que el príncipe se nos llevó de allí, para nuestro gran alivio. Fuimos hacia el norte, a Yarmouth, que podría haber sido tomada de no haber faltado resolución; después volvimos al sur, a los Downs, donde podríamos haber destruido a la flota parlamentaria de no ser por una tormenta. El príncipe Rupert aconsejó un ataque a la isla de Wight para llevarse al rey, que entonces todavía se encontraba allí. Pero los escépticos disuadieron a Rupert, de manera que acabamos en Holanda. La Armada parlamentaria nos persiguió, y contuvo nuestros barcos en puerto hasta este pasado Enero.

—La corte exiliada se trasladó a Holanda. —Juliana lo había leído en una hoja informativa.

—A La Haya. El nuevo rey vive allí, intentando buscar aliados que le ayuden a recuperar el reino.

—Edmund, mientras estés en Inglaterra, no te refieras a él como al «nuevo rey».

—Malditos...

Juliana alzó la mano con firmeza.

—No.

Edmund, que siempre había sido de opiniones simples hasta el punto de la ingenuidad, se resistió con enojo.

—¿Acaso eres partidaria de la Commonwealth?

—¡Yo opto por llevar una vida tranquila... y segura! Acaba de contarme lo de Orlando.

—Él no va a aceptar esta traición.

—Lo hará si viene. Tendrá que hacerlo. Venga, continúa.

Edmund soltó un resoplido y continuó hablando:

—El príncipe Rupert se hizo cargo de la flota. No había dinero para equipar los barcos, y tuvo que sofocar motines; colgó a un cabecilla del costado del barco y lo tuvo allí hasta que el hombre capituló... Regateó con comerciantes, empeñó las joyas de su madre y sacó fondos de la nada, tan inspirado y lleno de energía como siempre. Ni a él ni al príncipe Maurice les atraían las esperanzas del príncipe de Gales de formar una alianza con los escoceses: Rupert se lleva bien con el marqués de Montrose; detesta a la Iglesia presbiteriana escocesa.

—Entonces, ¿encontró otra forma de utilizar su energía? —preguntó Juliana.

—Irlanda. El marqués de Ormond ha invitado al joven rey a unirse a él. Rupert y Maurice zarparon rumbo a Kinsale con seis barcos de guerra y algunas embarcaciones menores. Han estado atacando barcos de la Commonwealth en el canal de la Mancha.

—¡Ya lo creo! —Juliana sonrió con pesar—. ¡Leí que tienen tanto éxito que las primas de seguro marino en Londres han aumentado un cuatrocientos por cien! —Edmund se rio brevemente. Juliana captó un matiz—. ¿Esto nos afecta?

—Lovell zarpó con ellos.

—Pero él desprecia al príncipe Rupert.

—Se ha adscrito al servicio del príncipe Maurice. Se marcharon en Enero, antes de que supiéramos, o de que pudiéramos creer siquiera, que ejecutarían al rey.

—¿Y tú, Edmund?

—Mi madre está gravemente enferma; me necesitan aquí.

—¿Tu regreso es peligroso? —Juliana estaba pensando en las medidas del Parlamento contra los «delincuentes».

—Tengo que correr el riesgo.

Hubo una pausa mientras Juliana pensaba en su propia situación.

—¡De modo que ahora mi heroico marido es un pirata en el mar! Sí, y quien sabe cuándo o dónde volverá a tomar tierra.

—Orlando te escribió —le aseguró Edmund encarecidamente—. La carta debe de haberse extraviado.

Juliana admitió que Lovell no podía haber sabido dónde estaba después de marcharse de Pelham Hall. No confiaba del todo en que Bessy y Susannah enviaran la correspondencia a su nueva dirección. Y aunque lo hicieran, eran posibles muchos percances, desde que las cartas se cayeran en el barro por culpa de algún transportista descuidado, hasta que los espías del Parlamento confiscaran y abrieran paquetes sospechosos.

* * *

Para entonces, Juliana ya tenía la certeza de que Edmund estaba obsesionado con algún sombrío problema. Como si estuviera satisfecha con su conversación, lo invitó a dar un paseo por su huerto. Juliana disfrutó de la larga tarde de verano charlando sobre la edad y lo poco que producían sus manzanos, perales y cerezos. El cielo todavía estaba azul, unos cuantos murciélagos revoloteaban sobre una vieja balsa, la campiña estaba en calma, había recuperado a un viejo amigo...

Tomaron asiento en un banco de madera que se desmoronaba. Juliana se pasó todo el rato con miedo a que aquel asiento rústico y podrido se hundiera bajo ellos. No dijo nada porque el tema de su conversación cambió de pronto... a uno que no podría haber previsto.

—Te encuentro extrañamente callado. ¿Ha pasado algo malo, Edmund?

—¿Has oído hablar de un hombre llamado Isaac Dorislaus? —le preguntó Edmund despacio.

Como leía tantas hojas informativas, Juliana sí había oído hablar de él. El doctor Dorislaus era un abogado e historiador holandés que había vivido muchos años en Inglaterra. Su interés académico se centraba en la monarquía: su tesis era que, en la antigüedad, había sido el pueblo quien asignaba la autoridad real a los monarcas, de modo que los reyes que abusaban de su posición eran unos tiranos a los que debía retirárseles la soberanía. Con esta visión, el doctor no se había ganado mucha aceptación durante los primeros años del reinado personal del rey Carlos, por lo que su carrera universitaria se había hundido. Después de intentar abrirse camino en la defensa legal, había apoyado al Parlamento, para el que había investigado conspiraciones realistas y llevado a cabo misiones diplomáticas en los Países Bajos. En el juicio del rey, fue uno de los fiscales y, aunque no habló, tenía intención de hacerlo si Carlos hubiese llegado a reconocer al tribunal y a responder a los cargos.

Lo que Juliana no sabía era que, tras la ejecución del rey, a Isaac Dorislaus le pidieron que realizara una misión diplomática para el nuevo Consejo de Estado. Viajó a La Haya como enviado especial. Su misión era buscar la paz y la reconciliación. Dado que los príncipes de Orange estaban emparentados con la familia Estuardo, que estaba dando refugio en su corte al príncipe de Gales y que sus embajadores habían inundado al Parlamento y a Fairfax con súplicas por la vida del rey, el hecho de enviar a uno de los fiscales del rey a Holanda podría parecer imprudente. Sin

embargo, Dorislaus ya había sido diplomático, Holanda era su tierra natal y dominaba el idioma.

—¿Y qué tiene que ver contigo, querido?

—El enviado murió, Juliana, el mismo día en que puso el pie en Holanda.

—¿Murió?

—Lo mataron. —Juliana se lo quedó mirando fijamente. Edmund se inclinó hacia delante, apoyó los codos en las rodillas y el rostro en las manos—. Lo mataron en su posada, mientras estaba sentado cenando.

Juliana habló lentamente:

—¿Sabes algo más al respecto, Edmund? —Él guardó silencio, pero Juliana vio que debía de haber estado involucrado—. Deberías decírmelo —lo instó Juliana—. Me doy cuenta de que estás afectado. ¿Estabas allí? ¿Lo viste? ¿Qué le pasó a ese hombre?

Edmund meneó la cabeza y reveló la historia:

—Holanda está plagada de realistas, como comprenderás. Estábamos todos indignados por el martirio del difunto rey. Enviar a Dorislaus fue una locura. Aquella noche, una docena de hombres con armadura completa fueron a su encuentro.

—¿Fue ordenado oficialmente? —le apuntó Juliana.

—No puedo decírtelo.

—¡Pero lo sabes!

—No me preguntes... Entraron en la posada; la mujer de la casa gritó: ¡Asesinato! Los sirvientes del hombre cerraron la puerta de su habitación y la defendieron, pero ellos entraron violentamente. El doctor Dorislaus estaba sentado en su silla mirando a la puerta y con los brazos cruzados. Parecía estar esperando... Lo apuñalaron varias veces, le fracturaron el cráneo, le perforaron el corazón y el hígado y, finalmente, le rajaron el cuello... Él no cambió de posición en ningún momento. «¡Así muere uno de los jueces del rey!», gritaron los vengadores, y entonces se marcharon cabalgando.

—Era un civil. ¡Era un embajador! —Horrorizada, Juliana planteó su siguiente pregunta con cautela—: ¿Se sabe públicamente quién lo hizo?

—No. Los Estados Generales expresaron su horror, pero puede que no quieran identificar a los asesinos. —Edmund hizo una pausa—. ¡Por fortuna! —añadió con sentimiento.

Juliana se quedó inmóvil, absolutamente desconcertada. Entendía cómo había ocurrido el asesinato y por qué... pero no podía aprobarlo. Edmund se volvió a medias hacia ella. Juliana quedó asombrada al ver lágrimas en su rostro.

—He visto cosas terribles, Juliana. He hecho cosas que nunca podré contarte. A esto es a lo que hemos llegado. Luchar es cruel. Los hombres se endurecen y embrutecen. En esta Guerra Civil hemos aprendido a aceptar acontecimientos pecaminosos, robos, violaciones y derramamiento de sangre... Ahora los prisioneros se ejecutan, los civiles son castigados como si fueran soldados. El levantamiento aquí

en Kent fue alimentado por la ira ¿sabes?, simplemente cuando el pueblo causó disturbios porque el alcalde de Canterbury intentó abolir la Navidad... La lucha en Maidstone fue más salvaje que nunca. Luego vinieron los martirios de Lucas y Lisie en Colchester. Luego el rey...

Edmund se quedó callado, con la expresión fija en su rostro. Al final, Juliana murmuró:

—Hablas como si fueras un degenerado moral, pero si eso fuera cierto, querido, tu conciencia no te atormentaría tanto.

Edmund apenas parecía consciente de su presencia.

—Era una situación espantosa, la muerte de un hombre de unos cincuenta años, un estudioso en una misión formal, cansado del viaje, cenando en presencia de sus criados... arenques, col holandesa desmenuzada... una servilleta alrededor del cuello...

Resultaba terrible ver su pesar. Juliana se imaginó el suceso: unos caballeros, libres en Holanda de sus ocupaciones militares, frustrados por la noticia de la ejecución del rey, animados por el príncipe de Gales o por la gente de su entorno. Llegó aviso de que el doctor Dorislaus había desembarcado como embajador del Parlamento. Habría cierto grado de pompa en su llegada; representaba a un Estado soberano. Su desembarco debió de haber causado cierto revuelo. Seguro que la noticia de su presencia llegó a oídos de hombres duros que querían venganza, hombres que recibirían de buen grado la oportunidad de llevar a cabo una proeza. Juliana se los imaginó cabalgando rápidamente hacia la posada. A principios de Mayo, la tarde debía de ser clara. Doce hombres galoparían ruidosamente, alborozados. La necesidad del secretismo, el derramamiento de sangre ritual, el robo de bebida (puesto que tuvo lugar en una posada, y los holandeses eran famosos por lo mucho que bebían) y después la huida escandalosa y desenfundada...

Después, a uno de ellos lo atormentaba la mala conciencia.

Juliana se sorprendió de lo poco que le impresionó la participación de Edmund Treves. Le dolía que se hubiera alejado tanto de su noble naturaleza; tenía experiencia suficiente como para haberse negado. Juliana llegó a preguntarse si la marcha de Orlando con la flota lo habría dejado en una situación vulnerable. Lovell siempre había parecido ser una mala influencia..., pero, en según qué situaciones, con frecuencia había sido el salvador de Edmund.

Sentía pena por su amigo. Edmund se volvió hacia otro lado, ocultando la cabeza, y lloró abiertamente. Juliana le pasó el brazo por la espalda suavemente, para reconfortarlo.

Alzó la mirada al añil intenso del crepúsculo estival, sumida en sus propios pensamientos melancólicos.

CAPÍTULO LX

LEWISHAM Y LONDRES, 1649

El Parlamento recuperó el cadáver del doctor Dorislaus y lo honró con un funeral de Estado en la abadía de Westminster.

Los ingleses consideraban que las investigaciones de los Estados Generales solían ser superficiales e inefectivas; por supuesto, no se llevó a ningún culpable ante la justicia. Se señalaron varios sospechosos. Los seguidores escoceses del marqués de Montrose, quizá. Nombraron a Montrose para que negociara con los Estados europeos en nombre del nuevo rey; él había jurado odio eterno hacia los que mataron a Carlos I y había amenazado con escribir un epitafio con sangre. El coronel Walter Whitford, hijo de un obispo, y sir John Spottiswood también estaban implicados. A sir Henry Bard, más adelante vizconde Bellemount, lo arrestaron pero lo soltaron de nuevo. A Montrose y a lord Hopton también los interrogaron. Más adelante, pareció que eran otros los que habían organizado aquel hecho, con la connivencia del nuevo rey. El asesinato se hizo famoso y seguía amargando a la Commonwealth, y acabó convirtiéndose en una de las excusas para las guerras comerciales con Holanda. Cuando se amenazó con matar a otros embajadores parlamentarios en países extranjeros, empezó a parecer una campaña concertada, no una acción impulsiva a manos de unos caballeros sin escrúpulos, sino un complot coordinado que estaba aprobado por Carlos II y ligado directamente a él.

Juliana guardó el secreto de Edmund Treves. Que ella supiera, Edmund no volvió a hablar nunca con nadie de Dorislaus. Desde luego, ella le había aconsejado que no lo hiciera. Recuperó el buen humor, aunque la imagen de Dorislaus, tumbado sobre la mesa de la posada entre sus arenques en escabeche, inquietaría a la propia Juliana durante mucho tiempo.

El peligro al que se había expuesto Edmund al regresar a Inglaterra se hizo muy evidente, sobre todo en Kent. Walter Breame, un caballero realista de dicho condado, fue arrestado aquel mismo mes y enviado a la Torre por poseer unas cartas en las que se hacía referencia a la muerte del embajador. Al año siguiente, Ferdinand Storey fue encarcelado en la prisión de Gatehouse. Se hizo un llamamiento público para prender al capitán Francis Murfield, a quien se había oído apoyando el asesinato. A un tal capitán Norwood se le ordenó pagar quinientas libras al año al sheriff de Kent para asegurar un buen comportamiento en el futuro...

Durante la visita de Edmund, existían preocupaciones más inmediatas: estaba viajando sin permiso. Juliana sabía que eso era muy peligroso. Ella solo se arriesgaría a hacerlo si podía afirmar que estaba atendiendo unos asuntos ordinarios si los soldados la paraban; a los realistas no se les permitía viajar más allá de un radio de

cinco millas de sus hogares.

Edmund tenía intención de ponerse en manos de un tío suyo de Londres que había apoyado al Parlamento durante toda la guerra.

—El alegre tío Foulke; te parecerá sumamente agradable.

Juliana aconsejó a Edmund que se quedara en su casa, convenientemente apartada de los caminos reales, y ella misma le llevó una carta a aquel hombre, un miembro de la Merchant Taylors Company, hermano de la madre enferma de Edmund; él sabía la urgencia con la que Alice Treves ansiaba ver a su «querido Ned» antes de morir.

La recepción fue amistosa; se hicieron promesas para Edmund. Juliana no quedó tan cautivada por el tío de su amigo como este le había asegurado, pero se encontró con que Foulke Adams aparentemente apoyaba a su sobrino realista. Afirmó tener numerosos contactos que facilitarían la conmutación y el perdón de Edmund, y que luego lo ayudaría a obtener un pase para ir hasta Staffordshire. Y, efectivamente, lo consiguió con inusitada rapidez. Foulke Adams cabalgó hasta Lewisham en persona, blandiendo la documentación. Se llevó consigo a Edmund, quien al cabo de un tiempo escribió a Juliana para decir que había satisfecho los requisitos de los comités relevantes y que se marchaba directamente a casa.

Antes de que dejara la casa de Juliana, ella le había dado un consejo con insistencia:

—Tienes que aceptar la Commonwealth, Edmund. No malgastes tu vida creyendo lo que dice la canción popular: «Todo irá bien cuando el rey disfrute de lo que es suyo otra vez». Podría ser que los reyes no volvieran nunca a Inglaterra. Constrúyete una vida, querido. Cede ante el Parlamento y no abras la boca. Deberías casarte. Casarte por cariño, no por dinero... aunque admito que el dinero ayudaría.

Quiso añadir que no escribiera malos poemas líricos a mujeres inalcanzables, pero sabía que Edmund veía la poesía como la noble expresión de su espíritu más romántico.

* * *

Después de que Edmund se marchara, Juliana consideró su propio futuro. De continuar aquella Commonwealth, se preguntaba si Orlando podría regresar a Inglaterra algún día. ¿Cuánto tiempo iba a mantener el príncipe Rupert la flota realista en alta mar? ¿Acaso llegaría un día en el que Lovell se estableciera en el exilio, en Holanda o Francia? De ser así, ¿enviaría a buscarla? ¿Acaso su destino y el de sus hijos iba a ser el desarraigo? La vida de marinero de su esposo le dio un poco de espacio para respirar; se permitió retrasar sus preocupaciones.

Siguió adelante con su vida tranquila y aislada, criando a sus hijos. El campo estaba arruinado, las malas cosechas habían incrementado el precio del grano otra vez en más de la mitad, y el caro forraje había hecho que la carne fuera el doble de cara. La leña para combustible escaseaba. Faltaba trabajo. Pero había un gran beneficio:

eran tiempos de paz.

Sin embargo, para algunos la paz era un estado imperfecto. Tres meses después de que se marchara Edmund, Juliana se enteró de cuál era exactamente su situación como esposa de un conocido oficial realista.

Era media mañana. Había pasado una o dos horas cosiendo en su salón diminuto, inmersa en su labor, aunque en aquel momento había empezado a preparar la comida. Estaba pelando una zanahoria, una acción rutinaria que se vio brutalmente interrumpida.

Un alboroto la perturbó. Se dirigió hacia la puerta. Unos soldados estaban abriendo las edificaciones anexas con brutalidad y les gritaban a los niños. Pasaron por su lado a empujones y empezaron a registrar su casa. Tom y Val estaban aterrorizados; Juliana también lo estaba, aunque tuvo que ocultarlo por ellos. Antes de que entendiera debidamente la situación, unos hombres groseros le hacían preguntas enojadas, estridentes y a veces estúpidas sobre su esposo ausente. Exigían saber su paradero; querían saber todos sus movimientos recientes. Le ordenaron que nombrara a sus cómplices. Al final, le dijeron que tenía que irse con ellos. Compungida, Juliana cayó en la cuenta de que la estaban arrestando.

Si al menos lo hubiera previsto, podría haber encontrado un lugar seguro para Thomas y Valentine. Estaba sola con ellos en la casa y no podía mandarles corriendo a la granja; nunca les dejaba ir tan lejos sin ella. De modo que, con apenas tiempo para agarrar unas capas, se llevó a Tom y Val con ella. Juliana esperó con tristeza que la presencia de unos niños que lloraban escandalosamente la ayudara en cualquier terrible experiencia a la que tuviera que enfrentarse.

Los montaron bruscamente a los tres en los caballos, detrás de los soldados de rostro severo. No dijeron nada sobre su destino, aunque enseguida se hizo patente que era Londres. Juliana intentaba tranquilizar a sus hijos que lloraban, al tiempo que afrontaba el horror de que los tres estuvieran a punto de ser encarcelados en la Torre de Londres.

Ya les había ocurrido a otras. A lady Carlisle le habían enseñado el potro de tortura cuando se obstinó en negarse a dar detalles de complots realistas.

* * *

Resultó que Juliana no estaba detenida. Simplemente la habían llevado ante el Comité de Investigaciones, en Haberdashers Hall. Aquel misterioso organismo, compuesto principalmente por civiles, algunos de ellos miembros del Parlamento, era muy temido entre los realistas. Se ocupaba de los casos más difíciles, de hombres cuya delincuencia se consideraba demasiado grave como para dejárselos a los comités del condado locales. Hombres a los que definían como mercenarios y que, en caso de ser capturados, serían sometidos a un pelotón de fusilamiento sin dilación. Hombres con una lista de crímenes de guerra imperdonables contra ellos. Hombres de opiniones

realistas pertinaces y recalcitrantes. Hombres como Orlando Lovell.

—¿Su esposo, el coronel Lovell, ha capitulado para obtener el perdón?

—El año pasado el Comité de Goldsmiths Hall aceptó todos sus datos. Yo misma les pagué la multa.

—Que se ha sobreseído. ¿Se ha presentado para la capitulación desde que tomó parte en la revuelta de Kent?

—Está al otro lado del mar.

Por las hojas informativas, Juliana sabía que el Parlamento había establecido un calendario para que los realistas capitularan: el 20 de Abril para aquellos que vivían a menos de ochenta millas de Londres, y el 3 de Mayo para los que residían más lejos. Los «delincuentes» que vivían allende los mares tenían que presentar sus peticiones antes del 1 de Junio. Después de dar todos los detalles, todos tenían seis semanas más para pagar sus multas. El hecho de mantener propiedades obligaba a regresar a Inglaterra. Todo aquel que no se presentara perdería su tierra a manos de la Commonwealth. Juliana había tomado especial nota de dicha norma, porque añadía que entonces ya no habría más prestaciones para las esposas y los hijos.

Incluso aquellos cuyas fincas no se habían confiscado formalmente, sino que simplemente sospechaban, o sabían, que estaban expuestos a ello, tenían que presentarse antes del 1 de Julio. Había otra regla que aún era peor para Juliana:

Todos aquellos que se hayan adscrito, hayan ayudado o vayan a hacerlo, a Carlos Estuardo, hijo del difunto rey, o a cualesquiera de las fuerzas de Irlanda, contra el Parlamento de Inglaterra, son, y así serán declarados, rebeldes y traidores a la Commonwealth de Inglaterra; se les confiscarán todas sus propiedades, y se procederá contra sus personas como rebeldes y traidores.

No había duda de que estar en un barco con el príncipe Maurice, hostigando las líneas de suministro de Cromwell hacia Irlanda, le valían a uno el proceso como rebelde y traidor.

* * *

Al principio, cuando condujeron a Juliana ante el Comité de Investigadores, a Tom y a Val se los llevaron a otra habitación. El hecho de estar separados de su madre los traumatizó. Tanto ella como el comité los oían gritar como histéricos. Horrorizada por si podían hacerles preguntas a sus dos hijos pequeños y, luego, aún más asustada por lo que estos pudieran decir de forma inocente, la angustia de Juliana se incrementó hasta el punto de que era incapaz de responder nada. Normalmente no era dada a derrumbarse ante una crisis, y se sorprendió de la rapidez con la que había

perdido la calma y lo violenta que se volvió su agitación.

Le dieron permiso para que le trajeran los niños de vuelta.

—Tenéis que sentaros aquí muy callados —les rogó mientras ellos se retorcían y gemían aferrados a sus faldas—. Cuando mamá hable con los caballeros, no la interrumpáis y no lloréis.

Tom no había cumplido seis años. Valentine tenía cuatro. Ninguno de los dos entendía todo aquello.

A Juliana no le habían permitido llevarse nada cuando la sacaron a rastras de su casa. Se sentía sucia. La comida que le habían dado era insípida y poco apetecible. Estaba vacía y mareada. Quizá su vestido de diario la ayudaría. Los soldados que la habían registrado no encontraron nada peor que la zanahoria a medio pelar en el bolsillo del delantal; por suerte, había dejado el cuchillo mondador sobre la mesa de la cocina. Cuando encontraron la zanahoria, ella se la arrebató de nuevo; les dijo que de allí saldría un buen caldo, y ellos tuvieron la cortesía de sonreír tímidamente, e incluso Juliana forzó una lánguida sonrisa. Todos ellos tenían madre. Algunos tenían esposa. La preocupación de Juliana debió de resultarles muy familiar.

—No tengo a nadie que hable por mí —dijo Juliana al Comité con los dientes apretados—. Responderé a sus preguntas con toda la exactitud que me sea posible. Pero sé muy poco. —Recordó que Lovell le había dicho que era mejor que no supiera nada y lo mucho que se había enojado por ello. Ahora tenía que estarle agradecida. Tratándose de Juliana, estaba indecisa. No estaba segura de lo bien que se le daría fingir, pero le hubiese gustado tener una idea más clara de lo que era necesario que dijera... o que no dijera—. Mi esposo se marchó al extranjero. Hace un año y medio que no lo veo ni he recibido carta alguna. Antes de marcharse no me contó nada sobre sus planes.

Recibieron su declaración en silencio. Quizá sonara artificiosa. Debían de estar acostumbrados a que las esposas negaran estar en contacto con los maridos fugitivos. Dejó que fueran ellos los que decidieran qué preguntarle.

* * *

El interrogatorio fue largo, hasta el punto que Juliana perdió la noción del tiempo. Sus preguntas fueron muchas, severas e increíblemente detalladas. Con frecuencia, la reacción a sus respuestas era de incredulidad. Gran parte de su interés se centraba en lo que se había urdido desde Pelham Hall.

—Vivimos allí muy poco tiempo. Mi marido trabajaba para sir Lysander Pelham...

—¿En calidad de qué?

—De administrador de la finca.

—¿Se trataba de un subterfugio?

—No. Yo al menos me lo creí.

—¿Cuándo se marchó de Pelham Hall?

—Más o menos en Agosto del año pasado.

—¿Por qué se marchó?

—Sir Lysander Pelham murió repentinamente. Nuestra relación con el lugar era tan pequeña que sus hijas me echaron sin ningún reparo.

—Y ahora vive... —se consultaron unos papeles—. ¿En Kent? ¿En una casa propiedad de un tal Carlill?

—De Colchester. Un mercero. Una ciudad muy fuerte para el Parlamento.

Juliana se las arregló para mantener una expresión imperturbable. Dedujo que, como era propio de la burocracia, el comité poseía una información imperfecta. No sabían que Germain Carlill era su padre, ni que había muerto. Debieron de suponer que era un arrendatario; la manera en que conseguía el dinero para el alquiler, o si lo pagaba o no, no era de su incumbencia. Juliana se arriesgó y, puesto que ellos no se lo preguntaron, no dijo que la casa y el huerto eran suyos.

Continuaron las preguntas sobre conspiración. Juliana mantuvo que nunca supo quién visitaba Pelham Hall, que nunca imaginó que se estuviera urdiendo ningún complot, y que por supuesto, no sabía que su marido estuviera implicado. Tuvo la sensación de que parecía tonta. Quizás aquellos hombres se dieran cuenta de lo conturbada que se sentía al darse cuenta de hasta qué punto se le habían ocultado las cosas. Tal vez vieran que empezaba a preguntarse cómo se habían enterado ellos de todo esto ¿y por qué ahora?

—¿Cuán estrecha era la relación del coronel Lovell con el coronel William Legge?

«¿Will Legge?». Juliana sintió frío debajo del vestido.

—He oído hablar del coronel Legge, por supuesto; era gobernador de Oxford cuando vivíamos allí.

—Vivía cerca de su casa.

—En la misma calle, era bien sabido. Era amigo del príncipe Rupert. Nosotros no nos movíamos en esos círculos.

—¿Cuándo vio su esposo por última vez al coronel Legge?

—¿Verlo?

—El coronel Legge ayudó al difunto rey a escapar de Hampton Court. Después estuvo involucrado en la última rebelión del condado de Kent. Se informó de que, este mes de Abril, sin ir más lejos, había estado consultando con otros, entre los que se incluía su cuñado, el coronel Henry Washington, en Gravesend, en Kent.

Juliana estaba genuinamente atónita.

—¡Eso no tiene nada que ver con nosotros!

—No, en efecto —coincidió uno de los miembros del comité, como si Juliana se hubiese incriminado de alguna manera—. Porque según usted, su esposo se encuentra allende los mares.

Otro hombre dijo:

—El hijo del difunto rey, a petición del marqués de Ormond, envió al coronel Legge a que se uniera a la flota del príncipe Rupert. Su barco fue capturado. Legge fue hecho prisionero en Plymouth en Julio, y actualmente se encuentra en la cárcel en Exeter, acusado de alta traición.

¿Significaba esto que Lovell estaba prisionero con Will Legge? Juliana permaneció callada. En el fondo, estaba furiosa con Lovell por no explicarle nunca nada.

No debía de haber ninguna conexión definitiva entre Lovell y Will Legge. Los hombres abandonaron el tema. Entablaron una discusión, casi entre ellos, sobre los subtenientes en Kent que ponían en libertad a los «delincuentes» con tan solo multas menores. Estaba claro que les molestaba. Un subcomité parlamentario había escudriñado los poderes otorgados al Comité de Kent, las acciones recientes de dicho comité y si habían seguido las reglas de conmutación correctas. Tal vez lo que ocurría simplemente era que Juliana se había visto involucrada en los intentos del comité de meter en vereda al condado de Kent...

Cuando se sentía tan exhausta que creyó que se desmayaría, sus interrogadores perdieron interés. Entonces desvelaron lo que había llevado a los soldados a registrar su casita y su jardín, lo que había provocado que la llevaran hasta allí con sus hijos y la zanahoria ajada en el bolsillo. Uno de ellos le leyó en voz alta una resolución de la Cámara de los Comunes:

Planteadas la cuestión de someter el caso del señor Orlando Lovell, un conocido «delincuente», ante el Comité de Haberdashers Hall, la petición es aprobada.

Se resuelve, etc... Que se ha sometido la delincuencia del señor Orlando Lovell a examen del comité; y se deja a su juicio el proceder en consecuencia; la Cámara, habiendo recibido información de que cabalgó con las tropas del príncipe Rupert y de que estuvo involucrado en la última rebelión del condado de Kent...

Alguien había proporcionado información.

Juliana cayó entonces en la cuenta de que una persona, una persona a la que probablemente conociera, había acusado a su esposo deliberada y maliciosamente.

Surgieron posibilidades, a cuál más perturbadora. Esperaba que hubiera sido algún soldado anónimo que hubiese servido con Orlando. Temía que no fuera así. Era más probable que se tratara de alguien a quien ella conocía. Alguien en quien había confiado, alguien a quien le hubiera tenido simpatía. Su círculo de amistades era sumamente reducido. ¿Anne Jukes, o sus compañeros de la imprenta? ¿El esposo de Anne, el cabeza redonda al que Juliana había salvado la vida? ¿O algún miembro de la familia de Lovell en Hampshire? Alguien más cercano... ¿La mujer del granjero en Lewisham? ¿Las hermanas Pelham? O la idea más terrible de todas y que se obligó a

considerar... ¿era Edmund Treves?

La secuencia de los acontecimientos apuntaba horriblemente a Edmund. ¿Acaso había brindado esta información a cambio de un trato más indulgente para él? ¿Había hecho una cosa tan espantosa por antiguos celos, por haber perdido a Juliana, o por un viejo resentimiento hacia Orlando?

* * *

Dejaron en libertad a Juliana Lovell.

—Gracias... pero no tengo dinero y estoy a un día de viaje de mi casa. Ustedes nos trajeron aquí a mí y a mis pequeños... ¡sus soldados tienen que llevarnos de vuelta, o si no deberían darme el dinero para el viaje!

Parecía boba, estaba exhausta y tenía un reluciente barniz de honestidad. Los hombres del comité se sobresaltaron tanto con su furiosa petición que echaron mano de los fondos para imprevistos, repletos con los ingresos de las fincas enemigas y las tierras de la Corona y de la Iglesia, y le dieron monedas suficientes para volver a casa. Un secretario le hizo firmar un recibo para cuando tuvieran que rendir cuentas al Parlamento.

Mientras intentaba por todos los medios volver a casa con sus hijos, que no dejaban de lloriquear, Juliana tuvo que afrontar el hecho de que, a partir de entonces, todas las relaciones eran peligrosas. Sus aprietos políticos podrían no terminar nunca. La sospecha y la cautela le amargarían la vida. Para ella, como una de los derrotados, cuyo esposo no reconocería la derrota, la vida bajo la Commonwealth sería aislada, sancionada, perniciosa y falta de toda confianza.

No se dio cuenta hasta muchas semanas después de que un candidato probable de haber dado información contra Lovell era sin duda Foulke Adams. Era un parlamentario. Sabía quién era Juliana y dónde vivía. El «alegre tío Foulke» de Edmund podría haberlo coaccionado para que se uniera a él (cosa que detestaba creer), o podría ser que, por su cuenta, hubiera transmitido los hechos que le hubiera sonsacado a su incauto sobrino. Juliana fue capaz de convencerse de que, si Adams era la fuente, Edmund acababa de confiar como un tonto en un tío al que no conocía bien.

Eso ayudaba. Ayudaba un poco, aunque no demasiado en realidad.

Cuando Juliana acabó por enterarse de que las propiedades de Hampshire confiscadas a Orlando se habían sacado al mercado y las había comprado muy baratas su propio agente inmobiliario, John Jolley, entonces se preguntó si no sería Jolley quien se había vuelto contra él y había denunciado sus actividades.

El interrogatorio le dejó perfectamente claro que lo mejor era no esperar que Orlando regresara a Inglaterra. Estaba proscrito. Se encontraba, y seguiría estando, entre un grupo de realistas endurecidos que estaban explícitamente exentos del perdón. Demasiados comités conocían su nombre. Juliana se dio cuenta de esto

mucho antes de que se conociera el verdadero alcance de la situación de Orlando Lovell como conspirador.

CAPÍTULO LXI

COBHAM, 1649-1650

Anne Jukes emprendió su expedición a la vida rural justo antes del peor invierno que se recordaba. Para consternación de su esposo, ni siquiera esto la trajo corriendo de vuelta a casa.

—Preferiría que se hubiese fugado con un sombrerero anabaptista —Lambert no había cambiado de actitud.

—Y que se hubiera llevado todo tu dinero —añadió Gideon, para empeorar todo lo posible el sufrimiento. En realidad, Anne se había llevado unas pocas posesiones y muy poco dinero, aunque había dejado una nota sobre su dote que hizo que Lambert se irguiera en su silla.

—Quiere distribuir mis inversiones entre los vagabundos y los vagos del mundo. ¡Estoy jodido!

—Andas por la casa como un alma en pena. No me sorprende que se marchara. —En casa se peleaban como dos solteros. La criada se había negado a quedarse a dormir allí, y una cocinera cuyo nombre Anne les había dejado anotado al dorso de una lista de la lavandería resultó terriblemente decepcionante. Ellos estaban acostumbrados a buenos guisos y pasteles ingleses. Por su parte, la cocinera estaba acostumbrada a tener unos dueños que se comían sus pudines medio crudos y sus asados quemados; aunque a veces se daba cuenta de que lo hacían en un silencio contrito, ella lo achacaba a que la gente pensaba continuamente en la religión.

—Es que no lo entiendo...

Gideon suspiró. Lambert tendría que entenderlo, porque su hermano se lo había explicado con bastante frecuencia. Gideon hasta le había procurado un ejemplar de *The True Levellers Standard Advanced*, el manifiesto del movimiento al que Anne se había unido. El nuevo grupo se hacía llamar *True Levellers*, los verdaderos niveladores, para diferenciarse de los originales. En cuanto crearon su primer establecimiento en Saint George's Hill, cerca de Weybridge, en Surrey, la nueva comunidad pasó a conocerse como los cavadores.

Según se decía, en el mes de Abril eran cincuenta. Su líder más locuaz era Gerard Winstanley, un antiguo comerciante textil cuyo negocio se había arruinado con las guerras civiles. Obligado a trabajar como ganadero, vivía con la familia de su esposa en Walton-on-Thames.

—¿La bancarrota y tener que soportar la compasión de tus parientes? ¡Eso basta para que cualquiera tenga una visión de una vida mejor! —se rio Gideon alegremente.

Winstanley afirmaba que su inspiración para el cultivo común de la tierra le llegó

en un mensaje que recibió estando en trance: «Trabajad juntos. Comed juntos el pan». Nadie podía poner objeciones a eso, pero el hombre se estaba buscando problemas con sus más amplias opiniones: «¿La tierra se hizo para preservar que una minoría orgullosa y codiciosa viva con comodidad, que sean ellos los que se hagan con los tesoros de la tierra y los acumulen a expensas de otros y que estos tengan que mendigar o morir de hambre en una tierra fructífera... o se hizo para preservar a todos sus hijos?».

Los escritos de Winstanley imaginaban una relación ideal entre los humanos y la naturaleza. Al igual que muchos radicales de la época, promulgaba la teoría de que, en Inglaterra, había existido una edad de oro antes de la conquista normanda, tras la cual una clase dominante extranjera explotó a la gente común y corriente y los despojó de sus derechos innatos.

Con la idea de dar un vuelco a aquella injusticia social de siglos de antigüedad, Winstanley se unió a una comunidad fundada por un vecino idealista, William Everard, un antiguo soldado y predicador lego. Los cavadores ocuparon Saint George's Hill en Abril de 1649, una época en que la guerra, las inundaciones y las malas cosechas habían disparado el precio de la comida hasta extremos nunca conocidos. Parecía el momento adecuado para una nueva sociedad democrática establecida para la persona corriente, en lugar del patrón existente basado en los privilegios y la riqueza. Winstanley lamentaba la difícil situación de la gente de los niveles más bajos de la sociedad, cuya triste existencia habían denunciado y no obstante pasado por alto la mayoría de los protagonistas de la Guerra Civil: los pobres, los enfermos, los hambrientos y los indigentes. Algunos de ellos se unirían a los cavadores. Otros miembros, como Anne, se sintieron atraídos porque eran conscientes de sus pequeños privilegios.

Los cavadores levantaron sospechas de inmediato entre las autoridades. El Consejo de Estado dio instrucciones a lord Fairfax para que acabara con aquella amenaza para el orden público. Envío a un capitán a que inspeccionara lo que se traían entre manos, y este dijo que habían invitado «a todo el mundo a que fueran a ayudarles y les prometían carne, bebida y ropa». El capitán Sanders informó a Fairfax misteriosamente: «Se teme que tengan un plan».

A petición de los furiosos terratenientes locales, finalmente el lord general se presentó allí en persona. Al principio, Everard asumió el papel de portavoz oficial. Describió una visión que le decía que arara la tierra en un intento de «restituir la Creación a su antigua condición». Sin embargo, se afirmó entonces que los cavadores no tenían ninguna intención de derribar cercados o de tocar la propiedad de otra persona; ellos se limitarían a cultivar las tierras comunes hasta que todo el mundo se les uniera. Durante la entrevista, Winstanley y Everard se negaron a descubrirse la cabeza porque, para ellos, Fairfax era «solamente su prójimo».

Mientras los interrogaban, Everard, a quien el capitán de Fairfax había descrito como un loco, decidió que los cavadores tenían serios problemas y se esfumó. En

realidad, Fairfax consideró que los cavadores eran inofensivos, describió la situación como una disputa civil y aconsejó a los terratenientes locales que utilizaran los tribunales para solucionar el tema. Winstanley, firme en sus convicciones, permaneció con el grupo y se quejó por el trato recibido.

* * *

Anne Jukes llegó a Saint George's Hill dos meses después de la fundación de la colonia. No podía haber tenido peor bienvenida, pues la comunidad acababa de ser atacada por unos matones contratados por el señor de la heredad local, el incongruente llamado Francis Drake. Fue recibida por escenas de caos. En el maltrato e intimidación sistemáticos que imponía el terrateniente, a algunos cavadores se los habían llevado prisioneros a la iglesia de Walton. Otros recibieron palizas a manos de los habitantes del lugar, mientras el aguacil local lo contemplaba con expresión desdeñosa; y luego, ordenó que se llevaran a cinco de ellos a la prisión White Lion, donde estuvieron semanas encerrados. Les robaron las posesiones. Atacaron a un jovencito y le quitaron la ropa.

En este famoso ataque, cuatro cavadoras habían sido apaleadas por William Starr y John Taylor, junto con otros hombres, que iban todos disfrazados de mujer. Anne se enteró a través de los alborotados miembros de la comunidad de que Starr y Taylor la emprendieron con sus víctimas con unos palos largos, dejando a tres muy malparadas y a otra cuarta en peligro de muerte, tan malherida que tuvieron que llevarla a su casa en carro. Mientras atendían a los heridos, los supervivientes ensangrentados le contaron que ellos habían solicitado ser debidamente llevados ante la justicia, una sugerencia de la que los matones hicieron caso omiso. Después no se mostraron vengativos, sino que hicieron una declaración: «Que el mundo se dé cuenta de que los que justificamos esta causa de cavar la tierra hemos obedecido al Señor, emprendiendo este trabajo esforzado para hacer de la tierra una comunidad, y tenemos paz y propósitos de continuar».

La recepción fue espantosa para Anne Jukes, quien había ido hasta allí sola y que, en cualquier caso, no estaba acostumbrada a la dureza de la vida rural. No obstante, ya había ayudado a cavar las fortificaciones de Londres, las líneas de comunicación. Podía soportar el trabajo duro en medio de un viento cortante si tenía que hacerlo.

El acoso continuaba. A los cavadores les echaban abajo las casas. Les destruían las herramientas, haciendo pedazos sus palas y azadas o arrebatándoselas a la fuerza para robárselas. Les dañaban las ruedas de los carros. Les arrancaban las verduras. Estropeaban el grano que crecía. Ellos aceptaban todas aquellas pruebas con filosofía y, como habían prometido, seguían adelante.

Los terratenientes lo intentaron con medidas legales. Los miembros de la comunidad fueron arrestados y acusados de entrar sin autorización en propiedad ajena. A ello siguió un juicio en el que a los cavadores se les prohibió hablar en su

propia defensa, y en el que fueron hallados culpables de ser Ranters, una secta de excéntricos asociada al amor libre. En realidad, Gerard Winstanley había reprendido al líder de los Ranters por sus prácticas sexuales.

—Si, tal como he oído, los Ranters salen corriendo a la calle desnudos para proclamar sus visiones, es una locura llamarnos Ranters —bromeó Anne con sus nuevos compañeros—. ¡Nadie se plantaría en medio de un campo helado sin ropa para ocuparse de las chirivías!

El comentario no fue recibido con el humor del que había disfrutado entre la familia Jukes. Sintió su primera punzada de nostalgia.

Al perder en los tribunales, el ejército podía expulsarlos, de manera que los cavadores abandonaron Saint George's Hill en Agosto y se establecieron de nuevo cerca de Gobham. Allí repitieron sus esfuerzos: cultivar, plantar y construir refugios. El recibimiento que tuvieron no fue mejor. En Octubre, las autoridades locales intentaron que los echaran. En Noviembre, se envió un contingente de soldados para ayudar a los jueces de paz del lugar. Los cavadores siguieron adelante con tenacidad, pero su situación era preocupante.

A pesar de ello, Anne vivió en Cobham durante más de seis meses, en una de las casas comunales. Gran parte de los demás miembros eran parejas o familias, aunque algunos de ellos eran muy ancianos. Anne se sentía fuera de lugar. A su edad, entonces tenía cuarenta años, era un mal momento para empezar a hacer de granjera. Naturalmente, algunos miembros varones suponían que las mujeres también se compartirían; Anne consideraba que estos hombres se hubieran tomado libertades en cualquier tipo de sociedad en la que vivieran. Mientras tanto, las mujeres de la comunidad recelaban de los motivos de una mujer sin compañía. Las casadas estaban seguras de que Anne Jukes iba detrás de sus esposos. Decir qué pensaba realmente ella de dichos esposos solo hubiera servido para provocar más tirantez.

La vida en común tenía desventajas. Las casas estaban atestadas de gente y eran ruidosas. Algunos de los ocupantes se quedaban levantados hasta tarde y andaban por ahí con estrépito, en tanto que otros anhelaban poder descansar tras el duro trabajo en los campos. Los principios idealistas no tenían mucho efecto en la naturaleza humana. Se compartía la comida y las pertenencias, pero en ocasiones se encontraba el resentimiento provocado por algún acaparador, y surgían sórdidas sospechas sobre cuán «equitativo» era exactamente el reparto.

La división del trabajo también era un asunto complicado. Algunos estaban tan abrumados y exhaustos por la necesidad de exponer visiones estáticas, que dejaban todo el trabajo duro a los demás. Nunca se había dado el caso de que una lista de turnos para cortar leña satisficiera a todos los que constaban en ella. La idea sobre lo lleno que debía estar un cubo cuando se iba a buscar agua variaba considerablemente. Los organizadores natos tienen que comentar con franqueza las deficiencias de los mortales de menos valía en tanto que, habiendo tomado decisiones valientes sobre su estilo de vida, algunos mortales se resisten a escuchar. Anne pensaba con irritación

que, habiéndose quitado de encima el yugo de la tiranía normanda, ¿quién quería entonces que le diera instrucciones sobre las plumas de pollo una pastelera remilgada que estaba claro que en su vida había desplumado un ave o cosido un dobladillo? ¿Una mujer que ni siquiera sabía diferenciar entre una almohada y un almohadón?

La resistencia humana tenía sus límites. El estilo de vida por el que habían optado los cavadores la estaban poniendo a prueba.

* * *

El invierno fue crudo. El agua se helaba en los baldes. No obstante, con la llegada de la primavera sus cosechas florecieron en Cobham Heath. Su comunidad trabajadora tenía once acres de tierra cultivada y había construido seis o siete refugios. Pero la presión local contra ellos continuaba sin cesar, y su situación se volvió de nuevo desesperada. Había noticias alentadoras de que se habían desarrollado otras comunidades de cavadores a los que les iba bien en otras partes, pero necesitaban fondos. Se mandó una carta desde Surrey solicitando ayuda económica de los otros cavadores. Entonces Winstanley descubrió que había impostores que iban por ahí solicitando donativos con una carta falsa que supuestamente llevaba su firma.

El movimiento declinó a principios de 1650. En el mes de Marzo, los que quedaban en Saint George's Hill fueron expulsados definitivamente de allí. El Gobierno estaba cada vez más preocupado. Los cavadores continuaron con su trabajo durante toda la primavera a pesar del hostigamiento. Entonces, en Abril, el movimiento se vino abajo. El señor de la heredad de Cobham era un tal Parson Platt. Al parecer, ordenó un asalto en toda regla y destruyó las casas de los cavadores, quemó sus muebles y desperdigó sus pertenencias. Platt amenazó a los cavadores con la muerte si continuaban con sus actividades, y contrató guardias para evitar que reconstruyeran el asentamiento.

Con acciones legales pendientes y recursos económicos menguantes, los cavadores de Surrey disolvieron su comunidad discretamente. En aquellos momentos, algunos de ellos pasaban tantas estrecheces que dejaron a sus hijos al cuidado de la parroquia, cosa que suscitó muchas críticas justificadas. Llegado el mes de Julio, todo había terminado. Había sido un experimento valiente, pero había fracasado.

Anne Jukes tenía que encontrar algún otro lugar al que dirigirse. Tras pasar tres cuartas partes del año fuera, reconoció lo reacia que era a regresar avergonzada, humildemente, con un esposo que sin duda alguna se pavonearía.

CAPÍTULO LXII

LEWISHAM, 1650

Un atardecer, Juliana Lovell abrió la puerta y se sobresaltó al encontrarse con otra visita. En el umbral, con sus posesiones en un tardo que tenía a sus pies y que parecía incluir grandes piezas de una carriola desmontable, estaba la señora Anne Jukes. Bajo una decorosa capa marrón y una pollera, llevaba un vestido sencillo de un modoso color gris abotonado hasta el pulcro cuello blanco, una cofia sobre su cabello y coronándolo todo, un sombrero alto de ala ancha. Tenía un aspecto delgado, sano y bronceado, si bien parecía cansada. Entró tambaleándose y se quitó los zapatos de campo con suela de hierro. Cuando dijo que había llegado hasta allí a pie rodeando todo el sur de Londres, el motivo de su agotamiento quedó claro. Debía de haber más de veinte millas desde Cobham, en Surrey, hasta Lewisham, en Kent.

—¿No había ninguna persona de buen corazón con un carro que quisiera llevarla parte del camino?

Anne se daba masajes en los pies sobre unas medias sumamente raídas.

—¿Llevaría usted a una mujer que lleva la cama a la espalda y una puerca de unas riendas?

—¡Vaya! ¿Y dónde está la cerda? —preguntó bruscamente, demasiado pobre para ser educada.

—Se desplomó junto a su cerca. Sus crías intentan convencerla para que se resguarde.

Juliana acogió a la fugitiva sin hacer preguntas. Aparte de la amistad existente, uno de los resultados de la guerra era que una mujer sin dinero ni apoyo reconocía al instante los apuros de otra y le abría los brazos. Saldrían adelante juntas. Además, Anne había traído consigo un cerdo con sus crías.

Durante varias semanas, compartieron lo que tenían y su relación era cómoda y amigable. En cuanto se hubo instalado y se sintió segura en aquel refugio, Anne decidió que debía escribir a Lambert diciéndole dónde estaba. De pasada mencionó que pronto sería su cumpleaños.

* * *

En casa de los Jukes, en Londres, los hermanos estaban huérfanos. Habían pasado por un período de completa anarquía en el que nada se limpiaba ni ordenaba, pero ya no eran unos muchachos y se habían cansado de ello. Subsistían a base de empanadas y magdalenas de la panadería, cosa que a Lambert le había provocado una indigestión monumental. En aquellos momentos, se las apañaban a duras penas con una cocinera

y una criada nuevas, aunque ambas los despreciaban, robaban cosas de la despensa y dejaban que los platos y jarras se les resbalaran por entre sus torpes dedos para hacerse pedazos en el suelo. Los Jukes estaban sometidos a platos de ñojo y ternera hervidos que nunca eran debidamente espumados, aun cuando el juego de espumaderas de latón de distintos tamaños de Parthenope estaba colgado junto al fuego. La cena gris y grasienta hacía que cada día estuvieran más abatidos, sobre todo porque ambos eran conscientes de lo mucho que a su meticulosa madre le hubiera apenado su sufrimiento.

Sin embargo, esta no era la única aflicción de Lambert. Anne y él habían contraído matrimonio por afecto verdadero; habían estado casados quince años, que era mucho tiempo en una época en que la muerte acechaba en todas las esquinas. Aunque Lambert se recordaba a sí mismo con nostalgia como un donjuán consumado que revoloteaba entre las enérgicas mozas de Cheapside con rapidez y solo un atisbo de deshonor, Gideon sospechaba que Anne era la única mujer a la que había conocido... o que había querido. Era guapa, serena y capaz de manejar a Lambert sin que a este le importara que lo mangoneara; Lambert había admirado francamente su espíritu cuando ella empezó a tomar parte en la religión y la política extremistas. Su gratitud por la forma en que había llevado el negocio por él era sincera. De haber sabido que las cosas llegarían a esto, hubiera trabajado con ella. Le hubiera permitido todo lo que ella hubiese querido. Él estaba acostumbrado a tenerla siempre allí, y se sentía perdido sin su presencia diaria. Si esto no era amor, era lo más parecido que podía haber.

Él no lo reconocería en voz alta. Lambert nunca negaba sus sentimientos, pero rara vez los mencionaba. Por fortuna, su hermano lo sabía. Gideon estaba muy afectado por el sufrimiento de Lambert.

Sus experiencias en el ejército habían acabado forjando un verdadero vínculo entre ellos, una mayor ternura hacia el otro cuando había problemas. Cuando Anne escribió desde su nueva casa en Lewisham, Lambert dejó que Gideon leyera la carta. Estaba expresada en un lenguaje neutro y podía pasar por ser simplemente lo que decía: información sobre su paradero. No obstante, Gideon sugirió que, aunque ella no le había brindado una invitación específica, Lambert debería ir a visitarla el día de su cumpleaños, ¿sobre la hora de comer, tal vez? Una vez allí, debería intentar persuadir a Anne para que volviera con él. El entusiasmo de Lambert resultó conmovedor, pero aseguró que en ningún modo se presentaría allí solo: su hermano tenía que ir con él como apoyo.

Gideon soltó una maldición y dijo que no. Pero entonces se le desbarataron los planes. Recibió la visita de la delegada de un fantasma rubicundo: Elizabeth Bevan, la viuda de su tío abuelo. Elizabeth creía que Dios ponía a los hombres en la tierra para servirla a ella, y tenía una petición inesperada: le rogó a Gideon que fuera a visitar a los Keevil en Eltham. «Porque estoy segura de que tienen otra hija que ya tiene edad para venir a Londres a cuidar de mi lastimera prole huérfana, igual que la

pobre y querida Lacy cuidó de ellos hasta que tú te la llevaste».

Gideon miró por la ventana con actitud muy poco comprensiva. Nunca olvidaría que le habían puesto delante a Lacy como si fuera un pedazo de torta húmeda de semillas de alcaravea en una bandeja de plata. Gideon dijo con frialdad:

—No es exactamente así como yo lo recuerdo, señora.

Quería que Elizabeth entendiera que sospechaba de la duplicidad de Bevan y ella. Sentada altaneramente junto a la mesa del comedor de los Jukes, apoyó su formidable busto caído sobre el tablero. Se había hinchado con los años. Aunque no estaba engendrando, puesto que ya hacía dos años que Bevan se había ahogado en el Támesis, seguía exudando sin poder evitarlo. La mujer suspiró con valiente autocompasión.

—A decir verdad, nunca fue el mismo después de que lo metieran en el abrevadero en tu boda, Gideon.

—Pues yo nunca fui el mismo después de mi boda —replicó Gideon con franqueza.

Elizabeth intentó ignorar el comentario. Disimuló su necesidad apremiante por conseguir a una nueva chica gratis para que se ocupara de los niños; en cambio, afirmó estar conturbada por la suerte de la familia Keevil.

—Últimamente no hemos sabido nada de ellos y en una época tan difícil, sobre todo para la gente del campo, me temo lo peor... Yo no puedo ir, pero seguro que para ti no es ninguna carga acercarte hasta Eltham a ver cómo se las arreglan, ¿no? Robert Allibone siempre te presta su caballo.

Gideon quedó impresionado de lo bien pensado que lo tenía todo. Pero lo cierto era que Elizabeth y Bevan siempre habían sido unos grandes abusones.

Él se puso de pie, se cruzó de brazos y miró fijamente a la poco fiable esposa de su molesto tío abuelo.

—¡Por Dios que llegas a ser alto, muchacho! Juro que podría haberte engendrado un poste, tu madre debió de sufrir bastante para traerte al mundo...

—Quiero saber la verdad —dijo Gideon.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a la verdad, señora. Lo digo sin rencor hacia mi difunta esposa, porque creo que la engañasteis igual que a mí. Reconocí a la niña y habría estado resuelto a ser un buen padre durante toda su vida...

—¡Pero si Lacy decía que ni siquiera te la pusiste en las rodillas una sola vez! —lo interrumpió Elizabeth mordazmente.

—¡Y deberé cargar con esa culpa el resto de mis días! —Ahora Gideon se sentía mayor y más tolerante. Tal vez lo fuera—. Pero no es de extrañar, ¿no? Pensaba que a Lacy Keevil la habían deshonrado y había quedado embarazada antes de que me la presentaran siquiera. Fui engañado. Lo sabes... y ahora deberías decirme cómo ocurrió.

Elizabeth Bevan también se puso de pie. Recuperó la compostura, cosa que le

llevó unos momentos, y miró a Gideon con el mismo desprecio con el que él la contemplaba.

—¡Pensar o decir una cosa así es terrible para cualquiera! ¡Que Dios te perdone por ello, Gideon Jukes!

Se marchó como una exhalación. Gideon experimentó un breve momento de duda... y a continuación una certeza apocalíptica.

Lo cual fue el motivo de que, con su hermano ansioso por viajar a Lewisham y hablar con Anne, Gideon organizara las cosas para que un carro los llevara hasta allí, aunque también llevó con ellos al caprichoso caballo de Robert. Aunque no lo reconoció, y por supuesto no se lo dijo a Elizabeth Bevan, si estaba de humor tendría la libertad de dejar a Lambet con Anne e ir solo al encuentro de la familia de Lacy en Eltham, que estaba cerca de allí.

* * *

—Escribe a Anne para avisarla de que vas a ir. Y deberías comprarle un regalo para su cumpleaños, Lambert.

Lambert puso cara de horror.

—¡Nunca ha sido una tradición entre Anne y yo!

—¡Ay, cabeza de chorlito! Vivimos en un mundo nuevo, hermano —expuso Gideon con mucha paciencia, o eso creía él—. Considera que, por lo tanto, podríamos tener una nueva situación entre tu esposa y tú.

Lewisham estaba a punto de obsequiar a Gideon Jukes con una situación mucho más nueva de lo que él preveía.

* * *

Llegaron allí intentando no parecer demasiado formales con sus mejores trajes. Iban bien afeitados, con los sombreros bien cepillados, y aparecieron por allí astutamente una hora antes de la hora de comer. Gideon pensó que lo mejor era que su hermano entrara solo, con el regalo de cumpleaños por delante. Él esperó en el carro el tiempo suficiente para estar seguro de que a Lambert no lo mandaban a freír espárragos. Entonces, puesto que había un pequeño establo, se puso a quitarles los arreos a los caballos.

Salieron dos niños pequeños y se lo quedaron mirando a través del seto. Eran unos niños inteligentes, delgados y de rasgos agradables. Sus mechones de cabello oscuro se rizaban junto al cuello de su ropa... un cabello más largo de lo que Gideon aprobaba; estaba irritado desde que supo que la mujer con la que vivía Anne era una realista. A aquellos pulcros niñitos de mamá los habían vestido con dos trajes de la misma tela de color ocre con adornos de cinta marrón. El mayor, de unos siete años,

parecía un chaval brioso, y el menor tenía un aspecto más introvertido. Observaron cómo la vieja yegua del carro de Benjamin Lucock rodaba de espaldas sobre la hierba, llena de alegría, luego se levantó como pudo y empezó a galopar por ahí como una loca. *Rumor* permaneció junto al seto con aires de autocompasión.

—Es un caballo muy de ciudad, él no va a jugar —comentó Gideon dirigiéndose al chico mayor, que se quedó allí observando con fascinación a los caballos mientras Gideon seguía al pequeño dentro de la casa.

* * *

Gideon no vio a nadie. Desconcertado, se quedó en la cocina. Se fijó esperanzado en un cesto con una servilleta de la que asomaban los famosos panecillos blancos de Anne Jukes; identificó el delicioso aroma ahumado de una empanada de jamón que todavía se estaba cocinando. El niño lo miraba.

Gideon dejó su sombrero junto al de Lambert, sobre un aparador, y tomó asiento en una silla. Habían tres sillas de madera de estilo rural, todas colocadas contra la pared para dejar más espacio en el que trabajar en torno a una mesa rectangular de roble. En ella había indicios de preparativos para una comida de celebración. Como un soldado aburrido a la espera de entrar en acción, Gideon se puso en un estado de suspense neutral.

El niño pequeño fue a buscar un tarro de loza, subió retorciéndose a una de las otras sillas y se sentó, de manera que sus delgadas piernas sobresalían del asiento frente a él; tiró de la apretada tapa del tarro como si lo hubiera hecho muchas veces, metió la mano dentro y empezó a comer galletas.

De acuerdo con la tradición de los niños, aquel también sabía hablar con la boca llena:

—¿Eres mi padre?

—Creo que no —respondió Gideon, perplejo.

El niño no pareció decepcionarse, sino que bajó de un salto, se acercó a él y le ofreció el tarro de las galletas.

—¡Puedes coger solo una! —le indicó.

—¡Valentine! —Una mujer entró por una puerta interior—. Le han enseñado buenos modales y sabe que debe compartir.

—Pero hay límites —repuso Gideon con gravedad mientras se comía su única galleta de Shrewsbury con apropiada concentración, y guiñándole un ojo a Valentine.

Gideon miró a la madre. La sorpresa sacudió a ambos por igual cuando se reconocieron. La mujer desvió la mirada de inmediato y se acercó a la mesa, donde continuó trabajando.

¿Cuántos años tendría? ¿Unos veinticinco? Poseía una buena figura; un cabello oscuro descubierto peinado en un moño plano en alto, revelando la nuca de un cuello largo; unos pendientes pequeños que colgaban de unas orejas bonitas; un aire de

recelo y cautela.

Llevaba una fuente grande que dejó en la mesa frente a ella. Colocó una vasija de pudín boca abajo en el centro y cubrió el resto de la fuente con lechuga finamente desmenuzada que había cortado, lavado y secado con un paño limpio. Trabajaba sin prisas, con cuidado y disfrute.

El niño, Valentine, volvió a dejar las galletas en el estante y se quedó de pie junto a la mesa para observar. Apoyándose en ella, con la mejilla pegada al tablero, el niño podía girar para mirar a Gideon, quien permaneció inmóvil y en silencio. Su tez clara se había ruborizado ligeramente. Al menos la presencia del niño actuaba como un centro de distracción que hacía innecesaria la conversación de los adultos.

Gideon se esforzó por pensar. Decidió olvidar la escena en Whitehall Stairs, a menos que se mencionara a Richard Brandon.

Juliana, por su parte, no admitiría de ningún modo la conversación que había oído con el ejecutor en el bote. Había recordado de inmediato a aquel hombre rubio y bien afeitado, aunque parecía distinto sin uniforme... muy diferente, en realidad, allí sentado con recato con las rodillas juntas y las manos entrelazadas. La ropa que llevaba le quedaba mejor que la casaca roja del Nuevo Ejército Modelo. No era una mejora considerable, pensó Juliana con desprecio. Seguía pareciendo un beato melancólico. No le confiaría a una cocinera. Por suerte, no tenía ninguna.

—¿Cómo se llama este plato? —preguntó Valentine para llamar la atención de la mujer. Lo sabía perfectamente.

—Salpicón.

—¿Y eso qué es?

—Un bonito mosaico de carne, pescado y ensalada.

Unas tajadas de pollo asado se habían dispuesto a lo largo del perímetro exterior de la fuente, alternadas esmeradamente con una judía verde con las puntas cortadas entre cada una. Había un segundo círculo formado por más judías, y entonces Juliana colocó un tercer círculo, esta vez con pedazos de anchoa sin espinas mezcladas con nueces y cebolletas maceradas. Pintó el recipiente para pudín con aceite de ensalada, una técnica propia para crear una pieza central pegando en él tiras de apio finamente cortado, lonchas transparentes de rábanos, hojas de acedera, bayas y espinacas. En un cuenco limpio, preparó unas yemas de huevo duro picadas, la carne de los muslos de los pollos asados cortada a dados, alcaparras, almendras y perejil, todo ello ligado con un aderezo recién mezclado. Todo aquel magnífico despliegue se decoró con flores de capuchina y, en lo alto del cuenco central, una zanahoria cortada en forma de flor que, por lo que Gideon Jukes sabía desde hacía mucho tiempo, debía de ser obra de su cuñada.

Valentine perdió interés y salió corriendo. Juliana lo siguió hasta la puerta y desde allí le dijo:

—¡Val! ¡Dile a Thomas que no espíe a la gente! —Cuando regresó a la cocina, no quedó más remedio que hablar.

—Anne Jukes y su esposo están paseando por el huerto, intentando arreglar las cosas —declaró Juliana.

—No los molestaré. —Gideon reflexionó que nunca había estado tan cerca de un enemigo, salvo cuando los estaba matando. La situación le provocó un escalofrío de emoción. La mujer había utilizado un cuchillo sumamente afilado para cortar los rábanos. Había picado esas yemas de huevo duro como si se imaginara que fueran los hígados de unos cabezas redondas, pensó Gideon... aunque posiblemente estuviera fantaseando.

—¿Y usted es...? —le preguntó de forma harto significativa. Una mujer tenía el derecho de saber a quién tenía sentado en su cocina, quitándose las migas de galleta Shrewsbury del jubón.

—Gideon Jukes. —Se comió las migas. Orlando Lovell se las hubiera sacudido de encima. Fue entonces cuando Juliana se fijó en que le faltaban las puntas de varios dedos.

Debía de tener unos treinta años; tez clara, rasgos juveniles. Aunque Lambert y él eran de constitución distinta y debían de llevarse muchos años, Juliana vio cierto parecido. Se percató de que Gideon Jukes no utilizaba el título de capitán que sabía que poseía. Cuando dijo su nombre, Juliana se esforzó en no exclamar «¡Ah!», y dejarle saber que había oído hablar de él. Una vez *grand-mère* le dijo que a los hombres no había que animarlos a que se creyeran famosos.

No era lo que ella se había esperado. Bueno, eso era interesante.

* * *

Gideon, por su parte, identificó a la mujer, por la forma de su rostro y su aire, como a la madre de los chicos, aunque estos compartían otros rasgos de otro origen. Sabía de boca de Lambert que el esposo ausente, el «delincuente», era un tal coronel Orlando Lovell. Gideon también sabía algo más, algo de lo que la mujer quizá no tuviera noticia: Robert, quien había conocido a la señora Lovell cuando esta trajo a Lambert enfermo a casa, había visto en los informes de Westminster que el coronel Lovell había declarado la guerra al Parlamento el año anterior, por lo que lo habían declarado peligroso y no apto para el perdón. Era de suponer que el hombre estaba fuera del país. Era de suponer que tendría que quedarse allí.

Gideon Jukes sentía curiosidad. La señora Juliana Lovell no era viuda y, sin embargo, parecía condenada a una vida solitaria. A juzgar por su casa desnuda, vivía rayando la pobreza. ¿Cómo sobrevivía? ¿Por qué no se marchaba al encuentro de su marido ausente? Daba la impresión de ser una mujer capaz de enfrentarse al exilio sin problemas; además, Anne Jukes había dicho que la señora Lovell era medio francesa.

Gideon se aclaró la garganta e inició una conversación educada sobre el regalo que Lambert le había traído a Anne.

—A dos hombres sencillos, aunque honestos, como nosotros, nos hizo falta

mucho ingenio para encontrar un regalo adecuado para una mujer que cree que Dios hizo del mundo un tesoro para el hombre y la mujer corrientes, y que toda la riqueza debería redistribuirse por igual.

—Puesto que a la señora Jukes no le importa el aspecto exterior, no tenía sentido salir en una escapada a las joyerías más cercanas —coincidió Juliana. Por algún motivo pensó en el gran collar de perlas que Lovell le había traído en una ocasión. Estaba en su caja forrada de terciopelo, en el fondo del cajón de la ropa blanca. Podía habérselo puesto en honor a Anne.

No obstante, debajo del largo delantal llevaba el vestido que había sido el de su boda. La seda antaño brillante se había descolorido hasta el punto que solo los frunces más profundos de la falda mostraban aún el color original. El escote era considerable, si bien llevaba una recatada gola de lino para cubrirle el pecho. Juliana tuvo la impresión de que el hermano beato de Lambert Jukes se concentraba demasiado en los atisbos de carne, allí donde el borde circular de encaje del cuello Vandyke no acababa de llegar a lo alto del canesú de seda...

Gideon diría que su interés era puramente matemático. Al ser especialmente observador, un hecho del que se sentía orgulloso, también se había fijado en que, cuando la señora Juliana Lovell se inclinaba hacia delante, por ejemplo para colocar las brillantes flores de capuchina en su decorativo salpicón (tal como las habría llamado su madre), un estrecho triángulo de piel desnuda y pálida se revelaba de manera intrigante entre los dos frentes de la gola, sujeta en el cuello con un broche de perla y un manojo de cintas azules. Los extremos de las cintas a veces estropeaban aquella deliciosa visión, aunque eso incrementaba el reto.

—Los orfebres nos resultaban prohibitivos —repuso Gideon en tono abatido.

—¡Yo le hubiese comprado un azadón de pala nuevo! —declaró Juliana. El hombre alto la observó en un silencio prudente. Le costó mucho—. Bueno, ¿y por qué se decidieron ustedes dos? —preguntó, sonsacándole la historia como si se tratara de uno de sus hijos.

—Unas zapatillas de terciopelo para andar por casa.

—¿Con ribete de piel?

—No pensamos en eso. —Gideon pareció apenado por la oportunidad perdida. Sin desprenderse de su expresión seria, apeló a la aprobación de Juliana—. El razonamiento fue el siguiente: es una frivolidad, pero aun así útil. Lo bastante cara como para indicar el verdadero arrepentimiento de mi hermano por sus deficiencias como esposo, que son muchas, pero suaves para calzárselas después de un duro día trabajando en los fríos campos... por si acaso Anne seguía queriendo formar parte de... la vida agrícola.

—¡Cielo santo, espero que compraran la talla correcta, pareja de bobos! —soltó Juliana.

Gideon le lanzó una mirada de reprobación.

—¡No se nos pasó por alto! Encontramos un zapato viejo en el fondo de un

armario, señora, y lo llevamos a que lo midieran.

«Y eso se le ocurrió a usted», pensó Juliana que, por alguna razón, estaba completamente segura de ello.

Entonces, Gideon Jukes abrió mucho más sus ojos azules de verdad, los cuales despidieron un destello cómplice. Sabía que Juliana se daba cuenta de lo mucho que le había costado traer hasta allí a Lambert en un estado de ánimo conciliador. Ella comprendió, con retraso, cuánta malicia y diversión ocultaban esos ojos. Aquel hombre había estado actuando desde el principio.

* * *

—¿Y qué pasará —preguntó Juliana con más frialdad de lo que había sido su intención— si la señora Anne Jukes declina el galanteo? ¿Si un regalo comprado no sirve?

—¡Sería desastroso! —el hermano de Lambert se irguió más en su asiento—. Pero si falla la primera cláusula, la segunda entra en efecto de inmediato.

—¿Y cuál es? —Juliana reprimió una sonrisa.

—Es esta, señora: mi hermano le transmitirá a su esposa, Anne, su constante devoción por ella. Su fidelidad y preocupación por ella. Aplaudirá su magnífico temperamento y sus talentos. Sus rasgos afables. Su devoción por Dios y por su precario esposo. Su dulzura, tolerancia, honestidad, buena fe y valentía. Su ingenio, sus habilidades, su conversación, su bondad. Aunque debo ruborizarme por decirle esto a una persona desconocida, puede que también tenga algunas palabras de elogio para sus placeres en la cama. —Él no se ruborizó, aunque Juliana se sintió un poco acalorada—. Y por encima de todo —continuó diciendo Gideon, que marcaba sus palabras con las puntas de sus dedos dañados—, no olvidará explayarse ávidamente en el esplendor de sus panecillos blancos y en lo maravillosamente que puede cortar una zanahoria en forma de una delicada flor.

—Es usted un bromista, capitán Jukes. ¿También hace malabarismos con plumeros?

—Soy un hombre sincero. Mi hermano le abrirá su corazón.

«Y funcionará», pensó Juliana. Ella misma se sentía cortejada. Aquello era peligroso.

El capitán Jukes bajó la mirada. Su voz se despojó de toda comedia.

—¿Usted opina que mi pobre hermano convencerá a su esposa para que regrese?

—¿Va a vivir en casa, compartir el trabajo en el negocio, evitar la compañía de viejos soldados, dejar de beber en tabernas miserables y estar agradecido de tener una esposa?

—Puedo sugerírselo —brindó Gideon.

—¡Ya se lo sugerirá Anne! —replicó Juliana con ferocidad—. Bueno, señor; a estas alturas, ella ya debe de haberle dicho cuáles son sus sentimientos, y aún no han

regresado del huerto discutiendo con encono. Ella no me ha llamado para que la ayude a enterrar su cadáver... Puesto que me lo pregunta, creo que ella regresará. Acabó cansándose de la comunidad de Cobham. Las duras luchas y el peligro frecuente. Cansada de los campos fríos pero también, según dice, de gente que no era de su sangre y que tampoco había elegido, cansada de vivir en una casa abarrotada y ruidosa, cansada de no tener nunca nada que poder llamar suyo. Además... —Juliana sacó el pastel del horno y se concedió un momento para admirar su masa dorada y vuelta. Mantuvo al hombre en suspenso de manera deliberada—. Además, sus faltas y defectos no vienen al caso: Anne lo echa de menos.

Miró a Gideon Jukes por encima del pastel de jamón. Él le devolvió la mirada directamente a los ojos, aunque se sentía visiblemente tentado de escudriñar aquel magnífico pastel. Tenía un modo de mirar a Juliana como si llevaran treinta años siendo amigos. En ella había aprobación, y la certeza de que estaban de acuerdo en todo lo que era importante. A Juliana aquella sensación le provocó una desconcertante opresión en el pecho.

No era más que un aprendiz demasiado mayor de la City, todo miradas escrutadoras y con una opinión injustificada de su propia valía. Si lo dejaba solo en la cocina cortaría el pastel, robaría un pedazo, luego se metería otro en el bolsillo y se marcharía silbando...

Gideon sonreía muy levemente. Sabía todo lo que ella estaba pensando.

Cuando Anne y Lambert entraron, ambos se dieron cuenta: Gideon se estaba divirtiendo.

CAPÍTULO LXIII

LEWISHAM, 1650

Anne y Lambert se reconciliaron. Regresaron a Londres los dos juntos, en el carro de Ben Luckock, después de una despedida entre Anne y Juliana con lágrimas por parte de ambas.

Sin embargo, antes de esto, todos disfrutaron de una comida donde el humor reinante era, tan alegre como la comida espléndida. Lambert venció su timidez tomándole el pelo a Gideon; Juliana observó cómo Gideon lo aceptaba. Ahora Lambert necesitaba tener una posición fuerte en la familia. Gideon descansó de ser el organizador severo de su hermano y, con buen humor, se permitió ser el subordinado.

Él también la observaba. Los instintos de Gideon eran totalmente masculinos.

Tenía la sensación de que hacía mucho tiempo que Juliana no había recibido invitados en su casa. Estaba claro que los chicos, Tom sentado en un barril y Val en el regazo de su madre por la falta de sillas, no estaban acostumbrados a las reuniones. Gideon pensó que, aunque la señora Juliana Lovell estaba disfrutando de la pequeña fiesta, al tiempo sentía cierta melancolía. Sin duda echaba de menos a los amigos perdidos; y a su esposo en particular.

Lambert salió un momento para ir al carro y volvió con una botella de vino; ni siquiera su hermano sabía que la llevaba allí escondida. Los vinos franceses eran ilegales. Pero un maestro tendero siempre podía conseguirlos, por supuesto.

Juliana fue al salón a buscar unas tazas decoradas que había traído consigo desde Colchester; no tenía sus propias copas de vino. Gideon la siguió para ayudarla a traerlas. Vio su mesa de trabajo y sus labores de costura por todas partes. También se fijó en que había un largo anaquel lleno de libros.

—¿Puedo echar un vistazo a lo que tiene ahí? —Juliana se quedó mirando mientras él examinaba los libros con entusiasmo; se fijó en que siempre comprobaba el frontispicio para ver el nombre del impresor, aunque le interesaban los temas... y era un entendido—. ¡Un Primer Folio de Shakespeare!

—La próxima vez que necesite dinero tendré que venderlo —admitió Juliana en voz baja. Estaba de rodillas, contando las tazas que sacaba del fondo de un armario. Aquel día, Anne Jukes había pagado el festín. Ya se hubiera desprendido del Folio, pero de Lewisham a Londres probablemente hubiera unas cinco millas en línea recta; se suponía que los realistas no debían alejarse tanto de su casa, y Juliana no se arriesgaría a visitar a los libreros de Saint Paul's Churchyard hasta que el viaje a Londres fuera absolutamente necesario.

—¡Ofrézcamelos a mí primero! ¿Usted lee estos libros?

—¡Sé leer! —exclamó Juliana con arrogancia—. Sí, los leo, cuando tengo tiempo.

—Para demostrarlo, se puso de pie, tomó el Shakespeare, buscó un punto y se lo leyó. Era de *La Tempestad*, un discurso del cortesano Gonzalo:

Señor, si yo colonizara esta isla
... y fuese aquí el rey, ¿qué haría?
En mi estado lo haría todo al revés
que de costumbre, pues no admitiría
ni comercio, ni título de juez;
los estudios no se conocerían, ni la riqueza,
la pobreza o el servicio, ni contratos,
herencias, vallados, cultivos o viñedos.
Ni metal, vino, trigo o aceite,
ni ocupaciones: los hombres, todos ociosos;
y también las mujeres, aunque inocentes y puras
ni monarquía...
La naturaleza produciría de todo
para todos, sin sudor ni esfuerzo. Traición,
felonía, espada, lanza, puñal o máquinas
de guerra yo las prohibiría: la naturaleza
nos daría en abundancia sus frutos
para alimentar a mi pueblo inocente.

Juliana miró a los ojos a Gideon y preguntó:

—Bueno, señor. Usted ha luchado por un gobierno ideal. ¿Qué opina?

—¡Una utopía! —Gideon se había fijado en el Tomás Moro del padre de Juliana... Platón, Cicerón, san Agustín, Bacon y Rabelais. (También había visto un almanaque de Nuremberg de hacía setenta años, en alemán, y compartió con ella una mueca al respecto; Juliana rezó para que no adivinara que se trataba de parte del botín que su esposo le había traído.)—. Podría pasarme horas escuchándola leer —dijo el hombre alto con una sonrisa y actuando como un pretendiente. Juliana optó por pensar que su lascivia era una pose, aunque no estaba del todo segura. Gideon tampoco lo estaba.

—¡Cuidado, señor! Es de una obra de teatro.

Por menos de nada, Gideon habría admitido ante aquella mujer que en una ocasión había actuado en una mascarada.

—Sí, el teatro es el reñidero del diablo.

Juliana se rio.

—Sí, soy consciente de ello. Una gran atracción, ¿verdad?

Desde la otra habitación, Lambert les bramaba que se dieran prisa con las tazas. Cuando Gideon se acercó para tomar el grueso libro de manos de Juliana y volver a ponerlo en su lugar, de pronto ella tuvo el convencimiento de que la atraparía contra el armario y la besaría. De hecho, la única razón por la que Gideon no lo hizo fue

porque se asustó de lo mucho que deseaba hacerlo.

—De todas formas, usted es uno de los santos del Nuevo Ejército Modelo, capitán Jukes, y si alguna vez viera una obra perdería el derecho a la posición que tiene asegurada en el nuevo Milenio —balbuceó Juliana, que lo hizo volver a la cocina.

—Señora —Gideon la reprendió perezosamente—, usted está pensando en los hombres de la Quinta Monarquía. Unos tipos terriblemente ingenuos. Esta gente dice que la ejecución del rey proclama mil años del reino personal de Cristo sobre la tierra. ¡Uno de esos granujas me dijo que la codicia y el poder serán reemplazados por el amor fraternal! Esto, por supuesto, es una herejía imposible...

Lambert había descorchado el vino. Lo compartió, e incluso les puso un poquito a los niños, emocionados, y Anne acabó de llenar sus tazas con agua fría. Fue Gideon quien le preguntó a Juliana en voz baja:

—¿Le molesta?

—¡Mi abuela era francesa, capitán Jukes! Me molestaría solo si a mis chicos les dieran vino de Italia o Portugal.

Y así siguieron bromeando con ligereza entre ellos, como si representaran formalmente un entretenimiento para Anne y Lambert.

—Gideon y yo conocemos a un Ranter —alardeó Lambert.

—¿Ah, sí? —preguntó Gideon un tanto sorprendido.

—Al comandante William Rainborough —contestó Lambert, bajando la voz—, el hermano de nuestro pobre coronel asesinado. Pagó por el panfleto de un tal Laurence Clarkson, el credo de los Ranters. Una completa inmundicia —informó a Juliana furtivamente—. Creen que Dios se encuentra en cada uno y que, por lo tanto, las escrituras son falsas y que ni siquiera la Biblia puede ser la Palabra de Dios. Dicen que no hay pecado; el pecado se inventó por los que gobiernan el mundo para mantener controlados a los pobres. Por lo tanto, ¡todo está permitido!

—¿Todo? —se rio Juliana enarcando las cejas—. Me hago una idea de lo que eso conlleva... ¡y es más que un pastel de jamón!

—¡Todo lo que quiere un hombre! —terció Anne entre dientes—. Y en cantidad suficiente para poder repetir... Para facilitar sus libertades, se quitan la ropa y corren por las calles desnudos sorprendiendo a la gente.

—¡Vaya, descartan sus bienes terrenales! Tú no llegarías tan lejos con los cavadores, ¿verdad, querida Anne?

Anne permaneció tranquila.

—En Cobham descubrí que una falda resistente y un sombrero ancho para protegerme del tiempo hacía que fuera más cómodo cuidar de mis semillas. Al final de la jornada, estaba demasiado cansada como para ponerme a despotricar... o para sobresaltar a nadie quitándome las enaguas para predicar.

—¡Me alegra oírlo! —gruñó Lambert con sentimiento. Todavía sospechaba que un número indecible de cavadores lascivos debían de haberse acostado con su esposa en la casa comunal de Cobham.

Juliana supuso que el retorno de Anne no estaría completamente exento de problemas. Debió de dejarlo traslucir en su expresión. Se encontró compartiendo una mirada juiciosa con el hermano menor de Lambert. Actuando en tándem, desviaron la conversación hacia temas menos controvertidos.

* * *

Poco después de aquella deliciosa sobremesa, Gideon se excusó y se fue a Eltham. No dio ninguna explicación sobre qué tenía que hacer allí.

Al cabo de un rato, Lambert y Anne también se marcharon. Tom y Val, liberados de su promesa de portarse bien mientras había invitados, corrieron a ver a la cerda que Anne les había dejado llevándose un cuenco con sobras de comida para dárselas al animal. Se pasarían horas rascándole la cabeza a la cerda con devoción, mientras esta resollaba de deleite. Juliana se quedó sola en la casa.

Fue al salón a coser, pero enseguida dejó la labor y empezó a vagar por ahí, sintiéndose perdida. Sin duda acabaría extrañando la compañía de Anne. No podía tranquilizarse.

* * *

Gideon Jukes regresó al cabo de dos horas.

Juliana no se esperaba oír la voz de un hombre, y temió que fuera un intruso. Cuando abrió la puerta sin llamar, la punta de una espada contra su pecho hizo que se parara en seco.

Gideon empalideció, pero enarcó sus rubias cejas en un gesto sarcástico.

—Debería bajar el arma, señora Lovell —Juliana no se movió—. ¿No era: «... espada, lanza, puñal o máquinas de guerra, yo las prohibiría...»? Máteme si tiene que hacerlo, pero le ruego que no me haga un agujero en mi mejor traje.

Juliana bajó la punta de la espada hacia el suelo, pero mantuvo las dos manos firmes en la empuñadura.

—Tranquilo, señor. Sé que matar a un hombre desarmado, o dañar su traje, va contra las normas de la guerra.

—¡Gracias al Señor que es usted una profesional!

Gideon miró el arma: era un simple estoque, que era como se denominaban las espadas básicas de la infantería, probablemente fabricada a bajo coste en las Midlands. Era la vieja espada que Lovell había traído desde Birmingham. Gideon ya se había fijado antes en aquella bestia herrumbrosa, colgando torcida de un clavo detrás de la puerta. Sería más seguro para ella si no sacara un arma contra los intrusos, pero eso era cosa suya. Por si la habían enseñado a atravesar a un hombre, Gideon permaneció inmóvil y no la irritó con consejos.

—¿Qué quiere, capitán?

—Un favor, si puede ser.

Juliana le indicó que tomara asiento con un brusco movimiento de la cabeza. Volvió a colgar la espada del clavo.

—He traído conmigo de vuelta —dijo Gideon, más incómodo entonces— a una chica de trece años llamada Catherine Keevil, y a quien encontré, con gran dificultad, viviendo en el hospicio, sin amigos ni familia de ningún tipo. Es una criatura triste. Sus padres, John y Harriet Keevil, eran unas buenas personas de Eltham, pero ambos murieron el pasado invierno, que fue tan crudo, igual que todos sus otros hijos. — Gideon se preguntaba si Elizabeth Bevan había sabido más de lo que le había dicho sobre la situación de Catherine—. Thomas y Valentine la han llevado a ver a su cerdo mientras yo hablo con usted.

—¿Qué relación tiene con ella? —preguntó Juliana, fascinada.

Gideon vaciló un momento y entonces declaró:

—Es la hermana menor de mi esposa.

Juliana lanzó un vistazo rápido a su mano izquierda y no vio ninguna alianza. No obstante, podría ser que un hombre de creencias religiosas independientes no llevara anillo.

—Puesto que mi esposa está muerta —explicó Gideon rápidamente al darse cuenta de la mirada de Juliana—, me siento obligado a cuidar de la joven. Me han pedido que la trajera a Londres para que cuidara de los niños en la casa en la que mi esposa estuvo sirviendo antes de que nos casáramos, pero...

Titubeó. Juliana lo interpretó:

—¿Alguna situación desafortunada?

¡Era muy lista! No obstante, Gideon hizo caso omiso de la pregunta.

—¿La acogerá usted, señora Lovell? Enséñele a ser una sirvienta, o cualquier cosa para lo que crea que está capacitada y que la ayude a abrirse camino en la vida. Manténgala honesta. Proporciónele habilidades.

Juliana estaba atónita.

—Explíquese. ¿Por qué está haciendo esto?

Azorado y con frases entrecortadas, él respondió:

—Conciencia. Obligación. Algo que le sucedió a mi esposa. No puedo saberlo con seguridad... —Le había preguntado a Catherine sobre Lacy, pero la joven a duras penas recordaba a su hermana mayor... o al menos eso decía.

—Podría llevársela a su cuñada Anne —sugirió Juliana mirándolo de forma extraña. «¿Manténgala honesta?». Hizo una rápida interpretación de eso.

—Anne ya tiene sus sirvientas. Anne no la necesita. ¡Usted sí! —dijo Gideon con convicción.

—¡Es usted muy directo! ¿Por qué yo, una desconocida?

—Confío en usted. —Juliana guardó silencio ante aquel cumplido—. He hablado con ella, señora Lovell. Parece dulce, dócil y voluntariosa. Usted no tiene sirvientas,

y no es bueno que viva aquí en el campo sola. —Al ver que seguía sin haber respuesta, Gideon la presionó de manera injusta. Esto sorprendió a Juliana, quien lo había considerado un hombre justo. Gideon bajó la voz—: ¿Y si cae enferma? ¿Quién cuidaría de usted? ¿Qué pasaría con sus hijos?

—No tengo sirvientes porque no puedo pagarles un salario —admitió Juliana con franqueza, estremeciéndose ante los temores de los que él se había aprovechado.

Gideon había pensado en ello.

—Dígame lo que cuesta, y yo lo pagaré.

—Una criada gana dos libras al año, menos si es una niña sin capacitación...

Gideon pensó que estaba regateando, de manera que ofreció:

—También le pagaré la manutención. —Ya estaba de pie con intención de marcharse. Un viudo tenía que protegerse de las tretas de las mujeres casadas—. Le traeré el dinero dentro de unos días.

—El pago se realiza a final de año —alegó Juliana con voz débil.

—Al sirviente. Pero creo que usted necesita recursos ahora.

Gideon Jukes se inclinó y le besó la mano como un galán. Pero un galán con todo el protocolo hubiera tomado la mano derecha de una dama; él eligió la izquierda. Depositó el beso específicamente en su dedo medio, evitando el anular, en el que Juliana Lovell sí que llevaba su alianza de oro, por supuesto. Él le dio unos golpecitos. El extremo áspero de uno de sus dedos perdidos raspó levemente la piel de Juliana.

—¡Podría venderlo! —sonrió ampliamente—. ¡De aquí saldrían unos cuantos pudines blancos y nabos de Hackney!

* * *

El capitán Jukes había prometido regresar muy pronto. No lo hizo. Aquello era de lo más molesto. Juliana se sentía engañada.

De todos modos, la sirvienta era afable, alegre, una buena trabajadora y excelente con los niños.

* * *

Un mensajero trajo correo, tres cartas.

La primera, y claramente la más antigua, era de Orlando. Juliana se encontró con que casi hubiera preferido dejarla para el final pero, consciente de sus obligaciones, la abrió antes que el resto. Tal como se esperaba, la carta había ido dando vueltas por el país durante muchos meses antes de que le llegara. Orlando decía muy poca cosa. Por razones de seguridad, utilizaba un lenguaje velado, omitiendo los verdaderos detalles de dónde había estado y haciendo qué. El maltrecho estado de la carta indicaba que

otros la habían abierto, quizá más de una vez, y podría ser que hubiese permanecido durante largos períodos de tiempo en el archivo de algún comité parlamentario. Se había escrito en La Haya, hacía un año. Orlando le decía que no se dirigiera a Holanda, por motivos que no brindaba. Ella ya sabía que Orlando no estaba allí en aquellos momentos, sino que había embarcado.

Le transmitía su amor, a ella y a sus hijos. Esto estaba muy bien escrito, con un lenguaje impecable.

Siguiendo las instrucciones que le había dado en Pelham Hall, Juliana quemó la carta. No había lugar para sentimentalismos. Una esposa realista no podía poner en riesgo a su marido.

La segunda carta tenía un aspecto misterioso. Un desconocido, cuyo nombre era Abdiel Impey, le escribía desde el Middle Temple con la noticia de que William Gadd había muerto. La invitaba a visitarlo, si es que pasaba por allí y quería que le diera más información. Juliana derramó lágrimas por su tutor, aunque hacía mucho tiempo que temía que el hombre hubiera fallecido. Le había caído bien, y sabía que intentó hacer todo lo que pudo por ella. Constituía un vínculo con su abuela; ahora le quedaban muy pocos vínculos con su pasado.

La tercera carta estaba escrita con una serpenteante caligrafía negra que Juliana no reconoció. No obstante, imaginaba de quién era. Sostuvo el documento entre las manos, casi temerosa de romper la descuidada gota de lacre del sello. La había reservado como si fuera la ciruela más jugosa del cesto. Eso tenía que admitirlo.

Señora:

¿Qué puedo decirle?

Le prometí venir en breve, pero un asunto urgente de la imprenta, que debo atender puesto que se trata de mi medio de vida, me ha impedido cumplir mi promesa. Probablemente piense que se ha librado de mí... o lo haría, salvo que le debo dinero. Eso me hará bienvenido, naturalmente. No es que la considere una mercenaria... pero una deuda saldada supone un gran alivio entre amigos, pues borra toda ocasión de cavilaciones que se encuentran en el acreedor.

Le prometí que vendría, y vendré. Le ruego me haga llegar unas palabras de perdón, y me diga si la pequeña criada se adapta bien.

Su seguro servidor,

G.J.

Inicialmente, Juliana resolvió no contestar.

Al día siguiente, sin embargo, escribió una respuesta. Solo para darle noticias de la sirvienta, Catherine.

A vuelta de correo (aunque con las vueltas que daban los transportistas resultaba difícil asegurarlo), Gideon Jukes volvió a dirigirle unas líneas garabateadas.

¡Ay señora, señora, señora, señora!

He recibido su carta, la que empieza diciendo «Capitán Jukes, nos sentimos agradecidos de que se acuerde de nosotros».

Pero bueno, ¿qué es este «nosotros»? ¿Incluye usted a sus hijos, a los habitantes de su casa en general: cocinera, mozo de cuadra, limpiabotas, doncella, ayudante de cocina, camarera (la de los tobillos fabulosamente torneados), la cerda rolliza que tiene fuera y el perrito maloliente, *Tousle*, que yace junto al hogar o que, si puede subir sin que lo vean, se tumba en la silla buena, la del respaldo de cuero y tachones de metal, encima de uno de sus magníficos cojines con bordado Stumpwork?

Yo no les escribí a ellos (aunque aprecio a sus hijos por usted y me alegro de que la sirvienta se haya adaptado bien).

Ya la tengo: puedo oírla gritar «¡Pero si yo no tengo perro y, si lo tuviera, no lo llamaría *Tousle*!». Por suerte para mí puesto que, aunque ese canalla de *Tousle* mordisquea las piernas y se revuelca en todo el estiércol que puede encontrar, me sentiría no obstante obligado —si el perro fuese suyo, señora— a congraciarme con usted alabándolo.

Me ha escrito demasiado poco. Me temo que si dejara su nota en tinta negra sobre la mesa la confundiría con un escarabajo y la aplastaría con el dedo.

Yo, por mi parte, he escrito demasiado. («¡Y divagado absurdamente!», rezonga Mi Señora). Debe pensar que mentí cuando dije que el trabajo me retuvo. Bueno, aquí estoy en la imprenta donde mi aprendiz, Miles, maneja la prensa en tanto que yo debo supervisar por si acaso desordena las páginas o se pellizca los dedos. Esto puede hacerse con palabras severas y algún que otro coscorrón seco, intercalando la bondad con la que se le convence halagándolo cada cinco minutos. Esto me deja cuatro minutos de vez en cuando para la correspondencia. («¡Ja! ¡Son cartas de amor!», exclama Miles indignado. «Son recibos de la tinta y el papel que utilizamos», respondo yo con noble paciencia. También he tenido su edad, quince años, con todos los defectos que conlleva).

¡Ya es suficiente, idiota! Vendré a verla el jueves.

Su seguro servidor,

G.J.

Postdata: Escrita al cabo de dos horas. En un paquete separado le mando pomada Golden Eye para Valentine, ya que me comentó que, en ocasiones, tenía algún acceso de irritación en los ojos. Es el mejor ungüento ocular, según dicen los anuncios que publica regularmente el *Public Corrauto*, el periódico de confianza. Los anuncios son sumamente caros, por lo que ya sabe que lo que afirman debe de ser verdad. Si no roban el paquete, el tarro no

se rompe, la pomada aguanta el calor, el frío, las sacudidas ascendentes, los movimientos circulares y los tumbos descendentes de la cartera del transportista, y si luego Val no aprieta con fuerza los ojos y se pone azul cuando usted se acerque a él con la pomada en su dedo maternal, puede que el medicamento le haga algún bien.

Juliana también quemaría esta carta disparatada. Bueno, lo haría en cuanto la hubiera leído de nuevo y hubiera sonreído unas cuantas veces más con sus insensateces. Una esposa no debía guardar cartas que pudieran molestar a su marido.

* * *

Fiel a su palabra, aquel jueves Gideon Jukes fue a verla.

Catherine Keevil se había llevado a los niños a la granja, donde se decía que acababa de nacer un potrillo. Juliana estaba sola en su salón. Oyó llegar a Gideon, pero no salió corriendo ansiosa. Él, después de entrar en la cocina, acudió educadamente al salón, suponiendo que la encontraría allí.

—Le he dejado el dinero encima de la mesa.

«¡Esperemos que esto no lo oiga ningún capillero de mente sucia!».

—Gracias.

—No, soy yo quien deba agradecérselo. —Parecía contenido. Si se tratara de Tom o Val, Juliana sospecharía que estaba mintiendo. Su rostro tenía un aspecto demacrado. Parecía un hombre que hubiera estado pensando demasiado; Juliana reconoció esos rasgos de cansancio porque ella también lo había hecho—. Esta es una buena solución, me alegro de que se me ocurriera. Tengo una gran deuda...

Cuando se le fue apagando la voz, Juliana le brindó un informe sucinto de qué le parecía la chica, Catherine.

—Es lista, servicial, fácil de instruir, sin necesidad de palabras severas ni coscorrones. —No había sido su intención hacer referencia a su estúpida carta. Juliana agachó la mirada—. Duerme en la carriola de Anne, en el desván; come y reza con nosotros. Estoy contenta de tenerla en mi casa; ella se alegra de que le hayan dado un hogar. Puede estar tranquilo, capitán. La trataré bien.

Gideon se había quedado de pie. En aquel momento, alzó el mentón. Miró a Juliana muy directamente y le preguntó sin más preámbulos:

—¿Y a mí, me tratará bien?

Ella no fingió haberlo entendido mal.

—Sabe que eso no puede ser.

—¿Cuándo vio a su esposo por última vez? —Sin que Gideon lo supiera, la pregunta transportó de inmediato a Juliana al desagradable interrogatorio en Haberdashers Hall. Eso alteró su voluntad de responder. Automáticamente, se vio

reducida a morderse los labios como una prisionera tozuda—. ¿No va a venir a buscarla? —preguntó Gideon con amargura—. ¿No va a llamarla a su lado?

Juliana permaneció callada, atrapada en su necesidad de proteger a Lovell y su paradero. Aquel era el resultado de la guerra: nunca podía arriesgarse a que nadie del bando opuesto supiera demasiado y presentara más acusaciones contra él.

—¿No tiene nada que decir?

El hecho de sentirse olvidada y abandonada por Orlando ya resultaba bastante duro de soportar; ahora tenía una oferta de amistad de un hombre hacia el que se sentía atraída, pero no podía aceptarla. Juliana se encontraba en una situación imposible.

—Soy una mujer casada. No me reprenda por mi fidelidad.

—Oh, no, no puedo hacerlo —se fustigó Gideon—. No cuando, si estuviera en situación de merecerlo, esperaría la misma fidelidad hacia mí.

Juliana sonrió con tristeza.

—Creo que no sería difícil de dar. —Gideon se enfurruñó. Juliana se levantó de la silla. Se quedaron completamente inmóviles—. No debe escribirme más.

—No. —Gideon sabía lo que había estado intentando hacer con sus cartas. Temía lo que, en efecto, había hecho. No se arrepentía, aunque no iba a repetirlo.

—Ahora debe marcharse, capitán Jukes. —Gideon pareció resistirse—. ¡Tiene que hacerlo! El simple hecho de estar aquí podría suscitar comentarios. Vivimos en un mundo de moralidad renovada. De hecho, oí que hay una nueva ley contra el adulterio, el incesto y la fornicación.

—¡No tengo intención de cometer incesto! —gruñó Gideon.

—Ni yo adulterio... es un delito grave; ¡se castiga con la muerte!

—Para ambas partes.

—Ya veo que también lo leyó.

—Me mantengo al día con las noticias.

—Sí, es un buen ciudadano.

—¡No me diga que le preocupa esta ley del Parlamento, señora! Hay mucha gente que hace caso omiso.

—Y haciendo eso provocan sufrimiento... a sí mismos y a los de su alrededor. Tengo que cuidar de mis hijos además de mi reputac... y dado que usted no lo hace, capitán Jukes, parece que también debo cuidar de usted.

Pareció aceptarlo. Con dolorosa formalidad, salieron del salón y cruzaron la cocina hacia la puerta. Juliana salió primero, buscando espacio por si intentaba tocarla. Pero Gideon dejó una yarda de aire entre los dos.

—¿Es esto lo que quieres, Juliana?

A pesar de la intimidad de su conversación previa, ella se sintió extrañamente horrorizada.

—¡No debería llamarme Juliana!

—¡Pues yo creo que sí! —repuso Gideon en voz baja, reconociendo de forma

manifiesta su mutuo anhelo.

Se alejó de ella. El caballo lo estaba esperando. Saltó a la silla con un solo movimiento fuerte, la forma de montar de un dragón en momentos de crisis, clavó los talones y se alejó. No quiso mirar atrás.

Juliana entró en casa rápidamente y se apresuró a cerrar la puerta, no fuera que cediera a la tentación.

* * *

Gideon llegó al camino y se detuvo.

Rumor, el caballo de Robert, siempre se alegraba de parar y quedarse quieto. Gideon hizo dar media vuelta al animal y permaneció allí sentado largos minutos, mirando a la casa. Al final, no pudo evitarlo y regresó.

Cuando llamó a la puerta, no hubo respuesta. Llamó y esperó, llamó y esperó.

Al cabo, aceptó que su obsesión por la esposa del coronel Lovell había sido desairada. Seguía creyendo que ella se sentía tan atraída por él como él por ella. No pudo más que admirar su resolución. Se marchó. Sabía que su dolor sería permanente. Estaba perdido.

Lo que no sabía era que nadie lo había oído llamar a la puerta. No había nadie dentro. La casa estaba completamente vacía. Aterrorizada por sus emociones, Juliana se había escabullido por una puerta trasera que rara vez utilizaba, una puerta oculta tras una cortina del salón. Medio cegada por las lágrimas, tomó un sendero y se dirigió con paso enérgico hacia la granja donde encontraría a sus hijos.

De haber estado en casa y haber oído que Gideon regresaba, su fuerza de voluntad se habría desvanecido sin duda alguna.

CAPÍTULO LXIV

IRLANDA Y ESCOCIA, 1650

No se verían. Eso tendría que ayudar. Se recuperarían. Ambos intentaron convencerse de ello.

Si les hubieran pedido que analizaran lo que acababa de sucederles, ella hubiera echado la culpa a la lujuria y no habría imaginado que pudiera tratarse de amor, o si lo era, no de amor duradero, no de un amor verdadero. Él hubiese dicho que a ella le faltaba fe. Él ya lo había llamado amor... aunque a la vez reconociendo honestamente su lujuria. En esto ambos habrían tenido razón, y ambos se hubieran equivocado.

El tiempo y las circunstancias deberían mostrarles si, estando separados, esto se incrementaría o se iría apagando. Para Gideon Jukes, que entonces se hallaba abatido y destrozado, mantenerse alejado de Juliana resultaba tan duro y su sufrimiento era tan grande que solo parecía quedarle una opción: tenía que volver al ejército. Y lo que era más, tenía que hacerlo enseguida... y marcharse lejos.

Podía elegir entre Irlanda o Escocia.

* * *

La situación era la siguiente.

Inmediatamente después de la ejecución del rey, el Parlamento necesitaba imponer orden con urgencia en Irlanda y Escocia o vería desintegrarse la unión de Tres Reinos. (Cromwell había sometido suficientemente a Gales y, en aquellos momentos, no suponía un problema). El ejército escocés había sido destruido en la batalla de Preston, pero tras la muerte de su padre el príncipe de Gales fue proclamado rey como Carlos II. Sin embargo, para que lo aceptaran tenía que jurar el Covenant. En tanto que sus escrúpulos lo retrasaban, los escoceses estaban reclutando un nuevo ejército.

Mientras tanto, Irlanda se fue deteriorando y sumiéndose en la confusión. El realista marqués de Ormond había intentado unir a todos los grupos para apoyar al rey. A los católicos se les había prometido libertad de culto. Los presbiterianos del Ulster detestaban la nueva república inglesa con su tendencia al peligroso librepensamiento. Los irlandeses nativos odiaban a los colonos ingleses. En aquellos momentos, Ormond controlaba la mayor parte del país e invitó a Carlos II a Irlanda. Para hacerlo posible, el príncipe Rupert ejercía la piratería desde una base en Kinsale, atacando embarcaciones de la Commonwealth y manteniendo los mares abiertos.

En Inglaterra, Cromwell y Fairfax pasaron parte del verano dando caza a varios grupos de amotinados inspirados en los niveladores, pero al final Cromwell quedó

libre para ir a Irlanda. Durante su estancia allí, Carlos II desembarcó en Escocia. Este hecho confirió una mayor urgencia a la misión irlandesa de Cromwell. Quedaba poco tiempo. El número de tropas era inadecuado. Había preparado las cosas minuciosamente para que les llevaran comida y forraje por barco, pero sus fuerzas estaban incomunicadas en un territorio hostil. La movilidad se veía obstaculizada. El almirante Robert Blake logró retener las embarcaciones del príncipe Rupert en Kinsale, pero cualquier problema con el tiempo o una posible huida de Rupert serían fatales. Por lo tanto, Cromwell emprendió la reconquista de Irlanda con rapidez y con una ferocidad sin precedentes.

* * *

A Gideon, que se hallaba en Londres, se le escapaba toda la miseria de lo ocurrido. Cromwell llamaba bárbaros a los irlandeses, una denuncia que Gideon no compartía. Pero eso quedaba muy lejos. Leía las noticias y sentía compasión por el destino de otros seres humanos, pero él también era humano. Lo que se hacía en su nombre, fuera de su alcance, podía arrinconarse en su conciencia. Sin embargo, leyó lo suficiente como para estar profundamente agradecido de haber perdido la oportunidad de ir con la expedición irlandesa.

Se tomaron ciudades. Se asaltaron plazas fuertes entre combates enconados y escenas de horror. En Drogheda y Wexford, los soldados defensores fueron todos masacrados, incluso después de rendirse con la promesa de salvar la vida. Las matanzas de prisioneros continuaban mucho después de que cesara la sed de sangre de cualquier batalla. Mataron a los sacerdotes y frailes católicos capturados. Al gobernador de Drogheda, el impopular realista sir Arthur Aston que una vez fuera gobernador de Oxford, lo golpearon hasta matarlo con su propia pierna de madera. Unos soldados que se refugiaron en el campanario de una iglesia fueron quemados vivos allí. También murieron civiles, lo cual contravenía las normas de la guerra. Posteriormente, los soldados lo repitieron en Wexford, aun cuando Cromwell no había dado órdenes para ello. Doscientos refugiados se ahogaron cuando se hundió la barcaza en la que huían. Las terribles escenas podían compararse con las barbaridades de la Guerra de los Treinta Años en el continente —que irónicamente había terminado ya con el Tratado de Westfalia—, la misma clase de brutalidad de la que los seguidores parlamentarios se habían quejado tan amargamente cuando el príncipe Rupert la impuso en las ciudades inglesas. Sin embargo, Cromwell veía a sus soldados como instrumentos de Dios.

La lucha por Irlanda continuó a lo largo del nuevo año. La enfermedad empezó a aquejar a las tropas de Cromwell. Cada vez que se destruía un ejército irlandés, no tardaba en aparecer otro en su lugar. Un error en Clonmel costó casi dos mil hombres a los ingleses; un desastre poco habitual. Pero a finales de Mayo la situación era lo bastante estable como para que el propio Cromwell navegara de vuelta a Inglaterra,

dejando a Henry Ireton para que terminara el trabajo. La peste barría el país y se llevaría también a Ireton. Sin embargo, dos años después, la resistencia acabó por desinflarse, permitiendo lo que llegó a conocerse como la Colonización Cromwelliana.

Ya habían muerto medio millón de personas de hambre, enfermedad o en combate, y cientos de miles quedarían desposeídas en la colonia. Vastas extensiones de terreno se dividieron en parcelas para los soldados del Nuevo Ejército Modelo, una solución fácil para cubrir los atrasos de su paga. Dos tercios del país, dos millones y cuarto de acres, fueron entregados a las tropas o concedidos a aquellos que habían perdido sus tierras en el viejo levantamiento de 1641. La mayor parte de los soldados vendieron su parte a los especuladores. Los habitantes de Leinster y Munster fueron expulsados «al Infierno de Connaught», el extremo oeste de Irlanda, donde la tierra era pobre y la vida sombría. Un tercio de ellos murió de congelación. A muchos de ellos, sobre todo niños, los mandaron como esclavos a las plantaciones de las Antillas. El legado de odio hacia Cromwell perduraría durante siglos.

Había una necesidad militar causada por la geografía irlandesa y por la emergencia en Escocia. Sin embargo, no había conceptos elevados en juego; se trataba simplemente de la lucha por el poder y la venganza, avivada por la intolerancia religiosa. Los derechos de la libertad individual y de pensamiento y conciencia que se habían discutido y por los que se había luchado en Inglaterra no recibieron reconocimiento. Visto del modo más desapasionado posible, el trato de Irlanda era el signo definitivo de lo embrutecidos que podían volverse los soldados después de ir demasiado tiempo de batalla en batalla, sobre todo cuando se alejaban de su país, perdían de vista a su propia gente y, en cambio, se encontraban entre aquellos a los que les habían enseñado y animado a considerar como menos que humanos. Si la Guerra Civil fue terrible, la guerra al otro lado del mar, con sus terrores y privaciones adicionales, llegó a ser más cruel todavía. La responsabilidad moral se abandonaba fácilmente.

* * *

Los niveladores tenían razón al no querer cruzar fronteras y, en la medida en que consideró Irlanda, Gideon estuvo de acuerdo con su postura. Pero sus motivos personales seguían apremiándolo. Cromwell volvió a Inglaterra para abordar el problema escocés. Debería haber estado trabajando junto a Fairfax, pero este era renuente a luchar contra los escoceses, con los que había cooperado en muchas campañas importantes, y seguía sin tener la conciencia tranquila por la ejecución del rey. Alegó mala salud y dimitió. Cromwell y otros líderes le suplicaron, pero él fue inflexible. Fairfax se retiró. El Parlamento nombró lord general a Oliver Cromwell, para que así fuera a Escocia como comandante en jefe.

Aunque implicara viajar una gran distancia y pasar a otro país, Gideon Jukes

decidió que aquella lucha era necesaria. Se sentía amargamente deprimido por el retorno del rey Carlos II. Incluso después de tan duro esfuerzo, se había conseguido muy poco, la Commonwealth se hallaba bajo una amenaza directa y, una vez más, todo estaba aún en juego.

Y lo que era más, ocho años después de que Gideon empezara a luchar contra los realistas, su enemigo había asumido una identidad concreta. Su melancolía se vio incrementada por la idea de que el coronel Orlando Lovell, «el delincuente Lovell», ese desconocido, ausente y aun así inevitable esposo de la atractiva Juliana, podía encontrarse entre los caballeros que acompañaban al nuevo rey Carlos. Junto con Carlos, Lovell se estaba acercando. Bueno, esta fue sin duda una de las razones por las que Gideon Jukes fue a Escocia. Cada vez que disparara con su mosquete tenía la posibilidad de eliminar a ese hombre.

El rey había albergado la esperanza de que el carismático marqués de Montrose hubiera conseguido apoyo no presbiteriano en Escocia, para así poder evitar una alianza desagradable con los covenanters. Pero Montrose fue capturado rápidamente y ahorcado, arrastrado y descuartizado en Edimburgo, justo antes de la llegada de Carlos. Prisionero de los covenanters en la práctica, el joven monarca fue sometido a adoctrinamiento religioso con sermones varias veces al día. Lo separaron de forma sistemática de amigos y seguidores. La conveniencia, su marca personal, lo convenció de que, si quería reclamar el trono de Inglaterra, tendría que aceptar el Covenant presbiteriano.

El Consejo de Estado inglés decidió adelantarse a una invasión atacando Escocia. Cromwell se llevó a dieciséis mil soldados, la mayoría con experiencia en el Nuevo Ejército Modelo, si bien reclutados de nuevo para la tarea. Gideon Jukes era uno de los voluntarios.

Gideon había considerado volver a solicitar un puesto con el coronel Okey. Había oído rumores entre los veteranos de que Okey había intentado desesperadamente librar a su regimiento del capitán Francis Freeman, un extraño místico. Los dragones tenían fama de fanáticos religiosos, pero su coronel quería un fanatismo que estuviera en armonía con el suyo. Al final, sometió a Freeman a un consejo de guerra porque lo habían oído tocando música con su casero, cantando lo que Freeman afirmaba eran inocentes cancioncillas tradicionales, pero que Okey decía que eran canciones obscenas. Ninguno de los dos se desdijo. Para resolver aquel punto muerto, Cromwell acabó dando instrucciones al capitán de que renunciara.

A Gideon se lo había conocido porque tarareaba mientras lustraba las botas, pero no hacía alarde de ello. Pensó que con Okey estaría seguro. Sin embargo, cuando llamó a la casa de Hackeney le informaron de que Okey se había marchado al norte con la capitania de Freeman ya ocupada. Sin dejarse desanimar... bueno, todavía desesperado por escapar de Londres, Gideon ideó un nuevo plan. Fue a Derby House, allí donde se reunía el comité a cargo de los asuntos militares, y dijo que quería ver a Samuel Bedford. Gideon había conocido un poco a Bedford como segundo de

confianza de sir Samuel Luke, en Newport Pagnell, y después se lo habían llevado a trabajar en inteligencia para el Nuevo Ejército Modelo.

En su primer intento, simplemente le pidieron que dejara sus detalles personales. Cuando Gideon regresó al día siguiente, le informaron de que lo entrevistarían unos caballeros del comité.

Un oficial que en ningún momento dijo su nombre se hizo cargo de la situación, mientras un secretario tomaba notas y otro hombre permanecía sentado con aspecto sombrío, vestido con un largo abrigo negro. Era un hombre de mediana edad, barba azulada, y unos ojos pequeños y brillantes que daban la impresión de que sabía más de lo que debería saber. Gideon repitió todo lo que había dicho ya el día anterior. Lo hizo calmada y pacientemente, porque sabía bien cómo trabajaba la burocracia militar. Al final, el entrevistador y el hombre del abrigo negro se dirigieron juntos al otro extremo de la gran sala. Mantuvieron una discusión entre dientes, mirando a Gideon de vez en cuando.

Debió de perder el del abrigo negro. Se apoyó un momento sobre sus talones, escudriñó a Gideon con pesar y, a continuación, se marchó levemente indignado. El entrevistador cruzó de nuevo la estancia.

—Bueno, capitán Jukes. ¿Recuerda a ese caballero? Lo conoció una vez y mantiene que, si es usted el hombre que él creía, lo recordará.

Turnham Green. Hacía media vida.

—Su nombre —reconoció Gideon—, o el nombre que utilizaba entonces, es señor Blakeby.

El entrevistador lo miró con extrañeza, como si aquel recuerdo largamente almacenado señalara a Gideon como un obseso excéntrico. Gideon permaneció en su asiento sin decir nada, y consiguió hacerlo sin parecer engreído.

—¿Intentó reclutarle?

—Lo rechacé, señor.

—Bueno, pues ha vuelto a perderle. Usted se presentó voluntario para el cuerpo de exploradores. El ejército tiene preferencia sobre los asuntos de Blakeby... aunque sir Thomas Scott no vaya a agradecerme nunca. —En aquellos momentos, Gideon no tenía ni idea de quién podía ser sir Thomas Scott, aunque cuando regresó a casa más tarde Robert Allibone le explicó que al hombre lo habían puesto a cargo del servicio de inteligencia, espionaje político—. Irá a Escocia sin regimiento, llevará una casaca leonada y responderá ante el jefe de exploradores William Rowe para reconocer el terreno. —Lo que Gideon sí se preguntó brevemente era cómo se suponía que los exploradores «reconocerían» el terreno en un lugar completamente desconocido cuyos habitantes intentaban matarlos. De todos modos, un londinense siempre tenía confianza en sí mismo.

* * *

Era un viaje de trescientas millas. Gideon rechazó la posibilidad de ir por mar diciendo que quería acostumbrarse a su caballo, un poni fuerte y que, según le habían prometido, tenía un valor de seis peniques a la venta. Cuando lo puso de cara al norte pareció entusiasmarse, y avanzó día tras día a medio galope sin dar ningún problema. Esto le dio a Gideon mucho tiempo para pensar y para intentar evitar hacerlo cuando era demasiado doloroso.

El hombre que cabalgaba hacia Escocia a finales de Julio de 1650 estaba en la mejor edad. Tenía casi treinta años, su carácter ya no maduraría más y, al final de aquel largo viaje, volvería a estar fuerte físicamente. No había perdido sus ideales, pero empezaba a darse cuenta de que había pasado gran parte de su vida en una lucha que no tenía una resolución clara.

Gideon ya había perdido los principios revolucionarios más queridos de su vida. Los niveladores habían sido destruidos. Había ocurrido lo de Lockyer, Burford, Wellingborough. John Wildman se había rendido y se había convertido en un especulador que compró las tierras de realistas sin peculio caídos en desgracia. John Lilburne, «Nacido Libre John», el adversario más implacable de Cromwell, había sido juzgado por traición a la Commonwealth; fue declarado no culpable, pero aun así exiliado a Brujas, desde donde despotricaba en tono amenazador. Los colegas niveladores de Lilburne fueron excarcelados con la condición de que hicieran un juramento de compromiso con el nuevo régimen. Richard Overton lo había hecho con su crudo ingenio habitual, diciendo que sería tan fiel a su juramento como lo había sido el Consejo de Estado al Covenant (es decir, nada en absoluto). Sexby, el antiguo colega nivelador de Gideon, había marchado hacia Escocia antes que él. El servicio de Sexby en Escocia saldría mal, y este reaccionaría a la pérdida de su causa de una forma muy distinta a Gideon.

Para el nuevo, duro y mordaz Gideon el mundo se había vuelto del revés, y lo había hecho sumiéndose en la confusión y el caos. Los conflictos parecían no acabar nunca. Su depresión se agudizó durante el largo viaje solitario hacia el norte; evocó recuerdos dolorosos al pasar cerca de Holdenby, y luego de Doncaster y Pontefract. Recordó acontecimientos pasados, tanto emotivos como desastrosos, y rumió sobre el giro inesperado que había dado su vida personal, en la que él se había lanzado con toda su determinación y alegría habituales, aunque había acabado siendo rechazado de golpe. Esto le hizo pensar mucho más en su propia existencia, en sus deseos e intenciones.

La oportunidad de la situación fue cruel. Había pasado años creyendo que no sentía ningún deseo por las mujeres y culpando de ello a Lacy. Ahora sabía que sí era capaz de querer a una mujer, y no solo físicamente, aunque el gran anhelo que sentía por Juliana Lovell era dolorosamente físico, sino también emocional e intelectualmente. Sin embargo, no podía ser cualquier mujer, solo esa mujer. La velocidad con la que se enamoró de ella lo impresionó, y también indicaba la certeza de su devoción. Estaba incluso calmado al saber que no volverían a verse...

No, no estaba calmado. No iba a ser hipócrita consigo mismo.

Volvió a concentrarse en el viaje. Se lo imponían las circunstancias. En cuanto pasó Doncaster, donde no se detuvo, y Pontefract, se encontró en territorio desconocido. Su ruta lo llevó por York, Durham, Newcastle y Berwick, donde Cromwell había concentrado sus fuerzas antes de cruzar la frontera. Después de todo esto, Gideon se hallaba en territorio de bandidos. Tenía que mantenerse alerta. Aunque paraba regularmente, estaba cansado; sea como fuese, las precauciones rutinarias de su oficio volvieron a él, y le permitieron dejar a un lado sus preocupaciones existenciales. Empezó a encontrarse con soldados con el uniforme del Nuevo Ejército Modelo que le indicaron el camino, además de ofrecerle raciones y compañía. No tardó en encontrar al contingente principal; lo llevaron ante el jefe de exploradores y se presentó.

Naturalmente ya había otros exploradores allí. El capitán Jukes tendría que ganarse su respeto, aprender a trabajar con ellos. Ya lo había hecho antes, y también lo haría entonces. Los primeros días disfrutó sin inhibiciones, para luego ir abriéndose camino y hacerse un lugar entre ellos a su manera tranquila, como siempre hacía. Encontró su papel. Llegó a conocer el territorio e incluso hizo unos cuantos contactos entre la población local. Primero lo consideraron estúpido e inofensivo, luego útil, poco después indispensable.

* * *

Los escoceses habían sido informados de que el Parlamento inglés no tenía intención de interferir en su forma de gobierno, siempre y cuando respetaran la Commonwealth. Cromwell, quien compartía mucho de su fervor religioso, escribió a los clérigos escoceses rogándoles que reconsideraran si Carlos Estuardo era un rey adecuado para un pueblo devoto, y les rogó con el famoso: «Os imploro, por las tripas de Cristo, pensad que es posible que estéis equivocados». No sirvió de nada.

Los covenanters instaron a su nuevo rey a que hiciera una declaración pública atacando el catolicismo de su madre y los malos consejeros de su padre. Carlos se negó a hacerlo, pero el clero aceptó hoscamente su juramento firmado de lealtad a su Covenant. Siguieron estando intranquilos con su nuevo testafierro. Alarmados por su carisma y su presunta falta de habilidad, hicieron que Carlos se retirara y esperara al otro lado del estuario del río Forth, en Dunfermline, mientras ellos se enfrentaban a Cromwell.

Comandaba las fuerzas escocesas el duro David Leslie, que sabía bien lo que era invadir Inglaterra bajo la bandera del Covenant. Sin embargo, se vio obstaculizado por un comité del Kirk escocés. Siguieron todos sus movimientos. La primera acción que emprendieron fue purgar su ejército de ochenta buenos oficiales y más de tres mil soldados experimentados, de los que sospechaban que tenían una moral relajada o que maldecían en público. Estas valiosas tropas fueron reemplazadas por nuevos

reclutas: una tropa de «secretarios inútiles e hijos de clérigos que no han visto una espada en su vida, y mucho menos la han utilizado». Además, el comité acompañó a Leslie en su marcha.

Cromwell había luchado junto a Leslie en la batalla de Marston Moor, y sabía que sería un enemigo formidable. Estaba en su propio territorio. Al igual que Ormond en Irlanda, evitó una batalla campal y utilizó la clásica táctica de guerrillas. Esto dio mucho que hacer a los exploradores de Cromwell, simplemente intentando descubrir dónde se ocultaban los piquetes enemigos entre la maleza. Gideon estuvo ocupado; casi lo disfrutó. Sin embargo, era peligroso. Al optar por llevar su campaña al territorio de Leslie, del que conocía hasta la última mata de las inhóspitas colinas, los ingleses se habían expuesto imprudentemente. Leslie arrasó el terreno. Los hombres desaparecieron en las montañas con el ganado, dejando solamente a mujeres, ancianos y niños. Sacaron las cosechas de los campos. Las colinas desnudas eran un mal pasto para los caballos, de modo que había que traer forraje de Inglaterra. Mientras tanto, Leslie hizo un excelente uso de sus fuerzas, en particular de sus dragones, que tendían emboscadas y se esfumaban, dejando a sus oponentes vagando inútilmente de un lado a otro, en tanto que sus fuerzas y sus escasos recursos menguaban.

Al igual que en Irlanda, los suministros tenían que llegar por mar. Cromwell había arreglado las cosas meticulosamente. Se proveyó a los soldados con pan y queso Cheshire. También se transportaron judías, y avena para los caballos. La caballería llevaba consigo sus propias herraduras, clavos y hornos portátiles para cocer galletas duras que resistieran la marcha. Pero carecían de tiendas, puesto que solo se habían suministrado un centenar de las pequeñas para los oficiales, y cuando el clima se volviera más duro iba a dificultarles mucho las cosas.

Leslie se había atrincherado para proteger Edimburgo y su puerto en Leith; tras unos cuantos ataques de tanteo, se hizo patente que la inferioridad numérica de Cromwell le impediría tomar la ciudad. Durante todo el mes de Agosto, los escoceses realizaron escaramuzas constantemente, y sus burlados enemigos estaban cada vez más exhaustos y desmoralizados. Los escoceses capturaron una patrulla de caballería cerca de Glasgow, y devolvieron a Cromwell sus cadáveres torturados y mutilados. La enfermedad hacía estragos en las filas inglesas. A finales de Agosto, se retiraron a Musselburgh, en la costa, y desde allí cientos de enfermos y heridos fueron embarcados de vuelta a casa. El tiempo se había vuelto malísimo, y Leslie hostigó a las tropas inglesas sin piedad. Estaban cansados, exhaustos, hambrientos, inquietos y preocupados. Lejos de casa, con cinco mil efectivos menos en su ejército, diezmados y en declive. Cromwell se retiró a la costa, donde esperaba que los barcos pudieran traerle provisiones, e incluso evacuar a las tropas en caso necesario.

Tras más maniobras sin sentido, la lluvia intensa y la falta de raciones llevaron a los ingleses a buscar refugio en Dunbar. Solo podía tratarse de una madriguera temporal, pero Gideon y los demás exploradores no tardaron en descubrir lo peor. Los

escoceses habían llegado antes que ellos. Estaban bloqueando la ruta sur hacia Berwick. Habían quedado acorralados en aquella estrecha franja costera, con acantilados que descendían en picado a un lado y las empapadas colinas de Lammermuir por encima de ellos. Leslie hizo marchar a sus principales regimientos hacia lo alto de la cercana Doon Hill, desde donde dominaba las posiciones inglesas.

La lluvia seguía cayendo, y los hombres de Cromwell buscaron cualquier refugio que pudieran encontrar, tanto dentro como en torno a la diminuta población costera. Los escoceses, apostados sobre una colina escarpada y abrupta, que se hallaba resguardada por un arroyo crecido y tumultuoso, estaban preparados para entrar en combate. Si el Nuevo Ejército Modelo decidía luchar, tendrían que cargar cuesta arriba en un terreno muy empinado contra un enemigo que les superaba en número, y exponiéndose al fuego destructivo de la artillería.

Fue un momento desalentador. Por una vez, Cromwell había dejado que lo superaran tácticamente. Sus hombres se veían superados en una proporción de dos a uno, y además las enfermedades se cobraban más víctimas día tras día. La situación parecía desesperada. La comunicación con Berwick, la única retirada posible para la caballería, estaba cortada. La evacuación de la infantería por mar bajo los cañones escoceses sería un suicidio. No había tiempo para hacerlo y, en cualquier caso, no disponían de barcos suficientes. Cromwell se las arregló para mandar un despacho urgente a sir Arthur Haselrigge, en Newcastle, rogándole que le enviara refuerzos e instándolo a que ocultara al Parlamento los apuros en los que se hallaba el ejército. Aun así, las tropas serían diezmadas antes de que pudieran llegar los refuerzos.

Se encontraban en una trampa clásica. Lo único que David Leslie tenía que hacer entonces era quedarse donde estaba y matarlos de hambre.

CAPÍTULO LXV

DUNBAR, 1650

1. Ustedes, naciones todas. ¡Alaben al Señor! Y ustedes, pueblos todos.
¡Alaben al Señor!
2. ¡Grande es su misericordia! ¡La fidelidad del Señor permanece para siempre! ¡Aleluya!

Salmo 117

En la oscura y cruda noche del 2 de Septiembre de 1650, el capitán Gideon Jukes, del Nuevo Ejército Modelo, yacía en el suelo boca abajo al borde de un campo de gramíneas, empapado hasta los huesos y convencido de que moriría al día siguiente. Gideon creía que la vida debía ser algo mejor que aquello. Tenía hambre y estaba muerto de frío. Su sombrero Monmouth estaba tan empapado de lluvia que se había estirado hasta alcanzar casi el doble de su tamaño normal; era imposible de llevar, pero Gideon se lo dejó puesto diligentemente porque era de un color oscuro y camuflaba su cabello claro. El rastrojo del campo de trigo se le había clavado en la piel como si fueran clavos de seis pulgadas, sumándose a las picaduras de insectos que ya lo atormentaban.

Dunbar estaba situado en una gran curva de costa que se extendía hacia afuera, allí donde el fiordo del río Forth se encontraba con el mar del Norte, unas aguas oscuras y ondulantes con frecuencia peligrosas para pescadores y marineros. La noche era furiosa. Unas grandes ráfagas de viento huracanado desgarraban la ciudad, arrastrando consigo unas cortinas de lluvia y granizo salvajes. Un londinense difícilmente podía llamar a aquella ciudad: no era más que una hilera de casas costeras encorvadas situadas en torno a un pequeño puerto. El ejército acampó en el lado este, en un campo de golf de cincuenta años, empapado y cenagoso. Acampar tampoco era estrictamente la palabra precisa. La mayoría de ellos no tenían tiendas. Los más afortunados no podían montarlas porque el viento era demasiado fuerte. Aun así, muchos soldados estaban demasiado enfermos y desmoralizados como para que les importara; la enfermedad recorría las filas. Unos pocos encontraron la energía para animarse rezando. No tenía sentido intentar dormir. El aullido del viento y el golpeteo de la lluvia impedían cualquier descanso. Además, normalmente los ejércitos saben cuándo se hallan al borde de un gran esfuerzo. Sobre todo cuando no hay esperanza para ellos.

Arriba, en el terreno elevado, Gideon podía sentir al enemigo muy cerca. No estaba sorprendido. Tan solo confirmaba lo que habían visto suceder durante todo el día: los escoceses habían bajado de la cima. El Nuevo Ejército Modelo no sabía por

qué; para ello haría falta tener la clase de espías que ellos no podían utilizar: espías que pudieran penetrar en los regimientos escoceses y oír lo que había impulsado a Leslie a tomar esta sorprendente decisión cuando lo había tenido todo a su favor. Gideon podía imaginar un motivo: el sufrimiento que los ingleses estaban padeciendo en la costa no era nada comparado con el embate que las tropas escocesas debían de haber soportado en lo alto de Doon Hill, expuestos a todos los elementos que les caían encima. Azotados hasta el agotamiento, los soldados debían de haber rogado un respiro.

Gideon difícilmente hubiera dado crédito a que David Leslie se había visto obligado a descender de la colina por orden del comité del Kirk. Pero esos mendrugos de pastores presbiterianos querían una solución rápida. Puesto que no podían alcanzar a los soldados de Cromwell desde la colina y querían ver un bombardeo, dejaron de lado la paciente táctica de Leslie y tomaron decisiones por su cuenta. Fairfax y Cromwell nunca se habían visto desautorizados de ese modo. Fairfax se había asegurado de que le dieran libertad de acción en cuanto se formó el Nuevo Ejército Modelo, y el voluble e irascible Cromwell les hubiera pegado una paliza a los insufribles civiles que se interpusieran.

El domingo, cuando los hombres de Cromwell llegaron por primera vez, Leslie había querido atacarlos antes de que pudieran establecer unas defensas adecuadas. Entonces, los pastores del Kirk se negaron a dejarle luchar en domingo. Ahora que el Nuevo Ejército Modelo se hallaba adecuadamente situado, Leslie prefirió dejar que la enfermedad y el hambre hicieran su trabajo. Pero el lunes, los honorables del Kirk le dieron instrucciones de que condujera a sus hombres al pie de la colina y se preparara para entrar en batalla. Tras discutirlo en vano, Leslie acabó cediendo. Desde las cuatro de la tarde, los ingleses habían sido conscientes de que aquel enorme ejército se acercaba a ellos: el arrastrar de los pies de los soldados y los cascos de los caballos, el crujido de las ruedas bajo las cureñas... Los escoceses descendieron lentamente por la colina hasta que hubieron formado un arco enorme, cercando a sus oponentes contra la costa. Se extendían a lo largo de casi dos millas, y su intención era no dejar ninguna vía de escape. Aquella noche, se acomodaron en los campos de cebada y trigo que se extendían a lo largo del otro extremo del Brox Burn; era allí donde Gideon estaba reconociendo el terreno después de anochecer. Los escoceses tampoco tenían tiendas. Podía oír que estaban sumamente descontentos.

Por lo general el Brox Burn era un río vadeable, pero después de tanta lluvia unos furiosos torrentes recorrían ruidosamente su cauce de cuarenta pies de profundidad hasta desembocar en el mar. Gideon había podido apañárselas para cruzar por un lugar cerca de la costa donde las orillas descendían y el agua ensanchada se calmaba. Habían descubierto el lugar aquel mismo día, cuando Cromwell y su segundo, el «Honesto John» Lambert, habían salido a caballo para inspeccionar los movimientos enemigos. Leslie había desplegado la mayor parte de su caballería frente a dicha zona, su ala derecha, con objeto de evitar precisamente que los ingleses utilizaran

algún paso cerca de la costa.

John Lambert, un hombre sensato y tenaz de Yorkshire, había divisado un punto débil en el despliegue de Leslie. La línea escocesa llegaba demasiado lejos hacia el mar, lo cual los dejaba muy extendidos y vulnerables en su derecha, en tanto que su izquierda estaba apretada, demasiado cerca del Brox Burn para poder maniobrar en apoyo de su infantería del centro. Consultaron a Monck, el comandante de artillería, que era un táctico muy formal; él estuvo de acuerdo. Aquella noche, a las nueve en punto, se celebró un consejo de guerra para demostrar las observaciones de John Lambert y convencer a los oficiales de que, en lugar de esperar a ser atacados y aniquilados, el Nuevo Ejército Modelo debía organizar una ofensiva inesperada. Aunque muchos oficiales siguieron prefiriendo la evacuación por mar, John Lambert ganó el debate.

Con semejante número de efectivos desplegados contra ellos, la sorpresa de un contraataque era su única baza. En la oscuridad, a cubierto por el ruido de la tormenta, los soldados ocuparon sus posiciones con discreción. Cromwell, cuyo fuerte era la cuidadosa disposición de los regimientos en la batalla, lo supervisó todo yendo de un sitio a otro montado en un pequeño caballo. Tan concentrado estaba que se mordió el labio hasta hacerse sangre. Durante aquella noche, la mayor parte del ejército inglés se deslizó hacia el otro lado del arroyo y formó. John Lambert se llevó a tres regimientos de caballería, que apostó formando una gran curva para que su presencia no fuera detectada: su objetivo era atacar el flanco enemigo. Todo esto pudo hacerse porque los escoceses no tenían ni idea de que los ingleses estaban avanzando. Aquella noche de viento aullador, para ellos nunca fue más cierto el proverbio de Cromwell: «¡Alabad al señor... y mantened seca la pólvora!».

En su campo de gramíneas, Gideon oyó en dos ocasiones que los escoceses daban la alarma. Se puso tenso, pero entonces oyó dos veces más que les ordenaban abandonar el estado de alerta. Aunque estaban formados por regimientos, listos para la batalla, estaban tan seguros de la victoria que no ordenaron guardias. Los soldados yacían entre los tresnales lo mejor que podían para protegerse de las inclemencias del tiempo. Gideon se había arrastrado hasta llegar tan cerca que, cuando los escoceses volvieron a acurrucarse entre las gavillas chorreantes y empapadas, empezó a oír los gemidos y ronquidos de los soldados. Daba la impresión de que algunos de sus oficiales los habían dejado: se habían retirado a granjas y graneros del lugar para pasar la noche durmiendo en un lugar caliente. Había caballos desensillados a los que habían dejado sueltos para que buscaran alimento. Las armas estaban amontonadas. Lo que Gideon no pudo ver y que, como mosquetero, buscó, fueron los centelleos de mecha encendida.

«¡Ay, pobre Jocky!», dijo para sus adentros, moviendo solo los labios y citando el eslogan de un periódico londinense. Lo que observó lo entusiasmó. Algún oficial subalterno atolondrado había permitido que la infantería escocesa extinguiera la mecha, solo dos hombres por compañía la mantenían encendida. Podrían pillarlos

desprevenidos. Poco a poco, Gideon empezó a retroceder retorciéndose por el suelo para rendir su informe y unirse a sus compañeros en la inminente batalla.

* * *

Poco antes del amanecer, a las cinco de la mañana, John Lambert lanzó un ataque repentino contra el flanco derecho escocés desde el lado de la costa. El Nuevo Ejército Modelo profirió sus famosos gritos entusiastas. Tocaron los tambores. Sonaron las trompetas. Los grandes cañones que habían traído desde Londres iniciaron un poderoso bombardeo, en tanto que los agotados escoceses formaban precipitadamente, apenas capaces de entender qué estaba ocurriendo. La caballería de Lambert y la infantería de Monck cruzaron el arroyo, y juntos atacaron desde el frente. Aquella numerosa concentración no tardó en desmoronar el ala derecha escocesa, a pesar de una furiosa carga cuesta abajo por parte de los lanceros, que contuvo el avance de John Lambert temporalmente. Cromwell y John Lambert estaban utilizando una táctica que habían empleado en Preston, cuando también se enfrentaban a una fuerza que los superaba en número; señalaban una sección del enemigo cada vez, y avanzaban contra sus oponentes de forma sistemática. Ellos sufrieron pocas bajas, pero causaron estragos.

La infantería escocesa despertó de su sueño y, en un primer momento, no pudo disparar porque la mecha estaba apagada. Se recuperaron tan rápido como pudieron, pero a partir de entonces estuvieron en desventaja. A todo esto siguió un furioso combate cuerpo a cuerpo: arremetidas de picas, culatas de mosquete y tajos de espada: el tipo de lucha más brutal. La línea de batalla osciló varias veces de un lado a otro del arroyo. Entonces Cromwell arrojó sus reservas exactamente en el momento preciso. A las seis de la mañana salió el sol, que hizo centellear el mar entonces en calma. Cromwell citó el famoso salmo 68: «¡Levántese Dios, sean esparcidos sus enemigos!». La derecha escocesa se había roto. Incapaz de maniobrar, su caballería fue obligada a retroceder y pisoteó a su propia infantería. Cundió el pánico. Los escoceses empezaron a soltar las armas y a salir corriendo. Su ala izquierda huyó sin poder efectuar ni un solo disparo. Los intrépidos Ironsides cayeron sobre la infantería y desbarataron las líneas escocesas que, según Cromwell, corrían por el campo de batalla como locos o, como otro oficial definió de forma colorida, «corrieron ahuyentados como pavos».

El mismísimo Cromwell se sintió tan superado por el alivio de la tensión que se reía de modo incontrolable como si estuviera borracho. Había evitado un desastre. Era su victoria más perfecta, su obra maestra de la táctica, tanto en la planificación como en la ejecución. Sobre las siete de la mañana, todo había terminado. Los ingleses solo habían perdido a unos cuarenta hombres aproximadamente, los muertos escoceses ascendían a tres mil, y otros diez mil más fueron rodeados y hechos prisioneros. El Nuevo Ejército Modelo no podía manejar cifras semejantes. A los

heridos los dejaron libres, pero a los prisioneros los condujeron a Durham en una terrible marcha de ochenta días, y allí los retuvieron en unas condiciones horribles. Entre tres y cuatro mil más murieron a causa del hambre y el maltrato, el resto fueron transportados como esclavos a Nueva Inglaterra.

Mientras perseguía a los fugitivos, la caballería inglesa se detuvo para cantar el salmo 117, lo cual no supuso un largo retraso porque solo tenía dos versos. El botín inglés incluía el tren de bagaje de Leslie entero, toda la artillería, armaduras y estandartes escoceses. En su retirada hacia Stirling, Leslie había perdido a más de la mitad de su ejército y, aunque la guerra aún no se había ganado, Cromwell controlaría a partir de ese día Edimburgo y Leith. La ciudad de Edimburgo se rindió enseguida y fue ocupada por John Lambert; a final de año, cayó su fuerte castillo.

Cuando las noticias de aquella victoria llegaron a Londres, el Parlamento Remanente ordenó que se acuñara una medalla de Dunbar tanto para los dos oficiales como para los soldados. Fue la primera medalla militar en celebración de una batalla que se entregó en las fuerzas armadas británicas.

* * *

El capitán Gideon Jukes combatió en la salvaje aglomeración del centro. Saltó sobre su caballo en cuanto regresó de su incursión, y se unió a los dragones de Okey por los viejos tiempos. Arremetieron contra la infantería escocesa desde el extremo más cercano a la costa. En un momento determinado, tuvo la sensación de que le habían propinado un fuerte puñetazo; una bala había penetrado en su cuerpo desde delante, por el lado izquierdo, aunque de algún modo no le había alcanzado en el corazón. Extrañamente alborozado, siguió adelante. Recibió un golpe de espada en el muslo derecho. Empezó a perder sangre por la herida. Incapaz de mantenerse más tiempo encima de su montura, la detuvo y se deslizó de ella cayendo al suelo de costado, con lo que se contusionó la cadera, le crujieron las costillas y se dislocó un hombro, el mismo que cuatro años atrás en el West Country.

Decepcionado y sorprendido, Gideon intentó hacerse un ovillo para protegerse del combate encarnizado que tenía lugar por encima y en torno a él. No tenía manera de evitar que lo pisotearan mortalmente; sintió más miedo del que había sentido en toda su vida. No podía hacer nada. Solo quedó protegido cuando su fiel montura se acercó y se quedó parada encima de él con la cabeza tristemente gacha. Todavía no había perdido el conocimiento. En un estado parecido a un sueño, experimentó oleadas de ceguera y de dolor fulminante. Le pareció que veía visiones. Deseó que aquello terminara.

Entonces le golpearon en la cabeza, nunca supo si un hombre o un caballo, cosa que resolvió el problema. El ruido de las armas y de los gritos de los soldados se desvaneció hasta convertirse en un murmullo remoto. Los golpes que su cuerpo recibía no parecían peores que cuando un compañero te zarandea por la noche porque

ha oído un gato que hace ruidos sospechosos en el tejado. Creyendo que estaba en su cama, Gideon Jukes esbozó una sonrisa antes de sumirse peligrosamente en el sueño, y pasó mucho tiempo sin ser consciente de qué ocurría a su alrededor.

CAPÍTULO LXVI

MOORFIELDS, 1650

El plan de Priss Fotheringham, tal como fue concebido en la prisión de Newgate, era que el dócil matasanos, el «doctor» Hercules Pawlett, le diera una nueva virginidad a Alice Smith. Entonces, con el nuevo y elegante nombre de «señorita Pernelle», se uniría a las «chicas» holandesas, algunas de las cuales estaban alargando dicha definición juvenil más allá de lo creíble. Ser extranjera implicaba ser exótica. Una se hacía pasar fraudulentamente por holandesa aunque proviniera de Clerkenwell. Se dedicaban a un viejo oficio, en el que estaba a punto de convertirse en el burdel más legendario de Londres.

La señorita Pernelle tenía otras ideas para su persona. La chica sin hogar había comprendido desde el principio lo que Priss planeaba más de lo que dejaba traslucir. Viviendo en las calles, había visto suficientes madamas como para poder reconocer a Priss Fotheringham exactamente por lo que era, y como para andarse con cautela. Aunque había tenido relaciones con hombres de vez en cuando, era la desesperación lo que la obligaba al engaño, ya fuera por necesidad de dinero o de un consuelo humano. Una vida de fornicación regular no era para ella. Temía las consecuencias. Había visto a prostitutas que, en tan solo unos meses, pasaban de la belleza a la aspereza para acabar hundiéndose aún más en los repugnantes estragos de la sífilis que descomponía sus rostros. Había conocido a muchas que murieron, algunas de las cuales primero se volvieron locas en la calle.

La antigua Alice Smith reconocía la falsa promesa de esta clase de vida. Una chica de dulce semblante que consiguiera mantenerse limpia y en condiciones, el tiempo suficiente para conseguir un patrón rico, podía vivir de su oficio (en su propio apartamento con un laúd y un reloj francés si se tenía una opinión extremadamente buena de ella) al menos hasta que el patrón se gastara todos los ingresos en jerez y en el juego, o hasta que se casara y se retirara a una finca en el campo, o hasta que sencillamente encontrara una nueva amante con una risa más alegre, una materia prima más firme y unos pechos más levantados. O hasta que muriera. Pocas de estas mujeres llegaban a una edad medianamente anciana. Había, y seguiría habiendo, amantes de reyes, y que lo eran desde hacía largo tiempo, que morían en la pobreza más abyecta.

Existía un camino distinto hacia la prosperidad. Una mujer de negocios inteligente, que se mantuviera limpia de deudas con madamas y proxenetas, podía empezar como prostituta, pero un día establecer su propio burdel y pasarse el día sentada en un salón entre hileras de fuentes de Delft, con un buen vestido, y sin tener que acostarse con hombres por dinero. Una madama organizada como esta haría

fortuna a través de sus chicas, al menos hasta que algún hombre se la gastara por ella. Había algunas, y Priss Fotheringham era una de ellas, que realmente disfrutaban con semejante empresa que les reportaría dinero y fama, aunque por norma general no el dinero suficiente, y en ocasiones el tipo de fama equivocado. También entrañaba un constante riesgo de multas y cárcel.

En 1650, el Six Windmills empezaba a ser un lugar conocido y se había embarcado en lo que sería un largo período de notoriedad garantizada. El lugar bullía de agitación. Priss renqueaba a causa de la sífilis, que no podía llegar a curarse del todo ni siquiera con mercurio, pero en aquella época todavía estaba llena de energía y manejaba a sus chicas con un estilo despreciativo que los desvergonzados que viajaban hasta Moorfields consideraban una excelente bienvenida. Cuando ellas la llamaban «Madre», Fotheringham daba la impresión de que tuviera que ser una persona sencilla y casera que te ofreciera tazas de nutritivo caldo y plegarias antes de irte a la cama, aunque cuando su establecimiento empezó a conocerse como la Half-Crown Chuck Office, se perdió toda sugestión de refinamiento. Todo aquel que conocía dicho nombre sabía en qué cavidades húmedas y misteriosas se arrojaba el dinero.

Solo los hombres con unos ingresos sustanciales disponibles podían permitirse el lujo de desprenderse de media corona. Desde el inicio de la guerra, las medias coronas (dos chelines y seis peniques) circulaban en toda suerte de formas y tamaños. Con dos chelines y seis peniques podías comprar un catre, un montón de miel, un martillo, una yarda de paño burdo o un barril de ostras bastante frescas. Media corona era lo que costaba publicar un anuncio selecto en un periódico, o una interpretación del astrólogo William Lilly.

En el Six Windmills, media corona era lo que había que echar entre las piernas extendidas de Priss Fotheringham mientras esta permanecía cabeza abajo con las piernas muy separadas, mostrando su vientre y trasero desnudos. Entonces, los juerguistas «depositaban» sus monedas en la vagina de la mujer hasta que la cavidad se llenaba. Se creía que había espacio para dieciséis medias coronas estándar, con lo que podría pagarse el sueldo de todo un año de una criada interna. Los dólares franceses o los escudos españoles eran una alternativa aceptable si los clientes eran extranjeros. Las monedas que se buscaban eran las distintas versiones «oficiales» de la Tower Mint de Londres, la ceca de la Torre controlada por el Parlamento, o las de las casas de la moneda realistas de Shrewsbury y Oxford, entonces desaparecidas. Al tener que valorar ofrecimientos más dudosos, Priss se había convertido curiosamente en una experta en las monedas irregulares acuñadas por las plazas fuertes asediadas durante la Guerra Civil: los triángulos y rectángulos mostrando castillos y torres fortificadas que se habían puesto en circulación a nivel general después de cortarlas de los donativos de jarras, tajaderos, saleros, cuencos y cucharas de apóstol en Beeston, cerca de Chester, Scarborough y Colchester, los rombos con coronas enjoradas del gran cuartel de caballería de Newark, los octágonos de Pontrefact.

Desde el regreso de Irlanda de Cromwell, la mujer se había familiarizado con las monedas de Kilkenny, Inchquin, Cork; el cuarto de penique de cobre de Youghal; la media corona de herrero, de tosca factura pero que llevaba un ambicioso retrato ecuestre del rey; las monedas redondas emitidas por el marqués de Ormond con coronas, harpas y bordes a guisa de conteros. Priss las aceptaba todas si el metal que contenían era bueno, aunque por motivos de comodidad personal prefería que los rombos y otros paralelogramos con esquinas puntiagudas no fueran depositadas en sus partes pudendas en el Half-Crown Chuck.

En sus mejores momentos, Priss podía adoptar la posición sin ayuda, y varias veces cada noche. A medida que pasaban las horas e iba dando sorbos de licor, lo cual no es fácil estando cabeza abajo, a menudo necesitaba que los clientes le sostuvieran las piernas separadas, pero seguía adelante. En ocasiones, se le echaba vino del rin o jerez. Ni la prostituta más atlética podía beberse el vino o el jerez, aunque otros sí podían si no eran demasiado aprensivos. Para dar a entender que esto formaba parte de una tradición cultural, siempre se decía que su origen se remontaba a los antiguos romanos. «Bueno, ellos eran aristócratas», bramaba Priss. «Vamos a hacer una orgía en su memoria...», a lo que seguía una jarana desenfadada con disfraces groseramente breves cuya autenticidad clásica nadie se molestaba en comprobar. Inevitablemente, había quien alardeaba de ser un experto en depositar la moneda. Los más apasionados de estos manitas hablarían hasta el aburrimiento sobre el mejor método de asegurar la inserción. Solo los granujas más contumaces se ofrecían a vender sus conocimientos, aunque solo fuera por una copa de jerez.

Para los de carácter más juguetón, el Half-Crown Chuck podría describirse como una forma primitiva de tragaperras.

* * *

El Parlamento decretó el viernes 15 de Septiembre de 1650 un día de Acción de Gracias público. En la década anterior, se habían celebrado días como este de manera regular para festejar victorias militares. Aquel fue por el sometimiento de Irlanda a manos de Oliver Cromwell, quien en aquellos momentos también estaba sometiendo a los escoceses bajo una intensa lluvia. La Acción de Gracias pública tomaba la forma de sermones. No había muchos clientes del Six Windmills que se molestaran en asistir a dichos sermones, o en leerlos cuando, después, el Parlamento los hacía imprimir; aunque algunos sí que lo hacían porque, al igual que en todos los aspectos de la vida, entre la clientela de Ma Fotheringham se contaban unos cuantos hipócritas. Sin embargo, en dichas ocasiones tanto la dirección como el resto de la parroquia siempre hacían algo especial. Las celebraciones tenían lugar con entusiasmo en el establecimiento. Para meterse en el ambiente, se pedía más bebida para bautizar la escandalosa representación del famoso ritual del Half-Crown Chuck.

En los meses anteriores, el Parlamento había aprobado una enérgica serie de leyes

y ordenanzas reformadoras: contra la embriaguez; contra jurar y maldecir; contra la vestimenta inmodesta, que especificaba los hábitos deplorables en las mujeres de pintarse, llevar parches negros y vestidos lascivos; contra la importación de vinos franceses, a menos que fueran capturados por Oliver Cromwell como botín en Edimburgo, a lo cual se le concedió una exclusión especial para que pudiera venderlos y así pagar a los soldados; contra la importación de seda y lana francesas; contra la importación de sombreros extranjeros y cintas para ellos. Ninguna de estas leyes se cumplía en el Six Windmills. Los hombres eran blasfemos y borrachos, las mujeres inmodestas. Sin embargo, Priss concedió que no era obligatorio llevar un sombrero extranjero para follar.

Durante la noche sumamente ruidosa del 15 de Septiembre, un grupo de marineros llegó de un barco llamado *Emerald*. Los marineros siempre eran atendidos con amabilidad. Las prostitutas agradecían el peligro de sus vidas de aventura en el mar, por no mencionar su desesperación por tener compañía femenina en cuanto tocaban tierra, y el hecho de que acababan de recibir la paga, posiblemente con dinero extra del botín. Además, un marinero con una pierna de madera suponía un reto especial para una prostituta.

Enseguida se procuraron unos «puertos seguros» para los marineros que el viento había llevado hasta allí aquella noche. Sin embargo, solo se permitía la entrada al depósito a los oficiales, puesto que se entendía que solo ellos estarían en posesión de las monedas correctas. El concepto de tener el dinero preparado, por favor, tiene unos orígenes más antiguos de lo que podría suponerse. No era necesario hacer muchas preguntas; con tan solo echar un vistazo al vestido y actitud de un hombre, las mujeres experimentadas sabían si se trataba de un sencillo marinero chato o de un espécimen más feo y rudo pero de mayor categoría y con un monedero más lleno. A los de menor rango se los llevaban hábilmente a los reservados básicos, sin que ello supusiera una ofensa para nadie.

Por regla general, los marineros eran leales al rey, y, por tanto, sumisos en la jerarquía, pero al menos un miembro de la tripulación del *Emerald* tenía ideales libertarios. Un maestro de jarcias, a quien no convencían los requisitos elitistas de entrada que Ma Fotheringham había impuesto para su actuación, detestó que lo excluyeran. No clamó que el mundo era un tesoro para el hombre corriente, se limitó a gritar repetidamente que no dejarle entrar al depósito era injusto. Durante la desavenencia, se le amenazó con llamar al matón de la puerta para que lo echara de allí. El hombre continuó indignado, pero se apaciguó. Las chicas, que no era la primera vez que presenciaban bravatas, dejaron que diera vueltas por ahí él solo; de todos modos, ellas estaban muy ocupadas con otras personas porque era una noche de gran actividad.

El marinero gruñón fue paseando por otras zonas más tranquilas del burdel, buscando una chica gratis, una cena gratis o al menos una copa gratis. Pasó junto a varias celdas pequeñas, donde otros más dispuestos que él a gastar dinero estaban

enfrascados en la tarea. Pasó por encima de uno o dos que se habían derrumbado en los pasillos, abrumados por una u otra clase de excitación. Mientras rondaba por allí mascullando, vio a otro hombre que salía de lo que debía de ser un retrete. Aquel pájaro terrestre tenía un aire arrogante de seguridad y parecía que sabía lo que se traía entre manos. El marinero lo siguió.

Las apariencias engañaban, como a menudo es el caso cuando se ha bebido mucho. El tipo altanero no tardó en perderse en el interior cavernoso. Entró en la cocina por accidente. El burdel podía estar lleno de salones y dormitorios en su mayor parte pero, en cuanto terminaba la larga noche, a cualquier prostituta cansada le gustaba sentarse con una loncha de jamón doblada sobre un trozo de pan con mantequilla y regarla con una jarra de cerveza mientras se quejaba de la clientela de aquella jornada. Por lo tanto, había una cocina, y estaba sorprendentemente bien provista de relucientes cacerolas de cobre, brillantes cuencos de engobe y cuchillos bien organizados en cajas. Había manojos de hierbas secas, carnes ahumadas colgadas sobre el hogar e incluso moldes para gelatina, aunque rara vez se utilizaran. Los trapos y agarraderas limpios colgaban pulcramente de una cuerda en la repisa de la chimenea. El fuego ardía alegremente. Las ratoneras estaban todas preparadas.

Aquel cálido rincón era la esfera de la señora Mildmay, una cocinera y sirvienta doméstica absolutamente respetable (o así lo mantenía ella) que acudía allí diariamente desde Moorfields, trayendo consigo a una friegaplatos de diez años y a un niño que se ocupaba del cubo del carbón. Al igual que el médico, el pintor de paredes, el escribiente y el portero del burdel, era una profesional experta. Podría haber trabajado en la mansión de un duque si los duques no hubieran preferido servirse de su propia descendencia ilegítima, y si la Cámara de los Lores no se hubiera abolido de todos modos el año anterior por considerarse «inútil y peligrosa».

El médico del burdel era un curandero, por supuesto, pero era un buen curandero, uno de los mejores falsos médicos de Londres. Evidentemente, también el portero era un proxeneta; era el chulo de la madama: los matones siempre lo eran.

La cuestión era que dirigir un buen burdel requería un nivel elevado de comodidad doméstica. Los hombres bien podrían preferir quedarse en su casa a menos que allí los mimaran, alimentaran y entretuvieran adecuadamente. No bastaba con que las chicas conocieran bien su oficio, aunque no había duda de que las que trabajaban para Priss Fotheringham lo conocían. Los caballeros esperaban que hubiese pasteles de carne en una amplia variedad de sabores, platos de ostras, buenos vinos, escabeles, alguien que supiera tocar la flauta, libros con poemas de amor poco exigentes y ejemplares actualizados de las hojas informativas, tanto desde el punto de vista realista como del parlamentario.

En las mejores habitaciones, había un caro clarete que podía tomarse de unas bandejas de plata (bueno, de peltre), un clarete que era más caro que nunca ahora que las importaciones se habían prohibido. Para los reservados, que costaban unos cuantos peniques por media hora y en los que trabajaban los vejestorios y las chicas

que estaban aprendiendo el oficio, había cerveza. La cerveza se fabricaba en cantidades fabulosas en el mismo establecimiento, y eso lo hacía una cervecera solitaria con aire desamparado. Era reservada. Nunca iba con hombres, pues los consideraba un problema. Se había quedado allí en el burdel porque creía que le debía algo a Priss por haberla sacado de la cárcel. En cualquier caso, era un trabajo.

Aquella noche, estaba sola en la cocina. En aquel momento, la casa estaba llena de movimiento, pero todos los hombres y las chicas estaban concentrados en el depósito de la media corona o en entretenimientos más sencillos, y después de que la señora Mildmay se hubiese marchado a casa, aquel se convertía en el reino de la cervecera. El fuego cubierto parpadeaba en las paredes encaladas y relucía en las cacerolas de cobre. Allí se estaba caliente; era un lugar tranquilo. A la joven le recordaba una cocina en Birmingham en la que, en alguna ocasión, habían sido buenos con ella. A modo de compañía, podía oír el bajo murmullo de las voces distantes, golpes cordiales, algún que otro estallido de música, vítores y risas expansivas. Estaba rodeada de gente contenta, pero no tenía ninguna necesidad ni obligación de relacionarse con nadie.

Hasta entonces.

El cabrón de la chaqueta de terciopelo verde y medias con encaje dorado caminaba con arrogancia y estaba más que achispado. Llevaba un parche ocular echado hacia arriba y torcido sobre la frente, y agitaba sus rizos rubios de un modo que ella reconoció al instante. El hombre estaba tan estúpidamente orgulloso de su lujoso peinado y tan seguro de sí mismo que la joven estuvo a punto de reírse en voz alta. Él empezó de manera dramática.

—¿Qué tenemos aquí? ¡Un bocado selecto!

—¡Un bocado que no es para ti, Jem Starling! —respondió la cervecera al instante. Hubiera guardado silencio, pero vio que, en su confusión, el hombre se dio cuenta de que la conocía.

—¡Eliza!

—Ahora soy la señorita Pernelle.

—Un buen nombre de puta... —Jem se abalanzó hacia ella, pero tropezó con un escabel—. Me debes que te atravesase con la espada por denunciarme al alguacil. Voy a vengarme ahora mismo...

—No lo harás. —Se sentía extrañamente calmada. Esto tenía algo que ver con las tres pintas de su propia cerveza que se había echado al colete. Desde la última vez que lo vio, había pasado por muchas experiencias. Era como una espada forjada: batida, templada, afilada y bruñida; había pasado a través del fuego y el agua para adquirir más resistencia y un equilibrio perfecto. Cuando habló, para sus oídos fue como el azote de una buena arma en el aire—. Márchate y olvida que me has visto. Tengo mi propia vida, y no quiero que me molesten.

—¡Pagarás tus deudas, maldita sea!

—¡Yo no tengo deudas contigo! —repuso la señorita Pernelle, que se levantó de

un salto del banco en el que estaba tan cómoda. Perdió los estribos, lo cual parecía una buena reacción ante la posibilidad de perderlo todo. ¿Por qué los hombres nunca podían dejar tranquila a una mujer? ¿Por qué sus arrebatos incontrolados tenían que llevarlos siempre a imponerse?

La señorita Pernelle agarró un calentador de cama espectacular que se estaba preparando en el fuego. El mango tenía cinco pies de largo y el instrumento estaba ardiendo y con el peso de los carbones encendidos en su interior. La joven se esforzó todo lo que pudo en blandir el calentador con fuerza, expulsando de sí todos los años de dolor en la batalla. El instrumento le fracturó el cráneo a Jem Starling. Se desplomó sin emitir ni un solo grito y se quedó inmóvil. El calentador de cama cayó al suelo ruidosamente, abollado de mala manera.

La señorita Pernelle volvió a sentarse en el banco muy deprisa, pálida como las cenizas y con el corazón palpitante.

—¡Que me cuelguen si no acaba de matar a ese canalla! —comentó una voz nueva desde la puerta del pasillo. Más problemas. Un hombre ya había entrado en la habitación y se inclinaba sobre las botas de Jem—. ¿Si lo saco a rastras hasta el patio, podré divertirme yo con lo que él quería?

—Ni lo sueñe.

—¡Siempre vale la pena intentarlo! Me desharé de él por ti de todos modos. Vamos a arrojarlo por la borda antes de que nadie nos pille... —Un marinero. Hizo lo que decía, y empezó a tirar del hombre inerte hacia la puerta trasera. La chica corrió a ayudarlo, cosa que aceleró el proceso. Al otro lado de la puerta, había un camino en el que el cuerpo de Jem se sumó a los borrachos y demás gentuza que a menudo se encontraba allí, algunos aferrándose a una vida miserable, algunos muertos de frío o algo peor, y todos ellos suscitando muy pocos comentarios públicos en aquella sórdida zona de los campos extramuros. El marinero cogió unas monedas de un bolsillo—. ¿Puedo quedarme con sus botas?

—Yo no quiero nada de él.

—Entonces, lo conocía.

«Ya ti también te conozco», pensó ella mientras regresaban dentro. En los momentos que habían tardado en sacar el cadáver, había considerado si decir algo al respecto. Un viejo conocido en una noche ya era bastante malo.

El marinero la miró. Habían pasado casi diez años desde que lo había visto por última vez. Ella entonces tenía unos catorce, y ahora estaba en los veinticinco, la edad que debía de tener él cuando se fue al mar. Ahora tendría unos treinta y cinco años, era un hombre sano, delgado, con la piel oscurecida tras años de exposición al viento y al clima, bajo, nervudo pero por lo demás con un aspecto muy normal. Una cosa sí lo distinguía: tenía el tono cantarín de un acento imposible de erradicar, un acento que provenía de tierra adentro, tan adentro como se pudiera llegar. Ella lo había notado de inmediato, había sentido una punzada de nostalgia y el impulso de darle la bienvenida. Él no se había fijado que la joven hablaba con la misma entonación y las

mismas vocales.

—¡Bueno, señorita Pernelle! —el joven marinero se dirigió a ella con la seguridad engreída propia de su ciudad natal. También poseía la bondad propia de las Midlands. Sabía lo que eran las privaciones; reaccionó muy amablemente ante el apuro de la chica—. Lo he dejado bien cubierto de hojas, pero si llegaran a relacionarlo con usted, puede que quiera considerar si es seguro que permanezca aquí.

Al oír eso, la joven se puso de pie rápidamente. Con un pragmático movimiento de la cabeza, condujo al marinero por un pasillo que llevaba a la cervecería, donde normalmente dormía en un colchón y donde guardaba sus pocas pertenencias. Preparó un fardo con rapidez y comentó que ya le estaba rondando por la cabeza mudarse a una casa más respetable. Entonces era consciente de que fabricar cerveza era una habilidad que podía poner en venta. La velocidad con la que hizo el equipaje dejó claro que ya tenía los planes adelantados. Se dio media vuelta, se quitó el vestido corto del burdel y se puso una falda sencilla, una chaqueta cerrada de lino sin planchar, un delantal y un cuello blanco encima: unas prendas que sin duda tenía guardadas para la ocasión. Se colocó un buen sombrero en la cabeza.

El marinero, mientras esperaba apoyado en una pala para la malta, le reveló que él también tenía sueños. Llevaba consigo sus ahorros y tenía pensado dejar el mar con la esperanza de establecerse en algún lugar y ganarse la vida en tierra.

—¿Qué sabe hacer?

—Puedo hacer cualquier cosa.

—Si sabe trabajar en una taberna, ¿por qué no viene conmigo? —sugirió la señorita Pernelle.

—¿Acaso tiene su propia taberna, señorita trituradora de malta? —se rio el marinero con su gracia despreocupada.

—Todavía no —contestó también en tono jocoso, con el mismo humor irónico— Tendré que empezar en el establecimiento de otro y luego convencerles para que me lo cedan.

—Será mejor que se lleve el calentador de cama por si necesita romper alguna cabeza.

—No, ese es el calentador de Priss Fotheringham. No voy a robar nada... y mucho menos a ella.

—Bueno, la verdad es que ha quedado bastante abollado. La persona que lo utilice se quemará cuando se caigan los carbones de dentro. Eso debería avivar la cama de la prostituta en cuestión y...

—Ya basta de prostitutas. Mi objetivo es ser respetable. —Ella también poseía unos pequeños ahorros que aportar a la empresa, aunque no iba a decírselo hasta que tuviera la seguridad de que podía confiar en que no se lo bebiera ni le robara el dinero—. Debemos dirigirnos al otro extremo de la ciudad, donde a mí no me conocen y los reclutadores navales no lo buscarán. Tenga cuidado con los rateros y descuideros.

Salieron con sigilo, y empezaron a caminar adentrándose en la noche. El marinero estaba intrigado.

—¿Y cómo es que de repente confía su suerte a un desconocido? —A su lado, la cervecera flacucha se limitó a sonreír y a disfrutar del misterio—. Yo me llamo Nathaniel Tew... ¿Cómo se llama usted?

—Acabará por averiguarlo —dijo aquella chica menuda y pálida que, con el tiempo, Nat Tew reconocería como a una de sus variopintas hermanas: esa a la que todos habían llamado «Kinchin».

CAPÍTULO LXVII

EN ALTA MAR, ENERO 1649 – SEPTIEMBRE 1652

El príncipe Rupert se llevó a Irlanda una pequeña flota: el *Constant Reformation* (del que estaba al mando como almirante), el *Convertine* (al mando del príncipe Maurice, como vicealmirante), y el *Swallow, Charles, Thomas, James y Elizabeth* (este último era una gabarra, una pequeña embarcación costera con el aparejo de una balandra). En los barcos de guerra había dos mandos; el capitán y los marineros manejaban la embarcación, en tanto que un complemento de soldados llevaban a cabo la lucha. Entre las tropas de combate del príncipe Maurice se contaba Orlando Lovell.

Como colegas, se trataban con educación pero nunca íntimamente. Lovell había optado de mala gana por unirse a Maurice, el hermano menor y un tanto eclipsado de Rupert, con la esperanza de que fuera más agradable. El príncipe Maurice, un hombre inmensamente alto aunque no tan imponente como el temerario Rupert, no le había cogido el tranquillo a la política inglesa y se le consideraba poco persuasivo en el debate, de modo que se le tenía por una persona de poco peso; a Lovell le resultaba conveniente, puesto que era dado a tener celos de los buenos comandantes y a sentirse irritado con los débiles. La valentía, las dotes de mando y organización que Maurice había mostrado en la guerra en tierra estaban más allá de toda duda; sus seguidores inmediatos lo querían y lo respetaban, y le había proporcionado valiosos oficiales a Carlos. Servir a sus órdenes no suponía dar un paso atrás, o de lo contrario Lovell nunca lo hubiese hecho.

Su primera base se encontraba en Kinsale, al sur del condado de Cork, un puerto perfectamente resguardado, protegido por una bocana estrecha que era casi invisible desde mar abierto, sobre todo con mal tiempo, y el mar de Irlanda era notoriamente bravo. Una bonita ciudad medieval bordeaba la concavidad del puerto, tiempo atrás era el centro de un próspero comercio de vino con Burdeos, por lo que el príncipe Rupert tendría algo que beber cuando bajara a tierra para librarse de la agonía del mal, y Orlando Lovell tendría algo de lo que abstenerse cuando quisiera ser quisquilloso. Fue en la iglesia de Saint Multose donde Rupert hizo proclamar inmediatamente a su primo como rey Carlos II cuando, poco después de que llegaran, se enteró de la ejecución de Carlos. Los dos príncipes tenían razones familiares para quedar consternados, pero también compartían un sentimiento de horror al pensar que habían asesinado a un monarca ungido. Para sus hombres, también supuso una mala noticia. Lovell, sin ir más lejos, quedó tristemente afectado. Había tomado la decisión equivocada, lo cual era solamente culpa suya, y ahora estaba consignado a servir a un aventurero entre hombres derrotados. No le gustaba, pero estaba demasiado metido en ello como para ver alternativas mejores si se marchaba.

Fueron a Irlanda a cazar embarcaciones comerciales, y tuvieron un éxito estrepitoso. Muy pronto, como complemento a las fuerzas terrestres del marqués de Ormond, los barcos de Rupert se convirtieron en una pesadilla para la Commonwealth en su intento de hacerse con el control de Irlanda. Amenazó la línea de suministros de Cromwell, obligando al almirante Robert Blake a patrullar frente a Kinsale siempre que el mal tiempo no lo impidiera. Los realistas acechaban en la niebla como lobos de mar, amenazando la llegada de ayuda para la fuerza expedicionaria. Pero cuando quedaron rodeados, el puerto se llenó tanto de embarcaciones que ni siquiera los mercaderes neutrales podían entrar. Los irlandeses temían que eso dañara su comercio. Hubo supuestos aliados que instigaron conspiraciones. La galopante conquista de Irlanda por parte de Cromwell acabó haciendo de Kinsale un lugar indefendible hasta que, aprovechando el momento con habilidad, el príncipe Rupert eludió a Blake durante una tormenta y navegó rumbo a Portugal.

Llegaron a la desembocadura del río Tajo en Noviembre. Rupert hizo del lugar su base de operaciones durante casi un año. En un principio, el rey de Portugal lo recibió amistosamente; vendió parte del botín, hizo reparaciones y compró suministros. Pero Blake le pisaba los talones, cosa que inquietaba a los comerciantes portugueses, cuyas embarcaciones se hallaban amenazadas por Blake. Rupert hizo pública una denuncia destemplada del Parlamento; se convirtió en un estorbo. Blake evitó la huida de los realistas en varias ocasiones. Ambas partes utilizaron la inventiva. Los ingleses planeaban tender una emboscada a Rupert y Maurice mientras estaban en tierra, cazando, pero ellos huyeron de la trampa al galope. Rupert inventó una trampa explosiva disimulada como un barril de aceite para hacer volar al vicealmirante de Blake, pero su agente se delató cuando soltó un juramento en un inglés fluido. En Agosto de 1650, una flota francesa llegó en un intento de prestar auxilio, pero su buque insignia se hundió y otros dos fueron capturados, de modo que los demás se dispersaron. No fue hasta Septiembre, el mes de la batalla de Dunbar, cuando los barcos de Rupert se escabulleron del Tajo y se apresuraron a dirigirse al Mediterráneo.

Seguían estando amenazados. A finales de Diciembre, la pequeña flota fue perseguida hasta que cinco o seis barcos quedaron «fuera de servicio»: dos de ellos encallaron, a otro le prendieron fuego, dos fueron capturados. Rupert se separó temporalmente de Maurice y escapó en una «embarcación ligera», el *Rainbow*. Maurice lo alcanzó posteriormente en Toulon.

La piratería intrépida se convirtió entonces en la forma de vida de los príncipes y su maltrecho grupo. Eran unos marginados, rara vez se les permitía tomar tierra en puertos europeos, y no se les volvió a permitir que establecieran una base. Agobiados por la pobreza y en peligro constante, se vieron obligados a ir a la caza de presas en las rutas marítimas, en tanto que Blake patrullaba y los acosaba.

No solo asaltaban mercantes ingleses, sino también los de los países aliados de la

Commonwealth de Inglaterra. Solo los holandeses los saludaban como aliados. Incluso los países que eran hostiles a la Commonwealth se mostraban nerviosos en el aspecto comercial, porque el Parlamento Rabadilla estaba reforzando su Armada, construyendo barcos nuevos, nombrando a veteranos expertos del Nuevo Ejército Modelo para que asumieran el mando y buscando comercio y posición en el extranjero. La diminuta flotilla realista causaba ya muy poco impacto y, aparte de una esperanza general de apresar barcos y tesoros, su vagar sin rumbo se tornó atribulado y sin sentido.

Luchaban para seguir adelante, pero Lovell no era un buen pirata. Había períodos sumamente prolongados en los que las embarcaciones estaban amarradas o bien navegando al acecho de presas, con frecuencia inútilmente. Lovell detestaba la inactividad cuando no estaban luchando. Tanto a bordo del barco como, con la misma incomodidad, en las tabernas mugrientas de la costa, él se mantenía al margen de los demás, lo cual lo hizo impopular; además, él nunca dejó de mostrar que despreciaba a la gente a la que había ofendido. No iba a adular a los príncipes; no iba a intentar intimar con los soldados. Lovell podía con las privaciones; se enorgullecía de su dureza. Sin embargo, lamentaba su decisión de unirse a aquella armada proscrita y lo hacía patente. Continuamente crítico, no dejaba de refunfuñar y acabó perdiendo la simpatía de Maurice. Aunque nunca se mareó tanto como Rupert, Lovell tenía náuseas con frecuencia, cosa que no contribuía a mejorar su mal humor. Si se le hubiese ocurrido algo mejor que hacer se hubiera marchado, pero existían muy pocas oportunidades para los caballeros realistas sin tierras.

De manera que, para su propia sorpresa, Lovell se quedó con los príncipes durante los tres o cuatro años que estuvieron en el mar. Era una existencia dura y embrutecedora. Los hombres corrían un riesgo constante de morir ahogados o de que les dispararan. Lovell perdió colegas a los que respetaba a causa del tiempo inmundito, de la comida y agua en malas condiciones, del escorbuto, de otras enfermedades y heridas. El grupo acabó siendo señalado como piratas comunes. No tenían cartas de marca que los validaran; ninguna nación los protegía bajo su bandera; todos los puertos ofrecían una recepción incierta, de modo que encontrar comida y agua era una preocupación constante. Llevaron a cabo operaciones de saqueo valerosas, y capturaron treinta y una presas en total, pero eran tantas las dificultades que nunca consiguieron mantener su buena suerte. Algunos de sus barcos naufragaron, algunas tripulaciones se amotinaron y desertaron.

En Noviembre de 1650, en Cartagena, Rupert logró vender algunos valiosos cañones de bronce y así pudo reparar su pequeña flota, pero las embarcaciones renovadas tampoco prosperaron. Al cabo de seis meses, los franceses les permitieron entrar en Toulon, donde adquirieron reservas pero a un crédito enorme. Consiguió reunir dinero suficiente para comprar un barco llamado el *Honest Seaman*; otro al que llamaron el *Loyal Subject* se unió a ellos cuando emprendían sus viajes, como el que entonces los llevó a través del estrecho de Gibraltar y lejos de Europa. Rupert quería

navegar hasta las Antillas, donde creía que había seguidores realistas y un rico botín, pero durante 1651 se vio retenido frente a la costa occidental de África por las interminables disputas entre sus hombres, mientras luchaban por vencer al mal tiempo, las dudas de encontrar suministros y sus propios desacuerdos. Surgieron conspiraciones declaradas entre los oficiales de a bordo.

El barco de Rupert, el *Constant Reformation*, tenía una vía de agua, y en una tormenta violenta frente a las Azores la situación se volvió desesperada. A sus hombres les resultó imposible tapar la grieta; manejaron las bombas, arrojaron armas por la borda para aligerar la nave e utilizaron todo cuanto tenían a mano para taponar la vía de agua. Rupert incluso les ordenó que probaran metiendo ciento veinte trozos de carne cruda de sus vituallas, pero la tormenta pudo con ellos y el agua volvió a entrar. La embarcación estaba condenada... y la tripulación también. Alertado por unos cañonazos, Maurice acercó el *Honest Seaman* tanto como se atrevió con la esperanza de recoger a la gente. Rupert se negó a dejar a los compañeros con los que había pasado por tantas cosas, pero un grupo de soldados saltó al barco y lo arrastraron hasta el único bote salvavidas. Se lo llevaron remando y lo pusieron a salvo. Se realizaron con valentía otro par más de viajes de rescate, y Lovell supervisó uno de ellos, pero la tarea era inútil. Lo que quedaba de la tripulación de Rupert mantuvo el barco a flote hasta el anochecer, pero los que estaban con el príncipe Maurice no tardaron en ver cómo el *Constant Reformation* se hundía llevándose consigo a más de trescientos hombres. La mayor parte del tesoro que la flota había adquirido se fue al fondo con la embarcación.

* * *

Se dirigieron sin fuerzas hasta la costa africana de Berbería, hicieron reparaciones e intentaron reunir suministros y agua para cruzar el Atlántico. Durante las reparaciones, tuvieron varias aventuras con los habitantes del lugar. Mataron o capturaron a algunos marineros. Los habitantes fueron tomados como rehenes. Las propuestas de paz se malinterpretaron; hubo escaramuzas sin sentido. Rupert fue alcanzado por una flecha, que él mismo se sacó del pecho. En un momento dado, realizaron una incursión siguiendo el curso del río Gambia, donde el príncipe Maurice capturó dos navíos españoles; uno de ellos había quedado maltrecho y Maurice tomó el mejor de ellos como buque insignia y lo rebautizó como *Defiance*.

Por fin, en verano de 1652, la diminuta escuadra cruzó el Atlántico.

Habían calculado mal el momento. Se encontraron con que el último enclave realista, en Barbados, había sido extinguido por la Armada parlamentaria. Las demás islas y las colonias americanas se dieron cuenta de dónde estaba el futuro, y estaban aceptando a la Commonwealth. No había un puerto seguro en el Caribe. En lugar de disfrutar de una bienvenida tropical, los realistas se vieron aislados y en peligro. Además, el final del verano era la estación en la que el tiempo se complicaba y se

formaban feroces tormentas sobre los cálidos océanos. Después de navegar rumbo al norte pasando de largo varias islas hostiles, capturando algunas presas, cambiando cuentas de cristal por fruta y obteniendo agua, aunque no más provisiones, en un fondeadero controlado por los franceses, se refugiaron en una bahía llamada Dixon's Hole, en las Islas Vírgenes. Allí reorganizaron su variopinta colección de barcos y botín, en tanto que se preparaban para el mal tiempo que sabían que se avecinaba y consideraban sus opciones. Las provisiones escaseaban y había muchas quejas sobre el alimento básico local, la mandioca, una raíz que tenían que buscar en la densa maleza y que, aun cuando lograban encontrarla, solo servía para hacer un pan amargo; consumida en grandes cantidades resultaba incluso venenosa.

Rupert había decidido que corrían peligro de ser descubiertos por patrullas hostiles de la Commonwealth. Puso rumbo a Anguilla. Su situación empeoró de forma dramática cuando, a mediados de Septiembre, se formó un huracán. Los atrapó en alta mar; se abatió sobre ellos con una rapidez espantosa. Habían visto mucho mal tiempo, pero aquello sobrepasaba su experiencia. Unos vientos apocalípticos aullaban en el cielo. Unas olas enormes, impulsadas por el paso de los grandes vientos sobre el poderoso Atlántico, se alzaban cada vez más altas. No tenían ninguna posibilidad de dejar atrás la tormenta o de buscar refugio. Las embarcaciones que tan robustas habían parecido junto a los muelles parecían entonces unos juguetes frágiles; se hizo imposible manejarlas. Se deslizaban impotentes por un vasto oleaje como si fueran a ir a parar directamente al fondo y luego, cuando de algún modo engañaban a la muerte y volvían a verse impulsadas hacia lo alto desde aquellas simas terroríficas, el agua imparable barría las cubiertas con tanta fuerza que ni hombre ni aparato podía resistir su poder. Cualquiera que cayera por la borda desaparecía en cuestión de segundos. Botes salvavidas, velas, mástiles y jarcias quedaron destrozados. Los barriles sueltos rodaban de un lado a otro e iban dando golpes peligrosamente en las cubiertas inundadas. Aun cuando solo les quedara un jirón de lona, las olas hacían escorar los barcos hasta el punto de que sus palos parecían a punto de tocar el agua y arrastrarlos abajo. Todas y cada una de las cuadernas y junturas del maderamen crujían en agonía, como si los atormentados maderos estuvieran siendo aplastados bajo la garra de algún ogro gigantesco. Los soldados maldecían a los marineros, y los marineros, cuando tenían aliento para hacerlo, les devolvían las maldiciones. En cuestión de horas, todo el mundo estaba exhausto, pero sabían que tendrían que soportar más días como aquel.

Orlando Lovell tuvo su papel mientras tripulación y tropas luchaban heroicamente por su supervivencia. Era imposible ver nada de un extremo a otro del pequeño barco en el que estaba. Unas figuras oscuras aparecían en medio de la espuma, gesticulando como locas. Lovell trabajó entonces sin quejarse, con la camisa empapada y el pelo largo agitándose en mechones mojados, mientras se esforzaba por achicar el agua, ayudar a reducir velas, despejar los palos, reforzar agujeros. En aquellos momentos, los hombres que tenía junto a él recordaron por qué lo habían

considerado un buen compañero. No carecía de coraje en un desastre. Liberado del letargo y el mal humor, mostró una gran fortaleza mental. Bramaba las órdenes por encima del aullido del viento, o las transmitía con gestos frenéticos mientras luchaba contra una muerte inminente utilizando toda su fuerza física y animando a los demás. Nadie oyó apenas una maldición de sus labios; no iba a malgastar energías. Mientras la embarcación se tambaleaba y corría el riesgo de hundirse, él era uno de los pocos hombres que se mantuvieron en pie. Lovell era entonces un furioso hombre de acción que luchaba tenaz, incansable e ingeniosamente por su vida y las vidas de todos los que estaban allí con él.

El huracán rugió y llegó a un punto culminante. Al segundo día, las embarcaciones se perdieron de vista entre ellas. Incapaces de pilotar las naves en la oscuridad, tuvieron que seguir batallando, cada barco por su cuenta y cada hombre por sí mismo. Ni el mejor capitán de la embarcación más robusta podía hacer nada para que su nave sobreviviera a los daños que estaban sufriendo. El barco de Rupert se vio arrastrado sin poder hacer nada contra unos feroces arrecifes, y sus hombres horrorizados hubieran muerto todos de no ser porque el viento cambió bruscamente. Se vieron impelidos a una ensenada segura de una isla deshabitada, donde echaron el ancla, completamente exhaustos.

* * *

Cuando el huracán pasó por fin y se aproximó a tierra a lo lejos, al oeste, el maltrecho barco de Rupert estaba solo. De un modo u otro lograron arrastrarse de vuelta a Dixon's Hole para efectuar las reparaciones, con la intención de esperar allí a cualesquiera otros supervivientes que fueran a explorar el último amarradero que se les conocía. Mientras los últimos retazos de tormenta bramaban bajo el cielo gris, Rupert buscó desesperadamente a su hermano Maurice. Recogieron otro de sus barcos, pero no hallaron ni rastro del *Defiance*.

Rupert estaba destrozado. El *Defiance* y las demás embarcaciones debían de haber naufragado contra las rocas y arrecifes traicioneros de la baja y escasamente poblada Anegada, al norte de las Islas Vírgenes, o tal vez hubieran sido víctimas del desastre en Isla Sombrero, situada por encima de Anguilla. Rupert escudriñó la región buscando respuestas sin resultado. Durante años, persistirían los rumores de que Maurice seguía con vida, tal vez prisionero de los españoles, pero al final Rupert abandonó la búsqueda y regresó a Europa.

Nunca se supo nada más de ellos. Lo único fue que, años más tarde, sir Robert Holmes, quien había servido con el príncipe Maurice, se enteró de boca de unos españoles que se habían visto unas maltrechas duelas de cubas, toneles y pipas que el agua arrastró hasta la costa en grandes cantidades, en las playas de Puerto Rico. Las pipas eran unos grandes toneles náuticos el doble de grandes. Las que habían visto estaban marcadas con las letras MP, que era la marca que utilizaba el príncipe

Maurice.

Mucho antes de aquello, a principios de 1653, solo dos embarcaciones regresaron a Francia con el príncipe Rupert. Él estaba deprimido, enfermo y exhausto. Yació en cama durante semanas, hasta que su primo Carlos II envió un carruaje a buscarlo y se reincorporó a la corte. Para entonces, Rupert ya había aceptado que su hermano había fallecido. El *Defiance* se había perdido: absolutamente, sin supervivientes.

CAPÍTULO LXVIII

EL MIDDLE TEMPLE, 1653

En Inglaterra, Juliana Lovell consultó a un abogado.

Ocurrió por casualidad. Juliana no acudió al Middle Temple para indagar en su situación personal. Creía que la conocía perfectamente bien: una mujer casada, con dos hijos que alimentar y sin dinero, pero con la determinación de llevar una vida de la máxima simplicidad. ¿Qué otra cosa podía hacer si no? Desde que Edmund Treves le dijo que su esposo había embarcado con el príncipe Maurice, no había tenido noticias de él. Los movimientos de los príncipes se mencionaban de vez en cuando en las hojas informativas, de modo que, a medida que pasaban los años, Juliana se familiarizó con los asuntos extranjeros cuando leía los informes de Francia, Holanda, España, Nápoles o cualquier otro lugar que pudiera ser relevante. A principios de 1653, leyó que habían divisado al príncipe Rupert y tal vez a unos diez barcos que efectuaban reparaciones en Guadalupe, y luego leyó el rumor de un naufragio. A mediados de Febrero, el *Weekly Intelligence* le dio una noticia sombría:

A día de hoy, por unas cartas desde París, se ha confirmado que el príncipe Rupert tomó tierra hace unos días en Brest, en Bretaña, y desde allí emprendió su viaje a París. En algunas de las cartas, se menciona que regresó con tan solo dos barcos, en otras se dice que tres, las únicas reliquias de la tormenta. Todavía no se sabe nada seguro sobre su hermano Maurice, pero algunos dicen que tanto él como su barco fueron devorados por el mar en la gran tempestad.

Juliana fue al Middle Temple porque había sido invitada. El señor Abdiel Impey, quien ya le había informado de la muerte de su tutor, estaba buscando un documento un día de la primavera de 1653 y se encontró con la documentación largamente olvidada del señor William Gadd, fallecido. En realidad, fallecido en 1649. El señor Impey disponía de un despacho sumamente abarrotado en el que tenía la buena norma de que siempre que escribía una carta dejaba una copia a mano en una bandeja que contenía una montaña de documentos; si nadie respondía antes de dos años, o cuando el montón se hacía tan alto que se volcaba, echaba la copia al cesto de papeles que su secretario podía utilizar para encender el fuego.

Sin embargo, el señor Impey había conocido personalmente a William Gadd y le caía bien.

Una exploración exhaustiva entre peticiones, borradores de testamento, recibos de chalecos bordados y listas de precios de vinateros reveló que la señora Juliana Lovell

había contestado a su primera carta con un educado acuse de recibo; entonces le había dicho que acudiría a discutir el asunto en cuanto fuera conveniente. Esto significaba que la parte aparecería antes de tres días con la esperanza de que les hubieran legado algún dinero o que, si les asustaba la burocracia, no acudirían nunca. Como el día que encontró los papeles estaba de un humor generoso, el señor Impey hizo que su secretario enviara un recordatorio.

En aquella ocasión, Juliana acudió. Ella seguía el principio de que una invitación era mera etiqueta, pero dos indicaban algo importante.

Además, necesitaba aferrarse a ese último vínculo con la gente a la que había conocido durante su matrimonio. Lovell estaba desaparecido de forma permanente. El señor Gadd había muerto. Muerto estaba también, desde 1651 en la batalla de Worcester, el pobre Edmund Treves. Una de sus hermanas le había enviado a Juliana un guardapelo con su retrato que, por lo visto, Edmund había querido que tuviera ella, y un reloj adornado con piedras preciosas para su ahijado Valentine; se mencionaba un pequeño legado, aunque no había llegado. Worcester había sido la más desesperada de las batallas. Las tropas del joven rey se vieron superadas en número en una proporción de prácticamente tres contra uno y, a pesar de algunas salidas exitosas de la caballería durante las primeras etapas, acabaron acorraladas, con escasa munición, sin apoyo por parte de los escoceses y fueron arrolladas por completo. Se creía que Edmund Treves había muerto bajo el castillo, durante la última y valiente lucha, cuando se cubría la dramática huida del rey por la única puerta de la ciudad que quedaba abierta. Los verdaderos detalles de la suerte de Treves no se conocerían nunca.

En la carta, su hermana clamaba con amargura contra el desperdicio que había sido su vida. Había pasado los diez años en los que se le podía llamar adulto luchando por la causa real. No terminó la universidad, no se casó ni tuvo hijos. Su familia apenas lo había visto. Cuando al final regresó a casa en 1649, su madre estaba tan enferma que su presencia ya no le reportó ninguna alegría. La mujer murió al cabo de dos años, justo antes de que Edmund respondiera al llamamiento y se dirigiera al oeste para unirse al ejército de Carlos II, que marchaba desde Escocia hacia las Midlands. Al menos su madre no supo nunca que lo habían matado, aunque Juliana creía que Alice Treves podía haber imaginado que sucedería tarde o temprano.

Juliana se sintió profundamente deprimida con su pérdida. Su corazón honesto y su afecto constante siempre le habían reportado consuelo. Él era su único vínculo real con Lovell.

Juliana había leído rápidamente la lista de realistas muertos en Worcester, solo por si acaso, pero allí no se nombraba a ningún coronel Lovell. Al cabo de un año, en Septiembre de 1652, llegó el huracán. El mes de Marzo siguiente leyó que el príncipe Rupert había regresado a Francia, con el espíritu mermado pero más sofisticado que nunca: alto, atractivo, refinado, moreno, curtido, melancólico y trágico, el aire que estaba de moda. Había perdido once embarcaciones, incluida la de su hermano, el

Defiance. Rupert, con treinta y tres años entonces, vivía en una casa exótica con sirvientes negros de libreas suntuosas, con loros y monos... y con unas deudas exóticas a juego. A Juliana le hubiera gustado imaginar a Lovell en la misma situación, pero no podía hacerlo.

Parecía razonable suponer que, a su regreso a Francia, cualquiera de los hombres de Rupert que tuvieran familia en Inglaterra se habría puesto en contacto con ellos. Si no llegaban noticias, era de suponer que el hombre estaba muerto. Juliana seguía sin saber nada de Lovell, por lo que tuvo que afrontar la idea. No se atrevía a dirigirle una carta al príncipe Rupert, y no conocía a ningún otro realista al que pudiera suplicar que le diera alguna noticia. Era congénito en Lovell arreglárselas sin amigos. Edmund Treves era el único que ella le conoció.

Suponía que Lovell se habría ahogado con el príncipe Maurice. Empezó a tener pesadillas que la atormentaban, y en las que el hombre con el que se había casado y al que creía amar era una alma perdida que daba vueltas impotente en las agitadas olas, atrapado en medio de una maraña de cabos, tal vez herido por un palo caído, hasta que le fallaban las fuerzas y el agua fría lo arrastraba sin compasión... Ni siquiera tenía idea de si Orlando sabía nadar. Había oído que morir ahogado era mejor, más rápido y tranquilo, para los que no sabían.

Si era esto lo que había ocurrido, Juliana sentía lástima por Orlando y lloraba sinceramente su pérdida. La única alternativa le resultaba más amarga: que, fuera lo que fuera lo que le hubiera sucedido, hubiera optado por abandonar deliberadamente a su esposa e hijos.

Eso ocurría. Había ocurrido a lo largo de la historia. Sin embargo, Juliana sabía que, en el folclore europeo, existía una larga tradición de soldados que llevaban décadas ausentes y que regresaban inesperadamente para sobresalto de sus esposas, que a duras penas los reconocían... En realidad, las pérdidas como la suya eran tan frecuentes, que el Parlamento había reconocido la situación legislándola compasivamente. Juliana lo descubrió durante su visita al abogado.

* * *

El señor Impey vivía en una habitación de un primer piso destartado que daba a Middle Temple Lane. Su aspecto le daba un aire reptil, completamente calvo, con la nariz grande y unas arrugas profundas hasta un mentón hundido hacia atrás. Al principio, dio la impresión de no tener ni idea de quién era ni de qué quería, pero Juliana aceptó pacientemente que los abogados estaban abrumados por el volumen de asuntos que tenían que recordar (solo por dentro pensó que aquel hombre era un idiota; el secretario había escrito el recordatorio, pero Impey lo había firmado en persona, y eso había sido el miércoles anterior...).

En cuanto recordó las circunstancias, Impey fue la amabilidad personificada. Rememoró al señor Gadd con tanta elocuencia que hizo que Juliana tuviera que

enjugarse las lágrimas con el pañuelo de ribete de encaje que llevaba en las ocasiones formales. Para remediar su aflicción, se le ofreció un vaso de ponche. La botella se dejó a mano en un largo estante entre los pergaminos sin utilizar. De un trozo de cuerda colgaba un sacacorchos que el señor Impey podía alcanzar desde la silla de su escritorio. Las mujeres que lloraban debían de ser una circunstancia habitual.

Juliana se disculpó por el lloriqueo, le dio un buen trago al ponche y recordó con retraso que se hacía añadiendo dos cuartos de galón de coñac al zumo y la peladura de cinco limones, con nuez moscada, una libra y media de azúcar y vino blanco añadido. Podía parecer un inofensivo y dulce cordial para las damas afligidas, pero tenían que ser damas con una cabeza resistente. Pegaba más fuerte que un caballo de tiro dispéptico. Lo bueno era que, cuando te dabas cuenta de lo fuerte que era, ya no te importaba.

El señor Impey se centró en el asunto que los ocupaba. El señor Gadd había tenido dos hermanas muy ancianas a las que dejó un legado suficiente como para que pudieran vivir cómodamente los años que les quedaban. Donó una gran cantidad a beneficencia, la mayor parte en Somerset.

—Entiendo que estaba usted bajo su tutela. Le tenía un grandísimo afecto. —De nuevo conmovida, Juliana recurrió otra vez al ponche—. Le ha legado una propiedad en Londres.

Sin esperar a ver cómo se lo tomaba Juliana, el señor Impey le sirvió más ponche. Repartir alegría le reportaba tanta satisfacción que se puso otro trago para él. Holgaba decir que los vasos que utilizaban los abogados de Middle Temple eran de cristal dorado, de gran belleza y de considerable antigüedad. No eran pequeños. Un regalo de un cliente agradecido, insinuó flagrantemente el señor Impey. Juliana asintió con la cabeza sin comprometerse.

—La casa lleva un año vacía porque no recibimos instrucciones por su parte en cuanto a si alquilarla... —Podía haberse disculpado por no haberle preguntado qué quería hacer, pero no quería que las recriminaciones estropearan la alegría—. La tienda estuvo alquilada hasta hace tres semanas, cuando el arrendatario murió... nada infeccioso, me parece, y el local ya se ha despejado. Puede buscarse un nuevo inquilino en cuanto sea conveniente...

—¡Deje que lo piense! —envalentonada por el ponche, Juliana apenas necesitaba pensárselo. Con los artículos de mercería que había recogido en Colchester, tenía suficiente para abrir ella misma una tienda.

El señor Impey rebuscó en un cajón de su magnífica mesa y se las arregló para ocultar una empanada que tenía sin comer y un par de medias agujereadas. Después de mucho resollar, sacó una llave grande.

—¡Aquí está!

Juliana no la cogió de inmediato, sino que primero le preguntó:

—Como mujer casada que soy, supongo que esta propiedad pertenecerá a mi esposo, ¿no?

Abdiel Impey nunca daba una respuesta hasta que no había determinado todas las circunstancias. Las esposas jóvenes que visitaban el Temple sin sus maridos era porque normalmente estaban casadas con unos granujas; además, el señor Gadd le había dejado instrucciones en privado que mencionaban ciertas sospechas de Orlando Lovell. El señor Impey se inclinó hacia delante y le planteó unas preguntas competentes. Supo por Juliana que Lovell, quien entonces era un coronel «delincuente», había embarcado varios años atrás y no se había sabido nada de él desde entonces.

—Salvo por una carta que recibí a finales de 1649, aunque se escribió antes... Creo que embarcó con el príncipe Maurice del Palatinado, quien se supone perdido en una tempestad.

El señor Impey tomó otro trago de ponche e hizo un amplio gesto con la mano que lanzó al suelo informes legales y almanaques.

—¡Considérelo muerto, señora! ¡Puede llamar difunto a ese granuja! ¿Espera tomar un amante? Podría hacerlo con impunidad.

—¡Pero no puedo consentir al adulterio! —exclamó Juliana, agitada, con el ardor de quien una vez lo consideró con suma intensidad. Ella también lamentó haber ido tan aprisa con el ponche. De hecho, por el licor o por alguna otra causa, se sentía levemente mareada.

—Láncese a él, querida.

—¡Pero se castiga con la muerte! —Juliana sabía que el adulterio constituía un delito grave; ambas partes serían condenadas a muerte, y sin el beneficio de un clérigo, además.

—¡No en su caso, puedo asegurárselo!

El señor Impey tomó de un estante el acta del 10 de Mayo de 1650 para la supresión de los detestables pecados del incesto, el adulterio y la fornicación. Mostraba indicios de uso frecuente.

—Hay no una, sino dos salvedades para proteger a las personas en su misma situación. ¡Una!: «Con la salvedad de que esto no incluirá a cualquier hombre que, en el momento de cometer la falta, no sepa que la mujer con la que la falta es cometida está entonces casada». ¡Muchos de mis clientes varones se sintieron muy aliviados con esto! «¡Oh, no, señor! ¡Yo no tenía ni la más mínima idea!». ¡Y dos!: «Con la salvedad de que dicha pena en caso de adulterio no incluirá a ninguna mujer cuyo esposo haya estado desaparecido de forma continuada en el extranjero por espacio de tres años...», los del comité parlamentario consideraron cinco años, pero son hombres caritativos, «... o a quien el decir de las gentes den por muerto; tampoco incluirá a ninguna mujer cuyo esposo se ausente de la esposa en cuestión por un espacio de tres años seguidos, puesto que la esposa en cuestión no puede saber si su esposo está vivo en ese tiempo».

—Nadie me ha informado de que Orlando esté muerto —titubeó Juliana.

—¡Bah! Estaba en el barco del príncipe Maurice, ¿no?; el «decir de las gentes»

dice que se hundió y desapareció. Además, no ha recibido ni una sola línea de él durante cuatro años. Lamentablemente, señora, esto podía haberse escrito expresamente para usted. Puede yacer cuando guste con su amante.

—¡Oh, no, yo no tengo amante! —Juliana creía que Gideon Jukes solo era una molesta complicación. Lo apartaba de su pensamiento... por lo general.

—Pues si se siente inclinada a ello, señora, siéntase libre de tener uno. Tan pronto como le convenga.

Juliana Lovell adoptó ese gesto contenido que muchas mujeres adquirirían cuando hablaban con los abogados sobre esposos que les habían causado años de dificultades. El señor Impey la miró con severidad. Insinuaba que conseguir este hipotético amante era casi su obligación; la resistencia era débil.

Tan lleno de entusiasmo por esta gloriosa idea estaba el señor Impey que, de no ser por la existencia de la señora Abigail Impey, él mismo se hubiese arrojado a los pies de Juliana. Solo lo contuvo una experiencia previa con el justo castigo de la señora Abigail cuando esta sospechó que se había descarriado (o lo sabía con certeza de boca de los traidores de sus colegas).

—Por supuesto, debo advertirle, señora Lovell, que la «fornicación» se castigará con tres meses de cárcel sin fianza, por un primer delito... De modo que, en cuanto identifique a su amante, está obligada a casarse con él.

Dejemos que esta pobre y guapa criatura se divierta, pensó el abogado. Si ese hombre, Lovell, aparecía algún día, eso supondría honorarios para alguien.

Le pareció más delicado no mencionar que, en las disputas, cuando se daba este caso, los tribunales ingleses siempre decretaban «que la mujer debe ser devuelta a su primer esposo».

* * *

Acompañada por el triste e irresoluto secretario del señor Impey, un joven tan falto de pretensiones que guardó silencio mientras escudriñaba el sumidero de la calle, Juliana salió con paso ligero para tomar posesión de su propiedad. El secretario tenía que mostrarle el camino, evitar que se cayera si el efecto del ponche la dominaba, y ayudarla a superar el temor que pudiera sentir al entrar en un local vacío. Además, también tenía que echar un vistazo con disimulo en caso de que se hubiera producido algún daño debido a la negligencia del señor Impey. No es que un abogado fuera a utilizar el término «negligencia» a propósito de sus obligaciones para con un cliente, pero el deber era el deber.

El lugar no se encontraba muy lejos. La casa y tienda estaban en el mismo distrito que Middle Temple, en Farringdon Ward Without, junto a Shoe Lane, en uno de los varios callejones estrechos que conformaban la llamada Fountain Court. No había ninguna fuente, claro está. Tampoco es que fuera particularmente elegante, aunque los rebuscadores de basura públicos habían quitado de en medio casi toda la más

reciente y, en aquellos momentos, no había mendigos durmiendo en las entradas.

Juliana fue conducida hasta una puerta vieja en una entrada modesta junto a un gran escaparate cuadrado con un cristal oscuro y lleno de telarañas. Tras cruzar la tienda, que entonces estaba vacía salvo por un largo mostrador y unos cuantos estantes maltrechos, Juliana descubrió un almacén para la mercancía y luego una trascocina con un fogón y un diminuto patio pavimentado fuera. Allí había una despensa con anaqueles de piedra, una carbonera y un cobertizo anónimo.

—¿Hay un retrete? —El secretario asintió, demasiado tímido como para mostrárselo. Juliana lo identificó sola—. ¿Funciona?

—Por lo que puedo saber, de forma regular.

Volvieron a entrar. Una escalera pequeña y empinada llevaba a tres pisos con habitaciones de uso doméstico llenas de polvo. En primer lugar, había una sala de estar bien iluminada y otro salón pequeño y acogedor, luego estaban los dormitorios. Debajo del tejado había un desván bajo. Las chimeneas estaban en buen estado. Los suelos solo estaban levemente torcidos; las ventanas cerraban bien. Ninguna de las habitaciones estaba amueblada.

—No hay muebles, ropa de casa ni loza; los inquilinos estaban obligados a traerlo por su cuenta.

—¿Inquilinos?

—El señor Impey tiene el alquiler del último año para entregarle. Aunque usted debe pagarle los honorarios por administrar las cosas.

—Ya lo suponía —comentó Juliana con gravedad. No tenía ninguna objeción. Tras años de esfuerzos, aquel maravilloso legado le proporcionaba un alivio increíble. Y si de verdad tenía que recibir el dinero de un alquiler, eso la ayudaría a equipar la casa.

El señor Impey no había sabido decirle si su tutor había residido allí alguna vez. Juliana se preguntó si era posible que su abuela visitara aquel lugar con el señor Gadd... La delicadeza hizo que se conformara con respetar su intimidad.

Lo primero que pensó fue que podría vender aquella propiedad, y así tendría dinero suficiente para sobrevivir en Lewisham durante un futuro previsible. Pero ¿por qué Lewisham? El señor Gadd le había hecho un regalo estupendo, y lo mejor de ello era que ahora poseía un buen refugio. Decidió que lo más probable era que Gadd lo supiera y que, en realidad, esa hubiera sido su intención. Allí podría desaparecer. Nadie, y con esto quería decir su esposo... nadie sabría que tenía esta casa. Le daba una sensación de independencia que a Juliana casi le resultaba sobrecogedor.

* * *

Se mudó a Londres enseguida. Trajo consigo a Tom, Val, y a la pequeña sirvienta Catherine; pudo contratar a una asistente y, de vez en cuando, a un manitas. Limpió y aireó el edificio, y poco a poco fue dotándolo de muebles sencillos y buenos

utensilios.

No alquiló la tienda. La hizo acondicionar con cajones y armarios y la convirtió en una mercería que llevaba ella misma. Trajo sus propios galones, cintas y borlas a los que no tardó en sumar más cosas: cordones, hilos de seda y lana para coser y bordar, agujas, dedales, setas para zurcir. Estableció contacto con proveedores y tejedores de lo que se llamaban artículos estrechos: galón, encaje de bobina, cinta, hiladillo, ribetes y entredoses. Vendía botones, tanto de los completamente terminados como los centros de madera sobre los que se podía realizar un bordado que hiciera juego o contrastara con una tela en particular. Las mujeres de las clases aburguesadas aprendían de su tienda y, aunque en aquellos momentos muchas de ellas vestían con un estilo sencillo, muchas otras que podían permitírselo llevaban adornos, al margen de su religión o ideas políticas. Todo el mundo necesitaba ganchos para los bombachos y tiras de delantal. Juliana llegó a ser conocida por sus buenos consejos a modistas y sombrereros. También vendía patrones. Empezó con los tradicionales emblemas para bordar de su abuela, y continuó ofreciendo diseños propios, ya fuera impresos en papel o esbozados prontamente sobre prendas de vestir. Podía preparar patrones por encargo.

Sus talentos innatos eran los necesarios para una mujer de negocios: era inteligente, activa, valiente y tenaz. Sus modales eran agradables, pero había aprendido a defenderse. Sus errores en las compras era pocos y sus deudores menos todavía. Aunque su local se hallaba en el extremo equivocado de la ciudad con respecto al Royal Exchange, donde se vendían las magníficas sedas, satenes y terciopelos, al menos ella contaba con un mercado sin explotar. Los abogados, los joyeros y sus esposas tenían dinero, y su deseo de engalanarse era legendario. Le fue bien.

Fue un trabajo duro que los primeros años le dejó muy poco tiempo para ella, pero cuando se estableció y sus hijos crecieron y ya no le exigían tanta atención, pudo disfrutar de una vida tranquila, en su mayor parte libre de preocupaciones. Los chicos iban a la escuela. Catherine Keevil ayudaba en la tienda. Juliana les había explicado a Tom y Val que tenían que asumir que su padre estaba muerto. No volvió a casarse. No esperaba hacerlo. Estaba sola, pero lo había estado desde que se casó con diecisiete años. Lo aceptaba lo mejor que podía. Al menos no tenía problemas, con lo cual se hallaba cerca de estar satisfecha.

Cuando tomó posesión del local de Fountain Court, ya había perdido el contacto con su amiga Anne Jukes. Anne había tenido fatigosas experiencias con su esposo de las que Juliana se había enterado. Pensó que podría ser que Anne quisiera guardárselo para ella de momento. Además, Juliana sentía cierta renuencia a volver a tener contacto con esa familia. Le habían prometido el sueldo para la sirvienta, Catherine Keevil, pero después del primer año por el que Gideon Jukes había pagado, Juliana consiguió el dinero por sí misma. Estaba orgullosa de hacerlo. Evitaba obligaciones. Evitaba incomodidades.

Sin embargo, al cabo de unos meses de haberse instalado en su nuevo local, Juliana sí que tuvo que dirigirse, nerviosa, a Basinghall Street. Tenía una verdadera razón comercial para hacerlo. Quería explorar si los patrones de bordado que diseñaba podían imprimirse en hojas de papel para venderlos. Creía que había mercado para eso, pero no estaba segura de sí su idea era viable ni de lo caro que sería producir sus dibujos. Quería que un impresor la aconsejara, uno con quien pudiera tener por seguro que trataría justamente a una cliente femenina.

Quedó consternada al descubrir que la imprenta que conocía, la de Robert Allibone, estaba cerrada. Parecía abandonada. Cuando volvió a intentarlo al cabo de unas semanas, aún esperanzada, el local se había convertido en una pastelería. Los nuevos propietarios le dijeron que los antiguos ocupantes habían muerto o se habían marchado. Juliana notó que sus indagaciones eran recibidas con miradas extrañas, por lo que se preguntó si la tienda no habría cerrado por algún problema con las autoridades.

Podía habérselo preguntado a Anne Jukes. Aunque después de tanto tiempo sin tener contacto con ella no sabría cómo abordarla. Entonces alguien le dijo que había una nueva imprenta no muy lejos de su casa, justo al lado de Holborn. La suya era una empresa comercial; sin dar tregua al sentimentalismo, Juliana recogió sus diseños y se dirigió hasta allí.

Un joven estaba trabajando en la prensa. Tenía un aire distraído, pero hacía el trabajo lentamente, sin supervisión. Una campanilla había tintineado vivamente cuando entró Juliana, pero el aprendiz u oficial apenas levantó la mirada. La tienda parecía vender principalmente sermones y libros escolares. Juliana, que nunca podía resistirse a las nuevas obras, vio en un estante *A Treasury of English Wit*, tocándose con una gramática latina y unos libros de matemáticas; apoyado contra *Practical Remedies for Gout and Sciatica*, su mirada se posó en un manual de enfermedades femeninas...

Había una pequeña pila de ejemplares del *Mercurius Politicus*, una edición que Juliana no había visto; se publicaría el jueves... al día siguiente.

—¿Ya puedo comprarlo?

—Se supone que no —contestó el joven, que finalmente se volvió para hablar con ella—. Puede llevárselo si lo esconde.

—¿Cómo es que los consiguen tan pronto?

—A veces nuestro impresor también escribe artículos.

Aquello dejó consternada a Juliana, quien temió que un hombre tan público no querría aceptar su encargo doméstico. El joven le aseguró que aceptaban todos los trabajos que no fueran obscenos o sediciosos, aunque cuando Juliana empezó a describir los patrones de bordado puso cara de espanto. Como llevaba el discurso preparado, ella continuó hablando de su proyecto hasta que al joven se le pusieron los ojos vidriosos. Los patrones de costura eran una cosa que nunca habían hecho; él no tenía autoridad para aceptar trabajos extraños (que tal vez no dieran beneficio).

—Debería hablar con mi maestro.

Juliana perdió la fe en su oferta y vaciló.

—Quizás otro día, cuando no esté tan ocupado...

—Como quiera. —El joven se dio media vuelta hacia la prensa, lo cual fue una grosería. Juliana todavía no había terminado de hablar y, al oír la campanilla a sus espaldas, supo que otro cliente debía de haber entrado en el establecimiento—. Claro que —añadió Miles con una extraña sonrisa burlona y sin dejar de mirar su trabajo— la manera correcta de hacerle un encargo a un impresor es citarlo en una taberna y ofrecerle bebida sin parar, pero mi maestro lleva una vida sana, de manera que puede preguntárselo sin más...

Enfadada, Juliana recogió sus dibujos con esmero y se dio media vuelta dispuesta a compartir un gesto de desaprobación con quienquiera que estuviera de pie tras ella.

Era el impresor. Estaba escuchando, serio y calmado, justo al otro lado de la puerta. Era tan alto que tapaba parte de la luz que entraba por el cristal. Su sorpresa fue mayúscula: ¡qué ojos más azules! El hombre había estado esperando con cierta ironía a que ella se fijara en él. Ahora que lo había hecho, se ruborizó levemente.

Avanzó un paso y le ofreció la mano de acuerdo con los buenos modales convencionales. Juliana respondió. Cuando se estrecharon la mano, tiró de la suya acercándola más a él en un gesto instintivo y momentáneo. Tal vez lo hiciera sin darse cuenta.

Hacía muy buen día y llevaba la casaca completamente desabrochada. Así pues, aunque Gideon Jukes le soltó la mano con educación y sus dedos se deslizaron entre los de él en el mismo movimiento, Juliana había percibido a través de su camisa de lino el calor de aquel hombre y el fuerte latido de su corazón.

CAPÍTULO LXIX

DUNBAR Y LONDRES, 1650-1651

—Estamos en manos de Dios.

Así se pronunció un cirujano tras la batalla de Dunbar. Supuso que con esto sembraría bienestar entre sus pacientes, los que habían luchado por el Nuevo Ejército Modelo y a los que se les había concedido aún otra gloriosa indicación de que Dios los favorecía como a hijos Suyos. Esto suponía una fuerza adicional en Escocia, donde los covenanters estaban igualmente seguros de que Dios era todo suyo. Adorar al mismo dios que tu enemigo y hacerlo exactamente con el mismo rigor y esperando las mismas señales de favor podía resultar inquietante. A los creyentes considerados podría resultarles incómodo colocar a Dios en un dilema. Pero desde Dunbar, los hombres del Kirk debían de saber qué era lo que Dios pensaba. Hubo una vez en que el Nuevo Ejército Modelo también se sintió más seguro y alegre sabiéndolo.

No obstante, los pacientes sacados de un campo de batalla lo veían todo a través del prisma del dolor. La desfiguración y la gangrena ya se habían cobrado bajas. La enfermedad se hallaba a la espera. La muerte sonreía junto al hombro del cirujano, con su tarja lista para hacerle otra muesca. Para un hombre que yace en un catre empapado de sangre mientras las fuerzas le abandonan, las palabras «Estamos en manos de Dios» dichas por un cirujano solo significaban una cosa: no había esperanza. Para un cirujano, era inconcebible que nadie más pudiera llevarse el mérito de salvar a un paciente, ni siquiera Dios. Él luchaba las batallas, los cirujanos enmendaban después el desastre.

Se llamaba señor Nichols. Era un hombre bajo, robusto e indeciblemente brusco. Se mostraba compasivo con sus pacientes cuando se dirigía a una audiencia, pero los consideraba experimentos vivientes y rara vez hablaba directamente con ellos. Pensaba que las explicaciones quedaban desperdiciadas con los soldados mareados que quizá no comprendían lo que les decía, que rara vez contestaban a sus preguntas con exactitud, que no seguían sus órdenes y que tal vez se murieran en sus manos.

* * *

El golpe que Gideon Jukes recibió en el cráneo solo lo había dejado inconsciente temporalmente. El tiempo en el campo de batalla parecía alargarse, incrementado por su terror. Lo encontraron pronto entre la carnicería. Se lo llevaron rápidamente en una angarilla. Llegó a manos del cirujano más deprisa de lo que podría haberlo hecho tras una victoria menos tremenda. Si de verdad solo había cuarenta heridos en el bando inglés, no tardaría en llegarle el turno para que lo diagnosticaran y lo trataran.

Aunque los cirujanos tenían instrucciones de atender a las víctimas de ambos bandos, los comandantes de cada regimiento insistían en que cuidaran de los suyos primero.

Gideon se despertó, complacido al encontrarse con que podía tener pensamientos despectivos. Oyó que el señor Nichols informaba a los que miraban llenos de admiración de que el hecho de que el paciente se hubiera despertado era una bendición, pues los que se sumían en comas profundos a causa de las heridas, o de los procedimientos médicos que resultaban de ellas, rara vez volvían a despertarse. Gideon Jukes contempló a aquel hombre con hostilidad. Podía ver. Podía fruncir el ceño. Era un principio. Sin embargo, era un soldado y sabía que la muerte lo vigilaría constantemente.

Las facultades de Gideon seguían estando bastante fuertes. Quería vivir. Su cuerpo luchaba por ello de forma automática, por débil que se sintiera y por terrible que fuera el dolor. La primera vez que volvió en sí, el dolor fue peor de lo que él creía que nadie podía soportar. Supuso que la cosa no mejoraría pronto.

En cuanto cruzó la mirada con el cirujano, le mereció mucha atención. Tenía muchas heridas que resultaban interesantes, y cayó en la cuenta de que eso significaba peligrosas. Allí tendido escuchó una charla sobre cuál de aquellas heridas debía de tratarse con mayor urgencia. La prioridad era extraer la bala de su cuerpo, puesto que si la dejaba dentro era probable que lo matara. Era igual de probable que sucediera lo mismo al extraerla.

El cirujano disfrutó con la sonda. Intentó encontrar la bala preguntándole dónde le dolía más para tantear por ahí; era experto en provocar más dolor como medio de comprobar si se acercaba. Cuando fallaron las primeras búsquedas, dio instrucciones para que a Gideon lo incorporaran en la posición exacta en que había estado cuando le dispararon, o lo más parecido que pudiera lograrse, dada su fragilidad. Los espectadores, impresionados, murmuraron cuando los ayudantes médicos hicieron sentar a Gideon como un jinete a lomos del caballo para seguir sondando.

El señor Nichols decidió que se le practicaría una incisión en la espalda, como si no tuviera ya suficientes agujeros.

—Si la bala ha perforado el pulmón, no hay nada que hacer; estos pacientes mueren...

Gideon no notó demasiado el corte. Por lo que pudo deducir, la bala salió rápida y limpiamente. Hubo unos ligeros aplausos. Demasiado pronto para relajarse: había que sondear el recorrido de la bala en busca de todos los trozos de tela, tierra o astillas de hueso, de lo contrario se declararía una infección.

Cuatro días. Gideon conocía la situación: si ibas a morir a causa de las heridas infectadas, tardabas cuatro días. Solo podías esperar que encontraran todos los pedacitos y astillas y te los extrajeran, que limpiaran toda la suciedad. Rezabas para que fuera una bala buena que hubiese quedado intacta. Esperabas que ninguno de tus huesos se hubiera astillado o, si este era el caso, que se detectaran todos los fragmentos y te los quitaran raspando meticulosamente.

En Colchester, cuando faltó munición, las balas se habían hecho con viejas tuberías de agua. Estaban llenas de impurezas, lo cual pudo haber sido la causa de la historia sobre que el enemigo había utilizado balas envenenadas, rebozadas en arena deliberadamente. En Dunbar, a Gideon le ofrecieron su bala como recuerdo. Parecía lisa y entera. Era de plomo. Eso era bueno. A diferencia del hierro y el latón, el plomo no se oxidaba en el cuerpo.

Le examinaron el corte de espada que tenía en el muslo, y se lo limpiaron con unos paños que se habían humedecido en aceite de trementina; para extraer la materia supurante, el cirujano insertó un drenaje, o tiente, hecho con un paño blanco absorbente (que si Gideon tenía suerte estaría limpio) que se sujetó a un hilo de seda para evitar que se perdiera dentro del cuerpo. Le suturaron parte de la herida de inmediato utilizando la sutura de guantero, una sutura firme y continua que no daría de sí en todas direcciones. Todas las heridas punzantes de Gideon se cubrieron con parches de hilas con medicamento, y luego se vendaron; el señor Nichols estaba orgulloso de su técnica de vendaje. Lo hacía con garbo y describiendo cada paso.

Los daños en los huesos se dejaron de lado calificándolos de magulladuras profundas. Los cirujanos solo se interesaban por las costillas si estas asomaban a través de la carne o si había alguna evidencia de que habían perforado un órgano. El hecho de que Gideon tosiera sangre provocó una leve preocupación pero, por lo visto, aquello solo lo curaría el tiempo... o la muerte.

La herida de la cabeza se consideró más dolorosa que peligrosa. El golpe le había raspado el cuero cabelludo sin fracturar ni abrir el cráneo. Nichols estaba decepcionado. Quería enfrentarse al reto de los colgajos cutáneos, las fracturas, el hueso destrozado y la visión del cerebro. Era aficionado a taladrar agujeros adicionales con su instrumental de trepanación. «Solo para asegurarse de que el paciente no mejore», pensó Gideon con abatimiento.

Gideon había perdido mucha sangre. Había perdido tanta que era imposible que el cirujano pudiera sangrarlo más. Nichols volvió a llevarse una decepción.

El hombro dislocado iba a causar más problemas.

—No hay duda de que es una luxación; noto el extremo redondo del hueso descolocado. El hombro le cuelga alejándose del costado y, comparado con el otro, está echado hacia atrás... —Tampoco se movía hacia delante. El hombre lo intentó. Gideon reaccionó de mala manera—. ¡Resígnese, capitán Jukes! Dejémonos de niñerías. ¿Puede llevarse la mano a la boca? ¡No, ya veo que le duele mucho! ¿Y tocar la pared que tiene al lado? No. Una luxación... Es fácil de solucionar en los niños, pero no tanto en los hombres adultos cuyos cuerpos se han musculado...

Primero, el señor Nichols intentó volver a poner el hueso en su sitio manualmente, empujándolo hacia delante y hacia arriba al tiempo que, con el muslo, apretaba el codo de Gideon contra su costado. No funcionó. Volvió a probarlo valiéndose de un ayudante para que apretara el codo contra las costillas de Gideon, de modo que así el cirujano pudiera aplicar un efecto palanca más arriba. Tampoco

funcionó. Enviaron a buscar a un forzado. Suspendieron a Gideon del hombro de aquel tipo fornido para que su propio peso corrigiera el fallo. No funcionó. Se aplicó ayuda física. Hicieron un cabestrillo con unas vendas incorporando una almohada cilíndrica que se sujetó debajo de la axila de Gideon, mientras este se sentaba en un asiento bajo y el cirujano tiraba del vendaje con todas sus fuerzas. No hubo suerte. Entonces el cirujano volvió a probarlo con Gideon tumbado en el suelo; el cirujano se sentó detrás de él, el ayudante se tumbó a su lado... Gideon se estaba fatigando muchísimo, pero le aseguraron que esta vez habían tenido éxito.

—Lo hemos encajado, pero ahora tenemos que conseguir mantenerlo ahí.

Todo aquel esfuerzo había dañado sus otras heridas, que tuvieron que volver a vendarse porque sangraban de nuevo. Se le recetó una cataplasma; sonaba deprimente, pero resultó que solo era un emplasto hecho a base de hierbas y miga de pan. Gideon tosió más sangre. Nadie prestó atención. Lo cubrieron con unas buenas mantas y le dejaron dormir.

* * *

El capitán Gideon Jukes pasó muchas semanas enfermo. La congestión de los pulmones se fue reduciendo, pero muy lentamente, tardó aún más en recuperar las fuerzas, y las heridas punzantes necesitaron más semanas para curarse. Cuando el señor Nichols le quitó el drenaje, eso sí que le dejó un agujero ulcerado. Gideon se deprimió. El hombro le seguía doliendo, tenía el brazo torpe y dolorido; estaba convencido de que el hueso no estaba bien colocado. Era su brazo derecho; él era diestro.

Vio morir a otros compañeros a causa de las heridas y la enfermedad. De vez en cuando, acudía un secretario para escribir cartas a sus casas y tomar nota de testamentos. Gideon había hecho testamento; en aquel momento, lo había creído prudente. Se lo dejaba todo conjuntamente a su hermano Lambert y a Robert Allibone. Rehusó escribir a casa, sin embargo; ¿para qué preocuparles? No tenía a nadie más a quien poder escribir. Se le ocurrió que había pasado años luchando por el derecho a vivir como quería, y no obstante no tenía casa propia e incluso podría ser que perdiera su trabajo si no se le curaba el brazo. Él quería tener un hogar y una familia, trabajar para ellos y pasar el tiempo libre en su compañía. Tendría que casarse. Una mujer que fuera capaz de acelerarle el pulso del deseo, y el pensar en ella hizo que se riera en voz alta para luego callarse y sumirse en la más profunda de las melancolías, echándola de menos... Había mujeres así. Lo había aprendido. Podía volver a Londres y buscar una.

Tal vez su corazón roto se estuviera curando por fin.

* * *

A fin de año, una mala época para navegar, le dieron a elegir entre llevárselo a Edimburgo o arriesgarse a emprender el largo viaje por mar hasta Londres. Optó por volver a casa. Si se ahogaba por el camino, eso lo resolvería todo.

Llegó sin ningún percance, aunque se había mareado y estaba medio muerto de hambre porque la comida era horrible; se había deteriorado al tener que pasarse todo el tiempo en el pantoque medio inundado, infestado de ratas y permanentemente a oscuras. El tiempo era demasiado frío y tormentoso como para estar tumbado en cubierta. Cuando lo llevaron al hospital de soldados situado en el Saboya, Gideon se encontraba en un estado lamentable. Lo llevaron allí después de afirmar que no tenía adonde ir y a nadie que pudiera cuidar de él. No quería imponer a la esposa de Lambert la carga de tener que atenderlo. Además, la casa de Bread Sreet siempre sería la casa de sus padres; ahora que estos ya no estaban, Gideon había dejado de sentirla como su hogar.

El Saboya había sido un establecimiento real para alivio de los pobres. Por la noche, el dueño permitía la entrada a los indigentes del lugar que no estaban demasiado borrachos o sucios, los ponía a rezar por su real fundador y luego les ofrecía una cama en un dormitorio. El lugar se había tomado para los enfermos y heridos parlamentarios, y algunas de las camas desvencijadas todavía tenían viejas colchas azules con rosas Tudor de color rojo y rastrillos dorados. El gobernador y los miembros del personal ya no llevaban uniformes con la rosa roja, pero continuaban con el viejo espíritu del cuidado benevolente, con un médico y cirujano disponible, pero con normas de comportamiento estrictas: multas por no asistir a la iglesia; la picota o la degradación por estar ebrio o maldecir, y la expulsión por casarse con una enfermera.

En su mayor parte, las enfermeras eran las viudas de los soldados. Se decía que todas estaban buscando ansiosamente nuevos maridos. Algunas lo conseguían. La que a Gideon más le gustaba ya estaba comprometida. Podría haberla persuadido para que plantara a su prometido, pero nunca se le ocurrió intentarlo.

El duro viaje desde Escocia le había agravado el dolor del hombro, y Gideon vio que sus músculos también se estaban debilitando. Lo último que quería era un brazo atrofiado. El cirujano del Saboya admitió no tener suficiente experiencia, pero lo mandó a ver a todos los ensalmadores de Londres uno a uno. Todos estuvieron de acuerdo en que la dislocación parecía curada pero no lo estaba; el obstinado hueso redondo había quedado fuera de sitio. Se intentaron nuevas medidas. Se probó con un bastón de madera acolchado para extenderle el brazo y forzar la articulación. Se utilizó una cuerda suspendida de una polea para colgarlo. Le hicieron subir tres travesaños de una escalera recta y, durante la prueba, como era demasiado alto para la habitación, se dio un buen golpe en la cabeza. Al final fue a ver a un cirujano llamado señor Elishak, quien cobraba unos honorarios astronómicos y le dijo que, puesto que todo lo demás había fallado, debía someterse al *glossocomium*.

—También lo llamamos el Comandante. Resulta útil cuando la luxación ha

existido durante largos períodos de tiempo en un hombre fuerte, cuyos miembros son resistentes a la manipulación manual.

—¿Por qué nadie me lo sugirió antes? —preguntó Gideon.

—Debe utilizarse con sumo cuidado. Pueden ocurrir accidentes.

—¡Vaya, una noticia excelente!

—Afróntelo, capitán Jukes: en este momento no puede trabajar, no puede escribir ni cortar la carne del plato, no puede tumbarse cómodamente en la cama, no puede sujetar a su novia en la rodilla. El dolor le ha echado años encima y, aunque puede que antes fuera un hombre apacible y educado, se ha vuelto irritable.

—¡Yo no me he vuelto irritable, maldita sea! —exclamó airado el paciente.

—Bueno, capitán, ya me advirtieron que era usted un hombre irascible. La supervisora del Saboya, una mujer con experiencia y buen juicio, considera que debería examinarle la cabeza, no fuera que hubiese sufrido daños craneales que estuvieran sin tratar...

—A mi cabeza no le pasa nada —gruñó Gideon—. ¡Hágalo lo peor posible con ese artilugio!

El Comandante era una caja larga de madera con el interior acolchado, pero llena de una colección de poleas aterradora. Con aquel instrumento de tortura, el nuevo cirujano aplicó una rápida tracción de suma severidad. Al menos, terminó enseguida.

A Gideon le pareció notar la diferencia de inmediato. El señor Elishak sabía lo que hacía. Pasó más tiempo redactando las notas del caso de Gideon para su memoria, que el que había pasado arreglando la articulación. Aumentaba su enorme tarifa plagiando el sufrimiento de los pacientes para su propia gloria: «A un tal G.J., un soldado herido en la batalla de Dunbar, lo curé de una luxación de lo más difícil con el adecuado empleo del *glossocomium*, allí donde muchos otros no habían tenido éxito aun cuando el paciente se mostraba colaborador...».

Gideon permaneció tumbado y sin hablar, escuchando el raspar de la plumilla. A continuación, le aplicó un vendaje enyesado hecho con aceite, una variedad de plomo blanco y lo que el señor Elishak llamó «tierra arcillosa», su propia mezcla de yeso húmedo y acre. Gideon prometió ser paciente y dejar que la articulación recuperara su postura. Cualquier cosa con tal de quitarse de encima a los cirujanos.

Lo devolvieron al Saboya donde, al cabo de poco, Robert Allibone descubrió su paradero y fue a buscarlo. Entonces Gideon permitió que lo llevaran a Bread Street. Anne Jukes contrató a una enfermera para sus cuidados íntimos. Gideon no veía mucho a Anne, y menos aún a Lambert. Percibía problemas en la casa. Como era reacio a enfrentarse a cualquier nueva crisis que les hubiera acontecido, Gideon hizo caso omiso de los indicios hasta que fue capaz de salir de su dormitorio para reanudar su vida normal.

Al cabo de poco, un día que entró en la cocina se encontró con el hogar apagado y junto a él a Anne, sentada llorando. Gideon no recordaba que su madre hubiera dejado nunca que el fuego se extinguiera. Ya no pudo seguir evitando la pregunta.

—¿Qué ha hecho Lambert?

* * *

Fuera lo que fuera, Anne no podía soportar ni nombrar el delito siquiera. Meneó la cabeza, sollozando con más fuerza; entonces se levantó de un salto y se volvió hacia Gideon en busca de consuelo. Se abalanzó hacia él, para su gran incomodidad. Era un hombre soltero, con reacciones masculinas normales; si aquello hubiese ocurrido antes de conocer a Juliana Lovell, hubiera sido totalmente vulnerable. Anne Jukes era más de diez años mayor que él, pero siempre había sido atractiva y Gideon era muy compasivo.

Sin embargo, por algún motivo rehuyó el peligro. La estima que Anne siempre sintió por él se había acrecentado, al parecer, hasta el punto de tener la convicción de que se había casado con el hermano equivocado. Por un momento, se aferró a él, pero ser alto tenía sus ventajas; solo con permanecer recto, Gideon podía decidir quién lo besaba.

Anne se apartó de golpe antes de ponerse en ridículo dando saltitos para llegar a él. No repetiría su error. Lo hicieron pasar por un momento de tristeza y desconsuelo, nada más.

Cuando Gideon insistió en saber más sobre el lío en que se había metido su hermano, Anne fue al dormitorio de ambos y regresó con un pedazo de papel. Lambert se había consagrado a una exploración espiritual de lo más enrevesado. Había anotado un memorando:

1. Que no reconocerás ni rendirás obediencia a ningún otro dios aparte de mí.
2. Que es legítimo beber, maldecir y deleitarse, y yacer con la mujer que sea.
3. Que no hay domingo, no hay cielo, no hay infierno, no hay resurrección y que alma y cuerpo mueren juntos.

—¡Bueno, pues ya lo ves! —exclamó Anne con amargura.

Gideon lo vio, en efecto. El número tres era un aforismo peligroso. El número dos era una sorpresa tremenda. Gideon soltó un gruñido, y Anne le contó lo peor con voz tensa.

—Esta gente con la que se relaciona tu hermano afirma, en sus propias palabras, tal como Lambert me las dijo a mí, que el hombre que más beba, que con más frecuencia maldiga y que más a menudo cometa adulterio, incesto o sodomía...

—¿Sodomía?

—¿Sabes lo que significa?

—Bueno, tengo una ligera idea...

Lambert no. Definitivamente, Lambert no. Pero eso de «yacer con la mujer que

sea» le resultaría atrayente.

Anne continuó con amargura:

—Dicen: «Quien más impúdicamente blasfeme, y perpetre los delitos más infames con más osadía y la más firme resolución, es el preferido para sentarse en el Trono del Cielo. Cada Hermano debería sentarse a su compañera en su rodilla diciendo, yazcamos y multipliquémonos...». Quería que me uniera a él, pero no lo hice, Gideon. Él se jacta hablándome de malvadas mujeres en la secta que le dejan hacer lo que quiere. Afirma que esos hermanos pecaminosos no solo utilizan a la mujer de otro, sino sus propiedades, bienes y hasta el mobiliario, porque todas las cosas son comunes... Me pregunta qué diferencia hay entre esto y lo que creían los cavadores... ¡cuando, como puedes ver, hay una gran diferencia!

—Ya lo creo que sí. —En aquellos momentos Gideon estaba desconcertado—. ¿Dónde está?

—Tu hermano está en una fiesta de Navidad en la Horn Tavern de Fleet Street.

—¿De Navidad?

—La libre voluntad es legal. No hay pecado. No hay leyes.

Tristemente, para Lambert eso no era cierto; había leyes que prohibían directamente aquella curiosa fase de su desarrollo... espiritual. La secta a la que se había unido estaba seleccionada para la desaprobación del Gobierno.

—¿Sabes lo que ocurre en esta congregación?

—Que los hombres se tomarán libertades con las mujeres. Estarán retozando, bailando y deleitándose —replicó Anne con amarga reprobación—. Supongo que estando tan unidos como estáis vas a ir hasta allí para unirte a él, ¿no?

—No —contestó Gideon con un suspiro deprimido—. Voy a ir hasta allí para intentar traerlo de vuelta.

Pensó que no tenía muchas posibilidades de conseguirlo. ¿Qué tendero iba a rechazar la oportunidad de comer pudin de ciruela navideño y de acostarse luego con las esposas de todos los demás?

* * *

Dijera lo que dijera la Biblia, en la sociedad respetable de la City londinense, un hombre era el guardián de su hermano.

Gideon tenía las piernas Hojas después de pasarse tanto tiempo en cama como un inválido, pero aun así fue andando a Fleet Street. No resultó difícil encontrar la Horn Tavern debido a la enorme multitud de mirones fascinados que se habían congregado fuera. Los sonidos de una celebración sin inhibiciones llenaban la calle. A través de una ventana, Gideon vio danzas desenfrenadas con algunos participantes vestidos todos de blanco y otros vestidos solo a medias. Una mujer caminaba sobre las manos boca abajo, en tanto que un hombre la sujetaba de las piernas como si fuera una carretilla. Se le habían levantado las faldas, e iba desnuda de cintura para abajo.

Había hombres con mujeres sentadas en sus regazos cuyos cuerpos exploraban con entusiasmo, cosa que ellas recibían muy bien y en lo que se regocijaban.

Cuando Gideon se acercaba con paso vacilante, la puerta de la taberna se abrió de golpe. De ella salió corriendo un hombre completamente desnudo. Una barriga cervecera y los efectos del gélido frío de Diciembre redujeron sus partes a un mínimo atisbo, y ese era su único recurso para la modestia... aunque Gideon se fijó en que había tenido la sensatez de dejarse los zapatos puestos.

El gentío gritó con hilaridad: «¡Nuestro Adán no necesita una hoja de parra... le basta con un trébol de tres hojas!». Cuando aquella aparición horriblemente familiar gesticuló, la gente retrocedió con nerviosismo.

La figura saltarina había visto a Gideon.

—¡Hermano! ¡No puedo detenerme... siento la llamada!

Gideon hizo ademán de agarrarlo pero, como todavía llevaba el brazo derecho enyesado, le fue difícil. El salvaje desnudo se zafó de él y siguió adelante a toda velocidad, galopando por Fleet Street. Una multitud salió en su persecución abucheándolo. Gideon se apoyó en la pared de la taberna, sintiéndose débil y desesperado.

Lambert Jukes había encontrado una forma estupenda de castigar a su esposa por su incursión con los cavadores. Se había convertido en un ranter.

CAPÍTULO LXX

LONDRES, 1651-1653

Lambert Jukes podría haber sido rescatado discretamente de su despepente de ranter si no hubiese tirado la ropa antes de lanzarse corriendo a la calle. Un hombre corpulento de unos cuarenta años, completamente desnudo, una visión extática de carne blanca y fofa, suponía un blanco fácil para los alguaciles. Llamó la atención porque las mujeres gritaban y huían, los perros ladraban, los niños señalaban y los hombres se quedaban mirando boquiabiertos; hombres que, como Lambert sugirió esperanzado más adelante, tal vez estaban absortos deseando que ellos también hubieran podido presentar un aspecto tan impresionante.

—O tal vez no —dijo entre dientes su hosco hermano Gideon.

A Lambert lo arrinconaron en el Fleet Conduit. Aunque durante el proceso logró derribar a tres agentes de la ley, finalmente consiguieron envolver en una manta al culpable que se revolvía para evitar el escándalo público, y se lo llevaron a la cercana Bridewell. Sus familiares solo podían esperar que lo diagnosticaran de demente. El tratamiento de los locos era nefasto, pero si a Lambert se lo consideraba responsable de sus creencias y actos, entonces entraría en lid la ley criminal. Lo juzgarían por un delito capital. Los ranters se consideraban tan peligrosos desde el punto de vista político que no había posibilidad de fianza.

El comandante William Rainborough les transmitió su preocupación y su apoyo. Anne y Gideon hubieran prescindido de ello de buena gana. Anne culpó al comandante por animar las opiniones extremas de su esposo; él había pagado la edición de unos documentos que Lambert había leído. Rainborough era una conexión incómoda; en vista de su relación con los ranters, el Parlamento lo declaró formalmente peligroso. Un decreto le prohibió volver a ejercer como juez de paz en Inglaterra. William Rainborough realizó intentos infructuosos por conseguir un puesto en la Armada, y no se rindió hasta que abandonó Inglaterra y emigró para irse a vivir con unos familiares en Massachusetts. Hasta cierto punto estaba protegido por la eminencia de su difunto hermano, de otro modo probablemente lo hubieran encarcelado. Antes que aceptar este tipo de patronazgo, la familia Jukes se unió para cuidar de los suyos.

La visita que Gideon le hizo a Lambert en prisión lo dejó horrorizado. Bridewell, otrora un palacio real posteriormente utilizado para alojar a los dignatarios extranjeros que acudían de visita, era un enorme complejo junto al Támesis, en Blackfriars, que se extendía intrincadamente en torno a tres patios enormes. Sus días de gloria habían terminado hacía mucho tiempo. Durante unos cien años, había sido un lugar de alivio para los pobres, pero siempre constituyó un duro refugio. A su

llegada, tanto a hombres como mujeres los desnudaban y azotaban, un espectáculo que atraía tanta atención pública salaz que se había levantado una galería especial para verlo. En aquellos días, era un hospital para soldados cuyas terribles condiciones hicieron que Gideon estuviera encantado de que lo hubieran llevado al Saboya en lugar de allí. Normalmente los internos incluían no solo a los pobres indigentes, sino también a mendigos, granujas de todo tipo y delincuentes de brutales bandas organizadas. También era una prisión habitual para las prostitutas de la calle.

En semejante compañía, la despreocupación de Lambert quedó en nada. No tardó en parecer triste y desconcertado. Gideon y Robert Allibone se esforzaron mucho para intentar que lo trasladaran a la prisión de Gatehouse, junto a la abadía de Westminster, que se utilizaba principalmente para albergar a oficiales realistas. Decidieron aceptar la opinión del Parlamento de que ser un ranter era un delito político, una afrenta a la respetabilidad de la Commonwealth. Si hubieran estado dispuestos a afirmar que Lambert había perdido el juicio, una alternativa hubiese sido Bedlam, pero temían que en aquel manicomio estridente se volvería loco de verdad. En cambio, Bridewell era el auténtico correccional donde a los internos se les hacía trabajar, ya fuera cardando e hilando o, para casos más intransigentes, limpiando las cloacas. Lambert accedió dulcemente a que lo pusieran en un grupo de limpieza de alcantarillas, aunque más tarde, cuando su salud se resintió debido a las sucias condiciones, cedió a los ruegos de su hermano y lo trasladaron a una celda mejor en una prisión más tranquila. Para entonces, le pareció casi triste dejar a los nuevos amigos que había hecho entre los limpia-mojones, que era como llamaban a los de las cloacas. Gideon le aseguró que en Gatehouse lo único que tendría que hacer entre los caballeros realistas sería llevar mechones de pelo adornados con cintas y escribir poesía lírica. Su hermano recibió la idea con más horror del que había mostrado a recoger excrementos con la pala.

El hecho de que lo arrestaran desnudo había impresionado a Lambert. Cuando volvió a ser él mismo («¡Cuando se le pasó la borrachera!», masculló su esposa), se negó a retractarse, pero dejó de danzar y desvariar. Tuvieron suerte. Otros se aferraban a sus creencias sin arrepentimiento. Uno de los ranters interno en Bridewell era un zapatero insolente. Siempre que oía mencionar el nombre de Dios se echaba a reír y decía que él creía que los dioses eran el dinero, la buena ropa, la buena carne, la bebida, el tabaco y la compañía alegre. Anne oyó que la esposa lo reprendía, pero el hombre replicó con frialdad que si le traía una cerveza o tabaco los aceptaría, pero que los consejos se los podía guardar para ella.

Temerosa de que Lambert pudiera contagiarse de estas actitudes, Anne Jukes no gastó saliva quejándose. Elevó una petición al Parlamento. Mary Overton, la esposa del nivelador Richard Overton, la ayudó a redactarla. Aducía el largo servicio militar de Lambert y su pésima salud desde Colchester, luego citó su propia necesidad de compañía y apoyo. La buena disposición de Lambert a la hora de trabajar mansamente en una tarea sucia mientras estaba en Bridewell tal vez contribuyera a

convencer a las autoridades de que valía la pena salvarlo.

El proceso se prolongó durante muchos meses, pero a finales de verano a Lambert le impusieron una multa y lo perdonaron. Gideon fue a buscarlo a Gatehouse, y se llevó a su humillado, avergonzado y debilitado hermano de vuelta a casa en Bread Street. Gideon, que continuaba viviendo con Lambert y Anne, se dedicó entonces a restablecer la vida familiar normal.

No fue fácil. Existían otras sectas místicas. En un esfuerzo por reconstruir su matrimonio a través de un interés compartido, Anne y Lambert se unieron juntos a una de ellas. Eligieron un grupo visionario, deísta y antitrinitario llamados reeveonianos. Su secta se había establecido en Febrero de 1652, cuando John Reeve, un sastre londinense, recibió tres visiones que lo nombraban el Profeta de Dios (dijo), junto con su primo Lodowick Muggleton. Sus seguidores los aclamaban como a los «dos testigos» mencionados en el Libro de las Revelaciones, que predicarían a un mundo impío en preparación para el principio de los últimos días. Reeve y Muggleton honraban a la Razón y la Fe. Gideon y Robert Allibone creían que la razón no tenía mucho que ver, pero su escepticismo era bien conocido por los Jukes.

De manera confusa, el grupo creía que el alma era mortal, lo cual significaba que toda existencia humana moría con el cuerpo, y esta secta buscaba un cielo en la tierra más que una vida después de la muerte. Sin embargo, también creían que el Fin de los Días estaba cerca, por lo que era vital prepararse. Dicha preparación tomaba una forma amigable. Se reunían en tabernas, donde llevaban a cabo lecturas discretas de la Biblia y entonaban cantos devotos mientras se tomaban unas rondas, y donde, por norma general, los demás los veían únicamente como un grupo privado un tanto excéntrico.

Los reeveonianos, o muggletonianos, que es como se los conoció tras la muerte de John Reeve, no buscaban nuevos miembros de manera activa; ellos esperaban a que los interesados les abordaran. Las personas que solicitaban recibir el Mundo Revelado eran bienvenidas; las que posteriormente declinaban el Mundo Revelado eran condenadas. Quizá como resultado de este punto de vista intransigente tenían un número de miembros limitado. Esto los mantenía por debajo de la línea de visión de las autoridades aunque, en 1653, tanto Reeve como Muggleton fueron encarcelados en Bridewell por sus creencias, en cuyo punto Anne y Lambert Jukes abandonaron sigilosamente su afiliación. Lambert ya tenía bastante con una temporada en Bridewell. Además, el negocio en la tienda de especias se estaba reponiendo.

Personalmente aliviado, Gideon no había dicho nada porque los muggletonianos tenían algunas características agradables: apoyaban la tolerancia y evitaban las doctrinas religiosas estrictas. Un problema era que atraían a seguidores decepcionados de otras sectas disparatadas. Al final, Laurence Clarkson, el fundador de los ranters, se unió al grupo, lo cual provocó consternación; discutió duramente con Lodowick Muggleton y se hizo con el liderazgo descaradamente. Gideon sugirió con cinismo que lo que atraía a Clarkson eran sus seguidoras; los líderes de sectas

peculiares tradicionalmente esperan una adoración enfermiza por parte de las acolitas. Por suerte, para entonces Anne y Lambert ya hacía tiempo que lo habían dejado.

* * *

A Lambert se le pasó el fanatismo religioso. Llevó una vida tranquila con la esperanza de evitar llamar la atención. En la Sociedad de Tenderos no se dijo nada sobre su carrera desnudo, quizá porque se sabía que Anne Jukes había sufrido durante mucho tiempo. Los gremios solían respetar a las esposas de sus miembros porque la mayoría de ellas eran formidables. Perdonado públicamente, Lambert se dedicó a su negocio y a las buenas obras. A partir de entonces, ocupó la posición tradicional de un miembro de un gremio de Londres: dominado por su agraviada esposa.

Más o menos una vez al mes, valientemente, Lambert le recordaba a Anne que ella también tuvo una aventura revolucionaria. Discutían con excitación si lo de «trabajar juntos, comer juntos» era o no una doctrina más atractiva que «beber, maldecir, cometer adulterio, incesto, sodomía, danzar con desenfreno, vociferar desnudo por la calle y dormir con las esposas de otros hombres». Inevitablemente, uno pensaba una cosa y el otro, otra. Si Gideon estalla en casa, se escabullía al patio trasero para fumarse una pipa de tabaco de Virginia en el emplazamiento de la malograda letrina de su padre. Solo de vez en cuando soltaba algún comentario: lo conveniente que resultaba que las disputas llenaran las pausas incómodas en la conversación, por ejemplo. La ironía no era bien recibida. No obstante, cansados por el duro trabajo en el negocio y porque la edad iba ganando terreno, poco a poco la pareja fue perdiendo su inclinación a discutir.

Tal vez sus riñas hubiesen disuadido a Gideon de volverse a casar. Aunque había pensado en ello a su regreso de Dunbar, por alguna razón parecía que nunca tenía tiempo para eso. A veces, Lambert y Anne hacían desfilar a solteras y viudas delante de él (había muchas para elegir de cuando eran muggletonianos). Gideon se mostraba educado, pero desaparecía rápidamente y se iba a la imprenta. Lambert insinuó que Gideon no sabía lo que estaba buscando; Anne se figuraba que lo sabía perfectamente bien.

* * *

Después del regreso de Gideon a Londres, Robert y él llevaron juntos la imprenta. A pesar de su larga amistad, se convirtió en un arreglo incómodo. Los motivos eran prácticos. Robert siempre había sido el dueño y, aunque nominalmente eran socios, había dirigido el negocio solo desde que Gideon se marchara a Newport Pagnell. De eso hacía casi una década. En aquellos momentos, con casi cincuenta años, Robert seguía estando activo y en forma. Gideon, aun siendo quince años más joven, se

hallaba limitado en cuanto a lo que podía hacer físicamente. Al final, la astuta utilización del Comandante del señor cirujano Elishak le había vuelto a poner el hombro en su sitio, pero le habían advertido que no debía forzar la articulación con ningún tipo de trabajo pesado. Debía tener cuidado al manejar la prensa, levantar fardos de papel y pilas de documentos. Podía componer los tipos, pero eso nunca había sido su fuerte ni su interés.

Afectuoso y compasivo como siempre, Robert insinuó que Gideon debería concentrarse en confeccionar una lista especializada de la propiedad literaria. «Dime tan solo que no tendremos que cubrir la poesía». Gideon consideraba que con la llegada de la paz, habría nuevas escuelas y necesidad de material instructivo. Empezó a encargarse de diccionarios, gramáticas y otros libros de texto. Era un trabajo duro para el compositor y, al principio, las ventas no eran muy buenas, pero lo mantenían contento en un período en el que tenía problemas en casa y no se sentía seguro sobre su futuro personal.

Por fin la paz parecía una posibilidad. En 1651, Cromwell había conseguido con artimañas que el rey y sus aliados escoceses se precipitaran hacia el sur; impuso otra victoria aplastante mediante una acción planificada en Worcester. Tras pasar varias semanas en fuga, incluyendo la famosa noche que pasó en las ramas de un roble, Carlos II huyó de Inglaterra con un precio por su cabeza.

Los escoceses, a su vez, habían perdido demasiados ejércitos como para continuar; se les garantizó la tolerancia religiosa dentro de su territorio, pero una poderosa fuerza armada, con el general Monck al mando, se quedó en Escocia para asegurar el orden. Ya no habría más invasiones presbiterianas. Estando los tres reinos inactivos, al menos temporalmente, la nueva Commonwealth se sintió lo bastante segura y libre de disturbios domésticos como para volver su atención hacia el extranjero. Cuando el almirante Blake expulsó al príncipe Rupert, la Armada quedó libre para representar los intereses marítimos de la Commonwealth. Se promulgó una acta de navegación por la que se prohibía la importación de mercancías a Inglaterra o a las colonias inglesas, salvo que estas fueran transportadas en embarcaciones inglesas o del país de origen de la mercancía. Iba dirigida en concreto en contra de Holanda, que apoyaba a los realistas; afectó seriamente al transporte holandés de modo que, tras una guerra marítima de tres años, capitularon. Habría reveses, pero aquello marcó el establecimiento del poderío marítimo de Gran Bretaña.

En cuanto a la política doméstica, la paz fue muy bien recibida, pero nada cambiaba el hecho de que en ningún momento se había decidido una manera de gobernar el país. El Parlamento Remanente seguía activo. En Julio de 1652, el ejército estaba solicitando unas nuevas elecciones libres para terminar con aquel organismo moribundo, en tanto que los miembros del Remanente intentaban frustrar sin tapujos los acuerdos propuestos. En Abril de 1653, hubo agitación. Oliver Cromwell se enteró de que, en los Comunes, se estaba promulgando una ley que permitiría que los miembros del Remanente continuaran ocupando sus escaños sin

reelección. Informado de ello por una serie de mensajeros sin resuello, Cromwell se dirigió decididamente al Parlamento. Iba vestido de negro, con un sombrero negro alto y medias de lana de color gris, como un ciudadano normal y corriente, salvo que tras él iba un contingente de soldados.

Al principio estuvo escuchando en silencio. Luego, en el momento en que iba a iniciarse la votación del proyecto de ley, se puso de pie en su sitio, se quitó el sombrero y empezó a hablar. Inicialmente se dirigió a la Cámara en tono calmado y luego, tal como sabía hacer, metódicamente, se fue exaltando presa de una creciente furia. Informó a los miembros de que eran unos inútiles, pensando solo en ellos mismos, que se habían convertido en tiranos y en seguidores de tiranos. «El Señor ha acabado con ustedes y ha elegido otros instrumentos más valiosos para seguir adelante con su obra», gritó. No se había presentado ningún plan sobre quién debería ser dicho instrumento.

Ciego de furia, Cromwell se colocó el sombrero aplastándolo contra la cabeza y avanzó a grandes zancadas hacia el centro de la sala.

—¡Ustedes no son un Parlamento! —clamó, golpeando el pie contra el suelo—. Yo digo que no son un Parlamento. Pues bien, voy a poner fin a su cháchara. ¡Decidles que entren! —Sus soldados irrumpieron con seriedad en la Cámara. Los miembros se apresuraron a marcharse, en tanto que Cromwell lanzaba insultos, llamando a unos borrachos, a otros malvados y a muchos especuladores. Entonces llegó el momento más famoso. Se fijó en el mazo que estaba encima de la mesa. Oliver exclamó con burla—: ¿Qué vamos a hacer con esta bagatela? Tomad, lleváosla.

La Cámara estaba vacía. Cromwell se marchó pisando fuerte y cerró la puerta. Así terminó el Parlamento Largo, el Parlamento Remanente, después de doce años monumentales.

* * *

Entonces hubo mucha gente que se volvió en contra de Cromwell. Entre los radicales el sentimiento era muy fuerte. Edward Sexby cambió de lealtades. Lo mismo hizo John Wildman. John Lilburne se enfadó tanto que regresó de su exilio en Brujas, lo arrojaron a la prisión de Newgate y fue juzgado entre Junio y Agosto, con el apoyo de Richard Overton. Como medida contra la subversión, a John Thurloe, un miembro del Consejo de Estado, se le asignó la tarea exclusiva de recabar información. Su papel incluía la supervisión de la censura de la prensa. Para él fue el inicio de una seria carrera como jefe de espías, una carrera en la que, algún día, Gideon Jukes colaboraría con él.

Con la abolición del Parlamento Rabadilla llegaron más medidas contra los impresores. Hacía mucho tiempo que la prensa tenía dificultades en el aspecto político. En cuanto se abolió la Cámara Estrellada y se anunció la libertad del control

de la censura, el Parlamento lo había lamentado. Los intentos por recuperar las riendas se iniciaron de inmediato y, desde entonces, la represión había continuado. Muchas de las hojas informativas que habían aparecido durante la Guerra Civil ya se habían extinguido, aunque de momento el *Public Corrauto* seguía adelante como podía. Después de la ejecución del rey, las nuevas leyes habían obligado a Robert a pagar una fianza de trescientas libras con la que se comprometía a no publicar material sedicioso o escandaloso.

Gideon sabía que Robert Allibone estaba que trinaba. Robert veía la expulsión del Parlamento Remanente por parte de Cromwell como una nueva tiranía. Los socios ya habían tenido alguna discusión, porque Gideon tenía miedo de que unas nuevas elecciones libres llevaran a un gobierno presbiteriano. Él compartía la exasperación del ejército con los intentos del Parlamento de perpetuarse a sí mismo, pero no quería ver descartados los logros del Nuevo Ejército Modelo. Así pues, Gideon no compartía del todo la angustia de Robert.

No se sorprendió cuando Robert creó un nuevo panfleto bajo su antiguo seudónimo, «Sr. A.R.», que tituló *La traición del que se llevó la bagatela*. Lo raro era que, por una vez, Robert debió de descuidarse. Gideon quedó asombrado de la rapidez con la que reaccionaron las autoridades. Quizá Robert ya hubiese estado anteriormente bajo sospecha. Quizá esta vez un informante suministró una dirección. En cualquier caso, una mañana temprano, cuando Gideon y Lambert estaban desayunando en Bread Street, el aprendiz del impresor, Miles Gentry, irrumpió en su casa. Miles estaba histérico, gritaba que habían destrozado la imprenta en un asalto al amanecer. A Robert lo habían sacado de la cama a rastras y, en camisón, lo habían arrestado.

Gideon fue corriendo a la tienda. Miles le siguió a trompicones, llorando. Todo era como él había dicho: habían saqueado la imprenta sin miramientos. La calle estaba cubierta de papeles, y Gideon se dio cuenta de que debían de haberse llevado mucho material impreso. Habían confiscado todos los ejemplares de *La traición del que se llevó la bagatela*. Los números atrasados del *Public Corrauto* también habían desaparecido. Habían vaciado de las bandejas los tipos metálicos, que estaban todos esparcidos por la tienda. Habían vaciado la tinta en las alcantarillas de la calle. Lo más extraordinario era que, allí donde siempre había estado la prensa, ahora había un espacio vacío.

Miles se puso de rodillas y empezó a recoger fervientemente los tipos que había por el suelo, especialmente el doble pica romana, una fuente limpia y legible que había utilizado a lo largo de toda su carrera después de haber pasado a escondidas el juego de tipos desde Flandes. Las leyes recientes prohibían la importación de tipos de imprenta, instrumentos o prensas; los recambios no solo serían caros, sino casi imposibles de conseguir.

Gideon se quedó mirando las tablas del suelo manchadas de tinta, casi incapaz de creer lo que estaban viendo sus ojos.

—¡Se llevaron la prensa!

—Trajeron un carro a propósito, Gideon.

—Robert ha tenido esa prensa desde que lo conozco... ¡La trajimos aquí desde Fleet Alley, antes de la guerra!

—La han confiscado. Los hombres dijeron que tenían órdenes de encontrar todas las publicaciones repugnantes, embargar la prensa y llevarse a Robert a la Torre.

La noticia corrió rápidamente entre aquella estrecha comunidad. Otros impresores acudieron desde Coleman Street para expresar lo mucho que lo sentían. Se encontraron testigos. En aquella zona de conspiraciones, todo el mundo se hallaba constantemente alerta por si había interferencias. Un asalto al amanecer podría tener un elemento de sorpresa para la víctima, pero no podía lograrse sin atraer a una multitud. Miles estaba demasiado angustiado para describir el asalto, pero otros fueron a contarle a Gideon que a Robert lo habían sometido a una lluvia de preguntas. Él, con gran presencia de ánimo, había respondido lo que parecían ser las respuestas habituales de un impresor:

—Le enseñaron un panfleto llamado *La traición del que se llevó la bagatela*, y le preguntaron quién era el autor. El maestro Allibone respondió con resolución que difícilmente podía decir quién era el autor. Que hacía dos semanas había impreso un libro parecido al que le mostraban, pero no podía asegurar si era exactamente el mismo o no. Entonces le preguntaron dónde estaba la copia original del panfleto, a lo que nuestro Robert replicó con suavidad que, después de haber impreso y corregido trabajos de esa naturaleza, las copias se tiran como papel sobrante. «Supongo que lo estarán utilizando como forraje para el trasero en el retrete de algún concejal de grandes posaderas», dijo él con esa enigmática sonrisa suya. Volvieron a insistir, de modo que miró el panfleto con más detenimiento y afirmó que había alguna diferencia con respecto al que él había impreso; que podría ser que no fuera el mismo y que, por lo que él sabía, había sido reimpresso por otros más de veinte veces... Ya había respondido antes a interrogatorios, por supuesto... —esto era una novedad para Gideon—. Le preguntaron cuántos había impreso, y les dijo que no tenía ni idea, pero que la cantidad habitual sería de un millar. Esto solo era parte de la verdad, ¿sabes?, para hacer que sus otras respuestas parecieran razonables. Después declaró que, como solemos hacer normalmente, a menos que la obra sea objeto de controversia, nunca se guarda ninguna copia.

—Por desgracia —terció Miles con abatimiento—, los soldados encontraron algunas escondidas.

—Por lo que le preguntaron quién era el «Sr. A.R.», y el bueno de Allibone dijo que no tenía ni idea y que nunca había visto ese nombre antes.

Gideon se rio a carcajadas y otro impresor retomó la historia:

—Entonces informaron al maestro Allibone de que el panfleto era ofensivo. Se le acusó de que los asuntos que contenía eran erróneos, blasfemos y sumamente escandalosos.

—Él nunca es blasfemo —dijo Gideon con un resoplido.

—Cierto. Pero entonces ya estaban retirando la prensa y eso lo enfureció. Acto seguido golpeó a un soldado, que le devolvió el golpe con la culata del mosquete. Y entonces se lo llevaron.

* * *

Resultó que a Robert no se lo habían llevado a la Torre, sino a Poultry Compter, una prisión civil local que se encontraba cerca de allí y a la que se llegaba por Ironmongers Lane. Cuando Gideon se dirigió presuroso a dicha prisión, otra vez con Miles, al principio le dijeron que no podía ver a su amigo. Luego, un carcelero avergonzado le explicó que a Robert lo habían llevado allí porque se había encontrado mal durante el viaje a la Torre. El hombre acompañó a Gideon a una celda. Nadie le había explicado nada, pero Gideon lo supo en cuanto se arrodilló junto a su amigo. Robert yacía completamente inmóvil. Estaba tendido de espaldas, todavía con el camisón, abierto en el pecho, y descalzo. Estaba muerto.

Robert aún estaba caliente, tan caliente como cuando estaba vivo. Gideon se inclinó sobre él, horrorizado. Miles no podía aceptar la verdad; empezó a frotarle las manos a Robert, llamando a su maestro para que reviviera.

—Miles... Miles... ¡Miles! Es inútil.

Aún había un médico hablando con el personal. Gideon sostenía la mano inerte de su viejo amigo en el regazo cuando este hombre se acercó a la puerta de la celda y los miró con curiosidad.

—Se ha ido, señor. Murió antes de que yo llegara. La impresión de su arresto lo provocó. Su corazón sufrió una convulsión masiva que se lo llevó de este mundo en pocos minutos. No pudo saber lo que ocurría.

* * *

Así pues, Robert Allibone había fallecido, a falta de dos años de cumplir los cincuenta, tan víctima de la Guerra Civil como si hubiera servido en el ejército. Sus amigos lo enterraron con manojos de cinta verde mar sobre el ataúd. Dentro, con él, se escondieron ejemplares de sus panfletos más fervientes, sobre todo de los que se le habían confiscado siguiendo las órdenes del nuevo Parlamento Barebones, un acto desafiante que ellos consideraron que le hubiera complacido. Un gran número de miembros de la comunidad de impresores asistieron al funeral, junto con muchos niveladores civiles, siendo el más destacado el estimable William Walwyn. Aquel día se derramaron abiertamente muchas lágrimas por Robert, otras en forma más privada. Su socio, Gideon Jukes, y su aprendiz, Miles Gentry, estaban desconsolados.

CAPÍTULO LXXI

SHOE LANE, OTOÑO DE 1653

Cuando entró en su imprenta y se encontró a Juliana Lovell hablando con Miles, Gideon Jukes se quedó helado. Lo primero que reconoció fue su nuca, luego su voz, su figura, la determinación con la que hablaba muy claro incluso a un joven que la estaba irritando... Gideon podría haber retrocedido y huido, pero Miles lo había visto. Cuando Juliana se dio media vuelta, ya no hubo escapatoria. Había sido soldado, de manera que se mantuvo firme.

Cualquier otra mujer que le pidiera imprimir diseños de bordado no hubiera tenido suerte. Al verse obligado a conversar sobre su petición, Gideon se refugió en su papel profesional. Resumió cuidadosamente lo que implicaría encargar el dibujo de las ilustraciones a un grabador. Hasta en sus propios oídos su voz sonaba apagada; vio que Miles lo miraba como si creyera que Gideon se estaba poniendo enfermo. Desde la muerte de Robert, Miles había estado cuidando de él de manera obsesiva. El aprendiz había quedado muy perturbado por la pérdida traumática de su primer maestro, y le preocupaba que pudiera quedarse solo en el mundo si algo le ocurría al segundo.

—Reconozco que hay precedentes. Existen libros de emblemas, señora Lovell.

—¡Ya tengo uno! —le espetó Juliana secamente—. Está cuarenta años desfasado. Ahora hay nuevas modas, y quiero hacerlas accesibles.

—Lo comprendo. —Gideon hizo caso omiso del reproche y continuó enumerando las complicaciones.

Juliana lo interrumpió con irritación:

—Puedo pagarle por este trabajo, capitán Jukes. No estoy suplicando favores.

Gideon era un buen hombre de negocios pero, con una sonrisa que esbozó para sus adentros, y para Miles que lo miraba con unos ojos como platos, reconoció que, si había una cliente capaz de convencerlo para que subvencionara un encargo, sería Juliana Lovell.

Confirmó que Miles estaba en lo cierto; no era forma de ganar grandes sumas de dinero. Juliana lo sacó de su error: ella quería ofrecer los diseños principalmente como un medio de atraer más clientela a su tienda.

—¿Tiene una tienda?

—Una mercería. He retomado el oficio de mi abuelo —explicó con una mezcla de orgullo y desafío. *Grand-mère* Roxanne se hubiera horrorizado, pero Juliana estaba contenta con aquella vida, y aún más contenta de estar ganándose el pan. Gideon Jukes se percató del cambio que había experimentado.

Le parecía que podría encontrar a un grabador, y prometió hacer indagaciones,

quizá encargarse un diseño sencillo. Puesto que no podía decir cuánto tiempo le llevaría (tanto Miles como la propia Juliana sospechaban que se «olvidaría» convenientemente de hacerlo), tuvo que preguntarle a Juliana dónde vivía para poder encontrarla e informarla de todo. A ella le dio un vuelco extraño el corazón, pero se lo dijo.

Al cabo de unas cuantas semanas, un día en que ya estaba a punto de cerrar el negocio al final de la jornada, se sintió levemente sorprendida cuando vio aparecer a Gideon Jukes llevando una cartera. Catherine Keevil estaba con ella en la tienda, de modo que Juliana la dejó a ella abajo y condujo a Gideon arriba al salón principal. Él empezó a dejar papeles sobre la mesa, aunque lo primero que dejó fue una bolsa con dinero. Como cualquier tendero, Juliana calculó el peso del monedero a ojo sin que pareciera que lo hacía. Avergonzado, él le explicó:

—He sido negligente. Le prometí el sueldo de la chica...

—No es necesario —repuso Juliana con frialdad... aunque se lo había prometido y ella podría haberse visto en dificultades. Así que, cuando él desdeñó su débil protesta, cogió el dinero y lo guardó en un lugar seguro. Se alegró de que la primera opinión que había tenido de aquel hombre quedara entonces confirmada. Antes de que volviera Catherine, hablaron rápidamente de ella; Juliana reconoció que era una trabajadora agradable y bien dispuesta que se había convertido en una parte esencial de su casa—. Le he tomado mucho cariño. En realidad, no podría arreglármelas sin ella.

Dejaron de hablar cuando apareció Catherine, que entonces era una chica delgada y modesta de casi veinte años. Traía consigo a Thomas y Valentine, que acababan de llegar a casa de la escuela primaria con sus manuales básicos.

—Yo misma les enseñaba a leer —comentó Juliana—, pero creo que es bueno para ellos que ahora salgan al mundo —«ahora que no tienen padre», hubiera querido decir.

Gideon vio que los niños estaban mucho más altos y más maduros. Thomas tenía entonces diez años, y Valentine era dos años menor. Aquel dúo de ojos color avellana y cabellos castaños todavía no eran demasiado mayores para que una madre sola pudiera tenerlos controlados, pero se habían convertido en dos chicos de verdad: descuidados, tardos en moverse cuando se les pedía algo, despistados, escandalosos y con tendencia a pelearse. Tom tenía algo de la confianza en sí mismo de su padre, pero eso Gideon no podía saberlo. Val era enfermizo y dado a lloriquear, un niño mimado. Ambos permanecieron al acecho, observando al visitante como perros jóvenes cuya manada ha sido invadida por un macho más fuerte. Se apostaron como guardias uno a cada lado de su madre, mirando a Gideon en silencio, aunque perdieron interés cuando la conversación siguió centrada en asuntos de costura e imprenta.

Los niños tenían que comer, por lo que Gideon fue invitado a unirse a la familia. Él no se hubiese quedado, pero no habían terminado de discutir el asunto que les

ocupaba; estaban trabajando en el borrador de un folleto, y Gideon quería tomar notas en todas las páginas para poder componerlas. Puesto que la mesa estaba cubierta de papeles, Juliana y Catherine organizaron una cena modesta en el salón de al lado, con los platos apoyados en las rodillas.

Durante la comida, Gideon le resumió cómo había terminado trabajando en Holborn. Le explicó la muerte de Robert. Había tardado meses en lograr que le devolvieran la prensa; había tenido que fingir frente a las autoridades que no sabía nada sobre las publicaciones de Robert, que no era más que un simple inocentón que solo quería publicar...

—¿Publicar qué, capitán?

—Poesía inofensiva, afirmé.

—¿Y no es cierto?

—No sería aceptable para mi querido socio Robert. Él era un hombre de gran erudición, muy leído y aún mejor conversador. Pero como hombre de negocios, despreciaba la impresión de versos, y me había prohibido que animara a los poetas.

—¿Y eso por qué?

—Porque no dan beneficios... pero esperan el oro y el moro.

—¡Ah! ¿Y qué hubiera pensado el maestro Allibone de los patrones de costura?

Gideon puso mala cara.

—Lo mismo que piensa todo impresor: ¡Que estoy loco por enredarme en esto!

—Fue lo más cerca que estuvo de una broma. La mayor parte del tiempo hablaba con el mismo tono sereno y apagado que Juliana encontraba tan decepcionante. Fuera lo que fuera lo que se hubiese imaginado si se encontraban por casualidad, desde luego no era eso.

Entonces, él le contó que, después de recuperar la prensa, decidió que las publicaciones revolucionarias eran peligrosas. El *Public Corrauto* había quedado anulado cuando arrestaron a Robert. Gideon ni siquiera intentó recuperarlo.

En su dolor por su socio, Gideon había examinado sus propias ambiciones. Decidió cambiar de local. Era lo que Robert Allibone había hecho hacía tantos años atrás, cuando se marchó de Fleet Alley para empezar de nuevo tras la muerte de su esposa Margery. Así pues, Gideon invirtió el proceso. Él regresó al lugar en el que habían trabajado cuando era aprendiz, y actualmente imprimía libros comerciales, manuales escolares básicos, ortografías, diccionarios y cualquier otra cosa que le trajeran los profesionales de la zona. Tenía un negocio creciente con las colonias americanas, que tenían mucha demanda de libros escolares.

—En su tienda me fijé en que trata con el ingenio, la gota y gramáticas del verso.

—Son buenos campos... ¡pero el que más vendo y de manera continuada es sobre la pesca con caña!

En cuanto le hubo contado su historia, naturalmente Gideon le preguntó a Juliana qué coincidencia la había traído al mismo barrio de Londres. Ella solo mencionó el legado de su tutor. Estando sus hijos presentes no hablaría de otros temas.

Después de la comida, retomaron la discusión sobre el libro de patrones propuesto. Catherine se llevó a los niños, los acostó y se retiró a su habitación. Si alguien hubiera intentado escuchar a escondidas, lo único que oiría serían las voces educadas de Juliana y Gideon que continuaban elaborando las páginas del borrador.

Cuando al fin terminaron, Gideon recogió los dibujos y las instrucciones de bordado de Juliana y los metió en su cartera. Pero primero sacó de ella un montón de viejas hojas informativas.

Quizá pareciera incómodo por un segundo.

—Es el regalo de costumbre de un impresor. Ediciones viejas. Son útiles para envolver las cabezas de pescado y huesos con tuétano. Para limpiar el barro de los tacones y las suelas de los zapatos. La gente los pone en el excusado. Como decimos los impresores, que la nación se limpie el culo con las noticias... —Juliana se sobresaltó un poco; ¡desde luego, aquel hombre no era precisamente un romántico! Hasta Gideon lo pensó mejor—. Mira que traer forraje para el trasero a una casa ajena... Le pido disculpas, señora, debo de estar un poco desquiciado...

—Los comerciantes no rechazan ningún regalo, capitán.

Juliana debería haber imaginado que aquello venía a cuento de algo. Gideon alzó la mano, cuya palma tenía apoyada sobre el montón de papeles, aparentemente por casualidad. Ella leyó, del revés, que el primer periódico se llamaba *The Moderate Intelligencer*.

Gideon pasó las primeras páginas y entonces leyó en voz alta, sin mirarla.

—Pensé que quizá no hubiera visto esto: «Por un correo recibido de más allá de Holanda, nos enteramos de que diariamente se espera la llegada del príncipe Rupert... no hace mucho escribió cartas a su madre en las que indicaba que, en cuanto supiera algo de su hermano Maurice y de esos once barcos que fueron arrastrados por el huracán...». Supongo que, finalmente, debió de encontrarse con su madre, aunque la edición de este periódico es demasiado pobre como para asegurarlo. «En sus propias cartas dice que él y uno más...», quiere decir una embarcación más, «... no estaban en él. Solo Dios sabe lo que fue del resto». Esto era de finales de Marzo. Pensando en usted, hice algunas indagaciones...

«¿Pensando en usted?». En una ocasión, Juliana había hablado de Orlando con Anne Jukes; Anne debía de haberle dicho que su esposo estaba en el mar.

—Sí. Hubo otros informes. —«El príncipe Rupert continúa en el Palacio Real. Todavía no hay noticias de su hermano Maurice...». Como buena madre, Juliana había guardado las hojas informativas para sus hijos, por si en un futuro tenían curiosidad—. Gracias. Fue un gesto muy amable —se le ahogó un poco la voz, y se llevó la palma de la mano a la boca—. Corrió el rumor de que el príncipe Maurice reapareció en el Mediterráneo, pero que era falso... Incluso los dos barcos que sobrevivieron estaban tan maltrechos que eran totalmente inservibles. Me figuro que en semejantes condiciones el resto era vulnerable a la tormenta...

Gideon observó cómo a Juliana la invadían unos sentimientos inesperados. Solo

había hablado de aquello con el señor Impey, un abogado con quien la conversación había sido neutra y profesional. Por lo demás, la deducción de que Orlando debía de haber desaparecido la había soportado en privado, tal como siempre había sufrido sus problemas. Y de pronto, allí estaba Gideon Jukes, en su mesa de comedor, asintiendo: Lovell había desaparecido. Era viuda. No habría despedidas, ni explicaciones, nada. Su vida de casada había terminado.

Juliana ya había llorado antes, pero en aquellos momentos las emociones que la invadían la sobresaltaron. Gideon lo vio en su rostro justo antes de que se levantara de repente y saliera a toda prisa de la habitación. Ella intentaba contener la emergencia, pero la expresión de su rostro le rompió el corazón a Gideon.

Esperó allí, indeciso, luego la siguió y la encontró en el pequeño salón de al lado, llorando descontroladamente. Gideon contuvo una maldición al pensar que había cometido un grave error. Apenas se atrevía a acercarse, y Juliana alzó una mano para detenerlo. Él quería abrazarla, consolarla, dejarla llorar a su antojo en su hombro. En cambio, no pudo hacer más que permanecer en la puerta sin decir nada, ofreciéndole al menos su presencia como consuelo. «Todo este dolor es por ese hombre... Lovell, al que todos señalan como cruel, feroz e inhumano»... Pero aun así, no podía odiar a aquel hombre. Poco a poco se dio cuenta de que lo que estaba presenciando era algo más que unos simples torrentes de pena. Juliana lloraba hasta el agotamiento, pero no era solo por amor hacia su esposo, por el sufrimiento que debió de padecer cuando se ahogó, ni siquiera por el hecho de que sus hijos hubieran perdido a su padre. Aquello era la liberación de años de introversión, lucha, soledad y preocupación. Era necesario. Señalaba el final de aquella fase de su vida.

* * *

Cuando cesaron los sollozos, ninguno de los dos estaba avergonzado. Juliana se volvió más aún, para emprender la desagradable tarea de secarse las lágrimas y sonarse la nariz.

—Yo tengo mucha culpa —se disculpó Gideon, lleno de humildad—. No he sido prudente. No sabía cómo podía comunicarle algo así...

Juliana seguía sin poder hablar.

—Señora Lovell, voy a marcharme... no se moleste; saldré por la tienda, pero no espere demasiado para cerrar como es debido.

Se marchó, no tan aprisa como para que diera la sensación de que tenía miedo de una mujer que lloraba, pero mucho más rápido de lo que él quería. Sintiéndose doblemente sola, Juliana terminó de enjugar lágrimas y de limpiarse la nariz con calma, y entonces se lavó las manos y la cara. Había oscurecido, de modo que cuando bajó para cerrar el local se llevó una vela.

* * *

La puerta de la tienda seguía abierta de par en par. Gideon estaba apoyado en el marco, de espaldas a ella, mirando hacia afuera con desconsuelo. La calle estaba oscura y el viento soplaba a ráfagas. Estaba diluviando.

Gideon la había oído, de modo que Juliana se acercó y se quedó en la entrada a su lado. No se mojaba, pero el aire fresco aliviaba su ardiente rostro.

—Vuelva a entrar. No puede irse con la que está cayendo. —Juliana se alegraba. Ansiaba pasar más tiempo con él.

Gideon no se movió. Parecía estar recordando.

—En el ejército me empapaba con bastante frecuencia... día tras día, semana tras semana, más de una noche tendidos en los campos bajo una lluvia horrible como esta... Te encierras en ti mismo, esperando a que acabe el sufrimiento... y mientras tanto formas sueños para evadir la mente. —Volvió un poco la cabeza. Su voz se agudizó—: ¿Me echó de menos?

Las convenciones le ganaron la partida a Juliana. Se puso nerviosa, cosa que no era habitual en ella.

—¡Pero si apenas le conozco, capitán Jukes!

—Yo creo que sí. —Gideon estaba más calmado que nunca, pero ya no se le veía apagado. Tenía un aire de quien ha tomado una decisión—. Y yo también la conozco —continuó diciendo a propósito—. Aunque no tan bien, porque usted se cierra sobre sí misma. Voy a tener que hacerla salir, cuando me lo permita. Eso podría estar bien... deje más por descubrir, poco a poco... Yo sí la eché de menos, lo admito. Llevé su recuerdo muy dentro de mí.

Había perdido el tono débil y la cuidadosa formalidad que había utilizado antes. Aquella era su voz normal, resonando tal como lo había hecho en los ensueños de Juliana, quien se deleitó en el retorno. Con su candor habitual, le preguntó:

—¿Qué ocurrió con el muchacho despreocupado que flirteaba?

—Está cohibido.

—¡Pues a mí me gustaba!

Gideon se rio en voz baja.

—Lo sé. —Parecían capaces de hablar con una honestidad asombrosa.

—Y a usted le gustaba ser él.

—Oh, sí. —Gideon estaba confesando, para sus adentros, que nunca, ni antes ni después, se había comportado de la manera en que lo había hecho el día del cumpleaños de Anne Jukes y durante el corto período posterior. Ni siquiera se estaba comportando igual en aquellos momentos; bueno, todavía no. Tal vez se estuviera preparando para ello—. ¿Y cómo es que le gustaba una actitud tan inusitada?

—Bueno, la consideraba propia de un granuja de lengua picara. —Juliana tuvo la sensación de estar flirteando. Había perdido toda su modestia, y no le importaba.

—¡Siempre astuto, señora! Pero puede confiar en él. Gideon Jukes: treinta y tres años, estatura inconveniente, diez años luchando por la libertad, con algunas heridas, pero sin pérdida de capacidades... los soldados siempre quieren dejar esto muy claro, limpio y pulcro en la casa. Tarta favorita, la de jengibre. Pastel favorito, el de ternera con base de panceta ahumada. Plato de fiesta favorito, el salpicón. Leal hasta la muerte.

—¿Leal a qué?

—A Dios, a mi causa, a mi ciudad y mi familia... a la mujer que elija.

Juliana se permitió aceptar que los detalles de su manifiesto era una pista importante sobre quién era esa mujer.

* * *

Seguía lloviendo a cántaros. Cualquiera que saliera fuera quedaría calado hasta los huesos enseguida.

—Apártese de la puerta y déjeme cerrarla, capitán.

Gideon retrocedió, aunque puso la mano en el borde de la puerta, evitando que ella pudiera moverla. El aire de algún movimiento apagó la vela. No supuso mucha diferencia. La ausencia de su breve luz apenas afectaba a unos ojos que se habían acostumbrado a la oscuridad. Todos sus sentidos estaban agudizados y concentrados en el otro.

—¿Quiere que la deje?

—¿Quiere marcharse?

—Sabe que no.

—¿Y yo, quiero?

Se hizo un breve y tenso silencio.

—Ya sabe cuáles son mis sentimientos —dijo. Juliana pensó que la gente callada podía ser de lo más resuelta. Con aquel hombre no existía la insípida etiqueta. Gideon Jukes se soltó y se declaró, sin preámbulos ni evasivas. Se encogió de hombros—. Vamos a ser honestos el uno con el otro. Usted no dirige una casa de huéspedes, no ofrece refugio de la lluvia a los meros transeúntes... Yo tampoco suelo entretenerme en las entradas de las casas de mujeres esperando que me inviten a entrar —Bajó la mano de la puerta y cruzó los brazos sobre el pecho con firmeza—. La cuestión es esta; tengo que confesarlo... o me voy ahora, y enseguida, o... —«le rogaré que me deje quedar con usted».

—¿O qué? —«le rogaré que lo haga».

—Ambos sabemos lo que ocurrirá. —Había luz suficiente para que Gideon viera la mirada inquisitiva de Juliana. Pero ella no indagaba sus motivos, sino su voluntad para tenerlos. Atisbo un esbozo de sonrisa en sus labios, provocada por el hecho de que ella aún pudiera dudarle. Le habló con cierta sequedad, describiendo la situación de manera muy parecida a como antes había explicado cómo se imprimirían los

dibujos—. Habrá besos, y varios asuntos que derivan de ellos...

—Me alegro de que lo diga —Juliana puso la mano en la manija de la puerta—. En realidad, señor, espero que no me considere atrevida, pero insistiré en ello.

Se sentía sumamente tranquila. Cerró la puerta e hizo girar la llave en la cerradura. Gideon alzó el brazo y corrió un cerrojo por ella.

Al bajar el brazo, rodeó directamente con él a Juliana y la atrajo hacia sí. Ella había pensado que tendría que ponerse de puntillas, pero encajaban con naturalidad. Gideon la besó, con suavidad y deferencia, aunque prolongadamente. Ella lo besó sin miramientos. Fueron los besos más dulces y sinceros que Juliana había dado nunca.

No tardó en tomar a Gideon de la mano y conducirlo sin ningún percance por la oscuridad de la mercería, pues sabía moverse evitando los obstáculos incluso sin vela. Subieron las escaleras; ella lo llevó al dormitorio. Habiendo niños y una sirvienta en la casa no había lugar para alborotos, para una pasión desenfrenada en las escaleras ni para guirnaldas de ropa desechada y zapatos abandonados. En cualquier caso, no era ese su estilo. Ambos habían esperado mucho. Recorrieron la casa, cerrando las puertas y apagando las luces casi como si aquel fuera su ritual nocturno desde hacía mucho tiempo. Se desnudaron a la tenue luz de una vela, con el mismo esmero que si ya hubieran pasado décadas en compañía, dejando ambos la ropa doblada sobre una silla. Una vez desnudos, entonces sí, se abrazaron con fuerza, mirándose con cierto asombro ante su situación. No obstante, sonreían, unidos ya por la confianza y la amistad, hasta que de pronto volvieron a besarse, esta vez con más intensidad y mayor urgencia, en absoluto con deferencia, aunque con mucha ternura.

Así pues, sin pronunciar más palabras, hicieron el amor apasionadamente.

CAPÍTULO LXXII

SHOE LANE, 1654

Para Gideon Jukes, la vida bajo el Protectorado empezó realmente la mañana en la que despertó en brazos de su amada, ebrio de pasión consumida, y sonrió mirándola a unos ojos también sonrientes. Yacieron juntos en silencio, afrontando con valentía el riesgo de que se abriera la puerta bruscamente y los descubrieran. Oyeron los sonidos de los niños peleándose por el desayuno, gritos malhumorados, zapatos arrojados y suaves reprimendas por parte de Catherine Keevil. O bien Catherine sabía lo que había ocurrido y protegía a la pareja de que los molestaran o, con las prisas de prepararse para la escuela no había tiempo para que los niños pensaran siquiera en fastidiar a su madre. Bajaron las escaleras con un traqueteo. Catherine acompañó a los niños a la escuela; a su regreso, abriría la tienda y se quedaría allí.

La casa quedó silenciosa. Juliana y Gideon estaban solos.

Un tanto turbada, Juliana contempló al hombre que se había llevado a la cama.

—¡Bueno, pues ya está! ¡Objetivo cumplido! —bromeó cruelmente—. ¡Ya es hora de que me levante y me vaya!

Por una milésima de segundo, la engañó.

Juliana respondió estirándose lánguidamente y echándose el pelo detrás de la oreja. Contraatacó:

—Pues márchese corriendo. Siempre es más práctico para todos... De modo, capitán Jukes, que es un seductor disoluto que se acuesta una vez con una mujer, reflexiona sobre su apuesta y se marcha para no volver a verla nunca más, ¿verdad? ¡Menudo actor está hecho!

Gideon estalló en carcajadas. Siguió riéndose sin poder evitarlo, dominado por alguna broma suya, mientras que Juliana lo miraba con asombro.

Cuando se calmó, Juliana le preguntó:

—Bueno, soy bastante ingeniosa pero ¿a qué venía eso?

—Es por un chorlito.

—¿Un qué?

—Algún día te lo contaré, querida... Y ahora debo cogerte por banda. Señora Formalidad, vamos a prescindir de este «capitán Jukes» tuyo. Tendré que componer un libro de etiqueta e imprimirlo para ti. Dirá así: cuando una dama yace toda la noche con un caballero y hacen el amor hasta que ya no pueden ni moverse, se espera que la susodicha dama llame al caballero por su nombre.

—Gideon.

—Mejor.

—Gideon... —Juliana se dio la vuelta en la cama con un quejido, puesto que él

tenía razón en cuanto a que habían rozado la extenuación. Lo besó en la frente—. Gideon... —Volvió a besarlo, en los ojos, en la nariz, en el mentón, en los labios, diciendo su nombre cada vez—. Gideon.

—¡Todo esto está muy bien!

—Creo que ya te he llamado así antes. —Lo había hecho, en efecto, en tal desespero de pasión que el mero hecho de recordarlo hizo que se sonrojara.

—¡Ya lo creo que sí! —se rio Gideon, recordándola con lascivia. Sin embargo, lo venció la seriedad. Su voz se volvió tierna. La noche anterior habían quedado tantas cosas sin decir que parecía necesaria aquella delicada negociación—. Y ahora, ¿tengo que marcharme? ¿Debo hacerlo? —Estaban entrelazados como viejos trozos de liana, y Gideon no hizo ademán de desenredarse—. Y si te dejo, ¿puedo volver a venir?

—Espero que lo hagas.

—¿Cuándo puedo venir? ¿Cuándo, amor mío?

—Siempre que quieras —contestó Juliana, que estaba siendo completamente honesta. No tenía nada que perder... y todo que ganar—. Mi casa es tu casa —le dijo a Gideon entonces, agradecida más que nunca al señor Gadd por haberle hecho aquel regalo, una casa que era toda suya, sin ninguna obligación de respetar los sentimientos de nadie salvo de sí misma. No podría haber dicho eso si aquella fuera la casa familiar con Lovell.

Gideon también tuvo su momento de sinceridad absoluta:

—Si me das esta libertad, no me voy a marchar jamás. Te quiero y anhelo estar contigo.

—La muerte y el desastre acechan en cada esquina —dijo Juliana—. No malgastemos nuestras vidas.

Gideon le dedicó una lenta pero maliciosa sonrisa londinense.

—Podría cortejarte —ofreció.

—Ya lo has hecho.

—Sí, parece que sí.

—Si son necesarias las formalidades, ¿podría seducirte!

—Eso también parecería superfluo —respondió Gideon lacónicamente.

* * *

De modo que empezaron su vida juntos. Aquel día, Gideon llegó a la imprenta más tarde, mucho más tarde, e informó a Miles con gravedad que el asunto del libro de bordado requeriría trabajo adicional con el cliente.

—¿Cuánto tiempo? —inquirió Miles; una pregunta perfectamente profesional. Él era un romántico y ya había percibido el crepitante interés entre su maestro y la señora Juliana Lovell; aunque, por lo que sabía de Gideon, no imaginaba que se hubiera hecho nada al respecto. La alegre respuesta de Gideon lo dejó boquiabierto.

—Unos cuarenta años, Dios mediante —Gideon hizo una pausa—. ¡Cincuenta, si

quiere un índice!

* * *

Juliana no se preguntó cómo explicaría eso a los niños o a Catherine. La muchacha ya tenía una deuda personal con Gideon; su opinión de él era buena. Tom y Val habían sido educados con la estricta disciplina francesa que Juliana había conocido de su abuela. Aunque esperaba momentos tensos, una madre sola no suplicaba perdón por haber encontrado un nuevo consuelo para ella y un sostén para su familia. Era de esperar que, en cuanto supiera con seguridad que había perdido a su esposo, Juliana volviera a casarse. Todavía no había cumplido los treinta. Proporcionar un padrastro era su deber social. Situarse bajo la protección de otro hombre era el papel que le correspondía.

No obstante, los dos niños se resistieron a aceptarlo. Estaban acostumbrados a ser piedras angulares en un hogar sin padre. Veían a Gideon Jukes como a un intruso, y se mostraron hoscos durante un tiempo. Pero, más pronto de lo que ellos hubiesen querido, se encontraron con que le tomaron cariño. Gideon no montó ningún alboroto; no iba haciendo aspavientos a la vida. Fueron su constancia y su simpatía lo que acabó con la resistencia de los niños. Tom y Val reaccionaron bien al hecho de tener una madre feliz; se sintieron más tranquilos con su nueva sensación de seguridad.

La llegada de Gideon expandió sus horizontes; aprendieron sobre la imprenta, siempre tenían papel para escribir y dibujar, llegaron a conocer a Miles, quien tenía un perro que les gustaba; les regalaron unos cachorros y, aunque lo vieron como un soborno, se dejaron comprar. También adquirieron nuevos parientes. Una vez a la semana, la familia iba paseando a Bread Street para cenar con Anne y Lambert. Ahora Tom y Val no solo tenían una tía y un tío, sino que además estos no tenían hijos, les encantaban los niños y los mimaban generosamente. Siempre les entusiasmaba ir a la tienda de especias, con sus ricos aromas y su interminable suministro de delicias. Lambert los llevó a ver las maniobras de las Trained Bands en el Campo de Artillería. Lambert y Gideon juntos organizaron expediciones masculinas, para pescar o cazar, o para ir a mirar barcos al río.

Para Gideon, la vida que entonces llevaba era por lo que había estado luchando. El pulso regular del trabajo que disfrutaba y una vida doméstica que le encantaba no cambiaron su carácter precisamente, sino que lo tranquilizaron y lo completaron. Pasó a estar satisfecho. Lamentaba que sus padres no pudieran verlo tan feliz. Lamentaba que Robert no lo hubiera visto así.

Juliana tardó un poco más en aceptar su buena fortuna. La vida le había enseñado a desconfiar. Durante algún tiempo, tuvo la sensación de que estaba jugando a las casitas en algún juego, que aquella nueva maravilla le sería arrebatada. No obstante, se fue relajando paulatinamente. Aquella existencia pasó a ser la normal. Tener la

seguridad de que su hombre volvería a casa todas las noches dejó de parecerle un lujo, y le pareció más bien un derecho. Yacer entre sus brazos durante toda la noche, todas las noches, pasó a ser fiable y normal. Se le permitía mostrar sus debilidades, discutir con él, consultarle, preocuparse por su bienestar. Además de la constante devoción de Gideon por ella, tenía el deleite del amor físico.

—Tengo que compensar diez años de una vida sumamente casta —declaró Gideon.

—¿Todo en una noche?

—Después de diez años, hace falta práctica.

—No, ¡ya te acuerdas de cómo se hace! Disfrutarlo es un pecado, ya lo sabes.

—¡Entonces iremos los dos al infierno! —respondió Gideon con un brillo de regocijo en los ojos que parecía inesperado, a la vez que delicioso en un independiente radical.

Para alegría de Juliana, leían continuamente. Juliana no había compartido su amor por los libros con nadie desde que su padre empezó a perder el juicio. Gideon y ella tenían perfecto acceso al mundo impreso. Sus estanterías se llenaron de libros. Rara vez pasaba una noche sin que Gideon, sentado, con las medias puestas y los pies apoyados en el guardafuego, no leyera en voz alta algún periódico mientras Juliana preparaba algún boceto. También leían libros, tanto juntos como por separado.

Juliana aceptó lo completa que era entonces su satisfacción. En ocasiones, hacía una pausa en su labor para mirar cómo Gideon alimentaba el fuego del hogar cuando la leña se desmoronaba. Era uno de sus encantos que lo hiciera... a diferencia de Orlando Lovell, que consideraba que estaba en su derecho de permanecer tumbado a su antojo y hacer que las mujeres atendieran el fuego, por muy negra que fuera la noche cuando tenían que salir fuera a la carbonera, por empinadas que fueran las escaleras por las que tenían que acarrear los capachos de leña o los cubos de carbón. Gideon, en cambio, no solo advertía cuándo se estaban apagando las brasas, sino que de forma rutinaria echaba más leña al fuego sin que se lo tuvieran que pedir, y automáticamente se lavaba las manos a continuación para evitar dejar marcas de carbonilla con los dedos. Era, sin lugar a dudas, el producto de una madre que quería que fuera un hombre apto para vivir con él; Juliana lamentaba no haber conocido a Parthenope Jukes. Lamentaba no tener a Parthenope para que la aconsejara sobre Tom y Val.

Claro que, cuando se lavaba las manos, Gideon siempre dejaba la toalla húmeda y arrugada en una silla, pero ningún hombre es perfecto, a pesar de los esfuerzos de su madre. Las más de las veces sí recordaba no dejar la pastilla de jabón en un charco de agua porque se ponía viscosa...

Siempre que sorprendía a Juliana observándolo, Gideon ladeaba la cabeza como un petirrojo que hiciera conjeturas. A veces se contemplaban el uno al otro en silencio, sonriendo levemente. Era una mirada amigable, que no exigía nada, satisfecha. Gideon sabía que ella estaba asimilando sus costumbres, su forma de

moverse, todos sus pensamientos. Buscaba, y encontraba, una nueva tranquilidad en la mirada de sus ojos grises. Sabía que había sido él quien lo había conseguido. En momentos como aquellos, Juliana lo veía exhalar un leve suspiro, no porque estuviera atribulado, sino de emoción... una emoción que Juliana sabía que él agradecía.

Así pues, en Diciembre de 1654, al estar ambos seguros de que nunca se abandonarían y de que nada se interpondría nunca entre ellos, se casaron. En aquel período del Interregnum la forma legal de matrimonio era civil; las bodas se celebraban según la creencia de los independientes de un mínimo alboroto y ceremonia. A ambos les parecía bien. Presentaron sus datos personales al secretario del registro civil de su parroquia. Las amonestaciones podían publicarse en la iglesia o en el mercado; Gideon y Juliana optaron por el mercado. En cuanto se hubieron repartido las proclamas, el secretario les entregó el certificado de publicación. Un juez de paz aceptó su certificado, sus declaraciones de que tenían más de veintiún años y su sincera explicación de la ausencia continuada y presumible muerte del primer esposo de Juliana. El juez de paz ya se había encontrado con situaciones similares y no puso objeciones. De manera que, con Anne, Lambert, Catherine y Miles como testigos de integridad, contrajeron matrimonio en la debida forma de la Commonwealth: «El hombre que va a casarse, toma de la mano a la mujer que va a casarse, y pronuncia claramente estas palabras»:

—Yo, Gideon Jukes, en presencia de Dios, el que busca todos los corazones, te tomo a ti, Juliana Carlill, por legítima esposa; y también en presencia de Dios y ante estos testigos, prometo ser para ti un esposo amante y fiel.

«Y entonces la mujer, toma al hombre de la mano y pronuncia claramente estas palabras»:

—Yo, Juliana Carlill, en presencia de Dios, el que busca todos los corazones, te tomo a ti, Gideon Jukes, por mi legítimo esposo; y también en presencia de Dios y ante estos testigos, prometo ser para ti una esposa amante, fiel y obediente.

Juliana bajó un poco la mirada al decir «obediente», y Gideon sonrió al verlo.

Seguros de sí mismos, no compartían ninguno de los escrúpulos que otros tenían sobre que aquel nuevo y básico servicio de matrimonio carecía de validez. No eran para ellos los violinistas, los vestidos blancos, los juegos escandalosos con novias y novios, el toqueteo lascivo de las ligas o los terribles chistes de bodas. Tampoco se molestaron en utilizar una alianza, ese círculo diabólico para que el diablo baile en su interior. A ellos los uniría la lealtad mutua. La única solemnidad que necesitaban les había llegado con el reconocimiento de su amor. Para celebrarlo, dieron una cena en casa para un pequeño círculo de familiares y amigos, y luego se limitaron a seguir con su vida en común que, para entonces, ya estaba firmemente establecida.

CAPÍTULO LXXIII

HAMPSHIRE Y LONDRES, 1653

Orlando Lovell llegó a la costa de Hampshire a principios de verano de 1653, solo. Desembarcó vestido pulcramente con una capa y un traje de color gris ceniza, y se hizo pasar por alguien que viajaba por educación o negocios. Llevaba una espada, como un caballero. Su equipaje era compacto y ordenado. No traía ningún caballo porque el Parlamento imponía unos elevados derechos de aduana a cualquiera que importara caballos a Inglaterra, a menos que hubiera obtenido la exención previa por ser diplomático. Si Lovell pensaba en sí mismo como en diplomático, no era de los que se dirigían formalmente al lord protector.

Compró un caballo, y le hizo mucha gracia engañar al hombre que se lo vendió. No se molestó en contratar a un mozo de cuadra ni a ningún otro sirviente, y emprendió sus asuntos personales.

* * *

En aquellos momentos, no hacía mucho tiempo que Lovell había regresado a Europa. A principios de año, un mes antes de que Oliver Cromwell perdiera los nervios y destituyera al Parlamento Rabadilla, un desanimado príncipe Rupert había regresado a Francia desde las Antillas en compañía de Lovell. En tanto que Rupert estaba destrozado por la desaparición de su hermano, la pena de Lovell era solo apariencia. Tal como lo veía Orlando, él sí que se había escapado por los pelos, y no solo del huracán. Durante los últimos tres años había llevado una vida de aventuras, pero ya había tenido más que suficiente: no quería volver a navegar.

Por supuesto que no había muerto en el *Defiance*. Eso hubiera sido una de aquellas malas planificaciones que Orlando deploraba. Durante la tormenta, él estaba a bordo de uno de los barcos capturados.

Capturar un barco tenía un inconveniente: el vencedor tenía que reducir su personal y destacar oficiales y soldados a bordo para llevarlo a un puerto de origen. El príncipe Rupert no tenía ningún puerto de origen, pero si eran lo bastante sólidas, sus presas se sumaban a su escuadra, que se incrementaba poco a poco. A Lovell, un oficial de confianza, lo habían destinado en alguna ocasión a alguna de aquellas capturas. Probablemente, Maurice había agradecido poder deshacerse de él. Lovell, que no era un gran admirador de los comandantes, sí que agradecía poder descansar de Maurice.

De algún modo u otro, su embarcación sobrevivió, acudió al encuentro del príncipe Rupert y llegó a Francia con dificultad. En Saint-Malo, un sucio y empapado

Lovell abandonó la insalubre bodega infestada de ratas en la que había estado flotando de vuelta. También estaba dispuesto a abandonar a Rupert. Viajó por su cuenta a la corte del rey Carlos II. No había muchos caballeros realistas exiliados que lo recordaran, pero construirse un nombre desde cero no era una novedad. Orlando Lovell siempre tuvo el aire de un hombre al que se debía recordar. Era capaz incluso de convencer a la gente para que se disculparan por su olvido, cuando en realidad no lo habían visto nunca.

La corte del joven rey y la de su madre viuda, la reina Enriqueta María, se movía entre París y Saint-Germain-en-Laye con sus séquitos empobrecidos. Lovell la detestaba. Cuando, finalmente, los franceses decidieron que les convenía empezar a hacer propuestas a Cromwell y a la Commonwealth inglesa, el contrariado Carlos II se trasladó a Holanda. Esto tenía la ventaja de situarlo cerca de la costa, desde donde zarparía para invadir su reino... si es que lo hacía algún día. No poseía ejército ni embarcaciones para transportarlo; no había fondos.

Durante el tiempo que duró su exilio, Carlos mantuvo el boato de la monarquía, cenando formalmente con mucha ceremonia para enfatizar su posición privilegiada y malgastando un dinero que Lovell creía que estaría mejor gastado en soldados y armas. También durante todo este tiempo Carlos fue objeto de maquinaciones continuas que, si bien nunca llegaron a nada en términos reales, sí sirvieron para inquietar y preocupar a la Commonwealth.

Lovell se encontró con que, entre los realistas ingleses, había varios grupos que conspiraban. Dichos exiliados eran, por definición, los que habían prestado un servicio más tenaz a la causa realista, los hombres que con más virulencia se opusieron al Parlamento, hombres a los que les sería muy difícil, si no imposible, regresar a casa; hombres como el propio Lovell, aunque él no hubiese reconocido ningún parecido con la mayoría de ellos. Algunos habían sido denunciados y eran proscritos. Ya fuera en Francia, Alemania u Holanda, no tenían nada más que hacer que beber, batirse en duelo... y conspirar.

Lovell era un bebedor modesto que prefería gastar el dinero en sí mismo antes que derrocharlo en borracheras con una panda de irresponsables. Cauteloso, rehuía la compañía de los demás, por lo que también evitaba peleas. Siendo uno de los corsarios de Rupert, Lovell estaba bastante aislado en la corte, sobre todo desde que Rupert se peleó con todo el mundo y se marchó a Alemania. Pero los complots siempre lo habían atraído. Sumamente práctico, como siempre, reconoció el terreno. Había renegados y agentes dobles por todas partes. Orlando Lovell disfrutaba con la sensación de que no podía fiarse de nadie que tuviera cerca. Eso lo libraba de dejar que nadie confiara en él.

Lo único que su sentimiento realista seguía proporcionando era peligro y retos. Siempre había sido una persona inquieta y amante del riesgo. Mientras tuviera un medio de vida, a Lovell le parecía muy bien intrigar para el joven rey. Al igual que muchos hombres de moralidad trivial, él se denominaba patriota. No tenía anhelos

románticos de restaurar la monarquía; había luchado para los Estuardo durante más de una década, y conocía sus limitaciones. Aun así, él había tomado su decisión, justo antes de conocer Edmund Treves en Oxford. Era un hombre orgulloso, y nunca se desdecía de una decisión. Él seguiría siendo leal. Siempre seguro de su propia palabra, creía que esto le confería nobleza.

Lovell identificó a varios conspiradores entre los exiliados. El Grupo del Louvre era católico y buscaba una alianza con Escocia. Los Antiguos Realistas eran anglicanos y se oponían a una alianza escocesa. Otros denominados los Espadas se asociaban con el príncipe Rupert en París, hombres que no tenían una política concreta, aparte de la de luchar. El Partido de Acción era más combativo, pero con la misma falta de éxito. En algún momento de 1653, surgió el grupo más famoso y hermético, el Nudo Sellado. Estos tenían esperanzas de atraer el apoyo de los niveladores. No era un absoluto disparate porque los niveladores se habían opuesto a la ejecución del rey, y los líderes desencantados de su grupo sí que fueron a llamar a puertas realistas. Las encontraron fácilmente. Así de secretos eran los conspiradores secretos.

Lovell hizo una evaluación mordaz de estas camarillas: sus esperanzas eran ridículas, su desorden nefasto. Los despreciaba por ir en contra unos de otros, por su patético criterio y su lamentable falta de seguridad. Por regla general, no se asociaba con ninguno de ellos. Sin embargo, sí que ofrecía sus servicios. Carlos II siempre se hacía el inocente pero, desde el principio de su exilio tras la batalla de Worcester, había utilizado a amigos leales para organizar planes turbios. A Lovell le contaron en confianza que lord Cottingham y sir Edward Hyde estaban detrás de los asesinatos de dos diplomáticos de la Commonwealth, Isaac Dorislaus en La Haya y Anthony Ascham en Madrid, con la connivencia del rey. Se enteró de que su amigo Edmund Treves se encontraba en el grupo que ejecutó a Dorislaus. También supo que Edmund murió posteriormente en Worcester. Para él fue una sorpresa lo mucho que lo deprimió el desperdicio de la vida de ese buen joven.

Hyde todavía seguía estando muy activo en las intrigas, aunque muchos caballeros realistas lo despreciaban y lo consideraban un arribista excesivamente ambicioso. Lovell odiaba a Hyde. Sin embargo, quien también estaba flirteando con las labores de espionaje era sir Marmaduke Langdale. Langdale había sido uno de los comandantes principales de Carlos I. Era un caballero de la vieja escuela, de rostro alargado y figura enjuta, que había operado principalmente en el norte, un oponente habitual de los Fairfax. Después de Marston Moor, formó la Caballería del Norte con los restos de los escuadrones desbaratados de lord Newcastle, pero fueron derrotados en Naseby. En la Segunda Guerra Civil, Cromwell aniquiló a Langdale en la batalla de Preston y lo capturó; él escapó valiéndose de varios disfraces, incluido el de una lechera. Expulsado de Inglaterra por el Parlamento, sir Marmaduke Langdale era entonces un miembro del Consejo de Carlos II en el exilio.

Fue con Langdale con quien Orlando Lovell se dignó a trabajar. Langdale lo tenía

bien considerado. Como hombre de acción, Lovell tenía experiencia, era vigoroso, enérgico, imperturbable y valiente, un espadachín fuerte y tirador preciso. Sus habilidades incluían su capacidad para evaluar al enemigo y, en menor medida, la planificación de operaciones. Si bien era un seguidor agresivo, como líder era seco pero eficiente. Su mayor talento era ser taimado. Si se le daba tan bien era porque disfrutaba mucho con ello. Lovell sería un conspirador fervoroso.

El plan ideado con Langdale era que Lovell iría a Inglaterra y volvería a llevar una vida normal. Se haría pasar por un arrepentido que regresaba del exilio, recuperaría sus fincas y daría falsos juramentos de lealtad, se establecería en algún lugar conveniente, reclinaría gente e informaría sobre las condiciones. Para ello, la forma más fácil de disfrazarse sería vivir de nuevo con su esposa; podía utilizar la reivindicación realista habitual de que había regresado a Inglaterra para «tranquilizar a su familia».

En el momento en que Lovell desembarcó en Hampshire, Juliana todavía era reacia a creer que estaba muerto. Esperaba tenazmente saber de él, y hubiera retomado su anterior vida familiar donde y comoquiera que propusiera Lovell. De haberla encontrado entonces, el plan de Lovell hubiese funcionado.

* * *

Así pues, desembarcó en Hampshire. Cuando echó un vistazo por su condado natal vio muchos daños, pero también señales de recuperación. Ciertamente, la guerra había tenido efectos permanentes. Se habían talado grandes extensiones de bosque que los lugareños robaban para utilizar como combustible o, en los últimos tiempos, requisados por el Parlamento para reconstruir su Armada. Miles de grandes árboles, una generación entera, se perdieron para siempre. Las granjas también habían decaído, pero poco a poco estaban siendo reclamadas para las cosechas y el ganado. Volvían a criarse caballos y vacas. Los precios se estaban estabilizando, se reconstruían las cercas, los edificios dañados que ya no podían repararse se derribaban por una cuestión de limpieza y para reutilizar los materiales. Orlando, que había nacido en el campo, percibía estas cosas. Él pertenecía a la clase terrateniente, y estaba indignado por el sufrimiento que los largos años de guerra habían impuesto en la tierra. Su corazón se endureció contra los dirigentes de la Commonwealth, a la que él consideraba responsable de la destrucción.

En Hampshire, se puso furioso al descubrir que no le habían devuelto sus escasas fincas después de que Juliana lo ayudara a negociar el perdón. El Parlamento las había confiscado. Y lo que era aún peor, su propiedad había sido adquirida rápidamente, a un precio bajísimo, por uno de los muchos astutos especuladores que se estaban apropiando de las tierras realistas: su propio agente inmobiliario, John Jolley. Lovell no vería nunca el dinero; se destinó a pagar a los soldados parlamentarios.

Cuando Jolley reconoció el agravio, solo se salvó de resultar herido porque se encontraban en una taberna con gente mirando, gente que podría denunciar a un realista alborotador. Jolley hizo saber al encolerizado Lovell que una persona anónima había presentado información en su contra. El Parlamento lo había proscrito; lo habían declarado «peligroso y desafecto», y habían ordenado el destierro. Si lo atrapaban, lo encarcelarían. Se enfrentaría sin dilación a un pelotón de fusilamiento o a la horca.

Lovell desapareció rápidamente antes de que pudieran traicionarlo. En Hampshire, no podía fiarse de nadie. Tenía intención de intentar ver a su padre, pero seguramente la cosa no iría bien, por lo que no esperó más. John Jolley también le ofreció otra información valiosa: Juliana y sus dos hijos estaban en Lewisham. Lovell se desplazó hasta allí, pero se encontró con que unos inquilinos habían tomado posesión del lugar. No los abordó. De haberlo hecho, hubiera podido localizar a Juliana en Shoe Lane, antes de que hubiera sido demasiado tarde. Ella no habría rechazado a su esposo, no hubiera podido hacerlo. Todavía no había salido en busca de un impresor. De modo que si Lovell la perdió, fue debido a su propia inercia.

Temiendo que los problemas pudieran seguirle desde Hampshire, Lovell decidió esconderse en Londres. Allí, la mayor parte de las noticias eran sobre el juicio del nivelador John Lilburne, quien había regresado a Inglaterra desde su exilio en Brujas; afirmaba que el hecho de que Cromwell hubiera disuelto el Parlamento Rabadilla había invalidado la prohibición. Su viejo aliado, Richard Overton, intentó conseguirle un buen abogado y asistía diariamente. El jurado declaró no culpable a Lilburne; este intentó obtener un documento de hábeas corpus, pero volvieron a encerrarlo en la Torre de todos modos.

Durante este emotivo juicio, John Thurloe asumió la dirección exclusiva del servicio de inteligencia para Cromwell. Más o menos en la misma época, la intuición advirtió al coronel Orlando Lovell que lo estaban vigilando. Recogió sus cosas de inmediato, se cambió la chaqueta y el peinado, vendió el caballo por más de lo que había pagado por él, salió de su alojamiento por un callejón que pasaba desapercibido, y escapó de vuelta al continente.

CAPÍTULO LXXIV

LONDRES Y EL EXTRANJERO, 1653-1654

Si ha regresado, debe de haber sido recientemente... No pude averiguar dónde estaba, pero me aseguraron que sus intenciones eran peligrosas...

(De los Documentos de Estado de John Thurloe)

No todos los que conspiraban contra la Commonwealth eran realistas. Este era el problema al que Thurloe tenía que enfrentarse. Si la Commonwealth fracasaba, probablemente sería por la cantidad de tiempo y energía que había que dedicar a contrarrestar la disidencia, tanto en casa como en el extranjero. Dentro del país, el disidente más peligroso era Edward Sexby.

La embarcación que llevaba a Orlando Lovell de vuelta a Francia se cruzó con otra que regresaba a Inglaterra con Sexby, cuya historia se estaba volviendo extraña. Acababa de pasar unos meses en Burdeos, entre elementos de la rebelión de La Fronda contra la monarquía francesa, una rebelión que había sido más absurda que fanática, más notable por sus luchas internas entre aristócratas que por cualquier reconsideración seria del orden social. Sexby se encontraba en el punto álgido de una carrera meteórica que había pasado por ascensos, servicio especial, consejo de guerra y destitución, tras lo cual fue enviado a Francia con cuatro asociados, mil libras e instrucciones especiales de «averiguar cosas, prevenir el peligro y crear interés».

Se dirigió a Burdeos, se designó a sí mismo asesor político y creó para los *frondeurs* un documento llamado *L'Accord, du Peuple*, burdamente adaptado del manifiesto de los niveladores. Sexby tenía esperanzas en Burdeos donde, a diferencia del carnaval general de cualquier otro sitio, los artesanos se habían agrupado en una comuna para declarar una república. En realidad, La Fronda era una amalgama extraña y poco entusiasta: se habían creado panes y sombreros con la forma de los tirachinas o *frondes* que utilizaban los golfillos callejeros; varias duquesas hermosas habían intrigado con amantes despreciables y se había infligido el sufrimiento habitual a los pobres. Después, este movimiento variopinto se desvaneció con rapidez. La comuna de Burdeos cayó. Abrieron las puertas a las tropas del rey. Amenazado con el arresto, Edward Sexby huyó durante la noche trepando por las murallas de la ciudad.

Su misión sin duda había sido peligrosa. A uno de sus compañeros lo capturaron y lo torturaron hasta matarlo. Sexby regresó a casa, presentó una formidable solicitud de reembolso de gastos y luego realizó un intento arrogante de ascender a consejero de Cromwell en política exterior. Sugirió una expedición de alto secreto para lograr establecer una base británica en Francia, quizás en La Rochelle. Cuando Cromwell

rechazó su propuesta, Sexby se volvió contra él de manera implacable. Tal como había observado Gideon Jukes años atrás, no le sentaba bien que lo marginaran.

En aquellos momentos, todo estaba listo para la extraordinaria carrera de Edward Sexby como enemigo acérrimo de Cromwell.

* * *

Tanto si Oliver Cromwell era un hipócrita como simplemente un pragmático, en Diciembre de 1653 se vio obligado a aceptar que, después de que fuera disuelto el Parlamento Rabadilla, ni siquiera su sucesor, el cuidadosamente investigado Parlamento Barebones, funcionaba. Cromwell asumió el título de Lord Protector. Sería un gobernante absoluto, aunque se negó a considerar la oferta de la Corona. Sus enemigos se burlaron de su rechazo, aunque probablemente fuera genuino. Muchos viejos aliados quedaron horrorizados. Los viejos enemigos consideraron que esta era su oportunidad.

El Protectorado no solo proporcionó un foco de frenéticas intrigas realistas, sino que además llevó a una oposición dentro del país por parte de los radicales religiosos y políticos. Los de la Quinta Monarquía y los baptistas tronaron contra él. Los niveladores se oponían firmemente al gobierno de un solo hombre, tanto si se denominaba protector como si se hacía llamar rey. Todos ellos querían la expulsión de Cromwell. Sexby también estaba ocupado entonces en dicha tarea.

El servicio de inteligencia de John Thurloe se puso a seguir la pista de todos los grupos de disidentes. Para hacerlo, el jefe de los espías recurrió a todos los recursos posibles, animando a los renegados y sobornando a agentes dobles. En Diciembre de 1653, al inicio del Protectorado, el nivelador Richard Overton, quien hacía tan solo unos meses había brindado su apoyo incondicional a John Lilburne en su juicio, recibió veinte libras de Thurloe. Esta importante suma era un incentivo para informar sobre las actividades de Edward Sexby.

Existían sospechas de que Overton podría faltar a su palabra. Por consiguiente, se intentó reclutar a alguien que controlara de cerca sus actividades. Uno de los candidatos era Lambert Jukes, cuya esposa conocía a la esposa de Overton. Pero Lambert planteaba ciertas dudas al ser un ranter convicto. Quien era mucho más probable que se moviera en los círculos de Overton era el hermano de Lambert, Gideon Jukes, porque era impresor y Overton escribía panfletos constantemente. Poseía un sólido historial en el Nuevo Ejército Modelo, y en ocasiones escribía para el editor oficial del Parlamento, Marchamont Nedham. Nedham tenía contactos con Thurloe, y fue él quien hizo unas propuestas informales a Gideon.

Este tal Nedham tenía una historia variada como editor y redactor, y Gideon lo encontraba bastante agradable. En la década de 1640, Nedham había publicado el *Mercurius Britannicus*, la respuesta del Parlamento a la propaganda realista, y después de Naseby imprimió los documentos que incriminaban al rey. Cambió

dramáticamente de bando con respecto a la ejecución, pero cuando estaba en Newgate bajo pena de muerte su antiguo amor por el Parlamento renació como por arte de magia. Desde entonces, había defendido la necesidad de que todos los grupos se sometieran al gobierno de la Commonwealth con el objeto de lograr la estabilidad social.

Al ser el propagandista oficial, Nedham cobraba un salario, aunque cuando creó el periódico estatal *Mercurius Politicus* también lo apoyó económicamente aceptando anuncios pagados para un periódico hermano llamado *The Public Adviser*, las noticias regulares de casas y tiendas en venta, prescripciones médicas y ofertas de aprendizaje para hijos de caballeros le parecían a Gideon un alegre indicio de que la vida estaba volviendo a la normalidad después de años de guerra. Nedham tenía un estilo famosamente jocoso como redactor, tenía unos contactos y corresponsales magníficos. Su funcionario oficial era John Milton, también un colaborador, que ostentaba un puesto en el Consejo de Estado y supervisaba los documentos extranjeros. Otros colaboradores también eran poetas, John Dryden y Andrew Marvell.

Robert Allibone ya había presentado a Marchamont Nedham a Gideon en 1651, cuando el *Mercurius Politicus* tenía más o menos un año de edad. Encontró en Nedham a un hombre bajo, de nariz aguileña, un personaje vivaz y apasionado cuya negra cabellera y sus dos pendientes le daban un aspecto disipado. A Gideon le caía mejor que a Robert, de modo que no fue hasta la muerte de este último que Gideon empezó a escribir artículos para él de vez en cuando. Aprobaba la creencia de aquel hombre en la separación de Iglesia y Estado, su dedicación a la libertad de conciencia, incluso su entusiasmo, tan despreciado por otros, de hacer que publicar compensara. Gideon no lo desaprobaba y, para él, la relación de Nedham con el servicio secreto era emocionante. Sabía que el redactor trabajaba muy estrechamente con John Thurloe. Era lógico. Ambos utilizaban la red de correspondientes del otro. Al recurrir a la información de Thurloe, Nedham conseguía noticias que se consideraban, y con razón, motivo de que el *Mercurius Politicus* fuera el único informativo que valía la pena leer.

Marchamont Nedham intentó reclutar a Gideon para que espicara a Richard Overton. Gideon se escabulló diciendo que acababa de unirse a una dama, y que se estaba asentando domésticamente. Sonrió un poco al pensar que el departamento del jefe de espías no era consciente de cómo conoció a Overton en realidad: el hombre que en una ocasión lo engatusó para que se pusiera el traje de chorlito en *El triunfo de la paz...*

Al final, sin embargo, accedió a la petición.

—Necesitaré tiempo para localizarlo... —Gideon esperaba que esto resultara imposible.

—En Covent Garden —repuso Nedham inmediatamente—. Se aloja en Bedford Street, con un tal coronel Wetton.

—Bueno, esto ayudará —dijo Gideon con cierta gazmoñería, como si se hubieran frustrado sus esperanzas de eludir la tarea—. Puede que consiga saber dónde bebe...

—En The Cross Keys —brindó Nedham con firmeza.

* * *

De modo que sir Marmaduke Langdale tenía a Orlando Lovell como su instrumento y John Thurloe tenía a Gideon Jukes. Nadie era consciente de la ironía.

Thurloe sí que tenía a Lovell en una lista de activistas monárquicos. El jefe de espías utilizaba agentes dobles realistas en el continente, uno de los cuales se había fijado en Lovell. En aquel período, Thurloe había conseguido la colaboración de un agente doble en Francia llamado Henry Manning, quien se hallaba en estrecho contacto con la corte de Carlos II. De manera muy provechosa, enviaba detalles sobre el Nudo Sellado, de modo que el grupo supuestamente seguro estaba corrupto por dentro prácticamente desde el momento en que se formó. Thurloe sabía de seis miembros fundadores: Belasys, Loughborough, Compton, Villiers, Willys y Russell. Había otros implicados, a veces justamente, otras no. Un nombre que de vez en cuando surgía como asociado era el del «coronel Lovell», aunque el tutor del duque de York también se llamaba Lovell, cosa que al principio creó confusión. Los agentes de Thurloe no habían podido pegarse al coronel Orlando Lovell, que conspiraba con sir Marmaduke Langdale. Tampoco era consciente ninguno de ellos todavía de su incómoda relación con su propio informante, Gideon Jukes.

* * *

«Aquí estamos muy tranquilos bajo nuestro nuevo protector», escribía un realista desde Inglaterra en una carta que fue interceptada por Thurloe en Enero de 1654. Era un tanto inexacto.

A lo largo del invierno y la primavera, tuvo lugar mucha agitación, aunque el espionaje del gobierno tuvo éxito combatiéndola. La organización de Thurloe desbarató un curioso complot dirigido por el cardenal Mazarino de Francia, y en el que estaban involucrados los anabaptistas ingleses. Las palabras clave «El señor Cross tiene intención de visitar Suecia» descubrieron la rebelión planeada por el conde de Glencairn en Escocia, que habría traído hasta allí a Carlos II. Los conspiradores encarcelados proporcionaron largas listas de nombres y lugares que frecuentaban, como el Windmill de Lothbury, donde un hombre se había reunido con sus compañeros de intrigas bajo el pretexto de su excursión semanal para jugar al billar. La Conspiración Gerard se frustró, y los dos hermanos que la lideraban fueron ejecutados.

Orlando Lovell no participó en estas estratagemas que proliferaban; se mofaba de

ellas. Sin embargo, en Septiembre de 1654, cuando Carlos II nombró formalmente al conde de Rochester para que dirigiera una nueva oleada de levantamientos en Inglaterra, dio la impresión de que aquello era una acción al viejo estilo, y Lovell se dignó a ayudar. A lo largo de los seis meses siguientes, estuvo implicado en la obtención y la distribución de armamento. Las armas tenían que proveer una rebelión rural encabezada por caballeros realistas de contrastada lealtad y nuevos reclutas. Lord Rochester desembarcó en Kent a mediados de Febrero de 1655.

Lovell lo siguió. Tras su participación en la sublevación que tuvo lugar allí en 1648, el territorio le era familiar. Y Kent era una base conveniente desde la cual podría intentar seriamente encontrar a su esposa.

CAPÍTULO LXXV

LONDRES, CRAVESEND, KENT, LONDRES, 1654-1655

¡Dios Santo! ¡Menudos lameculos hay por aquí!

(Carta de un realista frustrado en el exilio, interceptada por Thurloe).

El 6 de Septiembre de 1654, Richard Overton escribió una carta al secretario de Thurloe. Marchamont Nedham llevó una copia a Gideon, a quien entonces se consideraba un experto en Overton, para enseñársela.

Me figuro que no me equivocaría demasiado si hiciera algo más que suponer que habrá intentos y esfuerzos por parte de personas de gran habilidad e interés contra el gobierno actual: pero por mi parte buscaré mi propia tranquilidad y la paz pública, y me alegraré de poder ser un instrumento para la prevención de los disturbios. Sin ningún problema podría ser capaz de hacer algún servicio considerable en esto, y en cualquier otro asunto que pueda salirme al paso; y le aseguro que estaré muy dispuesto a hacerlo si ello recibe su aceptación. Si es así, ruego humildemente que haga el favor de avisarme de cuándo y dónde debo esperarle para tener una conversación sobre el tema, y recibir sus instrucciones y órdenes al respecto. Señor, implorando perdone mi atrevimiento y con todo el debido reconocimiento de otros favores que he recibido anteriormente de usted, seguiré siendo.

El más humilde servidor de su señoría que queda a su disposición,

Richard Overton.

Gideon estaba fascinado.

—Es un texto cauteloso. Me imagino que el secretario Thurloe disfrutó interpretándolo. ¡Las frases escurridizas y la falsa humildad son pésimas!

—Y no se parecen en absoluto al lenguaje llano de los informantes habituales —comentó Nedham—. «Ruth Wiskin da fe de que un tal Christopher Emerson llamó sinvergüenza, granuja y sanguijuela al Protector y dijo que deberían cortarle el cuello cuanto antes...».

Gideon consideró la nota de Overton.

—Maestro Nedham, esta frase de «el gobierno actual» apunta a que se siente persistentemente incómodo con el Protectorado. ¿Este hombre busca de verdad la paz pública... o solo quiere ganar dinero?

—Es un viejo panfletista sin empleo regular. El departamento de inteligencia tiene un gran fondo para gastos, como ya sabe Overton.

—Podría tratarse de un engaño para intentar averiguar qué es lo que sabe Thurloe. ¿Va a reunirse con él, tal como le pide?

—Tal vez no, pero podría haber dinero de por medio. El año pasado Thurloe le pagó veinte libras por informar sobre Sexby, cuyo comportamiento no era ningún secreto de todos modos.

—¿Sexby?

—¿También lo conoce? —preguntó Nedham de manera harto significativa.

—Lo he conocido —respondió Gideon, quitando importancia a su conexión.

—¿Le importaría ir al West Country a observarlo?

—¿Es allí donde está Sexby? ¡A mi nueva esposa no le hará ninguna gracia que la deje, maestro Nedham!

Gideon intentaba evitar en lo posible verse involucrado, pero lo estaban presionando para que ayudara. Cuando el Parlamento del primer Protectorado se reunió en otoño de 1654, el malestar se hizo patente en todos los bandos. El líder de los hombres de la Quinta Monarquía, el general de división Thomas Harrison, era un fastidio constante para Cromwell. Tres coroneles del ejército (Alured, Saunders y el antiguo coronel de Gideon, Okey) presentaron una queja diciendo que Cromwell había asumido más poder del que había esgrimido Carlos I. John Wildman fue acusado de provocar un motín militar en Escocia, lo encerraron en la Torre y lo olvidaron allí. El complot escocés había arrojado un nuevo participante. Uno de los niveladores a los que el general Monck dio de baja del ejército, Miles Sindercombe, huyó a Flandes. Allí hizo contactos peligrosos: uno de ellos era Edward Sexby.

Las notas que Thurloe preparaba para el Consejo de Estado sobre estas conspiraciones eran un indicativo del amplio alcance de su espionaje. Las largas declaraciones de los testigos daban nombres, lugares donde se habían celebrado reuniones y listas de regimientos que podrían amotinarse. Se informaba sobre conversaciones reales: «Overton y Wildman hablaron de lo que no les gustaba, pero no se trazó ningún plan...». Thurloe sabía mucho más de lo que los varios conspiradores parecían darse cuenta. Pero aun así no sabía lo suficiente.

Edward Sexby estaba francamente empeñado en destruir a Cromwell. Arrestar a Sexby se convirtió en una prioridad. En Febrero, un correspondiente del West Country informó de que Sexby había estado en Somerset «hablando de una sublevación». Al cabo de dos días, llegó un informe procedente de Exeter y dirigido al Protector, en relación a los esfuerzos por preservar la paz: «Informo también a Su Alteza de que no he sido descuidado en realizar la más curiosa búsqueda de Sexby, habiendo mandado a varios grupos tras él tanto en Devonshire como en Dorsetshire...».

Las búsquedas fracasaron. Sexby no tardó en demostrar lo astuto e influyente que era: en Marzo, se creía que estaba en casa de un tal capitán Arthur, en Weymouth, «un hombre que no es considerado de principios nobles». Weymouth se encontraba cerca de Portland, el lugar en el que Sexby había sido gobernador y donde había

hecho uso de su encanto para forjar amistades firmes en toda la comunidad. Había adquirido una amante, la señora Elizabeth Ford, una mujer de rápida inteligencia y espíritu. Aquella dama sospechó de inmediato cuando un soldado acudió a la casa disfrazado como un pueblerino y fingiendo tener unas cartas para Sexby. La señora Ford dio la alarma; el alcalde y el gobernador del castillo detuvieron a los soldados enviados para arrestar a Sexby. Su falsa acusación era que los milicianos estaban intentando privar a un inglés libre de su libertad cuando no poseían una orden por escrito...

Sexby huyó. Lo siguiente que se supo de él fue que estaba en Amberes.

* * *

Se estableció vigilancia en los puertos. Los oficiales de aduanas la llevaron a cabo. Tenían que estar despiertos. Cuando Sexby escapó, otros grupos sospechosos intentaron entrar en Inglaterra. Los pasajeros de un barco que traía a un embajador del rey de Polonia fueron una verdadera pesadilla. Un hombre que no se encontraba en el grupo acreditado del embajador insultó enérgicamente a los oficiales diciendo que no tenían autoridad para interrogarlo ni detenerlo. Mientras se llevaban a este alborotador a un lugar seguro, cuatro jóvenes holandesas con aire furtivo hacían cola para ser interrogadas.

—Gerrit Pauw, veintidós años; estoy emparentada con holandeses importantes y he venido a Inglaterra para ver el país y aprender inglés.

Un hombre tranquilo que aguardaba pacientemente llamó la atención compasiva del oficial de aduanas. Los funcionarios estaban agobiados con las cortesías requeridas para el embajador polaco, desconcertados por los amodorrados chicos holandeses y desesperados por retener a un conocido realista, un tal Matthew Hutchin que también llegaba en el mismo barco y que decía que venía para llevar unas cartas a la casa de lord Newport, una casa a la que los realistas en el exilio enviaban correspondencia con regularidad, y que los agentes de Thurloe interceptaban de forma rutinaria.

—Dirk Simonse, veinte años. Soy un caballero que vive en La Haya. He venido para ver las costumbres y aprender inglés...

La persona que todavía esperaba tenía unos treinta y seis años, llevaba barba e iba vestido con discreción. Levantó su sombrero de piel de castor y saludó con la cabeza como si los atareados oficiales lo conocieran; un inglés honesto, la clase de nativo inseguro que siempre puede pasar por la aduana sin pagar derechos.

—Cornelius Van Dyke, veinte años, hijo de un velero. He venido a ver las costumbres, a aprender inglés... y a gastarme el dinero.

El hombre tranquilo cogió su bolsa como si fuera a avanzar un poco en la cola. El oficial y él intercambiaron unas sonrisas cansinas por aquellos jóvenes viajeros que querían divertirse sin la supervisión paterna, probablemente con la esperanza de que

las chicas inglesas fueran fáciles...

—Jerit Johhes, un frieslander, treinta y cuatro años... —Jerit quería ver las costumbres y aprender inglés, pero había complicado las cosas trayendo dos arcones de ropa blanca y ropa de vestir. Decía que su intención era vender la ropa blanca si podía encontrar un mercado; de lo contrario volvería a llevársela o la utilizaría él mismo... Aquello supuso un enorme fastidio, porque los arcones tenían que registrarse y eso era una pesadez.

Cuando terminaron, los oficiales vieron que el inglés tranquilo había pasado sin que ellos se dieran cuenta y desembarcaba sin que le preguntaran nada.

* * *

En cuanto salió de Gravesend, Orlando Lovell (pues se trataba de él) se sumió en el anonimato en Kent. En aquellos momentos, Langdale confiaba cada vez más en él y le había pedido que valorara la situación para el conde de Rochester, quien había entrado en el país para encabezar una revuelta que temían que estuviera comprometida. Lovell se encontró con que era muy cierto.

Como hombre de Hampshire que era, Lovell culpaba en gran parte a Kent. Aunque algunos de sus caminos poco frecuentados le recordaban a su condado natal, deploraba aquel otro condado extenso y provinciano, donde todo el mundo estaba preocupado por su propiedad en primer lugar y, si se veían obligados a ello, también por su condado, sin amor alguno por el reino en general. Allí no había grandes señores que proporcionaran liderazgo, y la gente ni siquiera se caía bien. Además de las famosas disputas entre hombres de Kent y Kentishmen, el High Weald odiaba al Low Weald, todo el mundo consideraba peculiares a los habitantes de las marismas, y la isla de Thanet era tan anárquica que algunos habían propuesto que se separara y fuera en sí misma un condado diminuto. Las familias que se habían casado entre ellas compartiendo sus fincas agrícolas se habían sometido al Parlamento durante gran parte de la Primera Guerra Civil, y solo se alzaron en masa en 1648 como reacción contra las duras sanciones y las interferencias. Lovell había estado allí.

Lo que Lovell recordaba de aquellas semanas deprimentes eran las deserciones, las separaciones, las acciones que se echaron a perder en viejos castillos apestosos y las conversaciones enojadas e interminables con hombres mediocres que no sabían recibir ni dar órdenes, todos ellos propietarios campesinos que lo único que anhelaban era escabullirse para ir a comprobar cómo estaban sus vacas y las lindes de sus campos.

Ahora estaba de vuelta en Kent, y cuando empezó a investigar la pretendida red de armamento, Lovell se llevó una gran impresión. Quedó asombrado por hasta qué punto los agentes del Protector habían descubierto los preparativos. Ya habían capturado armas y detenido a colaboradores. Lovell tuvo que andarse con mucho ojo. No tardó en descubrir cómo aquella empresa tan cara había acabado en desastre. Se

enfureció ante la falta de cuidado.

En aquella ocasión, el Partido de Acción había pretendido armar a las tropas por todo el país con la esperanza de que unos levantamientos concertados en ciertos lugares obligarían al ejército parlamentario a extenderse. Naturalmente, querían provocar sorpresa. «¡Y la echaron a perder!», gruñó Lovell con desespero. La idea había sido ambiciosa... demasiado ambiciosa para los idiotas a cuyo cargo se dejó.

La compra y distribución habían sido muy poco sofisticadas. Algunas armas tenían que ser importadas, pero la correspondencia revelaba las embarcaciones y los lugares en que atracarían. Los realistas, inocentemente, habían mandado las cartas por el servicio de correos ordinario. Utilizaron seudónimos ridículos y papeles etiquetados («Dejen esto en la casa de postas hasta que pasen a recogerlo») que pedían a gritos que algún administrador de correos con poco trabajo empezara a sentir curiosidad.

A los armeros de Londres se les había pedido que suministraran grandes cantidades de armas con excusas inconsistentes: «Lord Willoughby tiene una plantación al sudoeste de Barbados llamada Savannah, con seiscientos hombres en ella, y van a enviar un barco con armas y otras mercancías». Lovell estaba que trinaba; Willoughby, de Parham, un viejo caballero realista, debía estar esperando a que lo arrestaran después de aquel fiasco. Otras de las historias que les contaron a los armeros eran igualmente ridículas: ideas disparatadas, como la de adquirir materias primas para un proyecto que consistía en suministrar moreras para la fabricación de seda en Virginia... Y lo peor era que, tras establecer su coartada, los agentes realistas no se habían mantenido fieles a ella, sino que confesaron a los armeros que querían conocimientos de embarque falsos para frustrar las preguntas del Gobierno... y que todo aquello era una trola porque en realidad existía un plan para traer a Carlos II a Inglaterra...

Puede que un armero bebiera a la salud del rey mientras aceptaba dinero realista, pero en cuanto lo interrogaba el jefe de espías Thurloe, la lealtad a Carlos salía por la ventana.

El transporte fue una chapuza grotesca. Contrataron a transportistas ordinarios del condado para que llevaran cestos y cajas a las residencias de conocidos caballeros realistas; supuestamente contenían botellas de vino, sillas de montar o vestidos de señora. Sin embargo, las cajas estaban flamantes, se habían fabricado especialmente en reluciente madera de pino blanco y anunciaban a gritos que tenían la longitud y la medida de un puñado de mosquetes. Eran increíblemente pesadas, en ocasiones incluso demasiado pesadas para los caballos de un carretero. Los transportistas, que estaban todos vigilados por los agentes de Thurloe, naturalmente juraban no tener ni idea de lo que había en las cajas. Uno de ellos, el de Birmingham, evitó el interrogatorio tanto como pudo, haciendo que su hermano presentara una lista de artículos que había llevado desde Londres a las Midlands; en ella se confesaban varios quintales de bultos misteriosos, pero intentó confundir las cosas añadiendo:

«Dos barricas de jabón para el señor Porter de Bromsgrove y veintiún pescados, quince de los cuales eran para el informante y seis para propio uso del transportista...». Si los transportistas se negaban a confesar lo que les habían pedido que hicieran, las criadas o mozos de cuerda de las posadas londinenses en las que se almacenaba la mercancía les informaban con entusiasmo.

Era demasiado tarde para que lord Rochester se retirara a Holanda; se convenció de que aún quedaba esperanza y se fue al norte. En el continente, el rey Carlos se había trasladado a Middleburg, listo para cruzar a Inglaterra en cuanto el apoyo se afianzara. Pero Lovell tenía la sensación de que todo el plan se había ido a pique.

Se dirigió a Londres. Por el camino, volvió a pasar por Lewisham. En aquella ocasión, la vieja casa del huerto estaba vacía, aunque se habían hecho esfuerzos por reemplazar los viejos cerezos. Un vecino le informó de que la señora Juliana Lovell había vendido la propiedad a un tal Lambert Jukes, un tendero de la City. Él alquiló el huerto, pero conservó la casa y se quedaba en ella cuando estaba por la zona por negocios: el hombre estaba relacionado con la fábrica de galletas de barco que se había instalado en el viejo palacio Tudor de Greenwich.

Greenwich tenía fama de poseer más caballeros realistas que Londres por lo que, teniendo en cuenta el reclutamiento, Lovell fue a explorar. Se encontró con que los supuestos realistas eran sirvientes de la corte venidos a menos, principalmente músicos y coleccionistas de arte que se habían quedado con la esperanza de que el Parlamento les diera los sueldos que el difunto rey había dejado sin pagar. Vivían cerca del parque, esperando con tristeza la posible restauración de la monarquía. Tal vez fueran leales en teoría, pero los flautistas y laudistas eran inútiles como soldados. Si aquello era lo mejor que Lovell podía hacer, su misión sería un desastre. Sabía que había otros habitantes aún menos afables; cuando lord Norwich acampó en el parque durante el malhadado levantamiento de 1648, los barqueros de Greenwich los habían abucheado y les habían arrojado cosas.

Lovell paseó tranquilamente entre cobertizos de especuladores y embarcaderos desvencijados de la orilla del río para echar un vistazo en la fábrica de galletas. Cuando el Parlamento vendió otras residencias reales, conservó el antiguo palacio de Plasencia porque, según el cínico informante de una cervecería, no pudo encontrarse comprador para semejante monstruosidad destartalada. En aquellos momentos, se llamaba sucintamente la Casa Greenwich, y se había asignado al lord protector; Cromwell, satisfecho con Hampton Court, nunca iba allí. Los edificios, que ya estaban en mal estado, se habían resentido. Varias de las edificaciones y jardines se habían dividido en parcelas y se habían vendido. Se habían guardado caballos en el palacio donde una vez nacieron reyes y reinas; noventa familias pobres de Greenwich se instalaron en los salones de gala, hasta que los echaron para que el lugar pudiera ser una prisión para los soldados capturados durante la Guerra de Holanda. Cuando terminó la guerra el año anterior, se instaló allí una empresa para hacer galletas para la Armada. Despreciativo, Lovell imaginó a Lambert Jukes como a un comerciante

puritano de bajísima estofa.

Orlando Lovell no tenía verdadero interés por los tenderos, aunque estaba dispuesto a exigir que aquel fabricante de galletas de dos peniques le diera detalles sobre el paradero de Juliana... suponiendo que lo supiera. A primera vista, no había ningún motivo por lo que debiera saberlo.

* * *

Lovell viajó por el río hasta Londres, donde se encontró con una situación turbulenta. En previsión de la revuelta de Rochester, se había dictado una orden para embargar todos los caballos de Londres y Westminster, para que así no pudieran ser requisados por los caballeros realistas. Las carreras de caballos se prohibieron porque los acontecimientos eran una tapadera para la conspiración. Detuvieron a muchos miembros conocidos del Partido de Acción. Se intensificó la seguridad. Se organizó una nueva milicia de la ciudad. Se reclutaron tropas adicionales para la Torre de Londres. Había espías por todas partes vigilando a los realistas.

Las revueltas de principios de Marzo no prendieron. En Yorkshire, solo unos trescientos hombres acudieron a un encuentro planeado con lord Rochester. Otras rebeliones por todo el país resultaron igualmente decepcionantes, incluso la más ambiciosa, la del coronel Penruddock, en Wiltshire. Sus cabecillas fueron capturados y luego ejecutados o deportados. A Rochester lo capturaron cerca de Aylesbury, pero sobornó a un posadero y escapó de vuelta al continente. En cuestión de quince días, Cromwell se sintió lo bastante seguro como para anular el estado de alerta de la milicia.

Semanas después, Orlando Lovell estaba en Flandes; sus movimientos antes de aparecer por allí fueron, como de costumbre, misteriosos.

* * *

La incautación de los caballos de Londres provocó el malestar local. Gideon Jukes poseía entonces la vieja montura de Robert Allibone que, entre quejas por el coste, mantenía en una caballeriza de una posada de Holborn. Una mañana, cuando acudió a la llamada de un excitado mozo de cuadra, se encontró con que unos soldados estaban llevándose su caballo.

—¿Quieren a *Rumor*? ¿Un rocín viejo, nervioso e irritante que solo se preocupa de enderezar sus pasos a las tabernas para beberse un cubo de cerveza?

—Todos los caballos utilizables...

—¡Este no se incluye entre los utilizables!

—... tienen que llevarse a la Torre de Londres.

—¡Qué barbaridad! *Rumor* no es un traidor. Ha jurado lealtad al Protectorado.

—Yo solo cumplo con mi deber, capitán Jukes. —Aquel día Gideon estaba utilizando su rango con la esperanza de que eso le daría cierta ventaja en la discusión.

Rumor aumentó sus dos peniques de valor. Mordió al soldado que intentaba ponerle los arreos.

—Mire... no tenemos sitio para poner a todos estos animales. El coronel Barkstead está muy nervioso; Tower Green parece la feria equina de Smithfield... Hay dos soluciones, capitán —el sargento se volvió a mirar a Gideon y le hizo una petición descabellada—. Podemos sacrificarlo, con lo cual se malgastaría una bala, o puede usted esconderlo en un cobertizo hasta que todo haya terminado.

—¡Hecho!

Apenas acababa de salvar al caballo, por razones sentimentales, Gideon se dio cuenta de su error. En la imprenta no había ningún cobertizo. Si *Rumor* accedía a moverse, tendría que llevárselo de su establo habitual y llevarlo a Shoe Lane. Allí, algún colaborador debería convencerlo para que se metiera en el cobertizo del patio trasero, al cual solo podía accederse a través de la mercería de Juliana. El caballo relincharía, dejaría excrementos y barro en el suelo; se rompería el cristal del escaparate, habría que apoyarse en los frágiles armarios, cintas y paquetes de alfileres saldrían volando por los aires, por no mencionar a la clientela atónita y a la tensa propietaria. Antes de pedírselo siquiera, Gideon sabía que Juliana diría que aquello no estaba incluido en su contrato matrimonial.

Su aprendiz, Miles, se negó a involucrarse. A Gideon se le ocurrieron dos soluciones. No se lo pidió a su querida esposa, se limitó a informarla, con la despreocupación propia de un cabeza de familia que está convencido de que todas sus propuestas emanan sentido común. (Se dio cuenta de que se había vuelto como su padre de un modo peligroso). Lo más astuto que hizo fue pedir un cubo prestado, lo llenó de cerveza y lo llevó delante de *Rumor* para inducirlo a avanzar, esperando que, con un poco de suerte, no se distrajera con los cestos de brillantes artículos con aspecto de delicias para mascar...

Aparte de este pequeño incidente, su vida en común continuó siendo una balsa de aceite.

CAPÍTULO LXXVI

AMBERES Y LONDRES, 1655-1656

El lord protector debería tener mucho cuidado. Todavía sigue habiendo muchos movimientos turbios...

(De los Documentos de Estado de John Thurloe)

Edward Sexby estaba en Holanda. Vivía disfrazado en Amberes. Durante un tiempo se le unió Richard Overton, financiado por Thurloe para que espicara a Sexby, aunque Gideon Jukes había considerado a Overton sospechoso. Sexby le hizo propuestas a sir Marmaduke Langdale afirmando que, si se ofrecía protección para las libertades populares, él estaría encantado de ver al rey restaurado en el trono. Podían trabajar juntos para conseguirlo.

Langdale tenía dudas.

—¿Usted qué opina, Lovell?

—Yo no me fiaría de este rebelde ni para darle un cuenco de agua a un perro.

—Parece persuasivo. Se ha ganado la confianza del conde de Fuensaldaña. —Ese era el comandante en jefe español en los Países Bajos, con quien, de algún modo u otro, Sexby se las había arreglado para entrevistarse personalmente. Esta insólita relación tuvo graves consecuencias para el gobierno de Cromwell, porque Sexby reveló a España el Designio Occidental, el malhadado intento del Protectorado por capturar Cuba. También ofreció organizar un motín en la flota inglesa, cosa que los españoles parecieron creer que era alcanzable.

Sorprendentemente, Fuensaldaña envió a Sexby a Madrid. El desinhibido Sexby realizó peticiones de ayuda formales para provocar una rebelión en Inglaterra, una misión de la cual, por increíble que pudiera parecer, regresó tanto con promesas como con dinero. Era bien sabido que el Gobierno español andaba muy necesitado; sin embargo, se rumoreaba que Sexby le sacó cien mil coronas; lo que sin duda era cierto es que envió a Inglaterra ochocientas libras, de las que Thurloe se incautó.

—¡Este nivelador ha logrado tener más éxito que el rey con los españoles! —se maravilló Lovell. La opinión de Lovell sobre las perspectivas de Carlos II con los españoles coincidía con las dudas que sobre dicho tema había expresado a John Thurloe uno de sus observadores de confianza: «Este joven ha crecido siendo reservado y receloso, confiando sus secretos a muy pocos, ocupándose él mismo de sus propios asuntos, por lo cual es fácil imaginar lo que es probable que salga de ello. Los ministros españoles acostumbraban a no ser rival para un joven». Lovell también tenía la sensación de que el joven rey Carlos fracasaría, aunque tampoco podía decirse que tuviera mejor opinión sobre las capacidades de Edward Sexby—. Sexby

actúa completamente por iniciativa propia, y sin embargo se ha convertido en un intrigante internacional peligroso.

Las tortuosas relaciones de Sexby con los realistas estaban casi naufragando, principalmente debido a las sospechas de Langdale.

—Aliarme con estos extremistas hace que me hierva la sangre, Lovell.

—Pero estamos desesperados. —Lovell todavía tenía un mal sabor de boca por lo que había visto en Inglaterra—. La rebelión de Rochester fue un desastre muy caro, y nos hemos quedado sin recursos. Debemos utilizar a Sexby para que mate a Cromwell por nosotros. Una vez lo consiga, podremos distanciarnos.

* * *

La alarma reinaba en el ambiente. El doble agente de Thurloe en la corte del joven rey, Henry Manning, había quedado expuesto. Carlos II lo hizo arrestar de inmediato. A Manning lo mataron de un disparo en un bosque solitario de las afueras de Colonia. El incidente subrayó el hecho de que no se podía confiar en nadie. El propio Orlando Lovell sugirió ponerse manos a la obra para estrechar mucho más la vigilancia de las intrigas de Sexby.

Los dos hombres se reunieron. Harto de ir escondiéndose con un disfraz, Sexby dio una impresión malhumorada, huraña e intratable. Lovell le dijo a Langdale que aquel hombre estaba más interesado en destruir a Cromwell que en restaurar al rey. A pesar de ello, Orlando Lovell dedicó un poco de tiempo a Sexby. Ambos eran solitarios, forasteros, y aspiraban a más de lo que en cierto modo parecía apropiado.

Langdale había descubierto en Richard Overton a un tipo mucho más simpático, pero a finales de año Overton regresó a Inglaterra. Se alojó con su anterior casero, el coronel Wetton, donde volvió a hallarse de nuevo bajo la vigilancia de Gideon Jukes. Gideon se enteró de que Overton se dedicaba entonces a reeditar un tratado que había escrito hacía diez años y que se llamaba *La moral del hombre*. Fiel a su espíritu baptista durante toda su vida, en él argüía que el alma muere con el cuerpo. Dado que la inmortalidad del alma era un principio cristiano fundamental, muchos cristianos contemplaban la idea con horror. Gideon era lo bastante sectario como para compartir la opinión de Overton. Sin hacer referencia alguna a la teología, informó debidamente de que, por lo que él sabía, Overton se había alejado de la intriga política y ya no estaba trabajando con Sexby.

Hasta mediados de 1656, los planes de Sexby no alcanzaron el punto en el que se arriesgó a escribir a su otro antiguo asociado en Inglaterra, el encarcelado John Wildman, insinuando que su gran empresa estaba en marcha:

Mi querido amigo:

Hace ya un año y dos meses que abandoné Inglaterra, y aún ha pasado

más tiempo desde que le escribí y recibí noticias de usted. Lamento su situación, pero le ruego que se conforme; no todas las esperanzas de libertad se han perdido. Yo tampoco desespero todavía, porque volveré a ver Inglaterra antes de morir, y usted también...

¡Lo que daría por un discurso suyo ahora! Pero sabiendo que no puede ser, conversemos pues de esta forma, si es posible. Comprendo que está muy desmoralizado: tiene los mismos motivos para estarlo que cualquier otro prisionero. Pero aunque su injusto juez y los miembros de su élite crean estar tan seguros de que no hay peligro de caer, yo le digo que no van a mantener mucho tiempo dicha opinión... Ese apóstata cree que me conoce... Recuerde lo que le digo..., su alma (aunque orgullosa como la de Lucifer) se apagará en su interior.

Estoy y voy a estar siempre, mi digno amigo, a su entera disposición hasta la muerte.

Thomas Brooke
Amberes, 28 de Mayo de 1656.

Thurloe interceptó esta arriesgada carta de «Thomas Brooke». Al cabo de unas pocas semanas, John Wildman fue puesto en libertad repentinamente. Entonces era él quien se suponía que actuaba como doble agente para Thurloe. Sin embargo, fue Lockhart, el embajador inglés en Francia, quien escribió en Julio diciendo que, en efecto, Sexby había ido a Inglaterra: «... No pude averiguar dónde estaba, pero me aseguraron que sus intenciones eran peligrosas...».

En realidad, Sexby se estaba retirando de la acción directa y se estaba convirtiendo en un titiritero. Del mismo modo en que una vez dirigiera a los «agitadores» del ejército, entonces empleó a un hombre prácticamente desconocido que había huido al extranjero desde Escocia cuando el general Monck estaba poniendo al descubierto el complot de los oficiales: Miles Sindercombe.

A Orlando Lovell le habían presentado a Sindercombe.

Con las quinientas libras, la armas y la munición que le había proporcionado Sexby, Miles Sindercombe viajó a Inglaterra de incógnito para reunir a un grupo de seguidores. Retomó viejos contactos con soldados descontentos, en particular con un miembro de la guardia personal de Cromwell que podía pasarle información sobre los movimientos de este. Sindercombe iba acompañado por un hombre llamado «William Boyes», que utilizaba varios disfraces y nombres. Lo único seguro sobre Boyes era que ningún miembro del grupo de Sindercombe sabía mucho sobre él. Se había unido a ellos antes de que se les ocurriera hacer preguntas. De un modo u otro, se situó en el corazón de sus maquinaciones. Lo que hacía parecer útil a Boyes era la promesa que hacía con gran certeza de que, en cuanto la muerte de Cromwell creara un vacío de poder en Inglaterra, tenían asegurado el apoyo por parte de Carlos II. Esto sugería que el hombre era un realista, uno que tenía acceso privado al rey.

Con gran habilidad, Sexby estableció una red que incluía a unas treinta o cuarenta personas. Dispuso que solo dos de ellas llegaran a conocer la identidad de los demás. Aunque él continuó siendo un misterio, Boyes conocía a todo el mundo.

* * *

El grupo alquiló una tienda en King Street, en el antiguo entorno de Westminster, cerca de la abadía. Desde allí, esperaban asesinar al Protector al paso de su carruaje.

Mientras esperaban para poder intentarlo, el hombre al que llamaban Boyes tomó un alojamiento para él solo. Primero alquiló una habitación en casa de la viuda de un realista muerto, al que había conocido en la rebelión de Kent, una tal señora Elizabeth Bevan.

CAPÍTULO LXXVII

LONDRES, 1656

Se informa aquí, de manera verosímil, de que los caballeros realistas tienen otro plan entre manos. Sin duda se trata de unos locos que no pueden darse cuenta de que el Señor ha malogrado todos sus proyectos. Deseo que el Señor nos asiente en la paz, que podamos entrar en nuestras propiedades, que seamos capaces de satisfacer a nuestros acreedores y, luego, que podamos seguir con nuestros empleos tranquilamente...

(De los Documentos de Estado de John Thurloe)

Cualquier familia con aspiraciones, o al menos una familia en la que hubiera hijos varones, tenía que dedicar mucho tiempo y esfuerzo al tema de las escuelas. En las zonas rurales, la elección era limitada porque solo las grandes ciudades tenían escuelas primarias, pero en Londres había suficientes como para ocupar la conversación de todas las cenas durante meses. Para los Jukes de Shoe Lane, la situación se precipitó por la noticia de un legado que el padrino del hijo menor de Juliana le había prometido para el niño. Finalmente, se validó el testamento y el dinero estuvo disponible. Edmund Treves había estipulado que ese dinero había de servir para enviar a Valentine a estudiar tres años en la universidad de Oxford, pues deseaba que Val fuera a su mismo colegio universitario de Saint John.

Largos debates resultaron de ello. Los chicos, con doce y diez años, tenían una edad lo bastante parecida como para que los celos estuvieran a flor de piel. Ya estaba muy claro que era mucho más probable que fuera Valentine quien se beneficiara de este regalo y no Tom; no obstante, Tom creía que era él quien debía resultar favorecido, puesto que era el primogénito. Apeló a Gideon, que no quiso entrometerse porque él también había sido el segundo hijo.

—¿Por qué yo no tengo padrinos, madre?

—Los tuviste. Eran una pareja irlandesa llamados McIlwaine, uno de los cuales ha fallecido con toda seguridad...

—¿Irlandeses? —preguntó Gideon un tanto receloso. Fingió que era pura pose, aunque se sintió francamente inquieto.

—Sí, querido, te has casado con una realista incorregible con relaciones siniestras. ¡Creía que eras consciente de ello!

Si se les pedía la opinión, los dos niños eran lo bastante pequeños como para sumirse en un comportamiento ridículo o en una profunda preocupación secreta. Ningún niño de esa edad está en disposición de saber lo que quiere para su futuro. Sin embargo, era un tema que había que discutir. El legado había causado más

complicaciones de las que había resuelto. Si Valentine tenía que ir a la universidad, debía estar preparado para ello y tenía que empezar enseguida. Había que encontrar dinero para la escuela. Con los dos sueldos que entraban en la casa, el dinero no era un problema demasiado grave para los Jukes. Pero si Valentine iba a recibir educación, Thomas debía tener la misma oportunidad... y así empezaron las discusiones sobre las escuelas.

Juliana sabía que Edmund Treves había asistido a la Merchant Taylors' School, pero estaba en Saint Lawrence Pountney, a una gran distancia en la City de Londres; teniendo en cuenta que las clases empezaban a las seis o las siete de la mañana, solo sería factible si los chicos se quedaban internos. Por otro lado, Gideon se enteró de que el director de la Merchant Taylors' había sido interrogado como «director pernicioso» porque se creía que tenía tendencias realistas; el hombre era miembro de la Stationers' Company, que recientemente había tenido problemas por publicar material católico. Después, a Juliana le gustó lo que oyó sobre Westminster, la antigua escuela de Ben Jonson, hasta que Gideon descubrió que seguía ocupando un edificio de la abadía, y que el director había encerrado dentro a los chicos durante la ejecución del rey para evitar que fueran a verla; Juliana se horrorizó al enterarse de que, en ciertas ocasiones, los niños trepaban al alto tejado para poder ver el Parlamento. Se decidieron por Saint Paul's School, donde toda la enseñanza se impartía en latín o griego. Si querían tener posibilidades de salir adelante, primero había que mandar a los niños a un profesor particular para que les enseñara los rudimentos de los clásicos.

Marchamont Nedham, el redactor, les había regalado un tratado, *Sobre la educación*, de John Milton, el secretario de Lenguas Extranjeras. Milton, al igual que Gideon y Lambert, se había criado en Bread Street, donde su padre era un escribano, muy dotado para la música y un gran partidario de la educación. Milton incluso había establecido una escuela, aunque al principio fue para sus propios sobrinos. Gideon le echó un vistazo, y luego dejó que Juliana leyera el dificultoso ensayo.

—Gideon, él recomienda establecer una academia en la que pueda emprenderse todo el proceso, desde los doce a los veintiún años. La jornada se dividiría en estudio, ejercicio y dieta. El estudio empezaría con buena gramática y pronunciación clara, después: latín, griego, aritmética, geometría, religión por las noches después de la cena, autores sobre agricultura, teoría y práctica de interpretación de globos terráneos y mapas, geografía, astronomía, trigonometría y, además, fortificación, arquitectura, ingeniería y navegación. Para iluminar sus estudios deberían exponerse a «la práctica experiencia de cazadores, cetreros, pescadores, pastores, jardineros, apotecarios y, en otras ciencias, arquitectos, ingenieros, marineros y anatomistas». Poesía. Ética. El conocimiento de la virtud y la aversión al vicio. Historia sagrada, política, derecho, hebreo, y tal vez también caldeo y sirio... Y me gusta especialmente cuando añade: «Y bien ahora, o antes de esto, podrían haber aprendido en algún rato libre la lengua italiana». Sin embargo, no veo que mencione el francés.

Debe de ser un fallo...

Gideon y Juliana, como padres que leían mucho pero que ninguno de ellos había recibido una educación formal prolongada, se miraron con cierta agitación.

—A Val se le ha dado una oportunidad maravillosa, aunque puede que Tom se rebele contra ello —el tono de Gideon era casi gracioso—. No temas querida. Me atrevería a decir que incluso Val seguirá queriendo sentarse con nosotros alguna vez para tomar un plato de estofado, mientras su perro *Muffle* lame los dedos suavemente.

Marchamont Nedham los instó a que enviaran también a los chicos a una escuela de caligrafía para que les enseñaran buena letra; habló con aire pensativo de un sistema llamado «Zeiglografía, o un nuevo arte de taquigrafía inédito más fácil, exacto, rápido y corto que cualquiera de los que habían existido hasta el momento. Fue creado y compilado por Thomas Shelton, y es el resultado de sus últimos treinta años de estudio».

Finalmente tomaron una decisión. Durante un par de años, un profesor particular enseñó los clásicos a los niños, hasta que inscribieron a Thomas en Saint Paul cuando cumplió los doce años. Entonces Valentine avanzó a pasos de gigante cuando empezó a trabajar solo con el profesor; era un ratón de biblioteca introvertido que absorbía los conocimientos como una esponja de mar. Sin embargo, Tom odiaba la escuela. Él no era un lingüista innato. La literatura clásica no le decía nada. La facilidad de aprendizaje de Valentine solo conseguía hacer que Tom se muriera de vergüenza. Cuando se acercaba el día de su cumpleaños, a finales de 1656, Tom le recordaba muchísimo a Gideon su propia infelicidad a esa misma edad.

Un rayo de sol en la vida de Tom fue que había expresado interés por la música. Anne y Lambert se ofrecieron a pagar clases de música, y Anne le regaló las dos violas que Robert Allibone le había dejado en su testamento. Valentine no quiso participar, de modo que las clases de música eran todas para Tom. El muchacho ganaba confianza cada vez que salía en sus expediciones solitarias para ir a ver a su profesor, encorvado bajo el estuche de una viola que cargaba diligentemente a la espalda. También estrechó la relación con sus benefactores. Juliana insistía en que tocara para Lambert y Anne de manera regular y les enseñara lo que estaba aprendiendo. Para entonces, los chicos habían descubierto que Lambert había sido un ranter; lo consideraban una figura sumamente fascinante. Tom y Lambert se llevaban especialmente bien. En alguna que otra ocasión, cuando en casa había habido jaleo, Tom se marchaba hecho una furia y llevaba sus problemas a Lambert, quien le guiñaba un ojo a Anne y se llevaba al muchacho a la tienda, donde se escondían juntos entre las especias y hacían inventario hasta que el disgusto quedaba olvidado.

Por lo que sabía de los primeros años de vida de Orlando Lovell, Juliana se sentía aliviada de que su hijo hubiera encontrado a alguien a quien obedecería, alguien que se tomaría un interés de amigo. Sin embargo, ni siquiera Lambert fue capaz de prevenir lo que le ocurrió a Thomas Lovell aquel otoño.

Por lo que sabía de su padre, Orlando Lovell, el desastre no fue una auténtica

sorpresa.

* * *

Era el período de las elecciones para el segundo Parlamento del Protectorado de Oliver Cromwell, el primero en el que el electorado votó formalmente, la primera votación de ese tipo desde el inicio de la Guerra Civil. En aquellos momentos, Inglaterra se hallaba gobernada por el experimental Imperio de los Generales de División. Se había tomado la decisión de reducir los efectivos y el coste del ejército permanente, pero reforzándolo con milicias locales. En diez distritos administrativos dichas fuerzas fueron reunidas y dirigidas por generales de división del ejército parlamentario, entre cuyas responsabilidades se incluían la de controlar a los realistas y ayudar a las autoridades civiles regulares en temas rutinarios... o interferir en ellos, tal como lo veían los jueces de paz locales y el público en general. Al menos, aquel sistema tan impopular había funcionado a la hora de proporcionar una respuesta armada a los levantamientos realistas de 1655. En parte eso explicaba por qué al año siguiente, Sexby y Sindercombe tomaron un enfoque distinto. Se concentrarían primero en la eliminación violenta de Cromwell.

En verano de 1656, la preocupación principal de los generales de división era investigar cuidadosamente a los candidatos para las elecciones parlamentarias y presionar a los comités de selección. Toda clase de personas apoyaban al Parlamento. Los realistas realizaron un esfuerzo conjunto para ser elegidos, aunque tuvieron que hacerlo con hábiles subterfugios. A pesar del preocupado escrutinio que realizaron los generales de división, posteriormente el Consejo de Estado de Cromwell rechazó a casi un centenar de nuevos diputados. Esto causó mucho descontento entre los que habían sido rechazados, unos hombres a los que entonces, afanosamente, Edward Sexby intentó ganarse desde el extranjero. No obstante se creó una especie de Parlamento, y Cromwell tenía que proclamarlo el 17 de Septiembre. Se decía que su persona corría peligro de padecer un atentado.

En Agosto, Will Lockhart, el embajador de la Commonwealth en Francia, retuvo su puesto gracias a súplicas y sobornos, y así pudo escribirle una nota desesperada a Thurloe:

Me han informado con seguridad de que el coronel Sexby ha regresado a Flandes, y de que estuvo encerrado en una habitación durante muchas horas con el que es embajador español en Inglaterra. Aunque no se conocen los detalles de la conversación, me han confirmado lo siguiente: que los españoles están muy satisfechos con su negociación y esperan grandes beneficios de ella... También les ha dado esperanzas de que, en cuanto desembarquen fuerzas en Inglaterra, estando C. Estuardo y su hermano a la

cabeza de las mismas, habrá varios miembros del ejército que declararán a su favor... Señor, en este momento sus enemigos tienen muchos hierros al fuego; deseo fervientemente que no solo algunos, sino todos ellos se enfríen con prontitud.

Sexby reapareció en Flandes después de que se abandonara la primera idea de Miles Sindercombe. Este había pensado que podrían disparar contra el carruaje de Oliver Cromwell cuando pasara por una parte muy estrecha de King's Street, en su ruta habitual hacia el Parlamento. La tienda que Sindercombe había alquilado a un sastre, un tal Edward Hilton, sin embargo, no tenía una ruta de escape decente. Los conspiradores no buscaban convertirse en mártires; ellos siempre se aseguraban la huida después de un intento. Aquel plan prometedor se había abandonado, con lo que en la casa quedó un baúl grande con armas.

No se rindieron. La obsesión de Sexby sobrevivió a aquel revés. Iban a intentarlo de nuevo cuando el Parlamento se proclamara de manera oficial en Septiembre. Se dispersaron temporalmente. William Boyes, el misterioso realista, seguía alojándose con una viuda. Su esposo se había ahogado mientras participaba en la Segunda Guerra Civil, en medio del pánico durante la huida desesperada de Norwich hacia el otro lado del Támesis, desde Greenwich. Su nombre era Bevan.

La cháchara de la viuda volvía loco a Boyes. Sus insinuaciones lo ofendían. Sus hijos eran una pesadilla ruidosa. Estaba planeando marcharse a la francesa. Poco antes de «escapar», Elizabeth Bevan había intentado congraciarse con él diciéndole que enviaría a remendar un conjunto andrajoso que había encontrado colgado en la percha de la puerta de su habitación. Boyes, que había llegado vestido de manera respetable como un caballero, ocultó una sonrisa mientras admitía que utilizaba ese traje hecho jirones cuando quería disfrazarse de clérigo pobre. Y con un ramalazo de encanto inusitado le murmuró a la señora Bevan que suponía que no era necesario que le explicara por qué...

Elizabeth bajó la voz.

—¡Queda perfectamente entendido! Guárdese sus harapos, señor Boyes, y le deseo lo mejor en sus designios. —Se ajustó la tremenda pechera y escudriñó detenidamente a Boyes—. Hubiera llevado su ropa a una dama con la que tengo una leve conexión. Se la considera una costurera excelente y tiene una mercería. En realidad tiene... o debo decir que antes tenía, el mismo apellido que un hombre al que mi esposo conoció en la rebelión de Kent. Era un gran caballero realista, muy seguro de sí mismo y un intrigante decidido que, según se decía, había combatido con el príncipe Rupert. Se llamaba Lovell. Creo que era coronel en su ejército. ¿Lo conoce, maestro Boyes?

—Creo que sí —respondió alargando las palabras—. Y me gustaría retomar el contacto con su esposa. ¿Puede usted indicarme el paradero de la señora?

—¡Por supuesto que sí! —dijo Elizabeth Bevan con una sonrisa, con los brazos

cruzados sobre el pecho y una expresión tan amable que difícilmente podría haberse interpretado como malicia.

* * *

Entonces el «señor Boyes» cometió un grave error, lo cual no era nada habitual en él: abandonó la casa de la viuda sin pagarle el alquiler.

Después de darle muchas vueltas y con la esperanza de sacar algún beneficio, Elizabeth se levantó y se fue a ver a Gideon Jukes. Confesó lo que le había contado al caballero.

—Ya sabes, Gideon, soy la mujer más leal de toda la Commonwealth, y creo que es mi deber advertirte de este renegado peligroso...

A Gideon se le entrecortó la voz:

—¿Le dijo que Juliana se había vuelto a casar?

—¡Era una viuda sola en mi casa con un hombre armado y colérico! Me acobardé. Temí que me matara. —Su amedrentamiento era verosímil, aunque Gideon imaginó que, si ella hubiera querido, no habría dejado de soltar alguna indirecta.

—Ha estado alojando a un «delincuente» —gruñó él—. Lo mejor es que vaya al departamento de inteligencia con su historia, y la esperanza de que no la interroguen con demasiada severidad. De ese modo puede que salve la piel.

—¿Y qué harás tú? —preguntó Elizabeth con curiosidad.

—Ese hombre es un desafecto, pero no representa un peligro para mí. —De todos modos, a Gideon le palpitaba el corazón.

CAPÍTULO LXXVIII

SHOE LANE, 1656

Orlando Lovell estuvo vigilando la tienda desde una entrada durante varias horas. Era un edificio de fachada estrecha, con la anchura de una habitación y quizá dos de fondo, tres pisos de altura y mejor conservado que los de al lado. Se hallaba en medio de un callejón que salía de Shoe Lane, en un barrio comercial más deslucido que peligroso. En Londres había agujeros apestosos peores que aquel. Al doblar la esquina, una prostituta lo había abordado de forma poco entusiasta, pero no hizo ademán de seguirlo por el callejón y tampoco lo maldijo cuando él la ignoró. Unos gorriones picoteaban en el arroyo.

Una sucesión de mujeres de todas las formas, tamaños y calidades, algunas de ellas sirvientas, entraban en la tienda; la mayoría de ellas salían llevando paquetes pequeños. A través de los vidrios *crowns*, daba la sensación de que era una chica joven quien las servía. En ocasiones, las acompañaba a la puerta cuando se marchaban y les hacía una educada reverencia. Tendría unos dieciséis años; era demasiado joven para tratarse de la tendera, pero por lo visto aquel día estaba sola. Llevaba un delantal marrón sin planchar sobre una falda color azafrán, y una chaqueta con cuello y el cabello oculto de forma respetable bajo una cofia blanca. Aunque su rostro era como una magdalena blanca a medio hornear, poseía unos ojos que un hombre que considerara que se había mantenido casto demasiado tiempo podía convencerse de que eran lascivos. Lovell se la comía con los ojos, tal como tenía que hacer un caballero realista, si bien el hecho de pensar que era la empleada de su esposa actuó como un elemento disuasorio natural.

A eso de media tarde, Lovell se aburría. Ya no se veía a la joven dentro de la tienda. Él se acercó; ya había oído que había una campanilla colgada en la puerta, pero la abrió con suma lentitud y logró entrar sin hacerla sonar, solo con un leve estremecimiento. La tienda era pulcra y repleta de productos: se respiraba prosperidad. Por un momento, se quedó allí valorando el hecho desagradable (para él) de que su esposa, Juliana Lovell, se dedicara entonces nada menos que al comercio. ¿Quién sería el bastardo sin sentido de lo correcto que la habría metido en eso?

Caminó sin hacer ruido junto al largo mostrador, y entró en un vestíbulo situado al pie de las escaleras donde se quedó escuchando, pero no oyó nada. Se lijó en una vieja espada, que le pareció reconocer, colgada de un clavo. Recorrió un pasillo de adoquines y fue a parar al patio trasero. Pasó junto a dos cuencos con agua, era de suponer que para un par de perros. Su esposa todavía no había adquirido el jardín que antes anhelaba, pero había unas mitades de barril alineadas en la pared más soleada de aquel espacio interior, en las que se habían plantado hierbas aromáticas. Un

caballo poco atractivo le dirigió un resoplido desde la puerta de un establo. Descubrió el excusado y, como cabía esperar de alguien como él, lo utilizó descaradamente.

Al salir, percibió movimiento. Regresó a la tienda esperando sorprender a una mujer; no vio a nadie, entró en un pequeño salón y se sobresaltó al ver a un tipo alto estirado detrás de un mostrador, sujetando una tabla. Por lo visto se disponía a clavar un anaquel adicional. Orlando Lovell se encontró siendo evaluado como un ladrón en potencia por quien él suponía que era un obrero contratado.

El hombre iba en mangas de camisa y llevaba el cabello rubio despreocupadamente despeinado. Tenía ese tipo de piel clara medio traslúcida que acompañaba a unas cejas prácticamente invisibles y a unos ojos azules. No obstante, no había en él nada afeminado. Su rostro era masculino, su constitución fuerte, su porte competente. Durante el resto de su vida, estaría marcado por su servicio en el ejército parlamentario. Era mucho más de lo que Lovell había visto en él de momento.

Había hombres que sabían colocar anaqueles. Eran conscientes de su superioridad. Otros se limitaban a andar por ahí fingiendo que podrían si tuvieran que hacerlo. Orlando Lovell, el intruso, era uno de estos últimos. Como carpintero a tiempo parcial, Gideon Jukes sabía lo que se hacía. Era el hijo de un hombre al que le habían encantado los proyectos; John Jukes se había tenido que equipar con habilidades para no quedar a merced de unos artesanos desganados que prometían acudir el jueves y, llegado el momento, no aparecían.

Gideon tenía la boca llena de clavos y no se molestó en hablar. Con el martillo en una mano y el anaquel en la otra, le dio la espalda al extraño y continuó con su tarea más o menos calmadamente. Ya había clavado un soporte en un extremo, por lo que niveló el estante colocando encima un platillo con agua, clavó el otro soporte dando primero unos golpecitos ligeros, y luego lo encajó bien asestando unos buenos martillazos. Tal vez los golpes fueran un poco más fuertes de lo que era necesario. Cuando hubo aliviado sus sentimientos, entonces se dio la vuelta y miró a Orlando Lovell.

Gideon sabía quién era. Desde la visita de Elizabeth Bevan se había estado esperando aquello. Tenía el factor sorpresa de su parte, aunque vio que eso no hacía que la situación fuera más fácil.

Gideon estudió a su rival. Orlando Lovell, alias William Boyes, tenía aspecto de ser un hombre al que tener en cuenta. Era fornido, de huesos pequeños, complexión sanguínea, seguro de sí mismo hasta el punto de la arrogancia, con unos ojos de párpados grandes que veían demasiado y ocultaban mucho. Tenía el cabello castaño y largo, descolorido por el sol en las puntas que se enroscaban sobre sus hombros. Llevaba barba, aunque Elizabeth Bevan había dicho que siempre iba bien afeitado. Se estaba haciendo pasar por un caballero. Su traje era de color gris oscuro, la capa y el sombrero negros. Una mano enguantada yacía cómodamente en la empuñadura de cesta de una espada. Si había traído pistolas con él, no se hallaban a la vista.

No parecía mucho mayor que Gideon. Unos cuantos años, tal vez. La guerra lo había curtido y castigado. Nada cambiaría eso. Sin embargo, uno y otro habían luchado por motivos muy distintos.

—Usted debe de ser el coronel Lovell.

—¿Y quién demonios es usted? —un acento educado, lo bastante altanero como para irritar a un londinense.

—¡El esposo de su mujer! —respondió Gideon alegremente. Dejó una discreta pausa para que la respuesta hiciera mella—. Esta situación es incómoda para ambos. Sugiero que no nos estrechemos la mano.

Lovell se lo quedó mirando fijamente. Gideon tuvo la satisfacción de ver que el hombre se sulfuraba bajo su piel curtida. Pero Lovell se recuperó; sabía cuánto tiempo había pasado desde que se puso en contacto con Juliana la última vez, y aceptaba el hecho de que ella se hubiera visto obligada a rehacer su vida. Eso no significaba que él fuera a permitirlo.

—¡Me ha robado a mi mujer! ¿Dónde está?

—No está aquí. Tendrá que enfrentarse a mí.

—¡Es un «cabeza redonda»! —Lo acusó Lovell con repugnancia. Él utilizaba el término «cabeza redonda» como un insulto; Gideon se limitó a ponerse en guardia y se sintió orgulloso de ello—. Supongo que le satisface ultrajar a un enemigo.

Gideon mantuvo la calma.

—¡Eso es un truco retórico de caballero realista! Además, Juliana no es mi enemigo.

—¡Perro! ¿Quién es usted?

—Soy el capitán Gideon Jukes, antes en el Nuevo Ejército Modelo. Todo contra lo que usted lucha, todo lo que odia.

Eso era cierto, sin duda, pensó Lovell agriamente.

—¡Un rebelde!

—No, señor. Un hombre de la Commonwealth. Ahora el rebelde es usted.

—No voy a consentir esto.

—Oh, sí que lo hará, coronel. Es un proscrito. Hace días que las autoridades saben que está en Londres. Lo detendrán tarde o temprano.

La calma de aquel hombre enfurecía a Lovell.

—He venido a buscar a mi esposa.

—Pues se marchará con las manos vacías.

—Eso ya lo veremos.

—Para ella es usted un hombre muerto. —Gideon fingió explicárselo—. Ella creía que se había ahogado. Usted dejó que lo pensara así, la dejó abandonada y en la miseria. El tiempo que permite la ley expiró. Ella se casó conmigo, ahora no querrá saber nada de usted.

—¡Ha convertido a mi mujer en una rebelde!

—¿Convertido? ¡Oh, no! —replicó Gideon con suavidad—. ¡A Juliana no! Me

gustó tal como vino a mí. Nunca fue mi intención cambiarla.

Lovell alzó el mentón. Apenas podía creer semejante ultraje, pero aun así se controló lo suficiente como para decir con fingida educación:

—Bien, señor. Le agradezco que haya cuidado de mi familia. Ahora su tarea ha terminado. Ahora se los recojo. Voy a tener lo que es mío...

—¡No, señor! —le espetó Gideon con absoluta rotundidad—. ¡Ahora son míos!

Se sorprendió a sí mismo. También sorprendió a Lovell.

* * *

Orlando Lovell agarró la espada, aunque la habitación era demasiado estrecha para emplear el arma. Gideon le leyó el pensamiento. Se inclinó con rapidez y abrió un cajón bajo en el que Juliana guardaba un galón caro. Las bobinas eran abultadas; el traje de boda de un hombre podía necesitar hasta cien yardas de galón ornamental. Pero aquel material era espantoso, de un color púrpura con lentejuelas. Gideon había tenido la seguridad de que Juliana no miraría allí dentro. Estaba en lo cierto, y encontró lo que había escondido preparándose para este momento. Descansando entre las bobinas de cinta decorativa, había un arma. Cuando Gideon se incorporó cerrando el cajón de un puntapié, empuñaba una pistola. Lovell no tenía manera de saber si ya estaba cargada de antemano, pero vio que estaba a medio amartillar. Era una buena arma. Aquella era nueva, brillante, bien cuidada, no una antigualla oxidada que llevara una década escondida bajo la cama. Ese cabeza redonda alto la sujetaba con confianza. Con un movimiento suave y seguro, amartilló del todo la pistola sin apartar la mirada de Lovell. Conocía las armas.

—¡Me estaba esperando! —se burló el caballero realista, que todavía se estaba esforzando por evaluar la situación—. Pero no dispararé.

—Póngame a prueba.

Gideon soltó el seguro. Su calma rozaba el desprecio, su determinación lo decía todo. No era un tendero imbécil asustado como un conejo. Lovell se dio cuenta de que aquel hombre había sido, en efecto, un soldado, un hombre de los que nunca olvidan su entrenamiento o su mentalidad de servicio, un hombre capaz de matar sin molestarse en cargarse de odio y, a continuación, justificarlo con frialdad.

Lovell no corrió riesgos. Él también había sido un soldado, y de los buenos; había sobrevivido a muchas circunstancias desesperadas. Él siempre utilizaba la cabeza.

—Y ahora márchese —le ordenó el cabeza redonda—. Lárguese y no vuelva por aquí. Déjenos en paz, coronel Lovell.

Lovell hizo un último intento:

—He venido a visitar a mi esposa, a ver a mis hijos...

Gideon sabía que era una distracción. Alzó la carabina con la que cubría el corazón del Lovell y pasó a apuntar con firmeza entre sus ojos. El arma era pesada, pero Lovell no sabía lo mucho que le tensaba el hombro. Estaban a unos diez pies de

distancia, tal vez más cerca, si se tenía en cuenta la longitud de su brazo y el cañón de dos pies del arma. Gideon no podía fallar.

A Orlando Lovell nunca le faltó coraje. Avanzó un paso.

—No puede matar a un hombre desarmado, capitán.

Gideon apretó el gatillo.

* * *

La pistola no disparó.

Gideon se apresuró a abrir otro cajón.

—¡Maldita sea! —Lovell había empalidecido; Gideon tenía la piel demasiado clara como para que se notara su palidez. Por un instante, y a pesar de sí mismos, compartieron las sonrisas fugaces de los soldados que se han salvado por los pelos—. ¿Tiene la pareja?

—¡Por supuesto! —alardeó Gideon. Las carabinas y las pistolas venían en cajas de dos. Eran armas de caballería, una para cada arzón de la silla, una para cada mano. Dos disparos. Si un hombre cargaba una de ellas, cargaría las dos. Si un exsoldado disparaba una de ellas, estaría dispuesto a disparar las dos. El próximo disparo podía ser bueno.

Lovell chasqueó la lengua con fastidio, se encogió de hombros y mientras Gideon ponía la mano en el cajón, el caballero realista se rindió. Lovell giró sobre los talones de sus botas, abrió la puerta de un tirón y salió de la tienda con el tintineo de la campanilla. No lanzó amenazas; sabía que la ausencia de comentarios tendría un efecto más siniestro. La campanilla dejó de moverse, la puerta se cerró. Gideon empujó lentamente un cajón de galón fruncido. Estaba sudando más de lo que quería; había sido un farol; su segunda pistola estaba arriba.

En cuanto recobró la compostura, se acercó a la puerta y escudriñó el callejón. No había ni rastro de Orlando Lovell. Gideon entró y cerró la puerta con llave. Descargó la pistola por seguridad, maldiciendo aquel arma nueva e inútil. En lugar de investigar de inmediato qué era lo que no había funcionado, volvió a esconderla y subió corriendo a casa.

En su dormitorio, Juliana estaba dormida; también lo estaba su diminuta hija, recién nacida apenas la noche anterior. Juliana tenía un aspecto sereno, pero todavía estaba exhausta. La niña era demasiado pequeña para el gorrito y la camisola que llevaba, y aún se la veía insignificante en su cuna. Gideon comprobó que estuvieran bien, incluso rozó suavemente la mejilla de la pequeña con el nudillo, pero no despertó a ninguna de las dos. A menos que tuviera que hacerlo, no le contaría a Juliana el encuentro de aquel día.

El coronel Orlando Lovell ya no era una figura misteriosa que podía pasarse por alto. Estaba allí. Estaba en Londres por un motivo. Puede que el motivo principal no fuera encontrar a la familia que abandonó, pero había dicho que venía a buscarlos.

Aquel hombre poseía inteligencia y coraje; emanaba peligro. También era más apuesto de lo que Gideon había imaginado. Su expresión engreída y la despreocupada inclinación de su sombrero perseguirían a Gideon Jukes de manera irritante.

* * *

Su decisión de no decir nada se vio anulada. Gideon tuvo que confesarlo todo aquella misma noche. Ocurrió lo inevitable. Cuando Catherine Keevil fue a recoger a Tom de su clase de música, la siguieron. En Fleet Street, cuando pasaban delante de la Sergeant's Inn, un hombre los abordó.

—¡Thomas Lovell! Bueno, hijo... me pregunto si te acuerdas de mí.

Tom se detuvo en seco. Catherine vio que al niño se le iluminaba el rostro. Intentó tirar de él para que siguiera andando, pero él se zafó, gritando de alegría:

—¡Es mi padre que ha vuelto a casa!

El hombre lo abrazó y pareció enjugarse una lágrima de emoción.

—¡Caramba, Tom! Mi querido hijo... ¡qué afortunada casualidad! Ahora que te he encontrado, ven conmigo y te contaré aventuras que podemos compartir... — Entonces se volvió hacia Catherine, cambió su actitud y masculló muy en serio—: Vuelve corriendo a casa, muchacha. Dile a la señora Juliana Lovell que no se preocupe. Su hijo se ha ido con su padre, que cuidará de él con todo su amor... — tomó a Catherine del brazo con una fuerza tal que le dejó la señal de sus dedos, Lovell bajó aún más la voz para que el niño no lo oyera y añadió—: ¡Y dile a ese entrometido del capitán Jukes que no haga nada! Él ya lo entenderá.

Catherine los vio por última vez alejándose hacia Temple Bar. Tom seguía inclinado bajo el peso del estuche de su viola, que llevaba colgada a la espalda con correas. El hombre tenía el brazo alrededor de los hombros de Tom y le llevaba la bolsa de música. Catherine sabía que el niño era un prisionero. Para cualquier otra persona que se fijara en ellos, eran el vivo retrato de un padre feliz con su hijo.

CAPÍTULO LXXIX

LA CONJURA DE WESTMINSTER, 1656

Al principio, aquello era lo más emocionante que le había ocurrido jamás a Tom Lovell. Había logrado su atribulado sueño adolescente, y se había escapado de casa.

Ya no tenía que ir a la escuela. Se había librado del pesado de su hermano menor, y podía evitar tener que decidir cómo se sentía respecto a su nueva hermanita.

Echaba de menos a *Hero*, su perro. Su padre le prometió otro, aunque no le trajo ninguno.

Ahora Thomas vivía entre hombres que se congregaban en tabernas llenas de humo. Le daban cerveza sin molestarse en rebatirla con agua, a veces la de alta fermentación, que era más fuerte, y en ocasiones incluso jerez. Nunca iban a la iglesia. Nadie bendecía la mesa cuando comían. En cualquier caso, rara vez se sentaban todos juntos a comer, sino que simplemente lo hacían de uno en uno cuando les apetecía. Nadie le decía que se cambiara la camisa. Si necesitaba ir al excusado, le indicaban con un gesto dónde podía encontrarlo y dejaban que fuera solo.

Vivía con su padre en la habitación alquilada de una posada. Su padre era tal como él lo recordaba: despreocupado e informal, el producto de aventuras asombrosas, con un centelleo pícaro en los ojos, rebosante de secretos fascinantes. Había llevado a Tom con unos hombres duros, tensos y desiguales que decían poco pero que, cuando lo hacían, hablaban obsesivamente del día que estaba por venir. Estaban planeando una gran empresa que rescataría al país de la anarquía. Un niño no podía desear nada más maravilloso.

Orlando Lovell se comportaba como un padre cariñoso. Se aseguraba de que hubiese comida, le tomaba el pelo, bromeaba, lo perseguía y peleaba; incluso compartía confidencias... y de las que no tenían precio. Cuando el chico se desplomaba exhausto, él lo metía en la cama con una ternura inusitada. Nunca culpó a Juliana de nada, sino que hablaba a Tom de su madre con una galantería cortés. Si Orlando expresaba algún rencor por el hecho de que hubiera elegido a otro hombre, lo mesuraba con lo que parecía ser una completa comprensión de los apuros que había tenido que pasar su madre. Si algo de todo aquello era falso, el chico difícilmente se daba cuenta.

La situación era perfecta para Lovell. Le habían ahorrado una década de cólicos, vómitos, pañales cagados, berridos, chillidos, preocupación, el tedio de las preguntas que los niños repiten interminablemente, la desobediencia, las enfermedades infantiles con urticarias y mocos; en cambio, el desuno lo obsequiaba con un compañero leal completamente formado. Thomas le llegó como un colegial respetuoso, dispuesto a cualquier cosa pero aún lo bastante joven como para ser

obediente. Lovell idealizó el nacimiento de su primogénito y los primeros años, recordando en retrospectiva su papel en Oxford y en Pelham Hall como mucho más atareado de lo que había sido en realidad. Juliana fue desapareciendo gradualmente de la imagen de aquellos días. Lovell se comportaba con Tom como si a lo largo de los últimos doce años hubieran sido compañeros íntimos y los mejores amigos.

Tom quiso escribir a su madre para decirle que se encontraba bien. Lovell dejó que redactara una carta que después destruyó en secreto. Tom nunca imaginó que su padre haría una cosa semejante; de hecho, no veía ninguna razón por la que fuera necesario hacerlo. Al no recibir respuesta, se preocupó y se entristeció. En un primer momento culpó a su madre por no importarle, pero después, como tenía su misma inteligencia inquisitiva, empezó a preguntarse qué podía haber ocurrido.

Thomas sabía que Juliana estaría destrozada por haberlo perdido. Ella siempre había animado a Tom y a Val a pensar en Lovell con afecto, pero Tom era consciente de lo mucho que aborrecería que se hubiera marchado con su padre. Se puso muy nervioso al pensar en la decepción de su madre; sabía que se había comportado de manera desconsiderada y desagradecida. Quería estar con Lovell, pero desde un principio sospechó que los motivos por los que se lo había llevado no eran sencillos. Su padre parecía quererlo allí; sin embargo, en ocasiones, Tom tenía la sensación de que lo estaba utilizando. La presión le desagradaba. Era consciente de que se encontraba entre personas que tenían secretos, pero empezó a molestarle la débil percepción de que estaban ocurriendo más cosas de las que le contaban a él.

* * *

Thomas se percató de que no debían verle observando a los conspiradores con demasiada atención. Pero le fascinaban. Miles Sindercombe asumió el control y manejaba los fondos; era un exsoldado, destituido por conspirar, y un nivelador. A veces hablaban de otro hombre. El coronel Edward Sexby les suministraba armas y munición. Estaba exiliado en el extranjero, aunque ellos creían que seguía viniendo a Inglaterra a pesar de los espías que lo buscaban. Se decía que Sexby llegaría más adelante. Hasta entonces, Sindercombe actuaba como su líder; Sindercombe ideaba los planes.

Había un hombre llamado John Sturgeon que había preparado el camino para sus objetivos esparciendo copias de un panfleto por la calle. Se titulaba *Breve declaración de intenciones de su alteza el Lord Protector contra los anabaptistas*, y era muy crítico con Cromwell; al impresor lo habían arrestado y Sturgeon escapó por muy poco. (Tom no dijo nada, pero ya se había enterado de ello por Gideon; el arresto del impresor había causado sensación, más que el libro en sí).

Otros permanecían en los límites del complot. En un par de ocasiones, Lovell había cenado con un realista llamado «comandante» Wood que ejercía de intermediario y viajaba a Londres desde el continente. Tom se fijó en que su padre

hablaba con el comandante Wood en un tono completamente distinto del que utilizaba entre los conspiradores. Entre Lovell y Wood había una soltura natural, hablaban con muletillas y se reían; juntos se comportaban de forma abierta y relajada. Si llegaba Sindercombe o alguno de los demás, el comandante Wood concluía su conversación íntima con delicadeza. En privado, Wood y Lovell se referían a los demás como niveladores en tono despreciativo. Era un término que Tom conocía por Gideon y Lambert, pero que nunca había oído utilizar como un insulto. Tom no tardó en tener la impresión de que había dos grupos de conspiradores, los realistas y los niveladores, encajados de un modo sumamente incómodo.

En íntima connivencia con Sindercombe había otro soldado parlamentario descontento, John Cecil. Ya no estaba de servicio, pero todavía tenía contactos en el ejército, hombres con los que se reunía de vez en cuando en las tabernas. Unido al grupo de un modo flexible, aun cuando era fundamental, estaba John Toope, un miembro de la guardia personal de Cromwell que les proporcionaba información de cuándo y dónde estaría Oliver Cromwell. Miles Sindercombe también lo había conocido en el ejército. Este hombre parecía sumamente nervioso. Cada vez que Toope los dejaba, los demás hacían un corrillo para discutir si Toope estaba cargado de dudas, si podían confiar en él, hasta qué punto era buena su información o si era probable que les fallara.

El padre de Tom presionó a John Toope, junto con Sindercombe. Tom vio que le pasaban unas monedas.

—Aquí tiene otras cinco libras, John, aparte de las cinco que ya le dimos, y el día que «retiren» al tirano como es debido, entonces serán mil quinientas. Cuando esto acabe, tenga la seguridad de que lo nombrarán coronel de caballería, con su propio regimiento. —No era una charla idealista sobre derechos y libertad, solo un triste soborno que prometía dinero y honores.

El chico se arriesgó a preguntar sobre el complot que tenían entre manos. Miles Sindercombe le dijo que era un plan para cambiar el gobierno y que el rey de España les pagaba para hacerlo. Dijo que era mejor que reinara Carlos Estuardo que el tirano de Cromwell. Sin embargo, según Sindercombe, no se llegaría a eso.

—Cuando maten al Protector, habrá confusión. Los hombres del rey no se pondrán de acuerdo en quién tiene que sucederle, de modo que empezarán todos a discutir sobre esto y aquello. Entonces la gente se alzarará y las cosas volverán a llevarse a un verdadero estado de bien común.

Tom Lovell escuchó a Miles Sindercombe con seriedad. No reaccionó ante aquella disparatada información. Su padre lo observaba. Cuando estuvieron solos, Orlando le preguntó directamente qué pensaba él; Tom se limitó a moverse intranquilo, y asumió el papel del niño de doce años aburrido que no tenía ninguna opinión.

—¿Ese hombre, Jukes, te habló alguna vez de los asuntos de la nación?

Tom contestó que no, aunque cuando su padre dejó de hacerle preguntas pensó

mucho en las conversaciones que Val y él habían tenido no solo con Gideon, sino también con Lambert. Cuando salían de expedición, los chicos habían preguntado si los hermanos Jukes eran soldados, y sobre todo si habían matado a gente. Los dos habían respondido con gravedad, haciendo hincapié en que causar la muerte de otra persona, y arriesgar tu propia vida, no era algo que pudiera tomarse a la ligera. Al preguntarle sobre la ejecución del rey, Gideon había dicho:

—Él nos obligó a hacerlo al no responder a las acusaciones. No olvides nunca que al rey Carlos se le brindó un juicio en el que pudo haberse defendido. El tribunal estaba establecido por el Parlamento, que actuaba en nombre de todas las personas libres de Inglaterra. No lo eliminaron simplemente: eso hubiera sido un asesinato. Fue juzgado y declarado culpable.

—Mi madre fue a ver cómo le cortaban la cabeza al rey.

—¡Ya lo sé! —Gideon había esbozado una sonrisa dulce. Thomas comprendió ahora aquella sonrisa; creyó que era buena, lo cual supuso que su padre ensombreciera entonces lo que para él había sido una relación genial. Se dio cuenta de que su madre se hallaba atrapada en medio... igual que él, Thomas.

—¿Qué estás pensando, muchacho? —le preguntó Lovell—. ¿Es sobre ese Jukes?

—Es un buen hombre, y siempre se ha portado bien con nosotros —contestó Tom con firmeza.

—¡Pues tu buen hombre intentó dispararme! —Lovell se volvió hacia él—. ¡Mantente alejado de él... no sea que te dispare también a ti!

A lo cual Tom, prudentemente, no respondió.

No obstante, quedó impresionado. Mentalmente ya se había representado la reacción de su madre ante su marcha; en aquellos momentos, tenía otra imagen más aterradora de Gideon lleno de ira. Tom no era un prisionero; podía haber regresado a casa a Shoe Lane... pero le entró miedo. Lovell lo sabía. Y sabía utilizar el miedo del chico para retenerlo.

Tom meditaba las cosas con frecuencia porque con frecuencia lo dejaban solo. Estaba con su padre en unos aposentos solo para ellos dos, separados de los demás. Ese era uno de los motivos por los que disfrutaba teniendo a Tom con él, porque le hacía compañía por las noches. Pero los conspiradores se hallaban activos a menudo. En cinco o seis ocasiones, permanecieron a la espera emboscados, aunque no tuvieron oportunidad de asesinar a Cromwell, cuando se desplazaron a Hampton Court, a Kensington, a Hyde Park o a Turnham Green. En dichas ocasiones, dejaban que Tom se las arreglara solo en su alojamiento durante horas. Lovell decía que no debía aventurarse a salir, sino que tenía que esperar allí por si acaso ocurría algo y tenían que marcharse a toda prisa.

Tom tocaba su viola con ahínco.

* * *

A mediados de Septiembre, los conspiradores alquilaron una casa junto a la abadía de Westminster, al lado de la puerta este. Sindercombe consiguió un contrato de arrendamiento utilizando el alias de «John Fish». Su casero era el coronel James Midhouse, quien no sabía nada de su intriga. Él también ocupaba un par de habitaciones de la casa, por lo que siempre era probable que se tropezaran con él, cosa que parecía un inconveniente. Hablaron de hacerlo prisionero, para que así no pudiera denunciarlos.

Sindercombe, Cecil, Boyes y el muchacho fueron juntos a la casa para comprobar si era adecuada. Había un patio trasero desde el que se dominaba la ruta que el carruaje del lord protector tomaría para recorrer la corta distancia desde la abadía de Westminster, donde iría a escuchar un sermón, hasta la Cámara de los Comunes, donde proclamaría formalmente la constitución del nuevo Parlamento. Toope había dicho que Cromwell iría escoltado por su guardia personal montada, con sus petos y espaldas relucientes, pero que el carruaje iría tan despacio que también lo acompañaría la guardia de infantería, que llevaban uniforme gris con vueltas de terciopelo negro, y a los que comúnmente denominaban las urracas de Cromwell; la infantería lo protegía en el interior, y la caballería lo acompañaba adondequiera que viajara. En las procesiones formales, el comandante de infantería iba a un lado del carruaje y el de caballería al otro. Las procesiones eran pausadas.

—¡Entonces hay tiempo de disparar con garantías! —se regocijó Sindercombe.

—Pero no para entretenerse después —le advirtió Toope—. La guardia se elige para que sea la mejor caballería, los hombres más adecuados en los mejores caballos y bajo el mejor mando. En cuanto inicien una persecución...

—No tema, sabremos cómo eludirla.

Como respuesta a las intrigas realistas del invierno anterior, la guardia personal fue nuevamente depurada; esto ocasionó risas entre el grupo de Sindercombe. Los efectivos de la guardia se habían aumentado de cuarenta a ciento sesenta; una cantidad importante, aunque seguían siendo muchos menos de los que Carlos I había utilizado como escolta. El general de división Lambert había elegido cuidadosamente a la caballería del Protector. «¡Pero de un modo u otro, al Honesto John se le pasó por alto nuestro Toope!», se reían por lo bajo los intrigantes; aunque por supuesto no cuando Toope estaba presente.

* * *

Durante los días anteriores a la proclamación del Parlamento, los conspiradores empezaron a levantar unos andamios en el patio de su casa alquilada. El hecho de tener con ellos a un muchacho les ayudaba a parecer una cuadrilla de trabajadores normal y corriente. Tom, quien desde que su padre lo encontró no se había cortado el pelo ni cambiado de ropa, tenía un aspecto lo bastante desaliñado y desgano. Les pasaba los palos, lo mandaban a por cerveza, holgazaneaba en el patio con aire

aburrido.

Tenían preparada un arma especial. Cecil se refería a ella como a un arcabuz, pero Orlando Lovell crispaba el rostro ante aquel término tan pasado de moda. Le dijo a Tom que era un trabuco naranjero. Tenía un cañón corto, mucho más ancho que el de una pistola o mosquete, ligeramente acampanado en la punta; se podía cargar con doce disparos a la vez. Se usaba con unas balas especiales, más largas, de más alcance.

—Siéntelo entre las manos... —Lovell dejó que Tom tomara el arma—. Es ligero y manejable. No tiene mucha precisión, pero lo que necesitamos es potencia explosiva. El efecto es igual de bueno que el de un mortero. Hará pedazos el carruaje del Protector, y a este lo relegará al olvido.

Thomas escuchó con gravedad y devolvió el trabuco lo antes que pudo. Entonces su padre lo preparó. Aunque el arma tenía una anilla para unirla al resorte de una bandolera, Lovell explicó que no podían recorrer las calles armados de esa manera. Habría estrechas medidas de seguridad. Era muy probable que los soldados abordaran a las personas sospechosas. Los conspiradores habían pensado en el disfraz perfecto para el arma, la munición y unas pistolas cargadas de repuesto; lo llevarían todo en la funda de la preciada viola de Tom. No le pidieron permiso, simplemente le informaron de que tenía que dársela. Lovell vio la expresión de tristeza en el rostro del niño, y se mostró bruscamente despectivo.

* * *

Llegó el día. A Thomas lo hicieron esperar en una posada. Sindercombe, Cecil y el supuesto Boyes fueron andando hacia la casa alquilada cargados con el estuche de la viola que contenía el arma. Tom sabía que llevaban otras armas, pistolas y munición: proyectiles de plomo y balas de hierro.

Al cabo de un rato, Lovell regresó solo, más nervioso de lo que Tom lo había visto jamás. Cambiaron de alojamiento.

Con los días, Tom se enteró de lo ocurrido. Se suponía que Toope, el miembro de la guardia, tenía que ir a decirles dónde iría sentado Cromwell en el carruaje, pero les falló. Cecil era el que había permanecido más calmado, preparado con su pistola. Sindercombe caminaba inquieto de un lado a otro del patio, intentando animarse. Cuando se iba acercando la hora, se dieron cuenta de que había demasiada gente congregada en la calle para ver pasar al lord protector. Iba a resultar difícil apuntar. Resultarían heridas personas inocentes. La aglomeración de los espectadores obstaculizaría su huida.

Los conspiradores perdieron el valor. Boyes se desesperó, se marchó de allí y se perdió rápidamente entre el gentío. Sindercombe y Cecil abandonaron el plan.

El comandante Wood, el colega de Boyes, escribió a los realistas del continente diciéndoles que, si Sexby hubiera estado allí, quizá no les hubiera fallado el coraje y

la acción se hubiera llevado a cabo. Lo único que hacía Sexby era manejar los hilos desde la distancia. Aun así, ellos notaban su impaciencia. Para tranquilizar a Sexby, enseguida empezó a prepararse otra conspiración.

CAPÍTULO LXXX

LA CONJURA DE HYDE PARK, 1656

Para entonces, habían intentado el asesinato desde tres lugares distintos: la sastrería de King Street, la casa junto a la abadía de Westminster y otra que habían alquilado previamente, que se encontraba en Hammersmith. Lovell le contó a Tom que la localización de Hammersmith era ideal, puesto que se hallaba en el camino a Hampton Court, un lugar sucio y estrecho en el que los carruajes se veían obligados a aminorar la marcha; contra el muro del jardín se alzaba un pequeño pabellón de banquetes, desde el cual tenían la intención de disparar contra el coche del lord protector y hacerlo pedazos utilizando unas armas expansivas que tenían preparadas, cargadas con metralla destructiva. El plan era bueno, aunque nunca parecía darse la ocasión apropiada. Tal vez prevenido, Cromwell cambiaba su rutina a menudo.

Entonces dieron con la manera de poder acercarse a Cromwell sin llamar la atención. El lord protector había abandonado la costumbre de retirarse regularmente a Hampton Court, costumbre que dio pie a la semana inglesa de cinco días con un fin de semana ocioso en el campo cuando Cromwell, que siempre fue un hombre de campo, intentaba escapar al ruido y el humo de Londres. Pero cuando el Parlamento estaba en sesión, el lord protector tenía demasiado trabajo como para dejar Whitehall. En cambio, sí que convirtió en un hábito el ir a tomar el aire a Kensington, a Hyde Park. Hyde Park, antaño el gran coto de caza de Enrique VIII e Isabel I, tenía un camino para coches que describía un gran círculo, y que había sido creado por Carlos I para que los miembros de su corte pudieran andar por ahí con elegancia. Estaba rodeado de empalizadas para contener a los ciervos.

Una vez más, los conspiradores manejaron el problema con considerable ingenuidad. Como siempre, su principal preocupación era cómo podían escapar sin ningún percance después del ataque. Abrieron un hueco a escondidas en las empalizadas. Puesto que no podían hacerlo muy grande o de lo contrario se vería, también rompieron las bisagras de las puertas del parque. Tom tuvo que acompañarlos para vigilar que no viniera nadie, mientras ellos limaban el metal.

Aún más importante, se equiparon con los caballos más rápidos que pudieron adquirir. Gracias a Sexby el dinero no era un problema. En una ocasión, hablaron de reunir a un grupo de treinta o cuarenta hombres montados, por lo que anduvieron en trapicheos con tratantes de caballos (Vanbrooke, Harvey, Cluff), hombres hoscos que llevaban una cantidad de dinero sorprendente en los enormes bolsillos de sus chaquetas andrajosas, hombres que desprendían un olor a engaño a la vez que, sorprendentemente, cumplían cualquier trato que hubieran cerrado con un apretón de manos. Al final, resultó demasiado difícil reunir un gran grupo de caballos en secreto:

se haría evidente que estaban equipando una partida de caballería. Cambiaron el plan. Ahora lo único que necesitaban eran dos magníficos caballos para huir. En una época en la que una montura de soldado de caballería normal y corriente costaba cinco libras, prodigaron setenta y cinco libras de los fondos de Sexby en una magnífica bestia de color negro que encontraron en Carshalton, y que compraron a un tal señor Morgan. A continuación, entregaron otras ochenta libras por un caballo bayo del establo de lord Salisbury. Lord Salisbury vivía retirado en la residencia familiar, Hatfield House, situada cerca de Saint Albans, de modo que él personalmente no tendría por qué saber nada de la venta, pero lo habían elegido para el nuevo Parlamento y luego le impidieron ocupar el escaño, de modo que los conspiradores sabían que tenía quejas contra el Gobierno. El caballo de Salisbury se encontraba en una cuadra de Cobham.

Fue necesario negociar mucho para conseguir aquellos dos caballos, pero los conspiradores ya disponían de unas monturas que aguantarían cualquier persecución. Cecil afirmaba que el caballo negro recorrería cien millas sin perder potencia, y que las primeras diez millas galoparía tan rápido que dejaría atrás a cualquier caballo de Inglaterra. Para John Cecil era fundamental escapar, y tenía intención de dirigirse al continente; Miles Sindercombe le había asegurado que, una vez allí, el coronel Sexby cuidaría bien de él.

Tom vio aquel caballo negro y le pareció hermoso, aunque le daba un poco de miedo.

Toope, el miembro de la guardia, en teoría todavía les proporcionaba detalles sobre los movimientos de Cromwell. En esta ocasión, se le asignó el asesinato a John Cecil, mientras que Miles Sindercombe esperaba ansiosamente fuera del parque, listo para ayudar en la huida empujando las puertas con las bisagras debilitadas. El día señalado, Cromwell llegó para pasear por el parque, como era habitual en él; llegó de Whitehall en carruaje, pero luego caminaría. Cecil llevaría el caballo negro, y Sindercombe el bayo. Llevaban espadas y pistolas. Cecil, con sus contactos militares, pudo permanecer al acecho junto al grupo que escoltaba al Protector, como si fuera parte del séquito.

El parque se había diseñado para gente importante cuya única pretensión era exhibirse ostentosamente al envidioso público. La gente merodeaba por allí simplemente para poder contar que habían visto en persona al lord protector. En ocasiones, los miembros de la guardia se acercaban con sus grandes caballos y hacían retroceder a la gente, pero con frecuencia se mostraban relajados. Se suponía que tenía que ser una ocasión agradable. Oliver, que era como se le conocía familiarmente entonces, se consideraba un simple servidor del Señor. Cuando los ciudadanos iban a verlo, él no reaccionaba con pretensiones de grandeza ni con paranoia.

La montura negra de Cecil rezumaba calidad. Llamaba la atención su constitución sólida y refinada, sus miembros fuertes, rostro expresivo, cabeza y cruz bien definidas, ancas bien dispuestas y cuello bien arqueado. El animal miraba con interés

a su alrededor con unos ojos grandes e inteligentes. Estaba claro que era el caballo ideal. Cualquiera que supiera algo de caballos se daría cuenta de que aquel era un animal asombroso. El Lord Protector, que era un soldado de caballería hasta la médula, se fijó en él de inmediato.

Oliver descendió de su carruaje. Para horror de los conspiradores, llamó a John Cecil y le pidió que se acercara para preguntarle de quién era aquel caballo.

* * *

Había soldados por todas partes, pero entonces Cecil se acercó más de lo que hubiera podido esperar. Estaba cara a cara con Cromwell, por lo que podía haberle disparado a bocajarro. Allí estaba: el inconfundible general. Tenía entonces cincuenta y siete años, de constitución robusta como el granjero de Huntington que había empezado siendo; la tez rosada, con la famosa gran verruga que tenía debajo del labio inferior; la frente alta desde la que un cabello lacio caía hacia atrás, liso hasta las orejas y luego ligeramente rizado; el ordinario bigote gris; el rostro despejado, animado por la mirada viva y dura de sus ojos.

Cuando Cromwell empezó a hablar del caballo con admiración, Cecil estuvo a punto de sufrir un colapso. Aquel día se había vestido con ropa fina para ir más ligero en la huida, de modo que, estando a finales de Septiembre, tenía mucho frío, lo cual diluye el coraje. El asesinato a sangre fría no era para todo el mundo. La mayoría de soldados habían matado a otros oponentes, pero normalmente el único indicio de las tropas enemigas era una bocanada de humo de mecha más adelante, junto a un seto, o un movimiento indistinto detrás de las fortificaciones.

Pero entonces allí estaba el Protector, el que una vez fuera comandante de Cecil. El rostro de Cromwell era clamorosamente famoso por los periódicos, los retratos y las monedas. No poseía la arrogancia de la realeza; era bastante accesible. En la retórica de Sexby y Sindercombe puede que fuera un tirano, pero en aquel momento, para John Cecil Oliver Cromwell era una persona de carne y hueso, desarmada, sin uniforme, absolutamente vulnerable a una sorpresa injusta.

Cecil no fue capaz de hacerlo. Después, se excusó diciendo que no habría podido escapar porque aquel día el fabuloso caballo estaba resfriado...

Cecil y Sindercombe se escabulleron como hurones decepcionados.

* * *

En el continente, Sexby estaba cada vez más agitado. Sindercombe y su grupo estaban fallándole. Esto daba una imagen muy poco favorable de Sexby, cuyos extravagantes banqueros españoles esperaban resultados. Su frágil acuerdo con los realistas de Carlos II también corría peligro. Lovell y el comandante Wood lo

informaron mordazmente sobre las chapuzas de Londres. Sindercombe y los demás se dieron cuenta de que Sexby albergaba dudas sobre su competencia. Prepararon un nuevo plan, que tenía que llevarse a cabo con rapidez, para demostrar que eran serios y no unos holgazanes.

Iban a volar Whitehall.

CAPÍTULO LXXXI

SHOE LANE Y WHITEHALL, 1656

La noche que su esposo le robó a su hijo fue terrible. Juliana estaba despierta amamantando al bebé, cuando oyó que Catherine regresaba a casa gritando. Tras un breve intercambio de palabras abajo, donde Gideon seguía ocupándose de la tienda por ella, este subió las escaleras ruidosamente y de dos en dos. Le contó, con toda la calma de la que fue capaz, todo lo que había ocurrido.

Juliana, absolutamente confusa, intentó comprender: primero, que Orlando había estado allí, allí mismo, y segundo, que había atraído a Thomas para llevárselo. Orlando había aterrorizado a Catherine, y había expresado claras amenazas sobre lo que ocurriría si intentaban recuperar a Tom. Juliana se daba cuenta de que no podía reportarle ninguna ventaja llevar a un niño de doce años pisándole los talones. Pero él consideraba a Tom de su propiedad. El hecho de arrebatarse a Tom era también un arma contra ella. Demostraba que Orlando seguía dominando su vida; que podía hacerle daño con la misma facilidad y despreocupación con la que antes podría haberle hecho bien.

Lovell siempre la había tratado con consideración cuando estaba presente. Aunque daba la impresión de que podía ser un marido violento o disoluto, Juliana sabía que él quería parecer virtuoso. Para empezar, la había elegido porque no tenía medios con los que amenazarlo: familia, dinero, influencias o ni siquiera esa clase de belleza que llamaba la atención; pero también porque sabía que era lo bastante tenaz como para enfrentarse a la vida, tanto con él como sola. En la corte del rey en Oxford, el hecho de tener una esposa y familia había proporcionado a Lovell una apariencia estable y fiable, mejor que la de un mercenario. La amistad de Juliana con Nerissa le facilitó la entrada a los círculos reales; más adelante, su joven familia le dio cierta influencia con el Comité de Conmutación, incluso puede que con su padre. Juliana imaginó que esta vez quizás esperara que ella y los chicos fueran su tapadera en cualquiera que fuera la empresa que tuviera entre manos.

Hasta que sir Lysander Pelham lo envió a Kent, Orlando había dado la impresión de estar satisfecho en general. Juliana sabía, sin embargo, que había otro Lovell. Para él significaba muy poco obtener el afecto de una esposa. Él esperaba sus derechos, según sus condiciones. El contrato que tenían se suponía que era para beneficio de él. Cualquiera que intentara oponerse a sus intereses tendría que enfrentarse a un Lovell capaz de todo.

—Thomas no corre ningún peligro. Tom es su chico... —Gideon intentaba tranquilizarla, pero Juliana solo conseguía preocuparse cada vez más. Esperaba que el encanto que Tom podía desplegar si quería, y sobre todo con desconocidos, le

ayudara a ganarse la aprobación de su padre y que así lo protegiera. Pero Gideon se equivocaba; sí que había un peligro. Era posible que Tom se rindiera a las costumbres y forma de pensar de Lovell. Sin duda su hijo cambiaría. Aunque logran recuperarlo algún día, Juliana había perdido para siempre al Tom que había amado y había criado.

Gideon se llevó a Catherine para que le enseñara el lugar exacto en el que Tom había desaparecido.

—Quédate aquí... ¡Quédate aquí, Juliana! Alguien tiene que quedarse en casa, cariño... —Gideon bajó la voz—. En caso de que llegue alguna noticia.

No iba a haber noticias. Lovell querría que sufriera.

Al final, Catherine volvió a casa sola. Gideon, su aprendiz y su hermano se quedaron fuera, buscando infructuosamente.

* * *

Finalmente, Gideon regresó con las manos vacías. Era tarde, las calles estaban oscuras. Juliana había acostado a Valentine y acunado a la recién nacida. Catherine había huido a su habitación del desván, todavía llorando y temiendo que tuviera ella la culpa.

Gideon engulló un poco de la comida que se encontró preparada para él y se fue a la cama a trompicones. Juliana ya estaba tumbada con rigidez entre las sábanas. Él se dejó caer a su lado y se dio media vuelta, a dos pies de distancia. Siempre dormía a la derecha de Juliana; lo había elegido así para evitar la presión en su hombro malo. Resultaba que Orlando siempre había dormido a su izquierda por lo que, aunque Juliana no había decidido de forma consciente marcar una diferencia, le resultaba apropiado. Gideon y ella no habían pasado ni una sola noche separados desde la primera vez que fueron amantes. Normalmente, solucionaban las riñas con la mejor manera de ponerles fin, haciendo el amor. Aquella noche estaban demasiado exhaustos, demasiado destrozados emocionalmente, y habría resultado inapropiado.

Solían dormir cerca el uno del otro, siempre con la cabeza o el brazo rozándose, el pie contra la pantorrilla o la rodilla contra la rodilla. A menudo se quedaban dormidos el uno en brazos del otro, o se acercaban después. Al despertarse, siempre se volvían uno frente a otro y se saludaban con ternura. Nunca habían estado en la cama de esta manera, hora tras hora, sin ningún contacto, cada uno encerrado en sí mismo, en sus pensamientos y su amargura.

Juliana pensaba que había perdido a Gideon. No sabía cómo salir de aquel punto muerto.

Hasta pasadas muchas horas, no dejó de fingir que estaba dormida. Se movió un poco. Entonces oyó que Gideon se daba la vuelta hacia ella.

—¿Qué vamos a hacer? —susurró Juliana.

En un primer momento, Gideon solo exhaló una especie de risa afligida.

—¿Vas a volver con él?

Juliana se quedó asombrada.

—¡No! ¡Nunca, claro que no! —exclamó con rapidez y firmeza—. ¿Vas a dejarme?

—Nunca. —Gideon se acercó más a ella—. No te dejaré ni permitiré que nadie te separe de mí contra tu voluntad.

Abrazó a Juliana, que derramó unas cuantas lágrimas contra su cuello, aunque el llanto fue breve porque sabía que tenían demasiadas cosas por delante como para consolarse todavía.

Al cabo de unos momentos, Juliana confesó que en realidad nunca había creído que Orlando hubiese muerto. Entonces Gideon suspiró y admitió que él tampoco había confiado nunca en ello. Incluso tenía un plan, que si Lovell aparecía alguna vez emigrarían a Massachusetts. Gideon había obtenido detalles de cómo tomar un barco, largas listas de los artículos que los colonos debían llevarse a América, un cofre secreto con dinero ahorrado...

No podían marcharse mientras Thomas estuviera desaparecido. Juliana nunca se iría sin él.

—Bueno, lo que sí puedo asegurar —declaró Gideon—, es que no querría que mi vida fuera en absoluto distinta a la que es. Ni voy a cambiarla ahora... de modo que debemos hacer frente a los acontecimientos.

Juliana no sería la primera mujer que había dejado a un esposo para irse a vivir con otro, dijera lo que dijera la ley, y por mucho que a la gente le gustara recriminar dicho comportamiento.

—Mi reputación no me importa en absoluto, pero no quiero que a mi hija la tachen de bastarda.

Gideon respondió con tristeza:

—Celia no será la primera hija mía en tener tal distinción. —Celia era el nombre que Juliana le había puesto a la pequeña. Aun cuando solo había pasado un día, aquella criaturita roja y arrugada ya le había robado mucho más el corazón de lo que la pobrecita Harriet había conseguido hacerlo en toda su existencia.

Entonces fue cuando Juliana decidió contarle a Gideon lo que sabía:

—Una vez Catherine me contó lo que le había sucedido a su hermana.

Gideon soltó un gruñido:

—¡Todo el mundo lo sabe menos yo!

—Creo que tú también lo sabes, cariño... Cuando trabajaba en casa de Elizabeth Bevan, tu tío abuelo seguía a la pobre chica a todas partes. Lo llevaba pegado a los talones de tal manera que a duras penas podía hacer su trabajo. Su esposa Elizabeth estaba en una fase muy avanzada de su embarazo, y me figuro que no recibía con agrado las atenciones de su marido. De manera que un día arrojó a la chica sobre la cama y disfrutó de ella a la fuerza; cuando ella empezó a gritar, le pidió que se callara, diciéndole que él era su amo: le pagaba el salario y podía hacer lo que

quisiera. Cuando Lacy se quedó embarazada, Elizabeth buscó indicios y la interrogó.

—Siempre sospeché que Bevan era el culpable. Tal vez ya había ocurrido antes —conjeturó Gideon—. Quizá se le conocía por toquetear a las sirvientas.

—Parece probable. Catherine dice que los Bevan mantuvieron a Lacy alejada de su familia; prometieron arreglarle un matrimonio asegurándole que así evitaría que su reputación quedara destrozada... aunque está claro que fue para protegerse a sí mismos.

Gideon asintió con la cabeza en la oscuridad. Estaba resentido.

—Ocultaron el escándalo, salvaron el buen nombre de Bevan... y se evitaron los costes, si Lacy hubiera dicho que él era el padre.

Quería pensar que podría haberse mostrado más tolerante con Lacy, y más cariñoso con su bebé. Pero de haber tenido la oportunidad, y con el corazón de piedra de un joven, sin duda hubiera rechazado ese matrimonio. Si hubiese estado seguro de que la hija de Lacy no era suya, se hubiera negado a criarla. Lacy debía de haber sido siempre consciente de ello.

La providencia le había concedido una segunda oportunidad. De modo que, a pesar de todas las amenazas de Orlando Lovell, por deferencia a Juliana y temiendo por su hijo, Gideon decidió que no denunciaría a Lovell.

Sin embargo, su hermano Lambert intervino. Lambert le había tomado un aprecio especial a Tom Lovell. Incluso había estado reflexionando sobre la esperanza de ofrecerle a Tom un aprendizaje como tendero. Después de que Gideon lo llamara para que ayudara en la búsqueda, Lambert se dirigió con paso decidido a la Torre de Londres, y allí informó a sir John Barkstead de la presencia de Orlando Lovell en Londres, así como de sus probables planes contra la ciudad y el Gobierno.

Barkstead era uno de los parlamentarios londinenses de la vieja escuela. Procedía de una familia de orfebres, y se había alistado cuando empezó la Guerra Civil. Era uno de los oficiales del ejército que se había sentado en el tribunal que juzgó al rey, y también firmó la orden de ejecución. Recientemente nombrado teniente de la Torre, trabajaba estrechamente con el secretario Thurloe, y custodiaba a muchos prisioneros políticos.

Sir John Barkstead tomó nota de la declaración de Lambert y, al cabo de unas horas, la envió a Whitehall. Al día siguiente, emplazaron al propio Gideon. Iba a conocer al secretario John Thurloe.

* * *

El palacio de Whitehall era un conglomerado laberíntico construido en varias épocas. Tenía entre mil y dos mil habitaciones, muchas de ellas en estado ruinoso. El palacio había sido tanto una residencia real como la sede formal del gobierno desde la época del rey Jacobo, aunque había partes que se remontaban al siglo XIII. El Consejo de la Commonwealth se había reunido allí. Cuando Cromwell fue nombrado lord protector,

se le asignó una cantidad de palacios reales para demostrar públicamente que era el soberano jefe de un poderoso Estado. Aquella era su primera residencia en Londres.

Una gran parte del lugar se había vaciado durante el período inmediatamente posterior a la ejecución del rey, cuando las posesiones reales, el odiado boato de la monarquía, se subastaron. Después de invertir mucho tiempo, dinero y vergüenza, varios edificios y sus decoraciones subastadas se volvieron a comprar para Cromwell. A los antiguos pensionistas reales que ocupaban las casas de gracia y favor los echaron. Los apartamentos se prepararon con opulencia; Cromwell se trasladó del Cockpit by the Tiltyard, que era el lugar en el que había vivido desde que regresó de Irlanda, al palacio de Whitehall propiamente dicho, y se llevó consigo a algunos miembros de su familia: a su inquieta esposa y a sus hijos más entusiasmados; pero su madre octogenaria, la señora Elizabeth, desconfiaba demasiado de vivir en un palacio, y se quedó en una casa más sencilla de King Street, cerca de la Blue Boar Inn, hasta que murió en 1654 y, contraviniendo sus deseos, se le dio un funeral de Estado.

La casa del lord protector estaba equipada con toda clase de utensilios domésticos y adornos: tapices, alfombras, juegos de camas y sillas, colchones de plumas, ropa de cama y colgaduras; relojes, libros, esferas terrestres, cuadros, fuentes de jardín, menaje doméstico, centros de mesa y una silla con orinal cubierta con terciopelo rojo que se había transportado desde Greenwich para que estuviera «al servicio de Su Alteza». Otras comodidades similares se instalaron en Hampton Court, que era su retiro del fin de semana, junto con un órgano de la capilla del colegio universitario Magdalen, de Oxford. Oliver también podía utilizar la Casa de Banquetes para recibir a los embajadores.

Mientras solicitaba la admisión, Gideon reflexionó que aquel estado principesco demostraba que el lord protector era un monarca en todo menos en el nombre. Solo se diferenciaba del despliegue real del pasado en que no había excesos ni sinecuras. No había favoritos a los que se concedieran títulos espurios y salarios; en cambio, los cortesanos y sirvientes domésticos de la Commonwealth tenían que hacer su trabajo sin aceptar sobornos. Whitehall tenía aspecto de ser un lugar confortable, aunque no visiblemente extravagante. A pesar de que Gideon sabía que los palacios podían celebrar, y de hecho celebraban, ceremonias formales impresionantes, y aunque a él mismo lo dejaron entrar con formalidad unos miembros de la guardia, la vida diaria de aquel lugar no parecía ser ceremoniosa.

Algunos departamentos de Estado que previamente ocupaban Whitehall habían sido trasladados a otros edificios. No obstante, Gideon sabía por Marchamont Nedham que el Departamento de Inteligencia seguía estando en el interior del laberinto de salones de gala Tudor, adjunto a las dependencias que Thurloe utilizaba como secretario del Consejo de Estado y ministro principal de Cromwell. A Gideon lo condujeron hasta allí por unos pasillos antiguos y tortuosos, pasando junto a habitaciones con tapices recuperados y amuebladas con juegos de sillas tapizadas.

Estaba claro que habían desaparecido muchas de las pinturas de la enorme colección de Carlos I que una vez habían colgado ostentosamente de las paredes, con al menos tres cuadros de alto en cada una. Vírgenes, desnudos míticos y santos católicos martirizados de forma desagradable habían sido adquiridos a bajo precio por soldados y embajadores extranjeros, atónitos por el hecho de poder hacerse con un Tiziano por tan solo sesenta libras; hasta su hermano Lambert había birlado una acuarela holandesa bastante apagada, solo porque podía hacerlo. En el palacio restaurado, se conservaban algunas pinturas decorosas en cantidad discreta. Las magníficas colgaduras y mobiliario eran comodidades aceptables y, con moderación, dotaban de seriedad a los salones de gala.

Thurloe trabajaba en aquel bello entorno. Se decía que era el único sirviente del Estado que lo sabía todo, y que nunca estaba lejos del lord protector. Sin embargo, muchos asuntos políticos los dirigía él mismo, juzgando la fina línea entre los documentos que debían serle mostrados directamente a Oliver o lo que podía decirse y hacerse sin molestarlo. A su llegada, Gideon pensó que el personal de Thurloe parecía satisfecho, cosa que siempre era una buena señal, y que también era indicio de un departamento eficiente.

Estaba claro que no iba a reunirse con Thurloe de inmediato. Al llegar, Gideon fue asignado a un secretario que amablemente le enseñó el lugar y le explicó lo que hacían allí. El objetivo principal del departamento era legítimamente diplomático. Llegaban largas cartas de corresponsales extranjeros privados y de los residentes ingleses oficiales, embajadores acreditados, que informaban desde distintas cortes de Europa e incluso de países más lejanos casi semanalmente. Enviaban detalles de guerras extranjeras, tratados y alianzas, listas de barcos, precios de mercancías, nacimientos, bodas y defunciones de la realeza. Informaban sobre los movimientos de conocidos ingleses realistas, de la localización de Carlos Estuardo y de su hermano, y de las negociaciones que los príncipes tenían, o intentaban tener, con gobiernos extranjeros.

—Tenemos nuestros propios asuntos en el extranjero... con Francia, España, los Países Bajos, Suecia, Polonia, Rusia, Constantinopla, las Américas...

—¿Y tienen agentes en todos esos lugares? —preguntó Gideon directamente.

Su guía sonrió, y señaló con un gesto de la mano a los agentes asalariados que trabajaban en mesas y escritorios: eran pocos, y todos tenían un aire relajado. Sus plumas se movían sin prisa. Uno leía cartas con la ayuda de unos anteojos que entonces se quitó; se frotó los ojos y masajó las marcas que las gafas le habían dejado en la nariz, como si llevara leyendo con gran concentración durante mucho tiempo.

—Los generales de división envían informes al lord protector sobre personajes locales sospechosos.

—Interceptan cartas —dijo Gideon en tono suave—. Me figuro que esta es una ciencia curiosa. —Se había fijado en que algunos de los empleados no se limitaban a

leer, sino que hacían anotaciones en los documentos que tenían delante.

La respuesta fue igualmente franca:

—En muchas de las cartas que recibimos, los nombres y lugares importantes se han reemplazado por seudónimos o códigos numéricos. Un matemático los descifra si es necesario. Algunos párrafos están escritos con tinta blanca, que se supone que es invisible. —Gideon se percató del «se supone».

—¿Y la gente no se da cuenta cuando las cartas privadas que ustedes retiran no se entregan a su destinatario?

—Algunos deben de ser conscientes de ello, porque numeran las cartas secuencialmente, de modo que sus receptores pueden saber si falta alguna. Puede que se den cuenta de que los retrasos y omisiones no siempre son culpa de que las cartas se hayan perdido en el mar, o de que se le hayan caído en una zanja a un transportista desganado. No obstante, maestro Jukes, las cartas que leemos normalmente se devuelven a la oficina de correos y siguen su camino.

—Sí, se trata de ocultar el hecho de que las han leído... ¡Eso ya lo veo!

Gideon no era un ingenuo, pero le sorprendió que aquella visita guiada fuera deliberada. Lo animaron a sentirse como en su casa. Todo el mundo era agradable, todo el mundo parecía estar cómodo en su trabajo y mostrarse cordial con él. Supuso que era normal. A los visitantes nunca se les trataba con agresividad. Todos los que llegaban suavemente eran coaccionados, tanto si eran seguidores, realistas o republicanos virulentos. El gobierno de la Commonwealth, y Cromwell, tenían la esperanza de ser inclusivos. Gideon quedó fascinado al observar la tolerancia que se respiraba en aquellos salones de gala. Los enemigos llamaban tirano al lord protector, y sin embargo lo que él estaba llevando a cabo no era nada represivo.

Tratándose de Gideon, mientras lo tenían allí esperando, preguntó abiertamente sobre la actitud del lord protector para con sus enemigos.

—Oliver es una persona de lo más compasiva. Anhela hacer la nación devota, pero su deseo es permitir libremente todas las opiniones. Si puede, perdonará con clemencia a ladrones de caballos y prostitutas de la misma manera que a realistas, niveladores y hombres de la Quinta Monarquía.

—¿Niveladores? —Gideon enarcó las cejas bajo el ala de su sombrero, que de momento se había dejado puesto.

El secretario, o agente, o lo que sea que fuera, suspiró:

—Nos acosan, capitán Jukes. No diré nada más.

«¡Y yo tampoco!», pensó Gideon con ironía.

* * *

Al poco rato, lo llamaron por fin para que viera a John Thurloe. En aquel momento, se descubrió la cabeza voluntariamente.

Thurloe era un hombre de Essex, de apenas unos cuarenta años de edad, uno de

los trabajadores incansables y devotos del régimen. Provenía de un entorno legal, un protegido de Oliver Saint John, que era pariente lejano de Cromwell y uno de los promotores originales de la resistencia parlamentaria al rey Carlos que lideró John Pym. Thurloe no había servido en el ejército. Sin embargo, había sido diplomático, secretario del Consejo de Estado, funcionario para el Comité de Asuntos Extranjeros, sucesor de Thomas Scott como jefe de la red de inteligencia y espionaje, y director general de Correos. Cuando Cromwell destituyó al Parlamento Rabadilla, Thurloe estaba estrechamente implicado en redactar *El instrumento de gobierno*, el documento constitucional que legitimaba el Protectorado; en aquella época, fue nombrado para el Consejo de Estado.

Tenía una frente ancha y cuadrada, un mentón prominente y una expresión entusiasta que parecía decir «¡A por ellos!». Su cabello era abundante, con unos pesados rizos que le llegaban hasta el sencillo cuello que vestía, aunque iba bien afeitado. Existía un precedente para su tipo de trabajo de inteligencia: la red de espionaje que una vez dirigiera sir Francis Walsingham para la reina Isabel; sin embargo, la boca firme de Thurloe le daba un aire de quien podría haberlo inventado por sí mismo.

Al principio, las preguntas sobre la carrera de Gideon y sobre dónde vivía pasaron fácilmente como conversación general, aunque Thurloe lo miraba fijamente y evaluaba todos sus comentarios. Gideon había tenido intención de ponerse en guardia en cuanto empezara el interrogatorio formal, pero nunca veía el momento de hacerlo. Le sacó la información antes de que estuviera preparado. No tardó en haber hablado de las Trained Bands, de Luke, Okey, Rainborough, de sus servicios como explorador en Escocia... Había dicho que trabajaba en Holborn, que vivía en un callejón de Shoe Lane, que tenía esposa (no dijo de quién había sido esposa antes) y dos hijastros, que su mujer acababa de dar a luz otra vez...

—Ahora permítame que le muestre esta curiosidad, capitán Jukes. —El secretario Thurloe lo condujo en tomo a otra mesa para que viera un objeto que descansaba sobre una silla. Era un estuche de viola vacío.

Thurloe le indicó a Gideon que podía examinarlo. Era para una viola de gamba, la medida estándar más grande, la que Robert Allibone había tocado. En el par que le había legado a Anne Jukes había también un alto, adecuado para un niño que estaba aprendiendo, pero Thomas Lovell lo había rechazado diciendo que era un instrumento de mujer...

Gideon cerró y abrió de nuevo el estuche de la viola, que ya era bastante vieja y, por sus marcas, prácticamente inconfundible. No dijo nada.

Thurloe se acercó y le dijo:

—Lo encontraron en una casa cerca de Westminster Abbey. Se había llevado hasta allí como medio para ocultar un arma excepcional. Destinada para un asesinato. —Gideon seguía con una expresión impasible, aunque estaba horrorizado—. Se descubrió una nota metida debajo del forro.

Thurloe colocó un pequeño cuadrado de papel allí donde Gideon pudiera leerlo. No era mucho mayor que una etiqueta, y decía así:

Thomas Lovell, su viola

Si me encuentran, devuélvanme a la mercería bajo el signo de la campana en Fountain Court, Shoe Lane, y sin duda saldrán ganando. Pregunten *hallí* por el maestro Jukes.

Gideon soltó un gemido. La escritura infantil, la falta de ortografía, la confiada mención de su nombre, le rompieron el corazón.

—Mi deseo sería que su Señoría tuviera la viola que va con este estuche... pero sinceramente le digo, señor, que lo que desearía que tuviera es al chico que la toca.

Thurloe le dijo que no con la cabeza, mientras le observaba con detenimiento.

—Me figuro que estará con su padre. Una de las criaturas de Langdale. Probablemente envuelto en las intrigas del Nudo Sellado, que es un grupo realista secreto. Su hermano Lambert ha proporcionado información de que él es el hombre al que estamos persiguiendo bajo el seudónimo de William Boyes. Usted no ha dicho nada, pero eso puedo entenderlo. Ahora, lo que espero, capitán Jukes, es poder alistarlo para encontrar a Lovell.

Gideon se puso nervioso.

—Yo soy la última persona que... bueno, de hecho le dije a ese hombre que no quería volver a verle nunca más...

—¿Lo ha visto? —saltó Thurloe de repente—. ¡Deme los detalles... estatura, constitución, ropa, color del cabello!

Más calmado, Gideon describió a Lovell. Por primera vez, vio que Thurloe tomaba notas con cierto apremio.

—¡Bueno! Orlando Lovell... utiliza otros nombres y va con distintos atuendos, aunque sus intenciones son siempre las mismas... Y usted se casó con su esposa.

A Gideon se le hizo un nudo en el estómago. Thurloe sabía más, mucho más, de lo que él había esperado.

—El retorno de Lovell nos pone en un buen aprieto —admitió.

Thurloe lo hizo sufrir.

—¡Ni que lo diga! Con una causa razonable para creer que era viuda, la esposa de Lovell y usted eran libres para disfrutar el uno del otro... Me pregunto si esta libertad continúa, ahora que saben que Lovell está vivo. ¿Es su señora una bígama y una adúltera? ¿Están cometiendo el detestable pecado de la fornicación? Sería fascinante plantear este dilema al juicio de un tribunal...

Gideon se sintió amenazado, aunque Thurloe hablaba como si su curiosidad sobre los temas legales fuera genuina.

—Para nosotros no se trata de una simple objeción intelectual, señor. Nuestro problema es doloroso.

Thurloe se acarició la barbilla.

—Me figuro que quiere ver muerto al coronel Lovell, aunque sea un deseo poco cristiano.

—¡Mi conciencia podrá vivir con ello! —admitió Gideon, con la espalda recta como un palo.

—Pero él está aquí, vivo...

—Y se ha llevado de mi custodia al niño al que quiero como a mi hijastro, mi pupilo, llámelo como quiera... un secuestro que Lovell está utilizando con maldad. Envió mensajes diciendo que el chico es su rehén.

—¿Para evitar que me ayudara? ¿Va usted a sucumbir al chantaje? —Gideon pensó que aquel hombre no podía estar casado. (Se equivocaba; Thurloe se había casado dos veces y había tenido hijos). Thurloe continuó presionándolo—. Marchamont Nedham habla bien de usted... Le pagaría, disponemos de fondos, pero deduzco que no querrá dinero a cambio de esto. —Thurloe habló del pago como si nada, como si muchos otros sí lo aceptarían.

—¿A cambio de qué? ¿Por qué es tan importante Lovell? —preguntó Gideon.

—Como «Boyes», está involucrado en asuntos peligrosos. —Con cuatro o cinco frases, Thurloe enumeró los complots fallidos para disparar contra el Protector. En aquellos momentos, no se habían hecho públicos—. Capitán Jukes, ¿conoce usted a Edward Sexby?

Gideon tomó la rápida decisión de admitirlo:

—Lo conocí. Entonces era un «agitador», y un soldado de caballería.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—En Putney, donde lo oí hablar. Nunca fuimos íntimos.

—¿Miles Sindercombe?

—No le conozco.

—¿John Cecil?

—Tampoco.

—Sindercombe era un taimado nivelador del ejército, muy activo. Fomentó el complot del ejército en Escocia, si es que oyó hablar de ello... ¿no se lo encontró por allí?

—Apenas estuve de servicio en Escocia, señor. Me hirieron de gravedad en Dunbar. No puedo volver a empuñar bien una espada; me embarcaron de vuelta a casa.

—Lamento su sufrimiento... Pero le concedieron la Medalla de Dunbar, ¿verdad? —Después del cumplido, y sin alterar su tono de voz, Thurloe le preguntó—: ¿Es usted un nivelador?

—Leal hasta la muerte. —Gideon no se avergonzaba de su pasado. Consideró que el secretario de Estado conocería su historia, y que en los últimos años no había estado en activo. Se negó a ocultar sus opiniones.

—Dígame, ¿qué opinión le merece el gobierno actual, capitán Jukes?

—Yo deseo una representación electa, que creo que es lo que quiere también el lord protector. Cuando lo arriesgamos todo en las guerras, lo hicimos para garantizar un Parlamento libre. Pero entiendo cómo se ha llegado a la situación actual. Todo el mundo piensa por sí mismo, y el hecho de que todo hombre tenga semejante libertad es nuestro gran logro; sin embargo, esto crea unos parlamentos tan conflictivos que no pueden gobernar.

—¿Cree que su alteza el lord protector debería ser rey?

—No.

Eso era arriesgado. Thurloe miró a Gideon. Solo era para que quedara constancia. El secretario Thurloe dijo que la única solución política era devolver el país a una monarquía formal... encabezada por el rey Oliver.

Gideon estiró el cuello como siempre hacía y repuso:

—Yo creo que el rechazo de Cromwell de la Corona es la más grande de sus cualidades. Confío en su palabra de que acepta ser Protector con renuencia, de que todavía espera que sea temporal, y de que nunca buscó el engrandecimiento personal. Creyendo esto, apoyo al Gobierno actual. Defendería nuestra Commonwealth con mi vida.

—Entonces, ¿trabajaré conmigo, capitán?

—Necesito saber qué es lo que me está pidiendo, señor.

—Una simple tarea: ayúdeme a arrestar al coronel Lovell.

CAPÍTULO LXXXII

LA CONJURA DE WHITEHALL, ENERO DE 1657

Hay varias prácticas en marcha para deshacerse de Su Alteza y crear una diversión en el bien común de Inglaterra...

(Los Documentos de Estado de John Thurloe)

Thomas Lovell vio cómo se fabricaban los grandes artilugios pirotécnicos. Los hacía su padre en una mesa de su alojamiento. Tom sabía que era sumamente peligroso. Orlando, que sabía correr riesgos despreocupadamente, incluso estando cerca de sus hijos, le ordenó con mucha severidad que no tocara ninguno de los componentes.

Uno de los explosivos se construyó en una cesta de mano. El motivo no era solo el de la ocultación, sino que de este modo el sensible artefacto podía alzarse y transportarse con cuidado sin riesgo para aquellos que lo manejaban. Tenía dos trozos de mecha en vez de uno: mechas de combustión lenta que sobresalían por los lados, cada uno de una yarda de longitud.

—Seis horas —dijo Lovell con un gruñido mientras frotaba suavemente la pólvora en la mecha para asegurarse de que, una vez encendida, seguía ardiendo.

—Parece mucho.

—Demasiado, Tom. Son las ridículas instrucciones de Sindercombe. ¡Dar a esos idiotas tiempo suficiente para su aterrado galope hacia la libertad!

—Si la explosión es para provocar un gobierno que ellos quieren, ¿por qué tienen que escapar?

—¡Buena pregunta! —se rio Lovell, orgulloso de la inteligencia de su hijo que, naturalmente, consideraba que había heredado de él. Por otro lado, su curiosidad nunca se veía satisfecha.

—¿Dónde se va a poner?

—Ya veremos.

—¿Cuándo lo harán?

—Ya veremos también.

* * *

Iba a ser como la conspiración de la pólvora de Guy Fawkes. Lovell hablaba de ello mientras montaba su propio explosivo con esmero. El plan de Fawkes era hacer volar al rey y al Parlamento, todos juntos, en Westminster. Fawkes alquiló un sótano bajo las Casas del Parlamento, y los conspiradores lo llenaron de pólvora; el problema constante con la pólvora era que se deterioraba, y muy rápidamente además si se

humedecía. Se había dicho que la pólvora estropeada de Fawkes no había prendido, aunque Lovell creía que eso no era correcto; había tanta pólvora en el reducido espacio de aquel sótano (treinta y seis barriles, digamos dos toneladas y media) que, en cuanto la mecha ardiendo alcanzara los barriles amontonados, estos habrían estallado con una explosión enorme. Toda la pólvora se hubiese activado. No solo se hubiera desintegrado el Parlamento, volando a todo el que estuviera dentro, sino que las enormes nubes de escombros (fragmentos grandes y pequeños de piedra, cristal, plomo y tejas) hubiera causado daños terribles por todo Westminster, matando a muchos otros en las viejas calles medievales y callejones estrechos.

—Hubiera habido una devastación atroz, Tom. Hubiera causado terror allí y entonces, además de miedo por todo el país durante muchas semanas después. Se hubiera oído un ruido ensordecedor, un ruido de infarto... y luego un silencio terrible. A continuación, la oscuridad, una densa cortina de humo y acres de ruinas.

—¿Y tus artefactos harán lo mismo en Whitehall?

—Los míos serán distintos. —Lovell continuó manipulando la brea que utilizaba. Era meticuloso y metódico. Tom estaba seguro de que aquellos artilugios pirotécnicos funcionarían como era debido; entendió por qué los demás hombres consideraban a su padre con respeto. Lovell se había convertido en un experto—. Los sótanos de los edificios gubernamentales ya no se alquilan al público, por lo que esa vía está cerrada. No podemos llevar grandes contenedores de pólvora al palacio de Whitehall. Algún entrometido podría preguntarnos qué demonios estábamos haciendo allí. En casa del lord protector son todos muy parcos, y hasta el último barril de buccinos está contado. Sus funcionarios tampoco aceptan sobornos.

—¿Eso es bueno? —preguntó Tom.

—¡Para nosotros es un inconveniente! —respondió Lovell, que deleitó a su hijo con una sonrisa traviesa.

—¿Y entonces qué haréis?

—Esta bomba se introducirá a escondidas y explotará, aunque no con demasiada violencia. Su propósito es que inicie un incendio, muy rápido y virulento, una conflagración incontrolable que queme esos viejos edificios de manera espectacular. Hay vigas, tablas y paneles de madera que prenderían con una sola chispa, viejos enlucidos secos como el polvo, todas las antiguas colgaduras que se conservaron del guardarropa del rey, para disfrute del lord protector, y que arderían del suelo al techo. Además, los edificios están llenos de recovecos donde el fuego puede llegar a dominarlo todo y a atrapar a la gente. Miles Sindercombe lo llama el agujero más apropiado para que viva en él un tirano...

—¿Y el joven rey Carlos no necesitará un palacio? Según el maestro Sindercombe, va a regresar.

—En realidad, Sindercombe espera que no lo haga.

—Si lo cogen le cortarán la cabeza.

—¡Ay, Thomas, hijo mío! A veces me preocupas. Creo que la forma de pensar de

los rebeldes ha hecho mella en ti.

—Bueno..., ¡me gustaría ver este poderoso explosivo cuando estalle!

—Lo verás..., todo Londres lo verá.

* * *

Lovell seguía ocultando a los demás dónde se encontraba su alojamiento. De hecho, Sindercombe, que tenía una habitación alquilada a un sombrerero bien lejos de allí, en el puente de Londres, hacía lo mismo.

Lovell y Tom se llevaron el primer explosivo, se reunieron con Sindercombe y luego trasladaron el artefacto a las dependencias de Toope. Aquello era muy atrevido, puesto que los barracones de la guardia y los establos se hallaban en las caballerizas de palacio.

Toope se llevó a Sindercombe y a Boyes a reconocer el terreno para decidir el mejor lugar donde colocar su artefacto incendiario. Pudieron entrar fácilmente en el viejo edificio destartado que no vigilaban los guardias. Necesitaban una posición central para crear el máximo daño posible con el estallido inicial, pero a la vez debía ser un lugar que fuera lo suficientemente aislado como para que nadie se fijara en la bomba mientras ardían las largas mechas. Tendrían que dejar el artefacto cerca de las dependencias del lord protector, y debía explotar cuando fuera seguro que se encontraba en ellas. Sindercombe llevaba una llave maestra en el bolsillo que utilizó para intentar abrir las habitaciones que podrían resultar adecuadas, pero no funcionó. A Boyes no le hizo ninguna gracia. De modo que hablaron de dejar el explosivo en lo alto de una escalera detrás de la capilla, pero parecía un lugar demasiado público. Irritables y vacilantes, no conseguían decidirse.

Sindercombe y Boyes tenían miedo de que Toope estuviera intranquilo. Posteriormente, este explicó a las autoridades que hubiera revelado el plan al lord protector, pero que aquel día no pudo conseguir una entrevista con Oliver.

* * *

Sindercombe estaba tan nervioso en cuanto a la lealtad del soldado de la guardia, que recuperó el artefacto de las dependencias de Toope y, por una cuestión de seguridad, lo llevó al lugar donde se alojaba Cecil, en King Street. Aquella vieja calle estrecha estaba muy cerca del palacio, iba desde Saint Margaret, la iglesia parlamentaria en Westminster, hasta una de las puertas de Whitehall, junto al Saint James's Park, donde empezaban los edificios de palacio.

El martes siguiente, Sindercombe se reunió con Toope en la taberna Ben Johnson en el Strand, en el extremo opuesto de Whitehall. Conversaron más intensamente sobre la mejor manera de proceder. Sindercombe aseguró que esperaba recibir dinero

de Sexby desde Flandes el lunes siguiente, con lo que implicaba que a Toope se le pagaría más si continuaba cooperando. Toope parecía estar más tranquilo. Incluso se ofreció voluntario para colocar el artefacto en palacio. Miles Sindercombe no tomó en consideración la idea.

El jueves, que era 8 de Enero, Sindercombe, Cecil y Toope se reunieron en The Bear, en King Street, donde Sindercombe le explicó a Toope que Cecil y él habían quedado de acuerdo en que el artefacto se colocaría dentro de la capilla de palacio. Quedaron en encontrarse aquella tarde a las cinco, para instalar por fin la bomba incendiaria. La mecha ardería hasta más o menos la medianoche, y la explosión tendría lugar cuando la gente estuviera en la cama. Podían estar seguros de que el lord protector se hallaría en sus dependencias privadas cerca de allí. Perecería con la primera bola de fuego. La conflagración sería más dramática si cabe por el hecho de suceder por la noche.

Anochece cuando se encontraron delante de la capilla. Comprobaron que en la zona todo pareciera estar como ellos querían, y entonces Miles Sindercombe y John Cecil fueron a buscar el artefacto explosivo a King Street y encendieron la mecha antes de traerlo. Era el mes de Enero, fuera reinaba la oscuridad invernal, y ellos recorrieron los pasillos adoquinados de palacio entre sombras fantasmagóricas, atentos al ruido de sus propios pasos. Si se hubiesen detenido un momento, hubieran oído el débil chisporroteo de la mecha en la cesta de mano.

Cecil se había acercado sigilosamente hasta allí y había hecho un agujero en la pesada puerta de la capilla, por lo que entonces pudo descorrer el cerrojo. Cuando abrió, Toope y él montaron guardia para asegurarse de que no pasara nadie que pudiera fijarse en lo que estaban haciendo. Sindercombe entró solo y colocó el artilugio. Dejó la cesta de mano sobre una de las sillas. Después, Cecil volvió a cerrar la puerta. Eran aproximadamente las seis cuando se separaron, y cada uno siguió su camino, recorriendo distancias cortas por las calles frías y oscuras, mientras su aliento formaba volutas blancas en el aire gélido. En cuestión de diez minutos, dos de ellos ya estaban de vuelta en sus alojamientos. Solo Sindercombe tenía un poco más de trecho que recorrer.

* * *

Lo que no percibieron Sindercombe y Cecil fue que, a pesar del dinero y la persuasión, John Toope había cambiado de parecer.

En la capilla, los guardias los habían estado observando en secreto. En cuanto los conspiradores se marcharon, encontraron el artefacto enseguida. Lo sacaron fuera y lo hicieron detonar, provocando una gran deflagración.

Las tropas salieron tras los conspiradores. Toope, quien había revelado el plan a Thurloe aquel mismo día, se entregó mansamente. Cecil también fue capturado y no opuso resistencia; cuando le interrogaron, lo admitió todo. Solo Miles Sindercombe,

al que tardaron más en encontrar, se resistió desesperadamente; los soldados solo pudieron dominarlo a duras penas y después de que uno de ellos le hubiera cortado parte de la nariz. Cubierto de sangre y sin dejar de revolverse como un loco, Sindercombe siguió a Cecil para ser encarcelado en la Torre de Londres. Fue el único que se negó a responder preguntas.

A uno de los miembros del grupo no lo atraparon aquella noche y tampoco pudieron localizarlo en las semanas subsiguientes. Una vez más, Boyes había desaparecido discretamente.

CAPÍTULO LXXXIII

LONDRES, 1657

Estoy convencido de esta respuesta: no puedo asumir este gobierno con el título de rey; esta y solo esta será mi respuesta a tan importante asunto.

(Discurso del Lord Protector al Parlamento en la Casa de Banquetes, Mayo de 1657)

John Cecil se abandonó a la clemencia del lord protector y lo reveló todo sobre las conspiraciones. Según él, los demás, y en particular «Boyos», eran hombres violentos e implacables: «que no temen a Dios en sus corazones, sino que los mueve y seduce la instigación del Diablo». Al brindar sus confesiones y actuar como testigos contra Sindercombe, Cecil y Toope eludieron el juicio y el castigo.

Miles Sindercombe siguió empeñado en negarse a admitir nada. Fue juzgado por traición el 9 de Febrero, un mes después de su arresto. Lo declararon culpable y lo condenaron a ser colgado, arrastrado y descuartizado en Tyburn.

Mientras estaba en la Torre de Londres, Sindercombe recibió la visita de su madre viuda, su hermana Elizabeth y una novia anónima. De algún modo u otro, obtuvo una sustancia tóxica desconocida que ingirió la noche antes de su ejecución. Al cabo de dos horas lo encontraron en coma, con una nota que confirmaba que intentaba suicidarse; no pudieron hacerle recuperar la conciencia y murió enseguida. Antes de la Guerra Civil, Sindercombe había sido aprendiz de un cirujano, por lo que se supuso que había utilizado su conocimiento de los venenos, aunque no llegó a identificarse la sustancia ni la investigación pudo determinar cómo la había obtenido. Dos autopsias no habían podido establecer nada seguro. En su nota de suicidio, declaró: «Tomo esta opción porque no voy a tolerar que se ejecute sobre mi cuerpo toda la vergüenza flagrante del mundo». Aunque no pudieron ahorcarlo como querían, al tratarse de un suicidio llevaron su cuerpo desnudo a Tower Hill en unas andas tiradas por un caballo; lo enterraron con una estaca de hierro clavada en el corazón.

* * *

Un resultado inesperado fue que se reanudó la presión sobre Cromwell para que asumiera el título de rey. Aunque los rumores sobre la bomba fallida circularon casi de inmediato (la deflagración no podía ocultarse), Thurloe no anunció formalmente los detalles de la conspiración al Parlamento hasta pasados diez días, después de que ya hubiera surgido un frenesí de especulaciones. Entonces él enfatizó de manera

alarmante que en el intento de asesinato no solo estaban implicados terroristas radicales nativos, sino también potencias extranjeras, todos aliados con los siempre traidores realistas. Los periódicos divulgaban historias espantosas de ejércitos congregados por estos enemigos, ejércitos que estaban listos para zarpar rumbo a Inglaterra en cualquier momento en una flotilla de barcos... Noticias y rumores que pasaban por alto los hechos conocidos de que Carlos II se había enemistado con su hermano, el duque de York; no tenía dinero para pagar una flota, y sus ejércitos en el extranjero se iban reduciendo a diario.

En aquel ambiente de pánico, el viernes 20 de Febrero se celebró un día para agradecer el fracaso del magnicidio, con un enorme festín público en la Casa de Banquetes. Todos los miembros del Parlamento estaban invitados, así como los embajadores extranjeros. Se sirvieron cuatrocientos lujosos platos y la espléndida velada terminó con un entretenimiento musical por todo lo alto. Era tanta la aglomeración de gente que una escalera se vino abajo y provocó muchas heridas, sobre todo al hijo mayor de Cromwell, Richard; se le acabaría conociendo como el Vacilante Dick, supuestamente debido a su indecisión, aunque quizá también porque se rompió varios huesos en el accidente.

Muchos habían dado por sentado que al lord protector se le ofrecería la corona mientras agasajaba a sus invitados en aquella ocasión rutilante. No ocurrió así; tal vez el accidente sufrido por Richard fue un factor disuasorio. La petición formal se hizo el lunes siguiente, en el entorno austero y apropiado de la Cámara de los Comunes. Se hizo hincapié en que una nueva monarquía con una sucesión hereditaria definida podría proteger a Cromwell de más intentos desesperados por acabar con su vida. La oferta se refería concretamente al complot de Sindercombe: «el peligro continuado que corre su vida por las prácticas sangrientas de los malvados y los descontentos (...), siendo un principio aceptado entre ellos que, para acarreamos sangre y confusión y lograr los fines que desean, no se necesita otra cosa más que la destrucción de su persona...».

Es probable que el primer discurso dirigido a Cromwell fuera redactado por el propio John Thurloe. El Parlamento lo repitió modificado, pero no fue bien recibido de forma unánime; un centenar de oficiales del ejército apelaron a Cromwell para que rechazara la idea. Cromwell mantuvo con coherencia que el trono no era importante para él; no obstante, la gran mayoría supuso que le atraía y que al final sucumbiría. Se creía que los acontecimientos estaban orquestados por Thurloe, con la plena aprobación de Cromwell.

No obstante, tras muchas deliberaciones y oración, Oliver Cromwell tomó una decisión para algunos inesperada. Tras pensárselo casi dos meses, rechazó la corona. Admitió que aquellos que habían hecho la propuesta eran honorables, y que su propósito era establecer una buena base para la nación. Pero concluyó que sería pecaminoso adoptar el título de rey.

Cromwell hizo el sorprendente anuncio al Parlamento en una reunión especial

celebrada en la Casa de Banquetes el 7 de Mayo. A finales de Junio, el Parlamento iba a suspender sus sesiones durante seis meses, y él iba a ser proclamado lord protector con mucha ceremonia.

Entonces un panfleto llegó a las calles... literalmente, pues estaba desparramado por ellas, y se titulaba *Matar no es asesinar*. La autoría se atribuyó a «William Allen», el verdadero nombre de un nivelador del Nuevo Ejército Modelo, un viejo asociado de Sexby. Allen negó tener nada que ver con ello. Thurloe arrestó a John Sturgeon, otro miembro desafecto de la guardia de Cromwell cuya relación con las conspiraciones de Sindercombe eran bien conocidas. Había regresado hacía poco y en secreto desde su exilio en Holanda. *Matar no es asesinar* se publicó allí.

Se logró poner muchas copias en circulación. Cuando Gideon Jukes leyó *Matar no es asesinar*, se rio de su ironía. Entonces se dirigió a toda prisa a ver al secretario de Estado, Thurloe.

* * *

Thurloe lo recibió de inmediato. A Gideon lo acompañaron a un pequeño gabinete interior, donde Thurloe tenía una copia del panfleto y un montón de declaraciones de testigos frente a él.

—Este pernicioso documento ha aparecido por todo el continente... ¡Incluso lo han publicado nada menos que en holandés! Los realistas se están pavoneando con deleite, claro está.

—Pero no hay duda de que esto no lo ha escrito un realista —murmuró Gideon. Había traído su ejemplar. Era un tratado largo, pero lo había leído con detenimiento. Mientras Thurloe rumiaba, Gideon citó—: «Con justicia, corresponde a Su Alteza el honor de morir por el pueblo... se restaurará la religión, se impondrá la libertad y el Parlamento tendrá los privilegios por los que ha luchado...».

Thurloe se tragó la bilis:

—«En la lista negra de los más grandes malhechores, pocos pueden encontrarse que hayan vivido más para la aflicción y perturbación de la Humanidad...». ¡Esto es calumnia y traición! Pregunta si Su Alteza es un tirano o no y, de ser así, si sería lícito, o provechoso para la Commonwealth, hacer justicia con él. Quiere decir matándolo. Afirma que Su Alteza se ha situado por encima de la ley, y que por lo tanto no debería contar con su protección.

—¿Sabe de dónde ha salido esto? —preguntó Gideon.

Thurloe se lo resumió con enojo:

—Nos alertaron de la presencia de varias embarcaciones holandesas en el puerto de Londres. El coronel Barkstead se enteró de que unas mercancías prohibidas se habían ocultado en algunas casas cercanas al río. Barkstead ordenó un registro. En la casa de Samuel Rogers, un destilador de licores en Saint Katharine's Dock, se incautó de seis paquetes de libros, doscientos en cada paquete. Por supuesto, Roger alegó no

saber nada. Sin embargo, cuando se hizo vigilar su casa... ¡mira por dónde! Aparece por allí un tal Edward Wroughton, un hombre que ya era conocido por distribuir literatura escandalosa en Swan Alley.

—¿En Coleman Street?

—¿Lo conoce?

—Solo de nombre —asintió Gideon con una sonrisa.

—Hombres de la Quinta Monarquía —gruñó Thurloe—. El grupo de Venner. Su Okey es uno de ellos...

—¡No es *mi* Okey! —Sabedor de que, hacía poco tiempo, John Okey había escapado por los pelos de una acusación de traición por estar involucrado en las intrigas de la Quinta Monarquía, Gideon se distanció rápidamente.

—Wroughton exigió ver una orden de arresto. Esta gente son expertos; señaló que en la orden especificaba «la presencia de un alguacil». El oficial de aduanas de Barkstead se vio obligado a enviar a buscar uno. Wroughton los acompañó pacíficamente pero, cuando lo metieron en Tower Gate, se zafó de pronto y tuvieron que perseguirlo hasta Galley Quay.

—¿Wroughton trabajaba solo?

—Estaba confabulado con John Sturgeon.

—¿También lo arrestaron?

—Los agentes reconocieron a Sturgeon en East Smithfield, acarreando aún más fardos. Los llevaba envueltos en papel y atados con cuerda, pero el papel estaba suelto y arrugado, por lo que los títulos de los libros eran visibles. Los agentes le quitaron una pistola de bolsillo a Sturgeon. —Thurloe hojeó las declaraciones—, «... que llevaba en un monedero, un arma con cuatro balas en la culata, cargada y lista para ser utilizada». Dio un nombre falso, y desde entonces se ha negado a cooperar. «Cuando se le preguntó si había entregado o no unos libros como aquellos a Edward Wroughton, dijo que no respondería a eso ni a ninguna otra pregunta que se le hiciera, aunque fuera si dos y dos suman cuatro...». —Thurloe siguió leyendo con expresión sobresaltada, como si acabara de fijarse en una posdata—. Barkstead está tan preocupado que ha pedido una orden con efecto retroactivo para Wroughton, ¡no sea que se escape por algún tecnicismo!

Alzó la mirada y la clavó en Gideon por un momento.

—¿Y usted está preocupado, capitán Jukes?

Era la entrada para Gideon:

—No creo que este trabajo tan bien escrito, *Matar no es asesinar*, sea obra de William Allen. Sin duda alguna lo escribió Edward Sexby.

Thurloe dio un respingo.

—¿Es el estilo de Sexby?

—Maquiavelo sazonando las Escrituras e ilustraciones de los antiguos romanos, como especias de Jamaica mezcladas en un mortero. No solo cita a Francis Bacon, sino también, y de manera descarada, ¡a su propio secretario de Lenguas Extranjeras,

el señor John Milton! Este es un trabajo bien argumentado, meditado y sostenido. Veinte páginas igual de buenas que cualquiera de las que escribe Nedham para usted... —Gideon vio que Thurloe parecía desconcertado—. Bueno, yo soy impresor, como bien sabe, y hace muchos años me dijeron que nunca asumiera la responsabilidad de las ideas... ¡pero sé evaluar la prosa! Mire aquí, donde hace un llamamiento a los miembros del ejército como su audiencia. La frase que utiliza, «a todos aquellos oficiales y soldados del ejército que recuerden sus compromisos y se atrevan a ser honestos...». «Compromiso» es una palabra que a Sexby le gusta mucho; la utiliza otra vez más adelante. Y al final, de pronto aborda el tema de Miles Sindercombe, afirmando que su muerte no fue un suicidio, sino que el coronel Barkstead lo asfixió con unas almohadas. Compara a Sindercombe con Bruto y Casio... «dadle estatuas y monumentos...».

—¡Qué maldad! —gruñó Thurloe.

—Una maldad persuasiva: se lo toma en serio. Esto tiene todo el fervor de Sexby. Y el panfleto tiene la intención de introducir un poco de nuevo dramatismo: «Amable lector, puede esperar otra página o dos sobre este tema si escapo a las garras del tirano...». —Thurloe se estremeció. Gideon insistió—: El arresto de Sindercombe y los demás dejó a Sexby sin ayudantes. Tendrá que venir a Londres en persona.

—¿Y Boyes también? —inquirió Thurloe—. ¿Su hombre, Lovell?

Gideon saltó al instante:

—Si cree que Lovell vendrá, es que sabe que ha abandonado Inglaterra, ¿no?

Thurloe respondió casi con irritación:

—Se marchó a Flandes.

Gideon lo consideró pensando en Thomas, al que ahora se habían llevado al extranjero, a un país desconocido fuera del alcance de su familia.

—Puede que Lovell vuelva otra vez... pero no lo enviará Sexby. Para Sexby es necesario que sea un hombre con las credenciales adecuadas el que le quite la vida al lord protector. Un asesino realista no le servirá. La proclamación de Junio podría parecerle un buen momento. —Thurloe y él consideraron en silencio cómo sería la escena: trompetas, campanas y hogueras, ediles y soldados, salvas y grandes multitudes aplaudiéndoles... una ocasión pública estupenda en la que provocar el terror con un asesinato. Entonces Gideon repitió—: Sexby vendrá en persona.

* * *

Thurloe se reclinó en su silla con la boca tan apretada que formaba una línea aún más estrecha de lo habitual. Lentamente, daba vueltas a una pluma entre los dedos de la mano derecha.

—Nos llegan informes con regularidad diciendo que Sexby está aquí; pero nunca lo vemos para poder detenerlo... —Se inclinó de nuevo hacia sus papeles con expresión tensa—. De un modo u otro, siempre consigue mantener el interés tanto de

los españoles como de Carlos Estuardo... Mire... esto es de finales de Enero: «No hace más de cinco o seis semanas que Sexby regresó de su última visita a Londres». ¡De manera que ya se estaba entrometiendo en Diciembre! Después regresó. ¡No cambia nada! —gruñó Thurloe—. Nada, nada, nada... —Leyó de nuevo con gravedad—: «Debe procurar que cuando Su Alteza salga a tomar el aire, los que lo siguen tengan especial cuidado de que no haya extraños en su compañía, sino solo aquellos que se sabe son leales...». Esto llegó en Abril.

Gideon no confió en el informe de Abril.

—Parece de algún idiota que se haya enterado de las conjuras anteriores y le recuerde que tiene que ganar credibilidad. ¿Pagó dinero por esta declaración?

—¡Es usted un cínico! —repuso Thurloe de buen humor. Cogió otro de los documentos—: «Resumen de mi información desde Flandes: Sexby no fue a Inglaterra en la fecha mencionada anteriormente; la falta de dinero fue la causa de que se quedara; ahora ha recibido catorce mil piezas de ocho, y estará en Inglaterra a principios de Febrero. Expresa un gran pesar por el hecho de que el atentado contra la vida de Su Alteza no tuviera lugar, y anuncia que preferiría perder la suya antes que fallar en el cumplimiento de este designio...». Bueno, tal vez sea posible que Sexby acabe viniendo. Y también Lovell. Pero ahora hay otra cosa que me preocupa —Thurloe alzó la vista y atravesó a Gideon con su mirada más feroz—. Capitán, cuando se interrogó a los conspiradores de Sindercombe, uno de ellos, en concreto Toope, declaró que Sindercombe le había dicho que existía un segundo gran artefacto, en una caja. Nunca supo dónde estaba.

—La pólvora se estropeará —dijo Gideon entre dientes, meneando la cabeza—. Aunque hubieran almacenado el explosivo en algún lugar seco, ya estará muy deteriorada.

—La brea y el alquitrán sobreviven —argumentó Thurloe—. Esa cosa malintencionada aún podría provocar grandes daños. El primero se incendió violentamente cuando se hizo estallar. Quiero encontrarlo, capitán. Me gustaría que usted lo encontrara.

—¿Yo? Seguro que el lord protector ya tiene a sus guardias...

—¡Toope era un miembro de su guardia personal! —Thurloe tomó otro papel más del montón— Sturgeon es otro... Aquí tengo a un agente que dice que compartió una conversación en una taberna con algunos de los miembros de la guardia de Su Alteza: afirma que uno de cada tres de ellos no es de fiar.

Gideon sabía lo bastante de historia como para saber que los grandes hombres rodeados de guardaespaldas seguían corriendo peligro de morir asesinados... normalmente por sus propios guardaespaldas. Los soldados no solo tenían acceso, sino que además vivían lo bastante cerca como para ver más allá del carisma de sus amos y acabar decepcionados.

—¿Y por qué confía en mí? —quiso saber.

Thurloe sonrió:

—¡Confío en su deseo de vivir en armonía con su esposa, libre del coronel Lovell! Además, tiene una mirada honesta. —Sabía ser zalamero. Los halagos no iban a conseguir que Gideon cooperara, John Thurloe era consciente de ello. Era zalamero y listo. Sabía que Gideon Jukes lo ayudaría por sus motivos personales.

* * *

Thurloe estaba en lo cierto. Durante los meses de verano, Gideon pasó largas horas buscando. Su misión era encontrar el artefacto explosivo, pero él creía que esto lo acercaría peligrosamente a Lovell.

Se le permitió el acceso a Cecil y Toope, a los que encontró menos escarmentados de lo que deberían haber estado, en su opinión. Recelaban tanto de él como él de ellos. Aun así, lo ayudaron a elaborar una lista de lugares que habían frecuentado con Miles Sindercombe. También confirmaron que la persona a la que ellos conocían como Boyes tenía consigo a un chico, un niño típico al que le hacía falta un corte de pelo y un buen baño, y que andaba abatido por las tabernas cuando ellos estaban reunidos o seguía a su padre arrastrando los pies con cara de aburrimiento. El chico incluso había ayudado a Boyes a trasladar el primer explosivo, cuando se lo llevaron a Sindercombe en la cesta de mano.

—Entonces, ¿lo elaboró Boyes?

Estos detalles de segunda mano sobre Thomas evitaron que decayera el interés de Gideon. Al enterarse, Juliana toleró sus frecuentes ausencias de casa, y Miles se mostró más indulgente por tener que trabajar solo en la imprenta. Gideon no mencionó el supuesto segundo artefacto de Lovell.

Cecil y Toope no habían sabido en ningún momento dónde se alojaba Boyes. Pero dijeron que le resultaba bastante fácil acudir a las citas, por lo que su alojamiento no debía de hallarse muy lejos, sin duda estaba más cerca que la habitación que Sindercombe tenía con Daniel Stockwell, en el puente de Londres. Los lugares que solían frecuentar estaban en las calles en torno a Whitehall y Westminster. Gideon fue preguntando casa por casa, sin dejarse intimidar por la hostilidad de los que allí vivían, que odiaban la burocracia. Cuando sabía con seguridad que los conspiradores habían estado en alguna casa o posada en particular, insistía en ver las habitaciones que habían ocupado y las registraba en busca del explosivo desaparecido. Pasó por todas y cada una de las tabernas, y en King Street eran numerosas. Allí no se limitó a hablar con caseros, sino también con taberneros y mozos de cuadra. Con la aprobación de Thurloe, les prometía dinero, ya fuera a cambio de detalles de las conspiraciones anteriores o por informar sobre cualquier persona sospechosa que pudiera aparecer entonces.

En la zona en la que Gideon estaba buscando había posadas y figones (lugares donde podías comprar comidas baratas) que sabía que Robert Allibone había frecuentado para sacar información para su *Public Corrant*. Robert siempre fue

reservado, pero Gideon utilizó su nombre a modo de presentación. Una vez un mozo de cuadra le preguntó riendo:

—¿Todavía tiene ese viejo caballo tonto, *Rumor*? ¡Mira que le gustaba su cuarto de cerveza!

Un casero de otro lugar señaló con razón que Gideon estaba buscando a unos exsoldados, pero la mitad de la población de Londres había luchado en las guerras civiles en algún momento. Todos sabían cómo pavonearse y muchos habían acumulado armas desde su época de servicio. El hombre al que Gideon intentaba localizar nunca llamaría la atención.

—¿Nos pide que recordemos a un cliente de Enero cuando ya es pleno verano? Imposible. Además, todo el que se toma una copa alguna vez parece sospechoso según le da la luz de la vela. Lo miramos pensando que parece un poco raro, y entonces seguro que él nos devuelve la mirada y su aspecto es todavía peor. ¡Tendrá que rendirse si no quiere acabar agotado, capitán!

Gideon habló con el dueño de otra posada más, un hombre llamado Tew, un exmarinero de piernas arqueadas que entonces cultivaba su barriga cervecera. Al igual que los demás, negó saber nada de Lovell; al igual que los demás, dio la impresión de que sabía algo que no diría. Tew dirigía *The Swan* con su hermana, dijo. Ella estaba demasiado ocupada fabricando cerveza, y no podía hacerla salir para que le hiciera preguntas, de modo que Gideon no habló con ella.

The Swan era el nuevo nombre que le habían puesto; Robert hubiese conocido aquel lugar como el *Two Tuns*. El negocio parecía marchar bien, y tenían buena cerveza. Gideon así se lo comentó al dueño.

—Bueno, transmítale a su hermana mis elogios... y lo que le dije sobre el «delincuente», Lovell. Si alguna vez sale de la cervecería a la luz del día, puede que lo vea.

—Se lo diré... pero yo no apostararía un chelín por sus posibilidades, capitán — repuso Nat Tew con su lúgubre acento, disfrutando con la desesperación del hombre. Ante esto, Gideon se marchó con los hombros encorvados. Si los caseros de Londres ya eran malos, los del norte, con su pesimismo hartos del mundo, lograban deprimirlo de verdad.

King Street tenía posadas de un extremo a otro. Eran todas unos agujeros oscuros y nada acogedores, llenos de personas con aspecto poco servicial, poco de fiar y peligroso, ninguna de las cuales quería tener nada que ver con el Gobierno. Al menos Gideon sabía que habría sido lo mismo fuera cual fuese el Gobierno que ostentara el poder. Todos ellos habían oído hablar del explosivo de Sindercombe, el que se había colocado en la capilla del palacio. Unos cuantos incluso realizaron vagas afirmaciones, que se desmoronaron rápidamente al ser evaluadas, sobre que conocían a un hombre que conocía a otra persona que había visto el artilugio sobre la mesa de una taberna... Nadie había oído nada sobre un segundo artefacto... o al menos eso decían.

En Junio, Thurloe recibió información de que Sexby podría estar realizando uno de sus viajes secretos a Inglaterra.

No se hacía mención a Lovell. Sin embargo, según el servicio de inteligencia, Carlos Estuardo iba a enviar a sus propios aspirantes a asesino. Gideon creía que Lovell se encontraría entre ellos, tal vez sería el cabecilla. Todo lo que había aprendido sobre aquel hombre sugería que era demasiado inquieto como para quedarse en alguna ciudad europea hostil, en un regimiento decadente del rey o del duque de York, esperando a tomar parte en una hipotética invasión que tal vez no ocurriera nunca. Lovell estaría haciendo de las suyas. Lovell también volvería a Inglaterra.

* * *

Y, en efecto, Lovell había vuelto. Tras el fracaso de la conspiración con el explosivo, había huido al continente llevándose a Thomas con él. Ya hacía casi un año que Tom se había quedado con su padre. Había cumplido trece años en Noviembre, y no le pasó desapercibido que su padre no era en absoluto consciente de su cumpleaños. Tom sabía que su madre habría estado pensando en él. En el fondo sabía que ella pensaba cada día en él.

El hecho de tener trece años había hecho que Tom se preguntara qué sería de su vida. Como exiliados realistas, su padre y él estaban viviendo de sus superiores, sin un verdadero lugar en la sociedad y sin perspectivas. Tom detestaba estar en un país extranjero, incapaz de hablar el idioma, inseguro de por dónde iba, con miedo a no volver a ver su casa nunca más. A otros hijos de caballeros realistas los enviaban a Inglaterra a vivir con sus madres en las fincas de sus padres; se organizaban las cosas para que estos hijos tuvieran una educación y una profesión. Tom Lovell se dio cuenta de que, para él, no se había planeado una vida semejante. Cuando intentó hablar con su padre, Orlando se limitó a decir:

—Tenemos que arreglárnoslas solos, muchacho. —Tom, con cautela, mencionó que Lambert Jukes una vez le había ofrecido un aprendizaje. La reacción de su padre fue dramática—: ¡Maldita sea! ¡Antes prefiero verte muerto en una zanja que como un fabricante de galletas de barco!

—Bueno, no dije que sí —Tom se echó atrás enseguida—. Aunque el tío Lambert me dijo que podía acabar siendo edil... o incluso lord alcalde de Londres.

Orlando quedó tan molesto y alterado que, aunque normalmente se abstenía de beber, se endilgó una botella entera de vino del Rin en media hora antes de la cena, y después se encontró mal.

Estuvo a punto de negarse a llevar consigo a Tom la próxima vez que regresara a Inglaterra. Pero en el hostil Flandes no había ningún lugar donde poder dejar a salvo a un chico inglés sin dinero. Era más barato, y más seguro, traer a Tom de vuelta. Además, viajando con él llamaba menos la atención.

Thomas parecía sumiso. Nunca pidió volver con su madre, y ya ni siquiera pedía escribirle. De modo que padre e hijo tomaron tierra en Dover, un lugar que los realistas consideraban, y con razón, un puerto con muy poco movimiento en el que los inmigrantes ilegales podían desembarcar fácilmente. Se dirigieron a Londres. Tras varios traslados para confundir a los observadores, Lovell se dirigió a una posada en la que ya habían estado en otra ocasión, The Swan, en King Street. En aquellos momentos, habían retomado su anterior vida furtiva, con un aspecto corriente y anónimo.

Pero Thomas tenía ideas propias al respecto.

* * *

Una noche, a una media hora de distancia a pie, en Bread Street, Anne Jukes miró casualmente por una ventana pequeña que daba al patio privado de la parte de atrás de su casa. Algo había llamado su atención. Lambert había terminado hacía poco el proyecto de la letrina que su padre había planeado hacía tanto tiempo, en memoria de John. También lo hizo para complacer a su esposa que, desde el incidente con los rangers, se sabía con derecho a exigirle que hiciera algún trabajo en la casa a intervalos regulares.

Al mirar a través del cristal, Anne reprimió un grito sobresaltado. Vio que un chico al que reconocía y que llevaba un pequeño fardo se metía a escondidas en la letrina. No salió.

Al cabo de diez minutos, Anne cruzó el patio andando tranquilamente. Abrió la puerta y dijo en la oscuridad:

—Esta tarde he hecho una de mis tartas de nueces. Puedo traerte un poco aquí afuera, pero no es necesario que te quedes aquí agachado en la oscuridad. En casa está la antigua habitación de Gideon, esperando a que la ocupe alguien que necesita refugio, Thomas.

CAPÍTULO LXXXIV

LA TORRE DE LONDRES, JULIO DE 1657

Las ceremonias en honor del lord protector se celebraron sin incidentes. El 24 de Julio se expidió una orden para arrestar a Edward Sexby. Aquel mismo día, sacaron a un hombre de un barco cuando estaba a punto de zarpar rumbo a Flandes. Lo arrestaron y lo llevaron rápidamente de vuelta a Londres. Tenía aspecto de hombre de campo, llevaba una ropa andrajosa y una barba descuidada; nacido en Suffolk, se las arregló para hablar con un acento rural creíble. Pero los agentes de aduanas se habían dado cuenta del disfraz.

Lo llevaron a la Torre. El grupo de bienvenida le observó con curiosidad. El hecho de seguir los pasos de tantos condenados en aquella fortaleza, de tantos hombres que querían cambiar el mundo o que perseguían la corona, bastaba para hacer temblar a cualquiera. Él no mostró ninguna reacción al quedar empequeñecido por la fortaleza, una ciudad en sí misma, con sus amedrentadores lienzos de muralla, sus numerosas torres (algunas de ellas tan grandes que tenían sus propias torres), cañones silenciosos, rastrillos que funcionaban, antiguas capillas donde monarcas y gobiernos implacables habían enterrado a reinas, traidores, pretendientes e inadaptados que los ofendieron. Sabía que había cámaras de tortura. En las entrañas de aquel lugar, fuera del alcance de los oídos, había un equipo feroz, perfeccionado a lo largo de los siglos, en manos de unos operarios que disfrutaban con su trabajo.

Thurloe había enviado a buscar a un hombre alto y rubio. Él identificó al prisionero:

—Sí, se trata de Sexby.

Sexby no le guardó rencor. La confianza en sí mismo, que siempre había rayado en la arrogancia, hizo que se sintiera orgulloso de que lo reconociera. Entonces se estaban utilizando las torres Beauchamp y Broad Arrow para los prisioneros políticos, aunque había donde elegir. Condujeron a Sexby a una celda: un alojamiento lúgubre, pero al menos era una habitación, no un calabozo. Gideon se arriesgó a pedir que le dejaran un tiempo a solas con él.

—Sí, acomódelo... buena idea. Ablándelo un poco... —Eso era imposible, con Sexby no cabía esa posibilidad.

Habían pasado nueve años desde Holdenby, ocho desde los Debates de Putney. Gideon encontró a Sexby más viejo, más agotado, pero más directo; probablemente él siguiera siendo el mismo. Como prisionero, Sexby tenía un aspecto cansado, retraído, sometido. No realizó excitadas protestas de inocencia: todas las señales típicas de la culpabilidad. Lo interrogaron brevemente a su llegada, y no había revelado mucho. Sería como Sindercombe: nunca admitiría nada. Sin duda iba a disfrutar mucho

guardando silencio. Pero Gideon no creía que Sexby se suicidara; él obligaría a Cromwell a ejecutarlo, con la intención de que Cromwell pareciera aún más tiránico.

Los dos hombres recorrieron con la mirada la celda desnuda, oscura, con sus ventanas con barrotes, frías paredes de piedra, chimenea vacía... Había una cama estrecha y una mesa pequeña y desigual. A través de aquellos gruesos muros de piedra se deslizaba la enfermedad, la humedad, las chinches y la desesperación. Existía un elevado riesgo de muerte.

—Me ofrecería para traerle algún artículo de primera necesidad, pero... —Gideon estaba pensando en Sindercombe y el veneno. A lo largo de la larga historia de la Torre, habían tenido lugar fugas muy arriesgadas, pero el coronel Barkstead era meticuloso. Había sorprendido a un realista empapando los barrotes de la ventana con agua fuerte. No iba a perder a Sexby.

—¿Papel y tinta?

Gideon negó con la cabeza.

—Está prohibido. He oído que está casado... Su esposa y otros miembros de su familia podrán venir a visitarlo. —Sexby asintió levemente con la cabeza. La señora Elizabeth Ford, la amante que consiguió que Sexby evitara su captura en Weymouth, se llamaba entonces Elizabeth Sexby; había estado con él en Flandes, y le había dado hijos.

Gideon se sintió más desmoralizado de lo que se esperaba. Sexby se había desabrochado la chaqueta, lo mejor que podía hacer para sentirse como en casa. Se dio la vuelta y compartió una mirada fatalista con Gideon. Aunque habían alcanzado posiciones distintas, las experiencias que habían compartido en el pasado habían creado vínculos entre ellos. Ambos suspiraron. Ninguno de los dos culpaba al otro. La mutua antipatía que habían sentido hacía tantos años se convirtió en mera indiferencia.

—Es el fin de una era —comentó Gideon con voz sombría—. Walwyn hace de médico para los pobres, Wildman murió de un ataque a las puertas de la prisión de Eltham, cuando regresaba del permiso bajo fianza, a Overton le ha dado por la religión exaltada. —Lilburne, que se estaba volviendo pragmata, seguía libre. Ni Gideon ni Sexby lo mencionaron. Gideon echó un vistazo hacia la puerta y bajó la voz como si su propósito no fuera oficial—. Mi segunda esposa había estado casada con Orlando Lovell, el realista conocido como William Boyes. ¿Quiere decirme dónde puedo encontrarle?

Sexby lo miró más fijamente. El apuro legal de Gideon no le interesaba; él estaba encerrado en su propio dilema, y contraponía a eso todo lo que le decían.

—¿Le han pedido que me lo pregunte?

—Mi búsqueda es personal.

—No sé nada de él. —Una respuesta estándar. Gideon se percató de que Sexby no se fiaba. Incluso sin saber que a Gideon le habían ordenado que buscara el segundo explosivo, Sexby protegería a Lovell.

—Tiene al hijo de mi esposa.

—Que también es hijo suyo, supongo. —Sexby se encogió de hombros. Elizabeth tendría que criar a sus hijos sola; Gideon se preguntó cuánto... o cuán poco, habría invertido Sexby en ellos emocionalmente.

De todos modos, lo intentó una vez más.

—Lambert quería que Thomas fuera tendero.

Sexby, que una vez fuera aprendiz de tendero, acabó riéndose.

—¿Y cómo está Lambert?

—Tiene la salud destrozada —alzó el brazo como si fuera el ala rota de un pájaro—. Yo también estoy fastidiado. —Gideon, tristemente filosófico, se sinceró con Sexby y le habló de sus temores por el futuro como no lo había hecho con nadie—: No lamentamos nada. Volveríamos a hacerlo todo otra vez, y de buen grado. Nos repetimos este miserable tópico, que nuestra lucha logró muy poco, pero que hubiese sido desastroso no haber luchado. No es ningún consuelo, por supuesto. El fracaso ha estado a la espera desde el principio, y eso no lo cambia nada.

Sexby se había puesto tenso para resistir a un interrogatorio, pero también parecía dispuesto a hacer pronósticos:

—Cromwell morirá. El joven Carlos Estuardo regresará. Prometa lo que prometa, la monarquía con él restaurada tendrá una esencia pecaminosa y disoluta. —Lo dijo como quien había visto a ese hombre de cerca—. Hará una redada de todos los que hicieron rendir cuentas a su padre. La libertad, que ha muerto bajo el mandato de Cromwell, se perderá entonces para siempre... ¡Bueno! Al menos yo no lo veré. —Gideon no pudo discutir aquella escueta conclusión—. ¿Qué hará usted, Gideon Jukes?

—Lo que deba. Soportarlo. Han pasado quince años desde que tomamos las armas —dijo Gideon—. La gente está cansada. Cansada de luchar. Lo hicimos lo mejor que pudimos, pero no podemos continuar. Queremos una vida normal. Una semana de trabajo, un sermón de domingo, una esposa e hijos en casa, paz y prosperidad. Queremos que se asiente el bien común.

—Su bien común es una causa perdida —le dijo Sexby. «No gracias a usted», pensó Gideon.

No lo aguantaba más y dio por finalizada la entrevista. Para su sorpresa, Sexby se despidió de él con el viejo saludo de los niveladores:

—¡Leal hasta la muerte!

A Gideon le resultó imposible devolvérselo.

* * *

Hasta el mes de Noviembre, tras cuatro meses de pesado trabajo mental, las autoridades no consiguieron convencer a Edward Sexby de que admitiera que era el autor de *Matar no es asesinar*. Sexby, delirante y temblando por la fiebre, lo confesó

todo... o al menos eso se dijo. No lo juzgarían: una investigación decidiría que lo había matado la fiebre de la cárcel. Él hubiese dicho que eso le resultaba muy conveniente a Cromwell.

Su esposa, que acababa de tener un hijo hacía poco, envió a su criada con cuarenta chelines para que lo enterraran. Aunque le dieron la oportunidad de sacar de allí el cadáver, con la misma actitud desafiante de su esposo Elizabeth Sexby les dijo que lo enterraran en los terrenos de la Torre de Londres, donde había muerto.

* * *

Gideon no volvió a ver a Sexby. Aquella noche, sintiéndose exhausto y afligido, había salido por una torre de entrada a los vastos espacios abiertos interiores de la Torre de Londres, bañados por la última claridad que se filtraba en el crepúsculo de un largo atardecer del mes de Julio. Se veían unas velas en lo alto, en las dependencias del alguacil. Sonidos militares procedentes de la guarnición. La brisa traía el olor de los establos, pero ni siquiera su acritud logró borrar el hedor a abandono de la prisión que había absorbido. Helado hasta los huesos, aun cuando la visita había sido muy corta, el hombro le dolía de mala manera.

Gideon Jukes recordó que allí, en algún sitio, había una copia de la Carta Magna. Una vez se la habían mostrado a lord Fairfax, pero Gideon no solicitó verla.

CAPÍTULO LXXXV

TABERNA THE SWAN, KING STREET, JULIO DE 1657

La señora Maud Tew era muy consciente de que su hermano cada vez se parecía más a su padre. De rostro colorado y barriga prominente, un hombre quejumbroso que rehuía el trabajo. Nat había adoptado alegremente la tradición de sus antepasados. Se había vuelto tan inútil como Emmett lo fue siempre. Maud Tew, una figura menuda, pálida pero descarada que se había hecho formidable en el dominio que había elegido, afrontó su destino con resignación. Por su aspecto, se diría que una ráfaga de viento podría derribarla, aunque poseía la fuerza nervuda de todas las mujeres trabajadoras que no dejaban de acarrear pesados barreños y barriles de un lado a otro. Nat le permitía hacerlo, sin ser consciente de que ella era perfectamente capaz de llevar a cabo semejante tarea mientras al mismo tiempo conjuraba en su entonces bien ordenada mente cómo deshacerse de él.

Tenía un cabello castaño y fino que llevaba sujeto en un moño alto, pequeño y apretado, sin cofia ni diadema, aunque sí vestía un cuello blanco, tal vez demasiado grande, sobre sus hombros diminutos, encima de un vestido gris que le quedaba más o menos bien. Un ancho delantal completaba lo que hubiese sido un conjunto respetable, si la culata de su pistola no hubiera sido visible en el bolsillo del delantal donde una mujer de menor valía llevaría un paño para quitar el polvo de la repisa de las chimeneas.

La señora Tew tenía una reputación. Tanto su hermano como sus clientes la respetaban y la admiraban. Ella no ocultaba que había sido soldado, disfrazada; también se decía que había sido salteadora de caminos, como la infame Molly, en la taberna Black Dog de Blackheath. Maud mantenía la boca cerrada sobre su historia pero, para una mujer de constitución menuda que regentaba una cervecería en un distrito difícil, ese tipo de rumores no hacían ningún daño. Era una manera de recalcar al público la ley contra la embriaguez; cuando, en su opinión, los clientes de The Swan ya habían bebido lo suficiente, su pistola los animaba a irse a casa.

Por consiguiente, no era sensato para nadie armar jaleo en el patio de su taberna. Cuando alguno de los huéspedes ocasionales perdía los nervios con un mozo de cuadra, corría un gran peligro. «El único amigo que había tenido, Thomas, el mozo de cuadra de una pequeña taberna en Birmingham, recibió un disparo de pistola cuando iba a tomar los caballos de unos caballeros realistas...». Al oír el alboroto, Maud salió corriendo de la cervecería. Se encontró con un fanfarrón vestido con un traje austero pero de buena calidad que la irritó; chillaba diciendo que habían permitido que su hijo se escapara. Estaba intentando coger su caballo, pero el mozo de cuadra retenía con firmeza al animal porque no se había pagado la cuenta.

—¡Vamos a ver! —gritó Maud.

—Díselo tú, Maud —la animó Nat.

Los clientes salían y se empujaban, ansiosos por ver la diversión.

—Y bien, ¿a quién tenemos aquí? —preguntó Maud como una actriz con su sarcasmo habitual, como si aquel tipo no fuera más que una cochinilla que correteara por debajo de la escoba cuando barría el suelo del bar.

—Es el señor Boyes —dijo su hermano, fingiendo que la situación no era culpa suya en absoluto.

—¡Me parece que no! —espetó Maud, que aún recordaba a aquel hombre de cierta noche en Birmingham—. Le conozco —dijo, dirigiéndose directamente a Lovell. Ya no le tenía ningún miedo. No sabía si el caballero realista que en una ocasión... en dos ocasiones, había estado a punto de matarla simplemente por encontrársela en su camino, lo entendía entonces—. El nombre de este hijo del diablo es Lovell.

—¡Oh, vamos! —terció Nat. Al final cayó en la cuenta de la relación—. ¿Acaso es el peligroso caballero realista al que ese tal Jukes buscaba con tanta urgencia?

—Eres tan bobo que en la cabeza debes de tener un huevo pocho, Nat —le informó su hermana—. No obstante, es cierto, y el maestro Jukes nos pagará un buen rescate.

El coronel Orlando Lovell la maldijo de todas las maneras posibles y con mucha fluidez, como un verdadero caballero realista. Entonces abandonó su caballo, que era valioso, y su equipaje, que no lo era. Cuando giró sobre sus talones con expresión despectiva, dispuesto a largarse sin pagar la cuenta, Maud hizo lo que tenía fama de hacer con los escurridizos. Le aconsejó que se quedara donde estaba. Para asegurarse de que escuchaba sus palabras amables, Maud sacó su pistola y amenazó con dispararle.

Orlando Lovell, sin embargo, siguió caminando, y Maud Tew disparó sin que le temblara el pulso.

—¡Esto no había pasado nunca! —se maravilló Nat. Probablemente no sería necesario volver a hacerlo. No tardaría en extenderse el rumor.

Lovell recibió la bala en el hombro. No se detuvo, sino que se alejó a grandes zancadas por King Street. Manteniéndose a una buena distancia por si había problemas, Nat siguió las gotas de sangre hasta el Cockpit Gate antes de que el rastro se perdiera. Temeroso de informar que había perdido al moroso huésped, Nat se tomó unas cervezas en varias tabernas y luego volvió a casa con sigilo y aire de culpabilidad. Maud lo reprendió por principios, luego vendió el caballo, las armas y varios disfraces de Lovell, todo en la media hora siguiente. Sabía que, a menos que encontrara rápidamente a un cirujano, Lovell era hombre muerto.

* * *

Aquella misma mañana, Lambert Jukes había ido a ver a su hermano a la imprenta. Envió a Miles a comprar una jarra de cerveza. Entonces Lambert, ancho como un armario y desacostumbradamente sombrío, tomó asiento en un taburete con las rodillas separadas y los brazos cruzados.

—Y ahora escúchame, joven Gideon, y no me interrumpas. Tom Lovell está a salvo. Lo tenemos en casa con nosotros. No debes visitarlo, ni dejar que su madre lo visite, ni hacer nada que pueda conducir a un observador hasta nuestra casa... — Cuando el sobresaltado Gideon hizo ademán de intervenir, Lambert alzó la mano—. Ahora tranquilízate y agradece la inteligencia del chico. Vino a nosotros porque su padre lo buscará... y el primer lugar donde Lovell vendrá es a tu casa.

Gideon seguía resistiéndose:

—Lambert, Thomas tiene información. Habrá que hacerle preguntas.

Los dos hermanos guardaron silencio, detestando la difícil idea de exponer a un niño a un interrogatorio formal.

—No lo permitiré —decidió Lambert.

Gideon le puso la mano en el hombro a su hermano; Lambert se zafó de una sacudida.

—Lambert...

—Lo perderemos... huirá y volverá corriendo con su padre.

—Escúchame, Lambert. Puede que haya un segundo explosivo para matar al lord protector. Los hizo Lovell. Thomas puede decirnos dónde estaban viviendo, el lugar donde tal vez Lovell dejara el artilugio en una caja...

Lambert se puso de pie.

—Se alojaron en The Swan, en King Street. Lovell lo trajo de vuelta con él esta semana. —Gideon se dio cuenta de que, en realidad, Lambert ya había interrogado al chico con delicadeza—. Tom no ha mencionado ningún explosivo... pero está preocupado porque su viola, la que Anne le regaló, se quedó atrás cuando huyeron. Su padre le dijo que no preguntara por ella.

Gideon se puso la chaqueta de inmediato.

—Vete a casa, Lambert.

—¡Ni hablar! —se mofó él—. No discutas. Esto no es Holdenby House. ¡Esta vez voy a ir contigo!

* * *

Era demasiado tarde. Cuando llegaron corriendo a The Swan, con Lambert resollando detrás de Gideon, que no dejaba de meterle prisa, la dueña les informó de que Lovell se había marchado. Gideon soltó una maldición.

—Ya estuve hablando de ese caballero con el maestro Tew... —recordaba que Nat Tew fue muy poco servicial, y que pareció disfrutar maliciosamente con ello.

—He enviado a ese idiota a comprar pasteles de carne para el menú. Si tiene que

hablar, hable conmigo. —La hermana miró a Gideon con una actitud que este no pudo ubicar.

—Le expliqué a su hermano que estaba buscando a un fugitivo, William Boyes.

—Lovell —asintió tranquilamente la señora Tew—. Lo conocí cuando era un sucio caballero realista en el maldito ejército del príncipe Rupert. Lo vi en Birmingham. Él no se acordaba de mí... pero yo le reconocí. Nat le dio la habitación, lo cual lo hace más estúpido todavía. Yo no lo había visto personalmente hasta hoy, y no llegué a ver al chico. Estuvieron aquí dos días sin causar ningún problema. Entonces el chico desapareció, y el hombre provocó un alboroto. Le disparé.

—Eso debió de sorprenderle —comentó Gideon, sorprendido a su vez.

—A usted también le conozco; es Gideon Jukes —dijo la mujer con serenidad—. ¿Eso le sorprende también?

La mujer se complació en la perplejidad que causaron sus palabras.

—¿De qué me conoce?

—Del camino que pasa por Stony Stratford. Calverton... quería que conociera la parroquia. En aquel entonces yo tenía otro nombre...

—¡Dorothy Groome!

—Bueno, pues ahora soy la señora Maud Tew, y este es el de verdad.

—Me asombra que todavía se acuerde de ti —comentó Lambert a su hermano.

—¡Siempre recordaré el día que di a luz en una zanja! —aseveró Maud Tew sin avergonzarse—. Su hermano no era más que un adolescente grandote montado en un viejo caballo de lomo combado... aunque en aquel entonces espiaba para sir Sam Luke, y Nat dice que ahora espía para John Thurloe.

Gideon fue seco:

—Necesito registrar la habitación del coronel Lovell.

Maud Tew encogió sus hombros estrechos.

—Ahí no hay nada. En cuanto se largó fui al galope a mirar. Solo había el consabido orinal y cierto olor a problemas.

—¿Ese olor a problemas era como de azufre, brea y alquitrán?

—¿Qué?

—Debo registrar toda su casa. Le pido disculpas, pero puede que le evite volar por los aires. Mientras yo busco, por favor, vuelva a preguntar a todo su personal si recuerdan haber visto antes a Lovell. Y si cuando se fue entonces, dejó atrás una caja.

—No lo hizo —afirmó la señora Tew alegremente—. Yo hubiese mirado dentro.

—¿Y un instrumento musical? —preguntó Lambert.

—¡Lo hubiese vendido! Pero me acordaría.

—¿Podría haber escondido algo?

—¿Dónde? ¿En la chimenea con los nidos de las grajillas?

—¡Eso provocaría más de un incendio de hollín! —se rio Lambert.

—¿Bodegas? ¿Desván? —insistió Gideon.

—Entramos y salimos de las bodegas constantemente, o sea que no. El público no

hurga en mi desván; si subió allí, es que es un descarado...

—¡Ya lo creo que lo es! —confirmó Gideon. Ella sabía que estaba en lo cierto—. Señora, lléveme a su desván, si es tan amable.

* * *

En un espacio de techo bajo de la taberna The Swan, Gideon y Lambert descubrieron la viola perdida de Tom. Su peso muerto reveló de inmediato que le habían hecho algo. Cuando lo alzaron y encontraron espacio y luz en un bajo pasillo para examinarlo, vieron que le habían quitado las cuerdas y que le faltaba el puente alto. El instrumento silenciado no era uno de los diseños más antiguos que tenían un agujero de sonido central; aquel resonaba a través de dos elegantes volutas en forma de F; eran demasiado estrechas para poder introducir un material en cualquier cantidad. De manera que alguien se había dedicado con mucha habilidad a quitar la parte trasera plana del cuerpo pulido de la viola, ya fuera haciendo palanca o cortando todo el borde con un cuchillo fino. La caja, con su cintura elegante, se había separado con cuidado, se había rellenado y vuelto a montar, pegada y atada con cordel en un principio apretado, aunque con el tiempo, el material del interior había secado la madera y esta se había abierto en las juntas.

—¡Como un viejo barril de pólvora! —dijo Lambert en tono harto significativo.

Aquel tamaño de viola estaba pensado para que lo tocara con arco un músico sentado, apoyándolo en el suelo. El mástil se extendía por encima de la cabeza del músico. Si un instrumento tan grande estaba lleno a rebosar de explosivos, era una buena bomba.

Los dos hermanos Jukes se animaron. Gideon miró a Lambert; Lambert le devolvió una amplia sonrisa. En lugar de esperar a que vinieran los soldados a retirar oficialmente el artilugio, lo agarraron uno de cada extremo y lo bajaron entre los dos manteniéndolo lo más horizontal posible, que era tal como lo habían dejado guardado. Fuera, lo dejaron de espaldas en medio del pequeño patio del establo. Enviaron a un muchacho a las caballerizas de Whitehall a buscar a la guardia, para que se incautaran del artefacto.

Lambert y Gideon hincharon los carrillos, soplaron con alivio y se retiraron a una entrada; calmaron los nervios con unas jarras de peltre con la excelente cerveza de Maud. Al cabo de poco, los llamó para que entraran a por más. Mientras estaban dentro, uno de los clientes más estúpidos de Maud se acercó a echar un vistazo. Al no detectar nada interesante, golpeó la pipa contra la viola: al fin y al cabo había salido allí a fumar. Las chispas cayeron por los agujeros de resonancia. En el interior, una masa de material combustible estaba conectada a la pólvora que, para conseguir más potencia, estaba dentro de un tubo metálico. Como el ático era un lugar sumamente seco, todavía conservaba suficiente viabilidad para producir un gran fogonazo y unas cortinas de llamas.

El poderoso estallido no fue tan potente como la explosión del polvorín en Edgehill, cuando un soldado apoyó la mano mientras sostenía una mecha encendida. No fue tan terrible como la erupción de ochenta y cuatro barriles de pólvora en la iglesia de Torrington que casi mata a sir Thomas Fairfax, bajo una lluvia de troncos ardientes, ladrillos y plomo fundido. Ni siquiera tan enorme como la de la vieja torre de entrada en Colchester que los dos hermanos Jukes habían visto reventar, lanzando miembros amputados y piedra hecha pedazos a muchas yardas de distancia. Pero fue más grande de lo que a cualquiera de los presentes le hubiera gustado experimentar.

El cliente murió en el acto. Algunos pedazos de él salieron disparados por el patio. La pipa de cerámica fue vista posteriormente, ensartada entre los juncos del tejado, misteriosamente entera tras su vuelo. Las llamas del patio eran tan altas que llegaron al balcón del segundo piso. Las porciones de brea fundida salieron volando en todas direcciones, pegándose a la gente y chorreando por las paredes, puertas y ventanas. Se iniciaron pequeños incendios allí donde aterrizaban las sustancias. Los caballos de los establos fueron presa del pánico. A los hombres se les pasó la borrachera de golpe, se pusieron de pie y salieron corriendo a por cubos de agua. La señora Tew corría entre ellos, dando órdenes con brusquedad para intentar salvar su taberna.

Lambert se lanzó a combatir el fuego. Como si de repente cayera en la cuenta de que estaban tratando con Orlando Lovell, le rugió a su hermano que corriera, que corriera hacia su casa donde podría ser que lo necesitaran desesperadamente. Así pues, mientras se intentaba controlar el incendio en The Swan, Gideon Jukes salió a la carrera en busca del hombre que lo había provocado. Gideon regresó a Shoe Lane con toda la rapidez de la que fue capaz.

Allí también llegó demasiado tarde.

CAPÍTULO LXXXVI

SHOE LANE, JULIO DE 1657

Ningún hombre toma a una esposa si no existe un compromiso, y creo que un hombre debe mantenerlo.

(Thomas Rainborough, en los Debates de Putney)

Eran aproximadamente las tres de la tarde cuando Orlando Lovell entró en la tienda de Juliana. Ella levantó la mirada. Simplemente con quedarse en silencio en la entrada la había asustado. Entró y cerró la puerta con el pestillo para que no los interrumpieran.

Lovell tenía un dolor ardiente en el hombro izquierdo. Él mismo se había extraído la bala utilizando un cuchillo de afilar plumas, nunca le había faltado coraje físico. Se había abrochado bien la chaqueta hasta el cuello para ocultar la sangre de la camisa. Había quien tomaba unos tragos de *aqua vitae* en estas circunstancias, pensando que con ello se aliviaba el dolor. Lovell sabía que no funcionaba. Además, necesitaba tener la cabeza despejada.

Habían pasado casi diez años desde la última vez que vio a su esposa. Juliana había dejado de ser una niña para convertirse en una mujer madura. Lovell la encontró reinando en su pequeña tienda, con aspecto pulcro y aire de seguridad, el cuerpo algo más lleno, más fortaleza de ánimo. Pero tenía el rostro cansado, y Lovell supo que eso se lo había provocado él al raptar a Tom.

Se dijo que no era un mal hombre, que nunca lo había sido. No tenía ningún deseo verdadero de hacerle daño a Juliana, su intención no era hacerle daño por que sí. Él solo quería lo que era suyo. Y por razones muy concretas, lo quería enseguida. Tenía que recuperar a Tom; Tom sabía demasiado.

Antes incluso de hablar con ella, Lovell se dio cuenta de que no había ninguna posibilidad de apartar a Juliana de aquel hombre, Jukes. Tampoco se engañó pensando que la quería consigo. Había vivido sin ella durante largo tiempo sin ningún problema. Lo que le molestaba era la manera en que lo miraba, como si supiera lo que estaba pensando sin ni siquiera haber hablado. Le fastidiaba que lo comprendieran. Le gustaba ser impredecible, misterioso.

Naturalmente, no soportaba el hecho de que Juliana prefiriera a otro hombre.

—¡Oh, cariño! ¿Qué nos has hecho? —suspiró intensamente e hizo que su voz sonara profunda y dolida, como un actor trágico dándolo todo en un papel talismán por el que se había hecho famoso.

Arrancada de su estupor, Juliana preguntó:

—¿Dónde está Thomas?

Lovell sonrió con tristeza.

—Vine aquí para hacerte la misma pregunta.

Juliana fue presa del pánico.

—¿Qué has hecho con él?!

—Se escapó. De manera que, si no vino aquí contigo, ese desagradecido puede estar en cualquier parte.

—¿No es más que un niño! —exclamó Juliana, como si padre e hijo acabaran de irse de excursión para pescar y Lovell lo hubiera perdido accidentalmente—. ¿Cómo pudiste dejar que fuera vagando por las calles? Cualquiera podría secuestrarlo con propósitos terribles. ¿Qué hiciste para que huyera de ti?

Lovell le echó la culpa a ella de inmediato.

—¿Fuiste tú la que lo criaste desobediente y temerario!

—¿De ninguna manera! Esto de escaparse lo heredó de ti —la voz de Juliana se endureció. Deberían haber sido unos desconocidos, pero se enzarzaron en una pelea como cualquier pareja casada.

Lovell la observó mientras ella intentaba hallar la mejor manera de manejar la situación. Estaba más guapa de lo que él recordaba. Sus rasgos se habían agudizado atractivamente, en tanto que su nueva seguridad en sí misma hacía que resplandeciera. Vestía con más elegancia de la que hubiese mostrado de ser la esposa de un puritano escudriñador de la Biblia, entonador de salmos y predicador de perjurios. El hecho de tener una mercería requería que ella llevara adornos. Vestía una falda de lino satinado y, sobre ella, una chaqueta finamente tejida muy poco corriente, estampada en tonos de salmón y verde helecho; la seda provenía de Nápoles, pero las piezas tejidas las había hecho ella misma. No iba adornada con joyas, aun cuando Lovell estaba irritablemente seguro de que le había regalado muchas; se había peinado con el cabello recogido en un moño pulcro, echado hacia atrás y entonces sin flequillo, pero todavía con los ligeros rizos laterales con los que siempre lo había deslumbrado.

Cuando Lovell entró en la tienda, Juliana había notado que se le despejaba la mente, de la misma manera en que los soldados deben ignorarlo todo salvo la aterradora emergencia inmediata. Quería que Lovell saliera de su local lo antes posible, centrarse en ello aunque no pudiera enterarse de lo que había hecho con Tom, e impedir que se llevara nada más de lo que para ella era valioso...

—¿Qué le pasó al pequeño? —Los ojos de Orlando se posaron en los de Juliana y, de manera instintiva, él percibió su preocupación.

—¿Valentine? ¿Se llama Valentine! —lo reprendió Juliana—. Lo crie lo mejor que pude, ya que no tuve ninguna ayuda económica por tu parte. A veces pasamos hambre; a menudo teníamos miedo; no éramos gratos allí donde nos dejaste; y prácticamente estábamos en la indigencia...

—No dramáticas. Sé que viviste en Lewisham. —Lovell echó un vistazo a su alrededor y frunció el labio—. ¿Y ahora tienes esto! Te has visto reducida a vender

baratijas...

—Esto —lo informó Juliana, que se irguió—, es lo que hacía mi padre, y mi abuelo. Esto ha proporcionado ropa en el cuerpo y comida en la mesa. Ayer, por ejemplo, comimos escalopes escoceses, y esta noche cenaremos fricando de pollo, que es el plato favorito de Val.

Lovell no lo entendió a propósito y rememoró:

—¡Me acuerdo perfectamente de cuando nos hacías un *quelquechose* con tus propias manos! —Un *quelquechose* era una fritura con muchos ingredientes, todo lo que una esposa a la que no le llegaba el dinero podía reunir apresuradamente vaciando la despensa. Y lo cierto era que, como recién casada y joven madre, Juliana había pasado estrecheces, y lo recordaba con amargura—. De modo que al pequeño Val le gusta el fricando, ¿eh? —Juliana lamentó haber mencionado a Valentine. Lovell, quien probablemente aún pensara en su hijo menor como en un niño pequeño, estaba jugando otra vez con el temor de Juliana—. ¿Y dónde está mi pequeñín?

—Va a la escuela. —Juliana le estaba ocultando la verdad. Valentine estaba allí. Estaba arriba; una enfermedad, probablemente fingida, le había impedido ir al colegio. La idea de Val de una buena vida era estar tumbado en la cama, envuelto en una colcha, rodeado de libros y juguetes, con los perros *Muff* y *Hero* acurrucados a su lado y atendido por mujeres comprensivas que le traían caldos o zumos de frutas. Val, que con once años ya era un maestro de la manipulación, había perfeccionado una tos que sonaba como si solo le quedaran dos días de vida. Había que tomársela en serio. La única vez que Juliana había hecho de tripas corazón y lo había mandado a la escuela de todos modos lo habían traído de vuelta a casa en una carreta de manzanas, semiconsciente y con el peor caso de anginas que el médico había visto jamás...—. Se le dan bien los libros y va a ir a Oxford gracias al generoso legado del pobre Edmund Treves. —No pudo evitar un dejo de orgullo.

Lovell estalló en sonoras carcajadas.

—¡Vaya, gracias a Dios! ¡Es un futuro de caballero! Sabía que había un motivo para hacerme amigo de Edmund. —Bajó la voz con aire de gravedad, tal vez en memoria de Treves. Juliana y él compartieron ese momento porque Edmund había sido un amigo de su juventud, un amigo de su vida de casados...—. ¿Dónde podría haber ido Thomas si no es aquí?

—¡Tiene trece años! ¿Adónde quieres que vaya? —espetó Juliana.

—¿Dónde trabaja tu impresor?

—En Holborn.

—¿Está allí ahora? ¿Cuándo volverá?

—No tengo ni idea.

Lovell se burló con sarcasmo, puesto que no la creyó.

—Bueno, supongamos que Thomas acude a él... ¿Tu hombre no vendrá corriendo directo hacia aquí para traerte a tu querido hijo de vuelta?

Juliana pensó que podría ser perfectamente que Gideon llevara a Thomas

directamente a entrevistarse con John Thurloe.

Lovell se acercó. El dolor de la herida de bala le molestaba; se tambaleó levemente contra el mostrador. Al no saber el motivo, Juliana llegó a preguntarse si no estaría bebido; los ojos le brillaban, tenía las pupilas dilatadas y las mejillas coloradas.

Lovell adoptó una expresión dulce, pensada para recordarle los viejos momentos de ternura y sexo.

—Estás igual que el día que te conocí... en Wallingford... —alargó la mano como si quisiera pellizcar sus rizos. Juliana echó la cabeza hacia atrás con brusquedad y se mantuvo alejada—. Bueno, ¿tú qué crees, mi pequeña Juliana? ¿Tu hombre traerá a mi chico a casa?

Juliana vio el peligro y esperó que no.

—Das por sentado que Thomas sea capaz de encontrar el camino hasta Holborn.

—Oh, es chico inteligente. —Lovell hizo que su tono sugiriera que ahora conocía a Thomas mejor que ella.

—Tom vendría a mí —Juliana, que nunca dudó de la inteligencia de su hijo, esperaba con desesperación que al niño se le ocurriera pensar que su padre iría a buscarlo allí.

Lovell guardó silencio. Una vez cambiada su lealtad, Thomas podría seguir escondido con éxito. En aquellos últimos nueve meses con el chico, le había enseñado cosas sobre la vida en la clandestinidad...

—Me pregunto si eso es lo que piensas de verdad. ¡Sabes escabullirte muy bien cuando te hacen preguntas!

—¡Aprendí a mentir al Comité de Conmutación sobre tus acciones —replicó Juliana—, y después, cuando el Parlamento me sometió a un interrogatorio sobre tu paradero!

—¿Fuiste tú quien proporcionó información en mi contra?

La pregunta, cruda y repentina, escandalizó a Juliana.

—¿Cómo puedes suponerlo siquiera? Yo te defendí, Orlando. Lo hice durante años y contra todos los contendientes.

Él se arrepintió de inmediato.

—¡Te he causado muchos problemas! Te pido disculpas, querida...

—No sientes nada. Nunca sentiste nada.

* * *

Lovell aún tenía posibilidades. Con la herida, las posibilidades se agotarían muy pronto. Aunque había hecho todo lo posible por limpiar bien el agujero de la bala y lo había rellenado, empezaba a sentirse débil. Decidió que aquel era el mejor lugar para descansar. La casa estaba bastante retirada.

—Así pues, Tom vendrá hacia aquí... No nos quedemos en tu tienda, querida. Tú

y yo subiremos y nos sentaremos educadamente. Entonces esperaremos.

Juliana se estremeció. Se las había arreglado para soportarlo en su tienda, que era un lugar público, pero dejarlo entrar en su casa, la casa que compartía con Gideon, sería espantoso.

Lovell se dio cuenta. La ira reconcomía sus tripas con un rugido ácido. Instó a Juliana a dirigirse al vestíbulo, donde sabía que se encontraban las escaleras, aunque él se quedó allí y empezó a abrir de un tirón los cajones en los que Juliana guardaba su mercancía. Sacó todo lo que encontró dentro: galón, cinta, agujas, tijeras de bordar, madejas de lana, botones, sedas brillantes envueltas en papel...

—Si estás buscando la pistola —le dijo Juliana con frialdad, negándose a revelar su pánico—, Gideon se la llevó a Holborn para averiguar por qué no disparó.

—¡Te lo conté!

Ella no se molestó en responder. Incapaz de soportar la visión de todo su género revuelto, se dio media vuelta y subió rápidamente las escaleras. Su mente susurró en secreto: «Si Gideon vuelve a casa, verá el desorden y sabrá quién ha venido...».

Lovell la siguió.

* * *

En aquellos momentos, su presencia era una invasión. Ambos eran conscientes de ello.

Una vez arriba, Lovell miró a su alrededor. Se dio cuenta de que aquella era la casa que Juliana siempre había dicho que quería. Todo era muy confortable a su propio estilo. Ella y Jukes debían de tener dinero. Habían hecho pintar el comedor con plantillas de zarcillos de flores. Unas cortinas finas de un solo color colgaban frente a las ventanas de unas estrechas barras de latón, salvo donde ya había postigos de madera. Pocos de los muebles debían de ser heredados; tenían juegos nuevos de sillas torneadas y trabajadas en espiral, con largos respaldos de mimbre, pequeñas cómodas, y una mesa grande rectangular que debía de haber constituido un reto para los transportistas que tuvieran que subirla. Unas sencillas placas de chimenea de hierro forjado tapaban el hogar, puesto que era verano. Había un almanaque clavado en un pasillo, con un par de mapas viejos. No escaseaban las comodidades: anaqueles y armarios, taburetes, candeleros, cajas con velas, morillos... Por todas partes había cojines bordados con magníficos colores.

Lovell empezó a abrir las puertas para reconocer el terreno. Después de la habitación principal del primer piso, encontró un pequeño salón en el que Juliana tenía sus labores sobre una mesa redonda de alas abatibles; también vio un montón tambaleante de periódicos en el suelo, junto a una segunda silla. Eso le molestó. Cuando exploró el segundo piso, aún se puso de peor humor. La primera habitación en la que miró era el dormitorio principal. La cama estaba hecha; la colcha alisada, neutra, ocultando las almohadas, una junto a otra. Pero debajo de un taburete

cuadrado con asiento de juncos había un par de botas de hombre, con las puntas juntas y los tacones separados, dejadas allí con orden y despreocupación al mismo tiempo. La camisa de dormir del señor de la casa, bordada con hilo de un solo color, colgaba de un gancho doble... junto al camisón de lana de su esposa.

Para ofender deliberadamente a Juliana, Orlando Lovell se estiró en la cama conyugal con las botas puestas.

—¡Es cómoda!

Era demasiado cómoda: era tan tentadora que se arriesgaba a ceder al dolor y perder el control. Extendió los brazos hacia ella a modo de invitación, sin encanto. Juliana, asqueada y al borde del llanto, se dio media vuelta.

Lovell se incorporó. Se sentó al borde de la cama, enfurruñado. Miró en derredor. Se obligó a permanecer activo y abrió la puerta del armarito del orinal. Miró debajo de la cama. La casa estaba bien barrida, inmaculada, por lo que no le sorprendió no encontrar nada; un hombre que tuviera algo que esconder sabría que en aquella casa la criada lo descubriría. Lovell se puso de pie, tiró las sillas a patadas, llenando la habitación con su violencia.

—¿Qué quieres? —le suplicó Juliana, intentando que saliera del dormitorio.

—Su otra pistola.

—¡En esta casa hay niños, por el amor de Dios! Está segura en su caja, en lo alto del ropero. —Era un mueble muy alto para guardar la ropa, con hondos cajones en la parte de abajo y una sección superior que tenía puertas.

—Tráemela.

—¡Cógela tú mismo!

—Haz lo que te digo. —Lovell se acercó a Juliana a grandes zancadas y la agarró por el brazo. Ella se zafó con impaciencia, cogió una silla para subirse encima y bajó la caja.

Lovell se la arrebató con brusquedad. Sacó la pistola con una mano y la sujetó con el codo, mientras la cargaba con balas y pólvora. Juliana no estaba del todo alarmada. Normalmente los hombres tenían armas en casa. Miró a Lovell, que seleccionaba balas de repuesto y pólvora. Se metió la pistola en el cinturón.

Nada sugería que fuera a utilizar el arma para aterrorizarla. ¿Por qué debería hacerlo? Para él, todavía mantenían su relación normal de casados. Le estaba dando órdenes que ella obedecía. Esperaba que fuera sumisa. Juliana intentó no enojarlo. Solo ella sabía lo mucho que lo estaba desafiando en silencio.

Lovell recorrió la habitación con la mirada una vez más y, acto seguido, salió como una exhalación, indicándole que lo siguiera con una sacudida de la cabeza. Bajó pisando fuerte al primer piso. Juliana fue detrás de él y solo se detuvo un momento, temblorosa, para volver la vista atrás por si Lovell había perturbado a los demás habitantes de la casa. No oyó a Valentine, que estaba en su habitación de enfermo, ni a Catherine, que le hacía compañía. Tampoco oyó al bebé, aunque su silencio no podía durar mucho más.

En el comedor del primer piso, Lovell se acomodó en un sillón grande y antiguo con un respaldo tallado en forma de concha resaltada, que estaba situado al lado de la chimenea vacía. Juliana exclamó débilmente desde la puerta:

—¡Estás sentado en el sillón de mi padre!

—Es condenadamente duro.

—Debo advertirte que mi padre murió en él.

—¿Cuándo fue eso?

—Durante el asedio de Colchester.

—¡Vivió mucho tiempo! No me dijiste que estaba vivo. Ahora sospecho que me ocultabas muchas cosas.

—Nada importante —repuso Juliana sin darle importancia—. Fui leal.

—¡Tan leal que te lanzaste a la bigamia! —Obsesionado, Lovell preguntó en voz baja—. ¿Ya conocías a este Jukes cuando aún... estábamos juntos?

—Lo conocí mucho después.

—Eras mi esposa, ¿y aun así te hizo proposiciones?

Cansada de aquello, Juliana exclamó:

—¡Vamos, Orlando, sé razonable! Llevabas mucho tiempo desaparecido. Me di cuenta de que Gideon Jukes podría amarme. Me di cuenta de que yo podría amarle. Se suponía que tú ibas a bordo del barco desaparecido del príncipe Maurice...

—¡Eso hubiera resultado muy conveniente!

Un débil brillo en la frente, combinado con el rubor febril de Lovell, empezó a advertir a Juliana de que podría no encontrarse bien. Eso lo hacía impredecible. Se sintió invadida por un desasosiego aún mayor cuando él empezó a desabrocharse la chaqueta con aire distraído para poder frotarse el hombro.

Con un movimiento de la mano, Lovell indicó la habitación que reconoció como la más utilizada de la casa. Había estantes con libros; había visto libros por todas partes, y se preció de que algunos se los había dado él a su esposa.

—¿Esto es lo que quieres? ¿Tu nido de amor de la Commonwealth? —Juliana advirtió con recelo que su tono se había vuelto camelador—. Bueno, no tengo ninguna objeción a vivir de esta manera. Vuelve conmigo, que es lo que se supone que tienes que hacer. Puedes tener esto en una casa nuestra, y yo lo disfrutaré contigo.

La petición era tan poco razonable que Juliana se sintió exhausta.

—Esto es lo que siempre quise. Tú y yo nunca lo tuvimos.

—Te di amor.

—Y yo a ti... o al menos lo intenté, pero no podía amar al perpetuo ausente. —Juliana detestaba enzarzarse con Lovell, pero su furia salió de pronto y con fuerza—. Me dejaste, Orlando, año tras año, año tras año. Nunca me contaste tus planes. Nos abandonaste a tus hijos y a mí. Puede que nunca hubieras regresado a buscarnos, de

no ser por esas conspiraciones en las que sé que estás involucrado. De modo que ahora te conviene decir, «Estoy en Inglaterra por mi esposa». Pero el hecho de que sea conveniente no me basta. Eso no es un matrimonio.

* * *

Orlando Lovell miró a su esposa desde el sillón de roble de estilo jacobita, con alto respaldo y aspecto de trono, que había sido del padre de Juliana. Entonces vio que la sangre le empapaba la camisa: el dolor en su hombro empezaba a ser acuciante.

—Estoy herido... Juliana, y también estoy cansado. Cansado de luchar constantemente... harto de reñir contigo. —Estaba mintiendo—. ¿Qué no daría yo por tener este retiro doméstico? Seamos sensatos, Juliana. El Protector Cromwell es mayor; no puede durar mucho, aunque se salve de un sin fin de intentos de atentados. ¿Qué ocurrirá cuando muera? No tiene sucesor. Reinará el caos. Entonces el rey será restaurado para gran regocijo. Todos los seguidores del rey regresarán, yo entre ellos —se inclinó hacia delante. Juliana, que seguía de pie, se puso rígida—. Quiero que vuelvas conmigo, amor mío. Quiero que tengamos la vida rica y plena que nos hemos ganado; quiero eso contigo, la mujer que elegí, la mujer que está unida a mí ante Dios y ante la ley.

—No vendré contigo.

—¿Tengo que suplicarte, amor mío?

—Creo en el divorcio —declaró Juliana sin disculpa, remordimiento o lástima.

Llevaba viviendo tanto tiempo con un hombre de ideas liberales que se asombró de lo mucho que Orlando Lovell se enojó con su declaración. Aquel partidario del conservadurismo tradicional sufría demasiado dolor físico como para reprenderla. Solo pudo expulsar el aire furiosamente para mostrar su desprecio.

Lovell cerró los ojos un momento, borrándola a ella, mientras intentaba lidiar con el dolor del hombro. Juliana tomó asiento en un banco largo a un lado de la mesa del comedor. Su mano izquierda acarició el suave mantel de cuero que la cubría durante el día; mucha gente utilizaría una alfombra turca para proteger la madera de los golpes. Aprovechando el silencio de Lovell, ella consideró lo que le había dicho sobre el futuro político.

Incluso en los últimos días del Protectorado, Juliana no veía que fuera momento de abandonar a Gideon Jukes. Regresar con Orlando Lovell simplemente porque se encontraría entre el grupo victorioso no tenía ningún atractivo para ella. Juliana había puesto sus esperanzas muy profundamente en otra parte. Sabía que, en el fondo, Gideon se estaba preparando para perder todo aquello por lo que había luchado. La tarea de Juliana, a la que debería dedicarse con alegría y de buena gana, sería apoyarle mientras él intentaba reconciliarse con lo que fuera que ocurriera a continuación.

* * *

Había una ventana abierta para airear la habitación aquel día soleado. Desde algún lugar de abajo llegó el grito de un niño muy pequeño que reclamaba atención.

Juliana reaccionó, pero se detuvo. Lovell lo vio. Se levantó del sillón y en tres zancadas estuvo en la ventana. Se agarró al alféizar con una mano y miró abajo, hacia el pequeño patio cercado en la parte trasera de la propiedad. Tendido sobre una alfombra bajo el sol, vio al bebé jugando: Celia Jukes, que entonces tenía nueve meses, con un vestido blanco que llevaba cosidas unas largas tiras para controlar sus primeros pasos, una de las cuales estaba masticando con devoción. Se había convertido en una niña muy hermosa, rubia, de ojos azules, alegre, la delicia de sus dos progenitores.

Lovell enseguida supo de quién era esa criatura.

Juliana no dijo nada. No había nada que decir.

* * *

El descanso en el sillón había reanimado a Lovell. Tenía energía suficiente para moverse. El patio cercado le recordó que se había metido en una ratonera, un callejón sin salida trasera. Si alguien acudía a la puerta de la tienda, no tendría escapatoria.

Trazó un plan rápidamente.

—No tengo más remedio que irme. ¡No te precipites a poner cara de alivio! Veo que tienes un caballo ahí.

—¿*Rumor*? Lo escondimos cuando estaban requisando las monturas para evitar que los caballeros rebeldes se lo llevaran.

Lovell se rio.

—¡Delicioso! ¡Bueno, pues ahora va a llevárselo un caballero rebelde! ¿Cómo se saca del patio?

—Hay que hacerle cruzar la tienda.

—¿Bromeas?

—Por desgracia no.

—Vamos a hacer lo siguiente. Ensillarás al rocín; yo lo guiaré. Tú montarás detrás de mí.

—No lo haré.

—Oh, sí que lo harás, querida. Ahora mismo. —En la mesa, Lovell había encontrado un papel que Valentine había estado utilizando antes. No cayó en la importancia del vaso de zumo usado y la jarra de Delft llena de bálsamo del fraile que se había enfriado. Seguía sin tener ni idea de que Valentine estaba en el piso de arriba —. Escribe instrucciones. Dile a Jukes que haré un intercambio justo: su criatura por mi Tom.

Juliana se quedó helada.

—¿Vas a llevarte a mi hija?

—Y a ti también. Jukes debe traer a Thomas al Blue Board de King Street esta noche a las diez en punto. Irá solo, desarmado, y no me causará problemas. Cuando me entregue a Tom, os liberaré a ti y a la preciosa niña. Escríbelo.

—No.

Sin pensárselo dos veces, Orlando Lovell apoyó la bota en el respaldo de una de las sillas del comedor y la volcó de un puntapié. Mientras Juliana se tapaba la boca con la mano, horrorizada, él empujó otra silla de lado y con violencia, y rompió una tercera. Habían llegado la destrucción, el ruido y el terror.

—¡Escribe!

Las sillas solo son objetos, pensó Juliana con debilidad. Las sillas pueden arreglarse, o reemplazarse...

Ella se quedó clavada donde estaba, y Lovell, a pesar de su herida, alzó un taburete con una mano y lo lanzó. Se estrelló contra la pared, haciendo mella en el delicado enlucido pintado.

—¡Basta ya! Detente y lo haré.

Lovell se comportó como hacían los caballeros realistas. Sin motivo alguno, arrancó el mantel de cuero de la mesa y todo lo que había encima cayó al suelo en cascada. Con objeto de apaciguarlo, Juliana recuperó papel, pluma y tinta. Lovell pateó el cubo vacío para el carbón. Juliana empezó a escribir. A pesar de su sumisión, Lovell continuó destruyendo su casa. Enardecido por su enemistad personal hacia Gideon, arrancó las cortinas de la barra, que cayó de la pared con ellas, luego tiró de las largas tiras de lienzo de los anaqueles, arrojando al suelo todo lo que contenían. Platos y vasos se hicieron pedazos estrepitosamente.

El resultado era inevitable. El alboroto hizo bajar a Catherine Keevil para investigar.

Lovell se detuvo.

—¡Vaya, es un encanto, no me acordaba de ti! —anunció, mirando a Catherine de manera lasciva—. ¡Si tú no quieres tenerme, señora, tal vez tu guapa doncella sí quiera!

—Déjala en paz. —Juliana seguía escribiendo a toda prisa.

No vio que Catherine volvía rápidamente los ojos hacia las escaleras, cuando la chica decidió huir para ir a buscar ayuda. Catherine, sin embargo, vaciló fatalmente. Lovell la agarró. Juliana soltó un grito de advertencia, pero el frenético forcejeo de Catherine se hizo difícil de controlar. Lovell reaccionó con profesionalidad. Sacó la pistola, la amartilló, la apoyó en la frente de la joven y disparó.

* * *

Paralizada de horror, Juliana vio cómo la inerte Catherine Keevil se deslizaba

lentamente hacia las tablas del suelo. La sangre y el tejido humano habían quedado esparcidos por el marco de la puerta y la pared adyacente. La chica muerta se había unido a todos esos otros sirvientes domésticos que perdieron su vida de manera accidental e injusta en las guerras civiles... Lovell dejó caer el cadáver como si nada.

—¿Algún otro ayudante oculto?

Desesperada y muda, Juliana dijo que no con la cabeza. Lovell se acercó a la mesa, echó un vistazo a la nota escrita y agarró por el brazo a su esposa, que temblaba. Tiró de ella y Juliana tuvo que pasar por encima de Catherine, intentando no ver los estragos que había hecho la bala.

Lovell siguió tirando de Juliana, y bajaron por las empinadas escaleras. Se le enganchó la falda en una trampa; Lovell se impacientó y la soltó de un tirón. La empujó delante de él con intención de que tropezara, llorara y le suplicara, amedrentándola para que así le obedeciera. En el patio bañado por el sol, soltó a Juliana bruscamente y se dirigió a pasos agigantados hacia la niña. La levanto cogiéndola por las tiras de tela; la balanceó como si fuera el trompo de un niño en un trozo de cuerda. Muchos caballeros realistas habían jugado a horribles juegos como aquel. Si el vestido y las tiras de tela hubieran sido menos resistentes, la niña hubiese caído fatalmente. Juliana gritó y extendió los brazos. Lovell sonreía burlón y hacía girar a la asustada niña poniéndola fuera del alcance de su madre. Aterrorizada, Celia empezó a llorar con fuerza.

Lovell se colocó a la niña debajo de un brazo. Tenía que utilizar el otro antebrazo para protegerse de los puñetazos que le propinaba Juliana. Para defenderse de aquella furiosa lluvia de golpes, Lovell le retorció el brazo con fuerza y la hizo caer al suelo.

Tendida sin aliento, Juliana fue vagamente consciente de que estaban aporreando la puerta de la tienda; del piso de arriba llegaba el gañido histérico de los perros. Lovell volvió a dejar a la niña que lloraba sobre la alfombra. Estaba prácticamente exhausto. Se desabrochó más la chaqueta, inquieto, para palpase el hombro herido. Pareció disminuir su violencia. Se volvió hacia Juliana con expresión de disculpa y le tendió la mano. Ella creyó que quería ayudarla a levantarse, tal vez como cortesía, tal vez para que pudiera sujetarlo si se desmayaba.

Demasiado tarde. Se vio un destello blanco. Una pequeña figura, descalza y en camisa de dormir, se abalanzó hacia ellos.

Juliana soltó un grito ahogado. Tenía los pies manchados de sangre; había pisado la sangre de Catherine. El horror de lo que había visto en el piso de arriba lo impulsó antes incluso de ver cómo Orlando golpeaba a Juliana. El chico era consciente de lo que ocurría.

Empuñaba una espada, la que el herrero Lucas rechazó una vez, esa vieja arma que habían tenido durante años. Gideon la había afilado hacía poco. La espada era pesada para un chico de doce años, aunque la tenía firmemente agarrada con ambas manos. A duras penas capaz de manejarla, mantuvo la punta levantada con valentía, al tiempo que se precipitaba hacia delante. Apuntó allí donde los soldados dicen que

debes apuntar, hacia arriba y por debajo de la quinta costilla; él lo hizo a ojo, pero la casualidad quiso que acertara. Haciendo uso de todas sus fuerzas, atravesó a aquel hombre sin pensárselo dos veces.

Gideon Jukes llegó un instante después. Vio cómo Lovell se desplomaba. Vio a Juliana con la cabeza echada hacia atrás, mirando al cielo con desesperación; la manera con que aferraba a su hija le dijo mucho. Vio al niño acongojado, profundamente horrorizado. La espada se había roto; la empuñadura y lo que quedaba de la hoja estaban a sus pies. A Gideon se le inundó el corazón de lástima, aunque era evidente que no había compasión que pudiera servir de nada. El niño se había retraído en un horror que le duraría toda la vida.

Al igual que tantas otras familias, ellos no eran ni caballeros realistas ni cabezas redondas, ni completamente monárquicos ni parlamentarios. Lo que les había sucedido trascendía todas las cuestiones de gobierno. Cuando Gideon empezó a comprender los acontecimientos que habían tenido lugar aquel día en su casa, se dio cuenta con pesar de que la Guerra Civil se había cobrado sus víctimas más recientes. Dos hijos más tendrían que vivir con lo impensable. Otra madre se enfrentaba a los interminables efectos de la tragedia. Culpa, remordimiento, recriminación, soledad, sufrimiento y consternación esperaban por delante. Podían cambiar de casa, volver a empezar, parecería que se recuperaban, pero desde aquel día estarían todos permanentemente dañados.

Gideon Jukes se arrodilló junto al hombre tendido en el suelo, lo agarró para proporcionarle contacto humano en aquellos momentos de agonía, pero su alma ya lo había abandonado. Nada podía hacerse. Sin saber quién era el desconocido, Valentine Lovell acababa de matar a su padre.

Notas

[1] El verbo «lamb» significa «parir». (N. de la T.) <<

[2] Barrena es auger en inglés. (N. de la T.) <<

[3] En inglés, «Un tal Legge» (*One Legge*) suena igual que «Una pierna» (*One leg*).
(N. de la T.) <<